Luvina 97

Universidad de Guadalajara
Revista literaria
Invierno 2019
$150
ISSN 1665-1340

LITERATURAS DE LA INDIA

■ Mangalesh Dabral ■ Ashok Vajpeyi ■ Leeladhar Jaguri ■ Madhav Kaushik ■ Savita Singh ■ Subhro Bandopadhyay ■ Debarati Mitra ■ Joy Goswami ■ Jerry Pinto ■ A. J. Thomas ■ Mamang Dai ■ Sampurna Chattarji ■ Nirmal Kanti Bhattacharjee ■ Ranjit Hoskote ■ Arundhathi Subramaniam ■ Namita Gokhale ■ Prayaag Akbar ■ Perumal Murugan ■ Rajathi Salma ■ Devibharathi ■ H. S. Shivaprakash ■ Mamta Sagar ■ K. Satchidanandan ■ José Lourenço ■ Hemant Divate ■ Pradnya Daya Pawar ■ Gulam Mohammed Sheikh ■ Girdhari Lal Malav ■ Indra Bahadur Rai ■ K. P. Ramanunni ■ Musharraf Alam Zauqi ■ Lalit Magotra ■

PREMIO FIL DE LITERATURA EN LENGUAS ROMANCES

David Huerta

● Himali Singh Soin ●

CANAL 44
La señal de todos

RADIO UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA
104.3 FM

udgtv.com
Canal44 TV UDGTV
+52 33 2242 0690

radio.udg.mx
RadioUdeG
+52 33 2053 5975

Sintonízanos en tu sistema de cable:

CANAL 44 izzi
CANAL 44 Totalplay
CANAL 144 MEGACABLE
CANAL 44 A NIVEL NACIONAL 144 AXTEL TV

En televisión abierta **canal 44.1**

UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA

Universidad de Guadalajara
Rector General: Ricardo Villanueva Lomelí
Vicerrector Ejecutivo: Héctor Raúl Solís Gadea
Secretario General: Guillermo Arturo Gómez Mata
Rector del Centro Universitario de Arte, Arquitectura y Diseño: Francisco Javier González Madariaga
Secretario de Vinculación y Difusión Cultural: Ángel Igor Lozada Rivera Melo

Luvina
Directora: Silvia Eugenia Castillero < scastillero@luvina.com.mx >
Editor: José Israel Carranza < jicarranza@luvina.com.mx >
Coeditor: Víctor Ortiz Partida < vortiz@luvina.com.mx >
Corrección: Sofía Rodríguez Benítez < srodriguez@luvina.com.mx >
Administración: Griselda Olmedo Torres < golmedo@luvina.com.mx >
Diseño y dirección de arte: Peggy Espinosa
Viñetas: Jimmar Vásquez, excepto Depositphotos: pp. 64, 170, 186, 520 y 549.

Consejo editorial: Luis Armenta Malpica, Jorge Esquinca, Verónica Grossi, Josu Landa, Baudelio Lara, Ernesto Lumbreras, Ángel Ortuño, Antonio Ortuño, León Plascencia Ñol, Laura Solórzano, Sergio Téllez-Pon, Jorge Zepeda Patterson.

Consejo consultivo: José Balza, Adolfo Castañón, Gonzalo Celorio, Eduardo Chirinos†, Luis Cortés Bargalló, Antonio Deltoro, François-Michel Durazzo, José María Espinasa, Francisco Payó González, Hugo Gutiérrez Vega†, José Homero, Christina Lembrecht, Tedi López Mills, Luis Medina Gutiérrez, Jaime Moreno Villarreal, José Miguel Oviedo, Luis Panini, Felipe Ponce, Vicente Quirarte, Jesús Rábago, Patricia Torres San Martín, Julio Trujillo, Minerva Margarita Villarreal, Carmen Villoro, Miguel Ángel Zapata.

Agradecemos la valiosa colaboración del Dr. A. J. Thomas, director de la revista de la Sahitya Akademi, así como de los Profesores Shyama Prasad Ganguly y Savita Singh. También, el apoyo del Dr. Dibyajyoti Mukhopadhyay, director de la Indo Hispanic Language Academy y de Santiago Ruy Sánchez de Orellana, agregado cultural de la Embajada de México en India.

Programa *Luvina* Joven (talleres de lectura y creación literaria en el nivel de educación media superior): Sofía Rodríguez Benítez < ljoven@luvina.com.mx >

Luvina, año 23, no. 97, invierno de 2019, es una publicación trimestral editada por la Universidad de Guadalajara, a través de la Secretaría de Vinculación y Difusión Cultural del Centro Universitario de Arte, Arquitectura y Diseño. Periférico Norte Manuel Gómez Morín núm. 1695, colonia Belenes, CP 45100, piso 6, Zapopan, Jalisco, México. Teléfono: 3044-4050. *www.luvina.com.mx, scastillero@luvina.com.mx.* Editor responsable: Silvia Eugenia Castillero. Reserva de Derechos al Uso Exclusivo: 04-2006-112713455400-102. ISSN 1665-1340, otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor, Licitud de título 10984, Licitud de Contenido 7630, ambos otorgados por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas de la Secretaría de Gobernación. Impresa por Pandora Impresores, SA de CV, Caña 3657, col. La Nogalera, Guadalajara, Jalisco, CP 46170. Este número se terminó de imprimir el 28 de noviembre de 2019 con un tiraje de 1,300 ejemplares.

Las opiniones expresadas por los autores no necesariamente reflejan la postura del editor de la publicación.

Queda estrictamente prohibida la reproducción total o parcial de los contenidos e imágenes de la publicación sin previa autorización de la Universidad de Guadalajara.

Diagramación y producción electrónica: Petra Ediciones

Distribuida por: Comercializadora GBN, S.A. de C.V. Tel: 55 5618-8551
comecializadoragbn@yahoo.com.mx, comecializadoragbn@gmail.com

www.luvina.com.mx

India, la India, un vasto territorio tan variado que podría concebirse como un continente. Tierras milenarias en donde se fueron asentando diversas tribus, se mezclaron y tejieron culturas múltiples, se expresaron en lenguajes complejos y heterogéneos. De esas lenguas provienen las más de veinte que en la actualidad se hablan y escriben.

Entrar en los entresijos de esos lenguajes es hundirse en la profundidad de sus diferentes literaturas. Todas de una riqueza extraordinaria, nos llevan a un viaje por la geografía de caminos y ciudades tan peculiares, tan fieles a su historia que gracias a su literatura —a las literaturas— acudimos a una sintaxis donde se fusiona la historia con la vida.

En este número, Luvina da cuenta de las cosmologías que animan cada pieza literaria; en ellas el lector puede acceder al flujo de visiones, costumbres y modos de vivir que se agitan dentro de los tejidos de las ficciones, pues la India es un país que ha desarrollado su mitología y su devenir histórico unidos a la naturaleza. Por ello en estas literaturas fluyen ríos, aparecen dioses, brotan los matices de flores y los claroscuros de la espesura de montañas. Además, en estas historias y cantos descubrimos la confluencia de religiones tan dispares como la hindú y la musulmana. Y modos de vida que unen a ambas.

Dado que la India es un país que, como el árbol del baniano que ahí tanto crece, hace de sus raíces el camino para continuar erguido, en este número publicamos autores vivos de diversas generaciones y lenguas variadas: asamés, bengalí, canarés, dogri, gujarati, hindi, inglés, konkani, malabar, malayalam, manipuri, maratí, nepalí, oriya, panyabí, rajastaní, tamil, telugu y urdu; también publicamos algunos textos antiguos —míticos—, como un fragmento del *Ramayana* y algunos poemas de Rabindranath Tagore, entre otros más de la tradición literaria.

Por otra parte, Luvina nos acerca a la realidad de las desigualdades sociales, a la pobreza y la violencia que —como en México— aquejan a la India. Las literaturas que nos ofrece este número nos conducen a un grado de conciencia del transcurrir contemporáneo en las numerosas regiones y los distintos roles sociales que la gente vive en una sociedad organizada por castas. No obstante, la narrativa, la poesía y los ensayos aquí publicados portan la plenitud gozosa de ser obras de arte, críticas, propositivas y, sobre todo, bellas •

Índice

14 ☛ **Poemas** ●
MANGALESH DABRAL (Kaphalpani, 1948). Ha publicado seis poemarios, entre ellos *Linterna en la montaña* (1981) y *Lo que vemos* (1995), por el que ganó el premio de la Academia Nacional de Letras de India.

18 ☛ **Poemas** ●
ASHOK VAJPEYI (Durg, 1941). Poeta, ensayista, crítico literario-cultural. Ha publicado más de quince libros de poesía. Los poemas incluidos aquí están tomados de la antología *A Name for Every Leaf: Selected Poems, 1959-2015*.

22 ☛ **Poemas** ●
LEELADHAR JAGURI (Dhangan, Tehri, Uttarakhand, 1940). Ha publicado una docena de libros de poemas. También es dramaturgo y ensayista.

26 ☛ **Poemas** ●
ANAMIKA (Muzaffarpur, 1961). Poeta. Escribe en hindi. *Kavita Mein Aurat* (Mujer en el poema, Itihas Bodh, 2000) y *Khurduri Hatheliyan* (Rugosas palmas, Radhakrishna Prakashan, 2005) son algunos de sus libros.

28 ☛ **La espera** ***[fragmentos]*** ●
USHA AKELLA (Hyderabad). Es autora de varios libros de poemas y un drama musical sobre la vida de Sai Baba de Shirdi. Es cofundadora de Matwaala, festival literario que reúne a escritores del sudeste asiático residentes en Estados Unidos.

34 ☛ **Octavio Paz y la India** ●
MINNI SAWHNEY (Nueva Delhi, 1962). Profesora de Estudios Hispánicos y jefa del Departamento de Estudios Germánicos y Latinos en la Universidad de Delhi. Especialista en literatura y cultura mexicanas de los siglo XIX y XX. Publicó recientemente el artículo «Viajeros latinoamericanos en la India moderna», en el libro *Explorando modernidades de la India: ideas y prácticas* (Springer, 2018).

42 ☛ **Poemas** ●
MADHAV KAUSHIK (Bhiwani, Haryana, 1954). conocido poeta de nuestros días, escribe poemas en hindi, urdu en inglés. Tiene publicados varios poemarios. Sus zéjeles en hindi gozan de amplia popularidad. Actualmente es vicepresidente de la Academia de Letras de la India.

44 ☛ **Un punto equilibra el resto del universo** ●
NIDHEESH TYAGI (Jagdalpur, 1969). Poeta y narrador. Su libro de microficciones *Tamanna Tum Ab Kahan Ho* está publicado por Penguin.

46 ☛ **Me olvidaste, mi amor** •
Aitar Krishen Rahbar (1933). Autor, entre otras obras, de *Talash* (Búsqueda) y *Bi chus tsur* (Soy un ladrón). Entre los premios que ha recibido está el Khillat-e-Kashmir por su contribución a la lengua cachemir.

54 ☛ **Poemas** •
Savita Singh (Arrah, Bihar, 1962). Poeta y narradora. Escribe en hindi y en inglés. Entre sus poemarios en hindi se encuentra *Apne Jaisa Jeevan* (2001).

59 ☛ **Los orioles han regresado** •
Chandrakanta Mura Singh ((Srinagar, 1938). Su novela *Katha Satisar* (2006) ganó el premio Vyas Samman.

73 ☛ **Reflexiones sobre la literatura de la India: el género poético** •
Shyama Prasad Ganguly. Catedrático retirado de Estudios Hispánicos y Latinoamericanos de la Universidad Jawaharlal Nehru, de Nueva Delhi. Recibió la Orden del Águila Azteca en México en 2018.

98 ☛ **Poemas** •
Asad Zaidi (Karauli, Rajasthan). Es uno de los poetas hindi más reconocidos. Tiene tres libros de poemas: *Behnen aur anya kavitaen* (1980), *Kavita ka jivan* (1988) y *Saman ki talash* (2008).

100 ☛ **Poemas** •
Arun Kamal (1954). Poeta. Vive en Patna. Hasta la fecha han aparecido tres antologías de sus poemas.

102 ☛ **Poemas** •
Anupam Singh (Labeda, 1986) Poeta. Escribe en hindi. Ha publicado en revistas como *Criticism*, *Friday* y *Adhan*. Activista de movimentos de mujeres.

104 ☛ ***Ignarus scriptus*** •
Subhro Bandopadhyay (Calcuta, 1978). Recibió el Premio Nacional de Escritores Jóvenes de India en 2013 por su libro de poemas *Bouddho lekhomala o onyanyo shraman*. Dirige la revista de poesía *podyocharcha* desde 1999. Es profesor de español en el Instituto Cervantes, en Nueva Delhi.

110 ☛ **La campana suena en la escuela para ciegos** •
Debarati Mitra (1946). Poeta. Uno de sus libros es *Andha Skoole Ghanta Baje*. Recibió el premio Ananda Puraskar para poesía en 1995.

112 ☛ **La tierra natal de Meherunnisa** •
Shukti Roy (Calcuta, 1962). Autora de varios poemarios y libros de narrativa. Escribe en inglés, español y bengalí. Es secretaria de Los Hispanófilos, asociación que promueve el español en la India y la cultura india en Hispanoamérica. Ha publicado la novela *Mayabini* (Hechicera) y el libro de cuentos *Sagarpriya* (La amada del mar).

124 ☛ **Si me preguntas** •
Joy Goswami (Calcuta, 1954). Poeta, novelista, ensayista. Ha publicado veinticinco poemarios, entre ellos *¿Qué es el polvo floreciente?* (2011) y *Familiares* (2011). Ha ganado numerosos premios, entre ellos el Ananda Purashkar, en dos ocasiones.

129 ☛ **Danpatra, acta de donación** •
Amar Mitra (Shatkhira, Bangladesh, 1951). Vive en Calcuta. Escribe en bengalí. Ha escrito alrededor de cincuenta libros: de cuentos, novelas, para niños. Ha ganado, entre otros premios, el Sahitya Akademi Award, el Bankim Puroskar y el Sarat Puroskar.

141 ☛ **El último día es terrible** ●
Sudip Bhattacharyya (Calculta, 1975). Entre sus libros se encuentran *Swapnera Chuti Nik Kichudin* (Kolkata Utol Hawa) y *Aronger Dhuti Nodiar Tat* (Trimukh Publication).

143 ☛ **Shadon y sus caminitos** ●
Joya Mitra (Dhanbad, 1950). Escribe en bengalí. Novelista, poeta y traductora. Autora de *Matando los días: memorias de la prisión* (2004). Recientemente publicó el libro de ensayos *Kolom* (La pluma, Dey's Publishers) y el poemario *Kalo moyur nache* (Baila el pavo negro, Khoai).

150 ☛ **¿Qué dijo, globalización?** ●
Subodh Sarkar (Kishnanagar, 1958). Poeta, narrador y editor bengalí. Entre sus libros más recientes se encuentra *En mi falso inglés* (*In my Bastard English: poems and Diaries,* Yash Publications, Nueva Delhi, 2012).

151 ☛ **Poemas** ●
Amitesh Mait (1962-2001). Fue uno de los poetas más destacados en Bengala contemporánea, con unos catorce libros de poemas.

155 ☛ **Lágrimas de Dios** ●
Shamik Ghosh (Calcuta, 1983). Escritor en bengalí. Ganó el premio Sahitya Akademi Yuva Puraskar en 2017 por su libro de cuentos *Elvis O Amolasundari*.

163 ☛ **Alfabetos** ●
Sharmila Ray (1960). Vive en Calcuta. Autora de cinco libros de poesía, entre ellos*: Es una fantasía, es realidad* (*It's a fantasy, it's reality*, Punaschya, 2010).

164 ☛ **Poemas** ●
Shankha Ghosh (Chandpur, 1932). Poeta y crítico literario. Ha publicado sesenta libros, entre ellos dieciséis poemarios. En 2016 recibió el premio Jnanpeeth.

168 ☛ **Cineasta** ●
Tanmoy Chakraborty (Calculta, 1970). Poeta y narrador, escribe en bengalí. Tiene diez volúmenes de poesía y ha recibido, entre otros, los premios Krritibash Puroshkar, Maheshsweta Devi Memorial Award y Dwijendralal Roy Padak.

169 ☛ **No apto** ●
Anindita Das (Calculta, 1974). Ha publicado sus relatos en las revistas *Icche Dana*, *Pratilipi Bengali*, *Bak* y *Momspresso Bangla*.

172 ☛ **La lista de deseos del jugador** ●
Srijato (Calcuta, 1975). Poeta, letrista, novelista. Ganó el premio Ananda Puroskar (2004) por su libro *Udanta Sawb Joker*.

173 ☛ **Ribereño** ●
Amrita Nilanjana (Calcuta). Narradora. Autora de un libro de cuentos en inglés, idioma al que tradujo cinco obras de teatro de Ritwik Ghatak, publicadas en 2018.

181 ☛ **El dolor** ●
Bava Chelladurai. Narrador y poeta tamil. Su libro de cuentos *Santuario donde se esconden las estrellas* (*Natchathirangal Olinthu Kollum Karuvarai*) ganó varios premios, entre ellos el Tamil Nadu Progressive Writers Association Award.

188 ☛ **Poemas** ●
Angshuman Kar (Beliatore, Bankura). Escribe poesía y prosa. Uno de sus poemarios más recientes es *Mi ciervo dorado* (2012).

190 ☛ **Junto al río** ●

Jerry Pinto (1966). Poeta, narrador, periodista. Vive en Bombay. Escribe en inglés. Entre sus libros se encuentra *Helen: The Life and Times of an H-Bomb* (*Helen: la vida y los tiempos de una bomba H*), que ganó el Premio al Mejor Libro de Cine.

195 ☛ **Poemas** ●

A. J. **Thomas** (Kerela, 1952). Poeta. Escribe en inglés. Traductor del malayalam, su lengua materna. Sus poemas han sido incluidos en varias antologías, entre ellas *The Dance of the Peacock*.

198 ☛ **Poemas** ●

Mamang **Dai** (Pasighat, 1957). Poeta, novelista y periodista. Residente en Itanagar, Arunachal Pradesh. Recibió el Premio Sahitya Akademi en 2017 por su novela *The Black Hill*.

201 ☛ **Poemas** ●

Sampurna **Chattarji** (Dessie, Etiopía, 1970). Una de sus últimas publicaciones es *Over and Under Ground in Mumbai & Paris* (Context / Westland Publications, 2018), en colaboración con Karthika Naïr y con ilustraciones de Joëlle Jolivet y Roshni Vyam.

205 ☛ **La poesía fue la lengua materna de Nirendranath Chakraborty** ●

Nirmal Kanti Bhattacharjee (Silchar, Assam, 1947). Traductor y crítico. Entre sus libros se encuentra *El fantasma de Gosain Bagan*. Fue editor de *Indian Literature* y director del National Book Trust y de la K. K. Birla Foundation. Desde 2013 es el director editorial de la editorial Niyogi Books.

210 ☛ **Poemas** ●

Ranjit **Hoskote** (Bombay, 1969). Poeta. Autor de más de veinticinco libros de poesía, crítica de arte, historia de la cultura y poesía traducida. Uno de sus poemarios más recientes es *Central Time* (2014).

213 ☛ **Poemas** ●

Keki **Daruwalla** (Lahore, 1937). En 1984 obtuvo el Sahitya Akademi Award. El año pasado publicó el libro *Swerving to Solitude: Letters to Mama* (Simon & Schuster India).

216 ☛ **Poemas** ●

Sudeep **Sen** (Nueva Delhi, 1964). Uno de sus últimos títulos es *Blue Nude: New Poems, Ekphrasis, Anthropocene* (2019).

221 ☛ **Poemas** ●

Arundhathi **Subramaniam**. Poeta y prosista. Tiene diez libros publicados. Su poemario *When God is a Traveller* fue finalista del Premio T. S. Eliot en el Reino Unido. Ha ganado los premios Khushwant Singh Memorial, Raza y el International Piero Bigongiari, en Italia.

226 ☛ **Poemas** ●

Geet **Chaturvedi** (Bombay, 1977). Poeta, cuentista y novelista. Su libro más reciente de poemas es *Nyoonatam Main*. Recibió los premios Bharat Bhushan Agrawal Award (2017), por poesía, y Krishna Pratap (2014).

229 ☛ **Cosas que dejar atrás *[fragmento]*** ●

Namita Gokhale (Lucknow, 1956). Escritora, editora y directora del Festival de Literatura de Jaipur. Es autora de dieciséis libros, entre ellos la novela *Things to Leave Behind* (Viking / Penguin Random House, 2016), de la que aquí presentamos un fragmento.

234 ☛ **Prisionero en la ilusión del cuerpo** ●

Pravasini Mahakud (Kokkasara, 1957). Poeta de la lengua oriya. Ha publicado múltiples poemas en medios impresos.

236 ☛ **Poemas** ●
SUKRITA **PAUL KUMAR** (Nairobi). Entre sus libros más recientes se encuentra *Seven Leaves, One Autumn* (Rajkamal Publications, 2011).

240 ☛ **Mujer nacida en la biblioteca** ●
Vipin Choudhary. Poeta, narradora. Ha publicado los poemarios *Nai Sadi Ke Haskashtra* (2002), *Andhere Ke Madhya Se* (2008) y *Ek Baar Phir* (2008).

242 ☛ **Nonato en un círculo** ●
SONNET MONDAL (Calcuta). Sus libros más recientes son *Karmic Chanting* (Copper Coin Publishers) y *Ink & Line* (Dhauli Books).

244 ☛ **Leila** ***[fragmento]*** ●
PRAYAAG AKBAR (Calcuta, 1982). Periodista y novelista. En 2017 publicó la novela *Leila* (Simon & Schuster), que ganó los premios Crossword Book Award y el Tata Literature Live First Book Award. En junio pasado comenzó a transmitirse en Netflix la serie basada en esta novela.

259 ☛ **Hogar** ●
SARABJEET GARCHA. Vive en Delhi. Poeta bilingüe inglés/hindi. Ha publicado cuatro poemarios, entre ellos *A Clock in the Far Past* (Un reloj en el pasado lejano, Dhauli Books, 2018), de donde se tomó su poema «Hogar».

261 ☛ **Poonachi o la historia de una cabra negra** ●
PERUMAL MURUGAN (Tiruchengode, 1966). Escribe en tamil. Entre sus novelas traducidas al inglés se encuentran *Seasons of the Palm* (Estaciones de la palma) y *Current Show* (Espectáculo actual).

268 ☛ ***Nelumbo Nucifera*** ●
LAKSHMI KANNAN (Mysore, 1947). En 1988 publicó la novela *Going Home (*Orient Black Swan Private Limited.).

270 ☛ **Poemas** ●
RAJATHI SALMA (pseudónimo de Rokkiah Begum, 1968). Narradora y poeta musulmana tamil. Su novela más reciente es *Manaamiyangal* (Los sueños, 2016).

277 ☛ **Adiós,** ***Mahatma*** ●
DEVIBHARATHI (pseudónimo de Nallamuthu Rajasekaran, nacido en Tamilnadu). Narrador y poeta. Escribe en tamil. *Adiós, Mahatma* es el título de su primer libro de cuentos.

304 ☛ **Escribir por una canción** ●
G. N. DEVY (Maharastra, 1950). Activista cultural y académico. Creador de instituciones como la Academia Adivasi. Sus publicaciones más recientes son *The Question of Silence* (La cuestión del silencio, 2019) y *Countering Violence* (Oponerse a la violencia, 2019). Escribe en maratí, gujarati e inglés.

308 ☛ **Poemas** ●
N. **SUKUMARAN** ((Coimbatore, Tamilnadu, 1957). En enero de este año, Kalachuvadu Publication Nagercoil editó su poemario *'Sevvaikku marunal aanal puthankizhamai alla*.

312 ☛ **El espejo de Bélgica** ●
SIRPI BALASUBRAMANIAM (Aathupollachi, 1936). *Irahu* (1996) y *Margazhip paavai* (2010) son dos entre sus múltiples libros de poemas. En 2018 recibió el premio Puthiyathalaimurai Tamilan, por sus logros de toda una vida.

315 ☛ **Caravanas: continúen. Poéticas indias contemporáneas** ●

H. S. Shivaprakash (Bangalore, 1954). Poeta y dramaturgo canarés. Su primer poemario, *Milarepa*, apareció en 1977. Tiene otros cuatro libros de poemas: *Anukshana Charite*, *Suryajala*, *Maleye Mantapa* y *Matte Matte*. En 2017 ganó el premio Kusumagraja Rashtriya Puraskar.

326 ☛ **Poemas** ●

Basavaraj **Hrutsakshi** (Sirdar, 1984). Poeta canarés. Su libro *Kasabarige Pada* recibió el premio Rajya Sahitya Academy.

328 ☛ **Corte en *u*** ●

L. C. Sumithra. Narradora, ensayista y poeta. Escribe en canarés. El título de uno de sus libros de cuentos es *Gubbihallada Sakshiyalli*. Tiene cuatro libros de ensayos y dos antologías de poemas.

333 ☛ **Poemas** ●

Mamta **Sagar** (Bangalore, 1966). Académica, poeta, traductora y narradora. Ha publicado cuatro poemarios, cuatro obras de teatro y una colección de ensayos críticos sobre género, lenguaje, literatura y cultura, entre otros libros.

335 ☛ **Poemas** ●

Rajendra **Prasad** (Kodavaththi, 1987). Es editor de la revista de literatura en canarés *Sankathana*. Uno de sus últimos libros publicados es *Nirolage Mayada Jolige* (2018).

340 ☛ **La rueca de Ammi** ●

Arif Raja (1983). Uno de sus últimos libros es *A Raiment for Fire* (2012).

343 ☛ **Poemas** ●

Ramesh **Aroli.** Poeta canarés. Es profesor de periodismo en el Kamala Nehru College, en la Universidad de Delhi.

347 ☛ **Poemas** ●

H. S. **Shivaprakash**

350 ☛ **Fuera de la norma** ●

Lakshmi Nandan Bora (Nagaon, 1932). Novelista y cuentista. Escribe en asamés. Ha publicado más de sesenta libros, entre ellos las novelas *Patal Bhairavi* y *Kayakalpa*.

363 ☛ **La historia de una historia** *[tres fragmentos]* ●

Kushal Dutta (1976). Poeta, periodista y editor. Entre sus libros de poemas se encuentran *El pájaro eléctrico* (2005) y *El vaquero listo sabe por qué no hay que dispararle al nido del pájaro en incubación* (2008).

365 ☛ **Poemas** ●

Bijoy **Sankar Barman**. Poeta y traductor. Entre sus libros de poemas se encuentran *Deo* (2006), *Ashokastami* (2011) y *Barnamuki* (2015). Ha ganado los premios Munin Barkataki y Kendra Sahitya Akademi Yuva Puraskar.

367 ☛ **Poemas** ●

Biman **Kumar Daley**. Poeta. Ha publicado cuatro libros de poemas. Sus textos han aparecido en revistas como *Prantik* y *Prakash*.

369 ☛ **Más pronto que el instante** ●

Bibha Rani Talukdar. Poeta. Escribe en asamés. Ha publicado cinco poemarios. Recibió el premio Munin Borkotoky.

371 ☛ **Poema** ●
LUTFA HANUM **SALIMA BEGUM.** Poeta. Escribe en asamés. Ha publicado cinco poemarios. Recibió el premio Munin BORKOTOKY.

372 ☛ **El ojo** ●
MOUSHUMI KANDALI. Joven narradora, crítica de arte y traductora. Escribe en asamés. Tiene tres libros de cuentos: *Lambada Nachor Seshot*, *Tritiyottor Golp* y *Mockdrill*. Ha recibido los premios Yuva Purashkar y Munin Borkatoky Memorial, entre otros.

382 ☛ **Serpientes negras venenosas** ●
BACHINT KAUR (Patiala, 1940). Escritora panyabí, ha publicado numerosas colecciones de historias, poesía y libros para niños.

388 ☛ **Poemas** ●
NIRUPAMA **DUTT** (1955). Poeta, periodista y traductora. Con su primer libro de poemas, *Una corriente algo oscura*, ganó el Delhi Punjabi Akademi Award en 2000.

390 ☛ **Poemas** ●
SURJIT **PATAR** (1945). Poeta. Ha publicado tres libros de poemas. Ganó el Sahitya Akademi Award.

392 ☛ **Una tierra extranjera** ●
GOURAHARI DAS (Bhadrak, Odisha, 1960). Narrador, periodista, académico. Ha publicado libros en casi todos los géneros literarios, principalmente novelas y cuentos. Ganó el premio Sahitya Akademi.

403 ☛ **Enamorado del cráneo** ●
RAJENDRA KISHORE PANDA (Batalaga, 1944). Ha publicado dieciséis libros de poesía. En 2003 se publicó un tomo con su poesía reunida.

405 ☛ **Negociando la heterogeneidad: la literatura india después de la Independencia** ●
K. SATCHIDANANDAN (Pulloot, Kerala, 1946). Escribe en malayalam y en inglés. Sus libros más recientes son *Pakshikal ente pirake varunnu'* (Los pájaros me persiguen, DC Books, 2017) y *Not Only the Oceans* (No sólo los océanos, Poetrywala, 2018).

419 ☛ **Escritura** ●
ANITA THAMPI (Kerala, 1968). Dos de sus libros de poemas son *Muttamatikkumbol* (2004) y *Azhakillathavayellam* (2010).

421 ☛ **Moradas** ●
ANVAR ALI (Trivandrum, Kerala, 1966). Poeta. En 2018 apareció la segunda edición de su libro de poemas *Mazhakkalam*.

423 ☛ **Muerte y funeral de la hermana Alphonsa** ●
PAUL ZACHARIA (1945). Es un renombrado escritor malayalam de cuentos cortos, novelas y ensayos. Su obra ha sido ampliamente traducida al inglés y a otros idiomas. Recibió el premio de la Sahitya Academi por su colección de cuentos cortos *Zachariyayute Kathakal*.

429 ☛ **Una afectuosa esperanza** ●
MANTHRI KRISHNA MOHAN (Markapuram, 1978). Ha publicado dos poemarios: *Matti Palakalu* (2011) y *Pravahinche Paadalu* (2012).

431 ☛ **¿Dónde está mi casa?** ●
MUKUNDA RAMA RAO (1946). Poeta y cuentista. Ha publicado dieciséis libros de poemas en telegu y uno en inglés. Tiene dos libros de cuentos. Recibió el premio Sri Ramana Sumanasree.

437 ☛ **Parando en nada** ●

José Lourenço (Goa, 1967). Cuentista, poeta y ensayista. Escribe en konkani y en inglés. Publicó el libro *Iglesias parroquiales de Goa*, un estudio de arquitectura de fachadas.

445 ☛ **Poemas** ●

Wilson Kateel (pseudónimo de Wilson Roshan Sequeira). Poeta y letrista. Escribe en konkani. Sus libros más recientes son *Tasveenth* (Karnataka Konkani Sahitya Academy Publication, 2015) y *Paklyo* (Dhyanavana Prakashana, 2015).

447 ☛ **Poemas** ●

Hemant Divate (Maharastra, 1967). Editor, traductor y poeta maratí. Cuenta con seis poemarios publicados. Es fundador y editor de la revista *Abhidha Nantar*, que se ha publicado ininterrumpidamente por dieciocho años.

454 ☛ **Aldea global** ●

Pradnya Daya Pawar. Entre sus libros de poemas se encuentran *Antastha*, *Utkat Jivghenya Dhagiwar* y *Aarpaar Layit Pranantikand Drushyancha Dhobal Samudra*. Ha obtenido los premios Birsa Munda Sanman Puraskar (2009) y Bodhivardhan Puraskar (2010).

456 ☛ **Liberación** ●

Varsha Adalja (Bombay, 1940). Narradora, ensayista, dramaturga. Escribe en gujarati. Entre sus libros se encuentran la novela *Ansar* (1992) y la antología de cuentos *Varsha Adaljani Shreshth Vartao* (1992, IIa Arab Mehta).

465 ☛ **Vishvaamitri, detrás de la curva** ●

Sitanshu Yashaschandra (Bhuj, 1941). Poeta, crítico literario, dramaturgo, editor. Ha publicado los poemarios *Odysseus nu Halesu* (1974), *Jatayu* (1986) y *Vakhar* (2008).

470 ☛ **Jaisalmer** ●

Gulam Mohammed Sheikh (Guyarat, 1937). Pintor, poeta y crítico de arte. Entre sus libros se encuentra el poemario *Athwa*. Fue galardonado con el premio Padma Bhushan por el Gobierno de la India.

471 ☛ **Ladrones** ●

Girdhari Lal Malav (1937). Escritor de Rajastán. Entre sus libros publicados se encuentran la colección de cuentos *Kheenchdyan Ki Soram* y la novela *Ek Aur Bhagirath*.

479 ☛ **El poder de los sueños** ●

Indra Bahadur Rai (Darjeeling, 1927-2018). Novelista, cuentista, crítico literario. Pionero de la literatura en nepalí de la India. Su primer libro publicado fue *Vipana Katipaya* (1960) y el último *Pachila Chuniya Ka Lekh Haru* (2018).

485 ☛ **Pescado: una historia amenazante** ●

K. P. Ramanunni (Ponnani, 1955). Novelista y cuentista. Su primera novela, *Sufi Paranja Katha* (Lo que dijo el sufí), ganó el premio de la Sahitya Akademi en 1995, galardón que obtuvo de nuevo en 2017 con la novela *Daivathinte Pusthakam* (El propio libro de Dios).

498 ☛ **La decisión** ●

Musharraf Alam Zauqi (1962). Narrador, poeta, crítico y columnista. Escribe en urdu. Ha publicado más de treinta títulos, entre ellos once novelas y diecinueve libros de cuentos. Ha recibido, entre otros reconocimientos, el Krishna Chandra Award.

502 ☛ **La luna y Rahu** ●
Keisham Priyokumar (Manipur, 1949). Cuentista. Ha publicado cinco libros de cuentos. Entre sus publicaciones se encuentra el volumen *Nongdi Tarakhidare* (1995).

507 ☛ **Hello Maya** ●
Lalit Magotra (1944) Cuentista, dramaturgo, ensayista y crítico literario. Escribe en dogri. Ha publicado múltiples libros de cuentos. Por su libro de ensayos *Cheten Diyan Ga'liyan* ganó el premio de la Sahitya Akademi.

513 ☛ **Entre labios** ●
Desmond Kharmawphlang (1964). Poeta y folclorista, ha publicado colecciones de poesía y libros de ensayos teóricos sobre folclore.

515 ☛ **Poemas** ●
Kynpham **Sing Nonkynrih** (Cherrapunjee, Meghalaya, 1964). Poeta, escritor y traductor, escribe en khasi e inglés. Trabaja como lector en el Departamento de Inglés de la Universidad North-Eastern Hill (NEHU), en Shillong. Edita el boletín universitario *NEHU News* y la primera revista de poesía en khasi, *Rilum*.

518 ☛ **La visión de Arjuna como imagen poética** ●
Elsa Cross (Ciudad de México, 1946). *Nepantla* (Era, 2019) es su libro de poesía más reciente.

529 ☛ **Literatura antigua de la India** ***[Compilación]*** ●

552 ☛ **Poemas** ●
Rabindranath **Tagore** (Calcuta, 1861-1941). Fue distinguido con el Premio Nobel de Literatura en 1913.

PREMIO FIL DE LITERATURA EN LENGUAS ROMANCES

555 ☛ **Poemas** ●
David Huerta (Ciudad de México, 1949). Es el ganador este año del Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances. Su poesía fue reunida en 2013 en dos volúmenes con el título *La mancha en el espejo* (Fondo de Cultura Económica).

Arte

somos opuestos así

Himali Singh Soin (Nueva Delhi,1987). Escritora y artista. Divide su tiempo entre Londres y Nueva Delhi. Usa metáforas relacionadas con el espacio exterior y el entorno natural para construir cosmologías imaginarias de interferencias, enredos, profundos vacíos, escombros, retrasos, alienación, distancia e intimidad. Al hacer esto, analiza detenidamente la pérdida ecológica y la pérdida del hogar, y busca refugio en algún punto de la radicalidad del amor. Sus especulaciones se realizan en entornos audiovisuales inmersivos. Con la pieza que se presenta aquí, *we are opposite like that*, ganó este 2019 el Frieze Artist Award. Ha expuesto, desde 2013, en galerías de Nueva Delhi, Nueva York, Londres, Chicago, Oslo, Moscú, Ciudad de México, Riga y Liverpool, entre otras ciudades.

• PÁRAMO •

Cine

- **Hitos del cine indio** • Hugo Hernández Valdivia 557

Libros

- ***Nepantla:* una sonoridad en sí misma** • Silvia Eugenia Castillero 559
- **Contra la indeterminación ontológica** • José Israel Carranza 561
- **Zurcir el tiempo** • Alonso Tolsá 563
- **Camino a casa: poesía y recapitulación en Juan Carlos Abril** • José Homero 565
- **En Atípica Editorial leen, escriben, hacen libros** • Víctor Ortiz Partida 568

Lecturas

- **Laberíntica ciudad. Sobre algunas líneas de David Huerta** • Gustavo Íñiguez 570
- **La India caribeña de V. S. Naipaul** • Alejandro Espinosa Fuentes 574
- **Sobre los componentes sinestésico y escrito de la experiencia mística en Victoria Cirlot** • Luis Jorge Aguilera 576

Plástica

- **Martha Pacheco: entre el realismo y la marginalidad** • Baudelio Lara 582
- **Cámara en mano, en la India** • Julieta Marón 585

Música

- ***(In)tensa calma*** • Gamaliel Ruiz 587

In memoriam

- **Enrique Servín (1958-2019)** • Françoise Roy 589

Primera lectura

- **Una migala sobre el tablero del poema** • Luis Armenta Malpica 592

Zona intermedia

- **India: ciertas paradas, ciertas miradas, ciertas realidades** • Silvia Eugenia Castillero 596

Visitaciones

- **La India y el amor** • Jorge Esquinca 603

Sigilosos v(u)elos

- **Arrebato** • Verónica Grossi 605

Polifemo bifocal

- **Ludwig Zeller (1927-2019)** • Ernesto Lumbreras 606

Anacrónicas

- **Las cosas que digo son ciertas** • María Negroni 608

Encrucijada

- **Mundo Real, treinta años después** • Alfredo Sánchez G. 611

www.luvina.com.mx

Luvina Joven Radio

Radio Universidad de Guadalajara (104.3 FM) / radio.udg.mx / Domingos, 15:00 hrs.

Mangalesh Dabral

Los lugares que quedan

En estos días, olvido cosas todo el tiempo, las pierdo,
pierdo mi pluma, no encuentro mis lentes,
hace un segundo, en algún sitio, vi el color azul,
ahora no sé a dónde se ha ido.
Olvido responder cartas, pagar mis deudas,
darles a mis amigos un hola y un adiós,
lamentando que mis manos sigan llenas de trabajo
que poco tiene que ver conmigo.
A veces, habiendo olvidado algo,
no puedo recordar siquiera olvidarlo.

Mamá solía decirme que fuera a los lugares
donde me había quitado, había visto o guardado esas cosas
por última vez.
Así las encontraba normalmente, emocionado.
Mamá solía decir que estas cosas, dondequiera que estén,
crean un lugar propio y no lo sueltan fácilmente.
Ahora Mamá ya no está conmigo,
sólo queda su lugar.

Las cosas se pierden pero sus lugares permanecen,
se mueven con nosotros toda nuestra vida.
Nosotros nos vamos a otra parte, abandonando nuestras casas, a
[nuestra gente,
el agua, los árboles,
como una piedra que tenía, que el agua arrastró de una montaña;
esa montaña aún ha de conservar un mínimo lugar.
Mientras tanto, mi ciudad fue sumergida por una presa enorme.
Han creado en su lugar otra ciudad
pero yo dije: ésta no es, mi ciudad es ahora un sentimiento vacío.

Las cosas suceden y luego pasan
pero donde pasaron, esos lugares se acumulan,
esos lugares van conmigo,
recordándome todo lo que he olvidado
y todo lo que he perdido.

Los desaparecidos

En los urinarios, y otros lugares frecuentados en esta ciudad
Aún nos topamos con carteles de la gente desaparecida
Que calladamente salió de su casa hace muchos años
A la edad de diez o doce
Se les muestra dueños de una altura promedio
Tez como de trigo u oscura pero nunca clara
Llevan pantuflas de goma
La cicatriz en el rostro de alguna vieja herida
Sus madres aún los lloran
Finalmente se menciona que quienquiera
Que dé noticias sobre los desaparecidos
Recibirá una adecuada recompensa

Pero nadie puede identificarlos
Ya no se parecen a las imágenes desvaídas
En esos carteles
Sobrescrita ahora su tristeza inicial
Por el soportar del sufrimiento
Sus rostros reflejan las estaciones cambiantes de la ciudad
Comen poco duermen poco hablan poco
Sus domicilios siguen cambiando
Enfrentando los días buenos y los malos con ecuanimidad
Habitan su propio mundo
Mirando con ligera curiosidad
Los carteles que los registran desaparecidos
Que sus padres siguen circulando de vez en cuando
Donde siguen teniendo
Diez y doce años.

Manifiesto para asesinos

Sí, sabemos
lo arteros y taimados que somos
Sabemos
cuántas mentiras hemos dicho
Sabemos
a cuánta gente hemos matado
a cuántos golpeado
a cuántos hostigado sin razón
Y no,
no hemos perdonado a las mujeres o los niños.

Cuando la gente llora y gime
les robamos sus hogares
A la vista de todos ocurre nuestro trajín

y sin ser visto
Nadie sabe mejor que nosotros
los detalles cruentos de nuestros actos.

Por eso no nos preocupan
los que saben la verdad sobre nosotros
Sabemos
que nuestra estrategia depende de los muchos
que saben muy poco de nosotros
o no tienen la más remota idea
Y los muchos que sí saben
convienen en que es para bien esto que hacemos
Y quisieran ellos
poder hacer lo mismo.

Versiones de Adriana Díaz Enciso, a partir de las versiones del hindi al inglés de Akhil Katyal («Los lugares que quedan»), Asad Zaidi («Los desaparecidos») y Daisy Rockwell («Manifiesto para asesinos»).

Ashok Vajpeyi

En los huesos de nuestros ancestros

Vivimos en los huesos de nuestros ancestros

escogemos una palabra
y la sintaxis de un siglo pasado
se altera,
abrimos una puerta
y el sonido hace eco en algún lugar de una casa antigua

vivimos como gusanos
bajo una gruesa capa de plantas

dejamos a nuestros hijos
con nuestros ancestros
cuando vamos a trabajar.

Llevamos en canastos
nuestras cargas y el tiempo.
Nos alimentamos simplemente,
bebemos agua fría y caminamos
a lo largo del sendero hacia la eternidad
desvaneciéndonos gradualmente
fuera de la escena
tanto que si alguien mirara

no podría saber
que alguna vez existimos.

Vivimos en los huesos de nuestros ancestros

Mallikarjun Mansur

Marcando su propio ritmo
Mallikarjun Mansur entra
tarde
y marcha antes de tiempo
antes de un tiempo lleno de confusiones, plagado de heridas,
que se está volviendo cada vez más intrascendente,
un tiempo que lo sigue
cuando se arrastra
indigente y lisiado
y pide limosna con manos extendidas
jadeante
Mallikarjun Mansur
de edad avanzada pero con la frente en alto
se inclina sobre
la muerte
pone una mano en su hombro
se detiene y enciende un *beedi*
luego comienza a caminar una vez más hacia un nuevo
destino

sus santas manos no toman nada para ellas
sólo dan dondequiera que vayan
y así va alegremente por el ancho mundo
si Dios
viniera por aquí
no podría
hacerse una idea de Mallikarjun Mansur

Shubhsrava

Hay un río mencionado en los *Puranas*, llamado Shubhsrava. Un río antiguo: quién sabe qué bosques desconocidos atraviesa. Qué tipo de vegetación crece en sus orillas, qué afluentes vienen y se fusionan con él. Dónde está su origen: cuán pequeño, casi imperceptible. Insustancial al principio. Gradualmente toma la forma de un río. Lleno de agua, lleno de plantas, lleno de peces. Lleno de sonido y rebosante de olas de belleza. Un río de infancia: un río joven en la morada de los antiguos. Un río intocado por los dioses. Un río intocado por la geografía. Un río de sólo palabras. Un río hecho de palabras. Un río que fluye junto a lo puro y radiante, luego desaparece. Un río llamado Shubhsrava, aún sin nombre. Un río sostenido en la escritura de un dios infante. Un río imposible, un río escondido, desaparecido. Un río en Shubhsrava: un río en cada río. Fluyendo desde los *Puranas* hasta estas palabras: un río, Shubhsrava

Kedarnath, El poeta

Kedarnath Singh fue quizá el más activo poeta veterano hindi de su época. Era suave pero firme; fue el más premiado y el más honrado, pero también el más humilde y amoroso ser humano. Fue amigo de muchos y a muchos ayudó, siempre dispuesto a compartir las preocupaciones y el dolor de los colegas. Era determinado y sin ambigüedades en su compromiso, pero estaba lejos de mostrar esto como una virtud a los demás. Era medido, pero un poco impaciente en estos días; solía mirar su reloj de vez en cuando en las funciones públicas, pero siempre esperaba. Cualquiera podía notar fácilmente en él una ansiedad serena y una inmensa curiosidad por el mundo, pero también una ausencia sorprendente de la necesidad de juzgar a los demás y autoproclamarse el mejor.

Kedarnath Singh era, de hecho, el *Ajaatshatru* (Inconquistable) de la poesía hindi. Difícilmente hablaba con amargura o dureza de alguien. A pesar de ser progresista, era cercano a Agyeya y era su admirador. Era un poco conservador en sus propios gastos, pero liberal de corazón.

Se contaba entre los poetas cuya modernidad cívica nunca fue criticada por ningún arrebato o altercado, pero que nunca olvidaron sus raíces nativas. Como Sarveshwar Dayal Saxena nunca olvidó el río Kuano de sus días de infancia, Kedarnath tampoco olvidó el Manjhi ka pul. En sus poemas,

personajes como Tolstói o Noor Mian podrían entrar fácilmente. Él era de esos modernistas, los muy raros, que nunca abandonaron sus tempranos rasgos de lirismo. En cambio, ese lirismo lo transformó en narrativa moderna. Su poesía, con frecuencia, ha sido sometida a escrutinio intelectual, pero nunca sometió su poesía a ningún tipo de intelectualismo.

Lo conocí en Allahabad, en el *Sahitykaar Smmellan* que se realizó en 1957. También recuerdo que era un gran admirador del poeta británico Dylan Thomas, del poeta estadounidense Wallace Stevens y del poeta francés René Char. Había traducido a alguno de ellos. Quizás adquirió su lirismo lúcido bajo la inspiración de estos poetas. El título de su primera colección de poemas, publicada por la editorial del escritor Markandya, fue *Abhi, Bilkul Abhi* (Ahora, justo ahora). Su frescura e inmediatez continuaron en sus trabajos posteriores. Él podía llevar las cosas y los personajes más ordinarios a sus poemas e iluminarlos con su brillantez poética. En cierto sentido, su poesía siempre se mantuvo tan fresca y nueva como «ahora, justo ahora».

Sin duda, la de Kedarnath fue una poesía de amor y apego mundano, y a pesar de sus ironías, los celebra profundamente. Difícilmente hay otro poeta de su generación en hindi cuya poesía esté tan bien construida desde el principio hasta el final. Nunca se dejó llevar por la inercia ni se deslizó hacia la inmadurez. Una vez me quejé con él: «Aap kavita ko es kadar sanyamit kar dete hain ki unmen apke kachhe-risate ghao kabhi nazar nahin aate» (Controlas tus poemas de tal manera que tus heridas sin cicatrizar y aún supurantes nunca se asoman en ellos).

Fue el «Ruhe-ravan» de las reuniones literarias en Delhi. Nunca olvidaremos su alegre compañía y su camaradería «Kam kharch Bala nashin». Sus manos cálidas, sus ojos curiosos y sonrientes, su disposición entusiasta para hacer que el mundo fuera mejor y más bonito, cada gesto suyo sigue siendo inolvidable.

Su vida física de ochenta y cuatro años llegó a su fin, pero la segunda vida de su poesía acaba de comenzar. Y, sin duda, esta segunda vida será mucho más larga que su vida física. Su poesía seguramente lo sobrevivirá •

Versiones de Víctor Ortiz Partida, a partir de las versiones del hindi al inglés de Rahul Soni («En los huesos de nuestros ancestros», «Mallikarjun Mansur» y «Shubhsrava»)y de Rahul Rajesh («Kedarnath, el poeta»).

Leeladhar Jaguri

Una carta del interior

Por favor no guardes nada adentro de esta carta
Ni tus ideas ni tus recuerdos
Por favor no guardes nada adentro de esta carta
Ninguna huella de tus relaciones
Dolores ni quejas
Ni la promesa de la siguiente reunión
Ni desvaríos domésticos
Ni tu firma
O esta carta podría ser censurada
Por favor no guardes nada adentro de esta carta

Es porque aquellos que no tienen «hogar»
Los indefensos son los más sospechosos

En un lado del frente el nombre y la dirección de quien recibe
A la vuelta el nombre y la firma del remitente tienen que estar

La propia noticia desea seguridad
Por favor no guardes nada adentro de esta carta

El remitente sabe
Lo que no ha sido escrito
Por qué no ha sido escrito, el lector lo sabrá.

Él también descifrará el espacio en blanco
La letra única que se le adjudicaría a quien sea
Por favor no guardes nada adentro de esta carta:

Ni una palabra explosiva
Ni la noticia del parto;
Ni la noticia de una desaparición repentina
Ni la intención de divorciarse:
Por favor no guardes nada adentro de esta carta.

Toda la táctica, la misiva completa
Es la cara sin sangre del cartero
Que a diario recibe una estampilla
Y ni siquiera se la puede echar al buzón por la noche.

Una noticia

Con bastante frecuencia
Los terroristas se esconden en los campos de caña de azúcar a los lados
[del camino

Por eso los cultivos de caña de azúcar se queman.

Inmerso en pensamientos profundos, Ramdeen dijo...
La caña puede convertirse en caro piloncillo, azúcar cara
La caña puede estar infectada por insectos
Un tipo similar de dolencia son los terroristas que se esconden en los [campos de caña.

Sulahdeen dijo...
No es de extrañar que la caña de azúcar sea mucho más terrible
Que el fantasma del árbol Peepal.

Matadeen dijo... el empleo nace de la caña de azúcar
Y el terrorista se esconde en cada empleo.

Ramdeen también replicó...
Pero si los terroristas igualan la cantidad de papas
Las balas de pólvora se dispararían desde las papas
Supongamos que se esconden en los cultivos de *arhar*
Que se esconden en los arrozales
Habría terroristas por todas partes en toda la región agrícola.
Son inflexibles y aumentan en tan grande cantidad
Que afectan a los vegetales como los insectos

Entonces, hermano Matadeen, ¿cuántas de nuestras cosas deberíamos [quemar?

Canción de los deseos de una mujer anciana

Yo era casi una niña
Qué bueno era el aire.
Cuando salí de casa
El herrero me dio una hoz
Yo corté la hierba con ella.
La vaca me dijo: ¡toma leche!
La batí hasta hacer mantequilla
Encendí la lámpara con ella
Una polilla se acercó a la lámpara.
Aprendí lo que era arder.
El dolor que me produjo
Dio paso a las lágrimas
No moldeó nada con las lágrimas;
No le interesaban los ornamentos.
Las luciérnagas brillaban en la hierba y en las hojas.
En lo profundo de mí había un horno
Cuando entré en la casa
Las luciérnagas estaban encantadoras
Tanta noche se había reunido ahí adentro.

Versiones de Víctor Ortiz Partida, a partir de las versiones del hindi al inglés de Jaiwanti Dimri.

Anamika

Celular

Soy una llamada perdida de la Luna.
Con el tenue temblor de los besos sin terminar
Entrego mensajes. En mí revolotea una antigua paloma
Que lleva mensajes de casa y de inversionistas desconocidos
Y no puedo evitar tratar ambos a la par.
Soy libre, pero «se aplican términos y condiciones» a mi libertad
Porque tengo un jefe. Sólo bajo su pulgar puedo llamar a cualquiera,
Y sólo en su bolsillo puedo viajar al sol.
Todo el día juega conmigo e incluso de noche
No me deja ser. Escondida dentro de su almohada Canstar
Me desmayo, pero en un segundo me conecta.
Él no conoce ni un solo corazón en esencia,
Entonces quiere fingir que los conoce a todos
Y el mundo no puede prescindir de él
Soy su pequeño universo
En mí corren paralelos lo personal y lo político,
Lo real y lo surreal, los centros comerciales y el Meenabazar
En otras palabras, soy bastante parecida a las calles en la antigua
[Bagdad
Antes de los bombardeos estadounidenses.

Selfie

En Chittor, en un patio cubierto de barro,
Encontré a Meerabai llevando a su Señor Govinda
De un tamaño tan grande como el corazón humano,
Sumergiéndose a la izquierda, luego a la derecha, en el caos.
Al ver sus intentos en esa tarea
Por primera vez en mi vida
Sentí la necesidad de tomarme una *selfie*.
Diligentemente mis hijos me habían enseñado cómo tomarla.
Pero nunca me había atrevido, preguntándome
Cómo podría un simple clic capturar todo lo que el yo contiene
La gota y el océano, la hormiga y la montaña,
El sol y la luna y los cinco elementos,
Los fuertes vientos, las corrientes de agua,
Las nubes de lluvia y el rayo:
Tal panorama, el vasto firmamento,
¿Cómo podría un solo clic capturarlo todo?
Incluso si esto es un rumor, al menos del que yo soy testigo,
De que mi yo loco y nebuloso sigue deslizándose por el tobogán
De un extremo del universo al otro, un laberinto de pensamientos.
Casi imposible de capturar
Desde el último de muchos nacimientos, he sido cardadora de algodón
Peinando dilemas con tanta fuerza que se esponjan:
Debilitada lana de algodón extendida: ése es mi Ser.
¿Cómo podría quedar esto en el encuadre de un clic? ¿Y por qué
[debería encuadrarse?
Pensé, hasta que finalmente encontré a Meerabai,
Me acerqué a ella, incliné la cabeza hacia su hombro.
Pero antes de que pudiera disparar, Meera me tocó con cariño
Y olvidé por completo lo que me había llevado a ella.
Eones de agotamiento se reunieron en busca de descanso, y me dormí
[en su magnífico hombro
Me olvidé de la *selfie* y del ser y no me importó nada más.

Versiones de Víctor Ortiz Partida, a partir de las versiones del hindi al inglés de la autora («Celular») y de Malashri Lal («*Selfie*»).

La espera
[fragmentos]

Usha Akella

3

No me reconozcas,
No me encuentres, te ruego,
No vengas,
No llames, te suplico.

No seas el perfume en todas las cosas,
la huella del pulgar, la firma,
No me marques como tuya,
No te quedes a la puerta de mis ojos
mirando hacia el mundo,
No seas el nacimiento de mi respiración,
No seas la pantalla de mi mente,
La tinta de mi pluma,
No seas bondadoso.

No seas un puesto de avanzada en mi corazón,
No entres,
No ocupes esta casa,
No me tomes de la mano,
No me tengas cerca,
No seas el presente
o el pasado,
No te vuelvas mi futuro.

No seas los poros de esta piel,
No seas esta soledad,
No seas el espacio entre mis palabras,
No seas la esencia de todas las enseñanzas,
No vayas al mundo,
No regreses a mí,

No busques a través del tiempo,
No me seques las lágrimas,
ni mantengas mi angustia temblando como un ciervo en una [cerca,
Y luego te desvanezcas en el éter como voluta de incienso.

No seas el oro de mi alma.
No seas las horas del día,
No seas los latidos de mi corazón,
No seas las estaciones que cambian,
No seas el polvo en mis suelas.

No sonrías,
No seas gentil,
No seas el cielo nocturno bajo el que yazgo,
No seas la promesa de las estrellas
Ni los juegos de la luna,
No vengas muy tarde, no vengas muy pronto.

No seas el sol naciente
y sus ropajes de calor,
No seas el sol poniente
y sus ropajes de sueño,
No seas la incandescencia de mis sueños.

No seas la simplicidad del niño,
No seas la risa en el viento
y el fuego que arde en mí,
No seas el abrazo contra las mareas de la vida,
No seas el sol que me da luz,

No des nombres
como puentes para encontrarte,
No dejes tus huellas como claves,
No marques el universo con tus signos,
No me llames «mía».

No me bendigas
y quites tu mano de mi cabeza,
No dejes mi corazón vulnerable
como un becerro recién nacido,
No me dejes viviendo,
No me dejes muerta.

No seas las ramas
precipitándose hacia el cielo,
No seas el tronco plantado en la tierra,
No seas la entrega de las flores,
No seas el gusano volteando la tierra
o la mariposa desafiando al aire,
No seas la bendición de las hojas que caen,
o el aceite en el que ardo,
No seas la hierba hollada bajo mis pies,
No, no seas la semilla en mi corazón
ni el río en mis venas,
No seas mi placer ni mi dolor,
las cosas que pierdo, las cosas que gano.

No seas el camino por el que viajo,
ni el incienso de los días,
No seas la paciencia entre los encuentros,
No seas las cosas que no dice este poema,
No seas mi espera,
No seas mi obediencia,
No me enseñes entrega,
No seas la humildad que rechaza este poema,
No seas el silencio escudándonos del mundo,

No me enseñes control,
No seas gentil mi Maestro,
No me derritas en fuegos ocultos,
No tires de las cuerdas como un titiritero.

Me estoy quebrando quebrando quebrando.

4

Esta espera:
como una serpiente enroscada
en el vientre,
como un lago congelado,
como un nido de pájaros que no vuelan,
que nacen ciegos picos abiertos,
como una bestia salvaje
desgarrándome en dos,
como ortigas, zarzas, espinas
como una mimosa,
como un reloj que se ha detenido,
un espejo en llamas.
                Y los ojos, húmedos
como trapos mojados en aceite.

16

En toda esta escritura
                oigo tu risa:

                Cayó sobre mi mano, marcó una letra.
Juro que ardía, cantaba, bruñía y se desvaneció
como una linterna en la noche negra
frente a mis ojos atónitos,

se fundió, destelló, se desvaneció,
fue un acto sobre mi corazón gregario,

¿o era mi piel respirando tu nombre?

20

Había hojas cayendo esta mañana
una por una,
como sílabas sin acento muy apartadas en una frase,

Y ahora
un poco
más rápido,
hacia
la
tierra
como deshechos de mariposas caramelo
invirtiendo
la dirección.

Hay en esto una metáfora que sé,
Porque todo fulgura de poesía,
Como: Voy cayendo hacia ti.
Como: Todo termina en la tierra,
Como: Mi estación está cambiando.
O
¿Me atrevo a caer hacia ti?
¿Me atrevo a terminar en la tierra?
¿Me atrevo a cambiar con la estación?

¿Te atreves tú?

26

Has retirado tu color,
Como una aguja que se desenhebra,
tinte que se va de una tela,
la marea retirándose de la orilla,
lluvia de una nube, calor del fuego,
humedad del agua,
negro del carbón, rareza de una
orquídea, fragancia del sándalo.

Yo: un pájaro cayendo abajo, abajo, abajo,
una rueda que se va deteniendo,
o una rueda que gira otra vez.

Tres pasos,
¡y estoy de regreso!
una mariposa en un capullo.

Una conocida voz pequeña, pequeña,
contrariada,
la voz que condiciona, no perdona, necesita esto o
aquello
viene a estrecharme la mano.

¿Qué fue todo eso?
¿A qué regresé yo? ¿A dónde me llevaste?
¿Eras real?

¿Cuándo ascenderemos otra vez?
¿Quién lleva a quién?

Versión del inglés de Elsa Cross.

Octavio Paz y la India

Minni Sawhney

Octavio Paz ha sido el intelectual latinoamericano más famoso que se ha relacionado con la India. Fungiendo como agregado cultural en 1952 y embajador de 1962 a 1968 en Nueva Delhi, la obra de Paz es un punto de referencia acerca de ese país desde el academicismo occidental. En sus escritos, que a menudo han generado reñidos debates tanto en la India como en México, ha sostenido que pretende ofrecer un criticismo trascendente o explicaciones globales de los fenómenos, y que no desea inmiscuirse en políticas partidistas. Dado que no clasificó los temas de la India con base en la marginalidad y la carencia, los académicos indios se han visto tentados a verlo desde la lente del orientalismo (como a Edward Said) y no del postcolonialismo. Por otro lado, se debe mencionar que el orientalismo hispánico tiene una tradición de pluralidad y apertura, así como un pasado inclusivo con raíces en las culturas árabes del norte de África, y muchos escritores latinoamericanos como Paz se han impregnado de dicha tradición. Su propio continente y su modernidad han sido objeto de las interpretaciones racistas de los pensadores europeos durante el medio siglo previo a las independencias y por ello se han vuelto sensibles a las disyunciones de otro tipo de modernidades. Su inspiración y su metodología han consistido en comparaciones, analogías, fusiones y repeticiones rescatadas del movimiento europeo del surrealismo; en este sentido, han tratado de levantar puentes entre la modernidad india y la de sus propios países, encontrando en esta última puntos de referencia viables para la vida contemporánea. He intentado describir la metodología que usó Paz en su análisis de la India, así como en su imaginería, para mostrar su conexión personal con el país. El análisis de América Latina no forma parte de mi discurso. Las culturas mi-

lenarias se atraen entre sí porque, contrario al orientalismo, encuentran similaridades entre ellas en lugar de dicotomías.[1]

Las categorías de análisis de Paz difieren considerablemente de la rúbrica orientalista que estudiaron autores como Edward Said o Ronald Inden. Contrario a los indólogos, no se enfocó solamente en la antigua India, y al estudiarla no lo hizo con idealización apresurada; no se concentró únicamente en el hinduismo, sino también en el budismo, y cuando observó a la India moderna, la cosmopolita cara exterior no lo distrajo. Paz nunca posicionó a Oriente como opuesto a Occidente, y tampoco lo miraba como una masa homogénea: su interés en diversas culturas como la japonesa es bien conocido. No hizo una cosificación del carácter nacional de México o la India; siempre enfatizó que el carácter mexicano era el resultado de su historia y sus circunstancias. La India lo sedujo porque inmediatamente pudo ver su singularidad, una característica que también México tiene. En sus propias palabras:

> *el hecho de ser mexicano me ayudó a ver las diferencias de la India [... desde mis diferencias de mexicano. [...] puedo comprender, hasta cierto punto, qué significa ser indio porque soy mexicano.*[2]

En *El laberinto de la soledad* (1950) aborda la personalidad reservada y disimulada del mexicano y las máscaras que usa para esconder su verdadero yo. Atribuye estas características a la alienación distintiva de una sociedad que ha entrado a la modernidad con demasiada prisa. El remedio que propone es el diálogo con el mundo para recuperar el pasado.

En *Vislumbres de la India* (1995) dibuja una analogía con la reticencia y el sistema de castas como mecanismo de defensa para mantener fuera el mundo exterior. Según Paz, la India ha diseñado un ingenioso método propio basado en la naturaleza, el cual giraba en torno a la pureza y los hábitos alimentarios. La palabra en hindi es *jati*: especies que se originaron en el mundo natural, cada una de las cuales tiene su lugar

---

1 Julia Kushigian, «The Politics of Orientalism and Self-Orientalism in a South-South Dialogue: Revisiting Hispanic Orientalism from Said to Sarduy», *Sur South, Poetics and Politics of Thinking Latin America/Indian*, ed. de Susanne Klengel, Iberoamericana / Vervuert, Madrid, Fráncfort, 2016, p 100.

2 El original en español se obtuvo de *Vislumbres de la India*, de Octavio Paz, Círculo de Lectores, Barcelona, 1995. (*N. del T.*).

en la estructura, y el trabajo está dividido consecuentemente. Lo que se pretende no es un punto de fusión de razas como en Estados Unidos, sino la integración de cada especie en un sistema más grande. Sin embargo, una de las consecuencias negativas fue la superioridad de unos sobre otros. Asimismo ha sido una manera de encajar el flujo de la vida en una estructura atemporal. En el sistema de castas indio, Paz hizo una reflexión acerca del mito de Edipo, dado que la necesidad de encontrar una diferenciación con el mundo exterior ha sido anulada: no fue necesaria la diversidad porque todo ha quedado en familia. El sistema de castas ofrece protección contra el cambio como el útero de una madre. En contraparte, las sociedades occidentales contemporáneas valoran el cambio y la individualidad. Sin embargo, a pesar de este contexto, Paz añadió que estaba lejos de ser un defensor del sistema de castas, pero era hipócrita que las sociedades capitalistas juzgaran el sistema cuando ellas habían creado uniformidad pero no equidad: él reprochaba a las sociedades modernas y al capitalismo por la falta de equidad (pp. 57-66). Las ideas de Paz sobre castas y nacionalismo en India y su aseveración de que la estratificación de castas no conducía al nacionalismo causaron molestias en algunos círculos. Su apreciación, no obstante, se basaba en el presupuesto de que la ideología nacionalista, al menos en su homóloga europea, era exclusiva, mientras que el hinduismo incluye comunidades y tribus.[3]

Tendencias surrealistas en los textos de Octavio Paz sobre la India

Varios estudiosos de Latinoamérica consideran el surrealismo, con énfasis en su automatismo, el privilegio de la anarquía, la valorización de

3 En palabras de Paz: «La oposición entre historia y casta se convierte en enemistad moral cuando la historia asume la forma del progreso y la modernidad. Al hablar de modernidad no me refiero solamente al liberalismo democrático y al socialismo, sino a su rival: el nacionalismo. Las castas constituyen una realidad indiferente a la idea de *nación*. El moderno nacionalismo hindú, según se verá más adelante, amenaza a la casta porque sustituye la diferencia específica que constituye a cada casta por su realidad ideológica que las engloba a todas. El nacionalismo erosiona las diferencias entre las castas que son una razón de ser, como la democracia erosiona el concepto jerárquico que las sustenta. La modernidad en sus dos direcciones es incompatible con el sistema de castas» (Paz, *op. cit.*, pp. 67-68).

imágenes oníricas y, por supuesto, su antiimperialismo en la literatura y las artes, como un movimiento que va en pos de su propia alma. Técnicas de desplazamiento metonímico y *collage* son endémicas del arte y la literatura latinoamericanos. Los surrealistas se dejaron guiar por motivos inconscientes más allá de la razón. Si estas tendencias son características de la escritura de Paz, podemos ver que las críticas del orientalismo que le atañen poseen las mismas técnicas de condensación y desplazamiento que Freud identificaba en los sueños.

Hugo J. Verani apunta que el compromiso de Paz con el surrealismo es una forma de conectar con otros tiempos y circunstancias y para mejorar percepciones de la otredad. Paz fue poeta, un *flâneur*, un observador andante de la modernidad, desencantado del capitalismo y su consiguiente avaricia, quien conectó a través de sus viajes varios grados de conciencia. Él nunca renunció a su compromiso con la historia y la política al escribir poesía; el surrealismo fue uno de los pilares en los que se apoyó para sustentar su tesis de que no encontraba ninguna contradicción entre sus creencias y la poesía. Como él mismo escribe:

> ***La diferencia con las otras tendencias o, más bien, la superioridad del surrealismo sobre ellas, es de orden espiritual [...] el surrealismo guardó intactos sus poderes de indignación moral. Fue un foco secreto de pasión poética en nuestra época vil.***[4]

La influencia del surrealismo es evidente en los escritos de Paz: curiosas yuxtaposiciones, imágenes inusuales y combinaciones artísticas que utilizó para ilustrar fenómenos en México y la India, o en el hinduismo y el cristianismo.[5] Paz tenía en mente «una sintaxis universal de civilizaciones». Las paridades que hizo en la India las estructuró en *cuerpo* y *no cuerpo*; fue entonces que comenzó una serie de comparaciones. En el budismo tántrico y en el protestantismo encontró similaridades, ya que ambos eran movimientos reformistas, pero mientras que el budis-

---

4 Hugo J. Verani, «Octavio Paz: El poeta como caminata», *Octavio Paz entre poética y política*, ed. de Anthony Stanton, El Colegio de México, México, 2009, pp. 38-64.

5 El poeta y crítico mexicano Adolfo Castañón ha comparado en este sentido un pasaje sobre mujeres en Sundarakunda, del *Ramayana* (traducido al español por Juan B. Bergua), con un pasaje de *El mono gramático* de Paz. El objetivo de Castañón es ilustrar el trabajo de recreación poética que Paz llevó a cabo en sus lecturas de la vida en la India y de la literatura clásica. Adolfo Castañon, «*El mono gramático*: cima y testamento», *Letras Libres,* núm. 183, pp. 42-45.

mo estaba comprometido con el hinduismo, el protestantismo era una ruptura dentro de la cristiandad. Mientras el budismo tántrico significa fusión, el protestantismo es una ruptura y significa una separación, y esto es especialmente claro en los hábitos alimenticios. El banquete tántrico está marcado por el exceso; en cambio, el plato protestante es frugal. En *Figuras y figuraciones*, una compilación de poemas, bocetos y fotografía de Paz y su esposa Marie-José, nos encontramos con el poema «India», en el que se versa: «donde arden y brillan las millares de velas / que, cada noche, los devotos / lanzan a navegar por lagos y por ríos».[6]

Para aquellos familiarizados con el imaginario de la India, las velas en el río sugieren la ciudad sagrada de Varanasi. En *El mono gramático*, un libro de veintinueve capítulos a menudo considerado un poema largo, la aldea de Galta es su sitio de trabajo, pero la narración gira de Churchill Collage, Cambridge, a los mercadillos aztecas en la histórica Ciudad de México y nuevamente a las ruinas de un antiguo fuerte de un pueblo de carretera secundaria a medio camino de Agra a Jaipur.

En un poema como «Himachal Pradesh» coexisten varios periodos históricos, lugares y situaciones. El tono es ligeramente crítico en el orden de palabras:

> *el* barrister *de Nagpur pesca al extranjero y en un inglés esmerado le ofrece un trago, un cesto de ciruelas de su huerta, un mapa, un almuerzo de curri, noticias verídicas del país, el balcón de su casa con una vista única [...] Su mujer lo observa, oblicua, mascullando injurias en hindustaní.*[7]

La meta principal de Paz siempre fue la investigación de la identidad mexicana y dirigía la mirada hacia la India buscando ideas para entenderla mejor. Como se puede ver en obras como *El ogro filantrópico* (1979) y *Postdata* (1970), Paz estaba decepcionado y receloso del estado de la burocracia, tanto en México como en la Unión Soviética; pero notablemente también lamentó la abdicación de los poderes europeos durante la Guerra Fría, cuando dejaron a Estados Unidos tomar todas las decisiones relacionadas con la seguridad.

---

6 Extraído del original en español de *Figuras y figuraciones*, de Octavio Paz y Marie-José Paz, versión digital. (*N. del T.*).

7 El original en español se obtuvo de *Obra poética* de Octavio Paz, vol. I, Fondo de Cultura Económica, México, 1997, p. 375. (*N. del T.*).

En sus escritos acerca de México, comenzando con *El laberinto de la soledad* (1950), Paz se remontaba a la época precolombina para buscar respuestas a las interrogantes del México moderno. En su encuentro con la modernidad de la India siguió la misma metodología.

Su interés en el hinduismo y el budismo lo llevaron a escribir *Corriente alterna* (1967), *El mono gramático* (1974), *Conjunciones y disyunciones* (1969) y *Vislumbres de la India* (1995). Usó la comparación para encontrar pistas en el hinduismo antiguo y relacionarlas con las civilizaciones ibérica y azteca. Su trabajo sociológico y literario se apoyaba fuertemente en la antropología francesa, el *Tristes tropiques* (1955), de Claude Lévi-Strauss, fue la base del estudio de Paz *Claude Lévi-Strauss o el nuevo festín de Esopo* (1967). En este libro, Paz establece las bases de la metodología que usó para hacer las transferencias y analogías entre culturas. Así como su mentor Lévi-Strauss, Paz utiliza los mitos de culturas diversas y, aplicando teorías antropológicas, forma un *corpus* de ideas, una red interpretativa por la cual cada verdad se vuelve convertible de una civilización a otra para así detectar una estructura universal.

El mediador entre civilizaciones puede ser un antropólogo, un diplomático o hasta un *flâneur*, el escritor andante y observador, una figura emblemática de la modernidad. Éstos fueron los representantes de una cultura particular que convirtieron oposición en reconciliación mediante el recurso de permutar y combinar. Como Lévi-Strauss, Paz usaría también las analogías para comparar civilizaciones, y sus poemas y ensayos abundan en referencias a la India.

Las paradojas y metáforas fueron herramientas que Paz usó al unísono en sus comparaciones de diferentes civilizaciones. En *Conjunciones y disyunciones* (1969) expone conceptos ordenados en pares contrastantes: lo represivo y lo explosivo, el erotismo y la indiferencia que se manifestaban en diferentes épocas y culturas. En sus propias palabras:

> ***Otra vía de absorción, transformación y sublimación: el tiempo cíclico. La fecha que regresa es de veras una vuelta del tiempo anterior, una inmersión en un pasado que es, simultáneamente, el de cada uno y el del grupo. La rueda del tiempo, al girar, permite a la sociedad la recuperación de las estructuras psíquicas sepultadas o reprimidas para reintegrarlas en un presente que es también un pasado.***[8]

8 Fragmento del original en español obtenido de «Conjunciones y disyunciones», de Octavio Paz, en *Cahiers du monde hispanique et luso-brésilien*, núm. 12, 1969, p. 204. (*N. del T.*).

En la misma obra deja claro que no establece ningún desfase temporal de Oriente respecto a su progreso y su evolución:

> *Por el momento no nos queda sino repetir que alma y cuerpo, cara y sexo, muerte y vida son realidades distintas que tienen nombres distintos en cada civilización y, por tanto, distintos significados. No es esto todo: es imposible traducir cabalmente de un área cultural a otra los términos centrales de cada cultura: ni* mukti *es realmente liberación ni* nirvana *extinción. [...] Apenas se examina con detenimiento esta dificultad, se advierte que nos enfrentamos no tanto a una diversidad de realidades como a una pluralidad de significados.*[9]

Como se puede observar, las categorías de análisis de Paz no fueron orientalistas: él no pensaba que la India estuviera en un estado temprano de desarrollo, sino que el pasado afectaba el presente, tanto de México como de la India. Es significativo que él siempre buscara analogías entre cristianismo, hinduismo y budismo, y que formulara profundas comparaciones entre el hinduismo y el islam.

En un estudio reciente, Julia Kushigian diferencia el orientalismo descrito por Said y el del escritor cubano Severo Sarduy. Paz se fraternaliza con la India y otros lugares por adherirse al segundo tipo, «elige orientalizase mediante una autorreflexión crítica». Como ella dice, «mi teoría sobre la propia orientalización no es, en primer lugar, un hacedor de diferencias o esencias, sino una reflexión de sí mismo a la luz del otro».[10] En su mirada a los orientalistas hispánicos como Paz y Sarduy, ellos han abierto un espacio liberador desde el que se debate con el marco discursivo estático de Occidente.

Me he visto obligada a exponer aquí los motivos por los cuales descarto nociones de prejuicios orientalistas en Paz y Sarduy. Sus técnicas surrealistas de condensación y desplazamiento han sido usadas eventualmente por orientalistas; no obstante, he intentado demostrar que un acercamiento surrealista es irrelevante, espontáneo e irónico. El surrealismo privilegia lo recóndito sobre lo común y utiliza al mundo entero como su escenario, y ha sido acusado en Europa por valorar a los enemi-

---

9 Fragmento del original en español obtenido de *Conjunciones y disyunciones*, de Octavio Paz, Seix Barral, Barcelona, 1969, pp. 41-43. (*N. del T.*).

10 Julia Kushigian, *op. cit.*, pp. 99-100.

gos de Occidente. Lo que Lévi-Strauss y Paz trataron de hacer fue abrir un espacio para nuevas ideas y actores *dentro del esquema occidental*. «Soñar singularidades alternativas de pensamiento, un modo distinto de sueño global, mas no una alternativa a éste», sólo microdiscursos que reten las homogeneidades.

Esto se debió a que investigaron las realidades alternativas tan ampliamente representadas en el imaginario europeo u occidental y la mirada de los escritores no pudo ser inocente, lo cual fue socialmente interpelado, pasando por las jerarquías y los conflictos de la cultura del objeto representado; pero en la India el objetivo de los escritores latinoamericanos fue el deseo de trascender el círculos hermenéuticos de sus propias culturas imbricadas con el Estado nacional, así como ampliar su espacio discursivo. El intercambio transcultural se dio porque dos sistemas de pensamiento se acercaron, posibilitando el surgimiento de un nuevo mutante surgido de este encuentro.

Paz y otros escritores latinoamericanos como Severo Sarduy, que también visitaron y escribieron acerca de la India, entendieron que sus incursiones en la modernidad india mostraban la perspectiva hegemónica de su propio espacio. Han salido del latinoamericanismo tradicional en el que se sentían incómodos porque, aunque su visión nació de las diferencias, las ha homogeneizado. Arraigados en la modernidad latinoamericana al igual que sus antepasados continentales, han diversificado en la India las dificultades de su propia modernidad multifacética. Con su acercamiento surrealista incongruente iluminan aspectos ocultos de la cultura, la historia y la arqueología indias. Las imágenes de Varanasi, Galta, Madurai, y la tumba de Humayun en sus poemas y ensayos crean nuevos mitos de sitios de la India, de igual forma que pasa con París, Francia. En efecto, mediante comparaciones inusuales (budismo tántrico y protestantismo, Eva y Prajnaparamita, la madre del budismo), Paz elevó rituales arcanos al estatus de universales al compararlos con otros en Europa y América. Estos escritores perforaron el discurso orientalista al desestimar dicotomías y buscar puntos de coincidencia. La modernidad india los atrajo porque Paz supo ver una historia milenaria y la reconciliación de binas que tanto echa de menos Occidente •

Traducción del inglés de Carlos Ponce Velasco.

Madhav Kaushik

La reencarnación

Mientras subías las altas escaleras
de aquel templo,
me tomaste de la mano
y contaste tantas leyendas de amor,
la imagen de la eterna amada Radhika
apareció en lontananza
a la orilla del río Yamuna,
oí las dulces tonadas de flauta llegando de algún lugar.
Tú pasaste el arte a mi palma,
mi cabeza supo inclinarse ante el himno sagrado
y con hondo gesto susurraste a mi oído:
«Cualquier deseo que pidas
te será concedido».
Y yo cerré mis ojos,
recurrí a todos mis poderes mentales
y tan sólo murmuré pidiendo a mi deidad:
«Si fuera posible, en la otra vida,
tras ésta y en todas las que sigan,
bendecidme con la intimidad
de esta misma compañera».
No más dicho, sonó un gong al instante,
tembló con el clamor de campanas el templo,
algo como una concha resonó en mi corazón.
Y tú murmuraste a mis oídos:

«Abre los ojos ahora».
Ví ante mí la reencarnación.

El encuentro con uno mismo

Estoy muy inquieto hoy
al reunirme conmigo mismo,
mi cara se tensa con
la carpa falsa de una alegría transparente,
los ojos como tinteros secos de colorantes simpáticos.

Las uñas de los dedos,
más largas que espadas,
los dientes de antropófago rechinantes.

En mi seno
algo como una pitón respira,
algún asesino implacable por dentro grita.

Mi ser real es tan cruel,
tan espantoso.

Antes de que los demás me vean,
justo antes de ese momento
me apresuro y corro
a disfrzarme con la prenda de la civilización.

Versiones del hindi de S. P. Ganguly.

Un punto equilibra el resto del universo

NIDHEESH TYAGI

Un punto equilibra el resto del universo
Un sonido cuelga el silencio de ese hilo
La turbulencia se disuelve en la quietud como una ola
Escucho el sonido de las *bhajans*[1] en la distancia de mi sueño
De otra noche, otra mañana, de otro sueño
Ahora y escucho los sonidos y no puedo entender las palabras
Puedo ver a los músicos y al cantante
Cantando con los ojos cerrados en devoción
Las palabras te llevan al ritmo de los sonidos
Y te dejan ahí
Para lidiar con el después
Una chica kurda de rojo canta por su país perdido y su amante fallecido
Escucho canciones de anhelo de las calles de Estambul y las hago mías
Lo escuchas siempre en la habitación adyacente del ser
Cada vez que el cielo se pinta de nuevo
Jugando con la luz y la sombra, la nube y el agua
En el siguiente salón del ser
Cantas un largo *alaap* de *Malkauns*[2]
Después de un tiempo no hay mucho que compartir
Ni siquiera un nombre
Eres sólo un sonido, un grito, un susurro, un respiro
Un viento de otro tiempo del desierto
Que te arrastra en un susurro

1 Canciones devocionales.

2 Música clásica de la India.

Eres el *Brahm* de este *Naad*[3]
Las *bhajans* en tu sueño alcanzaron el último crescendo
No hay palabras ahora. Sólo sonido.
La danza del alma en ritmos rápidos.
Oscila. Oscila de nuevo.
Más alto cada vez.
Te conviertes en tus propios anhelos
Tu propio silencio
Tu propia piedra
Tu propia quietud
También eres tu propio revuelo
Tu propia primavera
Tu propia realización
Orilla y océano
Los gorriones regresan a tu terraza
Ves a los antepasados de tu ser
Herencia de tu rostro olvidado
No les pides que se acerquen demasiado
No quieres que desaparezcan de nuevo
Los ves gentil y no intrusivamente
Quieres que estén allí y encuentren formas de no desaparecer
No les preguntas dónde estuvieron todo este tiempo
Como si no te preguntaras dónde estuviste todo este tiempo
Cambias de tema
Para llevarte a ti mismo a un
Cielo limpio.

Un punto equilibra el resto del universo.
Un sonido cuelga el silencio de ese hilo
Estás aquí. No aquí.
Las *bhajans* se fugan con los gorriones.

Versión de Víctor Ortiz Partida,
a partir de la versión del hindi al inglés del autor.

3 *Brahm Naad*: Concierto de música clásica contemporánea de la India.

Me olvidaste, mi amor

Autar Krishen Rahbar

Aquello sucedió: el mismo hecho, relacionado con tradiciones antiguas, del que le habían hablado los ancianos de su familia. Su alma fue llevada por los mensajeros de la muerte, quienes la presentaron ante Dharmaraj. Su cuerpo o su carcasa, como quiera que se le llame, quedó tendido en el lugar del accidente. Su esposa iba junto a él y ahora estaba fría como la muerte. Después de ella, él soltó también su último aliento.

La policía intervino. Entregaron los cuerpos a los parientes más cercanos, quienes los llevaron al crematorio.

Dharmaraj pidió que le fuera entregado el archivo del profesor: el archivo que contenía el balance de sus pecados y sus méritos. Dharmaraj debía revisar el documento y decidir cuál sería la forma que habría de tomar el alma del profesor.

Se dice que la mayoría de los mortales llega a renacer. Este hecho mantiene en su curso el ciclo de vida y renacimiento. Sólo unos cuantos son liberados del vórtice de la vida y la muerte, una salvación que se concede nada más que a aquellos que llevaron una vida intachable, que realizaron actos absolutamente desinteresados y cuya naturaleza fue ejemplar en sí misma. En el caso de los que han de renacer, debe establecerse, entre otras cosas, cuál será la nueva forma que habrán de adoptar. ¿Habrán de ser humanos, o tomarán la forma de otra especie? Las criaturas vivas que pueblan el universo son incontables y de una variedad infinita. En ellas, se incluye un sinfín de animales, insectos y criaturas voladoras. Dharmaraj pondera y estima cada caso. Luego, emite su sentencia.

«No tengo idea de cuál será la orden que llegue», pensaba el profesor Suraj Prakash. «¿Me convertiré en un alce o en un búho? ¿En un perro o en un oso? ¿En un murciélago o en un halcón? ¿León o chacal, o acaso una serpiente o un pez?».

Se sentía, alternadamente, exaltado y abatido, después de caminar más de cien pasos, esperando impaciente la decisión de Dharmaraj. «¿Cómo hacerle saber las vicisitudes crueles y los laberintos que debe atravesar un pobre ser humano? Cada segundo es un martirio. Desearía que él mismo se instalara en la Tierra y llevara una vida normal. Seguramente entonces entendería lo que cuesta hacerlo», siguió el profesor con sus reflexiones y sus cavilaciones. Justo entonces una sonrisa, con un trazo de ironía, se dibujó en las facciones de Dharmaraj.

«¡Maldita suerte! Tal vez él entienda todo...», comenzó a preocuparse el profesor y, en su tumulto interno, se imaginó a sí mismo, mientras desgarraba a mordidas la carne de sus propias muñecas.

El aura y la conducta de Dharmaraj, grandiosas y solemnes, eran incomparables. La mesa en la que trabajaba estaba impecable. Sobre ella, en un costado, había un vaso de agua cristalina, con una tapa sobre él. Del lado opuesto, estaba el archivo del profesor y nada más.

Lucía apuesto y soberbio en su túnica, más elevado que el resto. Detrás de él estaban plantados dos guardias. ¡En verdad, Dharmaraj tenía toda la apariencia de un juez!

Mucho más abajo de Dharmaraj se hallaba sentada una persona que extraía, de cada lote, el archivo que se requería. Era el encargado del registro que, según se decía, era llamado Inderjeet. Sus dos brazos se proyectaban hacia atrás. Mientras trabajaba, su vista no recaía en sus manos. Por lo tanto, gracias a esto, no era capaz de hacer trampa o cometer fraude. El profesor, entonces, miró sobre su hombro para contemplar, erguidos sobre sus pies, a los emisarios de la muerte, que habían transportado su alma hasta la morada de Dharmaraj. Sus lenguas eran púrpura y sus rostros del color de la brea, cual si se hubiera untado alquitrán sobre ellas.

«¡Astutos, pillos! No sueltan ni un chillido, como si no supieran nada. ¿Acaso me trajeron a estos lares, a través de leguas y leguas de senderos peligrosos? Supieron que habría de tener un accidente y de inmediato me raptaron, como a una gallina, para traerme aquí. Mi esposa estaba a mi lado. Me pregunto si su alma fue transportada hacia acá. Mi vida estaba por expirar, pero la suya se había extinguido ya. Un costado entero de su cabeza, hasta la mejilla, estaba empapado en sangre. Está bien que haya muerto. Shaama simplemente no habría sido capaz de vivir sin mí. ¡Cuánto me quería! Ella vivía por su esposo. Era un referente para todas las esposas. ¡Una diosa, de hecho! ¿No debería preguntar dónde está? Debe estar buscándome, a su amado, su *satyawan*».

En un impulso, le preguntó a Dharmaraj mismo:

—¿Dónde está Shaama? Ella no puede pasar un solo momento sin mí.

Dharmaraj irguió su espalda y sonrió un poco. Después, hojeó velozmente el archivo del profesor, por última vez. Se preparaba a sí mismo para emitir su juicio. El profesor parecía un niño, esperando la calificación de su examen.

«¿Qué puedo decir? Me gustaría hacerles saber que fui profesor de Ciencias Políticas. A lo largo de mi vida, relaté a mis alumnos el auge y la caída, los méritos y defectos de distintos sistemas políticos. Cómo me explayaba acerca del individuo y la sociedad, las responsabilidades y tareas del Parlamento. Los derechos humanos eran uno de mis temas consentidos y escribí extensamente acerca de él, por lo que me otorgaron galardones y fui muy estimado. Siempre me desagradó el silencio en la política y tuve en gran estima el debate. ¿Qué puedo decir? Este silencio del cementerio me roe por dentro. ¡No entiendo cuál es el sistema vigente aquí! Aunque me inclinaría por decir que es una dictadura. ¡Nadie respira siquiera! ¡No hay un solo sonido! La gente, como máquinas, trabaja en un orden estrictamente reglamentado... ¡No sé qué hayan anotado en mi archivo! Que mi dios, Ishwar, sea mi abogado. ¡Cómo quisiera saber, desde ahora, su decisión! Terminarían para mí esta agonía y este suspenso».

Siguió, indefenso, mirando estúpidamente a Dharmaraj. Se sentía pequeño e inferior. Shaama, su morena amorosa, se paseaba por sus pensamientos. Veía sus aretes flotar frente a él.

Cerca de ahí, había un salón desde el que llegaba un sonido de risas y júbilo. Se asomó entre los paneles de vidrio. Había muchas mujeres reunidas allí. ¡Se reían! Chismorreaban y se divertían. Alcanzó a notar el sonido con que reía su esposa, que tenía su propio tono y ritmo. Cuando reía, aparecían unos hoyuelos en sus mejillas. Esos hoyuelos habían robado el corazón del profesor. Varias veces le había dicho: «He visto a muchas con hoyuelos en las mejillas, pero ningunos tan encantadores como los tuyos. Seducen mortalmente».

Entonces, Dharmaraj se irguió aún más y resonó por doquier su voz, profunda y melodiosa:

—¡Señor profesor! Tenemos ya los resultados. Volverás a nacer en la Tierra: tendrás una nueva vida. Nos complace anunciar que la forma que adoptarás no será otra que la de un hombre.

El profesor Suraj Prakash se sentía extático. Pensó: «Ni Suraj Prakash abandonará a su querida Tierra, ni la Tierra dejará a Suraj Prakash... pero no tengo idea de qué planes haya para Shaama».

De inmediato, volvió a alzarse la voz de Dharmaraj:

—Profesor, queremos darte otra buena noticia: en tu nueva encarnación, habrás de casarte con quien tú desees. Habla ahora: ¿quién es la elegida? Nómbrala, y tu deseo habrá de realizarse este mismo día.

«Quisiera besar la boca de Dharmaraj», pensó el profesor, abrumado por la dicha.

—Manifiesta lo que tengas que decir —instó Dharmaraj.

—*Maharaj*, sólo ella. ¡Nadie más que ella!

—¿Quién es ella: el jardín o el monte? —se mofó Dharmaraj.

El profesor se sintió desconcertado. Le rogó:

—*Maharaj*, ella,[1] solamente: mi Shaama, mi esposa. ¿Quién más?

—¿Ése es también el deseo de ella? Debemos verificarlo.

—Pero, *maharaj*, ¿hace falta verificarlo siquiera? ¿Cuándo fue ella capaz de negar algo que yo determinara?

—Necesitamos consultarle el tema. Ella está justo aquí.

El profesor estaba fascinado. Dharmaraj señaló a uno de sus servidores, quien al instante trajo a Shaama del salón adyacente y la presentó ante su señor.

—¿Reconoces a esta persona? —preguntó Dharmaraj a Shaama.

Ella estaba un poco aturdida y miraba en torno suyo, sin hablar. En su pensamiento difuso no atinaba a saber cuál era el tema que les ocupaba.

—Te hablo a ti… ¡a ti! ¿Sabes quién es este hombre? —Dharmaraj empezaba a rugir.

—¿Cómo no iba a saberlo, *maharaj*? ¿Quién no conoce al señor profesor? Es una celebridad —dijo ella.

—Shaama, ustedes dos volverán a nacer en la Tierra, en la forma humana. Preguntamos al profesor a quién elegiría como su compañera en la nueva vida y nos dio tu nombre. ¿Te parece aceptable? Si nos confirmas que ése es tu deseo, tu voluntad compartida será ejecutada hoy mismo, en este momento.

Shaama estaba perpleja. Reflexionó un momento.

—¡Te pido que hables pronto! —el profesor no pudo contenerse—. ¡Tú, mi nueva novia y yo tu nuevo esposo!

De golpe, Shaama soltó su lengua:

—No… no… esto no puede ser. No voy a aceptarlo.

El profesor sintió como si le hubieran apaleado con un bastón. El suelo se movió bajo sus pies, y en completa estupefacción le respondió:

---

1 La palabra *soy*, en hindi, significa tanto «ella» como «ortiga». El juego de palabras es intraducible. (*N. del T.*).

—¡Querida, mírame! ¡Soy tu Suraj, el profesor Suraj Prakash! Soy Nagraj,[2] tu amor. Soy tu Manjoon y tu Satyawaan.¿Por qué no me reconoces? No podrías ni masticar un solo bocado sin mí.

—Señor profesor, te conozco enteramente, al derecho y al revés —respondió ella.

—Tonterías —dijo el profesor, indignado—. Mujer, ¿por qué no recuerdas tu vida recién terminada? Eras incapaz incluso de digerir la comida sin mí.

—¿Qué más podía hacer? No tenía opción —replicó ella—. Toda mujer, después del matrimonio, es entregada a una casa ajena y hace de ella su único nido. Sólo la abandona con la muerte, en un ataúd. Mientras tanto, se olvida de todo y entrega su vida entera en sacrificio.

—¿Qué quieres decir? —preguntó el profesor.

—El asunto es que una mujer, necesitada e indefensa, no puede hacer otra cosa que soportar la indignidad, la esclavitud y el sacrificio.

—¿Qué clase de fantasía estás tejiendo? ¿Estás fuera de tus cabales? —dijo el profesor.

—Estoy completamente lúcida —soltó ella—. Toda mi vida estuve confinada en las cuatro paredes de mi hogar, prisionera como un ave enjaulada. Dime dónde pasabas esas horas valiosas, antes de que regresaras a casa por las noches. Harta y exhausta, solía esperarte como si hubieras sido mi exigua ración de alpiste.

El profesor estaba atónito. Las palabras seguían brotando de Shaama, como una cascada:

—Un día sí y al otro también, invitabas a tus amigos a casa. Jugaban cartas y se ponían a chismorrear, a hacer bromas tontas y hablar de naderías. Llegabas a beber un trago o dos mientras yo, sin parar, cocinaba y guisaba cada noche para tus invitados, con la desesperación subiendo por cada uno de mis cabellos. Ellos se iban ya avanzada la noche y yo pasaba las siguientes horas lavando los trastes y limpiando la casa, en el frío punzante, hasta que me dolían los ojos. Mi cuerpo entero se congelaba. ¿Y te atreves a preguntarme si te conozco? ¿Qué es la vida de una mujer común?, te pregunto. Es un instrumento cuya piel, rosada y pura, se encoge y desgasta mientras cría niños. La mujer siempre ha sido un juguete en las manos del hombre, que sólo acierta a ser un poco afable con ella de vez en cuando y se dedica a usarla injustamente.

—¿Quieres decir que te asumí como propia y me despreocupé de ti?

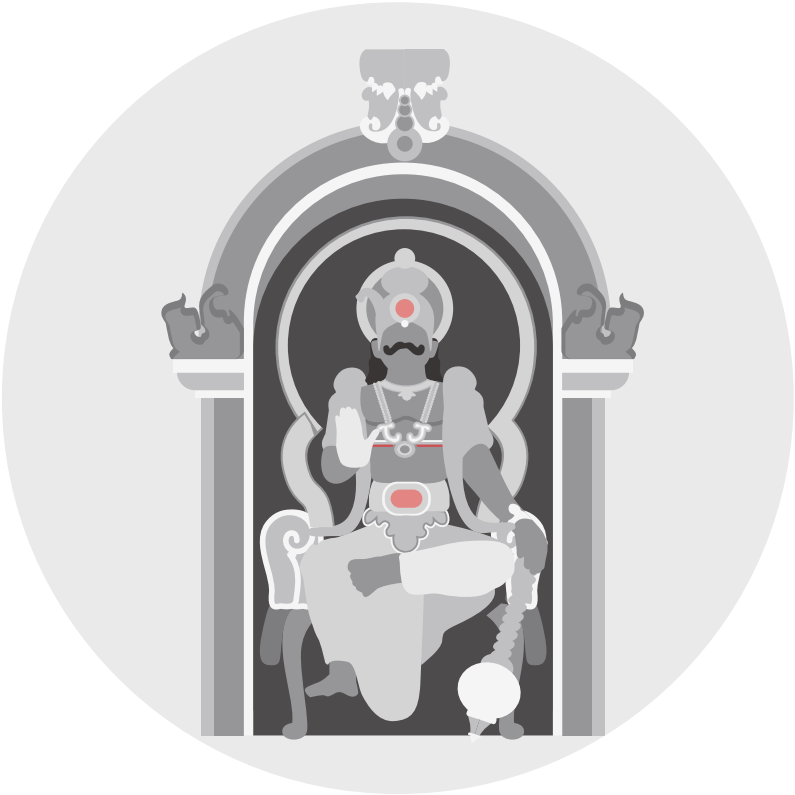
---

2 Nagraj es el protagonista de un relato tradicional cachemir, «Nagraj y Heemal». (*N. del T.*).

—¿Dirías que eso es una mentira, que lo estoy inventando? —replicó en voz alta.

El profesor no pudo hacer más que mirarla fijamente, como mangosta hipnotizada.

—La mujer siempre ha padecido la tiranía y la opresión. Siempre. Desde tiempos inmemoriales, ¡en casa y fuera de ella! ¡Incluso los cinco *pandavas*, cuyo valor fue ejemplar, llegaron a apostar a su propia esposa, en un juego! ¿Acaso ha ocurrido algo más detestable y descabellado en este mundo? Recuerda a Ram y a Sita, que fueron personajes ejemplares, un dios y una diosa. Ram tuvo que exiliarse y decidió irse a residir al bosque. Sita lo acompañó, pensando en lo injusto que resultaba todo para él. Y aquí surge una duda: ¿le preguntó a Sita lo que ella pensaba de esa decisión? Al final, Sita tuvo que pasar la prueba del fuego junto a él. ¿Era necesario que ambos compartieran el suplicio? Es cierto que mucho ha cambiado desde entonces. Pero, incluso hoy, ¿acaso una mujer tiene una posición comparable a la del hombre? El nacimiento de una niña hace que se tuerza el gesto de todos los presentes. Para muchos, es preferible un aborto que una hija.



»Hay una variedad de recursos que se utilizan para evitar que nazca una hija. Tú los entiendes mejor que yo, profesor. ¿Los activistas por los derechos humanos no deberían evitar que se aplasten los derechos de las mujeres? La dote, ese cáncer, sigue carcomiendo nuestro tejido social. Las mujeres se enfrentan a la muerte por inmolación, no al fuego que las cremaría después de la muerte. Se incendian y luego mueren, en vez de que sea a la inversa, como dicta la costumbre. ¿No es algo desalmado? ¡Despiadado! Pueden verse unas cuantas mujeres en ciertas asambleas, tanto como en el Parlamento. Con todo y eso, ustedes, los hombres, hacen lo que les place. Se escriben leyes a su medida».

—¡Espera, espera! ¡Escucha, mujer! ¿Por qué me atacas? ¿Soy acaso un emperador o la cabeza del Parlamento? —dijo el profesor, exasperado—. ¿Qué puede hacer una persona ordinaria como yo? ¿Qué?

—Te lo diré —respondió Shaama—. Es justo el hombre común quien da a luz ese sistema y lo legitima. Si lo rechazaran, podrían levantarse para derrocarlo. ¿Qué clase de enseñanza dabas a tus estudiantes? Transmitir el conocimiento significa despertar a las mentes. ¿Cuántas de ellas lograste elevar, a cuántas iluminaste? Hablas con elocuencia cuando se trata de los derechos humanos. ¿Alguna vez se te ocurrió que podías haber estado impidiendo el ejercicio de esos derechos en tu propia casa?

El profesor se había quedado mudo. Ni una palabra podía decir. Su Shaama parecía estar sumamente elocuente ese día. ¿Algo había cambiado en ella o se trataba de rabia pura? No dejaba de mirarla.

Cuando al fin vio Dharmaraj que la tormenta amainaba, volvió a interrogar a esta mujer sagaz y de veloz ingenio:

—Shaama, todos tus argumentos serán recuperados en la Tierra, cuando renazcas en tu nueva forma humana. Y entonces podrás lograr todo lo que no te fue posible en tu encarnación previa. Es posible que ésa sea la base para tu salvación futura. Tengo una sola pregunta que hacerte: ¿aceptas, para tu siguiente vida, la unión para la que el señor profesor ya tiene el corazón dispuesto?

—Señor, ¿para qué apresurarnos? Nos será concedido un renacimiento antes de eso y luego, llegado el momento, seremos adultos y nuestro matrimonio será un asunto a considerarse. ¿Cuál es la urgencia? En su curso normal, el tiempo decidirá cuándo será propicia tal unión... pero no con él... nunca... ¡de ninguna forma!

El profesor Suraj Prakash se quedó incapaz de ver: sus ojos se apagaron ante la imagen del rostro real de Shaama. Perdió el uso de todos sus sentidos.

Sintió vértigo y se desmayó, dando un golpe en el suelo como un leño al caer.

Dharmaraj observaba el triste estado de las cosas. El resto de los presentes esperaban, como pilares de hierro, las órdenes que daría Dharmaraj.

Al ver todo esto, Shaama perdió el control y se sintió fuera de sí misma. Como una demente, se lanzó hacia su marido y comenzó a sacudirlo. Él parecía haber perdido toda sensación y estaba inerte. Shaama entró en pánico. Sin preocuparse de pedir permiso, tomó el vaso de agua que el señor tenía sobre la mesa y fue a rociar unas gotas sobre el profesor. Luego vertió un poco más sobre sus labios. El profesor abrió los ojos y su cuerpo, hasta entonces estático, cobró vida y se movió. Shaama lo llevó a sentarse en una silla cercana. Luego, volvió la vista hacia Dharmaraj, para saber si había hecho algo incorrecto. Vio una sonrisa contenida en su rostro y respiró, aliviada.

Dharmaraj les aconsejó ir a la habitación contigua, recomponerse y luego hablar entre sí, libremente, hasta desahogarse.

—Luego, pronunciaré mi sentencia —dijo.

El profesor estaba por dirigirse hacia allá, obediente, cuando la lengua de la mujer volvió a agitarse:

—No... ¡no, *maharaj*! Pronuncia ahora tu sentencia. La aceptaremos de corazón. Sostengo todo lo que dije. Aunque te ruego, con toda humildad y mis manos dobladas, que su alteza no preste atención a nuestro altercado. En la Tierra, estos intercambios estridentes ocurren continuamente, en la vida de cualquier pareja. ¡Di tu plegaria! Entrega tu sentencia, cualquiera que tú dispongas.

Todos los presentes miraban atentamente a la mujer de fuerte espíritu, ¡una flor excepcional! Se ocupaban en juzgar su conducta. Dharmaraj concedió su veredicto de la forma que había sido prefigurada y anunciada por la refinada mujer, en su última declaración •

Traducción de Atahualpa Espinosa, a partir de la versión del kashmiri al inglés de G. L. Labroo.

Savita Singh

Pensamientos descalzos

Vengan descalzos, mis pensamientos

Vengan, con la levedad de una noche bella
Uno por uno, vengan
Como las bendiciones de los dioses
Vengan como nada viene
Quédense hasta que la lámpara de la civilización arda
En su dolor y ansiedad

Quédense como el único testigo mío
Mientras yo miro dormir el mundo

Silencio

La dilatada tarde
Como una cara sórdida
Cae apática
En la orilla del día
Maravillosamente
A pesar de la tristeza y el desaliento
De los deseos nocturnos

El viento cálido aúlla
Y amenaza con volverse tormenta
Y las vacas siempre sin propósitos
Esparcidas por el campo
Mastican y bostezan

Un par de gorriones perdidos entran en mi cuarto
El ruido de sus pequeñas alas
Se mezclan con los latidos de sus corazones

Peligroso silencio el de la tarde
Y yo, una devastadora grieta en él

Los anhelos herméticos

Mi pelo todo despeinado
Mis pies llenos de polvo
Mis ojos maltrechos y sedientos
Soy alguien que tú conoces quizás
O podría ser
Sólo el viento sabe
Que una vez construyó nuestro palacio,
Esculpió ventanas
En el cielo azul para nosotros

Veo que has madurado

Formado por los días herméticos
Un rostro perfecto está listo
Para un espejo empañado
Que anhela por fin un reflejo fiel

Extraño aspirante

Extraña noche
Más extraña que mi yo para mí
Me incita a caminar sin rumbo
Me provoca que sea mi yo
Sabemos que es una broma cruel
Pero vemos
La inescrutable vastedad de tus propios deseos
Que transforma la cordura de la lujuria
En la locura de la serenidad

Mi yo desconocido
Ven y siéntate
En la amplitud de mi jardín muy amado

Veamos qué tan cercanos somos esta noche

La tarde mágica

La tarde ha pasado
Mi mundo cambió ya
Las hojas amarillas no planean más
Tormentas en el páramo
De mis pensamientos

La tierra mojada bajo mis pies
Invita a caminar,
A seguir como una conversación lúcida
Libre de logos

La tarde acecha por el rabillo del ojo
Y luego, la maliciosa noche
Que viene, no
Deja nunca indicios de su llegada

Mucho está por abrirse:
Vías, que eran
Estrecho, peligroso carril

Hasta hoy por la mañana

A observar los gorriones jugar

Luego de un día helado
El sol volvió a salir
Calentó con gentileza mis mejillas
Mientras yo estaba sentada en el estudio
La gente salía a las calles frías
Planeaba y tramaba conquistar el día
Buscaba amores y odios convenientes
Para suspirar
Algo del dolor madurado en su pecho

Fue luego de un día helado de verdad
Que el sábado había llegado
Cuando dediqué la tarde completa
A observar el apareamiento de los pájaros
En el silencio de un árbol de sombra
A observar los gorriones jugar y jugar

Luego de un día helado
El sol volvió a salir

Una larga caminata

Sufro mientras camino por mi calle favorita
Los árboles no me miran hoy con reverencia
Se burlan de mí en silencio
Ven la confusión de palabras y significado en mí
Sigo caminando
Pensando en la poesía y en esta ciudad

Sufro la creatividad y su crueldad

Versiones del inglés de Víctor Ortiz Partida.

Los orioles han regresado

Chandrakanta Mura Singh

Tras esconderse durante semanas, el sol emergió finalmente de las franjas de nubes cansadas. Proyectó un destello en la tierra cubierta de nieve. Con el calor que generaron sus rayos, los carámbanos que colgaban de los techos inclinados de la casa empezaron a disolverse.

Cuando Mahda, que se había envuelto en una colcha, sacó la cabeza para mirar afuera, no pudo evitar elevar sus manos en señal de bendición a Dios. Exclamó: «¡Alabado sea Alá! Después de un largo tiempo, ha sido tan amable como para mirarnos a nosotros, mortales, con compasión».

Khadija estaba sentada en un tablón de madera en la cocina, ocupada en dar forma a pequeñas bolas de masa. Cuando escuchó la plegaria de Mahda, estalló: «Es gente como tú que no tiene trabajo que hacer la que se dedica a rastrear los movimientos del sol. Seguramente pueden dar un recuento minuto a minuto de sus recorridos».

«¿Quién te detiene de mirar fijamente al sol todo el día?», replicó Mahda en tono juguetón. El calor del *kanger* que llevaba dentro de su ropa para calentarse y el aroma en el viento de los frescos y redondos pedazos de pan en la plancha, lo habían puesto en un agradable estado de ánimo para charlar con su esposa.

«¿Dónde está el tiempo para siquiera mirar al cielo?», dijo Khadija, lanzando un profundo suspiro. «Estoy destinada a trabajar como esclava todo el día. Y luego a nadie en la familia parece importarle un comino todo lo que hago. Nadie tiene una palabra dulce para mí».

Mahda miró la cara arrugada y enfurruñada de Khadija y concluyó que seguramente había tenido una pelea con su hijo o con su nuera más temprano.

Khadija siguió volteando los panes *roti* en la plancha y hablando entre dientes para sí misma. «Desde temprano en la mañana hasta muy tarde en la noche sigo trabajando como autómata sin un momento para enderezar la espalda. La gente de la aldea está celosa de mi buena suerte de haber tenido tantos hijos, ¡pero mis hijos son un montón de ingratos! No tengo tiempo siquiera de voltear a ver el cielo».

«Deja de quejarte así», dijo Mahda. «Ten corazón. Si empiezas a culpar de esa manera a nuestros hijos, los vecinos se harán ideas y nos difamarán. Después de todo, los niños son niños. Con el curso del tiempo, crecerán y adquirirán la madurez suficiente para entender las cosas».

Cada que Khadija se quejaba de sus hijos, ése era el formato de respuesta que le ofrecía Mahda. Eran niños, crecerían y adquirirían la madurez suficiente para entender las cosas. Pero Khadija sabía que sus hijos ya habían crecido y recibido la educación suficiente para entender las cosas. Y a pesar de todo encontraban culpa en todo lo que sus padres hacían o planeaban hacer. Había sólo cinco almas vivientes en la familia y a pesar de ello tenían discusiones que a menudo se convertían en acaloradas peleas.

Su nuera no salía de su recámara hasta mediodía. En las tardes también, cuando Khadija estaba en la cocina preparando comida para toda la familia, ella evitaba pasar por ahí para no tener que ayudarla, con el pretexto de que estaba ocupada en una u otra tontería. Después de todo, ella era el producto de un nuevo amanecer, ¡una nueva era! Ella se creía muy educada y creía que así demostraba su educación. Ella no sabía cómo ordeñar una vaca (¡la vaca de la familia no la dejaba ni tocar sus ubres!). Ella no toleraba el humo que salía del fuego generado con estiércol que usaban para cocinar y calentar la casa. Como fue criada en la ciudad, probablemente estuviera acostumbrada a las estufas de gas. El resultado era que Khadija tenía que hacer todas las tareas del hogar por su cuenta. Encima de todo, su nuera no bebía el té de sal que tomaban todos. Ella debía tener té «inglés» Lipton, ¡como si su familia lo hubiera bebido por generaciones! En cuanto a su educación, en realidad no había pasado de la preparatoria, ¡y a pesar de todo alardeaba como si hubiera terminado una carrera universitaria! Encima de todo, Tariq se quedaba mudo en presencia de su esposa. Parecía sufrir de un

complejo porque su mujer había sido criada en la ciudad y creía que esto justificaba la forma en que se comportaba en la familia.

«En cambio, mira a nuestra Noorie...», continuó pensando Khadija. Noorie se había casado en la ciudad y allí tuvo que hacerse cargo de una familia de diez personas. Había tenido que aguantar los abusos de sus suegros y a veces los golpes de su marido. Lo había aceptado todo con calma, sin rencores ni quejas. Por eso era que, cuando su suegra estaba de ánimo benevolente, la bañaba de afecto como si fuera su propia hija.

El corazón de Mahda también rebosaba de afecto hacia Noorie. Recordaba que su hija había sido criada al lado de Durgi y Kamli, las dos pequeñas hijas de su empleador, Samsar Chand (llamado afectuosamente Bablal por todos). Ella siempre buscó rodearse de buenas personas que llevaran una vida recta y respetaran las costumbres y las normas sociales. ¿Cómo podría equivocarse, entonces? Para Mahda, la nuera también era el otro extremo de ese *continuum*. La poca educación que había recibido se le había subido a la cabeza. Había hecho amistad con todas las mujeres caprichosas de la aldea. Era inevitable que esa compañía tuviera un efecto en su comportamiento. Mahda quería aligerar la carga que había en su corazón hablando sobre ello. Pero para qué dar lugar a disputas impropias en la familia.

Para evitar cualquier discusión sobre este tema sensible, Mahda se levantó y caminó hacia el establo. Ahí vio temblar a los becerros recién nacidos y se preocupó. Miró arriba y vio que el techo de paja tenía goteras y que gotas de agua helada caían sobre el más joven, haciéndolo tiritar. Mahda lo levantó, lo colocó en su regazo y le dio unas palmaditas afectuosas. Después extendió una colcha andrajosa en un rincón seco y lo hizo yacer ahí. Luego puso un largo recipiente de hierro justo bajo la gotera para contener el flujo incesante.

«Le pedí a Tariq que extendiera unos cuantos fardos de paja en el techo», masculló Mahda. «Eso hubiera prevenido la presente eventualidad, pero Tariq no lo hizo. El techo está goteando. Además, el peso de la nieve que se acumuló sobre la paja está haciendo que se desmorone. Ahora será más difícil llegar ahí para remover los carámbanos».

«¿Por qué muchachos educados como Tariq treparían a los techos del establo para barrer la nieve y amortiguarla con fardos de paja?», ironizó Khadija. «Debes de estar poniéndote senil para pensar así».

Khadija, que estaba amargada por el comportamiento caprichoso de sus hijos, dirigía toda su ira contenida hacia Mahda.

«Nunca he tenido materia gris dentro de mi cráneo», repuso Mahda con amargura. «De hecho, me volví senil el día en que comenzó a salirles pelo sobre el labio a nuestros muchachos. Debería estar agradecido con Alá de que, aún a esta edad, puedo trabajar con mis manos. Ven, tráeme mi pala y mi vasija. Removeré una porción de la nieve del techo para aligerarlo. Para cuando los muchachos regresen, puede ser demasiado tarde. Si el techo se cae, nuestros animales sufrirán seriamente».

Haciéndose cargo, Mahda siguió adelante y logró llegar a lo más alto del techo. Con su pala, empujó los montículos de nieve hasta el borde para hacerlos caer. Mientras se ocupaba en este trabajo, no pudo evitar pensar en los muchachos y sus maneras irresponsables, y este pensamiento llenó su corazón de pena y arrepentimiento. Cada que pensaba en Tariq y Fazal y su comportamiento desconsiderado, no podía evitar culparse a sí mismo. «Mahda, has fallado en educar bien a tus hijos», su propia voz reverberaba en sus oídos, resaltando el desagradable hecho. Perdido en sus recriminaciones, Mahda recordó lo que su empleador Samsar Chand le había dicho: «Mahda, tu ausencia de aquí, aun por pocos días, hace las cosas más difíciles para mí en casa. Tú sabes cómo cuidar niños, cómo hacerlos portarse bien».

Pero mientras Mahda podía hacerse cargo de los hijos de su empleador, se encontraba impotente lidiando con su propia descendencia. Tras darles educación en buenas escuelas, ellos demostraban constantemente una indiferencia por las normas y convenciones seguidas por sus padres y sus mayores.

Los picos de montaña, coronados de nieve, parecían impacientes por tocar el cielo. Los vientos helados habían despojado de su verdor a la morera. No había señal de loros, periquitos o bulbules. Sin su follaje y sus amigos emplumados, la morera parecía distante, triste y desolada. Durante la primavera, el mismo árbol estaba cubierto de retoños blancos y rosas que fructificarían en moras rojas, mientras vuelos de orioles se ocultaban en el espeso follaje y trinaban muy alto.

Mahda recordó la vez en que Bablal visitó su humilde hogar trayendo con él a sus hijos. Las niñas pequeñas se habían sentido atraí-

das inmediatamente por la morera. Les gustaron particularmente sus frutas agridulces y los coloridos orioles que saltaban de forma juguetona entre las ramas del árbol cantando: «Ee... ee... yo...».

«¿Qué dicen los orioles, Mahda Kaka?».

«Los orioles dicen: "*Gopis* del señor Krishna, ¿dónde han dejado los mantos que cubrían sus cabellos?"».

Aplaudiendo con sus pequeñas manos, Kamli saltó y arrancó juguetonamente la gorra que llevaba puesta Mahda.

«Eso no es parte del juego», bromeó Mahda, fingiendo ira y exasperación.

«Por Dios, yo no he robado tu gorra», dijo en tono travieso Kamli, escondiéndola tras su espalda. «Ve, ese oriol se la ha llevado».

«Ni que el oriol fuera un mono para robarme la gorra».

Mahda finalmente tuvo éxito. Recuperó su gorra y se la puso sobre la cabeza. «El oriol nunca se llevaría la gorra de una persona», explicó. «De hecho, devolvería la gorra que fue robada a su dueño. Una gorra, como un turbante, es un signo de modestia, y su lugar legítimo es en la cabeza de una persona, donde debería quedarse».

Después de eso, con maneras simples pero interesantes, Mahda explicó a las niñas la diferencia entre una gorra y un turbante. También los significados de los muchos sonidos producidos por las criaturas emplumadas. Como resultado de la conversación, las niñas no volvieron a tocar la gorra de Mahda ese día.

Durgi y Kamli se habían convertido en niñas grandes. Se habían casado y vivían en lugares distantes en los que estaban felizmente absortas en sus responsabilidades del hogar. Pero Mahda aún imaginaba que seguían siendo niñas inquisitivas. Recordó que en días nevados esculpía figuras de animales con nieve para entretenerlas. Iban desde pequeños ratones hasta leones miedosos. También creó un prototipo de aspecto feroz, el espectro de un hombre indígena llamado Rahchok, para asustarlas. Los vientos helados, la curiosidad y el miedo que les había despertado pusieron las mejillas de las pequeñas niñas más rojas de lo normal.

«¿Has visto a Rahchok, Mahda Kaka?».

«Sí, ¿cómo no? En la noche oscura, cuando nieva sin parar, Rahchok toma una linterna en sus manos y cruza campos y montañas y riachuelos. Él siempre camina hacia atrás».

«¡Oh! ¿Él ahoga gente en los arroyos?».

«No, no en absoluto. Bueno, sólo a la gente con corazón de gallina, que es la que se intimida cuando lo ve. De hecho, él tiene miedo de gente brava e intrépida y se asusta cuando se la encuentra».

Durgi y Kamli amaban escuchar historias. Especialmente historias sobre diferentes clases de aves, sus hábitats, sus rutas de vuelo y sus destinos finales más allá del horizonte carmesí. En las tardes, cuando las parvadas volaban hacia un destino desconocido formando filas inmaculadas, sacaban a Mahda de algún rincón de la casa y le hacían preguntas.

«Mahda Kaka, ¿hacia dónde están volando esas aves?, ¿van hacia el enorme nogal de allá? Mahda Kaka, ¿quién vive en ese árbol?».

«Ahí viven sus hijos, que esperan a que les lleven comida. Los polluelos pían con débiles sonidos para darles la bienvenida. Luego abren sus pequeñas bocas para que sus padres los alimenten».

«¿Ellos comen comida cruda y sin cocinar? ¿No les duele la panza después de comer eso?», Durgi seguía disparando su descarga de preguntas sobre Mahda.

Mahda se veía obligado muchas veces a revisar declaraciones que había hecho antes. En una ocasión, había dicho que a los polluelos recién nacidos sus padres les daban arroz, que ellos digerían bastante bien. El resultado fue que Kamli empezó a imitar a las aves comiendo puñados de arroz crudo a hurtadillas. Cuando su madre, Kakni, la vio comiendo arroz crudo, le gritó. Pero Kamli se defendió diciendo: «Mahda Kaka dice que los polluelos comen y digieren arroz crudo».

Kakni llamó a Mahda y le preguntó: «Si los polluelos comen arroz crudo se enferman del estómago, ¿no es cierto?».

Mahda entendió la indirecta e inmediatamente reaccionó a su declaración anterior. «Sí, Kakni Ma, tienes razón. La madre enciende un pequeño fuego en la copa del árbol. Los granos son cocinados y sólo entonces se los dan a los polluelos».

«Pero las aves no tienen manos, ¿cómo les dan de comer a los polluelos?», Durgi desafió las perlas de sabiduría ofrecidas por Mahda Kaka.

«Alimentan a los polluelos con sus picos», replicó rápidamente Mahda por temor a que cualquier retraso fuera interpretado como falta de conocimiento de su parte. «De hecho, las aves hacen casi todo su trabajo con sus picos».

Durgi y Kamli se habían encariñado demasiado con Mahda. Se quedaron estáticas ante la vista de un bulbul. ¿Quién sino Mahda podría descifrar el significado del melodioso gorjeo del bulbul que se había posado en las ramas del árbol chinar? Mahda trataba incluso de imitar sus canciones, poniendo sus manos en forma de concha y soplando en ellas. El sonido que producía era dulce y melodioso (exactamente como el de los cantantes emplumados que estaba imitando: «Goo... gu, goo... gu, goo»).

«¿Qué cantan estas aves, Mahda Kaka?».

Entonces Mahda explicaría que, en sus voces lastimeras, los pequeños pájaros narraban cómo eran castigados por sus madres y también por su hermana por supuestos actos desvergonzados. Ellos se quejaban de que su madre los golpeaba con el mazo de un mortero de piedra y que su hermana hacía lo mismo con el husillo de una rueca.

«¿Su mamá de verdad les pegaba con el mazo de un mortero?».

«¿Por qué no lo haría? Los pequeños habían ensuciado los utensilios mientras su madre estaba ocupada haciéndoles de comer».

«¿Y por qué les pegaba su hermana?»

«Su hermana estaba girando la rueda cuando ellos empezaron a jugar con el rollo de hilo que hacía que la rueda girara. Eso lo ensuciaría todo de tierra. Además, ¿es así como los niños deben saltar por todas partes creando molestias?», preguntó Mahda.

Cuando Tariq vio a su padre empujando y apisonando grandes trozos de nieve del techo inclinado, abordó a su madre furiosamente: «¿Por qué Baba se subió al techo para despejar la nieve? Se va a

resfriar y eso va a ser causa de preocupación para toda la familia. De por sí lleva mucho tiempo tosiendo».

Mahda bajó del techo casi arrastrando sus pies cubiertos de nieve. El frío había congelado sus extremidades y las había vuelto pesadas. Cuando escuchó las palabras de Tariq, replicó: «¿Crees que la gente como nosotros debería contratar sirvientes para hacer tales trabajos?».

El tono quejumbroso del discurso de Mahda provocó a Tariq, que estalló, «Puedes tener razón en decir eso. Después de todo, has trabajado toda tu vida como sirviente y estás muy acostumbrado a tales tareas».

Mahda quedó estupefacto ante la reacción de Tariq. En su ceño aparecieron profundos surcos, también venas azules que se hincharon en su piel trigueña. «¿Quieres decir que he trabajado como sirviente toda mi vida? Sí, lo he hecho. Pero si tú hubieras trabajado en la posición en que he trabajado y te hubieras ganado el respeto que me he ganado, no estarías diciendo esto».

Khadija hizo una señal a su hijo de cesar el duelo de palabras con su padre. Ella estaba muy al tanto de la asociación de Mahda con la familia de Samsar Chand y no quería que el tema se siguiera discutiendo.

Khadija rellenó el *kanger* de Mahda con más pedazos de carbón ardiendo y se lo entregó. Mahda puso su palma congelada en el *kanger* y sintió calor. La intensidad de las brasas pronto lo transportó a un mundo de memorias relacionadas con el pasado. Sí, había trabajado como sirviente en la casa de Samsar Chand (Tariq no estaba completamente errado). Sí, Mahda trabajó primero como aparcero en sus terrenos, después como peón bajo sus órdenes (Samsar Chand tenía un puesto importante en el Departamento de Educación) y finalmente como cuidador de su casa y de su corazón. Tariq consideraba todo eso como trabajar en las capas más bajas y serviles.

Depende de cómo se miren las cosas, razonó Mahda. Ojos ajenos veían las cosas desde afuera y consideraban su trabajo como el de un sirviente de la más baja categoría. Pero ellos no tenían idea de cómo funcionaba todo desde adentro. Ellos no sabían que Bablal insistía en que él comiera la misma comida y bebiera el mismo té que los miembros de su familia. Ellos no veían cómo Bablal no comía hasta que Mahda hubiera aprobado el sabor del *roganjosh* o del caldo

yahni que hubieran preparado. Ellos no escuchaban la voz de Kakni Ma insistiendo: «Mira, Mahda, de ahora en adelante debes sentarte a comer con la familia en vez de esperar a que terminen». Cuando Mahda escuchó las instrucciones de Kakni, sus orejas enrojecieron. Intentó razonar con ella, «Kakni Ma, ¿cómo podrían patrón y sirviente comer juntos? Eso sería sacrílego. Me transportaría directamente al infierno».

«No, Mahda», Bablal respiró del incesante humo de su cachimba antes de intervenir. «Tú eres como mi hermano. Si no retribuyo el bien que me haces, tendré que sufrir seriamente en mi próxima vida».

Mientras Bablal pensaba que Mahda le había hecho mucho bien y le estaba agradecido, Mahda nunca lo vio como una obligación. Él siempre consideró a Kakni como a su madre y a Durgi y Kamli como a sus propias hijas.

Cuando Mahda iba a su aldea durante sus días de descanso, Durgi y Kamli se sentían inquietas. Se sentaban tristemente en la ventana abierta mirando hacia afuera, de una manera no muy distinta a la de los niños que esperan melancólicamente a que regresen sus padres de una tierra distante a la que han ido por razones de trabajo. En tales ocasiones, cantan: «Que la nieve caiga sin cesar. Pero padre, debes regresar a casa pronto».

Al regreso de Mahda, Kakni le diría cómo Durgi y Kamli se habían sentido tristes sin él y cómo esperaron ansiosamente que volviera. Esto llenaba el corazón de Mahda con orgullo, satisfacción y una cantidad redoblada de afecto paternal por las pequeñas niñas.

PERO PRONTO el tiempo dio un giro para peor. Los británicos abandonaron el país tras partirlo en dos. Aquellos que habían estado viviendo como hermanos se convirtieron en enemigos jurados de la noche a la mañana. En Cachemira, el azote llegó en forma de la infame incursión kabali que, tomando la ruta ocupada por Pakistán, había alcanzado Baramulla. En aquellos días, Bablal trabajaba como director de una preparatoria en Baramulla y Mahda como peón en la misma escuela. Como la aldea de Mahda estaba mucho más lejos y él no podía viajar diariamente de su casa al trabajo, se quedaba con Bablal y cuidaba a los niños.

¡Cómo podría olvidar Mahda esa fatídica noche del mes de *kartika* envuelta en oscuridad y silencio! El pueblo parecía dormido como un

niño en el acogedor regazo de su madre. De repente, en mitad de la noche, una descarga de disparos raspó el aire sacudiendo el lugar y sus frágiles estructuras. En cuestión de minutos, el pequeño pueblo fue cimbrado con gritos de saqueo y violencia. Mahda, que estaba durmiendo, se levantó de un salto. Se apresuró afuera para ver qué estaba ocurriendo en los alrededores. Vio gente corriendo como loca que quedaba atrapada en el rango de fuego de los intrusos, que parecían disparar indiscriminadamente para aterrorizar a todos. Algunas mujeres volaron a refugiarse en bodegas y graneros, pero los atacantes habían capturado a muchas de ellas y las sacaban por la fuerza.

Repentinamente, Rasool Miyan, Lateef Baig y Ghaffar Bhat buscaron a Mahda y le dijeron: «Mahda, si quieres salvar las vidas del maestro y su familia, ¡manda a su esposa e hijas fuera de la casa rápido!»

La mera mención de la esposa e hijas del maestro sacudió a Mahda. Estaba claro para él que esos hombres estaban confabulados con los intrusos y trabajaban para su beneficio. También estaba claro que los intrusos necesitaban mujeres locales para satisfacer su lujuria y que estos hombres habían sido enviados para hacer los arreglos necesarios. Mahda vio a través de sus intenciones. Se apresuró a cerrar la casa desde adentro.

Una vez de vuelta en el interior, Mahda vio un Bablal de cara cenicienta caminando de un lado a otro, muy ansioso. Mahda aún recordaba cómo Bablal se había quitado su turbante recién apretado para colocarlo a sus pies, buscando su ayuda en esa hora de crisis sin precedentes. Más que los sangrientos eventos que siguieron a la convulsión del mundo, fueron los ojos tristes y suplicantes de Bablal los que se grabarían en la memoria de Mahda.

Mahda levantó el turbante de Bablal y lo colocó respetuosamente en una respisa, se inclinó ante él en una reverencia. Después pensó en un plan que puso en movimiento en el acto. Limpió la marca de color bermellón de su frente y le quitó las ropas sagradas que llevaba puestas. Ayudó a Bablal a vestirse con su propio *salwarkameez.* Finalmente, lo hizo saltar sobre el parapeto en la parte trasera del complejo, urgiéndolo a dirigirse hacia Srinagar por cualquier medio del que pudiera disponer.

Después de esa rápida operación, Mahda guió a Kakni, Durgi y Kamli fuera de la casa a través de la puerta trasera y las ocultó en su propia habitación. Por dos días, Durgi y Kamli estuvieron vesti-

das con las ropas de Noorie para ocultar su identidad. Por la misma razón, cuando Kakni se puso las ropas de Khadija para camuflarse, Mahda se sintió agobiado con un sentimiento de vergüenza y arrepentimiento. Habló mirando el suelo: «Kakni Ma, que la furia de Alá visite a estos demonios por lo que han hecho a tu noble familia. También rezaré a Él para poder guiarte fuera de esta crisis con gracia y honor». Al escuchar esto, Kakni no pudo evitar derramar lágrimas de gratitud y abrazarlo como si fuera su propio hijo.

Tras unos pocos días, cuando las fuerzas indias finalmente llegaron, mandaron a los saqueadores de vuelta a Muzaffarabad. Tan pronto como las cosas volvieron a la normalidad, Mahda llevó de regreso a Kakni, Durgi y Kamli a salvo.

El episodio hizo que Rasool, Latif y Ghaffar se enfurecieran con Mahda. Incluso lo llamaron «ingrato *kafir*». «¿Qué es esta noción de lealtad a un amo *pandit?*», le increparon. «Si los atacantes se hubieran enterado, hubieran quemado toda la zona en retribución. Nuestra primera prioridad debe ser salvar nuestras propias vidas». Mahda estaba triste y perplejo. Para él, había algo por encima de la fe, pero no podía explicarles a ellos qué era.

¿Por qué arriesgó Mahda su propia vida para salvar a Bablal y su familia? ¿Sólo porque eran sus empleadores y los habían mantenido a él y su familia por tanto tiempo? Mahda quería plantear esta pregunta a Tariq. Después de todo, Tariq era una persona educada, razonó él, y debería ser capaz de ofrecer un respuesta convincente y bien razonada. Pero entonces Mahda decidió no preguntárselo. No en absoluto.

Pero después de muchos, muchos años, Tariq había hecho la misma pregunta a Mahda dándole un giro distinto. Mahda quedó boquiabierto. Nunca le había importado cómo vería sus acciones la gente desde fuera, pero ¿su propio hijo? Si Tariq había sido bien educado, era debido a Bablal. Fue él quien pagó su educación hasta nivel universitario. Era debido a la generosidad de Bablal que ahora estaba lo bastante calificado como para ser maestro de una preparatoria. Un pueblerino como él, pensó Mahda, no podía haber soñado que su hijo no sólo recibiría una buena educación, sino que además sería lo bastante competente para impartir conocimiento a otros. ¿Por qué no tendría Tariq siquiera un remanente de la forma en que su padre veía la vida? ¿Qué sentido tiene el conocimiento si incapa-

cita a una persona para retener siquiera una pizca de gratitud hacia su benefactor? Era difícil para Mahda entender por qué, después de leer unos cuantos libros, una persona pierde respeto por los valores transmitidos por sus mayores tras años de trabajo duro, experiencia práctica y sabiduría benigna.

«¿Para qué sirve la educación si no inculca sentimientos de amor, honestidad y humildad en los estudiantes?». Mahda no podía evitar plantear la cuestión. «¿Qué tus libros no hablan sobre ellos? Nosotros no fuimos educados como tú, pero nos embebimos del libro de la vida».

Tariq no pudo ofrecer ninguna respuesta coherente y convincente ni para su padre ni para sí mismo. Para él, esos sentimientos eran demasiado abstractos y no se relacionaban con su vida de forma significativa.

Sí hizo un intento, sin embargo, de sopesar los términos planteados en las escalas de la lógica. Entonces resumió su entendimiento de la situación de este modo: «Padre, uno debe hablar de cosas como amor, amistad y honor sólo entre iguales. Trabajar como sirviente para un patrón toda la vida y después hablar de esas cosas en relación con él no tiene sentido. Toma tu propio caso, por ejemplo. ¿No es un hecho que trabajaste para Samsar Chand toda tu vida? Ese sentido de lealtad aún persiste en tu corazón. ¿Tú crees que los hijos de Samsar Chand, a quienes criaste como propios, aún se acuerdan de ti? Estoy seguro de que deben haber borrado esas memorias de su conciencia hace mucho tiempo».

Tariq reafirmó su argumento con una parábola popular: «Padre, a menudo nos cuentas la historia de un *nawab* que tenía dos sirvientes. Cada mes, el *nawab* le daría un puñado de monedas de oro a uno y unas cuantas bofetadas al otro. La razón era obvia: el sirviente que recibía las monedas era honesto y trabajador, mientras que el sirviente que recibía las bofetadas era deshonesto y holgazán. Ahora, es probable que tú seas como el sirviente que siempre recibió las monedas. Ésa es la única diferencia».

Mahda no discutió más con su hijo. Recordó un proverbio que decía que alguna vez la talla de zapatos del padre le quedaría al hijo y que, cuando eso sucediera, debía tratársele más como amigo que como hijo. También había llegado a darse cuenta de que existía un vasto abismo entre el conocimiento adquirido a través de los libros

y el conocimiento recogido del libro de la vida. Él ya no trabajaba para Bablal. De hecho, tanto Bablal como Kakni habían muerto unos años antes (sus muertes sólo estuvieron separadas por unos cuantos meses de distancia). Sus dos hijas, Durgi y Kamli, se habían casado y ahora vivían muy lejos. Su hijo Nika había conseguido trabajo en Delhi y se había establecido ahí. Antes de morir, Bablal había legado una gran parte de sus tierras de cultivo a Mahda. Después de que falleciera Kakni, Mahda había regresado a su aldea definitivamente. Aún abrazaba un largo rastro de memorias dulces conectadas con ellos.

En casa, Mahda se exponía a un mundo distinto con sus propios hijos (cada uno de los cuales tenía sus propios asuntos). A Mahda no le importaban los cambios que tenían lugar tras un periodo. Había aceptado que el cambio era la ley de la naturaleza. Después de todo, las estaciones también cambiaban. Los árboles cubiertos de abundantes hojas verdes y flores en primavera, en otoño eran despojados de su follaje quedándose con su esqueleto desnudo. Pero después de que el helado invierno se iba, sus estructuras esqueléticas se cubrían de verde musgo preparando el terreno para que de los capullos brotaran nuevas flores.

Mahda se preguntó por qué sus hijos no podían enteder que la tierra debe retener humedad para permitir que los capullos crezcan. Sin humedad, no crecería nada de ella, excepto malas hierbas y cardos espinosos. Cuando Mahda tomó la fotografía de Durgi y Kamli en la que las dos pequeñas niñas, sentadas en su regazo, escuchaban los cantos de los orioles, se sintió inmensamente agradecido. En un estado de ánimo agradable, comenzó a tararear la vieja canción: «Los bulbules gorjean y retozan en las ramas llenas de flores».

Después de comer sus alimentos vespertinos, mientras Mahda fumaba unas cuantas bocanadas de su *chilum*, Tariq le entregó un sobre. «En el camino de regreso de la escuela, Ahda me lo dio. Como la dirección en el sobre estaba mal escrita, recorrió todo el pueblo antes de llegar a mis manos».

«¿De quién será?», se preguntó Mahda. «¿Para qué me escribiría alguien ahora? Debe de ser una carta de Gulla. Me ha estado persiguiendo para que te convenza de conseguirle un modesto trabajo

en la escuela».

«Mi puesto no es lo suficientemente importante como para conseguir trabajos a la gente», musitó Tariq. Después se giró hacia Mahda nuevamente y agregó: «Esta carta viene de Calcuta, de una tal Kamla Raina».

«¡De la niña Kamli!», saltó Mahda de gusto, sorprendido. «¿Después de todos estos años? Parece que aún se acuerda de Mahda Kaka... Léemela, hijo».

Tariq hizo una cara burlona y leyó la carta. Mahda escuchó todas y cada una de las palabras con la máxima atención posible.

Kamli había escrito que esa primavera planeaba ir a Srinagar llevando a sus hijos. Los niños visitarían Cachemira por primera vez. Kamli los había alimentado con muchas de las historias que le había contado Mahda cuando era una niña. Ahora los niños querían saber quién era Mahda Kaka y cuál era su parentesco con ellos. Kamli no sabía qué responderles en cuanto al parentesco. Sabía que existían algunos vínculos sin nombre que no podrían explicarse metiéndolos en los moldes de las relaciones humanas. Tal vez Mahda Kaka podría explicarles mejor esas sutilezas. Ella cerraba la carta contándole que el nombre de su hija era Kukil y el de su hijo Poshnool.

Cuando Tariq terminó de leer, Mahda se sintió inundado de gozo y gratitud. Jaló una bocanada profunda del *chilum* y después se rio alocadamente. «Mira, los niños educados como ingleses tienen nombres como Kukil y Poshnool (el cuco negro y el oriol), los nombres de dos aves de Cachemira. Mira Tariq, Kamli no se ha olvidado de nada. Nada... ¡Kukil yPoshnool!».

Por intentar aspirar mayores bocandas y hablar al mismo tiempo, Mahda se quedó sin aliento. Se levantó y salió al patio. Con lágrimas en los ojos, miró la morera, que se paraba como un centinela cubierto de hielo en medio del patio. Imaginó que el hielo se derretía y el árbol se cubría de follaje verde y frutas maduras. Estaba seguro de que pronto regresarían los orioles y, posados en las ramas de los árboles, cantarían: «Las *gopis* del señor Krishna están bailando sin sus mantos» •

Traducción de Iván Soto Camba, a partir de la traducción del hindi al inglés de Pankaj Bhan.

Reflexiones sobre la literatura de la India: el género poético*

SHYAMA PRASAD GANGULY

LA GRAN CONFUSIÓN y el escaso conocimiento existentes en los países de habla no inglesa respecto a la evolución y los movimientos de la literatura en general y de la poesía de la India, no sólo en los siglos anteriores sino también en la actualidad, se debe principalmente a la separación idiomática existente entre la India y aquéllos, así como a la falta de una comprensión cabal de la diversidad lingüística dentro de lo indio. Redunda decir, en este sentido, que históricamente, salvo excepciones, fue escaso el esfuerzo realizado para llegar a un conocimiento literario mutuo. Los que superaron esa barrera lo hicieron a través del inglés, y excepcionalmente los británicos, por sus conexiones colonialistas, trataron de comprender la cultura de la India, aunque con cierto complejo de superioridad. Algunos intentaron familiarizarse del pulso literario día a día y fueron, en principio, tanto los portadores de la literatura india hacia Occidente como la máquina catalizadora en un contexto colonial, lo cual,

* Este texto es versión modificada de la introducción a la antología intitulada *Poesía india*, compilada y traducida en colaboración con el poeta español Alfredo Villaverde y publicada por Ediciones Libertarias (Madrid, 1994). Tratándose de la historia de las tendencias literarias en la India, este ensayo no pretende integrar ejemplos concretos poéticos en el sentido antológico en el cuerpo del texto, debido a la limitación del espacio. Otras aportaciones incluidas en este volumen complementan ese aspecto, especialmente de cara a la creatividad cosechada durante los últimos treinta o cuarenta años. No damos cabida aquí a esta poesía joven todavía pendiente de consolidación. En ese sentido, cabe señalar la no inclusión de una debida reflexión sobre una vertiente como la de la *dalit literature* (literatura de los oprimidos), que en la parte occidental de la India (Maharastra, Gujarat, etcétera) también comenzó a tener bastante resonancia como elemento de creación y cultural de los marginados.

en cierto modo, fue impactante para asentar el camino por donde habría de ir la tendencia moderna. Esto conllevó consecuencias problemáticas, por ejemplo, la de aventajar a la literatura india escrita en inglés como la más representativa de la literatura india, en desmedro de las expresiones en lenguas regionales. ¡Pero no saltemos épocas!

En el mundo hispánico es conocida la figura del gran escritor en sánscrito Kalidasa, así como algunos tratados lingüísticos en esa lengua, y ya en el siglo XX, además de la recepción parcial de la teosofía oriental, quizás más pronunciadamente la figura del Premio Nobel Rabindranath Tagore. Y eso tanto por su estatura literaria como por el interés de Juan Ramón Jiménez y Zenobia Camprubí en acercar al idioma español la magnitud del universo poético de Tagore a través de las traducciones en inglés o francés. Pero el resto de la tradición literaria india queda bastante difuminado, por lo que trataremos, desde estas páginas, de ofrecer algunos datos esenciales para la mejor comprensión y la valoración de la poesía escrita en la India. Es natural la imposibilidad de poder penetrar en la espiritualidad de un idioma extranjero y por lo tanto apreciar hasta dónde puede penetrar la luz invisible de un conjunto de palabras místicamente escogidas y agrupadas en un texto para producir ese efecto mágico que logra el poema, pero cualquier labor intercultural en el ámbito del conocimiento mutuo debe tratar de aunar los puntos de vista oriental y occidental a la hora de lograr ese difícil equilibrio de forma y fondo, ese funambulismo del texto en que consiste la traducción, para dejar al lector la evidencia y la sugerencia del texto, el aroma de su espiritualidad oriental, la evolución de su planteamiento hacia la modernidad, el ritmo y el *tempo* de su música y, en resumen, la síntesis de los elementos del significante y del significado que ahorman el poema.

Al principio, es conveniente aclarar algunos datos sobre aspectos generales del país para entender la diversidad unificada de la poesía escrita en la India como un caso especial. El territorio indio consiste en veintinueve estados demarcados lingüísticamente. La población presenta claras huellas raciales muy diversas. La religión, las costumbres, la forma de vida, el clima y las tradiciones son, entre otras, algunas de las cosas que más diferencian a sus habitantes. Hay ochocientas cuarenta y cinco lenguas, de las que setecientas veinte son dialectos hablados por más de cien mil personas. Más del noventa y uno por ciento de la población habla uno de los veintidós idiomas principales del país que tienen la consideración de lengua nacional. El asamés, el bengalí, el gujarati, el hindi, el urdu, el

cachemir, el maratí, el oriya, el panyabí, el sindi, el manipuri y el konkani hablados en las zonas del este, el oeste, el centro y el norte pertenecen al grupo de lenguas llamadas indo-arias, habladas casi por el setenta y cuatro por ciento de la población total. En su evolución, la mayoría de ellos, de un modo u otro, se relacionan y se inspiran en el sánscrito, el prácrito y el tamil (en términos de antigüedad), idiomas «clásicos» y mayormente depositarios de la tradición cultural del país. El tamil, el telugu, el malayalam y el canarés son del grupo dravidiano y predominan en el sur.

A grandes rasgos, los idiomas de la India se fusionan entre sí y, a excepción de la diferencia de origen entre el indo-ario y el dravidiano, no se marcan fronteras rigurosas. Existe una mezcolanza de lenguas y culturas entre los diversos grupos lingüísticos. Nueve de cada diez personas hablan uno de los quince idiomas principales. La mayoría de la población es bilingüe y hasta trilingüe en la mayor parte del país. El bilingüismo y el trilingüismo son amplios en todas las clases, excepto en el campesinado de las áreas lingüísticamente homogéneas.

El hindi, con sus variaciones, figura numéricamente como uno de los principales idiomas del mundo después del chino, el inglés, el ruso y el español. Siete de los idiomas principales se encuentran entre los veinte primeros del mundo. Más de setenta millones de personas hablan el bengalí (sin contar otros ciento diez millones que lo hablan en Bangladesh) y, de esta manera, después del español es el quinto idioma más hablado del mundo. También figuran entre los primeros veinte más hablados el maratí, el tamil, el urdu, el panyabí, el gujarati, el canarés, el malayalam y el oriya.

Cabe destacar que el sánscrito no tiene ninguna regionalidad y hace bastante tiempo que ha cesado de ser un idioma importante (popular) de comunicación, aunque represente el microcosmos de todo lo esencialmente indio. El idioma más en uso es el hindi, que sigue ganando terreno para sustituir al inglés en su papel de segunda lengua de uso general y de enlace entre distintas regiones —ambos son los idiomas oficiales en la actualidad. Con esto pretendemos hacer notar la dificultad de realizar un estudio actual de la poesía en la India, porque haría falta examinar los veintidós idiomas, cada uno de los cuales representa el pensamiento, la cultura y el desarrollo de la India en su forma múltiple y en cada uno de los cuales se han escrito miles de páginas. La India ya ha sobrepasado la cifra de mil trescientos millones de personas en términos de población censada, y en el presente ensayo nos vemos obligados a centrar la aten-

ción en la historia literaria en tres lenguas fundamentales: hindi, bengalí e inglés, deteniéndonos especialmente en sus características y principios creadores, pero también reflejando las características de otra decena de lenguas. En esta tarea hemos contado con la inestimable colaboración y asesoramiento de la Academia de Letras de la India (Sahitya Academy), que aglutina a poetas de todos estos idiomas, regiones y tendencias.[1]

---

1 A riesgo de repetición, en esta nota ofrecemos por separado al lector algunas pautas sobre la dimensión territorial y el número de hablantes de las distintas lenguas de la India, para que obtenga una visión más precisa del panorama de ese inmenso conglomerado de razas, religiones y formas de vida. El idioma más hablado en el mapa lingüístico indio es el hindi, por su condición de idioma oficial y por el área de sus hablantes, que se extienden por gran parte de la India (Madhya Pradesh, Uttar Pradesh, Bihar, Punjab, Haryana, Delhi, etcétera) y alcanzan el número aproximado de trescientos millones. El bengalí es la segunda lengua, si consideramos conjuntamente sus áreas hablantes: Bengala Occidental y Bangladesh, que totalizan unos doscientos millones de bengalihablantes. El maratí y el telugu siguen en importancia, con una cifra aproximada de hablantes de unos setenta y cinco millones cada uno de ellos —que en el caso del telugu se ubican en el estado de Andhra Pradesh, en el sur de la India, mientras que el maratí es el más hablado en la parte occidental del país (Maharashtra), cuya capital es la populosa ciudad de Bombay.

El tamil, con más de sesenta millones de hablantes, se centra en el sur (estado de Tamil Nadu), mientras que el urdu y el gujarati tienen unos cincuenta millones de hablantes en la parte central del país y en el sur (Hayderabad) y en la parte occidental (Gujarat), respectivamente. El canarés es otra de las lenguas habladas en el suroeste (estado de Karnataka), al igual que el malayalam, que se habla en Kerala, situado en la parte más extrema al sur. Ambos cuentan con una cifra de unos cuarenta millones de personas hablantes. El panyabí y el oriya tienen cifras cercanas, que sobrepasan los treinta y cinco millones de hablantes, y se ubican en el noroeste (Punjab) y el oriente (Orissa) mientras que el asamés y el sindi cuentan con unos quince millones de hablantes, si bien muchos hablantes del segundo habitan actualmente en Sind, que forma parte de Pakistán. El inglés forma una isla aparte en este panorama, ya que sus hablantes se encuentran esparcidos por toda la India, dadas su condición de lengua oficial y la tradición de la cultura británica; alcanzan un número aproximado de treinta millones, pero con una gran proyección literaria en el conjunto de la India.

Por otra parte, Delhi es el símbolo del cosmopolitismo lingüístico, ya que, al ser la capital, registra la afluencia continua de personas llegadas desde todos los puntos de la India y, por lo tanto, el encuentro de sus diversas lenguas. Por supuesto, existen otras lenguas de estimable proyección que, bajo los paráme-

A nuestro entender, el término *contemporáneo* tiene un carácter más amplio que el de mera actualidad, y en tal sentido la contemporaneidad india puede fijarse en las figuras de Tagore (bengalí) y Subramaniam Bharati (tamil). Ambos representan, en términos cronológicos *strictu sensu*, un periodo premoderno. Por otra parte, la evolución de los movimientos poéticos en la India no es tan rápida como en Occidente, y el curso de los mismos puede permanecer más o menos invariable durante cuarenta o cincuenta años.

También pueden surgir varias ramificaciones del núcleo original, como en el caso del postromanticismo de la época inmediatamente anterior a la Independencia (1947), que se ha consolidado sin adoptar un nuevo término y al que se le sigue considerando un movimiento neoexperimentalista. Por lo tanto, para considerar el estado actual de la poesía será conveniente remitirnos a una base temporal más amplia que permita entroncar con las tendencias anteriores.

La cultura desarrollada en la literatura de cada región de la India, tanto en el pasado como en la actualidad, ha conservado su carácter individualista y regionalista. Las regiones de habla panyabí y sindi, o hindi y urdu, están muy mezcladas, aunque conservan sus caracteres propios con bastante claridad. No existe mucha diferencia en la vida cultural y social entre la gente de Maharastra y Gujarat, y sin embargo no se pueden confundir las líneas trazadas por ambos grupos en sus tareas literarias. Se puede afirmar lo mismo entre los cuatro idiomas existentes en el sur, del grupo dravidiano, o entre bengalí, asamés y oriya, entre las regiones del este. Los elementos distintivos de cada uno no les apartan de esa proximidad básica que les otorga una perspectiva muy india en su totalidad. Cabe destacar que esta diversidad viene estrechándose con el paso del tiempo hacia una identidad derivada de sucesos históricos, económicos, culturales y sociales comunes desde la fecha de la Independencia, que originan una respuesta poética bastante similar.

A pesar de la unidad cultural del diverso escenario indio, no es fácil llegar a entender en términos concretos dicha unidad, puesto que suele

---

tros occidentales, serían muy importantes por el número de sus hablantes, como el cachemir, el manipuri, el konkani, el mizo, el rajastaní, etcétera. Una visión totalizadora del tema que nos ocupa debe incluir referencias a los trabajos realizados en todas estas lenguas para integrar el complejo mapa lingüístico de la India contemporánea de manera más completa. Un reto, ¡pero valdrá la pena el esfuerzo!

ser el idioma el que da a la literatura su identidad y por ende es lógico pensar que hay más de veinte literaturas en la India. Además, el lector de una lengua está más o menos familiarizado con su propia literatura, y conoce las otras de una manera fragmentada mediante traducciones. Esta interacción por vía de traducciones ha aumentado bastante en las últimas cuatro décadas, pero todavía queda mucho por hacer para que el lector interesado en cada una de las lenguas consiga una visión holística de la totalidad del panorama literario de la India en forma íntegra. Pero no ignoremos que dentro del país ha existido un vivo debate sobre el concepto de literatura india, marcado, por un lado, por la convicción de que este concepto resulta ser un mito, pues existen tantas literaturas como lenguas en la India, y, por otro, que todavía es superable toda aseveración conflictiva de ese modo de pensar y establecer la visión de interliterariedad extraída de la misma realidad histórica del país. Es importante también considerar si la experiencia de la colonización dio una dirección que consolidara esa definición unificadora.

En el contexto de las influencias extranjeras, dijo Gandhi una vez: «No quiero tener mi casa amurallada y con sus ventanas cerradas. Quiero que las culturas de todo el mundo soplen en mi casa libremente, aunque me niego igualmente a ser arrastrado por los vientos». Eso explica las divergencias internas también, pero es natural que con el paso del tiempo vayan surgiendo unas condiciones de modernidad que contribuyan a una perspectiva literaria convergente. Hay elementos universales que resultan de las estructuras políticas modernas de la nación-Estado, la industrialización y la comercialización. Estos elementos incluyen valores e ideales de individualidad, libertad, racionalidad, igualdad, etcétera, mismos que conducen, en el campo literario, hacia metas de una subjetividad liberadora para manifestar la personalidad del ser, dando cabida al espíritu de experimentación y originalidad en temas y técnicas. Toda modernidad, aunque esté impulsada por factores exógenos, tiene que interaccionar creativamente con tradiciones y quehaceres endógenos para institucionalizarse en rumbos propios, teniendo presente el entorno sociocultural del país.

Generalmente, el año desde el que se considera que se inició el periodo moderno en la literatura en general, y por lo tanto en la poesía, es 1857, año del comienzo del primer combate por la Independencia de la India. En este poco más de siglo y medio transcurrido, los movimientos más notables son: renacimiento, generaciones nacionalistas, revivificación romántica, marxismo y movimientos sociales, y neoexperimentalismo.

El estado actual de la poesía es producto de todos estos elementos del último siglo, junto al fenómeno más reciente de libre experimentación o síntesis de temas y estilos tan vigentes universalmente. Ha ganado mucho terreno el elemento de la creatividad en la expresión de la conciencia social y de resistencia humana.

Indudablemente, la aportación extranjera en el panorama poético es innegable, ya que su impacto se difundió por todos los aspectos de la vida de la India. Aunque las posturas intelectuales eran contrapuestas durante y después del dominio británico, el anglicismo contactó a la India con los movimientos del exterior, principalmente con los del mundo inglés, lo que despertó en la India pasiva un nuevo camino de expresión literaria. Por lo tanto, lo considerado como moderno en la poesía india es producto de antecedentes nacionales y extranjeros y un avance que nació de la conciencia de renovación interna y conciencia social de la condición humana interna.

No es extraño el hecho de que la presencia de los ingleses en la India creara la más aguda reacción en la vida social y cultural. Con el motín de 1857 y el establecimiento de las tres universidades al estilo inglés en Madrás, Calcuta y Bombay, la reacción se inició de tal forma que los intelectuales se polarizaron en dos grupos diferentes: uno quería liberalismo y reformas sociales, y el otro lo formaban los románticos revolucionarios. Los primeros empezaron, con todo rigor, a enfocar y denostar en sus actividades literarias las lamentables condiciones de viudas y huérfanos, la costumbre inhumana de la intocabilidad y demás sufrimientos de las clases miserables. Los segundos continuaban inmersos en la nostalgia de glorias pasadas, deseando un restablecimiento del nacionalismo y el espiritualismo propio, sin interferencia extranjera. No obstante, las precarias condiciones de vida y la incertidumbre en el futuro hicieron perder una dirección clara en el quehacer poético.

La revivificación romántica vino en la primera cuarta parte de este siglo y trajo consigo un acento místico en las composiciones poéticas. La poesía de este periodo se caracteriza por el refinamiento del lenguaje y la preocupación por el ritmo y las rimas de las composiciones poéticas. La suavidad del estilo armonizado con la destreza métrica y la dulzura en la elección de palabras para dar a la elocución un sentido romántico fueron una obsesión constante entre sus seguidores. El amor platónico y una perspectiva bohemia se incorporaron como tema. Tagore, cuya influencia se difundió por todos los rincones de la India, fue su principal prota-

gonista. Él, aunque perteneció a la literatura bengalí, era su líder más destacado, con una perspectiva poética universal. Dio el tono místico y el sentido refinado de la belleza a sus versos y tuvo numerosos seguidores. Fue, sin duda alguna, el padre de la conciencia cultural-nacionalista y del romanticismo. Al mismo tiempo, a través de su genio literario, los escritores indios llegaron a sentir lo más profundo de Occidente. Entre otros, Aurobindo Ghosh tiene una importancia especial por su influencia mística sobre los poetas de la época. Su tradición upanishádica aportó a los movimientos literarios un profundo sentimiento filosófico. La influencia de Gandhi era indirecta y sus ideas de simplicidad y de pureza, así como los valores de autenticidad en el comportamiento humano, inspiraron a muchos de los poetas e intelectuales de los años de lucha por la Independencia. Fueron los años en los que, con el conocimiento de las novedades literarias extranjeras, el poeta indio inició la experimentación en los misterios del sonido y el símbolo en la creación de las imágenes y en la ornamentación poética, lo que lo puso en el camino de una reacción contra el romanticismo y de la asunción de una mayor libertad para experimentar en las innovaciones métricas y temáticas. Su fuente de inspiración fue la vida común, la experiencia popular y las cosas cotidianas de su entorno.

La década de los cuarenta marca el primer paso para la aplicación seria del marxismo en la literatura. La atractiva filosofía se inicia bajo la forma de una rebelión contra el tagorismo. El poeta, tanto como el novelista, toma conciencia de su responsabilidad como reformista social y protagonista de su tiempo. Los poetas, influidos por las ideologías de izquierdas, levantaron sus voces contra la mentalidad burguesa de Tagore y sus seguidores. Los ideales marxistas eran los nuevos argumentos, y el deseo de crear una nueva sociedad para dar más cabida a los oprimidos, junto con la ansiedad de lograr la independencia, trajo a la poesía una tendencia a la politización de sus versos, rompiendo las tradiciones de construcción métrica. El esteticismo fue sacrificado por el eslogan político, y apareció el «progresismo», o poesía que abarcaba la ideología del conflicto entre clases.

Los años de pre y postindependencia se han caracterizado por una reanimación de la tendencia nacionalista-cultural en la que el tema y el contenido alcanzaron una importancia mayor que la forma y la estructura. Pero este entusiasmo, que vino a colmar los sueños de los escritores a causa de la realización de un sueño dorado —la Independencia— y significó la simbolización de la emancipación espiritual, no pudo durar mucho, ya que

pronto se vio sumergido en los problemas y frustraciones de la realidad cotidiana. El poeta se encontró solo, y esta soledad, agudizada por la filosofía del existencialismo, hizo perder a la poesía una dirección singular.

Llega el neoexperimentalismo y aumenta la importancia de la psicología introspectiva del hombre y la búsqueda de la verdad en cuanto al reino del estado inconsciente del ser humano.

Una vez experimentada la técnica moderna y revolucionaria del irracionalismo, en la cual las palabras no reflejaban el simbolismo anterior, sino que se referían a las asociaciones irreflexivas, provocando emociones inesperadas y mayor esfuerzo por parte de los lectores, tuvo un éxito instantáneo la recuperación del legado de movimientos occidentales. Dadaísmo, surrealismo, irracionalismo, Freud, Eliot y Sartre tuvieron una acogida excelente en los poetas del bengalí, el hindi, el tamil o el maratí, y señalaron también la aparición específica de un nuevo grupo de escritores que, recogiendo más específicamente el legado de la literatura inglesa en su obra, utilizaron el inglés como lengua de sus creaciones. Esto, por su presencia posterior a nivel internacional, tuvo consecuencias conflictivas en cuanto a la cuestión de la identidad auténtica de la literatura india, específicamente en el género narrativo.

En cuanto a la forma y la técnica de expresión, no hay mucha diferencia con la experimentada en Occidente: la poesía lírica, con sus variantes como la oda, la elegía, el soneto y el verso libre se han infiltrado en la poesía india. Las formas poéticas ya existentes eran las del sánscrito (del más antiguo grupo lingüístico indo-ario), o sea la *mahakavya*, forma de los grandes libros sagrados como el *Ramayana* o el *Mahabharata*), la *khandkavya* (redacción literaria narrativa en composiciones cortas), el *muktat* (estilo libre), el *katha* (narración en prosa) y la *akhyayika* (cuentos líricos), junto a otras, como las formas de *apabhramsa* (del grupo indo-ario mediano terciario), la *charti-kavya* (descripción de un personaje en versos), la *premgatha* (romance), la *rasa* (el sentimiento lírico literario), y la *pada* (estrófica), existentes en todas las regiones lingüísticas. Las formas de estructuración poética separada en espacios de dos versos (*doha*) o cuatro versos (*chaupahi*) también se han mantenido desde la Antigüedad hasta nuestros días.

Por otra parte, la tradición oral, especie poética de trasmisión intemporal, supone un legado importantísimo respecto de creencias, leyendas, fábulas y temores, que forman un corpus de vida trasmitido a través de la educación a generaciones sucesivas. La exquisita riqueza de sus imáge-

nes, ambiente y legado histórico forma parte del ser y de la conciencia del pueblo. Los bardos y los peregrinos transitaban a través de ciudades y pueblos, recitando himnos y homilías. En la penetrante escena poética de la India esta tradición persiste hoy en numerosas áreas. Los festivales de poesía agrupan a menudo a miles de personas que escuchan, al aire libre, a los poetas y recitadores durante horas con una atención y un gozo no exentos de elementos mágicos y sacralizados. Otro elemento importante en la tradición poética está relacionado con la herencia religiosa. Se ha dicho a menudo que el poeta «es una parte de Dios». Dios manda a sus profetas bajo la forma de poetas. En esta hermosa tradición poética, tan apartada de los aspectos teológicos de la religión, ¿cómo olvidar los himnos religiosos, frecuentemente rimados, que se cantan o rezan constantemente durante el día o la noche en rituales y ceremonias conectadas con el nacimiento, el matrimonio y la muerte? Muchas de las epopeyas religiosas eran obras de gran sublimidad poética. A menudo se basaban en la tradición musical de las *ragas*. La amplia gama de sentimientos que evocaban se relacionaban con los nueve *rasas*, comenzando con alegría la trascendental experiencia de la comunión con lo divino.

Como ya hemos comentado, otro rasgo notable de la tradición poética, que aún se conserva, son los recitales públicos, por los que se considera al poeta como un elemento importante en la estructura social de las aldeas rurales. En dicha estructura, los cantantes, artesanos versificadores y artistas han tenido acceso a la vida económica y social del entorno y han sido mantenidos por ella.

Particularmente en el oeste, las *mushairas* y los *kavi darbars* congregan a miles de seguidores de los poetas y recitadores más conocidos a nivel popular, que, situados sobre una plataforma elevada, reciben los gritos y aplausos del público enfervorizado que corea frecuentemente sus composiciones. Otra variante popular asiática de la poesía es la *shayeri*, escrita y recitada públicamente, en la que hay una mezcla de expresiones en lenguas como el hindi, el urdu, el farsi, el turco y el sánscrito, con temas de amor, vida social, sátira política, filosofía humana, etcétera. Por otra parte, la riqueza del paisaje y del propio discurso vital pareciera que nos dictaran la máxima de que uno no tiene otra opción en la India más que la de ser poeta. Este sentido de la tradición mueve a los grandes poetas contemporáneos en una constante de avance y retroceso en el tiempo y en el espacio. Siguiendo a Eliot, diremos que «ningún poeta, ningún artista tiene significado completo en soledad. Su valoración, su apreciación nace

de su relación con los ya muertos. Debe comparársele por contraste con todos ellos», aunque bien es verdad que ninguno de los grandes poetas universales está muerto, sino que permanece vivo a través de su obra.

La aportación de los últimos renovadores en la expresión literaria alcanza una variedad riquísima en la poesía, desde la creación de nuevas imágenes hasta la innovación métrica. La búsqueda de la originalidad ha sido propósito fundamental en este siglo. En este sentido, dos etapas han sido sobresalientes. Una, la de Tagore y su época, y otra, la reacción contra él o el postagorismo de posguerra. De la rima y la ritmificación de versos surge la preocupación por la simple armonía. Basta, para el poeta de hoy, la comunicación pura entre su pensamiento y su expresión sin obedecer rígidamente ningún principio. La nueva poesía en la India ha roto un estilismo muy geometrizado, revistiendo la expresión poética con nuevas dimensiones, sin olvidar lo fundamental de sus tradiciones ancestrales.

Como ya señalamos, es prácticamente imposible realizar un análisis exhaustivo de la evolución en todas las lenguas nacionales de la India, por lo que vamos a continuar esta presentación con el estudio de los caracteres y figuras más destacadas de la poesía en las dos lenguas de mayor difusión: el hindi y el bengalí, así como en inglés. Este último constituye un caso especial de la literatura india que, por supuesto, se ha arraigado firmemente hoy no sólo en la India, sino en todo el mundo anglosajón. Además son estas tres las lenguas indias en que el presente autor tiene razonable dominio como para haber podido consultar los escritos originales. Recalquemos también que en el presente ensayo el periodo cubierto no abarca los temas y modalidades de las generaciones más recientes, aunque aclaremos cómo en el desarrollo de las últimas corrientes es notable el fenómeno de la coexistencia de una continuidad de la tendencias individualizadoras anterior a la neoexperimentación, sin rupturas bruscas con el surgimiento de voces más directas de contenido social asociadas a las injusticias y opresiones locales y globales.

La poesía escrita en hindi

El hindi en todas sus variantes ha sido siempre el idioma de la parte central de la India, llamada Madhya Desha. Pero en la edad contemporánea, el *khari-boli*, es decir, la forma de lenguaje utilizada en la región Delhi-Meerut, viene desempeñando el papel más destacado en la poesía. Antes

del siglo XX, la lengua tradicional para cualquier tipo de creación literaria era el *braj bhasha*, la forma que prevalecía en la región de Agra-Mathura. Por su posición central, que ocupa más de la mitad del territorio del país, y por ser, hasta cierto punto, el idioma común de la clase no privilegiada, el hindi ha sido el portador de la emoción, la protesta y las aspiraciones de la sociedad oprimida durante los reinos musulmanes y el dominio inglés. Con el bengalí, el hindi ha servido como el vehículo más importante para trasmitir el sentimiento nacionalista del pueblo en cuanto a sus deseos de alcanzar la libertad política y su emancipación social y económica.

Los investigadores están de acuerdo en que la lengua hindi sirvió de vehículo en la Antigüedad y en la Edad Media para las figuras que trasmitieron individualmente el pensamiento hindú. Sin embargo, este carácter individualista no se muestra muy claro en la literatura hindi que surge en el siglo XIX con la apertura de las ideas occidentales sobre la personalidad individual del artista y su papel en la ejecución del arte.

La edad moderna en la literatura hindi se inicia con Bharatendu Harishchand (1850). Él y sus sucesores inmediatos, Mahavir Prashad Divedi y Prem Chand, consolidaron sus fundamentos. Alrededor de este núcleo crece un círculo grande en el que el *khari-boli* (o sea la variedad o dialecto más preferido del lenguaje estándar hindi/hindustaní) tuvo que luchar para establecerse como medio de expresión junto al idioma de las cortes reales (urdu) y el más culto (sánscrito). Pero sus ventajas, al ser el idioma de la gente común, le hicieron alcanzar un alto grado de popularidad y difusión que le ayudaron también en su sistematización. El contacto del hindi con el inglés desde principios de ese siglo, y a través de éste con la literatura rusa y francesa, sirve a sus poetas para conocer la obra de los victorianos y los líricos románticos. El poeta tuvo cierta proclividad hacia la poesía narrativa, influido también por Pope y Milton.

Aunque en el tiempo de Bharatendu existían poetas con métodos tradicionales y temas eternos (amorosos y devocionales), fue en esa época cuando la poesía sufrió un cambio en su estilo y significado. Vino a prevalecer una nueva conciencia social y nacional que fue endureciéndose con el tiempo, y durante las generaciones en las que Mahavirprashad Dwivedi fue el maestro surgieron poetas reformistas, quienes propagaron ideas de corte social y de resurgimiento nacional. Su lenguaje era lúcido y claro, aunque faltaban belleza y encanto en sus expresiones. También existían poetas de espíritu libre y filosofía propia. Shiridhar Pathak, Ram Naresh Tripathi y muchos otros se preocuparon de temas románticos volcados

hacia la naturaleza, las libres expresiones de amor y las ideas sobre la vida impregnadas de ingenuidad y naturalismo.

La exigencia de la vida sociopolítica trajo una ola de frustración y confusión entre los poetas durante la Primera Guerra Mundial y los años posteriores. El poeta fue buscando su propia sensibilidad e individualidad, y ello se consolida como eje central de la poesía. La autoidea del poeta como un creador y su preocupación por los seres le dio un quehacer nuevo y su expresión se ajusta a ese reto. Este nuevo periodo, conocido como Chayavad, obtiene su inspiración de la situación cultural y nacional y en su foco tenía un teísmo vital.

La filosofía introvertida de este movimiento subjetivo, que tuvo su origen en el individualismo, se cataliza como un grito de protesta y desesperación que reaccionaba contra el formalismo y el didactismo imperante en la estructura feudal del país. La creación que el poeta solía expresar por medio de símbolos —porque la expresión libre de los sentimientos se encontraba bajo la férrea censura de los ingleses— dio luz a nuevos ideales de belleza y a una naturaleza en plenitud, sin demasiada preocupación por el destino final del hombre. Se desarrollaron nuevas técnicas literarias y las figuras espirituales de esta época ejercieron una notable influencia con sus pensamientos sobre los escritores.

Entre los más notables citamos a Maithilisharan Gupta, nacido en 1886, que sirve de puente de transición entre la época anterior y el modernismo. Su fidelidad a la tradición y al tiempo su aceptación de la necesidad de hacer nuevos experimentos originales le hizo acreedor al título de Poeta Nacional. En sus poemas consigue con éxito delinear las relaciones humanas con una perspectiva de cultura nacional.

Jaishankar Prashad, nacido en 1889, fue otra de las figuras del Chayavad que, en su célebre obra *Kamayani,* pinta, con técnica alegórica y en forma de *lore* antiguo, el desarrollo emocional e intelectual del hombre, lo que le otorgó una posición preeminente en el mundo literario.

Otros miembros importantes del grupo fueron Suryakant Tripathi, *nirala* nacido en 1896, y Sumitranandan Pant, nacido en 1900. La preocupación por utilizar la expresión más certera, la percepción del elemento musical y la espontaneidad de las ideas creadoras de belleza ante el esplendor de la vida son notas de la nueva sensibilidad de estos poetas. Entre los que ayudaron al despertar de la cultura nacional y sirvieron de nexo entre la modernidad y la tradición debemos incluir los nombres de Dinkar y Subhadra Kumari Chauhan. Estos poetas, trazando inicialmente las pau-

tas del Chayavad, se disgregaron en varias direcciones, sobrepasando los límites de este movimiento y convirtiéndose en los líderes de la poesía del siglo XX.

Otro movimiento que se empieza a gestar en la década de 1920 y que se concreta sólidamente más tarde es el conocido como Pragativad, el progresismo indio. Fue una reacción contra la posición esteticista del Chayavad, con una clara proclividad hacia la búsqueda y la expresión de lo feo, mísero y brutal en la naturaleza, y una fuerte simpatía hacia la clase social oprimida, interesándose por sus problemas y sufrimientos. Muchos de los poetas del Chayavad empezaron también a sentir esta nueva conciencia y modificaron sus conceptos poéticos, incidiendo en los anhelos de emancipación del hombre. El Pragativad, al tener un amplio atractivo entre el pueblo, se extendió con rapidez influido por las ideas marxistas, que, sobre todo en la novela, alcanzaron gran importancia en las obras. Sumitranandan Pant, uno de los poetas seguidores del Chayavad, glosó la filosofía socialista de la vida en su obra posterior, al igual que los poetas del grupo. Junto a ellos, los jóvenes izquierdistas trataron de utilizar la literatura como panfleto político y condicionaron en cierto modo su desarrollo teórico. Su rápida expansión por todas las regiones propició también la de otras ideas como las de sacrificio, no violencia y sencillez del gandhismo, que, aunque fueron esencialmente criterios morales individuales, tuvieron influencia sobre los poetas.

No podemos terminar este comentario sobre ambos movimientos sin hacer mención de Shivmangal Singh *Suman*, nacido en 1916, cuya aportación en la poesía otorgó una nueva dimensión al tratamiento de los temas satíricos y de humor, así como de Bachchan, nacido en 1907, un poeta romántico que ha tenido gran popularidad y numerosos seguidores al utilizar el lenguaje cotidiano con gran frescura. Girija Kumar Mathur, nacido en 1917, fue un lírico romántico que experimentó con formas y técnicas cuyas innovaciones posteriores fueron conocidas con el nombre de Nueva Poesía. Estos movimientos siguieron teniendo vigencia en la época posterior, junto a las nuevas formas de expresión surgidas en la época de transición de la posguerra y en la aparición posterior del experimentalismo, aunque es evidente el cambio profundo hacia una nueva sensibilidad. Durante los años previos y posteriores a la Segunda Guerra Mundial surgió una conciencia literaria que puso de relieve la importancia del ser humano como individuo y la evolución de los valores que le rodeaban. Era un conflicto vasto, y el impacto del enfrentamiento con Occidente forzó

la búsqueda de una fórmula que abarcara la espiritualidad y la revivificación de aquellos años.

La nueva poesía en hindi se apuntaló con el reconocimiento de la posición del hombre, sus límites y su insignificancia. Esa Nueva Poesía en la edad contemporánea se basa en el hecho de que el poeta se ha dado cuenta de la posibilidad de verse subyugado por la personalidad y los valores del hombre en el contexto de su propio tiempo. Esta conciencia de la realidad de las condiciones humanas hizo que surgiese el esfuerzo para proyectar lo más común, lo más elemental, lo que constituye la verdad para el entendimiento del poeta. Este nuevo movimiento se conoce como Prayogvad, o experimentalismo. En el fondo, es una preocupación estética, una búsqueda de valores y un examen de sus fuentes y sus resultados. Respecto a la forma y la técnica, la perspectiva ha sido muy abierta a las exigencias de su tiempo en cuanto a la simplificación del lenguaje. Claro está que se sigue experimentando con el simbolismo y con asociaciones de imágenes racionales e irracionales, no sólo en hindi, sino en otros idiomas nacionales. Aunque la rima aún sigue atrayendo a los poetas y se nota en los modernistas una tendencia a poner más énfasis en el ritmo musical de las palabras, se palpa una mayor libertad y una ausencia de forma explícita a las que se acogen la mayoría. No obstante, no toda la producción poética en hindi es experimentalista, ya que siguen coexistiendo las ideas de los dos movimientos anteriores y todas ellas se encaminan hacia una síntesis. Algunos poetas que no pertenecen a ninguna escuela específica, pero cuyas tendencias experimentalistas son significativas, son Shamsher Bahadur Singh, nacido en 1911, y Bhavaniprasad Mishra, nacido en 1914. El primero investiga sobre nuevas formas en poemas extranjeros y se deja notar en sus obras la influencia del haikú japonés y de la poesía visual. El segundo ha contribuido al modernismo con su libertad de expresión y su uso de vocablos usuales. Tal es el caso también del poeta Naresh Mehta, que consideró en su obra cómo el ser humano puede transformarse en el centro de la experiencia poética y que tuvo una gran aproximación keatsiana a la naturaleza, aunque es de extrañar que su poética no haya influido más notoriamente en la obra de las generaciones posteriores, como sí ha sucedido con el también consagrado Dharamvir Bharati, nacido en 1926, con una amplia influencia en todos los medios literarios.

Dos revistas literarias establecidas en esa época captan bien las tendencias y cambios y debates suscitados en el pensamiento poético en hin-

di. Las revistas *Rupabh* (1938) y *Tarsaptak* (1943), de tendencias romántico-experimentalista una y progresista-experimentalista la otra, son una buena muestra de las transformaciones en las experiencias y metáforas fundamentales que se producen en la poesía hindi. Resaltan qué difícil resultaba separar los bordes de esas corrientes como para ver una en oposición a la otra, con la ejemplificación de los escritos y textos de los poetas destacados. Haciendo una valiosa recapitulación de esa realidad, el estudioso y crítico Permanand Srivastava (1936-2013), en su compilación *Saamkalin hindi kavita* (La poesía contemporánea en hindi), nos ofrece una buena valoración del fenómeno en sus diversas dimensiones.

Asimismo, recogiendo algunas de las reflexiones sobre la poesía en hindi manifestadas por uno de sus poetas, Raghuvir Sahay, diríamos que la importancia del hindi en la guerra de la Independencia de la India fue muy grande como vínculo de comunicación. A nivel literario, el propio Tagore lo reflejó en bengalí, y luego Zenobia Camprubí lo pasaría al castellano desde las traducciones inglesas de Tagore. Después de la Independencia su importancia es menor, ya que se circunscribe a la región donde se habla y a ser el idioma oficial del gobierno, lo que potencia la expresión en el resto de lenguas que antes traducían sus obras literarias al hindi.

Existe, para Sahay, una nueva visión entre los poetas, preocupados hoy por el realismo más que sus maestros. Tradicionalmente, el poeta en hindi había sido un soñador romántico, que se aproximaba a la naturaleza, y los actuales han realizado una síntesis con el pensamiento, la esencia espiritual de la vida, el significado de la humanidad y una actitud de bendición hacia todo lo existente, que se puede nombrar como *indianidad*. Después de la independencia del país (1947), sobrevino un contacto más estrecho con la realidad y con la poesía social que, al impregnar la obra poética, la dota de un nuevo significado poético político. En hindi, el poeta se vincula más con la realidad que con la ideología y huye de esa limitación de expresión que la ideología crea en el escritor. Su perspectiva es más racional, lógica y coherente socialmente que la de la generación anterior y conecta estrechamente con la participación del idioma en los actos sociales.

Para finalizar, subrayaremos que casi todos los poetas que han protagonizado los movimientos mencionados saltaron sus propios marcos, y con los jóvenes que aparecieron en el camino han ido construyendo la evolución de la poesía en hindi. La búsqueda de nuevos estilos es una constante en todos los poetas contemporáneos del mundo.

Poesía escrita en inglés

La poesía india escrita en inglés ha tenido una evolución problemática. Ello ha sucedido por el hecho de que el idioma inglés era el legado de la ocupación colonial, lo que conlleva tonos de cierta sensibilidad cultural y sociopolítica. La primera presencia sustancial de la poesía en inglés se sintió en el siglo XIX con la presencia de Henry Vivian Derozio. Derozio trabaja con temas indios, pero su tono y su estilo eran un eco de las tendencias prevalentes en Gran Bretaña, por lo que su trabajo parece una poesía «domiciliada en Inglaterra». Nombres menos conocidos, como Sarojini Naidu, que trajo a la poesía un brote de «patriotismo», cultivan temas de relevancia vinculada a la inmediatez que no tenían demasiada originalidad en estilo y técnica. Aun poetas como Aurobindo no representan un cambio notable.

Es realmente en la postindependencia cuando la India vio la primera penetración importante de la poesía escrita en inglés. En el trabajo de Nissim Ezekiel, Keki Daruwalla y Kamala Das, tema y estilo se armonizaron para crear una poesía de identidad diferente.

En los sesenta, un número mayor de poetas llegan a la escena literaria, incluyendo nombres como Adil Jusawalla, Arvind Krishna Malhotra y un poco después Jayanta Mahapatra. Los rasgos más interesantes de su poesía fueron que ellos evolucionaron fuera del *consciente* indio al impulso de los poetas anteriores y reflejaron la esencia de su conciencia moderna mediante sus propios puntos de vista. La poesía de Jusawalla aportó una voz arraigada en las tradiciones de la modernidad. Malhotra mezcla bellamente la división entre el este y el oeste mediante el uso notable de la imagen, y Jayanta Mahapatra dio pautas del compromiso poético que pocos más han podido igualar hasta hoy.

El inicio de los setenta señala la llegada de Saleem Paradina, Eunice Desouza, Manohar Shetty y Randhir Khare. La obra de Paradina, cuidadosamente estructurada, se centra en las experiencias de la India urbana, mientras que Eunice Desouza, influenciada por Kamala Das, examina la condición humana y profesional de la mujer india. Manohar Shetty, escribiendo sobre una hermosura más romántica en la poesía, tiene una mezcla de los poetas de los sesenta. Randhir Khare, extrayendo de la tradición diversa los principios esenciales, trata de reflejar en su poesía la realidad externa e interna de la experiencia vital en la India.

Mucho se ha escrito ya desde los años de la independencia de la India y el inglés ha perdido su carácter peyorativo para formar parte de la vida diaria del país. De igual manera la poesía en inglés refleja la esencia de la experiencia vital contemporánea. Otro fenómeno destacable es la aparición de importantes poetas bilingües. Dilip Chitre, por ejemplo, se ocupaba de ofrecer su producto creativo tanto en inglés como en maratí.

Naturalmente, el hecho de no tener una larga y firme tradición crítica ocasionó que al principio no tuviera un número grande de lectores y tampoco suficientes salidas editoriales, hasta el punto de que la mayoría de sus mejores obras fueron autopublicadas. Ese escenario ha cambiado en cierto modo y, en las últimas décadas, con la creación de sociedades y talleres poéticos en inglés, han proliferado las publicaciones de varios poetas que están creando nuevos espacios para sí mismos.

Ello, por otra parte, libera a la poesía escrita en inglés de las cadenas de las normas tradicionales (lectores, críticos, etcétera) y puede reflejar en sus obras el complejo panorama de la vida en la India sin sentirse atada al regionalismo, lo que le ocasiona potencialmente una mayor capacidad de distribución en todo el país, al utilizar como instrumento un lenguaje con una gran fuerza de comunicación (el inglés es, con el hindi, la lengua oficial del gobierno y la administración).

El hecho de no contar con una tradición consolidada y unos movimientos poéticos muy estructurados deja en más libertad a los poetas que escriben en inglés para encontrar su propio camino. La influencia de la poesía occidental, y en concreto de la inglesa contemporánea (Blake, Eliot, etcétera) es más patente en este grupo de poetas. Su estilo y riqueza conceptual son más refinados y sus obras tienen numerosos puntos de concomitancia con las de los poetas europeos. Pero también es cierto que algunos, particularmente los más recientes, han podido liberarse de esa influencia.

Es cierto que en su totalidad, desde la perspectiva y el panorama panindio, la poesía escrita en inglés sigue conservando todavía ese perfume de lo extranjero y sus creadores son considerados como poetas que no tienen difusión y que se leen entre ellos, sin que sus obras alcancen un reconocimiento popular masivo.

Poesía escrita en bengalí

También se escribe en el idioma de Bengala, hablado por los bengalíes que habitan en la parte este de la India, así como en Bangladesh, que fue parte del país antes de su división, y se trata de una extensa y rica literatura dentro del marco general de la India. Los primeros contactos ingleses tienen lugar a través de Bengala y sus ideas occidentales se infiltraron en el país por medio de las instituciones educativas y culturales al estilo inglés. Todo ello hizo que Bengala sirviera de vanguardia en la aceptación o reacción de cualquier fuerza política, literaria o social extranjera.

Desde ese tiempo (mediados del siglo XIX), la literatura bengalí prospera y se multiplica sin medida. El primer poeta de gran envergadura fue Michael Madhusudan Dutt, cuya aportación es algo sorprendente. Perteneció al nuevo grupo de pensadores llamado Bengala Joven, cuya tendencia a la occidentalización era notable. Dutt, que inicia su obra en inglés, llegó a ser el poeta más importante de Bengala, no sólo por su contenido, sino también en cuanto a sus experimentos de formas literarias. Al mismo tiempo, su conocimiento en lenguas extranjeras influyó mucho en el acercamiento Este-Oeste.

Su espíritu rebelde, junto a las ideas heroicas del nacionalismo de la época, le hizo movilizar todo su esfuerzo para romper el costumbrismo tradicional imperante. Aparte de algunas epístolas amorosas, de clara intención lírica e influencia extranjera (especialmente de la literatura griega y la italiana), fue su poema épico *Meghand Badh Kavya* (sobre la caída de Meghand) el que, por vez primera en la historia de la poesía bengalí, hizo uso de versos libres contra la tradición de rima imperante de metro *payar*. Su inspiración, amén del *Ramayana* y el *Mahabharata*, fueron Virgilio, Homero, Tasso, Dante y Milton.

Qué duda cabe de que el gran acontecimiento en la literatura bengalí, y que vino a captar la atención de todos los círculos literarios indios y más tarde de los de todo el mundo, fue la aparición en la escena poética de Rabindranath Tagore. A través de su obra, la literatura bengalí alcanza sus cotas máximas de expresión nacional y universal. Tagore, en su espíritu, tenía una visión universal y era un poeta del mundo.

Creció en un ambiente de nacionalismo hindú, pero su apertura, integrando otras vertientes como la persa y la inglesa, preparó su gran capacidad intelectual universal, lo que le permitió que su obra no quedara confinada en ámbitos puramente políticos. La variedad de sus géneros y

temas era abrumadora. Comenzando como un poeta inspirado en el amor y en la naturaleza, poco a poco su gran visión metafísica le hizo crear una dimensión filosófica en la poesía. Su imaginación lo puso en continua búsqueda de todo lo humano en la Tierra, sus miserias y alegrías, la intimidad y la mística del ser y el misterio de su relación con Dios. A través de su genio literario hizo durante su vida un intento de yuxtaponer lo real con lo espiritual, y su gran conocimiento de la cultura upanishádica y de la tradición lírica de los poetas de Occidente dio como resultado la producción de una fabulosa obra en todos los géneros literarios.

Aunque Tagore era un poeta de la escuela del arte para el arte, su alma impaciente se sumergió en todo momento en la profundidad de los problemas del ser humano. Abundan por eso en su obra temas sociales, además de la exploración artística del vínculo triangular entre la naturaleza, la divinidad y lo divino. En cuanto a expresión métrica, Tagore experimenta con todas las formas ya existentes en los poemas de la Antigüedad y de la Edad Media. El verso libre de Dutt sufrió una nueva trasformación que le dio mayor musicalidad y ritmo, impregnando también su prosa poética y sus canciones.

Como creador de belleza, Tagore se sitúa en la cumbre de la expresión poética universal. Su delicada sensibilidad y su creación de formas musicales y nuevos ritmos melódicos son igualmente sorprendentes. Su importancia es mayor todavía si pensamos en el hecho de que él, como poeta y espectador, convivió con la iniciación de la tendencia más moderna en la poesía bengalí, influenciada por el marxismo y la justicia social. Tagore, que siempre daba la bienvenida a los nuevos rumbos, había preparado el fundamento de esta transición en la revista *Sabujpatra* (Hojas Verdes), en 1914. En ella introdujo la adopción y el uso extenso de un lenguaje cotidiano y común en el pueblo.

A través de otra revista, *Bharati*, la generación de aquella época tuvo otro instrumento de expresión, en el que destaca Sudhindranath Dutta, cuya influencia sobre la generación posterior era más profunda que la de Tagore. Dutta escogió una forma de expresión poética dependiente del ritmo lexicográfico y de la sonoridad métrica, con gran sentido satírico y del humor, y en ella abundan las connotaciones nacionalistas.

La agitación política en Bengala y la creciente conciencia acerca del mundo oprimido, junto con el fervor nacionalista, hicieron surgir un movimiento de jóvenes escritores que se autonombró como Kallol (La

Corriente Rizada) y que señaló el inevitable nuevo rumbo en temas y técnicas, influido por Freud, Marx y el neomodernismo.

Dentro del marco del grupo Kallol destaca, por su espíritu libre y sus fuertes convicciones democráticas, Kaji Nazrul Islam. Nazrul se hizo famoso como el poeta del pueblo, porque en todos sus poemas manifestó oposición a la tiranía y apoyo a una verdadera justicia social. Su habilidad para expresar los sentimientos del alma en formas muy imaginativas y poéticas, sin perder nunca la sonoridad y la resonancia de sus versos, es verdaderamente importante. En dirección paralela, en la Bengala del Este, Jasimuddin alcanza de igual manera una popularidad muy extensa.

El grupo progresista Kallol tiene como protagonistas grandes figuras como Jibanananda Das, nacido en 1898; Premendra Mitra, en 1904; Buddhadev Bose, en 1908, y Achintya Sengupta, nacido en 1903. Todos ellos defendieron la necesidad de rebasar el dominio que Tagore ejercía sobre toda la expresión poética de la época. Sus discusiones con él fueron muy duras, y ejercieron también influencia sobre su obra posterior. Sin embargo, el estilo de Tagore, tan refinado y rico en expresión, ha pervivido universalmente sobre estas tendencias posteriores.

Jibanananda Das, el más renovador, y objeto de controversia de este nuevo movimiento poético, evolucionó desde la línea más tradicional hasta la asunción de las influencias más en boga en Occidente (Eliot, Pound). Sus poemas tienen voluntariamente un carácter vivo y descarnado, con temas inspirados en la naturaleza y la realidad circundante. Premendra Mitra fue un nuevo romántico y, en su mayoría, sus versos son reflexiones sobre los fracasos de la vida, sobre los oprimidos y la redención humana. Buddhadev Bose, influenciado en sus primeros años por D. H. Lawrence, manifestó siempre una imaginación refinada a través de sus temas psicológicos y sus poemas de amor.

Estos poetas, junto a los de las generaciones posteriores, han manifestado una clara tendencia hacia el simbolismo del lenguaje, en el que tanto el escritor como el lector quedan prendidos en la sugerencia. Sin limitación en cuanto a contenidos, destacan por su originalidad la obra de Jibanananda Das y la de Bishnu De, impregnadas de fuerte contenido filosófico y meditación intelectual. Florecen también poetas de tendencia marxista (muy influidos por la ideología) cuya preocupación fundamental es la adhesión a la filosofía del arte para la sociedad. Subhash Mukhopadhyay es uno de sus más famosos exponentes, aunque posteriormente su ideología ha experimentado un cambio de rumbo.

El individualismo y la libertad de temas y estilos preponderantes en el resto de la poesía en India y en todo el mundo ha influido también a los poetas de la generación actual, en los que se apunta igualmente una difuminación de los géneros, con un frecuente uso de la prosa poética en las composiciones.

En opinión del destacado profesor y poeta Sisir Kumar Das, a grandes rasgos la poesía contemporánea bengalí se mueve en torno a dos grandes polos estéticos: la figura de Tagore y la reacción contra Tagore.

Esta última se consolida a partir de 1930, a instancias de las nuevas circunstancias sociales en Bengala y en el mundo y de la influencia de los nuevos movimientos literarios (simbolismo, surrealismo). No obstante, Tagore les va enseñando un nuevo camino de libertad expresiva con sus poemas en prosa y sus formas métricas en absoluta libertad.

A la muerte de Tagore en 1941, los poetas adoptan una postura más solidaria, socialmente hablando. Las cambiantes condiciones sociales en la India y en el mundo, los enfrentamientos entre ideologías (fascismo y democracia), la formación del partido comunista en la India y los nuevos brotes imperialistas en Japón les hacen ser más conscientes de esta nueva realidad y, en consecuencia, de la necesidad de una toma de postura frente a estos problemas. Esta conciencia se decanta hacia posiciones políticas generalmente marxistas o hacia actitudes de solidaridad derivadas de una obligación moral (ciudadanos del mundo) que impregnan su poesía de un aura cosmopolita. Esto ya lo había hecho Tagore con su filosofía panteísta y de firme convicción en un universo moral, de valores, pero el optimismo tagoriano deja paso ahora a la desilusión, la desconfianza, la agonía derivada del conocimiento de que el mundo caminaba hacia el enfrentamiento de una catástrofe. Ellos, como Yeats, asumieron la idea de que el centro no se sostiene y todo se destruye (poesía de fragmentación).

La independencia de la India en 1947 hizo pagar a Bengala un alto precio. Su división en dos, motivada por criterios religiosos, en la que su parte más hermosa (la Bengala Dorada) fue anexionada a Pakistán, y produjo el éxodo de miles de familias con un efecto traumático en su cultura, tan importante que sigue vigente hoy, influyó en la temática de los poetas (la patria dividida, la nostalgia del pasado reciente, el contraste entre el modo de vida urbano y el rural, el despojamiento en el exilio). Ello determinó en gran medida la politización de su pensamiento y su rechazo al arte por el arte.

Ambas tendencias, la de los modernistas y la de los progresistas o poetas sociales, se funden después en una nueva vía en la que Tagore sigue estando vigente por su tradición humanista y por su importancia, al ayudar al poeta a descubrir nuevos significados y confiar en el poder del lenguaje a la hora de emprender nuevos caminos expresivos. Tagore cobra así una nueva dimensión que representa la totalidad de la sensibilidad literaria bengalí a mediados del siglo XX. Él sirve como puente entre tradicionalistas y modernistas, y también entre modernistas y progresistas. La poesía moderna comienza en Tagore y regresa a él. Los poetas posteriores más jóvenes mostraron, de manera variada, cierto rechazo a estas posturas y se adentraron más en la poesía indígena, la lírico-folclórica y la del Tercer Mundo, sin olvidar el retorno a los clásicos y la influencia europea y social.

Respecto a la literatura en bengalí de Bangladesh, la diferenciación política y religiosa hacía, en las primeras décadas tras la independencia de aquel país, que su difusión fuera muy escasa. Existía un control importante de los medios editoriales y de los traductores especializados en la obra de los poetas de países del Este. Las distancias provenían más de criterios políticos que poéticos. Sin embargo, la comunicación entre las literaturas de ambas Bengalas se produce al nivel de escritores y de intelectuales, pero no tanto al nivel de sus lectores de manera directa. Este último fenómeno se ha transformado bastante con los avances del mundo digital y la internet, así como por la participación en las ferias y otros eventos en torno al libro y las expresiones culturales. No cabe duda de que Tagore ha servido también de nexo de unión entre los diferentes matices de ambos lados.

La poesía en otros idiomas

El tratamiento individual de cada región lingüística no es factible, por su extensión, en este trabajo. Al subrayar la evolución de los principales movimientos en la poesía hindi y bengalí hemos expuesto a su vez la de la poesía en otros idiomas en la India, ya que dicha evolución se puede aplicar a los mismos, con ciertas modificaciones. Los protagonistas son distintos, pero la tendencia ha sido similar. Hay una coincidencia general en la afirmación del pensamiento global, ya que las variables sociopolíticas y las modas literarias, así como la influencia extranjera, se difundieron a la vez en todas las regiones de la India, originando respuestas poéticas similares.

Sin embargo, muy especial es el caso de la poesía en urdu, idioma que borra fronteras entre la India y Pakistán, al igual que el bengalí lo hace entre la India y Blangladesh. El urdu ha gozado de una riquísima herencia literaria al ser el idioma de las cortes musulmanas, tanto que ya en el siglo XIII vivió el famosísimo poeta y creador de zejeles (*gajal*) Amir Khusrau, que pudo utilizar con su alta cultura las sutilezas del idioma a medida de su evolución e interacción con otros idiomas como el sánscrito, el hindustaní (mezcla de hindi y dialectos de Brajabhasha) y el telugu, así como con el árabe, el turco y el persa. La poesía en urdu hoy ha evolucionado desde la tradición persa, produciendo sus grandes poetas durante el motín de 1857 contra los ingleses —Ghalib y posteriormente Iqbal son sus máximos representantes. El último, influido por la introducción del inglés, tomó muchas libertades en cuanto a las formas simétricas rigurosas de la tradición clásica, produciendo en nuestra época una verdadera oleada del verso libre exento de rima. Esto rompió con las formas populares como el *ghazal* (zejel), *qaseeda* (casida), *mathnavi* (cantares de gesta) y *marthia* (elegía), aunque éstos se siguen utilizando en los festivales de poesía que gozan del reconocimiento popular, en los que la musicalidad del verso y la rima tienen suma importancia para su perpetuación por medio de la tradición oral.

Volviendo al panorama poético en su totalidad, en otros idiomas los poetas de las últimas generaciones afrontan la conciencia de su responsabilidad social junto con la búsqueda de una creación literaria original. La poesía de las últimas décadas ha sido multidimensional y hay una reaparición del romanticismo, en síntesis con el realismo social. Los poetas exigen y enfatizan su libertad en cuanto a la expresión de su emoción y las técnicas modernas tienen estilísticamente una gran aplicación. El lenguaje sintético y el simbolismo y la sorpresa tienen una aceptación general, aunque siguen existiendo poetas con utilización de recursos medievalistas en temas y formas antiguas. Al mismo tiempo, los poetas indios que escriben en inglés han aportado al panorama poético la revelación de un profundo tratamiento intelectual basado en la filosofía occidental e impregnado de la mística orientalista.

Otro hecho que ha influido en la evolución poética ha sido el incremento de las traducciones de poesía escrita en los diferentes idiomas al inglés, lo que ha permitido una mayor difusión de las obras de poetas conocidos hasta hoy sólo en su ámbito lingüístico, y una mayor reflexión sobre la vida y la obra del poeta en las distintas regiones en la India. En esta

época de complicados problemas políticos, sociales, raciales y religiosos, el poeta siente una grave preocupación acerca de su posición como artista y acerca de la dimensión de su actividad literaria. Para muchos de ellos, la expectación que supuso la independencia de la India y su consolidación como una cultura autóctona e independiente ha dado paso al desencanto ante las convulsiones de un inmenso territorio inmerso en la problemática del Tercer Mundo. Los enfrentamientos religiosos, con la tremenda secuela del terrorismo; los desequilibrios sociales, la contradicción entre los valores clásicos y la modernidad, y, en general, todos los aspectos derivados de la evolución de este inmenso semicontinente, planean sobre la vida y la obra de los poetas que siguen luchando en la búsqueda de la armonía entre el intimismo y la experiencia exterior. Hay un esfuerzo constante y consciente de lograr una síntesis entre el mundo interno de imaginación creativa y el ambiente contemporáneo •

Traducción del bengalí del autor.

Bibliografía breve

—Amiya Dev y S. K. Das, *Comparative Literature Theory and Practice*, Allied Publishers, Nueva Delhi, 1989.

—Sujit Mukherjee, *Towards a Literary History of India*, Indian Institute of Advanced Study, Shimla, 1975.

—K. M. George (ed.), *Contemporary Indian Literature*, Sahitya Akademi / Macmillan India Ltd., 1984.

—Ashok Kumar Mitra, *Adhunik Bangla Kabitar Ruprekha*, Dey's Publishing, Kolkata, 2013.

—Sisir Kumar Das (ed.), *A History of India Literature (1911-1956)*, Sahitya Akademi, Nueva Delhi, 1995.

—Parmanand Srivastav (ed.), *Samkaleen Hindi Kavita,* Sahitya Akademi, Nueva Delhi, 2016.

—Makarand Paranjape, *Indian Poetry in English*, Macmillan India Ltd., Nueva Delhi, 1993.

Asad Zaidi

El poema de la fe

En esta tierra muerta
la vida volverá.

Todo nuestro idioma
volverá.

Se escribirá poesía llena de significado
que traiga dignidad a las palabras.

Los días de este vil orden pasarán.

Todos leerán la oración
escrita con sangre.

El hogar olvidado

Oh, choza decrépita y vacía, cerrada, solitaria.
Abre tu puerta. Ofréceles agua a los invitados.
Mira, tu perezoso preso ha venido.
Habla, ¿durante cuánto tiempo han estado cerradas tus [puertas?
¿Dónde está mi madre?
Abierta como las buenas noticias.

O bien, como las malas.
Pero abre.
Acógeme con una rapidez que me avergonzará.

Que donde terminen mis recuerdos
mi madre siga viviendo.
Que donde yo rebote como una pelota de mi infancia,
sople un viento seco.
Sé un castigo, oh choza, como el que mi madre nunca me dio.
Encarcélanos aquí para que podamos ver de repente el cielo.

Todo el mundo sabe

Todo el mundo sabe
que todo en Ayodhya
es imaginario

Imaginaria
esa mezquita
que fue demolida

Esas imágenes
sólo estaban destinadas para
alguna película famosa

que fue una
siesta en la tarde
una especie de sueño confuso
o un ronquido

cuyo ruido desapareció
el crujido levemente triste
de esos arcos
mientras las cúpulas se derrumbaban lentamente
en un poco desenfocado blanco y negro

Versiones de Víctor Ortiz Partida, a partir de las versiones
del hindi al inglés de Tarun Bhartiya.

Arun Kamal

Ésta es la hora

Ésta es la hora
en que termina la cosecha
y aún hay tiempo para sembrar de nuevo.

Los campos están desnudos,
la tierra, distraída, aturdida por el repentino sol.
A intervalos, la sombra del seto,
los tocones caídos brillan.

El rebaño se mira a lo lejos
y los montones de tierra de los topos
y la arena dispersa alrededor de los hormigueros.

Es la hora
en la que ya no queda lo viejo
y lo nuevo está por venir.

Ansiedad

Temo la noche.

Una pesada roca comienza a oprimirme

y mi aliento queda atrapado.

Escucho tambores en algún lugar a lo lejos.

Llevan a alguien para sacrificarlo.

Está terriblemente quieto por todos lados y la niebla es densa.

Cualquier noticia puede llegar en cualquier momento.

Sigo vivo porque cuento cada una de mis respiraciones.

Cualquier cosa puede suceder en cualquier momento.

Mi bote está pescando, mi casa se hunde,

Mis caminos conectan el agua racionada, cortada.

La tierra se agrieta bajo mis pies.

Versiones de Víctor Ortiz Partida, a partir de las versiones del hindi al inglés de Giriraj Kiradoo y Rahul Soni («Ésta es la hora») y de Kiran («Ansiedad»).

Anupam Singh

Viudas de mi pueblo

Las mujeres vestidas en colores deslavados son viudas
del pueblo.
Son nuestras madres, tías y abuelas.
Son cuñadas y hermanas.
Cubiertas con tristes remiendos, sollozan en rincones oscuros.

Cuando persiguen el conocimiento, los niños viajan a tierras lejanas.
Las abuelas viudas se despiden de ellos.
Lanzan al aire sus bendiciones desde lejos.

Las viudas son baldes vacíos que no pueden llevar agua bendita;
cuando las hijas se van a sus hogares maritales
las madres viudas no pueden bendecirlas.

Con la cabeza cubierta en los rituales de boda
siguen mirando desde la distancia, buscan su perdón
y luego se pierden en selvas remotas.

Negado cualquier derecho a ritos sagrados
Entonan canciones auspiciosas en tono de lamento.

Las viudas de nuestro pueblo son tan poco propicias como los gatos.
¿Cuándo se convirtieron en viudas las mujeres multicolores?
Ni las viudas ni los gatos lo saben.

Sí, mi amor tiene sus condiciones

Para merecer mi amor, para que te ame,
tendrás que comenzar desde el principio,
tendrás que nacer de una mujer
para que tu latido se sincronice con el de ella.

Para merecer mi amor, tendrás que pisar con cuidado la hierba,
permitir que el saltamontes vuele.
Tendrás que arrancar las hojas sólo si no puedes prescindir de ellas.
Los niños adivasi, silenciosos, nunca arrancan flores para
ofrecérselas a los dioses.

Para merecer mi amor tendrás que verter todas las represas en los
[ríos,
liberar todos los peces de los acuarios,
tendrás que cuidar a los hijos de los pescadores
y descansar en las montañas de noche.

Para merecer mi amor, tendrás que reparar mi techo que gotea
y cultivar guajes y enredaderas de calabaza;
tendrás que plantar un árbol para mí,
llenar de verdor forestal tu ser más profundo
y ayudar a alguien a cruzar una calle.

Para merecer mi amor tendrás que llevar todas las cartas perdidas
a sus direcciones correctas,
tendrás que trabajar conmigo en los campos,
estar de pie en la cocina durante largas horas como yo.
Tendrás que ser mi amante y no mi esposo en la cama,
sí, mi amor pone sus condiciones:
no puedes pretender mi amor sin cumplirlas.

Versiones del inglés de Víctor Ortiz Partida.

Ignarus scriptus

Subhro Bandopadhyay

Cuántas veces me habré dicho que me tendré que marchar, enfrentando las palabrotas fuertes, con la arena en la lengua veo hacia *el ignarus*, en la caja cerrada de dos sílabas sigo dando vueltas

Cuando se levanta *el ignarus* en esta ciudad de sol prolongado, sólo entra el aroma del heliotropo por los callejones de las neuronas de color blanco pálido, siembra un lenguaje desconocido en la lengua aplastada sobre el baniano lleno de mugre que producen los hilos atados sobre él los que supuestamente cumplen los deseos[1]

Cuando se levanta *el ignarus*, estas palabras que se quedaron todavía, meten en la boca por fuerza una leña que se está apagando —el polvo terco de alguna ceniza sigue volando sin conocerse

Sin embargo por el mismo *ignarus* la presión de la pierna corpulenta de una campesina pudo dejar la mancha plateada de su anillo de pie sobre la parada de autobús, sobre la boca de metro

Caminas escondiendo el asco, por *el ignarus* inundado de automóviles, buscas un patio trasero limitado con alambre, quieres difundir el dolor de cabeza que empezó por la mañana en el cuerpo de un gato de color naranja

Cuando se levanta *el ignarus* y se dispersa su color, él pone en su boca abierta el metal tranquilo y oxidado del hambre —no queda nada sólo el martillo

1 Se atan hilos al árbol de baniano para que cumplan los deseos.

enorme del intento rompe los músculos y todo— yo me escondo en el polvo
intensamente anímico, el deseo de escribir el rasguño y la gramática aristócrata
la última vez con las mandíbulas rígidas

La realidad aplastada no sirve ya —nadie levanta la cabeza en esta senda
erosionada— una explosión potente de personas y animales, en todas las calles,
sobre todas las puertas, ventanas y sus agujeros lucíferos está clavada la flecha
brillante *del ignarus*

Ya no se puede despertar a nadie, todo el mundo está en una fila, los árboles
de la avenida están adornados con utensilios, suena el ruido, la copulación
rutinaria y los deseos carnales quieren llevar un pezón por lo menos hacia
las hojas de caduca, quieren dejar la huella de la uña sobre todos los lugares,
aprendemos a respetar las normas sin preguntas, en la senda de arena se ve un
constructo metálico, sobre el río una barca abandonada; por toda esta imagen
hay un muro, y cae la cera *del ignarus* sobre *él*.

Sobre las últimas fechas del calendario monstruoso se ha tatuado nuestro
discurso lleno de microbios; la vega y al lado suyo está el tubérculo que se llama
la noche: cada estrella es agua —su casco intocable; la práctica vacía que se
llama la puerta, puesta en el medio de la carretera sobrevive de alguna manera
evitando los automóviles veloces

En este despertar, acostar u otras rupturas
cuánto cuerpo había
era sólo un hábito cuyas forma y alma las dejé
al lado de un puente callado —este trozo silencioso
que se llama la tarde

Te quise, mucho más de lo que se podía decir
Hay más libertad en lo escrito
Por la ebriedad o por la atracción a lo externo
te rompí en trozos en el camino resbaladizo,
te arrojé desde la pared hasta el ladrillo
desde el asfalto hasta la solicitud de hipoteca nunca usada
La carne ha mordido siempre a la base metálica de los calendarios

Este poema no tiene sentido hasta que yo salga de este lenguaje, hasta que se tranquilicen mis inquietudes para salir por un bosque del cuero artificial, hasta que pueda sembrar la alegría del cigarro —que fumé con miedo en un chiringuito— en esta carta manuscrita

Sí, hay que dejar las palabras así, claras, porque cuando se levanta *el ignarus* y rompe en pedazos la conciencia que tenía hasta ahora, o se aferra a lo áspero de la arena que quedaba en la lengua rota de un beso denegado o al sonido repentino de pasos sobre la escalera

De veras hace muchos años que me llegó un cuerpo femenino, hace mucho que no pude difundir mi lengua con sabor a ajo sobre lo áspero de una vulva —sigo colocando mi cuerpo peludo en las hojas de fechas que se pierden, lanzo la pelota metálica de masturbación para que ruede sobre mi cansancio que ni siquiera ha podido formar completamente

Esta forma de argumento, una sandalia olvidada hecha de neumáticos gastados, con la correa rota, ¿adónde me quiere llevar? Cuando *el ignarus* llena la ciudad y su fiebre como una estrella diaria —cada callejón furtivo está lleno de adolescentes que van con cicatrices de perdigón— no van a ver nunca más en su vida —en mi plumín curvado se circula una canción nostálgica— como si una moto hubiera perturbado la tarde con su ruido monstruoso —¿adónde van ustedes con la bandera larga que se llama el dolor?

Te trocearé Derrota
con la eficacia de matar a un hijo
como una piedra que destaca
en un valle soleado

La espera siempre es así —las mandíbulas rígidas
me he permanecido trepando mi propia carne
En este trozo de tiempo nunca previsto
                que se llama brillantez
yo estoy clavado con quietud,
áspero como una flecha sin arco

Piensa que se llega así a tu pueblo sin genealogía, hay una tela pálida de desconfianza, tendida desde hace siglos sobre el camino que cansa —tú les preguntas ¿desde cuándo están aquí? Antes de saber la respuesta comprendes que formas parte de ese mismo pueblo, donde un caballero extranjero se quedó por esta tierra poco navegable por la falta de ganas que llega tras descansar. Esta falta de genealogía está en tu sangre. La cinta larga, como la tarde, de pelo de color negro de las mujeres y el hilo pálido de su blusa han creado tus neuronas bruscas. Antes de crear un argumento te caes dentro de las agallas del discurso del otro —comprendes que el hombre a quien se le olvidó su nasa de juncos en esta tierra de arroyos y ríos, es el mismo que sacó el licor fresco desde el cuerpo velludo de enero— después de eso nada va hacia el mundo de ganancias y pérdidas en siglos y décadas, tú quisiste llevar al cementerio que se llama el diccionario los cambios de identidad que dejaron la huella medio inconscientemente sobre el léxico. Y de esta manera subieron hacia el cielo, en el ojo del pájaro, muchos pueblos y su falta de genealogía —las puertas asfixiantemente curiosas de las innumerables ciudades pequeñas— de pronto, delante los ojos de un hombre adolescente que dormía sobre una senda en el campo, cada día al mediodía, sin depender de la estación, se levanta *el ignarus* asombrando todo el lugar; no se podrá pararlo con la sangre del sacrificio de animales

Caen cebos sobre la tierra y los ríos
todas las palabras no-escritas y las pronunciaciones perdidas
se congelaron y se volvieron rojos
subieron al cielo
Las frases perdidas de los siglos
caen como carne pegajosa y densa

Se oye claramente
el ruido de la competencia
y de correr sin parar
de los peces en el agua turbia
de los animales sobre el humus blando
por esa carne

El resto del mundo está tranquilo
El ignarus inflado irradia calor
tras devorar la historia larga y las palabras perdidas
Suben las mentiras una tras otra
Tienen el encanto de una branquilla
que cae del alimento sobrado de un pájaro cazador
Sobre el río y otros flujos de agua
mentiras intensas
como la primera atracción sexual se llama el amor
la repetición irónicamente errónea de la Historia

Bajan los trozos de carne
Los animales se juntan
por el aroma y codicia hacia lo eterno
Suena su arrojo en el agua turbia
Imagino su espalda de color atardecer
y su canal alimentario lleno de carne
    y las promesas de nuestro mundo de pop

Cuando se levanta *el ignarus*
su aura se difunde sobre nuestros arroyos y ríos
como si todos los árboles de la orilla fueran de cera
Se inclinan debajo las nubes monzónicas tras ver *al ignarus*
sus hojas y las frutas que no llegaron a formar
tocan el agua llena de carne
Pasa la ola pesada de los animales acuáticos
inflados tras alimentarse de mentira

Me quedo dentro del aroma de mi cuerpo callado con un placer todo abrasador de la última parte del invierno, poniendo el mordisco leve y su saliva sobre la palma del momento, sobre la lengua, sobre la piel placentera de los pezones —suena un contrabajo armónico— las tardes mezcladas con palomas y las cúpulas arquitectónicas de la época turca se deslizan —de verdad no queda nada importante, con las palabras y la sintaxis la zarpa de los suspiros largos *del ignarus* rasguña el arena que se llama el tiempo

¿Qué significa no poder ver? ¿Acaso es el recuerdo de la orilla de un estanque? Nada crece en los recuerdos, sólo se prolonga la sombra de lo perdido — un árbol de Kadamba[2] y sus posibilidades de florecer impropiamente en la primavera ¡fueron aplastados por *el ignarus*!

Así los días se convierten en puntos decimales en la Historia —algunos agricultores que saltaron al agua y no volvieron; algunos campesinos que masticaron sus propias lenguas— pican como espinas. Junto con todo eso, el trozo del día brilla y nos asombra —cae sobre las cubiertas de libros que dejamos en el alféizar de las ventanas— no los podemos leer de ninguna manera —sobre el amarillo de papel se seca la cúrcuma de los días auspiciosos. Con nuestro cuerpo flaco con una barriga increíble, nuestras copulaciones que se acaban en siete minutos, con nuestros ojos traidores que ven los carteles gráficos, con nuestras proposiciones amorosas arrodilladas, intentamos levantarnos, pero *el ignarus* enciende una nueva radio, no hay ninguna noticia, sólo un túnel de canciones sin descanso —el tiempo largo de la juventud cabizbaja sin preguntas— esta mañana de salir de casa, la bombilla brillante *del ignarus* chupa la luz de nuestros cuerpos

Versión del bengalí del autor.

2 Kadamba: *Neolamarckia cadamba*, un árbol corpulento de flores redondas y amarillas que florecen normalmente en julio.

La campana suena en la escuela para ciegos

Debarati Mitra

En la escuela para ciegos sonó la campana.
El día terminó por ahora.
Cada sonido puro, intacto o herido
voluntariamente se inclina sobre el tajo del dolor.
Sujetándole los pies tranquilos a un Jarul
el girasol silvestre lo ensombrece.
Lentamente sonó el reloj a una hora apagada.

Muchacho, no mires atrás
la luz o la muerte que recorres para encontrar en vano
arroja un tenue brillo sobre la pálida pared sombreada
de la escuela para ciegos. Sumergirse y lanzarse.

Al igual que templos no habituales, aquí una multiplicidad de casas
sus largas líneas se extienden una y otra vez
sus suaves sombras blancas
reino más allá del reino, al mar solitario.
Ahí se inclina
sacudido por las olas y convertido
memoria entumecida chocando contra las rocas.

¿Alguna vez viste
tumba inacabada de niño o niña
mirando al cielo llorando en silencio?
En la hendidura de dos cimas solitarias
flores como copos de algodón de pronto se dispersan
a veces, abstractamente, en las montañas.

Observando los despertares en las copas de los árboles:
a veces en el sueño, final de delirio
color de un quieto, interminable, eterno deseo
que brota imposible, exquisito.
Ojos deslumbrantes; dentro o, solo, afuera, formas
Secreto y secuestrado, la imagen más amada:
Como a través del sol, mirando una pupila verde
o el desbordante amarillo repleto del niño
o alguna suave luz brillante que se inclina desde los aleros
al lado como la cara borrosa de un león, un girasol.
Y la campana suena lejana.
La campana de la escuela para ciegos.
Todos los sonidos se detienen
la campana late lejana.

Versión de Víctor Ortiz Partida, a partir de la versión
del bengalí al inglés de Malay Roy Choudhury
y Aryanil Mukherjee.

La tierra natal de Meherunnisa

SHUKTI ROY

ISHA JAMÁS TUVO EL DESEO de ir a aquella aldea llamada Turtuk. Siempre tuvo la ilusión de visitar Ladakh con su hermano mayor, su cuñada y su sobrina pequeña, Jhilmil. Tantas investigaciones sobre este viaje por casi dos años, juntar el dinero tan meticulosamente y arreglar todo lo necesario para llevarlo a cabo. A Isha no le gustaba viajar con gente desconocida. Por eso se había negado totalmente a la opción de ir a Ladakh con un grupo preorganizado por las agencias de viaje, aunque su cuñada, por su parte, tenía miedo de ir a un terreno tan difícil sólo con su marido Somok, su cuñada Isha y su niña Jhilmil. Pero al fin se rindieron ante la obstinación fuerte de Isha. Poco antes de la salida, se convirtieron en un equipo de cinco en vez de cuatro, cuando Rafael, el jefe de Somok, expresó su deseo de volverse parte del grupo. Había venido a la India desde un lugar tan lejano como México por dos motivos: para enterarse de cómo se venden en la India las cosas que fabrica su empresa y para conocer el país. No era la primera visita de Rafael. La primera vez que él conoció a Somok Das, el gerente de ventas de su compañía en Calcuta, conoció a Isha. Rafael quedó muy impresionado por la sabiduría de Isha en el campo de la lengua, la literatura y la cultura hispánicas. Le gustaban mucho las canciones que Isha cantaba cuando Somok lo invitó a un programa cultural. Poco a poco creció una amistad pura entre Rafael e Isha y Rafael expresó el deseo de acompañar a la familia de Somok a Ladakh durante las vacaciones. Somok y su mujer Rini aceptaron la propuesta de Rafael con mucho gusto.

En realidad no viajaban totalmente juntos como una familia. Rafael era más joven que Somok y le gustaban mucho las actividades de aventura. Por eso él había alquilado una moto para pasear por Ladakh. A veces también iba con todos para visitar los monasterios budistas. Isha y Rafael ya habían llegado a ser muy buenos amigos e Isha, con mucho orgullo (como una ciudadana de la

India), le explicaba todo sobre las historias y la arquitectura de aquellos monasterios muy cuidadosamente, lo que le encantaba. Con mucha ilusión, Isha le narró el tema de la unidad entre la diversidad de la cultura de la India. Rafael ya había visto Kerala y Rajasthan, provincias hermosísimas. Después de ver la belleza del paisaje de Ladakh y la arquitectura imponente de los templos, *stupas* y monasterios, Rafael también estaba de acuerdo en que verdaderamente la India tiene una cultura muy impresionante.

Al cruzar el paso altísimo entre las montañas, llamado Paso Khardung, se encuentra Hundar, un sitio muy pequeño ubicado cerca del río Shyok, que emerge desde el glaciar Siachen y pasa por las montañas entre los chopos y los pinos. Este paisaje parece un hermoso oasis en el desierto frío de la región. Debido al crecimiento del turismo, el número de gente que viene de otras partes de la India ha superado a la población indígena. Las casas privadas hechas de piedra y madera se han convertido en alojamientos pequeños para ser alquilados a los turistas. También los campesinos pusieron un aviso para alquilar algunas recámaras de sus casitas propias. La familia de Isha, con su invitado extranjero, ya se había alojado en una posada donde había sólo tres habitaciones. Después de viajar durante días enteros, disfrutaban las tardes charlando, discutiendo y cantando. Rafael era un hombre genial. Le gustaban mucho sus nuevos amigos y la parte de este país que él nunca había visto antes. Somok también había empezado a charlar con su jefe como si fuera un amigo suyo. Jhilmil estaba aprendiendo algunas palabras en un español de la vida diaria y se las dirigía a Rafael, lo que él disfrutaba mucho.

Por la tarde durante la cena Rafael mencionó Turtuk como una aldea pequeñita ubicada en la orilla del río Shyok, muy cerca de la frontera con Paquistán. En la época en que la India y Paquistán habían ganado sus independencias del reino británico, la aldea Turtuk era una parte de Baltistan, que es una provincia de Paquistán. Pero después de las guerras entre la India y Paquistán en el año 1971, Turtuk, con tres aldeas más, quedó dentro del dominio de la India. Actualmente los turistas de Ladakh pueden visitar Turtuk, que todavía muestra los vestigios de la cultura antigua de Baltistan. Rafael quería ir a Turtuk porque tenía mucho interés en las civilizaciones antiguas. Pero los demás ya habían reservado su alojamiento en Panamik, un lugar al lado del río Nubra, que está situado demasiado lejos de Turtuk. También Isha tenía ganas de visitar Turtuk, aunque le costaba aceptar que India hubiera invadido la tierra de cualquier otro país. Finalmente decidieron dividirse. Rafael e Isha alquilarían una moto para ir a Turtuk y los otros seguirían el plan de visitar Panamik en el coche que habían alquilado desde Leh. Al día siguiente se encontrarían en la posada de Leh.

A la mañana siguiente, Isha y Rafael despidieron a Somok, Rini y Jhilmil y salieron para Turtuk en la moto. La autopista pasaba por la orilla del río Shyok. No se puede ver ningún habitáculo humano, salvo los campamentos militares rodeados por cerros sin árboles. Las piedras muestran tantos colores increíbles, azul y gris y púrpura y verde, mezclados con el color de la tierra. A veces, al lado del río se pueden ver los pueblos pequeños sembrados de manzanos, albaricoques, sauces y álamos. Las aldeas están poco pobladas. Los niños con su uniforme escolar les sonreían agitando sus pequeñas manos.

Rafael detiene la moto frecuentemente para poder sacar fotos. Algunas veces Isha se lo impide porque no se permite sacar fotos en las zonas cerca de los campamentos de los soldados. Como Rafael es extranjero, está encantado al ver la belleza del paisaje. Otras veces se quita los zapatos y sumerge los pies en las aguas de los manantiales o baja a la arena del río Shyok. Isha se siente ansiosa por los arrebatos de Rafael, pero en las inmediaciones de la naturaleza empieza a invadirla un sentimiento dulce y suave hacia su amigo extranjero.

Al fin llegan a Turtuk al mediodía. Al lado de la aldea fluye un manantial de agua clara y azulada que desemboca en el agua gris del río Shyok. La aldea entera se estrecha desde la orilla de Shyok por los cerros verdes. Hay unos alojamientos nuevos cerca del río. Rafael no tiene ganas de alojarse en uno de estos hoteles. Lo que quiere es conocer todo sobre la aldea y, tanto como sea posible durante su estancia, saber sobre sus habitantes. Aparcó su moto en el estacionamiento y se marchó con Isha hacia el puente construido con troncos de madera sobre el manatial, que corre rápidamente para entrar en la aldea.

Lo que atrajo la atención de Rafael fueron las caras de los aldeanos. Los habitantes de Turtuk no tienen las característica mongoloides ni son como los habitantes de Kashmir. Se pueden distinguir sus rasgos casi europeos con las narices puntiagudas y a veces con los ojos azules y grises. Aunque las caras de los hombres son bronceadas por el sol tan fuerte, las mejillas son rosadas como una manzana madura. Rafael e Isha tenían muchas ganas de sacar fotos de los aldeanos, pero lastimosamente ellos se lo negaron. Casi todas las personas se cubrieron la cabeza, las mujeres tan hermosas no se habían puesto el *burkha* o *hizab*. Era evidente que no les gustaba la vestimenta de Isha, pantalones vaqueros y camiseta. Isha también se sintió incómoda con la presencia de las bellas con las cabezas cubiertas. Rafael e Isha siguieron subiendo por la senda bajo el fuerte sol de mediodía, sudando mucho. Cuando a Isha le faltó el aliento para respirar y le pareció que sus pulmones iban a estallar, vio de repente un letrero Friendship Café. Sin esperar a Rafael, entró en el sitio rodeado de árboles y cubierto por un toldo.

Se sentó sobre un banco hecho con ramitas de árboles. Había algunas mesas y bancos para los clientes. Los bancos estaban cubiertos por mantas ásperas hechas con lana local. Los toldos estaban atados a las ramas altas de los albaricoques. Isha no veía a nadie. Lo que pudo oír fue el sonido monótono del *azan*. Es claro que los aldeanos han ido a la mezquita para asistir a la oración del mediodía. Entonces, ¿qué se puede hacer? ¿Hay que subir los cerros de nuevo? Estaba en esos pensamientos cuando de repente Isha vio a una vieja acercándose. Era evidente que debió de ser bellísima en su juventud. Ahora tiene la piel arrugada, el pelo blanco y su espalda encorvada como un arco. Sólo brillan sus ojos verdes con la viveza de la experiencia.

Isha estaba todavía jadeando y sudando profusamente. La vieja llevaba un vestido bastante flojo y sacó una manzana madura de su bolso, no era totalmente roja, era una mezcla de verde y rosa. Colocando la manzana frente a Isha le dijo: «Come, hija mía. Te va a quitar el cansancio y la fatiga». Enseguida se marchó lentamente hacia su cuarto hecho de piedras.

Isha tomó la manzana y al voltear vio que Rafael había llegado a aquel sitio. También estaba muy cansado y sudaba mucho. Isha y Rafael compartieron la manzana y, cuando se la estaban comiendo, llegaron unos aldeanos y el dueño de la cafetería. Él recibió a Rafael y a Isha con mucha cortesía y con una cesta llena de albaricoques maduros. Para entonces Rafael e Isha se sentían mejor. Pidieron el menú porque tenían mucha hambre. El dueño de la cafetería les preguntó si querían comer comida nacional o deseaban saborear la comida local. Y entonces empezó la tertulia informal entre ellos. El dueño se presentó como Sadek. Por generaciones su familia ha vivido en la aldea de Turtuk.

Rafael le preguntó a Sadek con curiosidad si Turtuk había sido ocupado por el ejército de la India después de la guerra entre la India y Paquistán. De repente se oscureció la cara de Sadek Mian, aunque pudo controlar sus emociones rápidamente y le respondió:

—¿Ha visto usted el nombre de mi café? Podemos ser una parte de cualquier país porque queremos mantener amistad con todos los lugares del mundo.

—¿Pero por qué el ejercito de la India ha ocupado su aldea particularmente? ¿Hay alguna razón diplomática? —Isha preguntó muy seriamente.

—No lo sabemos —contestó Sadek—, sería mejor preguntar a los diplomáticos. Nuestra aldea es muy importante para nosotros y lo que más nos importa es nuestra cultura. No somos de Cachemira ni de Ladakh. Somos una población muy antigua. Somos de Baltistan.

—¿Entonces Baltistan y Paquistán son distintos, verdad? —preguntó Isha.

—Claro que sí —respondió Sadek orgullosamente—, como su país, la India, Paquistán también es una tierra de muchas variedades culturales.

—Ustedes forman ya parte de la India, ¿verdad? —Isha le preguntó.

—Tiene razón —dijo Sadek, sin discurrir más.

A Rafael el asunto de la India y Paquistán no le importaba nada. Él quería saber únicamente sobre la civilización antigua de Baltistan. Sadek fue adentro para pedir la comida para Isha y Rafael. Volvió con su teléfono celular y empezó a mostrar los videos de tantas fiestas de Baltistan. La mayoría de las fiestas habían tenido lugar en el pueblo de Turtuk, como las carreras de caballos a la orilla del arenal de Shyok, los bailes con espadas y escudos alrededor del fuego con la música de bocinas y tambores. Sadek les contó que todos los hombres de aquel sitio pueden tocar los dos instrumentos musicales que se llaman *sanai* (la bocina), *daman* (el tambor) y un instrumento metálico como los platillos. Pero no había ni una mujer participando en la fiesta del baile. Es normal en aquellas regiones. El interés de Rafael aumentaba cada momento. Estaba ansioso por ver más, escuchar más y aprender al máximo.

Ya está lista la comida. Un platillo con tortillas preparadas de una variante de trigo local que se llama *hiran dana* y una mezcla de yogurt y pedacitos de nueces locales. Sadek les ofreció los albaricoques maduros. La comida era verdaderamente muy sabrosa. Isha y Rafael comieron con mucho gusto. Luego salieron a dar un paseo para ver la aldea con Sadek como su guía. Por las laderas de los cerros se podían ver las cosechas maduras de *hiran dana*. Los árboles de albaricoques llenos de las frutas doradas. Abajo de los árboles las aldeanas estaban cosechando en distintas cestas las frutas secas y frescas. En este sitio se usa el aceite de albaricoque para cocinar.

Sadek puede comunicarse bien en inglés. Relata la historia local de la aldea con gran detalle. Nadie sabe que cuando fue construida la mezquita vieja de la aldea, había un gran pedazo de madera con las grabaciones de los signos sagrados del islam, el judaísmo, el hinduismo y el budismo. Lo que les pareció a Rafael e Isha fue que la gente de aquel tiempo luchó para que su religión dominara sobre las otras religiones. Al lado de la mezquita hay un museo pequeño. Las aldeanas están preparando la lana con los husos. Con la lana ellas tejen las mantas gruesas para venderlas en los hoteles nuevos construidos cerca del río Shyok y para uso diario de los locales. Las mantas no son tan hermosas, pero sin duda son calientes.

El sol ya había perdido fuerza y se sentía agradable la brisa fría. A Rafael le parecía que todo el mundo era amigo de Sadek, con quienes presentaba a Rafael e Isha como sus nuevos amigos extranjeros. De repente se le ocurrió a

Sadek que Rafael e Isha quisieran ya regresarse. Les mencionó que deberían salir para llegar sanos y salvos a su destino. Rafael dijo que él tenía ganas de pasar una noche en Turtuk e Isha lo apoyó. Al saberlo Sadek llamó a su mujer y le dijo algo en su propia lengua. Enseguida llamó a Rafael a un rincón del café y le preguntó si Isha era su esposa. Rafael se rio mucho y contestó que Isha no era su esposa, ni su novia, que eran muy buenos amigos. Por su parte, la mujer de Sadek hizo la misma pregunta a Isha y recibió la misma respuesta. Entonces Sadek les dijo a Rafael e Isha que su cafetería no era albergue para pasar la noche, pero de todos modos podrían estar con su familia como sus huéspedes. Su familia estaría muy feliz si ellos pasaran la noche con ellos.

Rafael e Isha aceptaron la invitación con mucha alegría. Sadek les explicó que su casa estaba ubicada arriba al subir el cerro, que Rafael se quedaría allí y al lado de la cafetería había una sala cómoda en la que Isha podría dormir. Para acompañarla, unas mujeres de la familia dormirían en la sala al lado de aquella sala especial. Al arreglar todo Sadek preguntó a Rafael con una voz misteriosa:

—¿Has visto una carrera de caballos en una noche de luna llena?

—No, nunca —respondió ansiosamente Rafael.

—Entonces hoy mismo por la noche nos vamos a la orilla del Shyok. Lo vas a recordar toda la vida. Pareciera que los pies de los caballos no tocan la tierra, tan rápido van, en verdad, tan rápido. Tanta gente va a la carrera para apostar, ¿sabes? Unos regresan como reyes y los otros como mendigos.

Rafael se sintió muy excitado y le dijo:

—Yo también voy a apostar.

—No es posible, amigo mío. No se permite a los huéspedes —Sadek le respondió con una sonrisa suave—, no queremos causar daño a nuestros huéspedes.

—De acuerdo —dijo Rafael—, si no hay alternativa de todos modos quiero tener la experiencia.

Isha también tenía muchas ganas de ir a la carrera, pero no se permiten mujeres, siguiendo la tradición local de Baltistan.

¿Quién sabe qué hora es? Probablemente Rafael no haya regresado todavía. Sobre el cielo oscuro estaba la luna llena. Isha había ido a la cama para descansar y dormir. El cansancio de todo el día había cubierto sus parpádos con el sueño. De repente le pareció que alguien caminaba por la sala. Isha saltó de la cama. Un lugar desconocido. ¡Quién sabe cómo son los habitantes! Pero, ¿cómo se ha abierto la puerta? Isha recordaba bien que había cerrado antes de irse a acostar. Tomó el celular que había dejado cerca de su almohada, ¡qué horror! ¡estaba descargado! Pero no era por falta de energía. La sala entera parecía estar sumergida en la luz maravillosa de la luna llena. El baño estaba afuera de la

sala a poca distancia. La esposa de Sadek había dejado un bello mantón o chal para Isha en caso de que ella necesitara ir al baño. Isha sintió un deseo irreprimible de ir afuera de la sala y sentarse bajo la luz de la luna entre las montañas. Se puso el mantón y se sentó afuera sobre una piedra muy grande.

No veía a nadie caminando como una sombra. Normalmente Isha no es una mujer temerosa, pero en este sitio, este ambiente y sobre todo a la medianoche… ¿Y si esa sombra fuera un hombre con malas intenciones en vez de una fantasma? ¿Podría Isha defenderse de él? Isha empezó a andar hacia su sala cuando una voz muy suave vino a ella flotando por la brisa fría y húmeda de la luz lunar.

—No tengas miedo, hija mía. Soy Meherunnisa, todo el mundo me llama Meher Dadi (abuela).

¡Ah, aquella anciana tan linda! Aun en la oscuridad Isha la reconoció. Ella sonrió en silencio recordando las memorias de su abuela. En sus años maduros no podía dormir bien. Por eso a veces se pasea por toda la casa descalza. Isha se sentó sobre la piedra de nuevo cara a cara con la viejecita. La cara arrugada de la anciana mostró la luz por un lado y por el otro lado estaba cubierta por la oscuridad misteriosa. Isha y Meher sonrieron mirándose una a la otra. Se quedaron ahí silenciosas.

Después de un rato, la abuelita Meher le preguntó a Isha:

—¿Quieres ver la carrera de caballos?

¡Qué dice la vieja! ¡La carrera! ¡Ahora! ¡A la medianoche! ¡Quién sabe! Todo parece ser posible en este mundo mágico y prehistórico. Isha asintió con la cabeza.

—Ven entonces —dijo la vieja.

Isha la siguió como si estuviera encantada por su magia. Al bajar un poco se encontraron un asiento de piedra sobre la ladera del cerro. Un considerable número de personas podrían sentarse allí. La abuelita se lo mostró a Isha y le preguntó:

—¿Sabes las reglas del polo?

—¿Polo? —pronunció Isha, tartamudeando—, ¿el juego montando los caballos?

—Sí —confirmó la anciana—, pero el juego es muy difícil aquí. Necesitas mucha fuerza y mucha inteligencia también, ¿entiendes? Los caballos de aquí son los más fuertes y los más listos. ¿Sabes de Genghis Khan?

—Sí, fue un conquistador —respondió Isha inmediatamente.

—Él y sus soldados montaban los caballos de aquí, de Baltistan en las guerras.

—¡Ah! ¿Es verdad? —suspiró Isha como una niña. La historia y la geografía y todo lo que ella había aprendido antes se desvaneció. La verdad estaba sólo en las palabras de la anciana flotando a la luz de la luna y en los ojos verdes de la mujer como dos luciérnagas.

A la distancia, más abajo, brillaban el agua del río y la arena blanca y plateada. Desde lejos flotaba en el aire el sonido de *daman* y *sanai*. El ritmo aumentaba a cada momento. De repente hubo un silencio total y en un instante aparecieron siete u ocho caballos. A Isha le pareció que corrían como sombras de fantasmas sin tocar la tierra con sus cascos. En un instante los caballos desaparecieron en la curva del río con los jinetes y de nuevo sonaron los instrumentos musicales.

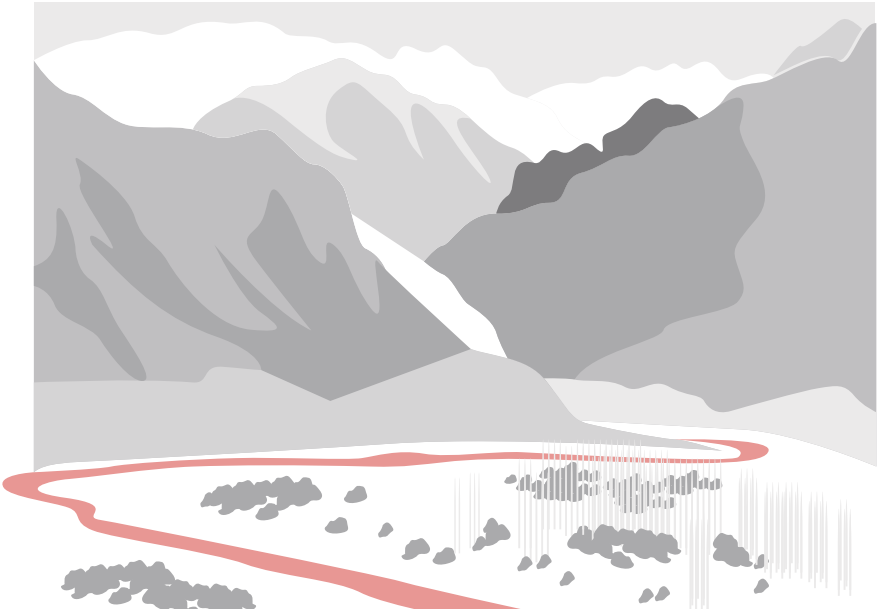
—Mi marido era el jinete más conocido de nuestra localidad —dijo la abuelita—. Él era el hijo más listo de su papá. Tenía la misma habilidad de su padre de capturar los caballos en las junglas y entrenarlos. Los caballos silvestres se volvieron tan adaptables como los perros domésticos. Él iba a los bosques para escoger los caballos de la mejor calidad. Al final los vendía. Nadie replicó nunca sobre el precio de los caballos entrenados por Mudassar Mian, mi marido. Sólo el nombre bastaba. Yo era la primera esposa de aquel hombre tan famoso y con un cuerpo tan sano. Cuando los caballos corrían por la arena de este río que ves, no había ninguna duda sobre el jinete que iba a conquistar todo. El caballo que corría como el relámpago y cuyos cascos no tocaban la tierra era el caballo de mi marido.

—¿Naciste en este pueblo, abuela? —le preguntó Isha.

La anciana suspiró una vez y dijo:

—Sí, este mismo pueblo es mi tierra natal. Mi papá vivía ahí, entre aquellos cerros. En esta aldea todos los habitantes son parientes de sangre.

—¿Entonces tú no tienes ningún pariente en Paquistán?



—Sí —respondió la anciana—, de mis catorce hijos algunos viven en Paquistán. Sólo es una hora de camino, pero el proceso de cruzar la frontera es demasiado complicado. Por eso he perdido las ganas de ir allá a visitarlos. ¡Un tiempo muy largo de no verlos! Recibo noticias, por supuesto. ¡Qué pena el saber que ya murió mi hijo Sami! Pero ¿qué se puede hacer? Lloré días y noches. El fallecimiento de un hijo es la pena más profunda para una madre. Mas no hay otro remedio que llorar y orar al Supremo que conceda paz al alma del muerto. Entonces entendí la verdad absoluta, ¿sabes? La vida es como la corriente del río. El tiempo repara todo.

—¿Odias a la India? —preguntó Isha a la vieja.

—No —respondió ella casi suspirando—. ¿Sabes por qué? Yo conozco bien la tierra mía. Mi papá y mi marido, los queridísimos míos, siempre decían que en este sitio de Baltistan hay tanta gente, tantas sangres mezcladas. Hace muchos años esta tierra era de los griegos que habían venido con el conquistador Alejandro. Un gran número de sus soldados no se marcharon a su país cuando regresó él. Se casaron con las mujeres de este lugar y así luego la población llevó la sangre de los griegos en sus venas. Y después vinieron los judíos, los soldados mongoles de Genghis Khan, y todo el mundo aceptó esta tierra como su propio lugar. Baltistan no se ha negado a nadie, no ha odiado a nadie. Mira mis ojos verdes, hija mía. A mi me parece que es posible que yo también lleve en mis venas la sangre de un general del gran héroe Alejandro.

—Pero, abuela, los otros se habían establecido en este lugar y lo habían aceptado como su tierra natal; el caso de India es diferente, ¿no?

—No importa, hija —la vieja respondió instantáneamente—. Cuando era pequeña los mayores de la familia hablaban sobre la lucha por la Independencia. Nos sentimos orgullosos de ser una parte del gran país, la India, y nuestros padres tenían la ilusión de la independencia del Reino Británico. Los adultos discutían sobre los sacrificios de las personas que luchaban en la guerra de independencia en Karachi o Bombay o en otros sitios lejanos y desconocidos. El año de mi boda ocurrió la Independencia. Los adultos nos enseñaron desde entonces que somos ciudadanos de Paquistán y que la India es nuestro enemigo. ¿Quién sabe por qué? Durante los días de las elecciones, íbamos juntos a votar siguiendo la orden del jefe de la aldea. Las alegrías y tristezas pequeñas de la vida diaria eran todo para nosostros. Sí, había guerra entre la India y Paquistán. Los machos del pueblo expresaban su enfado y odio por unos días y después seguía la vida como siempre. Yo di a luz a catorce hijos. Entre ellos diez eran varones. ¡Qué honor! En la familia todo el mundo me trataba como una reina.

—¡Catorce partos! ¡Dios mío! —exclamó Isha y cambiando de tema pre-

guntó otra vez—: Abuela, ¿tú eras la única mujer de tu marido?

—No —se rio la abuela sin dientes—. Tenía sólo una mujer más. Éramos dos. La otra era mi prima. Casi diez años menor que yo. ¡Lástima que ella era yerma. No pudo dar a luz ni un hijo. ¡Tantas oraciones en tantos lugares! Pero no ocurrió nada. Es verdad que ella era una buena mujer. Quería mucho a mis hijos. Después de cada parto era ella quien cuidaba a mis niños. Mis hijos también querían y respetaban mucho a su madrastra.

—¿No peleaban ustedes? —Isha preguntó con mucha curiosidad.

—Sí, a veces sí. Yo era mayor que ella y a veces le pegaba en los momentos de rabía. Pero eso es todo. No nos odiamos una a la otra. Éramos cordiales. El año 1971 nos trajo muy mal tiempo, particularmente para mí fue lo peor. De repente vino la noticia por la radio de que había empezado una guerra más entre la India y Paquistán. Los jóvenes salían a decir que esta vez Paquistán iba a vencer totalmente a la India. Antes también habíamos tenido guerras. Mi hija Ashrafi nació durante las guerras, ¿quién recuerda en qué año? Luego terminó la guerra como algo normal. Sólo mi esposo se quedaba triste por algunos días porque la India había vencido a Paquistán. No obstante, las cosas no parecían ir bien. Los ejércitos, primero el de Paquistán y luego el de la India, marchaban por nuestra aldea de vez en cuando. ¡Alá! ¡Qué sonido de fusilamiento! ¡Qué fuego de las bombas! Como si rompieran las montañas. No podía cerrar los ojos, tanto terror tenía. Mi marido entonces había ido entre los bosques para capturar caballos. Durante esos días no teníamos noticias de él ni de sus compañeros. Al fin llegaron las noticias. Ese mismo día supimos que mi marido, Mudassar, y cuatro de sus compañeros habían muerto por una explosión terrible entre las junglas. ¿La bomba era de los soldados de la India o de los ejércitos de Paquistán? ¿Quién lo sabe? También supimos que desde entonces nuestra aldea Turtuk, junto con dos más, Taksi y Feng, habían sido incluidas en la tierra de la India. Otra vez la India había vencido a Paquistán. Todo el mundo ardía de rabia, de dolor y de luto. Pero ¿qué se puede hacer? No teníamos la fuerza mínima para hacer algo. Lo que podíamos era soportar tiempos peores y lo hicimos. En unos días la aldea entera se quedó vacía. La mayoría de la gente se fue a Paquistán. Ellos no aceptaron a la India como su país. De mis hijos, los mayores salieron para Paquistán y los menores permanecieron aquí. Al crecer en este lugar poco a poco aceptaron a la India como su país. La aldea empezó a poblarse de nuevo. Mis dos hijas se habían casado al otro lado de la frontera. La tercera murió por la fiebre en sólo tres días. La menor se casó en Leh y está bien. Finalmente de nuestra familia sólo quedaron aquí unas cuantas personas y los demás vinieron de Cachemira, de

Ladakh y quién sabe de dónde para establecerse en esta aldea. En esta sala yo me quedaba con Munira. Munira no quería salir a ninguna parte sin mí. Y yo no quería dejar mi aldea, mi tierra natal.

—¿Y Sadek es tu pariente? —Isha le preguntó a Meher.

—Mi nieto —contestó la anciana con mucho cariño en su voz—, su papá se trasladó a Cachemira poco después de la Guerra de 1971. Ahí se casó con una mujer bellísima. En Cachemira abrió un restaurante de comida típica de Cachemira y también de Baltistan. Ganaba bastante dinero. Venía aquí durante Naoroz (el año nuevo de la gente de Baltistan) con muchos regalos para cada miembro de la familia. Luego, se precipitaron las tensiones políticas después de la guerra de Karguil y mi hijo se fue a Paquistán para siempre. Sadek regresó aquí con su familia sólo para cuidarme.

—¿Por qué no quieres irte a Paquistán, abuelita? Allá viven todos tus hijos —dijo Isha.

—No, hijita mía, contestó la vieja, somos sólo una parte de la multitud. Sólo una entre millones. Mi propia identidad es mi tierra, mi aldea. ¡Ven, hija, mira la fuente brillando bajo la luz de la luna! Así brillaba la fuente cuando era una chica. Lavaba yo la ropa en esta fuente desde la niñez. Hace tantos años que solía ver la carrera de los caballos a la orilla del río. Mi marido después de ganar la carrera me besaba con todo su corazón y me amaba tanto. ¿Ves el viejo árbol de nueces? Cada año ahí solíamos colgar una hamaca nueva para los recién nacidos. Esta aldea es mi vida, hijita, mi alma, mi corazón. No importa qué país gobierna esta tierra, sobre qué mapa fluye este río, este manantial. Mi nieto Sadek sabe mucho sobre tantas cosas, yo puedo entender todo lo que él me relata. Tuve la triste suerte de enterrar a mi prima, mi amiga y mi compañera Munira en esta tierra el invierno pasado. Lo que yo quiero es hacerme una parte de esta tierra después de morir. Quisiera confiarte una cosa muy secreta, hija mía, esta tierra de Turtuk no es de nadie. Ni de los gobiernos, ni de los ejércitos, ni de los negocios, ni de los extranjeros que vienen aquí cada año sólo para divertirse, ni de la India, ni de Paquistán. Esta tierra pertenece sólo a los que la aman, que la respetan.

—Como tú —dijo Isha.

—Por supuesto —respondió la anciana inmediatamente y brillaron sus ojos verdes como un par de estrellas—. Sí, hijita, tienes razón.

La luna se había ocultado por el oeste del cielo. Por el este brillaba la estrella de la madrugada. Desde todas partes lucía como si estuviera cubierta por una luz que queda fuera de toda descripción. Meherunnisa se levantó cuidadosamente. Sacó un par de pulseras para los tobillos.

—Mi marido me las regaló con mucho amor. Nunca me las había quitado de mis pies. Guárdalas para conservar los recuerdos de esta noche y mi memoria.

La vieja colocó cariñosamente las joyas en las manos de Isha. Isha lo aceptó como si estuviera encantada por una maga. Meherunnisa empezó a subir por la senda lentamente.

Unas personas bajaron rápido el camino. Hasta adelante de todos venía Sadek y le seguían su esposa Saira y Rafael. Al ver a Isha sentada sobre el banco de piedra lanzaron un suspiro de alivio.

—¡Ah, estás aquí! —dijo Rafael.

—De repente me ocurrió que la puerta de la sala estaba abierta. Ella nos despertó. Y vi la carrera de los caballos desde aquí —dijo Isha con mucha emoción en su voz.

—¿Qué carrera? —preguntó Rafael con mucha sorpresa—. Anoche no tuvo lugar la carrera porque la gente no pudo venir debido a derrumbes en las montañas. Después de charlar un rato nos acostamos.

Isha vio a Sadek y a su mujer por un instante y les dijo:

—Su abuela Meherunnisa estuvo aquí conmigo durante toda la noche y ella misma me mostró la carrera. ¡Qué visita inolvidable!

—¡Mi abuela! ¿Cómo sabe usted que ella era mi abuela? —preguntó Sadek con una pizca de diversión y mucha sorpresa.

—Ella misma me lo dijo, contestó Isha. Y he aquí estas joyas que ella me ha regalado como signo de su presencia conmigo anoche —abriendo su puño, Isha le mostró las pulseras de tobillo. Sadek y su mujer se quedaron muy sorprendidos y al fin Saira dijo:

—¡Qué maravilla! Habíamos buscado estas cadenas tantas veces y no las encontramos. Es que nuestra abuelita falleció hace seis meses. El sitio adonde usted llegó anoche era su lugar favorito para pensar, hablar y descansar. Pasaba todas las horas, días y noches ahí relatando sus historias a cada uno que pasaba por el camino. ¿Quién tiene tanto tiempo para escuchar las palabras de la vieja? Estas joyas eran su vida, su aliento. Ella la ha bendecido con estas joyas. Guárdelas con cuidado.

La luz dorada de la mañana lavaba los valles verdes. El sol saltaba desde el pico de los albaricoques sobre las ramas de los manzanos. La moto corría con demasiada velocidad hacia la ciudad de Leh, situada muy lejos. Los ojos de Isha estaban nublados por las lágrimas ¿Sería posible regresar una vez más a la tierra natal de la abuelita Meherunnisa? ¿Quién lo sabe? •

Traducción del bengalí de la autora.

Si me preguntas

Joy Goswami

Si me preguntas: «¿Qué has hecho de tu vida?»
entonces debo decirte...

Un día vomité, un día tragué
Un día toqué el agua y se convirtió en leche
Un día al mirarme, una muchacha celestial se perdió
Un día sin avisarme mis dos manos se fueron volando con el viento

Un día me escondí en el estómago de un borracho como bebida fuerte
al día siguiente salí, de otra manera por completo, como lágrimas de
[una bella mujer
y al instante el pañuelo de muselina me absorbió con simpatía

Un día la golpeé, un día la pateé
Un día saqué la lengua
Un día me llené de espuma de jabón
Un día la enjaboné a ella
Si no me crees, ve y pregúntale a tu esposa

Un día manejé sólo caa, caa
Un día acepté el espantapájaros
Un día adopté un cerdo, oh sí, un día una cabra
Un día toqué una flauta, oh sí, un día para Radha toqué
Un día presioné mi cara en el regazo de una mujer,
mientras que el resto de mí le cayó a otra persona
Si no me crees, ve y pregúntale a ella-que-es-mi-destino

Un día mi cuerpo era una bolsa llena de hojas verdes
y mis dedos eran largos lirios blancos
y mi cabello era una nube cúmulo:
cuando llegue el viento, flotará por cualquier lugar
Un día yo era la hierba de campo en campo,
pero sólo porque vendrás y derramarás tu cuerpo sobre él
sí, mis ojos sobrepasan todas las órdenes
vagan de río en río en río

En el río Ganges recuesto mi cuerpo, como un pequeño puente
para que la gente pueda ir de este lado al otro, sin pasaportes
de ese lado a este vino tu propia madre una vez,
una adolescente en su primer sari
mientras escribía la Constitución de la nación, me dio un poco de
[sueño
en ese momento alguien vino y garabateó en ella: oh, oh, quiero
[hacerla

Un día corriendo por la calle principal desnudo
presenté el presupuesto de este año

Un día abrí la boca y un día
la cerré

En el bostezo de mi boca que dice sí no hay comida
y en mi boca que dice no no hay comida.

Un día la sangre escurrió por mis mejillas
Busqué mis ojos arrancados en el agua y el lodo de un campo

Un día un cuchillo me apuñaló por la espalda
Me desplomé en el patio delante de la cabaña, tosiendo sangre
la multitud del pueblo vino a verme con linternas levantadas

Un día con el cuerpo encendido, salté de una cabaña en llamas
y caí en un estanque

A la mañana siguiente me sorprendió verlo en los periódicos
Me emocioné tanto que se me salieron las lágrimas, llamé a la gente,

el sudor escurría
de nuestras frentes
Guardé el sudor reunido en mi archivo

Si alguien viene a investigar en el futuro
puede prender fuego a los documentos y quemar a muchas personas

¡Mata! ¡Mata! ¡Mata!

Adopta dos técnicas diferentes para hombres y mujeres

¡Mata! ¡Mata! ¡Mata!

Ya que el corazón salió de la boca
Ya que el bebé salió del útero

¡Mata! ¡Mata! ¡Mata!

En este lugar debemos usar gritos
que rompen el cráneo

En este lugar debemos usar tal coito
la mitad del cuerpo será arrojada a la tierra después
y convertida en carbón

En este lugar debemos escupir
para que cuando salga de la boca explote como las estrellas

En este lugar debemos usar un dueto,
una canción en la que el héroe y la heroína volarán por el cielo
y las manos, piernas, cabeza y genitales se arrancarán todo a partir
[de una canción

cada miembro clamará por un miembro sí y otro no
cada miembro restante acariciará lo que queda

finalmente no sabrán qué hacer a continuación
y volverán a su forma anterior

Aquí debes usar un beso que mate
uno que se aproveche y luego deje vivir, para que los labios choquen
entre sí tratando de unirse

los labios de los amantes abandonados se abrirán al cielo para un
[beso eterno

Si me preguntas hoy: «¿Por qué has escrito mentiras en cientos de
[líneas?»
Si preguntas: «¿Por qué no aprendiste el deber de un poeta?
... ¿a pesar de todo por qué no aprendiste?»

Voy a dar una conferencia sobre una partícula
Explicaré que nací de un grano de arena
Nací de la sal
y la anónima gota de lluvia que me miraba desde una hoja en la
[rama alta de un árbol
y luego saltó sobre mí
No sé nada más que esto

Si me preguntas hoy, en qué falange,
en qué hoyo negro, en qué desagües ocultos de la nación
divago, en qué armería bebo una taza de té,
contra qué cartelera me destrozo la cabeza,
sobre qué gran puente o presa,
qué ciervo vino y acarició mi pie,
qué cisne me rezó para que viniera y le torciera el cuello

Sobre la nube, debajo de la nube
como miles y miles de gotas de lluvia
salté y bailé en los campos y las ciudades.

Si me preguntas hoy: ¿cuántos brotes
tienes en tu planta?

¿Eres *shundillo* o *bhardwaj*?
¿*durlov* o *koiborto*?
¿Eres árbol de mango o plátano?
¿Usas zapatos o sandalias?

¿Eres musulmán o encargado de una pira?
¿Eres una piedra adorada o estás vivo?

Entonces te contaré la historia de esa noche,
esa noche en el tranquilo campo de hierba cuando un largo minarete
[giró
y estalló desde el suelo
barro y piedras
salió disparado y desapareció en el cielo negro

Desde la larga cola de fuego en el cielo
salté con los brazos extendidos en la espuma giratoria de la matriz
[del tiempo

Ahora estoy en el último océano después de todas las distancias
y la rueda de hierro gira bajo el agua
Ahora estoy en el principio del océano
y la rueda de hierro gira bajo el agua
¿Qué es corporal y qué no es corporal? Todos están despertando
a la vida vigorosa a través de mí

Me estoy moviendo a través del tiempo ahora
Me apresuro en dos direcciones, pasado y futuro
Soy un pez monstruoso que azota la cola
la columna de agua en el océano se eleva y cae
la fuente de agua brota de mi nariz
crea un cúmulo de nubes en llamas

Una cuerda está atada a la espada en mi nariz
el otro extremo de la cuerda sigue y sigue
adonde no hay tierra, no existe un sistema solar
adonde la ola de éter oscuro se hincha con estrellas y polvos cósmicos
allí de una isla galáctica a otra
una nave vital de llamas flota

eso es todo, eso es todo
no tengo nada más que decirte

Versión de Víctor Ortiz Partida, a partir de la versión del bengalí al inglés de Skye Lavin y Joy Goswami.

Danpatra, acta de donación

Amar Mitra

Acta de donación (redactada por Sahebmari Baske)

Donatario: Sahebmari Baske, hijo del difunto Muchiram Baske, de la tribu santhal, indio en el sentido extenso, domicilio en el distrito de Sonari Mara, República de la India.

Donante: Sahebmari Baske, hijo del difunto Muchiram Baske, misma tribu y domicilio que el beneficiario, cuya propiedad legítima, casa ancestral y tierras de labranza invadidas y más, a consideración de los intereses de la familia, mi deber social propio, de la región Santhalibasan, relación de propiedades de la República de la India [...].

Yo, Sahebmari Baske, residente del distrito de Sonari Mara, parte de la tierra sagrada donde nací, mi patria, la República de la India, nieto del difunto y honorable Sahebmari Baske e hijo del difunto y honorable Muchiram Baske, del mismo distrito, en la feliz ocasión del festival de Karam en este mes de *bhadra*,[1] lego todas mis pertenencias personales y bienes inmuebles a Sahebmari Baske, residente del mismo distrito. Posterior a mi muerte, todos los derechos sobre esta relación de propiedades pertenecerán al donatario, así como todo asunto relacionado con ellas. Desde este día, todo compromiso con la tierra descrita en esta acta de donación por parte del donante concluye. En lo sucesivo, Sri

1 Entre los meses de agosto y septiembre, cuando se celebra la cosecha. (Todas las notas son del traductor).

Sahebmari Baske tiene la obligación moral de compartir las fortunas de esta tierra en los tiempos buenos y en los malos.

Así es. Todas las responsabilidades que esta tierra ha acumulado ahora te pertenecen. Soy Sahebmari Baske, tu abuelo; conoces muy bien la terrible historia de mi vida. Ha llegado mi ocaso; mi cuerpo está enfermo y el don de la vista está por dejarme. Ya no tengo posibilidad de hacer todas las cosas que habría querido en mi vida, mas no he perdido la esperanza. Por eso escribo esta acta. Espero que toda actividad que la misma te permita y te invite a hacer me brinde felicidad en los días que me quedan. Mis ojos resplandecerán y este cuerpo volverá a sentir el calor de la vida. La solidez y fuerza de los árboles apoyarán mis jorobas y nudos antes de que parta a Sermapuri, la morada de los dioses.

Puede que surjan confusiones por nuestras identidades y eso podría ser causa de alegría para algunos, pero esa alegría se puede convertir en nuestra miseria. Por lo tanto, es esencial que dejemos todo claro y protejamos nuestro futuro.

Si hablamos de tribus, somos de los santhal, de complexión negra. A mí, el donante, me falta una mano. Ya hablaré de eso. Tú, Sahebmari Baske, mi donatario, mi heredero, recuerda que esta tierra india, esta República de la India, es el lugar donde naciste. Tus ancestros fueron los primeros habitantes de este país y de ahí surge mi derecho a redactar un acta. Tendrás felicidad si la aceptas.

Al ser mi nieto, heredaste mi nombre igual que yo el de mi abuelo. Así recordamos nuestro pasado. En otras palabras, así se hizo para inmortalizar a nuestro ancestro. Nieto mío, nunca olvides que la sangre de este ancestro que nunca conocimos pero conmemoramos, ese hombre santhal, vive en ti.

Espero que continúes la tradición para que su recuerdo nos acompañe y que su vida nos inspire. Hablemos, pues, de ella para que nos agudice la visión y nos libre de ilusiones.

Recuerda que este Sahebmari Baske en particular nació en algún momento del pasado aquí mismo en el distrito de Sonari Mara. Desconozco su nombre original, pero sé que se lo cambiaron después de que mató a un *saheb*, un hombre blanco.

A los *babus*, la gente educada, les parece ofensivo. Dicen que está ligado a un terrible asesinato, que trae consigo cierta violencia, que usarlo es alentar el barbarismo. Por eso nos es difícil llevar una vida

simple y sin complicaciones. Para ellos, los santhal son una de las razas más inocentes; creen que tienen mentes tan claras como los manantiales. Nuestro nombre es mugre en sus aguas transparentes; priva a los santhal de toda inocencia.

Querido nieto, hemos aprendido en el mundo material que la forma en la que nos ven los *babus* y la gente respetable puede causarnos muchas penas. Hasta cierto punto, esta inocencia es la razón por la que uno pierde todos sus derechos. Por lo tanto, que ni nos preocupe lo que ofende a los demás. Si la inocencia es la incapacidad de entender y pelear por nuestros derechos, librémonos de ella y recordemos la vida de Sahebmari Baske, el primero de nosotros.

La verdad es que nuestro ancestro hacía trabajo forzado en la casa de Ishwarbabu, un prestamista bengalí adinerado. ¿Qué puedo decir acerca de su vida dura? Por una deuda que tenía con él, estaba obligado a venderse y le daban una miseria de alimento y ropa. El prestamista es Ishwarbabu porque se convirtió en el *ishwar*, el señor y deidad responsable de nuestro ancestro.

La tierra estaba repleta de árboles en esos tiempos. Ishwarbabu era el hombre más inteligente de esa jungla y, por lo tanto, ¡era el rey! En aquel entonces, la India estaba bajo la soberanía del hombre blanco. Uno de ellos, un negociante inglés, vivía en el pueblo sadar. Había llegado a trabajar. Se instaló en la casa de Ishwarbabu, quien se sintió abrumado. Uno podía ver que el mismo *ishwar* estaba dispuesto a adorar a cualquier persona que lo superara en poder. Resultó no ser el único e inigualable. Más bien, nuestro ancestro era quien no tenía par.

Fue así, mi nieto, que Ishwarbabu trajo desgracia a su propio hogar. Los ojos ingleses del hombre blanco comenzaron a verse nublados ante la belleza de la hija de dieciséis años de su anfitrión. Ella no hablaba la lengua de ese hombre pero leía sus intenciones. Entró en pánico y le contó a su padre. Ishwarbabu estaba consciente de la naturaleza oculta de su *ishwar*. Se preocupó, así que le ofreció a este hombre una niña santhal de regalo. Pero él era astuto. Su semblante cambió y sus ojos se tornaron perversos, como los de los policías y los militares.

Ishwarbabu creía el asunto resuelto, así que comenzó a buscar mujeres santhal, bagdi y dom deseables. Pero esa noche, nuestro ancestro despertó al escuchar el llanto agudo de una mujer. Había recolectado leña y pastoreado a las vacas ese día, por lo que estaba exhausto. Era el grito de la hermosa hija de Ishwarbabu, quien se encontraba junto

al pozo. El hombre blanco se había convertido en un *gopiballabh*[2] y le estaba arrancando la ropa a la niña. El hombre santhal gritó y con un solo golpe envió su alma directo al más allá. Así es que se convirtió en *sahebmari*, el asesino del hombre blanco.

Este incidente tuvo consecuencias terribles. Los hechos se tergiversaron y nadie sabía qué había pasado en realidad. A la gente se le engañó con baladas sobre las hazañas de este hombre blanco. Se construyó una estatua de mármol en su honor. Todavía sigue erecta; yo la he visto y tú también. Más adelante volveré a este tema.

Es más urgente que conozcas la historia de esta tierra y de las propiedades que he enumerado en el acta. Igual que uno debe saber la composición y naturaleza del suelo para producir una buena cosecha, es importante conocer su origen si quieres demostrar que te pertenece. Se trata de una larga serie de traspasos, de cambios de dueño. Es una historia de derrota para sus dueños legítimos. Los documentos viejos no corresponden con las escrituras, a menos que uno vea cómo la tierra ha pasado de una persona a otra. Los papeles sellan la realidad y son cosas sumamente terribles.

Esta acta de donación registra los catálogos e incluye los números de todos los asentamientos y tierras agrícolas del distrito de Sonari Mara, las cuales entran en la categoría de *auwal*, es decir, de la más alta calidad. Aunque es tierra forestal, toda esta tierra *auwal* es el resultado de cultivo meticuloso por generaciones. Nuestros ancestros le habían rendido honor al cultivar en ella. Habían conocido sus secretos tras años de brindarle atención. Y por eso, la gente de buena familia comenzó a mirar nuestra tierra. Así nos la arrebataron y los documentos oficiales fueron modificados. Esa gente se aprovechó de nuestra inocencia.

A simple vista, aquí hay puras contradicciones, pero todo se aclarará si rastreamos cada transferencia. Así podrás cumplir con las responsabilidades que aquí te encomiendo.

Sabes que a orillas del distrito hay un bosque denso de árboles de sal, de *mohua* y *kusum*. Ahí, junto a un manantial solíamos cultivar en

2 Alusión del visnuismo a Krishna y a sus amantes, las *gopīs*, que eran pastoras de vacas. En un canto devocional de Bhaktivinoda Thakura, se refiere a Krishna como *gopī-jana-vallabha*, «el amante de las pastoras de Vrindavana».

un terreno de una *bigha*.[3] Mi padre trabajó ese campo. Todos lo cuidábamos sin descanso y nos lo recompensaba. Nosotros entendemos la tierra, no los documentos. Solíamos creer que los papeles no producían cosecha. Me temo, nieto, que estábamos equivocados.

Aprendimos que el gobierno decidía quién era dueño de esa maravillosa tierra. Un día vimos a un peón del *babu* Chaitanya Mahakur Mahasay trabajar ahí. Al pedir una explicación, se nos informó que la tierra ahora le pertenecía al honorable terrateniente.

Tiempo atrás, Chaitanya se había hecho de las escrituras de nuestra tierra (podía solicitarlas «en nombre de sus trabajadores») a pesar de que no era suya, de que no tenía derecho a ella. Acumuló tanta propiedad de este modo que se había pasado del límite permitido por la ley, así que el gobierno se la quitó, pero le dio una buena compensación. Después, mediante un sistema llamado *patta*, se le devolvió la escritura de la tierra.

No sabía de la existencia de esa escritura. Por años, nosotros habíamos cultivado la tierra. No tengo idea de cuándo Chaitanya se había hecho «dueño» de ella, cuándo se la había quitado el gobierno y cuándo había logrado sacarle dinero por eso y después recuperar la escritura de todos modos.

—¡Esa tierra es de nuestros ancestros! —protesté.

El oficial de gobierno sonrió y dijo:

—No mienta. La escritura está a nombre del *babu* Chaitanya.

Todo se resumía en los documentos. El muy respetable Chaitanya Mahakur jamás había pisado nuestra tierra, pero había logrado sacarle dinero al gobierno por ella y mandar hacer la escritura a su nombre con facilidad.

—No entiendo los documentos. Esta tierra es nuestra.

Chaitanya agitó los papeles frente a mí. Y después llegaron los oficiales.

Resulta que un pedazo de papel vale más que una vida humana, a pesar de las mentiras y verdades a medias que dice. Ese día se derramó sangre en la tierra de nuestros ancestros, pues una bala hizo trizas mi mano derecha.

El gobierno salió victorioso. Chaitanya Mahakur era dueño de nuestra tierra. Durante la pelea, un oficial de policía mató a mi querido Hari

3 La *bigha* es una medida cuyo valor varía según el país. En la India, una *bigha* equivale a mil seiscientos metros cuadrados, aproximadamente.

Ramey Bagdi. ¡Trataba de defendernos nada más! El juez determinó que los oficiales eran inocentes, pues habían respetado la ley al mostrar los documentos relevantes. La defensa de nuestra tierra me había costado una mano; a mi amigo, su vida.

Y ahora esos documentos le otorgan la cosecha al *babu* Chaitanya.

En algún momento de la historia, todas las propiedades de este distrito habían sido propiedad mía y de mis parientes y amigos. Hay documentos más viejos que lo sustentan.

Pero los documentos han cambiado. Es asombroso. Parecen seres vivos, como camaleones. ¿Cómo esta criatura que solía habitar en las junglas verdes terminó frente a un árbol gris y triste? Se posó bajo su sombra y eso le cambió los colores.

Por eso mismo creo que un documento no puede cambiar por sí solo. Algunos han soñado con liberar al camaleón del tronco del árbol y soltarlo de nuevo en la jungla.

Uno de esos soñadores fue Debendranath. Un joven bengalí del pueblo sadar. Tenía ojos brillantes y desafiantes. Sintió compasión por nosotros. Me enseñó el alfabeto en la escuela nocturna. Él donaba la educación y yo era su donatario. Debemos mantener esos recuerdos vivos. Se hizo inmortal al revelar los misterios del mundo y la sociedad. Con él, aprendí sobre el origen de las cosas, sobre economía y sobre el clima y la topografía de otras tierras. Una vez dijo:

—Los hombres negros son los habitantes originales del mundo. No lo sabes, pero tú naciste directo de la tierra.

Nos llenaba de asombro.

—Justo como nuestro dios Shiva sale del vientre de la tierra, con el cuerpo hecho de piedra negra, tú también has emergido de ella. Desde que naces, te pertenece por derecho natural.

He escuchado acerca de la furia de Shiva, dios de los hindúes, de su naturaleza destructiva. Debendranath nos comparaba con esa gran deidad poderosa.

—Tienes un derecho inalienable a esa tierra —repitió—. ¿Alguna vez fue tuya?

Asentí.

—¿Cómo fue transferida? —preguntó.

Ya sabes esa historia, nieto mío. Sin embargo, Debendranath señaló algunos huecos. Me iluminó con la educación. Todos nacen sin hogar y sin tierra. Incluso nuestros ancestros. Aun así, les ponemos nombres a

esas tierras en honor a personas o tribus que tuvieron vidas insoportables y que poco a poco se frustraron y desilusionaron.

Sabes que el mejor y más productivo pedazo de tierra de unas diez *bighas* se conoce como la tierra de Nimey Santhal. ¿Quién era este hombre? Nadie lo sabe. Tal vez fue uno de nuestros ancestros. Esa tierra ahora es de los brahmanes utkal. Las treinta *bighas* que rodean esa área, divididas en terrenillos, se manejan por contratos de aparcería y se les conoce como tierras santhal, aunque no les pertenecen a los brahmanes. ¡Lo mismo es el caso de Bagdir Math, Domer Math, Mahalishol, Dharopayjora y muchas otras!

—Los nombres de estos terrenos contienen pistas sobre sus verdaderos dueños. Es como el nombre de la India, que no se convirtió en «Inglaterra» en doscientos años. Todos siguen intactos.

Nos quedamos atónitos al escucharlo. Se podía ver el asombro en los ojos de los bagdis, los bawris, los doms y los santhal. El decrépito Hori Dom gritó:

—¡Es cierto! Domer Math solía ser nuestra. Mi padre me lo dijo.

Debendranath nos lo había contado durante el anochecer. Todo estaba quieto. Esas palabras parecían hacer eco en el bosque a nuestro alrededor. Podía escuchar que hablaba, que nos decía: «Es cierto, toda esta tierra es de ellos. Somos un bosque antiguo y podemos comprobar este hecho».

Me deprimí. Nadie más podría escuchar este bosque, pues los árboles no hablan. No pueden ir a testificar por nosotros en las cortes.

De cualquier modo, las cortes son lugares muy peligrosos. Cuando intenté proteger mi vida al decir la verdad respecto al caso que habían inventado otros, los abogados interrogaron a otros testigos y los hicieron corroborar testimonios falsos. Uno de ellos, un pobre hombre que fue sentenciado y aterrado en la corte, había vuelto a su aldea devastado. Dijo una y otra vez que ese lugar hace que la lengua se sienta pesada, que te duela la cabeza frente al abogado y que se te suba la presión por el terror.

Por eso, incluso si alguien sabe la verdad, no sirve de mucho. Esos hombres habían sido como los árboles, incapaces de hablar.

A pesar de todo, Debendranath se fue a investigar al pueblo. Un día volvió a Sonari Mara lleno de júbilo. ¡La cantidad de documentos que traía! Había recolectado mucha información y estaba feliz. Le pregunté dónde había estado.

—En el *mehfezkhana* del pueblo sadar —respondió. Allí se archivan los documentos oficiales.

—¿Es posible acceder a la historia de todas las tierras del distrito? —preguntó Hori Dom.

—Tal vez lo sea.

Debendranath nos platicó sobre el archivo y cómo bajo capas y capas de polvo se escondía la verdad de nuestra tierra. Tenía todos los documentos, notificaciones y más.

—¿No está lleno de ratas? —preguntó Lakhon Murmu. Siempre las busca. No tiene hogar ni tierra. Se alimenta de ellas y eso le causa problemas en la piel—. Conozco el sabor de las ratas que se alimentan de las cosechas, pero me intriga experimentar el sabor de las ratas que se comen la historia.

Debendranath nos contó cómo se había empolvado en el *mehfezkhana* y que había leído la Ley Agraria de Bengala de 1885 y muchas otras leyes. También había transcrito el Acuerdo Distrital, los convenios permanentes y otros manuscritos.

—¿Qué había detrás de estas transferencias de tierra? —nos preguntó.

—Tal vez fue el hambre —propuso Ravan Soren.

Concuerdo con él. Sí, tenía que ser eso. Un hambre ilimitada carcome los cuerpos de los hombres pobres y los sabios se asombran al verlo. Venden a sus mujeres e hijos para llenarse los estómagos. Si fuera posible, se tragarían el mundo entero.

Debendranath continuó:

—¿Piensan que podrían sobrevivir si toda la tierra de Sonari Mara volviera a ser suya?

—Sí, sería posible. Nuestro único deseo es sobrevivir.

—Cuando esta tierra era suya, la población era mucho menor —señaló Debendranath—. Sin embargo, la tierra tuvo que cambiar de manos para satisfacer el hambre de los hombres.

Todos se quedaron callados. ¿Acaso una persona tenía que comerse la parte que le correspondía a otras veinte para sobrevivir?

Debendranath fue de inmediato a las oficinas del distrito y apeló ante el honorable juez. Le enseñó que los documentos mostraban a quiénes les pertenecía esa tierra y cómo los habían privado de ella. Y las dichosas escrituras no mostraban cómo se les había quitado esos terrenos y su paso a otras manos; no eran transparentes. Por lo tanto,

se les debía restituir la tierra a sus propietarios legítimos y mostrar verdadero respeto al espíritu de la ley. Debían dejar que la tierra gozara volver a sus verdaderos dueños.

Qué tarea tan inmensa se había impuesto Debendranath: tratar de recuperar al camaleón que se había vuelto gris y marchito bajo los árboles equivocados para devolverlo al refugio del bosque verde. Creía que la evidencia del archivo nos restituiría esa tierra.

Pero no fue así. Esa gloriosa corte hedía a camaleón putrefacto. Los documentos estaban tan viejos que comenzaron a deshacerse. El tiempo pasó. El juez salió a comer, se echó una siesta y cuando volvió, sólo quedaba el polvo de la verdad en la ropa del abogado. Los argumentos y contraargumentos se volvieron más y más intensos. El juez interrogó a los presentes y cuestionó todos y cada uno de los argumentos. Se rascaba la frente. No podía llegar a un veredicto. «Así es como funciona el mundo», pensaba.

No se lograron cambiar los colores del camaleón de aquel modo. Acosaron a Debendranath a tal grado que no volvió a Sonari Mara. Los ricos estaban furiosos con él y con nosotros también. Las consecuencias fueron poco agradables. Habíamos nacido en esa tierra y nuestro derecho sobre ella era natural pero, cuando volvimos de la corte, nos desalojaron. Esto pasaba con frecuencia. La tierra comenzó a sangrar. Nos dimos cuenta de que, en este mundo, todo estaba en contra nuestra.

A pesar de su enorme educación y comprensión, Debendranath no estaba consciente de las leyes de la naturaleza. Las únicas leyes que esta vida insoportable nos ha enseñado son las de las nubes y los bosques. No es posible entenderlas a menos que uno nazca entre los árboles. ¡Nadie más sabe cuándo la tierra quiere saborear las nubes!

Habíamos nacido en esa tierra y nuestro derecho sobre ella era natural pero, cuando volvimos de la corte, nos desalojaron. Esto pasaba con frecuencia. La tierra comenzó a sangrar. Nos dimos cuenta de que, en este mundo, todo estaba en contra nuestra.

No es posible resucitar a una criatura muerta de este modo. Las leyes y los documentos son el veneno que le cambian el color. Debendranath sabía que era posible usar ese mismo veneno para devolverle la vida porque veneno mata veneno. Pero es importante recordar que el veneno se puede aplicar de nuevo, sin remedio alguno.

¿Cómo íbamos a creer que cualquier cambio de color a esos documentos sería permanente? ¿Quién podía prometernos que esa gente no volvería a hallar la forma legal de quitarnos la tierra?

Debendranath había creído que el juez nos devolvería la tierra. Que se nos otorgaría, cual regalo, el derecho de propiedad sobre ella. En el ocaso de mi vida, siento la enorme necesidad de volverme a encontrar con ese hombre tan comprensivo e ingenuo. No sé dónde esté ahora.

Con todo, merece nuestro respeto. Había perseguido la verdad. Es cierto que si uno va a la raíz de todo, igual que él, lo que hallará es que todos los terrenos de este mundo pertenecen a los que no tienen ahora ningún derecho sobre ellos. Excava bien y encontrarás los nombres de personas como nosotros. Como nuestra tierra santhal o Domer Math, el mundo entero pertenece, sin duda alguna, a los desposeídos.

Esa verdad se halla oculta bajo el polvo del *mehfezkhana* y yo soy el pobre hombre que te otorga este conocimiento.

Recuerda, nuestro ancestro había matado al hombre blanco y la historia se contó por doquier. ¡Después del juicio, se concluyó que él era quien había intentado abusar de la niña y que el hombre blanco había tratado de detenerlo antes de morir en el intento! Ishwarbabu atestiguó por parte del honorable gobierno y a él y a su hija les fue bien. Así se erigió una estatua en honor de ese *saheb* blanco. Y por eso la tradición de nombrar Sahebmari a nuestros hijos es lo que mantiene ese barbarismo vivo.

Recuerda, los documentos de la gente rica pueden quitarle a uno o beneficiarlo. Ya no me hagas repetir qué nos arrebataron. La sospecha y el miedo van de la mano con estas actas. Por eso las actas y registros se guardan en baúles y poco a poco se desbaratan.

Veo la estatua cada vez que visito el pueblo. Sigue ahí, aplastando todo lo que es verdadero. Ese viejo cuento ya es historia y el *mehfezkhana* la guarda. Es un cuento falso que se ha propagado en este país. La historia de nuestro valor y nuestra virtud no se le ha revelado a la gente. La historia falsa nos ha etiquetado como hombres bárbaros y toscos. Aquí he narrado la verdad de Sahebmari.

Recuerda que a nuestro ancestro lo encarcelaron por matar al hombre blanco. El nombre Sahebmari Baske nació en una prisión y, desde ese entonces, sus herederos han nacido en Sonari Mara, nuestra prisión.

No podemos experimentar la verdadera naturaleza de este mundo porque nacemos encerrados. Hemos intentado demoler los muros demasiadas veces. Desde que nací, la pobreza y la humillación me han tenido atrapado y lo mismo pasó con mi abuelo, Sahebmari Baske.

Y tú, Sahebmari Baske, donatario de esta acta, debes extender tus brazos al exterior. He aprendido que las rejas son entidades frágiles.

La práctica de cumplir con las formalidades de actas como la que tienes en tus manos es algo muy natural para la gente de buena cuna. Se hacen de riquezas mediante una variedad de trucos y estrategias mientras nos reducen a penurias. Para ellos, la acumulación es señal de éxito. Por lo tanto, las actas de donación se hacen para alguien relacionado con ellos y así protegen la riqueza y dejan que nosotros sigamos en la pobreza. Los hombres honorables hacen actas de donación para que sus herederos perpetúen y repliquen la forma en la que ellos han gastado su vida y sus trucos para esconder las riquezas de otros bajo sus techos.

No deseo tal cosa para mí. No quiero que otros soporten la clase de vida que tuve. Espero que nadie tenga que enfrentarse a este terrible mundo como yo. Por eso he redactado el acta de donación.

Querido nieto, hoy se celebra el festival de Karam. Los cielos y la tierra languidecen bajo el peso de las nubes y las cosechas. Dice la leyenda que en este mismo día, hace mucho tiempo, Kormu se había embarcado en busca del dios Karam. Qué peligros lo esperaban. El fuego terrible, la serpiente venenosa, el cocodrilo, el mar, el río, las montañas. Kormu llegó con el dios con la ayuda de todos ellos. Y así logró rescatar el tesoro que se le había arrebatado.

Igual que Kormu, hazte amigo de los terribles poderes que pueden ayudarte. Ésa es la moraleja del festival. Tú lograrás hacer legítima el acta de donación.

Recuerda, los documentos de la gente rica pueden quitarle a uno o beneficiarlo. Ya no me hagas repetir qué nos arrebataron. La sospecha y el miedo van de la mano con estas actas. Por eso las actas y registros se guardan en baúles y poco a poco se desbaratan.

Espero que mi declaración no se guarde en el *mehfezkhana* como los otros documentos oficiales, o en baúles de hierro como los registros de la clase alta. Recuerda algo, Sahebmari Baske: esta acta no trae sospecha alguna y, después de todos estos años, ya no tengo nada que temer. Por eso no perecerá. No se convertirá en alimento para las ratas del *mehfezkhana*.

Espero que mis palabras, las que Sahebmari Baske llevará a cabo, se graben por siempre en cada rayo de luz que baña nuestro mundo, en el viento, en cada color, en cada aroma, en las nubes y en las cosechas que emergen de la tierra. Quiero que desde el momento en el que todos abran los ojos por primera vez al nacer entiendan el mensaje de estas palabras; que eres mi donatario, que el mundo y sus tierras volverán a ser de la gente que nació en ella si se logran destrozar los grilletes que nos sujetan; que aquí yace la historia del nacimiento de Sahebmari, un nacimiento y una vida a los que debemos rendir honor con la sangre.

Al final de mi vida, yo, un viejo Sahebmari Baske, ejecuto esta acta de donación. Mi esperanza es que cuando veas la luz y esta tierra, reunirás la fuerza de todos tus predecesores para reclamar nuestra tierra. Declaro por la presente en pleno uso de mis capacidades mentales, por voluntad propia, con toda sinceridad y sin presión externa de ningún tipo, en la feliz ocasión del festival de Karam, en presencia de los testigos frente a quienes se ha escrito la misma, que se han escrito, leído en voz alta y celebrado los contenidos del acta.

Testigos

Las nubes, el suelo
y sus bosques y la Madre Tierra

Declara

Sahebmari Baske
Sonari Mara
República de la India

(La relación de propiedades se describe en la siguiente página) •

Traducción de David Areyzaga Santana
y José David Ampudia Béjar, a partir de la traducción
del bengalí al inglés de Seemantini Gupta.

El último día es terrible

Sudip Bhattacharyya

El día en que el último árbol de la tierra sea cortado,

Aquel día en que cientos de miles de millones de personas compartan

[de comer

Balanceando el árbol suavemente, el resultado final,

Aquel día que el último pez en el estanque, una sonrisa diga con una

[sonrisa, vamos,

Aquel día por una sola gota de agua que comience otra vez la Guerra

[Mundial,

El día en que miles de *Tansen* cantarán, pero la lluvia no vendrá,

El día arenoso de *Jaisalmer* se mezclará con las aguas de la Bahía de

[Bengala,

El cultivo de hielo ya no estará en las montañas del Himalaya,

En lugar de barcos y embarcaciones en el Ganges,

La línea ferroviaria será frondosa,

Directo del mar al Gangotri,

Las aves migratorias no vendrán en grupos.

Volarán desde el cielo medio, hacia el espacio,

Los grupos de nómadas, sin construir casa, aquí y allá,

Los cilindros de oxígeno se guardarán en las tiendas de comestibles,

En lugar de cultivos, el cultivo de hierbas de por vida se cultivará millas

[tras millas,

Las Escrituras sólo se enseñarán en las escuelas,

En el lugar del futbol, y del críquet, comenzará en el campo el juego de

[guerra.

El niño se sorprenderá al ver al inocente,

Y el soñador con dos ojos, dulce voz dirá, quiero vivir.

Y exactamente aquel día, no habrá nadie para levantar al niño en sus

[brazos y adorarlo

aquí, en el mundo.

Versión del bengalí de Kathakali Roy,
Monalisha Dasgupta, Saberee Mandal, Sayani Hazra
y Dibyajyoti Mukhopadhyay.

Shadon y sus caminitos

Joya Mitra

Es obligatorio ir a la casa de Moyna hoy, piensa Sadhon al despertar en la mañana. El marido de Moyna le prestó un cincel por muchos días. Dice que está haciendo algo en su casa. No cree que Sadhon no pueda hacer nada sin su cincel. Debe trabajar mucho para dos o tres familias, y si no cumple se enfadan mucho. Es normal. Sumita ha pedido un estante para su cocina. Tiene que hacer un sillón para la sala de oración de la madre del comisario y acaba de comprar la madera. ¿Cómo no se enojaría el comisario si Sadhon no termina el trabajo a tiempo? El señor Sarkar, que es el médico, le pidió un escritorio para su hijo. Parece que Sadhon le cae muy bien al médico. Siempre le ayuda con las medicinas cuando Sadhon está enfermo o si se siente mal. Pero es una persona enojona. Ningún trabajo se puede hacer sin el cincel. Es claro que Sadhon tiene más cinceles, pero no funcionan tan bien como el que Sukumar le ha prestado. Ramjibon Sutrodhor, el maestro que le enseñó el trabajo de carpintería, había fabricado ese cincel con mucho cuidado para Sadhon, su discípulo. ¡Caramba! ¡Qué calidad la de su trabajo! Las cosas fabricadas con madera parecían como hechas de limo. Podía fabricar todo lo que pensaba. Además, podía labrar todas las herramientas que un carpintero necesita. Él mismo labró ese cincel. Es verdad que no podía fabricar un taladro o unos serruchos, pero es capaz de explicarles a las máquinas con toda claridad lo que él necesita. En el mercado de Gourandi, muchas personas lo rodean durante todo el día hasta la puesta del sol, por su trabajo extraordinario. Los mercados de Gourandi de aquí, de allá, los de Lalganj, y más lejos los de Senryal. Mucha gente viene desde muchos sitios con sus cosas para vender y para comprar también, claro. Vienen con una gran variedad de legumbres y frutas de sus pro-

pios huertos y compran las herramientas, como martillos, hoces, palas y unos utensilos pequeños de uso diario. Durante el verano, en el mercado de Chandrachur se venden montón de palas, hoces y herramientas de labranza. Sadhon había empezado su trabajo de carpintero con su papá cuando tenía apenas once o doce años. Al principio tenía que cortar la madera con serruchos y pulirla, lo que no le gustaba ni tantito. Pulir la madera era un trabajo muy aburrido, pero no había muchas opciones. En una ocasión, tuvo la oportunidad de conocer al carpintero Ramjibon, o Ramu, en la feria de Bero.

En la feria del pueblo de Bero, lo máximo y lo mejor que se vende son las cosas de madera. Es la feria de los indígenas que se encuentra bajo el cerro, a la sombra de las rocas. Se pueden reconocer las muñecas de Bero por sus caras chatas. También hay muñecas que se parecen a las pequeñas novias, pintadas de verde y púrpura, con narices puntiagudas y ojos grandes. Fue a visitar la feria y vio a una persona fabricar un estante con el cincel y el taladro de mano. Un estante pequeño para fijarlo en la pared, y debajo tenía dos pájaros. A Sadhon le pareció como si los pájaros estuvieran llevando el estante sobre las alas. ¡Qué cuerpecitos tenían los pájaros! ¡Qué plumaje! ¡Qué garganta! ¡Todo de madera! ¡Ay, qué maravilla! Sadhon no dejó de admirar las cosas de madera ni, sobre todo, de ver a la persona que las estaba fabricando. Estaba sumergida en su trabajo, y a Sadhon le pareció que el carpintero no veía más allá del pedazo de madera con el que estaba trabajabando. Su tienda no era más que una tapete rústico bastante viejo, con unos objetos recién labrados, unas estatuas de los dioses populares. Su cincel parecía hablar suavemente con el pedazo de madera y todo se fabricaba con magia. Sadhon se sentó frente al carpintero Ramjibon por un largo rato, cuando él le preguntó:

—¿De dónde vienes, hijo mío?

—Desde una aldea cerca de Asansol.

—¿Qué haces?

—Soy carpintero, maestro.

Desde aquel día, nunca le aburrió a Sadhon el trabajo del carpintero. Su padre era un hombre genial y nunca le negaba a Sadhon ir a la casa del maestro elegido por él mismo para aprender su trabajo ancestral. Inmediatamente, Sadhon se fue a Chandrachur, la aldea de su maestro, para volverse el discípulo de Ramu. Antes de irse, había arreglado todo lo que su padre necesitaba. Poco a poco empezó a labrar cosas de madera. Los

estantes pequeños, los tendederos, las mesas y luego las puertas de los armarios y los taburetes que los aldeanos necesitaban en la vida diaria. Crecía su confianza poco a poco. Su maestro decía que la cosa más difícil es labrar una silla porque, con las patas delgadas, la silla debe soportar el peso de toda clase de gente, desde los delgados hasta los gordos. Se debe calcular con mucho cuidado. Se dice que en los campos pedregosos y áridos de Lalganj van a construir una oficina de una compañía de carbón, y si lo que dicen es verdad, necesitarán un gran número de mesas y sillas. Es un montón de trabajo. Pero ellos no contratan a los aldeanos de aquí para un trabajo tan importante, sino que lo compran en el mercado, sólo buscan a los carpinteros locales para reparar los muebles. Sadhon había labrado dos sillas según su propio diseño, pero ¿quién las compraría? La madera de buena calidad cuesta mucho. En las ciudades, la gente compra sillas de plástico. Sólo en Senryal, donde se construyó un complejo de departamentos cerca de la fábrica, se venden los muebles de madera. Allí vive gente con mucho dinero. Compran camas, estantes y otras cosas costosas. Sin embargo, no quieren comprar cosas de madera pura, sino que prefieren las de chapados. Así sobreviven los carpinteros. La gente soporta a los carpinteros y también les reclama si se retrasa la fecha de entrega del pedido. Sadhon se pone muy triste si alguien le grita. Pero la culpa es suya. Entonces, ¿qué se puede hacer? ¡Ay, Dios mío!

Allí se puede ver el largo camino sobre el que está la casa de Sukumar, en la aldea que se llama Shitola. Lo que confunde a Sadhon es cómo atravesar el camino. Antes el camino no era así. Desde Senryal, pasando por Nuni, Lalganj, Samri y el cruce de Dabar, el camino se terminaba en Rupnarayonpur. Era más estrecho y había docenas de baches debido a los camiones pesados. Pasaban sólo unos autobuses pequeños y a veces los vehículos de la mina de carbón. Los vehículos pesados rompieron el camino e hicieron los baches y por eso los vehículos no podían correr rápido. Los aldeanos vivían en paz. El camino se ha convertido en una pesadilla. Días y noches corren los grandes camiones y se ve cómo se seca la sangre de Sadhon con un miedo terrible. Los vehículos amarillos gigantes. Antes sus colores le parecían a Sadhon como el color del ídolo de la querida diosa Durga, pero ya no. Sadhon ha visto de cerca cómo funcionan las máquinas que llevan los camiones. También ha visto cómo se estira la piel de la madre Tierra y los saca por la boca monstruosa antes de irse. La vista misma es muy temerosa. Aunque todavía no lo ha visto, Sadhon ha oído que los camiones con las máquinas díabolicas han des-

trozado las casas del pueblo Gobindopur por haber estado ubicadas sobre el camino que contemplaba el mapa. Antes el camino era más familiar, pasaba por los barrios como si fuera un pariente de la aldea. Se podía pasear a pie y en bicicleta. Pasaban lentamente los carros de bueyes cargados de arroz y paja. Los caminos, los barrios y la gente eran muy familiares. Todo el mundo sabía a dónde dirigían los caminos. También los conocía la mayoría de la gente que pasaba por ahí. No había muchos camiones, salvo los de las minas. Todos los conductores sabían que, después de pasar por Murgasol, se podrían hallar una tienda pequeña que sirve té, pan y dulces locales de Lalganj. Entre los dos sitios no había ningún lugar donde se pudiera comer o beber algo. Sólo pasar por los campos y las minas de carbón. En los meses de verano, cuando no se podía dormir dentro de las casas, la gente traía sus camas ligeras hechas de bambú y soga para descansar al fresco cerca del camino. ¡Tantos árboles se podían encontrar! ¡Pero ahora! ¡Ay Dios! Todo ha cambiado. Sadhon se preocupa mucho. Moyna es su hermana. Pero no puede él cruzar la nueva autopista enorme para visitarla. ¡Qué miedo tiene! Corren muchos camiones grandísimos por la autopista con gran rapidez. Es fácil que algunos mueran cada mes atropellados por los camiones demoniacos. ¿De dónde vienen tantos camiones y a dónde van? De verdad, valen mucho los caminos que conectan los sitios cercanos. ¿Dónde estaban tantos camiones cuando no había estas calles? A veces Sadhon duda de que estas mismas hubieran dado a luz a estos camiones. Aunque los colores de los camiones se parecen al color del cuerpo de la diosa Durga, de verdad son vehículos del diablo que corren por los caminos golpeando la tierra para construir como quieren las calles, y detrás viene el montón de camiones. Sin árboles, sin ninguna señal de estar habitadas, las calles se estrechan como si fueran un fantasma muerto. Dios mío, piensa Sadhon, ¿es una calle o una trampa para matar a los habitantes locales? Aquí no hay nada más que los pueblos pequeñitos con sus campos y sus caminitos. La mayoría de la gente son campesinos y artesanos con sus alegrías y tristezas de la vida diaria. No piensan nunca en ganar montones de dinero, ni consideran nunca irse a sitios lejanos. ¿De dónde ha aparecido esta autopista terrible que ha puesto en peligro la vida de la gente como la de Sadhon? ¡Antes de construir esta calle nadie les preguntó a los habitantes locales si ellos la necesitaban, aunque todas las pérdidas: los campos, los estanques y todo ha sido de los pueblos como Gopalpur, Gobindapur, Shitola, Nuni, Lalganj! Para construir la calle, los líderes

urbanos tuvieron que reunir a la gente de la localidad, a los hombres, las mujeres y hasta los niños. Por unos días, removían la tierra al lado del camino y la juntaban para hacer la nueva calle más alta. Recibieron sus pagos al instante. ¡Tan feliz estaba la gente al pensar que irían a conseguir el trabajo diario y así cambiaría su vida! Entonces no sabían lo que seguiría. Radhamoni también se fue a trabajar. Ella era la hija de Ramu, el maestro de Sadhon. ¡Con cuánta ilusión se había casado Sadhon con la hija de su maestro! ¡Era tan bella! Parecía como el ídolo de la diosa Radha, hecha de latón. Lo que más le importaba a Sadhon era que ella fue la querida hija de su maestro. Al casarse con ella, Sadhon se había convertido en pariente cercano de su maestro. ¡Tan delicadamente Sadhon la amaba! Pero Radhamoni no obedecía a Sadhon cuando empezó el trabajo de construir la autopista. ¡Mucha gente trabaja allí! ¿Por qué yo no? Después del trabajo tan duro, ella dijo que no volvería allí al día siguiente. Él no quería que ella se pusiera triste por no haber podido ganar dinero por su propio esfuerzo. Pero ella continuaba yendo al trabajo diariamente. El trabajo terminó en una semana. Los contratristas despidieron

a casi todos los tabajadores, salvo a los jóvenes y fuertes. En vez de gente, trajeron las máquinas que podían hacer el trabajo de treinta hombres en una hora. Todas las personas regresaron a sus casas, salvo Radhamoni. Con su piel morada, cabellos largos y ojos negritos, ella se fue con el conductor de uno de los camiones grandísimos. Entonces, durante muchos días, Sadhon la había buscado por las calles como un loco, parando a los camiones amarillos para buscar dentro, con la fe de que la podría encontrar ahí. Dos veces fue embestido por los conductores y había caído al lado de la autopista. La noticia había llegado a Moyna, su hermana menor, y a Sukumar, el marido de Moyna, por los aldeanos, y ellos llevaron a Sadhon a su casa, ubicada en la aldea Shitola. Sadhon había pasado muchas noches sin dormir, sólo pensando en Radhamoni. ¿Todavía los hombres desconocidos desgarran y violan brutalmente el cuerpo de Radhamoni? ¿Ya la han vendido en la ciudad? ¿Vive o está muerta, su queridísima Radhamoni? ¡Ay, Dios mío! ¡Ay, qué pena!

Un día, Sadhon regresó a su casa desde la casa de Moyna. La chocita le parecía como una casa embrujada, aunque su vecina Minoti la limpiaba a veces. De haber vuelto, Sadhon habría visto que estaba lista la calle grande, que se estrecha quietamente, como una serpiente atropellada por un camión. Los vehículos empezarían a transitar por aquella autopista en unos días. Desde Calcuta, ¡ay, Dios!, ¿a dónde va la calle... hasta Kashi? ¡O quién sabe a dónde! Sin falta, hoy Sadhon tiene que cruzar esta calle, ¿pero cómo puede hacerlo? Los vehículos no se paran ni por un momento. No sólo los camiones, también los autobuses, los coches y las motos. Todo el mundo corre muy rápido. ¿Tanta prisa tienen? ¿Pero cómo puede cruzar la calle una persona como Sadhon, que no tiene ninguna prisa y sólo desea ir a la casa de su hermana a tráves de la autopista? Debido a su trabajo y al regaño de los otros, Sadhon había ido al lado de la autopista unas veces, pero siempre se había confundido mucho. Con su bicicleta tan pequeña ¿cómo puede atravesar la calle tan gigantesca? Además, hay barandales largos a la mitad. Los vehículos de un lado corren hacia la izquierda y los del otro lado a la derecha. No se puede cruzar la calle a menos que por donde han puesto las barandillas. Entonces, ¿qué debe hacer Sadhon? No sólo para ir por el cincel, sino también para visitar a su querida hermana, Sadhon tiene que ir a la aldea Shitola atravesando la calle. De todos modos, es obligatorio que Sadhon vaya allí. Él le prometió al señor Sarkar, el médico, que empezaría su trabajo mañana sin falta.

¡Ay! Cuántos chicos se han marchado fuera para ganar un montón de dinero en las ciudades. Las chicas huyeron también sin hablar con nadie. ¿Quién sabe qué los atrae a cuidades tan oscuras? Pero ¿qué se puede hacer? De los jóvenes que se habían marchado, ¿cuántos han vuelto? Las mujeres cuidan a los niños y a sus viejos padres. Los que vinieron desde las ciudades en coches, compraron los campos por un precio demasiado alto. Ahora estos campos han sido rodeados por paredes. Desde un rinconcito de su aldea, Sadhon puede ver que hay un gran número de tiendas a lo largo de la autopista. Las tiendas pequeñitas de té, las tiendas de reparar las llantas, y poco más lejos, está la tienda donde se vende carne y *roti*, y hoteles y restaurantes. Sadhon ha oído que los chicos de las aldeas cercanas lavan los utensilios allí. Los que habían ganado considerable dinero al vender sus campos han comprado motos. Han establecido unas tiendas pequeñas en las aldeas y cerca de los nuevos complejos de apartamentos. Antes los chicos no fumaban frente a los adultos como un signo de respeto, pero ya no. Fuman mucho. No les importa nada ni nadie. También hay lugares donde venden abiertamente alcohol ilegal. ¿Vienen a las aldeas por las calles, o llegan bordeando la autopista desde las aldeas? No se sabe. Hay muchas opiniones. Los viejos odian la autopista como a un enemigo espantoso. Las madres se preocupan mucho cuando sus hijos están fuera de casa. Hace uno o dos días, un joven maestro murió atropellado por un camión. ¿Así mueren los aldeanos y eso vale la autopista, entonces? Las calles y los caminos existen para que la gente pueda ir y venir a las cercanías de sus pueblos para trabajar o para viajar. Pero, ¿y esta autopista? Impide a Sadhon acercarse a la casa de su hermana. Sadhon es una persona tan tranquila que nunca ha podido gritar a nadie, está enojado consigo mismo estos días. Hoy no tiene otra opción. Va a salir muy temprano y después de almorzar con su queridísima hermana Moyna regresará antes del atardecer.

Antes de morir bajo un camión de dieciséis ruedas, Sadhon pudo ver por un momento que el color del camión también era amarillo. Por un instante se había acordado de Radhamoni. El camión lo tiró con todo y bicicleta al otro lado de la calle, y así al fin pudo cruzarla●

Traducción del bengalí al español de Shukti Roy.

¿Qué dijo, globalización?

Subodh Sarkar

Fui a América y lo escuché allá
La gente también lo dice:
En la actualidad
En el momento adecuado si no puedes llegar a tu comida
El otro puede llegar.
Oye es nuestro país
Los pobres solían hacerlo
Como el arroz se produce tres veces al año.
Un mendigo piensa dos veces
antes de arrebatar
la comida de un loco.
Pero escuché ayer
En la multinacional, solía trabajar,
Angsuman Ray
Qué bueno, su oficina le envió a Mauricio
con su familia, para viajar.
Diez días después volvió y vio,
está sentado en su silla.
Un poco tez clara
Un poco más alto
Su pelo un poco más denso.
El otro Angsuman Ray.

Versión del bengalí de Kathakali Roy, Monalisha Dasgupta, Saberee Mandal, Sayani Hazra y Dibyajyoti Mukhopadhyay.

Amitesh Maiti

Por toda la noche

No lo he visto nunca. Su mano fría y velluda toca la urna de la vida
Sólo he entendido esta verdad y este sentimiento me ha dejado más solo.
En la misma cama como niños gemelos duermen la vida doméstica y la
[muerte del cementerio,
En la pared están colgados inmóviles los cuernos de un ciervo salvaje,
[untados con dolor fantasmal.
Pero ¿cómo no lo veo jamás? Después de la noche llena de la melancolía vacía
Al alba oigo la canción de las flores derramadas,
El paisaje se llena con sol y sombra.

Los dos niños se despiden para ir hacia la escuela de eternidad.

Esta mortalidad

¡Cómo no podemos ir juntos y escribir nuestros nombres en el agua!

De la vida derraman las palabras una tras otra, se desmorona la amistad,
se pierde en el polvo y en la multitud,
Más allá del punto lejos hacia el que te vas cojeando,
en una tormenta está inquieta la ilusión.
Durante los pocos años que nos quedan
¿cómo podemos escribir poemas sin palabras?
Se acumula el silencio, tu mano en mi mano
la presión ligera —dime ¿dónde se pierden las palabras en la
[discordia?

¡Vámonos juntos y escribamos nuestros nombres en el agua!

Mapa de ruta

Atravesando el camino juntos, llegamos muy lejos
cuando nos dimos cuenta de que —cada uno tenía
distinto mapa de ruta.
¿A dónde vamos ahora?

Donde hay un camino en uno, en el otro se alza una montaña
Donde hay un río en uno, en el otro arde un desierto
Donde hay azul en uno, en el otro se ve gris.

Habíamos salido juntos
pero cada uno tenía un mapa diferente.

Después de acampar y prender el fuego
Hemos tendido en aquella luz los dos destinos
En qué dirección debe ir —no se puede decidir
¿Ha llegado el momento de dividir todo y
salir por dos caminos distintos?
Pero arde el fuego enfrente —¿cómo se puede dividirlo?

Nuestro mundo abandonado surge enfrente de los ojos
La poesía de amor sombrea las caras
Frenéticamente las manos nos buscan

¿Por qué no podemos rendir los dos mapas al fuego
y salimos juntos de nuevo?

La chica urbana, el chico rústico

Yo sé que hace mucho tiempo no te gusta esta ciudad
Todos los lados se vuelven borrosos
En las grietas de la vida humana hay paredes de diferentes colores
En las lágrimas gotea el ácido
La mano de amor ya se ha vuelto tacaña
Los labios que habían besado ya se han vuelto amnésicos
Vienen las flechas venenosas desde los distintos límites de la ciudad

Hace unos días esta ciudad no te da quietud.

Es que tú eres una chica de la ciudad,
soy yo del pueblo.
En la lluvia me mojé con la hoja de colocasia sobre la cabeza
y me unté el rocío sobre el cuerpo
Las estrellas, los pájaros, las flores y los árboles yo conozco
Me he teñido las manos con el arcoíris
He trabado amistad con las nubes
De una orilla del río la llamada alcanzaba la otra
En esta ciudad yo también he pasado muchos días
No puedo conocer nada; nada me gusta.
Sufro un choque en el callejón sin salida, de nuevo entro en el laberinto
Escucho a escondidas mi infamia que dice la gente
¡Ay, chica mía, tú me cuentas tus dolores a mí!

¡Vamos! En cambio, te llevaré a mi casa en la aldea
Así podría yo también ir allí
donde en el patio luce la flor azul, en el granero está el gorrión tímido,
donde la luz de la luna calle sobre las hojas de plátano
que las estrellas saborean con deleite,
donde hay un desfile de hormigas enfocadas,
pasando por la corriente tranquila cotidiana.

Ya quedan sólo unos días
¡Que nos volvamos amarillos en la luz de la linterna
y como hojas derramadas flotemos en el viento!

Versiones del bengalí de Malabika Bhattacharya,
Arpita Mukhopadhyay Maity y Supriya Sarkar.

Lágrimas de Dios

Shamik Ghosh

Adonde sea que vaya, Dios me sigue.

Nos vimos ayer, afuera de la estación del tren de Govandi. Sorbía su té de un vaso de plástico y vestía un *lungi*[1]. Su desnudo, negro, esquelético torso brillaba con el sol. Un canal atiborrado de plástico fluía a la izquierda. Algunos chicos pobres semidesnudos se bañaban en esas aguas turbias. No, no es Dios. Sólo que su nombre, Iswar, significa lo mismo.

Iswar me sonrió. Sus dientes cafés por el tabaco. «¿Vas a beber té?», me preguntó.

Lo conocí en Calcuta. Los techos de las casas pobres casi se tocan entre sí, dejando un pequeño callejón entre ellos. Caminamos por esos callejones. Ese día también vestía un *lungi*; en él llevaba una burda pistola hecha a mano. En su jerga le decía Un-disparador. Iswar había sido liberado bajo fianza recientemente. Lo arrestaron por homicidio. En aquel tiempo él visitaba cada día, ceremoniosamente, a un astrólogo en Budgebudge, intentando poner fin a sus miserias. Por la noche fue a encontrarse con Amina a los burdeles de Harkata Gali.

A Iswar le caigo bien. Me estaba llevando al restaurante de Nur Amin por algo de carne. Iswar creyó que Nur Amin no tendría el coraje para cobrarle. Si lo hacía le pagaría. Lo convencí de que no se metiera en líos sin importancia.

1 Prenda tradicional de la india, similar a una falda, que se utiliza alrededor de la cintura. Puede ser utilizada por hombres y mujeres. (*Todas las notas son del traductor*).

El cremoso curri de res en el restaurante de Nur Amin se veía *beige* en el frasco amarillo. Algunos *kebabs* medio cocidos yacían en el plato.

«Hermano, puedes meterte en esta profesión. Pero no puedes renunciar».

Traté de cambiar el tema. «¿No te salvará tu partido político?».

«Carnal, créeme, lo juro por mi mamá, nunca maté a ese pendejo. Me dijeron que me entregara. Prometieron salvarme. Esos hijos de puta no hicieron nada. La policía me cagó a golpes. Me pusieron varillas en el culo».

Me sentí sucio. Tenía ganas de vomitar. Escupí la carne en el plato. «Olvídalo, Iswar. Vámonos».

«Carnal, lo juro por mi mamá, no lo maté».

«Ya vete a la chingada. Lame las botas del partido». Me sentí agitado. No debió mencionar lo de las varillas en su recto mientras comía.

Esa noche fui a Harkata Gali con mi amigo Arniban. Arniban compraría *hash* y yo observaría la zona. Fue espeluznante. Las putas podrían habernos tocado en cualquier momento. Se exhibían como los *kebabs* del restaurante, casi desnudas, a ambos lados del camino. Intentaron tocarnos, intentaron forzarnos. «¿Quieres divertirte por treinta rupias?». Se burlaron de nosotros.

Una negra obesa me tocó. Vestía un pequeño *negligé*. Llevaba ligueros y unas largas medias negras; la irregular grasa de sus muslos era evidente. Su edad arruinaba sus esfuerzos por parecer *sexy*. «Carnal, soy Amina. ¿Puedes salvar a Iswar? Lo van a colgar por homicidio».

Anirban estaba sorprendido. Nos miraba fijamente. «Deja que lo cuelguen. ¿Crees que Iswar se casará contigo? No lo hará. Los innumerables perros de este callejón se darán un festín con tus huesos», le grité a Amina.

Arniban me maldijo toda la noche: «Pendejo, nuestro partido también tiene una posición en la lucha de clases. También tenemos la foto de Lenin en nuestras oficinas, ¿pero por qué te haces amigo de los *lumpens*?». Estaba fumando *hash*. Toda la calle College estaba llena de humo.

Una luna carmesí, más roja que los ojos de Arniban, bajó hasta los rieles del tranvía. Sólo un poco encima de nuestras cabezas, como si fuera posible tocarla. Pude ver a Arniban flotar en el aire. Sus piernas levitar sobre el suelo. Luego cabeceó la luna como un centro delantero lo haría

con un balón de futbol. La luna carmesí se alejó flotando por el golpe como un globo. «Saludo rojo a la luna roja», gritó Arniban al tiempo que se deslizaba lejos. Todavía pude escuchar sus últimas palabras. «Este *hash* de mierda no sirve. No siento el subidón. Estos cabrones nos engañan. Hasta el *hash* es de tercera en este tercer mundo».

Iswar no cambia. Su apellido sí. En uno de nuestros siguientes encuentros ya no era Iswar Mondal. Se hacía llamar Iswar Mahato. Llevaba un rifle Tres-Cero-Tres en el hombro. Nos encontramos en una plaza cubierta de hojas de sal secas descansando en el suelo rojo de laterita, los flacuchos árboles de *sal*[2] intentando tocar el cielo azul.

La piel de Iswar era más oscura esta vez. Estaba más delgado. Pero sus ojos, casi sumidos en las cuencas de hueso, brillaban. Vestía uniforme caqui. Iswar era entonces parte del Ejército de la Guerrilla Popular. Iswar y los de su partido matan a los policías. La policía, por su parte, hace justo lo opuesto: mata a Iswar y a los de su partido.

Me sorprendió encontrármelo en ese lugar. «¡Iswar! ¿Eres tú? ¿No estabas en la lista de muertos?».

Iswar sonrió. «Cada pinche cosa en esta tierra es una lucha de clases. Debemos esforzarnos por eliminar la diferencia de clases. Entonces nadie estará en una lista de muertos. Entonces no habrá más Aminas. No más burdeles en Harkata Gali». Estaba seguro de sí mismo.

«Pero la policía te atrapará de nuevo. La última vez esperabas que tu partido te salvara. Esta vez, incluso tu partido es ilegal. ¿Por qué estás con ellos?», intenté razonar con él.

«¿Qué podemos hacer, carnal? Ya no podemos alimentarnos de las hojas. Ni siquiera podemos encontrar ratas para comer por aquí. ¿Qué podemos hacer? Intenté comer grasa. Es difícil. No puedes cocinarla. No he comido arroz en años. Siempre sueño con arroz. Nuestro partido dice que algún día vamos a acabar con todos los policías de este país. Entonces habrá arroz en todos lados. En las selvas. En los campos. Suave, blanco, cálido arroz. Carnal, ¿puedes conseguirme algo de arroz? Solamente sal y arroz. No necesito más».

Al regresar vi a los policías acordonando el área. Me vieron y dijeron: «Vete de aquí. Te conocemos de la ciudad. Tenemos órdenes de dejarte ir, pero deberías dejar de pensar en las aldeas. Empresas nuevas están

2 Árbol nativo del sur de Asia.

llegando a las ciudades. Necesitan gente como tú. Tendrás empleo». El policía tenía un extraño parecido con Iswar. Se veía igual. Traté de averiguar si era Iswar disfrazado de policía. Me empujó. «Vete ya». Quizá también él fue asesinado por el partido de Iswar. Su trabajo lo llevó hasta allí. También tenía que alimentar a su familia. Dos Iswars. Dos dioses con armas sobre sus hombros, tratando de matarse el uno al otro por comida.

Una chica caminaba detrás de mí. Era negra. Tendría quince años, supongo. El policía la detuvo. «¿Quién eres tú? ¿Qué haces aquí? Quítate la ropa. Déjame revisar si eres hombre o mujer». La chica lloró. No me atreví a mirarlos. Pude ver el cartel de Aiswariya Rai en las paredes de la estación de tren. Su espalda perfecta estaba expuesta. La miré con lujuria. Tomé el próximo tren para regresar a Calcuta. Tenía que ver una película pirata de Monica Bellucci en mi *laptop*.

Estaba comiendo con Dhokla y Khaman. Fumando un cigarro fuerte con mi té azucarado. Le pregunté al encargado: «¿Cuánto es?». Al salir del restaurante me encontré con Iswar otra vez. Llevaba un gorro musulmán y barba sin rasurar. Vestía un *sherwani*[3] sucio. Ahora se veía gordo. «¿Iswar? ¿Eres tú?», pregunté.

«Sí. Pero ahora mi nombre es Allahrakha. *Salaam Alaikum*[4]».

«*Wa alaykumu s-salam wa rahmatullahi wa barakatuh*[5]. Iswar, perdón, Allahrakha, ¿qué haces aquí?».

«Huzur, escapé durante los disturbios. Ahora he regresado. La ciudad ahora es más hermosa. Sólo este viejo pueblo parece estar más sucio. ¿Pero qué puedo hacer? He regresado aquí. Uno tiene que vivir en un lugar donde pueda ganar dinero».

«¿Por qué escapaste durante los disturbios?».

Nos habíamos alejado de la calle principal hacia los estrechos callejones. Podíamos oír el zurear de las palomas. Hombres de piel oscura se reunieron en las tiendas. Estaban todos en grupos.

«Allahrakha, nunca me respondiste».

«¿Qué preguntaste?».

---

3 Prenda larga, parecida a un abrigo, utilizada en la India.

4 Saludo islámico que podría traducirse literalmente como «La paz sea contigo».

5 Respuesta al saludo; podría traducirse como «Que dios te dé protección, seguridad, misericordia y bendiciones».

«Sobre los disturbios. ¿Qué pasó?».

Allahrakha se rascó la cabeza. Las sombras de las casas nos protegieron del sol abrasador. Fue relajante. Allahrakha replicó: «¿En algún momento hablé de disturbios? ¿Hubo disturbios?».

«¡Pero si tú dijiste que habías escapado durante los disturbios!».

Hablábamos en hindi y gujarati. Podíamos ver el matadero a la distancia. La ciudad estaba cubierta de suciedad.

«¿Te acuerdas de Amina?».

«Sí, me acuerdo».

«Nos casamos. Yo trabajaba, Amina cocinaba. ¡Oh, su *biryani* era delicioso! Escuchábamos las noticias en televisión. Quemaron un tren. Nos sentimos amenazados. Amina estaba asustada. Tenía cinco meses de embarazo. Su cuerpo era pesado, dijo: Allahrakha, hay que dejar este lugar. Pero me negué. ¿A dónde íbamos a ir? Fuimos felices aquí. Me estaba yendo bien. No conocíamos a los que quemaron el tren. ¿Por qué íbamos a preocuparnos? Esa noche llegó la policía. Vestidos con sus uniformes caquis y sus botas pesadas. Acordonaron el pueblo entero. Ninguno de los dos pudo dormir esa noche. Podíamos ver el fuego a la distancia —fuego, oscuridad y humo. Escuchábamos los gritos de la gente. Disparos ocasionales a la distancia. Amina estaba asustada. Se abrazaba a mí. De pronto oímos los disparos en las cercanías. Personas gritando frenéticas. Veíamos a la gente corriendo por el callejón. Saltamos la barda y comenzamos a correr. Patio, bardas, paredes, más paredes... corrimos y corrimos. La tierra se hacía más caliente. Se sentía como correr sobre una plancha caliente. Atrapaban a la gente y la mataban. Violaban a las mujeres».

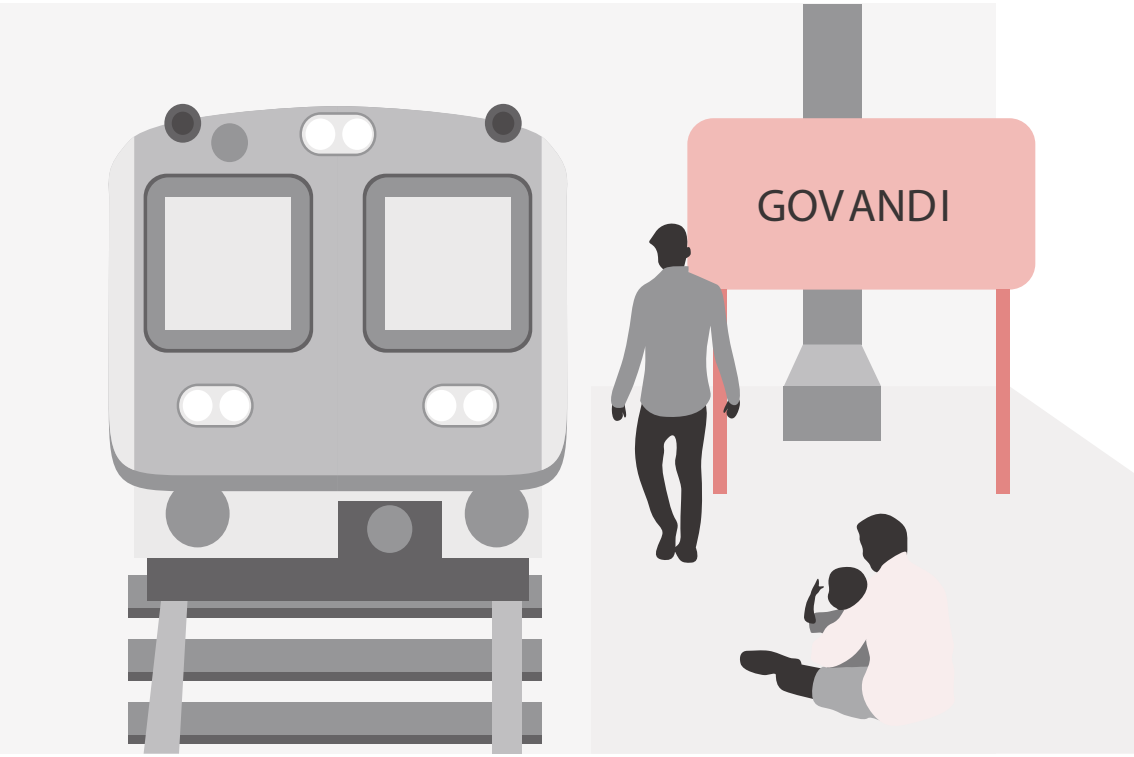
«¿Pero no dijiste que había policías?».

«¿Policías? Ellos les disparaban a los que intentaban escapar. Algunas personas lanzaban piedras. ¡Gas! Los ojos se nos quemaban. La tierra se sentía como una plancha. Amina resbaló y se cayó. Yo estaba sobre la barda. Volteé hacia atrás. Venían por nosotros. Tenían espadas. Amina me miró. Levantó las manos hacia mí. Pensó que la ayudaría a escapar. Y fui un cobarde. Dejé a mi esposa embarazada, a mi hijo no nacido, y salté hacia el otro lado. Mi boca y mi nariz ardían. Se sentía como un horno y nos estaban asando a todos. Había un paso subterráneo bajo las vías del tren. Pude ver los cadáveres tendidos allí. La sangre fluyendo por el suelo. Yo estaba vivo todavía. Me acosté y cerré los ojos. La sangre de los muertos me cubrió. Me sentí como un animal sacrificado tirado en el matadero».

Escuché a Allahrakha. Luego hice lo que hago siempre en este tipo de situaciones: prendí un cigarro. Allahrakha o Iswar temblaba. Dije: «Allahrakha, tengo que irme. Nos encontraremos de nuevo».

Regresé al hotel. Tenía pan y pollo al curri para cenar. Me recosté en la cama y encendí la tele. India ganó otro partido de críquet. Los comentaristas estaban eufóricos. Escuché los petardos tronar a la distancia. Intenté dormir.

Al principio sentí una luz tenue. Luego todo se aclaró. Estaba colgado boca abajo. Mis pies atados a un gancho. ¡Cabeza abajo, pies arriba! Los azulejos blancos del suelo casi me tocaban. Había gotas de sangre por todos lados. Me asusté y traté de ver a mi alrededor. Había una larga cola frente a mí. Luego traté de verme a mí mismo. ¡Oh, Dios mío! Me habían despellejado. Estaba atado a un tubo de carnicero. Intenté gritar. No pude. La primera mujer en la cola dijo: «Un kilo de carne de pierna y un poco de hígado».



Bombay. Govandi. Una estación de tren de la línea Harbour. Un mercado junto al complejo de la estación y el arrabal. Al salir escuché que alguien me gritaba: «¡Oye, hermano!».

Era Iswar parado afuera de la estación de Govandi. Sostenía un vaso de té con una mano, con la otra se rascaba el abdomen.

«¡Una vez más nos encontramos!».

Iswar arrojó el vaso.

«Ahora vivo aquí. Pude encontrar a Amina de nuevo. Se cambió el nombre a Madhuri».

«¡Oh, sacó el nombre de una estrella de cine! ¿Y cómo está ahora?».

«La cortaron con una espada. Pero ya está bien. Sólo una marca negra en el cuerpo. Se negó a regresar. Ha perdido su modestia. ¿Pero los pobres tienen modestia? Ahora vivimos aquí. La gente dice que el dinero vuela en esta ciudad».

«¿Dónde vives?».

«¿Quieres conocer? Ahora vivo en un palacio en el agua. Construí una ciudadela en el mar». Iswar sonrió. Me sentí interesado. ¡Dios viviendo en el agua!

Caminamos a través del canal. Aguas negras obstruidas por incontables pedazos de plástico. Las sucias casas de los pobres —algunas de un piso, otras de dos, pequeñas chozas de ladrillo tocándose entre sí. El barrio M de la ciudad de Bombay. Algunas personas dicen que en ese lugar la mortalidad infantil supera a la del África subsahariana.

Iswar tarareó una cancioncilla.

«¿Puedes cantar?», pregunté.

Se avergonzó un poco. «Tenemos una buena vida aquí».

«¿A qué te dedicas?».

«Trabajo haciendo pan».

«¿Pan?».

«Hacemos pan. Pongo la masa en el horno. Se convierte en pan».

El barrio se adensó. Estaba atestado. Apestaba. Me irrité. Dejó de gustarme esa aventura.

Nos detuvimos cerca de las marismas. Agua espesa y negra. Parecía como si todas las aguas residuales de la ciudad fluyeran hacia allí. Pude ver las chozas. ¡Estaban flotando!

Iswar trajo una balsa. Estaba hecha de hielo seco y *triplay*. Dos marinos embarcados en el viaje. Iríamos a la casa de Dios. No podía saber si había suciedad o agua bajo nuestro barquito. Iswar jaló los

remos. «Este lugar se llama Chikalwadi —una casa en el lodo».

«¿Cómo la haces flotar?».

«Usamos hule. El mismo hule que se usa en las llantas. Se hunde durante el monzón, pero nuestra casa sigue flotando en el agua».

Amina estaba adentro. Estaba asombrada. «¡Tú! ¡Aquí! Nos conocimos hace mucho tiempo».

Todavía podía recordar a la escasamente vestida Amina de Harkata Gali. ¿Era la misma Amina o era otra persona? ¿Otra Madhuri, quizás? Sentí la urgencia de mirar la marca negra del corte en su cuerpo para verificarlo. Me resistí y miré a lo lejos. Pude ver los rascacielos al otro lado del arroyo. Era Nueva Bombay. Los altos edificios sobre las colinas se veían más prominentes desde donde estaba parado.

Sentíamos la casa balanceándose a nuestros pies. Balanceándose como un pequeño bote al viento. La casa de Dios flota en la porquería. En la mitología, el príncipe Lakhindar, mordido por una serpiente, fue llevado en una balsa por su nueva esposa, Behula. Su paciencia venció a los dioses. Se vieron obligados a devolverle la vida a su marido. Amina e Iswar están en un viaje similar. La casita no tiene ventilador ni luz eléctrica. El aire siempre huele a mugre. La casa de Iswar y la casa de Amina. Pueden soportarlo todo.

Me puse los audífonos para el camino de regreso. Escuché los anuncios del canal FM: «¿Quieres evitar el tráfico de Bombay? Compra un departamento en Torre Mathura. Departamentos de lujo por veinte billones o más».

Luego de comprar cigarros afuera de la estación de tren, vi a un niño pequeño lavando trastes en un restaurante. El agua del balde era negra. Sus manos mojadas tenían un tono blancuzco. Me miró fijamente. Volteé hacia otro lado.

El cielo estaba negro. Sentí el viento salado que llegaba desde los mares. Iba a llover. Toda la ciudad se llenaría de agua. La pequeña casa de Iswar flotaría sobre el agua. Se balancearía con las corrientes. De pronto pude sentir las gotas de lluvia cayendo sobre mi cuerpo. No sería por mucho tiempo. Se detendría. Las lágrimas de Dios se secaron •

Traducción de Luis Eduardo García, a partir de la traducción del bengalí al inglés del autor.

Alfabetos

Sharmila Ray

Los alfabetos marchan para entrar en mi corazón
pero un viento antiguo los detiene.
Se perdieron
ellos mueren
sin formar una palabra.
Sin embargo, en la noche regresan
con cometas
con pájaros.
Alfabetos coloridos
sentado arrogantemente en mi escritorio
burlándose de mí.
Alfabetos niebla de mis axilas.
Alfabetos el algodón estirado
sobre mis pechos.
Alfabetos del horizonte invisible.
Estoy barrido.
En el espacio sensorial de mi pensamiento
los alfabetos vuelven a crecer solos
como lo hace el helecho
como la uña de tu dedo.
Alfabetos madre de palabras.
Alfabetos bosque de palabra.
Y si nos perdemos
en aquel bosque, es exactamente entonces
que encontremos nuestra voz.

Versión del bengalí de Kathakali Roy, Monalisha Dasgupta, Saberee Mandal, Sayani Hazra y Dibyajyoti Mukhopadhyay.

Shankha Ghosh

Tormenta de deseo

En esta silenciosa soledad flotante,
en los abundantes vientos solitarios de la tarde oscura,
apareces
con tu pálida cara blanca
fría como nube, sin luz como la luna,
hacia el cielo.

Desde una tierra lejana me estremezco
con la insoportable agonía del deseo.
Agrupados alrededor de tu rostro de piedra blanca
delgados mechones de pelo se agitan
al viento oscuro
como dedos extendidos
con dolor, en oración.

La esquina del cielo gana peso
con nubes que se arraciman.
Destellos de anhelo rasgan
con repetida ferocidad.
Gigantes olas de amor buscan estallar
en éxtasis tremendo, agitar
las distancias ilimitadas en la oscuridad,
la sombría tez de una inmóvil tierra pensativa.

Apareces
con tu cara
fría como nube, sin luz como la luna,
tus senos son como ondulaciones de una tierra
que se ha llorado hasta la quietud del cansancio,
estiras tus ansiosos brazos gastados, largamente esperanzados,
fatigados de rezos, hacia ese furioso cielo enorme.

Alrededor de ellos se acumulan tinieblas,
mechones de pelo,
mil notas musicales,
en los solitarios vientos sin límite.

Lentamente, la creación logra estar preparada:
Como si en un terrible momento benditamente dulce
las nubes de su deseo estallaran
en rayos de un insoportable trueno que perforaran el centro
de tu pecho extendido, ansioso, erguido,
hacia la felicidad total de la unión.
Luego, alejando todos los desechos
de este mundo caído, desaliñado y húmedo,
se revela
una bella fresca acariciante
mañana.

Lápidas blancas

Esa noche cuando volvía a casa,
en el corazón de la ciudad
montones y montones de lápidas sin nombres atravesaban la niebla;

al principio parecían
filas y filas de monjas hincadas, inmóviles,
cristalizadas en oración;

en la brisa invernal
el mundo temblaba cargado de culpa por la fragancia
del eucalipto;

pero luego
la niebla se hizo muro,
la oración se volvió reproche de esas piedras blancas,

lisas, sin epitafio, cuando
volvía a casa.

En la curva

Hoy no me corresponde hablar,
sin embargo, déjenme decir:
Aquí estoy parado en la curva del camino,

ante mí
el largo tronco despojado de sus ramas
frío y silencioso,

dentro de las hendiduras de su corteza envejecida
ocultas
las capitulaciones de tantas décadas,

también, posiblemente,
los recuerdos de haber protegido a algunos,
el ascenso y el descenso del hacha.

Luego,
los sonidos y las huellas de los muchos pasos que se desvanecen
hacia el Ganges.

Déjenme aquí,
arruinado por la edad, ciego y
sin hijos.

Lo sagrado

Aquí yazgo en el crematorio. Diles
que tal alboroto no conviene
a la construcción de una pira.

Ellos, a mi cabeza, mis pies, junto a mí,
son todos tus siervos.
Diles.

Diles que permitan que la infinita pise mi pecho
y suelte su larga cabellera,
las estrellas que resplandecen en su corona. Déjalas que escapen

y, del collar sin nombre ensartado de cráneos,
que gotee, que lo sagrado gotee,
frío,
  en mi rostro frío,
    pecho frío.

Versiones de Víctor Ortiz Partida, a partir de las versiones
del bengalí al inglés de Nandini Gupta.

Cineasta

Tanmoy Chakraborty

Algunas personas todavía platican de humanos
Soy un simple camarógrafo.
Mientras vago por el bosque,
                De repente recibo una larga carta
La carta sin duda me dio un tipo problemático.
En las páginas invisibles de esa carta
lo que está escrito
Nadie se molesta con eso.
Pero hay una condición...
Eso es,
        Ahora no se habla ningún secreto

A veces hay luz, a veces hierba amarilla
A veces vida material, a veces destrucción
A veces en ruta secreta, revolución sin nombre
Amor asesinado, rosa roja

Deseo ahogamiento, miles de años luz de la luna
Cómo y con quién, dulce pelea en una noche invernal
Palabras y silencio, canción o poema
La cámara se pierde, la tarde pasa.

Versión del bengalí de Kathakali Roy, Monalisha Dasgupta, Saberee Mandal, Sayani Hazra y Dibyajyoti Mukhopadhyay.

No apto

Anindita Das

Hay una situación desesperada hoy en casa. Kushal lo adivinó bastante bien por teléfono. Pero al llegar se dio cuenta de que la situación era mucho más fuerte, compleja y grave de lo que había previsto. Su hijo Atri tiene los labios hinchados y está como indefenso. Se entiende que hoy por la tarde no pudo ir a jugar al parque. La madre de Atri, Ahona, está en la habitación con la luz apagada. Al llegar, dejó el portafolios de la oficina, se lavó las manos y tomó a Atri en sus brazos como todos los días.

Kushal cargó a Atri y le preguntó:

—¿Has comido algo por la tarde?

Atri, atemorizado, le respondió:

—Mamá me dijo «Hoy salió el resultado del examen, comerás *pizza*». Pero no me la comí. Ella está muy molesta, padre. Recibí una D en dibujo. Por eso Paoli, la maestra, dijo: «No podrá ser el primero». Al volver a la casa mamá lloró mucho. Llamó al maestro y le dijo: «Ya no estudiará más dibujo».

Kushal llevó al niño a la habitación. Intentó entender la situación, encendió las luces. Ahona estaba acostada con la cara hacia la pared y con las manos presionadas contra su cabeza. Dijo en voz baja:

—Apaga las luces. No estoy de buen humor, sal de aquí.

—Ahona, Atri no comió nada por la tarde. Sólo estudia en el segundo grado. ¿Qué castigo le das, no comer y no beber nada? ¿Entiende él qué error ha cometido? Por favor, siéntate. No ha cometido ningún delito tan grave para que reacciones así —le dijo Kushal.

Ahona saltó y se sentó en la cama:

—Es normal que digas eso. Todos pueden hablar con esa seriedad. Sales de la casa por la mañana y vuelves por la noche. ¿No entiendes cómo

lucho con este chico todo el día? Nunca me he concentrado en mi carrera. ¡Bailaba *Odyssey* tan bien! Todo lo dejé por mi hijo. Qué no hago por él, dime. Obtuvo buenas notas en todas las asignaturas, pero no es apto para el dibujo. ¡Qué vergüenza! ¡Qué pena, qué insulto! No podré enfrentar nunca a Rumela, a Sweta, a Bithi. Todos sus hijos han aprobado en dibujo. Su nombre, Atri Majumder, debería haber estado al inicio de la lista, en lugar del hijo de Sohini, Hridayjeet: a pesar de que tiene notas más bajas en matemáticas e inglés que Atri, ha destacado en la primera posición. ¡Una vergüenza, qué vergüenza! No puedo hacértelo entender ni sentir.

Kushal respira profundamente al escuchar las palabras de Ahona y le pide a Atri que sea muy respetuoso.

—Hijo, ¿qué debías dibujar? ¿Te acuerdas?

Jugueteando con los ojos, dijo a su padre:

—La maestra escribió en el pizarrón: dibuja todo lo que desees. Inmediatamente comencé a dibujar un palo y una pelota de críquet. ¡Sabes cuánto me encanta jugar al críquet! Ya no miré el pizarrón. Luego, cuando terminó el examen y la maestra vino a recoger mi copia del dibujo, dijo: «¿Por qué dibujaste un palo y la pelota? Escribí entre paréntesis y les di dos opciones: paisaje del pueblo o un partido de futbol. ¿Por qué dibujaste una pelota y un palo? ¿No viste las opciones? ¿No podrías dibujar un escenario o un partido de futbol?».

Atri salió de la casa con su papá, comió helado y *pizza*. Cuando volvieron, el pequeño Atri se durmió. Los próximos siete días eran vacaciones, después la escuela abriría. Su papá dijo:

—Papá tomará vacaciones por siete días. Te llevaré a la casa en el pueblo donde crecí. La casa del campo de Guskarai en Burdwan.

El padre estudió en Rammohan Boys School. Y le cuenta una historia muy interesante. En el examen de dibujo en la escuela, el maestro escribió en la pizarra: «Dibuja lo que desees». Papá era tan joven entonces como Atri. Inmediatamente papá dibujó un palo y una pelota. Y no pudo hacer el examen. La razón: el maestro había escrito entre paréntesis «Dibuja una mañana de invierno o una fiesta». El padre sabía dibujar ambos, pero, como su hijo, amaba tanto la pelota de críquet que, tan pronto como tuvo ocasión, comenzó a dibujar el palo. No vio eso entre paréntesis.

¡Papá tampoco aprobó el examen de dibujo!

Atri se ha dormido durante mucho tiempo. Se cree que la cabeza del niño que duerme está acunando sus manos en el seno. Después de que fue rechazado su dibujo durante la prueba de la clase de habilidades, una alegría había inundado su casa. El tío mayor trajo dulces y tapas calientes de *mohan* y celebró al «No apto». Su padre regresó una noche a casa y le dijo:

—Vas a ir a Calcuta mañana conmigo, hijo. Te compraré un buen palo y una pelota de críquet. Hace tiempo que los querías, ¿no?

Su madre le dijo:

—Yo compré un guante también. Vaya. Le gusta mucho el juego de críquet.

Ese día, los padres y todos en la casa le explicaron a Atri lo difícil que es ser niño.

—Debes tratar de convencer a Ahona para que se sienta bien. El problema de Ahona fue no entender el dibujo de un niño. A medida que crecía, estaba a punto de volverse incómodo el problema cuando pensaba en lo horrible que había sido. Kushal aprendió que se debe tener cuidado de no entrar en pánico en la infancia. No importa cuál sea la complicación en la vida, el niño es más importante. Si no, la habilidad de ser padre fallará para siempre •

Traducción del bengalí de Dibyajyoti Mukhopadhyay.

La lista de deseos del jugador

Srijato

Adonde no entregan ningún periódico en la mañana,
ni abre a diario ningún mercado bullicioso,

adonde la nieve blanca como la leche cubrió un sauce dormido
y las barandillas de madera durante la noche,

adonde los prados se pierden en el horizonte,
en una existencia pacífica sin líos para cruzar la frontera,

donde la oscuridad revela casitas que centellean
dispersas sobre acurrucadas colinas acogedoras,

y adonde, con todo eso y su marcada periferia,
un camino seguro va derecho,
empequeñeciéndose cada vez más en la distancia...

Ahí mi juego de computadora
me lleva todos los días.

Versión de Víctor Ortiz Partida, a partir de la versión del bengalí al inglés de Souradip Adak.

Ribereño

Amrita Nilanjana

Un amplio y plano estrecho de tierra color verde limón, adornado de repente por tercos arbustos, marcaba los lindes del río en el pueblo de Tikarampur. Es un campo de mostaza que florece. El frondoso verde del campo contrasta fuertemente con el dique marrón y polvoso que corre a lo largo del pueblo. Los surcos hechos por la mano del hombre entrecruzan el campo en patrones geométricos cuidadosamente diseñados y ayudan a los granjeros a delimitar su tierra de labranza. Cada parcela tiene un espantapájaros único. Si uno tiene una camisa de futbol andrajosa atada a una cruz hecha con palos de bambú, con una olla de barro pintada haciendo de cabeza, el otro tiene un sari que envuelve un crucifijo similar, con la cabeza hecha de heno y ojos de brazaletes rotos. Los surcos llenos de agua son el hogar de sapos que croan incansablemente durante la noche, cuando las hambrientas serpientes salen arrastrándose de sus madrigueras buscando qué comer. Durante el día, el sol juega con las plantas de mostaza que se mecen con la brisa proveniente del río, creando olas como si un mar amarillo danzara con una armonía que sólo él puede sentir y oír. A menudo, los saltamontes se quedan quietos en las hojas de las plantas de mostaza, meciéndose con el movimiento de los tallos que van de un lado al otro en esa agitación brillante, verde y amarilla. Justo por encima de las plantas, como una constelación cercana, las libélulas hacen sus piruetas. Algunas veces, las plantas se quedan quietas en una somnolencia a sotavento, hasta que el aire encuentra un nuevo cauce. Al final del campo, el Ganges fluye en una sinfonía ondulada, evitando una isla de sedimento que apareció de la nada hace muchos años. Hoy, esa isla es el hogar de cocoteros y cerdos salvajes que asiduamente caen presa de los hambrientos habitantes. De vez en cuando, la marsopa de río sale a la superficie brevemente y vuelve a hundirse en las desconocidas pro-

fundidades del río, dando un toque al lienzo que la prodigiosa naturaleza ha creado.

Es en estos campos donde Lakhan solía pasar la mayor parte del día con su amigo Pilu. Ambos tenían ocho años y sus casas estaban una junto a la otra. Pero Lakhan ya no va a los campos: en lugar de eso se sienta en el dique con el rostro entre las manos y mira ausente hacia el campo. Extraña a Pilu, quien no ha regresado de donde sea que lo llevó su familia hace seis meses. Su ribereña amistad terminó tan pronto como empezó, con un juego de canicas hace tres años.

Tikarampur no tiene pasado, como un hombre sin memoria. Nadie recuerda cuándo es que apareció en la ribera del Ganges, en el estado oriental de Bihar, ni, por ende, quiénes eran sus primeros habitantes. El pueblo se yergue como una mención oblicua en una geografía saturada. Tikarampur se ha aferrado a las penumbras sin escándalo y con cierto grado de despreocupación. El sistema social basado en la costumbre ha desafiado el cambio desde hace mucho. Con el tiempo algunos bajaron de categoría social, mientras otros asumieron un rol influyente y de gobernantes. La justicia social en el pueblo depende más de la genealogía del acusador que del buen criterio y del sentido común. Como en muchos otros pueblos del país, casta, credo y religión juegan un rol importante al decidir el curso de la vida en Tikarampur. La ley de esta tierra es parcial, intransigente y, en ocasiones, brutal. Los adinerados bhumihar, quienes por generaciones han afirmado pertenecer a las castas más altas de la región, son superados en número por los dalits, o intocables. A pesar de esta demografía desigual en Tikarampur, los bhumihar se las han arreglado para tener una repartición injusta en el modo de vida del pueblo. Todos los escuchan. Todos les temen.

También Budhia, el padre de Pilu; pero sólo porque vive en un sistema social que le exige que escuche en lugar de hablar. Él sabe que el silencio es oro, pero su silencio está cargado de angustia y desacuerdo. ¿Qué importa si él no es un bhumihar? De hecho, él ni sabe qué es: el pasado de Budhia es tan oscuro como el del mismo pueblo. Todo lo que sabe es que los bhumihar no lo quieren de vecino y que su choza de adobe y el horno de arcilla que Sita, su mujer, usa para cocinar austeramente son tan frágiles como su existencia. Muy a menudo los otros pueblerinos lo hacen sentir como un proscrito; después de todo, él no tiene tierras ni vacas ni búfalos. Sólo es un aparcero sin importancia en la ribera del Ganges; de todas formas, la sociedad lo ignora.

Pero Budhia no permitía que esos pensamientos le ocuparan la mente. A cinco pies estaba su esposa haciendo pan plano de mijo perla o *bajra*, que crecía abundantemente en la región. *Bajra* y salmuera, salmuera y *bajra*, su comida de todos los días. A él le preocupaba más la crecida de las aguas del Ganges que habían empezado a elevarse desde que se abrió el cielo hace una semana. El agua coqueteaba peligrosamente con la ribera. Él sabía que la tierra que había pedido prestada para sembrar mostaza quedaría inundada pronto. Miró afuera, al negro vacío, hacia el río, pero no pudo ver nada. Era un campo de oscuridad. Le parecía que el Ganges, que hacía apenas dos días estaba tan tranquilo, había empezado a desbarrar y despotricar, agitándose para azotar las tierras colindantes. Al despertar, el día siguiente, encontró agua junto al dique. Se quedó en la parte más alta sosteniendo un paraguas. El río se había desbordado en apenas siete horas de oscuridad, con sus aguas arrastrándose como una serpiente que cazaba, desenrollándose lentamente hacia el pueblo, pulgada a pulgada, lista para devorar todo lo que se cruzara en su camino. Budhia sabía de buena mano que el apetito de un río hambriento era insaciable. Cuando era muy joven, presenció cómo las merodeadoras aguas del Ganges invadían el pueblo de su padre, barriendo con todo a su paso, incluyendo a su madre y hermano mayor. Su padre lo llevó cargando sobre sus hombros, con el agua que le llegaba al pecho, hasta la seguridad de un árbol en una parcela alta junto al pueblo. De lo contrario, él también habría muerto en aquella ocasión. Ese fatídico día se había grabado en su memoria. La única persona en todo el pueblo que sabía de la miserable infancia de Budhia era Kanhaiya. Sin importar que Kanhaiya perteneciera a una familia de casta más alta, era tan pobre como Budhia y la pobreza fue el lazo común de su amistad.

Budhia se dio la vuelta y comenzó a avanzar por el centro del pueblo hacia donde, bajo un árbol de baniano que según el mito tenía ya mil años, debían reunirse los ancianos e influyentes con todos los demás. Budhia se quedó con la multitud, sentado en semicírculo sobre la tierra, y puso sus brazos en jarra, en aparente desafío, como era su costumbre. Frente a él estaba el consejo del pueblo dominado por los bhumihar. Se negó a esconderse bajo el peso de su pobreza, sin importar lo insoportable que fuera la carga. Aunque su terrible circunstancia le hubiera ganado el desprecio de los bhumihar, ellos no podían someterlo abiertamente por miedo a represalias. Según dijo el consejo, se debía evacuar el pueblo lo antes posible porque las lluvias no parecían mermar, lo que quería decir

que no habría manera de apaciguar al río, sin importar los incesantes rezos a los muchos dioses dentro de las casas.

Ram Singh, el bhumihar más rico del pueblo, les preguntó a todos cuáles eran sus planes:

—¿Qué hay de ti, Budhia? Aunque no tienes mucho que perder, salvo lo poco que tengas en el cerebro, debes responder al llamado. Sugiero que apenas amanezca mañana te marches a un lugar seguro —sonrió Singh engreídamente.

Budhia, recto como una tabla, no se molestó:

—Sí, señor, haré algo.

Budhia, como muchos de sus vecinos, sabía que Singh no iría en su ayuda a la hora de partir. Pero ¿podría rechazar a otro ser humano por completo? De ninguna manera. Budhia pensó, y hasta su esposa que no era del pueblo le había susurrado en privado, que todo el pueblo probablemente esperaba verlos de regreso. Después de todo, los Budhia eran sólo aparceros, gente iletrada, empobrecida y sin lugar a dónde ir. Eran una mancha en la sociedad. Pero Budhia no se rompería.

Esa noche se vino abajo el dique. Las gorgojeantes aguas creaban remolinos, primero comenzaron a llenar las cavidades en el pueblo, después atacaron los jardines de las casas de adobe. Las casas de concreto de los bhumihar no fueron perdonadas, pero podían resistir el impacto del torrente que crecía, quizás por un día más; no como la casa de Budhia, cuyo precipicio estaba por rendirse. Al amanecer, Budhia, Sita y Pilu salieron del pueblo en una carreta de bueyes, uniéndose a decenas de personas que también huían como ellos. Mientras la caravana se alejaba del pueblo por tierras altas junto a los rieles del ferrocarril, el gigante que dejaban atrás lanzaba su último golpe. Nadie volteó a ver, porque todos sabían que el pueblo había desaparecido de la faz de la tierra. Podrían regresar a sus casas devastadas cuando amainara el agua, y eso significaba hasta dos meses, si no es que más. Sólo las copas de los árboles más altos emergían de la superficie, como pompones, pero hasta ellos serían rebasados cuando la naturaleza caníbal diera su bocado final, para lo cual no faltaba mucho.

Dos meses después, Budhia llamó a Ram Singh desde un teléfono público en Patna. Su tío, Vikas, quien se ganaba la vida pintando automóviles en un taller en Patna, ofreció asilo a su sobrino y a la familia de éste mientras el cauce estuviera destruyendo los pueblos del estado. Ellos habían llegado como empacadores de alfombras, sin saber cómo iban a

obtener su próxima comida o hasta cuándo podrían conservar un techo sobre sus cabezas. Hasta Vikas sabía que la estancia de su sobrino tenía fecha límite. Él mismo no ganaba lo suficiente para mantener a su familia y ahora tenía a Budhia, Sita y Pilu. Vikas fue brutalmente honesto con Budhia:

—Mira, puedes quedarte por un tiempo, pero mientras estés aquí debes trabajar. No puedo alimentarlos gratis. Le puedo pedir al dueño del taller que te contrate para que pintes y limpies automóviles, ¿está bien?

Budhia no tenía más opción.

Budhia esperó a que Ram Singh contestara su llamada; cuando lo hizo, se identificó:

—Señor Ram Singh, soy Budhia —hablaba alto y con aparente gusto, lo cual se entendía porque no se había contactado con alguien de Tikarampur desde hacía mucho tiempo. Se sentía en casa tan sólo con una llamada.

—Oh, claro, Budhia, ¿cómo estás?

—Estoy bien, señor. Estoy a salvo con mi tío. ¿Qué novedades hay del pueblo?

—No mucho, Budhia, sigue bajo el agua. Todavía sigue lloviendo en Tikarampur. Llámame en un mes, espero poder darte buenas noticias para entonces —Ram Singh interrumpió abruptamente la conexión.

Budhia se preguntaba cuánto tiempo le tomaría al agua volver a su veta madre. ¿Sesenta días? ¿Setenta días? ¿Noventa? No tenía ni idea. Su vida en Patna lo había reducido a un estado de total desesperación. Se sentía prisionero de la miseria que lo rodeaba en el taller. Además, le preocupaban las fricciones que obviamente ya tenía con la familia de su tío. Él, Sita y Pilu estaban casi sobreviviendo de la caridad.

Budhia sabía que apenas fuera posible tenían que regresarse al pueblo, si no los desacuerdos esporádicos seguramente se harían más grandes hasta que un día explotaran incontrolablemente, dejándolo sin más opción que pedir prestado, mendigar o robar. Ninguna opción le apetecía. Por la tarde, en el pequeño cuarto que les habían dejado, Budhia miraba a Sita mientras cocinaba. Se reprendió por ser un total fracaso, por hacer a su familia pasar apuros que no se merecían. Veía la fingida calma que envolvía el rostro de Sita. No obstante, detrás de esa fachada, Budhia podía sentir que los ojos de su esposa estaban ahogados en un diluvio invisible. De vez en cuando, la encontraba con la guardia baja, con lágrimas derramándose por la comisura de sus bellos ojos color miel. Pero, como una verdadera y solidaria compañera de vida, Sita nunca lloró, por temor a que su debilidad desatara una funesta depresión en su marido y eso lo orillara a hacer algo horrendo. Budhia también pensaba en Pilu, quien quizás crecería como un árbol torcido desde retoño, doblado deliberadamente cerca de la base del tallo. Budhia debía regresar al campo de mostaza, al aire puro que ningún artilugio mecánico se atreviera a envilecer esparciendo humo venenoso, al imperdonable flujo del río que estaba dispuesto a perdonar. Ser pobre en su propia casa era radicalmente diferente de ser pobre en la casa de alguien más.

Budhia llamó a Ram Singh nuevamente; habían pasado casi tres meses desde que salieron del pueblo. Singh se lamentó porque el pueblo todavía no estuviera listo para que lo habitaran. Quince días después lo volvió a llamar y Singh le dio la misma respuesta. Llamó a Ram Singh al día siguiente, y al siguiente y el siguiente a ése. Las llamadas continuaron, pero el celular de Singh nunca estaba disponible. Mientras caminaba de regreso al taller, Budhia levantó la mirada al cielo. En su lucha por sobrevivir se había aislado del mundo exterior y ni siquiera se había puesto a reflexionar en cómo se veían las cosas a su alrededor. El cielo era azul rey, con pequeñas bolitas blancas de nubes saltando como ovejas perezosas que se rehúsan a ser pastoreadas. La luz del sol caía sobre su arrugada frente. Había olvidado ver la luz después de trabajar largas horas en el

oscuro aprisionamiento que llamaba taller automotriz, agachado entre defensas y maleteros que necesitaban arreglo. «Por Dios, el cielo es tan claro ahora, debe estar soleado en Tikarampur». ¿Soleado? ¿Entonces por qué Ram Singh seguía diciendo que la inundación no había bajado y que el cielo seguía gris sobre el pueblo?

Dos días después, Budhia y su familia salieron rumbo a Tikarampur. Budhia supo que debía labrar la tierra hasta devolverle su fertilidad. Pero entonces supo que también sabía hacer algo más: pintar carros usados. Si había problemas con el cultivo podía intentar buscar un trabajo en la cercana ciudad de Munger. Cuando Budhia y su familia bajaron del *autorickshaw*[1] a la entrada del pueblo, una banda comenzó a tocar música popular para la fiesta de bienvenida. El jefe del pueblo y Ram Singh lo abrazaron antes de acompañarlo a entrar, como si se tratara del hijo pródigo que regresa de una tierra lejana. Budhia caminó hasta su choza, la cual había sido arreglada por el comité de socorro del pueblo. En el centro del patio había ollas donde cocinaban aromáticos platillos. El pueblo entero estaba preparando un festín para celebrar el regreso de Budhia. Su historia pudo haber tenido un final de cuento de hadas como éste.

Pero los cuentos de hadas y la realidad nunca son sinónimos. Al amanecer, Budhia, Sita y Pilu se bajaron de una carreta de bueyes en la entrada del pueblo y comenzaron a caminar hasta su casa, creyendo que no verían a nadie después de que Ram Singh dijera que Tikarampur todavía no era habitable. Sintió mariposas en el estómago mientras caminaban, paso a paso, hasta las entrañas del pueblo. Para su sorpresa encontraron a todo el mundo en su faena. La vida se desarrollaba igual que antes de la inundación frente a sus ojos. Estaba perplejo. ¿Qué podía ser esto? Por un lado, Ram Singh había insistido por meses que la afluencia del agua no había retrocedido; por otro lado, encontró al pueblo lleno de gente como siempre, rebosante de actividad cotidiana. Budhia aceleró el paso y, mientras lo hacía, pudo ver gente bien conocida que lo miraba con ojos inquietos. Comenzó a correr hasta su casa. Pero su casa ya no estaba ahí. En su lugar se había levantado un edificio de ladrillo de dos plantas. Budhia no pudo creer lo que estaba viendo. Miró a su alrededor, todo estaba igual, nada había cambiado, salvo la casa de ladrillo que ahora estaba donde antes estaba la suya. Una multitud se reunió detrás de Budhia. Él volteó y vio entre

1 Transporte típico del sur de Asia, también llamado *tuk-tuk*. Son triciclos motorizados con espacio para dos pasajeros detrás del asiento del piloto. (*N. del T.*).

la gente a Kanhaiya con un hacha en una mano y leña en la otra. Kanhaiya dejó la leña en el piso, se acercó y con ambas manos en los hombros de Budhia le susurró al oído:

—Ésa ya no es tu casa. Ésta la construyó Ram Singh para su yerno.

—Pero ¿dónde está mi casa?

—Tu casa cayó en un designio que no pudiste ver ni leer.

Kanhaiya apartó su rostro, negándose a ver los abatidos ojos de Budhia. Lentamente, la historia completa comenzó a desentrañarse en casa de Kanhaiya, quien le ofreció un almuerzo a Budhia y su familia.

Budhia, siendo iletrado, grosero, insolente y pobre, era el menos apreciado en el Tikarampur gobernado por los bhumihar, así que Ram Singh y sus secuaces concibieron un plan. El agua bajó veinte días después del diluvio y al trigésimo día la gente había comenzado a regresar a sus casas. La inundación le había dado a Ram Singh la oportunidad que necesitaba. Él sabía que, aunque Budhia fuera algo rebelde, jamás lo enfrentaría. Además, Ram Singh tenía a sus secuaces contentos con dinero que les daba ocasionalmente. También era consciente de que nadie se atrevería a cuestionarlo por sus acciones mientras él siguiera siendo rico y poderoso. Así pues, cada vez que Budhia llamaba desde Patna, lo mantenía alejado diciendo que el pueblo seguía bajo el agua, aplazando el regreso de Budhia todo el tiempo necesario para arrebatarle su tierra, demoler su choza y construir su propia casa de ladrillo.

—Lo sé, Kanhaiya, he sido un tonto. Ahora necesito hacer algo y hacerlo pronto.

Los ojos de Budhia lanzaban llamas.

—Claro, puedes comenzar una nueva vida en algún taller de Munger. ¿No acabas de decir que pintabas carros usados allá en Patna?

—Así es.

—¿Entonces qué harás?

Budhia se levantó, dejando su plato a medio comer. Hizo una reverencia por primera vez en muchos meses, tomó el hacha de Kanhaiya del patio y caminó a la salida.

Se quedó ahí un rato, tomó aire y volteó hacia su amigo.

—Voy a pintar este pueblo de rojo •

Traducción del inglés de Carlos Ponce Velasco.

El dolor

Bava Chelladurai

Estaban llenos de entusiasmo al final de la caminata, incluso más que cuando partieron. A pesar de que se acuclillaban bajo un árbol de curri, no estaban cansados en absoluto. Ambos eran muy altos y delgados. Su trabajo demandaba esa complexión.

Raman observaba el movimiento dentro de un arbusto que se agitaba frente a él. Estaba muy interesado en saber qué era lo que lo producía. El otro hombre tenía una pequeña piedra de granito en la mano y la hacía rodar sobre su palma. Él también observaba el arbusto. El espacio entre ellos lo ocupaba tal oscuridad que no podían verse las caras. El frío que no habían sentido mientras caminaban, lo sentían ahora.

Ellos siempre dejaban todas las palabras que tuvieran que decir en el pueblo, antes de partir. El lenguaje corporal era esencial para las noches en que hacían su trabajo: robar.

Rodaban piedras en las manos de los dos. Los movimientos dentro del arbusto se intensificaron brevemente y luego cesaron. Un destello cruzó la mirada de Raman. Jabalíes. Sus ojos penetraron en la oscuridad. Debían de ser siete u ocho jabatos. Ahora sus ojos buscaban a la madre. No estaba ahí. Debía de haber ido a pastar. Raman pensó por un momento que la jabalí era igual que él. Todos los días debía regresar a salvo a su territorio escapando de las rejas electrificadas, los disparos de las armas y las trampas cebadas con arroz que se ocultaban entre la maleza. Se dijo a sí mismo que nada era estable. Compadeció a los jabatos. Sin querer entretener tales pensamientos de piedad, giró su cara hacia el otro hombre. Miró la copa del árbol de curri. Dio vueltas al granito en sus manos.

El bosque estaba sumido en un profundo sueño.

Ellos esperaron.

La roca que Raman sostenía se resbaló de entre sus dedos y cayó sobre su pie. Se sobresaltó y volteó hacia Munusamy. Su mirada no bajaba de la cima del árbol. Seguía rodando la piedra.

Raman había decidido irse, pero Munusamy seguía jugando con el guijarro en su mano. Cuando éste se le escapó también y cayó a la tierra, Raman se puso de pie para irse.

Todo estaba perfectamente bien.

Mientras regresaban, Raman escuchó un ruido y giró el cuello para mirar atrás. Vio a la madre de los jabatos entrar al arbusto. Sus ojos ya estaban acostumbrados a la oscuridad y la imagen del enorme lomo de la jabalí lo atemorizó.

Pensó en tocar el hombro de Munusamy para mostrarle lo que había visto, pero no lo hizo. Era peligroso perder la concentración. Caminaban con tal facilidad a través de los arbustos que parecía como si ellos hubieran creado personalmente esa vereda. Las plantas de cacahuate que rompían como olas en ambos costados del camino se mezclaban con la oscuridad que las rodeaba, formando un mar negro.

El foco que había en la fachada de aquella casa titilaba. Desde el interior pobremente iluminado escapaba otra luz amarilla. Cuando Munusamy miró a la entrada de la casa desde el porche trasero, la vio tan oscura como si no hubiera un solo foco.

Ahí planearon las señales que harían con sus cuerpos para comunicarse.

Ragothaman, que estaba tirado en la cama, escuchó un ruido y prendió la lámpara. Raman estaba parado muy cerca, en la luz que llenó la habitación, como un poste alto y tieso.

Ragothaman quiso gritar, pero ningún sonido salió de su garganta. Con el corazón lleno de miedo y tensión vio a su esposa e hija durmiendo cerca de él. Lanzó la sábana sobre su esposa, pero cayó sobre su hija.

No dirigió sus ojos en esa dirección en absoluto. Clavó sus ojos en él. Cuando lo vio erguirse, se volvió más vigilante. Creyó que se había levantado de la cama sin intención de escapar o de dar la voz de alarma. Su mente le dijo que no sería tan tonto como para perder a su esposa o a su hija, pero aun así su cuerpo se mantuvo tenso y en alerta.

El hombre quitó el cerrojo de la recámara y entró lentamente al pasillo. Él también lo siguió. Apagó la luz que allí había. El pasillo quedó completamente a oscuras. Cuadros con imágenes de dioses colgaban de las paredes. Raman trató de entender para qué lo había llevado ahí. En la habitación que acababan de dejar, el sonido de la esposa tosiendo subió de volumen

y después se detuvo. Raman notó que había luces del otro lado de la casa. «Pero ¿y qué?», pensó.

Ragothaman levantó la cabeza para tener una vista completa del intruso. Era muy alto. Su aspecto lo previno de perder más tiempo.

A través de su silencio, transmitió las palabras: «No hagas nada, ¡te daré todo lo que tengo!».

Raman se acercó a él y respondió con la mirada: «¡Ya sé!, ¿qué más puedes hacer? ¡Dámelo rápido!».

Raman tocó su garganta. Se mantuvo expectante mientras la puerta de la recámara se abría. Sabía que podría cerrarse repentinamente, pero no sucedió. Luego escuchó cómo se abría el armario. Se movió lenta y cuidadosamente hasta pararse con un pie en el escalón de la puerta y otro en el interior del cuarto.

Intentó calcular cuántos soberanos de oro estaba a punto de obtener por los sonidos que le llegaban mientras escuchaba las tinieblas. Se dio cuenta de que su atención se estaba desviando y la redirigió a Ragothaman, que regresó trayendo un puñado de joyas y un fajo de billetes.

Una vez que ambos estuvieron de vuelta en el vestíbulo, Ragothaman cerró con seguro la puerta de la recámara.

Se acercó al tipo. Un extraño olor emanaba de su cuerpo. Puso todo lo que cargaban sus manos en las manos que se extendían hacia él. Por supuesto, sintió el dolor de perder, pero aun así supo que era un intercambio necesario. Al siguiente segundo, el tipo comenzó a prepararse para irse. Sus ojos recorrieron el patio y barrieron de este a oeste la casa. Hubo una señal (Ragothaman no la entendió, pero supuso que habría cuatro o cinco personas agazapadas afuera).

Cuando caminaron por el pasillo hacia la entrada principal, sus hombros chocaron suavemente. Así que uno se hizo a un lado para que el otro saliera con facilidad. Al girarse Raman, vio que Ragothaman también se había dado la vuelta hacia él. Al notar la forma en que lo miraba, se puso aún más en alerta. Sin quitarle un ojo de encima, descorrió el pasador. El marco de la puerta era tan alto como él. Cuando puso un pie en el escalón de afuera, Ragothaman pisó la parte inferior de su *lungi* y gritó muy fuerte: «¡Ladrón! ¡Ladrón!». Uno abrió una de las puertas dobles y luego la cerró muy rápido. El otro trató de zafarse, incapaz de resistir el dolor en el pulgar que había quedado atrapado donde se unían las puertas. Cayó al suelo.

Raman lo pateó para mantenerlo adentro, cerró la puerta desde afuera y se alejó. Munusamy llegó del otro lado y se unió a él. Vieron cómo las luces

se encendían y escucharon cierta conmoción adentro de la casa. Caminaron rápido en la oscuridad dando largas zancadas. El campo de cañas que había cerca los esperaba. Los absorbió.

El inspector Falullah fue directamente a la cocina sin poner atención a las manchas de sangre seca que había cerca de la puerta. Sus ojos contaron cuatro platos con restos de comida. Cuando regresó, escuchó a la esposa del tipo llorar mientras rogaba que alguien lo llevara al hospital.

Con antorcha en mano, el inspector Falullah caminó solo en dirección al oeste. Los agentes que lo acompañaban calcularon la distancia por el movimiento de la luz que cargaba.

A través de la puerta abierta, se podía ver que la hija yacía en estado de *shock* sobre el catre. Había mucha gente a su alrededor, consolándola.

Un agente murmuró, con voz tan baja que ni siquiera él mismo se escuchó, que encontraría al culpable. Otros se decían lo mismo. Dos agentes registraron habitación tras habitación. Sus pasos cadenciosos expresaban el temor de que alguien pudiera seguir oculto ahí adentro.

La esposa caminaba por toda la casa, hablando con alguien. Había entre cuarenta y cincuenta personas esperando el regreso del inspector. Este último se acercó a la entrada del campo de caña que un círculo de luz señalaba. Escrutó cuidadosamente los tallos con ojos expertos, se dio vuelta y se dirigió al agente principal, Thandavarayan, que lo había seguido y en quien confiaba:

«Éste es el trabajo de *kuravas*».[1]

«¿Cuántos, señor?».

«¡Cuatro!».

Esas palabras contenían el orgullo y la experiencia de muchos años. Tras pronunciarlas, mostró a Thadavarayan el interior del campo, moviendo la luz de la antorcha lentamente. Había, en cuatro lugares, pequeñas pilas de excremento fresco. Thandavarayan pudo darse cuenta una vez más de la exactitud de sus cálculos.

Cuando ciertas personas intentaron acercarse a ellos, un agente les gritó con lenguaje soez. El tono de su voz advertía que los ladrones podían seguir escondidos en el campo de caña y atacar en cualquier momento.

Sin saber exactamente por dónde empezar, el inspector preguntó a la dueña de la casa, que estaba completamente destrozada: «¿Cómo está su esposo ahora, señora?».

---

1 *Kuravas*: miembro varón de una comunidad nómada.

Mientras respondía con mucha tensión en su voz que para esa hora el vehículo habría cruzado Kannamangalam, ella se preparaba mentalmente para la siguiente pregunta.

«¿Pudo ver a alguno de ellos, señora?».

Abrazó fuertemente a su hija mayor y dijo: «No», mirándola a ella.

«¿Cómo se dio cuenta de lo que ocurría?».

«Señor, cuando mi esposo gritó de dolor por su mano machucada saltamos de la cama. El armario estaba abierto. La puerta de la recámara había sido cerrada con seguro desde afuera».

«¿Él fue herido sólo de la mano?».

«Sí, señor. Pero se desmayó. ¡Había demasiada sangre!».

Thandavarayan tomaba notas de todo lo que se decía en una caligrafía que sólo él podía entender.

El inspector consoló a la mujer: «No se preocupe, señora. Dejaré dos o tres policías para velar por su seguridad». Después se llevó a un lado a Thandavarayan.

La palabra *kuravas* se escuchó varias veces en esa conversación.

Thandavarayan asintió con la cabeza frecuentemente, dando esperanza a los policías que lo observaban de que podrían capturar a los fugitivos.

El vendaje fue removido pero la herida no había sanado aún. El dolor había quedado congelado dentro del dedo. Ragothaman fijó su mirada en las costuras que recorrían su pulgar.

«¿Cómo fue que se arruinó todo aquella noche?, ¿pude haber esperado un poco más?». Antes de que la mente pudiera pensar en arrastrarlo hacia adentro, el cuerpo había actuado.

«¿Con cuánta gracia se había comportado él? ¿No pude darme cuenta de que sería mejor para mí ganar de nuevo los diez soberanos y todo ese dinero que arriesgarme así? ¿Cómo podré vivir el resto de los días de mi vida sin pensar en él? ¡Creí que había cuatro personas ahí y al mismo tiempo lo ignoré! ¿Cómo me hice de tanto valor creyendo que cuatro personas estaban agazapadas afuera? ¿Qué hubiera ocurrido si todas ellas se me hubieran echado encima de repente?», meditaba Ragothaman.

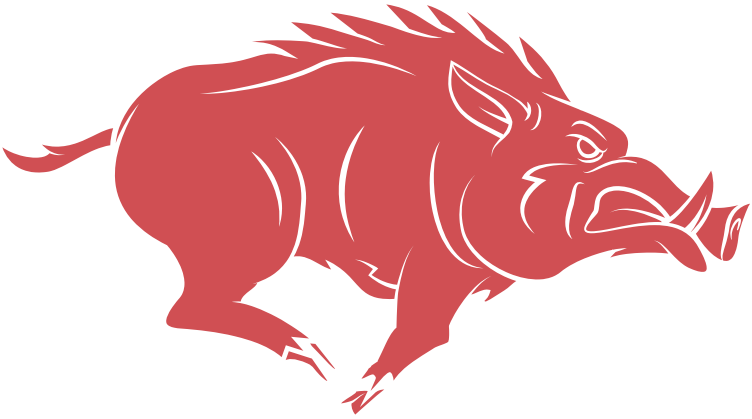
Aún ahora, pensaba: «Él estaba solo, pero esta gente, por alguna razón que sólo ellos conocerán, vinculó a tres más con él. Cuando me paré cerca de él, ¡qué profunda advertencia me lanzaron sus ojos! ¿Cómo pude atreverme?».

La investigación arrojó montones de información. Con cada nuevo detalle, el dolor se incrementaba en el dedo herido. De vez en cuando, cerraba los ojos y suplicaba por agua, comida o ayuda a quien estuviera cerca. En tales ocasiones, la mano derecha se movía suavemente sobre el destrozado pulgar. La gente que las observaba, comprendía la empatía que sentía una mano por la otra.

Una tarde en que la herida aún no había sanado por completo, se solicitó a Ragothaman que fuera a la estación de policía. Como no tenía aún el valor suficiente para ir solo, pidió a un amigo suyo que lo acompañara.

El despacho del inspector estaba muy limpio y ordenado. Aún así, era claro que el miedo seguía echado ahí, como un perro que asomaba la lengua goteando charcos de saliva. Ragothaman sintió que la herida que había estado sanando ahora le dolía de nuevo, pero intentó ocultarlo. El inspector irradiaba orgullo.

«¡Los hemos atrapado, señor! ¡Sólo eran dos personas! Si usted hubiera actuado juiciosamente, pudo haber evitado eso». Señaló su dedo herido. «¡Son personas muy peligrosas! Para ellos, el asalto es una cosa muy común. A la menor provocación, ¡le hubieran partido la cabeza!»



Sin permitirle continuar, Ragothaman preguntó: «¿Qué debo hacer ahora, señor?». Hablaba en un tono nervioso e irritado que sugería que lo único que quería era olvidar todo el asunto.

«¡Nada! Todo se ha terminado, ¿por qué está tan asustado y tenso? ¿Quiere verlos?».

«¡No, señor! ¿Qué sentido tiene?».

«No se preocupe. Sólo tiene que identificarlos, no hablar con ellos».

Thandavarayan los acompañó a la celda de detención. Una mujer que estaba parada afuera se cruzó con ellos. Como el agente esperaba, ella giró su rostro para mirarlo.

Munusamy estaba parado al fondo. Sostenía una maleta. Al verlos llegar, la arrojó a un rincón disimuladamente. El otro hombre tenía la cara vuelta hacia la pared.

Thadavarayan gritó: «¡Hey, tú, perro asqueroso! Ven aquí. ¿Por qué mientes descaradamente?». Él, mostrando que no le asustaban los gritos y las amenazas, lentamente se puso de pie, se acomodó la ropa, se aproximó a los barrotes de la celda y se quedó parado ahí. Ragothaman quedó a unos cuantos centímetros de él. Hizo su dedo cosido muy visible, como si deseara que él lo viera.

Tan pronto como lo vio, apartó la vista de la misma manera en que la había apartado con los jabatos aquella noche en el bosque.

Ragothaman evitó mirarlo a los ojos. Su mente rezó porque un velo negro cayera entre ellos. Lo había visto muy de cerca aquella noche en el vestíbulo, pero algo evitaba que lo viera directamente a los ojos ahora. El tipo estaba bastante calmado y lo barrió de pies a cabeza. No había ningún sigilo en su mirada. Era una mirada que decía: «Todo se ha terminado, ¿ahora qué sigue?», pero a pesar de todo él no podía verlo a los ojos.

Sin decir nada, entró de nuevo al despacho del inspector.

Su amigo y Thandavarayan se quedaron parados afuera.

El inspector le hizo un gesto invitándolo a sentarse. Él lo ignoró y dijo: «¡Esos dos no son los hombres que vi aquella noche!». Su voz, que acababa de perder algo importante, se quebró •

Traducción de Iván Soto Camba, a partir de la traducción del tamil al inglés de P. Ramgopal.

Angshuman Kar

Regla de la naturaleza

Luego de pasar tres noches en la casa de mi hermano,
mamá viene a mi casa a pasar cuatro noches.
De nuevo, luego de pasar tres noches en mi casa
se va con mi hermano a pasar cuatro.
Trabajo en una ciudad,
mi hermano en otra.
No hubo pleito por propiedades heredadas,
ni riñas,
ni acuerdos mutuos, ni repartición.
A pesar de todo, yo estoy en una ciudad, mi hermano en otra,
y mamá pasa cuatro noches aquí y tres allá.

Veo a mamá que viene a mi casa, aborda un tren, se sienta en un [bicitaxi,
con bolsas y equipaje
y con cara de desconcierto
y pienso
que la tigresa se libera cuando sus cachorros crecen.
Pero la madre de un ser humano
nunca logra la libertad.

Otro poema sobre la memoria

Es extremadamente difícil recordar las cosas,
una labor dura en verdad.
En el momento en el que se nos recuerda con cuánta dificultad
teníamos que recordar una fórmula de matemáticas
nos sentimos incómodos, sudamos, nos despertamos
en medio de la noche.
Para recordar los cumpleaños de nuestros parientes
antes marcábamos con rojo las fechas en el calendario;
ahora dependemos de los recordatorios del celular.
¡Nadie puede contar cuántas veces
un nudo en el sari ha salvado al *Titanic* de una tormenta!
Todos estamos agradecidos con ese hombre que hizo esa rima
para recordar los nombres de los emperadores mogoles.
Es extremadamente difícil recordar las cosas,
una labor dura, en efecto.
Todo el mundo, no obstante, trata de recordar.
Excepto
un hombre a quien insultaron
que
quiere olvidar.

Versiones de Víctor Ortiz Partida, a partir de las versiones del bengalí al inglés del autor.

Junto al río

JERRY PINTO

CUANDO EL RÍO CORRE JUSTO por detrás del jardín de tu casa sabes quién eres y de dónde vienes. Sabes que son novecientas generaciones de estar en la cima de la pirámide las que te permiten esperar cada mañana el canto del pájaro *saarkhoo* —o comodemoniosseaquelellaman— para despertarte.

CUANDO EL RÍO CORRE JUSTO por detrás del jardín de tu hogar aprendes a reconocer el poder del agua. La dama del río-marrón no solamente fluye cerca de tu puerta. Asciende sobre el éter, invade huesos antiguos, camina sobre la madera joven con los pies mojados y rasguña vasijas de cobre con las uñas. Mordisquea el suelo, tomando una pequeña porción un año y luego otra el año próximo, enloquecida, furiosa, mujer preñada con antojo de tierra negra, que se propaga violentamente a través de la noche y que por la mañana ha hecho desaparecer un pedazo más de suelo, burlándose de los *mukkadam* y de los *talati*,[1] burlándose de la concesión de siete acres de cieno, lodo y ranas que saltan de entre los dedos de los pies y nueve generaciones de superioridad.

CUANDO EL RÍO CORRE JUSTO por detrás del jardín de tu casa algunas cosas son fáciles. El muchacho, el sirviente, muestra el camino, arremangándose los pantalones cortos y mostrando el capullo de una flor café que suelta en el nacimiento de un riachuelo amarillo, hediondo, manchado, color to-

1 M*ukkadam* y *talati* son términos empleados para designar a quienes realizan funciones de contabilidad rural, especialmente de terrenos y propiedades comunales. (*Todas las notas son de los traductores*).

pacio, en la luz de la tarde, que salpica silbando. No tiene nombre este muchacho, es El Muchacho, y es uno de muchos de los que han ido y venido en la vida de la casa. Algunos «lo hicieron bien» (con un dejo de furia ante ambiciones tan pujantes) y otros «fueron carne de cañón» (con un dejo de desdén ante tal falta de visión).

Cuando el río corre justo por detrás del jardín de la casa el heredero del sombrío chapaleo y los árboles frutales y la casa oblicua y atravesada aprende que puede arrojar las colillas de los cigarrillos en el agua (*bidis* cuando está quebrado). Su hermana desliza un novio nocturno en el agua. Él es un delfín, brillante en el agua café. Apenas una pequeña ola mientras escapa de la mirada del hombre de rostro lúgubre que anhela un departamento como los que tienen sus colegas de la oficina, donde todos en sociedad deben compartir los costos del mantenimiento.

Cuando el río corre justo por detrás del jardín de tu casa pueden llegar regalos. Algunos dicen que la vieja señora que todavía cocina, que muele masala en una piedra, que no usa blusas porque sus senos han abandonado hace mucho tiempo la forma de los senos, que fuma *bidis* acres cada noche pero no hace preguntas si algo desaparece, esa vieja señora cuyo ojo con catarata lo ha visto todo, se dice: ella fue también un regalo del río. Y una vez una maleta vino río abajo y Nuestro-Muchacho-de-Entonces se metió, balanceándose, sin saber nadar pero confiando en que su cuerpo lo haría, para arrastrarla a la orilla, y encontró en ella una lata de talco, dos corbatas y un monóculo. Se puso todo esto, dicen, y todos se rieron. No se rieron cuando murió echando espuma por la boca, dieciocho horas después. Ese muchacho de-Entonces, ¿también se orinó en el río? ¿Qué muchacho de-Cualquier-Tiempo podría resistirlo?

Cuando el río corre justo por detrás del jardín de tu casa, es bum-sap-bum-bap-bum-bob. Cara sumergida en el río. Imposible decir si es hombre o mujer, ya que los álbumes de fotografías son blancos o azules, pero en este país todos los traseros son morenos, como escribió el alguna-vez novio en el alguna-vez libro de autógrafos de la alguna-vez señorita.

Cuando el río corre justo por detrás del jardín de tu casa creces acostumbrado a los olores. El río es una olla de carne, una olla de estofado,

un hasta-lo-que-no. El río exuda. El río emana. Temprano en la mañana a veces un fuerte olor a limón y a musgo en la pared. Y en verano curiosamente a las fiestas y al sabor a carne del *mahua*.[2] Con frecuencia, sólo es putrefacción. Una turbia sopa podrida primigenia café-verdosa. Una hedionda, fría y húmeda sopa apestosa de pelo púbico no lavado, manchada de sal, con sabor a genes, tal como debe oler el ADN, una hélice morena enroscándose en las ventanas, subrayándolo todo de modo que cuando se vayan, incluso al centro de la diésel-y-samosa ciudad, el aire parezca limpio. Imagina salir de tu propio bote de basura. Ah, sí, mierda. Con frecuencia a mierda. Está bien cuando es mierda de pezuña hendida, pero con frecuencia es mierda después-de-la-peda o simplemente era-mierda-de-perro-en-tu-zapato.

Cuando el río corre justo por detrás del jardín de tu casa, te acostumbras. No a esto. A cómo se pudre la carne. El joven amo lo sabe. Lo sabe por la muerta masa informe de camino a la escuela. Tanta vida crepitante y palpitante, contoneante y reptante, agitada y excedente, sobre una muerte. Y, conocedor de malos olores, él se acercó y esperó el tufillo. Mareador, nauseabundo, exquisito, no había habido nada así desde que la joven señorita tapó el baño con sus toallas sanitarias y trató de destaparlo con agua hirviendo. Él trajo el agua, la echó en el excusado y fue recompensado con el olor a mierda hervida. Ahora la señorita tiró sus almohadillas en el río y el río se apoderó de todos esos rechazados ciclos de la vida y trajo un cuerpo a bum-sap-bum-bap-bum-bobear en la trenza café de la diosa.

Cuando el río corre justo por detrás del jardín de tu casa sabes a quién preguntarle. M. Piel-de-puerco es el bueno. Seguramente él lo hará con los puercos. Seguramente no, pues M. Piel-de-puerco está en cama con «pleuresía», dice su hijo. Impresionante, esta noción. Impresionante que M. Piel-de-puerco pueda tener un cuerpo sujeto a enfermedades con nombres en inglés. Impresionante que este cuerpo con su carga de dolencias de nombres en inglés deba estar en cama. Y que estas noticias lleguen a la casa junto al río de los blancos dientes relucientes de un hombre que deliberadamente cierra los seguros de los grilletes del francés de

2 El *mahua* es un licor elaborado con las flores de la planta homónima (*Madhuca longifolia*), común en el norte y el centro de la India, que es parte de la herencia cultural del país.

su crujiente y almidonada camisa azul que está hecha para fajarse en los pantalones caqui.

Cuando el río corre justo por detrás del jardín de tu casa aprendes que la pirámide se abre sin fin por debajo de ti. Reconoces la existencia de otras pirámides entre vasos de Horlicks antes de dormir.[3] Se cree que el hijo de M. Piel-de-puerco debe estar pensando en comprar un carro. Nadie en esta casa puede pensar en eso. ¿Un sueño? Cualquiera puede soñar en estos días —risillas de matriarcas de pelo blanco— pero diligentemente, mientras cada recluso de la casa crece, rehúsan soñar en carros. Desde esta pirámide, esa pirámide luce ciertamente como un ascenso arduo y sin reservaciones, ¿quién podría pensar en escalar sus costados lisos? Pero cuando miras hacia abajo de la pirámide, qué densa y bien poblada es su base. Desde ahí, debemos escoger, dice la matriarca, dos cabezas de delfines.

Cuando el río corre justo por detrás del jardín de tu casa sabes que lo que no haces cuando un cuerpo está bum-sap-bum-bap-bobeando en la base del jardín es llamar a la policía para que bum-sap-bum-bapeen durante tu té de la tarde. Los dos chicos se desvestirán en la orilla más lejana y en una semidesnudez aceitosa y brillante saltarán ligera y ágilmente en el agua y lanzarán una soga para atrapar el cuerpo y arrastrarlo, decente, decorosamente, y echarlo a que siga vagando en el riachuelo, lejos de nosotros, donde pueda flotar curso abajo y presentar su pobre bifurcada mortalidad en algún otro mordisqueado borde.

Cuando el río corre justo por detrás del jardín de tu casa no supervisas la operación después de que oyes el *splash* gemelo, sino que simplemente pones el tapón negro en la botella de agua de colonia que viene de algún lugar cercano a la casa, porque el olor se irá pronto y comienzas a preguntarte si podrías haberla adquirido más barata deslizándote un par de niveles más abajo de la pirámide. Pero en un rato se hace evidente que el olor no se ha ido a otra parte y que los jóvenes sí se han ido a algún sitio. Con cautela, debido a que incluso él ha perdido interés en el olor, el joven amo va a revisar y encuentra el bum-sap-bum-bap-bum-bobeado cuerpo sin pie o parte del mismo.

---

3 Se trata de una bebida que llegó a la India con el ejército británico, hecha de leche de búfala, y que es símbolo de estatus entre las clases medias altas y altas.

Cuando el río corre justo por detrás del jardín de tu casa tienes una última oportunidad. Tomas el bambú con el que se arranca la fruta de las ramas más altas y lo deslizas hasta el agua y comienzas a apalancar el cuerpo lejos de la tierra. Ves cómo el pelaje de las raíces ha tirado su red sobre los restos de una vida. Te comienzas a preguntar si estás ofendiendo a un cuerpo muerto. Te comienzas a preguntar si tu renuencia a reportar la presencia de esta ausencia será mal interpretada. Te rindes y llamas a la policía.

Cuando el río corre justo por detrás del jardín de tu casa estás feliz de que haya un final aburrido. Es la sirvienta de la casa más allá de la curva del río. Tenía el mal hábito de mostrarte el dedo. A menudo salía disparada tras una borrachera para que nadie se enterara. Debió haber caído en el agua y ahogarse. No hay signos de violencia que no sean los de las bocas ansiosas de los peces y las tortugas. El ropavejero vino y se llevó casi dos docenas de botellas vacías de brandy Doctor Brand, esas botellas planas que una mujer puede meter de contrabando ocultas contra su vientre.

Cuando el río corre justo por detrás del jardín de tu casa sabes que el río también traerá sueños. Aquí está ella ahora, una serpiente cuyas escamas cafés están moteadas con el dorado sol de la tarde. Bosteza y demanda un sacrificio, todas las vírgenes a lo largo del río lloran y los hombres jóvenes palidecen. Las hermosas se causan heridas a sí mismas para no ser llevadas. Las feas calman a los bebés y lavan úlceras. Sólo una mujer se prepara, con una furia tan grande que el aguardiente calma apenas. Se desviste completamente y toda la piel revelada la hacer crecer todavía más. De su maleta toma una lata de talco y salpica su cuerpo de blanco de modo que parece una noche estrellada. Ahora se inclina junto al río y ofrece reverencias con sus labios. El agua late, a temperatura corporal, dulce y salobre. Es seducida.

Cuando el río corre justo por detrás del jardín de tu casa aprendes a aceptar que el bum-sap-bum-bap-bum puede continuar por un rato después de que el cuerpo bum-sap-bum-guombee y los sonidos del té sorbido a plena vista de todos en la veranda del camino que muestran que no tenemos nada que esconder se hayan perdido •

Traducción del inglés de Luis Alberto Pérez Amezcua
y Luz Eugenia Aguilar González.

A. J. Thomas

Los perros de Ajitgarh

El Monumento del Motín, la torre gótica construida en Delhi para conmemorar a los tres mil extraordinarios oficiales y hombres ingleses que fueron asesinados al reprimir la rebelión —la Primera Guerra de Independencia de 1857— en la que ellos mataron a cientos de miles de residentes de la ciudad y a los soldados rebeldes, se encuentra a unos pocos metros, cuesta arriba por la calle Ridge, del Hospital Hindú Rao (anteriormente Casa Fraser). Este sitio, que sirvió como centro de comando responsable de la matanza de varios cientos de miles de delhienses en dos episodios separados por cinco siglos (éste es el lugar donde Timur acampó y supervisó la matanza de más de cien mil delhienses durante tres días en 1399), también aparece en las persistentes historias de fantasmas narradas por famosos raconteurs locales. El Monumento del Motín fue renombrado Ajitgarh o «Sitio de los no vencidos» por el gobierno central en el vigésimo quinto aniversario de la independencia de India en 1972, y se instaló una nueva placa que describe al «enemigo» mencionado en la inscripción original de los británicos en el sitio, como «los luchadores por la libertad y los mártires de la India que lucharon valientemente contra el gobierno represivo colonial en la Primera Guerra de la Independencia». Yo, junto con mi hija y su primo, visité Ajitgarh y otros monumentos cercanos en julio de 2016. La visita inspiró el poema.

Aplastar una rebelión es el deber de todos los centros de poder.
Sobre la sangre de los guerreros de
La Primera Guerra de Independencia se construyó
Este Monumento del Motín para conmemorar la muerte de la Compañía
[militar.

Una tarde de mediados de julio. Llevados por el sopor luego del almuerzo,
Subimos por la calle Ridge. El aire
Gotea húmedo bajo el espeso verde del verano;
Nadamos, respirando por la boca.

Subiendo por la base, vamos rodeando apenas el pedestal
Cuando unos gruñidos profundos que salen del hueco oscuro nos detienen.
Varios pares de brillantes ojos destellan. El primero acecha
Amenazadoramente, bloqueando nuestro camino, seguido de otro,
Luego otro, un par más, en una formación de arco convexo,
Reacios a aceptar los giros de la historia: Ajitgarh.

Sarmad Shaheed

Recientemente volví a visitar el área de Juma Masjid y Ballimaran, que me inspiró dos poemas. El primero es acerca del mártir Sarmad, quien fue ejecutado por el emperador Aurangzeb.

El rey está desnudo, gritó el niño inocente.
El poder está desnudo, con la espada desenvainada.
La verdad también está desnuda. La inocencia puede verla.
Los dos a menudo chocan en batalla, las chispas vuelan.
Apegarse a la desnudez es hablar definitivamente con la verdad.
Eso es lo que hizo Sarmad: la inconformidad absoluta,
Fuera del marco de lo establecido.
Si Mansūr Al Hallāj declaró «Yo soy la Verdad» cantando Ana'l Haqq,
Sarmad hizo algo similar, diciendo sólo la «La Ilāha» de la Kalimah
Dejando fuera la «illā-llāh», tal vez insinuando que
«No hay Dios afuera, sino dentro de uno mismo».
Aturdido por esa aclaración, Aurangzeb lo hizo decapitar
Fuera de la puerta oriental de la Juma Masjid
Donde Sarmad decapitado bailó en los escalones
Llevando su cabeza en las manos, antes de abandonar su espíritu,
Como dice la leyenda.
De pie en los mismos escalones, encuadro una fotografía de su Dargah rojo
[abajo

Con la Quila-e Mualla —o la Fortaleza Exaltada que finalmente se redujo [a la
Simple Lal Quila para adaptarse a la realidad de la decrepitud total de los [últimos días—
Surgiendo detrás en el horizonte.

La Haveli de Ghalib en la calle Ballimaran

A pesar de vivir en Delhi los últimos veintidós años, apenas visité la Haveli de Ghalib[1] en la calle Ballimaran, cerca del Chandni Chowk.

El poeta eterno comparte ahora su hogar
Con una tienda, no importa, le va mejor que a muchos
De los amados bardos de Delhi que defendieron
La cultura Ganges-Yamuna,
Y sin embargo no dejaron rastro terrenal.
Uno tan sólo puede mirar las reliquias de su vida
Con un nudo en la garganta.
Sus exaltados conceptos, el arte de la palabra, el humor;
El inquebrantable sentido del honor dañado por
Los desagradables giros de la historia. Perpetuamente en deuda
Sin embargo nunca perturbado en su ser angelical.
Sin hogar, siempre deambulando en espíritu, tendría ahora poco valor
Para una residencia majestuosa como ésta.
Pero él perdonaría hasta el llamativo lavado de cara dado
A los únicos aposentos en los que vivió toda la vida.
Él sabe que eso y los innumerables tomos en los que se habla sobre él
Son intentos bien intencionados para mantener viva su memoria. Incluso [perdonaría
Éste, el flojo poema que le dedico.

Versiones del inglés de Víctor Ortiz Partida.

1 Poeta urdu (1797-1869). *(N. del T.).*

Mamang Dai

Los días en nuestras manos

Pensé que habías muerto
y nadie me lo decía.
Quién diría,
mira, las nubes de lluvia se hinchan
porque no pueden hablar.

Quién diría,
la hermosura de los árboles ha fracasado este año,
esperan en vano;
porque el sol calla
lo que sabe del tiempo y la distancia.

Como una red que cae
la naturaleza nos atrapó
con las canciones de las nubes que se acercan.

Refugiándose en este pueblo
equilibrado en el filo dentado de los momentos,
¡mira!, paso a paso, he conseguido un campo
inmenso de posibilidades.

Atesora la canción

La tarde le pertenece a la paloma
que llora su caída del cielo.
El festín de la vida está dispuesto ante nuestros ojos,
pero el momento del tictac no revela nada del tiempo,
ni sus huellas ni su significado.

La noche.
El sol se va
con su carcaj repleto.
Cada palabra que pronunciamos ahora es un recuerdo
hasta que el sol regrese.

Atesora la canción.
Toda la noche.
No pierdas el acorde
que une todas las cosas.
La lluvia cae de las colinas
empujada por nubes grises,
y una blanca, ordinaria luna
de pronto atrae nuestra mirada hacia arriba.

El amanecer.
El brillante grito del pavo real.
La luz de la mañana toca la hierba.
Es hora de irse.

No todas las cosas que sabemos nos sanarán.
No todas las cosas que tememos nos matarán.

Nube y montaña

Las nubes suspiran,
bajan,
más bajo.
Entre la tierra y el cielo
las hermanas nubes
tan apasionadas, aferradas a este espacio;

cambiante forma y sombra
pero nunca nos dejan,
nunca.

Mira esta tierra,
bajando más.
¡Mira!
Mirando hasta que las nubes se desvanecen,
absortas en la meditación de las colinas.

Versiones del inglés de Víctor Ortiz Partida.

Sampurna Chattarji

Gulliver del espacio regresa

Conquistadora espacial
Entre demasiado espacio y muy poco
Se encuentra un cielo de infinitivos
Partido
Ese cofre de madera tallada y pulida está a su alcance
Pero no lo tocará
Es una visitante ahora
Y las cosas de la Tierra la perturban
Se aparecen
A su alrededor con sus bordes firmes su pasado resuelto
Incluso las cortinas de las paredes
Y la intrincada colcha en la que ella
Reposa
La asustan con su vistosa proximidad y su bordado
Que habla del dolor
Dejando estacas en su territorio como agujas que apuñalan telas
[en un millón de manos
En el tocador con el espejo empañado está la foto de un chico
Por fuera de la ventana un laberinto de animales cortados
Gulliver del espacio se ha acostumbrado ridículamente a vivir en
Cajas
Tubos
Cilindros
Máscaras de gas

Trajes de baño
Lanzaderas
Ridículamente acostumbrada a tener a Brahmand a su alrededor
Como si todos esos años luz no fueran nada, salvo una cálida
Cobija de lana del Himalaya sobre sus rodillas
Ya no está aterrorizada por la vastedad
Sus ojos espaciales le han enseñado a ver en la oscuridad
Los centauros viajeros los Casanovas reventados
Las cabezas de santos
El plateado es ahora su color favorito el insoportable plateado [del
Sol frío que cada mañana intenta romper la nube de acero que lo [aprisiona
Los tonos cálidos le producen temblores respiración agitada
Tonosgolondrina
Tragar tragar tragar tragar el aire fresco racionado en la habitación
Antes podría haber muerto intentando
Establecer una relación perfecta y precisa entre ella
Y cada objeto en la habitación
Desde su regreso a la Tierra
Ha estado sentada en la ventana
Reconciliándose consigo misma

La Luz

la luz para ver novias en la luz para tomar vuelos en la luz por la que el mediodía se mueve como daga en su funda la luz que vive al fondo de los vasos la luz como un tigre en la pared la luz de ladrillos rojos del amanecer luz-cuervo fija como un nido a su árbol luz de las ocho de la mañana en la que el vapor de una olla de arroz cocinándose lento en la choza tras la carretera puede verse como el vapor de mi taza de té luz de mi vida luz que canta en una cáscara que pela tu sueño ¿tienes luz? la luz de la luna roja madura naranja sanguina fruto de una noche cínica la luz con la que un grupo de muchachos detiene a los coches para recolectar dinero por un show que no verás venir de una ciudad de perros salvajes volando sobre la flota de

las vocales desde las orillas del Mar Báltico luz como una canasta de huevos que cuelga de un gancho en una tienda de paso luz-arrozal revoloteando en un pedazo de tela blanca atorada en un trocito de madera luz singular la luz que se mueve a través de la habitación en la que calentaremos la parte baja de nuestra espalda luz salvajemente impulsada por dientes contra lenguas luz del pensamiento que crece y crece enorme y tangencial como la luz

Perros, multitudes y conciertos de rock

Diario de Bombay: 07 de abril de 2013

Hoy a las 7 de la mañana
una manada de perros salvajes entró a un edificio y castró a un
[hombre.
Fue tan rápido que nadie pudo llamar a la policía
o a la camioneta de la BSPCA[1] para que se llevara a los perros
[rabiosos.
Cinco perros llegaron.
Quedan seis.

Hoy a las 12 del día
una grupo de matones a sueldo tiró flores a una multitud desde
[una camioneta.
La multitud, que se había reunido silenciosamente durante la
[mañana
arrancó los tallos con los dientes y explotó
en una furia de panfletos. Los panfletos decían
***Fuera, Extranjeros* y luego se cantaron a sí mismos entre el estupor.**
El grupo de matones fue despedido
por no haberle pagado a la muchedumbre.

Hoy a las 7 de la noche,
Un estadio abrió sus puertas al cielo.
La tierra se agitó y la gente apedreó.

1 Siglas en inglés de la Sociedad Bahreiní para Prevenir la Crueldad contra los Animales. *(N. del T.).*

Enormes labios de goma se volvieron de un azul eléctrico con el
[sonido.
En el suelo, aplastada entre un ejecutivo con ropa informal
y una madre de dos hijos, una cantante india entrada en años
sacudió sus caireles. En los asientos del champán
el barón del licor burbujeó
pulcro fuera de su esmoquin.

A las 7:10, 12:22 y a la medianoche
La ciudad sintió un temblor de anhelo.
Cosas extrañas sucedieron y las pasaron por alto.
Mañana, quienes marcarán las horas serán los trenes,
a las 7:10, las 12:22, la medianoche,
cada uno sacudiendo sus cadenas,
regresando a miles a sus jaulas
hasta el amanecer.

Versiones del inglés de Luis Eduardo García.

La poesía fue la lengua materna de Nirendranath Chakraborty

NIRMAL KANTI BHATTACHARJEE

NIRENDRANATH CHAKRABORTY es uno de esos raros poetas que han expresado las verdades más profundas de la vida en el más simple de los lenguajes. Nuncá creyó en la poesía comprometida. Tampoco perteneció a esa escuela de poetas que consideraban la poesía como un soliloquio desapasionado. Para él, poesía y alimento eran lo mismo, porque creía que no tenía derecho a vivir si dejaba de escribir.

Nacido en el pueblo de Chandra, Distrito de Faridpur, hoy Bangladesh, Nirendranath pasó su niñez con sus abuelos, mientras que su padre, Jitendranath Chakraborty, se mudó a Calcuta con su madre y su hermana mayor, donde era profesor en el Bangabasi College. Su abuela le enseñaba rimas y cuentos populares que él memorizó. En ese tiempo había aprendido las tres R. Cada noche tenía que leer fragmentos del *Ramayana* bengalí de Krittibas y el *Mahabharata* de Kashiram Das a sus abuelos. Esta práctica lo llevó a memorizar la mayor parte de las epopeyas escritas en el *Payarchhanda*. De hecho, con frecuencia atribuía su afamada destreza en la rima a su abuela y a estas epopeyas.

Siempre estuvo agradecido también con Sagarmay Ghosh, el legendario editor de la revista bengalí *Desh*. En 1945, cuando estudiaba en la Facultad de Derecho, alumnos de Calcuta hicieron una gran marcha desde la Wellington Square, pidiendo la libertad de los miembros del Azad Hind Fauj de Subhash Chandra Bose, quien por entonces estaba detenido como prisionero de guerra. Nirendranath y sus amigos se unieron a la marcha. La policía les disparó cerca del New Cinema Hall, y mataron a un estudiante llamado Rameswar. Cuando llegó con sus amigos al lugar, muchos estudiantes estaban sentados en la calle rodeando el cuerpo de Rameswar. Libros, cuadernos, sandalias *chappals* rotas, lentes rotos, etcétera, estaban regados por el lugar.

Y por todas partes había gruesas manchas de sangre. Regresó a su casa esa noche aturdido y escribió un poema llamado «Rameswar, el mártir». A la mañana siguiente, metió el poema en un sobre y lo envió por correo a la oficina de *Desh*. El siguiente sábado se publicó a página completa en la revista. Como beneficio adicional, recibió una carta de Sagarmay Ghosh que decía: «Me doy cuenta de que tú también escribes historias. Pero será mejor que te mantengas firme en la poesía». Este consejo lo ayudó a definir con fuerza su dirección literaria.

¿Esto significa que sólo escribió poesía? Todo lo contrario. Periodista de profesión, escribió gran cantidad de prosa durante más de cincuenta años: reportajes, reseñas, artículos, editoriales, etcétera. En 1942, luego de aprobar el examen intermedio, comenzó a trabajar como subeditor en un periódico llamado *Pratyaha*, quizá el primer periódico que usó el bengalí *chalit*, es decir, conversacional, en lugar del bengalí formal, *sadhu*. A punto de graduarse, se unió a otro periódico, llamado *Sriharsha*, que se publicaba en cuatro versiones: inglés, bengalí, hindi y urdu. Después trabajó en *Matribhumi*, *Navayug*, *Bharat*, *Swaraj*, *Satyayug*, *Advance* y otros periódicos y revistas. En 1951 se unió al grupo Anandabazar y se desempeñó como subeditor del servicio de noticias, editor de poesía de *Desh*, editor de *Anandamela*, redactor editorial de *Anandabazar,* etcétera. Pero confesaba que nunca le gustó escribir prosa. Cada vez que escribía un texto en prosa, se sentía culpable, pensando que podía dedicar ese tiempo a la poesía. Curiosamente, con frecuencia decía: «La poesía es mi lengua materna, no la prosa». Y sin embargo escribía una prosa maravillosa, tanto es así que a su libro sobre el oficio de la poesía, titulado *Kobitar Klas* (*El aula de la poesía*), hoy en día casi se le trata como un clásico y es la Biblia para todos aquellos bengalíes que aspiran a ser poetas.

Mencioné al principio que Nirendranath no creía en la escuela poética del soliloquio. Hay un dicho en inglés que afirma que los poetas se hablan a sí mismos y que nosotros sólo escuchamos casualmente. Nirendranath desdeñaba este dicho; razonaba que, si uno se hablaba a sí mismo, el asunto terminaría una vez que el discurso llegara a su fin. Pero desde el momento en que el poeta se esfuerza por publicar su poema o decirlo frente a un auditorio, está tratando de comunicarse con los demás. Por lo tanto, su poesía inmediatamente deja de ser un monólogo. Entonces se convierte en responsabilidad del poeta usar un lenguaje que sea accesible a los otros. En este contexto, Nirendranath habló en una ocasión sobre *Enrique V,* la obra de Shakespeare. Después de conquistar Francia, Enrique V se enamoró de la princesa Catherine. Pero Catherine no hablaba bien inglés. Entonces, cuando se suponía

que iban a intercambiar dulces naderías, Catherine dijo: «Su Majestad, yo no hablo su Inglaterra». Inglés defectuoso, pero sin embargo inglés. Entonces, Enrique le dijo que hablara en su pobre inglés, eso sería suficiente para intercambiar votos de amor, porque el rey le hablaría de acuerdo a su nivel de conocimiento. Nirendranath creía que un buen poeta debería estar al nivel de sus lectores. Su uso del lenguaje debe determinarse por su entorno y estar al nivel de comunicación del hablante menos privilegiado de un idioma.

¿Qué es lo que hace que la poesía de Nirendranath Chakraborty sea tan inmensamente atractiva? Él se esforzó para rescatar la poesía bengalí de su triste sentimentalismo, su vaguedad romántica y su sensiblera expresión. Eligió autoexiliarse de la larga tradición de la emoción superficial, la significación desmesurada y el éxtasis abrumador en torno al amor del hombre y la mujer. Entonces hubiera sido posible que su poesía gravitara hacia las expresiones intelectuales como reacción a los arrebatos emocionales. Pero no permitió que eso sucediera. Lo que sobrevino fue la expresión poética de la realidad vista y escuchada de primera mano. Golpeó con fuerza la dicción bengalí al captar los temas y la imaginación de los caminos y las calles, de la fea herida abierta de la realidad. En el largo viaje poético que comenzó con la publicación de su poemario *Nilnirjan* en 1954, alcanzó las alturas con *Kolkatar Jishu* (1969), *Ulanga Raja* (1971), *Pagla Ghanti* (1981), y terminó con su trigésimo libro, *Ananta Godhulibela* (2008), el poeta nunca desistió de esta convicción básica.

Algunos de los poemas extremadamente populares de Nirendranath son «Amalkanti», «Batashi», «KolkatarJishu» (El Jesús de Calcuta), «Kolghore Chiler Kanna» (El cometa llorando en el baño), «Hola, Dumdum», «Na Ram Na Ganga» (Ni Ram ni Ganga), «Sakulye Tinjan» (Tres en total) y otros. Las posibles razones de su legendario éxito se pueden atribuir a sus cualidades narrativas y dramáticas, su recitabilidad, su extrema destreza para otorgar a un incidente actual y popularmente discutido un sabor poético y, sobre todo, la sencillez de su dicción. Los amigos de Amalkanti querían ser maestros, doctores o abogados, pero Amalkanti no quería ser nada de eso. Quería ser luz del Sol. Los deseos de los amigos de Amalkanti se cumplieron en su mayoría, pero él no podía ser luz del Sol. Ahora trabajaba en una oscura imprenta. Desde un tren en marcha, el poeta vio a un joven fornido de pelo rizado correr en la dirección opuesta, gritando ruidosamente: «¡Batashi, Batashi!». ¿Quién es Batashi? ¿Por qué el joven la llama con tanta urgencia? El poeta no lo sabía ni lo sabría jamás. Los taxis apresurados, los autobuses de dos pisos, los ritmos de Chowringhee, la concurrida zona de Calcuta, se de-

tuvieron repentinamente, porque un niño desnudo cruzaba la calle con pasos inestables. Todo esto se convierte en tema de la poesía de Nirendranath Chakraborty. Él trata en su poesía las escenas e incidentes que el hombre común encuentra en su vida diaria. Representaciones así resuenan al instante en la mente del lector y tal vez eso explique su extraordinaria popularidad.

Poemas de Nirendranath Chakraborty

Asia

Es un amanecer traslúcido el ahora. En la brumosa luz y sombra
el bosque, el mar, el lago, el campo de la noche húmedo de rocío,
todos se estremecen, es grande su esperanza. El día se acerca, las
[sólidas puertas se rompen
al escuchar una orden feroz e insolente.
La larga noche se marchita, el arruinado reino se desmorona.
La gente intrépida pisa con fuerza hacia la amorosa cita con la luz.
¡Oh, Asia! Terminó la noche, deja tu cama de desgracia
regenérate con las toscas pestañas de la luz solar.

La vida se levanta en la ciudad, el puerto, la aldea, en los campos y los
[graneros
y envía señales de isla en isla;
los numerosos hijos de la humanidad escuchan ese rápido y furioso
[llamado
y van hacia adelante con firme expectación.
Entonces, la marea humana insomne toma la curva con un júbilo de
[rayo
en India, Ceilán, Burma, Indochina e Indonesia.

(1953)

Amalkanti

Amalkanti es mi amigo,
Íbamos en la misma escuela,
Casi siempre llegaba tarde, no le importaban sus lecciones.

Cuando le pedían que conjugara
Él miraba por la ventana con una expresión de tal confusión
Que todos lo compadecíamos.

Algunos queríamos ser maestros, doctores, abogados
Amalkanti no quería ser nada de eso
Él quería ser luz del Sol.
Esa tímida luz de una tarde de lluvia y graznidos de cuervos
Que gotea como una leve sonrisa sobre las hojas del mango y del jamrul

Algunos de nosotros nos convertimos en maestros, doctores, abogados
Amalkanti no pudo convertirse en luz del sol.
Ahora trabaja en una oscura imprenta.
Algunas veces me visita;
Sorbe té, habla un rato, luego se va, dice: «Adiós por hoy».
Lo acompaño a la puerta.

Uno de nosotros que hoy es maestro
Pudo fácilmente haber sido médico;
No habría sido mucha la diferencia
Si el que quería ser doctor
Se hubiera convertido en abogado.

Y, sin embargo, todos cumplieron sus deseos, excepto Amalkanti
Amalkanti no pudo convertirse en luz del sol,
Ese Amalkanti, que constantemente pensaba en el sol
Un día deseó ser el sol.

(1959)

Traducción de Víctor Ortiz Partida,
a partir de la traducción del bengalí al inglés del autor.

Ranjit Hoskote

Dunhuang

Durante años, nada.
Luego torrentes de arena.
¿Qué se podría cantar
contra el viento que aúlla?
Las cuevas se tragaron a sí mismas.
Siglos después, los abades escudriñarían
el cielo para que el vuelo de las grullas
los guiara al lago perdido
hacia el que caminaban penosamente.
Aquí y allá, encontrarían tiras de seda,
separadores en el archivo de las dunas,
mientras se alejaban tropezando de sus dromedarios,
conteniendo el aliento, guardando sus oraciones,
para la otra costa de los naufragios, a la deriva.

Los búngalos de South Avenue

Yo iba en un autobús, que llevaba su nombre, Destino,
con grandes letras blancas, en sus largas ventanas traseras,
por un camino ardiente de abril.
Pasamos una reja,
su exuberante puesta de sol en la playa de palmeras atrapada en una
[bruma
que brillaba sobre el asfalto, luego se detuvo
donde los trabajadores acuclillados almorzaban de prisa.
Una escalera apoyada contra el costado de una casa
que yo conocí de niño: verandas de menta fresca,
persianas de encaje, té helado. Entonces pasé la mano
a lo largo de una pared pulida que los rosales alguna vez habían
[escondido
y miré a través de los peldaños de la escalera
el carbón que se quemaba en una cuchara azul gris
doblada por el fuerte calor que contenía.
El sol en mis ojos, el techo una nube de leche
que se había detenido en seco.
Esta casa
que me había encontrado de nuevo, pensé, podría servir
para más que el chisporroteo de la antorcha de un soldador
que hacía una costura de hierro, el lengüetazo
de la brocha del pintor que se repegaba y acariciaba
las grietas del yeso, más que sellos de cemento
para parchar ladrillos agrietados detrás de la planta de jamaica.
¿Pudiera ser que la escalera de
[caracol
con sus retorcidas guirnaldas de hojas *art déco*,
oxidada, descarapelada, hubiera estado tratando de hablar
con los hombres de overoles polvorientos, sus cadencias,
ruido blanco perdido debajo de la bomba de inyección,
el zumbido de las sierras, el golpeteo de los taladros?
Logos antes que *topos*, la palabra empuja su ser abstracto
ante lo que sea que pueda abrir el ojo: ¿con qué palabras
podría la magia regresarme a mí este lugar?

¿Pudiera ser que el latido de un corazón mineral
[enterrado en lo profundo
haya cedido, a causa de flautas que nadie podía escuchar
por encima de las ardillas que chillaban en el árbol de *gulmohar*,
la fiebre de martillos del yunque? Y mis propios oídos
detenidos ante las sirenas pero también ante los saludos
[entrecortados
de algodoneros y las disertaciones de acróbatas callejeros:
¿No habré escuchado nada en absoluto? ¿Habré perdido el paso, o la
[caída?

El árbol oracular

La mujer caminó hacia el árbol oracular
y sangró su corteza en busca de respuestas.
No sirve de nada intentarlo, dijo el árbol.
Me amarraron con hilos sagrados.
Las raíces queman a través de mis zapatos,
las hojas nublan mis ojos.
No soy yo. Soy
ese hombre que trota por el camellón,
con los brazos extendidos,
esparciendo puñados de plumas
al viento.

Versiones del inglés de Víctor Ortiz Partida.

Keki Daruwalla

Migración 3

vemos caer la lluvia sobre el río crecido
parda lluvia sobre el pardo río, sus rizos fangosos
besan el bajo vientre del puente Jumna;
vemos la choza y el cobertizo, alineados en la orilla,
moverse hacia cotas más altas, hacia bancos de arena más empinados
que también se vuelven inseguros con la humedad.
un saco de arroz lleno de lluvia es movido, un perro greñudo
va dando tumbos tras la familia junto a un ternero
suelto con la soga arrastrando desde el cuello.

los pájaros están mejor cuando viajan desde la tundra
con los ojos cerrados, el mapa de cielo y cielo incrustado
en los genes, tras diez mil años de moverse
del ártico hasta el azul del cálido *jheel*
hasta las lagunas tropicales infestadas de nueces acuáticas.

mientras el día avanza hacia la sombra y una lámpara de kerosene
vacila en algún lugar asombrada de su propia
audacia, y la familia la contempla como a una quimera,
el río emigra hacia la choza y el villorrio.

Madre

Tu espina dorsal ahora cruje
a lo largo del arco de tu cuerpo.
Tu piel preserva el pasado
en sus arrugas
como venda de momias.

Tus ojos no encandilan
con los mismos fuegos
al descargar
los dardos de tu amor.

Tus recuerdos van dando tumbos
de un hijo a otro.
Confundes al que se orinaba en la cama
con el que te mordía los pechos
hasta infectártelos.

Cuando mis niños te preguntan
acerca de tu propia infancia
tu sonrisa se vuelve remota y enigmática.

Una vez cada seis meses
los aprietas contra tu cuerpo
para recordarnos que el amor
fue la única palabra inscrita
en la escritura de tus manos.

Pienso que algo se encogió
dentro de ti, Madre,
el día en que rompiste tus brazaletes
y te sacudiste de la frente
el leonino polvo de mi padre.

Cavilando acerca de las galaxias (Divagaciones)

¿Están desapareciendo las vertientes?
¿Están cayendo los muros?
¿Es el tiempo coetáneo del espacio?
¿Es el espacio curvo y redondeado?
Todo lo que hay es un primer plano;
el trasfondo ignoto, perdido.
¿Cómo llegar al pasado
bajo dos milenios de escarcha?

Hay cosas más preocupantes, Horacio,
que cómo mintió la astrología,
o cómo el budismo, a través de su física del Karma,
desapareció de la India y murió
en la planicie del Indo y del Ganges,
en su propia tierra natal;
o cómo se marchitaron los jeroglíficos
lijados hasta hundirse en la tierra.
O cómo el sánscrito, madre de las lenguas
se encogió, aunque sin faltas,
y fue cremado solo, abandonado
por todas sus nueras.

Las cosmologías murieron más bien despacio,
en una época que no presenció ningún toma y daca;
donde la palabra de la escritura era la ley
y las herejías siseaban en la hoguera.
Todos los cuerpos rotaban a nuestro alrededor—
así lo quería el Señor.
Una cosmología empezó a desvanecerse,
tan pronto la mató Copérnico.
Donde un quásar pesa más que una galaxia
y la gravedad hace la luz curvarse,
las preguntas normales se hacen irrelevantes:
¿comenzó el universo, tendrá fin?

Versiones del inglés de Omar Pérez.

Sudeep Sen

Madera de deriva

para Derek Walcott

1.
Parte de la balaustrada está ausente
pese a sus sólidas amarras con remaches de metal.

Comida por las termitas, consumida por el mar,
puedo ver su esqueleto de madera flotando en la distancia

entre el oleaje, el barniz cariado de sal
zarandeándose en su lucha por mantenerse a flote

contra el flagelo incesante de las olas.
Hay música en su desaparición —

una boyante sinfonía,
trazos de notas que la vida resucitan,

una historia nueva — la historia restaurada
por los dedos tenaces de un artista magistral.

La silla de ruedas, las piernas débiles
son impedimentos sin sustancia —

su mente echa chispas con un filo eléctrico,
ingenio como un látigo cuanto más mordaz.

Hay generosidad para familia, amigos —
aquellos que se han ido, y permanecen —

y treinta poemas nuevos,
una magia intrincada de amor ecfrástico.

2.

En el jardín del frente de cara al mismo mar
con la Isla Paloma a la izquierda del horizonte,

hay un puñado de rocas ovaladas erosionadas por el viento—
sus formas remedan el nido de una garceta extraviada

o el arco curvo de una bailarina —
un monumento en piedra para un querido amigo.

3.

Ya no se ve la madera a la deriva —
parte de su casa donada al mar —

con gratitud el mar canta
una estridente canción,

plegados cumulonimbos hacen eco
en sincronía — un paisaje sonoro

que absorbe su mandamiento:
Al final de esta frase, comenzará la lluvia.

Castries, Sta. Lucía

Amarillo, La Tortuga

para Bernard y Didier

1.

El amarillo descascarado empapado de sol
da un barniz mate a las ventanas de celosías

preservando sacramentos de amor.
Papel tapiz, baldosas, chales, sombreros amarillos —

una quijada de íbice en el muro de la habitación
iluminada de luz ámbar que arroja una vieja lámpara —

la letra de tu padre en tiza en las cubas de bodega —
revelando secretos de familia e historia.

2.

Documentos marchitos, desechados,
papiros entre hierba dorada y madura,

despiertan con el arrastrar accidental de mis pies.
Un reptar de tortugas que deambulan

por este intrincado huerto orgánico,
su caparazón moteado de rubio,

buscando humedad y fruta fresca
para la prolongada hibernación del invierno.

3.

Mariposas amarillas entran y salen con un revoloteo
de polemonios, pensamientos con color de yema

apiñados en torno a la vid —
un jarro de vino, barro de desteñido ocre

en el borde de la pila del jardín
esperando que lo llenen de nuevo —

mientras dentro de este fresco hogar de postigos cerrados,
el aire oloroso a pastís levanta la media luz.

Zen/Kokoro

Ornamento de luz sin mancha
Khedrup Norsang Gyatso

Kaler jatrar dhwani shunite ki pao
Tari roth nityoi udhao
¿Escuchas los sonidos del viaje de ayer? —
Su carro galopando para siempre
Rabindranath Tagore

Una silla sin patas
forma el centro
de un espacio cuadrado de concreto —
un hogar, todavía
inacabado —
austero, mínimo —
piezas bajas de madera
que a los humanos permiten
recalibrar posturas.

Pequeñas ventanas ocultan
luz,
y sin embargo el sol, la luz de la luna
entran generosos a raudales,
creando dramáticas
sombras
angulares —
proyecciones, como en un escenario —
una *mise en scène* de Kurosawa.

Espartano es lleno, lleno
subliminal, liminal, sutil,
imperfecto, apenas ahí — *wabi-sabi*.

Un alto bambú grueso y hueco
se inclina receloso,
monta guardia ante la puerta.

Afuera, cerca de la arboleda de bambús,
un banco blanqueado
hecho de ramitas —
piezas de concreto geométricas, desnudas
descansando en la tierra
ofrecen equilibrio y gravedad.

Kokoro
es tu propio «corazón»
en el «corazón de las cosas» —
Aranika, un sentimiento, un milagro
células cancerosas que se curan —
magia silenciosa de un jardín Zen
donde *Kami-no-michi* y Shinto
son sinónimos.

La poesía es caligrafía —
líneas negras de grueso variable
que miden la gama de tonos —
metáfora visual
en trazos cursivos —
Tantra de Kalachakra, una exposición.

La luz aquí es sin mancha,
ornamento invisible —
esto es respiración, oxígeno, hebra de sustento —
una inmaculada
simplicidad compleja.

Versiones del inglés de Adriana Díaz Enciso.

Arundhathi Subramaniam

La Verna

Fue un día plagado de signos
para cada uno de nosotros:

Agnóstico italiano,
budista unitario estadounidense,
buscador hindú

Fuimos porque nuestro amigo
—*gay*, católico, toscano—
lo recomendó. «Jesús es Dios
y Dios es uno», dijo,
«Y eso debería dejar fuera a San Francesco,
pero incluso así lo amo
y lo amo aún más
cuando voy a La Verna».

Y así fuimos
una tarde de marzo

sumidos en un delirio
de roca, lluvia y cielo giratorio
        suspendidos
entre el Tíber y el Arno
entre una geología salvaje y la intensa luz
donde el viento es vuelo de halcón
        y gravedad aérea.

donde el sombrío búho blanco
lo ha visto todo

la alquimia diaria
        de la roca derritiéndose en el bosque
        el lobo en el cordero
        el cielo en el mineral
        la raíz retorcida en el cosmos

donde la fe es un demacrado crucifijo de madera
        contra un dolor de valle

y oración
        el grito de cernícalos enredados
        en madera de haya antigua

y el repentino derrame de luz
a través de una nube ondulada por el viento que cae en picado

Y estaba la rusa de ojos brillantes
que nos encontramos afuera de la capilla
de Santa María de los Ángeles
que me dijo que su guía espiritual
        era indio

        y nos quedamos calladas
al encontrar que llevábamos en nuestras bolsas
la foto del mismo fakir
        con mirada burlona y túnica sucia

Se sentía como si ese día hubiera algo
para cada uno de nosotros

Podría haber sido
el hueco del precipicio marcado
por la cañada

Podría haber sido
ese gentil santo del valle marcado
por el amor

Nunca supimos
y no fuimos más sabios después
si acaso había uno
o muchos

o ninguno en absoluto

Pero muy por encima del valle de Casentino
hubo un día en marzo

—estaríamos de acuerdo
nosotros tres—

que no podría ser domesticado
por la aritmética

Instalar los protectores de pantalla

Y debe ser
porque no estoy lista aún

para que este periódico signifique tanto
como un nido de gorrión

para que el verso de la tarjeta de felicitación signifique tanto
como Basho

para que alguna emulsión arremolinada de infinito
signifique tanto

como tú

Y debe ser porque algunas palabras
son aún más jugosas
que otras
(emoliente, neuma, amor)

y algunos momentos
aún más preciosos

vamos a ponerle una tapa
dibujar el velo
instalar los protectores de pantalla

Dejar que las cosas no pierdan su calidad
Déjame no ser tú

Detener el exceso
de igualdad
Dejar que las distinciones permanezcan

Supongamos que hay
algo
que perdona
la definición

que entiende
un poco

de jerarquía

¿Quién desea un panorama general?

Más luz, más color, más nitidez, más calidad.
Más tú

Más

Más

Sólo más servirá.

El fin del mundo

El fin del mundo
es la escalera eléctrica que va hacia atrás

el pájaro que se abandona
en hoja

la tortuga que se congela
en roca

los sorbos sincopados
de las hijas de la televisión india
disolviéndose
en un estanque rosa de Revlon.

El fin del mundo
somos tu y yo retirándonos

de esta conversación

Versiones del inglés de Víctor Ortiz Partida.

Geet Chaturvedi

El recuerdo del ahora

para Eduardo Chirinos

Abajo dejé una vela encendida
A su luz leeré algunas líneas cuando regrese

Cuando regresé la vela se había apagado
Esas pocas líneas se habían desvanecido como la inocencia

Tú caminas conmigo
De la misma manera en que la luna camina con un niño sentado ante la
[ventana de un tren

Me paré en el balcón un día
Agité un pañuelo hacia el cielo

Los que se han ido sin despedirse
Lo reconocerán incluso desde lejos

En mi pañuelo dejaron sus lágrimas.
De la misma manera en que los primeros humanos dejaron sus dibujos grabados en las paredes de la cueva

Lyotard dijo: cada oración es un ahora
No. En realidad es un recuerdo del ahora

Cada recuerdo es un poema
En nuestros libros, la suma de los poemas no escritos es mucho mayor

Mi lengua, mi futuro

En las afueras de la ciudad, en el basurero debajo del puente
El poeta más anciano de mi idioma mastica pan mojado en té

Este hombre inventó la poesía incluso antes de Afzal[1]
Los trescientos treinta millones de dioses viven en su barba como piojos.
Los pelos de su cuerpo son todos sus poemas no escritos.

Traza las palabras en el aire con los dedos.
De esta manera, él escribe a su pasado todas las noches una carta
Que se pierde incluso antes de encontrar un sobre

Una vez antes de morir
Al menos una vez
Espera recordar la cara y el nombre de la mujer
Que alguna vez durmió con su libro de poemas
Apretado bajo la almohada

La lengua de Kumārajīva

Kumārajīva vivió en el siglo IV. Fue el hombre que realizó las primeras traducciones chinas conocidas de los *Sutras* budistas del sánscrito y del pali local. Amplias traducciones. No será una exageración si decimos que, de la historia antigua, él fue el mejor traductor conocido. (Aunque hubo muchos traductores antes que él, sus nombres no pudieron llegar a los tiempos modernos. Incluso si hubieran llegado, serían poco conocidos).

Se dice que sus traducciones fueron tan auténticas, tan fieles al original, tan estrechamente acopladas a la verdad, que cuando murió y estaba

1 El poeta Afzal Ahmed Syed (Ghazipur, 1946) escribió: «Yo inventé la poesía».

siendo incinerado, todo su cuerpo se quemó y se convirtió en cenizas, pero su lengua resistió las llamas y no se quemó.

Luego, con esa lengua, Kumārajīva había traducido, oralmente, con palabras dichas, los *Sutras* al chino.

Después de todos estos años, se están realizando traducciones inversas de los textos traducidos. Los tratados originales del sánscrito-pali se han perdido para siempre, pero en chino todo eso sobrevivió. Hoy podemos aprender muchas cosas sobre Buda con base en traducciones al inglés y al hindi-sánscrito del chino.

Entonces, la lengua de Kumārajīva está presente en gran parte de lo que sabemos sobre Buda hoy. A pesar de eso, no sabemos nada sobre Kumārajīva En la historia de las lenguas, por lo tanto, la lengua del traductor es la más desinteresada.

La lengua del traductor que ni siquiera el fuego tiene el valor de quemar.

Si matas la verdad, aparecerá la traducción de la verdad. Si destruyes la traducción, aún persiste la verdad del tamaño de una lengua. Ansiosa, inquietamente, saltando y rebotando, seguirá diciendo sus palabras ●

VERSIONES DEL INGLÉS DE VÍCTOR ORTIZ PARTIDA.

Cosas que dejar atrás
[fragmento]

Namita Gokhale

Las colinas de Kumaon habían sido bendecidas recientemente por el abrazo del *raj* británico. El *durbar* de Katmandú había gobernado durante mucho tiempo los estados de la montaña. Los *goorkhalis* se habían retirado de Kumaon después de la guerra anglo-nepalí. El viejo comandante, Bam Shah, tenía con él sólo una pequeña fuerza, que contaba con unos setecientos cincuenta hombres, y la misma cantidad de irregulares y reclutas locales. Las tropas británicas los superaron con facilidad, incluso en el mismo momento en que Ochterlony vencía a Amar Singh Thapa de Gadhwal. Almora, capital de Kumaon, se rindió el 27 de abril de 1815, y la Compañía de las Indias Orientales estableció su influencia con el Tratado de Sagauli en 1816.

El 9 de diciembre de 1842, un inglés llamado P. Barron había pasado por Bareilly en su ruta hacia el legendario lago de Nainital. Viajó en palanquín a través de los bosques pestilentes de Terai y se abrió paso por los niveles más bajos de las montañas Gagur. Lo acompañaban sesenta montañeses, mano de obra a la que no se le pagaba, ya que había sido expropiada, bajo la infame ley begaari, una semana antes, para llevar un bote ligero de dos remos, de unos seis metros de largo.

Barron, quien viajaba por la cordillera del Himalaya, escuchó por primera vez los rumores de un lago escondido en las montañas mientras tomaba un *gin tonic* en el club de acantonamiento de Bareilly. «El Comisionado Traill visitó el lugar», había declarado uno de sus compañeros, «y luego misteriosamente ya no dijo nada. Todos los condenados nativos pahari conocen el lago Naini, y cada uno de esos mentirosos niega tener conocimiento de él».

El nativo paharis había hecho todo lo posible por no revelar la existencia del lago de Nainital a los extranjeros y la Compañía Bahadur. La gran feria anual de Nanda Devi se celebraba en los terrenos cercanos al lago

cada otoño. No había casas allí porque era un lugar sagrado, y no podía ser contaminado por la presencia humana. Sólo a Traill, el difunto comisionado de Kumaon y Garhwal, se le había permitido una peregrinación allí. Traill se había enamorado de las montañas a las que había sido enviado para que las administrara, y las protegía celosamente del mundo exterior. Consideraba la afluencia de visitantes europeos como una «calamidad pública» y logró que sus compatriotas no tuvieran conocimiento del lago.

Pero Barron, quien luego publicaría un diario de sus viajes bajo el seudónimo de Pilgrim, era un hombre persistente. La idea de un lago secreto lo emocionó y lo estimuló. Decidido a descubrir dónde estaba el lugar, organizó una escolta y emprendió una complicada caminata en la supuesta vecindad de Naineetal. El sistema begaari prevalecía, y los montañeses locales estaban en esos días obligados a proporcionar mano de obra por contrato cuando los hombres blancos lo exigían. Un aldeano pahari particularmente simple fue expropiado para llevar la carga de «Peregrino» Barron. Pilgrim dice en sus memorias:

> Mencioné antes que teníamos un guía con muy poca disposición en nuestro viaje a Naini Tal; y tuvimos que usar algo así como una violencia gentil para evitar que nos engañara*. Éramos ya muy experimentados viajeros del Himalaya para que groseramente se burlaran de nosotros en cuanto al aspecto de las montañas donde probablemente se ubicaría un lago, y los arroyos eran de alguna manera una guía para llegar a él. [El culí del pueblo] nos llevó por una subida considerable claramente en la dirección equivocada; así que, sospechando que nos había engañado deliberadamente, adoptamos el excelente plan de darle una piedra pesada para que la cargara, hasta que pudiera descubrir la dirección correcta. Los hombres de las montañas son generalmente grandes papanatas, y se traicionan a sí mismos muy fácilmente. Si alguna vez va usted a Naini Tal con un guía que dice nunca haber visto el lugar, la siguiente es la receta para que lo descubra. Ponga una gran piedra en su cabeza y dígale que tiene que llevarla a Naini Tal, donde no hay piedras, y que debe tener cuidado de no dejarla que se caiga y se rompa, porque la necesitará allá; y, con el fin de ser relevado de su carga, pronto admitirá que no hay escasez de piedras en el lugar, un hecho que no podría haber sabido sin haber sido testigo ocular de ello. Aliviamos al caballero de su carga después de una caminata de una milla, y no volvimos a escuchar más sobre su ignorancia del camino.
>
> **El truco de los montañeses que pretenden ignorer un camino es muy común, particularmente cuando a algunos culís se les requiere en una temporada en la que preferirían no dejar sus hogares.*

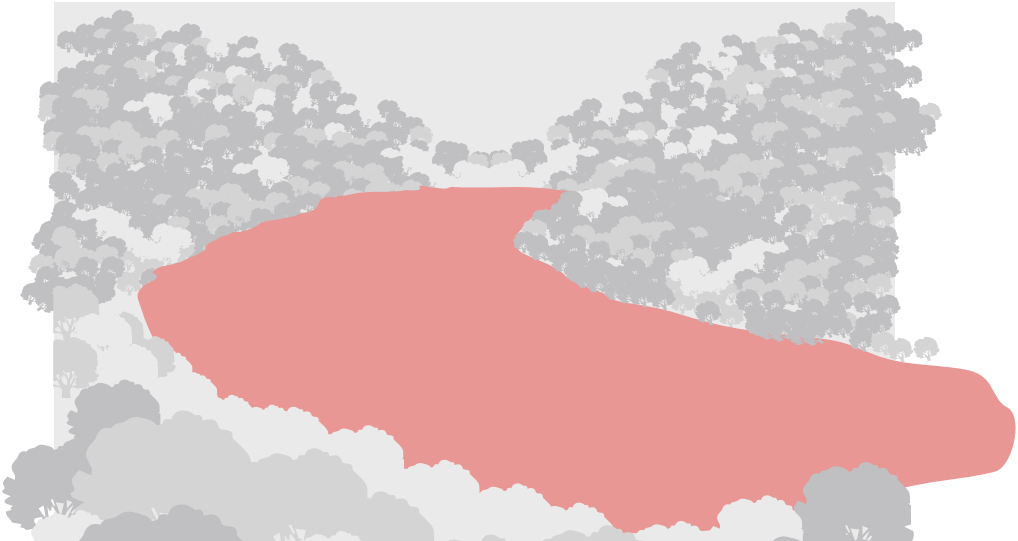
Barron registra la primera vista del lago. «Es, con mucho, la vista más hermosa que he presenciado en el transcurso de una caminata de mil quinientas millas en el Himalaya; mis recuerdos de él son tan vívidos, y probablemente quedarán tan profundamente grabados en el recuerdo, que no dudo que en alguna ocasión futura me induzcan a hacer una visita menos apresurada que la última. Vaya y haga lo mismo».

Dos años después, Barron regresó a Naineetal. Lo acompañaban sus amigos, Welles de los Ingenieros y Batten del Servicio Civil. Los sesenta hombres que empujaron y cargaron el bote arriba a las montañas lanzaron un fuerte suspiro de alivio colectivo mientras lo deslizaban hacia las claras olas. Los terratenientes, o *thakurs*, y los funcionarios de ingresos, los *putware*, resoplaron ruidosamente con deleite y asombro. Mientras el bote hacía un circuito por el lago, la nobleza local soltó trémulos vítores que se convirtieron en un rugido. Nunca antes, en la memoria viva, ningún hombre se había aventurado a poner un bote, ni siquiera una canoa primitiva o una balsa, en el agua sagrada del lago Naini.

Nursingh Thokdar, un terrateniente local enorme y digno con un bigote intimidante, se conmovió hasta las lágrimas ante la vista. «Se parecen a la Santa Trinidad", suspiró. «¡El señor Welles es Brahma, el señor Batten es bueno y recto como Vishnú y seguramente el señor Barron es Shiva!».

Cuando el bote llegó a la orilla y emergió la trinidad, Nursingh se apresuró a agarrarse de sus pies. Batten, Welles y Barron lo observaron divertidos.

«Vishnú yacía dormido en el fondo del océano», pronunció Nursingh, «soñando profundamente en el seno de la diosa hasta que el tallo de loto salió de su cuerpo. Esta flor ascendente llegó a la superficie del agua. Tu barco es el nuevo avatar, la manifestación actual, del mismo loto divino eterno. ¡Ha caminado sobre las aguas! ¡Salve, Brahma! ¡Salve, Vishnú! ¡Salve, Shiva!».



«¿Nunca has nadado en este lago?», preguntó Barron con curiosidad. «¡Pensé que todo hombre de las montañas de Kumaon podía trepar a un árbol y vadear un río!»

«No las castas más altas», anunció orgullosamente Nursingh Thokdar. «Nunca aprendí a nadar».

Nursingh Thokdar tenía derecho hereditario a las montañas que rodean el lago Nainital, un derecho que la administración británica había cuestionado recientemente. Batten había decidido no reconocerlo en su tribunal, y estaba pendiente en ese momento ante el tribunal de Sadr y la Junta de Ingresos.

Una idea traviesa surgió en la mente de Peregrino Barron. «Nursingh será el primer hindú nativo en deslizarse sobre estas aguas», dijo impulsivamente, y empujó al terrateniente al bote. Batten y Welles los siguieron. Barron tomó los remos y se dirigieron hasta el centro del lago, donde las montañas verdes y el cielo azul claro se reflejaban fielmente en las suaves olas. Nursingh Thokdar estaba extasiado y se untó reverentemente los ojos y la frente con agua del lago antes de tomar un poco en su mano ahuecada y beberla.

«¡Cuidado!», exclamó Welles. «Dile a este tonto que el bote se volteará». Nursingh escuchó sus palabras y se quedó muy quieto, sonriendo beatíficamente.

«Entonces, Nursingh, señor Thokdar, escuché que piensa que el lago le pertenece», dijo Barron de manera amable. «Si es así, tenemos la intención de dejarlo en medio, para que usted regrese solo».

Una mirada lenta de extrema precaución se desplegó sobre las hirsutas facciones de Nursingh. «Este lago es muy profundo», dijo sin comprometerse.

«Nunca he cuestionado las decisiones del *gora sahib* [hombre blanco]», dijo Nursingh, ganando tiempo. Sus ojos buscaron la orilla, donde los trabajadores y los ricos de Kumaon aplaudían el paso del bote.

Barron sacó cuaderno y lápiz. La mayoría de los hombres pahari de alto rango, ricos o pobres, podían leer y escribir, y así, Nursingh compuso laboriosamente una temblorosa nota en puro hindi en la que anulaba su reclamo hereditario sobre el lago Nainital y las montañas circundantes.

«Buen amigo», dijo Barron alentadoramente. Batten y Welles también lo recompensaron con una sonrisa de aprobación. Regresaron a la orilla, donde Nursingh bajó del bote desconsolado, haciendo a un lado a los *sahibs* cuando se resguardaba en tierra firme.

«Estos delincuentes británicos me robaron en medio del lago», declaró tristemente. «Renuncié a mi derecho a la tierra de mis antepasados».

Sus palabras fueron recibidas como ridículas y con burla. «Como si tuvieras un reclamo válido en primer lugar», declaró un vecino *thakur*.

«Al menos supiste cuál vale más: tu vida o tu tierra», exclamó otro.

En el otro sector: «He observado que la violencia amable es siempre muy persuasiva con los nativos», dijo Barron, reflexivamente. «Nuestro noble Nursingh Thokdar es un hombre sabio».

«Buen amigo», repitió Batten.

«¡Y valiente!», dijo Welles. «Muy valiente».

El juego estaba ya en movimiento. «Dudo de que la Junta de Ingresos hubiera revocado el reclamo del señor Welles a mi favor», dijo impacientemente Nursingh Thokdar. «¿Por qué pelear una batalla perdida? Quizás la Compañía Bahadur consideraría nombrarme contador cuando tomen posesión. Conozco cada centímetro de la tierra. Nadie puede supervisar mejor los ingresos. ¡Seguramente he demostrado mi confiabilidad!».

«Es un buen hombre», dijo Welles. «Debes apoyar su solicitud para contador, Batten».

Barron se volvió de nuevo para mirar el lago. Fue un momento que nunca olvidó. El sol de la tarde doraba las aguas, que estaban envueltas por el abrazo de las verdes colinas. Se emocionó, con esta belleza sin prisas, con esta calma reinante. Más tarde, vieron cómo el cielo cambiaba de rosa a púrpura, y luego bebieron licores mientras los nativos *thakur* supervisaban un festín celebratorio *shikari* bajo un dosel de brillantes estrellas. Por la noche, Barron acudió a su diario, compañero de sus viajes, a la luz de una vela constante. «Uno casi se siente inclinado a arrodillarse y rendir homenaje a la sublimidad de la naturaleza», escribió, «aquí exhibida con una habilidad tan incomparable».

El nuevo asentamiento floreció. Nainital creció, rápida e irreversiblemente, incluso con la intranquilidad de los dioses. La trinidad de Barron, Welles y Batten había logrado que su hechizo funcionara. El lago de los tres sabios inmortales, Atri, Pulastya y Pulaha, donde el ojo de Sati había caído a la tierra, ahora pertenecía a otra época, a otra gente •

Traducción del inglés de Víctor Ortiz Partida.

Prisionero en la ilusión del cuerpo

Pravasini Mahakud

Un cuerpo prisionero
en la ilusión del cuerpo:
anhela la flexibilidad de la hierba,
la calidez del contacto humano,
la suavidad de un conejo.
Anhela el amor de la luna,
el calor del desierto,
muchas corrientes de una sola gota de lluvia,
la extensión del océano,
el silencio del cielo.

Quiere que incontables flores
abran en cada rama,
quiere el gorjeo de los picos de las aves.

No quiere pedir y sin embargo pide
ya que su mente y su cuerpo han permanecido
congelados por varios años.
Tan pronto como se cruza
con el cuenco mendigante de alguien,

recuerda al Buda, tonsurado
y vestido de amarillo, cercano
a Yashodhara y Rahul.
Del cuenco mendigante surge
la dulce esencia de la compasión,
la última súplica de piedad, de humildad,
de generosidad, de paciencia,
la elegancia de la desapasionada
oración de paz.
El cuenco mendicante, de dos milenios
y medio de edad, aparece fresco ante
los ojos de esa mujer: podría ser por
su encanto de arcilla terrenal.

El tiempo se derrite con el calor del cuerpo,
con los gozos mundanos de la existencia.

Versión de Víctor Ortiz Partida, a partir
de la versión del oriya al inglés.

Sukrita Paul Kumar

Muchos al momento

En mis momentos de vigilia
mis ojos se cierran
para mantener vivos mis sueños vivos

los árboles encuentran raíces en los cielos
sus brazos escarban hacia el centro de la tierra
mis ojos lamen el sabor de la fruta

en la emplumada luz de la luna
copos de nieve colocan arcoíris en mi piel
sobre el río de fuego,
de un aleteo de lenguas
del rojo al amarillo

la memoria de hielo se abre
en la pantalla de mis párpados
túnicas blancas y negras
girando en círculos

El oscuro rostro de Mwangi,
desconcertante y negra noche
ojos centelleando
labios brotando como champiñones
largas palmas como cuencas de río

deslizándose por mi columna
Yo, retozando con sólo nueve años,
Con chocolate derritiéndose en mi boca,
rodando de la nube hacia abajo
haciendo *ngoma*[1]
bola tras bola, atrapada en la red
el inútil palo en mis manos
en el punto lejano los agitados y pecosos
blancos brazos de la dama del PT
yo, nunca un guardián de metas

Nadando en aguas profundas
me ahogo otra vez
y una vez más
pero siempre salgo a flote

murmurando la canción de los ancestros
olor de la primera lluvia sobre tierra tostada
y sentir el latido del corazón
de bebés todavía no concebidos

Intuición

En el centro de
Ese círculo de luz
Elevándose con lentitud
sobre el río de la experiencia
jadeando y resoplando

Descansa la verdad de mi vida

tan blanca
Que no puedo verla

1 Baile y música de tambores. (*N. de la T.*).

Todos los colores se mezclan,
Se absorben las vidas
el blanco se vuelve más blanco
Y yo
Más ciega

Continuidades

Otro borde filoso
Alrededor de la montaña
Un giro ciego,
¿Debería yo pausar, estar atenta?
¿O pasar rápidamente y
Arriesgar caer
Al valle profundo,
Perder mi vida?

Pero yo sé
A la vuelta de la esquina
Mientras cruzo la frontera
Entre aquí y allá
Voy a volar
Sobre el horizonte
Acompañar a los ancestros
En la Vía Láctea

Un papalote ladrón
Bajará en picada
Escogerá el cadáver
Y alimentará a sus bebés.

El final desde el principio

Acomodado en el frondoso corazón
del bosque Jahanpanah,
lejos de los caminos concéntricos,
hay un viejo pozo
durmiendo un profundo sueño,
silbando con cobras y
víboras
bajo la cubierta de espinosos arbustos;

no visto y no escuchado,
inalterado y quieto
a través de los siglos

La oscuridad ciega atrapa
la locura
de Mohammad Tughlaq
el rey que primero creó
y luego abandonó lo creado
que regresó a Adilabad
la cuarta ciudad de Delhi,
donde respiró, arrojó y
observó el bosque

sonrojado y palpitante
con el amanecer

invitando a los amantes
a bajar los peldaños en espiral
tallados en su pecho,
para alcanzar la matriz del tiempo
y tocar el
principio de la historia.

Versiones del inglés de Laura Solórzano.

Mujer nacida en la biblioteca

VIPIN CHOUDHARY

«Guardar silencio por favor», muchos pensamientos han
[cambiado sus túnicas en este aire
disciplinado
Hogar materno del conocimiento
A kilómetros del maligno sonido terrenal
Recuerdo que alguien dijo
«Los libros son como ladrillos en una biblioteca»
Alguien dijo esto también
«No sólo nosotros los leemos, los libros también nos leen»
Entre las enterradas narraciones de los dictadores
He visto aquí
A muchos embajadores de la paz dormir pacíficamente
Con frecuencia imagino
Que el libro más leído
Podría considerarse el más afortunado
Desde siempre junto con una húmeda fragancia
Yo he entrado en la casa
Una mujer
Separada de ella misma
Ha encontrado consuelo en la biblioteca
Ahora aparte de leer libros en la biblioteca

Tengo también otro trabajo

Leerle a la dama inclinada en la mesa página por página

Como si hubiera una apertura frente a mí

Absolutamente nueva

De la cual ni siquiera una sola página

Es leída por nadie excepto por mí

Y que sin siquiera terminar la lectura es

Absolutamente clara

Versión de Víctor Ortiz Partida, a partir
de la versión del hindi al inglés de Promila Jakhar.

Nonato en un círculo

Sonnet Mondal

Una vez que nuestra alma se vuelve parte del «Ciclo Kármico»,

El efecto *Maya*[1] nos envuelve y nos obliga a pensar sobre una nueva vida, a pesar de las predominantes preocupaciones o penas.

Mi vida se ha hecho una con la flauta de la curiosidad—

Una que toca resonantes olas compartiendo la tonada

con crestas no nacidas y depresiones.

Una que seduce a las nubes

para aparearse con las cimas de las montañas

y suelta un ambiente de niebla

como el retoño de los valles.

Una que interroga la pureza

de la luz del sol y las nubes

1 Maya (sánscrito: «magia» o «ilusión»), concepto fundamental en la filosofía india. Maya originalmente denotaba el poder mágico con el cual un dios puede hacer creer a los humanos lo que al final resulta una ilusión. Pero más adelante significó la fuerza poderosa que crea la ilusión cósmica de que el mundo fenomenológico es real. (*N. de la T.*).

en días cargados de lluvia

para pintar el tatuaje de siete colores.

Siempre he traicionado

mis sentidos

mi racionalidad

consejo y sabiduría

dejando mi creencia sobre el eco de la flauta

para calcular la travesía intemporal del alma.

Yo seré un imponente fantasma o sólo una débil forma fantasmal

después que mis órganos, piel y huesos elijan abandonar mi locura

Pero Madre, me enseñaste que no estaba equivocado

El reflejo de tu matriz conmigo adentro

me dice que sólo soy otra alma que busca otra vuelta

tratando de nadar con la tonada de la flauta

hacia el círculo de la creación y la demolición.

Versión del inglés de Laura Solórzano.

Leila
[fragmento]
Prayaag Akbar

El centro de su palma

El autobús escolar de Yellowstone era una ruidosa trampa manchada de polvo y mugre. Las mañanas de invierno emergía de la niebla con sus dos ojos gigantescos mirándote directamente. Los asientos tenían la mugre incrustada en sus respaldos, y siempre estaban húmedos. El piso era repulsivo —cualquier cosa que se te cayera acababa verde y repugnante en segundos—, aunque debajo de la mugre había un bonito patrón de aluminio de pistas paralelas que cruzaban el pasillo. Las mañanas todavía mostraban el hastío por el día que comenzaba, pero las tardes eran mejores. Al cuarto para las cuatro, cuando subíamos al autobús, el calor disminuía y el viento comenzaba, y una sensación de abandono se sentía en el aire.

Algunos no podían aguantar los pocos minutos que el camión estaba detenido, encendido en el estascionamiento. Había peleas, pequeños que lloraban, conflictos a puñetazos. Una maestra con una lista impresa tomaba lista mientras formábamos una floja línea alrededor de ella. Había un chico alto de cabello rizado de un año superior, un niño de clase más baja, se notaba claramente. Su uniforme desgastado por ser lavado tantas veces. Zapatos baratos. Este niño de pesados rizos se subía de prisa y tiraba su mochila para apartar el último asiento, con el hule Rexine rasgado de cientos de compases y carpetas. Gritaba algo por la ventana, se acomodaba el cabello con los dedos, y comenzaba a pulsar su pelvis en tándem con un aliado de otro autobús. Este tipo de comportamiento era lo que los maestros llamaban «sucio», «callejero», «barato». Ciertamente, no era aceptable. Pero los maestros que esperaban subir al autobús con nosotros lo ignoraban. Estaban así a esta hora del día,

encorvados en los asientos de adelante como si los hubieran apagado. Para cuando estábamos rodando en el camino, había peleas con botellas de agua y brasieres jalados por doquier. Las parejas que llevaban tiempo juntas se iban hasta atrás. Algunos chicos luchaban. Los de hasta adelante nos arrancaban las ligas del cabello y sacaban la mano por la ventana para amenazar con lanzarlas al viento, para hacernos rogar.

Algunos días, el ruido se volvía demasiado, y el maestro de artes de la secundaria, el señor Basak, era el encargado de llegar a callarnos. Un viejo bengalí, tocado por el Párkinson y a punto de perder el oído. Una tarde, Basak llegó acechando por el pasillo. Un chico había subido la cubierta blanca de cada asientos unos cuantos centímetros para que cada uno se colapsara inútil bajo sus dedos, en vez de ser una superficie estable. Dos veces se tropezó. El viejo estaba furioso, detrás de sus lentes opacos como un par de ventanas esmeriladas. Nos sacudimos con risa silenciosa. Amenazó con involucrar a otros maestros. Y luego, unas filas atrás, un chico con su cabello peinado de partido en medio salió de entre los asientos como un animal de la pradera. Arremedó su acento y se escondió debajo. Basak giró peligrosamente. Por años en la escuela nos habíamos burlado de su denso acento bengalí, con vocales gruesas y fuertes, y consonantes perdidas. Ver a este chico lindo imitarlo me hizo reír hasta tener que agarrarme el estómago, hasta que las lágrimas de la risa no podían detenerse, incluso frente al viejo que seguía preguntando detrás de su acento: «¿Quién dijo? ¿Quién?».[1]

Riz era de un grado superior. Lo había visto voltearme a ver una o dos veces mientras yo caminaba por el pasillo del autobús. Quizá le gustó cuánto me había hecho reír su broma. El día siguiente, se sentó en el asiento triple justo frente al mío. Estaba jugando con dos chicas de mi clase a un juego en que pones el nombre de un chico junto al tuyo, cancelas dos letras en común, y ves si las letras que quedan deciden «amor», «odio», «amigos». Una canción de una película sonaba en las vetustas bocinas. Olía a las sobras del almuerzo que alguien estaba comiendo. Y yo estaba cruzando letras con la velocidad que sólo la práctica otorga, cuando una voz me interrumpió.

«Deberías probar con mi nombre», dijo Riz. Estaba sobre su asiento con las rodillas y los brazos envueltos en el respaldo.

---

1 En el inglés original la línea dice: «Oo said thees? Oo said?», imitando el acento bengalí del personaje. (*Todas las notas son del traductor*).

«Es sólo un juego tonto. Para niños», le dije. Y estaba enojada conmigo misma. Había un pequeño tinte verduzco donde su piel se había inflamado, quizá con una navaja de rasurar. Sonreía coqueto, como una estrella de cine. La intensa luz del sol a través del tinte de las ventanas le dejaba destellos ámbar en el cabello. A través de las bocinas podridas, la canción se volvía un grito de dolor. Cuando hablaba, continuamente se acomodaba el partido del cabello, con un movimiento de dedos que me causaba un cálido sobresalto de emoción. Quizá era su sincera admisión de interés, que era inusual a esta edad. Sentí un hambre instantánea.

Y sí, probamos el juego. El resultado que arrojó me escapa. Desplazó a las dos chicas que estaban sentadas junto a mí, y me sorprendió al sacar una armónica de su mochila y ponerla contra sus labios. Después, sacudió la cabeza y puso el instrumento en su bolsillo del pecho, y dijo: «Estoy tratando de aprender». Tenía yo las manos planas sobre los muslos. Estaba consciente, de repente, de lo sucios que estaban los dobleces de mis codos. Si los sobaba con un dedo, resultaban granos de mugre aceitosa, como polvo de borrador. Cuando él no miraba, los cubrí con las mangas de mi blusa. Todo pasó tan rápido, y justo cuando yo quería que el autobús tomara el camino más largo posible. Hablé del concurso de ensayo en la que me había inscrito. Me contó del equipo de *squash*, y me contó que había pasado gran parte del verano jugando juegos de video de una libra en las «fantásticas» máquinas del Trocadero, en Londres. «Eso es muchísimo, son como cincuenta rupias. Pero los juegos están mucho mejores que los que hay aquí». Ya había aprendido a conducir, dijo. Y justo antes de su parada, apuntó mi número en su cuaderno, en la última página, cubierta de rayones, partidas de «gato» empatadas y dibujos de chicas con formas como las de los cómics de *Archie*. Estaba segura que nunca me llamaría.

Y me llamó, justo esa noche, tan tarde que mis padres ya se habían dormido. Al principio fue un poco incómodo. Y después me dijo un secreto: un amigo de su equipo de *squash* estaba engañando a la chica más popular del grupo, una preciosidad de ojos fríos llamada Radhika. Le dije de una chica rellenita de nuestro autobús cuyo anciano tutor de matemáticas le sobaba los pezones con el pulgar y el índice, provocándole escalofríos durante las sesiones de una hora. Y así fuimos, intercambiando confidencias hasta que el cielo comenzó a brillar. Y desde esa noche, todo se sintió cálido y natural.

Unas horas después, en el autobús, me senté del lado de la ventana de un asiento doble, y bloqueé el asiento adyacente con mi mochila, con anticipación. Y caminó y pasó sin mirarme. ¿Vi ahí una sonrisa sarcástica? Estuve mortificada todo el camino a la escuela. Sola en un asiento doble, insegura de que me acompañaría, tremendamente consciente de cada minuto que pasaba. Y en la escuela, mis pensamientos hervían, desmenuzando todo lo malo que podría haber dicho la noche pasada. Pero en la tarde, sin siquiera mencionar el incidente de la mañana, una vez más se había separado de sus amigos y desplazado a mis compañeras. La intimidad de la noche llegó de nuevo. Nos tomamos de la mano. Con mi dedo dibujaba círculos en el centro de su palma, como me había enseñado una amiga. Se retorcía y cerraba los ojos. Nos fuimos por el barrio de Nizam, en el sector de Ashraf donde vivía. Justo antes de su parada, junto al letrero espectacular de una chica con un destellante *hijab*, nos besamos por primera vez.

Para entonces, mi familia también se había establecido, de acuerdo a la nueva ley. Vivir en el sector de Arora te dejaba con un leve —y a veces no tan desagradable— sentimiento de encierro. En cuanto pasabas los portones, los sentías surgir detrás del cuello. Los muros eran visibles desde casi cualquier lugar del sector. Papá había encontrado una estrecha casa de dos pisos en una línea de hogares idénticos con jardines en forma de cartera y techos de tejas del color de un sombrero fez. Desde mi cuarto, mirando hacia el este, el muro estaba a doscientos metros. Sobresalía por encima de la extensión de las casas propagadas con la placidez de una montaña. Desde la ventana corrediza de la sala de estar, y desde la ventana del cuarto de mis padres justo arriba de ella, se veía el muro como a un kilómetro. Todavía se veía en partes, aunque buena parte de la vista estaba obstruida por un cerro artificial en el que las familias ricas de nuestra comunidad habían construido sus mansiones; se dejaba de ver y se veía de nuevo, detrás del *shikhar* segmentado del templo de Shirdi Sai Baba; al noreste, vigilando más allá de la sucesión de campos de futbol y críquet. Después de un tiempo ya no me fijaba, y llegar a casa se sentía como si uno estuviera de vuelta en un lugar seguro, cobijado y bajo candado.

Por meses traté de ocultar la relación con Riz de mis padres. Entonces, Ma dijo un día que podía escuchar que mi teléfono timbraba cada noche, a través de las paredes delgadas como papel de nuestra nueva casa. Prometió no decirle a mi padre, pero en la cena, unas semanas después,

Papá contó una historia sobre el papá de Riz, chismes del club. El padre de Riz y otros exportadores de telas habían sobornado a burócratas clave para mantener la rupia devaluada. Ese robo codicioso, escarbar y rogar, es común de los exportadores, dijo repentinamente. Fue extraño, porque a Papá nunca le habían importado mis amigos o sus familias. No recuerdo que después de esto mencionara a Riz de nuevo.

Llegó el verano con el viento del Loo,[2] que llegaba cada día del desierto del oeste. El viento raspaba como lija y dejaba cúmulos de manchas marrones en la piel. La escuela se suspendió una semana antes de lo planeado, porque dos niños sufrieron de golpe de calor. Riz y yo planeábamos escabullirnos al cine el lunes porque ese día Ma tenía un almuerzo largo con sus amigas del colegio.

Un mediodía sofocante, un cielo pálido, plano como una sábana tendida. El brillo deslumbrante parecía rebotar desde las paredes blancas de las casas de piedra. Papá estaba en el trabajo, Ma estaba en su almuerzo. Desde mi ventana, mientras esperaba, vi una sandalia azul con blanco derretirse ante el calor de la superficie de la calle. El teléfono timbraba. Era Riz. «Apenas llegué», susurró. «Por un momento..»..

«¿Qué dijeron?».

«Son unos hijos de puta. Tus repetidores[3] son durísimos. Son lo peor».

Los repetidores son una banda informal de hombres, la mayoría de entre veinte y cuareta años. Trabajan para el concejo municipal, aunque en ese momento no se sabía cuán cercanamente. Son guardias de las comunidades y patrullan los muros. Al pasar de los años han construido una reputación terrible. La paliza que le propinaron a mi padre no era inusual. Generalmente van armados. Los incidentes más pequeños pueden volverse mortales. No usan uniforme, así que pueden huir entre las multitudes que invariablemente se forman cuando están destruyendo una tienda, o amenazando a algún inquilino. Uno de los líderes del concejo dijo, después de que causaron destrozos de nuevo: «Son como un puño. No son nada más». Pero los repetidores eran más importantes para el concejo de lo que se mostraba.

Mientras yo esperaba junto a la ventana, Riz y su hermano Naseer manejaban hacia el portón principal de mi sector. Naz era un año más

2 Loo es el nombre que recibe el viento desértico que afecta en el verano ciertas regiones del Ganges y el norte de India.

3 «Repeaters», se refiere a un grupo paramilitar de la India.

joven, pero le gustaba decir que era su hermano mayor el que necesitaba protección. «Bhai no es un peleador. Está construido para amar». Riz contaba historias entretenidas de la pandilla de su hermano menor, ocho o nueve gruesos fisicoculturistas con el tradicional sombrero *taqiyah*,[4] reclutados de algún gimnasio de escasos recursos del barrio de Nizam. Naz los llamaba «su espalda». Me decía, con la sinceridad de un niño pequeño, en sus oraciones como resortera: «Si alguien, cualquiera, cuaa-aaalquieeera, te dice o te hace algo. En tu sector incluso. Yo me encargo de él. Haría cualquier cosa por Riz. Es decir, haré cualquier cosa por ti también».

En el portón, los repetidores habían rodeado el nuevo sedán BMW gris azulado del padre de Riz. Un repetidor metió la cabeza por la ventana de Riz. «Sal del carro».

Riz y Naz emergieron del carro a la luz alta y fuerte del sol. Las casas de dos o tres pisos a la distancia ondulaban al vapor del calor del aire. Los parques estaban vacíos a esta hora, una fila de declives de venenoso brillo.

«Identificación», dijo el repetidor. Riz le entregó la identificación que había comprado, deseando que su hermano se quedara calmado.

«Kushagra Arora», leyó el hombre, con el ceño fruncido. «Pero entonces, ¿cómo es que nunca he visto a ninguno de ustedes antes?».

Quizá sólo les pasaba a los jóvenes, en busca de amor, que cayeran en este problema. Las mejores escuelas todavía no se habían trasplantado, con campos y auditorios y todo, a cada sector que tuviera suficiente dinero para ellas. Chicos y chicas de todos los sectores entonces acababan juntos todo el día. Los estudiantes encontraban cualquier forma de lidiar con los repetidores. Yellowstone tenía un peón llamado Raju, cuyo trabajo era sonar la campana entre clases. Uno de los muchachos del último año descubrió que Raju sabía falsificar. Por mil doscientas rupias te daba, en tres días, una versión bastante decente de la identificación del sector que necesitaras, con tu foto pegada. Cada sector tenía su propia insignia de casta, bordes distintos, firmas, fondos. La parte difícil debería haber sido la marca de agua: la pirámide, y debajo de ella escrito «Pureza para todos».

«Por lo general entramos por el portón 4», dijo Riz. «Nuestra casa está de aquel lado».

---

4 Un sombrero corto usado por los musulmanes en la India.

«Nosotros tampoco te hemos visto nunca». Dijo Naz. «¿Cuánto tiempo llevas trabajando aquí?».

Una mirada de preocupación surgió en la cara del repetidor. «Llevo trabajando aquí casi seis meses». Levantó las tarjetas de identificación para examinarlas mejor. «¿Ambos viven en la Creciente?».

«Sí», dijo Naz, avanzando un par de pasos. «¿Te dejan entrar ahí, o tienes que quedarte aquí afuera junto al muro?».

El repetidor les devolvió su identificación. «Pido disculpas. No sabía que eran de la Creciente».

«Somos una de las primeras familias», continuó Naz, disfrutando el momento ahora, incluso cuando el repetidor comenzó a alejarse. «¿Qué te piensas? Nuestro *abbu*[5] está en el comité».

El repetidor se detuvo. Giró de inmediato, confundido. «¿*Abbu*? ¿Dijiste *abbu*?», gritó. Otro miembro de su grupo se acercó también. «¿Escuchaste eso, Rakesh? ¿Lo que dijo este muchacho? ¿Usaría esta palabra un muchacho de nuestra comunidad para referirse a su padre?».

Naz miró a ambos lados, inmóvil. Riz corrió alrededor del carro, hacia su hermano, y se colocó entre Naz y los repetidores que se acercaban.

Riz mostró su sonrisa más grande. «Miren, muchachos. ¿Qué están diciendo? ¿Quieren que mi hermano les enseñe?». Se desabrochó la hebilla del cinturón y se metió la mano al pantalón, para agarrarse. Se rio junto con los hombres, y hacia su hermano. Riz sabía usar los hombros, la sonrisa, su encanto físico. «¿O quieren que yo les enseñe? Yo también puedo. Pero si mi madre se entera de que revisaron a sus hijos a ver si estaban ... recortados... como muchachos de cualquier madrasa... tendríamos que llamarle una ambulancia, amigos».

El segundo hombre reía. El primero seguía mirando con sospecha. Se acercó a Riz, a pocos centímetros de su cara, y de cerca, casi imperceptiblemente, lo olió.

«Mira, jefe», Riz continuó, «te diré la verdad. Saqué a este para enseñarle a manejar. Cree que tiene la edad suficiente. Quizá. Pero ahora no sé si es suficientemente inteligente». Una sonrisa surgió de la cara del segundo hombre. «No le dijimos a nuestro padre que íbamos a sacar su auto nuevo. No queremos decirle así, desde el portón. Entiendes, ¿no? Papá tiene un temperamento terrible. Primero, se enojaría contigo.

---

5 La palabra *abbu* es una forma levemente infantil de decir *papá* en urdu. Esto implicaría la condición étnica de los personajes.

Luego nosotros recibiríamos su furia completa. Mira, déjame darte algo para que te compres un té. No digas que no, tómalo, tómalo. Somos hermanos, después de todo. Nada más no les digas a nuestros padres. ¿Está bien?».

Para cuando Riz llegó a mi casa, yo era un mar de lágrimas. Los sirvientes seguían dormidos en sus cuartos, así que yo misma fui a la puerta. El golpe del calor casi me quita la respiración. Jalé a Riz adentro y rápidamente cerré la puerta detrás de nosotros.

«¿Por qué estás llorando *tú*?», preguntó levemente molesto, pero me limpió las mejillas con dedos tiernos.

«Lo siento».

«No es tu culpa. No llores». Miraba con rigidez al suelo, caminando alrededor de la mesa de café de nuestra pequeña sala de estar. «Ya me encargaré de ese guardia», musitó. «Olerme. Como a un animal. ¿Quién mierda se cree que es?».

«¿Olerte?».

«Y sabes que ni siquiera era eso». Dejó de caminar y me volteó a ver directamente. «No fue lo que él dijo, sino que tuve que mentir hoy. Mentir sobre quién soy, y de dónde vengo. Es humillante. ¡No me avergüenzo! Pero tuve que mentir, nada más porque... sólo por...».

«¡Sólo por mí!», grité consternada. Lágrimas calientes de nuevo. «Puedes decirlo. Sólo por mí».

Llegó hasta la puerta, donde estaba parada, y me envolvió en sus brazos. Puse los míos alrededor de su cuello. Me empujó contra la pared. Por minutos nos besamos en la sala de estar. Repentinamente recordé que un sirviente podría entrar y vernos en cualquier momento. «¿Quieres ver mi cuarto?» pregunté. «¿Pero dónde está Naz? No podemos dejarlo esperando afuera. Hay que dejarlo entrar».

«No te preocupes. Se ha ido de paseo en el carro. Nunca ha estado en un sector como éste, y quiere ver qué hay».

Cuando subimos por la escalera, Riz me pellizcó a través de mis *shorts* tipo Daisy Duke. Mi cuarto estaba oscuro y todavía fresco por el aire acondicionado de la mañana. Con un dedo del pie encendí el pesado interruptor verde, y un par de luces. «¡Cuánto rosa!», rio. «Hasta huele rosa».

En un principio, esa sensación de posibilidad abierta seguía siendo demasiado para nosotros. Con las manos detrás como un sargento que inspecciona, Riz caminó por el cuarto mirando el surtido de pósters y

fotos de las revistas de rock y de Hollywood. Las pegaba en la pared con cinta de doble cara. Dio tres o cuatro vueltas en mi cuarto mientras yo estaba sentada en mi cama, moviendo las piernas debajo de mí y bajándolas al piso de vez en cuando. Y de repente supe que se había puesto las manos detrás para evitar que temblaran. Cuando se acercó, le acaricié el brazo. Los pelos se le pararon por el escalofrío. Y, de repente, estaba en mi lado de la cama, y nos estábamos besando. Y luego estaba sobre mí.

Si entra algún sirviente, mi padre nunca volverá a hablarme.

El calor y el peso de sus muslos se sentían bien sobre mi cintura. Sus labios rondaban en mi cuello y sus dientes raspaban el cuello de mi camiseta. De repente, mi cuarto era un lugar distinto. La alta cabecera de metal se veía distinta de cabeza, las piezas de bronce de los postes de las esquinas como los rieles de un barco, las cortinas y muros rosas con una textura más profunda, aterciopelada. Y cada centímetro de mí, la chica que cortaba cinta Sellotape en pequeños pedazos y con cuidado los pegaba de seis en seis en las fotografías era otra persona completamente. Me quitó el brasier. Dejé salir un gemido largo y grave. *¿Les dirá a sus amigos cómo gemí? ¿A su hermano, en el camino de vuelta, cómo me quitó el brasier?*

Riz se estremeció en respuesta. Me trataba de quitar la camiseta con los dientes, moviéndola para poder concentrarse en mis pechos. *Pánico*. Le agarré la muñeca y le dije que no. Me miró con una gran sonrisa, con los ojos abiertos y hambrientos. Y luego poco a poco volvía a subirla. Mis dedos se envolvieron alrededor de su muñeca. Apreté más fuerte, sonreí, y volví a agitar la cabeza para decir que no. No hagas eso. Miré sus hombros poderosos. Me miró de nuevo, ya sin sonreír, y confundido. Nada está mal, dije, pero no me puedo quitar la camiseta. Se rio y quiso saber por qué. Por muchos minutos me rehusé a explicarle, mientras mordía a través de la camiseta mis pechos y mis costillas, seguro de que cedería. Y como no paraba, tuve que explicarle. Inocente, sin saber qué pasaría esta tarde, me había olvidado de rasurarme las axilas. Muy dulcemente, Riz pasó las siguientes dos horas en mi cama, con su boca y lengua vagando entre el borde de mi camiseta y la cintura de mis *shorts*. Me besó por mucho tiempo a través de mis *shorts* de mezclilla y me hizo girar, y perder el sentido del control de mi propio cuerpo. Después, cuando hablamos por teléfono, Riz se rio al recordar que había gemido y me había agitado como un pescado fuera del agua. Me burlé de su expresión cuando vio mis senos por primera vez. Y para entonces estábamos nerviosos por lo necesitados que nos habíamos visto.

En la escuela, nos encontrábamos durante los recesos del desayuno y el almuerzo. De vez en cuando encontrábamos algún salón vacío. Muchas veces simplemente nuestros pies se tocaban bajo alguna mesa de la biblioteca, o nos tomábamos de las manos. En el autobús tomábamos el asiento trasero, escondido junto a alguna ventana mientras otra pareja ocupaba la otra. Lo mandaba a casa todos los días hinchado hasta casi explotar. A veces sentía el bulto húmedo en sus pantalones. Me masturbaba en cuanto llegaba de la escuela. Nuestro segundo año juntos pasó rápidamente. Riz, en su último año, tenía permiso de sacar el auto tarde. Yo pasaba la noche en *casa de una amiga*. Justo antes de que se graduara, comenzamos a tener sexo. Íbamos en grandes grupos a bares sucios llenos de espirales de humo en el techo, y donde los dueños no tenían interés en aplicar las leyes de mayoría de edad o de sector. Íbamos a los clubes nocturnos, cuartos largos con láseres verdes que hacían líneas a través de la oscuridad, y baños hechos completamente de espejo y granito.

Casi duramos los cuatro años enteros que Riz estuvo lejos, en Oberlin. Pero se quedó en el *campus* en su último verano, y me pidió «*algo* de independencia». Me pregunté por qué su énfasis en el *algo*, cuando en verdad la palabra operativa debía ser la segunda. Un año, dijo, regresaría. Estaba enojada, pero decidí esperarlo. Sabía, sólo por las películas, cómo era la universidad en América. Sentada en mi cuarto, junto a mi computadora nueva, veía su *username* encenderse cuando estaba en línea; determinada a no iniciar contacto; perdiendo la paciencia, enviando algún mensaje innecesario en tono casual, hirviendo de coraje, mandando el *link* de una canción que estaba escuchando —¿estaba ahí? Sin respuesta. Viendo su nombre volverse gris de nuevo, cuando se iba sin decir ni *Hola*.

Me gradué de la universidad ese año, honores en inglés. Un par de semanas después de graduarme me emborraché una noche con unos amigos y me acosté con un estudiante de diseño de pelo largo, llamado Jethro, nombre real Jaiveer Arora. Me había dado un aventón a casa en su motocicleta. Una experiencia terrible, escabullirnos furtivamente por el cuarto de sus padres, su propio cuarto apestoso de humo rancio. Lo evité todo el verano. Y se extendió en mi sector el rumor de que yo era una puta.

En septiembre de ese año murió mi padre. Un año antes, se nos dijo que había contraído enfisema, que diagnosticaron como efecto del EPOC.[6] No podía trabajar. Esto lo hizo aislarse mucho más en sí mismo.

6 Enfermedad pulmonar obstructiva crónica.

Mi madre daba clases privadas de inglés a los niños del sector. Papá se sentaba en su mecedora. A veces incluso eso era demasiado, y le faltaba el aliento. Jadeaba como si sus costillas se hubieran colapsado, su pecho hundido, y boqueaba con dificultad. Tosía con tanta fuerza que los líquidos caían a metros de distancia. Líquidos transparentes en el mosaico, separados de la viscosidad de su corazón. Mi madre perturbada. Yo limpiaba después.

Ma había estado sola por mucho tiempo. Yo también, sin darme cuenta. Luego regresó Riz. Había vuelto de América. Nunca había conocido a mi padre, pero se apresuró a regresar en cuanto supo la noticia. Riz habló con sobriedad con mi madre por media hora, mientras ella estaba sentada con los ojos vidriosos sobre un tapete de paja que alguien había colocado en el piso de la sala. Se fue después de sonreírme levemente. Regresó con una foto de pasaporte de mi padre, ampliada y enmarcada. Mi madre comenzó a aullar del llanto. Cuando se colgó la foto, insistió que nadie la decorara con la tradicional guirnalda de caléndulas.

Riz vino cada día, y sirvió té y aperitivos a las visitas. En la tarde caminábamos juntos. Ése era el único momento en que yo podía llorar. Su camisa siempre acababa empapada en los hombros. Las primeras dos semanas mi tía y mis dos primos durmieron conmigo y con mi madre en colchones en la sala. Riz se quedaba todos los días hasta la hora de dormir. Les contaba a mis primos chistes tontos, mientras lo ayudaban a tender las sábanas de los colchones. Luego, me dijo que tenía que sobornar a los repetidores cada día para que lo dejaran entrar en el sector. Habían sido más amables porque entendían que había habido un fallecimiento.

Me pregunto qué habría pensado papá de mi boda. El *nikaah*[7] fue una mañana de enero en el *haveli*[8] del pueblo ancestral de Riz, rodeado de los huertos de mango de la familia, dos años después de que murió papá. Vinieron mi madre y Dipanita, mi mejor amiga. Nos fuimos al amanecer en nuestro viejo Fiat azul claro. El conductor no podía seguirle el paso al convoy y repentinamente habíamos llegado a un camino de pueblo lleno de pequeñas casas blancas y tiendas de abarrotes, y pequeños estudios fotográficos, hombres de largas barbas blancas y cabellos naranjas bajo sus *taqiyah*, mirando nuestro vehículo, curiosos por las mujeres citadi-

7 Una boda islámica.

8 Una mansión india.

nas. Parecía que se hubiera apagado el cerebro del conductor. El camino se hacía cada vez más estrecho. Tenía miedo, aunque no me atrevía a decirlo, de que alguna de las ruedas delanteras cayera en un bache y acabáramos llegando incluso más tarde. Una autocarroza del pueblo, de las que tienen espacio para ocho o hasta diez pasajeros, vino en el sentido opuesto. Tratamos de rodearla pero ninguno de los dos podía avanzar. Comencé a gritar, enojada con Ma, con el conductor. Dipanita trató de calmarme desde el asiento delantero. Finalmente llamé a Riz. En cuanto escuché su voz comencé a llorar. Me dio instrucciones precisas. Fuimos en reversa por el camino estrecho y llegamos a una pequeña glorieta. Naz apareció quince minutos después, y para entonces yo estaba tan furiosa con nuestra estupidez que estaba dispuesta a regresar a casa. Llegó en una 4x4, con uno de sus primos junto a él. Se acercó en sentido contrario, detrás de sus ruedas una densa nube de polvo naranja, y se subió los Oakleys a la frente.

«¿Nos vamos, damas?». Una sonrisa gigantesca mientras miraba alrededor. «Qué bonito lugar han encontrado, pero *maulvi* Sahab[9] espera». Cuando vio mi expresión, su cara cambió. «¿Por qué tan triste, Shal? Ammi, *abbu*, todos están relajados en casa. El *maulvi* lo está pasando bien. Ha tomado ya tres tazas de té, directo del tazón. Toda una imagen. Y todo un ruido, también». Sonrió levemente cuando me reí. Luego volteó a ver a mi conductor. «Y tú. Ahora sí sigue el paso. Te estoy observando».

No hubo sol en el *haveli* ese día. Después de nuestras disculpas sin importancia fui llevada de prisa a un cuarto estrecho alumbrado con luces de tubo, donde mi madre me ayudó a cambiarme. Riz estaba en la sala con los hombres de su familia y el *maulvi*. El corredor al aire libre que llevaba a ellos estaba lleno de rocío casi congelado. Ma me gritaba que me subiera el *jaal gharara*[10] que me habían dado. *No dejes que se arruine*. Me llevaron a un cuarto adyacente con colchones en cada centímetro del piso. Silenciosamente, repetí el nombre que había elegido. «Yasmeen, Yasmeen, Yasmeen», como la princesa de Disney.

A Ma parecía caerle bien Riz. No se inmutó mucho con la insistencia de su padre en el *nikaah*. Encontraron un *maulvi* que ignorara las rígidas costumbres de la conversión. Se divirtió en el *haveli*. Cuando asentí a las dos o tres preguntas que me hizo en urdu el *maulvi*, Mamá, Dips y yo

9 Un *maulvi* es un predicador islámico.

10 Vestido de gala pakistaní.

estábamos repentinamente rodeadas de una parvada de mujeres, las tías y primas de Riz. Riz entró y todas comenzaron a gritar. Parecía diferente en esta casa; más seguro de sí mismo. Nunca había sentido en él la falta de seguridad, siempre ancho y fuerte, vestido en una *salwar-kameez* marrón, con el pelo derramándose del *topi* blanco. Puso su brazo alrededor de mi cintura, lo que provocó muchas burlas. Mi madre y Dipanita se unieron a ellas. Fotografías con un carrusel de primas, las más jóvenes muy tímidas. Por la forma como lo miraban podía uno deducir que algunas estaban enamoradas de Riz.

El tío de Riz entró. Chachoo administraba las tierras de la familia. Sin decir mucho, tomó a Riz de la mano y nos escoltó al piso superior, a un pasillo con veranda que miraba a los jardines. La mañana se rehusó a volverse cálida, y yo temblaba de frío para cuando llegamos. Levantó un bloque de madera estrecho que aseguraba la puerta del final del pasillo. Una vez que nos llevó al cuarto, apuntó a la cama y miró firmemente al suelo. «Ustedes descansen aquí», murmuró. «Alguien subirá en media hora».

Estábamos en un cuarto húmedo donde las ventanas altas, entrecerradas, dejaban entrar sólo líneas del cielo gris, las barras de madera de las ventanas tan gastadas que sonajeaban. Encontré una caja de apagadores amarillentos pegada a la pared, y cuando la encendí, una luz de tubo prendió con chispeos y zumbidos. La idea de coger en este *haveli* de ochenta años, cuando mi madre y sus padres bebían té lechoso y denso bajo nosotros. Dipanita sentada con ellos.

Reí silenciosamente. Me quité dos capas de ropa, con cuidado, y las puse en una silla, y me extendí en la cama. Riz se quitó la *kurta*[11] y se unió, y ambos sonreímos al pensar en cómo nos tratarían ahora nuestras familias. Riz estaba inquieto bocarriba, así que puso su cabeza sobre mi pecho. Su respiración se aceleró. Apenas comenzaba a acostumbrarme cuando dijo: «Sabes, mis padres deben de haberlo hecho también en esta cama».

«Pues sí. Y ahora para eso estamos aquí tú y yo. Hora de cogerte a Jazmín, Aladdin».

«¿En serio? ¿Tienes energía para eso?».

«El cuarto está congelado. Y no tengo idea de cómo quitarme el resto de esta cosa».

---

11 Camisa larga de hombre.

«*Abbu* probablemente tenía vergüenza de decirle a Chachoo de nosotros. Que hemos estado juntos».

«¿Y por qué diablos sabría eso tu padre?», le pregunté a Riz, con un pequeño golpe en la nuca. Había grietas en el techo que parecían las fosas nasales y los ojos de una pequeña cara retorcida.

«Quisiera que mi papá todavía estuviera con nosotros», dije.

«¿Cómo está tu mamá? ¿Está tomando todo esto bien?».

«Sí, muy emocionada. Se ve bastante feliz».

«Me alegra. Me preocupaba que esto fuera demasiado».

«No, todo esto le gustó. Estaba preocupada antes».

«¿Qué quieres decir?», la voz apagada de Riz ahora estaba alerta. Se rodó lejos de mí y se levantó con la mano bajo su oreja derecha. El viento abrió una ventana y un cuadrado muy derecho de luz apareció en la cama, encendiendo el polvo que flotaba junto a la cabeza de Riz como burbujas de soda.

«Nada, realmente. Fue algo que dijo».

No dijo nada, y me miró con una sonrisa forzada, con el brazo doblado en un escaleno muy prolijo, y pensamientos rápidos detrás de sus ojos.

«Amor, no malentiendas», dije. «Sólo estaba siendo protectora. Soy su única hija. Por supuesto que se preocupa».

De nuevo, no hubo movimiento, pero sí el mismo tono pesado. «¿Qué dijo?».

«Abrimos una botella de vino porque era mi última noche en su casa. Ahora estará completamente sola. Pero sabes que le caes bien, ¿verdad? Nunca diría algo como eso».

«¿De qué se preocupaba, entonces?».

«Uf. Sólo preguntó si estaba segura de lo que estaba haciendo. Era más como una broma. Nos sirvió un segundo vaso, y subió la copa a su nariz, y dijo —traté de copiar la expresión nerviosa de mi madre, esperando que eso disipara la tensión—: "Riz es... es un chico *tan* bueno. Sabes lo bien que me cae. Nos ayudó tanto cuando tu padre murió. Y yo sé que ha estado ahí contigo. Te digo, mi mayor alivio es que es tan diferente. No es tan... típicamente musulmán, ¿sabes? Es que, después se pueden volver muy religiosos. Hay una tendencia. Le pasó a una amiga mía. Su esposo se volvió fanático después. ¿Recuerdas a tu tía Leena? Las hijas tenían que ponerse el Hijab. Sus hijos sólo podían casarse con mujeres musulmanas. Imagínate. ¡Aunque su madre era hindú! Me sentí tan mal"».

Riz no parecía ofendido. Incluso, le divertía. Lo volví a acercar a mi pecho. «He oído eso antes», dijo. «No de tu mamá, por supuesto. Debemos explicarle qué es un fanático de verdad. ¿Eso era entonces?».

«Sí, básicamente». Acaricié su cabello con mis dedos. «Le preocupaba que te quisieras casar de nuevo, y de nuevo, y de nuevo: "Pueden tener cuatro esposas. ¿Qué harás entonces?'».

«Mi pobre nena. Y la noche antes de casarte. Qué puñeta psicológica».

«Y le dije que te haría la vida tan miserable que nunca querrías casarte de nuevo. ¡Y lo haré!».

Sus padres insistieron en que pasáramos la noche en la casa vieja, pero mientras su familia hacía la siesta, hicimos que uno de los conductores nos llevase a la ciudad. Nuestros amigos de la escuela nos esperaban en una suite que Riz había rentado en Claridges. No hicimos la larga celebración típica porque nuestro matrimonio ya era de por sí complicado. No era contra la ley, pero te hacían sentir como si hubieras hecho algo terrible. Nuestras fotografías tuvieron que publicarse en el boletín de la estación de policía por un mes antes de la boda. Permisos firmados de los padres de ambos, en todo tipo de formas burocráticas. Habíamos tenido que tramitar fotocopias del certificado de defunción de mi papá con siete autoridades distintas. Permisos, en su sector y en el mío. Tuvimos que declarar domicilio oficial. Las reglas eran tan estrictas que se había vuelto imposible para nosotros vivir en su sector, o en el mío, con alguna semblanza de paz.

Y así fue que llegamos al East End •

Traducción del inglés de Héctor Ortiz Partida.

Hogar

SARABJEET GARCHA

¿Qué página de qué libro
estará abierta ante mis ojos
cuando dé mi último suspiro?

¿Qué línea de qué poema
estaré mirando?

Quizás tan sólo un pensamiento invocará
una noche entera en el corazón:
¿por qué no pude aceptar por completo
al creador imperfecto
de versos perfectos?

Sigo buscando un lugar para los sueños
por una razón más allá de las palabras.
Lo que encontré
lo derritieron los párpados.

Éste fue el mismo lugar
donde los sueños se convierten
en cartas sin direcciones.

Había un cartero que solía
entrar por la puerta trasera:
nunca lo vi.

¿Cómo podría siquiera afirmar
que las cartas que había recibido
eran realmente mías?

Los mismos amigos a los que no les podía hablar en el día
seguían apareciéndose en mis sueños.
Seguía encontrando los barcos de papel que hacían flotar
en un lento río.
Otros debieron haber recibido también los míos,
amigos a los que no podía ver
desde mi lugar junto al río.

El agua no pudo borrar la tinta.
Quizás también se había conmovido
con algún mensaje escrito.

No había diálogo.
Incluso así, las palabras siempre se intercambiaban
en algunas direcciones.

Incluso si el mismo río
no aparecía en los sueños de todos los amigos,
cada uno de nosotros bendecía al cartero invisible
que hizo de nuestros hogares
los destinos de cartas sin direcciones.

Cada hogar conectado de corazón
se volvió el hogar del poeta.

Versión del inglés de Víctor Ortiz Partida.

Poonachi o la historia de una cabra negra

PERUMAL MURUGAN

I

HABÍA UNA VEZ una cabra en un pueblo. Nadie sabía dónde había nacido. El origen de una vida ordinaria nunca deja rastro, ¿verdad? Dicho esto, la llegada de la cabra al mundo fue de algún modo inusual.

Aquel año no había llovido mucho en ese tramo de tierra semiárida conocido como Odakkan Hill. Los últimos años habían sido iguales. Si en un día excepcional llovía durante media hora, algunos advenedizos hablaban de «lluvia torrencial». Nunca habían vivido una temporada de lluvias en la que el agua cayera sin parar durante todo el día a lo largo de varios meses. Cuando la lluvia era abundante, maldecían: «¿Por qué llueve tanto?». Estaban hartos de tener que proteger sus pertenencias de la lluvia y de terminar empapados cada vez que salían. Pero hasta un enemigo debe ser recibido con cortesía. Si maldecimos y ahuyentamos la lluvia, que nos trae riqueza y prosperidad, ¿por qué tendría que volver a visitarnos?

Meditando así sobre la falta de lluvia, el anciano estaba sentado en una colina cercana a su terreno y observaba el cielo con la mirada perdida. Era un granjero perteneciente a la comunidad de Asuras. La cosecha acababa de concluir en todos los campos. El rendimiento había sido modesto. Pero aun después de la cosecha quedaba algo de hierba verde y exuberante en los terrenos. La capa de rocío ayudaría a que la hierba soportara el calor del sol y sobreviviera otros cuantos días antes de secarse por completo. Aunque poseía algunas cabras que podía llevar a pastar allí, el anciano anhelaba tener una cabra más para alimentarla y criarla en tan sólo dos meses.

Había una pequeña concavidad bajo la colina donde se hallaba sentado, más allá de la cual se extendían campos bañados por el sol. Le encantaba

sentarse allí al atardecer para admirar el espectáculo de la sábana carmesí que se tendía sobre el horizonte. En días en que llevaba a pastar a sus cabras a ese lugar, así como en otras ocasiones, se retiraba hasta después de contemplar la colorida exhibición que se desplegaba en el cielo. Si por alguna razón se la perdía se sentía agraviado, como si le hubieran robado algo precioso. «Siéntate en el campo y mira el cielo un rato. Te despejará la mente», solía mofarse la esposa del anciano.

Un día, mientras disfrutaba el atardecer, sus ojos fueron atraídos por una visión insólita en el largo sendero contiguo al terreno. Una silueta enorme se movía en la distancia. Parecía como si el tronco de un árbol despojado de todas sus ramas se hubiera arrancado de su sitio para echar a andar por el sendero. El anciano se puso de pie instintivamente. En los momentos siguientes quedó claro que lo que observaba era la figura de un hombre, estirada por la luz del ocaso.

El anciano conocía a toda la gente de la zona, incluidos los niños locales de todas las edades. ¿Quién podía ser, entonces? No lograba adivinarlo por la manera de andar. En el espacio entre un paso gigantesco y el siguiente, pensó, un hombre de uno ochenta de estatura podía recostarse y extender los brazos libremente a ambos lados.

Era la hora del crepúsculo y la figura se movía con rapidez, quizá porque quería llegar a algún lugar antes de que cayera la noche. Parecía que iba a pasar justo por la colina en unos cuantos segundos. El anciano creía que no había un alma en la región que no conociera. Tampoco había imaginado jamás que sería fácil que alguien lo ignorara y se alejara. ¿Quién era ese gigante?

Unos instantes después, el balanceo de su mano derecha y su brazo izquierdo doblado aparecieron a la vista. Al advertir que el gigante se apretaba el brazo izquierdo contra el pecho, el anciano se preguntó si sería inservible. Si cobraba tal impulso moviendo sólo el brazo derecho, ¡a qué velocidad andaría si hiciera oscilar también el izquierdo! Para tratar de averiguar la identidad del gigante, el anciano bajó de la colina hacia el sendero.

El gigante era una figura imponente, alto como media palmera y ataviado únicamente con un taparrabos atado a la cintura. El taparrabos parecía aletear en la brisa. Aunque el anciano lo divisó desde lejos, el gigante había acortado la distancia en un santiamén. Daba la impresión de que pasaría volando y se perdería para siempre en cuestión de segundos. Temeroso de que se le escapara, el anciano gritó desde cierta lejanía:

—¿Quién anda ahí?

El gigante se detuvo en seco.

—Soy yo, *samiyov* —respondió.

Su voz sonó como una avispa que se abriera paso en un trozo de madera. El anciano todavía no podía identificarlo. Pese a que el gigante aún se encontraba a cierta distancia, el anciano tuvo que alzar los ojos para ver su rostro.

—¿Quién eres? —preguntó—. Pareces ser nuevo por aquí.

—Para nada —contestó el gigante—. Pertenezco a esta región. Deambulo de pueblo en pueblo tratando de vender esta cabrita. Aún no he hallado a un comprador. Tiene un día de nacida. Por eso estoy yendo a cada campo, *samiyov*.

—Si vas al mercado la venderás muy rápido —dijo el anciano.

—¿Quién comprará a mi bebé en un mercado, *sami*? —rio el gigante.

Este tipo es muy arrogante, pensó el anciano.

—Los hombres llegarán uno tras otro, le sujetarán la quijada y le mirarán los dientes. Le rodearán la cintura con los dedos, le jalarán las ubres y le acariciarán el lomo. ¿Acaso no hemos visto a las pobres cabras expuestas como si fueran joyas en los mercados? ¿Acaso permitiré que cualquier mano vieja toque a esta bebé hermosa? Por eso no me atreví a llevarla a un mercado. No está en mí criar a esta cabra y ganarme la vida con ella. Así que vago de pueblo en pueblo intentando encontrar a alguien que la cuide como se debe —explicó el gigante.

Parece que la lengua de este sujeto también se alargará como su cuerpo, pensó el anciano. Echó una ojeada a la cabrita. Era apenas visible. Quizá descansaba cómodamente en el hueco del brazo del gigante. En la tenue luz del ocaso no se le podía distinguir con claridad. El anciano estaba reacio a acercarse.

—Dices que has ido a varios pueblos. ¿Nadie tuvo el dinero suficiente para comprar esta pequeña maravilla?

—Ah, los hombres de fortuna abundan como los gusanos de la fruta. Lo que escasea son los corazones buenos. Sólo un hombre de buen corazón podrá tener a mi bebé —dijo el gigante.

Se agachó y dejó a la cabra en el suelo. Su espalda era tan ancha como una losa de granito. Cerca de sus pies se retorció un gusano grande y gordo. Al enderezarse, se quitó el turbante para secarse el sudor del rostro y el torso.

—Mire, no es una cabra cualquiera. Su madre dio a luz una camada de siete crías. Luego de que parió a la sexta, pensé que ya había terminado y que sólo restaría el cordón umbilical. Pero entonces se le contrajo el cuerpo y pujó con fuerza una vez más. Así salió la séptima cabrita, que cayó como un pedazo de estiércol. Es un verdadero milagro, mírela nada más —dijo el gigante.

Una brisa agradable se había levantado con el atardecer, pero el sudor corría por el torso del gigante como un riachuelo. El anciano lo observó con asombro mientras detenía el flujo con el turbante y se secaba. ¿Qué clase de hombre es?, se dijo, ¿vendrá de otro planeta? El gigante continuó:

—No puedo seguir dando vueltas, *sami*. Mis días están tocando a su fin. Le dejaré esta cabrita y retomaré mi camino. Cuide de ella, *samiyov*.

Alzó a la cabrita y la depositó entre las manos del anciano. Al principio éste sintió que un mazo le había rozado los dedos, pero enseguida se topó con una flor en sus palmas. Nunca antes había visto una cabrita tan minúscula. La contempló azorado. Su forma inquieta le cabía a la perfección en la curva del brazo. La cabrita era totalmente negra, del negro lustroso de un escarabajo. Con la mano reposando en la garganta del animal, el anciano levantó la vista. El gigante había desaparecido, disolviéndose en la oscuridad al final del sendero.

—¡*Yov*, *yov*! ¿No quieres algo de dinero a cambio? —gritó el anciano.

Pero el gigante no pudo oírlo. El anciano permaneció inmóvil, observando cómo la figura se reducía a una mancha y después se esfumaba por entero. Al girar con lentitud, el anciano fue presa de la ansiedad. Había anhelado tener una cabra más que pastara en la hierba verde. Por azar, esta pizca de estiércol había llegado a sus manos. ¿Cómo iba a criarla hasta que fuera adulta?

2

El anciano subió la colina y entró en el campo. Había recogido hierba para llenar una cesta. Después de colocar a la cabrita en la cama de hierba levantó la cesta, se la puso sobre la cabeza y echó a andar. La oscuridad había llegado como una niebla humeante que comenzaba a instalarse despacio en el cielo carmesí hacia el Poniente. Era hora de volver a casa. Alguien como el gigante, con sus zancadas largas, habría llegado quizá en un santiamén.

El cobertizo de paja del anciano se localizaba relativamente cerca del campo. Para llegar a él debía atravesar el terreno, tomar el camino de barro, cruzar la orilla del lago y luego avanzar penosamente por el extenso sendero que serpenteaba por los prados semiáridos.

Para cuando el anciano alcanzó el sendero, su sombra se había empezado a desvanecer. Optó por dar pasos largos, apresurándose para llegar a casa antes de que estuviera demasiado oscuro para ver dónde pisaba. En todo el trayecto había campos cortados. Aquí y allá distinguió a algunos hombres que regresaban al hogar con sus cabras después de llevarlas a pastar a la

hierba nueva. Si no fuera por la cabrita ya estaría en casa con la cesta llena de hierba.

Mientras avanzaba oyó de golpe que la cabrita balaba una y otra vez en un zumbido constante. La miserable no sólo había consumido su tiempo sino que además lloraba, pensó el anciano molesto. Entonces vio a un grupo de pastores que corrían hacia él desde las cuatro direcciones, gritando:

—¡*Dhooyi, dhooyi*!

El anciano se detuvo en seco, sintiendo que algo andaba mal. Parecía que una ráfaga de viento quería arrancarle la cesta de la cabeza. La asió con fuerza. Un hombre se adelantó velozmente, tomó al anciano del brazo y lo estabilizó. De otro modo habría caído de bruces en la tierra. El hombre retiró la cesta de la cabeza del anciano y la puso en el suelo. Tras recobrar la compostura, el anciano preguntó sin aliento:

—¿Qué sucede?

—Voltea —dijo el hombre, apuntando al Poniente. Agitando las alas, un ave enorme volaba hacia la colina donde ya había oscurecido.

—¿Qué llevas en la cesta que atrae a un pájaro tan grande? —Dos o tres hombres se aproximaron al anciano con aire inquisitivo—. ¿Una rata que atrapaste en el campo?

Entretanto, la cabrita se había incorporado con lentitud en la cesta para gemir: «Mmmm». El anciano aún estaba demasiado asombrado para hablar.

—Traías a este gran gusano negro en la cesta. Por eso atacó el águila —rio un hombre al alzar a la cabrita.

—Es una cabrita, viejo —dijo otro hombre.

La cría se retorció como lombriz en manos de quien la había alzado. Todos los pastores la observaron con asombro.

—¿En serio es una cabrita?

Se la turnaron para examinarla. El anciano se sentía avergonzado. Si los pastores no la hubieran visto al descender sobre la cesta, el águila se habría llevado a la cabrita entre las garras para devorarla.

«Mírenla», pensó el anciano. «Este instante de peligro debió estar en su destino». Después se dirigió a los pastores:

—Como la providencia, ustedes se presentaron en el momento preciso para ayudarme. Además de perder a la cabrita, podría haberme caído con la cesta y roto una pierna. ¿Qué habría hecho entonces? Tengo a una mujer en casa. Todos los días me da de comer porque trabajo y gano algo de dinero. ¿Me cuidaría si me viera tendido en cama con la pierna rota?

Un pastor en taparrabos que sostenía en una mano a la cabrita dijo:

—Su barriga está vacía, viejo. Mírala. Tiene tanta hambre que no puede ni abrir los ojos.

El pastor gritó «*Bu-ck-oo, bu-ck-oo*» y sus cabras vinieron corriendo hacia él. Eligió a una hembra y le puso a la cabrita en la ubre. La cabrita estaba demasiado débil para alcanzar el pezón, así que el pastor se lo metió en la boca. Era quizá la primera vez que la cabrita intentaba mamar de una ubre. Luego de batallar un poco, logró agarrarla con firmeza y la succionó. Cuando las primeras gotas de leche tocaron su lengua, descubrió un nuevo sabor y empezó a amamantarse con entusiasmo.

—Esta cabrita es inteligente —dijo el pastor que había dispuesto la alimentación. Al cabo de unas cuantas succiones que le empaparon el vientre, la cabrita sintió que le dolía la quijada y soltó el pezón—. Anda, bebe un poco más. Así pasarás una noche sin punzadas de hambre —insistió el joven, haciendo que la cabrita continuara amamantándose otro rato. Después la levantó para entregarla al anciano—. Parece un gusano, pero gracias a su actitud ya es toda una adulta —dijo.

Los pastores se alejaron con sus rebaños. Luego de asegurar a la cabrita en la cesta y cubrirla de hierba, el anciano retomó su camino. «No sé cuántos riesgos más correrá esta criatura», caviló. «¿Podrá sortearlos o sucumbirá a ellos? ¿Quién sabe qué le depara el destino?».

A la anciana no le gustaron el aspecto ni los ruidos de la cabrita. Se dirigió a su esposo con el ceño fruncido:

—¿Dónde recogiste esta gatita? ¿Para qué la necesitamos? —Cuando el anciano la sacó de su error, ella alzó al animal y exclamó azorada—: En efecto, *es* una cabrita.

Toda la noche los ancianos repasaron la historia de cómo había llegado la cabrita a sus manos. Tenían ya dos cabras. Una de ellas había dado a luz apenas el mes anterior. Tres crías: dos machos y una hembra. Los tres animales brincaban y jugaban en el patio delantero. La otra cabra estaba preñada y alumbraría dentro de un mes aproximadamente. Habían vendido las crías de su camada previa al carnicero hacía tan sólo diez días. También tenían una cría de búfalo, una novilla. Si pastaba durante un año más, estaría en edad de aparearse y entonces podrían venderla.

La pareja pasaba sus días ocupándose de algunos cultivos en el medio acre de tierra contiguo a su cobertizo de paja, llevando a pastar las cabras y atendiendo la cría de búfalo. El anciano se responsabilizaba de pastorear las cabras en los campos y de buscar forraje para ellas y la novilla. Usaba esta labor como excusa para vagar por terrenos y pueblos, bromeando con la

gente y disfrutando de la camaradería. Su esposa casi no salía de casa. Como sus necesidades eran pocas, iba al mercado una vez al mes para comprar provisiones. Ambos visitaban a su hija una vez al año para el festival anual en el templo del pueblo, que implicaba ausentarse durante una quincena. Era su única hija, y ellos no deseaban más que pasar el resto de sus vidas con la serenidad mantenida todos estos años.

Esa misma noche la anciana puso un apodo a la cabrita que parecía gatita: Poonachi. Una vez había tenido una gata llamada así. En memoria de esa mascota amada, la cabrita también se llamaría Poonachi. La habían adquirido sin gastar ni un centavo. Ahora, de algún modo, debían cuidarla. Su esposo le había contado una historia vaga acerca de un demonio parecido a Bakasura con el que se topó y que terminó dándole la cabrita como obsequio. La anciana se preguntaba si podía habérsela robado a un pastor. Alguien podría venir a buscarla mañana. ¿Y si su esposo le había contado esa historia para ocultar su crimen?

La anciana no estaba acostumbrada a prender lámparas por la noche. La pareja cenaba y se retiraba a dormir cuando aún había luz del crepúsculo. Esa noche, sin embargo, ella tomó una gran lámpara de arcilla y la llenó con aceite de castor extraído el año anterior. No había algodón para el pabilo. Arrancó una tira de un taparrabos desechado por su esposo y la convirtió en mecha.

Miró a la cabrita a la luz de la lámpara en el cobertizo como si viera a su propia hija después de mucho tiempo de separación. Su cuerpo no presentaba puntos calvos ni magulladuras. El animal era completamente negro. Mientras observaba la lámpara, sus ojos abiertos de par en par eran claramente visibles. En su rostro había un rastro de fatiga. La anciana pensó que la cabrita lucía demacrada porque no había sido alimentada de forma correcta. Debía de tener apenas unos cuantos días de nacida. En su corazón enraizó la determinación de que de alguna manera debía criar al animal hasta la edad adulta.

Llamó al anciano para que acudiera a ver a la cabrita, que parecía un grumo negro brillando bajo la lámpara en la noche profundamente oscura. El anciano le jaló con cariño las orejas que aleteaban y dijo:

—Vaya suerte que tienes de vivir aquí.

Hacía mucho que marido y mujer no se entregaban a una charla tan amena. Gracias a la repentina entrada de la cabrita en sus vidas acabaron hablando de los viejos tiempos ●

Traducción de Mauricio Montiel, a partir de la traducción del tamil al inglés de N. Kalyan Raman

Nelumbo Nucifera

LAKSHMI KANNAN

Por dos mil años

Asia te ha conocido

como un fenómeno de autolimpieza.

Pero ¿cómo pudo

El-honrado-por-el-mundo[1]

saber de ti, antes de eso?

Él no era Wilhelm Barthlott[2]

ni tampoco tenía un microscopio electrónico

para escanear el mecanismo de

ceras hidrofóbicas

---

* *Nelumbo Nucifera:* es el nombre científico de la flor de loto, además el «Sutra del loto» es uno de los más influyentes sutras mahayanas o discursos del Buda. (*Todas las notas son de la traductora*).

1 El-honrado-por-el-mundo: *Bhagava*t, en sánscrito, se refiere a uno de los diez nombres de Shakyamuni Buddha (Siddhartha Gautama) cuyas mejores enseñanzas se encuentran en el «Sutra del loto».

2 Wilhelm Barthlott: botánico alemán conocido por el «efecto del loto». Él y Ehler estudiaron las propiedades de autolimpieza de las hojas de loto en 1977. Es el resultado de ultrahidrofobicidad de las hojas del nelumbo o flor de loto. Las partículas de suciedad son recogidas por las gotas de agua debido a la arquitectura micro y nanoscópica de la superficie. Esto minimiza la adhesión de las gotas a la superficie.

en las células epidérmicas de las hojas del loto.
Toda la suciedad
y los agentes patógenos del karma negativo
son recogidos cuidadosamente
por gotas de agua
hasta que no haya ninguna adherencia
en la hoja de loto

Sobre el agua lodosa, tú, el loto,
floreces en fresco rocío, inmaculado y limpio
sobre el sucio pantano.
Así es como, dijo el honrado-por-el-mundo,
el loto mantiene su cabeza
por encima de las aguas.

Versión de Laura Solórzano, a partir de la versión
del tamil al inglés de la autora.

Rajathi Salma

Lago

Con la cara oscura de lánguido suspiro
El lago yace plácido e inmóvil

Hace unos días,
Tiraste
Tus cálices vacíos en él
Sin pausar un instante;
Y el lago los recibió
Sin protesta

Otro día
Enjuagaste tu cenicero,
Echando la ceniza en sus aguas

Ayer incluso
Al escarnio de nuestro amor
Que se ha agriado, escupiste
Furioso en el agua.

A cualquier hora —sin importar
Cuándo del día—
Tiraste tus desechos
Ahí y te limpiaste.

Hoy, sin recordar
Nada de esto, te preparas
A saciar tu infinita sed.

Éste no es un río que carga
Tus tóxicos efluvios en la corriente
Sino un lago, plácido e inmóvil

Agua, acumulada
Un estanque inmóvil
Que carga con todo sin perder nada.

Imagen

Pisada en la oscuridad,
La cucaracha fue molida
Hasta la pulpa. Toda la noche,
Una armada de hormigas ha
Limpiado el cuerpo de carne,
Dejando sólo el armazón vacío para mostrarme
La imagen de mí misma
Con alas que ya no pueden elevar el vuelo
Y patas de palo —ahora redundantes e inútiles.

Contrato

Mi hermana me silba con furia
Lo que mi madre me susurra con tacto:
Que todos los fracasos
En el lecho conyugal
Son míos y sólo míos.

Las primeras palabras que escucho
Cada noche en la alcoba:
«¿Qué te pasa esta noche?»
Éstas son, casi siempre,
También las últimas palabras.

Un dedo apunta a un trueque lascivo
Al aire de noches timoratas, esperando la redención
Por diez millones de estrellas brillantes,
Flotan palabras de sabio consejo

Incapaz de alimentar a sus crías,
La gata llora como una niña;
Y su llanto
Me desgarra el hígado.

Tú, también,
Tendrás quejas.
Mi posición, sin embargo,
Se ha hecho clara
Al tiempo y a la historia.

Para recibir
Un poco de tu amor
Incluso turbio como lo está —

Para cumplir
Mis deberes
Como la madre de tu hija —

Para que traigas
Toallas sanitarias y anticonceptivos
Del mundo exterior;
Y para buscar más favores mezquinos —

Para darte un poco de órdenes,
Si pudiera —
Para afirmar un poco
De mi autoridad —

Mi vagina se abre,
Y sabe todo lo que debería.

Pasada media noche

En los días después de mi embarazo y parto,
Buscas, insatisfecho,
Entre la familiar desnudez de nuestras noches,
El pasado intacto de mi belleza.

Mi cuerpo hinchado
Mi vientre arrugado de estrías,
Son verdaderamente repulsivos, me dices;
Y también que
Mi cuerpo no cambiará —
Ni ahora, ni nunca

Mi voz, largo tiempo enterrada
En un un pozo de silencio,
Musita para sí misma:

Sí, es verdad
Tu cuerpo no es para nada como el mío,
Con su fanfarria
Y su flagrancia

En los años pasados,
Podrás haber tenido hijos
De mujeres extrañas en tierras desconocidas.
No queda ninguna huella en ti, por supuesto —
Puedes estar orgulloso de ello.

¿Qué puedo hacer yo?
Estas estrías son
Como mi descenso:
No tan fáciles de reparar o remendar.
Este cuerpo no es papel que puedas cortar e injertar.

La traición de la naturaleza
Ha sido mucho más terrible conmigo que contigo.
Fuiste tú, después de todo, quien comenzó
La primera fase de mi caída

Las horas después de la media noche,
Cuando los sueños crecen en oleadas
Son de más calamidad
Que las horas anteriores.

Ahora es pasada media noche;
Deja su quieta percha dentro de un mural,
El tigre se monta en mi cabecera
Y se sienta ahí, y me mira.

Una noche y otra

I.
Otra noche
Se desliza marchita
En los resquicios de la soledad.

Piernas demasiado débiles
Para escalar las paredes
Caminan en la oscuridad
De los aposentos interiores.

Al calor de los respiros
Exhalados por el acomodo
Del cuarto, se levanta
El pungente olor del azufre.

No puede haber segunda opinión
De la futilidad del intento
De excavar y deshielar
Los sueños tanto tiempo congelados

Podría haber especies
En este universo que viven
En placer, subsistiendo solamente
De sus presas y cortesías conyugales.

La sucesión de tensas noches
Y los quejidos inquietos de la niña
Se volverán
Una fuente de burlas en mi contra.

2.
Esta existencia
Es complicada —
Como la vida de un gato
Que se esconde en la cocina

Una gruesa capa de crema se ha formado
Sobre el té que espera a ser bebido;
Su olor quemado me acosa.

En las salas de estar
Llenas de bullicio humano
No hay nadie con quien
Pueda yo volverme conocida.

La soledad en el baño
Crea miedo, que viene de
La revulsión por la desnudez.

Casas erigidas dentro de jaulas
Ejercen su bullicio y ajetreo
Sólo para asustarme.

En jardines levantados
Entre muros, no hay sombra
Para sentarse a descansar.

Ni se asegura la privacidad
En los espacios abiertos
De la terraza de arriba.

No hay asiento en dónde
Sentarse cómodamente
Con los pies colgando.

Si mi hija
Me prestara
Su cuna,
Dormir podría volverse posible.

Versiones de Héctor Ortiz Partida, a partir de las versiones del tamil al inglés de N. Kalyan Raman.

Adiós, *Mahatma*

Devibharathi

Por el suave rechinar de las bisagras, Gandhi supo que alguien abría la puerta de su cuarto. Luego escuchó el movimiento de pies, más cerca con cada paso cuidadoso. El *Mahatma* cerró los ojos y fingió dormir.

Debía de ser Dhaniklal, un viejo que era por mucho el más alerta de los habitantes de Casa Birla; el secretario personal de Gandhi, alguien que se enorgullecía más de llamarse discípulo que secretario; que creía que atender al hombre era igual que servir a la nación. El único deber de Dhaniklal consistía en vigilar al *Mahatma* durante la noche, sin dormir ni un parpadeo, desde un cuarto muy pequeñito situado directamente con vista a su dormitorio. Entraba al cuarto de Gandhi al menos tres veces cada noche y se aseguraba de que todo estuviese bien con él. Hasta un tenue gemido de Gandhi ponía muy nervioso a Dhaniklal. Una vez, Gandhi le había preguntado, en tono de broma:

—¿Por qué esta vigilia constante, Dhaniklalji? ¿Quieres ser testigo cuando me muera?

Dhaniklal se alarmó.

—Tú nunca morirás, *Bapuji* —dijo—. El futuro de esta nación ha sido confiado a tus manos misericordiosas.

Gandhi suspiró.

—No moriré tan pronto, Dhaniklalji —replicó—. Mis deberes no están cumplidos aún. Mis luchas, también, son muy largas, Estoy condenado a vivir por tanto tiempo como se me necesite. Si, por casualidad, Dios decide llevarme antes, nadie puede anticipar ese momento, ni siquiera tú. Toses y quejas nunca serán avisos de mi muerte, Dhaniklalji. Mi muerte será silenciosa. Al alba de una mañana de primavera, un pajarito anidando en la punta de un cedro rojo muy alto en el centro de Delhi despertará y anunciará mi muerte

al mundo. Dhaniklalji, todos —incluyéndote a ti— estarán bien dormidos entonces. Así que deja de preocuparte y descansa un poco.

Pero Dhaniklal nunca era capaz de dormir apropiadamente. Gandhi, cuando despertaba al amanecer, veía a Dhaniklal dormido con su cabeza reposando en el borde de su cama. Para no molestarlo, se levantaba sin hacer ruido e iba al baño. Dhaniklal dormía profundamente hasta que Ghandi terminaba de escribir sus cartas. Urgido por el instinto, tal vez, se despertaba justo antes de que Gandhi saliera a dar su caminata matutina. Después, durante las oraciones y siempre que Gandhi estaba metido en conversaciones dentro su cuarto, los ojos de Dhaniklal se nublaban de sueño. Siempre que Gandhi veía a Dhaniklal en ese estado, su corazón rebosaba de bondad y compasión.

Pero Gandhi también sospechaba que estaba perdiendo gradualmente la habilidad de controlar el fastidio que le causaban las vigilias de Dhaniklal. Estaba constantemente preocupado de decir, sin querer, algo que lo lastimara. Lamentaba tener que fingir que dormía siempre que Dhaniklal entraba en su cuarto, tan sólo para evitar las preguntas de éste. Sus ojos comunicaban disgusto siempre que veía a Dhaniklal. Examinó con cuidado esa aversión. Le desagradaban no sólo Dhaniklal, sino también Nehru, Patel y todo aquel que se deleitaba con los motines; en realidad era un síntoma del odio de Gandhi hacia sí mismo.

Esa noche, cuando las bisagras rechinaron y los pasos de Dhaniklal se acercaban, se despertó.

—Dhaniklalji, ¿aún no te has ido a dormir? ¿Por qué estás levantado a medianoche? Te he rogado muchas veces que no te preocupes por mí. Ustedes me están haciendo sentir culpable. Nuestro deber ahora es hacer algo por nuestro pueblo que sufre. ¡Eso valdría mucho más la pena que atenderme, Dhaniklalji!

—¡Por favor perdóname, *Bapuji*! Vine porque hacía mucho frío en mi cuarto. ¿Puedes ponerte esta cobija de *khaddar*[1] para cubrirte? —Dhaniklal cubrió a Gandhi con la gruesa cobija que había traído.

Gandhi la hizo a un lado y se incorporó.

—No puedo dormir. Me estás manteniendo despierto para nada. Y no he hecho nada útil en todo el día: puras juntas, discusiones y entrevistas. Podría haber ido con los voluntarios a recoger mantas para las pobres personas en

1 Tela basta y sencilla de algodón. (*Todas las notas son del traductor*).

los campos. Estoy viviendo aquí como un emperador mientras niños, mujeres y ancianos padecen grandes sufrimientos.

—Nuestros voluntarios están haciendo su trabajo apropiadamente, *Bapuji*. No hay razón para que te agobies. Cientos de sábanas y cobijas se distribuyeron hoy a los refugiados.

—Gracias por traerme una buena noticia. ¿Se distribuyeron al parejo para todos?

—Sí, *Bapuji*, se distribuyeron al parejo por todos los campos.

Gandhi sonrió.

—La gente está ansiosa de ayudar, ¿no es así? Es muy gratificante escucharlo. Siempre he dicho que Dios está lleno de piedad.

En su corazón, que estaba muy afligido por los interminables tumultos, la esperanza empezó a brotar y crecer. El *Mahatma* creía que su reciente ayuno no había sido en vano. Se puso de pie, de pronto liberado del cansancio, el insomnio y la fatiga.

—Dhaniklalji, ¿quieres tomar un poco de agua caliente? ¿Por qué no platicamos un rato? —caminó hacia la cocina. Dhaniklal lo siguió ansiosamente y ofreció ayudar—. Muy bien. Cuéntame todo lo que pasó. Quiero escucharlo todo.

Dhaniklal estaba lleno de entusiasmo. Trató de abundar en incidentes tomados de los hechos del día que pensaba que podrían complacer a Gandhi. Comenzó diciéndole qué felices estaban de ver a los voluntarios los residentes de los campos en Turkman Gate y Chandni Chowk.

Durante su visita allá, un par de semanas antes, el *Mahatma* había visto de primera mano las condiciones patéticas en que vivían los refugiados. Un gran número de niñas pequeñas había buscado refugio en el campo de Turkman Gate. Nunca podría olvidar a la niña musulmana de doce años a la que había conocido allí. Ella le contó cómo sus padres habían sido atacados y asesinados delante de ella. Durante un motín, la turba había rodeado su asentamiento hacia la medianoche. Para salvar a los residentes del asentamiento, su padre, un *satyagrahi*,[2] cayó a sus pies y les rogó que se apiadaran de su gente. Ella nunca podría olvidar la cara de su padre mientras enfrentaba a aquellos brutos armados, con las palmas unidas en un gesto de ruego, dijo la niña. Le cortaron sus manos que rezaban, primero una y luego la otra.

Su madre trató de salvarla. A toda prisa, pintó la frente de la niña con bermellón y le pidió que cantara «Jai Sri Ram!». «Si lo haces, la turba te

2 Practicante de la doctrina de la resistencia pacífica.

perdonará la vida y podrás huir a alguna otra parte y sobrevivir», le dijo su madre; pero ella se negó a hacerlo. Lo que les dijo, en cambio, fue «Allah-hu Akbar».

—¿Te dejaron ir?

—Querían mi cuerpo. Me arrastraron. Por nueve días me mantuvieron confinada en su vehículo y me violaron. Después, dándome por muerta, aventaron mi cuerpo al lado de la carretera y se fueron. Entonces me vine sola hasta este campo. No me quedaba identidad en aquel momento. Conocí a muchas niñas como yo. Todas nos veíamos igual, con nuestras mentes en el mismo estado, todas sangrando. Hasta había olvidado mi nombre.

Cuando Gandhi le preguntó: «¿Conociste a aquella niña, Dhaniklalji?», el hombre vaciló. Al ver que Dhaniklal se esforzaba por extraer recuerdos de su memoria, Gandhi temió que acabara por mentir

—Está bien. Ve y acuéstate. Estoy muy cansado —dijo a su asistente. Cuando Dhaniklal se preparaba para irse, Gandhi vio una expresión divertida en su cara.

—¿De qué te acordaste, Dhaniklalji?

—Perdóname, *Bapuji*. No pude controlar la risa. ¡Oh, Dios! ¡Qué gran hombre resultó ser ese Bhagwaticharan! Simplemente me quedé sorprendido. Era una copia exacta del original, ¿no? ¿Pueden pasar esas cosas? ¡Es muy listo ese Bhagwaticharan! —exclamó Dhaniklal con una carcajada.

Gandhi lo observó en silencio. Entonces la expresión en la cara de Dhaniklal se debilitó y se asentó. Posando la cabeza entre sus rodillas, comenzó a recontar todo:

—Lo conoces, ¿no? Ese joven bengalí es tu discípulo. Ha venido a Delhi sólo para verte. Muchos han alabado mucho el trabajo que ha hecho en Calcuta. Es joven, probablemente cerca de los cuarenta. Creo que se rasura la cabeza todos los días. Pero el bigote y las cejas... —mientras hablaba, la risa volvía a acumularse en la garganta de Dhaniklal—. Escucha, *Bapuji*. Nos sentíamos extremadamente desalentados. Nadie acudía a ayudarnos, ni siquiera los gujaratis ricos. Las canciones que tocábamos en las mansiones no ablandaban el corazón de nadie. Para la tarde apenas habíamos reunido unos pocos trapos. Nos sentíamos terriblemente mal. Les rogamos que tuvieran caridad con aquella gente pobre, afectada por los motines, que seguía sufriendo en los campos. Nadie les tuvo piedad, *Bapuji*. Sólo un viejo, que parecía estar en la miseria él mismo, nos dio su chaleco. Fue con nosotros sin que se lo pidiéramos y nos lo dio. Fue un gran momento. Fue cuando recobramos la esperanza que para entonces habíamos perdido.

—¡Sí que fue un gran momento! Ese trapo fue una señal de nuestro éxito, ¿no es así, Dhaniklalji? —intervino el *Mahatma*, exultante. A Dhaniklal no le importó la interrupción. La emoción de llegar a una etapa emocionante de su relato se notaba en su cara.

—Entonces todos vimos cómo se persignaba. Sin prestar atención a nuestras expresiones de gratitud, murmuró un salmo acerca de Jesús mientras se marchaba. Seguimos nuestro camino. El sol del invierno nos quemaba las caras. Y nuestro viaje era más difícil que antes. Nadie nos prestaba ninguna atención. Lo que pasó fue increíble. ¡Escucha esto, *Bapuji*! Estábamos pasando frente a un poblado de clase media. Unas pocas personas nos seguían, sólo para ver el espectáculo. Caminábamos cantando «Raghupati Raghava Raja Ram». Entonces oímos un rugido detrás de nosotros: «Mahatma Gandhi ki Jai! ¡Victoria para *Mahatma* Gandhi!», y miramos para atrás sorprendidos. Dios, todavía no puedo creer la vista que tuvimos. ¡Como Cristo, estaba caminando hacia nosotros! ¡El *Mahatma*! Nadie de nosotros pensó otra cosa. Se veía exactamente como tú, una copia genuina. «*Bapuji*», lo saludamos, todavía asombrados. Mientras nos sonreía graciosamente, también mostró respeto a las personas que se habían amontonado a su alrededor. La gente se acercaba a él con una especie de deseo. Yo vi lo insoportablemente felices que se sentían al tocar su manto de *khaddar* blanco y sus manos huesudas. Luego, uno por uno empezaron a tocarle los pies. La gente salía corriendo de sus casas, de callejones estrechos, y se amontonaba a su alrededor.

Gandhi escuchaba a Dhaniklal asombrado y confundido. Quiso intervenir, pero Dhaniklal estaba describiendo los eventos con un entusiasmo incontenible; Gandhi simplemente no podía llamar hacia sí la atención del hombre.

—Entonces comenzó a hablarle a la multitud. Su voz —igual que la tuya, muy gentil pero firme— les pidió a todos ayudar a aquellos que se habían refugiado tras ser cazados y víctimas de atrocidades. Repitió las mismas frases que tú dijiste antes, acerca de la moralidad de vivir, ¡en una voz muy parecida a la tuya! Los deberes que hay que cumplir, la discreción que se debe mostrar en la turbulencia, la paciencia que hay que mantener en tiempos de crisis, el sentimiento de culpa que debe estar activo en cada uno de nosotros... ¡Repitió literalmente todos tus nobles preceptos, en el mismo tono de voz, una imitación perfecta! Yo imaginaba que lo que decía era el consejo divino del *Bhagavad Gita* o el Sermón de la Montaña de Jesucristo. La gente escuchaba, incrédula, todo lo que él decía. Como si estuvieran hechizados, sacaron las mejores sábanas y cobijas que tenían y empezaron a apilarlas a sus pies. Él

los bendijo siempre con la misma sonrisa —Dhaniklal estaba muy cansado. Sin embargo, la urgencia de terminar su historia lo hacía continuar—. Poco después de eso se me acabó la paciencia. Con dificultad me abrí paso entre la multitud apretujada y me acerqué a él. ¡No lo vas a creer, *Bapuji*! Lo reconocí de inmediato. Parado muy cerca de él, murmuré: «¿No eres tú Bhagwaticharan?». Sonrió serenamente sin contestar. ¡*Bapuji*, la sonrisa era exactamente como la tuya!

La mansión estaba sumida en el silencio. Pasaba de la medianoche. La noche era amargamente fría.

Gandhi estaba muy cansado. Quería tenderse y dormir al menos por unas horas. Se preguntó si debía continuar caminando. Tenía innumerables cosas en que pensar. Los debates sostenidos durante el día, que no habían llegado a nada, lo habían dejado exhausto. Le parecía que todo se estaba saliendo de control, y muy rápidamente. Sin embargo, una pequeña luz de esperanza sobrevivía. ¡Tenía que haber algún tipo de resolución para cada problema, después de todo! Temprano en la tarde, mientras discutía con Patel, no había sido capaz de controlar sus emociones.

—¿Qué locuras estás pensando, Sardar? —Gandhi se había levantado de su asiento. Recordó con disgusto cómo su cuerpo temblaba y su cara transpiraba profusamente.

Alarmado, el Hombre de Hierro[3] había tratado de explicarse y buscar el perdón de Gandhi.

—*Bapu*, creo que incluso podríamos volver a discutir estas cosas. Realmente no tenemos nada que ocultarte —su voz estaba llena de tristeza. Poniéndose de pie, miró su reloj de pulsera una y otra vez, como si lo viera por primera vez. Luego siguió con su argumento. El secretario de Patel sacaba evidencias de los archivos que había traído y se las daba a Patel. Por su prisa, incluso arrancó un par de páginas. El acto le trajo profunda pena a Gandhi: le hizo imaginar el acto de arrancar una extremidad del cuerpo de un niño. Le dijo a Patel cómo se sentía y le pidió que se detuviera.

—Hay una forma de manejar con gentileza esas hojas, ¿no crees?

Al oír esto, Patel se echó a reír. Recibió los archivos de su secretario y

3 Sobrenombre popular de Sardar Vallabhbhai Patel (1875-1950), quien fue colaborador cercano de Gandhi y primer ministro delegado de la India.

los sostuvo con delicadeza. Pero cuando empezó a explicarse fue incapaz de contener su fervor. El Hombre de Hierro empezó a arrancar páginas aún más rápido que su secretario.

—¡Se hace tarde! —decía, como para sí mismo, mientras desdoblaba y sostenía las hojas delante de su cara. Poniendo su grueso dedo índice en renglones importantes, leía en voz alta frases importantes de las páginas para reforzar sus argumentos.

Siempre que hablaba con Gandhi, Patel trataba constantemente de observar las reglas del tacto y la humildad; aun así, alzaba la voz inadvertidamente de vez en cuando. No tenía otra opción que pedir perdón a Gandhi en cada ocasión.

Poco después, otros secretarios y asistentes habían llegado. El *Mahatma* observó que cada hombre había traído una gran cantidad de archivos con él. Mostrando un grado increíble de disciplina y decoro, no se hablaban unos a otros; ni siquiera se dedicaban un vistazo. Gandhi notó que prevalecía, pese a todo, la más precisa coordinación entre ellos. Las ansiedades y la timidez que normalmente exhiben los burócratas de un país recién independizado no eran evidentes de ningún modo en ellos. La mayoría se parecían a Patel en edad y actitudes. Salvo Patel, todos vestían saco y corbata al estilo inglés. Cuando Gandhi le preguntó: «¿No les dijiste a todos estos funcionarios del gobierno que sólo debían vestir *khaddar*?», Patel se sonrojó, avergonzado, como una mujer.

Luego siguió su explicación. Finalmente, dijo:

—Debes encontrar una solución para estos asuntos, *Bapu*. Danos una solución que se pueda implementar de forma práctica. Tenemos toda la voluntad de realizar acciones inmediatas —Patel estaba más o menos suplicándole a Gandhi—. ¡No tenemos otra alternativa, *Bapu*! Estas acciones son inevitables. Si quieres, puedo darle mis responsabilidades a alguien más, pero también serían inevitables para esa persona.

—Inevitable..., no hay otra alternativa..., ¡qué lindas frases! —murmuraba Gandhi para sí mismo, solo en la oscuridad de su cuarto. Cuando Dhaniklal lo había dejado la noche anterior, también había usado las mismas frases. Gandhi recordó aquellas frases y la manera en que había narrado su historia «divertida». La voz y las expresiones de Dhaniklal, junto con sus ruidos de alegría al final de la historia, su vientre sacudiéndose de risa, aparecieron ante su mirada interior. La cara de «*Mahatma*» Bhagwaticharan también surgió en su imaginación.

Un joven bengalí que se veía exactamente como él. ¡Dhaniklal lo había

descrito en tan minucioso detalle! A partir de la descripción de Dhaniklal, Gandhi, que nunca había puesto los ojos en aquel hombre, podía imaginarlo muy vívidamente. Además de su voz gentil, su sonrisa bondadosa y su mirada serena, Gandhi era capaz hasta de figurarse las arrugas en el vientre del joven.

Miren: la gente se arremolina alrededor de Bhagwaticharan, saludándolo y gritando lemas. «Mahatma Gandhi ki jai!, Mahatma Gandhi ki jai!». *Mahatma* Bhagwaticharan les da sus bendiciones. La multitud está en éxtasis: ruge, grita y, abrumada por la emoción, se disuelve en lágrimas. El *Mahatma* les habla, hace una petición, da instrucciones. Varias personas corren hacia él y lo tocan. Un hombre le quita el chal y se va corriendo. El *Mahatma* le pide que vuelva y le da también su *dhoti*.[4] Ahora está desnudo delante de todos. «Señor, ¿por qué me has obligado a caminar desnudo dentro de este precioso jardín?». Está avergonzado. Corre, tratando de escapar de ellos. Es perseguido por uno y por todos. Un hombre arranca pelo de su bigote y lo guarda. Otro le saca las uñas y huye. Otra más intenta sacarle los dientes.

El *Mahatma* no puede soportar el dolor. «Oh, Dios», grita, y pide ayuda. Un policía que ha estado viéndolo todo desde lejos se aproxima despacio. «¿Por qué gritas así?», pregunta con aspereza, dando al *Mahatma* una bofetada en su mejilla izquierda. El *Mahatma* le muestra al policía la mejilla derecha. El policía lo abofetea también en la mejilla derecha. El *Mahatma* le sigue enseñando una y otra mejilla, por turnos. El policía lo abofetea incansablemente. Hay un chorro de sangre. Los pocos dientes que le quedan en la boca se han aflojado. Sus globos oculares se han salido de las órbitas. La multitud se apresura a recogerlos. La visión del *Mahatma* se oscurece. De pronto, en todas partes está totalmente oscuro. «¡No soy *Mahatma* Gandhi! ¡Soy Charan, un bengalí llamado Bhagwaticharan!».

Gandhi, involuntariamente, se tocó los ojos. Estaba sin aliento. Se quedó tendido en la cama, exhausto, y cerró los ojos.

Cuando volvió a abrirlos, un poco después, el cuarto brillaba de luz. Gandhi vio rayos irregulares de luz cruzando el cuarto. «¿Ya es de mañana? ¿Me quedé dormido, rompiendo mi hábito de toda la vida de levantarme temprano? Debe de ser un signo de que la muerte se acerca. Ahora es tiempo de aceptar mi avanzada edad. ¡Tengo setenta y ocho años, después de todo!». El *Mahatma* sonrió para sí mismo.

---

4 Prenda tradicional india para hombres, que consiste en una pieza de tela de algodón que se enrolla en la cintura y se deja caer por las piernas, como una especie de pantalón ligero.

«¿Dónde está Dhaniklal? ¡Tampoco puedo ver a Manu! La niña invariablemente se despierta antes que yo».

Después de enrollar su ropa de cama, Gandhi estaba a punto de comenzar sus abluciones matinales cuando escuchó algunas voces agitadas. Preguntándose quién o qué podría ser, abrió una ventana y miró hacia fuera. Se quedó helado, conmocionado por el horror. Afuera de la alta mansión, no muy lejos, la ciudad de Delhi estaba en llamas.

La gente corría aterrada en todas direcciones. Gandhi vio cómo eran cazados con furia asesina por una turba de entre diez y quince personas con armas mortales. Incapaz de soportar su propia agonía, cerró los ojos con fuerza. Con toda esperanza perdida, se dejó caer en la silla de madera de su cuarto.

¿Cuándo se había estropeado todo?

¿Quién era responsable de aquello..., hindúes o musulmanes? ¿Quién era enemigo de quién? ¿Quién iba a ser masacrado por quién? ¿Quién va a sobrevivir? ¿Para ajustar qué cuentas se había desatado esta violencia? ¿Es la historia del último milenio la que tiene la culpa? ¡Pero nos hemos adelantado tanto a ella! ¿Quién es responsable por esta violencia que está siendo fomentada justamente cuando el mundo nos felicita como a un pueblo que ha ganado su libertad solamente por la fuerza de su espíritu, sin tomar las armas? ¿Soy yo el culpable? Como filósofo, ¿he repudiado la verdad? ¿Se hubiera alcanzado una resolución si hubiera permitido que la gente siguiera su propio camino? ¿La muerte y el derramamiento de sangre nos hubieran traído la paz? En cierto modo es en verdad posible. Cuando el otro lado es totalmente destruido, ¿qué puede frenar la paz? Después de todo, ¿esta sed de sangre innata no iba a ser dirigida, por necesidad, a nuestros propios hermanos? ¿Es la violencia la cualidad innata del hombre? ¿La lucha no violenta es contraria a las leyes de la naturaleza? ¿El principio sobre el que lanzamos esta enorme lucha..., está ese mismo principio equivocado ahora?

—Dhaniklalji, ¿a dónde te has ido? ¿Y Manu? Despiértala también. ¡Parece que no hay nadie aquí en esta hora terrible! —gritando, Gandhi trató de levantarse y abrir la puerta. No pudo. Alguien la había cerrado con llave por fuera—. ¿Dónde estás, Dhaniklalji? ¿Quién ha hecho esto?

Abrió la ventana de la derecha y, a través de ella, miró la entrada principal de la mansión: se le heló la sangre. Incontables personas se habían reunido del otro lado de la enorme puerta de hierro de la mansión, centenares de pobres, medio muertos, víctimas recientes de un ataque asesino.

—¡*Bapuji*, *Bapuji*...!

—¡Sálvanos, *Bapuji*...!

—¡Oh, Dios...!

—Cuando está aquí *Bapuji*, ¿por qué hemos de sentirnos abatidos? Guardias, por favor llamen a *Bapuji*.

—Tontos, abran la puerta. Después, *Bapuji* no los perdonará.

Gandhi corrió otra vez a la puerta.

—¡Dhaniklal...! ¿Hay alguien ahí? ¿Por qué cerraron con llave esta puerta? Ábranla, por favor. ¡Inviten a todos a que pasen! ¡No me echen encima la carga de un crimen imperdonable...! ¡Dhaniklal, ven acá!

Otra vez corrió a la ventana abierta.

Con antorchas y armas letales en las manos, la turba que había llegado a perseguirlos masacraba sin piedad a los inocentes desarmados. Y entre el río de sangre y los cuerpos desparramados en el suelo, pequeñas niñas eran violadas. Gandhi no podía sino atestiguar estas atrocidades en silencio, aferrándose a los barrotes de la ventana y apoyando su cara en ellos como un cadáver sin vida.

—¡*Bapuji*, *Bapuji*! ¿Por qué nos has abandonado, *Bapuji*?

Fue sólo hasta el final que sucedió el milagro. Desde adentro de la mansión, sacudido por una profunda pena, «*Mahatma*» Bhagwaticharan llegó. Ahora las altas puertas de la mansión estaban bien abiertas para que él pasara. Acompañado por guardias, el *Mahatma* caminó muy despacio y alcanzó los cuerpos que yacían en el suelo. Dos o tres personas medio muertas trataron de levantarse para verlo, y él trató de consolarlas con palabras llenas de bondad... Los ojos de Mohandas Karamchand Gandhi lo presenciaron todo.

La conciencia se le estaba escapando.

Gandhi se dio cuenta de que el capítulo final de la muerte, que ocupaba ya muy pocas páginas, estaba abierto delante de él. Para cuando terminara de leerlo, la muerte habría llegado, buscándolo. ¿Vendría por él, realmente? ¿No era algo que él mismo debería buscar y obtener? Cuando los sueños por vivir de un hombre llegan a su fin, empieza a buscar la muerte. Lo que no pudo comunicar a través de su vida, desea comunicarlo por medio de la muerte. Así que elige morir, pensó Gandhi.

Todo este tiempo, él ha considerado que vivir es un deber importante. Tiene que agotar su vida completa, es decir, ciento veinticinco años.

Para él, la longevidad nunca ha sido una mera fantasía. Ha creado los hábitos y prácticas de su vida de acuerdo con esa necesidad. Como en su alma,

el *Mahatma* tiene también infinita confianza en su cuerpo. Nunca ha tenido miedo de morir. Hace sólo unos pocos días, cuando oyeron explotar una bomba cerca de la sala de oración, Manu tuvo un acceso de pánico. Él ofreció consuelo a aquella niña extremadamente asustada: para calmarla, le dijo que la bomba podía haber explotado durante ejercicios de entrenamiento en un campo militar cercano. Él no tenía duda de haber sido el blanco de la explosión. Los asesinos están acechándolo de cerca.

La muerte lo rastrea y lo sigue gracias a las huellas de sus «pasos». Él está bastante dispuesto a entregársele. Recibe con una sonrisa los mensajes que la muerte le ha estado enviando. Se burla de la muerte, también la desafía. A su edad, incluso los ayunos que lleva a cabo son gritos de batalla contra la muerte. Siempre que ayuna, todo el mundo se aterroriza y se pregunta si esta vez morirá. Lo examinan doctores. Aceptan sus condiciones a cambio de hacer que tome un poco de jugo de frutas, dirigen marchas por la paz, se dan la mano, se abrazan cálidamente y rezan a Dios. Después, todos firman los papeles del acuerdo y se los dan; luego consiguen un vaso de jugo de fruta y le piden que beba. Él bebe con una sensación de satisfacción y alcanza un acuerdo con la muerte. Luego el *Mahatma* se pierde en sus sueños: sueños de imperio, de llegar hasta los ciento veinticinco años.

La vieja rutina se desarrolla casi sin cambios. Se levanta a la hora usual, las tres de la mañana; completa sus abluciones matutinas, escribe cartas, redacta ensayos para *Harijan* y otros periódicos, sale a su caminata matinal, come una comida de cacahuates y leche de cabra, recibe a todos los que lo buscan, da a todos sus bendiciones. Como es usual, los ministros se reúnen con él, buscan su guía y consejo y hacen sonar sus propias trompetas. El primer ministro Nehru lo llama, junto con Sardar Patel. El *Mahatma* está feliz de ver a los dos líderes de pie juntos, hombro con hombro. Todos participan en las reuniones de oración que hay cada tarde. Versos del Corán, la Santa Biblia y el *Bhagavad Gita* se leen en voz alta y se escuchan; luego son cantados por la multitud al unísono:

Raghupati Raghav Rajaram,
Patitpavana Sitaram,
Ishwar Allah tero naam,
Sap ko sanmati de Bhagavan

Las numerosas charadas de la muerte, sus distintos disfraces.

Luego, más noticias de motines llegan desde algún lugar por medio de tal

o cual. Él mira mientras el humo negro, elevándose desde cuerpos humanos en llamas, se extiende y se pega a las ventanas de su cuarto. Escucha estallidos de bombas y gritos de socorro. Sólo entonces calla, como las figurillas de monos que guarda en su cuarto. Cierra los ojos y tapa sus orejas. Pero más y más reportes siguen llegando, perforando sus oídos. Reportes de cómo *satyagrahis* que se han hecho de poder se deleitan en corrupción y estafas; cómo las peleas entre Nehru y Patel crecen cada día..., él los escucha incluso con los oídos tapados. «O él o yo...». ¡Proclamas, amenazas, quejas, advertencias, desafíos...!

Los *satyagrahis* exigen ahora la cuota por los sacrificios que han hecho.

Sobre todo, lo que más le preocupa es el futuro de Delhi y la república independiente. Las figurillas de monos en su cuarto parecen burlarse de él. Así la muerte, que se ha cansado después de probar varios disfraces, está de pie ante él en la forma de una copia genuina de sí mismo.

«¡Victoria para *Mahatma* Bhagwaticharan! ¡Victoria para *Mahatma* Bhagwaticharan!»

—Esto es un truco barato —dijo el *Mahatma* en voz alta.

Es barato y cobarde también. Y un desafío a su respeto por sí mismo. ¡La muerte está intentando transformar la vida de él en su propio mensaje! Es en encarar este desafío que se esconde el significado intrínseco de su vida. La muerte también es como la vida. No podría haber mayor insulto a la vida que renunciar al derecho de elegir la muerte. Así son sus reflexiones.

Toda su vida, el *Mahatma* se ha sumergido en una miríada de fantasías sobre la muerte. Debe ser un evento lleno de sentimiento poético y coraje. Su sueño, largamente acariciado, es que uno de sus ayunos extendidos lleve su vida a un fin. No puede haber una mejor oportunidad para un *satyagrahi*, piensa. Sabe que podría ser asesinado, también. No prestó realmente atención a los sonidos de explosiones de bomba que se escucharon cerca de la sala de oración. La muerte por una explosión así sería honorable. Él está bastante listo y dispuesto para quedar delante de ellos totalmente desnudo. De todas las características definitorias que debe poseer un *satyagrahi*, el valor de elegir la muerte es la más importante. Los sabios encuentran a la muerte con una sonrisa. La muerte es vencida por ellos. Entonces vuelven a la vida y reciben el regalo de la inmortalidad.

Como Jesucristo: como su maestro, Tolstói. Sus vidas son su única inspiración, sus vidas y sus muertes.

Ambos habían aceptado la muerte voluntaria, animosamente. Habían engendrado a los asesinos de sus propias vidas. El viaje que Tolstói emprendió

desde Yasnaya Polyana a Astapovo no fue menos que el viaje que Jesús emprendió al Monte Calvario, cargando a la muerte en sus hombros. Gandhi recuerda la primera vez que leyó sobre el viaje de Tolstói. Fue capaz de terminar aquellas páginas sólo con suspiros y una profunda tristeza.

Después, las mismas páginas le parecieron muy diferentes. Las había leído una y otra vez. Había pensado que Tolstói no pudo haber elegido un mejor modo de morir. Era una muerte más poética que todas las otras muertes del mundo. Gandhi nunca podría olvidar la mañana cubierta de nieve en que Tolstói salió de su mansión.

Cada vez que despertaba al amanecer, el recuerdo de Tolstói llegaba a él. Lo más probable es que Tolstói hubiera salido de la famosa mansión de Yasnaya Polyana a aquella hora. Después de que lo llevaran a Casa Birla, aquellos renglones volvieron a la vida en la mente de Gandhi, más vívidos que nunca antes. Casa Birla no era en verdad diferente de aquella mansión en Yasnaya Polyana. Como Tolstói, él también estaba alojado en esta mansión en calidad de prisionero. Como Tolstói, también anhelaba salir de allí.

Sí, debía marcharse. Debía volver a la colonia de pepenadores donde una vez había vivido..., o a su *ashram*. Pero todos sus discípulos de seguro lo seguirían hasta allá. Entonces lo confinarían, como a un prisionero o a un dios, y asignarían a un par de guardias armados para pararse, tiesos, ante la entrada. Entonces sería la misma historia: cartas, reuniones, bendiciones y consejo; y en las tardes, reuniones de oración. ¡Era realmente un lindo arreglo!

¡Un dios hecho prisionero! Si quiere huir, debe seguir con cuidado los pasos de Tolstói. Debe descubrir su propia estación de trenes, su Astapovo afuera de esta ciudad famosa por sus glorias antiguas.

No hay duda al respecto: la historia hace una copia exacta de sí misma, frase por frase, sin dejar fuera ni una sola letra.

A LAS CINCO DE LA MAÑANA del 29 de octubre de 1910, Tolstói, entonces de ochenta y tres años de edad, dejó la mansión en la que había vivido desde su nacimiento. Soplaba una tormenta de nieve. Después de abandonar a sus parientes, vagó por las vías de toda Tula Gubernia, acompañado por su sirviente de muchos años, Makovitsky. Fue descubierto el 3 de noviembre dentro de un compartimento de segunda clase, sucio y decrépito, en un tren, que estaba en su ruta de Volavo a Rostov-on-Don, y fue sacado de él en una muy pequeña estación en la ruta llamada Astapovo.

Con la ayuda del jefe de estación y de la hija más joven de Tolstói, Alexandra Lvovna Tolstói, que había ido en busca de su padre, Makovitsky arregló que Tolstói, quien sufría de un severo brote de neumonía, bajara del tren. Lo pusieron en el cuarto del jefe de estación durante los siguientes tres días. Casi de inmediato, la atención del mundo entero se enfocó en aquella pequeña y oscura estación de trenes. Periodistas que habían llegado allá desde toda Europa para enviar boletines anticipando la muerte de uno de los hombres más grandes del mundo esperaron durante los tres días completos. En sus oficinas, sus editores habían preparado sus obituarios, que estaban listos para ser impresos. Las estaciones de telégrafo trabajaban sin parar. «Déjenme en paz. Voy a un lugar donde nadie se molestará por mí». Con estas palabras, dichas a las seis y cinco de la mañana del 7 de noviembre, el gran hombre exhaló el último suspiro.

Cuando Gandhi salió caminando de Casa Birla, era cuarto para las cuatro de la mañana. Al contrario de su maestro, salió solo. Había decidido llevarse con él a Dhaniklal pero luego cambió de parecer. Gandhi no había podido verlo después de las once de la noche. Cuando no hubo respuesta a sus repetidos llamados, fue al cuarto de Dhaniklal, buscándolo. Ni siquiera Manu estaba allí. Susheela se había llevado a la niña la noche anterior.

Cuando regrese en la mañana, la niña podría molestarse por no encontrarme, pensó Gandhi.

Los otros dormían profundamente. La mansión estaba envuelta en silencio. Gandhi sólo se llevó con él una copia del *Gita*. No vio guardias en la entrada. Como las puertas estaban abiertas, pudo escurrirse al exterior fácilmente. Preocupado por que lo reconocieran si caminaba por la amplia avenida vestido sólo con su usual taparrabos y llevando su conocido bastón, se apresuró. Las calles desiertas fueron de gran ayuda para él. Gotas de rocío caían sin cesar de los árboles. Un muro de niebla cubría la luz que se derramaba de algún poste ocasional. El frío taladraba sus huesos. Pensó que debía haber traído una manta.

La nieve en Yasnaya Polyana habría sido más densa.

No había hecho planes en el momento de su partida. Pensó que alcanzaría alguna estación de trenes cercana y desde allí comenzaría su viaje. Sólo tenía una hora de ventaja, cuando mucho. Pronto descubrirían que el perico se había escapado de la jaula. Tolstói había dejado una carta para Sofia Andreyevna; él también podría haber dejado una carta, explicando las razones de su partida.

¿Era el odio lo que le había impedido escribir una carta así?

No el odio, sino el amor, debe ser la razón subyacente a mi partida. Sólo si es amor tendrá sentido que me vaya de aquí. Si esta partida es producto del odio, entonces no soy un *satyagrahi*, y sólo puedo llamarme un alma incompleta, pensó Gandhi.

En las banquetas que flanqueaban ambos lados de la calle, Gandhi vio a incontables humanos, con ropas que apenas bastaban para cubrirlos, amontonados unos junto a otros en el frío inclemente. Se preguntó si su partida traería algún cambio en las condiciones de aquella gente. Se sentía confundido. ¿Tenía razón Bhagwaticharan en hacer lo que hizo? Si las sábanas y mantas que había reunido pudieran mitigar el sufrimiento de al menos unas pocas de estas personas, ¿cómo se podía criticar su trabajo? Pero él ha mentido, se ha hecho pasar por mí, ha engañado al público. ¿Es posible reevaluar esas malas acciones sobre la base de sus consecuencias benéficas?, se preguntó Gandhi. No tuvo de inmediato una respuesta. Concluyendo que la cuestión requería un examen más atento, siguió caminando.

Mientras cruzaba una famosa intersección de Delhi con ayuda de su bastón, un vehículo motorizado abrió la niebla y se detuvo cerca de él. Un oficial de policía con un largo abrigo y su conductor, que llevaba dos o tres suéteres encima de su uniforme, bajaron del auto.

—Señor, ¿quién es usted? ¿Qué hace aquí a esta hora? —cuestionó el policía a Gandhi con un aire de autoridad.

—¿Yo? Gandhi. Mohandas Karamchand Gandhi.

—¿Ves? ¡Empezó temprano esta mañana! —rio el conductor.

—¡No nos venga con esos cuentos, viejo! ¿Por qué está haraganeando aquí a su edad? ¡Se va a congelar! Regrese tranquilo a su casa. ¡La de problemas que nos causa la gente como usted...! ¿Cree que se les puede escapar si se sale a vagar disfrazado? Le van a disparar, señor, tienen pistolas y son de verdad.

Cómo puede ser tan ignorante este hombre, se preguntó Gandhi. Sin embargo, como es un representante autorizado del gobierno, es mi deber como ciudadano indio responder cualquier pregunta que pueda hacer, se dijo Gandhi.

—¡No temo a la muerte, señor! Si la muerte llega a mí de esa manera, estaré feliz. En verdad, ahora voy en busca de la muerte. Justo hace media hora dejé Casa Birla sin avisar a nadie y salí por mi cuenta. No tenía planes en mente. Pero ahora estoy pensando en ir a Meerut. Si puedo encontrar cerca una estación de trenes...

—¡Bueno, este parece ser un caso totalmente avanzado! —el conductor empezó a reír otra vez—. Tan avanzado que no tiene cura.

El oficial de policía se enojó mucho.

—Viejo, le recomiendo que deje de parlotear. Váyase tranquilo a su casa. Si no, y si realmente quiere morir, ¡vaya y muérase en otra parte...! Mire para allá. Si da vuelta a la derecha en aquel poste de luz y sigue por el callejón estrecho de la izquierda, saldrá a una pequeña estación de trenes. No se puede saber cuándo llegará un tren. Si, como dice, está buscando la muerte, vaya para allá y espere. Si llega un tren, ¡será sólo por su buena suerte! Pero no esté dando vueltas aquí sin llegar a ningún lado. Éste es un barrio donde viven los más importantes ciudadanos del país. No se sabe quién va a pasar por aquí ni a qué hora. Estamos encargados de la seguridad del *Mahatma*, y nos está costando mucho trabajo ocuparnos de todo. ¡Y por si eso fuera poco, llega gente como usted!

—Les he pedido muchas veces a Nehru y a Patel no hacer ningún arreglo especial de seguridad en beneficio mío.

Cuando escuchó la respuesta avergonzada de Gandhi, los ojos del oficial se pusieron rojos. Al ver que su superior estaba realmente furioso, el conductor pasó a la acción:

—Viejo, ¿te largas o no? —y blandiendo su porra quiso ahuyentar a Gandhi.

Los dos hombres estaban trabados: no sabían cómo manejar a ese viejo loco que veía los desfiguros del conductor con un aire intrépido y una sonrisa triste.

Cuando se den cuenta en la mañana, empezarán a buscarlo. Dhaniklal será el primero en anunciarlo al mundo, pensó Gandhi. Entonces comenzarán las investigaciones. Todo el mundo será interrogado. Todos los vehículos serán sujetos a inspección. Adivinarán con facilidad que su destino es Meerut. Deberá bajarse en el camino. Gandhi esperaba que Dios hubiera marcado alguna estación poco conocida entre Delhi y Meerut como su Astapovo.

Para cuando llegó a la estación de trenes después de haber caminado por varios callejones estrechos, el frío había empeorado. En el andén cubierto de humo, cientos de viajeros, con sus cuerpos envueltos en harapos, iban de un lado a otro con sus pertenencias. Por sus ojos somnolientos y sus cuerpos malolientes, Gandhi supuso que podían estar esperando allí, asaltados por la sed y el hambre, desde hacía muchos días. Una confusión de palabras en

varios idiomas —hindi, urdu, bengalí y gujarati— chocaba y rebotaba contra las paredes negras de humo de la estación. Cientos de pájaros negros podían verse posados en las parrillas y los rieles. Todos parecían idénticos, como si hubieran sido hechos para verse así.

Nadie le prestó atención. Pero mientras subía los escalones del paso a desnivel, una niña lo miró maravillada. Llamó a su madre, que estaba ocupada hablando con alguien más, y le dijo algo, señalando hacia él. La madre miró hacia Gandhi y luego apartó la vista con desdén. Gandhi sintió la urgencia de hablar con ellas.

Primero debía comprarse un boleto.

—¿Hay trenes aquí que vayan a Meerut?

La pregunta atrajo una mirada burlona del hombre dentro de la taquilla, que apretó los labios y anunció en tono lúgubre:

—Ningún tren está programado para salir de aquí próximamente, por la simple razón de que no ha llegado ningún tren durante los últimos tres días. Ésa es la situación. Puede verlo, ¿no? Todas estas personas están esperando aquí para subir a distintos trenes. Estamos vendiendo sin parar todos los boletos que tenemos. Estas personas, además, están esperando aquí sin dar señales de fatiga. El tren tiene que llegar, eso es todo. Ah, sí, ¿a dónde tiene que ir? ¿A Meerut? ¿O a Ahmedabad? Dijo Meerut, ¿verdad?

—De hecho, no tengo un plan definido. Creo que subiré al primer tren que llegue.

—Ése es un patrón conocido, ¿no? Es lo que la gente como usted prefiere, ¿verdad? Se suben al primer tren que llegue, sea el que sea. Y sin embargo, ninguno compra boleto. Y los revisores no hacen nada en contra de ustedes. Esto sólo puede durar unos pocos días más. El *sardar* tiene las manos atadas de momento. Están esperando a que pase. Se están conteniendo por él. Pero que pase. ¡Será divertido ver qué sigue luego!

—Señor, discúlpeme... No entiendo lo que dice. Si se puede explicar...

El vendedor de boletos empezó a reír a carcajadas.

—¡Oh, dios! ¡Ya basta, *Bapuji*! No puedo seguir explicándolo todo. Viene un tren. Va a llegar hasta Amritsar y va a ir muy despacio. Jallianwala Bagh[5]

5 Un parque público en la ciudad de Amritsar, en el estado indio de Punjab, donde en 1919 ocurrió una masacre en la que centenares de manifestantes desarmados fueron muertos a tiros por un destacamento del ejército británico. Fue uno de los acontecimientos que llevaron al comienzo de las luchas políticas de Gandhi y su movimiento de resistencia pacífica en los años subsecuentes.

está en algún sitio cerca de Amritsar, ¿no? ¿Has ido allá? ¿No es lugar sagrado de tu gente? Ni siquiera necesitas un boleto. Y en todo caso ustedes nunca compran boletos. Unos pocos días más, hasta que pase.

A Gandhi le sorprendió que todos fueran tan informales.

—Deme un boleto a Amritsar —dijo, extendiendo un billete de una rupia.

—¿A Jallianwala Bagh, entonces?

—¡Sí...! Ha pasado mucho tiempo desde mi última visita —dijo Gandhi, sonriendo compasivamente al vendedor de boletos. Entonces el vendedor de boletos devolvió la mirada al *Mahatma*, y, de pronto, su corazón se llenó de miedo.

Cuando vio a los cinco o seis Gandhis que se abrían paso a golpes y empujones en un compartimento atestado del tren a Amritsar, Gandhi se quedó atónito: fue hacia ellos, corriendo parte del camino. La multitud era inmensa e incontrolable. Todos los que esperaban intentaron meterse en el compartimento al mismo tiempo. Todos trataron de apartar a los otros del tren para poder subir ellos. Algunos recurrieron incluso a agresiones físicas. La estación entera de trenes hacía eco de insultos y gritos de auxilio.

Gandhi estaba de pie, tímidamente, cerca de la puerta. Pero la multitud se volvía más y más grande a cada minuto. Pensó que no sería capaz de abordar el tren. Por fortuna, la multitud lo empujó involuntariamente al interior del compartimento. Una vez adentro, encontró que había cuatro o cinco veces más pasajeros que la capacidad del compartimento, apretados juntos.

Sin ningún esfuerzo de su parte, todo el mundo había sido empujado por la multitud a alguna parte del compartimento. Gandhi se sintió deprimido. Las rodillas le dolían de modo intolerable. El tren empezó a moverse.

—¡Oiga, Gandhi, señor, venga para acá! Aquí hay un poco de espacio para usted. Se ve realmente viejo. Denle un poco de espacio, pobre hombre. A pesar de todo es uno de nosotros, ¿no?

El grupo de Gandhis que había tomado algo de espacio junto a una litera lo invitaba a sentarse junto a ellos.

—¡Parece que viene de muy lejos! ¿Cuál es su nombre, señor?

Mirando maravillado a cada uno de ellos, todos maquillados para verse exactamente como él, el *Mahatma* contestó:

—Gandhi. Mohandas Karamchand Gandhi...

Todos empezaron a reírse.

—Ése lo sabemos, ¿no? Le preguntaba su nombre real, el que le dieron sus padres...

—Fueron mis padres los que me dieron este nombre.

—Su lugar de nacimiento es Porbandar, entonces.

—Sí, ahí fue donde nací. Ahora bien, durante los últimos meses, he tenido que quedarme en Casa Birla. Salí de allí temprano esta mañana. Aunque no tenía ningún plan cuando salí, ahora estoy viajando a Amritsar. Es mi deseo visitar Jallianwala Bagh. Hace mucho tiempo desde que lo vi por última vez.

—¡Creo que se le zafó un tornillo!

—Eso es lo que crees. En realidad este viejo es listo. En estos días, la fascinación por esos lugares ha crecido enormemente. Grandes cantidades de turistas los visitan todos los días. Todo lo que necesitas es ponerte el disfraz y quedarte por ahí sin hacer nada. Puedes ganar más que suficiente dinero en un solo mes.

Incapaz de soportar su repulsión, el *Mahatma* cerró los ojos. De modo que así es como salieron las cosas. Bhagwaticharan no era el único. Los oficiales de policía que había encontrado por la mañana, el vendedor de boletos en la estación y las personas patéticas presentes en aquel compartimiento debían haberse encontrado con innumerables Gandhis falsos.

—Pero, Gandhi, señor, por favor no se imagine que, como usted, nos hemos puesto este maquillaje para mendigar en las calles —dijo un Gandhi de mediana edad en tono admonitorio—. Este hombre de aquí es gujarati. Un gran propietario de inmuebles que estuvo en el Partido del Congreso por muchos años. Incluso fue a la cárcel. Sólo después de que logramos la Independencia se puso ese disfraz. No ha conocido todavía al verdadero Gandhi. ¡Pero sus formas de hablar, de caminar y conducirse son tan llamativas como las del verdadero!

—Si no tiene intención de mendigar, ¿para qué se puso el disfraz? —preguntó el *Mahatma* con voz temblorosa.

—Ésa es una buena pregunta. Nuestro hombre ha decidido disputar elecciones. ¡Señor, no hay manera más fácil de asegurar una victoria! Rasúrese la cabeza. Envuélvase los hombros y la cintura con un trozo de *khaddar*. Tenga en la mano un ejemplar nuevo del *Bhagavad Gita*. Luego salga a la calle y siga caminando. ¡Tiene que hacerlo como él, a buen paso...!

Mientras más escuchaba, más se sorprendía Gandhi. El hombre parecía disfrutar lo que le estaba diciendo. Como no había pasado aún de la me-

diana edad, debía hacer grandes esfuerzos por parecer viejo. Tenía un poco de panza, y para esconderla apretaba el estómago todo el tiempo. Pero no tenía dientes. Podría habérselos hecho sacar para que su disfraz fuera más perfecto.

—¿Es posible ganarse la confianza de la gente mediante esos trucos? —preguntó el *Mahatma*, genuinamente intrigado.

—Esto sirve solamente para llamar la atención de la gente. Para enderezar a los enemigos y persuadirlos, hay que emplear otras estrategias.

—Sólo por medios no violentos, espero —preguntó Gandhi, mirando expectante al hombre.

—¿Medios no violentos? ¡Qué tontería! —replicó éste, acompañado de una carcajada. Luego, confió en un murmullo, como si fuera un secreto—: ¡Sólo unos pocos días más! Que pase el evento. Entonces yo seré como Maharana Pratrap. Mis hombres los perseguirán hasta más allá de los Himalayas. Pero, Gandhi, señor, ¡usted debería ir a mendigar en las calles, cuidar su supervivencia! ¿Por qué pierde su tiempo escuchando todas estas historias?

El *Mahatma* empezó a pensar en su propio Astapovo.

El tren se detenía sin fallar en cada estación de la ruta y volvía a ponerse en marcha. A pesar de haber viajado todo el día, no podía haber cubierto la mitad de la distancia hacia su destino. La prisa en el momento de abordar había desaparecido por completo. Cuatro o cinco paradas después de Delhi, el grupo de Gandhis se marchó. Pero un nuevo montón de ellos subía a bordo en cada parada. Lentes, *khaddar* y un ejemplar del *Gita* en una mano... El disfraz es bastante fácil de usar, pensó el *Mahatma*. Cada hombre tenía sus propias razones para usar el disfraz. El *Mahatma* notó que había varios otros que se habían maquillado para verse como él. Un joven vendedor de fruta le dijo que su disfraz le había ayudado a escapar de una turba en un motín y de la policía.

—Incluso cuando el disfraz es obvio, no hay problema. Piensan que sería un pecado matar a alguien que lo lleve. Si no me lo hubiera puesto, me hubieran matado junto con mis padres cuando le prendieron fuego a nuestro asentamiento el mes pasado —le dijo a Gandhi—. El disfraz es útil hasta para vender fruta. ¿No es especial comprar una naranja de un *mahatma* y no de un ordinario vendedor de fruta? —preguntó el joven, riendo.

Gandhi le compró un par de plátanos y se los comió. Luego se acostó en una litera vacía, estirando las piernas. Su cuerpo se sentía caliente. ¿Sería un síntoma de neumonía? ¡Debían estar acercándose a Astapovo!

El rocío comenzó a acumularse muy temprano: como a las dos de aquella tarde. Para calentarse, uno de los Gandhis, sentado directamente ante el *Mahatma*, empezó a fumar. Otro se quitó temporalmente el disfraz y se puso un abrigo largo de lana.

La oscuridad había empezado a caer cuando el tren se detuvo en una estación muy pequeña poco después de Panipat. Gandhi vio a unos veinte policías saltar a bordo del compartimiento de tercera clase en el que viajaba. Imaginó que ya podía darse por capturado. Inmediatamente después de recibir la información en la mañana, debían de haberse puesto en acción.

La policía apuntó un arma a cada pasajero y lo interrogó.

Gandhi decidió no someterse a ningún tipo de coerción. No debía cambiar su decisión incluso si Nehru o Patel llegaban personalmente a rogarle. Revisó el andén para ver si tenía un visitante. El andén estaba desierto y vacío. Podía verse al jefe de estación, vestido con su uniforme gastado. Después de plegar sus banderas y ponérselas bajo el brazo, el jefe de estación inspeccionó los compartimentos uno por uno.

—¿Cuál es tu nombre? —Gandhi sintió que había visto al oficial de policía en alguna parte.

—Gandhi. Mohandas Karamchand Gandhi.

—¿De dónde vienes?

—De Delhi...

—¿A dónde vas?

—A Amritsar. Planeo visitar Jallianwala Bagh.

—¿Por qué vas para allá?

—Ha pasado mucho tiempo desde mi última visita.

—Enséñame tus pertenencias.

—¡Pero no he traído nada conmigo! Sólo llevo un poco de dinero en un nudo de mi *dhoti*, dinero que gané con mi rueca. Fuera de eso, traigo un viejo ejemplar del *Gita* conmigo, señor.

El oficial de policía pidió a Gandhi que desatara el nudo de su *dhoti* y le mostrara su dinero; luego se fue.

Para el *Mahatma*, aquello fue enormemente decepcionante. Sólo había unos doce pasajeros en el compartimento. Éste había quedado totalmente descompuesto por la basura y los desperdicios que estaban por todas partes. Los espacios bajo los asientos estaban llenos de peladuras de fruta y restos de comida. Cuando había dicho que era el deber colectivo de todos mantener

limpio el compartimento, otros pasajeros se habían reído de él. En la tarde, Gandhi empezó a limpiar él mismo el compartimento. Cuando regresó a su asiento después de recoger la basura y sacarla, sus compañeros de vagón tiraron monedas a sus pies. Él las juntó en silencio y las guardó en el nudo de su *dhoti*. Para entonces, los Gandhis también estaban desfigurados e irreconocibles. Su maquillaje se había corrido. En las caras rasuradas de los jóvenes Gandhis había empezado a crecer pelo. La hora usual de las plegarias para el *Mahatma* se acercaba. Un vendedor de cacahuates que pasaba les dijo que el tren tardaría mucho tiempo en partir.

¿Habré alcanzado Astapovo?

Pensando en caminar por un rato, salió del tren y se fue solo.

Había pájaros que cantaban sus melodías de la hora de anidar en la estación. Batiendo nerviosamente las alas, se agitaron al ver a Gandhi. Él se alejó de allí porque no deseaba perturbar su soledad. Imaginó que había llegado por fin a un lugar donde nadie le haría caso. ¡Ésa era una libertad que nunca antes había experimentado! Sentado en una banca cubierta de excremento de pájaros, Gandhi comenzó sus oraciones a la luz mortecina de un poste de luz.

—**¿Por qué está sentado aquí**, señor? ¿Es usted un pasajero?

Cuando vio el jefe de estación parado delante de él, Gandhi trató de levantarse.

—Sí. Debo ir a Amritsar. Oí que el tren tardaría mucho en arrancar, así que vine aquí a decir mis oraciones. ¿Tiene alguna información sobre cuándo podría partir, señor?

—No. No sé. Tampoco es muy probable que alguien más sepa. Hemos recibido un mensaje que dice que han destruido las vías —después de decir esto, el jefe de estación miró a Gandhi de modo extraño—. ¿Entonces va a Amritsar? ¿Tiene boleto?

A Gandhi le pareció que el jefe de estación, cuyo instinto natural era sonreír, estaba haciendo un gran esfuerzo para fingir severidad con él.

—Aquí está —el *Mahatma* desató el nudo en su *dhoti* y le dio el boleto. El jefe de estación se alejó un poco y lo examinó. Cuando levantó la vista hacia el *Mahatma*, que lo había seguido y estaba de pie cerca de él, estaba alarmado.

—Señor, ¿cuál es su nombre? Dígame por favor.

Él dijo la verdad, como siempre:

—Mohandas Karamchand Gandhi.

La ansiedad brilló en la cara del jefe de estación mientras miraba atentamente a Gandhi.

—*Bapuji*, por favor perdóneme. Vuelvo enseguida. Necesito examinar esto —se fue deprisa con el boleto en la mano.

Lo más seguro es que ya haya llegado al lugar correcto, pensó el *Mahatma*. De pronto, su cuerpo comenzó a temblar. Lo asaltó una fatiga que nunca antes había experimentado. Sintió un dolor insoportable en sus articulaciones. Éste parece ser el momento correcto en el sitio adecuado, se dijo.

Su vista se oscureció de repente. Sintiéndose débil, se sentó en la banca de cemento. ¿Aún no ha terminado su escrutinio el jefe de estación? Pensó que tomar una siesta podría hacerlo sentirse mejor. Sacudió su manto y se cubrió con él mientras se tendía, doblando las piernas. El tren que lo había traído aquí estaba inmóvil ante él, como un cadáver. Sin contar el cuartito del jefe de estación, a poca distancia, y el poste de luz, el lugar era realmente una selva. Los pájaros gritaban sin cesar.

Un gran pájaro posado en la punta del poste, con sus alas negras abiertas, lo miraba. Ésta debe de ser el ave que anunciará mi muerte al mundo, pensó Gandhi.

Dhaniklal sería el primero en llegar hasta aquel lugar. Podría traer a Manu con él. Debo dejarle a ella mi última declaración, decidió el *Mahatma*.

¡Qué maravilloso sería tener a Ba aquí en este momento! Kasturba nunca había entendido por completo el significado de sus declaraciones. Pero no había nadie que entendiera sus silencios tan bien como ella. A Ba le gustaban especialmente los lunes, cuando él hacía voto de silencio. Era en lunes que ella tenía la oportunidad de quedarse con él todo el día, sin alejarse de su lado ni por un momento. Si ella estuviera con él, él no tendría siquiera necesidad de hacer una declaración final, pensó el *Mahatma*. Para él, la muerte de ella era una pérdida irreparable. Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—*Bapuji*, por favor levántese. Su tren se va. *Bapuji*... ¡*Bapuji*! Dios, ¿qué hago ahora? Aquí no hay nadie que ayude. ¡*Bapuji*, *Bapuji*! ¡Oh, Dios...!

El *Mahatma* escuchó la voz agitada del jefe de estación y las largas notas del silbato del tren. No podía abrir los ojos. Su conciencia era precaria y colgaba de un hilo delgado. ¿De quién es ese tren? ¿De dónde sale? ¿A dónde va? ¿De quién es esa voz? ¿De dónde vienen esos sonidos? ¿Es la voz de Kasturba? ¿O del pequeño pájaro que vive en lo alto del gran cedro rojo? Si no, ¿son los gritos del pájaro de alas negras posado en este poste de luz?

El *Mahatma* trató de abrir los ojos. No podía decirle adiós al mundo sin hacer una declaración, ¿o sí?

Después de cubrir a Gandhi con una manta, el jefe de estación corrió con su lámpara verde, levantando su luz mientras trotaba, para despedir al tren que estaba a punto de salir para Amritsar. Poco después, al llevar a Gandhi un poco de agua caliente que había preparado especialmente para él, notó que el *Mahatma* se había incorporado. Al ver al jefe de estación, el *Mahatma* le dedicó una sonrisa desdentada.

—Su tren se ha ido, *Bapuji*. Podría tener que esperar otras dieciocho horas para el siguiente tren a Amritsar.

El *Mahatma* suspiró. Fortalecido por un sorbo de agua caliente, fue capaz de enderezarse y sentarse apropiadamente.

—Gracias. Éste parece ser el deseo de Dios. Si él ha preparado este lugar para que sea mi Astapovo, no podría ir más allá tan fácilmente, ¿no es así?

La cara del jefe de estación había palidecido.

—*Bapuji*, por favor perdóneme. Ayúdeme a evitar la culpa de semejante crimen imperdonable. ¡Aquí no hay nadie! Tendrá que hacer su última declaración solamente a mí, *Bapu*. No creo tener la fuerza para soportarlo. Perdóneme. El tren a Delhi llegará aquí en menos de una hora. Por favor, vuelva a Delhi. Ahí es donde todo tiene que pasar.

El *Mahatma* se rio al escuchar esto.

—¡Todo está decidido, entonces! Pero, por favor, dígame una cosa. Me reconoció desde el principio..., ¿cómo lo hizo? Debe de haber visto montones y montones de *Bapujis*, ¿no?

El jefe de estación se rio.

—Es muy fácil, *Bapu*. Ni uno de esos incontables *Bapujis* compró jamás un boleto. Cuando se les pregunta, dicen: «Te di la libertad, ¿no es suficiente?». Y siempre tienen ganas de discutir. Además...

El *Mahatma* intervino:

—Además, tú habías anticipado todo esto, ¿no es verdad? ¡Sabías por anticipado de mi viaje y su objetivo!

El jefe de estación se puso inquieto.

—Pero, *Bapuji*, por favor escuche lo que tengo que decirle. No debe terminar así. ¡Éste no debe ser jamás su mensaje para el mundo!

El *Mahatma* levantó su dedo para silenciarlo. Luego continuó:

—No, querido hermano, no puedo retirarme ahora. He tomado mi decisión. Creo firmemente, hermano, que este mundo entenderá el razonamiento que está detrás de mi salida de Delhi y mi llegada aquí. Pero ¿no

hay doctores por aquí? ¡La neumonía ha comenzado su ataque virulento! —volvió a tenderse.

—No, *Bapuji*. Nadie de por aquí sabe nada de neumonía. Por favor acepte mi petición. Todo debe ocurrir solamente en Delhi —dijo y miró su reloj de pulsera—. Dios, sólo quedan diez minutos para que llegue el tren. Hay poco que pueda hacer antes de eso —después de murmurar para sí mismo, dijo a Gandhi—: Usted debe haber entendido esto más claramente que cualquier otro, *Bapuji*. Debe haber caminado aquí no con un deseo de morir, sino con un deseo de vivir. Su partida tenía la intención solamente de llamar la atención y provocar obediencia, igual que todos los ayunos que hizo anteriormente.

Como si no tuviera una respuesta que ofrecer, Gandhi permaneció en silencio.

—Pero ahora todos sus adversarios verán esto desde un ángulo diferente, *Bapu*. Ya se han decidido. Ayer, o el día anterior, podrían haber sufrido una derrota. Pero ahora han comenzado su guerra contra usted. Hoy o mañana. Mañana o el día después..., ahora ya es cuestión de días, solamente.

—Lo que dices es verdad. Pero ¿dónde se torció todo? ¡Sólo he pensado en esto durante los últimos tres días! Considero mi hermano a todo hombre. Incluso a aquellos hombres blancos, que resultaron ser mis enemigos por obra de la Historia, los amé también. Traté de enseñar a nuestro pueblo a hacer lo mismo. Intenté enviar un mensaje de verdad y no violencia a todos. De cierta forma... —el *Mahatma* dudó.

—¡De cierta forma nos trajo el mensaje de Cristo! Por eso el gobierno británico jamás pudo matarlo. Usted aparecía ante ellos no como un cristiano, ¡sino como el propio Cristo, *Bapuji*!

—Sí, soy un auténtico cristiano; un cristiano más verdadero que los mismos cristianos.

El *Mahatma* sonrió. Hablar con el jefe de estación era como hablar con su propia conciencia. Era extraño cómo su conciencia era un jefe de estación en una oscura aldea.

—Ésa es la razón por la que nuestros gobernantes coloniales pusieron sus armas a sus pies y se fueron del país. No eran capaces de pelear contra Cristo, su dios.

—Soy hindú. Un verdadero hindú. Rama es mi dios. El *Gita* es mi filosofía.

—Si alguien lo acusara de haber llevado a cabo este engaño, ¿cuál sería su respuesta, *Bapuji*?

Gandhi estaba en silencio.

—Dígame, *Bapuji*. ¿De qué fuentes formuló usted sus preceptos? ¿De qué dios en nuestra tierra aprendió la no violencia? ¿Hay alguno entre nuestros dioses que no tomara las armas? ¿Cuál de ellos perdonó a sus enemigos? Al pedírsele que diera su chal, ¿cuál de ellos dio su *dhoti* también? ¿Quién, al ser abofeteado en una mejilla, mostró la otra? O, por lo menos, ¿alguno de nuestros dioses siguió los principios de simplicidad que usted ha pedido a todos que sigan? Dígame, *Bapuji*...

Gandhi suspiró profundamente.

—¿Qué debo hacer como *satyagrahi*? ¡Por favor, dime, querido hermano! —dijo. Se habían formado lágrimas en sus ojos.

—Por favor regrese, *Bapuji* —le rogó el jefe de estación.

—¡No, eso sería equivalente a la muerte! —dijo él, repitiendo la famosa frase de su maestro Tolstói.

Su conciencia estaba enojada ahora.

—¡Diga sus propias frases, *Bapu*...! Encárenos a su propia manera. Estamos esperando el momento para asesinarlo. Hemos comenzado esta guerra para vengarnos unos de otros. Deseamos ajustar cuentas con la Historia. La sangre de mil años que corre por las calles de Delhi no se ha secado todavía. Enséñenos la nobleza de sus preceptos o reciba como regalo las balas que disparan nuestras armas —el jefe de estación perdía el aliento—. Usted logrará una muerte poética, tal como deseaba, en la estación de trenes de esta aldea remota. Entonces nosotros, sus seguidores, lo traicionaremos después de su muerte o seremos muertos. Nos haremos pasar por usted mientras destruimos su forma de vida. Esta tierra sagrada va a llenarse de Bhagwaticharans. Usted será consagrado como dios..., pero un dios incapaz de cambiar nada. Y luego, en nombre de ese dios, comenzará una guerra de venganza. Y la guerra durará hasta que la identidad de usted se borre por completo.

Los dos hombres quedaron en silencio.

El gran pájaro de alas negras, que observaba a Gandhi desde lo alto del poste de luz, entonó un canto de lamentación mientras se alejaba volando. Su grito pudo oírse hasta que hubo recorrido una gran distancia.

—¿Es esto una especie de profecía?

—Profecía o superstición, lo puede llamar como usted quiera. ¡Pero estas cosas serán realidad, *Bapu*!

Gandhi estaba absorto en profunda contemplación. Cerró los ojos.

—No, no aceptaré la derrota. ¡Haré que mis adversarios entiendan la naturaleza poética de la no violencia!

—*Bapuji*, entonces usted debe vivir su vida completa. Es decir, ciento veinticinco años...

El *Mahatma* cerró los ojos y quedó en silencio.

—*Bapuji*... El tren a Delhi ha llegado.

Gandhi encontró un asiento en un compartimento de tercera clase repleto. Era solamente otro Gandhi entre los varios Gandhis que viajaban en el mismo compartimento. El jefe de estación corrió hacia él, con una taza de leche de cabra y un puñado de cacahuates.

—¡Debe mantenerse bien, *Bapuji*! ¡Su muerte debe ser el mensaje de nuestras vidas! —dijo al *Mahatma* mientras secaba sus ojos llorosos.

Dos días después, a las tres en punto de la tarde del 30 de enero de 1948,[6] el tren en que Gandhi viajaba llegó a Delhi. Cuando llegó a Casa Birla a pie desde la estación, daban las cuatro con cincuenta minutos.

Ansioso porque casi era la hora de su reunión de oración, el *Mahatma* entró deprisa a Casa Birla por la puerta trasera. En el amplio jardín de la mansión, *Mahatma* Bhagwaticharan estaba sentado, mirando los rosales que florecían. No se sabe si notó la llegada de Gandhi. Éste lo dejó atrás rápidamente, entró en su cuarto y pasó al baño. Se lavaba la cara cuando escuchó a Dhaniklal llamándolo.

—¡Es hora de la reunión de oración, *Bapuji*! Él ya llegó.

El *Mahatma* replicó en voz alta:

—Estaré allá en un momento, Dhaniklalji. Por favor pídele que espere •

Traducción de Alberto Chimal, a partir de la traducción del tamil al inglés de N. Kalyan Raman

6 Ésta es la fecha del asesinato de Gandhi a manos de un nacionalista indio. El crimen ocurrió a las 5:17 de la tarde, cuando Gandhi se dirigía a la sala de oración de Casa Birla.

Escribir por una canción

G. N. Devy

Cuando yo tenía tres o cuatro años, mi padre llevó a casa un aparato de radio. Esto sucedió hace seis décadas. Era una de las pocas consolas que había en el pueblo en ese entonces, una posesión que nos llenaba de orgullo y un espectáculo público para los vecinos. No recuerdo si la marca era Marconi, Philips o alguna otra. Sin embargo, sí recuerdo que, cuando la instalaron y la prendieron, sonaron canciones memorables de K. L. Saighal Hemant Kumar Mukherjee, Khurshid y Talat Mahamud. Sesenta años después, todavía recuerdo con gran claridad las dulces melodías del primer programa de radio que escuché. Durante todo este tiempo he seguido escuchando la radio, casi únicamente por la música que transmite. Por supuesto, no era sólo la radio la que me proporcionaba canciones. Venían también de familiares de mayor edad que las tarareaban mientras realizaban actividades en el hogar. Uno las obtenía en festivales y bodas, y en las ceremonias de bienvenida a los recién llegados a la familia. Venían de mendigos errantes, conductores de carretas de bueyes, granjeros absortos en los campos de siembra, mujeres reunidas para hacer encurtidos y especias, artistas de *katha* y *kirtana* y, las más dulces de ellas, de las madres que arrullaban a sus bebés.

Después, mucho tiempo después, cuando yo tenía ya treinta y tantos, comencé a trabajar con los adivasi en el oeste de India. Cada vez que nuestra discusión giraba en torno a su identidad, invariablemente aludían a sus canciones tradicionales. Para entonces había leído un montón de Marx, Gandhi, Ambedkar y Lohia y me gustaba imaginar que

los adivasi se morían por hablar sobre la injusticia que el «sistema» les había provocado. Para mi sorpresa, ellos no estaban tan articulados sobre lo político como sobre lo cultural. A través de mis años de trabajo con ellos, he conocido a individuos que pueden cantar todo el *Mahabharata* seguido. Los bhil que viven en la frontera de Rajastán y Gujarat tienen varias epopeyas propias; y los cantantes se enorgullecían inmensamente de presentar toda la obra, sin perder una sola sílaba. También me encontré con miembros de la comunidad bharthari de los estados boscosos del centro de la India, que podían interpretar sólo por preguntarles toda la saga de un rey legendario. Un amigo mío de la comunidad banjara me dijo una vez que los banjara tienen un género poético llamado *lehngi*. Cuando le sugerí que escribiera alguna de las composiciones si las recordaba, respondió que podía recordar cerca de seis mil *lehngis*. Su afirmación no me sorprendió porque anteriormente había escuchado de un amigo de la comunidad nayak que él sabía más de nueve mil canciones. Y además tenía una gran voz. Todavía recuerdo lo fascinado que yo estaba cuando él cantaba durante horas, una canción tras otra.

Las tribus y las castas en India son comunidades distintas. Los que pertenecen a castas no pertenecen a tribus, y los que pertenecen a tribus quedan fuera de la pirámide de castas. Lo que los aproxima es probablemente su amor por las canciones. Como adolescente y como joven, hice numerosos viajes con otros de mi edad. Invariablemente, la marca de cada viaje era un juego que quizá sólo los indios, y quizá los africanos, juegan. Ese juego no necesita tablero, pelota ni bate. Requiere la habilidad de cantar una canción que tenga una sílaba inicial que es la sílaba final de la canción cantada por el equipo contrario. El juego tiene pocas reglas. Puede jugarse sin fin. No hay ganador ni perdedor realmente; y no se necesita entrenamiento especial o el don de una voz sonora para participar en él. Quizás sea el más democrático de los juegos que conozco. Se llama *antakshari*.

La memoria histórica de la India también privilegia las canciones y a los cantantes por encima de otros iconos culturales. Cuando un indio comienza a pensar en los tiempos medievales, los nombres que

primero aparecen ante su ojo mental son los de Kabir y Mira, Jaydeva y Chandidas, Surdas y Nanak, Akkamahadevi y Tukaram, Thyagraj y Narsi Mehta, cada uno de los cuales está entre los más grandes creadores de canciones y entre los cantantes más icónicos. Cada uno de ellos tenía su filosofía propia y, sin embargo, todos ellos viven en la memoria de la India como cantantes de amor, devoción y humanidad. El genio de Gandhi era colosal en comparación; pero, para todo indio, sus diarias *bayans* [canciones devocionales] «raghupati raghav rajaram» o «vaishnav jana to tene kahiye» lo dicen todo. Rabindranath era un genio renacentista de amplio espectro que abarcaba la filosofía, la educación, el teatro, la política, la ficción, la pintura y la poesía. Dejó una huella indeleble en la cultura india del siglo XX. No obstante, nada llegó tan lejos y tan profundo en las mentes de la gente como lo hicieron sus canciones.

No debiera ser una exageración afirmar que, en términos de la capacidad del ciudadano promedio para recordar una gran cantidad de canciones y tararearlas con una voz terrible, la India probablemente encabece la lista mundial. La cercanía que muestran los indios con los sufíes en Rajastán, los bauls en Bengala, los varkaris en Maharashtra y el gusto con que las muchachas y los muchachos en Gujarat se sumergen en el canto *garba* y en las melodías *bihu* en Assam, nos define a todos como una sola nación de amantes de la canción.

Los neurólogos nos dicen que la cognición del lenguaje y la lógica se controla en una parte del cerebro, mientras que la inscripción de la canción y la melodía en la memoria ocurre en otra parte del mismo. Sería demasiado aventurarse proponer que la mente india con «excedente de canciones» responde a la lógica normal y a la información ligada al lenguaje de una manera algo diferente a la mente de la gente de otras culturas con «déficit de canciones». Sin embargo, al menos en cierta medida, este argumento puede sostenerse cuando notamos que, mientras la colonización cambió nuestro gusto en prácticamente todos los campos de la actividad racional e imaginativa, la música en la India continuó estando segura de sí misma durante todo el periodo colonial y más allá. Además, cuando una forma de arte moderno com-

pletamente basada en la tecnología como el cine llegó a la India, los creadores de nuestras películas rápidamente pusieron la canción en su corazón. Esto no ha sucedido en otros lugares, con la excepción del cine árabe, y allí tampoco en la misma escala. Puede que no esté demasiado fuera de lugar afirmar que «la canción» es el sello distintivo de la civilización india.

Estos pensamientos me vinieron a la mente cuando supe que recientemente comenzó a aparecer mucho grafiti en las paredes de Bangalore pidiendo liberar la música del control del gobierno. Decía: «Devuelvan la música, devuelvan el alma». El grafiti fue ocasionado por el estricto control del Estado sobre la música en vivo en restaurantes y bares. De repente comenzó a surgir en Mahatma Gandhi Road, en Museum Road, en Levelle Road y en St. Mark's. Éstos son lugares frecuentados por la generación *millennial*. Los jóvenes cuya música fue apagada por la policía estatal comenzaron a escribir: «Remember to forget, Four Ders, Sammzie, Rastad, King Turac, Guess who, King and Zero...». La respuesta del estado al grafiti fue salir a buscar a quienes protestaron abiertamente y ficharlos. Cualquiera que conozca el lugar que tiene la canción en la mente india bien puede sentir que la protesta no tiene tanto que ver con la música y con el placer sensorial. Es algo más profundo. Comenzó con la generación «2 K-plus». Si un analista cultural señalara la coincidencia de que el grafiti en Bangalore haya comenzado a aparecer precisamente cuando de manera silenciosa los votantes de Maharashtra y Haryana pusieron en su lugar a los regímenes gobernantes, uno no puede descartarla como una opinión política tendenciosa. Quizás necesitemos leer con más atención la escritura que ha comenzado a aparecer en la pared, una buena razón para cantar una canción más para alentar a la democracia •

Publicado originalmente en *The Telegraph-Kolkata* el 1 noviembre de 2019.

Traducción del inglés de Víctor Ortiz Partida.

N. Sukumaran

Agua en mi mano

El agua que recogí
en el pozo de mi palma
se volvió extraña al río.
Ahora está inmóvil,
el cielo encrespado en ella.
Vertí el agua.

En este río que fluye,
¿cuál es mi agua?

Más huesos

No llames a mi puerta a pedir nada,
mi casa está frígida de muerte.

Les podrían salir colmillos
a las palabras que te di.
El cigarro que te ofrezco

podría estar envenenado.
Podría la comida en tu plato
estar mezclada
con la carne de hermanos.
Podría ir disuelta
sal de lágrimas
en el té preparado para ti.

Estos días los gobiernan
diablos en uniforme color kaki.

Hoy,
mueren quemadas flores, sonrisas, niños,
pájaros. Mujeres.
Las voces de aquellos
cuyos órganos arrancan
se expanden en un tartamudeo.
Desde el cráneo destrozado del Buda
aúllan los buitres
entre la pila de cadáveres.
Es fácil rajarte el cuello
en el nombre de Dios, Lengua o Raza
con una lámina corroída de metal.

Hoy,
es un crimen ser humano.

La tierra se ha convertido en un corredor de esqueletos.
(La pila de huesos crece y crece.)

El aire —
un contenedor de humo de explosivos.

(El humo se vuelve denso.)
Cada huella en la arena
manchada de pus y sangre.

En la tela que tejen las arañas
se hielan en el vacío los ojos de búho de la historia.
Mancha en nuestras manos todas,
la pena se extiende sin fin.
No llames a mi puerta
a preguntarme nada.

Hoy,
ser humano es un crimen.

Udhagamandalam

para Sumathi

Como un pájaro que regresa a su santuario,
vuelvo una y otra vez a este pueblo en la colina.

Este pueblo ha sido deformado
como el rostro humano estallando de acné.
Aun así,
recuerdos de mi infancia permanecen
en el viento cargado del olor de eucalipto.

Mi idioma,
por mil años oxidado,
aún es débil
para hablar de tu amor.

Tú, con tus historias,
que anduviste en los caminos
cubiertos de la morada flor de mayo,
que hablaste sobre humanos
en las vías del ferrocarril
entre rocas que rezumaban agua,
no estás aquí.

Ahora yo soy
un corazón cautivo
en las garras de un águila en vuelo.

Los pechos colgantes,
podrías estar perdida
en documentos del gobierno infestados de caca de gusanos
o
utensilios abollados borroneados de carbón
o
la manchada ropa de tus bebés.

Tu amor es tan simple,
como agua recogida a la mitad del río.

Versiones de Adriana Díaz Enciso, a partir de las versiones del tamil al inglés de Putholi Arumugam, R. Sivakimar y Gita Sukumaran.

El espejo de Bélgica

Sirpi Balasubramaniam

El oro de su marco de madera
se había ennegrecido;
su encaje labrado
de enredaderas y flores
era una red rasgada.
Alguna vez, pájaros exquisitos
cantaban en su margen;
ahora tenían
las alas estropeadas,
los picos rotos.
Deben haber sido cincuenta.

Amma nos agasajaba con historias:
su visita a Rameswaram,
joven esposa
embarazada de su primogénito;
el espejo de Bélgica
fue el primer regalo de Appa.

«El espejo es un dios,
que no se rompa»,
repetía Amma.

Una vez que su dominante presencia
se cernió sobre el gran salón,
Appa se paraba delante de él

una media hora todos los días
para darle a la pasta de sándalo
en su frente la forma de un círculo
perfecto con un tallo de Nandiavattai.

«Tu *idli* se está enfriando»,
fingiendo reprocharle,
Amma echaba un vistazo
y absorbía lo que veía.

Akka, de piernas largas,
ajustaba el espejo
a su altura;
Amma con su sexto sentido
entraba en acción:
«¡No lo manches de grasa!»,
retumbaba su voz desde la cocina.

Nunca me permitía
jugar con la pelota en la casa.
«¡Dañarás el espejo.
Sal a la calle a jugar!»
Cuando había gente proclamaba:
«¡Es original de Bélgica!
Ya no se consigue...».

Luego de la muerte de Appa,
Amma
cambió el espejo
a la sala de oración,
lo enceraba
una vez a la semana,
lo decoraba con *kumkumam*
y se perdía en oración.

Postrada en cama,
demacrada, Amma
murmuraba

ante el más leve ruido:
«Cuiden el espejo».

Anoche,
¡un estrépito! En la sala de oración
una rata enorme se tropezó y corrió;
en el piso,
el espejo belga
yacía
hecho relucientes añicos.

«¡Ay... Amma...!».
Chilló mi esposa,
yo entré precipitadamente;

los ojos de Amma,
dos piedras de cristal
sin vida.

Versión de Víctor Ortiz Partida, a partir de la versión del tamil al inglés de K. S. Subramanian.

Caravanas: continúen. Poéticas indias contemporáneas

H. S. Shivaprakash

Salvo quienes conocen y están perfectamente informados de la desconcertante diversidad del paisaje poético de la India, la mayoría tiende a juzgarlo por aquello que no es. Para tener una idea aproximada de lo que sí es, sería conveniente vislumbrar esta poesía en contraste con otras poéticas: digamos, por ejemplo, las de América Latina. Pese a que, si la consideramos un conjunto, América Latina cuenta con varias de las cumbres poéticas del último siglo y a despecho de que su extensión territorial exceda a la de la India, la mayor parte de su poesía se escribe en español y portugués y muy poco en inglés y en francés. De hecho, la poesía latinoamericana es lingüísticamente más unitaria que la de la India, cuya poesía se formula en veinticuatro idiomas con reconocimiento oficial e infinidad de dialectos y otros idiomas. Estos veinticuatro idiomas principales pertenecen a las dos grandes variedades lingüísticas, la indoaria y la dravídica, cuyas gramáticas, dicción y métricas son muy diferentes entre sí. Por su parte, los dialectos tribales corresponden a familias lingüísticas totalmente distintas. De hecho, varios de los idiomas del noreste tienen mayor parentesco con la familia idiomática sinobirmana.

Las diferencias geográficas del subcontinente y los principios de la desigualdad inherentes al desarrollo socioeconómico contribuyen a mltiplicar esta pluralidad lingüística. Estudio de contrastes, en la India encontramos comunidades situadas todavía en los estadios evolutivos de la caza y el pastoreo, junto a metrópolis con un alto grado de desarrollo, como Delhi y Bombay. En tanto se concentran, en su mayoría, en uno o dos idiomas, la mayor parte de las recapitulaciones acerca de la poesía india resultan parciales y excluyentes. Aun cuando

mi aporte sobre las diversas poesías indias no esté por completo libre de esos yerros, espero compensarlos con mi familiaridad con las otras poesías indias cuyo acercamiento debo a traducciones.

Con una historia que se remonta a dos mil años, la poesía india ha experimentado diversos cambios de paradigma, incluso en el periodo precolonial. Durante la primera mitad del primer milenio florecieron las dos grandes tradiciones clásicas de poesía: el sánscrito del norte y el tamil del sur. Además de grandes obras de poesía lírica, narrativa y dramática, también produjeron obras fundamentales de gramática, poética y dramaturgia. En la segunda mitad del primer milenio aparece la corriente de la poesía *bhakti*, que como una marejada se extendió desde el sur hasta el norte, transformando por completo el paisaje poético del subcontinente. Los valores heroicos/ascéticos preponderantes en las expresiones clásicas fueron reemplazados por la poesía del apasionado amor divino. Se abjuró del educado lenguaje y del estilo de las cortes y se tradujo al lenguaje cotidiano. El rigor de la poesía clásica dio paso a la libertad y la espontaneidad. Durante todo este periodo sobrevivió asimismo en la tradición oral de toda la India un rico acervo de poesía folclórica y tribal, siempre en interacción con las tradiciones clásica y *bhakti*. Tales son las tres corrientes poéticas que a lo largo de los siglos han fertilizado la imaginación india en sus diversas regiones e idiomas.

El panorama cambió radicalmente en la época colonial. Ese territorio de vasta riqueza cultural, lingüística y religiosa hubo de someterse al yugo de una uniformidad artificial moldeada por la prioridades de la eurocéntrica cultura anglosajona. La lengua de los colonizadores, el inglés, sirvió de herramienta para reconfigurar cada uno de los ámbitos de la vida, de manera que se ajustase al modelo de la cultura colonizadora: nueva administración, nueva educación, nueva ética y nueva cultura. Es aquí donde comienza la historia de la poesía moderna de la India.

Amanecer turbulento

Ham wahaa hai jahaa hum ko bhee
Kuch hamaree khabar nahee aatee
Marte hai aarzoo mein marne ki
Maut ateehai par nahee ate

Qaabaa kis munh se jaaoge Ghalib
Sharm magar tumko nahee aatee

(Situado en un lugar
donde no escucho ni mis propias noticias,
agónico de esperanzas, la muerte acude
sin acercarse.
¿Con qué cara iré a Qaba, Ghalib,
nunca te avergüenzas?)

En el amanecer de la gran poesía india moderna, el gran poeta urdú Mirza Ghalib describió así su alienación: apartado completamente de sí mismo y de la sociedad, del pasado y del futuro, de Dios y de los hombres. Como Baudelaire en Europa, Ghalib pinta muchos de los sombríos aspectos de los alienantes valores que instauraron el mercado y el dinero. Tema que, entre otros, se refleja de manera más brillante en su poesía amorosa, donde el amor adquiere visos de una agonía sin límites. El medroso y distópico punto de vista de Ghalib contrasta con el optimismo utópico de Md Iqbal (1877-1938), quien, refiriéndose a Ghalib, escribió: «¿También en ti se oculta otra joya como él?».

Probablemente sabía que la otra gema era él. Sin embargo, a diferencia de Ghalib, su inspiración más profunda provenía del Islam. Hondamente familiarizado con Occidente y su poesía, devino artífice de la utopía islámica, que más tarde conduciría a la formación de Pakistán. Así como para Hegel el Imperio prusiano constituye el culmen de la historia humana, Iqbal soñaba con el ideal de un imperio islámico; visión que invoca en su célebre poema sobre la mezquita de Córdoba:

¡Oh, aguas del Kabir! Sobre tus riberas
alguien sueña los sueños de otro tiempo o mundo,
cada uno de los nuevos mundos ocultos por el velo del destino
con nuevas alboradas que mis ojos colmen
la vida sin revolución es tan sólo muerte
las revoluciones cotidianas son el aliento vital del musulmán.

Por un lado, Ghalib, pesimista e introvertido; por el otro, Iqbal, optimista y extrovertido, constituyen las dos voces y perspectivas de

la poesía de la India durante el turbulento amanecer de la nueva era. Shishunal Sherif, el gran poeta de origen canarés de ese periodo, refleja un conflicto similar. La instalación en su tierra del innovador primer molino británico le suscita esperanzas: «una pieza mágica»; sin embargo, en otros aspectos se muestra aprehensivo: «¡Mira! Las langostas se propagan / —malas nuevas para todos los reyes de estas tierras».

Hacia la libertad

Si bien la emancipación india del yugo extranjero ocurrió en 1947, las proclamas de libertad habían comenzado cien años atrás de forma aislada y espontánea.

> **Cubierto de esplendorosa**
> **riqueza es mi hogar, y con todo la aparto**
> **para emprender el camino, de riqueza ávido...**
> **En sueños Banga, diosa del lenguaje, me increpa:**
> **Con esa plétora de tesoros en casa, ¿por qué entonces**
> **mendigas hoy, oh, hombre acaudalado?**

De esta manera el gran poeta bengalí, pionero del periodo moderno, Michael Madhusudan Dutt (1824-1873), dramatiza el dilema del poeta indio enfrentado a tensiones poéticas opuestas tanto a la poesía del colonizador como a la propia. Aun cuando en principio se sintiera atraído por Occidente, Dutt retomó su idioma, el bengalí, enriqueciendo su estilo con un gran bagaje poético, síntesis de la influencia de la tradición europea y de la india, un proceso que también apreciamos en Iqbal. Pobreza y exilio marcaron la vida de Dutt, desterrado en tierras lejanas. Pese a ello, transformó esta penuria en obras poéticas de gran valía. Después de él, la poesía india nunca volvería a ser la misma. Al tiempo que la transformaba a la luz de los clásicos occidentales, preservaba la hermosa riqueza del pasado.

Con una asimilación de los tesoros de todas las tradiciones, Rabindranath Tagore (1861-1941) insuflaría nuevo aliento al idioma poético de la India al crear obras de gran mérito con innegable originalidad. Genio multifacético, fue poeta, novelista, dramaturgo, músico, filósofo, educador y visionario. El primer Premio Nobel de Literatura

indio fue también el primer escritor indio de fama mundial, gracias a las traducciones al inglés de sus obras. Su influencia alcanzó incluso a Latinoamérica, merced a las versiones en español de sus poemas que efectuó el gran poeta español Jiménez. Enarbolando los valores de la libertad y la fraternidad, criticó todas las formas de opresión, fueran del pasado o del presente. He aquí cómo emplazó a la India a un renacimiento:

Oh, corazón mío, asciende lentamente
de las sagradas aguas
del océano de la gran humanidad de la India.
Ponte de pie,
alza los brazos,
y canta a la divina humanidad
en salmodias de éxtasis
y de infinita dicha,
antes de inclinarte a ella.

Esta visión permitió integrar al individuo, a la nación y al mundo en una armónica corriente de amor y fraternidad. Durante el periodo anterior a la Independencia, Tagore marcó la pauta de la poesía india.

En vísperas de la libertad que condenaría la opresión tanto por nativos como por extranjeros, e invocaba la utopía del porvenir en términos de liberación tanto de los males internos como de los externos, en cada uno de nuestros idiomas hay figuras semejantes a Tagore: Subrahmanya Bharatiyar (tamil), Nirala (indio), Kuvempu (canarés), Kumaran Asan (malayalam), para mencionar a unos cuantos. Para todos ellos, Tagore fue su gurú.

Independencia: ¿sueño o realidad?

Cuando finalmente se consumó la Independencia, el entusiasmo utópico de los poetas comenzó a menguar. Así, Faiz Ahmed Faiz, un poeta indio progresista, quien más tarde emigraría a Pakistán, dijo:

Caravanas, sigamos,
ésta es una falsa aurora.

Tras el exultante momento de la Independencia, muy pronto afloró el trauma de la separación y de la violencia sin precedentes que siguió al asesinato de *Mahatma* Gandhi, el símbolo de la libertad de la India. Como ocurriera con otras naciones emancipadas, los poetas indios adquirieron amarga conciencia de la brecha entre la realidad y el anhelo; tal expresión tendría en poesía dos clases de respuesta.

Constituyen el modernismo político, como denomino a la primera tendencia, poetas afiliados a la ideología del progreso. Inspirado por la internacional proletaria, el movimiento progresista tomó fuerza especialmente en el norte de la India. De este grupo sobresalen, entre una gran variedad, G. M. Muktibodh (hindi, 1917-1964) y Makdoom Mohiuddin (urdú, 1908-1969), como principales representantes. A despecho de su conciencia de los horrores del presente, nunca perdieron la esperanza.

La excelente poesía de Muktibodh es un viaje de la desesperación a la esperanza. Su poema «The Voice Calling Me» (La voz que me reclama) comienza como un llanto desde las profundidades del abismo:

Esa voz que me llama
yacía perdida en algún lugar
[...]
en las entrañas de la tierra
cubierta de fragmentos de hueso
miré
hojas sin flores

Después de guiarnos con escalofriantes detalles a través de «una total destrucción en una nación sin alma», al final retoma un optimismo trágico:

En una tierra devastada
dando vueltas alrededor de las torres
de los grandes templos
las aves continúan moviendo agotadas
sus alas en la tierra en ruinas
aun cuando las abatan
nunca caerán derrotadas
¡Mira! Vastos caminos se abren

en el azur del espacio
la inspiración ha vuelto
la melodía del amanecer
una vez más despunta.

Un movimiento semejante se da en los siguientes versos de Moinuddin:

La hoguera de mis penas duró encendida toda la noche
Toda la noche alimenté estas penas

El dulce recuerdo de la melodiosa flauta
toda la noche murmuró en mi mente.

El cariz tragicómico de la perspectiva progresista contrasta con la visión de los modernistas formalistas, cuyo tropo dominante es la autoconciencia irónica. Su compromiso es principalmente formal. Para ellos la retórica es un anatema. Poetas importantes de esta modulación son: Pattabhirama Reddi, Ajanta (telugu), Jnanakuttan (tamil), Akhtar Ul Iman (urdú), Dilip Chitre y Arun KoLatkar (maratí). A. K. Ramanujan, un brillante poeta que escribió tanto en canarés como en inglés, es un poeta ejemplar de dicho estilo:

Todavía como mi abuelo
me baño frente al cuervo de la aldea
en aguas tratadas con cloro
mi único Ganges
la desnuda bombilla de Chicago
prima del sol de los Vedas
refirego con jabón mi espalda
como mi padre
y pienso
en proverbios
al igual que yo
me seco
con una toalla turca
comprada en Sears
que no se ha lavado

como mi madre
escucho tenuemente la canción matinal
(aun cuando aquí suene
a japonesa)
y tres claras cuerdas
en la puerta vecina
a través del estrépito
de la cocina
como mi pequeña hija
me da pena
y cubro mi pubis con la mano
mi cuerpo todavía virginal
de novelerías
e hijos
me agarro el pilín
como mi hijo pequeño
juego con la manguera del jardín
dentro y fuera
de la bañera
como mi nieto
miro hacia arriba
aún sin nacer
a mí mismo
como mi tata
tataranieto
aún no soy
quizá nunca lo sea
mi futuro
depende
de muchas
personas
todavía
por nacer

Las dos maneras no son esto o lo otro, sino más/menos. Un poeta como el telugu Sri-Sri ilustra tales extremos. Como el peruano César Vallejo, se trata de un poeta revolucionario, tanto en la forma como en el contenido.

El interregno presente

Llegamos ahora a la fase más reciente de la poesía india, cuyo inicio se remonta tentativamente a los primeros años setenta, cuando tras la imposición del estado de emergencia y los constantes ataques a los derechos democráticos surgió el segundo movimiento independentista. Dicho periodo se distinguió por fortalecer, a través de la educación, a vastos sectores de la población hasta entonces en silencio: los parias, las tribus y las mujeres. Durante este periodo estas voces sonaron de forma clara y contundente, con lo que el idioma poético de la India experimentó una renovación total, pues hasta entonces había sido mayoritariamente una expresión de las castas superiores y de la clase media.

Siddalingiah, un poeta dalit de lengua canarés, procedente de la casta más reprimida y humillada, tiene esta afrentosa apostilla sobre la Independencia:

A quién vino
a quién
la libertad del 47?
Al botín de los contrabandistas
a los bolsillos de los políticos
a las botas de la policía

Éstas son las visiones subvertidas de la India, como se perciben desde la base del sistema de castas de la India. Las mujeres expresan sus experiencias desde el último eslabón de la jerarquía machista. Escuchemos a Temsula Ao, una notable poeta inglesa de la tribu del estado de Nagaland:

Él actúa en el centro del escenario
yo en la periferia
pero estoy contenta
con esa fracción de
eternidad
cuando llega el momento
de reducirlo
a un minúsculo solitario
prisionero del anillo
de mi oscuro deseo

Meena Kandasami, una poderosa poeta dalit, también se expresa en inglés:

El implacable negro metropolitano
moldea el blues
y la soledad se antoja más segura
que una noche galante
en sus brazos

Es inevitable que en esta poesía de protesta haya una gran cantidad de narrativa victimista. Con todo, la poesía no puede ser tan sólo resistencia. Es igualmente un arte de comunión, fiesta y duelo en las peores épocas. Existe un pequeño número de poetas profundos de distintos idiomas de la India que, además de asimilar la veta acusatoria, han procurado trascender hacia una visión más completa. Ejemplo de ello son: Ashok Vajpeyi (hindi), Sitamshu Yashaschandra (guajarati), K. Satchidanandan (malayalam), Gorati Venkanna (telugu) y Khalil Mamoon (urdú).

A Gorati Venkanna, un auténtico bardo de Telangana, se le reconoce como el poeta del pueblo. Sus poemas y canciones son inmensamente populares. Su poesía describe conmovedoramente la forma en que la globalización y el libre mercado destruyen el paisaje y el campo:

La humedad imbuye los viejos muros por tanta lluvia

Empapadas las hojas del *neem* se tuercen
Atacan la casa las termitas
Por las goteras la lluvia entra
No hay dinero para reparar el techo roto.

Con términos más metafísicos, Khaleel Mamoon relata una degradación semejante en su poema sobre el Saraswati, un río mítico subterráneo, muy ajeno a nuestra árida historia:

Lo que buscas es mi conocimiento
oculto en el río secreto
mi nombre perpetuándose en las sombras de lo desconocido
Aunque hay montañas de oro y plata

en las costas que has moldeado
¿Brillarán en tus playas las estrellas de los esclavos?
¿Las piedras atadas a sus estómagos hambrientos
caerán al suelo y se harán pedazos?
¿Dormirán sus ojos en la sedienta tierra?
Abandoné
ambos mundos mucho tiempo atrás
y llegué a donde no se habla
de conocimiento ni ignorancia
donde los dadores de vida no alardean
sobre los terrenos de cremación
donde Prajapati no se jacta
de su colosal ego
donde las flores no se marchitan
esperando dioses
donde las colonias de los hambrientos
no han sido arrasadas

En una sociedad que enfrenta y busca transformar sus desigualdades atávicas, la poesía india contemporánea yergue su voz contra las nuevas formas de injusticia que generan la globalización, el mercado y la tiranía de las corporaciones. Habla no sólo de la India, sino del mundo en general, más unido que nunca, tanto en el sufrimiento como en la esperanza •

Traducción del inglés de José Homero.

Basavaraj Hrutsakshi

Desde el momento en que la partera
Me agarró de la cabeza y me sacó del útero
Cuando inhalé por primera vez el aire exterior
Me acostumbré a tener miedo

Tanto así
Que lloro con fuerza
Cuando alguien viene a acariciarme

Nunca lloró cuando le cortaron las tripas
Con un cuchillo sin filo, dicen
Ni con los pellizcos, golpes y azotes
De la humillación
O al ser expulsado — No le tengo miedo a ninguna de estas cosas
Pero tiemblo cuando me hablan de amor
Tal vez ahora entiendas
Por qué quité los labios y me fui
El día en que viniste a besarme
Con miedo de una cámara oculta en el cuerpo

Me vigilo a mí mismo como un insecto metido en la tierra
Yo que puedo escribir un poema audaz sobre el enemigo
Nunca podría pronunciar bien tu nombre
Seguías siendo una contraseña en los genitales
Nunca hablo de ti con nadie
En el séptimo día tras haber nacido

Fui iniciado en el dolor cuando me marcaron con una aguja candente
Pero no soporto ser separado de ti
La serpiente envainada es como la verga de un niño
El amor puede apresurar a todos
La membrana que cae es la piel de uno
Entre más me expongo y me hago daño
Hay un problema
Con el aire de este mundo
Que inhalé al principio
Tal vez el día que me abandone
Seré libre
Me dolerá la piel cuando la estrujen
Tus labios se harán dulces al contacto

Vacío

Como pasar un vacío
De un vaso a otro
Escondo mis ojos en los tuyos
Y lleno mi vacío con el tuyo
Mientras duermo en el átomo de este instante
Cómo puede uno llevar cuenta de las plumas
Del pájaro del tiempo
Que sigue poniendo huevos
Cuando el único pájaro que vino a posarse
En la rama
Se va volando, como tú y yo
El árbol lleno de ramas
Quedará vacío
Como un búfalo hembra
Cuyas ubres
Se hacen ligeras y se llenan de vacío
Luego de que el becerro se toma la leche
¡Celebro los momentos
en los que no existes!

Traducción del inglés de Eduardo Padilla, a partir del original en canarés.

Corte en *u*

L. C. Sumithra

—En el segundo piso de un gran edificio, en la última habitación al final del largo pasillo —es lo que había dicho Preeti.

Vi a la vieja y débil figura sentada en la cama blanca y me sentí muy triste. Pelando una lima dulce le pregunté:

—¿Ya vino Komala?

—Ya vino —respondió—, pero dime, ¿cómo es posible que esté aquí ignorando las responsabilidades familiares?

—Sus hijas ya debieron haber terminado la escuela, ¿o no?

—No, las dos estudian aquí.

—¿Entonces Komala ya vive aquí? No me había enterado de que se mudó a Mysore.

—Cuando las chicas entraron a la universidad, ella rentó una casa y ahora está aquí.

—En ese caso no debería ser un problema para ella quedarse aquí contigo por unos días.

—Dice que no tolera el olor del hospital. Además ha subido de peso y le cuesta trabajo desplazarse —en su voz no había rastro aparente de desaprobación hacia su hija.

Por un rato más hablamos de eso y aquello, también del terreno que vendió su esposo. Como dice la gente mayor, «¡Condénate y sé un habitante de la ciudad!». Ella confiaba en su mala salud y mostraba la tristeza que le daba todo. Después de consolarla un poco, cuando le pregunté cómo le iba a Jyotsna, le volvió la luz al rostro y dijo que Jyotsna estaba en Bangalore. Un rato después, cuando le dije que ya debía irme, me contestó:

—Ya es hora de que venga Komala, siéntate, vete después de hablar con ella.

*

Cuando vivía en casa de mi abuela como estudiante, Jyotsna era mi compañera de clases y Komala su hermana mayor; pero no se parecían ni en belleza ni en personalidad.

La naturaleza de Komala era voluble, «unas veces tranquila y otras irascible». Un sirviente podía ir acompañándola y cargando su mochila camino a la escuela. Un día, salió corriendo de la escuela a media clase rumbo a su casa ¡porque el maestro la había regañado!

Incluso cuando ya estaba en la preparatoria trenzaba flojamente su pelo. Era famosa en la escuela por su cabellera. Con sol o lluvia siempre traía un paraguas consigo. Los rayos del sol nunca tocaban su piel. Hasta cuando caminaba en el jardín de su casa se cubría la cabeza con una *dupatta*. Nunca hizo ningún trabajo que pudiera arrugar sus manos o sus pies. Siempre estaba ahí para que la contempláramos, posada en su sillón con una novela en la mano. Publicaciones y revistas con consejos de belleza, ella seguía todo al pie de la letra. Luego de leer que comer más verduras es bueno, se servía cuatro veces más curry que arroz. Se daba masajes en las piernas y la cara con crema. Mezclaba un vaso de leche con cinco vasos de agua y con ello se debía lavar el cabello al finalizar su baño. Amla, jugo de limón, yema de huevo. Cada día usaba algo distinto para dar masaje a su cabello y se bañaba por horas. Gracias a sus prolongados baños, su abuela decía que «los baños de Komala son como los de Urmila». Según el *Ramayana* de la abuela, la razón por la que Urmila no fue llevada al bosque con su marido fue porque, cuando Rama y Lakshmana empezaban, «Urmila no terminaba su baño. Hasta Rama, Sita y Lakshmana cruzaron las puertas del palacio y salieron. Estuvo separada de su marido por catorce años... no es bueno para una chica tomar baños tan largos». Las palabras de la abuela nos entretenían a todos. A Komala no le importaba. Cuando extendía su cabello para que se secara, era para nosotros como Akka Mahadevi en una fotografía que habíamos visto.

Su cabellera era el centro de atención en el colegio. También se había ganado la admiración de las niñas. Pasaba un mechón de detrás de su oreja y dejaba caer el rizo por su mejilla. Cuando pasaba de lado, se escuchaba a los niños burlarse de ella diciendo «Tirukkural». Esos chicos, que estaban enamorados de su color de piel, le mandaban cartas y saludos, haciendo que su padre se preocupara por su matrimonio desde antes de que terminara sus estudios.

¡De haberse planeado un *swayamvara*, posiblemente habrían llegado muchos pretendientes! Pero ya que el hijo de un hacendado de Chikamagalur tenía ya el visto bueno, se planeó una «presentación de la novia». Como su padre sabía que ella era hermosa, no estaba listo para presentarla a ninguna examinación nupcial ante nadie todavía. En su lugar se decidió mandar a Komala a la boda de

la cuñada de su tía, un sábado del mes del Jyeshtha. Se le informó a la familia del novio que su hija podía «ser vista» en el autobús que iba a tomar para ir a la boda que se llevaría a cabo en Shimoga. Ella tomaría el autobús cerca de su casa y se bajaría cerca de la casa de su tía.

Komala llevaba un sari con joyería de perlas comprado exclusivamente para ella el año pasado por la boda de su hermana. El cabello iba recogido flojamente y así caía hasta sus tobillos. En su frente, una *tilaka* casi invisible. La acompañaban su hermana, que estudiaba el curso preuniversitario, y su hermano de preparatoria: a él lo necesitaban para detener el autobús. Después de que el autobús tardara más de diez minutos en pasar, comenzó a lloviznar; Komala tenía miedo de que su maquillaje se arruinara. Toda su vestimenta se había preparado desde el día anterior con la ayuda de los hermanos. Se había lavado el cabello con jugo de hojas de *matti*, lo había secado a la sombra y arregló cada mechón con cuidado. Lo trenzó de tal forma que se viera cuatro veces más grueso de lo normal. El día anterior se dio masaje en la cara con crema de leche de vaca. Todos los miembros de la familia debatían qué *sari* debía usar, y hasta que escogieron uno de seda verde oscuro con joyas que combinaran pudo irse a la cama. Se dio un baño de hora y media y se vistió en la mañana. Sus hermanos menores la ayudaron. No puso un pie fuera de casa hasta que su madre la apresuró para tomar el autobús; no sin antes revisarse en el espejo una vez más. Desde el momento en que cruzó el portón rumbo a la calle, Gulabi, la doméstica, observó detenidamente la manera en la que llevaba su *sari* y el modo de andar y la siguió. ¡Gulabi tenía el cabello tan corto que le terminaba en la frente! Ella vio con la boca abierta el largo *pallu* y el maquillaje exagerado que hacía que Komala pareciera estar actuando en una obra; se quedó a un lado del camino. No fue sino hasta que la hermana menor, Jyotsna, le recriminó diciendo «¿Qué no tienes nada mejor que hacer?», que ella regresó a casa. Komala sostenía delicadamente con dos dedos los pliegues de su *sari* para que no tocara el suelo. Se paró sobre una losa de piedra junto a la carretera. Incluso ella, que estaba acostumbrada, se incomodó ante la mirada de las otras personas que esperaban en la parada. Cuando por fin llegó el autobús, se las ingenió para librarse del escrutinio de los demás y subirse sólo para descubrir que, para su desgracia, ya no quedaban asientos libres. Ella quería sentarse lo antes posible, donde fuera. Aunque sabía que la familia del novio tenía que «ver» que estaba en el autobús, no encontró el valor para buscarlos. Cuando alguien le ofreció su asiento, ella se dio la vuelta y vio a un joven levantándose. Temerosa de que alguien más pudiera ganárselo, se sentó rápidamente. Al igual que otros que la veían, el chico que le cedió el lugar

también la examinaba tanto a ella como su cabello; algo de lo que Komala no se dio cuenta. Qué habría en su mente en ese momento es algo que no sabría decir después de todo el tiempo que ha pasado. El «chico», después de ver a Komala y su cabello, decía que, si algún día se casaba, sería con ella. El examen nupcial de Komala continuó hasta que llegaron a Shimoga.

De hecho, todos llamaban a Komala *supaani*, o *la delicada*. Ella soñaba con desposar a un hombre que trabajara en Bangalore, ¡pero el novio que había aparecido cultivaba café a mitad del bosque! Aunque refunfuñó sobre el asunto, la boda tuvo lugar con gran prisa.

Ahora, después de tantos años, ¡nos íbamos a encontrar inesperadamente! ¿Le costará mucho trabajo visitar a su madre que está bajo tratamiento en Mysore...?

—¿Dónde está Jyotsna?

—En Bangalore. Allá trabaja.

Jyotsna era sensible y calmada, de una naturaleza sencilla. Era una belleza morena sin mucho adorno. Cuando Narayana Swamy, nuestro maestro de geografía, nos explicó que la gente de diferentes grupos tenía colores de piel distintos, dijo: «La gente de Kenia es de piel oscura», y apuntando a Jyotsna, «como ella». Jyotsna rompió en llanto, todos sentíamos pena por ella.

Pero ese año Jyotsna obtuvo las mejores calificaciones. Se enojaba al escuchar a su padre decir: «Su matrimonio nos va a costar trabajo». Con ese mismo enojo, estudió un máster en Ciencias y ahora tenía un buen puesto. Sus padres están orgullosos de los logros que ha alcanzado. En un instante todo esto ha vuelto a mí.

—Ya es hora de que Komala llegue —dijo la madre.

—Han pasado muchos años desde que vi a Komala. ¿Cómo estará ahora? —ella es entre cuatro o cinco años mayor que yo.

Me costó trabajo creer que Komala era la mujer robusta que había abierto la cortina y entrado. En lugar de sus trenzas, llevaba el cabello corto en forma de *u*. Su cuerpo pesado aparentaba poca energía.

—¿Cómo estás?

Cuando ambas nos hicimos esta pregunta nos dimos cuenta del tiempo que había pasado. Hablamos de nuestros hijos y casas. Ella le sirvió a su madre un poco de la comida que había traído en un portaviandas. Mientras su madre comía, seguimos conversando. Hasta que finalmente ella se abrió:

—Hiciste muy bien en dedicarte a trabajar. Forjaste una carrera tal y como quisiste. ¿Qué veo yo cuando vuelvo la mirada hacia atrás? No sé por qué, pero me entristece cuando pienso en cómo ha ido todo.

Yo estaba sorprendida. La Komala que actuaba como si no hubiera nada más en el mundo que su belleza física por fin había salido de aquella ilusión. O al menos eso pensé.

Recordé a la antigua Komala, que estaba obsesionada por traer el cabello largo. Con tal de que le creciera el pelo, una vez intentó tocar con la punta de su trenza a una serpiente que estaba en la reja; y en su intento resbaló y cayó al pozo de agua con estiércol. Esa mañana de domingo había ido al jardín a recoger flores de hibisco a la reja del huerto, justo a un lado del pozo de composta; quería preparar un champú para lavarse el pelo. El pozo de composta rebozaba de agua. El hibisco de la reja era de la variedad *bell* y crecía por montones. Lo que Komala necesitaba era la hoja del hibisco de la variedad pimiento picante. Cuando estaba por arrancar las hojas vio a la serpiente. Recordó que Jalala había dicho que, si tocaba a una serpiente verde con el cabello, éste le crecería; así, sosteniendo su trenza con la mano izquierda, se acercó a la serpiente. Viendo fijamente a la serpiente se resbaló, ¡y cayó justo en el pozo de la composta! Era la temporada de lluvias, estaba lleno de agua y ella quedó empapada de excremento oscuro. Chinnappa, quien trabajaba en el establo, llegó corriendo y diciendo: «Ayyo, sannamma» («ayyo, niña»), y le ayudó a salir y ponerse en pie. La madre bañó y consoló a la chica, que no paraba de llorar. Incluso después de ese incidente, su manía por dejarse el cabello largo siguió acentuándose en lugar de amainar. Si un día aplicaba *menthya* en el pelo y después lo lavaba, otro se ponía *mehendi*. Y se la pasaba sentada en el sillón del segundo piso leyendo novelas, olvidándose de todo...

Gracias a la modernidad de mi madre, mi cabello era víctima de muchos experimentos con tijeras. Mi peinado era motivo de burla para Komala.

Sin importar cuánto la criticáramos, yo sentía que ella exponía todos nuestros deseos internos. Salió corriendo a media clase cuando el profesor la regañó y después, cuando ya había dado a luz a dos niños, escapó cargando con ellos, dejando que alguien más se hiciera cargo del trabajo de criarlos y limpiarles la mierda. Ha vivido feliz de la forma en la que ella concibe la felicidad, sin preocuparse por los demás. Ha hecho circo, maroma y teatro para aclararse la piel. ¿Y dónde quedó ahora el cabello que había cuidado todos esos años? Su pequeño corte en *u* parece estar criticándome. ¿Han avanzado los compañeros del viaje que es la vida? ¿Está Komala sola, justo donde siempre ha estado, como una roca inmóvil en agua que fluye?

Traducción de Carlos Ponce Velasco, a partir de la traducción del canarés al inglés de Sushumna Kannan.

Mamta Sagar

Mi madre

Ella eleva la cabeza y mira hacia arriba,

los cielos se iluminan por completo;

las nubes flotan en sus ojos.

Cuando sus ojos se cierran

los cielos se oscurecen,

las nubes rompen, y por todos lados,

un torrente de tristeza.

Escondidillas

una hoja de árbol

que se desliza

que es corrediza

que se balancea

como un papalote acariciando el viento

ahora es un barco en el río

junto a los peces de colores

un destello verde en la

brillante agua dorada

se movió con prisa

desapareció con el flujo

el agua no sabe

el aire no sabe

el árbol no sabe

los peces no saben

jugar a las escondidillas

Traducción del inglés de Víctor Ortiz Partida,
a partir del original en canarés.

Rajendra Prasad

El pavorreal que bajó por la colina, junto a Bahubali

No vas a creer
Que Bahubali de la colina bajó
Y visitó mi hogar, no vas a creer
Si te digo que vino un pavorreal
¡Quedarás desconcertado! Por supuesto.

El pelo chino de Gommata empapado
De lluvia, en Vaisakha noche de luna llena
Gotas de agua ruedan por su cuerpo
Resplandecen, la luz se vierte sobre el suelo
Llena nuestra calle
¿Cómo te sientes ante la presencia
de esta gran persona? Me fallaron las palabras.
Mi aliento escarpado mordió la carnada
Mi pensamiento, un pececito atorado
En la grieta de un lecho de río seco...

Gommata, fragrante, como tierra recién tocada por la lluvia
Me recogió, apestando, bañado en sudor,
Como si yo fuera un niño, dijo algo
Mientras me bañaba con sus manos que daban luz
Él reía, sus ojos brillantes enfocados en mí
Yo no entendía nada, excepto su fulgor

Metiendo su palma luminosa en el espacio negro
Me dio un vaso de barro para beber
¡Oh! El río en flujo, el mar agitado, el más azul cielo
Biomasa de ochenta y cuatro trillones
La riqueza mineral de la tierra... ¡La Vía Láctea!

Mis ojos, las hojas secas flotando en un diluvio
Mis manos, las ondas trémulas de un diapasón
Las manos de Gommata llevaron el vaso a mis labios
Dar el trago fue algo valiente, ¡un acto de devoción, no de miedo!
Las manos de Gommata tamborilearon en mi pecho
Néctar de una niebla efervescente
Llegó a mi barriga en uno, dos, tres sorbos

Liberando al universo de su luz cósmica
En filamentos, preparándose para
Envolver a Bahubali, el señor,
Sosteniendo un tallo de loto, dijo
«Que tu viaje sea por un camino divino
Que la divinidad sea tu naturaleza
Esta tierra no es tuya
Ni mía;
SyaadasthichaNaasthichaAvyakthancha»
Habiendo dicho esto, escribió sus doctrinas en mi espalda
Con siete plumas tomadas de siete pavorreales
Y se desvaneció de mis ojos
Después de abandonar su forma humana, pasando a ser fuego

Justo entonces, el pavorreal que acompañaba a Gommata
Abrió sus alas de mil ojos con colores
Ahí vi brillar las luces del universo, una tras otra
Todas las capas de ropa cayeron, era el nirvana
La luz, la desnudez y el suelo se unieron,
Explotaron, y emergió una oscuridad cósmica

Aún no estoy seguro de que lo vas a creer
Si te digo que Bahubali de la colina vino a visitarme
No obstante
El día después de la luna llena de Vaisakha, cuando desperté
Con el grito de los sastrecillos comunes para afrontar una mañana finita
Contemplé, en mi cama
Pétalos de loto esparcidos, ¡junto con siete plumas de pavorreal!

Peaje en el camino al infierno

Ninguna flor germina y ríe
Dentro del Gita, Corán o Biblia
Ciudades de La Meca, Vaticano y Kashi
No emiten fragancia
Mantras balbuceantes no salvan
Fieles aplastados bajo las ruedas del carro
O aquellos que murieron
Dando vueltas en Kaaba o en la plaza de San Pedro
¿Por qué, entonces?
¿Qué fue lo que hicieron? ¿Qué pueden hacer?
Saquearon los cuerpos de las mujeres
Montaron en el lomo de los pobres
Engulleron las vidas de los creyentes, medidas incautas

Ahora un tornado venenoso
Invade y envuelve nuestra tierra
Oscuridad de fuego sin misericordia,
Dejando un juicio a puerta cerrada, un puñado de cenizas

Créeme, amigo
Caminar bajo la sombra del *Gita*, Corán y Biblia
Es el peaje que pagamos camino al infierno.

Canción nocturna

Cansado después del trabajo
¿Qué canción he de cantar en esta noche lluviosa?
Ya son las nueve, necesito agua caliente para darme un baño
¿Qué poema he de componer en el resplandor
del fogón ardiente?
En el otro horno hay una crema de avena a medias y
Dos pedazos de pescado con sal.
El gato flaco junto a mí, modorro,
Despierta con el olor a pescado, y me pica otra vez con sus bigotes.

Cuando llega la muerte

La llegada de la muerte
Debe ser como el Payasam de azúcar Vermicelli
Servido en tu plato
He de devorarlo al instante, en silencio

Soy un poeta atormentado por el mundo,
¡Estarás de acuerdo! O un miserable pecador.
Yo, que saboreo la sopa de la agonía todos los días
No puedo costear la muerte como postre
Quiero venderla pero
En la Tierra no hay nadie tan rico que pueda comprarla

Tengo hambre ahora
Si llega la muerte
Como Payasam de azúcar Vermicelli
Servida en mi plato
He de devorarla al instante, en silencio

Mediodía de Viernes Santo

Entierra esos clavos de la cruz
En el suelo
He de crecer un retoño
Brotar una flor
Ser fruto para los hambrientos...

Entiérrame en el barro
Los clavos homicidas podrán mezclarse
Resucitados, unidos
En un amor Terrenal
He de ser el hombro
Cuando cargues tu cruz de penas

Sepúltame en la tierra
Pues tal vez así
La ola de furia flamígera
Se haga abono
Que las vides del amor se esparzan por el mundo

Cristo dijo...
«Que la comida sea abundante al compartirse
Que la palabra sea abundante al compartirse»

¿Podrían sus últimas palabras en la cruz ser verdad?
Que sus últimas palabras en la cruz sean una verdad sagrada

Versiones de Eduardo Padilla, a partir de las versiones del canarés al inglés de Tina Shashikanth.

La rueca de Ammi

Arif Raja

Parte ii

Ammi perfora el borde de la tela,
Lo corta como a un *roti*[1] despedazado.
Ella junta los fragmentos
y los hace uno.

Por un lado, una tijera
para exponer, para rasgar la máscara.
Por el otro, una aguja
para salvaguardar el honor del mundo.

Ammi está vendiendo la rueca.
Con cada giro
el ciclo de la historia da la vuelta.

Ammi, colocando el hilo a través
del orificio de la aguja,
ha comprado el honor amorfo del bazar.

1 *Roti*, una tortilla de pan redonda y plana, hecha con harina y agua, típica de la India. También conocida como *chapati*. (*N. de la T.*).

Les da vida:

estas interminables pacas de tela,

vastas como el cielo y el mar.

Ammi, la creadora.

Perlas de agua salada

de sus ojos, nariz, frente, cabello

que cae

sobre tela muerta.

Cada gota ganada con esfuerzo,

la ropa comienza a entrar

en una miríada de misterios de vida.

Ammi es la razón por la que el mundo está envuelto

en un alboroto de color,

Su *sari* queda para siempre blanco leche.

Una aguja, para reunir las mentes andrajosas.

Una rueca, para flotar alrededor de este mundo circular.

Una tijera en la mano, para arrancar la fealdad del mundo.

Andrajosa luna, perforadas estrellas, planetas

que giran, azotados en el movimiento rotatorio de la cima

por una mano desconocida

Meteoros nómadas y cometas zumbando

sin rumbo.

En su vigilia, ellos luchan.

Ammi, necesitamos la cama.

Parte I

Su esposo fue alimentado como un feto.
Pasó un cuarto de siglo
en una máquina de hilar.

Para mi Ammi,
Namaz quiere decir Jummah.
Eid quiere decir Dudhkurma.

El interminable giro de la rueca
nivela su codo, pero
satisface el hambre de seis niños.

Para Ammi,
estos tiernos retoños son como los ojos de su sueño,
como campo verde, aún en el desierto.

Versión de Laura Solórzano, a partir de la versión
del canarés al inglés de Divya R. U.

Ramesh Aroli

Bueno, ¡ya basta de pasarla mal!

En el primer día del año solar
En el viejo y ruidoso bazar del casi-ciego
Al menos este par de ojos entornados se encuentran
Bueno, ¡ya basta de pasarla mal!

En esta primavera quebradiza
En la que hasta el estiércol de vaca tiene un precio fijo
En la calleja apartada
Donde la mosca se rehúsa a escuchar la historia
Del ganado en el redil
Al menos este par de sordos se escuchan
Bueno, ¡ya basta de pasarla mal!

En este año que ruge
Dame un *raki* Oh hermano
Dame un hilo de matrimonio Oh esposo
Al menos dos pericos parlotean
Bueno, ¡ya basta de pasarla mal!

En respuesta
Al año nuevo de las compañías publicitarias
Entre los chismes de los deleitados
Al menos las hojas de los árboles ondulan

Viendo los gestos de un par de sordos
Bueno, ¡ya basta de pasarla mal!

Leyendo la orden
No te enamores según el almanaque
Mis ojos se hicieron ciegos como una piedra
Escuchando los sollozos
Al menos dos perros callejeros comenzaron a lamer mis pies
Bueno, ¡ya basta de pasarla mal!

En esta temporada crítica
Cuando los festivales se reducen a micrófonos rugientes
En el tribunal del pueblo
Entre disputas por centímetros de tierra
Al menos la bola que el niño lanzó hacia arriba
Le fue devuelta por el cielo
Bueno, ¡ya basta de pasarla mal!

Las hormigas nunca pidieron
Limosna de granos de arroz
Miren, entre esas hormigas que comen azúcar
Una que nunca combatió contra nadie
Fue asistida por dos soldados
Bueno, ¡ya basta de pasarla mal!

En este pueblo
Cuyos rugidos son condecorados
Con festones de hojas frescas
En las carpas donde suenan ecos de protesta
Al menos dos dedos se juntan
Bueno, ¡ya basta de pasarla mal!

El día de año nuevo
De la caña de azúcar y las hojas del nim

Cuando hay calles llenas de mendigos
Y callejas llenas de los que dan limosna
Al menos una gallina puso un huevo
Bueno, ¡ya basta de pasarla mal!

¡La pizarra en las manos de la nación!

En las calles de esta ciudad
Donde las grietas en los muros
Están llenas de papeles de colores
Los chicos se enroscan el bigote
En los espejos de autos que no son suyos
Y se toman una *selfie* con el celular en la izquierda
Reflexiono,
Ella tiene una foto en blanco y negro en una mano

En el día en que esto era un certificado de amor
Debí de haberle preguntado a tu padre
Si podía yo hacer lo que hice
Pero de qué sirve rogarte
Oh madre de tus hijos
Enfrente de su padre
Eres una tarjeta de raciones debajo
De la almohada de mis pecados
Un *tilak* huérfano y moreno
Pegado al espejo de un cuarto de hotel
Bajo cierto número
Dale un nombre a este vicio que reposa en el sueño
Si los niños nacen de él
El mundo les pondrá un nombre de todos modos

¿A quién debo amar esta noche?
A la que tiene las uñas pintadas y largas
O a la que las tiene cortas por temor a la mugre

¡Oh, Dios! ¡Incluso en mis deseos
has ejercitado tu astucia!
¡Escucha! Trajiste a alguien que nunca había votado
El día de la elección; preparaste la credencial de elector
Lo ahogaste en alcohol adulterado
Él es quien te vendió su voto
Promulgando a los chicos del tam-tam al día siguiente

Ya olvídalo, qué le importa esto a alguien
Que ha puesto un pizarrón en las manos de la nación
Los canales de TV y los periódicos te alabaron
Oh amigo de dalits y los pisoteados
Todos los votos a él
A este salvador de la nación
La promesa se hizo cuando las cortes roncaban
En el nombre de los dioses del pueblo
Testigos de regalos otorgados
Cuando en los afiches los ancestros de labios pintados
Se ríen de mí
Me quito la identificación del cuello
Y la arrojo al cielo
Sigo deambulando
Hacia el corredor, un pueblo, un parque, o una estación
Esperando que alguien más pueda traerme a mi chica
Para que las promesas puedan hacerse

Versiones de Eduardo Padilla, a partir de las versiones del canarés al inglés de Ravikumar S. Kumbar.

H. S. Shivaprakash

Perdido y encontrado en La Habana

para Deyanira

Estuve perdido hace un momento
Como un precioso anillo perdido en el río
Como mi amada perdida en el mercado
Como mi gurú perdido en una isla de caníbales
Como mi único hijo perdido en el bosque
Repleto de leones hambrientos
Como un pasaporte perdido en un país muy lejano
Como mi juventud perdida en insomnes noches solitarias
Como un glorioso sueño que perdí
En desvelo
Pero tu fragante afecto
Y tu acogedora ciudad
Me sacaron del olvido
Y me trajeron de vuelta a mí mismo
Sí, me he encontrado a mí mismo a través de tí
Y he empezado a recuperar
Mis océanos, islas y ciudades,
Mis palacios y templos perdidos
Y mis poemas incompletos

El 1-11-2013 en La Habana

para Heidi

Hoy es tu último día en esta magnífica ciudad
Llena tus ojos, Shiva Prakash,
Con la tierna luz dorada del amanecer;
Sumérgete
En las ardientes aguas azules de su bahía;
Sigue
El brillo de su vasto cielo
Hasta el límite de su resplandeciente horizonte;
Reverencia
Los monumentos de sus héroes,
Que dieron su aliento y su vida,
Para liberar esta tierra del yunque del gobierno extranjero;
Da tres vueltas
Alrededor del árbol de ceiba que concede deseos
En el centro de la vieja ciudad;
Reza desde lo profundo de tu corazón:
«Que ningún país en esta vasta tierra
Sea presa de los golpes de los EstadosUnidos»
Siente suavemente
El delicado cuello blanco, como de cisne,
De esta chica, Heidi, dulce y tierna;
Desentraña
Los secretos de las mechas de su pelo de plata
Que despiden prematuramente su juventud;
Éste es tu último día
En esta conmovedora ciudad
Éste podría ser también tu último día
Suplícale al sol,
Rézale a la luz:
Que su corazón, ahora vacío, se llene de amor otra vez;
No dejes que el engaño de la capital
Que convierte a los hombres en demonios egoístas
Se acerque a su país

Nataraja

Eones y eones de quietud tocan a su fin.
Desde el vientre del silencio, ¡escucha!, ¡los redobles del *damaru*!
Hollado tiempo, despierta el cuerpo humano,
avergonzado hasta la inercia por los que dan la muerte
que han encadenado incluso el alma, el danzantenato.
En renovada primavera cósmica, han nacido
el danzante y la danza para pisar con fuerza
e invertir la larga historia de la inmovilidad.
Las manos que cubrieron los vergonzosos órganos
se abren ahora con gozo y orgullo para abrazar
la infinitud del espacio que se expande.
Así los tres ojos para hacer, de cada uno,
uno con las inmensas undosas alegrías del mundo
como las lenguas llameantes de un millón
de cobras, las encendidas hebras
de los confusos rizos esparcidos en todas direcciones;
como hacen los rayos del sol y de la luna
de esos dos ojos que brillan mientras el llameante
manantial del tercer ojo prende fuego
en todo lo ciego, lo sordo y lo mudo. ¡Baila ahora,
oh Destructor omnímodo! ¡Oh pies danzantes!
¡Oh antorcha hecha cuerpo! ¡Oh oscilante torso! ¡Oh *damaru*!
Todo tú iluminado suavemente por el creciente de la luna,
donde pasados y futuros todos son presente.

Versiones del inglés de Deyanira Rodríguez («Perdido y encontrado en La Habana» y «El 1-11-2013 en La Habana») y Clara Janés («Nataraja»), a partir del canarés.

Fuera de la norma

Lakshmi Nandan Bora

Para comenzar quiero presentarme brevemente y así facilitar la comprensión de lo que quiero decir. Soy un plebeyo. Esta ciudad se ha convertido en un desorden gracias a una población de casi dos millones, está llena, con miles de mortales ordinarios como yo. Esta gente que al igual que yo también se esfuerza, no en el sentido de alcanzar alguna meta noble, sino por tener una existencia en la que pueda llevarse algo a la boca. Quizás su existencia, al igual que la mía, sea la preocupación de cubrir las necesidades básicas, es decir, comida, techo y esas cosas. Yo no hubiera ni soñado en mis tempranos veinte que mi vida se iba a reducir a este tipo de monotonía. Me dediqué a mis estudios siempre teniendo la mente iluminada con multitud de sueños, cuidando mi salud física y mental. Incluso ahora creo firmemente que mente y cuerpo están íntimamente relacionados y sólo una buena salud puede asegurar un buen estado mental. Nadie tiene la clave para que la mente esté en un contenedor bueno, pero hay formas de conservar una buena salud y que al menos el cuerpo pueda hacerse cargo para mantener satisfecha la mente. Éstas no son mis palabras, sino las de mi maestro, Ambuj Bhattacharya. Mi físico ha sido atractivo incluso desde antes que de que me metiera a la calistenia y la ejercitación general. Yo mismo he tenido esa noción también. Quizá no será pecado de arrogancia de mi parte si digo que con el pasar de los años el ejercicio ayudó al subsecuente embellecimiento de mi físico. Muchos están al corriente de mi auge como pugilista. Después aprendí karate y pasé en ese arte de los puntajes de aficionado. Enseñé karate a algunos de los actuales militantes más dedicados antes de que desaparecieran en la jungla de los pasados años. Algunos que llegaron a ser considerados revolucionarios fueron estudiantes en mi club de karate. Aunque disfruté mi época como instructor de este arte marcial, la preocupación no me daba seguridad en el

sentido de tener estabilidad en el futuro. Fue entonces que comenzó mi búsqueda de un trabajo en forma. Atendí cuatro entrevistas laborales sin éxito, no por mi incompetencia; los puestos de gobierno, de hecho, están a la venta en este sistema corrupto gracias a los intereses de las autoridades. Hasta los de cuarto nivel. Algunos trabajos se negocian por varios *lakhs*[1] de rupias. Yo había escuchado de este tipo de cosas en el pasado y resultaron ser verdad durante una época en la que me paralizaba el agotamiento, yendo de acá para allá en busca de un empleo. El resultado no es una agonía leve. Mi mente y mis sentimientos se rebelaban contra la sociedad. A veces me preguntaba: ¿debería unirme al Frente Unido de Liberación de Assam, como mis amigos de la infancia, Rajendra, Hariprasad y Maqbool? Casi estaba por decidirme a hacerlo cuando me llamaron a una entrevista para el puesto de delegado superintendente de la policía. «Bien» pensé, «le haré frente a la última entrevista de mi vida». ¡Y qué increíblemente cambió mi fortuna! El triunfo estuvo a mi favor. Tal vez el buen juicio imperó en los miembros del consejo de entrevistas, quienes debieron pensar que sería una auténtica injusticia privarme de este puesto. Tal vez su decisión no se basó en mi formación académica, con cincuenta y seis por ciento de calificación en mi mejor materia; fue por algo más. De seguro por el impacto de mi personalidad con características sumamente masculinas, además de mis logros en boxeo y karate. Sin embargo, después de asumir esa tarea de ensueño, volví a hundirme en la frustración. El sueldo era suficiente, sin duda, pero para alguien como yo, que no había podido renunciar ni un poco a la honestidad y a la integridad, la satisfacción del trabajo era dolorosamente fútil. Si hubiera comenzado a llenar mi vida de crueldad y malas prácticas, ¡habría terminado siendo el peor miserable de todos! ¿Pueden acaso el dinero y la opulencia asegurarme la paz? He de contar algo, y si eso desencadena la ira de alguno, que así sea. El meollo del asunto es que el mundillo criminal se encuentra protegido por la misma policía. Si fueran policías de verdad, la gente de Assam podría salir de sus casas dejando las puertas sin llave, como en Gujarat; no habría lugar para rufianes en la política, el vandalismo de aquellos que no encajan en la sociedad ya se habría acabado, y la opresión abierta de los escandalosos contratistas, los mafiosos de mar y tierra y otros más ni siquiera habrían aparecido en escena.

Estos temas no tienen fin. Una vez que uno abre la boca no hay manera de parar, como si fuera una reacción en cadena. Ey, ven acá, déjalo en paz. El verdadero problema fue que, como yo era diferente a los de-

1 Unidad de medida del sur de Asia, equivale a cien mil. (*Todas las notas son del traductor*).

más, les causaba demasiados problemas. Cuando presenté un reporte *post mortem* verídico, de una persona víctima de asesinato premeditado, mis supervisores se mostraron descontentos. Comenzaron a presionarme con fuerza para cumplir sus objetivos. Se me pidió, en tono de amenaza, que alterara mi reporte. Dado que yo no pude simplemente apagar mi conciencia, renuncié. Escuché que muchos de mis compañeros y amigos habían expresado su desaprobación: ¿Será posible que todavía existan ese tipo de ingenuos idiotas? ¡Seguro se ha vuelto loco, o algo así!

Había vuelto al desempleo. No obstante, la fortuna me volvió a sonreír de repente. Un escritor amigo mío me ayudó a ocupar un cubículo en las oficinas de un periódico de renombre. Los periodistas ahí no habían caído en las garras del amarillismo ni la extorsión. El lugar tenía prestigio y también era próspero. Mi salario como lector de pruebas me permitía llevar un estilo de vida modesto.

No, éste no es el fin de mi presentación. Soy soltero todavía, pero eso no significa que haya hecho votos para ser célibe toda la vida. Apenas voy a dar el brinco a los treinta (tengo veintinueve años y dos meses exactos). Mi familia es de las más antiguas de Guwahati, así que, en lugar de rentar, tengo mi propio espacio en la casa de cuatro cuartos de mi madre; también están mi hermana menor y mi hermano. Además, rentamos una cabaña. Desde la muerte de mi padre, mi madre ha recibido mensualmente una pensión familiar.

Con esto doy por terminada completamente mi presentación. Como se dice en la industria del cine, «el personaje ya está definido».

Ahora sí, ya puedo comenzar mi historia.

Entre la rutina habitual y la apatía, la insensibilidad y la monotonía, todo mi ser ha sido empalado.

Mi madre y mi hermana me preparan el desayuno a las nueve de la mañana. Mientras desayuno solo, mi madre aprovecha para despertar mis inquietudes con ciertos asuntos prácticos, como la factura mensual de la electricidad, que ha sido anormalmente alta; en cuanto a mi hermana Sunita, por su edad ya no podemos esperar mucho para que llegue el momento de casarla, y yo debo acelerar mi búsqueda; dos láminas del techo están demasiado oxidadas y debemos cambiarlas por nuevas; cuánto tiempo más una mujer epiléptica podría seguir haciéndose cargo de la casa, etcétera. Cada día, mi madre plantea más y más problemas. ¡Por Dios! ¿Así es esto de dirigir una casa? Quienes llevan a cabo la administración del país parecen poder arreglar las cosas de una manera u otra.

Es así que la verborrea de mi madre me entra por un oído y me sale por el otro; todas esas quejas y problemas se están gastando mientras más los repite, y chirrían como un disco de gramófono viejo.

Luego está mi oficina. El fastidioso trabajo de corregir errores por descuido: tachar unas tes y ponerle el punto a las íes, además cambiar por la forma correcta las palabras, como «salón» por «*saloon*», «memento» por «momento», «pivote» por «piloto», etcétera. Los programas de autoedición contribuyen a nuestra desgracia de formas sorprendentes: a veces un pequeño error hace que toda la frase sea incomprensible.

A una hora específica, una taza de té se posa en mi escritorio junto a una rebanada de pastel. Las ingiero con la misma displicencia. Las pruebas de textos con las que tengo que trabajar ciertamente no pertenecen a los temas típicos todo el tiempo, pero la prioridad que doy y la atención que pongo a la corrección ortográfica y de estilo no me dan la sensación de placer que podría tener por el contenido. Tal vez ésta sea la razón por la que la vida de los lectores de pruebas como yo son insípidas y monótonas, tanto física como mentalmente. Físicamente porque la concentración en encontrar posibles errores causa tensión y la postura sentado hace que la columna casi nunca se encuentre cómoda.

He encontrado una manera de mantener el equilibrio en cuerpo y mente como alivio de esta malsana rutina de una vida común e irritante. Es fácil revelar mi descubrimiento, pero su aplicación práctica requiere tener la posibilidad de gastar un poco. Mis ingresos mensuales me permiten hacerlo, por suerte. Lo que yo hago es tomarme ocasionalmente un día enteramente para mí y usarlo para lo que se me dé la gana. Este descubrimiento no es totalmente mío, sino de dos afamados escritores, Dale Carnegie y Deepak Chopra, quienes escribieron *Cómo dejar de preocuparse y comenzar a vivir* y *Rejuvenezca y viva más tiempo*, respectivamente.

He andado por las nubes ya en tres ocasiones en los últimos meses, pasándomela lo mejor que puedo. Hoy no necesito ir a la oficina, tengo el día libre. Pretendo usar esas horas en otro de mis más preciados días.

Normalmente me levanto temprano. Para hacer algo diferente, la noche anterior me desvelé viendo una vieja película hindi por la televisión hasta entrada la noche, para alterar mi horario normal. Disfruté bastante el filme, con sus canciones fuera del tiempo que tocaron los más profundos resquicios de mi mente. Esas elevadas melodías son completamente opuestas a los espectáculos malhechos y apresurados que saca Bollywood hoy en día. Las heroínas tenían una linda personalidad que acariciaba el corazón, con sus

atuendos y maquillaje decentes. Qué diferencia con lo que uno ve ahora, ¡lo poco que llevan puesto grita lujuria! Disfruté anoche reflexionando acerca del cambio abismal que ha ocurrido en apenas tres décadas.

Así que hoy me ha dado muchísima satisfacción esta maravillosa mañana, sumido en sopor y percibiendo la singularidad del letargo. Sí, las palabras no pueden expresar lo singular y único que puede llegar a ser el letargo. Me preparé una taza de té, como les dije que haría yo mismo a mi madre y mi hermana. Para acompañar el té no iba a tener esas aburridas galletas, sino tres *hot-cakes* hechos en casa. Uno se habitúa a evacuar el vientre a una hora específica del día, siguiendo la acción cronometrada de las ondas peristálticas causadas por la contracción y relajación de los músculos intestinales. Hoy se me pasó esa hora. Sin embargo, dos vasos de agua tibia con sal me regresaron las ganas de limpiar mi intestino y quitaron el impedimento de mi alivio a cambio de una sensación como de ablución. La evacuación normal está relacionada con el placer. Por lo tanto, obtuve mi fuente de placer igual que otros días. Hoy no me apetece demasiado tener las típicas *chapattis* secas con la misma mescolanza de papa y lentejas. Le pedí a mi hermana que me hiciera de forma especial cuatro *idlis* acompañadas con *chutney* de coco y *sambar* relleno de vegetales, dos *dahi vadas* bañadas en cuajada y una taza de café aromático. Estaba inmensamente satisfecho con un buen desayuno típico del sur de la India.

Normalmente, cuando tengo un día libre, me lleno la panza a la hora de la comida con un plato grande de arroz y pollo local hasta eructar y terminar roncando gloriosamente hasta las tres de la tarde. Hoy el plan ha tenido un cambio. Todos en la familia hemos decidido darnos el lujo de ir al restaurante Mujulir Exaj, que está en la carretera Radhagovinda Baruah. La comida de este local revive antiguos recuerdos de nuestro pueblo natal o, como dicen ahora, nos sumerge en la nostalgia. Aquí sirven pescado *goroi* a las brasas y arroz fermentados con chiles secos, fríen melón amargo que cortan en tiras, papaya preparada en *alkali*, tartas de arroz con frijoles, pollo al curri, grandes trozos de pescado preparado con hierbas y papas, etcétera. Por supuesto, tienen gran variedad de *chutneys*, como menta molida o Kahudi-Karoli. El banquete termina con nueces de areca y hojas de tabaco muy dulces.

Como otros días, no pude tomar una siesta. Les pedí a mi mamá y mi hermana que volvieran a casa, yo me subí a un autobús local y salí para Abadari. Una extraña idea vino a mí. Decidí que tomaría cualquier

autobús que pasara por donde yo me encontraba y me iría al lugar donde tuviera su terminal. Me subí a un autobús y hasta encontré un pequeño lugar para sentarme. El chofer, mientras cobraba los pasajes, me preguntó: «¿A dónde?». Yo sentí ganas de decirle: «Al horizonte, donde la arenosa esperanza se esparce, donde siguen brillando las crestas de la miel del deseo». ¡Qué poético! Si le hubiera externado mis sentimientos, él me habría tomado por un loco. El resto de los pasajeros también se habrían reído nerviosamente. Regresé de mi mundo de fantasía y le dije: «A donde sea que termine esta ruta», y le di tres billetes de diez rupias. El chofer quizá estaba experimentado el momento más extraño de sus años de servicio. Toda molestia desapareció del sarcástico rostro del muchacho de veinte años. Una sonrisilla amistosa apareció en su cara desnutrida, dándole muchísima belleza y brillo. Con una risa contenida me dijo: «Usted tiene una manera maravillosa de expresarse, en una forma compleja», y me dio dos rupias de cambio.

El autobús avanzaba entre el parloteo de los pasajeros y el rechinido de los vehículos que iban pasando. Cruzamos el puente Saraighat y, en lugar de ir rumbo a Baihata, nos dirigimos hacia Hajo. Tuve que considerar la situación por un rato. Esto aún no se había convertido en una osada aventura. El autobús de seguro llegaría hasta Nalbari, vía Hajo. Esta conjetura resultó ser cierta, según me lo confirmó un pasajero asintiendo: «Sí, está en lo correcto». Desgraciadamente, ¡otra vez tenía que pasar algo! ¿Qué haría yo si en Nalbari iba a casa de Pehi? ¿Qué razones le daría para haber llegado así? Quizá podría contarle la situación real, pero eso no cambiaría nada. Pehi comenzaría a presumir a sus niños con adjetivos nefastos a media oración y, en algún punto, a platicar sobre sus deprimentes episodios. Todos en esa casa me tratarían con la misma calidez y la misma afinidad. La presencia de un huésped requiere matar unos cuantos pichones. Yogurt después de cada comida. ¡Melaza licuada de yogurt!... Todo como siempre, repetición de las mismas tradiciones. Me bajé del autobús antes de Hajo. Los pasajeros y el chofer se me quedaron viendo con sorpresa. Quizás se hayan preguntado: «¿Qué tan loco está este tipo, que de repente se bajó así sin más? ¡No hay ni un alma en kilómetros!». Cuando me bajé, me di cuenta de que el sitio era un extenso páramo deshabitado de salvaje verdor en el que el tiempo parecía detenerse, donde el corazón se desplomaba en silencio, la flora y la fauna se mezclaban en la intimidad. ¡Qué maravilla! Para alguien como, yo que sobrevive, quién sabe cómo, entre el clamor ajetreado de Guwahati, esto

era un gozo total. Traté de abandonar mi conciencia y fundirme con el entorno. Mis ojos saciaron su sed ante este regalo de la naturaleza. ¡Exuberantes campos verdes, los bosques tupidos a lo lejos, el Brahmaputra en toda su gloria bañado por el sol, el coro de ambrosía de los pájaros y los insectos sobre las ramas de los árboles y el infinito azul del cielo más allá de todas las cosas!

De repente, un sonido mecánico se acentuó en el profundo silencio y la soledad de la tarde. Me incorporé. Era el palpitante sonido de un *autorickshaw*[2] que esperaba, y el conductor sacó su cabeza como una grúa y me preguntó:

—¿Viene?

La pregunta idónea a la hora indicada. Sí, debía ir a algún lado.

—¿Hay algo interesante que ver por allá? —le pregunté.

El chofer contestó:

—¿Qué quiere saber? Todos conocen bien por aquí.

—No me diga.

—Bonmou, junto al Brahmaputra. Es un sitio turístico fantástico —contestó.

Parece que entendió mi respuesta cuando me subí al vehículo sin decir nada.

En veinte minutos llegamos a Bonmou. Hice que el auto esperara. El chofer se merecía mi agradecimiento y los dos nos beneficiamos de que no se regresara con el asiento vacío hasta Guwahati. Sin duda éste era un sitio maravilloso. Un cauce de agua vaporosa delante, a través de una amplia explanada; un pequeño bosque embellecido por la naturaleza; filas de árboles de Devdaru y cocoteros, una pesquería, caminos color bermellón por todos lados, el enorme Brahmaputra al norte, maravillosos adornos en las bancas reclinables para turistas, sitios para comer y cabañas, etcétera. Me sentía un poco tonto por no conocer desde antes este hermoso lugar tan cercano a Guwahati. Tenía la impresión de ser como una ola centelleante del Brahmaputra, un beatífico pájaro multicolor entre los árboles, y ahora contemplaba el ensoñador flujo de conciencia en el zigzag del cauce.

La brisa fresca del Brahmaputra, la línea plateada del río fusionándose con el horizonte, ese verde exuberante más allá de la voz primaveral del

---

2 Transporte típico del sur de Asia, también llamados *tuk-tuk*. Son triciclos motorizados con espacio para dos pasajeros detrás del asiento del piloto.

bosque. Me instalé en una banca redonda y cavilé: ¡qué maravilloso sería si me pudiera quedar ahí como un sabio absorto en las profundidades de la tranquilidad! ¡Qué robusto y sano el ayuno en un estómago vacío! Tenía hambre. El atardecer se acercaba. Había un lugar amplio con un restaurante rodeado de tecas y cocoteros. Ahí encontré el menú típico de cualquier restaurante: bebidas frías como Coca-Cola y Thums Up; quizá vendían algo con alcohol también; variedad de comida rápida, pollo *masala*, pollo *tendoori*, dedos de pescado, arroz Jeera, *biryani* y cosas así. Nada extraordinario. Por eso el mesero se sorprendió cuando le pedí agua de coco, también la carnita que hay adentro, sopa de tomate y rebanadas de pan con germinado de frijol *mungo*. El restaurante sorprendentemente me pudo servir todo eso, menos lo último. Comí hasta quedar contento y luego me fui a desplomar sobre una alfombra de pasto que encontré alejada de ahí, totalmente solo. Me senté con las piernas cruzadas en posición de *yogasana*. La savia que recorría mis venas, el plateado Brahmaputra, estaba justo frente a mis ojos. Atrás el glorioso verde y la quietud de la profunda noche, una vivacidad única y muda.

Estuve fuera de mi ser por un momento, una persona diferente en ese instante. Vi cara a cara a la vida, sus realidades. Como si estuviera buscando la verdad superior. Mi alma parecía elevarse. ¡Maravilloso! Esa resonancia silenciosa puede llevar al hombre más allá de su insignificante cotidianidad y transportarlo a un Elíseo indescriptible. Me regocijé contemplando lo que los sabios de los *Upanishads* le han concedido a la tierra con la luz de su sabiduría, obtenida gracias a la meditación en este tipo de ambientes. ¡Qué extraño! ¿Cómo pude yo reflexionar sobre estos altos pensamientos siendo un ordinario mortal? ¿Me habré vuelto creativo como algún famoso novelista? Las horas se fueron revoloteando y perdí por completo el sentido del tiempo. Sí, el tiempo es un flujo constante de transitoriedad y transformación.

Pero ¿qué pasaba? Me dolieron los tímpanos. Un montón de vehículos habían atiborrado el lugar. El clamor de la gente y los ruidos se mezclaban contaminando el sonido. Bonmou se llenó de visitantes y turistas. Varios tipos de gente con ropas distintas, hombres y mujeres con diferentes perspectivas, sus niños y sirvientas. Un montón de automóviles lujosos se habían estacionado apenas a unos cuantos metros. Honda Citys, Opel Astras, Mitsubishi Lancers, Toyota Corollas y más de ese estilo. Alcancé a ver hasta un Mercedes Benz. El caminar y los ademanes de muchos produjeron un espectáculo aparente de afluencia y aristocra-

cia. De repente me sentí inmerso en un arranque de frustración. ¡Qué abrupta transformación había caído sobre el paradisiaco Bonmou! Qué recurrencia de ambiente vulgar lo había vuelto como cualquier *resort* turístico. Se desvaneció el encanto y no sentí ganas de permanecer ahí. Perdí toda la euforia.

El auto que había alquilado me esperaba, contrastando fuertemente por sus rasgos, detrás de un Verna reluciente. Me senté atrás del asiento del conductor y le di a entender que acelerara.

Después de más o menos una hora ya estaba en mi nada añorado Guwahati. Las luces de la ciudad brillaban como estrellas en la oscuridad de la noche. Las luces mecánicas de los automóviles hacían de las calles ríos con la fluidez de sus faros. Los letreros luminosos de los hoteles, restaurantes, tiendas departamentales y otros establecimientos le daban cierta elegancia al normalmente desagradable Guwahati de día.

Ahora era un ser inexistente, un insensible al que le habían esquilado todo rastro de identidad, el estado más ordinario posible, una minúscula mancha entre muchas más. ¡Oh, qué agonía! Era imposible avanzar por la acera. ¡El correr de los transeúntes, la peste del sudor y los cosméticos mezclándose, actividades y conmoción sin sentido!

En verdad era anticlimático. Como si me hubieran desterrado de las dichosas regiones del Mediterráneo a los estériles páramos del desierto. Mi desasosiego, mi frustración y mi agonía aumentaron. No porque se acabara el día que viví de acuerdo a mis deseos, sino por la imposibilidad de encontrar alguna manera de dedicarme a algo distinto.

Entré a una tienda de ropa con la intención de comprar una playera Reebok con diseños florales, como los de algunos *saris*.[3] El dependiente me mostró varias playeras, una por una. Yo seguía meneando la cabeza en señal de desaprobación. Así continuamos mientras intentaba decidirme entre quince o más playeras. Dirigí mi mirada al dependiente. Me sorprendió que él aún no se hubiera desesperado conmigo. Su sonrisa profesional seguía fija en su rostro. ¡Eso es, chico, así son las ventas! Era de la comunidad marwari. Nuestros vendedores asameses deberían aprender de él. Algunos dependientes asameses parecen estar molestos por la llegada de clientes, como si en lugar de comerciantes fueran guardias de valores.

Se dice que los pensamientos llegan sin previo aviso. Así es como suenan algunos tonos en los oídos de los músicos, algunas historias llegan a

3 Vestimenta tradicional de la India, usada por mujeres.

la mente de los escritores y las emociones se reavivan en un poeta. De esa forma llegó un pensamiento a mi mente. Si estuviera en casa en ese momento, estaría viendo televisión y dando deliciosos traguitos de vez en cuando a mi taza de té. Claro, muchos tienen el mismo pasatiempo a esta hora. Pero hoy debía hacer algo distinto, algo nuevo. En lugar de ese té rutinario, ¿por qué no pasar un buen rato en un bar y andar por las nubes irritando mi garganta con algo de whisky? Para muchos, dos whiskies después del atardecer son una actividad cotidiana. Pero se tiene que ser un joven entusiasta por la salud como yo, criado en la santificada atmósfera de la clase media, para ver este ritual como algo inusual. Como fuera, ya no estaba como para que este mundo de restricciones me mantuviera atado, quiero decir, ni siquiera antes me contenía de tomar unos cuantos tragos de alcohol ocasionalmente.

Me acerqué al bullicioso Ganeshguri, la atareada zona comercial colindante con el complejo capital de Dispur. El lugar tiene un buen número de bares, además de los que están dentro de los altos edificios de hoteles. Más aún, a cada paso uno se encuentra tiendas de vinos. La situación ahí puede hacer pensar al visitante o turista que llega a la ciudad que Ganeshguri vive sumergida en alcohol. La conjetura podría no ser del todo superficial si se toma en cuenta el número de accidentes de tráfico producto de manejar en estado de ebriedad.

El negocio de los licores ha transformado las vidas de muchos don nadie en vidas de príncipes. Puedo mencionar algunos casos; por ejemplo, mis conocidos Akshay Saikia, Jadumoni Das, Aniruddha Purkayastha, Adhar Tamuly y otros. Cada uno de ellos es dueño de un bar o una licorería. Las licencias para tener uno de estos establecimientos las da el Ministerio de Impuestos. No es de sorprender que la obtención de estos permisos sea bastante costosa. ¿Quién no conoce la afluencia e influencia de mi antiguo compañero de clases, Akshay Saikia? El hijo de un poderoso burócrata que casi no estaba interesado en los estudios, de alguna manera se las arregló para apenas pasar los exámenes de la secundaria. Aunque después intentó continuar con la universidad, nunca llegó a graduarse. Sin mejor alternativa, su padre le abrió un locutorio. Cuando la empresa fracasó, su padre le ayudó con una agencia de viajes. Ésta tampoco tuvo éxito. No obstante, se las ingenió para obtener el consentimiento del gobierno y abrir un bar. Desde entonces ya no necesitó ver hacia atrás. Dirigió una discoteca no autorizada junto a un casino. Comenzó a irle bien haciendo dinero a manos llenas. Se hizo de dos *pubs* y dos tiendas de licores en poco tiempo. Su forma de

andar y moverse cambió, se hizo más suave y solemne, se desplazaba en automóviles elegantes a la vez que satisfacía sus necesidades en la oscuridad de los callejones. Su ser interior (¡carácter!) iba en descenso. Sin contar el hombre en el que se había convertido, mi relación con él siguió siendo la misma de antes. Ocasionalmente me invitaba a verlo, quizás para demostrar sus logros y su gloria.

Con estos pensamientos circunnavegando mi mente llegué a Moonlight, el bar de Akshay Saikia, sólo para encontrar que el lugar que pudo haber aplacado mi necesidad de humectar mi garganta con un par de tragos había dejado caer la persiana. Al lado había un local de venta y reparación de relojes, aparatos electrónicos y refacciones. Un chico estaba enfrascado en reparar un teléfono celular. Mi irrupción de seguro lo incomodó. Como a un *yogi* que pierde la postura. Levantó sus ojos con resentimiento y me preguntó:

—¿Qué necesitas?

—Nada, sólo quería saber por qué este bar, el Moonlight bar, está cerrado esta noche.

La exasperación del chico no había disminuido. Me contestó con tono enfadado:

—¿Acaso no eres de Guwahati? ¿No ves las noticias?

—Disculpe, no sé de qué me habla.

—Oh, ya veo. Has de haber estado muy ocupado quién sabe dónde. La corte ha ordenado que clausuren todos los bares y licorerías que estén en las cercanías de escuelas y edificios religiosos. Como sea, *dada*, échale un ojo a este equipo de Nokia, no necesitas apretar ningún botón, sólo toca la pantalla...

Tomé el celular en mis manos y examiné sus funciones y modo de operación. Por lo menos así pude darle al chico un poco de satisfacción. Otra cosa más, aunque Akshay Saikia prosperó con sus negocios turbios, nuestra antigua cercanía permitió que la amistad no se rompiera por completo; pues mi corazón también es comprensivo con mi viejo amigo que ha sido empujado a una situación incómoda por el veredicto de la corte. ¡Una comprensión ilegal, quizás!

Me reproché que ese olvido de la clausura de bares ordenada por la corte y tiendas de alcohol me hubiera tomado por sorpresa, ha sido noticia para todo el mundo. Quizá mi desinterés sobre el tema fue la causa de mi olvido. La inusual inclinación a humedecer mis labios y garganta con alcohol chocó con el recuerdo de esa información y reaccionó en mi mente.

Llegué a casa de Akshay. Él estaba más estupefacto que exaltado por verme. Me tomó en sus brazos. Admití:

—Debí haber venido antes. ¡La orden de la corte te debe de haber causado muchos problemas y pérdidas!

Miré su cara mientras terminaba de hablar. No había ni el mínimo rastro de depresión, decepción o abatimiento en el rostro de un hombre que había perdido dos *pubs* y dos tiendas de licores. Era la antigua versión de él, hablando con su característico tono alto, repleto de entusiasmo.

—¿No has sufrido pérdidas?

—Sí, pero no.

—¿A qué te refieres?

—Las ganancias siguen igual. Siempre hay un acuerdo, y ¿por qué no iba a haber una alternativa? ¡Algunas personas, e incluso nuestros jueces, están muy equivocadas si creen que la gente se va a volver abstemia de la noche a la mañana con cada uno de ellos convirtiéndose en un Morarji Desai!

Sentí curiosidad por saber más acerca de los medios alternativos de Akshay para hacer dinero con tan imperturbable tranquilidad. Después de tomar té y bocadillos en su casa, lo acompañé en su carro a ver sus negocios. No tenía ni idea de adónde me llevaba, siempre pierdo la orientación por completo en Guwahati durante la noche.

La zona a la que entramos me pareció bastante suburbana. Akshay comenzó a explicarme:

—Hay gente que llega por botellas desde cualquier lugar que se te ocurra: pequeños minoristas, estanqueros, vendedores de té y otros. Como sea, los clientes están enfrentándose a varios tipos de inconvenientes. Los precios se han duplicado. La situación es igual en Manipur y Mizoram. ¿Me entiendes?

Al final me llevó a una agradable casa de campo. Desde afuera el ambiente parecía tranquilo y solitario, pero un zumbido suave impregnaba su interior. Varios automóviles lujosos estaban estacionados a los lados de la casa.

Mesas y sillas bonitas. Este montaje ilegal estaba mucho mejor que los bares autorizados. Akshay dijo:

—Tengo otros dos establecimientos similares. ¿Te das cuenta de lo maravilloso que nos va? Así como un padre tiene a su padre y un maestro tiene otro maestro arriba, el gobierno también tiene un segundo gobierno que lo rige. ¡De seguro no tienes ni idea de qué gobierno se trata!

¿Por qué no iba a tener sentimientos simultáneos de ira, rencor y hostilidad contra este hombre? Después de todo, ¡no soy Mahatma Gandhi, Vinoba Bhave o Jayprakash Narayan! Un par de chicas estaban apuradas llenando vasos vacíos con su característico encanto. Tal vez no eran exactamente del tipo que encaja en la categoría de bellezas, pero tampoco podían despedirlas, sería como despojarse por completo de atracción.

Una visión casi hizo que me salieran chispas por los ojos. El delegado superintendente de la policía, Khargeswar Deka, a unos metros, bebiendo sin siquiera tomarse la molestia de quitarse el uniforme oficial. Sus acompañantes eran quizás subordinados. Perdí la paciencia por completo. ¡Estos protectores convertidos en sanguijuelas son la mayor causa de desastre del país! He sido instructor de karate. La reacción de un hombre armado no podía ni compararse con la rapidez de mis manos desnudas.

No le di a Khargeswar la oportunidad de defenderse ni siquiera de mi asalto verbal. Mi corazón estaba feliz de darle puñetazos de hierro en la cara. Llené cada parte de su cuerpo con la amplia variedad de patadas de karate que tenía en mi repertorio. Sus piernas flácidas ya no podían con el peso de su carcasa. Le escurría sangre de la nariz mientras caía con el rostro desfigurado. Sus acompañantes también estaban abrumados por mi ataque relámpago y no hicieron el intento de acercárseme. Miré de reojo a todo el mundo y con asco fijamente a Akshay, quien se pavoneaba hacia la salida sin miedo alguno.

Me subí a una *autorickshaw* después de darle mi destino. Entre el bullicio del motor me quedé contemplativo. ¡Verdaderamente qué día! Tuve lo mejor de todo lo que buscaba mientras avanzaba de un momento a otro. Mañana, Khargeswar, con su cara destrozada, no podría decirle a nadie que un civil ordinario como yo le había dado semejante paliza... Por cierto, ¿me huelen las manos como si hubiera matado a una rata almizclera? No, para nada, es sólo una manifestación simbólica de mi resentimiento y mi perdida de fe en el orden social que está totalmente desprovisto de consciencia... ●

Traducción de Carlos Ponce, a partir de la traducción del asamés al inglés de Krishna Dulal Barua.

La historia de una historia

[tres fragmentos]

KUSHAL DUTTA

AHORA

Éste de quien voy a hablar hoy es generalmente una persona que vive en el «presente». Él no gasta mucho de su materia gris atendiendo el pasado y el futuro. Si no fuera así, no continuaría la vida —ésta es su simple filosofía de plebeyo. A pesar de esto, en este momento él está pensando repetidamente una y otra vez acerca de muchas cosas del pasado y del futuro que, a pesar de ser vistas, permanecen sin ser vistas; a pesar de ser conocidas, permanecen sin ser conocidas— buscando salvarse de todas las tentaciones.

Como las noticias insertadas en una conversación, la historia que ya ha sido confeccionada, lo que ya es pasado en este momento, por cuya fragancia él tenía que haber vuelto a la vida de nuevo, los días por venir, él se encuentra ahora en profunda meditación buscando salvarse de toda tentación. Ocurriera lo que ocurriera sólo un poco más allá, lo que es el futuro para él, lo que está fuera de su control en este momento, él reflexionaría tres veces la lección del presente: acaso se enredaría en la tentación de nuevo o, cayendo y levantándose de nuevo, buscaría la salvación una y otra vez, o permanecería libre hasta la muerte.

La experiencia le ha enseñado demasiadas cosas. Antes de tomar una decisión precipitada, disfruta meditar sobre esas cosas si encuentra un pequeño respiro. No se daba cuenta de que se había quedado dormido en la cama del ahora mientras reflexionaba sobre estas cosas desordenadas para llegar a una firme decisión. Trabajar trabajar trabajar y dormir, ambos verbos son sus amigos inseparables, en cuyo regazo se puede descansar para olvidarse uno mismo de uno mismo, en cuyo

seguro refugio el universo puede ser nulificado para embarcarse en un viaje de recolección de coraje para otro día, otra batalla. Para vivir de sus propios medios, para luchar contra uno mismo.

Mediodía

¿Qué es la vida? ¿Sencillamente vivir significa vida? Hambre de nacimiento, la juventud del hambre, el misterio de la juventud, el sueño del misterio, la copulación del sueño, el nacimiento de la copulación... ¿Dónde está la vida en este círculo abstracto? ¿La vida significa sólo cortar los lazos? La duración de la memoria vuela al futuro atravesando el agua atrapada en el torbellino de la curiosidad.

Al final, Buda repentinamente emergió de la nada a mediodía. Porque ya había sido convocado. Sus perturbados orejas-ojos-nariz-boca-piernas-brazos-corazón-cerebro se calmaron a la vista de la compuesta forma del Buda silencioso en *samadhi* sentado en flor de loto. Pasó todo el mediodía con su amigo favorito. En meditación trascendental como el Buda en la feliz postura de loto.

A las ocho de la mañana

Luego de recuperar los sentidos o luego de despertar del sueño se avergonzaba de sí mismo por las acciones-reacciones del espacio-tiempo y, como siempre, quería buscar refugio con su amigo de más confianza, el misericordioso absoluto Buda. Convocó a Buda esta vez sentado cómodamente en la postura Padmasana •

Versión de Víctor Ortiz Partida, a partir de la versión del asamés al inglés de Bibekananda Choudhury.

Bijoy
Sankar Barman

Transición

Un insecto invisible
se alimenta de los brotes
de mi corazón.

Vista a través del tubo
del microscopio
la figura sombría
que se mueve
aviva las brasas moribundas,
vigilantes cansadas de mi alma.

¿Por qué el repentino pensamiento
de un insecto que flota
en la noche
sobre el agua fría
del viejo estanque
silencioso y solitario
quiere ahogarme
en el abismo?

Fluvial

Kanaikunda
el riachuelo de mi corazón
se aquieta.

En un podrido trozo de madera
a la deriva desde algún lugar
se posa un pájaro amarillo
triste y solitario.

Un banco de peces coloridos
arrastra desde el fondo
de las aguas

rostros muertos
sonrisas olvidadas.

Versiones de Víctor Ortiz Partida, a partir de las versiones del asamés al inglés de Nirendra Nath Thakuria.

Biman
Kumar Daley

Junto al estanque a medianoche

Junto al estanque a medianoche
las luciérnagas se comunican,
zumban.

La luna se desnuda en el bosque de bambú
y desciende al agua
seguida de una efervescencia.

Los caracoles y las ranas
se asoman para averiguar
si los senos de la luna se empaparon.

Los peces bajo el agua
menean sus aletas
para provocar a la luna

que tiembla en la oscuridad.

Me duele al pensar

En la cima de la alta colina
la flor aún luce.

La flor roja
se mece al viento.

No puedo subir la colina.

Elevo mis ojos de vez en cuando
a la distancia.

La colina está muy lejos.
La colina es muy alta.

Me duele al pensar

que ella tampoco puede
descender nunca.

Versiones de Víctor Ortiz Partida, a partir de las versiones del asamés al inglés de Krishna Dulal Barua.

Más pronto que el instante

Bibha Rani Talukdar

Nada hay alrededor
de una idéntica duna de aire abierta a la empatía
sin la esencia de él.

El blanco se disuelve en su aire
como si el dolor se disolviera.
Pozo en las alturas sus ojos.
Su cuerpo se deshiela y
un torrente de sal llega a mi silencio.

Luego
regresa de cremar a su hijo.
La ultima leña al ser puesta en la pira sollozaba
«la pompa y el poder, la juventud y la gloria, se extendieron
por un momento».

Sus ojos como pozos
comenzaron a arder
y empaparon con violencia toda la sal.

Yo no lo pedí,

no pediría algo así sin conocernos lo suficiente.

Oh, triste

hasta el cuerpo, la sombra persiste

y la emanación fenomenal también.

¿Y si hubiera sido comprendido desde el principio?

Corriente abajo rocía la misma voz

cuando avanza a través del acústico pasaje.

Donde la luz y la oscuridad son gemelas

podría identificarlo:

él es mi padre

y yo soy su hijo

que trata de trazar la suave línea entre nosotros

con el humo de la pira.

Versión de Víctor Ortiz Partida, a partir de la versión del asamés al inglés de Nirendra Nath Thakuria.

Lutfa Hanum
Salima Begum

No esperas
en el umbral de los labios

entraste a través de la puerta
eres fuego

los salones, los tocadores
la cocina todo está en llamas;

la morada de mi corazón
construida con tus lágrimas.

eres incendio del corazón
ardiendo implacable
pero tú no eres fuego.

debes andar por ahí

y envolviendo el cielo ardiente que me rodea
aquí estoy, esperando en la entrada
resguardando mi corazón que arde.

Versión de Víctor Ortiz Partida, a partir de la versión del asamés al inglés de Pradip Acharya.

El ojo

Moushumi Kandali

Bajo un intenso aguacero iluminado por relámpagos, una chica con la tez de una granada madura llora por su amante en una tierra lejana. *Flashback* a una escena de la pareja en una noche de amor. En sobreexposición, la imagen de un abejorro que chupa néctar de una flor abierta... Intermitente, la escena se proyecta una y otra vez en el escenario mental de Ramananda. Los rayos lunares gotean como plata líquida de las brillantes hojas de la limonia plantada en medio del arrozal; mientras pedalea camino a casa, tararea: «kahan gayo mori bedardi balma».[1]

La intensa luz del sol de la tarde entra por la ventana. Masdan corrió las cortinas para atenuarla y nuevamente se echó sobre el almohadón...

Mientras cruzaba el somnoliento vecindario —a estas horas en brazos de Hypnos—, Ramananda se detuvo en seco: a lo lejos, la luz de una lámpara de barro cintilaba entre los orificios del muro de barro y bambú. La luz se contoneó en la retina de Ramananda... Incitante... llamándolo con un susurro seductor... Escurridizo como un gato, Ramananda avanzó cautelosamente, y se asomó al hueco anidado con disimulo entre el estiércol y la seca yerba. Y —un estremecimiento recorrió desde sus pantorrillas hasta su entrepierna, antes de endurecerse como una vara— ahí, ante los ojos de Ramananda...

1 Canción melancólica que lamenta la ausencia del «cruel amante». (*Todas las notas son del traductor*).

¡Poesía! Madan es afecto a escribir poemas y cuentos. He aquí la causa de que su descripción revista tan gruesa capa de lirismo: el delicado calostro de la luna de la quinta noche, *Virahotkanthita Nayika*;[2] las relucientes hojas de la limonia; y la luz de luna goteando como plata líquida. Metáforas a borbotones; sobredosis de hipérboles; torrente de símiles. Con todo, escuchábamos sin protestar, digiriendo los verbosos bocetos de Masdan. Porque en la hora en que el abrasador sol de mediodía se apacigua en un atardecer silencioso nosotros le damos gusto a la boca. Un mal necesario, pero ¡vaya que es un placer tentador!

En este mal necesario de ocioso chismorreo, nos entregábamos a la holganza: recostados en la cama o en el piso, la mayoría más bien tumbados contra las paredes, fumando o arrollando cigarrillos, todos mirando fascinados —con los ojos de la imaginación— por la rendija en el muro. El sudor escurre de Ramananda mientras espía al par de serpientes enroscadas que ondulan febrilmente sobre el lecho de bambú. Dos blancas piernas de mármol que suben y bajan con ritmo de cadencia enloquecedora... Algo también sube, baja y se desliza por nuestros nervios fervientes y nuestros corazones desbocados. Aun cuando la presencia de una lámpara en una escena erótica a la luz de la luna resulta ligeramente difícil de aceptar, una leve fricción en el ritmo lírico, tampoco altera el gusto del platillo. El reparo era por supuesto una minucia técnica, porque, si no hubiera una lámpara, ¿cómo se habría percatado Ramananda del fragoroso y amoroso combate mientras regresaba de la última función?

A buen seguro que la narrativa o los sitios porno en línea ofrecen mayor variedad. Sin embargo, conectarse con un encuentro directo como éste brinda algo genuino. Los seres reales y los encuentros reales tienen su encanto. Y además, la minuciosa descripción, como una bebida que se paladea a sorbos, provoca la emoción de un escarceo. Y ahora esta excitación consume todo nuestro juicio. La pregunta crucial de cómo Madan supo la antigua aventura de Ramananda, su tío,

2 *Virahotkanthita Nayika* es el nombre del segundo tipo *nayika* o heroína, de acuerdo a la clasificación de Bharata en su tratado sobre las artes escénicas, *Natya shastra*. Para él, son ocho los diferentes estados que atraviesa la pasión amorosa, los cuales se convierten en tipos para las representaciones de este sentimiento en las diversas artes: danza, teatro, música, pintura.... La *virahotkanthita* es la amante que espera el regreso de su amado. A menudo se le representa aguardando en un jardín, lecho o pabellón.

es a todos efectos irrelevante. En este momento nos hemos convertido en Arjuna, del *Mahabharata*, con nuestra vista clavada al hoyo en el muro. Nos sumergimos en las profundidades de un mar prohibido pletórico de misterios sin fin.

Tenemos la vista ofuscada —todo luce borroso en la luz menguante—, y entonces ella irrumpe como un relámpago de luz cegadora. Como un ramalazo de aire tórrido, su aparición desparrama todo. El apetitoso potaje con el caldo de los pensamientos eróticos cocinados a fuego lento se estrella contra el frío y duro piso. La sesión dominical de «sólo para hombres» alcanza su clímax con un estallido en seco. Estábamos agotados, tras batir ese océano de oscuros pensamientos procaces con el monte Mandar[3] de nuestro deseo, al cual hicimos girar con el giro sibilino de la serpiente de nuestras palabras. Nuestros ojos estaban sedientos de ese preciado néctar…[4] o acaso por su belleza investida en amarillo narciso... o quizá por la habitación en claroscuro, es que seguíamos deslumbrados, sin mirarla en realidad —con tan sólo los curvados contornos de su silueta de clepsidra flotando en nuestro campo visual. Somos una raza de animales nocturnos petrificados por un rayo de luz. En silencio la devoramos con avidez. «Está oscuro, prendan la luz y dejen de verme con miradas machistas», vocifera. Roto el encanto, la frase «miradas machistas» nos hizo reír. ¡Ajajá! ¡Ella está en la onda de Griselda Pollock y Linda Nocklene![5] Sacudiéndose los chasquidos de nuestras risas con un ligero batir de hombros, saltó como un mono para sentarse en el espacio libre entre las pilas de libros y la mesa con las piernas extendidas. Su comportamiento suele ser así. Irregular, sin par. En realidad, descuidada, liberada y abierta. El único miembro femenino en

3 Alusión a la montaña Mandara, que aparece en los *Puranas*, donde se usa como molinillo para batir el océano de leche. El episodio del batido del océano de leche es un mito fundacional del hinduismo. Aparece en el *Mahabharata* y también en el *Bhagavata Purana* y en el *Vishnu Purana*. Mientras el monte se usa como base, la serpiente Vasuki acepta fungir como la cuerda que sacudirá el molinete. El oceano de leche es uno de los siete exóticos oceanos lejanos que hay dentro del planeta. La representación de este episodio que llevaría a obtener el néctar de la inmortalidad es un tema popular dentro del arte jemer, tanto en Camboya como en Tailandia.

4 Nueva alusión al mito del océano de leche: el episodio ocurrió porque tanto dioses como demonios buscaban extraer el néctar de la inmortalidad del océano de leche.

5 Griselda Pollock: teórica feminista y de estudios poscoloniales. La autora escribe incorrectamente el nombre de Linda Nochlin, igualmente autora feminista experta en arte y en estudios de género.

nuestra pandilla de chicos es también nuestra confidente. Nuestra hermana del alma. A despecho de sus virtudes, no le pasaríamos esto. Bijoy no se quedó callado. Parando el mandoble de sarcasmo con el escudo de su sonrisilla irónica, a su vez contratacó. «Deja de parlotear sobre la mirada. ¿Qué hay de masculino y femenino en el acto de ver, eh?». Una cerilla chisporroteó y la chispa lamió la boca del repelente en espiral de la marca Tortoise, mientras por la ventana resonaba una orden para el chico de Dulces Kalita: «¡Una *goza* y seis tés!».[6]

Apartando sus ojos de la *goza*, Bijoy prosiguió: «¿Por qué el diablo es el único que debe avergonzarse? ¡Como si sólo los hombres fuéramos mirones! ¿Acaso las mujeres no se echan un taco de ojo?».

Ajá —las sierpes de la codicia y la lujuria que acechan enroscadas en los oscuros recovecos de la mente—, ¿desaprovecharían la oportunidad de alzar sus capuchones dentro de la sangre de las mujeres también? ¿No desfallecen por lamer con la mirada y pasar sus lenguas aunque sea una sola vez? ¿Acaso en los nichos más recónditos de su mente, las chicas no cuelgan imágenes sudorosas y húmedas del hombre de sus sueños? Al igual que Ramananda, ¿no anhelamos espiar por esa rendija prohibida aunque sea una vez en la vida? Por qué culparlo, si en algún momento todos nos hemos sentido atraídos a ese electrificante agujero. O al menos, bulle en nuestra sangre la intención. Como cuando avivamos los rescoldos de la chimenea con un abanico de bambú, nuestras miradas indecentes encienden las llamas de la lujuria. Despojados ya del manto de la decencia, calentamos con su fuego nuestros apetitos desnudos. ¡Aah! ¡Igual que una hoguera en una noche helada! ¡Reconfortante... deliciosa... relajante! Y como Raikka, el asceta, nos dedicamos a rascar nuestras costras —rasca rasca rasca—, una, dos, una y otra vez sin parar.

Sentado a orillas del río, Raikka, el asceta, rascaba sus llagas mientras indagaba el sentido de la vida... La eterna verdad detrás del universo. La sarna en el cuerpo de Raikka representaba su sed por la verdad final... El prurito sin tregua de un alma que no ceja su indagación más allá de la apariencia. Sin embargo, nuestra sarna es producto del aguijón

6 Nombre popular en la India para referirse al narguilé o *hookah*. La aspiración del tabaco suele acompañarse con la ingesta de te o café; de ahí la petición al vendedor.

de nuestros apetitos carnales. Como burbujas sobre la linfa de un lago, las ronchas brotan en nuestro cuerpo una y otra vez. Vaya que el ardor corporal ha extendido su dominio. Ahora todos tenemos sarna. Tan sólo el otro día surgió una pandilla de modernos Raikka entregados a rascar sus llagas con fruición: un niño pequeño había caído en un pozo con una profundidad de veinte metros. El angustioso combate por la vida se convirtió de inmediato en un espectáculo apasionante. Con todas las televisoras trasmitiendo en vivo, el país entero siguió el drama; y el terror y el sufrimiento del pequeño niño desnudo atrajo al instante miradas impuras: los modernos Raikkas que han perfeccionado su papel jugando al mercado. Como comensales en torno a la boca del pozo, salivaban ante el supremo placer de pelarse a sí mismos... rasca... rasca... rasca...

Revoloteando muy lejos del espionaje masculino de Ramananda y de la libido femenina, nuestra conversación había volado de la comezón de Raikka, el asceta, a posarse sobre un pequeño atrapado en un pozo de veinte metros. De pronto timbró el móvil de Avinash, Bijoy encendió otro cigarrillo y Madan salió para destender la ropa, cogió el cigarrillo de labios de Bijoy, y tras un par de rápidas caladas, nos arrojó el pestilente humo. Con un mohín, dijo: «Los tuyos se ha vuelto totalmente cínicos —hipercríticos. Un niño pequeño cae dentro de un pozo; todos los canales cubren su rescate en vivo y una marea de compasión inunda el país —sin importar las diferencias de casta y de fe, todos se arremolinan en templos y *masyids* para orar por su salvación. ¿No lo pueden hacer sin ridiculizar las emociones auténticas de la masa sencilla?».

Nosotros también echábamos humo, pero no por causa de esas sencillas plegarias o por esas mentes simples o por sus sentimientos puros. Arrojábamos nuestro enojo a la negra mancha al fondo del tinglado de todo ese teatro: a los taimados directores y productores del melodrama situados tras bambalinas. No se nos escapaba que habían aprovechado al desfalleciente niño atrapado en el pozo dos largos días para armar un teatro. El heraldo de la obra era el conductor del canal, con su parloteo incesante y los gestos solemnes de un comentarista en la final de la Copa Mundial de Futbol... En el mismo plano se encontraban quienes opinan en el estudio: los políticos, astrólogos, gurúes, santones, expertos en *fengshui*, fanáticos religiosos, líderes feministas, una estrella de cine ataviada con ropa de diseñador que le cantaba al niño «tum jiyo

hazarou saal»,[7] los anuncios del locutor —«participa en esta operación para rescatar a este niño... llama o envía un SMS a...»— y la pantalla del televisor transcribía los mensajes recibidos: «valiente-hijo-de-la-India-siéntate-en-el-regazo-de-la-madre-tierra-hasta-que-vuelvas-al-regazo-de-tu-madre», alguien canta por teléfono «tum mukkadar ke sikandar»[8], sus nombres, direcciones y datos parpadean sin cesar en la pantalla... El niño abandonado en el pozo llora lastimeramente mientras un insecto venenoso se arrastra lentamente hacia él, una nueva escena se sobrepone, corte a un acercamiento a una fiesta de cumpleaños. Una chica con los labios pintados, enfundada en un vestido brillante y con una *maang tekka* adornando su frente, rebana el pastel mientras otros rostros relucientes con sus ropas a la última moda se apretujan contra ella cantando «Happy birthday to you». Todos festejan el pastel de cumpleaños —las rebanadas están cubiertas de una gruesa capa de crema de vainilla con una superficie de chocolate—, porque el niño atrapado en el pozo cumple años; un pastel que supera los sueños más delirantes del niño. El cigarrillo de Bijoy se apagó. Con un gesto de cansancio, silenciosamente ella expulsó, además del humo, su enfado. Las volutas se desvanecieron en el vacío; agobiados por la soledad y el silencio nos quedamos callados. Silenciosamente, conversábamos con nosotros mismos. De hecho nos veíamos siendo parte de esos otros ladinos Raikkas del presente, rascándonos las llagas codiciosa y placenteramente —al tiempo que nos sacudía un latigazo de culpa. Mientras seguíamos la trasmisión en directo de esa lucha de vida o muerte, secretamente, sin que lo percibiéramos, ocurrió una metamorfosis inesperada. Sinceramente, no percibimos en qué momento ni cómo la mirada de simpatía se había convertido en una visión sadomasoquista. Bien para reconfortarnos o bien para engañarnos a nosotros mismos, extendíamos un manto de simpatía imaginaria y recostados en la comodidad de nuestros lechos, consumíamos despreocupadamente nuestras golosinas favoritas mientras saboreábamos, con los ojos cerrados, las atroces escenas de crímenes y violaciones. Las secretas aventuras de Ramananda y sus secuaces estaban a la vista. Esa aventura clandestina, aunque natural, con sus apetitos de carne y hueso, había

7 «Tum jiyo hazaron saa» es un popular canción de cumpleaños incluida en la cinta *Sujata* (1959), un clásico del cine indio.

8 Tema principal de la cinta homónima *Muqaddar Ka Sikandar* (1978) de Prakash Mehra. Trata de un huérfano que al crecer se convierte en millonario.

terminado de una forma antinatural y desconcertante: propagándose en un imperio de roñosos.

Un estridente pitido y un chirrido de llantas resonó sobre el clamoroso griterío sacudiendo nuestro silencio. A escasos metros de distancia, el tren de la noche recorre las vías a toda velocidad. Sobre el antepecho de la ventana abierta, ella contempla, reclinada, el traqueteo mientras se pierde en la distancia. En la orilla opuesta a los pitos y los gritos, la silueta de la ciudad se desdibuja borrosa y tenue —un mero retazo de tela roja descolorida que pende del gigantesco ficus al otro lado de las vías ondeando al viento, como una bandera roja hecha trizas luchando contra el viento—, con una mirada todavía más destrozada, ella voltea y pregunta: «¿Recuerdas a Gudiya?».

¡Sí! La recordamos muy bien. La cara de Gudiya,[9] sus ojos con grandes ribetes de *kohl*, los recortes con noticias de su vida... Todo.

Era 1999. Apenas diez días después de su boda, el esposo de Gudiya debió integrarse a su regimiento, pues la guerra había estallado en la frontera. Desaparecido en combate, se le declaró desertor. Tras una espera de cuatro años, convencidos de su muerte, destinaron a Gudiya a otro hombre, según dicta la tradición. Un año después de esta segunda boda, el primer marido, quien había sido hecho prisionero de guerra, regresó y comenzaron los problemas. Los ancianos de la aldea decretaron que la embarazada volviera con su primer marido. Pero como el hombre se mostraba renuente a educar un niño ajeno, el asunto se complicó...

Sí, recordábamos a la afligida muchacha sentada en el estudio de un espantoso programa llamado *Reality Bytes*, en un drama que duró horas. Como un interminable convoy cuyos carros se perdieran en la distancia, las escenas desfilaron en su mente, mientras apoyada contra el marco de la ventana continuaba mirando el horizonte. En torno a la mujer preñada de ocho meses, se apeñuscaban espectadores frenéticos, personalidades

9 La historia de Gudiya, cuyo relato se expone en el texto, tuvo un final trágico y se considera ejemplo tanto de la arbitrariedad de las decisiones de los jueces musulmanes como de la humillación pública y de la inmoralidad de los medios. Murió de septicemia en 2006, de ahí que sea un recuerdo reciente en la historia de Kandali, escrita en 2008.

respetables —maestros, madres, padres, hermanos, gurúes religiosos, pilares intelectuales de la justicia y custodios de la tradición—, entre una audiencia de un millar visible y de otros millones invisibles. Ella yace en el centro del compacto alboroto... El premio de una partida de dados flanqueado por sus dos maridos. El humilde locutor convoca: «Hey, gente, sean jueces de esta búsqueda de justicia... ¿quién debería tener la mano de esta mujer?». El estudio retiembla con la batahola de las discusiones —un juego que alcanza su vertiginoso clímax bajo los cientos de proyectores y micrófonos, más excitante que la final del Mundial de Futbol o que un partido de críquet entre la India y Pakistán. Mientras continúa la andanada de telefonemas y mensajes de texto, bajo el fulgor de las luces y el sonido, el primer esposo relumbra... Porque él es un héroe de guerra —un guerrero invencible—, mientras que el otro es un simple plebeyo, incapaz de brillar con elocuencia ante las masas, mudo y silencioso. Ignora que vivimos la edad de la demagogia y que el lenguaje de la reticencia ha muerto. ¿Y la mujer? Apenas si es un objeto inerte, una posesión material, uno más de los bienes de la casa. Luego de horas postrada en el piso, con su vientre hinchado, poco a poco se ha ido envarando; atormentada por el hambre y la sed, la pequeña muñeca en su interior llora en la silenciosa oscuridad golpeando el vientre con su cabecita; azuzada por dardos de luz y sonido, sufre vértigo, pero nadie tiempo para eso. Naderías insignificantes: el tribunal de justicia está para decidir asuntos más trascendentes. Para los avasalladores contextos de la maquinaria estatal —partidos políticos, fuerzas armadas, multinacionales, el cuarto poder, etcétera—, materias tan insignificantes e irrelevantes, como el hambre, la sed, el amor o los derechos, les importan un cuerno. En la apoteosis de este excitante juego, entre el revolucionario volumen de mensajes de texto que, mientras el trofeo llamado Gudiya vuelve junto al primer hombre, proclaman el veredicto de millones de ojos invisibles, las calles atronaron con estruendosos petardos y grupos que gritaban consignas, el canal reluciendo con el aumento de los porcentajes del *rating* y los ingresos por publicidad. Después de este prolongado atracón *gourmet* de entretenimiento, nos fuimos a dormir, al igual que Gudiya. Rodeada por una parvada de mujeres, ella se recostó en su camastro de bambú. La resguardaban los vecinos del pueblo y el enjambre de reporteros y camarógrafos, mientras grupos de gente se arremolinaban a su puerta codiciando dar un vistazo al singular espectáculo. Al centro de la multitud que desfila con orgullo, el héroe de guerra recibe felicitacio-

nes. Declara: «Dejaremos que el bebé esté un rato con su madre; más tarde lo enviaremos a su verdadero hogar». La gente aplaude ese gesto de humanidad mietras él sonríe orgullosamente. Entre el alboroto, todos observan que la mujer yace inmóvil sobre su camastro, con la mirada vacía, pero en realidad nadie la ve. Aunque no padece enfermedad alguna, sin embargo yace en posición fetal sobre el camastro. Dos meses después da a luz a un objeto, frío e inerte. Al cabo de otros dos meses, Gudiya aún no se levanta. Los médicos diagnostican que está bien. Sin embargo todos los días vomita sangre por dentro y por afuera, mientras agoniza palmo a palmo, hasta que finalmente un día muere con plena entereza.

El pequeño dentro del pozo, o el asesino violador sentenciado a muerte, con su vida en la prisión seguimos diariamente, cuya lucha por sobrevivir convertimos en un juego entretenido, en una venta de preciados deseos, habían sido nuestras golosinas. A ellos, por lo menos, no los empujamos a la muerte. Pero ¿a Gudiya? Ese delicado rostro ovalado, con los ojos delineados con *kohl* resplandecientes de vida... Tras arrastrarla por un sendero de abrojos, la arrojamos dentro de ese pozo sin fondo que es la muerte. Y sobre su cuerpo cayeron nuestras miradas profanas como miles de dagas apuñalándola; triturada por las escofinas de nuestras creencias feudales. Esa pesada carga que no supo sobrellevar en vida es hoy nuestro legado. En nuestros hombros, la carga pesa más cada día. Agobiados y sometidos por el peso, comprendemos que somos marionetas. Marionetas del ojo, ese gigante investido con el abrumador poder de la riqueza y la autoridad. El omipotente, indomable e invisible amo de todas las miradas injuriosas.

Subimos a la azotea huyendo del sofocante y húmedo aire caliente del interior. Nos azotó una ráfaga de aire tórrido. Como cuando el techo exhala un aliento vaporoso y cálido bajo nuestros pies. A través de la fachada en tinieblas con millones de puntos cintilantes, vislumbramos una torre muy alta levantada sobre una colina lejana. Una excelsa torre de luz erguida verticalmente; un centinela al pie de la ciudad. Mientras contemplaba esa arquitectura futurista construida por una trasnacional, Avinash murmuró, como para sí mismo: «No recuerdo el nombre de esa torre, sin embargo en algún lado he leído sobre ella, me parece que también vi un dibujo, ¡ah! El cerebro se había tomado unas vacaciones, ocurrió durante la época medieval o poco después, en algún pequeño país euro-

peo, ¿no? ¡Qué importa, al diablo con los detalles, el hecho en sí es de suyo interesante! Cierto monarca desarrolló una prisión con un diseño único. Una torre imponentemente alta, desafiando los cielos, con una cúpula como corona en el centro de un anillo de celdas circulares. Las celdas estaban llenas de criminales infames —traidores, revolucionarios, ladrones, asesinos. Claro que la historia calla respecto a si en verdad eran criminales. Porque sin duda el solo hecho de oponerse al tirano en turno bastaría para recluirte de por vida. Apostados en el domo en la cúspide, el gobernante o los guardias podían ver a todos los prisioneros: sus miradas hurgaban dentro de cada celda; los convictos no tenían privacidad. Las celdas se encontraban situadas tan debajo que sus moradores no podían divisar a sus vigilantes en la cúpula cimera. Intenta imaginarlo, sentirlo... No hay un solo momento que no te vigilen: observan todos tus actos, dormir, comer, tu enojo, soledad, incluso orinar, cagar y masturbarte. Y aunque sabes que te observan, eres impotente porque no los ves. Ni siquiera puedes revirar con la mirada. Al principio eres presa de la furia, pero incapaz de nada, lentamente aceptas tu predicamento, derrotado, convirtiéndote en un objeto apático e irracional. ¡Oh! Vaya proceso de deshumanización paulatino, esa torre vigía, símbolo de la tiranía, el poder ilimitado y el sometimiento total al Estado...».

Escuchamos a Avinash, inmóvil, como un objeto inanimado en la frontera en penumbras del grisáceo crepúsculo que lentamente se transforma en una noche oscura como el carbón. Al escuchar ese cuento espeluznante, poco a poco surgieron en nuestra imaginación vívidas imágenes... De pronto sentimos como si también nosotros fuéramos prisioneros de esa cárcel con paneles. Vigía en el centro de la cúpula que culmina la torre, el invisible y gigantesco ojo nos observa sin cesar... El ojo comienza sus sucias jugarretas con nosotros... Abre su palma y nos hemos convertido en marionetas inertes como un saltamontes inerme. El ojo juguetea con nosotros, a ratos nos hace cosquillas, en otros nos arranca una pierna. Con las alas de su cuenca planea sobre nosotros... Cae en picada con su mirada avasalladora, desnudando nuestros deseos más secretos, todos nuestros goces íntimos expuestos a su escrutinio... Y ahí, ahí, paralizando nuestra razón y sentidos con su mirada hipnótica, el ojo busca reinar como supremo emperador de un imperio de sarnosos •

Traducción del inglés de José Homero, a partir del original en asamés.

Serpientes negras venenosas

Bachint Kaur

Bebe Bhagwanti no tenía ni pocas ganas de abordar el autobús a su pueblo. Apenas dos días antes había hecho todo el camino a Delhi desde Rampura. Ahí era donde su amada y única hija, Mukhtiyaro, se había casado.

Bebe Bhagwanti había llegado a la casa de Mukhtiyaro justo después de la ceremonia *Doli* de su vecina de al lado, la hija de los Gills.

«Niña Mukhtiyaro, si tú lo dices, puedo regresar a Rampura en un par de días más. ¡No es como si las cosas se paralizaran cuando no estoy allí!».

Bebe Bhagwanti había pronunciado esas palabras con considerable turbación ante la presencia de su yerno. Y simultáneamente había comenzado a desempacar muchos paquetes pequeños con regalos que había traído del pueblo junto con un traje *chheent* que aún estaba nuevecito en su caja. Empezó a desdoblarlo.

Mirando afectuosamente el montón de regalos que había traído su madre y lanzando inmediatamente un fugaz vistazo a los ojos de su esposo, Mukhtiyaro dijo:

«Oh, sí, Bebe. Ahora que estás aquí, después de viajar desde tan lejos, bien podrías quedarte conmigo unos cuantos días. Sé que no es fácil dejar las responsabilidades en casa. No sé cómo te las has arreglado para venir finalmente (¡después de tres años completos!). Baldev, de los Gills, también tiene que volver a su pueblo el domingo. Puedes regresarte con él. Así tendrás compañía durante todo el trayecto».

Mukhtiyaro habló a todo volumen, como si quisiera echarle algo en cara a su marido, Lehna Singh. De hecho, la hija quería que su madre se quedara con ella durante el resto de su vida. ¿Por qué era

responsabilidad de los hijos varones (y sólo de ellos) proveer para sus madres? Especialmente cuando los yernos han obligado a las hijas a tomar la delantera a sus hermanos para pedir una parte equitativa de la propiedad ancestral.

«De acuerdo, entonces será sólo por unos pocos días. ¿Qué sentido tiene crear molestias innecesarias en la casa?». Mukhtiyaro aceptó la propuesta que ella misma acababa de hacer a su madre, después lanzó una mirada furtiva al rostro amargo de su esposo para medir su reacción.

Mientras tanto, la madre se moría por una oportunidad de compartir sus alegrías y tristezas con su hija.

> *¡Oh, Dios! ¡La amistad entre madres e hijas!*
> *Ellas sí hablan desde sus corazones*
> *oh, mientras los tallos de trigo crecen altos*
> *por qué has engendrado hijas, Oh, Madre...*

¿Quién sabe cuántas costillas se habrán roto en mil pedazos cuando esas palabras, que perforaban el corazón de una hija separada de su madre, salían de sus labios?

Las canciones de la delicada amistad entre madres e hijas hacían eco por todo el campo del Punjab. Los rumores del lazo entre Bebe y Mukhtiyaro no sólo estaban en los labios de cada niño del pueblo sino también atorados en la garganta de su hermano, Balwant, y de su mujer, Mindro Bharjai. Ya fuera cuando Mindro se sentaba a platicar con sus vecinos y amigos o cuando hablaba con Balwant Singh.

«Ja, Bebe clama que fue para asistir a la boda de la hija de los Gills, pero entonces ¿por qué cargó un contenedor hasta el tope de arroz, *gram dal*, *sarsoon saag* seco y todas las almendras que tenía?».

«Mmm... y por cierto, ¿quién cargaría todo el equipaje de Bebe en el camino?».

El hermano de Mukhtiyaro, Balwant, siempre estaba totalmente de acuerdo con todo lo que Mindro decía.

«¡Eres un completo idiota! La boda de la hija de los Gills fue sólo la excusa que usó Bebe para ir a Delhi. Como si fuéramos tan cercanos de esos *jats*. Nunca hemos tenido nada que ver con ellos... nunca. ¿Quién recorrería todo ese camino por alguien con quien tiene tan poca relación? Y más aún, el pasaje a Delhi no es precisamente barato. La verdadera razón para ir de visita fue Mukhtiyaro. ¡Como si no lo supiera!

Sólo espera y verás si Bebe regresa en menos de un mes».

«Mmm», asintió nuevamente Balwant a las palabras de Mindro.

«Como si hubiera escasez de arroz en Delhi para que ella tenga que cargar un contenedor repleto. Y como si la pasta *vermicelli* fuera un fruto tan raro como para que tuviera que llevar todas nuestras reservas. Después de todo, todas somos hijas de alguien pero nuestra madre nunca hace nada como esto. Arrebatar comida de las bocas de hijos y nueras para atiborrar la casa de la hija... Y yo te pregunto, ¿qué escasea en una ciudad como Delhi? Uno podría comprar todo el mercado de una pasada si quisiera. ¡Como si no conociera a la vieja...! Cualquier dinero que tenga, se lo entregará a su hija. Incluso lo retiraría de la pensión de Baiji para dárselo a ella».

Mindro creía tener pleno derecho incluso de la pensión que Bebe Bhagwanti recibía del ejército por su difunto marido. Ésa era la razón por la que todo lo que Bebe había comprado para Mukhtiyaro, aun si costaba una moneda, para Mindro era como si valiera cien.

Bhagwanti no amaba a Mukhtiyaro menos de lo que amaba a Balwant. Era debido a su amor inagotable que para ella era difícil soportar la separación de cualquiera de los dos. Tal vez por eso, cada vez que Bhagwanti visitaba a Mukhtiyaro en Delhi por un día o dos, no se estaba quieta ni un momento.

«Mira, niña, seguramente pueda ser útil mientras estoy aquí. Déjame picar los vegetales o hacer cualquier otra cosa mientras sólo estoy sentada sin hacer nada. Yo me encargaré de la masa. Si no, déjame picar ajo para que puedas usarlo después. Así, cuando tengamos que cocinar algo más tarde lo tendremos listo rápidamente». Normalmente, iba una mujer a lavar los trastes, pero Bebe se adelantaba discretamente y los lavaba ella misma.

Todo el tiempo que estuviera ahí, Bebe Bhagwanti se encargaría de muchos pequeños quehaceres para Mukhtiyaro. Si la correa de un bolso se rompía, ella se sentaría rápidamente con aguja e hilo a coserla. Si cualquier edredón tuviera una rasgadura, ella lo parcharía enseguida. Si el borde de alguna alfombra estuviera deshilachado, ella tomaría un nuevo pedazo de tejido de algún lado y lo enmendaría. Haría cien cosas para Mukhtiyaro durante todo el tiempo que se quedara con ella. E incluso entonces, las únicas palabras que pronunciaría serían: «Yo sólo vengo aquí a ser una carga para ti, niña. No puedo hacer mucho».

«Bebe, no digas lo primero que te llegue a la mente. Yo nunca veo que te estés quieta». Mukhtiyaro apapacharía a su madre desde la cabeza hasta el dedo pequeño del pie mientras ésta seguía haciendo sus quehaceres.

Pero Lehna Singh, después de dirigir un somero saludo a Bebe Bhagwanti cuando llegó a visitarlos, no intercambiaría otra palabra con ella hasta que se fuera nuevamente a su pueblo. Sintiendo su hostilidad, Bebe se mantendría agachada en la cocina hasta que él hubiera salido a trabajar. Entonces una tristeza profunda carcomería las entrañas de Bebe como una rata. Mientras se despertaba, comía, hacía quehaceres, se sentaba, dormía, un solo pensamiento levantaría la cabeza en su mente.

«¿Por qué razón estoy sentada aquí en el umbral de la puerta de mi hija? Estar con ella un día es tan bueno como estar con ella dos días».

¿Pero puede el amor entre madres e hijas quebrarse tan fácilmente?

La amistad entre madres e hijas
se quiebra sólo bajo grandes catástrofes
mientras los oídos del trigo se llenan
¡oh, Madre!, ¿por qué son olvidadas las hijas...?

Mukhtiyaro miró a su madre, que estaba inmersa en sus pensamientos. Al mismo tiempo, un frío suspiro se levantó de las profundidades de sus dos corazones y envolvió una capa de tristeza alrededor de ellas como una fina corteza.

Una vez, Mukhtiyaro se sintió incluso tentada de decirle a su marido que ella ganaba dinero para la casa, igual que él. «Si mi madre se queda con nosotros por unos días, no causará que se acabe toda la comida de la casa».

Pero en vez de eso se quedó mirando fijamente los taciturnos y enfadados ojos de Lehna Singh. Porque él, sentado en un catre cercano mientras ignoraba deliberadamente lo que Mukhtiyaro tenía que decir, había dirigido la conversación en otra dirección.

Por un tiempo, una densa tristeza y un extraño miedo se extendieron en el ambiente. Hasta que el silencio de Mukhtiyaro fracturó el corazón de Bebe Bhagwanti en diminutos fragmentos.

Secretamente, ella deseaba que Mukhtiyaro la invitara, aunque fuera una sola vez, a quedarse. Aun si no lo dijera en serio: «Bebe, no te vayas al pueblo hoy. Vete en uno o dos días».

¡Cuánto amor!

¡Cuánto desamparo!

¡Cuánta frialdad y cuánta insolencia! Lehna Singh no tenía ninguna consideración por sus mayores. Mukhtiyaro miró con impotencia a Lehna Singh por una respuesta y a su vez Bebe Bhagwanti miró a Mukhtiyaro tristemente, melancólicamente, durante un largo rato. Y entonces comenzó a doblar su traje *chheent* con el corazón roto de volver a meterlo en su caja. Y entregando la pasta *vermicelli*, el *gram dal* y los muchos otros paquetes de regalos y la bolsa que contenía las almendras a Mukhtiyaro, dijo suavemente:

«Toma, niña, guarda éstas también en la cocina. Cada mañana, pon a remojar unas cuantas almendras en leche y dáselas a Lehna Singh. Y tú también debes tomar un poco de leche de vez en cuando. Ve cómo tu cara se ha vuelto permanentemente adormilada como la de un gato. Después de todo, debes de estar muy cansada de trabajar en la fábrica todos los días. Y además tienes que hacer todo lo de la casa, todo tú sola, con tus propias manos. No tienes a nadie que te apoye... yo hubiera pensado que tendrías un poco de descanso... yo hubiera podido al menos encargarme de la casa. Y este catre tuyo está casi completamente descosido. Si hubieras traído un poco de hilo, yo lo hubiera cosido. Y este *khes* está tirado sin usar, nuevecito, sólo por la molestia de anudar los hilos de sus bordes. Yo podría haber hecho al menos eso, sentada aquí sin hacer nada... no soy capaz de nada más que eso. Creo que si Dios me llama pronto, sería mucho mejor...».

La garganta de Bebe Bhagwanti parecía ahogarse mientras hablaba. Finalmente, había comprendido todo en el silencio de su hija. Lehna Singh no quería que se quedara.

La furiosa Mukhtiyaro, que escrutaba silenciosamente el rostro indiferente de su marido, sólo podía hervir de rabia por dentro.

«¡Idiota! ¡Qué carnicero es! No ha mantenido ninguna relación con sus hermanos o hermanas. Ahora quiere que yo también me desprenda de los míos. ¿A quién me ha atado Dios? No tiene ningún sentido común, ¡ninguna vergüenza! Ningún respeto por sus mayores. Sé que se muere ante el mero pensamiento de que Bebe se quede aquí conmigo por un día o dos. Es porque yo dormiría con Bebe durante el tiempo en que esté aquí, ¿no es cierto? Ahora sólo lo dejaré que me mire... Cómo me encantaría arrojarle este incienso encendido... ¡a su negra cara!».

Mukhtiyaro se sentó agitando el veneno en su interior como una serpiente durante una hora, y luego dijo en voz muy alta y muy irritada:

«Ven, Bebe, déjame acompañarte a la estación de autobuses ahora mismo».

«Muy bien, niña. Que prosperen en su hogar».

Tras bendecirlos a los dos, acariciar la cabeza de Lehna Singh y colocar un billete de diez rupias en la palma de su mano, Bebe Bhagwanti levantó un pesado equipaje de tristezas en su propia cabeza y caminó calladamente detrás de Mukhtiyaro.

«Bebe, no hay necesidad de alimentar con leche a serpientes venenosas».[1] Mukthiyaro arrebató el billete de diez rupias de la mano de Lehna Singh y lo devolvió al puño de Bebe •

Traducción de Iván Soto Camba, a partir de la traducción del panyabí al inglés de Hina Nandrajog.

1 En Punjab, a veces a un yerno se le conoce como «serpiente» cuando sus lealtades están con su propia familia y se hace el hábito de siempre querer explotar a la familia de su esposa. (*N. del T.*).

Nirupama Dutt

Ciudad en movimiento

Nada cambia realmente
al cambiar una ciudad
ni el ruido vacío del día
ni el silencio del día que grita

El mismo cielo gris asoma
a través del pequeño rectángulo
de la ventana

La bendición que se murmura
con la voz temblorosa de una madre
no cambia

Lo que tal vez cambia
es el nombre del amante

Siglo que pasa

En los últimos años del siglo

el poema se encontrará

debajo de la luna de la segunda noche

más allá del bosque

sentado en una banca en el

rincón oscuro del parque

en tu cariñoso abrazo

para así perdonar al siglo que pasa

muchos de sus pecados

Versiones de Víctor Ortiz Partida, a partir de las versiones del panyabí al inglés de la autora.

Surjit Patar

Distancia

Hay una distancia similar a la del día y la noche,
la distancia entre mi valor y mis anhelos;
las palabras son inocentes. ¡Oh, Dios! Cuida
la distancia entre mis palabras y mis sentimientos;
sí, aunque resolví permanecer distante,
lamento la distancia entre mi sed y mis propósitos.
En caso de sed insoportable, Él ofrece eliminar
la distancia entre nutrir las relaciones y sacrificarlas.
Está la religión, la ética está, la ley, ¿pero quién está ahí?
Escúchalo a Él decir cuáles son los colores de la luz.
¡Ay! Existe una distancia entre el personaje y el diálogo.
La copa de veneno se detuvo en mis labios,
permaneció la distancia entre Sócrates y yo.

Las palabras se volverán azules

Las palabras se volverán azules
abriendo camino para rescatarme
las palabras absorberán todo el veneno de mi corazón
las palabras convertirán el veneno en néctar
como los árboles convierten el carbono
en oxígeno, esa fuerza que da vida.

Asustado de los toquidos

Asustado de los toquidos en la puerta
en deuda con tantos, estoy
tratando de proteger mis manos rojas
no un asesino, un carnicero, estoy
sentado, atado a mis propios grilletes
un lunático encadenado, estoy
manteniendo la calma en la superficie como tumba
un *shehnai*[1] inactivo, soy
un patio descuidado desde siempre
ingreso en ruinas, soy
la patria, madre, mi amor y *Murshid*[2]
en deuda con tantos, soy

Versiones de Víctor Ortiz Partida, a partir de las versiones del panyabí al inglés de Kiran Deep.

1 Instrumento musical de viento. (*N. del T.*).

2 Guía espiritual o gurú sufí. (*N. del T.*).

Una tierra extranjera

GOURAHARI DAS

LA IMAGINACIÓN DE ITISHREE la llevó de vuelta a Patapur, el pueblo que parecía la foto de un montón de hongos. Justo en medio del pueblo, el árbol de tamarindo extendía sus ramas, y a cada lado dos árboles de Chakhunda que cubrían la distancia entre las casas de las dos comunidades del pueblo. Ningún otro árbol del pueblo había sido capaz de sobrepasar su estatura. Parecía como si los otros árboles del pueblo hubiesen aceptado la fuerza de los Chakhunda, y se hubiesen rendido ante ellos. Las casas del pueblo se extendían a cada lado de estos tres árboles. Estas casas, a la distancia, parecían hongos.

Itishree estaba impaciente por llegar a su pueblo. Parecía que habían pasado años desde la última vez que visitó Patapur. No pudo venir, ni siquiera cuando murió su madre. Todavía cargaba con el peso de ese dolor. El día que su madre murió aquí, Swati nació allá. Itishree le había mandado un aerograma a su padre: «No te culpes y no te preocupes. Estás a siete mares; ni sus hijos que están aquí pudieron llegar a tiempo».

Ese día, mientras leía la carta de su padre, las lágrimas corrían por las mejillas de Itishree. Apenas podía leer las palabras en la hoja, mojada por las lágrimas. Sentía un extraño enojo con su hija Swati: «¿No podías haber encontrado un momento mejor para venir a este mundo? Tenías que venir el día que se iba tu abuela. No pude ni siquiera recibir la noticia de su muerte a tiempo por tu culpa».

Su padre, como si le leyera la mente, le escribió de vuelta: «No podrías haber venido ni aunque hubieras recibido la noticia dos o tres días antes; quien tenía que irse se ha ido. ¿Por qué culpar a la pobre niña?».

La distancia entre el aeropuerto y Patapur debe de ser de al menos veinte kilómetros. Itishree se ponía impaciente. Le tomaría al menos cinco horas, y eso sólo si el camino entre Gadichhaka y Ghanteswar

estaba bien. Calculaba en su propia mente que sería como la una de la tarde cuando llegara a su pueblo. De nuevo vino a su mente la carta de su padre. Después de que se fue de casa a vivir en el hostal, su padre le escribía al menos dos cartas al mes, muy largas y en odia, porque quería probar su habilidad de leer la escritura de la lengua odia. Su padre siempre dijo que uno, aunque pueda leer y escribir en muchas lenguas, debería siempre ser adepto a su idioma nativo.

Siempre que Itishree iba a casa, su madre le pedía: «Lee el *Laxmi Purana*». En el día de Janmastami, le pedía: «Por favor, lee el *Gopalila* del décimo canto del *Bhagawata*». Su padre le decía: «Querida, por favor lee el *Vishad Yoga*, del *Gita*». Sus padres estaban orgullosos de que Itishree pudiera leer las letras del *Purana* con la tonada y el ritmo correctos. Su padre siempre les decía a sus hermanos: «Miren a mi hija. Lee el *Purana* con una voz tan hermosa. Podría hacer llorar a cualquiera que la escuche. Ustedes nada más pierden su tiempo pescando y jugando. ¿Cuál será su destino?». Cuando no estaba en casa, Itishree extrañaba a su madre. Cuando su madre escuchaba el *Purana* o cualquier otro texto religioso se sentaba con la cabeza cubierta con un velo. Doblaba las palmas y las ponía sobre su frente. Cuando escuchaba el *Laxmi Purana*, murmuraba: «Oh, Señor querido, ¿por qué harías esto? ¿Por qué echarías a una esposa como Laxmi del templo?». Y más allá, se emocionaba mucho cuando salía a colación el tópico del significado de *Jagannath* y *Balbhadra*. Aunque nunca hacía comentarios, parecía siempre feliz de escuchar la historia de éxito de Laxmi como si ella también formara parte.

El pueblo de Patapur, a las orillas del río Mathei era el pueblo paternal de Itishree. Sin embargo, había sido educada en la ciudad. Su padre trabajaba en Cuttack. Fue transferido de Cuttack a Bhubaneswar. Ella y su madre le acompañaron allá. Para cuando ella había terminado la educación media, su padre se había jubilado. Regresó a su pueblo natal. Itishree se fue a Bangalore a buscar su carrera de medicina, e inmediatamente después de graduarse se casó. Después de su matrimonio con Nilalohita, cuando se estaba yendo a Estados Unidos, sus padres habían ido al aeropuerto de Bhubaneswar con su hermano mayor. Su madre no podía dejar de llorar. Finalmente, Itishree tuvo que fingir enojo y decir: «¿Por qué no pusiste condición durante la boda? Estaban tan emocionados al oír "América" que querían deshacerse de su hija cuanto antes. ¿Entonces por qué lloran aquí y ahora?».

Sin embargo, su madre no estaba lista para entender. Abrazó a Itishree y siguió llorando. Nada podía hacer que las lágrimas dejaran de correr. Cuando Itishree la miró desde la fila de seguridad, su madre la veía como una estatua.

Las lágrimas inundaron los ojos de Itishree.

Quizá su madre tenía la intuición de que ésa sería la última vez que vería a su hija. ¿Por qué, si no, se quedaría viéndola así? ¿Por qué la abrazaría tanto tiempo, como no dejando ir a su hija querida?

Recientemente, su hermano menor había escrito: «Papá no está bien. A veces, le sube la presión a niveles anormales. Sólo habla de ti. Si puedes, ven a visitarlo al menos una vez».

Itishree entendía el significado indirecto de las palabras de su hermano y su padre. Cuando la gente de su pueblo está al borde de la muerte, entonces, y sólo entonces, se envía una carta con las palabras: «Las cosas no está bien, y sería bueno que vinieras a visitar». Y por eso se asustó cuando recibió la carta. Recordó los incidentes que rodearon la muerte de su madre. Tenía ansia por irse. Nilalohita le había dicho: «Espera una semana. Swati y yo iremos contigo». Pero Itishree no lo escuchó. No podía mas que ser directa y decirle: «A veces en un solo día cuelga una vida entera. No pude ver a mi madre cuando murió. No podría perdonarme si pasa lo mismo con mi padre. Ustedes, ambos, padre e hija, pueden venir en una semana si quieren. Yo me voy ya».

Al lado del camino había un gran estanque de loto. Itishree bajó la ventana del vehículo y miró las flores. ¡Qué atractiva y encantadora se veía su tierra! ¡Qué íntimos el viento y agua de este país! Con toda la plenitud y lujo de la tierra extranjera, nunca sentía esta calidez. Y por otro lado, alguien en completa miseria también podría sentirse atado a su tierra natal. Estaba impaciente por llegar a su pueblo.

Solía ser así de impaciente cuando estudiaba en Bangalore. Cuando era hora de ir a casa, deseaba tener alas. Pero nunca se cumplía su deseo. En esos tiempos, no había vuelos ni trenes directos. Tenía que viajar pasando por Madrás siempre que visitaba su hogar. Ahora es mucho más conveniente el viaje.

En esos tiempos, cuando en cuanto llegaba a casa, Itishree mandaba a todos. Le decía a su madre qué cocinar y cuándo, de una lista especialmente preparada para esto. Arroz *lilawati*, y con él curri *hilsa* de pescado con requesón y pasta de mostaza; *chudchuda* de pez *mahurali:* calabaza *okra* con *taro* y requesón; flores de calabaza fritas ligeramente, empanizadas con

polvo de arroz; pescado *rohu* en caldillo de patatas sin pelar; camarones molidos con ajo y chiles verdes; hojas verdes de *kalam* con chile verde *mung dal* del mismo pueblo, sazonado con *ghee* puro; filetillos de caviar; *okra* salteada con pasta de mostaza; *brinjal* rostizado; bolitas de *dal* en polvo; hongos rostizados en hoja de calabaza; plátanos crudos y patatas salteadas cortadas en círculo con chile y polvo de cilantro fresco, recién cocinadas. Los domingos, para el almuerzo había curri de cangrejo y para la cena curri de huevo y patata. Además de esto, Itishree no podía objetar si su madre y sus cuñadas añadían algo más.

Cuando Itishree le daba la lista a su madre, su padre decía: «Llévate a tu madre al hostal, y ahí te servirá bien».

Señalaba a sus cuñadas y decía: «Madre nada más daría instrucciones. ¿Cómo podría cocinar todas estas cosas ella sola? Si ella tiene que hacer todo, ¿qué harán ellas?».

Su cuñada mayor sonreía y decía: «No tenemos problema, pero tu madre no entendería. Si no suda y se cansa en la cocina, pensaría que le falta algo en la tarea de cuidar a su hija. Cuando te fueras a tu hostal, se quedaría y diría: «Oh, esta mente terrible. Mi hija quería un platillo ácido de *dilleniai* y lo olvidé».

Su madre sonreía y decía: «No es verdad. No puede tolerar si su comida no está perfecta. Hasta las cosas más triviales, como la sal o el chile, tienen que ser perfectas. Mis hijos se comen lo que sea, pero ella no se lo piensa antes de rechazar el curri. Ni siquiera lo toca. Se comería el *sambar* y el arroz aguado del hostal, pero en cuanto llega a casa no tolera ninguna imperfección».

Todo mundo estallaba en risas. La casa entera reverberaba en carcajadas. Pero Itishree sentía vergüenza. Corría y escondía la cara en el regazo de su padre. Su padre fingía enojarse con todos y decía: «¿Por qué molestan todos a mi hija?».

Alrededor de las diez *moujas*, la familia de Managovinda Mahapatra era vista como una familia ideal. La familia de Managovinda era una familia feliz que consistía en cuatro hijos y una hija. Todos se quedaban juntos, se sentaban juntos, y comían juntos.

Después de su visita al mercado de Ghanteswar, su padre le hablaba a su madre de la discusión acerca de la buena reputación de sus hijos. Hablaba tan fuerte para que sus hijos supieran que no debería haber muros que dividieran a la familia o al campo. «Pueden hacer cualquier cosa, pero no dejen que pase esto», decía.

Todos los hermanos eran capaces. Tenían como veinticinco acres de tierras en ambos lados del pueblo, peces en los estanques, árboles de coco con frutos, ganado como toros y vacas. Pero, con excepción del menor, nadie tenía una carrera. Nadie tenía un empleo distinto. El hermano menor había obtenido una maestría y entrenamiento en educación. Era el director de una escuela en un pueblo vecino.

Su padre solía decir: «No requerimos ningún empleo. Incluso después de que me muera, a mis hijos nunca les faltará el arroz».

Y su madre añadía: «Yo pongo el curri».

Y sus hermanos reían.

Itishree discutía por su madre y decía: «¿De qué se ríen? ¿Está diciendo algo mal? Nuestro padre trae varios tipos de arroz, como *sola*, *patina* y *lilavati* de sus campos, y nuestra madre trae calabazas, hongos y berenjenas de su jardín. ¿Y hace caso siquiera si alguien le dice que descanse y no salga al sol?».

Sus hermanos se callaban.

Su hermano mayor decía: «Madre, tienes un pobre abogado que no tiene trabajo, pero puede defenderte en este caso».

Pero Itishree nunca se rendía.

Siempre que había ido al pueblo había visto a su madre en el jardín de berenjenas de atrás o en la cocina. El jardín de su madre era como una gran vedulería. Había vegetales desde las calabazas hasta la espinaca *poi*, y todo tipo de calabacín. Durante la temporada lluviosa, su madre hacía alambrados para la espinaca, el pepino, la calabaza larga y el calabacín, y los vegetales colgaban de ahí. En las orillas del jardín estaban las plantas de pepino, que daban hasta dos frutos diarios. Al otro lado había plantas de chile. Y a veces, cuando había servido la comida de todos, no quedaba nada para ella, pero no le decía a nadie. De prisa traía un pepino y chile del jardín, y eso era su curri. No dejaba que se enteraran ni siquiera sus nueras.

Los chiles crecían en el jardín todo el año. Su madre decía: «Están pagando algo que les presté en mi vida pasada».

Itishree sonreía. Su madre le contaba los secretos. Había una regla que dominaba el hogar de los Mahapatra; todos comían juntos. Primero el padre, con sus hijos e hija, y luego la madre con sus nueras. Cuando los hijos comenzaron a tener sus propios hijos, también ellos fueron incluidos en la primera lista. Todo se cocinaba en un solo lugar. Todos comían en un solo lugar.

Itishree venía a su pueblo por primera vez en siete años. Un día después de irse de América, había venido a vivir en casa de Nihalohita en Brahmagiri. Después fue a Bhubaneswar, y había regresado a Brahmagiri porque habían llamado de vuelta a Nilalohita. El banco en donde trabajaba había quebrado. Nilalohita estaba muy molesto. No habían tenido más opción que regresar inmediatamente. Y el deseo de Itishree de regresar a su pueblo no se cumplía.

Ahora, Itishree vivía en Nashville, en Estados Unidos. Nilalohita trabajaba ahí, en la industria del *software*. Ella trabajaba en el hospital de Rose Valley. Tenían una hija que se llamaba Swati, que estaba por cumplir cuatro años. Su hogar se veía distinto después de la muerte de su madre. No podía olvidarla una vez que llegó. ¿Cómo vería a su padre? Itishree se preparaba.

Sus cuatro hermanos tenían un hijo cada uno. Había diecisiete miembros de la familia incluyendo a su padre. Si el tío Suna también se incluía, eran dieciocho. Desde que su madre todavía vivía, el trabajo se dividía entre las nueras. Alguna cocinaba, otra cortaba las verduras, otra cuidaba a los niños, otra los llevaba a la escuela, y otra cuidaba el ganado. El cuidado del jardín se dividía entre su madre y el tío Suna.

Su padre solía sentarse en la veranda y saludar a los que pasaban, e intermitentemente pedía té o agua, y preguntaba finalmente: «¿Cuándo terminarán de cocinar?».

Su familia era como el gran árbol de tamarindo en el centro del pueblo. Como las ramas del tamarindo, con los cantos de diversos pájaros, la casa de la familia Mahapatra siempre estaba viva con los ruidos de los niños. El hijo mayor cuidaba las tierras, y el de enmedio cuidaba la tienda de la familia. El tercero se encargaba del tractor y del molino de harina. El hermano menor se encargaba de su propio trabajo y de la educación de su hijo y de todos sus sobrinos y sobrinas.

La casa de los Mahapatra era circular. Justo en el centro estaba la cocina, del tamaño de un gran salón. En ambos lados de la cocina había grandes patios donde jugaban los niños. El patio trasero se usaba para secar hojas, chiles, cúrcuma y arroz para las tortitas. Sus cuñadas se quedaban ahí cortando verduras y chismeaban acerca de cualquier cosa que se pudiera.

Como era una familia grande, siempre había algún invitado en casa. A veces había gente de la familia de alguna u otra cuñada, que venía a visitar. Como tenían su propia tienda de abarrotes, no había problema

para traer té o azúcar, o aceite y patatas. Por lo tanto, siempre había algo que ofrecer a las visitas.

Itishree era la que más halagos recibía de todas las visitas que venían. Siempre se hablaba de ella, estuviera ahí o no. Los huéspedes aplaudían a su padre que la educara como doctora, aunque fuera mujer. Y su padre sonreía: «No he gastado ni un centavo en ella. Desde niña siempre ha estudiado con becas. Sólo cuando se fue a estudiar a Bangalore gasté tres o cuatro *lakhs* en su educación. ¿No es una inversión que fácilmente recuperaríamos su madre y yo con puras muestras médicas?».

Las visitas se reían. Su padre se reía con ellas.

Itishree pensaba que era bueno que sus hermanos no se hubieran ido a trabajar a otro lado. Al menos todos vivían con sus padres. Había tantas familias en su pueblo en las que los padres sólo tenían dos hijos varones, y cada uno tenía su propia familia separada. Pero en su casa, no había familias separadas. Ni hablar de ello.

El arroz de las tierras de su padre y las berenjenas del jardín de su madre unían a todos. Itishree se decía a sí misma: «Sólo faltan cinco kilómetros para Ghanteswar. Sólo media hora más para Patapur».

La cuñada mayor decía: «Ya te he pedido tantas veces que vengas a comer, y no me haces caso. ¿Quizá debería mandarte el arroz y el curri?». Itishree no respondía. Se imaginaba la mirada de su padre. Se imaginaba que su padre ahora estaba solitario, pero no podía imaginarse que estuviera tan *desolado.* Su padre parecía una aguda estatua de madera. Las lágrimas le brotaban.

Itishree se preguntaba: «¿Cómo es que ha pasado esto? ¿Por qué no me dijeron nada?». Quizá su padre no sabía ni por dónde empezar a decirle. Cuando llegó a casa, de inmediato vio todo lo que había cambiado. Aunque nadie lo decía, ella podía imaginar ese gran cambio. Cuando saludó respetuosamente a su hermano y a su cuñada, inmediatamente leyó este cambio en sus caras.

Eran las dos de la tarde. Las cuñadas no podían esperar más. De inmediato mandaron el curri que habían cocinado al cuarto de su padre para que ambos, padre e hija, pudieran comer juntos.

Su padre dijo: «Ahora sólo se cocina el arroz para todos juntos. Todo lo demás lo cocinan por separado, cada quien para sus propios hijos».

Itishree se lo había imaginado. Había humo saliendo de la casa de cada cuñada, y diferentes olores de cada curri. El hermano mayor tenía una estufa de keroseno y los otros tenían estufas de leña en las verandas de cada cuarto. El hermano menor tenía una estufa de gas en su cuarto. La casa donde sólo una estufa sacaba humo, como el humo del fuego sagrado, ahora tenía cuatro estufas secretas. Itishree no podía aceptarlo, para nada. El arroz se compartía porque no se podía dividir la tierra. Quizá, una vez que muriera su padre, también el arroz se cocinaría por separado.

Su padre estaba sentado en su silla, inmóvil, cabizbajo. Parecía un soldado derrotado.

Itishree sólo observaba a sus cuñadas, asombrada. Su propio hogar ahora parecía un país extraño, donde no reconocía nada.

Gradualmente, aumentaba el número de platos de curri en el cuarto de su padre. Sus cuatro cuñadas trajeron los curri cocinados por cada una, dos platos pequeños de pescado, plátano frito con patatas, calabacín con *posto*, cuatro tipos de vegetales de hoja, tortitas *badi* de lenteja, berenjenas fritas, curri de *potola* y más patatas. Ninguna de las cuñadas había reparado en mostrar hospitalidad a Itishree.

Su padre dijo: «Ven, hija. Come algo. Tu cara está seca y oscura. Dime, ¿por qué te has debilitado tanto? ¿Estás comiendo bien? ¿Ha aumentado tu carga de trabajo? Esta profesión de medicina que has elegido te hace ver más vieja».

Itishree no dijo una sola palabra. Su padre siempre fue así. Aunque hubiese engordado, su padre siempre le decía que la veía débil. Su madre ya no estaba. Si no, también ella habría llorado un largo rato por la debilidad de su hija.

Preguntó lo mismo, de nuevo: «¿Cómo ha pasado esto, papá?».

Su padre dijo, en un tono tranquilo: «Todo estaba bien hasta un año después de que se fue tu madre. Un día, de repente, hubo una gran pelea entre todas las cuñadas sobre quién iba a cocinar. Les grité. Después, se quedaron todas juntas un rato por miedo. Pero un día vi que se estaba cocinando en dos lugares en vez de uno. Y luego, pasó lo que ves».

Las imágenes del pasado se mostraban frente a sus ojos. Su madre sudaba e iba de un lado a otro, cocinando, y sus cuñadas la ayudaban. Había una calma increíble en su cara, aunque la marca bermellón de su frente casi sangrara sobre la mitad de su cara. Sólo ella sabía qué les gustaba comer a cada uno de sus hijos, qué les gustaba a sus nueras. Siempre había una u otra cosa cocinándose —a veces té y tentempiés, a veces pasteles y tortitas tradicionales, a veces arroz y curri, y otras arroz seco. Pero ese día, en la cocina, sólo se cocinaba arroz. El curri y todo lo demás lo cocinaba cada quien en su cuarto. A diferencia de esos días, no había niños jugando en el patio. Cada quien observaba desde su cuarto, como extranjeros en busca de refugio.

Itishree sentía la tristeza y el resentimiento hervir dentro de ella.

Su padre dijo: «Vamos, hija. Ya se debe haber enfriado todo. Hay que comer».

¿Vino deprisa desde una tierra extranjera para llegar a ver esto? ¿Quería ver a su padre tan desolado, tan triste, tan indefenso? ¿Cómo podía pasar cinco años así, en este ambiente terrible? Cada momento debe ser doloroso, como una cama de picos. Sin decir palabra a su padre, Itishree corrió al jardín del patio trasero. Y ahí le esperaba más sobresalto. El jardín de su madre ahora estaba dividido en cuatro. Como el pescado *hilsa*, cortado en delgadas rebanadas. Ahora había tres fronteras temporales en medio. Fue y arrancó un pepino de los arbustos y un puño de chiles verdes. Cuando iba de regreso, se le atoró el *sari* en una planta de chile. Miró, y vio que otra planta reemplazaba a la que su madre había plantado. Resonaron en sus oídos las palabras de su madre: «Me ha pagado algo de una vida pasada; el nacimiento de una persona que ha reencarnado en una planta de chile». Desenredó su *sari* de la planta y la acarició suavemente.

Su padre salió a buscarla. Su espalda se había encorvado con la edad. No podía caminar derecho. No lo querían ni en su propia casa.

Itishree lo tomó de la mano y lo llevó de vuelta adentro. El plato de

arroz estaba enmedio. Era el arroz rojizo de sus tierras. Tomó un puñado y lo puso en otro plato. Lavó el pepino y los chiles del jardín y empezó a comer arroz.

Los platillos de curri servidos por sus cuñadas seguían ahí, abandonados. Su padre le rogaba como a una niña pequeña: «Querida, preciosa, tus cuñadas han cocinado esto con tanto cariño. Toma, cómelo. Se sentirán heridas si saben que no lo has comido. Eres una invitada por sólo unos días, y no debes herirlas». Finalmente, en una voz de reprimenda, le dijo. «Si tú no comes, yo tampoco».

Itishree no hacía caso a sus palabras. Había una tormenta dentro de ella. Sentía como si se quebrara por dentro, como el tronco de un árbol de tamarindo. Toda la flora y la fauna se destruían dentro de ella. Todas las enredaderas de la calabaza y la espinaca se arrancaban de raíz. Todo se caía a pedazos. Miró a su padre y le dijo: «Tú cómete lo que han servido tus nueras. Yo no comeré nada de eso. Yo solo comeré el arroz de los campos de mi padre y el pepino del jardín de mi madre».

Managovinda cerró la puerta levemente. Su hija era asombrosamente necia. Nunca le hacía caso a nadie cuando estaba enojada. Y él no quería que nadie escuchara su conversación. Trataría de explicarle todo esto cuando se calmara, porque ahora no haría caso a nada.

Sus ojos lagrimeaban también por el picor del chile, y las lágrimas rodaban por sus mejillas, pero ella no las secaba. Comía su arroz, mordía los chiles.

Su padre vino y le ofreció un vaso de agua, y dijo: «Toma, bebe un poco».

Itishree miró directamente a su padre y le preguntó: «¿Me dirás, primero, si vendrás conmigo o no? Si no, sólo será este puñado todo lo que comeré, y nada más. Ya me conoces».

Managovinda estaba un poco asustado. Su hija le había puesto una prueba difícil. Dijo «Salir al extranjero, a esta edad…».

«¿Qué es el extranjero, padre, aquí o allá? ¿No es esta casa en pleno Patapur un lugar extranjero para ti? ¿Éste es tu país, en el que ahora se cocina y se come en cuatro lugares separados? ¿Cómo toleras este sufrimiento todos los días aquí, padre?».

Managovinda dijo, en tono vengativo: «Deja que venga tu hermano mayor. Todo va a estar bien. No necesitas preocuparte». Pero Itishree hablaba con toda su voz, y sabía que su cuñada más joven estaba detrás de la puerta espiando para ver qué pasaba. Pero la tenía sin cuidado. Decía:

«Si las cosas están tan bien, habrían estado bien antes de que yo llegara. Y nada está bien. Por eso te lo pido. Me escribes dos veces al mes. Cuando llegó un segundo horno a casa, ¿por qué no me lo dijiste? ¿No soy yo también de esta casa?».

Managovinda miraba la cara de su hija en silencio. Se veía tal cual como su madre.

Itishree le dijo: «No sé si puedo liberarte del infierno en la otra vida, pero no puedo dejarte vivir en este infierno. Dime si vendrás conmigo o no».

«Pero... Dejar a los hijos…». Estas palabras salían de Managovinda.

«¿No soy yo también tu hija? Padre querido, ¿no me has dado el mismo amor que a tus hijos? ¿Entonces cómo puedes olvidar a tu hija? ¿Por qué no me dijiste cuando te volviste un extranjero en tu propia casa? ¿Por qué? ¿Es porque pensabas que una vez habiendo cedido a tu hija en matrimonio se acababa tu relación con ella? Has cumplido tu deber como padre, ¿por qué no me dejas cumplir el mío como hija? Es posible que tenga que pasar problemas por esto, pero sé que los pasaré porque he tomado responsabilidad de mi padre, y eso me llena de orgullo. ¿Por qué me niegas esto, padre?».

Managovinda Mahapatra bajó la cabeza para que las lágrimas que brotaban de sus ojos pudieran esconderse. Itishree había hecho una bola de arroz apretada con sus propias manos, y trataba de darle esto de comer a su padre, en la boca, directamente, justo como él la alimentaba de niña. Las lágrimas seguían cayendo de los ojos de Managovinda.

Itishree habló de nuevo: «No has respondido mi pregunta».

Indefenso, Managovinda dijo: «Muy bien. Será como tú desees».

Incluso con sus manos sucias, Itishree abrazó a su padre. Con felicidad y afecto le dijo: «Querido padre; me quedaré aquí cuanto se requiera, pero esta vez no me iré sin ti». Se veía feliz, como si hubiera ganado una batalla.

Padre e hija terminaron de comer. Sin embargo, los platillos cocinados por las cuñadas seguían abandonados por ahí, como productos extranjeros.

Limpió la cara húmeda de su padre con el extremo de su *sari*, y luego sus ojos miraron la foto de su madre, en la pared de enfrente. Se dijo a sí misma: «Te llevaré a ti también» ●

Traducción de Héctor Ortiz Partida, a partir de la versión del oriya al inglés de Gopa Nayak.

Enamorado del cráneo

Rajendra Kishore Panda

El corazón extraído
en la cirugía se retorcerá
un rato y después se quedará quieto.
Poco a poco se pudrirá
y después no habrá ni huella de él.

El cráneo se mantendrá intacto
durante mucho tiempo. Tengo
una fe tremenda en el cráneo
que está en mi mesa.

Le hablo,
lo veo,
lo levanto en mis manos,
lo acaricio, lo beso.
Y al abrazarlo,
lo hago escuchar
las palpitaciones
de mi corazón demente.

Le pongo talco
en la frente,
kohl en los ojos;
le hago dibujitos
en el pómulo
y luego lo limpio.

No sonríe ni llora,
no finge ni protesta. Tan
sólo sigue mirando.

Me convierto en dos
huesos cruzados
y me coloco
bajo el cráneo.

A veces me
vuelvo un rizo
alrededor del amado cráneo.

A veces
dejo que mi mente, mi pluma y mi conciencia
entren por los agujeros de sus ojos y su nariz.

A veces
me pregunto: ¿y si el corazón
hubiera sido hecho de huesos?

Quizás todo protagonista
en algún momento
se enamora del cráneo.

Versión de Víctor Ortiz Partida, a partir de la versión del oriya al inglés de Rabindra K. Swain.

Negociando la heterogeneidad: la literatura india después de la Independencia

K. Satchidanandan

Ficción india: el paisaje cambiante

Se ha convertido en un cliché de la crítica literaria decir que los novelistas en el llamado tercer mundo «narran la nación»; sin embargo, en un escrutinio más cercano encontramos que nuestros novelistas no narran una, sino muchas naciones, cada uno imaginando la nación y conjurándola y haciéndola a su modo, y frecuentemente poniendo en juego una multiplicidad de perspectivas a través de una variedad de personajes de diferentes estratos de la sociedad. Una escritora activista bengalí como Mahasweta Devi o un escritor asamés como Birendrakumar Bhattacharya privilegian la perspectiva tribal (p. ej. *Aranyer Adhikar*, Directo al bosque, de la primera, o *Iyyaru Ingam*, La región del pueblo, del segundo); una escritora tamil como Bama (p. ej. *Kurukku* y *Sangati*), escritores maratíes como Lakshman Gaikwad (*Uchalya*) o Sarankumar Limbale (*Akkarmashee*), un autor gujarati como Joseph Macwan (p. ej. *Angaliyat*), escritores canareses como Siddalingaiah (*Ooru Keri)* o Devanoor Mahadeva (p. ej. *Kusumabale*), un autor oriya como Gopinath Mohanty (p. ej. *Paraja*, El paria) o uno telugu como Unnava Lakshminarayana (p. ej. *Malappalli*) podrían retratar la realidad de la vida de los dalit[1] con su sentido de desgracia, su belleza moral y su deseo de emancipación social.

Hay novelas regionales donde ciertas zonas e historias locales son el centro de atención, como *Maila Anchal* (La región sucia), de Phaniswar Nath Renu, o *Adha Gaon* (Un pueblo en mitades), de Rahi Mazoom Raza, en

1 Los *dalit* o intocables ocupan el sitio inferior de la cadena social; son llamados, incluso, "intocables". *(N. del T.).*

hindi; *Arogyaniketan*, de Tarasankar Banerjee, *Chomana Dudi* (El tambor de Choma), de Shivram Karanth, o *Bharatipura*, de U. R. Ananthamurthy en canarés; o *Nalukettu* (*Casa ancestral*), de M. T. Vasudevan Nair; *Oru Desathinte Katha* (La historia de un pueblo), de S. K. Pottekkaatt; *Kayar*, de Thakazhi Sivasankarapillai, o *Mayyazippuzhayude Theerangalil* (En Las orillas del río Mayyazhi), de M. Mukundan, en malayalam; o *Oru Puliyamarathin Kathai* (La historia de un árbol de tamarindo), de Sundararamaswamy, en tamil. La división de la India es un tema recurrente en la ficción postindependencia, como en *Purab-O-Paschim* (Este y Oeste), de Sunil Gangopadhyay, en bengalí; *A Train to Pakistan*, de Khushwant Singh, en inglés, o *Jhoota Sach* (La falsa verdad), de Yashpal, en hindi, o *Aag ka Dariyaa* (El río de fuego), de Qurratulain Hyder, y las historias de Saadat Hasan Manto, Kishan Chandar y Rajinder Singh Bedi, en urdu.

La novela histórica sigue siendo un género favorito entre los escritores desde el comienzo de la novela en la India. Shyamal Gangopadhyay en bengalí (p. ej. *Darashuko*), Vrindavan Lal Verma en hindi (*Jhansi ki Rani*, La reina de Jhansi), Masti Venkatesha Iyengar en canarés (*Chikkaveera Rajendra*), Ranjeet Desai en maratí (*Swami*), Surendra Mohanty en oriya (*Nila Saila*, La montaña azul) y Viswanatha en telugu (*Ekavira*) son algunos ejemplos. Juntos, estos escritores han cubierto un largo periodo de la historia, desde el siglo XII al presente, con gran imaginación y perspicacia. O. V. Vijayan, M. Mukundan, Sethu, N. S. Madhavan y Paul Zacharia en malayalam, U. R. Ananthamurthy, Chandrasekhara Kambar y Poornachandra Tejaswi en canarés, Sundararamaswamy y Jayamohan en tamil, Suresh Joshi en gujarati, Bhalchandra Nemade en maratí y Nirmal Verma, Krishna Baldev Vaid y Vinod Kumar Shukla en hindi han contribuido a la modernización del género exponiendo las complejidades de la vida moderna —particularmente su angustia y su alienación— e inventando nuevas estructuras y expresiones idiomáticas que expresan mejor sus originales percepciones sobre la vida y la mente. El aumento en el número de mujeres escritoras en estas lenguas en años recientes ha asegurado la representación de los temas femeninos y las perspectivas de las mujeres en la ficción india. Ellas reexaminan los cánones patriarcales y las prácticas literarias, revisan mitos, reinterpretan la épica, forjan un contralenguaje y encuentran una alternativa semiótica del cuerpo y otras cuestiones. Mujeres novelistas establecidas como Kamala Das, Amrita Pritam, Krishna Sobti, Ashapurna Devi, Ajeet Cour, Lakshmikantamma, Lalitambika Antarjanam, Pratibha Ray, Indira Goswami y Nabaneeta Dev Sen han sido ahora alcanzadas por muchas nuevas y poderosas

escritoras desde Sara Joseph, Gracy y Sitara en malayalam hasta Ambai en tamil, Volga en telugu, Bani Basu en bengalí, Moushmi Kandali en asamés, Sania en maratí y Geetanjali Sree en hindi. Hay toda una nueva generación de escritoras talentosas en todas las lenguas indias, desde Nabarun Bhattacharya en bengalí (p. ej. *Herbert*) y Alka Saraogi en hindi (*Kolikatha via Byepass*) hasta Jayamohan en tamil (*Vishnupuram*) y K. P. Ramanunni en malayalam (*Jeevitathinte Pusthakam*, El libro de la vida), quienes ya han probado sus credenciales como novelistas de gran capacidad.

La ficción india en inglés comenzó a recibir una aclamación internacional más amplia con la publicación de *Midnight's Children*, de Salman Rushdie. Pero no hay que olvidar las contribuciones de pioneros como R. K. Narayan, Raja Rao, Bhabani Bhattacharya, Mulk Raj Anand, Nayantara Sehgal, Anita Desai y otros. Aunque, ciertamente, ha habido un cambio de paradigma con la aparición de Rushdie, Vikram Seth, Amitav Ghosh, Allan Sealy y Arundhati Roy, quienes son libres de la autoduda que parecía haber atormentado a sus predecesores. Estos escritores y sus seguidores, como Kiran Nagarkar, Kiran Desai, Rohinton Mistry, Gita Hariharan, Mukul Kesavan, Shama Futehally, Amit Choudhuri, Rukun Advani, Vikram Chandra, Altaf Tyrewala, Shashi Deshpande, Jhumpa Lahiri, Manju Kapur, Ruchir Joshi, Radhika Jha, Hari Kunzru, Anita Nair, Attia Hosain y muchos otros no son apologéticos por escribir en inglés; ellos consideran al inglés una lengua legítimamente india y la usan con gran libertad y creatividad. Comparten dispositivos estilísticos y géneros con sus contrapartes de idioma. Si *Malgudi Days*, de R. K. Narayan, *Kanthapura*, de Raja Rao, y *God of Small Things*, de Arundhati Roy, son *sthalapuranas* o historias locales, *Trotternama*, de Allan Sealy, sigue el patrón de las *nama* o crónicas indias. *Cuckold*, de Kiran Nagarkar, es una nueva forma de hagiografía; *The Great Indian Novel*, de Sasi Taroor, es una parodia épica, y *Golden Gate*, de Vikram Seth, es parte de la tradición narrativa en verso. El uso directo de palabras malayalam en *The God of Small Things* y el empleo de usos nativos y proverbios, así como de costumbres y actitudes locales, en los trabajos de Khushwant Singh, Bhabani Bhattacharya, Raja Rao, Kiran Nagarkar, Kiran Desai, Kaveri Nambisan y Vikram Seth apuntan a un proceso de *nativización* del ingés. Trabajos como *Midnight's Children*, de Salman Rushdie, *English, August*, de Upamanyu Chatterjee, y *Sea of Poppies*, de Amitav Ghosh, demuestran una autoconciencia que cuestiona las fronteras lingüísticas. Los nuevos novelistas interrogan la «pureza» de la cultura india, aceptan el inglés como parte de la polifonía subcontinental y rehúsan privilegiar tradición o modernidad. El rango temático de la nueva novela en

inglés es asombrosamente amplio: las fisuras en el cuerpo político (*Beethoven Among the Cows*), el comunalismo ascendente (*The Little Soldier*), la emigración (*The Glass Palace*, *A Sea of Poppies*), el ser inmigrante dividido (*Satanic Verses*), la confusión de la pérdida (*Afternoon Rag*), la historia postcolonial (*Midnight's Children*, *Shame*, *Trotternama*), la celebración de lo híbrido (*Moor's Last Sigh*, *The Enchantress of Florence*), la cuestión de la identidad (*Namesake*) y el cambio en los poblados indios (*Nectar in a Sieve*, *Sunlight on a Broken Column*) son sólo algunas de las mayores preocupaciones temáticas puestas en relieve por estos novelistas. Una nueva y más ligera forma de escritura rara vez preocupada sobre la literariedad también ha emergido con los trabajos de escritores como Chetan Bhagat, Samit Basu y Meenakshi Madhavan. *Blogs*, *e-zines* e internet también están cambiando rápidamente la naturaleza de la comunicación literaria en la India. Es muy posible que se abran caminos inesperados bajo la presión de la economía de mercado, la globalización y la homogenización forzada de culturas. La cartografía interna de la India liberalizada puede probablemente poner en primer plano nuevas cuestiones éticas sobre nuestro comportamiento social hacia los refugiados, los inmigrantes y las poblaciones no convencionales, cuestiones ya señaladas por Rana Dasgupta y Kiran Desai en sus trabajos recientes.

Poesía: nuevas direcciones

Mientras la Independencia fue saludada por diversos poetas con odas celebratorias, algunos pocos la consideraron un falso amanecer: ya sea porque sintieron, como Nazrul Islam, que la *swaraj* no traería nada para los niños hambrientos o porque se trataba de una fisurada y defectuosa libertad, dado que el regalo era una India dividida. Gajanan Madhav Muktibodh, pionero de la nueva poesía (*nayee kavita*) en hindi, declaró en 1953 que «el rostro de la luna está sucio» y que la formación política hegemónica era un «Rávana de madera».[2] Kedarnath Singh habló de *anagat*, lo que aún no había llegado, cuyas alas estaban perdidas en las sombras doradas y cuyos pies temblaban en la niebla. Una visión catastrófica como la de W. B. Yeats en «La segunda venida» parecía penetrar la literatura, ya que la mejor parecía «carecer de cualquier convicción» y la peor estaba «llena de pasional

2 Se refiere a un dios de la mitología hinduista que ha sido llevado a la artesanía, por lo que aquí se refiere a algo despojado de su valor sagrado que ha sido degradado al adorno. *(N. del T.).*

intensidad». Bishnu Dey, el poeta bengalí, expresó su preocupación por la muerte de la aldea, de la villa, la ruda agresión a la naturaleza y la urbanización desconsiderada que parecía perturbar la armonía de la vida:

> ***How long do we roam about***
> ***carrying our tents?***
> ***When does the alien***
> ***set up his own house?***
>
> **[¿Cuánto tiempo deambulamos**
> **cargando nuestras tiendas?**
> **¿Cuándo se asienta en su propia casa**
> **el extranjero?]**

El mismo sentimiento hizo eco en N. N. Kakkad, el poeta malayalam, quien comparó la tarde de la ciudad con una prostituta maquillada vagando por el parque en busca de clientes, mientras una figura gigante iba por las mansiones, dejando sangre y espinas detrás de él (*Paarkil*, En el parque). Ayyappa Paniker, en poemas como «Kurukshetram» y «Mrityupooja», repetía frustraciones similares y dilemas tanto sociales como morales; Gopalakrishna Adiga, en poemas como «Frog in the Well» y «Do Something, Brother», también atacó la pasividad y complacencia de la clase media india que apenas respondía a la miseria de alrededor. Akhtar-ul-Iman, el moderno poeta urdu, encontró en el niño perdido en el brillo de la ciudad y la estampida un símbolo de «la juventud india desgarrada desde su raíz». «Los Poetas Hambrientos» de Bengala inspirados por Allen Ginsberg, especialmente Sunil Gangopadhyay y Sakthi Chattopadhyay, y los «Poetas Digambara» de Andhra Pradesh, como Nagnamuni, Jwalamukhi y Nikhileswar, hicieron nacer una nueva poesía de la indignación y la frustración con elementos dadaístas y surrealistas en sus modos de imaginación y expresión. Prosa y verso libre comenzaron a ser cada vez más usados; las imágenes reemplazaron viejas figuras de lenguaje; la imaginación poética y el idioma fueron ambos liberados liberadas de los hábitos convencionales y los clichés. Annada Shankar Ray dijo acerca de estos cambios que no había nada extranjero en ellos: «Fuimos surrealistas sin haber leído sobre el surrealismo. El absurdo de Ionesco debió haber descendido sobre nosotros».

A pesar de estas semejanzas de impulso y experimentación formal, el modernismo emergió bajo circunstancias diferentes en distintas lenguas.

Incluso sus nombres diferían: era *nayee kavita* (hubo otros movimientos también, como *akavita)* en hindi, *adhunik kavita* en bengalí y malayalam, *nayya* en canarés y *puthukkavitai* en tamil, aunque todos significaban la nueva o moderna poesía. Los modismos y aproximaciones a menudo difieren de lengua a lengua e incluso ideológicamente no hay unidad monolítica. Por ejemplo en hindi, bengalí o telugu la nueva poesía tuvo un carácter predominantemente progresista, ya que el movimiento había sido liderado por Muktibodh, Bishnu Dey y Sri Sri, quienes tenían un impulso socialista radical, mientras en maratí, malayalam y canarés el impulso fue individualista, como en B. S. Mardhekar, Ayyappa Paniker o Gopalakrishna Adiga, quienes predominantemente se enfocaron en la soberanía del individuo, aunque su poesía vista en retrospectiva no carece de implicaciones sociales expresadas con frecuencia de manera negativa, en términos de escape o de agonía.

Cualquiera que sea el paradigma que escojamos, la experiencia moderna en la India puede ser vista como un compuesto de varios elementos que tenían en su trasfondo el contexto más amplio de la industrialización y la urbanización. Al menos inicialmente se trataba de la sublevación de una sensibilidad amenazada, por una parte, por la inminente decadencia, y por los ominosos indicios de la pérdida de la vida rural, por otra. La cultura existente estaba en una crisis estimulada por la retirada de los valores de Gandhi de la vida política, los enormes movimientos demográficos orientados a la ciudad provocados por el desempleo rural, el trauma que dejó la Partición, el demonio del hambre acechando los suburbios de la ciudad, así como los pueblos; las tensiones engendradas por la educación colonial, la alienación, la angustia y la soledad experimentadas por la sensible población urbana, gran parte de la cual tenía sus raíces en sus pueblos, los retos impuestos por las masas desplazadas de la sensación segura de la tradición y los modos nativos de ver y sentir, y el terror y el éxtasis de un nuevo mundo sin un Dirigente Supremo. Incluso las ideologías colectivas parecían haber perdido su encanto en muchos y la idea simplista del progreso continuo estaba en duda: las complejidades interminables de la experiencia empujaron a los escritores a buscar estilos alternativos de pensamiento, imagen y expresión.

Para 1965-1970, los escritores indios en distintas lenguas habían producido ya un cuerpo de poesía que se esforzó por capturar la naturaleza multicapas de la vida en su difícil coexistencia con mundos temporales diferentes, lo racional con lo espiritual, lo real con lo surreal, en sus sorprendentes imágenes, ritmos sincopados, empleo de patrones innovadores, mezclas oníricas y sustitución de tiempo y espacio, inesperados saltos de

pensamiento y sofisticadas transgresiones de las normas de decencia y propiedad establecidas, raros juegos combinatorios de lo clásico y lo folclórico, elementos exóticos e indígenas, reelaboraciones de la mitología india en los nuevos contextos de la vida y el lenguaje, incursiones en leyendas y arquetipos y uso consciente del lenguaje de la vida diaria. *Mor aru Prithvir* (Mío y de la Tierra), de Navakanta Barua; *Bibhinna Dinar Kavita* (Poemas de diferentes días), de Hiren Bhattacharya, y *Surya Heno Nami ahe ei Nadiyedi* (Se dice que el sol desciende de este río), de Neelmani Phookan en asamés; *Jete Pari Kintu Kena Jabo* (Puedo ir, ¿pero por qué debería hacerlo?), de Shakti Chattopadhyay, y *Ulanga Raja* (El rey desnudo), de Nirendra Chakraborty, además de los poemas de Buddhadev Bose, Amiya Chakravarty, Subhas Mukhopadhyay, Sudhindranath Datta, Samar Sen, Premendra Mitra, Sunil Gangopadhyay y Joy Goswami en bengalí; *Chand ka Muh Tedha hai*, de G. M. Muktibodh, y *Nadi ke Dweep*, de Ajney, en hindi, además de los poemas de Kunwar Narain, Kedarnath Singh, Vinod Kumar Shukla, Shamsher y otros, *Pratyancha*, de Suresh Joshi, y *Magan Poems*, de Sitanshu Yashaschandra, en gujarati, además de los poemas de Ravji Patel y Labhshankar Thaker; *Bhoomigeete, Bhoota* y *Koopamanduka*, de Gopalakrishna Adiga, en canarés, además de los poemas de K. S. Narasimhaswami, S. R. Ekkundi, Chandrasekhar Patil, Channaveera Kanavi y G. S. Shivarudrappa; *Jeevitathil, Maranathil* (En vida, en muerte), de M. Govindan; *Kavitakal* (Poemas), de Ayyappa Paniker; *1963*, de N. N. Kakkad; *Jeevacharitrakkurippikal* (Notas para una biografía), de Madhavan Ayyappath, y los poemas de Attoor Ravivarnma y Cherian K. Cherian en malayalam; la poesía de Nachiketa en maithili; *Ba Geva Na Az* (No cantaré hoy), de Dina Nath Nadim, y los poemas de Rahman Rahi, Amin Kamil y G. R. Santosh en cachemir; *Khula Amagi Wari* (La historia de un pueblo), de L. Samarendra Singh; *Narak-Patal-Prithvi* (El infierno, el inframundo y la tierra), de Thangjom Ibopishak, además de la poesía de E. Neelakanta Singh y N. Biren en manipuri; los poemas de B. S. Mardhekar, Dilip Chitre, Arun Kolatkar y P. S. Rege en maratí; *Bisad eka Ritu* (Desesperación, una temporada), de Bhanuji Rao; la serie *Kabita*, de Sachi Rautroy; *Sri Radha*, de Ramakant Rath, y los poemas de Sitakanata Mahapatra, Guruprasad Mohanty, Hara Parasad Das y Soubhagyakumar Mishra en oriya; *Rukte Rishi* de Harbhajan Singh, *Sunehere* (Mensajes), de Amrita Pritam, y *Luna*, de Shivkumar Batalvi, en panyabí; *Nadunisi Naikkal* (Perros de medianoche), de Sundara Ramaswamy, y los poemas de Ka. Na. Subramanyam, Jnanakoothan, C. S. Chellappa, S. Mani, T. K. Doraiswamy y otros más en tamil; los poemas de Ismail, Ajanta y otros en telugu, y de Firaq Gorakhpuri, Akhtar-ul-Iman,

Balraj Komal Shehryar, Makhdoom Mohiuddin y otros, en urdu, fueron responsables de dar nuevos dispositivos formales y dimensiones estéticas a la poesía india en las últimas décadas. Aunque unidos en su urgencia de descubrir un nuevo idioma para la poesía, difieren en muchos aspectos: de la específica situación y genio lingüísticos, de los anclajes ideológicos y de los modelos, si alguno, que estaban buscando en otras lenguas.

De 1970 en adelante, la tradición democrática de la poesía india —de la cual la poesía de los movimientos *bhakti-sufi*, de la lucha por la libertad y de los progresistas es ejemplo temprano— ha florecido como nunca antes con la aparición de muchos sectores de la sociedad hasta entonces marginados que iban empoderándose con la democracia. Esta poesía ha emergido de una serie de luchas transversales que han ido mostrando los temas de la descentralización, el derecho a la diferencia cultural, los poderes de casta y género, el balance ecológico, los derechos tribales sobre la tierra, la lengua y la cultura, y el combate a la intrusión del mercado en la vida cotidiana; la consecuente reducción de la libertad a la mera opción consumista, la estandarización forzada de la cultura buscada por las fuerzas capitalistas y comunales, la valorización de la competencia, la supresión de la autonomía, el sutil imperialismo del mundo unipolar con el despertar de la globalización y la amnesia cultural impuesta al pueblo indio sobre sus gloriosos intelectuales y tradiciones artísticas y sus formas únicas de conocimiento y respuesta al mundo. Las tendencias individualistas de algunos modernistas comenzaron a ser cuestionadas y las nuevas identidades colectivas forjaron una nueva literatura de oposición y una estética de la resistencia comenzó a evolucionar en casi cada lengua de la India.

La poesía refleja esas identidades colectivas emergentes a través de diversas expresiones y modos de articulación. Una de esas colectividades está formada por los poetas que comparten una profunda preocupación social, aun cuando difieren en sus objetivos ideológicos. Hay un amplio espectro de disidentes que son democráticos pero que encuentran el sistema actual inadecuado para reflejar las aspiraciones de la gente común. Éstos incluyen a los gandhianos, los seguidores de Ram Manohar Lohia y M. N. Roy y a comunistas de diferentes denominaciones y humanistas liberales de diversas tonalidades. Todos ellos reconocen la existencia de inequidades de clase y sueñan con una sociedad más igualitaria. Difieren de los viejos progresistas en el uso de nuevos modos de poesía, algunos de los cuales fueron introducidos por los modernistas: ironía, humor negro, verso libre, prosa en diferentes tonos, imágenes frescas, surrealistas y nuevas formas como el

poema secuencia, ciclos poéticos, el poema extenso, la lírica extendida y otros. En resumen, comparten la visión socialista de los progresistas y la sensibilidad contemporánea de los modernistas. Su poesía está también inspirada por una conciencia de la complejidad de la vida en nuestros tiempos, así como por su propia experiencia urbana. La poesía de Raghuveer Sahai, Dhoomil, Sarveswar Dayal Saxena, Vijay Narayan Sahi, Kunwar Narain, Kedarnath Singh, Vinod Kumar Shukla, Manglesh Dabral, Rajesh Joshi, Arun Kamal, Vishnu Nagar, Riruraj, Asad Zaidi y muchos otros de la generación más joven pueden ser citados como ejemplos del hindi, así como poetas de otras lenguas como Jagtar, Pash o Surjit Pather en panyabí; Chandrasekhara Kambar o P. Lankesh en canarés; Bishnu Dey, Samar Sen o Subhash Mukhopadhyay en bengalí; J. P. Das o Jayanta Mahapatra en oriya; Narayan Surve o Chandrakant Patil en maratí; Mafat Oza, Chinu Modi o Sarup Dhruv en gujarati; Ali Sardar Jafri o Javed Akhtar en urdu; Kadammanitta Ramakrishnan, K. Satchidanandan o K. G. Sankara Pillai en malayalam; Siva Reddy o Varavara Rao en telugu, para citar unos pocos ejemplos. Algunos de estos poetas, como Kadammanitta y Kambar, han redescubierto el idioma folclórico con frescos matices, mientras ciertos poetas maoístas, como Subbarao Panigrahi, Cherabanda Raju, Saroj Dutta, Murari Mukhopadhyay, Gaddar y Civic Chandran, han creado un nuevo simbolismo que marca la llegada de un romanticismo revolucionario. Muchos de estos poetas han creado un lenguaje concreto, agudo, irónico, no sentimental, para expresar su disgusto por el sistema. Veamos a Pash, el poeta panyabí: «No, no pienso ahora / en cosas tales / como los finos tonos del rojo / cuando el sol se pone en la villa / tampoco me importa cómo se siente ella / cuando la luna brilla sobre el umbral /en la noche. / No, no me preocupo ya por esas nimiedades» («No, I am not Losing My Sleep Over»). Dhoomil dice: «Un hombre / amputa el cuello de otro / desde el torso / como un mecánico quita una tuerca / de un tornillo / Tú dices: Es asesinato. Yo digo: Es la disolución de un mecanismo». Lleva a sus lectores «al territorio de la poesía / a lo salvaje del lenguaje / donde la cobardía ha huido / tirando revólver vacío / y el desafío se ha adelantado / a aquella oscuridad». En «Veinte años después» pregunta: «¿es la libertad sólo el nombre / de tres colores cansados / arrastrados por una simple rueda?».

Otra comunidad figurada es la de las poetas que han emergido con fuertes inclinaciones feministas en las tres últimas décadas en diversas lenguas indias. Aunque la India tiene una tradición de poesía de mujeres que se extiende desde las monjas budistas del siglo VI antes de Cristo, pasando por

las poetas del *bhakti* como Akka Mahadevi, Meerabai, Andal o Lal Ded, hasta autoras de la última generación, como Mahadevi Varma y Balamani Amma, la poesía conscientemente comprometida con la causa de la emancipación de la mujer que toma el género como el principio de organización de la experiencia y el cuerpo como asunto central para su lenguaje es más bien un fenómeno nuevo. Puede decirse que ha empezado con poetas como Kabita Sinha, Nabaneeta Dev Sen, Amrita Preetam y Kamala Das y que ahora tiene muchas voceras, de Eunice D' Souza, Rukmini Bhaya Nair, Arundhati Subramaniam, Menka Shivdasani y Sujata Bhatt, en inglés, a Mallika Sengupta en bengalí, Pravasini Mahakud en oriya, Pratibha Nandakumar en canarés, Tarannum Riaz en urdu, Manjit Tiwana en panyabí, A. Jayaprabha en télugu, Kanimozhi en tamil, Anuradha Patil en maratí, Anamika en hindi o Savitri Rajeevan en malayalam, y muchas otras representadas en antologías populares como la de Arlene Zide, *In Their Own Voice*, o la de Susie Taru and K. Lalita, *Women Writing in India: From the 6th Century to the Present*, además de colecciones y antologías individuales en diferentes lenguas. Estas poetas desafían las normas del discurso falocéntrico, interrogan los cánones patriarcales y tratan de forjar expresiones adecuadas para las experiencias específicamente femeninas de dolor, soledad, deseo y placer. Pero la poesía de las mujeres no es monolítica, sino que tiene espacio suficiente para las variaciones regionales, genialidades específicas del lenguaje, tradiciones diversas, una amplia variedad de formas y diferentes aproximaciones a la experiencia. Por ejemplo la poesía de las mujeres urbanas musulmanas, como Mallika Amar Seikh o Imtiaz Dharker, exiliadas como Panna Naik o (después) Meena Alexander, o dalit como Prajna Lokhande o Hira Bansode, que reflejan su propia experiencia específica de comunidad con el más amplio marco de la poesía de las mujeres. Ellas se han dado cuenta, con Eunice D' Souza, de que «las historias que conocen no sirven para ser publicadas» y de que «el libro perfecto es un largo llanto en la oscuridad».

La poesía dalit se ha vuelto parte del *mainstream* en canarés, maratí y gujarati y ha arrancado fuerte en panyabí, tamil, telugu y malayalam. No es ya más sólo una expresión de la desesperación y la indignación de las comunidades dalit que han sido relegadas al fondo de la jerarquía de la casta por más de treinta siglos, sino una afirmación de los valores dalit y del derecho de la comunidad de exigir todos los privilegios que la democracia ofrece al pueblo. El movimiento ha dado una poesía extremadamente innovadora, como Namdeo Dhasal en maratí, mientras se ha enriquecido con las contribuciones de los aciertos de poetas como Siddalingaiah en canarés, S. Jose-

ph, Raghavan Atholi, M. R. Renukumar y M. B. Manoj en malayalam; Sivsagar, J. Gautam, Maddoori Nageshbabu, Paidi Thereshbabu y Satish Chander en telugu; Anpathavan,Yakkan, Bharati Vasanthan, Puthiya Matavi e Idayavendan en tamil; Soorajpal Chauhan, Rajnee Tilak, Om Prakash Valmiki, Mohandas Naimishrai, Susheela Taksore, Asang Ghosh y Kusum Meghval en hindi; Gurdas Alam, Sant Ram Udasi, Manjit Khader y Lalsingh Dil en panyabí, sin hablar de poetas maratíes como Arjun Dangle, Daya Pawar, J. V. Powar, Arun Kamble, Arun Kale, Sharan Kumar Limbale, Prakash Kharat, Arun Chandra Gavli, Dinkar Manwar, Mahendra Bhavre, Asha Torat, Meena Gajbhiye, Urmila Pawar, Jyoti Lanjewar y Kumud Pavade, y de poetas gujaratíes, como Harish Mangalam, Jayant Parmar, Yoseph Macwan, Mangal Rathod y Kisan Sosa, para citar sólo unos pocos nombres. Los poetas dalit han creado su propia estética, que frecuentemente va en contra de los mandatos de las poéticas tradicionales, usando expresiones que solían ser evitadas por ser *gramya* (rústicas), *chyutasamskara* (culturalmente corruptas) y *asleela* (obscenas), y que cuestionan reglas como la *dhwani* (sugerencia) y la *ouchitya* (propiedad). Ellos han traído a la poesía un nuevo, rico y completo léxico con dialectos comunitarios, jerga, lenguaje callejero y expresiones y usos poco conocidos. Han redibujado el mapa de la literatura india, descubriendo y explorando un continente completo de experiencias hasta entonces dejadas en el silencio y la oscuridad. Los escritores dalit han incluso superado la paralización que amenazaba a muchas literaturas a través de una renovación liberadora, perturbando la complacencia de los grupos sociales dominantes, retando la moral establecida y las formas convencionales de ver la realidad y al forzar a la comunidad a remodelar sus herramientas críticas y a observarse a sí misma críticamente. En este intento, los poetas han revisado mitos y releído la épica desde las perspectivas de un Sambooka o de un Ekalavya, subvirtiendo así las nociones de clase media de la poesía y de la poética del lenguaje.

Junto con los dalit, las comunidades tribales de la India también han despertado y han comenzado a exigir sus derechos sobre la tierra y la vida al rescatar su historia de la amnesia. Se han dado cuenta de que fueron los primeros poetas, los poetas filósofos, los primeros cosmólogos, los primeros campesinos, los primeros creadores de mitos y los primeros artistas y los primeros científicos. Los *Vedas*, los *Upanishads* y la épica fueron creados por las tribus ancestrales. La historia de la humanidad también ha sido la historia de su marginalización y alienación del llamado *mainstream*. También tienen una historia de luchas contra invasores extranjeros; los bhil de Guyarat,

los kurichya de Kerala y los santal de Bihar fueron los primeros en combatir el dominio británico. Es extraño que héroes como Birsa Munda, Siddhu Kanhu, Chand Bhairav, Thilak Majhi, Tantiya Bhil, Khajya Nayak y Rumalya Nayak no tengan un lugar en las historias oficiales. Vinayak Tumram ha definido a la nueva literatura tribal como «la verbalización del dolor primario de la vida mutilada de los *adivasis*». La nueva escritura tribal se opone al sistema *varna* que los expulsó de la sociedad y defiende el ideal de una sociedad igualitaria, no jerárquica, no explotadora y no violenta. *Prakriti*, *sanskriti* e *itihas* (naturaleza, cultura e historia) inspiran igualmente su escritura y celebran los valores tribales positivos de la camaradería, el compartir y la preocupación por la naturaleza. Ademán del santali y el bodo, que han conseguido recientemente el reconocimiento oficial en la constitución, lenguas como el bhili, el mundari, el gondi, el garo, el gammit, el bhartari, el mizo, el lepcha, el garhwali, el pahadi, el kokborok, el tenydie, el adi y el ho han producido mucha escritura nueva que se conecta con las tradiciones orales específicas a través de su imaginación mitopoética y es incluso así distintivamente contemporánea. Anil Bodo, Ramdayal Munda, Nirmala Putul, Mamang Dai, Paul Lingdoh, Kympham Nongkinrih, Bhujang Meshram y Vinayak Tumram son sólo algunos de estos campeones de la nueva escritura tribal de disenso y reivindicación.

Los escritores nativistas o *desivadi* han celebrado el pluralismo cultural y cuestionado los cánones hegemónicos del mercado y de los revivalistas que buscan crear una India que se ajuste a sus proyectos. Sienten que el federalismo geopolítico y lingüístico está siendo socavado en las prácticas cotidianas de gobierno y reafirman la necesidad del multiculturalismo y la heteroglosia que han definido la cultura india a lo largo de las eras. Los intentos de los poetas *bandaya* en canarés, como Chandrasekhara Patil, P. Lankesh y Siddalingaiah, para recuperar la memoria cultural de los sudras; la desanscritización del malayalam, perseguida por poetas como M. Govindan, N. N. Kakkad y Attoor Ravivarma; el empleo consciente de dialectos locales de diversos poetas en malayalam y telugu; el uso de la historia local, arquetipos provinciales, mitos y naturaleza en Kadammanitta Ramakrishnan, K. G. Sankara Pillai, P. P. Ramachandran o Rafeek Ahmed en malayalam, Arun Kolatkar en maratí o Kanji Patel en gujarati; el uso de la oralidad y la evocación de la vida rural en el *uttar-adhunik* bengalí de poetas como Anuradha Mahapatra, Ekram Ali y Amitabha Gupta («las raíces están profundas en el suelo, las sofisterías gritadas no son sino una invocación desesperada», dice Birendra Chattopadhyay); la deliberada afirmación de la tradición tamil y la

identidad en poetas como Jnanakkoothan, Manushyaputran, Vallikkannan, Pasuvayya y otros; la construcción de una identidad específicamente panyabí de poetas como Gul Chauhan, Surjit Pather, Minder, Swarjbir, Mohanjit, Jaswant Deed y otros; el retorno al bhakti para iniciar un discurso espiritual contemporáneo en poesía como la de H. S. Shivaprakash, S. R. Ekkundi o Dilip Chitre; la evoación de la historia maithei y el paisaje manipuri por parte de poetas manipuri como Y. Ibomchasingh, Thangjom Ibopishak, Mouchambi Devi y Saratchandra Thiyam: todos éstos son fuertes intentos de recuperar matices regionales en el mapa cultural de una India que se está volviendo cada vez más monocroma bajo las presiones de las fuerzas del mercado, así como de los teócratas hindúes.

Nuevas tensiones: drama y crítica

El drama en la India también ha respondido a la realidad cambiante del país de muchas formas diferentes. Antes de que los pioneros del drama moderno hicieran sentir su presencia en el teatro —P. L. Deshpande, Vijay Tendulkar, G. P. Deshpande, Mahesh Elkunchwar, Satish Kalsekar, Girish Karnad, Chandrasekhara Kambar, H. S. Shivprakash, B. V. Karanth, Mohan Rakesh, Habib Tanvir, Bhisham Sahni, C. J. Thomas, G. Shankara Pillai, C. N. Sreekantan Nair, Kavalam Narayana Paniker, R. Narendra Prasad, Manoranjan Das, Manoj Mitra, Badal Sircar, Ratan Teyam y Balwant Gargi, para citar sólo algunos pocos nombres—, el drama indio había pasado por una fase realista al tratar tensiones domésticas y psíquicas al modo de Ibsen o Strindberg, y sociales, según los ejemplos de Shaw y Chéjov. La Asociación India para el Teatro Popular jugó un papel importante en la liberación del teatro del dominio absoluto de la mitología y en enfrentarlo con las realidades terrenas. Brecht y Beckett fueron grandes influencias, como puede verse en los trabajos de Manoj Mitra, Mohit Chattopadhyay o Sisirkumar Das en bengalí, o de K. B. Vaid en hindi. *Ebam Indrajit*, de Badal Sircar; *Andhayug*, de Dharmaveer Bharti; *Tughlaq* y *Hayavadana*, de Girish Karnad, así como *Adhe Adhure*, de Mohan Rakesh; *Charan Das Chor*, de Habib Tanvir; *Tujhe Ahe Tujh Pasi*, de P. L. Deshpande; *Shantata*, *Court Chaloo Ahe* y *Ghasiram Kotwal*, de Vijay Tendulkar; *Kelu Janmejaya*, de Sriranga; *August Na*, de Manoranjan Das; *Sirisampige* y *Jo Kumaraswamy*, de Chandrasekhara Kambar; *Avanavan Kadamba*, de K. N. Paniker, y *Kali*, de C. N. Sreekantan Nair, serán recordadas como algunas de las obras que consiguieron un cambio en el teatro indio.

Todos ellos aprendieron mucho de las prácticas europeas de Antonin Artaud, Adolphe Appiah, Stanislavsky, Ionesco, Anouilh y muchos otros, pero fueron capaces de integrar su conciencia de lo nuevo con una profunda comprensión del drama indio, así como de las técnicas teatrales. Hay ahora toda una nueva generación de escritores y activistas teatrales en escena, luchando por dramatizar las nuevas tensiones de una India globalizada.

La crítica literaria india ha tratado de comprender e interpretar los nuevos cambios de diversas maneras. En el proceso, ha extendido el alcance de las teorías críticas tradicionales disponibles en sánscrito, tamil y canarés, creando variantes indias de orientaciones occidentales como la mitocrítica, la crítica arquetípica, la nueva crítica semántica, fenomenológica, semiológica, estructuralista, psicoanalítica y formas de análisis marxista, además de orientaciones postestructuralistas, como la deconstrucción y las teorías de la recepción, y, por supuesto, crítica postcolonial, a menudo inspirada por Edward Said y Homi Bhabha. Algunos críticos, como Bhalchandra Nemade y P. K. Balakrishnan, han tratado de desarrollar modelos indígenas basados en principios derivados de la práctica literaria respectiva en maratí y en malayalam.

Una forma de observar el desarrollo de las literaturas de la India después de la Independencia es verlas como una serie de intentos de lucha contra la situación postcolonial. Los paradigmas han sido probados y desechados, las comunidades se han imaginado y disuelto, las tradiciones han sido construidas y deconstruidas, los principios de unidad y diferencia han sido reclamados alternativamente, la presencia de Occidente es reconocida y rechazada, los conceptos y modelos europeos radicales se alternan con un retorno a las raíces indígenas, los elementos clásicos y elementos folclóricos de la herencia —lo que A. K. Ramanujan llama «la gran tradición» y «la pequeña tradición»— se exploran por turnos: incluso la escena actual está ansiosa con la dialéctica de la descolonización. Nuestra creatividad ha sido, pues, dialógica, debido a que le viene bien a la «India argumentativa» y a un discurso literario marcado por la negociación de una heterogeneidad necesaria, por una concepción de la identidad que vive a partir de la diferencia y la hibridación, una continua negociación entre «el yo» y «el otro» usando, para emplear el concepto foucaultiano, diferentes «tecnologías del yo» •

Traducción del inglés de Luis Alberto Pérez Amezcua.

Escritura

ANITA THAMPI

Bañándome,
el agua se detuvo
de pronto

Silbando,
el agua en la tubería oxidada
se detuvo

Goteando,
el cuerpo se estremeció,
desnudo

Estirándose
a través de la ventana
sus dedos,
un viento tembloroso

Por un momento
sentí como
si tuviera frío.

Y salió volando
la prenda
de la humedad.

Cubierta
con un verano silvestre
olvidé
la modestia.

Los mechones de pelo
goteaban como un árbol
en la lluvia.

De la memoria
se escribe
en el cuerpo

sólo una línea
o
dos
con agua.

Versión de Víctor Ortiz Partida, a partir
de la versión del malayalam al inglés
de C. S. Venkiteswaran.

Moradas

Anvar Ali

Primera: Lluvia

Debemos morar en uno de esos departamentos
que la lluvia construye repentinamente de arriba abajo.

Sin chimenea, sin ropa
sin pago de préstamos, sin renta
sin cerradura ni llave ni guardia de seguridad
sin categorías como Dios, Razón, Cuerpo, Vida.

Sólo con el rugido húmedo del Tiempo.

Deberíamos quedar suspendidos
en uno de esos departamentos
que la lluvia construye de repente
bajo un sol abrasador de arriba abajo.

Segunda: Habitación sin nadie

Te volviste como el piso que se barre solo
en una habitación sin nadie.
Me convertí en el muro que se abre y se cierra
la veranda sin puertas ni corredores alrededor.

Para que sigas recostada cómodamente
yo le pondré nombre al departamento que no hemos comprado.
A mis apuros en la lucha por la supervivencia
tú les deberías poner unos pinches nombres empresariales.

Tercera: Viento

El viento es un terreno
hay ciertos árboles indomables en él.
Incluso en sus pequeñas ramas
se extienden hongos, hojas, pájaros, osos y personas
que comen y cagan, colgados y sentados.

Si un día el viento se vuelve país autónomo
si se convierte en una permanente entidad inamovible
de firmes ramas seguras
si su esencia indomable se pierde por completo

Cómo la resistencia, las alas, los sueños
morarán en ti
Oh viento, mi nación independiente.

Versión de Víctor Ortiz Partida, a partir de la versión
del malayalam al inglés de A. J. Thomas.

Muerte y funeral de la hermana Alphonsa

PAUL ZACHARIA

TAN PRONTO COMO MURIÓ, la hermana Alphonsa suspiró aliviada y se levantó de la cama. Flotó ligera como un cardo sobre su cuarto de enferma y observó su cadáver.

Otras monjas, sus compañeras, lloraban y rezaban sentadas alrededor del cuerpo. Con tristeza, cerraron los párpados que ella olvidó bajar cuando murió. La hermana Bernadette se limpió las lágrimas. Con un pañuelo, absorbió la transpiración de la muerte del rostro de Alphonsa.

Ella sonrió. *Atenderme fue una constante carga para ellas hasta hoy. ¡Pobrecitas! Aún después de mi muerte les doy más trabajo que hacer. Ahora tienen que bañarme y prepararme. Vestirme con un hábito recién lavado. Reunir un ramo de flores que pueda sostener en mis manos rígidas. Hacer una corona de papeles plateados para mi cabeza. Comprarme un ataúd.*

Alphonsa revoloteó como suave brisa a través de ellas. Besó a cada una de las hermanas. *Umma! Umma!*[1]

Entonces, como haría un pájaro mojado, se sacudió la última molécula de vida que pesaba sobre ella y flotó despreocupadamente hacia la veranda. Desde ahí resbaló hasta llegar al patio.

El sol de mediodía destelló en sus ojos y la encandiló.*¡Jesús! ¡No puedo recordar cuándo vi el sol por última vez antes de hoy!* La luz cegadora le dio sueño. Como si fuera una partícula más de esos rayos, ella también se desplomó sobre el fresco de la veranda y se desvaneció.

1 Beso. *(Todas las notas son del traductor).*

Cuando despertó, estaba en su cuarto de enferma. No había nadie ahí. Su cama estaba cubierta con una nueva sábana blanca. Encima había un rosario, acomodado en forma de corazón, y junto a él descansaba una sola rosa. Todo tan limpio, ¡tan hermoso! Se rio de lo bien que se veía su habitación. Acarició su camita para renovar la memoria de sus manos, y voló sobre ella mientras susurraba: *Oh, mi camita, mi amiga, por tanto tiempo soportaste mi cuerpo enfermo. Que el próximo que duerma en ti no sea enfermizo. Que tu carga sea más ligera.*

Repentinamente sintió la necesidad de verse una vez más. *El cuerpo que me hacía una mujer fue lo que abandoné primero. Sin embargo, vino conmigo hasta tan lejos, siempre sintiendo dolor, siempre dando dolor. Mi amado*, dijo Alphonsa a su cuerpo, *no te he besado siquiera una vez. Tampoco te he visto completo*. Cuando pensó en la soledad de su cuerpo en su muerte, una ola de tristeza rompió dentro de ella. Se dejó arrastrar por el sueño de nuevo.

Cuando recuperó la conciencia, frente a ella yacía la sombra del jardín proyectada por ramas de diversas plantas y sobre todo por hojas de baniano. Su gallina favorita cacareó ansiosamente y llamó a sus polluelos. Éstos corrieron para adherirse a las patas de su madre. Entonces Alphonsa escuchó también el sonido que había asustado a la gallina: el repiqueteo de una campana. Paseó con la mirada por el patio. Del otro extremo, en la veranda del convento, su procesión fúnebre estaba casi lista para partir.

El que hacía sonar la pequeña campana era Kuria (quien a menudo le había pedido que rezara por él para que pasara el examen de matemáticas). La movía de izquierda a derecha. Estaba parado en el verdadero jardín, que iluminaba el sol, y tañía la campana sin cesar: talán... talán... Alphonsa sonrió. *Entonces viniste a hacer sonar la campana por mí, ¿no es cierto, Kuria?* Acarició su rostro sudoroso con un viento. De pronto sintió el impulso de hacer sonar la campana ella misma, pero recordó sus votos y se controló.

Cuando vio salir a Kunjamma y Thresia (las ayudantes de la cocinera) sosteniendo la cruz de madera y la sombrilla negra, Alphonsa se conmovió hasta lo más profundo de su ser. *Las manos que me alimentaron en vida sostienen ahora mi cruz y mi sombrilla fúnebres*. Besó esas manos con tristeza y agradecimiento. Después, llorando, se aferró a sus dedos.

Pero cuando vio quiénes cargaban su ataúd, su aflicción se desvaneció. Tímida y feliz, soltó una risa minúscula como una semilla de mostaza. *¡Oh! ¡Si son mis hermanas las que me cargan personalmente al cementerio!*. Desbordada de afecto, se acercó más a ellas. *Mis amigas, ¿cómo puedo agradecerles su amor?* Alphonsa sonrió. *¿Estoy muy pesada, hermanas? ¡Se cansarán y me tirarán antes de ll `egar al cementerio!* Se abrió camino entre las portadoras de su féretro y les preguntó: *¿Debería ayudarlas a cargarme?*

Vio a su padre, a su hermana y a sus hermanos. Voló entre ellos, tocó a cada uno. *Mi* achachan[2], *mi* chechi,[3] *mis hermanos, ¡aquí está el beso de Annakutty para ustedes! Compartan mi felicidad, no lloren*. Miró en los ojos cansados de su padre. Achachan, *sonríe tú también, ¿quieres?*

Se sobresaltó al escuchar de improviso su propia voz: «Mi querido *chetta*,[4] ese viejo paraguas que tenía se rompió la semana pasada...».

Alphonsa miró atónita a su alrededor. *¿Quién es ésta? ¿Hay otro Yo aquí? ¿Otro Yo que no está muerto todavía?*

Escuchó que su voz seguía hablando: «Ahora ando por ahí sin paraguas. Aunque éste es un lugar montañoso, lluvioso y frío...».

La memoria se revolvió en su interior como una neblina. Ella reconoció sus propias palabras y miró con remordimiento a su hermano mayor, que estaba parado detrás del ataúd. Dijo con tristeza: *Mi más querido hermano, te causé muchas molestias cuando te envié esas cartas para pedirte dinero, ¿no es cierto? ¡Qué lástima! No debí temer a la lluvia. Querida hermana lluvia, pude haber dicho, no tengo paraguas. Y me hubiera empapado*.

Escuchó su voz de nuevo.

«Como la escuela está un poco lejos, el trayecto se vuelve pesado cuando se recorre sin paraguas. La última vez que *achachan* vino, le conté que se me había roto. Tal vez no pudo conseguirme uno nuevo y quizá por eso no he recibido noticias de él».

Alphonsa miró a su padre con insoportable pena. *Mi* achachan, *también te causé muchas molestias. Aunque había dejado la casa para siempre, seguía aferrándome a todos ustedes con una mano. ¡Por favor, perdónenme!*

---

2 Padre.

3 Hermana mayor.

4 Hermano mayor.

«Entonces, *chetta*, si pudieras darme dinero para comprar un paraguas, estaría muy feliz. Porque la carretera está muy agrietada y es difícil caminar junto a otra persona para colarme bajo la protección de su paraguas. Si puedes, por favor mándame al menos cinco rupias».

Alphonsa lloriqueó mientras besaba las mejillas de su padre y de su hermano. Después, fatigada, se hundió en la estrella de papel plateado que había sobre su féretro.

La procesión comenzó a moverse. Alphonsa acompañó su cuerpo al cementerio. Kuria tenía una expresión ausente y sacudía la campana como un sonámbulo: talán... talán... Alphonsa se sintió adormilada de nuevo, pero esta vez reunió toda su fuerza para alejar el sueño. *¿Está bien dormirme en mi propio entierro?*

Cuando la gente dejó los jardines del convento, una leve llovizna entró, cayendo a través de la luz caliente del sol. Las aflicciones de Alphonsa desaparecieron. *¡Shooo!, dijo. ¡Ah, lluvia!*

Al escuchar el tamborileo en la tapa de su caja, recordó cómo solía sentarse en la veranda de su cuarto de enferma. Desde ahí estiraba los brazos hacia afuera y extendía las manos para poder sentir las gotas. Soltó una carcajada y se dejó mojar. *¡Ya no necesito paraguas! ¡Tampoco volveré a caer enferma! ¡Ya no necesito dinero! ¡Shooo!*

La llovizna cesó. La procesión cruzó la carretera pública mientras una húmeda bruma que se alzaba del suelo elevaba consigo el olor de la tierra.

Fue entonces cuando la hermana Alphonsa vio al padre Romulus. Se quedó parada, mirándolo fijamente con culpa y júbilo a la vez. *Mi querido padre, ¿cómo no te había visto?* La felicidad la llenó. Saltó hacia él y le dijo: *Sabía que no te perderías mi funeral. Pero no te vi por concentrarme sólo en mis preocupaciones.* Sopló las gotas de sudor que caían sobre su frente y agregó: *Padre, ahora todo está bien con mi funeral.*

Le preguntó: *Padre, ¿escucharías la confesión de una persona muerta? Si no, ¿con quién me confesaré ahora? ¿O no pecaré más? ¿Ya no tendré miedos y tribulaciones? ¿Quién me aconsejará ahora?* La hermana susurró en los oídos del sacerdote: *Oh, maestro querido a mi conciencia, ¡Umma! ¡Umma!*

Aunque lo intentó, no pudo contener su deseo de contar el número de personas que conformaban su cortejo. *¡Buen Dios! Hay dieciocho dolientes. Contándome a mí, diecinueve. Contándome a mí dentro del*

ataúd, ¡veinte! ¡Jaja! Tantos han venido a plantarme como semilla de arroz en el suelo húmedo de una fosa recién excavada en el nuevo cementerio. Sin poder contener su felicidad, dijo a su cuerpo: *No temas, pequeña, vas a entrar en tierra fresca y rica que ha nutrido mangos, pimientas, bananas, jacas y camotes.*

Mientras el cortejo subía los escalones que llevaban a la iglesia, las portadoras jadeaban y sudaban. Alphonsa exclamó, preocupada: *Mis queridas hermanas, ¿qué debo hacer? ¡Sigo siendo una carga, siempre! Por favor perdónenme una última vez.*

Cuando lo colocaron dentro del templo, Alphonsa fue a despedirse de su cuerpo. Bajo el forro negro del ataúd, que ahora se alzaba sostenido en sus cuatro esquinas por patas similares a las de una mesa, vio su propia cara. Estaba pálida.

Parecía como si se hubiera quedado dormida de improviso. *¿No sabes que has muerto?*, preguntó a su cuerpo. Sus dientes superiores estaban a la vista porque sus labios habían retrocedido ligeramente. Alphonsa sintió ganas de juntarlos para ponerlos como deberían estar. *Pequeña, ¿no debieron cerrártelos cuando moriste como hicieron con tus ojos?* Y entonces besó esos párpados, esos labios pálidos y esa frente expuesta. *¡Umma! ¡Umma! ¡Mi querida Annakutty!*

Fue entonces cuando notó una hebra de gris en el cabello que se ocultaba detrás de su oreja. Se sorprendió. *¡Buen Dios, he encanecido! ¡Con sólo treinta y seis años!* Un relámpago de tristeza la atravesó. Lo dejó pasar. Abrazó su cuerpo y dijo: *No importa, querida. No importa. Ahora, no nos importa nada.*

El padre Romulus terminaba su panegírico.

«Bendito sea el convento en que ella vivió. Bendita sea esta aldea, Bharanganam, donde su cuerpo sagrado es puesto a descansar».

Alphonsa sonrió con timidez. *El padre está diciendo todo esto por afecto hacia mí. ¡Padre!*, clamó, *cuando me plantes en la tierra revuelta y fresca del cementerio, riégame con amor. Daré abundante cosecha. Como los tallos de grano, danzaré con el viento. Maduraré bajo el sol y esperaré la recolección.*

Nuevas manos vinieron para ayudar a las portadoras exhaustas a cargar la caja. El cortejo se movió del fresco interior del templo al patio repleto de aire y luz del día. Alphonsa vio la tierra roja que había quedado amontonada a los lados de la fosa como una pequeña cordillera. *¡Qué bonito!*

Las hermanas bajaron el féretro al suelo cerca de la tumba. Lloraban. *Achachan* lloraba. El padre Romulus se enjugaba el rostro. Alphonsa sintió un dolor tormentoso crecer en su interior. Llorando también, se movió nerviosamente como un plateado rayo de sol entre los que se lamentaban por ella y besó cada una de sus lágrimas.

El entierro había terminado. Alphonsa se quedó parada viendo cómo se dispersaban los dolientes. Por fin, ella y su tumba se quedaron solas. Examinó las flores y las velas colocadas en los seis pies de largo que ocupaba el montón de tierra que era ahora su tumba. Sonrió.

Y entonces, justo antes de derretirse en la luz del sol, Alphonsa miró hacia el cielo azul y las nubes y exclamó: *¡Oh! ¿Ahora quién me mostrará el camino al cielo?* •

Traducción de Iván Soto Camba, a partir de la traducción del malayalam al inglés de Anupama Raju.

Nota:

El autor reconoce y agradece al libro *Alphonsammayude Likhithangal* (Escrituras de la hermana Alphonsa), compilado por la reverenda Damianos, por las citas de la carta escrita por la hermana Alphonsa y también por los fragmentos del discurso del padre Romulus que se incluyeron en la historia.

La Hermana Alphonsa (1910-1946), nativa de Kerala, fue canonizada en 2008. Su tumba está en Bharananganam, en el distrito Kottayam, en Kerala, India.

Annakutty fue el nombre dado a la hermana Alphonsa cuando tomó sus votos.

El *padre Romulus* fue el guía espiritual y confesor de la hermana Alphonsa.

Una afectuosa esperanza

MANTHRI KRISHNA MOHAN

Si tan sólo el cuerpo se volviera árbol.
Qué esperamos más que
risas verdes, muy satisfactorias.

Por ser amigo de la gentil brisa
se puede enviar cartas de amor a las nubes.
Por componer canciones verdes a lo largo del día
se puede organizar conciertos al anochecer.

Ahorrar algunos rayos de sol
puede generar calor
incluso cuando soplan vientos helados;
con raíces de *saris* doblados, firmes en el suelo
se puede mojar bajo la lluvia como una jovencita.

Para describir nuestra belleza
se puede invitar a los poetas *prabandha* de nuevo.

Y si el otoño de dos meses comienza

tenemos tiempo de cambiar de vestido

ya que aún es el ensayo de las canciones de primavera.

¿Sirven los humanos parados

entre la tierra y el cielo?

Haciendo correr la sangre de otro humano,

rompiendo los huesos de compañeros humanos:

quién se mantuvo como epítome

de sacrificio sino el árbol.

Para quitar las impurezas,

tendremos que nacer como plantas.

Del suelo deberemos emerger

con mil brazos.

Hasta que la tierra florezca con verdor

las semillas serán sembradas en cada humano.

Deberemos ser modelo de montaña verde.

Versión de Víctor Ortiz Partida, a partir de la versión
del telugu al inglés de K. Damodar Rao.

¿Dónde está mi casa?

MUKUNDA RAMA RAO

ERA UNA NOCHE HELADA. Una y otra vez, el viento gélido nos punzaba las orejas. A pesar de que usábamos suéter, estábamos temblando. Nos sentamos en la sala, después de cerrar ajustadamente las puertas y ventanas.

Hay muy pocos programas de tele que nos gusten a los dos. En un canal, había un concurso de cantantes aficionados. Todos los chicos eran buenísimos. Nos había absorbido tanto que olvidamos incluso cenar.

De pronto, el timbre de la puerta nos sobresaltó. ¿Quién podía ser, tan avanzada la noche? Nos miramos uno al otro, sorprendidos y también, preguntándonos tácitamente quién se levantaría para abrir la puerta. A esa hora, la reja de la calle debía estar cerrada con llave, no había forma de que un extraño hubiera entrado, así que seguramente era un vecino de los pisos de arriba. Asumiendo esto, abrí la puerta... la reja estaba abierta.

Un hombre de mediana edad, un niño (que parecía ser su hijo) y un anciano estaban al otro lado del umbral.

—¿Me recuerdas, Raoji? Fuiste a nuestra casa una vez —dijo el primer hombre.

Cuando dijo que había ido a su casa, ¿cómo iba a responderle «no lo recuerdo»? Después de ver mi cara inexpresiva, empezó a dar detalles, esperando que ayudaran en algo:

—Tu amigo Sridharji, que vive en nuestra calle, te llevó a mi casa. El lugar te gustó mucho. Ahora que veo tu hogar, me doy cuenta de por qué querías que tu esposa viera el nuestro. También yo debería traer a mi esposa a que viera tu casa. Las dos parecen interesadas en el diseño de interiores, un gran pasatiempo. Con ustedes dos iba alguien más, no recuerdo su nombre. Escribía poemas en francés y los llevó con él, porque supo que mi esposa es experta en ese idioma.

Mientras él buscaba qué más decir, lo recordé:

—¡Ah, eres Suriji! ¡Disculpa que no te haya reconocido de inmediato! Hace tanto que visité tu casa. Como fue esa vez solamente, lo había olvidado. Por favor, no vayas a tomarlo a mal. ¿Qué les trae aquí, a esta hora de la noche?

La cara de mi esposa se había iluminado cuando lo escuchó mencionar el diseño de interiores.

—Déjalos entrar. Los detuviste en la puerta —dijo ella—. Vengan, pasen... afuera hace frío y hay mosquitos.— Los llevó hacia dentro y cerró la puerta.

Cuando ya todos estábamos sentados, Suriji dijo:

—Traje a mi hijo para que nos acompañara... necesitaba venir a tu casa para hablar de este hombre.

—Continúa... ¿quién es él? —pregunté, mirando al viejo.

—Para allá voy... según recuerdo, me dijiste que trabajabas en una empresa de *software*.

—Seguro, pero hace casi cuatro años que me retiré... Dime, ¿cuál es el problema?

—Nada grave. Tampoco sé quién sea este anciano. Llegó a nuestra casa hace una hora y tocó a la puerta. Cuando le preguntamos a quién buscaba, sólo repetía: «Nuestra casa, ésta es nuestra casa». Le dijimos que no lo era y me puse a indagar dónde vivía y demás... Todo lo que encontré fue que salió de su casa para comprar medicinas y no pudo encontrar el camino de vuelta. Iba de casa en casa. ¡Cuántas puertas debe de haber tocado, cuánto tiempo llevaba haciéndolo! Qué triste. Su hijo trabaja en la Satyam Company, donde tiene un puesto de alto nivel y se llama Ramabrahmam. Es todo lo que ha sido capaz de recordar. Lo traje aquí, pensando que tal vez podrías conocer a Ramabrahmam. O, aunque no lo conozcas, puede que conozcas a alguien que trabaje en Satyam y viva cerca de aquí.

Lo entendimos. Durante unos momentos, mi esposa y yo fuimos incapaces de decir algo. Nos asombró que Suriji se hubiera tomado tantas molestias para ayudar al anciano que había perdido el rumbo.

—Estuvimos deambulando en mi coche por todas las calles que él iba mencionando, sin ningún resultado. No sabíamos qué más hacer. Como último recurso, llegamos aquí. Si podemos, de alguna forma, lograr que regrese a su casa, habrá valido la pena.

Escuchaba a Suriji mientras, de tanto en tanto, miraba de reojo la tele. Eso le molestó a mi esposa y fue a apagarla.

—Los empleados de Satyam que conozco no viven cerca de aquí —apenas había terminado de decirlo y empezaba a pensar en otra forma de solucionarlo, cuando mi esposa me recordó que el hijo mayor de su hermano, Raju, había trabajado ahí mucho tiempo.

Cuando encontramos el número de Raju y le hablamos, una grabación nos avisó que su teléfono estaba apagado.

Día con día, la ciudad ha cambiado hasta volverse irreconocible, incluso para alguien tan familiarizado con ella, como yo. Si ese anciano había pasado un tiempo fuera y acababa de regresar, no era extraño que ahora se hubiera perdido.

—Hagamos esto, Suriji: tratemos de averiguar más información sobre su hijo —luego, me volví hacia el hombre y le pregunté—: ¿Dónde vivía antes?

Nos dijo el nombre de una calle en Visakhapatnam, junto el número del domicilio. Respiramos, aliviados. Ante mi pregunta de quién vivía ahí actualmente, la respuesta fue que nadie. Me sentí desanimado.

Después de unos minutos, le pedí que me dijera todos los sitios en los que había trabajado, a lo que me dio una larga y detallada respuesta, con fluidez y sin pausas: unos años en el ejército, unos cuantos más en el ferrocarril y después un tiempo en organizaciones no gubernamentales.

Sin saber por dónde seguir, se nos ocurrió que tal vez pudiera darnos el nombre de amigos suyos o parientes, cercanos o lejanos. Nos mencionó a varios, pero no podía recordar sus teléfonos. Entre los nombres, había incluido el de un hombre, ya mayor, al que resultó que conocíamos.

Después de unas cuantas llamadas, logré por fin conseguir su número. Cuando me respondió la llamada, lo puse al corriente de la situación. Irritado, me dijo:

—¡No tengo idea de quién sea el anciano que está en tu casa! ¡Me arruinaste el sueño! —y colgó con fuerza el auricular.

Mientras seguíamos con nuestros esfuerzos desesperados, mi esposa empezó a preguntarnos, uno por uno:

—Puede que no todos ustedes hayan cenado aún. Tomen un té, al menos. Y para ti, ¿té o café?

Padre e hijo respondieron que nada, de momento. El anciano no contestó. Mi esposa le dijo:

—Debería cenar. ¡Quién sabe cuánto tiempo lleve sin comer algo! Ha estado dando vueltas por ahí en este frío, sin un suéter.

—¡Ah, no! Para nada, voy a mi casa y ahí voy a cenar. Me estarán esperando con la cena. Sólo le voy a pedir algo: un vaso de leche tibia, con poca azúcar —dijo el hombre.

A mi esposa le encantó escucharlo y trajo la leche en menos de cinco minutos. El viejo la bebió, saboreándola. Empezaban a llegar las llamadas de casa de Suriji:

—No te preocupes, aquí está mi hijo. Vamos a encontrar a la familia de este hombre y nos regresamos a la casa. Si tienes sueño, vete a dormir. No te quedes esperando y preocupándote —dijo, con una voz suave.

Pensamos en llevarlo a la estación de policía, pero al final desistimos, porque no creímos que fueran a tomar el asunto con la seriedad necesaria. El tiempo seguía pasando y empezábamos a perder la calma.

En medio de la agitación, nos sorprendió notar que el viejo no parecía alterado, ni mucho menos. Nos estábamos desviviendo por identificarlo, pero él permanecía sentado, con una sonrisa imborrable, como si todo aquello no tuviera nada que ver con él.

De pronto, Suriji recordó que, poco antes, había conocido a un policía y propuso llamarlo.

—Veamos qué pasa. Si es un buen hombre, al menos podrá aconsejarnos qué más hacer.

Respondió. Estaba de vacaciones. Nos pidió que dejáramos pasar unos minutos y luego habláramos a un número que nos dio. En ese rato, él hablaría con alguien que nos ayudaría. Nos aseguró que no había problema y recuperamos la tranquilidad.

Tal como nos lo había pedido, esperamos un cuarto de hora e hicimos la llamada. Lo que nos anunciaron nos llenó de júbilo: el hijo del viejo ya había contactado a la policía. Nos indicaron que nos quedáramos ahí y en poco tiempo llegarían a donde estábamos.

Decidimos que el hijo recibiría un buen reclamo nuestro, tan pronto lo viéramos.

Una camioneta de la policía, y detrás suyo un coche particular, se detuvieron en nuestra puerta, después de seguir las indicaciones que les habíamos dado.

Un hombre joven salió del coche y le ofreció ayuda a una mujer mayor para bajar.

Apenas vio al viejo, la mujer rompió a sollozar, pero no hubo reacción por parte de él. Parecía un niñito extraviado que era incapaz de hablar.

Después de que terminaron el papeleo y se aseguraron de que el viejo era familiar de los querellantes, los policías se retiraron.

La angustia que habían sufrido la mujer y su hijo estaba dibujada con toda claridad en sus rostros.

—No sabemos cómo expresar nuestra gratitud a todos ustedes. No podríamos agradecerles lo suficiente los esfuerzos que hicieron para que llegara a casa a salvo, a esta hora de la noche, con este frío. Él ha sido muy afortunado de haber llegado a las manos de personas como ustedes —dijo su hijo, con los ojos húmedos, mientras sostenía mis manos.

—Tu agradecimiento debería ser para Suriji. Él es quien se puso a buscar tu casa diligentemente, sin perder la paciencia. Como sea, no podemos entender cómo es que dejaron a una persona de su edad salir sola. Lo menos que podrían haber hecho era asegurarse de que llevara en su bolsillo un papel con su domicilio y su teléfono —dije, un poco malhumorado.

—Pero, querido, ¿por qué íbamos a dejarlo solo así? —gimió la mujer—. Incluso mientras lo estamos cuidando, como los párpados protegen al ojo, nos asombra la forma en que se esfuma. Tengo fuertes dolores en las rodillas y no puedo caminar mucho. Este chico se va a la oficina por la mañana y nunca sabe a qué hora de la noche podrá volver. Y la oficina no está cerca de nuestra casa, por cierto. Todos los días, llega a casa fatigado. Y aun cuando está en la oficina, su mente está completamente enfocada en nosotros. Siempre que puede, nos llama para averiguar, directamente de nuestra voz, si tenemos algún problema. Y sus preguntas sólo logran irritar a este hombre. ¿Qué podemos hacer? Lo que es peor, hace todo esto y luego no lo recuerda. A pesar de tantas medicinas, no hay mejora. Por más que tomemos precauciones, nos mete en un problema o en otro. Como lo dices, todos los días ponemos en su bolsillo papeles con nuestros datos. Él los desgarra y los echa al bote de la basura. Si trato de llamar a mi hijo, pocas veces lo encuentro: juntas, seminarios, clientes... siempre una cosa o la otra, como él dice. Cuando le pedimos que deje de tomarse tantas molestias por nuestra culpa, que se busque una esposa y nos lleve a un asilo, nos para en seco: «No hables de eso», y frunce el ceño. ¿Qué nos sugieren hacer? No hay descanso, ni siquiera a nuestra edad —su voz empezó a quebrarse por el llanto y se detuvo. No podía hablar más.

—Mamá, para ya, te lo pido. ¡Mira a mi papá, qué sereno está! Si no lo encontramos, todo mal; si lo encontramos, todo mal. Señores, de nuevo, nuestro sincero agradecimiento a todos. He tratado de encontrar a alguien confiable que pueda cuidar a mi padre. También he consultado a especialistas para saber si es viable colocar un transmisor en su cuerpo, para que podamos rastrearlo —siguió diciendo, y al mismo tiempo, trataba de consolar a su madre.

¡Quién habría podido decir algo, luego de conocer el otro lado de la historia! Sentimos orgullo de ver a un hijo que, en esta época, se preocupa tanto por sus padres y les dedica tantos cuidados.

Al notar los ojos adormilados de su hijo, Suriji nos avisó:

—Bien, creo que ya nos vamos.

Todos nos despedimos de él llenos de agradecimiento. Más que alegría, la cara de Suriji irradiaba una tranquilidad absoluta. Cuando iba de salida, le dijo al anciano:

—Por favor, cuida tu salud.

Hablamos unos minutos, de cualquier cosa, con la familia, nos despedimos del viejo y volvimos a la sala.

Nos sentíamos satisfechos de saber que nuestra casa había sido el escenario de una buena acción. Ni siquiera habíamos notado el frío o los mosquitos durante el tiempo que duró.

Mi esposa dijo, vacilante:

—Si no te molesta, quisiera hablarte de algo.

—¿De qué se trata? —le respondí.

—Sólo si no te molesta —repitió ella.

—Puedes decirme lo que quieras —me había irritado un poco—. ¿A qué viene todo esto?

—No es nada. Tu mamá también acostumbraba salir a pasear por la calle. Arrancaba flores de casas, para robarlas, desde el otro lado de las rejas que protegían los jardines. Todos ustedes salían a buscarla, hasta que daban con ella, y la traían de regreso... ¿te acuerdas?

—Sí, sí... a veces, la encontrábamos con rasguños en los hombros, por las espinas. Por eso le decíamos: «Mamá, ¿para qué quieres todas esas flores? Hay flores en la casa. Y si no hubiera, podríamos ir a comprarlas». Pero ella soltaba una risa extraña, como diciendo: «Vete de aquí, zoquete». Hasta hoy, cuando veo a cualquier persona anciana recogiendo flores, recuerdo a mamá —dije, ensimismado.

No contestó nada, como si no quisiera seguir con el tema. Pero pude ver en sus ojos el miedo a que, con los años, yo también llegara a ser como el viejo que nos visitó ●

Traducción de Atahualpa Espinosa, a partir de la traducción del telugu al inglés de D.S. Rao.

Parando en nada

José Lourenço

Los toros de Bholanath se congelaron como si un semáforo en rojo acabara de encenderse en medio del campo de arroz. Ansioso por terminar el arado antes de que el día se pusiera mucho más caluroso, Bholu los abofeteó con inteligencia, pero los toros se negaron a ceder. Soltó la madera del arado y caminó hacia el frente; no había nadie y nada bloqueaba su camino.

Bholu sacó algo de forraje de la bolsa que tenía alrededor del cuello un toro y se lo ofreció a ellos. Extrañamente, ambos toros sacudieron la cabeza. Ahora completamente irritado, Bholu lanzó un fuerte golpe a sus nalgas. Los toros bramaron y giraron hacia la izquierda, tirando del arado y arrastrándolo detrás de ellos.

«¡Qué tipo de comportamiento chiflado es éste!», se preguntó Bholu. Llevó a los toros al extremo más alejado del campo y comenzó a arar desde allí. Cinco, seis de las carreras salieron bien. Pero a medida que los toros se acercaban al centro del campo de arroz surcado, volvieron a detenerse.

«¡Maldita locura!». Sacudió la cabeza, luego caminó hacia el frente y comprobó el suelo de cerca. Sin fosas, sin piedras. Absolutamente nada.

Bholu regresó detrás de los toros y los golpeó con su delgado fuete y comenzó a empujar y empujar: «Hirrrrr... huuuuuuuiiiiii...».

Esta vez, con los ojos muy abiertos y resoplando de terror, los toros se volvieron hacia la derecha y se fueron galopando por el campo hacia el pueblo.

Bholu, su esposa y sus toros vivían en una pequeña choza de paja en el borde exterior del pueblo de Keri. El campo de arroz estaba a sólo cinco minutos a pie desde la casa.

Los toros temían a Bholu. Bholu temía a su esposa. En una medida personalizada, según la tradición, ella nunca se dirigió a él por su nombre. En cambio, ella dijo cosas como, «¿Ahora estás culpando a los toros? ¡Hijo de puta perezoso! No puedo ganar. Arre, mira a Chandu, un hombre tan inteligente. Sólo porque Chandu viene en nuestra ayuda estamos bien».

Para evitar escuchar las arengas de su esposa, Bholu se levantó a la mañana siguiente al amanecer, alimentó y preparó sus toros y se fue con ellos al campo. Pero, una vez más, el arado no reaccionó bien.

Bholu removió la tierra del lado izquierdo del campo y luego la del derecho. El área de enmedio permaneció intacta. Los toros simplemente se negaron a ir allá. Bholu ató sus toros a un árbol al borde del campo y fue a la casa de su vecino en busca de ayuda.

La conversación fue breve:

—¡Oh Madhu! ¡Madhu!

Madhu salió de su choza.

—Por favor, préstame tus toros.

—¿Qué les pasa a tus toros, entonces?

—Nada. Los traeré de regreso pronto, dentro de dos horas.

—Tómalos, entonces.

Madhu se rascó la cabeza y volvió a entrar.

Los toros de Madhu conocían a Bholu y no tuvo problemas para aprovecharlos; trotaron voluntariamente delante de él mientras los llevaba hacia el campo. Pero cuando los condujo a la isla de tierra sin labrar, comenzaron con un sonido espeluznante y también se mantuvieron firmes a unos metros del lugar donde Bholu sólo podía ver el aire.

Un golpe con el palo no ayudó. Una patada en el trasero tampoco. Después de que Bholu los había abofeteado varias veces, los toros retrocedieron lentamente y se fueron de regreso por donde vinieron.

Bholu se rascó las flacas nalgas y reflexionó sobre la situación.

—¡Eh, Bholanath! —escuchó una voz familiar. Madhu vino, fumando un *bidi*.

—¿Qué está pasando, *bhai*?

—No están dispuestos a hacer el medio.

—¡Hettt! Te mostraré —dijo Madhu—. Ehhh Kallyah... ehhh Losnngya... ahurrrrr... ¡hirrrrrriaaaaahhhh!

Pero aunque Madhu bailaba y bailaba con sus toros de esta ma-

nera, lo mismo se repitió. Entonces Madhu y Bholu se fueron a casa rascándose la cabeza.

Esa noche, en la taberna del pueblo, Madhu compartió la historia. Todos sentados con sus clavijas de *feni* tenían un comentario que hacer.

—Debe de haber algo en el campo de Bholu...

—Arre, alguien debe de haber enterrado algo de oro allí...

—Algo está tratando de llegar a Bholu...

—¿La forma en que Chandu intenta llegar a la esposa de Bholu...?

—¡Cállense, tipos locos! —rugió Shembu, el brujo, desde una esquina oscura—. ¿De qué están hablando? ¿No ven lo que está sucediendo? ¡El campo de Bholu se encuentra en la frontera del pueblo! Donde se cree que el Guardián vive.

Un silencio cayó sobre todos los presentes; intercambiaron miradas preocupadas. Madhu incluso derramó un poco de *feni* en el suelo, para apaciguar de antemano cualquier espíritu que quisiera aparecer.

—Las cosas no van bien en el pueblo en estos días...

El brujo se puso de pie con los ojos muy abiertos y brillantes como brasas de carbón.

——Hace sólo unas noches, mientras caminaba por el borde del pueblo, vi una gran luz cegadora sobre los árboles.

—¡El Guardián puede convertir la noche en día...!

En la otra esquina, el viejo Bhikumam dijo, con una sonrisa entre dientes:

—Arre, no hay nada allí...

—Tal vez el Guardián se ha enojado —dijo Shembu, sin prestar atención al viejo—. Bholya, lo sorprendiste al ofrecer esto.

Bholu sacudió la cabeza. No había suficiente gachas para mojar sus estómagos en casa, ¿de dónde sacaría *toddy* y *bakri* para el *sur-rontt*?

La noche continuó. Para cuando salieron de la taberna, tropezando y chocando con las jambas de las puertas y entre sí, todos acordaron que deberían hacer algo con el problema de Bholu. Esa noche se colocó una ofrenda de *toddy*, pan grueso e incienso al pie del árbol del Guardián del pueblo.

La noche siguiente, los aldeanos acompañaron a tres parejas de toros al campo. Uno tras otro, los toros y los aldeanos maniobraron y se esquivaron por el campo como jugadores de futbol. El siniestro

parche de tierra de unos diez a doce pies de ancho permaneció intacto; ninguno de los toros pondría ni la sombra de una pezuña allí, ¡aunque Shembu, el brujo, había rezado en el lugar durante una hora entera!

Los aldeanos regresaron a casa, muy desconcertados. Cuando Bholu se acercó a su casa, Chandu, el jefe de la aldea *panachayat*, salió desde adentro. Justo detrás de él vino la esposa de Bholu a la puerta. Ella vio a su esposo y se sorprendió brevemente; entonces lanzó una risa forzada.

—Mira, Chandu ha traído plátanos. ¿Qué buen hombre, no?

—¡Ye, Bholya! —dijo Chandu—. ¿Algo gracioso está sucediendo en tu campo, según he oído?

Todo el pueblo sabía que Chandu llevaba a cabo numerosos negocios, y que metía el dedo en las casas de los demás. Bholu entró sin decir una palabra. Esa noche, una gran cantidad de *feni* fluyó en la taberna de Sazulo.

—La barriga del Guardián no está llena del *sur-rontt* —el brujo proclamó—. Tendremos que ofrecerle algo más.

—¿Un gallo? —Sadu, el barbero se ofreció voluntario.

—Tengo una gallina —Madhu dio un paso adelante—. Puedes pagarme en cualquier momento, Bholya... esta maldad puede afectar a toda la aldea; por eso estoy...

Bhikumam se rio desde su esquina:

—¿Cómo puede afectar? ¡Cualquier cosa!

Chandu avisó al maestro de la escuela. El maestro avisó al periodista local. El periodista habló con Kamarbandh. El doctor Kamlakar Kantak había sido, de hecho, un brillante e inteligente científico de la Universidad de Panjim, pero los universitarios y el mundo exterior lo conocían mejor como «Kamarbandh Kantak». Era tan brillante que podía hablar extensamente sobre cualquier tema.

Justo el otro día había dado una poderosa conferencia en el Instituto Nacional de Oceanografía sobre «Goan Fish Curry». Y en la caja negra de la Academia Kala, el día anterior a eso, había hablado durante una hora y media sobre «Cómo los agujeros blancos niegan los agujeros negros y potencian el universo».

Cuando Bholu fue al campo por la mañana, encontró que una multitud ya se había reunido. Chandu, el maestro de escuela, el periodista local y el doctor Kamarbandh estaban allí, hablando en voz

alta. A un lado, Madhu y los otros aldeanos se preparaban con una gallina, algunos chiles, sal y un limón.

Kamarbandh observó el curioso caso de los toros de Bholu. Asombrado, también siguió corriendo en círculos por el campo.

—Ciertamente, hay algo aquí —admitió al fin.

—¿Debo publicar eso? —preguntó el periodista.

—Alguien ha hecho algo de magia aquí —dijo el brujo, oscuramente.

—Algo ha afectado el campo —dijo otro aldeano.

—Alguien está sentado en la cabeza de Bholu.

—La forma en que Chandu...

—¡Cállate!

El doctor Kamarbandh y sus hombres pasaron un par de horas caminando y corriendo por el campo. Los aldeanos trotaban detrás de ellos y finalmente sacrificaron a su gallina. Al mediodía todos regresaron a casa por su siesta.

Cuando Bholu entró en la casa, su esposa lo reprendió:

—Hoy también has venido temprano, hombre bueno para nada.

Bholu entendió. Chandu había estado ocupado con el periodista y con el científico, o ya habría tenido deliciosos *chikoos* en su casa.

—¡Cómo irán allí los toros! El Guardián todavía está sentado —dijo el brujo Shembu esa noche a los aldeanos acurrucados alrededor del calor del *feni* de Sazulo—. Tendremos que darle un poco de más honor.

Madhu se adelantó nuevamente y se preparó para poner una cabra. La deuda de Bholu estaba aumentando. Cayó en un silencio resignado.Tan pronto como Bholu llegó a su campo al amanecer siguiente, abandonó todos los pensamientos de arar por el día. Una treintena de científicos y más o menos cincuenta periodistas se habían concentrado allí. El doctor Kamarbandh había arreglado un gran instrumento en el centro del campo y estaba realizando pruebas abajo de la tierra.

Uno de los médicos se acercó a Bholu y comenzó a examinar de cerca los extremos traseros de los toros de Bholu. Cuando sacó una sonda de su bolsillo, Bholu se alarmó mucho y se llevó al hombre.

Cerca de la máquina del doctor Kamarbandh, los aldeanos se preparaban para sacrificar su cabra. Chandu se movió de un lado a otro entre los dos grupos.

—Estos malditos tipos deberían ser expulsados de aquí —dijo Madhu.

Y Chandu:

—¡Vienen a esta tierra santa y hacen tanto ruido!

—¡Aleja a estos locos, hombre! —le dijo Kamarbandh a Chandu—. Un evento significativo ha tenido lugar aquí y estos locos están bailando con ¡una cabra!

El alboroto continuó durante todo el día. Alrededor de las cuatro de la tarde, Kamarbandh dejó escapar un triunfante grito. Todos los científicos se reunieron alrededor de la pantalla de la máquina y comenzaron a saltar de alegría.

—¡Mira! —gritó Kamarbandh a Chandu—. Hay algo ¡Aquí abajo! Podemos verlo en esta pantalla. Como una bola aplanada, sobre ocho pies de largo y cinco pies de altura.

Bholu, Madhu y los otros aldeanos estaban perplejos. Ellos no podían ver nada en medio del campo de arroz. Chandu tampoco entendió por qué los científicos estaban saltando, pero como jefe del *panchayat* conocía sus responsabilidades: se puso de pie y comenzó a dar un discurso.

—Nuestro pueblo será conocido en todo el mundo ahora— señaló—. De ahora en adelante, si alguien quiere hacer algo aquí, el gobierno tendrá que apoyar a nuestro *panchayat* con ayuda y dinero. Los científicos también deben ayudar. ¡Si nuestro pueblo va a ser famoso, también debe progresar y prosperar!

Luego Chandu fue a ver a los aldeanos reunidos:

—Construyamos un gran templo aquí en honor al Guardián —dijo—. Propondré esto al *panchayat*, y lo aprobarán. Estos doctores y el gobierno nos darán dinero, y lo construiré.

Cuando Bholu llegó a casa esa noche, su esposa estaba refunfuñando y preocupada. Bholu entendió. Chandu había estado totalmente ocupado en el progreso y la prosperidad del pueblo; de lo contrario, habría una cesta llena de papayas maduras en la casa.

En cuatro días, el campo de arroz de Bholu se convirtió en un recinto ferial. Doscientas o trescientas personas acamparon allí. Científicos y equipos de televisión de todo el mundo estaban ocupados trabajando. Habiendo recogido algo de dinero del gobierno, Chandu y los aldeanos comenzaron a construir un templo cerca del punto de interés.

El arrendador cuyo campo cultivaba Bholu recibió una fuerte compensación del gobierno. Los científicos ataron una cuerda alrededor del lugar misterioso para que quedara fuera del público.

—El objeto que hay aquí debe ser una entidad extraterrestre —dijo Kamarbandh a los periodistas—. ¿Qué es, de dónde viene? Todo esto debemos averiguarlo. He llamado a esta entidad «Kamarbandh Bandhkamar» —continuó—. Debemos abrir esta cápsula cerrada y ver su contenido. Debemos levantarla desde aquí y llevarla a nuestro laboratorio para estudiarla más.

Al escuchar esto, el viejo Bhikumam permanecía parado con las manos detrás, y rio.

—¿Cómo va a quitar lo que no está allí?

Uno de los científicos trajo una soga, pero no encontró nada que atar. Otro trajo una grúa, pero no había nada que levantar. Rociaron agua en el suelo. Luego pasaron corriente eléctrica a través del lugar y sometieron el suelo a todo tipo de radiación y vibración, pero nada había cambiado.

El hombre podía caminar sobre ese terreno sagrado tanto como quisiera, pero ningún toro, perro o gato estaba listo para olfatear o cagar en el lugar. El mundo entero se sacudió. Los periódicos criticaron las noticias; los canales transmitieron interminables especulaciones, pensando que el mundo estaba llegando a su fin. Algunas personas dejaron sus casas y fueron a los bosques.

El presidente estadounidense culpó a los iraníes por el incidente y los bombardeó. El maestro de escuela se despidió. Chandu presentó una petición. En la tarde del quinto día, dos mil personas se habían reunido. Las donaciones fluyeron para el templo y Chandu bailó de un lado a otro hasta casi agotarse. Esa noche, Chandu le dijo a Bholu que vigilara el templo y lo dejó dormido en la terraza inacabada del mismo.

Cuando Chandu llegó a su casa, casi amanecía. Cuando Bholu se levantó al amanecer, vio a sus toros durmiendo profundamente en medio de todas las cuerdas, máquinas y cámaras. Al ver los toros allí, los científicos corrieron a sus pantallas.

—¡Se fue! ¡Se ha ido! —se lamentaron.

Al enterarse de esto, el viejo Bhikumam sacudió la cabeza:

—¡Cómo, si nunca estuvo allí!

Los aldeanos acudieron trotando como mandriles a la tierra sagrada. Se alegraron de que el Guardián se hubiera levantado satisfe-

cho. El ritmo del templo se incrementó; ya había recaudado una gran cantidad de dinero. Chandu se compró un auto, aunque no podía conducir.

Los científicos recogieron todo su equipo y se fueron, profundamente decepcionados. Las personas que se habían retirado a los bosques creyendo que el mundo estaba llegando a su fin regresaron a regañadientes a casa.

El doctor Kamarbandh recibió un premio internacional. Llamó a una conferencia de prensa para negar informes de que era considerado para el Premio Nobel, ayudando así a difundir más el rumor. El gobierno de Goa aumentó su salario tres veces. Su libro titulado *La investigación inútil de Kamarbandh* se agotó en tres meses. Rápidamente se puso a trabajar en un nuevo texto, *Fish Curry and Kamarbandh*.

En el pequeño pedazo de tierra que Bholu una vez labró se construyó el templo. En la inauguración, el invitado principal colocó una guirnalda de flores alrededor del cuello de los toros de Bholu. Fueron a entregarle una guirnalda a Bholu, pero no estaba en casa, así que en lugar de eso engañaron a su esposa.

Más tarde, en la noche colocaron una guirnalda alrededor del cuello de Chandu. En las elecciones siguientes, Chandu se presentó como candidato y fue elegido como miembro de la Asamblea Legislativa. Ahora iría de rico a más rico. La esposa de Bholu se fue a vivir con él.

El comité principal del Templo del Guardián declaró que los toros de Bholu eran santos. Fueron tomados de con Bholu y de allí en adelante alimentados y vestidos por el templo. Bholu se levantaba por las mañanas y acariciaba las pacas de heno que habían quedado pero ya no eran necesarias. Comenzó a vagar por aquí y por allá. Un día desapareció, pero nadie se preocupó mucho.

Aunque cada Shivratri, cuando ese glorioso festival religioso se desarrolla a su alrededor, se pueden escuchar los cantores del templo cantando y cantando: «Jai Bholanath. Larga vida a Bholanath. Larga vida...» ●

Traducción de Omar Gómez, a partir de la traducción del konkani al inglés del autor.

Wilson Kateel

Dentro de la Caja Geométrica

La escala se pregunta
¿Qué pasa si alguien cruza
la línea que he trazado?
El transportador piensa
¿Qué pasa si alguien
cambia la dirección
a la que apunto?
El compás tiene miedo
¿Y si alguien rompe
las falanges que construí?
La goma está asustada
¿Y si alguien despierta
al error
que yo he borrado?
El lápiz
se revuelca de dolor
¿Y si alguien
destroza
la imagen de un bebé
que yo he dibujado
en el margen de una hoja?

Mejor no hagan esto

No vendan tabaco
Cerca de las escuelas y universidades
Ya hay suficiente opio
En los libros de texto

No muestren cine para adultos
A los menores de 18
Nuestros canales ya transmiten
Las cochinadas de los hombres de Dios

No enciendan cigarros
En las asambleas
La tarea de penderle fuego a la audiencia
Es de los oradores

Sobre todo
No voten por dos partidos en los comicios
Uno es suficiente
Para destruir al país

Versiones del inglés de Eduardo Padilla,
a partir del original en konkani.

Hemant Divate

Mariposas

Mientras iba rondando por el jardín de mi colonia de viviendas,
casualmente, le comenté a un amigo:
Sabes, en estos días, ya no se ven esas pequeñas mariposas
amarillas, comunes.
Casualmente, me contestó
Esa marca se ha descontinuado.

La temperatura promedio de una palabra para ser usada en un verso

Cuál es la
temperatura promedio de una palabra
para ser usada en un verso?
Hice el experimento en un poema
inserté un termómetro en las axilas de las palabras
y
coloqué las palabras en versos
algún tiempo después
se desarrolló un estado tormentoso
y la atmósfera de los versos se veía afectada adversamente
por la diferencia entre la temperatura interior de las palabras y
[la exterior
tuve miedo

de la posibilidad
de que al pisar la maraña creada
por los versos que contienen un significado fuerte
ejerciendo presión sobre los versos con un significado débil
podría resbalarme y caer tropezando
en las cursivas
o
un entero verso cuyo significado no tiene el respaldo de la
[experiencia, me podría estrellar encima
desde un nuevo poema que está a punto de ser escrito
una palabra sin sentido de presión baja
o una borrada
podrían por miedo
golpearme
de mala gana voy a dejar este experimento
de escribir un poema
ahora
hasta he cerrado este laboratorio

Cuando empieza la depresión

I.

Una paloma tiembla en la reja de la sala
y está a punto de colapsar
su vitalidad
me aterroriza
y con sus ojos atraviesa
los míos
y la reja

Sentado en el escritorio al lado de la reja escribo
un poema que en algún momento ha de terminar
si termina es el final de todo en este cuarto
lo cual significa que el reloj de este poema
parará

o volverá a empezar, un nuevo comienzo
¿Será esto que el reloj de la paloma sigue corriendo?

2.

Hoy hablé con amigos lejanos
de sus problemas
me peleé con mi esposa
en el celular
por la cuenta de su celular
mientras yo le explicaba
que nos esperan tiempos de terror financiero
el tono del diálogo se disparó
la frecuencia del pulso se disparó

3.

Compré una casa, estoy pagando las cuotas
compré una tele, estoy pagando las cuotas
nací, estoy pagando las cuotas
el paralelismo de estas
tres líneas recién pensadas
contestan mi pregunta
¿por qué vivo?

a pesar de esta convincente respuesta referencial,
sigue en lo profundo de mi mente
¿y si muero pronto?

4.

En el fondo, un punto para
el zumbido del ventilador sobre la oscuridad
y el tintineo deprimente de los carrillones,
los respiros colectivos como silenciados
los cuerpos tirados en la cama
como maletas en una plataforma

un enorme atasco de tráfico
gime en mi cabeza trastornada

cuando paró el ventilador
tú te volteaste para tu lado
el hijo para el suyo

yo también
para acomodarme me volteé hacia el hoyo negro
una nueva noche sofocante
pasó deslizándose
en un nuevo agujero negro

Un panorama deprimentemente monótono

a Hiranya

I

¿Cómo pudo el panorama en mi mente
filtrarse en la mente de mi hija?

Justo delante de mí, hay una extensión de
edificios, centros comerciales, autopistas, fábricas y tráfico,
y si le pido que dibuje un paisaje
ella esboza atardeceres,
un río que corre, árboles, praderas, altares,
perfila pájaros que parecen números garabateados
en mis pequeños cielos nublados

Nunca se ha visto
desde la selva incesante de esta ciudad
un atardecer más allá de la casa en mi cabeza,
el río, los árboles, los senderos, los altares, los pájaros y las
[aceras.
¿Cómo, entonces, pudieron éstos
filtrarse en su mente?

2

Cuando algún día ella comprenderá
esta imagen de mi infancia
que se ha ido,
y la respuesta
de *¿por qué dibuja exactamente así?*
¿ya se habrán derretido todas las pinturas
de toda la gente del mundo? ¿O seguirán ahí,
atrapadas en su propio silencio?

3

Como yo, ella tiene pesadillas
de gente acéfala transportando
cadáveres de pueblos huérfanos
hacia los cementerios de las ciudades
o arrastrando horrorosos paisajes ciudadanos
para sobreponerlos a pueblos borrados,
el mismísimo, idéntico panorama
encierra en sí mismo
a toda la gente acéfala,
todas, todas las ciudades tienen el mismo nombre
las mismas calles, los mismos edificios, los mismos centros
[comerciales,
todo trasladado al mismo lugar predefinido
como un regimiento listo para desfilar

Ella avanza por los senderos
mismo nombre, mismos colores
mismo olor, mismas formas
mismas caras como clones de sí mismas
y en las mismas encrucijadas engañosas
ella llega a la misma estatua

No importa adónde huye
la misma estatua la enfrenta una y otra vez
y ella llega a los mismos paisajes
de las mismas ciudades
sin señales ni marcas para guiarla

En los mismos lugares
ve a la misma gente
que habla el mismo idioma
con formas y gestos iguales
haciendo fila en filas del mismo largo
de la mismísima manera
yendo hacia las mismas estaciones
manejando los mismos vehículos
a la misma velocidad
en la misma dirección
al mismo tiempo
pasando por los mismos árboles
del mismo tamaño
del mismo tipo
separados de la misma manera
por los mismos separadores
en la misma calle

La misma gente
hecha trizas
de la misma manera
por las mismas bombas
desparramada de la misma manera
petrificada de la misma manera
quebrada de la misma manera

De la misma manera monótona
en cualquier canal de cualquier televisión
salen las mismas imágenes multiplicando miseria
monótona
mono-tonal
mono-tonal

totalmente monótona
deprimentemente monótona
totalmente deprimente
dep-dep-deprimente
Ella baja, baja y colapsa
ve mi rostro de siempre aterrado, deprimido

a última hora, cuando suelta
mi mano que ciñe entre la multitud
y exactamente como yo
ella también fluye en
la gigantesca inundación autodestructiva
de gente acéfala

Yo sueño el mismo sueño que ella está soñando
en el mismo momento
yo también veo su rostro petrificado, deprimido
veo el terror
y me estremezco
me olvido de llevar el pueblo a la ciudad y la ciudad al pueblo
[y llegar
aquí
¿llegar adónde?

Versiones de Zingonia Zingone, a partir de las versiones del maratí al inglés del Dilip Chitre, Mustansir Dalvi y Sarabjeet.

Aldea global

Pradnya Daya Pawar

Queríamos construir
un mundo extraordinariamente bello,
sin jerarquías.

Nunca quisimos luchar
por liberarnos de la historia,
no nos sentíamos avergonzados del pasado;
queríamos cantar
una canción primitiva y pura.
Teníamos la aspiración
de escribir un poema
sin final, impulsivo, intenso,
en el dorso de la tierra.

Teníamos la intención de jugar
con el pan y el hambre.
Nunca deseamos que jugaran
con el cuerpo y la sed nuestros.
Queríamos permitir
que el hombre afligido se vaciara por completo
en cada coito,
para que entrara en nuestros antiguos brazos.

Pero criamos el techo
con imágenes y metáforas
por una sombra pequeñita.
Construimos muros debido al miedo.
Instalamos azulejos
para que las cosas vivieran felices.
De nuestras manos
se deslizó la selva,
el agua
rompió los lazos.
¿Será posible encontrar
nuestra primigenia piel en la aldea global?

Versión de Víctor Ortiz Partida, a partir de la versión del maratí al inglés de Dileep V. Chavan.

Liberación

Varsha Adalja

Las puertas de la cárcel se abrieron y Avni caminó hacia fuera. Las puertas se cerraron tras ella con un estruendo y la dejaron frente a un mundo nuevo. Dio unos pasos: viento incesante, la bella luz del sol, el murmullo de los árboles, perros que ladraban por ahí. Recibir todo eso casi la asfixiaba. Se sentía incapaz de avanzar: ¡la libertad! Se sentó bajo un árbol y puso junto a ella una pequeña mochila que contenía su ropa y unos cuantos adornos baratos. La misma ropa que usaba cuando atravesó los enormes muros de la cárcel por primera vez.

Recordó cuando, esa misma noche, apenas había entrado, fue arrojada al nuevo y extraño mundo de la cárcel. No podía creer que tenía ante ella varias celdas estrechas desde donde las presas le lanzaban miradas interrogantes. Había empezado a temblar por el miedo, hasta el punto de que tuvo que apoyarse en la mesa del carcelero para mantenerse de pie y no caer desmayada. ¡Una pesadilla, sin duda! No supo qué fue lo que el carcelero le preguntaba ni cuáles fueron las respuestas que le dio. La pesadilla continuó cuando fue arrojada a una gran sala repleta de presas. Algunas trabajaban, otras estaban recostadas y unas cuantas incluso cargaban niños pequeños.

Entonces entró en pánico. Sentía la bilis subir hasta su boca. Se sentó en una esquina, con la cabeza entre las rodillas. Algunas presas se acercaron a ella para preguntarle si se sentía bien, pero ella solamente se quedó muy quieta, intentando contener el pánico. Se ofendieron ante su silencio.

—Déjenla, esa cabrona es una asesina. Ni más ni menos que una asesina, ¿y todavía se da esos aires?

Oh, Dios. ¿Asesina? La palabra le golpeó en el plexo solar como un relámpago salido de la nada. «¿Soy una asesina?», se preguntó. «Por supuesto que lo soy, anoche hundí un cuchillo en el cuerpo de Kedar, con toda mi fuerza». Ni siquiera él podía creer lo que había pasado: «Avni, ¿qué hiciste?». Pero se encontraba tan alterada que no podía escuchar nada. En su arrebato, había acuchillado a Kedar una y otra vez. Fue como si su cuerpo no le perteneciera. Volvió de golpe en sí cuando la sangre que manaba del cuerpo de Kedar casi tocaba sus propios pies.

Avni comenzó a dar alaridos mientras recordaba y, asustada por sus propios gritos, se dejó caer en posición fetal, luchando para protegerse del horror.

Una de las presas se acercó a ella y le preguntó:

—¿Por qué lo asesinaste?

Avni sintió que la bilis subía de nuevo a su boca y se cubrió con las manos, para detenerla.

—¿Era tu amante? Yo también maté a mi esposo. El desgraciado tomaba todo el día y luego me violaba. Hasta se acostaba con prostitutas.— Le dio una bocanada a su *bidi* y continuó—: Era un verdadero hijo de puta, un pinche vago —y escupió—. A nadie le importa que me haya violado a diario, pero cuando lo maté, y ojalá haya tenido un feliz viaje, el miserable, me sentenciaron a cinco años.

Apenas oyó la palabra *sentencia*, Avni salió de su estupor. «No, no me van a sentenciar», se dijo. «Soy una persona decente y con buena educación». Luego la golpéo la realidad y empezó a sollozar.

La mujer le dijo:

—No llores, tonta. Yo también lloré, a montones. Pero aun así me dieron cinco años. No importa: cuando termine mi condena y salga, voy a casarme de nuevo, con su cuñado. Está guapo.

Avni sintió que estaba atrapada en una telaraña surrealista que la sujetaba hasta asfixiarla. Quería gritar con toda su fuerza que ella no era una persona malvada. Era una persona cultivada, idealista, que no tenía por qué recibir una condena de cárcel. La tenían que soltar, dejarla libre. ¿Cómo iba a poder vivir con esas criminales, esa escoria?

La mujer soltó unos anillos de humo y luego aventó la colilla.

—No te espantes. Al principio, todo mundo se asusta, pero luego la cárcel empieza a volverse menos horrible y al final, hasta vas a preferir estar aquí. ¿Me entiendes?

Avni comenzó a llenarse de rabia. ¿Qué hacía ella ahí, escuchando a esa mujer? Se apoyó en la pared y cerró sus ojos, para dar por terminado el diálogo.

Había un mundo de diferencia entre ese día y el anterior. Ayer, ella era un ama de casa feliz, como un ave en libertad. Hoy, era una asesina, sentada junto a otra asesina en la cárcel. Tragó saliva y pensó en Paritosh, su esposo. Él llegaría en cualquier momento, la tomaría en sus brazos y toda la amargura de sus problemas y desventuras desaparecería al instante. Paritosh, tan amoroso, tan cariñoso, astuto, inteligente... él se encargaría de lidiar con todo el fastidio del juicio y los embrollos legales y la llevaría lejos de esa miserable cárcel, hacia su hogar feliz. Mucho tiempo atrás, había hecho algo parecido. La había sacado de su existencia solitaria en un orfanato, hacia un mundo distinto, y se casó con ella. Hoy, volvería a ser su salvador de nuevo. ¿Por qué preocuparse?

—Tu abogado vino a verte —dijo una voz tensa que cortó su ensueño.

La otra presa se levantó y se esfumó. Avni se puso de pie y fue al cuarto de visitas. Ahí estaba Umesh, su cuñado.

—Avni, *bhabhi*, no te preocupes de nada. Pero, ¿qué sucedió? ¿Cómo llegó a suceder esto?

Avni empezó a revivir los momentos de la escena del crimen: el cadáver de Kedar a sus pies, los ojos de éste mirándola fijamente, en la estupefacción. Ella, de pie junto a él, con un cuchillo largo y afilado en su mano, empapada de sangre. Empezó a sollozar como si su corazón fuera a romperse.

—Por favor, *bhabhi*, no llores.

—Umesh, todavía no puedo creer que lo maté. ¡Una asesina!

—No te preocupes, *bhabhi*, todo va a arreglarse. ¿Dónde está Paritosh? ¿No estaba contigo?

La sola mención de Paritosh ayudó a calmar sus nervios.

—Dios mío, sigo esperando a Paritosh. Viajó a Delhi por su trabajo. Yo estaba sola en la casa. Estoy segura de que ya debe de haber recibido el mensaje.

—¿Entonces él no sabe? Me sorprende que haya pasado esto, Kedar es un amigo muy querido.

Avni se preguntó qué debía contarle a Umesh y hasta dónde llegar. ¿Debía entrar en detalles escabrosos y decirle que Kedar trató de

violarla? Mañana todo estaría en las primeras planas, con su retrato a un lado: ¿el ama de casa de una familia rica involucrada en un caso de violación y asesinato? No, jamás.

—Lo siento, *bhabhi*, sé que debes estar en shock y completamente traumatizada, pero, como tu abogado, necesito saber todos los detalles para preparar el caso. Dime de una vez si de verdad mataste a Kedar, y si lo hiciste, por qué fue y cómo.

Avni se dejó caer en una banca y suspiró. Ahora tendría que narrar todos los detalles, una y otra vez, no sólo a Umesh, sino a otras personas. Y tendría que enfrentarse a muchas preguntas no expresadas.

—Sí, Umesh, maté a Kedar. Un día antes, el había regresado de Bangalore antes de tiempo y fue a nuestra casa. Se veía de buen humor: había obtenido su divorcio después de una larga espera. Paritosh estaba en Delhi, así que él me llevó a celebrar con una cena. Te hablé para que nos acompañaras, pero Heena y tú no estaban en casa. Así que al final fuimos los dos solos a cenar. Kedar bebió todo el tiempo que estuvimos ahí. Intenté convencerlo de que parara, pero no me hizo caso. Llegamos a casa muy tarde.

Avni juntó fuerzas para revivir el incidente de nuevo. Durante toda la cena, Kedar ignoró sus súplicas para que no bebiera tan rápido. Se embriagó por completo. Al llegar a casa, ella empezó a preocuparse. Su intuición femenina percibía que algo andaba mal, había algo fuera de lugar, como si el aire estuviera cargado de lujuria y traición. Kedar pidió que le sirviera jugo de limón. Tan pronto como entró a la cocina, él la asaltó por detrás y trató de abusar de ella. En el frenesí que siguió, tratando de salvarse del ataque, no supo siquiera que lo había matado. Fue como si hubiera estado en piloto automático. Tuvo que pasar un momento para que recobrara los sentidos y se diera cuenta de que Kedar yacía a sus pies, bañado en su propia sangre.

Umesh intentó apaciguarla:

—No te preocupes, *bhabhi*, estabas en riesgo. Lo que hiciste se debió a las circunstancias. Vamos a contratar a los mejores abogados de la ciudad. Cuando llegue Paritosh, dile que vaya a verme. Por cierto, ¿qué le dijiste a la policía?

—Les conté todo. No estaba en condiciones de mentir.

Umesh se fue. Avni regresó a su celda, llena de presas. Se sentó en una esquina y cerró los ojos. Vio cómo Paritosh le sonreía y se aferró a esa imagen, para mantener el balance mental. Tal vez dormitó un poco.

De pronto, se despertó cuando sus manos y pies estaban por acalambrarse y oyó a alguien decirle que Paritosh había llegado. Avni saltó y fue, casi corriendo, al cuarto de visitas. Paritosh estaba ahí, una imagen del desaliento: cabizbajo, las manos cruzadas sobre el pecho. Avni fue y se paró junto a él. Paritosh la miró:

—¿Qué sucedió, Avni? No entiendo.

—Ni siquiera yo entiendo cómo pasó —dijo ella—, pero ahora que estás aquí, sé que no debo preocuparme.

—Sí, ya... ¡Pero Kedar fue asesinado!

—Tampoco puedo creer que maté a Kedar. No tienes idea de lo horrible que fue la noche anterior para mí. Dios sabe que traté de llamarte al hotel de Delhi, una y otra vez, pero la línea se había descompuesto. Mala suerte.

—Pero ¿cómo pudo hacer eso Kedar?

—No puedo imaginarlo, me rebasa. Él era un buen amigo tuyo, Paritosh. Cuando llegó a casa, estaba tan feliz por haber obtenido su divorcio. Luego, en la cena, no paraba de tomar.

—¿Por qué tenías que ir con él? ¿No podías haberle pedido a alguien que te acompañara?

—Le hablé a Umesh, pero él y Heena habían salido. Después, Kedar no me dejó hacer más llamadas. Todo fue horrible, Paritosh.

Avni recargó la cabeza en el hombro de Paritosh y empezó a sollozar.

—Le pedí a la policía que te avisaran y ellos hablaron inmediatamente a la policía de Delhi.

Paritosh se dio la vuelta y murmuró:

—Ese bueno para nada llegó a contarme todo cuando estábamos en medio de una junta con la Dirección General: «Señor Paritosh, arrestaron a su esposa por asesinar a Kedar, su amigo». Imbécil, estúpido. Anu, me sentí tan avergonzado. Todo mundo en la junta me miró fijamente, como si fuera una criatura extraña. Y ese inspector Chahuan, canalla, empezó a interrogarme. Dios, me sentí tan humillado.

—¿El inspector te contó eso frente a todo mundo?

—Sí, y todo mundo saboreó el escándalo: violación, asesinato y mi esposa involucrada.

Paritosh se aflojó la corbata. Avni sintió que un peso la oprimía por dentro. Se iba muriendo poco a poco, cada palabra de Paritosh era una herida en su corazón. Moría lentamente... o ya se sentía muerta del todo. Murmuró:

—Paritosh, pensé que todos mis problemas iban a desaparecer en cuanto llegaras.

—Eso sí, de seguro. El dinero no es el problema. Voy a darle un cheque en blanco a Umesh. Tendremos a los mejores abogados trabajando en tu caso. Pero, ¿puedes ver lo difícil que será para mí dar la cara a la sociedad? Todo esto es terrible para mí, para ti.

—Pero, Paritosh, no hice nada malo. Cualquier otra, en mi lugar, se habría defendido.

Avni empezó a recomponerse.

—Cierto, pero hubo asesinato, violación y tu arresto: es un menú en bandeja de plata para los periódicos.

—¿Entonces crees que debí haberme sometido ante Kedar?

—No, no, Anu. Pero era posible otra solución, una vía intermedia, algo que salvara nuestra reputación y que guardara las apariencias. Se podría haber llegado a un arreglo.

Anu se sentó lentamente en la banca, devastada ante esas palabras desalmadas. Paritosh estaba de pie frente a ella, irritado, agitado y todo lo que tenía en la cabeza era su propio deshonor.

Avni nunca se había sentido tan sola. Le preguntó:

—¿Qué quieres decir con llegar a un arreglo? Se trataba de un hombre borracho y empeñado en violarme. ¿Crees que habría escuchado razones o se habría conmovido con mis lágrimas? Estaba más allá de eso. Nunca pensé en matarlo. Sólo sucedió, como un destello.

Paritosh se sentó junto a ella, abatido y sin esperanza.

—Tenemos que enfrentarnos a la realidad de lo que pasó. Ahora es mi deber trabajar en tu caso.

—¡Deber! ¿Vas a llevar mi caso porque es tu deber? Sólo puedes pensar en la reputación, el deber, en dar la cara a la sociedad. Sólo piensas en ti. ¿Y qué hay de mí? ¿Has pensado siquiera en el trauma y la angustia por los que he pasado? ¿No quieres que te hable de eso? ¿No vas a preguntarme?

—Anu, por favor, ten algo de perspectiva. Todo este incidente es espantoso, una pesadilla. Te arrestaron por homicidio. Cuando se abra el caso, la gente comenzará a hablar. Será un chisme irresistible. Estoy en una encrucijada y no sé qué hacer.

Anu miró fijamente a Paritosh, desde el fondo de su abatimiento. ¡Se trataba de la misma persona que había estado esperando, impaciente, todo este tiempo! La persona que debía salvarla. ¿Era posible que hubiera pasado todos estos años con él, entregando cuerpo y alma, sin haberlo conocido en verdad? Todo lo que le importaba era su reputación y su sitio en la sociedad. No tenía idea de su trauma mental y físico, ni le importaba. Por primera vez en su vida, se preguntó si en realidad lo conocía.

Paritosh siguió divagando:

—Anu, iban a nombrarme director de la compañía este año. Todo el trabajo duro de estos años ha sido para nada. No tenía idea de que mis sueños iban a derrumbarse así algún día.

—Sí, Paritosh. Yo tampoco tenía idea de que mis sueños se derrumbarían así.

Para seguirse revolcando en su desgracia, Paritosh agregó:

—¿Sabes, Anu, cuál iba a ser mi salario? Iban a darme un auto, a cubrir mi renta y a asignarme un viaje de negocios cada dos o tres meses. Ahora mi carrera se terminó.

—¡Sólo piensas en tu carrera y tu futuro! ¿Qué hay de mí? ¿Qué va a sucederme ahora? —preguntó, casi contra su voluntad.

—A eso me refiero: la gente dudará de tu carácter. ¿Por qué Kedar iba a intentar violarte? Anu, eres tan ingenua. Los fiscales pondrán en duda tu versión. Van a destrozarte en los interrogatorios. Tu honor estará en riesgo.

Anu le gritó:

—¡Cállate ya! ¡No sólo eres egoísta, también eres un cobarde!

—¿Anu...?

—¿Te sorprende? Hoy, que veo la horrible verdad sobre ti, también estoy sorprendida hasta lo más profundo. ¡No tienes idea!

—¿Me llamas egoísta? Te he dado todo. Me fui de casa, me alejé de mi madre, mi padre, mi hermano mayor, de toda mi familia, por ti. Por ti, Anu.

Avni se hizo a un lado, pensando en cómo esas declaraciones tan francas también podían ser mentiras disfrazadas.

—También creía eso, Paritosh, pero ya no. Ahora sé que, aun si no nos hubiéramos casado, habrías dejado tu hogar y a tu familia, porque no podías llevarte bien con tu padre, terco y de mal temperamento. El matrimonio sólo fue el pretexto.

Avni se dio cuenta de que, de pronto, estaba contemplando las cosas de una forma nueva, especialmente su vida pasada. Sus ojos estaban abiertos y todo, cada detalle, estaba claro como el agua.

Después de la boda, Paritosh había tenido un ascenso tras otro, gracias a los esfuerzos y el apoyo de Avni. Él decía que su jefe disfrutaba las fiestas que ella organizaba, o que la esposa de su jefe admiraba la decoración que ella le había dado a la casa. Ella siguió haciendo estos pequeños favores y Paritosh siguió subiendo en la escalera corporativa.

Paritosh reflexionó:

—Anu, estás siendo muy injusta al negarte a reconocer mi punto de vista.

—No, Paritosh, tú eres quien ha sido injusto conmigo. No me has tratado como a una persona, con su propia identidad. Estuve viviendo a tu sombra y se suponía que debía estar feliz con eso. Me exhibiste como tu esposa-trofeo, bella e inteligente, y como su dueño, tu prestigio y tu poder aumentaron.

Paritosh caminó dos veces alrededor del cuarto. Había llegado a su límite. Era incapaz de pensar, todo le resultaba confuso.

—Anu, ahora no estás pensando bien las cosas, pero cuando todo esto pase, y estemos juntos de nuevo, haré todo lo necesario para que seas feliz de nuevo. Te prometo que voy a contratar los mejores abogados y no voy a descansar hasta que te liberen.

—Sí, pero vas a hacerlo por tu bien, no por mí. Si me declaran inocente y me liberan, vas a recuperar tu puesto en la empresa y tu prestigio social. Vete ya, por favor.

Anu se dio la vuelta y se dirigió a la salida. Paritosh la retuvo, sujetándola de la mano.

—Anu, Anu, ¿te volviste loca? Vamos a superar esto y volveremos a tener nuestra estabilidad, como si nada hubiera pasado.

Anu liberó su mano con un tirón y volvió a avanzar hacia la salida. Cuando llegó a la puerta, se detuvo y volteó a verlo. Le habló con calma:

—Lo que haya pasado, ya pasó. No te molestes por mí, Paritosh. No hagas nada. No me interesa pelear este caso. Voy a declararme culpable y voy a quedarme en esta cárcel.

Paritosh no podía creer lo que escuchaba:

—Anu, ya perdiste por completo la cabeza. ¡No hagas esa insensatez! —Empezó a hiperventilar y la tomó de nuevo del brazo—: ¡Júrame que no harás algo tan estúpido! ¿Quieres quedarte encarcelada?

—Ésta no es una cárcel, Paritosh. En realidad, es un mundo en el que voy a liberarme de tu mundo. Aquí no hay simulación, no hay hipocresía, ni falsos prestigios o reputaciones que salvar. Tampoco seré Avni. En este mundo nuevo, sólo voy a ser un número.

—¿Cómo voy a vivir sin ti, Anu?

—Antes, yo pensaba lo mismo. Pero ahora sólo quiero descubrirme, descubrir quién soy en realidad.

—¿Aquí, en la cárcel? ¿Como una prisionera?

—También tú eres prisionero de las normas sociales y la hipocresía. Tu conducta pretenciosa, tus falsas creencias y todo tu comportamiento lleno de rituales sociales son más rígidos que los barrotes de esta cárcel. Tu mundo sólo es libre en el discurso, pero es una libertad prisionera. Déjame ir, Paritosh.

Avni salió y fue hacia la cárcel, hacia ese nuevo mundo libre de la simulación y la hipocresía del mundo exterior que ella había conocido.

Sentada, Avni abrazaba una mochila pequeña en su regazo, en la que cargaba sus pertenencias. Recargó su cabeza en ella. El tumultuoso tiempo que pasó en la cárcel había consumido su belleza y su juventud, pero su espíritu estaba intacto. Era su *renacimiento*. Avni levantó la mochila y empezó a caminar por el largo y desolado camino •

Traducción de Atahualpa Espinosa, a partir de la traducción del gujarati al inglés de Yasmin Dhorda.

Vishvaamitri, detrás de la curva

SITANSHU YASHASCHANDRA

Se precipitó para ofrecer amistad

a todos;

un sabio a quien llamaron Vishvaamitra.

No sabía mucho de un mundo que, ocupado en maniobras ordinarias,

no tardó mucho en arrojarle sucios montones de falta de respeto.

—Ella es una hija lánguida de semejante sabio:

Ella es nuestro río, Vishvaamitri.[1]

Ella no tiene lugares íntimos para lavarse, en los que las mujeres se [puedan bañar.

No hay muelles públicos donde los veleros puedan detenerse para [recargarse.

No hay banquetas tranquilas cerca de su corriente para un paseo tardío.

Gurús con el agua hasta la cintura profiriendo shlokas hacia el Sol

padres[2] **que bauticen a otros en el nombre del Hijo,**

ella no tiene ninguno.

Nada de agua, de hecho, nada que pueda llamarse de verdad agua.

---

1 **Vishvaamitri es un pequeño río que corre a través de Vadodara en Gujarat central. (*N. del T.*).**

2 **En español en el original. (*N. del T.*).**

Ella fluye, muda, arrastrando un líquido sin nombre.
Encuentra un pasaje estrecho
entre las bestias encerradas de por vida en el gran zoológico
y los ciudadanos de mi pueblo que merodean perdidos por un tiempo en
[el gran jardín.

Como una mujer leprosa, ella se retira con sus extremidades sumergidas
[en sí misma.

Este río nuestro no puede permitirse tener
vergüenza, esperanza, dolor ni una leve sonrisa en sus labios.

Siempre que la he mirado directamente
ella, en cada ocasión, ha bajado la mirada
y se ha deslizado detrás de la curva aquella.

Aunque, si lo piensas,
ella también podría haber sido alguna vez un río.
Como el Ganges Sena Volga Nilo Támesis Amarillo Misisipi Amazonas,
son todos ríos,
ella, también fue, quizá, uno.
Mucho más pequeño,
pero río también: agua corriente, en la que vivían criaturas acuáticas,
se reflejaba la luna llena,
ciervos, de cuernos enredados, al amanecer,
y al anochecer, guepardos, de cuerpos relucientes,
inclinaron las cabezas, respetuosos,
y luego bebieron;
en cuyas dos orillas, tierras de cultivo,
sedientas por el fuerte sol de verano,
amamantadas, agachándose en fila, sus labios temblorosos,
como infantes adorables.

—Cuando digo cosas como ésta,
de pie en ese puente de ahí extendido a través de ella,
suavemente, para que sólo ella pueda escuchar,
cada vez ella
ha fingido no escucharme.

Ella cierra los ojos, se pone un sari alrededor de su cuerpo delgado,
se cubre con suciedad flotante la cara,
se va, con algo de prisa, detrás de aquella curva.

Rara vez, sin embargo, finalmente,
cuando las cosas van más allá de su aguante,
entonces,
en una noche de monzón, en la oscuridad,
ella se crece, este río,
se desborda como los ojos de una niña ciega.

Temprano antes del amanecer, enseguida,
ella trepa por las orillas, rápidamente,
corre a la plaza del pueblo,
se pone de puntitas,
y se eleva a los pies de su Rey, antes tan cariñoso, ahora
vestido con ropa negra, sentado en un caballo negro,
convertido en piedra;

ella,
se detiene, observa, comprende, se muerde la lengua,
aprieta los labios, seca sus lágrimas
con el dorso de la mano, y, sola,
retrocede, se repliega, silenciosa, atraviesa todo el lodo, y se aleja

detrás de aquella curva.

La selva

La selva se incendia y el flujo de mi canción es lento.
A las aves que viven en los altos ébanos del lenguaje no se les
[puede prestar ayuda ahora.

Es una selva tropical antigua, verde loro, plena y amplia.
Muchos monzones lo han intentado; todavía hay agua debajo del suelo,
fangosa y amarga.

Las maderas gruesas y pesadas no arden tan rápido, las llamas
estallan, forman doseles de chispas, se detienen, sólo para
[comenzar de nuevo.
El fuego no se acuesta con los ojos cerrados en cualquier cama
[fresca de cenizas suaves.

Aquí hay agua, la suficiente para que el bosque no se seque,
pero no para apagar el fuego.

Con una lenta cadencia, esta canción también ha perdido su sentido,
no puedo reivindicar lo que sugiere.
Los gemidos de bestias, hombres, pájaros y árboles suenan igual.

Una parvada de loros, una gran parvada con cientos de loros,
[ahora se lanza al cielo.
Flota, se dispersa, se retuerce y cae: piedras grises
arrojadas al bosque

Si tan sólo pudiera recordar la prosodia que se preserva en las páginas
del libro de métrica perdido,
podría escribir la epopeya de los altos árboles de teca y de ébano
[entumecidos por los golpes de esas piedras.

El grueso y ancho estandarte en el templo de Shiva del bosque
se quema y aletea.
¿Dónde están las reglas de prosodia para las figuras
retóricas que escucho tan bien en el burbujeo del agua hirviendo
en la jarra del Shivalinga?

En el templo interior, el brillo puro.

Estoy adentro de los acantilados de mármol, frescos y blancos,
estoy adentro de los cristales multifacéticos,
detrás de las rígidas rocas de enormes diamantes tallados.

Veo por todas partes el bosque iluminado por las llamas,
no me ha tocado el fuego.
Estoy abrasado.
Ardo

Versión de Víctor Ortiz Partida, a partir de la versión
del gujarati al inglés del autor.

Jaisalmer

Gulam Mohammed Sheikh

Las doce caras del sol
encendidas
y
congelando
los doce mundos.
La arena huérfana yacía allí,
y las nubes se escaparon, viendo la oportunidad.
Las estrellas sonrieron, impotentes,
cuando
todas esas casas en el borde
del desierto
se levantaron y dejaron
camellos muertos a sus espaldas;
paquetes y pertenencias
cayeron inútiles en la arena,
los turbantes de los jinetes volaron
jirones
como las plumas de los pájaros
sacrificados y comidos,
y
hombres semidesnudos
seguían tragando
el aire pantanoso del desierto,
con la boca abierta de par en par.

Versión de Víctor Ortiz Partida, a partir de la versión del gujarati al inglés del autor y de Adil Jussawalla.

Ladrones

Girdhari Lal Malav

Los dos bueyes que tiraban de la carreta eran más como bebés de elefante que simples bueyes. Podían llevar una carreta cargada a una distancia de cincuenta kilómetros en una noche, sin pedir descanso. El metal de las campanas atadas a sus cuellos tintineaba mientras los bueyes trotaban, moviendo sus cabezas arriba y abajo. Los coloridos tapices de tela en sus lomos mejoraban la marcha de los bueyes. Bueyes así eran una posesión que enorgullecía a pocas familias en el pueblo. Ramchanda emitió un sonido típico con su boca mientras tocaba sus colas. Los bueyes entendieron el aviso y aumentaron su velocidad, como si estuvieran en celo. La carreta comenzó a rodar como el viento, levantando una nube de polvo.

Después de recorrer una distancia de aproximadamente un kilómetro, vieron a dos granjeros del pueblo de Motipara, custodiando un campo de mijo. Uno de ellos reconoció la carreta. Se preguntó en voz alta hacia dónde iría Dahji Patel, el veterano jefe de la aldea, pues ya iba a caer la tarde.

«¿Quién es Dahji Patel?», preguntó el otro. El primer hombre, que había mencionado a Patel, obtenía las semillas y fertilizantes que requería de él.

«¿No sabes quién es Dahji Patel, del pueblo Sokanda? Es famoso en toda la zona. Tiene la suerte de disfrutar un asiento al lado del rey en la corte real. ¿Quién no lo conoce?», soltó en un solo respiro.

«¿Cómo se llama?», preguntó el otro hombre de nuevo.

«¡Qué ignorante eres! Él es Nanda Patel. El gran campo cerca del límite del pueblo, donde dos guardianes vigilan la cosecha, pertenece a él», dijo el primero.

«¡Oh! ¿Es él, él?», el otro hombre expresó con una mirada de reverencia.

«Sólo había escuchado su nombre hasta ahora. ¡Ahora lo estoy viendo! ¿Y a dónde va a esta hora? ¡Qué decir de él! Es un hombre respetado. Tiene

decenas de trabajos para atender, como asuntos de la comunidad, disputas, tribunales, invitados, visitas, ¿y qué no?», el primero explicó.

Mientras tanto, la carreta se detuvo cerca de ellos.

«Ram Ram, Patelji». El primero ofreció saludos con las manos juntas.

«¡Ram Ram, hermano! ¿Protegiendo el mijo?», Patel respondió.

«¿Qué más? No hay otro trabajo; así que vinimos aquí», respondió el segundo hombre humildemente, aún cruzando las manos. Luego fingió risa.

«Bueno, bueno». Patel miró de cerca el campo de mijo. Escondiendo su intención codiciosa, dijo: «La cosecha es realmente abundante, este año. Dios tiene muchas bendiciones».

«Sí, Dahji; es toda tu gracia». El granjero se inclinó casi tocando con su cabeza el suelo. La carreta rodó por delante. Había otras cuatro personas en la carreta, además de Patel y Ramchanda. Todos del mismo pueblo y eran hombres de confianza de Patel. Modya, Dhanya, Rama y Kanha. Modya preguntó: «¿Quiénes eran estos hombres, Dahji?».

«Son nuestros pobres cultivadores. No les hagas caso», Patel respondió.

«Al contrario, ¿debería manejarlos adecuadamente, si me lo dices?», Modya completó su oferta con un abuso obsceno.

«¡No, no! ¿Qué estás haciendo? Callar. ¡No sabes nada!».

Patel silenció a Modya. Luego le preguntó a Kanha: «¿Has traído las cosas?».

Kanha sabía la intención de la pregunta de Patel. «Sí, Dahji, pero ¿cómo nos las arreglamos? Se derramará. Los idiotas, ya sabes».

«No, no. Sólo pregunté para comprobar que no te hayas olvidado», Patel se humedeció los labios con la punta de la lengua y tragó saliva.

El sol estaba a punto de hundirse en el horizonte occidental. Los granjeros y los trabajadores regresaban de los campos a sus hogares. La carreta iba a toda velocidad. Hubo intercambios ocasionales de saludos y algunas personas conocidas pasaron de largo. Las mujeres, caminando con manojos de forraje verde sobre sus cabezas, se cubrieron con sus velos y dieron paso al carro.

Rama preguntó, en un susurro: «¿En la próxima parada, Dahji?». Patel respondió de la misma manera: «Sí, en la próxima. Todavía hay luz del día».

La carreta se movía a un ritmo constante. Todos los ocupantes hablaban sobre cualquier cosa, para matar el tiempo. Hacían chistes obscenos, adornando la narrativa con bocados de expresiones lascivas.

«Vamos, Modya, sácalo de tu bolsillo. No dejas que incluso el viento toque tus *bidis*». Kanha tomó la mano de Modya y deslizó su otra mano en su bolsillo.

«Es un avaro», Dhanna intervino. «Cuando todos ustedes quiebren, sólo mis recursos vendrán en su ayuda». Modya cedió, sacó de su bolsillo y ofreció *bidis* a todos. Patel cambió el tema: «Dhanya, ¿qué pasó cuando fueron a secuestrar a la esposa del hermano de Rama?».

Modya interrumpió: «Nada de eso sucedió, Dahji. El padre de la mujer no tenía intención de enviarla. Muchas personas lo intentaron, pero en vano. Quería entregarla a otro hombre. ¡Bastardo codicioso!».

Todos se rieron mucho. «La mujer se comunicó en secreto a través de alguien para llevarla por la fuerza, ya que su padre no iba a enviarla de buena gana».

«¿Entonces?», Patel mostró interés en la historia.

«¿Entonces qué? ¡No tienen cerebro!», dijo Kanha.

«¿Cómo?», preguntó Modya.

«No podían ponerse de acuerdo en una cosa. No discutieron el asunto lo suficientemente en serio como para encontrar una salida viable. Tontamente, se pusieron en marcha en la misión una noche, armados con sus palos y reunidos cerca de la casa», dijo Kanha.

«¿No fuiste tú también con ellos?», le preguntó Patel a Kanha.

«Tenía que hacerlo. Amistad, ya sabes. Incluso si uno tiene que sacrificarse por la causa de un amigo, uno debería hacerlo. De lo contrario, ¿cuánto vale la amistad?». Kanha continuó: «Modya, Rama y yo tomamos posiciones detrás de la casa, esperando que entráramos a través del techo de paja y nos lleváramos a la mujer con nosotros. Estaba lista, como había dicho. *Ok*, lo que pasó a partir de entonces puede ser mejor narrado por Dhanya. En lo que a nosotros respecta, nos pusimos tan nerviosos al escuchar ruido que nos fuimos, antes de que la gente tuviera tiempo de reunirse en la escena».

«Dinos ahora, Dhanya», Patel disfrutaba los detalles.

Dhanya dijo a su vez. «¡Qué desastre fue! Tan pronto como entré a través del agujero hecho en el techo, la mujer se despertó e intentó dar alarma. "¡Cállate", le dije, "tanto a ti como a mí nos matarán!"».

«La advertencia no tuvo efecto en ella. Sus agudos gritos despertaron a todo el pueblo. La gente se reunió en poco tiempo. Se volvió demasiado arriesgado salir de la casa. Algunas personas también habían subido al techo. Mis amigos ya salieron desbocados», pensé.

«¿Qué más podríamos haber hecho? ¿Quedarnos allí para ser asesinados? ¿Cómo podríamos haber peleado con toda la aldea?», Modya defendió su acto.

Dhanya continuó: «Me devané los sesos. La mujer seguía llorando. En una esquina vi un contenedor de hojalata en un hueco de la pared y al abrirlo encontré que estaba lleno de chile en polvo. Envolví una colcha a una piedra de molino y grité en voz alta: "Estoy saliendo. ¡Deténganme si pueden!"».

«Luego levanté la piedra de molino, desde la apertura en el techo. Los hombres ahí afuera comenzaron a golpearlo con palos y lo que tenían. Después de unos minutos dejaron de escucharse. Tomando un puñado de chile en polvo con una mano y la colcha envuelta en la otra, saqué la cabeza fuera de la apertura. Tiré chile en polvo hacia los hombres que estaban aún allí. Tuvo el efecto deseado. Se dispersaron en poco tiempo, algunos frotándose los ojos y otros incluso llorando de dolor. No habiendo nadie en el lugar para enfrentarme, salí por la abertura y escapé tan rápido como pude».

«¡Qué trabajo tan heroico! ¡Ya no hay hombres como tú!», Patel le dio unas palmaditas a Dhanya en el hombro.

La carreta se precipitaba por la pista de barro. Al divisar un pozo y un par de árboles en el camino cerca de un pueblo, Patel señaló la ubicación y tocó a Ramchanda, quien lo miró. Patel susurró: «Aquí, debajo de los árboles».

La carreta fue conducida debajo de un árbol. Los bueyes fueron desenganchados y atados al árbol. Ramchanda barrió un pedazo de tierra, sirvió forraje a los bueyes y extendió una alfombra para Patel. Kanha y Modya descargaron algunos artículos de la carreta, encendieron un fuego con trozos de estiércol secos y pusieron un poco de *dal* para hervir. Otro hombre amasó harina de trigo e hizo algunos *baatis*. Patel le preguntó a Kanha: «¿Tónico?».

Kanha gritó: «Tráelo, Dhanya; se guarda debajo del piso de la carreta».

Dhanya sacó una botella, la descorchó y vertió el licor en seis vasos de vidrio. Sintieron el golpe tan pronto el alcohol bajó por sus gargantas. Comenzaron sus chismes de rutina.

«Una vez que eso sucedió, Dahji», Kanha comenzó, «cuatro de nosotros nos habíamos ido al pueblo de Kasanpara para nuestra ocupación habitual. Era tiempo de sembrar. La mayoría de la gente en esos días permanecía en un estado de agotamiento debido a la difícil rutina».

«No dejes que se queme el *baatis* mientras hablas», dijo Modya.

«No te preocupes; los estoy volteando. Vierte *ghee* en el *dal*», Kanha le dijo a Modya y continuó: «La gente del pueblo regresaba de los campos tar-

de, cenaban, alimentaban al ganado, preparaban las semillas para sembrar y se iban a la cama, con la presión del trabajo en sus mentes, para el día siguiente. Difícilmente tenían tiempo para alguna diversión. Se quedaban dormidos rápidamente, en poco tiempo. Ése era el momento que estábamos esperando. Cuando el silencio fue profundo, subimos a la casa de un Patel desde la parte trasera. Nos las arreglamos para saltar al patio que lucía la quietud de un cementerio. Buscamos en una habitación y, por suerte, encontramos una caja grande y pesada de lata. Dhanya la levantó sobre su cabeza y todos nos apresuramos hacia la puerta principal para salir. En ese momento, una anciana preguntó: "¿Quién está allí, Gopala?". Dije vagamente: "¡Hmm!", pero ella insistió: "Hmm... ¿Qué? ¿Quién es?, ¿tú?". La anciana había sospechado».

Dhanya interrumpió y agregó: «Estos tres lograron abrir la puerta principal y escaparon. También traté de correr con ellos, pero la carga de la pesada caja en mi cabeza me detuvo. La anciana seguía gritando tanto que muchas personas salieron de sus casas y algunas de ellas me atraparon con las manos en la masa».

«¡Te atraparon!», Patel expresó asombrado, «¿y entonces?».

«Comenzaron a golpearme por todos lados. Pude soportarlo como porque mi cuerpo está endurecido por el ejercicio desde la infancia. Otro en mi lugar habría caído inconsciente», dijo Dhanya.

Patel tragó de un solo golpe todo lo que quedaba en su vaso. Eructó en voz alta y, girando su bigote, preguntó: «¿Qué pasó entonces?».

«¿Qué más? Me llevaron a un espacio abierto y trajeron una linterna. Colocaron la caja en una plataforma y me ataron las manos y los pies con una soga. También me dejaron en la misma plataforma. Todo el que acercaba me pateaba o me golpeaba con el puño. Algunos quedaban satisfechos con gritarme sus insultos preferidos».

«Mira, preparemos la cena primero. Podemos seguir hablando mientras comemos», dijo Modya. Patel le preguntó a Dhanya: «¿Todavía hay algo en la botella?».

«Sí, hay un poco. Puedes terminártelo. Luego podemos comer», Dhanya ofreció.

Patel tomó el último sorbo. Rama sirvió cuatro *baatis* a cada uno. Abrió la parte superior de los *baatis* y puso *dal* sobre ellos. Comenzaron a comer. Patel retomó el incidente de nuevo. «Entonces, Dhanya, ¿te llevaron a la policía la mañana siguiente?

Modya interrumpió: «¿Por qué? ¿Para qué estamos nosotros?».

«¿Qué podían hacer ustedes?», Patel se agitó como si algo impensable hubiera sucedido.

«Nosotros lo rescatamos, Dahji», dijo Kanha, luchando con la sensación de chile en la lengua. Luego comenzó a toser. «Cómo...», Patel no podía entenderlo. «¿Cómo pudieron rescatarlo después de que lo atraparon? ¿Crees que soy tonto?».

«Cuando los tres huimos y Dhanya se quedó atrás, nos escondimos en un campo de mijo cerca del pueblo y vimos lo que estaba pasando desde una distancia segura. Nos asustamos cuando la gente comenzó a golpear a Dhanya, pues sentíamos que a nosotros también nos podían atrapar y golpear», dijo Modya. «Le dije a Kanha: se sabe que tu casta es tonta, pero ahora recuerda a tu Dios y exprime tu cerebro para encontrar una salida. Si entregan a Dhanya a la policía, sería un gran insulto para nosotros. ¡Nuestras madres se avergonzarían, amigo mío!», le lanzó una sonrisa burlona a Kanha, que estaba limpiándose la nariz que escurría copiosamente debido al alto contenido de chile en el *dal*.

Kanha protestó: «Mira, Dahji, este hombre no degradará mi casta».

Patel dijo bruscamente: «¡No discutas! ¿Qué paso después?».

Kanha continuó: «Después de todo, fue mi truco lo que funcionó. Nada vence a la inteligencia, ya sabes. Cuando le expliqué mi plan, Rama se negó: "No, no. ¡No podemos entrar en la boca abierta de un león!". Yo le aseguré: "La gente no podrá vernos. Nadie puede ver desde un lugar iluminado hacia la oscuridad de alrededor. Entonces, su atención tampoco estará puesta en nosotros". Con mucha persuasión, Rama estuvo de acuerdo».

Nos apretamos el turbante, recogimos nuestros palos y nos levantamos para enfrentar el desafío. Caminando en silencio, nos mezclamos con la gente que rodeaba al pobre Dhanya. De repente, Rama golpeó la linterna con su palo y comenzó a desatar a Dhanya. Aprovechando la oscuridad total, hicimos buen uso de nuestros palos con quien estuviera delante de nosotros. Tomada totalmente desprevenida, la gente comenzó a gritar, a llorar y a correr para resguardarse. Recogimos la caja y, en cuestión de minutos, salimos del pueblo junto con Dhanya, algunos hombres trataron de seguirnos pero pronto nos alejamos».

«¿Es cierto eso?», Patel estaba muy contento de escuchar su aventura. Añadió: «¡Los valientes deberían ser tan valientes como ustedes!».

Habían terminado de comer y ahora encendían *beedis* para fumar. Patel hizo balance de la situación. «Parece que la gente se ha ido a dormir. ¡Modya! prepárate, ahora». Kanha asintió con la cabeza. Caminó, subió al carro

y trajo dos palos y dos varillas de hierro. Los cuatro hombres tomaron un arma cada uno.

«¡La gracia de la Diosa Madre sea contigo! ¡Tengan cuidado!». Patel dio luz verde a la misión. Modya aseguró a Patel: «No te preocupes por nosotros. También cuídate y mantén la carreta con los bueyes lista para la carrera».

«No se preocupen por mí. ¡Vayan!», Patel los despidió con la mano otra vez.

Luego de que los cuatro hombres se fueron, Ramchanda extendió una alfombra en el piso de la carreta. Los bueyes estaban unidos al carro. Sosteniendo la cuerda, Ramchanda se puso en cuclillas en el suelo, frente al carro. El pueblo estaba profundamente dormido. El silencio fue perforado tan sólo por los ladridos de unos perros y por el ruido de la tos de un anciano. Este año el invierno era bastante severo y la gente evitaba dejar sus cálidas colchas.

Ramchanda encendió un *beedi* más, dio un largo bostezo y miró en el cielo. Un grupo de estrellas, Orión, estaba sobre su cabeza. Tauro gravitaba hacia el oeste. Patel había empezado a roncar. Un buey masticaba el *cud* mientras el otro lamía el cuello de su compañero. Sus campanas de metal hacían un sonido suave. El cielo nocturno con millones de estrellas era muy brillante.

Algunos perros ladraron de nuevo y el viejo tosió un par de veces más. Ramchanda alertó a Patel sin hacer ruido. Patel dejó de roncar y despertó con un tirón. Aclarando su garganta, preguntó: «¿Qué es eso?, ¿ya vienen?». «Parece que están volviendo. Puedo escuchar el sonido de sus pasos», confirmó Ramchanda.

«Prepárate, entonces», Patel se puso completamente atento

«¡Estoy listo!», aseguró Ramchanda, aclarándose la garganta.

Los cuatro hombres aparecieron rápidamente. Rama y Dhanya llevaban cada uno una caja en la cabeza. Se acercaron al carro e hicieron y anunciaron su llegada silenciosamente. Patel se incorporó. Ramchanda levantó el piso de la carreta. Las dos cajas se colocaron cuidadosamente allí y nivelaron el piso nuevamente. Extendieron la alfombra encima y todos tomaron sus posiciones. Nadie hablaba. Ramchanda, sentada delante de la carreta, arrió a los bueyes. La carreta comenzó a acelerar hacia su pueblo.

Casi amanecía. La gente giraba en sus camas para comenzar un nuevo día. Cuando la carreta pasó por el último pueblo, estaba bastante oscuro, pero ahora una luz dorada había comenzado a aparecer en el horizonte oriental.

Las mujeres y los hombres mayores habían salido de sus casas y ya iban

a sus quehaceres matutinos. Algunos de ellos incluso saludaron a los ocupantes de la carreta.

Los bueyes, ansiosos por llegar a casa, trotaban sin ser arriados. Patel y los otros iban medio dormidos. El sol ya se distinguía bien por encima de los árboles cuando la carreta pasó al lado del propio terreno de Patel. Sus guardias de la aldea Sokanda ya estaban allí. Una manada de ganado pastaba cerca. Cuatro niños vigilaban la manada. Dos entraron en el campo de Patel, arrancaron algunas espigas de mijo y salieron. Ramchanda los vio, detuvo la carreta y preguntó: «¡Ah!¿Van a asarlas y disfrutarlas?».

Patel de repente se interesó: «¿Quién está ahí?».

«Son pequeños arrieros, Dahji; arrancando espigas de mijo de tu terreno», Ramchanda informó.

Al escuchar eso, todos en la carreta despertaron de su sueño. «Vamos. Enciende un *beedi*. Todavía me siento somnoliento», murmuró Modya, frotando sus ojos. Kanha sacó cuatro *beedis* y se los ofreció a todos.

«¡Los ladrones son una maldita molestia!». Kanha inhaló humo de su *beedi* y pronunció una frase obscena, mientras expulsaba una nube de humo a través de sus fosas nasales. «¿Quién son ustedes? Vengan aquí». Los dos muchachos estaban parados como estatuas. No sabían cómo responder cuando estaban acorralados. Uno de ellos se aventuró a decir algo, vacilante: «Tomamos un poco para asar y comer».

Patel estaba rojo de ira. «Atrápalos y tráelos aquí, Ramchanda. Ya les había advertido antes, pero parece que no se darán por vencidos en su hábito de robar. ¡Seguirán siendo ladrones toda su vida!». Concluyó con algunos sucios insultos. Luego ordenó: «Amárrenles las manos y súbanlos al carro para entregarlos a la policía».

Modya y Rama agarraron a los dos niños que estaban llorando y rogando que los liberaran. Los subieron a la carreta. Los bueyes ya tenían prisa. Levantando mucho polvo, la carreta tomó el camino hacia el pueblo ●

Traducción de Omar Gómez, a partir de la traducción del rajastaní al inglés de Arun Sedwal.

El poder de los sueños

INDRA BAHADUR RAI

SI LOS SUEÑOS PUDIERAN CONTROLARSE y usarse de acuerdo a los deseos, tomarían la forma de algo poderoso. Serían primos dóciles de los pensamientos y la imaginación, convirtiéndose en una capacidad que podría ser muy útil para el ser humano. De ahí la importancia de recibir un entrenamiento largo y cuidadoso, por parte de un psicoanalista, para la comprensión del subconsciente. Porque a veces, cansada de la uniformidad de su producción, la naturaleza dota de este poder a ciertas personas que selecciona al azar.

Una noche, Manbahadur soñó con alguien que no conocía:

NUNCA LO HABÍA VISTO ANTES. Tampoco se parecía a ninguno de los hombres que protagonizaban las historias que había leído. Usaba zapatos rojos, pantalones caquis, abrigo verde a rayas y sombrero. Medía un metro ochenta de estatura. Cruzó la carretera y caminó hacia mí sin prestar atención a nada ni a nadie. A medida que se acercaba, el sueño se volvía confuso e incomprensible. Cuando se aclaró, me dijo: «Quieres que te dé diez rupias, ¿no es cierto? Si te digo que te las daré, no descansaré hasta hacerlo. Si hubiera sabido que necesitaría diez rupias, las habría cargado conmigo».

«Entonces, ¿cuándo me las darás?», pregunté con severidad. Él giró la nariz larga y puntiagida, el oscuro rostro escuálido y los ojos brillantes hacia mí y aseguró: «Cargaré un billete de diez rupias conmigo todo el tiempo. Cuando me vuelvas a ver, pídemelo y te lo daré. Si falto a mi palabra, que un *jeep* me pase por encima». Mientras hacía su juramento, se veía extremadamente asustado.

Ya despierto, mientras observaba las flores en el jardín, me pregunté cuál podría ser el significado de ese sueño. Decidí que representaba que el dinero es la fuente de toda disputa y profetizaba que me metería en una durante el día, así que debía conducirme con cautela.

Caminaba sobre la banqueta hacia mi lugar de trabajo cuando me di cuenta de que había llegado exactamente al mismo punto en que había ocurrido mi sueño. Mientras la gente me rodeaba como si fuera una glorieta para continuar su camino, me detuve y examiné el lugar. Si una disputa estaba a punto de suceder, debía ocurrir precisamente ahí. Sin embargo, todos los que pasaban lo hacían a paso tranquilo y ocupándose de lo suyo. Así que me consideré un tonto y seguí andando hacia mi destino. Justo entonces llamó mi atención un hombre que vestía un abrigo de doble pechera y unos pantalones caquis desgastados. Aunque aún estaba lejos, por su forma vacilante de moverse era obvio que caminaba con miedo mientras cruzaba apresuradamente la carretera. Alcancé a ver también que llevaba un sombrero y que, aunque venía directamente hacia mí, evitaba mirarme. Cuando se acercó más, observé detenidamente su cara. ¡Era el mismo hombre! Aunque ese descubrimiento no me atemorizó, me invadió repentinamente el impulso de hacer algo irracional. Caminé tan silenciosamente como él, lo detuve y espeté: «Dame diez rupias».

Me miró con los ojos completamente abiertos, de arriba abajo. No entendía lo que estaba ocurriendo. Tal vez trató de decirme algo pero sus labios apenas se movieron. Dio un paso atrás. Yo seguí mirándolo como si estuviera a punto de comérmelo. Una de sus manos se dirigió lentamente hacia el bolsillo de su abrigo, sacó un colorido billete de diez rupias y, sin decir palabra, me lo entregó. Lo acepté y retomé mi camino.

Pude sentir que él se había dado la vuelta tras de mí y también cómo su mirada me acompañó hasta que la oficina postal me ocultó de su campo de visión.

No conté a nadie el incidente. Temía que después de escucharlo hicieran innumerables comentarios, añadirían de su cosecha a la historia real y se la contarían a otros. Lo que sí hice fue examinar sin falta las diez rupias al menos una vez al día. Me preguntaba si el billete sería falso. Comparé su número de serie con otros de la misma denominación. No era falso. Empecé a cuestionarme si ese billete en particular serviría para comprar cosas. Hasta que un día traté de intercambiarlo por un libro. El dependiente lo aceptó y lo puso en la caja registradora inmediatamente. Sin pensarlo grité y se lo arrebaté. Entregué otro idéntico para sustituirlo y corrí de regreso a casa.

Esa noche tuve un ataque de pánico ante el pensamiento de perder el billete. El hombre no volvió a aparecer en mis sueños. Tampoco volví a encontrármelo. Fui a la estación de policía para preguntar por cualquier reporte de un hombre arrollado por un vehículo. Ningún accidente de ese tipo había sido reportado en los últimos seis meses. Después de algunas visitas indagatorias, comencé a sentir que los oficiales de policía empezaban a mirarme con sospecha. Dejé de ir a la estación.

Justo cuando intentaba olvidarlo todo y volver a mi rutina, el hombre vino a mi casa. Había adelgazado mucho y se veía frágil. Parecía aún más asustado que cuando nos encontramos la última vez. En cuanto a mí, me molestaba mucho tener que verlo de nuevo. «Por favor no te molestes por verme aquí», suplicó. Al ver mi reacción dijo con voz triste: «¿Lo que te está molestando es tener que regresarme las diez rupias? Tendrás que devolverlas de cualquier manera». «No recibirás ni una rupia de vuelta», repuse. «¿Por qué no?», a pesar de mantener un tono amable, siguió interrogándome con firmeza: «¿Por qué razón te di yo ese billete? Explícame al menos eso». Lo cierto es que para mí ésa todavía era una pregunta difícil de responder.

«Tú dime por qué me lo diste. Porque estabas obligado a dármelo, ¿por qué si no? Medítalo con calma, y si todavía sientes que tengo que devolverte el dinero, te lo daré. Si falto a mi palabra, que un *jeep* me pase por encima».

Se quedó parado ahí con expresión malhumorada mientras yo lo esquivaba y me alejaba en dirección al mercado.

Al día siguiente volvió a visitarme. Esperó durante media hora, que pasó merodeando por el jardín hasta que me vio salir. «No tengo nada que comer, por eso estoy aquí otra vez. ¿Cómo puedes sonreír mientras me muero de hambre?». Con un tono que amenazaba con transformarse en llanto en cualquier momento, dijo, «Por favor dámelo para poder comprar un poco de arroz e irme a casa». Yo empecé a burlarme de él descaradamente: «Primero tráeme un comprobante oficial de lo que te debo. Te lo pagaré enseguida. No te comportes como niño y reclames el dinero de alguien más como si fuera tuyo. No pude haberte pedido prestada una suma tan insignificante como diez rupias».

«¡Quédatelas! Y ojalá prosperes con las diez rupias que me quitaste con engaños. Ojalá que te salga barriga. Ahora bromeas, pero más tarde puede que tengas que arrepentirte de haberme matado. Te convertirás en un asesino».

Un par de días después me lo crucé en el mismo lugar de nuestro primer encuentro. Sin embargo, esa vez no quiso hablar conmigo. Parecía asustado

mientras corría sobre la banqueta. Yo aún llevaba el billete en mi bolsillo. Le había tomado cariño. El día que tuviera que deshacerme de él...

Una semana más tarde, mientras iba hacia mi trabajo, lo vi de nuevo. Iba acompañado por un amigo. Este último sobresalía desde lejos porque llevaba puesto un sombrero de plumas y botas de policía. Traté de actuar como si no los hubiera visto, pero noté que mientras caminaban hacia mí él hacía una punta con sus labios para señalarme. Me pregunté qué clase de cosas habría contado para difamarme. Intenté no molestarme. Cuando pasaron a mi lado, el hombre del sombrero de plumas exclamó «¡Yuck!» y se rio. A pesar de eso, mantuve la cabeza fría. Para no cometer una imprudencia, seguí mi camino.

Después de ese encuentro pasaron unos diez meses sin que volviera a ver al hombre ni en sueños ni en la realidad. Para entonces ya empezaba a sentir un fuerte arrepentimiento. Tal vez era verdad que no tenía nada que comer. ¿Qué, si hubiera muerto realmente? ¿Qué, si fui yo quien lo llevó a tan miserable estado? Si tan sólo pudiera tener otra oportunidad de encontrármelo. Lo había buscado por todas partes sin éxito. Ya había olvidado su cara y todo su aspecto, pero estaba completamente seguro de que había muerto.

A pesar de ello seguí preguntando a un montón de gente, pero no pude averiguar si él trabajaba en alguna parte de la zona. Fui al hospital, pero no había nadie que hubiera sido atropellado por un vehículo. La desaparición empezaba a carcomerme la conciencia. Sentía que tenía una especie de enfermedad del corazón y temía enloquecer muy pronto. Empezaba a creer que hasta el último día en que hubiera vida en mi cuerpo, estaría infatuado con el billete de diez rupias. Que mientras no fuera capaz de devolverlo, no podría descansar y me sentiría más inquieto cada día. Definitivamente debía hablar con alguien sobre mi condición. Si al menos pudiera ir al cementerio a llorar ruidosamente sobre la tumba de ese hombre, quizás...

De la nada, el tipo del sombrero de plumas pasó por mi mente. Tenía que encontrármelo de alguna manera porque encontrarlo significaría resolverlo todo. Así que fui a donde lo vi la primera vez y esperé toda la mañana. No apareció.

Al día siguiente tampoco.

Al tercer día llevaba un buen rato parado ahí cuando lo vi aparecer a la distancia. Se comportaba de una manera que me sugería que quería que lo viera, se tambaleaba al caminar.

Cuando estuvo lo bastante cerca para oírme, le pregunté de golpe: «¿Dónde está tu amigo?».

Él se veía confundido.

«¿Dónde está tu amigo?, dímelo». En mi agitación, repetía la misma pregunta una y otra vez, al tiempo que apretaba su mano temiendo que pudiera correr y desaparecer para siempre.

«¿De qué amigo hablas?».

«¡Tu amigo! Pasaste por aquí una vez, hablando con él».

«¿Quién podría ser?».

«No me salgas con eso. El de los pantalones caquis, el abrigo verde y el sombrero».

«¡Ah! Él no es mi amigo».

«No me importa quién sea para ti. ¿Dónde puedo encontrarlo?».

«Está muerto».

«¿Muerto?».

«Ya han pasado dos meses».

Dejé escapar su mano.

«Él no tenía trabajo y, como tampoco tenía nada que comer, murió. Estaba enfermo. En vez de encogerse y morir en su cama, pensó que sería mejor saltar de uno de los acantilados de Kageybhir». Cuando terminó de hablar, no supe qué responder.

Esa noche, mientras dormía, la imagen de los acantilados de Kageybhir se formó en mis ojos cerrados. La luna estaba en lo más alto del cielo de mi subconsciente.

La figura de un alto, negro y desnudo árbol *totala*[1] que se erguía junto al barranco parecía resguardar bolsas llenas de dinero. Estaba parado al borde del precipicio y recordaba la silueta de un hombre mirando hacia abajo. Era un acantilado rocoso, poblado por largos helechos. Me coloqué junto al árbol y grité: «Nunca llegué a saber quién eras. Aquí tengo tus diez rupias. El sueño tuvo una influencia mágica en mí. Ésa es la única razón por la que no te regresé el dinero. No deberías estar muerto. Lo cierto es que me he vuelto muy apegado a tu billete. Aun así, si alguien me lo pidiera, se lo daría».

---

1 El *totala* es un árbol que crece en regiones montañosas. Parece estar siempre desnudo porque tiene pocas hojas. Sus flores, que aparecen antes que sus frutos, tienen propiedades medicinales y son preparadas como si fueran vegetales. En cambio, las semillas de los frutos del *totala* son usadas en rituales budistas. (*N. del T.*).

Mientras organizaba en mi mente dormida el montón de cosas que quería añadir, el hombre salió de un hueco entre las raíces del árbol. «¿Estaré muerto? Parecería como si hubiera muerto por falta de dinero». Dejó pasar unos segundos y continuó: «Fui yo quien pidió al hombre del sombrero de plumas que te dijera eso». Se rio y añadió: «¿Me regresarías al menos mi dinero ahora?».

Yo también me reí.

Saqué el billete de mi bolsillo y se lo extendí: «Ten, tómalo. Llévate tu dinero de una vez por todas. No lo mantendría conmigo ni un segundo más». Pero cuando él lo tuvo a su alcance, extendido en mi mano, retrocedió incrédulo, como si sospechara una conspiración. «No tomaré este dinero. No ahora. ¡Simplemente no lo haré!».

Lo arrojé al suelo y dije: «Una vez que salió de mi bolsillo, no regresará. Aquí está tu dinero. Levántalo y llévatelo. Yo me voy».

El hombre gritó a mis espaldas: «¡No voy a tomarlo hoy! Y si insistes, te juro que saltaré de este acantilado ahora mismo».

¿Qué tal si por saltar en el acantilado de mis sueños él nunca despierta en el mundo real y muere otra vez? «De acuerdo entonces. Lo conservaré durante una noche más, pero tienes que venir por él mañana», le advertí mientras levantaba el billete de la tierra.

Muy temprano por la mañana, tocó a mi puerta.

«Por favor dame mis diez rupias», exigió presuntuosamente.

Muy sorprendido pero sin temblor en la voz, le pregunté: «Cuando te ofrecí el dinero ayer, ¿por qué te negaste a tomarlo?». «Porque eres muy listo», dijo, «tomaste mi dinero en el mundo real y trataste de devolvérmelo en tus sueños». Sentí que empezaba a comprenderlo un poco. Sentí también los síntomas iniciales de una migraña. Con mucho esfuerzo, le hice una última pregunta: «¿Debo darte el mismo billete o puedo darte el equivalente en cambio?».

Él me dio una respuesta simple y justa: «Puedes darme cualquiera, siempre y cuando el dinero no esté sucio o mutilado» •

Traducción de Iván Soto Camba, a partir de la traducción del nepalí al inglés de Anisha Chettri.

Pescado: una historia amenazante

K. P. Ramanunni

Aunque ella era una *ambalavasi*,[1] Anitha Das se había acostumbrado a comer pescado sin considerarlo algo impuro. Sin embargo, el olor del mar que penetraba por sus fosas nasales mientras acercaba el curri de sardina o el mero frito a su boca era intolerable. Sentía que todo el mar arábigo entraba al comedor y ella estaba sentada en soledad ante él. Le parecía que las incontables creaturas del océano reptaban por su cuerpo, sofocándola. Cuando el sabor salado, el olor de las algas y la pegajosa grasa saturaban sus sentidos, la turbulencia de todos los mares aparecía en su estómago. Entonces se sentía nerviosa y fatigada. No era ninguna alergia al pescado, sino una especie de miedo a mundos desconocidos lo que hacía que la muchacha *varasyar*[2] vomitara el curri de sardina y los pedazos de mero frito en el lavamanos.

—Si el olor del mar es el problema, ¿cómo pudiste entrar al mar en Kovalam las últimas vacaciones? Hasta te negabas a salir, ¿no tuve que ir a sacarte a la orilla por la fuerza? —le preguntó Firoz Babu, quien era su vecino, íntimo amigo y compañero en la Facultad de Ingeniería de Thrissur.

Lo que decía era cierto. No nada más en Kovalam, sino también Kanyakumari y Marina Beach. El olor del mar no era un problema para Anitha mientras nadaba con sus amigos y se divertía.

—Cuando como pescado, tengo que enfrentarme sola al mar. Ésa debe de ser la razón por la que me cuesta tanto trabajo —le contestó.

---

1 Una persona que pertenece a una de las castas de empleados de templo. (*Todas las notas son del traductor*).

2 Femenino de *variyar*, un grupo dentro de los *ambalavasi*.

—Si es así, no lo hagas sola, come cuando estés a mi lado. Te voy a enseñar a retirar las espinas para comer el pescado sin mayor dificultad —dijo Firoz Babu con voz autoritaria.

Desde entonces, Firoz Babu y Anitha Das comenzaron a almorzar juntos en el comedor universitario. Los dos iban a la caja y compraban las fichas de un plato de curri de pescado y otro de mero frito cada uno.

Cuando ya estaban servidos el arroz y el curri, Firoz movía los platos, dejando de su lado la comida no vegetariana de Anitha. Entonces ella mezclaba el arroz con *sambar*[3] y Firoz mezclaba su arroz con curri de pescado y cada uno comenzaba a comer de su propio plato. A mitad del almuerzo, él le contaba todos los chistes que había aprendido, no sólo en la facultad y las películas, sino en otros lugares también. Cuando estaba absorta en los chistes y se reía fuertemente, olvidándose de todo, Firoz Babu pasaba el curri de pescado y los pedazos de mero a su plato, y ella ingería esa comida espantosa junto con el arroz. Algunas veces, cuando su jocosa plática se volvía fascinante, él incluso ponía su propio bocado de arroz con pescado en la boca de Anitha.

Las noticias de que un chico *mapila*[4] enseñaba a una muchacha *varasyar* a comer pescado se esparció rápidamente en la universidad. Como Firoz era un joven devoto y con buenos modales, y nunca los habían visto abrazándose en alguna esquina del *campus* como las otras parejas de enamorados lo hacían inmediatamente después de comenzar el noviazgo, todos veían su relación con algo de curiosidad. Hasta los profesores y otros trabajadores los observaban almorzar juntos. No obstante, era una pena que después de mes y medio de hacer el «programa de combinar los platos», Firoz Babu sólo pudiera hacer que ella comiera diez gramos de pescado.

Lo que obligó a Anitha a acostumbrarse a comer pescado fue un problema social y fisiológicamente importante. Empezó a estornudar frecuentemente y a sufrir de escurrimiento nasal; asimismo le brotaron erupciones de sarpullido en la piel, por lo que la llevaron al doctor. Después de un examen detallado, el médico encontró la presencia de químicos nocivos como forato, quinalfose, karate y endosulfán en su cuerpo, lo que había afectado sus funciones físicas y causaba los síntomas.

---

3 Un guiso de vegetales.

4 Un grupo especial de musulmanes malabar.

Pero ¿cómo podían haber entrado semejantes sustancias en el cuerpo de una estudiante de ingeniería, especialmente siendo una chica de Paderi *variyam*?[5]

Por esas fechas, el diario *Mathrubhumi* publicó un reportaje respecto a varios pesticidas encontrados en vegetales de venta en Kerala, como coles, calabazas agrias y coliflores. Como Anitha Das solía comer *gobi manchurian* y *thoran* de col dos o tres veces al día, se había descubierto el misterio de estos químicos en su cuerpo. Después les explicaron que los pesticidas afectan muy poco la salud de la gente común, debido a su mejor sistema inmune; no obstante, en personas muy sensibles los síntomas de los males que causaban aparecían rápidamente.

—Para que los niveles de I. G. E. en la sangre bajen, mejor acostúmbrate a comer pescado paulatinamente. Es muy difícil conseguir verduras orgánicas en Thrissur —le recomendó el alergólogo a su lista y bella paciente después de recetarle dos medicamentos antialergias y tres ungüentos. El extraño tratamiento, que jamás se hubiera imaginado, y el rostro alegre del doctor la hicieron reír.

El médico había dicho la verdad: era muy complicado conseguir vegetales libres de toxinas en lugares como Thrissur. Sólo tenían acceso a las mercancías contaminadas que llegaban de Tamil Nadu y Karnataka. A pesar de que le preparaban comida especial usando col y coliflor traídas de la tienda orgánica de Kalavara, tanto en el comedor universitario como en casa, sus niveles de I. G. E. en la sangre no habían cambiado. Bajo estas circunstancias fue que tuvo la conversación con su compañero Firoz Babu, quien además se había vuelto su vecino al rentar uno de los anexos a Paderi *variyam*. Cuando él le dio la misma opinión que el médico, ella le pidió ayuda para afrontar una tarea casi imposible de cumplir sola.

Anitha Das tenía veinte años y vivía con su tía en la noble Paderi *variyam* de su infancia. No porque sus padres hubieran muerto, sino porque, cuando Anitha tenía cuatro años, la hermana menor y única de su padre, Malathy Varasyar, perdió a su esposo. La mujer había pasado por mucha tensión y estrés mientras veía a su marido retorciéndose por un dolor en el pecho, así como por un aborto espontáneo.

5 Paderi es el apellido de la familia, *variyam* es la casa de un *variyar*.

Inmediatamente después de la ceremonia del *palakuli*,[6] Malathy Varasyar hizo saber su decisión de regalar todas las propiedades que tenía con su esposo a la hija mayor de su hermano, Anitha, y de llevar una vida ascética en el tempo de Sarada Mutt. No obstante, los bondadosos consejos que le dieron otros miembros de su familia durante la noche la hicieron cambiar de decisión y aceptó vivir en Paderi *variyam* con una condición: que debían dejarle a la pequeña Anitha como hija adoptiva.

Fue entonces que la vida de esa pequeña niña dio un giro inesperado y comenzó a vivir con su tía. Tuvo una vida sin complicaciones... Rentaban un taxi con tarifa mensual que la llevaba de la casa al colegio de monjas, para el beneplácito y la comodidad de la pequeña de Singapur... La tía era exageradamente celosa de darle a su hija adoptiva todo lo que quisiera... Anitha tenía consideraciones especiales de las hermanas en la escuela, al ser una niña que no vivía en su tierra natal lejos de sus padres y su hermana menor, que estaban en Singapur... Tenía malos hábitos, como su asco por ciertas comidas, y se le olvidaba hacer las tareas debido al exceso de indulgencia en casa y por no recibir castigos corporales en el colegio. Viajes en avión a Singapur cada temporada de vacaciones para ver a sus padres... Viajes de placer con ellos a países como Malasia, Indonesia y Hong Kong... Las travesuras, rebeldía y protestas contra su tía durante el bachillerato y la facultad... Las reacciones tranquilas y conciliadoras de la tía... Reconciliación entre las dos que acabó en besos y abrazos... La aparición de síntomas alérgicos como estornudar, problemas respiratorios e inflamación en la piel de Anithakkutty. No había sufrido de ninguna enfermedad desde entonces, salvo por pequeños dolores de cabeza durante sus periodos... La ansiedad, el miedo y el insomnio que sufría la tía como resultado de permanecer velando el extraño mal de su querida hija... La valentía de Anitha al continuar comiendo pescado después de descubrir que eran las sustancias tóxicas en las verduras lo que le causaba problemas, aunque perteneciera a una familia estrictamente vegetariana.

Cuando el alergólogo le dijo que comer sólo unos cuantos bocados de pescado no era sustituto suficiente para los vegetales a los que

6 Baño que se toma para retirar la supuesta contaminación que causa la muerte de un pariente cercano.

había renunciado, Anitha decidió intensificar su entrenamiento consumiendo comida no vegetariana. En lugar de comer unos cuantos bocaditos de pescado de su plato, decidió consumir el total de lo que se les servía a ambos. Fue entonces cuando se dio cuenta de que, además de los chistes de Firoz, había algo que le transmitían sus dedos que ayudaba a que pudiera tolerar mejor el pescado. Sí, era el sabor a aceite que provenía de su piel clara, la calidez agradable de los dedos del joven mapila y la fragancia que desprendía su cuerpo. A partir de ahí, su «práctica no-vegetariana» en el comedor cambió, de ser un par de travesuras ocasionales de Firoz Babu en las que ponía pescado en la boca, de ella a ser una práctica cotidiana. Un día le pareció a ella que los labios de Firoz tenían más «química» que sus dedos. Anitha acercó el rostro a su delicado bigote, oliendo el trozo de pescado entre sus labios, y lo besó en un impulso inesperado. Entre la escandalosa risa que siguió al acto, ella logró extraer el pedazo de caballa frita de su boca.

Desde ese día, sus almuerzos juntos se daban de tal manera que era difícil saber si estaban comiendo pescado o besándose. Firoz Babu, rebosando de energía, y la sonrosada Anitha Das solían llegar al comedor antes de que los platillos estuvieran listos, compraban las fichas y se acomodaban en una esquina escondida del comedor. Anitha Das llegó a consumir algunos días hasta dos curris picantes de pescado y tres caballas fritas.

Fue entonces que la vida de esa pequeña niña dio un giro inesperado y comenzó a vivir con su tía. Tuvo una vida sin complicaciones...

❊

Firoz Babu se encontraba aún sentado en el tapete de oración después de rezar el *subahi namaaz*.[7] Podía sentir la fresca brisa matutina entrando en la casa. La rítmica recitación del *thakbeer*[8] se escuchaba desde la mezquita cercana. Era el día de Eid al-Fitr. Toda la atmósfera cambió con tanta piedad que su mente se puso alerta. De repente, las profundas implicaciones de lo que había estado haciendo con Anitha Das en el comedor universitario golpearon su alma. A continuación comenzó a andar de un lado al otro sobre el frío piso de mármol, entre el tapete de oración y la pared. Bebió agua de la jarra, fue al baño, orinó, limpió su pene y volvió. Vació la jarra nuevamente en su boca, regresó al baño una vez más a revisar si la punta de su pene estaba limpia. Posando su cabeza en las manos y frunciendo el ceño pensó por largo rato. Entonces golpeó ligeramente su pecho con la mano izquierda, hizo abluciones y repitió el *namaaz*.

Al día siguiente, inmediatamente después de llegar a la universidad, llamó a Anitha para ir a la biblioteca y hablarle en una voz extremadamente grave del mal que habían estado haciendo, por supuesto en un mar de llanto y gestos enérgicos.

Al escuchar estas palabras, Anitha Das se puso pálida como una figura de cera y comenzó a sollozar. Aunque trató de argumentar, sus palabras no surtían efecto ante las de él, duras cual vigas de metal. Al final se alejaron como barcos que levan anclas en el océano turbulento, borrascoso y oscuro. Las fichas que el dependiente había apartado para Firoz y Anitha revolotearon bajo el ventilador aquella tarde. Algunos granujas comieron sus platos sentados en la esquina que los antiguos amantes habían dejado vacía. Mientras estaban sentados, uno preguntó:

—¿Por qué nuestros tortolitos no se aparecieron hoy?

Los huesos y espinas de pescado se amontonaban en la mesa durante el almuerzo, como símbolo de las obscenidades que salían de sus bocas.

Fue hasta ese momento, cuando Firoz y Anitha dejaron de comer juntos y comenzaron a andar como viajeros solitarios, que el escándalo se esparció por la universidad, todo en la forma de varias conjeturas:

---

7 Oración de la mañana.

8 Proclamación de la grandeza de Dios.

«Aunque Firoz es un hombre devoto, parece que la dejó embarazada...»; «El papá de Anitha, que vive en Singapur, debió de haber amenazado a Firoz enviando matones...»; «El padre de Firoz es empresario, de seguro tiene el plan de vender a su hijo por una dote grande».

Mientras los días pasaban, ambos se sentían hundidos en las sombras y estaban exhaustos. Aunque ella tenía ganas de tomar la mano del joven mapila y llevarlo al comedor en varias ocasiones, el rostro atormentado de él la disuadía. Ninguno respondió a las preguntas y los comentarios de los otros compañeros. Cuando ella dejó el pescado y volvió a comer *gobi manchurian* y calabaza agria de *thoran*, comenzó a sentirse sofocada y nuevamente tuvo irritaciones. Su tos y su apariencia desmejorada le rompían el corazón a Firoz Babu, y él sólo podía llorar en silencio.

Cuando Anitha estaba en casa, hacía como si nada hubiera pasado. Intentaba alejar las penas de su tía. No obstante, Malathy sabía que algo iba mal en la vida de su hija adoptiva. Le comentó por teléfono a su hermano en Singapur sobre el cambio que había tenido la chica.

—¿Qué pasa, hija? ¿Estás ocultándole algo a tu padre? ¿No hasta te di permiso de comer pescado en secreto? —le preguntó su padre, quien orientaba la administración de templos hindúes en Singapur.

Dos o tres semanas después de que «prefiriera un comportamiento pío», Firoz Babu fue citado a la oficina del F. I. M. por Abdul Shah. Un estudiante de informática llamado Sadique lo había presentado con él. En la oficina del F. I. M., Shah le dio una amistosa bienvenida a Firoz, lo invitó a sentarse justo frente a él y lo sermoneó por largo rato sobre la grandeza del amor. Sostuvo que el primer matrimonio del Profeta podría ser considerado un matrimonio por amor. Al final le dijo que podría ser un crimen de su parte rechazar a Anitha Das, y quizás iba a desaprovechar la oportunidad de cumplir su deber como musulmán.

Cuando los miembros del Bharatiya Vichar Manch se enteraron de que los activistas del F. I. M. estaban intentando intervenir en el problema de Firoz Babu y Anitha Das, se hicieron cargo de la protección de todas las chicas hinduistas. Después, la organización de estudiantes de izquierdas llevó a cabo un seminario sobre «La gran comunión entre estudiantes» en el complejo universitario. A los intelectuales invitados a hablar se les dieron viáticos muy robustos.

Los padres de Firoz Babu estaban angustiados porque los chismes contra su hijo y la chica de la familia Variyath habían llegado

a sus oídos. Ellos sabían que Malathy Varasyar era una mujer ultra ortodoxa y muy estricta al seguir las tradiciones hinduistas. Había puesto láminas de fibra de vidrio sobre la barda perimetral para protegerse del olor a pescado que venía de la casa de los vecinos, aunque decía que era para evitar la molestia de los cuervos. Por ello suponían que la relación de Anitha con un chico musulmán sería imposible de aceptar para ella. Al mismo tiempo, había muchas señales que probaban el amor y la buena voluntad de esta santa mujer con sus vecinos musulmanes. No dudó en lo más mínimo en alquilar uno de los anexos de su casa a la familia de Firoz y otro a la de Abdulá Koya. Además, estaba de acuerdo en abrir las esquinas de la barda del recinto para que los inquilinos pudieran bajar sus muebles y pertenencias de los camiones. Aunque el olor a pescado le parecía asqueroso, ella detenía a los vendedores ambulantes cuando los encontraba caminando junto al camino para que así los vecinos pudieran comprar su pescado. Cuando se interrumpía el suministro del agua por parte de la municipalidad, ella les daba de su propia casa. El joven Firoz Babu, de veintiún años, tenía permiso de entrar al *variyam* cuando quisiera, incluso cuando una chica joven vivía ahí.

La idea de que la travesura de su hijo y Anithakkutty pudiera ser vista como un abuso de confianza por Malathy Varasyar le preocupaba al padre de Firoz. Pasaba los dedos por los callos oscuros resultado del *namaaz* y recitaba los *hadiths* del Profeta: «No es un creyente quien llena su estómago estando el vecino hambriento»; «Un vecino tiene el mayor derecho a reclamar la casa y la tierra de su vecino».

«No, no he hecho nada a mis vecinos que vaya en contra de las enseñanzas del Profeta», se dijo a sí mismo.

Aunque el olor a pescado le parecía asqueroso, ella detenía a los vendedores ambulantes cuando los encontraba caminando junto al camino para que así los vecinos pudieran comprar su pescado. Cuando se interrumpía el suministro del agua por parte de la municipalidad, ella les daba de su propia casa.

Cuando la oficina del F. I. M. llamó al padre de Firoz sugiriendo que debería unírseles para tratar el caso de su hijo con la chica hinduista, él estalló, derribando todas las barreras del autocontrol, no sólo contra el demonio al otro lado de la línea, sino contra su hijo, que estaba desanimado en casa.

Fue en ese momento, cuando todo el mundo sabía sobre la relación entre Firoz Babu y Anitha Das, menos Malathy Varasyar, que el padre de Anitha decidió hacer un viaje a casa desde Singapur. Su viaje a Kerala siempre era como el festival de *pooram* del templo de Uthralikkave, que comienza con la explosión de un barril-cohete... Antes que nada, una llamada telefónica a su hermana mayor con el dramático anuncio: «¡Papá viene a casa!», seguido del correr del dinero (recordando el aflujo de ofrendas de los devotos al templo) requerido para rentar cuartos en los hoteles en Chavakkad Beach, la Sreevalsam Guest House en Guruvayur y el Hotel Le Meridien en Kochi. Ella recibiría una carta preguntándole la lista de cosas que quería que le llevaran, como brazaletes, collares y cosméticos. Finalmente, su salida de la terminal internacional del aeropuerto Nedumbassery, como si viniera en la espalda de un elefante, a su izquierda la esposa y su hija, quien era adorada con todo tipo de ornamentos.

En esta ocasión, la respuesta de Anitha ante la noticia del viaje de su padre fue fría como la tierra empapada por una lluvia inoportuna.

Cuando su padre le preguntó: «¿Por qué estás de tan mal humor, Ani?», ella sólo le dijo: «¡Ven a casa, papá!, ¡ven!».

Durante esos días, la impaciencia y la esperanza cruzaban la mente de Anitha como relámpagos por las nubes. Para ese entonces, Firoz Babu se había dado por vencido ante su propia restricción y comenzó a acercase a ella hablando de cualquier cosa. Fueron vistos conversando por los rincones del comedor.

En esta ocasión, sólo venía el padre de Anitha desde Singapur, porque su madre debía dirigir la ceremonia de *Gita Jnana Yajna*[9] y la hermana estaba preparándose para los exámenes. Como había algunos problemas administrativos en los dos templos de Bhagavati bajo el fideicomiso de Paderi *variyam*, él decidió ir a los templos primero y, debido a que la tía Malathy debía hacer algunos arreglos para que pintaran la fachada, Anitha fue al aeropuerto para recibir

9 Programa de cantos *gita*.

a su padre y acompañarlo a los templos. Enviaron el equipaje a casa y fueron directo al templo Nallesweri, en Poonkunnam. Anitha había decidido no sacar su angustia de inmediato; sin embargo, cuando él le preguntó: «Escuché que tu alergia empeoró. ¿Abandonaste el tratamiento de pescado?», ella sintió que su mente se salía de control. Pero intentó esconder una tormenta interna riéndose fuertemente y mirando con sus ojos húmedos directo al sol. Su padre lo notó, pero no pudo desentrañar sus pensamientos, pues estaba preso del teléfono con muchas personas por los problemas relacionados con los templos. El templo de Nallesweri era manejado en conjunto por un comité y la familia del *poojari*.[10] De hecho, ambas partes competían entre ellas por el desfalco de las finanzas del templo. El padre de Anitha ya estaba al tanto gracias a los locales que le habían informado; no obstante, fue hasta que observó todo personalmente que se dio cuenta de la gravedad de la situación. Los miembros del comité estaban vendiendo los árboles y la tierra de los terrenos del templo. El administrador había hurtado montones de dinero emitiendo falsas recetas a los devotos a cambio de sus ofrendas. El *poojari* pedía abiertamente a los fieles que le dieran *dakshina*[11] directamente a él en lugar de pagar en la oficina del templo. Diría *poojas*[12] recitando sólo la mitad de los mantras o sin recitar nada en absoluto. La pasta de sándalo y *kalabham*[13] elaborada para un día se usaba por cuatro días y la adulteraban con antibióticos.

El padre de Anitha organizó una reunión con todas las personas involucradas y les advirtió que serían denunciadas y el *poojari* despedido. Escucharon sus palabras coléricas con falsa humildad. Mas cuando vio lo ojos ardientes del *poojari* y se percató del lenguaje corporal del administrador, quien parecía gritarle en silencio: «Te voy a mostrar quién soy», el ingenuo *variyar* que venía de Singapur se dio cuenta de que no iba a poder arreglar nada. Al final le confió todo a Nalleswariamma y se postró en la entrada del templo. Después de un rato se levantó y sin siquiera quitarse el polvo salió del santuario, subió a su automóvil y condujo con Anitha al templo de Ambikapuram.

---

10 El sacerdote del templo.

11 Tarifa por dirigir las *poojas*.

12 Rituales en honor a una deidad.

13 Pasta de sándalo con ingredientes aromáticos.

A pesar de que el padre de Anitha aprendió de su abuela el dicho malabar «La serpiente que yace en su hoyo es más venenosa que la que te ha mordido» cuando tenía ocho años, ya casi lo había olvidado. Pero en ese momento, a sus cincuenta y cuatro años, la frase estaba en su mente como una cobra que extiende su capucha. Descubrió que las autoridades del templo de Ambikapuram habían superado a los de Nalleswari en corrupción y dirigiendo falsas *poojas*. Lo más increíble, incluso, era que el *poojari* mayor era el responsable principal en el desvío de fondos del templo. Además, hacía brujería y hechizos a las mujeres para aquellos que se lo pedían. Si una mujer que había sido seducida con brujería quedaba embarazada, el *poojari* ayudaría a terminar con el embarazo. Hasta dejaba de lado sus deberes sagrados como preparar el *nivedyam*[14] si alguien se le acercaba para realizar semejantes rituales nefastos.

Cuando el padre de Anitha se dio cuenta del terrible estado en el que se encontraba el templo, pensó en salir caminando de ahí, dado que no era necesaria ninguna reunión o debate, y que los demandaría. Entonces, un hombre que vivía cerca del templo y estaba orgulloso de las tradiciones culturales de la India, se le acercó como mediador.

Comenzó citando mal la línea que empieza con «Sindooraruna...» en el *Lalitha Sahasranamam*.[15] Entonces pasó su mano por los hilos del cordón de *rudraksha* que portaba en su cuello y espetó acusaciones contra el padre de Anitha, conteniendo una sonrisa. Luego le dio un valioso consejo: que gente de la misma comunidad, los hinduistas, no deberían luchar entre ellos por trivialidades, como dice Mahavishnu en el *Markandeya Purana*. Describió a los musulmanes como búfalos y a los cristianos como zorros. Tras tolerar esa conversación venenosa por un tiempo, el padre de Anitha se alejó del pórtico del templo y entró al santuario, golpeó su cabeza varias veces en el *sopanam*[16] de Ambikapurathmma y salió disparado del templo.

La distancia desde el templo de Ambikapuram a su *variyam* en Thrissur era de sesenta y cinco kilómetros. En el camino, la cajita de plástico con *prasadam*[17] que alguien le había dado a Anitha salió de su

---

14 Comida preparada a una deidad hinduista como parte del culto.

15 Un texto sagrado de los hindúes tomado del *Brahmanda Purana*.

16 Escalones que llevan a la plataforma elevada sobre la cual se ha puesto al ídolo.

17 Restos de la ofrenda a la deidad.

bolsa. Su padre miró la orilla teñida de azul con sospecha y le susurró:

—No. No te lo vayas a comer, hija.

En el momento en que articulaba estas palabras, la cara triste de Ambikapurathamma, quien había sido su salvadora, *varadayini* (diosa que bendice y regala sus favores) y *mangalakarini* (quien da paz y prosperidad), en su infancia, vino a su mente y comenzó a llorar, ignorando la presencia del conductor.

Cuando notó las inflamaciones alérgicas en la mano de su hija, comenzó a indagar a qué restaurante deberían ir a tomar el almuerzo. La col contiene quinalfos... la coliflor, karate... la calabaza agria y las hojas de curri tienen endusolfán...

Finalmente, le pidió al conductor parar frente al hotel Thalassery.

—Comerás pescado, hija.

Al escuchar esas palabras saliendo de la boca de su padre, Anitha hundió la cabeza en su pecho. A pesar de que su padre pasó la mayor parte del tiempo inmerso en sus pensamientos acerca del futuro de los dos templos familiares y consultando gente para buscar soluciones y medidas efectivas para protegerlos de los administradores corruptos, pudo darse tiempo suficiente para escuchar a su hija cuando ella le abrió su corazón. El dolor de Anitha llovió tormentosamente en los oídos de su padre.

Lo que ella le dijo, más los problemas de los templos, hicieron que el *variyar* que había vivido desde hace más de dos décadas y media en Singapur estuviera consciente de la misión a la que estaba predestinado. Respecto a los templos, implementaría medidas estrictas. En cuanto al futuro de su hija, decidió ser un testigo lejano de las decisiones que ella tomara y los planes que hiciera. Aunque trató de consolarse pensando que «son ideas igual de adorables», también una cultura adorable debía jugar su rol «en lugares donde la aflicción se comienza a propagar». Cada vez se sentía más nervioso.

Ambos templos serían entregados a un nuevo fideicomiso bajo el liderazgo de Brahmandattan Namboodiri, a quien el padre de Anitha tenía en muy alta estima, y Rama Pisharody, un experto en administración de templos. La reunión para tratar el asunto se celebró en Paderi *variyam*. Él había decretado que ninguno de los antiguos integrantes sería parte del nuevo fideicomiso; sin embargo, Rama Pisharody le pidió admitirlos aunque fuera como miembros ordinarios. El padre de Anitha hizo como si no hubiera escuchado las palabras

de Pisharody. Cuando Pisharody repitió su petición con un matiz de despecho en su voz, el padre de Anitha fue al baño. No obstante, Pisharody volvió a sacar el tema y fue cuando el padre de Anitha aflojó los dientes y dijo:

—No, Pisharody. Algunas especies tienen bajas defensas. No sólo es la comida, sino asuntos como el culto están hoy día llenos de veneno. Habrás escuchado de la enfermedad de mi hija; pues yo tampoco puedo tolerar la cepa. En vista de que ustedes tienen una inmunidad más fuerte, podrán arreglar el asunto. Entonces...

El padre de Anitha salió rumbo al aeropuerto Nedumvasseri con su hermana Malathy Varasyar para tomar el avión a Singapur. Cuando pasaban por Mathimoola, la SUV sedán entró en el terreno accidentado en lugar de ir derecho por la autopista nacional y se detuvo frente a una mezquita cercana y un salón comunitario. Malathy Varasyar esperó cabizbaja y con ojos llenos de lágrimas adentro del automóvil. El padre de Anitha descendió y caminó al salón. Al llegar a la puerta escuchó que alguien dirigía la *khutba*[18] desde el estrado. Sólo había cincuenta o sesenta personas en la asamblea. Pudo ver a Anithakutty sentada a la izquierda del estrado entre varias mujeres, vistiendo un sari y un *muftha*.[19] Firoz Babu estaba sentado del lado derecho, con su ropa de boda y un pañuelo en su cabeza. Su padre y el *khazi*[20] también estaban sentados junto a él. El matrimonio entre Anitha y Firoz Babu estaba por celebrarse. El padre de Anitha la observó por un tiempo, pidiéndole en silencio que continuara con lo que había decidido. Después de unos segundos salió del salón, antes de que su hija o alguien más se diera cuenta. Al entrar al auto, sus ojos estaban llenos de lágrimas. En el momento en que cerró la puerta, el vehículo arrancó rumbo al aeropuerto como un traidor que huía con su vida entre las manos •

Traducción de Carlos Ponce Velasco, a partir de la traducción del malabar al inglés de Aboobacker Kappad.

18 Oración.

19 Velo que cubre el cabello.

20 Persona principal de la congregación de una mezquita.

La decisión

Musharraf Alam Zauqi

Lo he estado observando durante tres o cuatro días. ¿Cuándo? ¿Dónde? Tal vez no me sea posible contar todo esto de manera organizada. O puedes llegar a la conclusión de que soy víctima de la psicología y del miedo, y por eso no puedo expresar nada. En las noches, mis ojos se abren repentinamente con miedo desconocido, siento que estoy caminando en una calle desconocida o sentada en un autobús desconocido. Y luego siento que una camioneta de la policía viene y se detiene delante de mí o frente al autobús.

Entonces la policía ha tomado posición desde los cuatro lados... y luego, en el camino, entre los anillos rodeados hay un cadáver amasado en sangre. Una historia de un encuentro o un falso choque. Los soñadores de más alto desarrollo están ocupados enviando informes de su valentía al gobierno...

No, probablemente ahora no es necesario que te diga quién soy y dónde vivo. Soy una chica de esta comunidad minoritaria. Sería un error contar menos de doscientos o doscientos cincuenta millones. Incluso sabemos por qué nuestros senderos y nuestros líderes políticos han encarcelado nuestros pensamientos de ser minoría, esta población gigante podría ser más que la población de algún país, sólo déjalo, no quiero involucrarme en estos juegos políticos. Quiero llegar a ese sueño que me había sorprendido de repente.

En ropa blanca, sucia, durmientes rotos, anteojos muy anticuados en sus ojos: los ojos brillaban más que los de un buitre de aspecto peligroso. Pero esta vez el brillo fue reemplazado por una profunda seriedad. Estaba en mi habitación, en mi escritorio. Él no tenía mi permiso. Los papeles se extendieron por todas partes. Por fumar en exceso tenía los

dientes negros y los dedos amarillos. Pelo sin peinar, él no había sentido la necesidad de peinarlo.

Lo había estado observando desde ayer. El primer día estuve bastante asustada. Un hombre en mi habitación... estaba muy asustada y tiritaba mientras le preguntaba: «¿Quién eres tú?». «¡Uy! Cometí un error», susurró. «¿Qué estás escribiendo?». Me miró: «Quiero escribir algo, pero... mis palabras se han perdido. Recuerda que hubo un tiempo en el que solía escribir una historia al día muy fácilmente».

«No intentes ser inteligente. Una historia al día, esto sucedió contigo sólo una vez. No había tenido el dinero ni siquiera para cigarrillos y licores. Escribías una historia, la enviabas al editor de una revista y con ese dinero solías comprar una botella de vino. No te preocupaste por tu encantadora esposa, ni siquiera».

Pero ignoró mi pregunta, ya que no la escuchó. Él estaba buscando en otro lado. «Tenía muchas palabras. Incluso en ese momento, cuando Tobatek Singh iba a cerrar los ojos en la tierra de nadie... y eso... peligroso… Thanda Gosht (Cold Flesh)... Probablemente estoy recordando todo... Esa tarde peligrosa... Cuando la niña comenzó desabrochando sus pantalones ante el médico... No, en ese momento también tuve palabras...».

«Y ahora...». Desapareció repentinamente mientras lo miraba. Me sorprendió mucho ese sueño aterrador esa noche.

✣

Déjame decirte mi nombre: Kausar Bi, o lo que quieras, ¿por qué no me das un buen nombre?, incluso cuando nací fuera del fuego estaba estallando, incluso cuando crecía de vez en cuando el fuego se rompió. La música de terror y miedo afuera era tan fuerte que desde mis libros de la infancia recurrí a los amigos y mientras leía el libro sin ninguna intención la amistad tuvo lugar entre la persona que tenía ojos peligrosos, Manto, y yo. Pero ni siquiera había pensado que este escritor delgado se interpondría entre mí y mi sueño de esta manera.

No, mencionar la referencia de ese día es necesario aquí. Una vez más los buitres del terror volaban sobre la ciudad. La patrulla policial fue más frecuente de lo habitual en las colonias de minorías. La gente todavía recordaba el incidente que había ocurrido hacía dos o tres años. Aquellos incidentes seguían vivos, pero sus caras cambiaron. No soy

periodista y no cuento esos incidentes que siguen viendo en los canales de televisión.

Sólo recuerdo esto: en la mañana llovió, nos vendaron los ojos en una casa de miedo. La sensación de ser un extraño en la propia casa, tú puedes entender. Ese día cenamos temprano. Tuvimos interés en las historias de encuentros falsos en la televisión. Llegué a mi habitación... cerré la ventana y me acosté en la cama en silencio.

No, ¡uy!, lo siento por ese sueño aterrador. Pero esa noche Manto estaba en mi habitación una vez más. Y no fue falso. «Vamos afuera». «¿Estás loco? Afuera... es una gota de agua silenciosa como durante un toque de queda». «Lo sé. El ambiente no es bueno». «Entonces, la policía lo arrestará». «No sólo arresto», se estaba riendo. «Lo matará en un encuentro...». «Tú sabes todo. ¿Todavía estás hablando de vagar afuera, deambulando...?».

Se puso serio de repente. «No pasará nada, iremos una milla o dos y luego regresamos». «¿Una milla, dos millas, a pie?». «Shheee... Traje un auto... lo robé», se estaba riendo. «Solamente pocas personas saben que conduje por el Qaid-e-Azam Mohammad Ali Jinnah». «Lo sé, y chocaste con su auto». Manto se reía. «No te preocupes. Esta vez conduciré con cuidado».

Miré mi reloj. Eran las tres de la mañana. El camino estaba vacío. Abrí la ventana. El suelo todavía estaba húmedo. No sé qué tipo de atracción tenía el hombre delgado, que acepté ir con él. El camino estaba mojado a causa de la lluvia; el ladrido de un perro hizo eco por todas partes y nos sentamos en el coche. El auto corría rápido. Pasamos *jeeps* policiales a intervalos regulares, pero Manto estaba ocupado en su pensamiento. Parecía que él quería llenar sus ojos con la ciudad y el vacío de la ciudad. A la una, la policía lo detuvo y le hizo algunas preguntas. Manto respondió con una sonrisa, no supo nada. Sólo pude ver en la oscuridad que se había pegado polvo de sándalo en la frente verticalmente. Se rio cuando vio mi miedo.

«Te dije que no pasaría nada... Ahora... Un poco más lejos...». Ya habíamos recorrido más de cuatro o cinco kilómetros. Fue en el momento en que Manto había girado su auto hacia una carretera que de repente grité: «¿A dónde vas?». «Sheee...», me calló con su dedo: «La historia no muere tan rápido. No hay necesidad de decir nada. Sigue adelante». Quería decir eso. La historia nunca muere... Pero no podría decir nada, no sé por qué.

Ahora eran las cuatro en punto. Estábamos en el pueblo pobre de las minorías, donde las pequeñas casas de jornaleros y los criadores de caballos de barro estaban de pie. Los perros seguían ladrando. Entre esas casas, para algunos de ellos había llegado la mañana. En pocas de ellas la cocina tenía movimiento. Las mujeres salían y entraban de sus casas. Y de repente ese incidente tuvo lugar... un incidente horrible de repente frente al auto... un niño muy pequeño de una minoría y un ternero... Conducir sin miedo, para Manto era hora de decidir en un segundo.

«No», si quieres puedes dejar la historia aquí. No voy a forzarte a leer más... porque lo que sea que leas es grosero, inhumano, brutal y muy doloroso, también contra los derechos humanos. En los siguientes segundos cerré los ojos con miedo y vi que el ternero saltó y corrió... Manto... a ese niño minoritario... No, te lo digo de nuevo, por favor, puedes dejar este diálogo despiadado fuera de la historia.

Habíamos regresado a casa. Manto estaba cerca de los bares. Sus gafas estaban llenas de polvo. Estaba inhalando bocanadas de cigarrillos. «Podrías haber salvado a ese niño», grité en voz alta.

«Vaca o niño, a uno de ellos...», Manto gritó tal vez más fuerte que yo. «Un accidente de un niño minoritario será olvidado en horas en esta área, no el asesinato de un ternero... ¿lo sabes?».

Manto se movió, tomó los papeles desorganizados de la mesa, los arrancó, se los quitó y los tiró al basurero. Manto ha desaparecido... pero la silla en la que estaba sentado hace unos momentos, todavía se mueve de un lado a otro ●

Traducción de Omar Gómez, a partir de la traducción del urdu al inglés de Anwarul Haque.

La luna y Rahu

KEISHAM PRIYOKUMAR

CUANDO EL CAÑÓN DE LA PISTOLA se me encaja de repente en la espalda, la sensación me sorprende. Es sueño o realidad... No lo entiendo en lo absoluto. Levanto las manos. Mi cuerpo entero tiembla.

«¡No te muevas! Un solo movimiento y te mato».

¿El cuerpo se mueve? No lo sé. Pero tiembla; el cuerpo entero tiembla. ¿Es el destino que éste sea mi último día? Me pregunto. Mi abuela, mi esposa, mis tres pequeños hijos, todos aparecen frente a mis ojos. ¿Es un sueño?

Ante mí, el hombre alto y fornido con una pistola me mete las manos a los bolsillos. Me saca mil ochocientas rupias del pantalón... y un poco de cambio. Era la suma del salario que llevaba a casa después de pagar algunas deudas. El salario, recibido apenas hoy. Me quita el reloj. Pienso: ¿Qué sigue? Me manosea de pies a cabeza. Le hace un gesto a la persona que está parada detrás. El cañón de la pistola me empuja hacia la puerta del autobús. Abordo. Finalmente, vivo, comienzo a pensar.

¿Un sueño? No, esto no es un sueño. Esto es la realidad. He escuchado recuentos de este tipo de incidente antes. Esto no es nuevo. Pero nunca me ha pasado a mí, personalmente. ¿Regresar a casa ahora? ¿Regresar a casa sin el salario recibido después de esperar con ansia todo un mes? ¿A quién pedirle prestado? ¿De dónde pagar las deudas? ¿Cuándo ha sido este salario miserable suficiente? ¿Cómo le doy la noticia a mi esposa en casa? Las preguntas sin fin me asfixian.

Uno por uno, suben al autobús. Uno por uno. La mayoría son empleados del gobierno; regresan a casa con sus salarios. Este es el último autobús de Senapati a Imphal. Dos o tres vendedoras son las únicas

mujeres en el autobús. Callados, todos se acomodan en sus respectivos asientos, sin hacer un solo ruido. Sus caras palidecen.

«No somos ladrones. Nuestra lucha es separarnos de la India y obtener la soberanía. Agradecemos su ayuda. Por favor, sin resentimientos». El líder va al frente del autobús y explica. Los pasajeros siguen quietos como antes, sin decir palabra.

En cuanto el autobús arranca, el grupo de gente suspira con alivio. Los que apenas hace momentos estaban sentados en silencio comienzan un animado zumbido. ¡Sapermeina! ¡Ya cruzamos Sapermeina! La gente comienza a conversar. La anciana que está frente a mí se queja: «Esos bandidos, ¡que se mueran de plaga! ¡Me quitaron mi mercancía! ¡Ni siquiera me dejaron las tres miserables rupias de mi bolso! Y luego, pedir disculpas. Por esto es que el ejército les dispara y los mata».

«Ésta es una situación peor, madre; les quitaron el salario a las personas. Son capaces de quitarle a la gente hasta la ropa que trae puesta», observa un hombre.

«Si lo intentan, les arranco la quijada». La voz de la anciana se ha vuelto un poco rara. ¿Está llorando? Se limpia la cara con su tela. Luego comienza a maldecir, un alud de groserías sale de su boca.

«¿Qué más se puede decir, madre? La vida se está volviendo más difícil. Muchos de ellos, en nombre de la revolución, sólo roban; aunque estén en el valle o las montañas, son todos iguales».

YA NO PUEDO ESCUCHAR estos comentarios. No quiero escuchar más. Mi esposa, mis tres hijos, deben estar esperando mi salario en casa – por el salario. Recargo la cabeza en la ventana, y aguanto, con los ojos cerrados. Quiero olvidar todo, como si no hubiera ocurrido nunca; pero no puedo cerrar los ojos.

La madre de mi padre —mi abuela—, mi esposa, tres hijos pequeños, somos seis en la familia. La mayor de los hijos está por cumplir catorce. Se ha vuelto una adolescente. La de en medio tiene once ya. El menor es un niño, todavía pequeño. Se puede considerar que soy el único hombre de la familia. El mísero salario de un *LDC* alimenta a la familia, hace que vayan los chicos a la escuela. Apenas hace cinco meses que me transfirieron de Imphal a Senapati. Mi abuela estaba muy preocupada; por el nuevo puesto en la montaña. A pesar de su edad, se mantiene informada con los reportes más recientes de los asesinatos persistentes y la violencia de los insurgentes en la montaña y el valle. Yo sé que ella

no quería que yo me fuera de casa. ¿Pero qué podía hacer ella? Con cualquier reporte de una inminente operación armada, se sumergía en las actividades de los meira-paibis locales, y juntaba todas sus fuerzas para mantenerse calmada en casa. Como es difícil administrar los traslados en camión arriba y abajo con el pequeño salario, me quedo en Senapati por diez, veinte días. Muy preocupada por mí, la abuela no descansaba durante días y noches. La abuela se preocupa por sus nietas cuando se aproximan las tropas de la armada. Esta era es de completa penumbra. Sin un rayo de luz, una vida incierta. No puedo cerrar los ojos y miro por la ventana.

La sierra del este sigue absolutamente negra en la oscuridad. Suficientemente encima de la sierra negra está la luna, blanca como nieve, de Purnima, brillando en el cielo, con una mancha negra en el filo. Sí, hoy es Grahan, el eclipse de una luna madura.

¡Abuela! Mientras Rahu comienza a tragarse la luna, la abuela se preocupa por ella. Mientras la luz plateada se desvanece del mundo de la noche, ella llora, ayuna, maldice a Rahu. De vez en cuando, grita: «¡Suelta! ¡Suelta!» y nadie la escucha. Lenta, gradualmente, la luna es engullida por la oscuridad. La abuela se queda en casa, y sólo sale para gritarle a Rahu de vez en cuando. La abuela no es testigo de la tierra que se desvanece en la oscuridad.

«¡Deténgase! ¡Debe reportarse!».

El autobús es un hervidero enardecido. Es la estación de policía de Sekmai. El autobús se detiene. ¿Qué hora es? Sin recordar, trato de mirar en mi muñeca.

¿Dónde pasó el saqueo? ¿A qué hora? ¿Cómo se veían? ¿Eran del monte o del valle? ¿Cuántos eran? ¿Qué tipo de armas tenían? ¿Eran genuinas sus pistolas? ¿Eran de perfil clandestino? ¿Eran atracadores de carretera?

Multitud de preguntas de la policía. Las respuestas de todos se revuelven. El policía anota con tedio en un pedazo de papel, y luego comienza a preguntar sobre las joyas que fueron robadas. Ésas se registran en otro papel, junto a los nombres. Parece como si realmente pudieran recuperar lo perdido, mañana mismo. Mi cuerpo entra en letargo.

«Manden un mensaje a la Superintendencia de Policía de Imphal».

Sin moverse de su postura ociosa en su silla, el oficial llama a otro agente. Con una sonrisa burlona, voltea a ver a la muchedumbre retacada en la habitación y dice: «Es una gran cantidad. ¡Ochenta y siete

mil quinientas setenta y cinco rupias en efectivo; más de un lakh si juntamos todo!»

«Thanababu, Sapermeina está muy cerca de aquí. Por favor arréstenlos de inmediato si se puede. Todas las mercancías se compraron con un pequeño capital. ¿Qué pasará con el dinero para mi negocio de mañana?» Es la misma anciana. Su voz temblorosa, de nuevo.

«HEMOS REPORTADO el incidente a Imphal. Seguirán instrucciones pronto. Ya pueden irse todos. Se nos ha informado de dos explosiones de bomba en Imphal, hace muy poco».

«¿Ha habido muertos, hijo?», le pregunta al oficial con ansia. La anciana ha olvidado sus bienes perdidos.

«Tres muertos. Y como veinte heridos. Todavía no nos dan el conteo exacto».

«¿Fue el ejército?».

«No, fueron militantes clandestinos, por supuesto».

Hay silencio. La anciana se va, con su *khwangshet* bien abrochado.

«Conductor, se reporta una barricada en el bazar de Khwairamband. Conduzca rápido».

El oficial de la policía continúa mientras se levanta de su silla.

El autobús sigue su viaje a una mayor velocidad.

¿Quiénes podrán ser los muertos? ¿Quiénes podrán ser los heridos? Espero que mi esposa, por alguna razón, no haya ido al mercado, ni llevado a los niños. La anciana sigue sentada inmóvil, justo como mi abuela se recargaba en un pilar de madera. Casi la mitad de la luna ha sido devorada por Rahu. La luz plateada pierde su paso en la tierra. La sierra se vuelve cada vez más oscura. Las estrellas se extinguen entre hojuelas de nube oscura. Los árboles están inmóviles en la oscuridad.

«¡Luces apagadas!».

La madre de mi padre —mi abuela—, mi esposa, tres hijos pequeños, somos seis en la familia. La mayor de los hijos está por cumplir catorce. Se ha vuelto una adolescente. La de en medio tiene once ya. El menor es un niño, todavía pequeño. Se puede considerar que soy el único hombre de la familia.

Nos gritan justo al pasar el puente de Feidinga. Todas las luces del autobús se apagan. Bajo la tenue luz de la luna, se ve por la ventana una línea de tropas, paradas junto a la carretera. ¿Ahora qué? Miro hacia arriba una sola vez, a la luna que es devorada por Rahu.

«¡Que todos los hombres se bajen del autobús!», grita el conductor.

En cuanto nos bajamos del autobús, se nos empuja a un lado de la carretera y se nos coloca bocabajo en fila. Levanto la cabeza un poco, y miro los alrededores. El oscuro soldado que está parado frente a mí me patea en la cabeza muy fuerte, con su bota. Mi nuca choca con una piedra. Siento el dolor. Lentamente, toco mi frente. Mi mano toca sangre densa. Se me salen las lágrimas de los ojos. No entiendo la razón de las lágrimas. Hace mucho que no lloro. ¿Qué tipo de dolor es el de hoy? En silencio, me muerdo los labios para mantenerlos cerrados.

Me levantan del pelo. Me ponen una antorcha directo en la cara. Me interrogan en hindi.

«¿De dónde vienes?».

«De Senapati».

«¿Dónde vives?».

«Tera Bazaar».

«¿Para qué vas a Senapati? ¿Eres terrorista? ¿Eres extremista?».

«No, soy empleado del gobierno, con puesto en Senapati».

«Todos ustedes son extremistas, terroristas».

Y su bota me patea de nuevo en la cabeza. Miles de estrellas aparecen frente a mis ojos. Luego, de nuevo, la tierra entera se vuelve oscuridad. Puedo ver borroso el pequeño remanente de la luna blanca, mientras Rahu la engulle. La luz de plata ha desaparecido. ¿Puede que mi abuela esté en el patio, gritando: «¡Suelten a Grahan! ¡Suelten a Grahan!»? ¿O estará en la carretera, con una antorcha encendida en la mano? •

Traducción de Héctor Ortiz Partida, a partir de la traducción del manipuri al inglés de Melbic Maibam.

Hello Maya

Lalit Magotra

Un extravagante gorrioncillo vuela desde algún lugar, desciende sobre la rama de una higuera de Bengala de gran fronda que ha estado ahí durante siglos, despreocupada; el alboroto de sus colores y las notas dulces de su canto emanan alegría por todos lados, momentáneamente, antes de que el pájaro vuele a quién sabe dónde: así es como ha venido a mi mente esta historia. Aquí va.

Apeándose del auto, cerró la ventanilla. Al dar la vuelta, estaba a punto de alejarse, cuando llegó frente a él. Una mujer madura. Sonrió. Cuando sonreía, sus labios se inclinaban un poco hacia un lado, se distorsionaban levemente. Pero detrás de eso labios inclinados, destellaba una fila de dientes blancos. Inmediatamente, él reconoció la sonrisa que había vivido por tanto tiempo en su memoria. También él sonrió.

«¡Hola, Maya!».

«¡Hola, Shekhar!».

«No te habría reconocido de no ser por tu sonrisa».

«Si no hubieras sacudido la cabeza tan vigorosamente al bajar del auto, yo tampoco te habría reconocido. ¡Mueves la cabeza como si te estuvieras sacudiendo agua del pelo!»

«¿Cuánto tiempo ha pasado?».

«Como treinta años. ¿No?».

Ambos echaron a reír.

Una gentil brisa propagó la fragancia de los recuerdos del amor de juventud alrededor de ellos. «¿Vas a algún lugar en especial?», preguntó Shekhar.

«No, sólo estoy pasando el rato. No venía por aquí desde hace mucho tiempo. ¿Tú qué tal? ¿Vas a algún mandado?».

Por más que quiso, Shekhar no podía recordar la tarea que estaba cum-

pliendo. Se sorprendió de sí mismo. «Estoy libre, como un pájaro», dijo con ligereza. Extendió los brazos como si buscara emprender el vuelo. Maya carcajeó sonoramente y dijo: «Entonces, podemos volar juntos en el cielo azul».

Shekhar levantó la cabeza y miró al cielo. Se veía tan claro y azul como la mente de un santo Sufí: Un azul que le daba a su mente consciencia única de la profundidad que había percibido después de tanto tiempo.

Maya respondió: «A donde quieras. Lo divertido de volar está en el vuelo, y no en la dirección».

Shekhar rio. Abrió la puerta de su auto y dijo: «Entonces ven. ¡Te invito!».

El auto se deslizó por la superficie plana de la calle. Sonriente, Shekhar miró a Maya mientras conducía. Ella miraba hacia el frente, pero también sonreía. «¿Recuerdas la primera vez que te declaré mi amor?», preguntó él. Maya le dirigió una mirada inquisitiva y respondió. «¿Se puede olvidar una cosa así?».

Shekhar recordó el día. Había organizado una pequeña fiesta para algunos de sus compañeros, nuevos amigos de la universidad. Cuando todo mundo estaba ahí, había revelado que era su cumpleaños. Todos lo habían felicitado. Aprovechando la oportunidad de estar solo con Maya, le había preguntado medio en juego: «¿No me darás un regalo de cumpleaños?». Maya le había respondido inocentemente: «Vine aquí desprevenida. ¿Cómo habría sabido que hoy era tu cumpleaños?». Y él contraatacó: «Pero ahora lo sabes».

Maya había dicho: «Está bien. Te debo un regalo».

Después de ese incidente, siempre que veía a Maya le preguntaba: «¿No me das mi regalo?», y Maya le respondía con una sonrisa: «¿Cómo sabría qué te gusta?». Así siguió por muchos días. Un día, parado ante su puerta, cuando Maya llegó a su pregunta usual de «¿Cómo sabría qué te gusta?», él no terminó la farsa ahí. En vez de eso, recitó una línea de una canción famosa de Bollywood: «¡Teri pasand kya hai yeh mujh ko nahin khabar, meri pasand yeh hai ke mujh ko hai tu pasand!».[1]

Habiéndose tomado esa libertad, Shekhar ni siquiera se quedó para notar cómo había afectado a Maya. Simplemente había dado la vuelta y se había ido del lugar sin mirar atrás.

Conduciendo su auto ahora, seguía tarareando la misma canción, *¡teri pasand kya hai yeh mujh ko nahin khabar, meri pasand yeh hai ke mujh ko hai tu pasand!*

Maya echó a reír de nuevo.

---

1 «No sé quién te gusta a ti; lo que me gusta es que tú me gustas a mí». (*N. del T.*).

«¿Cómo te sentiste cuando me escuchaste hablar así por primera vez?», preguntó Shekhar.

«¿Pero cómo te sentiste cuando dijiste eso?», preguntó Maya de vuelta.

Se mantuvo callado por unos momentos y dijo: «Sí, vale la pena pensarlo. Decirle a alguien que la amas, o escuchar de quien amas, discretamente, que te ama también, eso sería intoxicante».

«No me has respondido cómo te sentiste cuando me dijiste de tu amor por primera vez», persistió Maya.

«No sentí mucho en esa ocasión, excepto el duro latir del corazón». En un instante de reminiscencia, añadió: «Es así. No experimentas dolor ni placer en el instante en que una cosa te está pasando. El presente es tan impaciente que pasa a la memoria en el instante en que apenas has dicho la "p" de la palabra. No puedes ni siquiera experimentar algo en un momento tan breve y fugaz. El sabor dulce o amargo de la experiencia viene hasta que el incidente ha sido relegado al montón de los recuerdos. El momento en que te dije estas palabras, ese momento pasó de inmediato. Pero por mucho tiempo después, la euforia inducida por lo que dije ante ti me mantuvo dando vueltas en el aire, volando alto y más alto en el cielo, hasta que me sentí mareado».

Shekhar estacionó su auto afuera de un hotel, y luego de subir las escaleras, ambos se sentaron en las sillas del balcón. Desde ahí podían ver el valle, atravesado por un río serpenteante, que se extendía en la distancia; una delgada y ligera bruma azulada y aterciopelada, que se entretejía en la brisa gentil, y filas y filas de montañas al fondo. Como lo ordenó Shekhar, se sirvieron medallones de pollo y crujientes *saag-pakoras* —que seguían siendo la colación favorita de Maya— con café caliente, humeante.

Shekhar lo encontró delicioso. Llamó a un mesero elegante y alto, y le dijo: «Yar, tu comida de hoy es excepcionalmente deliciosa. ¿Cambiaron al chef o están probando nuevas recetas?».

El mesero, cuya cara parecía hecha para sonreír, dijo: «Nada por el estilo, señor. El chef es el mismo y las recetas son iguales. Todo es lo de siempre».

Mirando a Maya, la sonrisa del mesero se volvió más radiante y dejó su mesa contento, eufórico.

Con mucha delicadeza, Shekhar puso su mano sobre la de Maya en la mesa y le preguntó: «Maya, ahora tú dime. Cuando dije que te adoro, ¿cómo te sentiste?».

Maya contempló el valle brumoso y dijo: «Para decirte precisamente cómo me sentí las palabras no serían suficiente. Pero puedes recordar que estaba en el primer escalón de la puerta de mi casa cuando lo dijiste. Sabía que di-

rías algo por el estilo el día que me preguntaste en privado. Callada, esperaba que esto ocurriera. Ese día, finalmente lo dijiste y luego te fuiste. Me quedé parada ahí, viendo tu figura al alejarse. Luego entré. Sentí que mi casa tenía una capa nueva de pintura, vi que las hojas en los floreros se habían puesto más verdes y las flores más brillantes, y hasta me sonó mucho más dulce la canción de Vividh Bharati, vi lo brillantes y hermosos que eran los ojos de la mucama Baghadi que limpiaba nuestros utensilios: pensé en cuánto valía la pena vivir la vida».

Luego Maya volteó la cara hacia Shekhar y colocó su otra mano sobre la de él.

Mirando los ojos fulgentes de Maya, a quien la luz dorada del atardecer había vuelto traslúcida, Shekhar dijo: «Cuando el amor florece en tu pecho por alguien, la creación entera otorga la capacidad de experimentar su máxima belleza en esa persona. También yo sentí que al amarte, amaba a todas las personas que había conocido hasta entonces».

Shekhar tomó un sorbo de café. Se rio entre dientes por algún viejo recuerdo. Apretando levemente la mano de Maya, dijo: «¿Maya, recuerdas ese incidente, cuando buscamos a un ladrón en la oscuridad de la noche?».

Maya preguntó con cara de confusión: «¿Cuál incidente?».

«Querida, el mismo, cuando al escuchar un ruido a medianoche, el sirviente de tu vecino hizo un gran escándalo de que un ladrón había entrado a tu casa. Todo el vecindario, incluyéndome, salió con antorchas encendidas en las manos y buscó por hora y media al ladrón. ¡Pero no era ningún ladrón! ¿Quién más había hecho tanta alharaca sino yo cuando salí por tu ventana?».

Shekhar rio en voz alta. «El vecindario entero había llegado al punto de formar un comité de vigilancia para prevenir los robos. ¿No lo recuerdas?».

Maya dijo sonriente: «Estás equivocado. No puedo recordar dicho incidente, y no vivías en mi vecindario».

«No, eres tú quien ha olvidado. Tu gente se cambió de casa y rentó la que estaba junto a la nuestra».

Maya mantuvo su expresión divertida. Al ver esto, Shekhar dijo, «Ahora, no me digas que no recuerdas el día que llamé a tu papá para pedir tu mano».

La sonrisa de Maya tenía ahora un leve tinte de travesura. «¡Muy bien! Ahora tú dime qué ocurrió. Quizá pueda yo recordar». Miró a Shekhar con curiosidad. Shekhar explotó en carcajadas de nuevo, y mirando también traviesamente a Maya, comenzó: «No tenía las agallas de hablar con él. Mis amigos Joshi y Slathia encontraron la forma de hacer algo. Había un bar en el bazar donde empieza la calle hacia tu casa. Ahí me llevaron, y me hicieron tomar un

vaso de whisky. Pero a la mitad del camino, se me fue la valentía. Me dieron otro trago, y me empujaron hacia tu casa. Pero eso tampoco fue suficiente. Para ese punto, ya no podía sentir la diferencia entre tu casa y la de tus vecinos. No podía sentir nada, de hecho. Abyectamente aturdido, apenas y logré timbrar en tu puerta. Fue tu padre quien abrió la puerta. Al verlo, parado frente a mí, me incliné al instante a tocar sus pies como lo había planeado. Me incliné tanto que me caí al suelo. Tu padre trató de levantarme, pero yo estaba demasiado borracho...». Shekhar rio de nuevo, y Maya también.

Shekhar añadió: «A la fecha, no sé qué tanto tuviste que sufrir por ello».

Maya respondió sonriente: «¿Por qué habría de sufrir yo? Estás confundido. Nunca fuiste así a mi casa. No había un bar cerca de mi casa».

El júbilo de Shekhar decayó un poco. «¿Cómo puede ser que no haya visitado tu casa?».

Disfrutando la situación, Maya rio sonoramente y dijo: «Debes haber ido con alguien más. Tan borracho como estabas, quién sabe con el padre de quién te inclinaste».

En la cara de Shekhar, el asombro sustituyó a la risa. Preguntó: «¿Pero recuerdas el día en que pretendiste haber perdido el sentido y ahogarte en la playa de Goa y traté de revivirte con respiración de boca a boca?».

Maya respondió: «No, no recuerdo eso».

«¿Y cuando te pasé una carta de amor dentro de un sándwich y te lo comiste todo?».

Maya dijo de nuevo: «¡No!».

Confundido, Shekhar preguntó: «¿Me dices la verdad? ¿No recuerdas nada?».

Maya dijo: «No es culpa de mi memoria. Nada de esto pasó conmigo. Puede ser con otra chica u otras chicas. ¿Cómo podría recordarlo yo?».

El predicamento de Shekhar se volvía ansiedad rápidamente. Al percibir esto, Maya sofocó una risa. «Pero, Shekhar, ¿Realmente recuerdas todo esto?».

Shekhar asintió y dijo: «Con certeza».

Maya dijo: «Bien, si así lo recuerdas, entonces no importa que nadie más lo recuerde, o no. Tú vives tus propios recuerdos, y no los de nadie más. Si está en tus recuerdos, es verdad para ti. No te preocupes».

Shekhar sentía que Maya tenía razón. Miró por un rato el valle que se extendía ante él y bebió a profundidad su intoxicante brisa. Luego exclamó: «¡Qué vista tan espléndida!».

Maya preguntó: «¿Vienes aquí diario?».

Shekhar respondió: «No».

Maya inquirió sorprendida: «¿Por qué no?».

Shekhar respondió: «Estoy ocupado con otras cosas».

Maya preguntó con mayor sorpresa: «¿Puede haber algo mejor que ver el espectáculo de este valle?».

Shekhar se preguntó a sí mismo y dijo: «Quizá no».

Maya dijo después de un rato: «Debemos tener una vista mejor desde la azotea».

Shekhar llamó al mesero sonriente y le preguntó dónde estaba la escalera a la azotea.

El mesero dijo: «Mire, ahí está frente a usted». Vieron que, efectivamente, frente a ellos colgaba una escalera hecha de gruesas cuerdas de colorida seda. Advirtiendo la curiosidad de Shekhar, el mesero dijo: «El hotel la tiene especialmente para los huéspedes que quieren ver el valle desde arriba».

Ambos dejaron sus sillas y caminaron hacia la escalera. Maya iba al frente. Se pescó de la escalera y comenzó a ascender. Apenas había subido tres o cuatro travesaños cuando se le soltó la cuerda sedosa. La escalera quedó lejos de su alcance. ¡Pero qué ocurría entonces! En vez de caer al suelo, Maya comenzó a volar hacia el valle, y luego, como un pájaro, se desvaneció por completo en la bruma. Shekhar no podía hacer nada sino mirar.

Shekhar se sobresaltó. El clamoroso claxon de un vehículo lo había traído de vuelta. Estaba parado junto a su auto, había cerrado la ventanilla hacía solo un momento. Una de sus manos seguía en la manija de la ventana del auto. La mujer de mediana edad se acercaba a él apenas, con la familiar sonrisa.

Shekhar le dijo: «¡Hola, Maya!» .

La mujer le preguntó a su vez: «¿Hain?».

Shekhar dudó un poco. Le preguntó: «¿Eres Maya?».

Le respondió: «No».

Shekhar agitó la cabeza por hábito. Pero la mujer no dijo: «¡Hola, Shekhar!».

En sus ojos él no vio ningún indicio de reconocimiento ●

Traducción de Héctor Ortiz Partida, a partir de la traducción del dogri al inglés de Suman Sharma.

Entre labios

DESMOND KHARMAWPHLANG

Pasándola entre los labios, un ancestro recuerda

la nuez de betel masticada que la abuela transmitió

de los huecos de sus manchados dientes a la palma de una mano

[iletrada

y otra vez a mi boca.

Muchos años después me encontré enseñando la tradición

transmitiéndola

de boca en boca.

Una cesta de caña donde colocábamos nuestros calcetines estaba

repleta de sus historias.

De pronto se transformó en un nido y

volé con aves desconocidas, mareadas y somnolientas,

buscando mantos de nubes en el maizal del gato mítico

que en ocasiones araba los cielos.

La canasta de caña desapareció cuando

un armario de madera se instaló en nuestra casa de tres

habitaciones.

Los calcetines hallaron un nido y comencé a escribir las primeras

[letras del alfabeto.

Mylliem, donde mis antepasados imploraron por su liberación del

[invierno amargo,

donde lucharon con tierra y piedra para escribir sus memorias.

Hoy, perdidos y cerca de cincuenta, sitiados y presos por los

[libros,

en ocasiones murmuro una oración: «Abuela, cuéntame otra

[historia».

Versión del inglés de Carlos Vicente Castro.

Kynpham
Sing Nonkynrih

Ïing Sad: guía de turistas

Estos pilares, comenzó, roídos y ennegrecidos por el tiempo,
han sido traídos de los *raijs*, las provincias de
Sawkher Lailyngdoh y Mawshai, hace muchos siglos,
cuando fundaron el Hima de Shillong.
Este cuarto oscuro ha sostenido cabras sacrificadas
durante miles de festivales.
Esta negruzca puerta con líneas horizontales marca con cal
la cantidad de cabras traídas de cada *raij* en cada festival.
Ésta es la sala más amplia, el *sanctum sanctorum*;
apenas iluminado por aquellos agujeros en el techo de paja.
Todo aquí está negro por el tiempo:
esta estera de bambú junto al hogar
ha sido asiento de un siglo de sacerdotes y *duhalias*,
y el hogar ha sido cálido y los ha entretenido
por miles de años, cada año.
Estas ocho vigas atraviesan el techo
para proteger al palacio de terremotos:
el humo de la madera los ha ennegrecido con hollín,
incluso a este sacro tótem rodeado por la estera de bambú.
Esto sólo puede tocarlo el Soh Blei, Fruto Divino,
el gran sacerdote y la Syiem Sad, Reina Madre.
No puedo decir por qué, pero como pueden comprobar,
todo aquí es antiguo y misterioso, e inamovible, excepto
el techo al que añaden una nueva paja cada primavera,

meses antes del Pomblang, el festival de danza y rituales.
Este triste Ïing, la Casa de la Reina Madre,
en forma de caparazón,
no lo encuentra hermoso ni majestuoso.
Tampoco lo ve único porque fue construido sin clavos,
ni siquiera le interesa compararlo
con el Arca de Noé. Lo que en realidad le intriga
es el ritual que regenera el techo. Es una gran lección:
incluso los ciclos de la cultura requieren un nuevo techo al año.
Esta casa ejerce su atracción hacia él como un lazo de sangre
mientras una enorme tristeza lo sofoca al pensar
que aunque no sea nuevo el techo, una nueva casa se construye este
[año.

Una cabeza de cabello blanco

The sign of winter is a head of white hair.
Soso Tham

Ask me about women, for here I am
A doctor who knows their circumstances.
A man with white hair or one short of cash
Has no share left in their affection.
De «Noche 170», *Las noches arábigas*

Lleva una cabeza de cabello blanco
y una cara con el triste vandalismo del tiempo,
y las mujeres de la familia lo miran con curiosidad,
hasta exclamar: «¡Cómo ha cambiado!».
Atrás ha quedado el brillo eléctrico,
esa risa silenciosa en sus ojos,
invitando, atrevida, burlesca...
esos ojos que se levantaron de manera inesperada,
la apertura de los pétalos, el amanecer partido en dos,
el día que comienza con un nuevo entusiasmo—

ojos, clama en la desolación,
¿no hemos conocido ya esos ojos
que bailaron traviesos mirando tus ojos?
¡Tejedores de romances y oscuras fantasías!
Cada uno había sido una posibilidad,
un amor, una alegría, una celebración...

Lleva una cabeza de cabello blanco,
debe forzar un noble desinterés en sus ojos
como si no tuviera sentimientos.
No hay belleza para los ancianos,
deben mirar y perecer,
su adoración es abominación,
todo lo bueno es memoria.

Lleva una cabeza de cabello blanco,
y ella le dice, Tali,
esta criatura de veinte,
«Dale color,
todavía eres suficientemente joven,
dale color,
hazlo por mi bien».

Versiones del inglés de Carlos Vicente Castro.

La visión de Arjuna como imagen poética

Elsa Cross

Apocalipsis es «revelación». Viene de *ápo-kalyptō,* que en griego significa *descubrir, desnudar, revelar, dar a conocer*. Aunque el término no tiene que referirse necesariamente al final de los tiempos, el Apocalipsis de san Juan, llamado el Teólogo en la Iglesia Ortodoxa, habla de su revelación o visión del final de los tiempos, el *éschatos* (έσχατος), de donde viene la palabra «escatología».[1]

Los apocalipsis fueron casi un género literario que proliferó en el mundo judío, paradójicamente en una época de relativa paz, durante el tiempo de los Macabeos, hacia los siglos II y I a.C., antes de la invasión de Roma, que ocurrió hacia la primera década de la era cristiana. Esos apocalipsis hablaban por lo general de la llegada del Mesías, que traería una especie de *apocatástasis*[2] —en griego— o restauración final, en este caso, del Reino de los Cielos.

Escrito hacia fines del siglo I d.C., el Apocalipsis de san Juan hace cristalizar en la figura de Jesús y en su enseñanza el sentido profético que se encontraba en otros textos escatológicos, sin duda inspirados en los libros de los profetas antiguos. En san Juan es posible detectar

1 La raíz de *éschatos,* (έσχατος), «final», se confunde con la de *skató* (σκάτό), que significa excremento, y al hablar de «escatología» o «escatológico», suele haber una confusión porque en español se usa la misma palabra para los dos conceptos; en griego esto se diferenciaría perfectamente con dos palabras distintas que serían, respectivamente, εσχατολογία (*eschatología*) y σκατολογία (*skatología*).

2 El término viene de Orígenes, que hablaba de una restauración final del Reino de los Cielos tanto para los justos como para los pecadores, idea que implicó serios problemas doctrinales.

una influencia o coincidencias con la tradición mística judía del Merkabá, que proviene de la visión de Ezequiel del Trono divino, visto como un carruaje (que es lo que significa *merkabá*) que representa todas las formas de la creación, y cuyos animales y seres emblemáticos pasarán después a ser distintivos de los cuatro evangelistas. También es posible encontrar imágenes que están ya en el Libro de Daniel, como la bestia con diez cuernos, el anciano de «vestiduras blancas como la nieve» y esa figura «como hijo de hombre» que llega hasta él, y que para Daniel es un ángel. Y más cercano en el tiempo al Apocalipsis está el intertestamentario Libro de Enoch,[3] donde los rostros de los «santos hijos de Dios» son también «blancos como la nieve», aunque pueda pensarse en el posible carácter derivativo y epigonal de este último texto, no aceptado en el canon de la Biblia hebrea ni por ninguna iglesia cristiana, excepto la etíope.

La semejanza que hay entre el Apocalipsis y el Libro de Daniel en el uso de la imagen poética y en el tono, se hace evidente en los siguientes versículos de este último texto, en que pueden reconocerse muchas imágenes del Apocalipsis. Dice el Libro de Daniel:

> **Y alzando mis ojos miré, y he aquí un varón vestido de lienzos, y ceñidos sus lomos de oro de Uphaz:**
>
> **Y su cuerpo era (como piedra) de Tarsis, y su rostro parecía un relámpago, y sus ojos como antorchas de fuego y sus brazos y sus pies como de color de metal resplandeciente, y la voz de sus palabras como la voz de ejército.**[4]

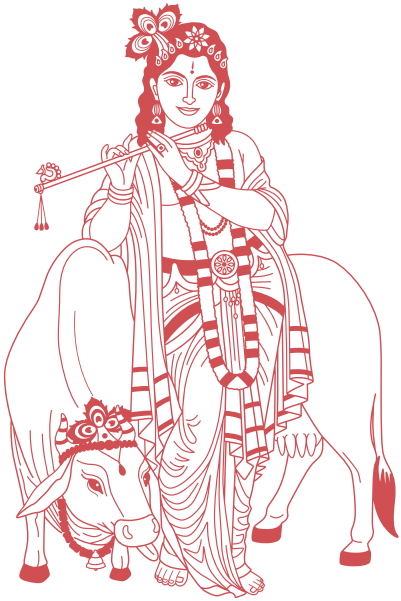
El Apocalipsis de san Juan está en todos sentidos más cerca de la tradición profética bíblica anterior que de los diversos apocalipsis contenidos en la biblioteca gnóstica encontrada en Nag Hammadi —que no debe confundirse con los Manuscritos del Mar Muerto—, como los de Pablo, Santiago y Pedro, que confieren diversas enseñanzas, pero no poseen el tono ni la fuerza —o al menos fuerza poética— de una revelación.

---

3 Libro escrito entre los siglos III y I a.C., es decir, después de la escritura de la Biblia hebrea y antes del Nuevo Testamento. Aunque es citado en algunas epístolas, sólo lo acepta el canon bíblico etíope, en cuyo caso se conoce como Libro etíope de Enoch.

4 Libro de Daniel, 10. 5-6 p. 651 (versión de Casiodoro de Reina y Cirpriano de Valera).

Al respecto de toda esta literatura apocalíptica, acaso resulte de mayor interés que su carácter profético, el fenómeno de la visión misma.[5] Los símbolos y las imágenes con que se expresan estas revelaciones —o elaboraciones— son tan amplios que podrían profetizar casi cualquier evento de cualquier época según los términos de referencia que se aceptaran como válidos. Lo que más me interesa subrayar es la fuerza poética del texto y las imágenes. Una visión o revelación contiene, por lo general, una serie de símbolos, a veces muy visuales y siempre llenos de significados latentes, que es lo que más los acerca a la imagen poética. Tal vez la poesía y la profecía, así como el mito, surjan de espacios internos semejantes. Haya habido o no de por medio una revelación directa en san Juan, no es raro que tenga influencia o semejanza con algunos textos proféticos anteriores, pues si aun en distintos momentos históricos de esa tradición se conserva una retórica similar y un mismo trasfondo simbólico, éste puede configurar tanto los elementos expresivos de visiones ulteriores como su manera de interpretarlos. De ahí que sea frecuente que los místicos judíos vean el trono de Dios, los cristianos tengan visiones de ángeles y santos o de la cruz, y los hindúes de sus dioses, o de *ṛṣis* y *siddhas,* por poner algunos ejemplos.



5 Ésta no puede ser comprobable, pero considero que es un fenómeno de interés aun su posible elaboración intencional.

Acercándome más a un pasaje de la *Bhagavad Gītā* que deseo contrastar aquí, muy escuetamente, con algunos versículos del comienzo del Apocalipsis, quisiera partir del carácter de visión o revelación que tiene expresamente ese fragmento del capítulo XI de la *Bhagavad Gītā*, su carácter de teofanía, para subrayar algunas similitudes que encuentro, en cuanto a la imagen poética, con el texto de san Juan, y que saltan a la vista por la diferencia tan radical de las dos tradiciones y sus contextos respectivos. Me detendré en el contexto de la *Bhagavad Gītā*, que por lo general es menos conocido.

La *Bhagavad Gītā* aparece en la parte central de la famosa épica india del *Mahābhārata*, y por su importancia, cobró un valor autónomo. *Bhagavad Gītā* significa «La canción del Señor», y en el capítulo XI es donde Arjuna recibe una revelación de la forma cósmica de Kṛṣṇa. Se da en el contexto de una gran batalla que está a punto de comenzar. Los ejércitos se encuentran ya formados, y Arjuna, que es el jefe del ejército de los Pāṇḍava, en lucha contra sus primos, los Kaurava, que les han arrebatado su reino, debe dar ya la señal de combate.

Algo lo detiene, sin embargo, y cuando Arjuna le pide al conductor de su carro de guerra, que es otro primo suyo, Kṛṣṇa, que avance el carro a la mitad del campo para ver a sus enemigos, descubre que éstos no son sino sus tíos, sus maestros, sus primos, sus amigos. ¿Cómo va a matar a su propia familia? Sería un crimen que haría recaer sobre él un *karma* terrible. Por ningún motivo los matará, ni aun a cambio del reino. Arjuna cae en un desaliento muy profundo, se hunde en su carro, arroja el arco y se niega a combatir. Kṛṣṇa le recrimina esa conducta, diciéndole que son indignos de un noble semejantes desmayos y que su deber, su *dharma* de guerrero es luchar; también le da a entender que no va a combatir por un reino sino por la justicia.

Arjuna se encuentra totalmente confundido y le pide a Kṛṣṇa que le resuelva sus dudas, que le dé instrucción. Kṛṣṇa acepta y se convierte en ese momento en el *guru* de Arjuna, quien tardará dieciocho capítulos en entender finalmente cuál es el sentido de la acción correcta, del *dharma*, y en aceptar ir al combate. Ahora bien, Kṛṣṇa no es un primo cualquiera, y Arjuna se va dando cuenta de ello en el curso de la instrucción que recibe de él. Según el *Mahābhārata* y los Puraṇa, Kṛṣṇa es un *avatāra* o encarnación divina de Viṣṇu, el dios protector del universo.

Al comienzo de su instrucción, Kṛṣṇa le explica a Arjuna que diversos caminos del yoga, como el de la acción correcta, el del conocimiento, el de la meditación y el de la devoción, conducen al mismo fin, que es

liberarse de la ignorancia y el sufrimiento para unirse a la divinidad. Kṛṣṇa habla después de su propio ser, y comienza a decir cosas raras que desconciertan a Arjuna. Declara ser la raíz del más antiguo linaje de sabios, siendo que es muy joven, y dice después: «Has de saber que todos los seres nacen (de mí). Yo soy el origen de este mundo al igual que su disolución».[6]

Luego, va dando gradualmente una descripción de su ser, que abarca desde el plano de la inmanencia, como cuando dice, «Yo soy el sabor del agua... la luz de la luna y el sol» o «Yo soy la fragancia pura de la tierra y el resplandor en el fuego», hasta el plano de la trascendencia: «Los hombres sin entendimiento me consideran a mí, que no estoy manifiesto, como si estuviera manifestado, ignorando mi naturaleza más alta, inmutable y suprema».[7]

A medida que Kṛṣṇa sigue hablando de su naturaleza divina, Arjuna está más azorado cada vez, hasta que dice: «En verdad Tú mismo te conoces a ti mismo, por ti mismo, oh suprema Persona, fuente de los seres, Señor de las criaturas, Dios de dioses y dueño del mundo».[8]

Y cuando le pide que le revele el poder de sus manifestaciones divinas, Kṛṣṇa le dice: «Yo (oh, Arjuna) soy el ser que habita en el corazón de todas las criaturas, soy el comienzo, el medio y el fin mismo de los seres».[9] Esto nos hace recordar obviamente el «Yo soy el alfa y la omega» del Apocalipsis de san Juan.

Al final del capítulo X de la *Gītā*, después de extender a toda cosa imaginable la descripción de lo que él es, Kṛṣṇa agrega: «Yo sustento este universo entero, penetrándolo con una sola fracción de mi ser»,[10] y entonces Arjuna siente un deseo incontenible de ver la forma cósmica de Kṛṣṇa, y le pide que se la revele. Kṛṣṇa accede, pero primero tiene que otorgarle una visión espiritual que le permita percibirla. Y entonces Arjuna contempla esa revelación de la forma cósmica de Kṛṣṇa, y al cabo de un momento, aterrado, se inclina ante él con las manos juntas y entre otras cosas le dice lo siguiente, que cito *in extenso*:

---

6 *Bhagavad Gītā,* VII.6, p. 215, de la versión de S. Radhakrishnan.

7 *Ibid.*, VII.24, p. 223.

8 *Ibid.,* X.15, p. 261.

9 *Ibid.,* X.29, p. 262.

10 *Ibid.,* X.42, p. 268.

En tu cuerpo, oh Dios, veo a todos los dioses y también a las variadas huestes de seres, a Brahmā, el señor sentado sobre el trono de loto y a todos los sabios y nāgas celestiales.

Te contemplo, infinito en forma por todos lados, con innumerables brazos, vientres, caras y ojos, pero no veo tu fin ni tu medio ni tu comienzo, oh Señor del universo, oh Forma universal.

Te contemplo con tu corona, mazo y disco, fulgurando por dondequiera como una masa de luz, difícil de discernir, (deslumbrando) por todas partes con el resplandor del fuego llameante y del sol, incomparable.

Tú eres el Imperecedero, el ser Supremo que ha de realizarse, Tú eres el lugar de reposo final del universo; Tú eres el guardián inmortal de la ley eterna, Tú eres la Persona primordial, yo lo creo.[11] [...]

Este espacio entre el cielo y la tierra está penetrado sólo por ti, también los puntos cardinales; oh Exaltado, cuando se ve esta terrible y maravillosa forma tuya, tiemblan los tres mundos.

Más allá, huestes de dioses entran en ti, y algunos en temor te exaltan con las manos juntas, y grupos de grandes videntes y *siddhas* gritan «Salutaciones» y te adoran con himnos de abundantes elogios.[12] [...]

Al ver tu gran forma, con muchas bocas y ojos, oh tú de poderosos brazos, de muchos brazos, muslos y pies, de muchos vientres, terrible con numerosos colmillos, los mundos tiemblan y yo también.

Cuando te veo tocando el cielo, ardiendo con muchos matices, con la boca abierta de par en par y grandes ojos fulgurantes, mi alma más íntima tiembla de temor y no encuentra equilibrio ni paz, ¡oh, Viṣṇu!

Cuando veo tus bocas terribles con sus colmillos, como las devoradoras llamas del tiempo, pierdo el sentido de los rumbos y no encuentro paz. Ten misericordia. Oh, Señor de los dioses, refugio de los mundos.

---

11 *Ibid.,* XI.15-18, p. 274 s.

12 *Ibid.,* XI.20-21, p. 276.

Todos aquellos hijos de Dhṛtarāṣṭra, junto con las huestes de reyes, y también Bhīṣma, Droṇa y Karṇa, al igual que los jefes guerreros de nuestro lado también,

Van corriendo hacia tus bocas temibles, provistas de tremendos colmillos. Atrapadas entre los dientes, las cabezas de algunos se ven aplastadas hasta pulverizarse.

Como torrentes de muchos ríos corren hacia el mar, así estos héroes del mundo de los hombres se apresuran hacia tus bocas llameantes.

Como las polillas van ligeras hacia el fuego ardiente para morir allí, así estos hombres corren veloces hacia tus bocas, hacia su propia destrucción.

Devorando todos los mundos a cada extremo de tus bocas llameantes, los lames. Tus rayos fogosos llenan este universo entero y lo calcinan con su brutal fulgor.

Dime quién eres Tú, de forma tan terrible. Salutaciones a Ti, oh gran Divinidad, ten compasión. Deseo conocerte a Ti, que eres el Ser primordial, pues no conozco tus obras.[13]

Arjuna no puede resistir por mucho tiempo esa visión terrible y termina pidiéndole a ese ser inabarcable que recupere su forma apacible de Viṣṇu. Tampoco san Juan puede tolerar su revelación y al principio, al igual que Daniel, se desmaya; en sus historias respectivas, Moisés se cubre el rostro ante la zarza ardiente[14] e Isaías exclama, «Ay de mí!, que soy muerto».[15] Son visiones tan tremendas que resultan amenazantes. Es algo muy distinto del susurro amoroso, que acaso escuchan los místicos. Tanto para Arjuna como para san Juan, su capacidad de concebir a Dios se ve sobrepasada en tal medida, que los dos se aterran. Las sendas visiones están más allá incluso de los conceptos convencionales de vida y muerte. Arjuna le dice a Kṛṣṇa: «Eres el Imperecedero, el ser y el no ser y lo que está más allá de eso». Y dejando de lado cuestiones teológicas o doctrinales, quisiera subrayar algunas semejanzas de las dos visiones en cuanto al contenido plástico y poético de sus imágenes. En una estrofa semejante a otra que he citado ya, dice la *Gītā*:

---

13 *Ibid.*, XI.15-31, pp. 277 ss.

14 Éxodo, 3.4-6.

15 Isaías, 6.5.

> **Te contemplo como algo sin principio, medio ni fin, de poder infinito, de brazos innumerables, con el sol y la luna como Tus ojos, con Tu cara como un fuego llameante, cuya irradiación quema este universo.**[16]

En el Apocalipsis de san Juan, el Todopoderoso dice muchas veces que él es «el Alpha y la Omega, el principio y el fin». Y el texto describe, rememorando las imágenes de Daniel:

> **sus ojos como llama de fuego; y sus pies semejantes al latón fino, ardientes como en un horno; y su voz como ruido de muchas aguas. Y tenía en su diestra siete estrellas y de su boca salía una espada aguda de dos filos.**[17]

En la *Gītā*, Arjuna dice: «Como las muchas corrientes de los ríos corren hacia el mar, así estos héroes del mundo de los hombres se apresuran hacia tus bocas llameantes».[18] Y en el Apocalipsis: «y de su boca sale una espada aguda para herir con ella a las gentes».[19]

Para Arjuna, el objeto de su visión es «el guardián inmortal de la ley eterna»; san Juan habla del «testigo fiel y verdadero, el principio de la creación de Dios».

---

16 *Bhagavad Gītā*, XI.19, p. 275 s.

17 Apocalipsis, 1.14-16.

18 *Bhagavad Gītā*, XI.27-28 p. 278.

19 Apocalipsis, 19.15.

Dice la *Bhagavad Gītā*:

> **Más allá, huestes de dioses entran en ti y algunos, en temor, te exaltan con las manos juntas, y grupos numerosos de grandes videntes y de seres perfectos gritan «salutaciones», y te adoran con himnos de abundantes elogios.**[20]

Y el Apocalipsis dice:

> **Los veinticuatro ancianos se postraban delante del que estaba sentado en el trono y adoraban al que vive para siempre jamás, y echaban sus coronas delante del trono, diciendo: Señor, digno eres de recibir gloria, honra y virtud...**[21]

Y también:

> **Y oí a toda criatura que está en el cielo, y sobre la tierra, y debajo de la tierra, y que está en el mar y todas las cosas que están en ellos, diciendo: «Al que está sentado en el trono y al Cordero, sean la bendición y la honra y la gloria y el poder para siempre jamás».**[22]

Tanto en la tradición hindú como en la tradición judía o cualquier otra, la visión interior es sumamente importante. En la India, se llama *darśana*, y de esa visión primordial de los antiguos sabios o *ṛṣis,* se dice que surgen los *Vedas* y las *Upaniṣads*, que se consideran libros revelados, así como surgen también los mantras, la poesía y muchas otras cosas. Sucesivas generaciones de yoguis y ascetas la describen como una visión mística percibida desde el propio interior en estados de meditación profunda.

Sin que dicha posibilidad deje de estar presente en la *Bhagavad Gītā*:, la visión de Arjuna que se ha descrito aquí parece bastante excepcional, pues le es concedida explícitamente por un dios, desde fuera. En este caso se acerca a las revelaciones del judaísmo, en que los profetas se ven arrebatados por el Espíritu, que les muestra sus visiones y les da órde-

---

20 *Bhagavad Gītā,* XI.21 p. 276.

21 Apocalipsis, 4.10-11.

22 *Ibid*., 5.15.

nes precisas. La revelación es también fundamental en el judaísmo, y la Torah, los cinco primeros libros de la Biblia hebrea (o *Tanakh*), llamados también Pentateuco, se consideran igualmente libros revelados. Tanto en la tradición védica como en la judaica se piensa que sus escrituras respectivas —o la sabiduría que contienen— son anteriores incluso a la creación.

¿Pero la visión es anterior al lenguaje o al revés? En el Génesis, Dios dice primero «Hágase la luz», y es entonces cuando la luz se manifiesta. En las escrituras hindúes el sonido divino también precede a la aparición de las formas: el *nāda* o vibración primordial, da origen al *bindu*, el punto luminoso donde se concentra toda la energía potencial que dará origen al universo, *kalā*, al explotar y expandirse —tal como en la teoría del Big-Bang.

Y si en la visión del comienzo está implícita también la visión del final, como es frecuente en mitos de creación, «la semilla de mundos extintos» de la que surge el universo, según un himno del *Ṛg-Veda*, será la que vuelva a contener al universo cuando al final de esa era cósmica sea devorado por el fuego *vaiśvānara*, pues hay también aquí un fin catastrófico del mundo. Pero un aspecto que hace que cualquier escatología hindú sea mucho menos terrible que la del Apocalipsis, es que ningún fin del mundo es definitivo: el tiempo es circular, de modo que se alternan cíclicamente etapas de creación y destrucción del universo y cada una engendra a la otra, aunque haya intervalos de reposo donde todo queda, o bien, latente como semilla, o bien, manifiesto en las formas del universo.

Así, la visión de Arjuna no es tan radical como la de san Juan. Está realmente presagiando el fin de una era y la muerte de la mayor parte de los guerreros que participan en la guerra, pero al final hay una restauración de la justicia. La existencia sigue, en la vida o la muerte; está más allá de ellas, tal como dice Krishna desde el comienzo de su enseñanza:

> **Jamás hubo un tiempo en el que yo no existiera, o tú, o estos señores de los hombres, ni habrá jamás un tiempo en que dejemos de ser.**[23]
>
> **El habitante del cuerpo de cada uno, oh Bhārata [Arjuna], es eterno y no puede ser matado jamás. Por eso no debes lamentarte por ninguna criatura.**[24]

23 *Bhagavad Gītā*, II.12 p. 102 s.

24 *Ibid.*, II.30, p. 111.

Hay también una restauración al final del Apocalipsis, donde se restituyen la justicia y el bien y se instaura el Reino de Dios en la tierra.

Independientemente de la diferencia entre estas dos visiones y otras, cuyos ejemplos podrían multiplicarse, sean una revelación externa, transmitida por un ángel, un dios o lo que sea, o interna, originada en las profundidades de la propia psique, es significativa la reiteración de ciertos elementos.

Tanto la *Bhagavad Gītā* como el Apocalipsis comparten una teofanía en la que el Dios o el ser objeto de la revelación es el comienzo y el fin de todo; es sobrecogedor e irradia fuego o una tremenda luminosidad; tiene una boca o bocas amenazantes, de las que sale, o una espada de dos filos, o el fuego que devora a los guerreros; es un dios que recibe, en una y otra narrativa, las salutaciones de los seres celestes o los santos.

En un texto y en el otro hay un extraordinario vigor poético, tanto por el contenido como por el ritmo de las imágenes, que se magnifican dada la gravedad de los contextos respectivos, si bien en la *Gītā* se habla sólo de una batalla, y en el Apocalipsis del fin del mundo, de la batalla final, el Armagedón. Tienen los dos textos en común un contenido que sobrepasa y desborda los límites de la racionalidad y de lo que el ser humano considera normalmente como factible y natural. Si esas visiones provienen de la imaginación, ésta debería considerarse como algo muy importante pues tiene la capacidad de engendrar cosas más grandes que el ser humano mismo. Y ya quieran verse desde el punto de vista de la mística o de la poesía, sin duda se conectan con algo muy profundo en cada uno de nosotros.

En su libro *Las grandes tendencias de la mística judía*, Gershom Scholem señala que los aspectos o sucesos históricos de una religión determinada adquieren un sentido místico que los desliga de sus propias circunstancias concretas para convertirlos en símbolos de un acontecimiento interior, refrendable en cada ser humano. Por ejemplo, el Éxodo no se agotará en la salida de Egipto, sino que, dice: «debe corresponder con algo que ocurre en nosotros mismos, un éxodo de un Egipto interno en el cual todos somos esclavos».

Cada quien tendrá que indagar qué es lo que detonan en su propio interior esas dos visiones de las que se ha hablado aquí •

Literatura antigua de la India
[Compilación]

Hitopadesha

El Hitopadesha *es una notable recopilación de historias cortas en sánscrito. El término* Hitopadesha *es un esfuerzo conjunto de dos términos,* Hita *(bienestar/beneficio) y* Upadesha *(consejo). Como sugiere el término,* Hitopadesha *es una colección de cuentos que aconsejan para el bienestar y el beneficio de todos. Impartiendo la moral y el conocimiento, el* Hitopadesha *es uno de los libros en sánscrito más leídos en la India. Sigue siendo un libro de cuentos para niños muy popular que realmente los ayuda a convertirse en adultos responsables y maduros.*

Los indólogos del siglo XIX atribuyeron el texto a Vishnu Sharma, un narrador y personaje que a menudo aparece en sus fábulas. Tras el descubrimiento del manuscrito más antiguo que se conoce, en las montañas nepalesas, los eruditos generalmente aceptan dos versículos finales como los que afirman a Narayana como el autor y a un rey llamado Dhavala Chandra como el patrocinador del texto. Como no se conoce ningún otro trabajo de ese autor, y dado que ese gobernante no se ha rastreado en otras fuentes, no sabemos casi nada de ninguno de ellos. Citar el trabajo es, por lo tanto, problemático.

La hija del sabio

Érase una vez un sabio que vivía a orillas de un río. El sabio y su esposa no tuvieron hijos. Estaban descontentos. Un día, cuando el sabio se dedicaba a la penitencia, un pajarito dejó caer una rata en su regazo. El sabio pensó que Dios podría haberle enviado esta rata. Pensó que, si la llevaba a su casa, la gente se reiría de él. Entonces decidió transformarla en una niña.

El sabio llevó a la niña a su casa. Al verla, la esposa del sabio preguntó: «¿Quién es ella? ¿De dónde trajiste a esta chica?». El sabio le narró toda la historia y dijo: «La regresaré a su forma original». Su esposa lo detuvo al instante: «Te lo ruego, por favor, no la conviertas en una rata. Le has dado la vida, entonces te has convertido en su padre. Como eres su padre, soy su madre. Dios debe de habérnosla enviado porque no tenemos hijos».

El sabio aceptó la petición de su esposa. Comenzaron a criar a la niña como su propia hija. Pronto, la niña se convirtió en una bella doncella. Cuando cumplió dieciséis años, la esposa del sabio decidió casarla. Le pidió a su esposo que le encontrara una pareja adecuada. Al sabio le gustó la idea y sugirió que el Dios Sol haría la mejor pareja para su hija. La esposa estuvo de acuerdo con esto, y el sabio oró al Dios Sol para que apareciera. Cuando apareció, el Sabio le pidió que se casara con su hija.

Pero la chica rechazó la idea y dijo: «¡Lo siento! No me puedo casar con el Dios Sol porque está ardiendo. Seré reducida a cenizas en su calor y su luz». El sabio se desilusionó al escuchar esto. Le preguntó al Dios Sol si podía sugerir un novio para su hija. El Dios Sol dijo: «El Señor de las Nubes podría ser una buena pareja para ella, ya que él es el único que puede detener fácilmente los rayos del Sol».

El sabio entonces oró al Señor de las Nubes para que se presentara y le pidió que se casara con su hija. Pero la chica una vez más rechazó la propuesta y dijo: «No quiero casarme con una persona oscura como él. Además de esto, me aterroriza el trueno que genera». El sabio se desanimó una vez más y le preguntó al Señor de las Nubes si podía sugerir un posible novio. El Señor de las Nubes dijo: «El Dios Viento puede ser, ya que fácilmente puede volarme».

El sabio entonces oró al Dios Viento para que se apareciera y le pidió que se casara con su hija. La hija declinó la idea y dijo: «No me puedo casar con una persona frágil como el Dios Viento, que siempre está revolcándose». Una vez más, el sabio se puso triste y le pidió al Dios Viento

que sugiriera algo. El Dios Viento respondió: «El Señor de la Montaña es sólido y puede detener los duros golpes del viento con facilidad. Él puede hacer una pareja adecuada para su hija».

Según la sugerencia amable hecha por el Dios Viento, el sabio fue al Señor de la Montaña y le pidió que se casara con su hija. Pero la chica una vez más rechazó la propuesta y dijo: «No me puedo casar con el Señor de la Montaña porque tiene demasiado frío». Le pidió al sabio que encontrara un novio más suave para ella. El sabio buscó la sugerencia del Señor de la Montaña para lo mismo. El Señor de la Montaña respondió: «Un ratón hará una pareja perfecta para ella, ya que es suave y puede hacer agujeros en la montaña».

La hija aprobó la idea de casarse con un ratón. Además, estaba complacida con esta propuesta. El sabio dijo: «Éste es el destino. Viniste como una rata y estabas destinada a casarte con un ratón». Al decir esto, el sabio convirtió a la chica de nuevo en una rata. La rata se casó con un ratón y vivió feliz a partir de entonces ✷

Los cuentos *Jataka*

Los cuentos Jataka *son una parte importante de la literatura budista, que representan antiguas encarnaciones de Buda, a veces como un animal —un ave— y, a veces, como un ser humano, el futuro Siddhartha Gautama. Originalmente escrito en pali, los cuentos* Jataka *han sido traducidos a diferentes idiomas en todo el mundo.*

El poder de un rumor

Érase una vez que, en un bosque, una liebre descansaba debajo de un baniano. Tenía una intuición de fatalidad y pensó: «¿Qué me pasaría si la tierra se rompiera?». De repente, escuchó un extraño sonido sorprendente. Dijo: «Ha sucedido, la tierra se está rompiendo». Saltó y corrió locamente sin siquiera ver en qué dirección iba.

Cuando corría por el bosque, otra liebre la vio y le preguntó: «¿Qué pasó? ¿A dónde vas con tanta prisa?». La primera liebre gritó: «La tierra se está rompiendo. Es mejor que corras también». La segunda liebre corrió tan rápido que superó a la primera. Mientras pasaban por el bosque, ambas gritaron a otras liebres: «¡La tierra se está rompiendo. La tierra se está rompiendo!». Muy pronto, miles de liebres corrían por el bosque.

Al ver a las liebres corriendo por el bosque, los otros animales también se asustaron. La noticia se extendió de boca en boca y pronto todos llegaron a saber que la tierra se estaba rompiendo. No pasó mucho tiempo antes de que todos los animales se unieran a la carrera. Todas las criaturas, ya fueran reptiles o pájaros, insectos o animales de cuatro patas, todas intentaban escapar y sus gritos de miedo creaban caos por todas partes.

Un león de pie en una colina vio a todos los animales corriendo y pensó: «¿Cuál es el problema?». Bajó corriendo la colina rápidamente y se colocó frente a la multitud. Les gritó: «¡Alto! ¡Deténganse!». La poderosa presencia del león redujo la creciente ola de miedo entre los animales. Un loro gritó: «¡La tierra se está rompiendo!», posándose sobre una roca cerca de él. El león preguntó: «¿Quién lo dijo?». El loro respondió: «Lo escuché de los monos».

Cuando se les preguntó a los monos, respondieron que lo habían oído de los tigres. Cuando se les preguntó a los tigres, se descubrió que habían sido informados por los elefantes. Los elefantes dijeron que los búfalos fueron su fuente. Finalmente, cuando las liebres fueron atrapadas, se señalaron una a la otra hasta que se reconoció a la que comenzó a difundir la amenaza.

El león le preguntó a la liebre: «¿Qué te hizo pensar que la tierra se estaba rompiendo?». La liebre, vacilando por el miedo, respondió: «Su Majestad, la escuché resquebrajarse con mis propios oídos». El león investigó el asunto y buscó el sonido que la liebre había escuchado. Finalmente, llegó a saber que el sonido había sido causado por un gran coco que caía de un árbol. El coco cayó sobre una pila de rocas, causando un pequeño derrumbe.

El león les dijo a todos los animales: «Vuelvan a sus casas. La tierra es absolutamente segura. La próxima vez, verifiquen un rumor antes de actuar sobre él». Los animales, que ahora parecían bastante estúpidos, regresaron a sus hogares ✷

Shakuntala

Shakuntala es la esposa de Dushyanta y la madre del emperador Bharat. Su historia es narrada en el Mahabharata *y dramatizada por muchos escritores; la adaptación más famosa es la obra de Kalidasa Abhijñānaśākuntala (El signo de Shakuntala).*

Rishi Kanva la encontró en el bosque como un bebé rodeado de pájaros shakunta. *Por lo tanto, la llamó Shakuntala, que significaba* shakunta *(protegida).*

En el Adi Parva *del* Mahabharata, *Kanva dice: «Ella estaba rodeada en la soledad del desierto por* shakuntas, */ por lo tanto, ha sido nombrada por mí Shakuntala (protegida por Shakunta)».*

Shakuntala

El rey Dushyanta era un gran guerrero, muy guapo y de excelente carácter. Un día, cuando estaba cazando en el bosque, se encontró con un hermoso jardín. Todos los animales estaban en paz ahí y había una atmósfera de gran tranquilidad. El aire estaba lleno de una fragancia embriagadora. Al ver esto, el rey quedó maravillado y sintió curiosidad de saber quién era el dueño. Mientras vagaba por este jardín celestial, se encontró con una doncella. Esta doncella, cuya belleza rivalizaba con la de las *apsaras* (ninfas divinas), era la hija adoptiva del sabio Kanva. La historia de su nacimiento es bastante peculiar.

El sabio Vishwamitra, que era un rey antes de renunciar a su reino y había retomado su actual vocación, una vez se entregó a penitencias particularmente severas. Indra, el rey de los cielos, estaba preocupado al ver esto. Sintió que Vishwamitra estaba planeando algún acto que sería perjudicial para los *devas*. Llamó a la más hermosa de sus *apsaras*, Menaka, y le ordenó que fuera a la ermita del sabio y utilizara todos los medios a su alcance para interrumpir sus penitencias.

Obedeciendo la orden de su rey, la ninfa fue a la tierra, al lugar donde Vishwamitra estaba realizando su penitencia. Ella tomó la ayuda de Kama, el dios del amor, y creó un hermoso jardín y una atmósfera de

primavera alrededor de la ermita. Después de esto comenzó a bailar, y la música divina la acompañó. Después de un tiempo, la música empezó a filtrarse en la conciencia del sabio. Estaba lleno de un extraño deseo y ya no podía concentrarse en su penitencia. Abrió los ojos y vio una visión en rojo, Menaka bailando sensualmente, con una melodía celestial. Inmediatamente la pasión comenzó a arder en su mente, y deseó a esta mujer, cuando nunca antes había deseado algo en su vida. La estratagema de Indra había tenido éxito: la penitencia de Vishwamitra fue interrumpida.

El sabio y la ninfa pasaron muchos meses juntos, complaciéndose en sus deseos. Con el tiempo, una hermosa hija nació para ella. Llamaron a la niña Shakuntala. Ambos padres estaban inquietos. Menaka quería regresar al lugar que le correspondía en la corte de Indra y el sabio quería retomar sus interrumpidas austeridades. Por este tiempo, el sabio Kanva visitó la ermita. Shakuntala se quedó con él para ser criado como su hija y sus padres se fueron para continuar con sus deberes.

Tal era la historia de cómo Shakuntala llegó a vivir en la ermita del sabio Kanva. Ella heredó la inteligencia de su padre y la belleza de su divina madre. No era de extrañar que Dushyanta se enamorara de ella instantáneamente al contemplarla. Una vez que Dushyanta llegó a saber quién era, empezó a dirigirse a ella así: «Oh, doncella. Tu belleza brilla como la de Chandra en el día de luna llena. Si es posible, eres incluso más hermosa que tu madre. He caído desesperadamente enamorado de ti. Por favor consiente en ser mi esposa».

Shakuntala estaba llena de admiración por este rey, porque debe recordarse que Dushyanta era un guerrero guapo. Sin embargo, ella no consentiría en ser su esposa de inmediato. Ella dijo: «Oh, rey. En este momento mi padre Kanva está lejos de esta ermita. No volverá aquí durante muchos meses. Antes de proponerle matrimonio a una niña, el consentimiento de su tutor es esencial. Por lo tanto, no me presiones para que dé una respuesta a tu propuesta ahora. Vuelve más tarde y solicita el consentimiento de mi padre para dirigirte a mí».

Dushyanta no pudo soportar la idea de esperar tanto tiempo antes de casarse con ella. Nunca se había acostumbrado a esperar nada en su vida. Intentó convencerla de un matrimonio instantáneo. Dijo: «Oh, Shakuntala, es cierto que la práctica común es buscar el consentimiento de los guardianes antes del matrimonio; sin embargo, en circunstancias extraordinarias, las Escrituras permiten un *gandharva vivaha*, en el que dos personas que se aman se casan entre sí con testigos. Se ha recurrido

con frecuencia a esa práctica en los casos en que no se puede contactar a los tutores de inmediato para conocer su opinión. Por favor, no me atormentes, vamos a casarnos inmediatamente, ya que no puedo pensar en una vida sin ti».

Así que Shakuntala permitió que la convencieran de casarse con el rey inmediatamente, muy en contra de su mejor juicio. El amor ardiente debió de ser su única excusa, ya que no se habría perdido nada al esperar unos meses para que su padre regresara y el matrimonio se llevara a cabo de acuerdo con el modo común. Se casaron, con sólo las criaturas del bosque como testigos. El rey y Shakuntala pasaron un mes muy agradable allí en la ermita. Ya era hora de que Dushyanta regresara a su reino, pues no había dejado una palabra acerca de dónde se lo podía encontrar. Quería llevar a su esposa junto con él.

Sin embargo, Shakuntala no pudo consentir esto. Ella dijo: «Mi padre volverá muy pronto. Si no estoy en la ermita para darle la bienvenida, estará muy preocupado. Dado que nuestro matrimonio se realizó muy simplemente, es justo que llegues en forma, acompañado por tu séquito, para llevar a tu novia a tu hogar. Regresa a tu reino ahora, pero vuelve pronto y llévame a tu reino».

Dushyanta estuvo de acuerdo en que éste era un buen plan y regresó a su país. Antes de ir, le dio su anillo de sello, como muestra de su afecto. Mientras tanto, Shakuntala no podía apartar al rey de su mente. Pasó todo el tiempo meditando, esperando el momento en que Dushyanta regresara y la llevara a su reino. Estaba tan distraída que incluso dejó de atender su jardín favorito, donde se había encontrado con el rey por primera vez. Mientras estaba en este estado de ánimo, el sabio Durvasa vino a visitar a su padre. No encontró a nadie en la ermita, ya que Shakuntala había empezado a vagar por el bosque todo el día. El sabio finalmente la encontró sumida en sus pensamientos, bajo un baniano. Sabía quién era ella, ya que no era su primera visita a la ermita. Él le preguntó dónde estaba Kanva. Tan grande fue la abstracción de Shakuntala en sus propios asuntos, que ni siquiera notó que el sabio le estaba hablando. De hecho, ni siquiera notó su presencia. Después de repetir sus preguntas muchas veces, Durvasa se enojó mucho. Era un sabio de temperamento bastante corto, notorio por sus maldiciones pronunciadas con ira. Maldijo a Shakuntala así: «¡Ya que estás abstraída en tus pensamientos, que aquél en el que estás pensando olvide tu propia existencia!».

Su voz resonante mientras pronunciaba la maldición sacudió a Shakuntala de su abstracción. Humildemente le pidió perdón y le pidió que anulara la maldición. Le dijo con lágrimas que no había notado su llegada, ya que estaba pensando en su marido. Finalmente, el sabio cedió. No pudo anular por completo la maldición, y la enmendó para que Dushyanta no la olvidara permanentemente, sino sólo temporalmente. Después de esto, el sabio se despidió. Algún tiempo más tarde, el sabio Kanva regresó a su ermita. Shakuntala le relató todos los incidentes que ocurrieron durante su ausencia, incluido su matrimonio con Dushyanta y la maldición de Durvasa. Kanva estaba preocupado por la maldición, pero se consoló con el reflejo de que sólo era temporal.

Pasaron unos meses y Shakuntala descubrió que estaba embarazada. Kanva decidió que era hora de ir al reino de su marido, ya que el heredero al trono debería nacer en el país de su padre. Encontró un grupo de brahmanes que planeaban visitar el reino de Dushyanta. Les pidió que escoltaran a su hija adoptiva con su marido. Todo el grupo comenzó su viaje. Shakuntala siempre llevaba el anillo de sello que Dushyanta le había dado en su dedo anular. Mientras viajaban, se estaban bañando en un río, y su anillo se deslizó de su dedo y fue arrastrado por el río. Estaba muy molesta, ya que era lo único que tenía como recuerdo de su marido. Ella no había aceptado ningún otro regalo de él.

Los brahmanes la acompañaron a la corte de Dushyanta. Por supuesto, la maldición de Durvasa había entrado en vigencia para entonces y él no la reconoció en absoluto. Él le dijo: «Oh, doncella, ¿quién eres tú? ¿Qué es lo que buscas de mí? ¿Has sufrido alguna injusticia en mi reino? De ser así, me ocuparé de que se haga justicia».

Shakuntala estaba muy sorprendida. «Oh rey, ¿no me reconoces? No he cambiado tanto en estos seis meses que hemos estado separados. Hace siete meses me conociste en el bosque, cerca de la ermita de Sage Kanva. Usaste palabras de cariño conmigo y me pediste que fuera tu esposa. A pesar de que te pedí que esperaras a que mi padre regresara, me convenciste de que me casara contigo de inmediato. Nos casamos de acuerdo con los derechos del *gandharva vivaha*. Volviste a tu reino, prometiendo regresar pronto y llevarme a mi lugar correcto como tu reina. Ahora ni siquiera me reconoces. ¿Es ésta la práctica de los reyes? Acéptame como tu esposa, tu reina».

Por supuesto, Dushyanta no recordaba nada de esto. Él pensó que ella era una impostora, y se enojó mucho. «Oh, doncella. Tu forma justa

no coincide con la astucia de tu mente. Nunca te había visto antes. Tu audacia al afirmar que me casé contigo no tiene paralelo. Tu estratagema no tendrá éxito. Puedo ver que estás embarazada. Estás intentando imponerme ese hijo, después de haber perdido tu virtud ante otra persona. ¡Vete de mi presencia, antes de que cambie de opinión para ejecutarte por tus acusaciones infundadas!».

Al escuchar las duras palabras pronunciadas por el rey, Shakuntala se desmayó. Cuando despertó, ardiendo con justa ira, dijo: «Oh, rey, pensaste que cuando hiciste tu promesa no hubo más testigos que nosotros dos. Olvidas que Mitra, Varuna y otros dioses son siempre testigos de una promesa. Por alguna razón mejor conocida por ellos, los *devas* no vienen a mi rescate. Debiste haber sido derrotado, cuando hablaste esas palabras duras y rompiste tu promesa. Los dioses siempre castigarán al que rompa los juramentos. No me quedaré un instante en este lugar donde he sido insultada así».

Al escuchar sus palabras, Dushyanta se llenó de asombro; sin embargo, no la recordaba del todo, y se mantuvo firme en su negativa. Los brahmanes que habían acompañado a Shakuntala la consolaron y la llevaron de vuelta a la ermita de su padre. Kanva vio que todavía quedaba mucho tiempo por recorrer antes de que la maldición de Durvasa siguiera su curso, consoló a su hija y le aconsejó que aceptara su destino. Él le aseguró que su futuro estaría lleno de felicidad que pasaría en compañía de su esposo y su hijo, y que los tiempos oscuros actuales pasarían.

A su debido tiempo, Shakuntala tuvo un hijo varón. Él había heredado la belleza de su madre y su valor de su padre. Kanva lo llamó Bharata. Pasaron diez años, durante los cuales el niño creció hasta convertirse en un niño. Kanva le enseñó las Escrituras y el *dharma* (el camino de la verdad). Además de esto, como corresponde a un príncipe, le enseñaron el uso de las armas, y destacó particularmente con el arco.

El anillo de sello que había sido arrastrado por el río yació en el fondo durante mucho tiempo. Por fin, fue tragado por un pez. Este pez fue atrapado en la red de un pescador en el reino de Dushyanta. Cuando abrió el pescado para cocinarlo, encontró el anillo dentro. Inmediatamente reconoció el anillo de sello de su rey, y lo llevó a la corte. Cuando Dushyanta lo vio, la maldición de Durvasa se levantó. Inmediatamente recordó a Shakuntala. Estaba muy afligido, porque ella había venido a su encuentro, sólo para ser insultada en su corte. Decidió buscarla y disculparse por su conducta, y pedirle que fuera su reina. Conocía el

bosque en el que había conocido a Shakuntala, pero no pudo recordar la ubicación exacta del jardín en el que la conoció. Fue solo, sin su séquito, y pasó muchos días en el bosque, en busca de la ermita de Kanva.

Buscó comida en este bosque. Un día vio un gordo jabalí en el bosque. Lo persiguió y finalmente logró derribarlo con sus flechas. Al mismo tiempo, otro cazador también había disparado sus flechas contra el mismo jabalí. Ambos llegaron al jabalí al mismo tiempo. El Rey estaba muy sorprendido de que el otro cazador fuera un niño de diez años. Por supuesto, éste no era otro que su hijo, pero naturalmente el rey no lo reconoció. Ambos comenzaron a discutir, alegando que el jabalí era suyo. La discusión se volvió violenta y el niño desafió al rey a combatir. El rey dudó, ya que no era apropiado que un guerrero tan famoso luchara contra un simple niño. Sin embargo, cuando Bharata lo acusó de cobardía, se enojó mucho y aceptó el desafío. Muy rápidamente, una vez que comenzó la batalla, Dushyanta se dio cuenta de que, aunque sólo tenía diez años, su oponente era un guerrero consumado. El rey estaba muy presionado para contrarrestar el asalto del niño. La batalla se prolongó durante horas, pero al final, el rey fue derrotado y hecho prisionero. Según las reglas de combate individual de aquellos tiempos, se convirtió en esclavo del vencedor. El niño lo llevó a su casa, que era la ermita de Kanva. Allí, el rey se encontró con Shakuntala y se dio cuenta de que su conquistador no era otro que su hijo. Hubo una reunión muy feliz, con el rey pidiendo perdón al sabio y a su esposa por los eventos que habían tenido lugar en su corte. Ambos lo perdonaron de inmediato, ya que era irreprochable en este asunto, la maldición de Durvasa era la causa de su comportamiento.

Dushyanta regresó a su reino, acompañado por su esposa y su heredero. A su debido tiempo, abdicó al trono a favor de su hijo. Bharata gobernó por un largo tiempo. Conquistó a todos los reyes del mundo y los puso a todos bajo su control. Desafortunadamente, aunque tuvo muchos hijos, no encontró a ninguno de ellos digno de gobernar el reino después de él ✷

Panchatantra

El Panchatantra *(Cinco Tratados) es una antigua colección india de fábulas de animales en sánscrito. El autor del texto es desconocido, pero ha sido atribuido a Vishnu Sharma en algunas recensiones y a Vasubhaga en otras. El* Panchatantra *es una serie de interrelaciones, fábulas tejidas, muchas de las cuales despliegan metáforas de animales antropomorfizados con virtudes y vicios humanos.*

Además de una breve introducción, consta de cinco partes. Cada parte contiene una historia principal, que a su vez contiene varias historias «embozadas» en ella, ya que un personaje narra una historia tras otra.

El mono y el cocodrilo

Había un árbol de *jamun* (baya negra) en la orilla de un río, que estaba lleno de dulces frutos durante todo el año. Este árbol era el hogar de un mono llamado Raktamukha. Solía pasar sus días felizmente jugando y saltando, y solía comer las dulces frutas.

Un día, un cocodrilo llamado Karalamukha salió del río para descansar un poco debajo del árbol. Cuando Raktamukha lo vio desde el árbol, dijo: «Oh, cocodrilo, este árbol es mi hogar y has venido a este árbol a descansar. Esto te convierte en mi invitado. Por favor, acepta algunas frutas».

Raktamukha tomó muchas frutas y las tiró en la boca del cocodrilo. Karalamukha amaba las dulces frutas y se hizo amigo de Raktamukha. Karalamukha se fue en la noche después de agradecer la generosidad del mono.

Karalamukha comenzó a venir al árbol todos los días, y se hicieron buenos amigos. Hablaban durante mucho tiempo y disfrutaban de comer las dulces frutas juntas.

Un día, Karalamukha le dijo a Raktamukha que quería tomar algunos de las frutos del *jamun* para que su esposa conociera su dulzura.

Entonces, el mono tomó felizmente más frutas para que el cocodrilo las llevara a casa.

Karalamukha las tomó y se las ofreció a su esposa, y narró la historia de su amistad con el mono que vivía en el árbol. La esposa del cocodrilo estaba encantada de comer esos dulces frutos. Dijo: «Oh, querido, estos frutos son tan dulces como el néctar. Si el mono los come todos los días, me pregunto si será aún más sabroso. Trae el corazón del mono para mí».

Karalamukha estaba asombrado al escuchar esto. Dijo: «Querida, no puedo matar ni engañar al mono para obtener su corazón. Es mi amigo. Es injusto pensar en tal cosa».

Pero su esposa le suplicó por el corazón del mono. Cuando no pudo convencer al cocodrilo de que lo hiciera por ella, dejó de comer e insistió en que preferiría morir si el cocodrilo se negaba a hacer lo que deseaba.

Karalamukha no tuvo más remedio que sucumbir a sus deseos. Aunque estaba triste, ideó un plan para atrapar a su amigo y fue con Raktamukha.

Él dijo: «Oh, amigo, mi esposa ama mucho los frutos y le conté a mi esposa sobre nuestra amistad. Ahora está ansiosa por conocerte. Está enojada conmigo por no presentarte con ella antes. Por lo tanto, te ha invitado a nuestra casa para la cena. Acepta nuestra invitación».

El mono aceptó de inmediato, pero ¿cómo podía ir a la casa del cocodrilo? No podía nadar. El cocodrilo dijo: «Siéntate en mi espalda y te llevaré a mi casa».

Y entonces Raktamukha se sentó en Karalamukha y entraron al agua del río. Karalamukha lo llevó a aguas más profundas, donde planeaba matarlo. Raktamukha se asustó mucho con tanta agua a su alrededor. Le suplicó a su amigo que se moviera lentamente.

En este momento, el cocodrilo sabía que había tenido éxito en su plan y tenía al mono totalmente bajo su control. Pensó que no era posible que escapara, por lo que reveló su plan: «Oh, mono, la verdad es que te llevo a hacer feliz a mi esposa. Ella desea comer tu corazón. Ella cree que su gusto debería ser aún mejor que los frutos *jamun* que tienes todo el tiempo».

Al escuchar esto, Raktamukha se sorprendió. Pero no entró en pánico. En lugar de eso, dijo ingenuamente: «Oh, amigo, ¿por qué no dijiste eso antes? Sería mi privilegio si pudiera servir a tu esposa con mi corazón. Eres un buen amigo, y deberías haberme dicho antes. He dejado mi corazón en el árbol *jamun*. Regresemos y traeré mi corazón de inmediato».

El tonto cocodrilo le creyó y se dio la vuelta. Karalamukha llevó a Raktamukha al árbol creyendo que el mono debía sacar su corazón del

árbol. Pero tan pronto como Raktamukha saltó de la espalda del cocodrilo, trepó al árbol y se sentó en una rama alta. Finalmente se había salvado del malvado plan del cocodrilo.

Karalamukha quería saber: «¿Qué está causando este retraso? Se está haciendo tarde y mi esposa está esperando». Raktamukha respondió: «Oh, amigo mío, ¿cómo puede uno sacar su propio corazón y guardarlo en el árbol? Me engañaste para matarme, y a cambio te engañé para salvarme. Deja que esto sea una lección para ti por ser tan infiel. Vete y nunca vuelvas».

El cocodrilo supo que había sido engañado, y se sintió avergonzado por sus acciones. Se fue ✷

Puranas

Los Puranas *están repletos de historias morales en las que se busca destruir el Mal y vindicar la Virtud. Describen incidentes relacionados con avatares,* devas, vamshas, *reyes,* rishis, *demonios y la humanidad en general. El mensaje subrayado en todos los* Puranas *es que todas las especies en la Creación del Señor —ya sean* devas *o demonios, la humanidad u otros seres vivientes— están obligados por el principio básico,* i. e., *una siembra como cosecha. El propio* karma *o acción se decide por la acción previa en el ciclo interminable de nacimientos y muertes. Esta acción actual de cualquier ser da forma al futuro* karma. *La fuerza suprema crea* Maya *o Ilusión, e influenciada por* Tri Gunas, *o las Tres Características de la Naturaleza de Satva-Rajas Tamas,* Maya *decide todas y cada una de las acciones o la causa que conduce a la reacción o al efecto. Por lo tanto, la moralidad es el punto crucial y el comportamiento es la piedra angular de todos los seres, con especial referencia a los seres humanos. Veda Vyasas escribió dieciocho* Puranas *principales, además de varios* Upa-Puranas.

Los principales Puranas *son* Brahma Purana, Brahma Vaivarta Purana, Brahmanda Purana, Bhagavata Purana, Vishnu Purana, Matsya Purana, Kurma Purana, Varaha Purana, Vamana Purana, Shiva Purana, Linga Purana, Skanda Purana, Markandeya Purana, Agni Purana, Narada Purana, Padma Purana, Bhavishya *y* Garuda Purana. *Algunos de los* Upa-Puranas *prominentes incluyen* Deva Bhagavata, Narasimha, Vayu, Sthala *y* Nilamata Puranas.

Vamana Avatar

*(*Vamana *significa* enano *en sánscrito. El Señor Vishnu tomó el avatar de un niño brahmán enano para salvar al mundo una vez más de los* asuras*).*

El rey Bali era nieto de Prahalada, a quien el Señor Vishnu había salvado de su padre Hiranyakashyapa en el avatar de Narasimha. Bali fue sabio y buen rey, gobernó tan bien que todas las personas en la tierra fueron más felices bajo su gobierno. Aunque era un asura, gobernó siguiendo el *dharma.*

Bali le rezó al Señor Brahma para obtener una bendición a fin de convertirse en un buen rey y mostrarle al mundo que los asuras también pueden ser buenos, y para permanecer invicto en cualquier batalla contra cualquier oponente.

Debido a que Bali fue un rey justo, el Señor Brahma lo bendijo.

Bali, después de eso, comenzó a expandir su imperio y derrotó al dios Indra y tomó el control del cielo y comenzó a gobernar todos los mundos pacíficamente.

El gurú de Asura, Shukracharya, sugirió a Bali que debería realizar «cien *ashwamedha yagna*» (sacrificios) para que su lugar fuera permanentemente el del rey de todos los mundos.

Bali ordenó los preparativos para ello.

Indra estaba muy triste, ya que Bali estaba ganando popularidad y perdió su cielo. La madre de Indra, Aditi, vio a sus hijos apurados y rezó al Señor Vishnu.

Cuando Vishnu apareció ante ella, le pidió a Vishnu que naciera como su hijo y terminara con el rey Bali.

El Señor Vishnu dijo: «El rey Bali es un hombre justo y está destinado a convertirse en el rey de todos los mundos, pero debido a que has orado por mí y me has pedido este favor, muy pronto naceré como tu hijo y haré lo que tú has deseado».

Después de un breve periodo, Aditi estuvo embarazada del Señor Vishnu y dio a luz a un bebé que creció hasta convertirse en un joven apuesto, pero muy pequeño para su edad; era muy inteligente y se llamó Vamana.

Para cuando Vamana llegó a la edad de cinco años, el rey Bali realizó noventa y nueve *ashwamedha yagna* y sólo uno más lo convertiría en el rey de los mundos.

La ceremonia del hilo de Vamana se realizó a la edad de cinco años y salió a hacer *viksha* (mendigar) como parte del ritual y llegó al lugar donde Bali estaba representando el centésimo *yagna*.

Al ver al niño radiante en el *yagna*, Bali se levantó y se acercó a él. Shukracharya inmediatamente reconoció a Vishnu y le advirtió a Bali que no se le acercara, pero Bali se sintió atraído por él y fue hacia él.

Bali le dijo al niño: «Me siento honrado de tenerte aquí en el *yagna*, doy limosna a cualquiera que venga a verme hoy, por favor pregúntame qué deseas tener».

Antes de que Vamana pudiera hablar, Shukracharya interrumpió a Bali y lo llevó a un lado y le dijo que su Señor Vishnu había venido en la forma de un brahmán y lo destruiría si le concedía algo.

Bali estaba feliz de saber que era su dios quien había venido a él y le pidió que le diera algo; nada podría ser más satisfactorio y más precioso para él en su vida.

Sin preocuparse por la advertencia de su gurú, Bali fue a ver a Vamana y le pidió que deseara lo que quisiera.

Vamana sonrió a Bali y dijo: «Sólo necesito tres pasos de tierra medidos por mis pies».

Bali se divirtió con ese simple deseo y dijo: «Te concedo lo que pediste».

Tan pronto como Bali lo dijo, Vamana comenzó a crecer en tamaño y siguió creciendo a tal tamaño que cubrió toda la tierra con un paso, el cielo con otros pies y no quedó nada para poner sus pies en el tercer paso prometido.

Vamana preguntó dónde pondría los pies para el tercer paso. Bali, impresionado por el poder del Señor Vishnu, lloraba y le decía: «Te ofrezco mi cabeza para pisar». Vamana sonrió y puso sus pies en la cabeza de Bali y lo empujó hacia *patala* (subterráneo).

Todos los dioses estaban felices con el evento y se apoderaron del cielo otra vez ✷

Mahabharata

El Mahabharata *es una epopeya que comprende cien mil estrofas divididas en dieciocho libros, o* parvas. *La historia épica representa una exploración extendida de las responsabilidades establecidas por el código de* dharma. *Además de narrar un cuento heroico, el* Mahabharata *contiene una colección de escritos sobre un amplio espectro de aprendizaje humano, que incluye ética, derecho, filosofía, historia, geografía, genealogía y religión. También presenta una serie de leyendas, historias morales y cuentos locales, todos entrelazados en una narrativa elaborada. Tradicionalmente, la autoría del* Mahabharata *se atribuye a Vyasa.*

La historia *Mahabharata*

El rey Santanu se casó con una mujer que encontró junto al río. Tuvieron muchos hijos y ella los ahogó a todos. El rey la detuvo derribando al último niño. Luego dijo que era una diosa y que este niño era un dios, pero tuvo que permanecer en la tierra como castigo por robar una vaca sagrada en una vida pasada. El niño se llamaba Devavratha, pero era conocido como Bhishma.

La diosa regresó a donde sea que vayan las diosas, y el rey continuó gobernando. Un día se enamoró de una mujer; su nombre era Satyavathi. El rey Santanu le preguntó a su padre si podía casarse con ella, y él dijo que sí, pero sólo si los hijos de Satyavathi heredaban, dejando al pobre

Bhishma. Bhishma fue realmente genial con esto y dijo que permanecería célibe para que nunca tuviera hijos. Por lo tanto, el rey Santanu y Satyavathi se casaron. Tuvieron dos niños: uno no tuvo hijos y murió en la batalla, y otro, Vichitravirya, creció hasta la edad adulta y se casó con dos mujeres, Ambika y Ambalika. Pero antes de que cualquiera de sus esposas tuviera hijos, Vichitravirya murió y no mucho después el rey Santanu también murió. Por lo tanto, el único miembro sobreviviente de la familia era Bhishma, que había hecho un voto de celibato y se negó a romperlo.

Lo que la reina Satyavathi no le había dicho a nadie era que antes de casarse había nacido de un pez y había tenido un encuentro con un sabio y dio a luz a un hijo llamado Vyasa. Entonces, aunque Vyasa no era exactamente el heredero, todavía podía heredar. Todos acordaron que Vyasa debería dormir con las dos esposas de Vichitravirya y los niños heredarían. Ambika dio a luz a un niño llamado Dhritarashtra. Él era agradable y habría llegado a ser rey, pero nació ciego. Mientras tanto, la otra esposa de Vichitravirya se unió a Vyasa y dio a luz a un niño llamado Pandu.

Dhritarashtra, siendo ciego, se da cuenta de que realmente no puede gobernar, por lo que le da su reino a su hermano Pandu. Es un tipo muy agradable y le encanta cazar. Un día sale a cazar y mata a un ciervo mientras está en el medio del «juego del amor». Resulta que no es un ciervo común sino un dios, quien maldice a Pandu y dice esencialmente que «ya que me interrumpiste, voy a ensuciarme contigo». La maldición dice que si tienes relaciones sexuales morirás. Pandu no tiene hijos en este momento, pero tiene dos esposas: Kunthi y Madri. Él decide que no puede gobernar, por lo que él y sus esposas pasan el rato en el bosque.

Un día Kunthi (la primera esposa de Pandu) llama al dios del sol. Él realmente aparece. Ella da a luz a un niño que nombra Karna, pero lo envía río abajo en una canasta. Es descubierto y criado por un soldado y su esposa. Vuelve más tarde como una fuerza a tener en cuenta. Pandu piensa que tal vez las cosas funcionarán para él si juega el sistema. Él le dice a Kunthi que tiene relaciones con otros dioses para tener hijos. Kunthi se lleva a Yama (dios de la muerte y la justicia) y ella da a luz a Yudhishthira. Luego se une con Vayu (dios del viento) y tiene a Bhimasena. Finalmente hace la escritura con el dios Indra y da nacimiento a Arjuna. Mientras tanto, la segunda esposa de Pandu, Madri, atrae a los dioses Aswins y tiene a los gemelos Nakua y Sahadeva.

Todos son niños, todos son increíbles y son colectivamente conocidos como los Pandavas.

Pandu simplemente no puede resistir sus impulsos e intenta tener sexo con su esposa Madri. Él muere en sus brazos y ella se arroja. Kunthi (la otra esposa de Pandu) lleva los niños al hermano ciego de Pandu, Dhritarashtra, para que puedan ser criados para heredar. Mientras tanto, Dhritarashtra se casó con la princesa Gandharai y se convirtió en un rey ciego. Gandharai se venda los ojos Ella simpatiza con su ceguera y nunca vuelve a ver. Mientras Pandu estaba afuera en el *maderas* con sus dos esposas evitando el sexo, Dhritarashtra se convirtió en rey, y él y Gandharai tuvieron cien hijos Estos hijos no son buenos chicos y pelean con sus primos todo el tiempo. El más viejo de estos niños se llama Duryodhana y es un verdadero malvado. Esta colección de niños es llamada Kauravas.

Todos los ciento cinco niños son atendidos por Bhishma, quien está constantemente tratando de entrenarlos.

Los hermanos malvados tenían envidia de su primo Yudhishthira y comenzaron a maquinar destronarlo. Su primer intento de matar a los Pandavas fue quemándolos dentro de un palacio. Los Pandavas lograron escapar, pero luego los malvados hermanos una vez más intentaron ganar control. Uno desafió al hermano mayor, Yudhishthira, a un juego de dados que llevó a Yudhishthira a perder todo, incluso su esposa y la de sus hermanos, Draupadi. Él, junto con sus hermanos y su esposa Draupadi, fueron exiliados del reino. Por doce años tuvieron que vivir en el bosque y en el decimotercer año debieron esconderse en una ciudad, disfrazados. Fue durante esos trece años que los hermanos crecieron para aprender cómo era vivir con lo mínimo y adquirir más conocimiento. Después, el decimotercer año, Duryodhana decidió que lucharía contra ellos, lo que llevó a una gran guerra y a la muerte de muchos. Muchos murieron por ambos lados, y después de la guerra, se dio cuenta de que nada se ganó realmente.

La figura más dramática de todo el *Mahabharata*, sin embargo, fue Krishna, quien fue la personalidad suprema de Dios mismo, descendió a la tierra en forma humana para restablecer a sus devotos como cuidadores de la tierra y que practicaron el *dharma*. Krishna era el primo de ambas partes, pero era amigo y consejero de los Pandavas, se convirtió en el cuñado de Arjuna, y sirvió como mentor y auriga de Arjuna en la Gran Guerra. Krishna se retrata varias veces como ansioso por ver la guerra y en mu-

chas formas en que los Pandavas fueron sus instrumentos humanos para cumplir ese fin. A lo largo de sus vidas y la terrible Gran Guerra, hubo ejemplos de lagunas éticas entre hombres que nunca fueron resueltas. A raíz de la guerra, Yudhishthira sólo estaba terriblemente preocupado, pero su sentido de la injusticia de la guerra persistió hasta el final del texto. Esto fue a pesar del hecho de que todos los demás, desde su esposa hasta Krishna, le dijeron que la guerra fue correcta; incluso el moribundo patriarca, Bhishma, le habló extensamente sobre todos los aspectos de la Buena Ley (los deberes y responsabilidades de los reyes).

En los años que siguieron a la Gran Guerra, los únicos supervivientes por parte de los Kauravas, los padres de Duryodhana, el rey Dhritarashtra y su reina, Gandharai, vivieron una vida de ascetismo en un retiro forestal y murieron con calma yóguica en un incendio forestal. Kunti, la madre de los Pandavas, estaba con ellos también. Krishna se fue de esta tierra treinta y seis años después la Gran Guerra. Cuando supieron esto, los Pandavas creyeron que era hora de que ellos dejaran este mundo también y se embarcaron en el «Gran Viaje», que involucró caminar al norte hacia la montaña polar que está hacia los mundos celestiales, hasta que el cuerpo de uno cayó muerto. Uno por uno, comenzando con Draupadi, los Pandavas murieron en el camino hasta que Yudhishthira se quedó solo con un perro que lo había acompañado desde el principio. Yudhishthira llegó a las puertas del cielo y allí se negó a obedecer la orden de conducir el perro de vuelta; en ese momento el perro se reveló como una forma encarnada del dios Dharma (el dios que era el padre real y físico de Yudhishthira), que estaba allí para probar la virtud de Yudhishthira. Una vez en el cielo, Yudhishthira se enfrentó a una prueba final de su virtud: le dijeron que sus hermanos estaban en el infierno. ¡Insistió en unirse a sus hermanos en el infierno, si ese fuera el caso! Entonces se reveló que estaban realmente en el cielo, que esta ilusión había sido una prueba final para él ✷

Ramayana

La epopeya, tradicionalmente atribuida al sabio hindú Valmiki, narra la vida de Rama, el legendario príncipe del Reino de Kosala. El Ramayana *es una de las epopeyas antiguas más grandes de la literatura mundial. Consiste en casi veinticuatro mil versos (en su mayoría establecidos en el medidor* Shloka*), divididos en siete* Kandas *(libros) y alrededor de quinientas* sargas *(capítulos). En la tradición hindú, se considera el* adi-kavya *(primer poema). Representa los deberes de las relaciones, retratando personajes ideales como el padre ideal, el sirviente ideal, el hermano ideal, la esposa ideal y el rey ideal. El* Ramayana *fue una influencia importante en la poesía sánscrita posterior y en la vida y la cultura hindúes.*

La historia Ramayana

Había una vez un rey llamado Dasaratha, que solía gobernar la provincia de Ayodhya. Al no tener problemas, decidió realizar un gran sacrificio para engendrar un hijo. Como resultado de esto, le entregó una fruta para dar a sus esposas para que tuvieran un hijo. El rey Dasaratha la dividió por igual entre Kausalya, la esposa mayor, y Kaikeyi, su reina favorita. Pero tanto Kausalya como Kaikeyi amaban a la reina Sumitra. Así que cada una de ellas le dio la mitad de sus porciones a Sumitra y, a su vez, las reinas dieron a luz a cuatro príncipes: Kausalya al mayor, Rama; Kaikeyi al segundo, Bharat, y Sumitra a Laxman y Shatrughna. Los cuatro príncipes crecieron bajo la tutela de sabios y se convirtieron en excelentes guerreros. Laxman estaba muy apegado a Rama desde la infancia.

Durante sus viajes con el sabio Vishwamitra, una vez llegaron a Mithila, donde el rey Janaka había pronunciado un *swayamvar* (ceremonia de cacería del novio) para su hija Sita. Era la diosa Laxmi encarnada en este mundo, y estaba destinada a casarse con Rama. La condición en el *swayamvar* era que quien pudiera levantar el arco pesado, que le fue presentado por Shiva, podría ganar la mano de Sita en matrimonio.

Uno por uno, los reyes que vinieron por el *swayamvar* fracasaron en sus intentos. Cuando Rama fue y levantó el arco, se levantó fácilmente. Por lo tanto, Rama se casó con Sita en Mithila y regresaron a Ayodhya como una familia feliz.

Pero la felicidad no duraría mucho. Desde un incidente temprano en la vida del rey Dasaratha, su reina favorita, Kaikeyi, quien una vez lo salvó de un tigre, le había dado el don de la vida. Entonces le había concedido dos dones. Pero en ese momento Kaikeyi controló la situación con las bendiciones y su malvada criada sirvienta Manthara le recordó que la incitó a usar las bendiciones para llevar a su hijo Bharat al trono en lugar de al Señor Rama. Su mente envenenada por el mal, Manthara le pidió al rey Dasaratha dos bendiciones: una, que Bharat se convirtiera en el rey, y otra, , que Rama fuera desterrado al bosque por catorce años. Dasaratha murió poco después de que Rama partiera al exilio.

Rama, siguiendo las palabras de su padre, se fue al bosque poco después con su esposa Sita y su hermano favorito, Laxman, lo acompañó también al bosque. Bharat, que estaba lejos en la casa de un pariente, se enteró de esto y fue al bosque y le pidió a su hermano Rama que regresara. Pero Rama se negó a volver a la promesa de su padre. Entonces Bharat tomó las sandalias de Rama y las colocó en el trono y gobernó virtualmente en Ayodhya hasta el regreso del Señor Rama del destierro.

Hay muchos relatos emocionantes durante los catorce años de destierro de Rama. Pasaron por diferentes bosques, diferentes *ashrams* (ermitas) y varios *rishis* y vivieron de los frutos del bosque. Durante estos años libraron muchas guerras con *asuras* (demonios) para salvar a los sabios, y ayudaron a los sabios a llevar a cabo sus oraciones, que estaban siendo constantemente perturbadas por los asuras. El punto culminante de sus *Vanvaas* (destierro) fue la larga guerra contra el rey de los asuras, Ravana.

La hermana de Ravana, Surpanakha, estaba enamorada de la belleza de Rama cuando lo vio pasar por el bosque de Panchavati, y quería casarse con Rama. Rama la rechazó y le pidió que fuera con Laxman. Laxman también se negó y esto la enojó. Pensó en Sita como la razón principal detrás de esto y trató de dañar a Sita. Laxman le cortó la nariz.

Enfurecida, regresó y volvió con su hermano Khara para luchar contra Rama. Pero Rama y Laxman también derrotaron y mataron a Khara. Luego huyó y se refugió en Ravana, el poderoso rey de los asuras, a quien el Señor Shiva le otorgó la inmunidad, de los dioses, los asuras y todas las criaturas, excepto los seres humanos, a los que consideraba demasiado serviles. Por lo tanto, el Señor Vishnu tuvo que encarnar como humano para matar a Ravana. Ravana deseaba a Sita desde hacía largo tiempo. Y en la furia del momento, decidió un plan para secuestrar a Sita.

Con la ayuda de su tío Maricha, se disfrazó como un ciervo hermoso y vagó cerca del paradero de Rama, Sita y Laxman. Al ver al hermoso venado, Sita se sintió atraída por él y le pidió a Rama que lo persiguiera. Rama luego dejó a Laxman cuidar a Sita, y luego fue tras Maricha en la forma del ciervo. Después de un rato, Laxman y Sita escucharon los gritos de Rama pidiendo ayuda. Fue un ardid de Maricha para distraer a Laxman y a Sita. Sita estaba preocupada y le pidió a Laxman que fuera a ver qué pasaba. Pero al mismo tiempo, Laxman no quería dejar sola a Sita. Ante la insistencia de Sita, él trazó una línea y le pidió que no cruzara la línea, popularmente llamada *Laxman Rekha* (línea de Laxman). Le aconsejó que no la cruzara o de lo contrario podría estar en peligro.

Poco después de irse, Ravana, que esperaba esta oportunidad, se disfrazó de mendigo y pidió una donación de Sita. Sita entró a comprar granos para donar al mendigo. Cuando salió, le dijo al mendigo que fuera a buscarlo, ya que no podía cruzar el *Laxman Rekha*. El mendigo actuó como si estuviera ofendido y Sita cruzó la línea para darle limosna, y Ravana, en contra de sus deseos, la arrastró en un carro y la llevó a su

ciudad natal, Lanka, en contra de sus deseos. Mientras iba por el camino dejó caer sus joyas para que Rama pudiera seguir su ruta.

El viejo rey de los buitres estaba retirado y no tenía fuerzas trató de pararlo, pero sus alas fueron cortadas y cayó sangrando. Cuando Rama y Laxmam llegaron y vieron este pájaro, lo reconocieron como Jatayu. Y luego le describió que «traté muy duro a mi querido Rama, pero mi Señor, lo siento. Fallé en mi esfuerzo. Traté de salvar a la Madre Sita, pero no pude salvarla. Me siento muy mal por haber fallado». El Señor Rama le dijo: «Realmente has ganado. Eres victorioso porque no es el resultado del esfuerzo lo que me preocupa. Es tu hermoso esfuerzo. Tuvo todas las descalificaciones con todas tus descalificaciones, prestó servicio e hizo todo lo posible».

Finalmente Rama y Laxmam llegaron al reino de Kishkindha. Éste era gobernado por el rey mono Bali, que había desterrado a su hermano Sugreeva. Rama y Laxman llegaron a la colina donde vivían el desterrado Sugreeva y su amigo Hanuman. Hanuman cayó de inmediato a los pies del Señor Rama y le mostró las joyas, que Sita les había arrojado cuando estaba en camino a Lanka. Rama ayudó a Sugreeva a derrocar a su hermano Bali fuera de Kishkindha y convertirse en el rey. A cambio, Rama consiguió que todo el ejército de monos de Sugreeva incluyera a Hanuman para ayudarlo en la búsqueda de Sita.

Hanuman, mientras buscaba a gran distancia, cruzó a Lanka al otro lado del mar y reconoció a Sita allí. Luego transmitió el mensaje de haber encontrado a Sita con Rama. Rama luego le declaró la guerra a Ravana para que recuperara a Sita. Vibhishana, que era el hermano de Ravana, se acercó al lado de Rama y se convirtió en devoto de Rama. El ejército de monos liderado por Hanuman formó un enorme puente que cruzaba desde tierra firme hasta Lanka. Entonces Rama se llevó su ejército a Lanka y organizó una guerra en toda regla.

Ravana fue derrotado al final y Rama trajo a Sita a su casa y luego en el proceso su *Vanvaas* (período de destierro) terminó y regresó para gobernar Ayodhya como un rey justo y difundir *Ram-Rajya* (ley ideal) en Ayodhya ✷

Traducciones de Kathakali Roy, Monalisha Dasgupta, Saberee Mandal, Sayani Hazra y Dibyajyoti Mukhopadhyay.

Rabindranath Tagore

La caracola

Tu caracola está en el polvo,
cómo lo puedo soportar.
El aire, la Luz están desconectados
qué mala suerte.
Ven a luchar con la bandera,
el que tiene canción que comience a cantar,
rápido moviéndose adelante,
lo miran acostado en el polvo
esa caracola valiente.

Voy a la sala de culto
con la ofrenda de flores
busco todo el día
en donde está la Paz —el Cielo.
Ahora la herida de mi corazón
pensé que se iría,
lavando las manchas sucias
seré inmaculado.
Veo inclinado empolvado en la calle
tu gran caracola.

El sol del primer día

El sol del primer día
preguntó
en la nueva apariencia de la identidad:
¿Quién eres?
No obtuvo la respuesta.

Pasaron años tras años.
El sol al final del día
pronunció la última pregunta a la orilla del mar del oeste
en la noche silenciosa
—¿Quién eres?
No recibió la respuesta.

En una aldea

Los dos vivimos en una aldea
ése es nuestro único placer,
en su árbol canta robín urraca
con su canción baila mi corazón.

Sus dos ovejas domesticadas
pastan en nuestro tronco de higuera,
el cercado de mi prado está roto
las tomé en mi brazo.

El nombre de nuestra aldea es Khanjana,
el nombre de nuestro río es Anjana,
mi nombre es bien conocido —
el nombre de mi ella es Ranjana.

Las dos localidades están cerca
sólo hay un campo enmedio —
hay muchas abejas en su bosque
en nuestro bosque construyen colmenas.
En su muelle las guirnaldas de la adoración
flotan en nuestro muelle
con cesta de flores de cártamo de su localidad
llegan a vender al mercado de nuestra aldea

El nombre de nuestra aldea es Khanjana,
el nombre de nuestro río es Anjana,
mi nombre es bien conocido —
el nombre de mi ella es Ranjana.

Versiones del bengalí de Dibyajyoti Mukhopadhyay
y Victoria Falcón Águila.

David Huerta

Atropellamiento

Un automóvil es atravesado a la altura de su ecuador, de sus costillares aerodinámicos, por un glóbulo de luz, destello ubicuo del atropellamiento: imagen que el peatón lleva inscrita en el esternón, su eje peculiar y fragilísimo. El peatón ha dejado, así, su huella mortal en el raudo vehículo.

Cuando el ecuador del auto se encuentre con el eje del caminante urbano, en medio de la luz cegadora de ese globo expansivo, supernova de la ciudad, se habrá producido el temido atropellamiento.

Miedo, fulgores, pasos inciertos.

Un ciervo en las esquinas, un gato erizado en las orillas de los muros, un individuo ante la inmensidad del mar y que no sabe nadar: así el peatón en la inminencia perpetua de ese choque de coordenadas, choque asimétricos, impacto desigual y hondamente cataclísmico.

El automóvil tiene apenas alguna abolladura, un raspón en forma de raya quebradiza. Allá abajo, en los pozos del dolor, el peatón quiere reconocer su cara, respirar sin pena, entender dónde ha quedado su esqueleto.

Circulación del miedo

El miedo se ha dado vuelta en la cama como un insomne. Deja ver ahora su espalda tachonada de fantasmitas y suegras, de listones negros y moños empapados.

Más allá de la espalda, en el norte denso y desasosegado del miedo, están los ojos «espantadizos de sus mismos ecos»: como si pudieran ver el sonido y sus ondulaciones ávidas, entregadas a una fiesta de inmundicias y timidez, de neurosis y aristocracia olvidadiza —pero el miedo tiene una memoria crisoelefantina con injertos de museo berlinés, con incrustaciones sudamericanas o mesoamericanas de dignatario incaico y escultor mexica.

El miedo se explora con un dedo tras otro y se descubre árticos en donde tendría que haber una serie de inocentes relojes; el miedo se hunde en el cieno del tiempo como una asonancia se hunde en la sugerencia del sonido nocturno de las más oscuras rimas del repertorio.

El miedo es una asonancia extraviada, es una resonancia en el paladar, es una disonancia que rompe las rodillas del desprevenido. Circula por las venas de los atardeceres con una frugalidad de menesteroso, versión detestable del egoísmo •

Hitos del cine indio

● Hugo Hernández Valdivia

A diferencia de lo que sucede con el cine en la mayoría de los países occidentales, la industria cinematográfica de India *llega* a su gente: porque está presente en rincones recónditos y porque alude al público. Las películas que se producen en ese país tienen una forma y un contenido de profundo sabor y saber locales, y a la sala oscura los indios asisten con la certeza de revisar su circunstancia, su historia y su arte: los indios sí se ven en su cine. Es, en más de un sentido, un cine popular, pensado en el receptor y exento, en su mayor parte, de pretensiones pseudointelectuales. Las producciones de Bollywood (como se denomina a la industria de este país) son deudoras de más de un género cinematográfico, pero en la práctica constituyen un género: hay las de corte nacionalista y las que abordan problemáticas sociales; abundan las románticas y las de acción, y hay un gusto por el melodrama; es de rigor la inclusión de números musicales habitados por muchedumbres que gozosas bailan y cantan. Estos matices hacen que el cine indio revista, básicamente, interés para el público local. Son muy raras las producciones que llegan al mercado internacional; a México, en particular, prácticamente ninguna. Y estamos hablando de una industria que genera alrededor de mil películas anuales (el doble de Hollywood). Para asomarse a la actualidad de lo que pasa por allá es preciso estar al pendiente de lo que sucede en los festivales internacionales o sumergirse en las diáfanas aguas de la piratería cibernética. Por aquí circulan las películas que por alguna razón destacaron en su país y son susceptibles de despertar la atención de otros públicos. Asimismo, Danny Boyle ha hecho algo similar a una labor de divulgación con *Quisiera ser millonario* (*Slumdog Millionaire*, 2008), cuya acción se ubica en Mumbai y sigue a un joven en una aventura extraordinaria. El éxito en las salas, coronado con ocho Óscares, despertó cierto interés —fugaz, por lo demás— en Occidente. Boyle hizo un homenaje a Bollywood, pero no todo el cine de India obedece a ese estilo (como no todo el cine norteamericano sigue las prerrogativas de Hollywood). Así lo podemos constatar con una somera revisión de algunos hitos.

En los años cincuenta del siglo anterior, algunos títulos consiguieron celebridad por sus buenos resultados en festivales internacionales. Es el caso de *El vagabundo* (*Awaara*, 1951), de Raj Kapoor, que en más de tres horas recoge las contrariedades de un joven que, luego de pelear con su padre, se involucra en más de un evento criminal. En Cannes compitió por el Grand Prix y recibió comentarios positivos. Años después, Satyajit Ray, el cineasta indio más célebre en Occidente, presentó en la sección oficial de ese festival su *opera prima*, *Pather Panchali* (1955). Compitió, sin éxito, por la Palma de Oro; obtuvo, sin embargo, el premio al Mejor Documento Humano. La historia se ubica en los años veinte del siglo XX y recoge las contrariedades de un sacerdote que vive en la precariedad y busca dar una buena vida

a su familia. Esta cinta inaugura la llamada *Trilogía de Apu*, quien es hijo del sacerdote. *Apajarito* (1956) es la segunda entrega y acompaña a Apu en sus experiencias estudiantiles en Calcuta. En Venecia la cinta obtuvo el máximo premio del festival, el León de Oro, así como el Premio de la Crítica. Cierra la trilogía *El mundo de Apu* (*Apur Sansar*, 1959), que recoge los intentos de Apu por convertirse en escritor. Ray se convertiría en un asiduo asistente a los festivales más importantes de Europa, y entre los premios más relevantes están los berlineses Osos de Plata a mejor director por *Mahanagar* (1963) y *La mujer solitaria* (*Charulata*, 1964), cintas que exploran las contrariedades de dos mujeres que no renuncian a la independencia ni al amor en un ambiente opresivo; el premio a la mejor película de Berlín, el Oso de Oro, llegó una década después con *Ashani Sanket* (1973), cuya acción transcurre en los años cuarenta y da cuenta de la lucha de una pareja para apoyar a la población de un pueblito de Bengala cuando es alcanzada por la guerra y la hambruna.

Mother India (1957), de Mehboob Khan, en su momento hizo una de las contribuciones más célebres al melodrama social. Recoge la historia de una «madre coraje» que encara la adversidad y la pobreza para «sacar adelante» a sus hijos. *Meghe Dhaka Tara* (1960), que se traduciría como *La estrella oculta* y fue dirigida por Ritwik Ghataktam, también acompaña a una mujer fuerte, en este caso una joven que sacrifica todo por el bien de su familia. Ambas películas además ofrecen largos pasajes de corte musical. En contraste, la gravedad es constante en *Bhumika* (1977), de Shyam Benegal, película protagonizada por una mujer que se rebela de forma singular ante los deseos de su madre.

Deewaar (1975), de Yash Chopra, es una de las películas de acción más exitosas de la historia india. Sigue los caminos de dos hermanos que buscan salir de la pobreza por rutas contrastantes: uno desde la policía y otro desde el contrabando. La cinta influyó en otras obras del género, y también fue una referencia para Danny Boyle en la mencionada *Quisiera ser millonario*. Por su parte, *Dil Se* (1998), de Mani Ratman, que sigue los encontronazos entre un empleado de una cadena radial y una mujer con ideas revolucionarias, es uno de los hitos del cine romántico.

El cine indio no se caracteriza por la equidad de género. De ahí que el caso de Deepa Mehta sea excepcional. Ella hizo algunos intentos en su país natal, pero fue hasta que emigró a Canadá que inició una carrera fructífera que la ubica como la cineasta india más exitosa y reconocida. Películas como *Fuego* (*Fire*, 1996), *Tierra* (*Earth*, 1998) y *Agua* (*Water*, 2005) regresan a diferentes épocas para dar voz a la mujer, exhibir las vicisitudes que ha sufrido y explorar su complejidad.

En el nuevo siglo se ha podido ver una puesta al día de las diferentes apuestas genéricas. Asimismo, hemos presenciado el crecimiento de un verdadero *star system*, con actores que son verdaderos imanes en la taquilla. Es el caso de Priyanka Chopra, quien ganó un título de belleza y posee una extensa filmografía, y de Irrfan Khan, quien ha participado en más de ciento cincuenta películas y es un rostro conocido por su participación en *Amor a la carta* (*Dabba*, 2013), de Ritesh Batra, la famosa coproducción de India, Francia, Alemania, Estados Unidos y Canadá. Entre los títulos más exitosos del siglo XXI cabría anotar la película de aventuras de casi cuatro horas *Lagaan: Érase una vez en la India* (*Lagaan:*

Once Upon a Time in India, 2001), de Ashutosh Gowariker; los dramas *Guzaarish* (2010), de Sanjay Leela Bhansali, y *Mi nombre es Khan* (*My Name is Khan*, 2010), de Karan Johar, así como la comedia romántica *Barfi!* (2012), de Anurag Basu.

Como toda industria de cine que se respete, la de India ha conseguido navegar entre la frivolidad y las propuestas «de autor». Su solidez es emblemática y ha sabido conservar el puente que históricamente ha existido entre productores y consumidores. Es un cine que merece atención desde el campo de la mercadotecnia, pero también desde la Academia y el Arte con mayúsculas. Es un cine sustentable pero, acaso por lo mismo, con ambiciones limitadas. Al espectador extranjero le ofrece la posibilidad de asomarse a facetas relevantes de la cotidianidad; es un medio pertinente para algo más que el turismo y, en la mayoría de los casos, para algo menos que la antropología. En todo caso, es un cine que refleja una circunstancia y habitualmente entretiene. Y eso no es poca cosa ●

Nepantla: una sonoridad en sí misma

● Silvia Eugenia Castillero

No aquí / No todavía allá: con este inicio, *Nepantla*, de Elsa Cross, deja al lector frente a las puertas de un lugar inaudito. Libro enigmático, poemario del misterio: puede ser la muerte y la develación total del enigma. Es una estación significativa en el paisaje de la poesía mexicana y también en la sucesión de libros de la autora, pues, con este poemario, Cross elimina cualquier mediación objetiva para hundirse en la sonoridad misma de las palabras.

Nepantla, un punto final que se decanta y genera dimensiones extratemporales; se despoja de constituir una trama, recurso muy en boga en la poesía contemporánea, para cursar sus propios derroteros que brotan de la palabra misma, *Nepantla*, y que constituyen el asidero capaz de convocar en un instante al presente con su pasado y su futuro, pero sin ninguna cronicidad. Es lapso, pero también territorio. Es percepción, pero también recuerdo y expectativa.

Ya en *Bomarzo*, Elsa Cross introdujo su poesía a los intersticios de las palabras y las raíces, a los tiempos pasados y su desmesura como sedimento de lo que ocurre en el presente, en el paso hacia otra dimensión, con la carga de la memoria instando otras realidades. En *Bomarzo* la piedra se une a la naturaleza para que florezca la memoria abisal.

Nepantla, su libro más reciente, no necesita de la memoria para establecer los límites temporales, da un paso hacia la abolición de fronteras. *Nepantla* llega a lo que aspira la poesía: decantar todo significante en aras de la música de cada letra entreverada a las otras para lograr el sentido eufónico de la cadencia poética. Sitio donde los contrarios se alían y se va construyendo un significado proveniente

del interior del verso. «Un minuto enardecido hasta la incandescencia», según define Octavio Paz la poesía.[1] Y en esa medida fluyen los contrarios irreductibles de los elementos, de las cosas, de los nombres:

Las palabras caen
por la boca de la noche
Se van volviendo
astros difusos
pólipos de coral
Van trenzando
sus ecos
entre lirios y nenúfares—
los verdes tiernos de ese
[friso
duplicando sin fondo en los espejos
su ojo cómplice

(p. 15).

Nepantla se vuelve un lugar sagrado desde donde se llega a la muerte y desde donde se dilata la vida. Es evidente su acercamiento al mundo prehispánico, dentro del cual existe el encuentro entre el cosmos y la vida diaria, el toque iniciático de un tiempo desconocido para nuestra era, pero tan contundente entre las piedras y los templos que todavía se levantan por todo México.

Nepantla, del náhuatl *en medio*, *estar en medio*, lugar que absorbe los contrarios y los organiza para asimilarlos al todo, a ese todo desde donde abrevamos la raíz de lo que existe, la nitidez, el núcleo que no es sino su sentido último, sonoro:

Nepantla—
entre el nombre y la cosa
Sigilo
donde los nombres de las cosas
se transparentan
se anulan
donde las formas
Se hunden en la arena
como cangrejos

tu cara
es ya otra en el espejo

Entre las cosas
y sus nombres
se descomponen los sonidos
se emborronan los objetos
que admiten esos nombres
o ningunos—
en el vacío puro
de sí mismos

(p. 43).

No obstante, el sentido que nos acoge en *Nepantla* conduce a una resonancia mística, un punto del que brotamos después del silencio profundo, de la negación, de la disolución, de la muerte. Visión que une los contrarios y los potencia a través de la metáfora, para ser capaz de contemplarse en esa imagen-iluminación que une lo externo y visible con lo invisible por interno. Es la completud de lo que ha traspasado el umbral y llega más allá de los límites de la vida. Es el todo que es la nada que es el continuo que es el vacío.

Nepantla es, sin duda, un homenaje a Sor Juana Inés de la Cruz. Homenaje que se vuelve abstracto en el sentido en que Elsa Cross matiza el acercamiento desde

1 *México en la obra de Octavio Paz*, FCE, México, 1987, p. 436.

la eufonía de la palabra hasta llegar a la desnudez del sonido interno, no de la palabra misma, sino del mundo sensible convocado por la monja a través de su poesía. Ante la ausencia de detalles, la música de los versos de Cross va logrando que *Nepantla* se bosqueje en el lector y se logre imaginar, para extenderse ilimitadamente.

Gracias al libro de Elsa Cross, el lector logra percibir, experimentar el poder de *Nepantla*, entrar en el espectro de su sonoridad y percibir cada poema en una aparición sensible que —captada en su pureza formal— consigue constituirse en una revelación interior, que no es sino una realidad afectiva, emocional, capaz de replicarse infinitas veces:

Nepantla—
sus sílabas son
antes de lo que nombran
Eco
de un chasquido en el
agua
Hueco
en el aire
succionándonos
Nepantla—
sílabas
como una forma ensangrentada
sílabas que se detienen en la lengua
perdiendo sus signos y amuletos
espaciando sus pausas—

Y el cúmulo de sombras
se extiende
como un halo
Nepantla
sílabas que se atropellan
sílabas deseantes—
hallan sus pares
en el espejo de la muerte ●

● *Nepantla*, de Elsa Cross. ERA, colección Alacena Bolsillo, México, 2019.

Contra la indeterminación ontológica

● José Israel Carranza

Cualquiera que sea el lado en el que uno se encuentre, la proximidad de una frontera suscita siempre el sentimiento de hallarse en el lugar equivocado. (Pienso principalmente en las fronteras geográficas, pero también en las que demarcan nuestra pertenencia o nuestra no pertenencia a todo grupo humano. Por ejemplo, la frontera que una niña intuye que existe entre ella y sus compañeras en el recreo, un día del cuarto año de primaria —intuición que pronto será innegable y hará que esa niña quiera volverse invisible). Las fronteras nos hacen saber que no somos lo que son quienes están del otro lado. Y, antes que ayudarnos a precisar lo que somos, esa extrañeza —que puede estar hecha de admiración por lo que hay allá, pero también de aversión; de ilusión o de ambición, lo mismo que de miedo o de prejuicios; de fantasmagorías, en todo caso—, esa extrañeza promueve una irresistible certidumbre de inadecuación que nos impele a cambiar

de sitio. De ahí que en el trazo de toda frontera esté ya también su borramiento, la necesidad de transgredirlo, de pasar a ser lo que no somos aquí —y quién sabe qué somos aquí— para ser lo que podríamos ser allá.

Saltamos, entonces. Y lo que encontramos redobla la extrañeza: la claridad que acaso imaginamos que ganaríamos se ve estorbada, irremediablemente, por el modo en que se ha intensificado nuestra ajenidad. Peor, todavía: esa ajenidad ya está aguardándonos también en el lugar del que salimos, como si nuestra decisión de saltar hubiera puesto en funcionamiento una especie de saqueo o desmontaje radical de lo que hasta entonces veníamos siendo. Las preguntas «¿Dónde estoy?» y «¿De dónde vengo?», entonces, se vuelven intercambiables a un lado y otro de aquella línea que cruzamos. O, más bien, se vuelven la misma: la pregunta incontestable a que nos reduce el hecho de que toda frontera hace de nosotros algo que no debería estar ahí. (La niña que supo que quería ser invisible terminó optando por exiliarse, por apartarse del grupo que la rechazaba: enfrentarse a una frontera siempre conlleva el riesgo de empezar a desaparecer).

Aunque pueda parecer que las palabras son el único recurso a nuestro alcance para cruzar las fronteras, especialmente las geográficas, y salir indemnes, lo cierto es que nada nos lo garantiza. (Justo acabo de escribir esto último cuando se da a conocer la noticia de que el Premio FIL ha sido concedido este año al poeta David Huerta. En la conferencia de prensa, un periodista interroga al ganador por su trabajo como traductor, y Huerta responde con una cita de la poeta Sarah Maguire, «La traducción es lo contrario de la guerra»). Las mutaciones de los sentidos que las palabras sufren han de entrañar siempre pérdidas —seguramente ganancias también, pero éstas no restituyen las primeras—, y sospecho que en la averiguación de lo que implican esas mutaciones estuvo el impulso primero que Verónica Gerber Bicecci tuvo para concebir este proyecto y poner manos a la obra: ¿qué pasa con las palabras de quienes migran? ¿En qué medida se afirma en ellas la indeterminación ontológica que acarrea consigo trasponer una frontera? Hubo también, desde luego, una preocupación por explorar las vivencias de quienes participaron en la experiencia (la experiencia: un taller, descrito por su creadora como «un ejercicio introspectivo a través del dibujo y la escritura») y, a partir de esas vivencias, el interés de proponer una perspectiva para la comprensión como fenómeno cultural de la migración, asunto acerca del cual bien podemos tener una sobreabundancia de informaciones, sobre todo noticiosas, pero con las cuales no alcanzamos la inteligencia que sí puede brindarnos el arte. Sin embargo, en aquel impulso radica, creo yo, la singularidad de la empresa, y también su significación más notoria: al poner a los niños y adolescentes participantes a pensar en sus palabras, a representarlas con *emojis*, a confrontarse con sus interpretaciones y, luego, al aventurar las suyas, la autora dio con una vía óptima para cuestionar la relatividad de las diferencias y las distancias entre las personas que ya estaban y las que van llegando —pues en ello termina consistiendo el problema último de la migración: en saber cómo podremos entendernos. «Tal vez el único modo de neutralizar el poder letal de las fronteras es

sentirse siempre de la otra parte y ponerse siempre del lado de la otra parte», escribió alguna vez Claudio Magris.

Nos lo han machacado las filosofías del siglo xx, pero no es infrecuente que se nos olvide: siempre tenemos que empezar por el lenguaje. Y gracias a que tomó esa vía, la afirmación que la autora hace hacia el final de esta exploración termina por conferir el valor decisivo a todo su empeño: «entiendo la imaginación como uno de los últimos resquicios que le quedan a la esperanza». Y esa afirmación está lejos de ser fruto de una efusión de optimismo infundado —si algo amenaza todos nuestros afanes de que las cosas se arreglen es, hoy en día, justamente eso—: se trata, más bien, de constatar cómo, en lo que hacemos con el lenguaje, se materializan nuestras posibilidades mejores. Aquello que Huerta recordaba que decía Maguire: en la traducción de las palabras que utilizamos, y también, como se propuso Gerber Bicecci en su trabajo, en la invención de palabras nuevas, está nuestra mejor posibilidad de futuro, por más que ese futuro encarne fatalmente en un reiterado signo de interrogación.

(Aquella niña se volvió invisible porque supo que era la sola forma de estar en el mundo: «Mi deseo de ser invisible probablemente significaba eso mismo, poder estar en el lugar que deseaba estar, aunque yo no fuera deseada ahí».[1] Las palabras pueden lograr que seamos invisibles. Y, ante el prejuicio y el odio, es seguramente lo que muchos querrían conseguir) ●

● *Palabras migrantes / Migrant Words*, de Verónica Gerber Bicecci. Impronta, Guadalajara, 2019.

1 Verónica Gerber Bicecci, «Invisible», *Luvina* núm. 63, verano de 2011.

Zurcir el tiempo

● Alonso Tolsá

Ave Barrera escribió una novela formalmente ambiciosa que atraviesa a plena luz del día el intrincado mundo de *Farabeuf*, antes que como un homenaje, como un desafío a la tradición. A ratos, el estilo de Salvador Elizondo se apropia de la página con su motivo acostumbrado: la tortura englobada en el erotismo ritual. Podemos imaginarlo, calcado de sus *Diarios* y sobre todo de su *Autobiografía precoz*, en el personaje de Chava, que lo muestra en su faceta oculta de *junior* sangrón, frívolo y perverso. Deliberadamente o no, por momentos *Restauración* también tiene algo de *Pedro Páramo* y de *Aura* y, si usted me apura, incluso de *La región más transparente*; este fecundo diálogo que va del ámbito de los muertos al exacto trazado de coordenadas de la ciudad, tamizado por una intención original, produce la extrañeza magnética connatural a las obras literarias raras. Y ésta es rara por donde se mire: un coctel de sensibilidades y perspectivas unidas por un depurado instinto poético.

El meollo de esta novela son los lazos que mantiene una joven pasante de la carrera de Restauración, de nombre Min, primero con Zuri y después con la

antigua casa que éste ha heredado de su tío abuelo. El paralelismo de estos dos vínculos conflictivos permite asomarnos al empañado espejo de las motivaciones más íntimas de la protagonista. Zuri es un sujeto arrogante e inmaduro al que Min se obstina en querer y cuidar pese a la adversa actitud que él demuestra; a través de la emotividad abierta de ella, vislumbramos en el reflejo de la acción la opresión cotidiana del machismo estructural agudizado poco a poco en cada nuevo pasaje. La estrategia narrativa funciona de manera circular: denuncia al tiempo que provoca, es decir, contiene un elemento político y estético a la vez. La perspectiva feminista que también comprende *Restauración* no es nada convencional, pues sus resoluciones asientan problemas antes que respuestas, son graduales y por lo mismo contundentes al final.

El ventajoso provecho, al dejar sola a Min a cargo de la restauración de la casona familiar, forma parte del control tácito que Zuri ejerce sobre ella; bajo un paradigma biográfico, atender sus necesidades se desplaza al margen una y otra vez, pues Min fue educada para conceder siempre. Leemos el tipo de experiencias que articulan su relación en un encuentro sexual sin preservativo consentido únicamente por *temor a que él se sintiera frustrado*. A cada obstáculo, Min responde con una angustia creciente: llora o explota de ira tras una espera inútil. ¿Qué la mantiene, sin embargo, al lado de Zuri? ¿Obtiene algo de todo esto? Min está embarazada en secreto y de este modo se pregunta si tener o no a su hijo; mientras tanto limpia, recoge, selecciona, decide en qué se convertirá la vieja casa contigua al Parque Hundido, una metáfora externa de su interioridad que, como ésta, necesita renovarse. Atender a Zuri, por su parte, apela a su autoestima, haciéndola sentir necesitada.

Conforme avanza *Restauración*, algo va tomando forma subrepticiamente de manera paralela a la trama. A partir del segundo capítulo, titulado «La Quimera», un tiempo alterno va posicionándose como el único tiempo posible: el tiempo del recuerdo subsume en su peculiar lógica secuencial al presente hasta reemplazar la certeza de éste por la conjetura de aquél. Estas digresiones intercaladas en episodios breves constituyen el universo dialéctico en el que la anécdota de Min dialoga con la de Gertrudis, la antigua habitante de la casona, determinada también por los caprichos del poder masculino, hasta fundirse en una sola hebra. La manufactura de la novela pone a prueba la destreza de la narradora, que se inclina por una solución anclada en el estilo; a pesar de que el desenlace es previsible una vez que se descubren las normas que gobiernan el conflicto, el interés no disminuye sustancialmente, gracias a la preocupación por descubrir los cómos antes que por saber los porqués.

El estilo de Barrera en esta obra se caracteriza por su soltura y por su capacidad para armonizar la naturaleza heterogénea del discurso, alejado del diálogo extenso y la argumentación abstracta. Aunque con frecuencia abusa de las explicaciones, le viene bien el uso de oraciones cortas para simular deliberadamente las atmósferas típicamente elizondianas, aledañas a los territorios del sueño, la fantasía y la perversidad. Entre otras, las funciones primordiales de la brevedad de los subapartados consisten sustancialmente en que permiten asimilar el golpe recibido

generalmente con contundencia al cierre de cada uno de ellos e imitar, por otra parte, la naturaleza expansiva de la memoria.

A mi juicio, no hay mejor expresión de la prolijidad de la prosa de Barrera que cuando describe la pasión que siente Min frente al proyecto de restaurar la antigua casa donde Zuri piensa instalar a la postre un estudio fotográfico propio. Esta pasión puesta como una lámpara sobre los objetos antiguos que naufragaron en el tiempo alcanza un nivel empírico a través de la saturación de detalles de formas y texturas. Envuelto en el encanto de la sensibilidad del restaurador, la pátina revive en la gracia de un esplendor casi olvidado: erótica de los sentidos y manual de anticuarios, *Restauración* propone una noción original del oficio como una labor de escucha.

Se trata de oír la música del tiempo en la materia y entender de qué modo quieren los objeto ser rescatados, qué es lo que quieren hacer con ese tiempo. [...] Bien lograda, la restauración es ir en contra del avance natural del caos y el olvido, es contradecir a la muerte al reconocer su paso, abrir la puerta y dejar que atraviese, que cohabite con nosotros. Restaurar es fabricar un bello fantasma.

Las estancias que configuran el espacio tienen un papel protagónico, su sola descripción transmite imágenes mentales diáfanas que enriquecen la lectura; de hecho, los recovecos de la antigua casa están emparejados con la complejidad emotiva de los espectros que la habitan: Min, Zuri, la vieja ama de llaves Oralia, con su sobrino, y el albañil con sus dos hijos pequeños, por un lado, y por el otro Gertrudis, su esposo Eligio y Chava, el mejor amigo de éste. El espacio en este caso no es sólo la instancia que enmarca la historia, sino una parte central de la misma, en él no suceden cosas sin que se vea también afectado.

La rareza de esta novela atrae aún después de haberla terminado: ¿será que su efluvio resiste una segunda lectura? Incluso en su carácter severo y transgresor, otra de sus virtudes es el puñado de encuentros sexuales explícitamente narrados, los cuales podrían contarse entre los mejores de la literatura erótica nacional. En este sentido, aunque el estilo coincide con ciertos relatos de Elizondo —*Narda o el verano*, por ejemplo—, la aguda perspectiva de género termina por individualizarlo del todo.

La editorial Paraíso Perdido, afincada en Guadalajara, ganó con *Restauración* el Premio Lipp 2019. Uno de los atributos del premio es un viaje todo pagado a París para la autora; parece que, sin querer, la fortuna de Elizondo a partir de ahora la perseguirá. *Bon voyage* ●

● *Restauración*, de Ave Barrera. Paraíso Perdido, Guadalajara, 2019.

Camino a casa: poesía y recapitulación en Juan Carlos Abril

● José Homero

Hay obras cuya circulación sucede mediante vasos comunicantes donde

discurren la pasión y la crítica, la emoción y la reflexión. Ritmo sanguíneo, este flujo suele distinguir a los poetas, antes que a los narradores, aunque ocurran excepciones. Ordenar la escritura mediante los compases de la poesía y el ensayo, de la imaginación y el raciocinio, distingue a quienes prefieren la complejidad y la meditación al entusiasmo y el arrebato; diríase por ello que constituyen peculiaridades de la melancolía y de la edad crepuscular. Juan Carlos Abril, nacido en Los Villares, Jaén, en 1974, de manera pausada ha construido su obra por estos cauces.

Poeta de producción parca pero sólida: *Un intruso nos somete* (1997), *El laberinto azul* (2001) y *Crisis* (2007); antólogo de Francisco Brines, José Manuel Caballero Bonald y Luis García Montero, entre otros, además de suscribir la importante antología generacional *Deshabitados*; crítico literario y director de la revista de poesía *Paraíso*, Abril se ha distinguido por la temperancia tanto en la lírica como en la crítica. Si desde sus primeros títulos denotaba, no obstante su juventud, una temprana madurez permeada por el escepticismo y la cavilación, en su libro más reciente, *En busca de una pausa*, estos rasgos sustentan una auténtica recapitulación sobre la vida, la poética propia, la poesía, el arte, la generación y la historia. No es casual el orden en que enuncio esta relación: Abril parte de la vivencia para extender su juicio hacia los conceptos y por último cuestionar los fundamentos de la sensibilidad y valores de la época.

La recapitulación implica trazar una división elemental: desde el presente, recordar el pasado y vislumbrar el brumoso futuro. Quien recapitula suele ser un hombre maduro, consciente de sus cambios en el transcurso; de ahí que emprenda un balance de su historia y los valores que orientaron sus actos. Se trata, ubicado un punto, de mirar en dos direcciones, como el dios Jano. Por ello la denominación —*En busca de una pausa*— exige una apreciación metonímica: la pausa es ese punto de cesura que permite el escrutinio; no es arbitraria entonces, además de la previsible distinción cronológica y las constantes referencias tópicas al pasado y la memoria, la sinécdoque como figura preponderante.

Los tropos comparten la peculiaridad metonímica de identificarse con una trayectoria. La vida se compara con un recorrido: «atravieso este inhóspito / territorio hacia lo desconocido» («Causa perdida»); al poema con un camino: «Estás perdido en el poema / como en un bosque, ya no sabes / distinguir el camino» («Sobre la herida»); a la memoria con un pasadizo: «un pasadizo con antorchas / habla de ti / la persecución del pasado / el pasado te persigue» («Causa perdida»); a cierta condición con una vía: «el fracaso / es un camino singular» («Exilio involuntario»), «Esperar es un camino» —título de un poema. Incluso los motivos textuales surgen de esta necesidad de desplazamiento: el tren que atraviesa las ciudades, la aventura como promesa de una posibilidad de vida —sí, los centenarios impulsos de Arthur Rimbaud laten en estos versos—, la experiencia como una vía («encuentra el sendero perdido en la montaña»)... A juzgar por las reticentes confesiones —siempre oblicuas y filtradas bajo una espesa yedra semántica—, el poeta mismo es un viajero cuya juventud marcaron los viajes siempre en pos de la estrella oriental de la aventura.

Habría que razonar esta impronta

del viaje y el derrotero. La analogía entre vida y camino es un tópico, como lo es la consideración espacial de la memoria. Sin embargo, a diferencia de las edificaciones para apoyar la evocación —la nemotécnica que erigió los palacios de la memoria—, en el caso de esta poesía los desplazamientos acontecen en una comarca imaginaria donde se deambula en medio de sombras y luces, de claroscuros y de pasadizos: «atravesando alternativamente / franjas de sombra y arcos claros». El camino oscuro no ordena la memoria, sino que patentiza su caos. Abril usa la pausa no sólo para cotejar la propia vida, sino sobre todo para acometer un análisis. Ejercicio dialéctico y no únicamente melancólico, aunque el confeso lector de Walter Benjamin no soslaye el ascendente del signo de Saturno y declare la clave de lectura.

Concédete permiso
para esperar. Es un camino.
Y echar de menos,
una obsesión para los melancólicos.
(«Esperar es un camino»)

La criba racional permitirá trascender la antítesis que por sí sola no ha aclarado nunca obra alguna. El distanciamiento permite entonces confrontar los sueños de la juventud con la cosecha del presente —sin soslayar que el futuro está en construcción, no definido—, e igualmente sopesar la fidelidad a las creencias juveniles y su cotejo con las de la madurez. Por ello, el examen no concluye en la biografía, sino que deviene evaluación de la propia poesía y por ende de la poética que la sustenta. Asociado —más por la relación profesional que por inmanencia textual— con la poesía de la experiencia y con cierto confesionalismo —en este caso del todo— contenido, la poesía de Abril, abierta a múltiples ecos y especialmente a las resonancias de América —una circunstancia que continúa indicando rareza en la ultramontana poesía española—, no ha dudado en ocluir el sentido y fermentar el significado con giros sintácticos más apropiados al ensayo que a la lírica. Síntesis de esas escuelas en apariencia antitéticas de la poesía transparente y el verso oscuro:

Que tú no lo comprendas
no significa
que nadie pueda comprenderlo,
y que los referentes
sean la realidad.
(«Causa perdida»)

Asimismo está consciente de que varias actitudes suyas provienen de un credo metapoético, como lo asientan las alusiones a la originalidad o a la exploración lingüística. Sin renunciar a la lírica, Abril sabe que una poesía sincera comienza con el reconocimiento de la imposibilidad de la ingenuidad. Agréguese a ello que como otros poetas recientes que entreveran los climas del ensayo con los de la emoción de manera equilibrada, algo hay en el acento de Abril que, además de sugerir los ecos de T. S. Eliot —a cuya lectura remite coquetamente al jugar perifrásticamente con la frase «Abril mezclando memoria y deseo»— y de un apenas perceptible Jaime Gil de Biedma, nos trae aunque sea tenuemente las cadencias de John Ashbery.

Poesía que se asume memoriosa, la del quinto libro de Abril entraña una complejidad que no reside en el vocabulario sino en la referencia. El poeta pareciera entregarnos una confesión y lo

que nos presenta es una recapitulación sobre los motivos poéticos, un poco en la línea de Ezra Pound. De ahí que, sin atender a las trufas críticas —las menciones intertextuales, la recalcada distancia entre las palabras y las cosas, entre los signos y los significados—, su lectura pecaría de ingenua. Objetivo líricamente —o, al menos, sincero—, Abril por igual confronta los fundamentos de la poesía que se ofrece sin mediaciones conceptuales:

Nada es lo que parece
y allí se alojan las sospechas
del entusiasmo
con sus recodos expresivos,
la lentitud
en estilo indirecto libre...

Balance de vida pero también acta poética para examinar los valores estéticos de una época, *En busca de una pausa* termina siendo un libro que de la mirada subjetiva deviene un testimonio social. La conclusión es que, aunque vivamos tiempos deshabitados y hayamos perdido la esperanza en los valores, debemos continuar con la aventura. De la vida, de la escritura, de los sueños:

Hay que recuperar los sueños
y la nostalgia del futuro,
porque una causa justa
nunca fue suficiente.
(«Exilio involuntario») ●

● *En busca de una pausa,* de Juan Carlos Abril. Pre-Textos, col. La Cruz del Sur, Valencia, 2018.

En Atípica Editorial leen, escriben, hacen libros

● Víctor Ortiz Partida

En el libro *Entre perros y piraña*s, de Karla Sosa, el lector se encuentra con este microrrelato titulado «11:11»: «Despertó más tarde de lo habitual. La voz de olor rancio que cada día lo hacía querer lanzarse por la ventana no le golpeó la cara esa mañana. La buscó, pero sólo encontró una nota en la mesa de la sala y la ventana abierta. Vivían en el último piso».

*Entre perros y piraña*s es uno de los títulos que Atípica Editorial publicó este año. Las creadoras de este proyecto, Ada Cabrales y Cecilia Magaña, explican que «nace de la idea de explorar el siguiente nivel en el placer de la literatura. Comenzamos leyendo, luego escribiendo y ahora hacemos libros. Nuestro concepto es el de editorial *boutique*, con tirajes pequeños de autores seleccionados. Le apostamos a la exclusividad y a conjuntar la literatura con las artes gráficas y culinarias».

En 2019, los títulos publicados por Atípica pertenecen a nuevos autores. Son ocho libros repartidos en tres colecciones: Primavera, que incluye *Del cuello para abajo*, de Adriana Haro; *Oscuranda*, de Sergio Yalú y *Lo que nadie está buscando*, de Ada Cabrales; Verano: *Entre perros y piraña*s, de Karla Sosa;

Cómete un pay, de Gris Gutiérrez, y *Mar de luces lejanas*, de Miguel Ángel Gómez Caro; y Otoño, con *Hasta los monstruos dicen la verdad*, de Yamil Rodríguez Coronel, y *Motel Kraken*, de Cyntia Ocampo.

Atípica imprime tan sólo ciento veinte ejemplares numerados. La intención es, dicen Ada Cabrales y Cecilia Magaña, «que quienes adquieran cualquiera de nuestros títulos tenga una pieza única, de colección». En cada libro, describen ellas, se pone mucha atención en los detalles. El lector podrá apreciar las portadas atractivas, los colores, el formato de los libros, las fuentes tipográficas usadas, el tamaño de la letra.

Las editoras cerraron este 2019 con la creación de otra línea editorial, «dedicada a piezas literarias creadas por autores de trayectoria, joyas raras que quizá no han encontrado su espacio en otros sellos editoriales». El título seleccionado fue *La geometría absoluta*, de Mario Heredia, «una colección de cuentos sobre el amor y el vacío, caracterizada por su estética del contrapunto entre dos o más historias». En este caso se imprimieron 200 ejemplares, que se distribuyen también numerados.

Atípica Editorial presenta sus libros de dos maneras: la tradicional, al estilo más clásico, «y en eventos íntimos que hemos denominado Maridajes, que consisten en la degustación de bebidas y alimentos especialmente seleccionados para combinar con la lectura de nuestros libros, al tiempo que los asistentes conviven con nuestros autores», explican Cabrales y Magaña.

Sobre la colección de once cuentos de aliento breve *Del cuello para abajo*, de Adriana Haro (Guadalajara, 1986), que tiene como eje el cuerpo como motivo, Alejandro Paniagua escribió: «es como adentrarse en un circo de fenómenos donde las atracciones, en efecto, son seres contrahechos, insólitos. Pero al mirarlos de cerca, el espectador descubre —con fascinación— que también son seres dotados de una belleza que desquicia, son prodigios capaces de provocar un gran goce estético, quimeras que hacen cimbrar a quien las mira».

«En un ejercicio frenético y brutal, los personajes de estas historias miran hacia atrás sin temor a convertirse en estatuas de sal. Con atrevimiento se enfrentan al pasado, volcado ante los ojos de su memoria en sílabas e imágenes difusas», opina Gabriela Torres Cuerva sobre *Mar de luces lejanas*, de Miguel Ángel Gómez Caro (Tepic, 1977), libro integrado por ocho cuentos que, describen en la editorial, «tienen una vocación de nostalgia. Sus personajes evocan el territorio de la infancia y la adolescencia con todos sus absurdos y equívocos, quizás buscando una respuesta a los absurdos y equívocos de la vida adulta, quizás encontrando en ellos una profecía».

Cyntia Ocampo (Guamúchil, 1980), autora de *Motel Kraken*, libro que contiene tres cuentos, describe así su labor: «Siempre tuve la fantasía de escribir, según yo iba a ser una vez retirada, en mi cabaña de Tapalpa, en medio del bosque, pero se dio un poco antes. Disfruto crear personajes únicos, que dejan ver sus miedos y se desnudan; esto, mezclado con un ambiente enrarecido». Dice Rafael Villegas acerca de *Motel Kraken*: «Un hombre de cuerpo gelatinoso, un enamorado obsesivo y una mujer que ve lo que no debería, conforman un primer inventario de extrañezas. Hay un amor por las maravillas y los esperpentos que nos remiten al lado anormal de lo humano, del que sólo adivinamos fragmentos a través de la mirilla de la puerta».

Sobre *La geometría absoluta*, de Mario Heredia (Orizaba, 1961), con el que se inaugura la segunda línea editorial de Atípica, dedicada a autores con trayectoria, Iván Soto Camba dice: «Un bodegón pintado por un grande (pongamos, Cézanne) reúne frutas vacías por dentro, para que el ojo las llene. Este libro es el ejercicio contrario: personajes plenos para que el lector los vacíe. Mario Heredia tiene la asombrosa capacidad de hacernos creer que conocemos vidas completas en unas cuantas páginas». Por su parte, Gabriela Hernández enumera: «El destino, el arte, el amor, el viaje, el silencio son tratados honesta y libremente en el más reciente libro de Mario Heredia».

Atípica Editorial, cuyo lema es «Somos Atípica Editorial. Leemos. Escribimos. Hacemos libros», tiene como punto de venta, en Guadalajara, la librería Impronta (Penitenciaría 414, Centro). Su página en internet es *atipicaeditorial.com* ●

Laberíntica ciudad. Sobre algunas líneas de David Huerta

● Gustavo Íñiguez

Es una ciudad pero podría ser la sombra
de Narciso envenenando el agua.
David Huerta

¿Qué sentido tiene la poesía de David Huerta? O, mejor dicho: ¿cómo se puede orientar uno al atravesar las calles de una «ciudad laberíntica» como la obra del Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances 2019? La metáfora es de Luis Vicente de Aguinaga, que en su libro *Lámpara de mano* (Universidad de Guadalajara / Ediciones Arlequín, 2004) anota al referirse a la antología *República de poetas*: «No recorrí las cuatrocientas páginas de aquella *República*, pero habité con gusto una de sus ciudades interiores. La fresca y laberíntica ciudad que lleva el nombre de David Huerta». Antes dijo que llegó a la obra del poeta «como viajan los peregrinos». Mi experiencia fue más la de un turista improvisado. Me adentré sin mapa y con extrañeza por sus laberintos. La primera vez que me detuve asombrado fue ante unas líneas del poema «El rencoroso», que forma parte de *El jardín de la luz* (1972):

> ¡Qué días del pasado en que así prodigaba
> la estupidez todo el amor del mundo!
> «Hay que saber administrarse», repite el
> [rencoroso.

Creí (insensato)[1] que estaba yendo por las calles más seguras al evitar perderme en los laberintos y dar la vuelta ante imágenes como «Herbazales, bajo el ciprés / en el que pálida/ la tarde se destroza». Avancé con poco entendimiento, sólo me detuve en las líneas con mayor transparencia porque

1 A partir de interrogar a mis colegas por su opinión sobre el trabajo de D. H., me pregunté, con un poco de humor, por qué a los poetas de mi generación (los nacidos en la década de los años ochenta) nos ha faltado eso que Luis Vicente llamó sensatez: «como habrán sospechado los que tengan la sensatez de leer a David Huerta».

también en la ciudad de David, como en la mayoría de las ciudades, en la periferia no se prefigura la majestuosidad del centro. Disfruté, especialmente, imágenes que exhibían claridades en las que poder descansar del pasmo que me generaba la exuberancia.

Al llegar a los poemas de *Cuaderno de noviembre* (1976), el asombro se convirtió en azoro. Julián Herbert, que coincide con Luis Vicente de Aguinaga cuando se refieren al poeta nacido en 1949 como un contemporáneo (atendiendo, claro, a las reflexiones de ambos que preceden el contexto de estos dos poetas nacidos en la década de los setenta), ha escrito: «La radicalidad de la obra de David Huerta demanda lecturas comprometidas». Y es en este poemario donde percibí el compromiso al atravesar las puertas que me iban desorientando en esta doble casa de Asterión. Ahí el aliento se expande respecto al poemario anterior; el lenguaje amplía sus registros y sus ejecuciones y opera en la profundidad de las atmósferas que me permitieron comprender la reflexión que hace Herbert en *Caníbal* (Bonobos, 2010): «un poeta en cuya obra se condensan (y discuten) muchas de las particularidades literarias del periodo: del neobarroco al canon clásico; de la experimentación más ambiciosa a la norma retórica más estricta; de la erudición al periodismo cultural».

Digo que vuelven los objetos, que
[vuelven los días abarrotados,
que vuelven las voces temblando con
[cargamentos de niebla,
sus reconvenciones y su sonido
[enrojecido
de música enterrada, ruido
[germinativo, de pausados ensalmos
o frases que se crispan a las orillas del
[mal sueño.
Digo que el nombre inflama la cosa o
[viceversa, se entrecruzan
y llegan a la playa del «poema»,
[despojos de un mar
terriblemente duro y astillas de un
[humor al desnudo.

Ya dije que iba desorientado y fueron estas líneas las que me revelaron el sentido: «usted está aquí», parecía estar leyendo. Una señal contundente que me permitió avanzar con mayor seguridad por el laberinto. Los versos se iban vislumbrando como flechas cargadas de sentido: señalaban al mismo tiempo varias direcciones pero ya no importaba saber a qué sitios me llevaban: seguirlos era un lugar seguro. La ciudad se había convertido, a estas alturas, en un espacio entrañable. Aún no lo sabía, aunque ahora reconozco que ya estaban puestos los indicios de que todos los caminos de esta ciudad conducen a la majestuosidad de *Incurable* (1986) (del que hablaré en otro texto). Unas líneas antes de salir de *Cuaderno de noviembre*, la voz del poeta se presentó para aumentar la certeza: «cuando respiro, me adueño del mundo: no hay extravío, hay imágenes». Ésa es la experiencia de leer a Huerta, la de alguien que llega a una ciudad para perderse en sus calles, sentir la extrañeza y el vértigo, el gusto por la desorientación y la certidumbre de la belleza: la mente accede a la originalidad de las imágenes ●

● *En casa con mis monstruos*, de Guillermo del Toro. Universidad de Guadalajara, Guadalajara, 2019.

● *Riesgos de los viajes en el tiempo*, de Joyce Carol Oates. Alfaguara, México, 2019.

● *Una jacaranda en medio del patio*, de Zel Cabrera. Instituto Sinaloense de Cultura, Culiacán, 2018.

Recuerdo de los monstruos

Guillermo del Toro afirma en el catálogo que acompaña su exposición *En casa con mis monstruos* que no hace cine de terror, sino «un género muy extraño que es completamente mío; tomo imágenes de otros géneros, pero los articulo como cuentos de hadas o fábulas. Es un esfuerzo muy diferente transformar los íconos y los géneros... La alquimia de eso ha sido mi carrera». Este libro es ahora el recuerdo principal de la muestra que exhibió en el Museo de las Artes novecientas piezas que le han servido de inspiración o que acercan al proceso creativo del cineasta tapatío. Incluye las ocho salas convertidas en capítulos, «Cuarto de lluvia» y «Magia y ocultismo», por ejemplo, más una entrevista a profundidad con Del Toro ●

El Estado en tu cerebro

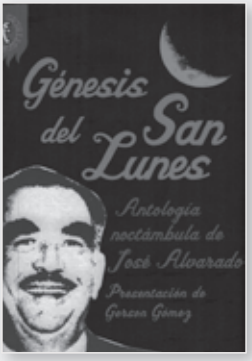
Por su rebeldía, Adriane Strohl, aparentemente la alumna más inteligente de la generación de EAN 23, es enviada al pasado, a 1959, época que funciona como cárcel. «No hubiesen venido a buscarme, pero, ingenuamente, hice que se fijaran en mí. Me atreví adrede a hacer lo que no tenía que haber hecho. Utilicé mi libre albedrío pero con un cálculo erróneo. O, más bien, sin calcular: sin pensar. Por vanidad y estupidez; y ahora estoy perdida», dice Adriane en el principio de esta novela que explora las posibilidades de un mundo represor en un futuro en el que la tecnología da para los viajes en el tiempo y para controlar desde sus propios cerebros a los ciudadanos que osan sobrepasar, así sea ingenuamente, los férreos límites impuestos por el Estado ●

Amor por la otra

En *Una jacaranda en medio del patio* se leen versos como éstos: «Mamá solía decir que como te ven te tratan / cuando me miraba con los pantalones rotos / y las blusas cubiertas de pelusa. / Como una adolescente rebelde, / insistía en vestirme como un vago / y pintarme las uñas de negro; ése era el color de la tristeza». En los poemas que forman este libro, la poeta guerrerense Zel Cabrera logra un tono que va de la rebeldía al amor por su entorno familiar más íntimo, casi por completo femenino. «Hay además de belleza una comprensión honesta y amorosa por la otra», dice de este poemario la escritora argentina Selva Almada ●

● *El vendedor de silencio*, de Enrique Serna. Alfaguara, México, 2019.

● *La lectura y la sospecha*, de Armando González Torres. Cal y Arena, México, 2019.



● *Génesis del San Lunes. Antología noctámbula*, de José Alvarado. El Salario del Miedo / UANL, Monterrey, 2019.

Un hombre vil

Carlos Denegri, durante sexenios la estrella rutilante del periodismo mexicano, fue también un ruin practicante de la extorsión, que podía ejercer precisamente gracias a su oficio. Temido por los poderosos, y, a la vez, siervo abyecto que se arrastraba ante ellos, su historia es un formidable motivo para pintar el fresco de su tiempo: un México que ni nos queda tan lejos ni nos parece tan incomprensible, por grotesco que sea. Al novelar la vida de Denegri (un hombre torturado por el vicio y por la culpa, pero también un macho abusivo y violento, un criminal, un ridículo, un encantador de serpientes), Serna ha desplegado sus mejores dotes y ha fabricado uno de los personajes mejor acabados de la literatura mexicana reciente ●

Una grata navegación

«Éste es un conjunto de ensayos misceláneos sobre inspiración y vida intelectual que hace un acopio de interrogaciones sobre el acto creativo». Así comienza el «Aviso» que abre este libro, y, en su economía, esa declaración entraña un propósito considerable, sobre todo si se tiene en cuenta que el autor es un ensayista que sabe hacerse las mejores preguntas. Organizado en tres secciones («El prodigio de la creación», «Anomalías, enfermedades y accidentes del arte» y la que da título al libro), *La lectura y la sospecha* es una lúcida y muy amena incursión en las profundidades del cuarto de máquinas donde colaboran la invención, la memoria, la emoción y la lógica, y también brinda vistas estupendas desde la cubierta, para atisbar lo que hay en los alrededores ●

Un periodista como ya no hay

Aunque en ocasiones se aluda al recuerdo de José Alvarado para hablar de algo de lo mejor que pudieron leer los lectores de periódicos en el México del siglo XX, era difícil dar con ejemplos para demostrarlo. Hay, sí, una edición de *Visiones mexicanas* que apareció en la mítica colección Lecturas Mexicanas (el número 68), pero es casi imposible encontrarla. Por eso, es afortunadísima esta recuperación que acaba de aparecer. Alvarado es un autor cuyo cuidado del estilo es causa de que sus crónicas, pese al tiempo transcurrido desde que fueran publicadas, no pierdan vigencia. Además, su ingenio y su curiosidad son absolutamente ejemplares. La nostalgia por que no hay ya periodistas así se contrapuntea con la alegría de tener de nuevo presente a Alvarado ●

La India caribeña de V. S. Naipaul

● Alejandro Espinosa Fuentes

El Premio Nobel de Literatura 2001, Vidiadhar Surajprasad Naipaul (Trinidad y Tobago, 1932), jamás dejó de intrigarse por la «aterradora vastedad de la India», tierra de sus antepasados. Si bien gozó de una infancia caribeña, una juventud londinense y una plenitud adulta marcada por los viajes a los lugares más recónditos del globo —siempre con regreso a Inglaterra, patria adoptada donde llegó a ser nombrado caballero—, es cierto que dedicó buena parte de su trabajo ensayístico al entendimiento de sus orígenes.

Naipaul no hablaba hindi, pero lo entendía. En vano trató de reconstruir durante su infancia los ecos del país que sus ancestros dejaron atrás. Poco fue lo que sacó en claro. Aquellos migrantes que viajaron de la India a Trinidad y Tobago entre 1880 y 1917 sólo recordaban de su inmenso país, a lo mucho, «una estación de tren». La memoria de su civilización la empacaron en una valija libre de anécdotas: la lengua hindi, el sistema de castas, el calendario, los rituales o la religión.

Tras la Segunda Guerra Mundial, cuando se volvió más sencillo viajar de un continente a otro, los trinitarios que podían costeárselo, entre ellos Naipaul, se enfrentaron con la viva imagen del país asiático sin vagas idealizaciones. El choque para algunos fue demasiado fuerte. En «Mirar y no ver: la manera india», Naipaul relata el viaje que realizó su madre a Mahadeo Dubeka, la aldea de sus ancestros. Sobra decir que no logró adaptarse a las costumbres, le fue imposible *mirar y no ver* lo que sucedía, tuvo un cortocircuito desde que la invitaron a tomar el té:

> Al fin apareció el té, de un color turbio, oscuro, en una tacita de loza blanca. A modo de gran despliegue de cortesía, la señora que se lo servía limpió el borde de la taza con la palma de la mano. Y de repente, alguien de entre aquellos familiares de hacía cien años recordó que había que ofrecer azúcar con el té. Mi madre dijo que no importaba, pero los grisáceos granos de azúcar se presentaron en la palma de una mano y esa mano los deslizó en el té. Y la misma persona, cortés hasta lo indecible, se puso a remover el azúcar con un dedo. Ahí es donde acaba mi madre el diario sobre la visita a la aldea ancestral de su padre. Lo acabó en mitad de una frase, incapaz de aguantar el dedo que removía el azúcar en la taza de té.

No es que la madre de Naipaul se deslindara de su identidad colonizada, sino que adoptó una versión menos compleja en la isla caribeña y, en aras de esta simplificación, se mimetizó sin resistencia con sus colonizadores. Por eso resulta paradójico que fuera un ciudadano británico el que a principios del siglo XX diera con el *quid* de la cuestión.

En 1925 Aldous Huxley acudió a la conferencia del Congreso Nacional Indio, cuenta Naipaul, y al ver a ese hombre santo vestido con un chal y un *dhoti* que ya era

mundialmente conocido como *Mahatma* Gandhi, se plantea si no será que en la India se consiente que lo externo sea meramente lo externo. Esto quiere decir, a diferencia de lo que vio la madre de Naipaul, que los indios no reparen en un vínculo entre las condiciones austeras o poco higiénicas del exterior y la riqueza y pulcritud de su interior.

Naipaul admiraba la figura de Gandhi tanto como a Buda, el príncipe que abandona el palacio para descubrir la enfermedad, la vejez y la muerte en las afueras de la ciudad. Sin embargo, el trinitario busca una imagen humanizada del *Mahatma*, considerando que si se trató de un líder tan importante para la historia fue porque se atrevió a ver a su país directamente a los ojos, mirarlo de verdad, no mediante idealizaciones ni prejuicios. A su vez, el personaje de Gandhi, a los ojos de Naipaul, se individualiza al rastrear las claves de sus costumbres y mecanismos de lucha como aprendizajes empíricos y no como rasgos de una cultura milenaria.

El ayuno, por ejemplo, le viene a Gandhi de herencia por los rituales supersticiosos de su madre. «Durante las incesantes lluvias del monzón, [la mamá de Gandhi] podía prometer no comer si no veía el sol. Los pobres niños esperaban a que se rompieran las nubes. Si asomaba el sol, corrían hacia su madre con la buena noticia. Ella salía a comprobarlo, pero entonces a lo mejor se había vuelto a esconder el sol, y decía alegremente: "No importa. Dios no quiere que hoy coma"».

Como buen viajero incansable, Naipaul vincula los ideales de Gandhi con sus fuentes bibliográficas y ciertas decisiones caprichosas que tomó de acuerdo a sus experiencias viajeras en Inglaterra y Sudáfrica: «Gandhi había bebido de muchas fuentes, algunas muy extrañas: no sólo Ruskin, Tolstói y Thoreau, sino las burdas ideas religiosas de su madre, la Asociación Sin Desayuno de Manchester y las normas carcelarias de Sudáfrica».

La India, bajo el tamiz caribeño-oxoniense en los ojos de Naipaul, se reinventa, al igual que todos su libros, con la perspectiva del colonialismo y el entendimiento de la rebelión como uno de los grandes temas de la literatura. El Premio Nobel admiraba tanto a *Mahatma* Gandhi sencillamente porque se atrevió a hacer las cosas a su manera, sin dejar que le impusieran una visión.

Lo que me lleva indirectamente a mí, un escritor mexicano (país que tampoco se ha deslindando del yugo colonial) a comparar esa perspectiva de la literatura india con el estado actual de la literatura mexicana. A continuación, propongo al lector intercambiar el nombre de la India por el de México para sacar en claro por qué ambas literaturas se encuentran hoy en día atascadas.

Según lo entiende Naipaul, en la literatura de la India falta ese rasgo de rebeldía que perseguía Gandhi al hacer las cosas a su manera. En su mayoría se imitan modelos occidentales que gustarán al ojo victimista que anhelan las industrias editoriales norteamericana y europea cuando se habla de países del tercer mundo. «Hay que plantear la cuestión, porque jamás se ha creado así una literatura nacional, a costa de tal alejamiento, con el que los libros los publica gente de fuera, los juzga gente de fuera y en gran medida los compra gente de fuera».

Si observamos con esta lupa a la literatura mexicana nos daremos cuenta de que nuestros errores son semejantes. Nuestra literatura no se ha afianzado porque la sigue legitimando el ojo foráneo, llámese editoriales españolas, críticos de *El País* o *The New York Times*, o premios literarios del Primer Mundo.

«¿Y qué hacer?», se pregunta Naipaul, «¿ser irlandeses o alemanes y regodearse en los juegos de palabras? ¿Ser sudamericanos y ver magia por todas partes? ¿Ser como el difunto Raymond Carver y fingir que no saben nada de nada?».

Los escritores —yo digo mexicanos de importación, Naipaul se refiere a los indios en el extranjero— «no es que ardan en deseos de decir nada; nada va a surgir con un estilo propio, y por lo general se limitan a imitar». O, en el caso de México, se limitan a venderle al Primer Mundo una buena dosis de folclor u horror latinoamericano, pero aún no se independizan del yugo porque no han generado su propio sistema de crítica, sus mecanismos de legitimación interna, como ellos (los países con grandes tradiciones literarias: Estados Unidos, Francia, Alemania) sí lo han hecho.

«La India», indica Naipaul (y ruego que el lector vea a la India y a México como sinónimos), «no tiene medios para juzgar. La India es dura y materialista. Lo que mejor conoce sobre los escritores y los libros indios son los adelantos y los premios. Hay poco debate sobre la sustancia de un libro o su calidad literaria o el punto de vista del escritor. En la prensa india se sigue hablando mucho sobre la escritura india como aspecto de un triunfo más amplio del país, pero apenas se conoce la crítica literaria como arte. Las críticas más importantes a un libro indio siguen importándose».

La perspectiva caribeña-oxoniense de V. S. Naipaul sobre la India no es sólo una forma excéntrica y peculiar de entender a la distancia a un país caótico, sino una lección estética y ética de cómo deberían afrontar las literaturas menospreciadas el complejo reto de consolidar su independencia ●

Sobre los componentes sinestésico y escrito de la experiencia mística en Victoria Cirlot*

● Luis Jorge Aguilera

Resulta atractivo imaginarse la escritura de la experiencia mística como un único acontecimiento, una transcripción extática o un dictado frenético, fluido de reverberaciones ininteligibles tal y como se lo representa por ejemplo Meredith Monk en la pieza visionaria «Madwoman's Vision», incluida en el álbum *Book of Days* (1990). Representarse la escritura como una transcripción o dictado que tiene lugar sólo en el momento de la experiencia. Los testimonios de místicas y místicos a lo largo de la historia demuestran que el proceso escritural, mistográfico, difícilmente ocurre así. Para Juan de la Cruz, el ciclo redaccional del llamado «primer Cántico se abre en Toledo en 1578 y se cierra en Granada en 1584».[1] En el caso de Juliana de Norwich (1342-1416), la mística inglesa de la que se ocupa *Visión en rojo*, de Victoria Cirlot, se conocen dos versiones de sus escritos que ahora son identificadas como *A Vision*

* Texto leído en la presentación del libro, en el marco de las VIII Lliçons Haas «Ombres i miralls» de la Universitat Pompeu Fabra, en junio de 2019.

1 Eulogio Pacho, *San Juan de la Cruz. Historia de sus escritos*, Monte Carmelo, Burgos, 1998, p. 185.

(h. 1385) y *A Revelation of Love* (entre 1388 y1393). Las posteriores exégesis sobre sus visiones, el volver sobre ellas y la incorporación de nuevas visiones hacen necesaria una nueva redacción, de manera que «la escritura de la experiencia visionaria de Juliana se presenta en movimiento, esto es, según la *mouvance* propia del texto medieval».[2]

El proceso de memoria, asedios de comprensión y búsqueda de representación del contenido de la experiencia suele tomar a quienes son sujetos de ella un tiempo bastante más dilatado del que tomaría la transcripción de un dictado inmediato. Se produce en místicas y místicos, lo que Victoria Cirlot en su estudio sobre *Hildegard von Bingen y la tradición visionaria de Occidente* explica como «una comprensión "otra" que nada tiene que ver con la humana, gramatical y sintáctica».[3] ¿Cómo fijar entonces en cualquier soporte humano esa experiencia, esa comprensión que todo lo excede? La cuestión se presenta compleja. Parece constante que la escritura de la experiencia mística se presente por lo menos en dos momentos fundamentales. El primero, lo más cercano posible a la experiencia, atiende la urgencia de fijar con fidelidad lo vivido en la revelación. El segundo surge del sentimiento de insatisfacción que sobrecoge a los místicos al comprobar que lo escrito no expresa lo revelado. Parece que en un camino intermedio entre lo revelado y lo buscado, siempre desde el impulso de la necesidad interior como fuerza transgresora de la forma, la experiencia radical encuentra la posibilidad de adherirse a soportes expresivos sancionados en el horizonte cronológico en el que se ha producido. No así, por ejemplo, las canciones de Juan de la Cruz, que van a alojar su contenido místico en la lira, esa forma lírica que hasta el siglo XVI español simpatizó más con temas de expresión profana. No así, como nos hace ver *Visión en rojo,* las visiones de Juliana de Norwich.

Para entrar en el universo visionario de Juliana por la vía que propone *Visión en rojo* es necesario aceptar una premisa que termina por afirmarse una vez concluida la lectura del libro: la aceptación del tiempo rizomático, instalado previamente en el pensamiento de Victoria Cirlot como función cronológica operativa. La previa confrontación de Hildegard von Bingen con Max Ernst «logró diluir la alteridad de la mística visionaria y al mismo tiempo dotar de significado las visiones de Ernst».[4] En una nueva espiral del rizoma, *Visión en rojo* abre el diálogo con la abstracción y el informalismo debido a que las imágenes visionarias de Juliana no pertenecen a su mundo, sino que inverosímilmente se resuelven según estilos del siglo XX. Es en este siglo que los anteriores fuegos del artificio, llamaradas visionarias de abstracción e informalismo, devienen efectivos modos de comprensión. Las imágenes explosivas de la visión de la sangre y de la carne responden a la tradición de la especulación apofática estudiada por Alois Haas. Las estéticas en las que se resuelven estas imágenes explosivas sedimentan en la negación adoptada, debido al carácter excesivo del ser de Dios.

2 Victoria Cirlot, *Visión en rojo*, Siruela, Madrid, 2019, pp. 30-31.

3 Victoria Cirlot, *Hildegard von Bingen y la tradición visionaria de Occidente*, Herder, Barcelona, 2005, p. 24.

4 *Visión en rojo*, *op. cit*, p. 16.

La experiencia mística en su fase exegética se desgrana en los componentes sensoriales que han sido vividos como única experiencia sensitiva por los místicos. El capítulo «Visión y creación en la Edad Media y el Surrealismo» incluido en el libro *La visión abierta*[5] penetra en el estudio de los sentidos espirituales como umbrales de la experiencia visionaria. La distinción entre sentidos corporales y sentidos espirituales se remonta a Orígenes y en el citado estudio desemboca en los testimonios de procesos creativos surrealistas, pasando por la experiencia visionaria en la Edad Media. Mediante la confrontación de ambos mundos, el medioevo y el siglo vigésimo, se comprende que «el vuelo mágico del artista se presenta como una experiencia visionaria donde la percepción sensitiva no desempeña papel alguno»;[6] de ahí que la interioridad surja como único modelo posible para la pintura surrealista. En *Visión en azul*, Alois Haas concluye que en el poema «Azul que canta» de Hans Arp, «el azul es para Arp el vehículo cromático sinestésico de una trascendencia hacia lo lumínico, en que se unen el cielo y la tierra»,[7] pues a pesar de que en el poema

> la experiencia de la luz sea descrita como un proceso visual, no hay ninguna duda de que, desde el principio, el proceso visual contiene experiencias olfativas, auditivas y táctiles. Se trata de una «luz aromática»; es una «luz sonora» y el Yo «descansa, /acunado en la luz».[8]

5 Victoria Cirlot, *La visión abierta. Del mito del Grial al surrealismo*, Siruela, Madrid, 2010.
6 *Ibid.*, p. 15.
7 Alois M. Haas, *Visión en azul. Estudios de mística europea*, trad. de V. Cirlot y A. Vega, Siruela, Madrid, 1999, p. 43.
8 *Ibid.*, p. 39.

La experiencia mística visionaria se produce de forma análoga en Juliana de Norwich. Como lo apunta *Visión en rojo*, los sentidos espirituales «tienden a unirse para producir experiencias sinestésicas. Juliana habla normalmente de la visión (*sight*), aunque considera que su experiencia deriva también del tacto (*touching)* y del sentimiento (*feeling*)».[9]

En las declaraciones a las canciones décimotercera y décimocuarta del «Cántico espiritual», liras en las que la esposa enumera una serie de metáforas explosivas que califican al Amado

> Mi Amado las montañas,
> los valles solitarios nemorosos,
> las ínsulas extrañas,
> los ríos sonorosos,
> el silbo de los aires amorosos;

Juan de la Cruz se adentra en la sinestesia del verso que encabalga la lira siguiente para continuar con la enumeración de metáforas; del silbo de los aires amorosos dice:

> Y para que mejor se entienda lo dicho, es de notar que así como en el aire se sienten dos cosas, que son toque y silbo o sonido, así en esta comunicación del Esposo se sienten otras dos cosas, que son sentimiento de deleite e inteligencia. Y así como el toque del aire se gusta con el sentido del tacto y el silbo del mismo aire con el oído, así también el toque de las virtudes del Amado se siente y goza en el tacto de esta alma, que es en la sustancia de ella; y la inteligencia de las tales virtudes de Dios se siente en el oído del alma, que es en el entendimiento.[10]

9 *Visión en rojo*, *op. cit*, p. 49.
10 Juan de la Cruz, *Obras de San Juan de la Cruz*, ed. de Silverio de Santa Teresa, Monte Carmelo, Burgos,

Explicando a san Pablo, el mistagogo carmelita da preeminencia al oído por sobre los demás sentidos espirituales: «la revelación de secretos de Dios, los cuales son revelaciones o visiones puramente espirituales, que solamente se dan al alma sin servicio ni ayuda de los sentidos y así es muy alto y cierto esto que se dice comunicar Dios por el oído».[11] Es tal la vía apofática sanjuanina de la noche oscura del sentido en su descenso hacia la noche oscura del espíritu; en su radicalidad ya ni los sentidos espirituales pueden dar noticia del Amado.

A razón de esta bipartición sanjuanina, se hace pertinente volver a la cuestión de la relación entre sentidos físicos y sentidos espirituales. Ricardo de San Víctor explica esta relación en términos de una dependencia similar a la dialéctica ascendente platónica; para él «la razón se alza hasta el conocimiento de las realidades invisibles, gracias a la apariencia de las cosas visibles, cada vez que logra extraer de éstas alguna similitud con respecto de aquéllas». Visto de esta forma, el problema es el de la participación de las cosas visibles en el *mundus imaginalis* donde ocurre la experiencia visionaria. Problema que se desprende de las visiones de Juliana de Norwich, en el que también se adentra *Visión en rojo*. Ante la imposibilidad de atestiguar la pasión de Cristo, Juliana «entiende la pintura como el medio idóneo para poder vivir el sentimiento compasivo»[12] de modo que «no es posible desligar lo visual de lo visionario y la relación apunta a una dirección doble: si lo visual podía conducir a lo visionario, lo visionario podía conducir a la obra de arte».[13] En una de las múltiples y ricas comparaciones con otras místicas y místicos que en *Visión en rojo* acompañan a la comprensión de las visiones de Juliana de Norwich, se destaca lo decisivo que resulta para Ángela de Foligno acceder a las pinturas de crucifixiones: «su vivencia de la pintura como espectadora era tan intensa que podía llegar a estados de febrilidad».[14] En la visión de Juliana, «aunque el ojo interior nos traslade a otra realidad, el objeto visual que ha desencadenado la visión continúa siendo un punto de apoyo».[15]

El tránsito de lo visual a lo visionario inevitablemente conduce a preguntarse por la participación del arte en la experiencia mística. Por sor María de la Concepción, carmelita contemporánea de Juan de la Cruz, ha llegado a nosotros la noticia de un acontecimiento en la vida del místico análogo a las fibrilaciones padecidas por Ángela de Foligno: «fray Juan de la Cruz mostraba andar muy embebido en amor de Dios; y una vez entrado, entre otras que entraron, en este convento, llegando a donde estaba la imagen de Cristo Nuestro Señor que estaba como un racimo en el lugar, pareció haberle el Señor pasado el alma con su amo; porque se encendió tanto su rostro y acciones que parecía que se iba a arrobar según el júbilo y acciones que en su rostro mostró; porque el siervo de Dios se debía de hacer fuerza a resistir el ímpetu. Y en esa ocasión hizo una canción significativa de su sentimiento».[16] En el cuadro aquí descrito, Cristo es simbolizado

1930, vol. III, *Cántico Espiritual*, p. 70.

11 *Idem.*

12 *Visión en rojo, op. cit,* p. 33.

13 *Ibid., p. 38.*

14 *Idem.*

15 *Ibid.*, p. 46.

16 María de la Concepción, «Informaciones», *Obras de San Juan de la Cruz*, Monte Carmelo, Burgos, 1931, vol. V, pp. 256-262.

metonímicamente *pars pro toto* y la estética del racimo sanguíneo que ha devenido sustancia sólida es similar a la del crucifijo de Silesia con el cual Peter Dinzelbacher propone relacionar el estilo de las visiones de Juliana.

¿Qué tipo de experiencia ha tenido Juan de la Cruz frente al cuadro? El testimonio es que el místico, con el rostro encendido, compone una canción bajo los efectos de la contemplación del cuadro. Esta experiencia que lo ha arrastrado a la creación ¿es una experiencia mística como la que ha vivido en el monasterio interior del cautiverio toledano? ¿Es una experiencia visionaria sinestésica? ¿Es una experiencia estética? Hans Robert Jauss deduce la teoría de la experiencia estética de las *Confesiones* de Agustín de Hipona. El factor fundamental que diferencia la experiencia estética de la experiencia religiosa es la devoción; dice Jauss:

> El placer acústico que producen los cantos religiosos puede dirigir el espíritu hacia una profunda emoción del alma, la devoción, y los placeres de la vista, resaltar la belleza de la creación divina. Pero esta lícita *fruitio* corre el riesgo de transformarse en un simple placer de los sentidos y de entregarse a la atracción estética de la experiencia sensorial, intensificada por medio del arte.[17]

Devoción. Ésta es la frontera que transfiere la experiencia estética a la experiencia religiosa. Aunque en la teoría estén bien tipificadas, en el reconocimiento de casos concretos no es tan fácil deslindar una experiencia de la otra. ¿Dónde situar, por ejemplo, las «Canciones en que Dios descubre el camino para que las almas vayan a Él por la escala secreta de la oración», de la carmelita Isabel de Jesús, poema en el que no sólo se asume la composición en lira y el *modus loquendi* de la paradoja apofática sanjuanina, sino también parece dibujarse la propia vivencia, como se verifica en sus dos primeras liras?:

> ¡Oh dulce noche obscura,
> que no pones tiniebla tenebrosa,
> mas antes tu espesura,
> cuan ciega, es deleitosa
> y cuanto más obscura, más vistosa!
>
> ¡Dichosas negaciones!
> ¡Dichosa obscuridad, dulce sosiego,
> secretas invenciones!
> ¡Dichoso el que está ciego
> en tanta claridad, dichoso entriego!

No se puede decir sin más que se trata sólo de una experiencia estética producida por la recepción de las canciones sanjuaninas. Hay una penetración en la doctrina, una expresión fervorosa, una vivencia que sólo puede calificarse de devocional. Para Terence O'Reilly tanto las canciones como las declaraciones sanjuaninas son producto de la *lectio divina* y ambas, canciones y declaraciones, fueron pensadas por el místico como base de divina lección para otros. Armando López Castro y posteriormente Rafael Boeta explican el cifrado de la *lectio divina* en una estrofa desde la que se debería leer, en opinión de López Castro, el *Cántico* entero, y para Boeta, toda la poesía de Juan de la Cruz:

17 H. R. Jauss, *Experiencia estética y hermenéutica literaria*, trad. de Jaime Siles y Ela Ma. Fernández-Palacios, Taurus, Madrid, 1992, pp. 61-62.

¡Oh cristalina fuente,
si en esos tus semblantes plateados,
formases de repente
los ojos deseados
que tengo en mis entrañas dibujados!

Cuando la amada se ve reflejada en la fuente ve sus propios ojos, y en ellos ve los otros ojos que tiene en las entrañas dibujados, que son las de su amado. Su amado está en ella y sólo en ella debe buscarlo. El espejo de la fuente arrastra a la amada a la experiencia abisal, a las sombras de la noche oscura; el único lugar donde encontrará a su amado es dentro de sí misma. La estrofa, en su configuración y tematización de *lectio divina* cumple la misma función que la *imago pietatis* de la profusión roja de la sangre en la visión de Juliana en la que se da «el paso del crucifijo (la escultura real y material) a una *imago pietatis* de clara función contemplativa.[18] Ambas, lira y visión, cifran en sus códigos lírico y plástico de estilo abstracto la vía de la interioridad.

Finalmente, después de estos apuntes sobre el misterio de un epifenómeno místico como la sinestesia, y la relación de lo visual y lo visionario como factores determinantes en la experiencia mística y la experiencia estética, quisiera acompañar de otras dos posibles respuestas ése que Victoria Cirlot llama «enigma auténtico» sobre por qué conocemos la escritura de Juliana: «¿Cómo y por qué llegó a la escritura?».[19] Después de considerar varias hipótesis, la autora se inclina por la que conjetura la escritura como *probatio,* «el texto escrito para los que tenían que aceptar la transformación de Juliana en reclusa».[20] En *La mirada interior*,[21] junto con Blanca Garí había dado una respuesta también contextual a esta pregunta. Juliana de Norwich y otras místicas escribieron porque los hombres lo permitieron. Creo, sin embargo, que esta pregunta admite otra respuesta que también se encuentra entre las reflexiones de Victoria Cirlot y que no atiende necesidades meramente contextuales. La escritura es respuesta a una necesidad profunda, una necesidad interior en donde la palabra cobra la dimensión de instrumento de restauración, como dijera Raquel Asún. La escritura surge del dolor ante la pérdida. Esta concepción nietzscheana que le interesa a Cirlot en la configuración que le da Aby Warburg, encontrará en un poema del siglo XX y en la misma lengua que escribiera Juliana una solución técnica del dolor ante la pérdida en escritura. Me refiero al poema «One Art», de Elizabeth Bishop, que dice en su primer terceto:

The art of losing isn't hard to master;
so many things seem filled with he intent
to be lost that their loss is no disaster.

Y termina:

—Even losing you (the joking voice, a [gesture
I love) I shan't have lied. It's evident
the art of losing's not too hard to master
though it may look like (Write it!) like [disaster ●

18 *Visión en rojo, op. cit.*, p. 54.
19 *Ibid.,* p. 30.
20 *Idem.*
21 Victoria Cirlot y Blanca Garí, *La mirada interior*. *Escritoras místicas y visionarias en la Edad Media*, Martínez Roca, Barcelona, 1999.

Martha Pacheco: entre el realismo y la marginalidad

● Baudelio Lara

En su larga trayectoria, Martha Pacheco ha transitado entre el realismo como propuesta formal y la marginalidad como rasgo principal de expresión de su estética.

Desde temprano, en sus años de formación en la Escuela de Artes Plásticas de la Universidad de Guadalajara y, sobre todo, en su etapa de experimentación en el Taller de Investigación Visual (TIV), asumió la idea, a partir de un compromiso ideológico afiliado a la izquierda, de que el arte tenía como función social la de representar la realidad en un afán por transformarla, y que la realidad se mostraba mejor del lado de los oprimidos.

Se trata de una época, los años ochenta, en que las manifestaciones tradicionales ligadas a los estertores de la Escuela Mexicana de Pintura y el muralismo, así como diversas tendencias del arte abstracto, provenientes sobre todo de artistas formados en la Arquitectura, se disputaban un sitio protagónico en la escena artística de Guadalajara.

En este contexto, la apuesta de Martha Pacheco por el realismo y la figuración fue una síntesis que abrevó, por una parte, de sus aprendizajes en este colectivo, sobre todo a través de la figura tutelar de Javier Campos Cabello, y por la otra, de manera profunda y a veces dolorosa, de sus experiencias familiares y personales. El fruto fue una visión crítica interesada en mostrar los conflictos de la vida individual en un contexto social, la representación de un drama humano en el que los seres marginados ocupan un lugar preferente.

Alejada del lenguaje panfletario, este compromiso fue asumido, más que por convicción ideológica, por un simple acto de empatía. A la artista le interesa menos exponer las contradicciones sociales que expresar el sufrimiento de las personas, aunque éste hunda sus raíces en aquéllas.

A Martha Pacheco le duelen sus personajes y, sin duda, trata de trasmitir ese dolor a los espectadores. Sin embargo, los personajes no se conduelen de sí mismos; despojados de autocompasión, están representados con la naturalidad de quienes ven transcurrir la vida al día, como viene y va, y que asumen esta ineludible condición con dignidad. Ello no quiere decir que la acepten o se conformen: la perspectiva realista no es un juicio moral sino una evidencia; consiste en mostrar simplemente la circunstancia en que viven, aunque muchas veces sepamos que están impedidos para trascenderla.

La naturalidad de los personajes es captada empáticamente a través del dolor, que la artista siente como propio; su mirada minuciosa se contiene al exhibir esa realidad padecida por los sujetos, al margen de cualquier lectura políticamente correcta.

A través de temas como la locura, la muerte y la pobreza, Martha Pacheco muestra la separación, la marginación y la invisibilidad que envuelven a sus personajes, una propuesta que reivindica

la materialidad de presencias que parecen fantasmales, porque han sido condenadas a un no-lugar, a una no-existencia. Es la marginalidad como metáfora de un escotoma social, que nos impide la percepción de los rostros y cuerpos que deambulan delante de nuestros ojos en espacios como el hospital psiquiátrico, la morgue o la calle.

En una operación dialógica, sus personajes son a la vez tema y rasgo distintivo de las estaciones que conforman su evolución artística. Dicha evolución, por otra parte, es derivativa, se desarrolla de modo prácticamente monotemático. De manera abreviada, podríamos afirmar que su cuerpo de obra ha transitado por cuatro etapas.

Los logros de la primera, producto directo de su estadía en el TIV, fueron la adquisición de una visión propia que pronto se vio decantada en un estilo. Asimismo, se tradujo en la elección de un sujeto plástico concreto, así como en la adopción del dibujo en blanco y negro como medio expresivo predilecto, afán que compartió con la prematuramente desaparecida Irma Naranjo. Entre el óleo y el grafito, Martha se inclina por este último. Su técnica, frecuentemente apoyada en la fotografía más que en el modelo natural, es cruda, prolija y delicada al mismo tiempo; no desdeña la representación pictórica, pero parece desplegarse mejor en el dibujo para exponer matices, volúmenes y detalles que quizá no podrían trasladarse del mismo modo en la pintura en color.

Dentro del TIV, la elección de la marginalidad como sujeto plástico tuvo que trascender la potente influencia de Francis Bacon, punto de referencia de la mayoría de los miembros. Dentro de ese reto, Pacheco debió tomar distancia de los personajes inmersos en atmósferas fantásticas o metafísicas que frecuentó Javier Campos Cabello, el líder del grupo, y orientarse más a una iconografía concreta y cotidiana, más cercana a la de su compañero Salvador Rodríguez. Como influencia externa, en cuanto a la constitución artística del sujeto, también tiene que reconocerse la influencia de otro artista, Antonio Ramírez, con quien los miembros compartieron intereses creativos, ideológicos y solidarios, aunque éste lo hizo desde una vertiente expresionista identificada sin ambages con la visión orozquiana.

A partir de ahí, la siguiente estación a la que arriba Martha Pacheco con pleno dominio de sus poderes técnicos es el proyecto *Los exiliados del imperio de la razón*, en el que logra plasmar los rostros de la locura, la confusión, el abandono, la tribulación y las preguntas contenidas en las miradas ausentes de personas confinadas en centros psiquiátricos.

No sería difícil documentar, en la atmósfera creativa de la Guadalajara de los años ochenta y noventa, una cierta predilección de diversos artistas por el tema de la locura, inclinación muy cercana a una postura ante la vida rebelde o romántica, que abreva, en el caso de la literatura y de las fuentes de inspiración pictórica, de la *sui generis* interpretación local de la actitud de los poetas malditos de Verlaine y de autores afines. En el caso de Pacheco, no es aventurado afirmar que su mérito mayor en esta vertiente de su obra es haber condensado en esta serie el tema de la otredad, los estados alterados y la locura, convirtiéndolos en imágenes elementales contundentes por su carácter directo e inmediato.

Posteriormente, acomete el tema de la muerte violenta y anónima de personas no reclamadas en el Servicio Médico Forense, por medio de fotografías *in situ* o de imágenes extraídas de revistas escandalosas de nota roja. Anticipo profético de la sombría realidad actual, y de la violencia soslayada y aceptada entonces y ahora, el proyecto puede aglutinarse alrededor de la exposición *Acallados*, con la curaduría de Carlos Ashida, serie que, con derivaciones, extensiones y retrospectivas, ha permanecido más tiempo como punto de interés de su cuerpo de obra.

Ahora, en *Ecos de la Calle*, ensaya sobre un nuevo grupo social, los trabajadores urbanos que, apostados en las esquinas y los cruceros, ganan su sustento a cambio de limpiar parabrisas, vender baratijas o ejecutar actos malabares o cómicos, apostados como parte del paisaje entre los autos, moviéndose al ritmo de los rigurosos y ciegos lapsos marcados por las luces del semáforo.

Como en las etapas anteriores, Marta Pacheco transita del documento fotográfico a la interpretación empática para retratar a sus personajes en la contingente fortaleza de su vulnerabilidad. Su carácter documental, asentado en la fotografía como fuente y en su persistente elección temática, sostiene, por una parte, su destreza técnica, más apreciable en el pequeño formato, y por la otra, de manera importante, el peculiar abordaje de su objeto/sujeto plástico, reiterativo y constante. Ya en 2013 Teresa del Conde llamaba la atención sobre esta relación entre ejecución y actitud estética en la obra de Pacheco: «La fotografía está en la base, y aunque lo exhibido no se calificaría de realismo fotográfico, las varias transposiciones a que está sometido acallan de alguna manera la conmoción de lo que uno imagina que pudiera haber conllevado su ejecución. Los cadáveres son objetos y los enajenados son personajes. No podría ser de otra manera, pensándolo bien».

La renovación del tema, en esta última estación, invita, finalmente, a una relectura y una recontextualización: ¿qué significan estas imágenes en el impune escenario actual sembrado de miles de muertos y desaparecidos? ¿Hay algo más visible en la sociedad mexicana que la muerte y la desigualdad? ¿Existe alguien que pase más inadvertido en México que una persona pobre o indigente deambulando por la calle?

Ya sea que se trate de locos, muertos o excluidos, el origen de la invisibilidad es uno solo: la gente, nosotros, nos negamos a verlos, por ocultamiento o por comodidad. Vemos lo que los rodea, vemos todo, cualquier cosa, menos a las personas.

«Es gente», ha dicho Martha Pacheco, «que está desaparecida en cierta forma». Son seres de la calle, puestos ahora, por arte de la línea y el trazo, en una sala de exhibición a la que quizá nunca accederán, confinados en el retrato de su marginalidad, excluidos, despojados, desnudos de pretensiones. Están ahí, inmóviles, y parecen observarnos desde su más pura humanidad ●

Cámara en mano, en la India

● Julieta Marón

Namasté. *Esa tierra es otro mundo, me capturó su hechizo, su rictus que nunca se interrumpe. Fui de Delhi a Jaipur, de Agra al Ganges, entre el polvo y el manto, entre el caos y la devoción. Las imágenes se quitaron el velo, se revelaron. Fue imposible la indiferencia, todo cobró vida en el implacable contraste. Ritos, atavíos, saris en la ciudad rosa. Shiva se engalana para seguir la ruta de los rostros sin nombre. Atuendos y sonrisas, riquezas en la pobreza. Representaciones de la divinidad, la vida, las vidas. Namasté.*

Desde que yo era adolescente soñaba con viajar a la India algún día. Pero no fue sino hasta que ya fui adulta que logré cumplir ese sueño. Cámara en mano, como siempre. Sin saber del todo lo que iba a encontrarme allá.

En la India, las imágenes se revelaron ante mí por sí solas, al extremo de no dejarme otra opción que capturar con mi cámara muchas de ellas.

Existe tanta miseria en el país que hay quienes solicitan pago por permitirse fotografiar. Sin embargo, en mi caso, como por arte de magia, en ningún momento hubo objeción alguna de las mujeres y los hombres a quienes fotografié. Creo, aunque no estoy segura, que ayudaba el hecho de no traer una cámara aparatosa, apantallante, sino más bien una cámara discreta, pero que tiene una lente de *zoom* con muy buen alcance. Y sí, hubo una especie de complicidad entre las personas que fotografié y yo, sin decirnos nada, pero hablando con la mirada. Una invisible vibración empática. No se cohibían, era como si nos conociéramos de siempre.

Fue una fuerte y triste impresión la que me produjo de entrada la India, por la extrema pobreza, pero a la vez yo noté una felicidad oculta, ya que, pese a todo, las personas no parecían sufrir. Viven la vida al día, con elegancia y sobriedad.

Dicen que odias o amas a la India. Yo volvería muchas veces más ●

(In)tensa calma

● Gamaliel Ruiz

El joven compositor Kitano Hernández sorprende con su primer álbum de *jazz*. Sus creaciones, interpretadas por él mismo al piano y con la radiante colaboración de otros músicos en la trompeta, el saxofón, la guitarra, el trombón, el contrabajo, el bajo y la batería, conceden al oyente un sincero placer auditivo y, como el título del álbum lo indica, una sensación de intensa calma, bordada en la mayoría de los temas con maestría y plausible imaginación.

El disco compacto inicia con la trompeta que anuncia los primeros acordes de la célebre «Guadalajara», de Pepe Guízar, para luego dar paso al piano en una interesante deconstrucción sonora en el tema «Nueva Galicia». La belleza tímbrica del piano en su esencia protagonista anticipa ya el atractivo resultado global del álbum, orientado precisamente hacia un discurso original de apreciable lirismo.

En el segundo tema, titulado «En el parque», emerge la complicidad entre el piano y los instrumentos de aliento en un paseo placentero y divertido, entre lejanos efectos citadinos que enmarcan los verdes trazos de la calma y el abandono, esbozados por los saxofones en diversos

trazos y dibujos; el piano nuevamente deambula libre y sereno, meditabundo y sonriente.

En «The Memory of Dust», la trompeta explora con sencillez un paisaje de luces y calles extraviadas en la madrugada. Sus originales suspiros dan libre paso a la guitarra en la diáfana búsqueda de recuerdos y emociones que vibran tras ventanas de bares y efímeras figuras femeninas. «Walkabout» invita a la batería, los saxofones, la trompeta y el bajo a un homogéneo discurso musical de impecable manufactura, caracterizada por una vigorosa juventud en que el *jazz* se presenta eterno. «(In)tensa calma» es una canción irredenta y conjugada con excelso diálogo instrumental, con destellos de virtuosismo y apacible espíritu camerístico. Inflexiones nostálgicas nos guían por doce minutos que quisiéramos que no concluyeran.

«C'est la vie» es una breve fiesta al amanecer con sus luminosos brillos azules, sin prisa ni culpabilidad, como si la noche no muriera jamás. Y, así, el piano brinda con la batería, con el saxofón, conversando acerca de antiguas aventuras, pasados errores y emotivos despertares. Aquí la sensación festiva no concluye, se mantiene álgida, radiante y feliz.

El penúltimo tema, titulado «Sábado nublado», posee cierta introspección que se metamorfosea en romántica poesía. La imaginación del compositor es de elevado lirismo, con una poesía sincera y delineada exquisitamente por la guitarra y el bajo. Al final, «Entropía» cierra con una demostración de disciplina en la que los instrumentos involucrados dialogan con autonomía y sensibilidad, con equilibrio y afinidad tímbrica.

Este álbum está dedicado a la mamá de Kitano Hernández, un obsequio distinguido y de sublime esencia. Extraordinaria colaboración artística en el actual panorama jazzístico mexicano, gracias al elevado talento de Kitano y sus espléndidos cómplices: Brandon Flores, José Luis Alemán, Emmanuel Valadez e Isaías Flores (trompeta), Sara Ventura (saxofón alto), Guillermo Valadez y Daniel Benítez (saxofón tenor), Fernando González y Daniel López (guitarra), Joaquín García Fregoso (bajo), Jorge Huerta y Armando Curiel (batería), Luis Fernando Hernández (trombón) y Carlos Vilches (contrabajo) ●

Enrique Servín (1958-2019)

● Françoise Roy

En una época como la nuestra, obsesionada con la acumulación de la materia y su peligrosa manipulación, amar a la poesía o intentar practicarla resulta un evidente ejercicio de la libertad y la disidencia. Ejercicio que sin embargo se funda necesariamente en un reiterado amor a la tradición y la historia del lenguaje.

Enrique Servín

«¿Se puede inventar verbos? Quiero decirte uno: Yo te cielo, así mis alas se

extienden enormes para amarte sin medida», escribió Frida Kahlo. Yo quisiera inventar el adjetivo *servinesco* (y, de ahí, el verbo *servinear*) para recordar a mi entrañable amigo, el narrador, ensayista, poeta, antropólogo, lingüista y traductor Enrique Servín.

Servín, quien fuera maestro en Antropología Social y desde 2016 fungía como jefe del Departamento de Culturas Étnicas y Diversidad y coordinador del Programa Institucional de Atención a las Lenguas y Literaturas Indígenas (PIALLI) de la Secretaría de Cultura de Chihuahua, se dedicó a estudiar, rescatar, revitalizar y difundir las lenguas indígenas de este país, entre las que se encuentra el rarámuri, que él dominaba. Su obra fue galardonada con premios y reconocimientos a escala nacional e internacional. Sin embargo, ninguno de esos logros impidió que fuera brutalmente asesinado dentro de su domicilio en Chihuahua, el pasado 9 de octubre.

Nada menos *servinesco* que su propia muerte. De estar incluidos en un diccionario, esos neologismos de mi cosecha —*servinesco* y *servinear*— describirían una avidez tal en cuanto al saber universal, que uno acaba hablando una veintena de idiomas y puede memorizar en parte la obra de escritores que vivieron bajo la dinastía Tang. ¡Quién como Enrique para transmitir destellos de erudición de la manera más amena posible, y por si fuera poco, con un entusiasmo y una modestia fenomenales! Basta decir que el mismísimo Sergio Pitol describió la biblioteca de Enrique Servín como la más maravillosa que había visitado jamás. Enrique era aquel que encabezó un evento bautizado Tormenta de Poesía, en el que sobrevoló la ciudad de Chihuahua para arrojar miles de poemas, impresos en papelitos de color, que abordaban el tema de la paz, como protesta contra los bombardeos estadounidenses a Irak llamados Tormenta del Desierto, en 1991.

Fui bendecida —y, más aún, honrada— por un encuentro fortuito con Enrique Servín en 2007. Tuvo lugar en el Centro de Traducción Literaria del Centro de Banff para las Artes, un conjunto artístico anidado en las majestuosas montañas de Alberta, provincia occidental de mi país de origen. Éramos ambos becarios del BILT, convocados ahí para desarrollar, cada uno, un proyecto individual de traducción, él como asesor del maya peninsular. Supe, desde que lo oí *servinear* por primera vez, que tenía ante mí a un ser fuera de serie. Intuí, por la calidez de su trato y sus extraordinarios dones de conversador, que había nacido para mí una amistad irrompible que sólo la guadaña de la muerte pudo cercenar. Amistad, ese concepto tan radiante acerca del cual Enrique escribió estos versos: «Cuando hablan los amigos / las horas callan / no viene el tiempo / la noche crece infinita».

La primera cosa que me contó para entrar en calor fue el mito fundacional del pueblo tarahumara, en el que se estipula que al principio de la Creación, la Luna era tan pobre que ella y el Sol se espulgaban mutuamente. Enrique evocaba, maravillado, la magia de los mitos; la mitología fue una de sus numerosas pasiones, como lo sabemos quienes convivimos con él. También le tenía una devoción casi mística a la belleza del lenguaje y a sus numerosos prismas.

Gozaba de una memoria prodigiosa, y al respecto puedo citar dos anécdotas que hablan por sí mismas. La primera sucede en un paseo en el campo de Chihuahua, cuando se puso a recitar de memoria —en

francés, por supuesto, *noblesse oblige*— las primeras páginas de *Las iluminaciones*, según él para honrar la hermosura silvestre de esa naturaleza semiárida donde asomaban a lo lejos los cerros. Esto era posible porque Enrique era en sí el conjunto de tomos de la *Enciclopedia Británica* dotado de dos piernas humanas para sostener el todo, aunado a un mecanismo invisible que hiciera que lo escrito en una página encontrara resonancia en otra.

La segunda anécdota que da fe de su memoria de elefante y su vastísima cultura libresca es una vivencia que tuvimos en la ciudad de Suiyang, provincia de Guizhou, en el oeste de China. Nos habían invitado, en el marco de un festival literario, a la inauguración del Museo de la Poesía de la localidad. Recién cortado el listón y acabados los actos protocolarios, Enrique se precipitó al interior del recinto (que haría sonrojarse de vergüenza a muchos museos del mundo) como si ahí se encontrara el hilo negro de los secretos siderales, la caja negra del mismísimo Dios. Durante el recorrido, él y yo coincidimos en una pieza donde estaban exhibidos poemas y notas biográficas de autores que pertenecen al acervo poético de esta gran civilización oriental. Ahí, Enrique encontró, entre los poetas reseñados, a una mujer que había escrito hace siglos, y cuyo nombre, dotada yo de una memoria nada *servinesca*, que ronda más bien la del común de los mortales, desgraciadamente no recuerdo. Enrique no sólo había leído a aquella autora, sino que podía recitar de memoria algunos versos de su obra. Dándose cuenta de que la prosodia muy peculiar del mandarín se me figuraba un trabalenguas, añadió —con esa picardía tan suya— que, claro, con esos nombres impronunciables, los Han no tienen otro remedio que recurrir a la magia para nombrar a sus recién nacidos: arrojan una lata de cerveza vacía por encima del hombro y, según el ruido que produce al rebotar, le dan al bebé su nombre de pila (sin pila, obviamente), personalizado, cuyo sonido asemeje la sonoridad del objeto chocando contra el piso. Lo dijo con tal seriedad que nunca supe si estaba *servineando* o quería propiciar unas carcajadas.

Otra anécdota atestigua que Enrique «poéticamente habitó sobre esta Tierra», como lo consignaba inigualable Hölderlin. Leí acerca de ello en un *post* de su amigo Roberto Castillo Udiarte. Cuenta él que le mandó a Enrique una pieza musical del compositor alemán Holger Czukay, una melodía en la que se oyen voces de mujeres vietnamitas con un fondo electrónico minimalista. Enrique le confesó haber usado aquella grabación como música de fondo para admirar, con sumo deleite (me lo imagino con goce totalmente *servinesco*) las imágenes fotográficas de Saturno mandadas por la sonda espacial *Cassini-Huygins*. Porque no había tema ajeno a su curiosidad insaciable. Y tampoco había partes de la vida —con sus horrores y sus bemoles— que no lo maravillaran, como lo comprueba su asombro ante el paisaje saturnino.

Cuando pienso en la tragedia de esa vida truncada, rememoro una cita de la extraordinaria novela *La edad de hierro*, de J. M. Coetzee, donde la protagonista —una mujer desahuciada, en la fase terminal de su enfermedad— escribe esto: «Sin embargo, esta primera vida, esta vida en la tierra, en el cuerpo de la tierra, ¿habrá, o será posible que haya, alguna vez, una mejor que ésta? A pesar de todas las penumbras, los momentos de

desesperación, la cólera, no he soltado mi amor hacia ella».

La desaparición de Enrique Servín deja un hueco inconmensurable en el ámbito cultural y literario de ese México desfigurado por la violencia que por desgracia nos toca vivir. Un país en cuyos noticieros el descubrimiento de fosas comunes donde mal reposan decenas de cuerpos, a veces desmembrados, es pan de todos los días. Muchos se atreven a banalizar, e incluso a negar, la gravedad de la situación. ¿Será que poca mella les hace esa recurrencia casi diaria de atrocidades inenarrables? Parecen lejos los días en los que la población levantará la voz al unísono, en un clamor imposible de callar. Esa denuncia colectiva que tanto necesitamos está presente en toda la obra de Enrique. Su activismo por un mundo más humano donde haya menos balas y más poemas, menos asesinados en las morgues y más abrazos, menos puñales y más lectura, no debe quedar en una vil utopía; no podemos permitirlo.

No sé cuál fue la primera palabra que dijo Enrique cuando empezó a hablar, hace sesenta y dos años. Sin embargo, sospecho que fue algo como *poesía*. Tampoco sé cuál fue la última palabra que dijo antes de cerrar los ojos para siempre sobre este mundo que amaba intensa y profundamente pese a sus iniquidades y su crueldad, su racismo y clasismo, y cuyas barbaridades siempre tuvo el valor de denunciar. El argumento de negación que, espantada, oigo a cada rato («No estamos tan mal, en todos lados pasan cosas»), a estas alturas ya no tiene cabida. Me consuela imaginar que Enrique recitó uno de los poemas que gravitaban a su derredor como ángeles de la guarda, y que él, como buen políglota que era, lo recitó dulcemente, en varios idiomas, al cruzar el limen entre lo visible y lo invisible.

Descansa en paz, querido Enrique. Que la travesía te sea leve, y que el sueño te sea a color, como tú mismo lo escribiste en tu libro de aforismos. Te cedo la palabra, de la que eras tan diestro juglar.

Naturaleza muerta

Lo bueno de todo esto
es que ya sin ballenas
(podría decirse osos o delfines)
nada podrá impedir que en el recuerdo
inventemos de nuevo las ballenas.
Y más a nuestro gusto
una de canto más profundo. Y audible
desde las playas
(bello: peces saltando, y ballenas
sobre los Himalayas).

Porque conforme avanzan estas líneas
avanza el desierto
que es un lugar propicio para el recuerdo
el espejismo y la visión.
Porque en algún lugar, ahora mismo
caen los árboles
y las ramas resuenan, ahora mismo.
Caen los árboles
(mientras el *president* en turno
repite hasta dormido las palabras
democracia
libertad y progreso).

Lo bueno de todo esto
es que una vez sin selvas
nada podrá impedir que con los sueños
hagamos una selva más vasta
más profunda
mucho más alta ●

Primera lectura

Una migala sobre el tablero del poema

● Luis Armenta Malpica

Recién llegado de la Ciudad de México a Guadalajara, en 1974, debía levantarme muy temprano y caminar de la casa de mis padres a la entonces empedrada calle Colón para tomar uno de los camiones que me llevaban a la escuela secundaria donde cursé el tercer año. Antes de las seis, con una oscuridad apenas rota por los postes de luz, el eco de mis pasos se agrandaba, minuto tras minuto, mientras volteaba nervioso por si alguien me seguía. Siempre me dio la sensación de que, detrás de mí, una araña gigante, a veces tan pesada como un cangrejo cacerola, era mi sombra. Quince largos minutos hacía de la casa a la parada del camión, puntual en recoger lo que quedaba de mi seguridad y de mi hombría.

No recuerdo si entonces ya había leído el cuento «La migala», de Juan José Arreola, o coincidí con esa figuración aterradora para simbolizar el miedo, el abandono, la incertidumbre y aquellas emociones que erizaban mi piel desde la adolescencia. En el cambio de ruta, el acoso hacia el recién llegado a una ciudad distinta, sin amigos, a sesenta minutos de sentirse querido y arropado, me hizo escapar de los estudios de dibujo industrial que hicieron necesario el trayecto tan largo, para encontrar refugio dentro de mi cabeza. En la preparatoria pasó algo similar: aquella habitación de mi confianza también seguía vacía, excepto por la vaga sensación de que la araña todavía estaba allí.

Entre las mil y una capacidades que me separan de Juan José Arreola está, sin duda, su memoria. El maestro era capaz de recitar versos ajenos y líneas propias con una facilidad, más que asombrosa, memorable. En cambio, yo con trabajos recuerdo lo que comí días atrás. En los talleres en Guadalajara a los que tuve la oportunidad de asistir nos asombraba esa fruición histriónica, pero honesta, con la que el autor de *La feria* nos hacía partícipes del arte de la Literatura y, con mayor entusiasmo, del arte de la vida. Si el teatro, que practiqué unos años, en Voz Viva se lo dejamos a Arreola, el ajedrez, otra de sus pasiones, me recuerda a mi padre, quien me enseñó a jugar y se desesperaba porque no resulté un contrincante serio. Con mi hermano menor siempre encontró oponente. Para mí, el verdadero juego fue la literatura. La novela con la que me inicié en la Escuela de Escritores de la SOGEM de Guadalajara, *Gambito rehusado de la dama*, resultó finalista del Premio Planeta para Primera Novela (ya desaparecido) y me dio la posibilidad de ser jurado del premio cuando ganó *Un hilito de sangre*, de Eusebio Ruvalcaba. Un hilito de asombro quedó de aquel intento impublicable. La dama se rehusó a movimiento alguno con mi nombre y me volqué al contrario, el hombre, y al género contrario, la poesía, para rehacer los rumbos de mi sangre feraz.

El *Bestiario* de Arreola todavía me parece un magnífico libro que incluye poemas en prosa, al igual que su *Confabulario*. De este

último tomé la idea de que en mi primer poemario apareciera la figura de una migala para representar, de manera alegórica, a la mujer y al narrador. Esta manera de homenajear a una de mis figuras tutelares traía consigo su carga de veneno: en la obra de Arreola hay aspectos misóginos que yo debí romper y, sin embargo, sabemos de su pasión por las mujeres, comparable con sus otras pasiones conocidas, como el teatro o el juego de ajedrez. La mujer, en mis textos, no podría ser la víctima, ni de la sociedad ni siquiera del hombre. Ni podía hacerla a un lado, como la dama del juego de ajedrez de mi novela fallida. Entonces, al igual que la Beatriz arreoliana, la migala en *Voluntad de la luz* (1996) le mostraría el camino al hombre, al poeta, hacia una realidad inexplorada.

Pero la araña lo que impone es la ansiedad, la incertidumbre, el miedo. Elementos que corren y encontramos, de una manera orgánica, en la escritura propia. En *Voluntad de la luz* la mujer es la abuela y es la naturaleza: la figura primera de la obra literaria. En contraposición, el Ulises salmón de José Gorostiza: símbolo del poeta, del héroe, de quien regresa a casa luego de un largo viaje por los siglos de vida que lo llevan de la composición primaria (minerales y plantas) hasta la evolución espiritual.

Pasar de Darwin y Lamarck a Teilhard de Chardin hubiera sido más complejo sin la *Muerte sin fin* de Gorostiza y sin Arreola. En este mismo libro el pez es femenino y la malagua el macho. Esta otra oposición de los artículos y personajes me serviría para un sujeto ambiguo, anfibio, no binario (como dicen ahora) que es el creador de ese libro que intentó (lo intenta, muchos años más tarde) recrear su propia historia a falta de una memoria en serio. Lo que quiero incorporar a la hora en que refiero otros libros y temas musicales en mi propio trabajo son esos otros modos, olvidados por mí, o no reconocidos, no creados específicamente y que me representan. Así, los tantos referentes culturales y la memoria ajena alimentan, sin miedo, esta reconstrucción biográfica y ficticia, a la vez, de lo que soy como hombre y como poeta.

El cuento «La migala», aparecido por primera vez en libro entre los textos de *Confabulario* en 1952, reapareció ilustrado por Gabriel Pacheco y con prólogo de Christopher Domínguez Michael en La Caja de Cerillos Ediciones, en 2013. En su comentario, Domínguez Michael indica que «la migala arreoliana, aunque sea una araña, pertenece al mundo de las creaturas imaginarias, tan amadas por Arreola, autor de un *Bestiario* (1972) como su maestro Borges lo fue de un libro mutante a veces llamado *Manual de zoología fantástica*, a veces *Libro de los seres imaginarios*. [...] En "La migala", Arreola dialoga con Borges. Ambos, como nuestro padre Dante antes que ellos, aman a una Beatriz. Pero mientras que Borges la honra como custodia del Aleph (que cumple setenta años), Arreola, un romántico que aprendió a disfrazar su dolor con la varia invención, hace de la migala un símbolo del amor destruido entre él y su Beatriz». En palabras de Arreola: «La migala discurre libremente por la casa, pero mi capacidad de horror no disminuye», así inicia su cuento: «El día en que Beatriz y yo entramos en aquella barraca inmunda...», que nos recuerda el estupendo inicio de Alighieri en su *Comedia*: «A mitad del camino de la vida...». Entonces, junto a Arreola, abandonamos toda esperanza y entramos en su mundo, en otro mundo.

«La migala» es el miedo, y no en vano compareció en mi mente en algunos

versos de *Llámenme Ismael* (2014) para hablar de un tumor cerebral, clínicamente denominado aracnoide. Si bien el libro trata de Moby Dick, la conocida y enorme ballena blanca, en la arquitectura del libro funciona en múltiples espacios: un pabellón para enfermos psiquiátricos, la embarcación que remite a Herman Melville, el *Pequod*, un edificio en Nueva York del cual se tira un joven fotógrafo en su intento de suicidio, etcétera. Habitaciones todas en las cuales la incertidumbre corre por las venas, por los mares, por las nubes, siempre libre y con nosotros como espectadores atónitos del juego entre la vida y la muerte.

El blanco del cachalote y el cuadro del tablero de ajedrez se funden en la almohada que es capaz de ahogar a quien amamos con tal de no verlo sufrir, como en el filme de Milos Forman *Atrapado sin salida* (1975): embestimos un rostro para hundirlo en el sueño más profundo, *Mar adentro* (2004) de ese deseo de morir que se nos niega una vez pronunciada la palabra «eutanasia». En *Llámenme Ismael* hay varias muertes (por suicidio, asistida, natural, por accidente, por un evento criminal o por enfermedad), incluida la inyección de una droga o veneno. El momento oportuno, en la siempre inoportuna muerte, es la noche: esa casilla negra del tablero.

Entre las mil y una noches que encantaban a Borges, quien tanto admiró a Arreola, hay *Siete noches* que me resultan magníficas. Son siete maravillas de lucidez, conferencias que Borges ofreció en 1977 en el Teatro Coliseo de Buenos Aires, posteriormente publicadas como libro en 1980. En dichos capítulos («La *Divina Comedia*», «La pesadilla», «*Las mil y una noches*», «El budismo», «La poesía», «La cábala» y «La ceguera») quedan de manifiesto las obsesiones que perseguían al argentino y cuya impronta reflexiva es el cierre del segundo soneto que compone el poema «Ajedrez»:

> También el jugador es prisionero
> (la sentencia es de Omar) de otro tablero
> de negras noches y de blancos días.
>
> Dios mueve al jugador, y éste la pieza.
> ¿Qué Dios detrás de Dios la trama empieza
> de polvo y tiempo y sueño y agonía?

Arreola era un experto ajedrecista. En su Casa Museo permanecen la mesa y el tablero que le pertenecieron y nos muestran a un narrador distinto: más lúdico en sus libros que en su casa. El Arreola editor está presente y de seguro entrecierra los ojos cuando hablamos de Borges. Borges, en su poema, parece hablar de Arreola. Me lo parece a mí. ¿Qué Arreola tras de Borges me inspiró a escribir *Enola Gay*, distante de *Voluntad de la luz* por veinticinco libros, pero cuya capacidad de horrorizarme nunca desaparece? Puedo decir que ninguno, y mentiría. Lejos del juego y cerca de la estrategia de la guerra, el desamor sigue siendo la constante que nos hace escribir. Es el veneno. El Aleph es el mundo complejo que lo mismo requiere del blanco de la nieve que del negro del humo. La pureza y la pólvora, Beatriz y su revés.

Ensayar la historia de la bomba de Hiroshima desde una varia invención, del diario de Paul Tibbets y del nombre del bombardero B-29 Superfortress —*Enola Gay*, por la madre del primer oficial—, requirió muchos días negros, muchas noches en blanco y una mecha de enebros. Para seguir un método, contrario al Paraíso es el Infierno. En esas mil y una noches propias

del Purgatorio tuve que fabular, a partir de la *Comedia* de Dante, las *Divinas comedias* de James Merrill (Vaso Roto, 2013), de Paul Celan, Hart Crane, Antoine de Saint-Exupèry, un par de libros de Inger Christensen y material diverso de poetas polacos, sobre todo, lo que nos lleva de una casilla a otra, de barraca en barraca, a no dar en el blanco de la divinidad pero sí en la comedia del polvo y la agonía.

De nuevo tuve enfrente de mí a esa migala que iba de letra en letra en el teclado, de una palabra a otra, de una página en negro a la página en blanco. «Todas las noches tiemblo en espera de la picadura mortal. Muchas veces despierto con el cuerpo helado, tenso, inmóvil, porque el sueño ha creado para mí, con precisión, el paso cosquilleante de la araña sobre mi piel, su peso indefinible, su consistencia de entraña. Sin embargo, siempre amanece. Estoy vivo y mi alma inútilmente se apresta y se perfecciona». Tan aplicable al deseo como a la detonación de la bomba, las palabras de Arreola me hicieron suponer que, en efecto, ese desasosiego de la escritura, su paso por nuestra habitación, es toda una experiencia inenarrable.

Da igual si la premisa llegara con Godard y una mujer descansando a un lado de la alberca mientras un avión cruza el cielo y representa al Espíritu Santo que la deja preñada en *Yo te saludo, María*. O si se completara tal premisa con el nombre de una madre en un avión destructor. Otro ladrillo en la pared es cada verso que va del blanco al negro en la epopeya sin dios detrás de Dios que nos sigue diciendo: «La noche memorable en que solté a la migala en mi departamento y la vi correr».

Si en lugar de Beatriz decimos G. I. Joe, la migala es la rosa. Con la cita de Zbigniew Herbert que abre el libro: «la dulzura tiene un nombre: rosa / el estallido» nos dejamos caer. Toda Beatriz, como señaló Shakespeare, «aunque cambie de nombre la rosa siempre es rosa». Incluso si es la «Rosa de Hiroshima» y su estallido escapa de Vinicius de Moraes para hacerse presente dentro del *Muro* de Pink Floyd, de las bardas de Stonewall, del muro en contrucción en la frontera mexicana con Estados Unidos o el muro derribado en Berlín en 1989.

Paul Tibbets soltó a *Little Boy* desde el *Enola Gay* hace setenta y cuatro años, porque buscaba «hacer del mundo un sitio más seguro». Con la migala suelta no hay una habitación que llamemos segura: ¿cómo va a serlo el mundo? «[…] porque yo he consagrado a la migala con la certeza de mi muerte aplazada. [...] Entonces, estremecido en mi soledad, acorralado por el pequeño monstruo, recuerdo que en otro tiempo yo soñaba con Beatriz y con su compañía imposible». En realidad, lo imposible, en mi caso, es olvidar el juego ●

Zona intermedia

India: ciertas paradas, ciertas miradas, ciertas realidades

● Silvia Eugenia Castillero

Calcuta

El baniano es un árbol que genera brazos como báculos, sus propios descansos. De su entraña nacen esas ramas-raíces para poder envejecer sin que su tronco caiga. Y llega a ser un árbol espectacular. El más ancho del mundo. Y quizás el más longevo.

Rodeadas de miradas, de color, las calles de la India son un espectáculo y un asombro.

La India está rodeada de muerte, de hambre, de basura. No obstante, hay en sus habitantes, en sus monumentos, en su historia, un germen, una manera de vivir que hace de este país un lugar de culto.

En cuanto nos sumergimos en sus adentros, en sus calles y sus tiendas, y conversamos con las personas, nos damos cuenta de que la India —los indios— viene desde los inicios de la humanidad. Eso se percibe, se vive, se respira.

Los habitantes contemporáneos llevan una marca espiritual, un don para exaltar en su rostro el pasado: lo reflejan, lo refractan. Son rostros duros, morenos, con una negrura en los ojos y los pómulos salidos como si fueran guerreros, o como si fueran esos dioses que emigraron, esos dioses condenados a vivir en la literatura.

Pero en la India esos dioses están en todas las calles, en las manos de la gente. Están en sus ojos, en sus pasos. Y la calle es la casa. La tienen tomada. Las banquetas son comercio, habitación, baño, regadera, son el salón de estar. Es su territorio porque no tienen a dónde ir.

La India lleva consigo su historia toda, la lleva en el rostro, en la ropa, en la vida cotidiana de la gente. «Hay algo innegablemente espléndido en este conjunto del pueblo indio, que siempre busca lo más y no el menos, que ha negado el mundo visible, que es, no solamente en espíritu sino físicamente despreocupado, el pueblo del Absoluto, el pueblo radicalmente religioso» (Henri Michaux, *Un barbare en Asie*, Gallimard, 1967, p. 30).

Varanasi

Los muertos van envueltos en aluminio. Los llevan en andas, sus familiares caminan al tiempo que lloran. Van entre una multitud que se aprieta, se apresura para llegar pronto al momento de la caída del sol, el momento exacto para que sus muertos se sumerjan en las aguas del Ganges y alcancen la eternidad. Luego serán incinerados a la orilla del río.

Miles de personas llegan para presenciar el ritual, sin muertos en sus hombros, llegan para purificarse. Al atardecer será elevado el espíritu para agradecer a la creación el término de un día. Y el viaje al reino de las sombras de lo que existe.

Siete sacerdotes frente al Ganges, con siete caracolas. Primero hablan, cantan, las personas sentadas en el suelo siguen sus rituales, son horas de oraciones y letanías. Van ricos y van pobres. Sus túnicas coloridas son todas aparentemente iguales.

En realidad, la tela es lo que cambia, del algodón a la seda. Ésa es la diferencia. Algunos ancianos transportan gente no en bicitaxis, sino en taxis que jala un hombre a pie: se le va la vida en ese trayecto. Son los llamados *rickshaws*.

La tarde cae, sobre el Ganges cientos de lanchas y barcos llenos de personas presencian por agua el rito iniciático. Más lejos arde el fuego, varios fuegos, donde están incinerando a los muertos. Los sacerdotes mismos portan lámparas ardientes que hierven en sus manos y con ellas dirigen el ritual. Fuegos diferentes, algunos son circulares, otros cuadrados, otros en forma de medialuna. Evocan la era en que los hombres llegaron a la llanura del Ganges y un dios abría el camino: Agni, dios del fuego.

Los edificios de piedra, antaño palacios de reyes y príncipes (ahora hoteles), parecen muros de contención y se yerguen para darle encuadre a la intensidad del momento. Después de cantos que en realidad son repeticiones silábicas para llegar a la raíz de la comunicación con los dioses, oraciones como pócimas, inflexiones de los tonos más elementales tal cual colores que se mezclan para significar lo profundo, sin retórica: la raíz que toca el cielo. Mantras.

En ese trance del canto, sumergidos en los aromas del incienso, llega el instante en que esos siete sacerdotes toman sus caracolas y llaman al cosmos, el sol está penetrando el horizonte, el río como un mar, como un océano lo sumerge, lo acoge en su oscuridad, en lo profundo de su cauce, para que inicie el viaje a las sombras y nos deje bendecidos. El sonido de las caracolas es un rugido suave, un alarido seductor, un registro que sale del agua profunda de los mares para desplegarse en el aire, ser llevado por el viento y de ahí llegar al reino sobrenatural. Sólo así, los miles de mortales que reciben la noche logran tocar el cielo.

Se trata de la evocación de seres remotos que seguramente pertenecen a otro cuerpo celeste, pero cuyo rastro aún se percibe en los indios actuales, en sus gestos, en objetos, en un atavismo invencible, como lo llama Roberto Calasso (*El ardor*, Anagrama, 2016). Por eso la vida en la India transcurre y triunfa a pesar de la pobreza, pues esta civilización milenaria (más de tres mil años), tan distante incluso para los antiguos, proporciona coordenadas, dispersas pero evidentes en la invisibilidad.

Los vedas dejaron únicamente versos, fórmulas y explicaciones para los rituales. Ningún objeto, ninguna imagen: sólo palabras: himnos, invocaciones, conjuros: poesía. No dejaron memoria de sus conquistas y hazañas, dejaron cantos y en ellos el saber: la clarividencia. Y la embriaguez de una planta misteriosa: el *soma*, el objeto del deseo.

Todo lo que se desarrollaba fuera del rito pertenecía a la no-verdad. Como un platonismo primario, los vedas creían que todo lo que existía en la tierra tenía su modelo en el cielo. Pero no había templos ni murallas. Existían surcos de cantos, de ritos. Había imágenes dentro de su mente y una vida que se balanceaba entre la naturaleza y la imaginación. Muy poco de tangible se conserva de la época védica. «Construyeron un Partenón de palabras: la lengua sánscrita, ya que *samskrta* significa "perfecto"» (Calasso, op. cit., p. 19). No tuvieron la idea de templo, ni la de perdurar. Todo era movimiento, como el del fuego que se

consume, como el del sol que se oculta y renace. Es el culto estrechamente vinculado a textos de una extrema complejidad y a una planta mágica. «La mitología, y con ella las especulaciones más temerarias, se presentaba como la consecuencia del encuentro fatal y explosivo entre una liturgia y una ebriedad» (Calasso, ibid., p. 29).

El *corpus* védico posee un gran rigor formal pero no existe un marco temporal ni histórico. La vastedad y la unicidad son sus características. Frits Staal, citado por Calasso, dice: «Hace más de tres mil años, pequeños grupos de pueblos seminómadas atravesaron las regiones montañosas que separan Asia central de Irán y del subcontinente indio. Hablaban una lengua indoeuropea, que se desarrolló en el védico, e importaron los rudimentos de un sistema social y ritual. Como otros que hablaban lenguas indoeuropeas, celebraban el fuego, llamado Agni, y como sus parientes iraníes adoptaron el culto del soma: una planta, quizá alucinógena, que crecía en la alta montaña. La interacción entre estos aventureros y los anteriores habitantes del subcontinente indio dio origen a la civilización védica, así llamada debido a los cuatro vedas, composiciones orales transmitidas por la voz hasta hoy» (ibid., pp. 28-29).

Calcuta

A la orilla izquierda del río Hooghly se encuentra el templo de la diosa Kali, Dakshineshwar. Lugar de un culto multitudinario. Allí prevalece el silencio, porque lo que es constante es la secuencia de gestos, una especie de inclinación a extenderse hacia el resto de los seres humanos para lograr la salvación. Desposeídos de zapatos, ciegos en la posibilidad de ver a la diosa, al llegar a ella el objetivo es postrarse sin permanecer, mirar pero no insistir en la mirada. Ahí está la diosa negra con la lengua de fuera. Un gesto que enmudece. El desafío es proseguir el rito en lo invisible, continuar el sacrificio, el ritual frente a la nada. Después es obligatorio pasar al *lingam*, conjunto formado por el órgano masculino engastado en el sexo femenino (*yoni*). Allí continúa el rito en ese símbolo de la fertilidad, de la sexualidad sagrada, de la unión cósmica permanente, origen de nuestra especie. Lo sagrado se manifiesta a través del placer corporal, como medio de lograr el éxtasis y como energía que genera el milagro de la vida.

Es el único elemento en el ritual que puede tocarse y en donde se puede permanecer. El *Lingam*, además, es el único elemento común prácticamente de todos los templos hindúes, el único también con el que se puede tener contacto y que es accesible a cualquiera, sin importar su religión, su secta o su casta.

Todo esto supone una visión diferente de la ordinaria, que considera que el goce y lo espiritual son incompatibles. La potencia física y mental se adquiere controlando el sexo, ritualizándolo y no reprimiéndolo. Los órganos que intervienen (*lingam* y *yoni*) son la expresión visible del poder creador. Después de estos actos rituales, se accede a un estado alto de conciencia, al mismo al que llevaba la *planta de la ebriedad,* el soma.

Delhi

Las aceras de las calles de Calcuta y Delhi están tomadas por la gente, ahí permanecen: comercian, comen, se bañan, duermen. Ahí viven. Hay miseria. Sin embargo, la gente tiene una mirada, un estado de inspiración, de sosiego,

una contemplación cotidiana. Su vía de salvación es la conciencia: esa inspiración que les permite habitar donde les tocó vivir. Meditación y plegaria: liturgia.

La mirada occidental nos dispersa la dimensión espiritual y litúrgica que tiene el hinduismo, entonces nos parece que tantos dioses y tantas estatuillas son fetiches, son ídolos de una religión más o menos salvaje. Henri Michaux aborda de una manera aguda las diferencias entre la visión cristiana y la hindú. Para él, el sentimiento fundamental cristiano es la humildad; nos explica cómo las grandes catedrales góticas, esos monumentos bellísimos en que la cristiandad llega a su máximo poder, están construidas de tal manera que quien ahí entra se aterra de su propia debilidad, humillados nos sentimos ínfimos. *Kyrie eleison*: *Señor, ten piedad*. Se reza hincado, no en el suelo, hincado o en una silla, de modo que el centro natural de magia se dispersa. Y ese sentimiento de inferioridad reina sobre los fieles. Las religiones hindúes sacan del ser humano su fortaleza y no su debilidad. Los rezos y la meditación son el ejercicio de fuerzas espirituales. Un rezo es para ellos un rapto, es una actitud del poder del alma que puede derrumbar piedras y a la vez puede perfumar los mares. El interior de los templos es pequeño para que ahí cada uno sienta su fuerza. Hay nichos por doquier para que los fieles perciban su poder y lo transfiguren en serenidad. «Magia al centro de toda magia. Hay que escucharlos cantar los himnos védicos, los *Upanishad* o el *Tantra* de la gran liberación» (Michaux, p. 32).

Desde los tiempos remotos de los cantos védicos, esos grupos nómadas que fueron poblando las regiones de la India, y cuya liturgia convertida en materia mítica se fue vertiendo en el océano de la significación humana. Porque a través de ellos tomaron posesión de la divinidad como si fuera una masa; en sus voces nacidas desde la entraña, a través del canto lograron modular la beatitud y claridad de los dioses o la ferocidad maligna de los demonios. Y salía de su propia garganta. Estos grupos se convirtieron en los gitanos, los únicos arios de Europa, perseguidos y masacrados por los nazis. A nivel lingüístico, su lengua arcaica es el antecedente de las lenguas dardi, punyabi e hindi, algunas de las veintiocho lenguas que actualmente se hablan en la India.

Lenguas

El espíritu indio razona sus sentimientos. En su vida cotidiana no tiene prisa, nunca corre. No se altera ni vive trastornado. Es abundante en sus emociones. Ensambla. Su lengua fundadora, el sánscrito, es «la lengua mejor ensamblada del mundo, la más ceñida, sin duda la más bella creación del espíritu indio, lengua panorámica, admirable a la escucha, contemplativa, que induce a la contemplación, una lengua de quien razona, flexible, sensible y atenta, previsiva, bulliciosa y llena de avistamientos y declinaciones» (ibid., p. 35). Lengua hecha de rangos y matices, de sutilezas, de iluminaciones.

De esta lengua lenta y bien estructurada, enraizada en su circunstancia y dentro de la cual los pensamientos son trayectos, surgen los libros fundadores de la mitología india: dos poemas épicos, el *Mahabharata*, con doscientos cincuenta mil versos, y el *Ramayana*, con ciento veinticinco mil.

El *Ramayana* es la historia mitológica más popular y más antigua de la India,

el poema épico más antiguo escrito en sánscrito por el sabio Valmiki, en el siglo v, a. C. La historia trata sobre la séptima reencarnación del dios Vishnu, quien vino a la Tierra para liberarla de Ravana, el rey demonio de Lanka con diez cabezas. Poseía el don de la inmortalidad, así que no podía ser asesinado ni por dioses ni por demonios. Preocupados por esto, los dioses decidieron enviar a la Tierra a Vishnu en la figura de un rey mortal. El dios Vishnu bajó entonces al mundo como Rama y la historia despliega las luchas entre él y los demonios, entre el bien y el mal. Este poema se lee en las casas, en los templos, a manera de texto religioso, en forma de obras de teatro.

Según la leyenda, el *Mahabharata* fue dictado a Ganesha, el dios con cabeza de elefante, por Vyasa, «el que compila». Llamado «el Homero del Este», se dice que Vyasa compuso todo el *Mahabharata*, además de las dieciocho *Puranas* y los cuatro libros *Vedas*. Fue sacerdote y maestro. El tema principal es la gran batalla que tuvo lugar en Kurukshterra, donde los Padavas pelearon contra los Kauravas. No obstante, el más valiente de los hermanos Pandava, Arjun, no quiso pelear contra sus primos. Y de esto se desprende el gran sermón del dios Krishna, el *dharma*, la responsabilidad del guerrero de pelear por lo que es correcto. La base de este discurso está en el *Bhagavad Gita*, libro de enseñanzas éticas y filosóficas. Por ello, Krishna aparece como líder, guerrero, dios y teólogo de la humanidad.

Nueva Delhi se construyó sobre una antigua ciudad de la que no quedaban vestigios, Indrapashta, según se cuenta en el *Mahabharata*. *Old Delhi*, como se le nombra ahora a esta antigua ciudad, obra del emperador Shah Jahan, nieto de Akbar, quien también mandó construir el Taj Mahal.

El hindi es la lengua que se habla en Delhi y alrededores; quisieron volverla lengua oficial pero fracasaron: más allá de la región norte no se comprende. Michaux llama al hindi «lengua de las palabras beatas pronunciadas con dulzura campesina y lenta, muchas vocales gruesas, la *â* y la *ô* con una especie de vibración pesada, de ronquido, la *î* y sobre todo la *ê*, una letra cursi. El todo en conjunto es desagradable, confortable, eufónico, satisfactorio, desprovisto del sentido del ridículo» (p. 25). El bengalí, considera, «tiene más de canto, una cuesta, el tono de una dulce amonestación, de la bonhomía y de la suavidad, vocales suculentas y una especie de incienso» (p. 25).

Bengalí-hindi, dos lenguas provenientes de dos ciudades importantes, la primera —Calcuta— el mayor polo cultural, con la feria del libro más grande del mundo, y la segunda —Delhi— el polo cívico y político más importante, la capital.

Todas las demás lenguas (incluido el inglés, con el que también se trató de unificar al país, pero tampoco se logró) se hablan en distintas regiones y provienen de las distintas tribus que antaño se fueron asentando a lo largo y ancho de la India. No obstante, en todas encontramos ese razonamiento indio a través del cual se logra ver de golpe la totalidad y se abarca el mundo real:

> Gautama, un espíritu contemplativo, sin [embargo,
> expresa así su primera iluminación:
> De la ignorancia vienen los Sankharas.
> De los Sankharas viene la conciencia.
> De la conciencia vienen nombre y forma.

Del nombre y la forma vienen las seis
[provincias.
De las seis provincias viene el contacto.
Del contacto viene la sensación.
De la sensación viene la sed.
De la sed viene la atadura.
De la atadura viene la existencia.
De la existencia viene el nacimiento.
Del nacimiento vienen la vejez, la muerte,
[el dolor, las lamentaciones, el
sufrimiento, el abatimiento, la desesperanza.

[Citado por Michaux, op. cit., pp. 37-38]

Taj Mahal

El Taj Mahal es una aparición que flota como descendiendo del cielo, que se mantiene en la categoría de espejismo inalcanzable, entre la tierra y el infinito. Es un mausoleo que el rey Shah Jahan le hizo a su mujer al fallecer tempranamente, pero es ante todo un templo en donde pareciera hacerse culto a la eternidad. Geométrico, de líneas sencillas, se levanta a la vez como expandiéndose con una luz como de vela que se multiplica a través de los tiempos. El mármol de su interior parece estar no esculpido, sino tejido con finas agujas. Y los colores de ese tejido casi deprenden aromas de lo reales que se imponen: son piedras preciosas incrustadas en el mármol. Delicadeza, exquisitez y, sin embargo, se percibe el dolor de la condición pasajera de lo humano. El Taj Mahal parece estar suspendido de manera irreal. No pesa ni parece ser una edificación sólida. Ahí se siente la ternura y el deseo de corporeizar lo perdido, esa lágrima de su mujer que el emperador quiso eternizar: «Una lágrima / Eterna / Descendiendo del paraíso / En la mejilla del tiempo».

Aquí conviene hacer una parada sobre la presencia de la cultura árabe en la India. Sabemos que la India está llena de contrastes, pero el más extremo es de índole religiosa: la coexistencia entre el hinduismo y el islam. La presencia del monoteísmo riguroso y del politeísmo tan variado. «Entre el islam y el hinduismo no sólo hay oposición sino incompatibilidad. En el primero, la teología es simple y estricta; en el hinduismo, la variedad de sectas y doctrinas provoca mareo. Mínimo de ritos entre los musulmanes; proliferación de ceremonias entre los hindúes. El hinduismo es un conjunto de ceremonias complicadas y el islam es una fe simple y clara» (Octavio Paz, *Vislumbres de la India*, Seix Barral, 1995, p. 41).

La llegada de guerreros musulmanes a territorios de la India data del año 712, eran expediciones de pillaje que se convirtieron muy pronto en invasiones de conquista. Luego de la ocupación en la región de Punjab se fundó el sultanato de Delhi en 1206. Pasó por varias dinastías, todas de origen turco, hasta su desaparición en el siglo XVI. Y fue el centro del mundo musulmán, concentrando a intelectuales y artistas. Sin embargo, y paradójicamente, su apogeo coincide con la decadencia de la civilización islámica.

Galta

Cae la tarde. Una desviación larga y sinuosa nos aparta de la carretera que nos conducía de Agra a Jaipur. Después de media hora de montañas entramos a una ciudad hermosa, con edificios cuidados y bellos. Aquí vivieron algunas mujeres de los emperadores, nos dice el chofer del auto. Más adelante, llegamos a un terreno escarpado y, al fondo, una reja. En la puerta,

un hombre con rostro muy parecido al de un mono. No habla inglés, a señas nos lleva hacia arriba, pasamos por galerías y altares extraños, no comprendemos qué los unifica hasta que vemos que en todos está el dios Hanuman, el dios mono. Seguimos el camino que sube, altares y mezquitas continúan a ambos lados, vemos erguirse palacios abandonados, después las montañas entre acantilados y hasta arriba un manantial.

De pronto nos percatamos de que miles de monos acechan a nuestro alrededor, el señor con cara de mono los llama y vienen en manada, nos trepan por la espalda, por los brazos hasta la cabeza y allí permanecen esperando comida. Monos machos y hembras con sus crías, todos saben convivir con los humanos y se divierten paseando por nuestros cuerpos.

El agua corre desde el manantial llenando tres estanques en tres terrazas; las caídas de agua con su sonido dulce y a la vez estruendoso remata en la figura de Hanuman. Tres albercas donde se sumergen los creyentes. El templo de Galta, del siglo XVIII, rodeado de vegetación y de árboles de donde cuelgan los monos, es un lugar de meditación para limpiar mente y cuerpo y lograr la liberación del alma. Aquí se conquista el arte de la inmovilidad en medio de la agitación. En *El mono gramático* (*Obra Poética*, Seix Barral, 1990) dice Octavio Paz: «La fijeza es siempre momentánea. Es un equilibrio, a un tiempo precario y perfecto, que dura lo que dura un instante: basta una vibración de la luz, la aparición de una nube o una mínima alteración de la temperatura para que el pacto de quietud se rompa y se desencadene la serie de las metamorfosis. Cada metamorfosis, a su vez, es otro momento de fijeza al que sucede una nueva alteración y otro insólito equilibrio» (pp. 512-513).

Hanuman era el hijo de Pavan, el dios del viento, y de Kesari, la hija del rey mono. Es conocido por su fortaleza y habilidad para volar. Según el *Ramayana*, ayudó a Rama en su batalla en contra del malvado rey Ravana. Hanuman también era versado en la gramática y considerado el noveno escritor de gramática.

Este paisaje pedregoso y casi desértico en medio del agua y la vegetación es descrito por Paz como una página de enmarañada caligrafía vegetal. Maleza de signos que, como el lenguaje, hay que despojarla de su espesura, porque la realidad más allá del lenguaje no es del todo realidad y la realidad que no habla ni dice no es realidad: «Hay que destejer inclusive las frases más simples par averiguar qué es lo que encierran y de qué y cómo están hechas... Destejer el tejido verbal: la realidad aparecerá» (p. 517). Pero no sólo eso, también es necesario internarse en las metáforas, porque las cosas no son cosas sino palabras, y las metáforas son palabras de otras cosas. Transmutación: aparición de lo ausente, del mundo original.

Al partir de estos templos sucios y abandonados, del abigarramiento de formas y altares, de la repetición de imágenes y esculturas del dios mono, descubrimos que nos vamos con una claridad: la transparencia que da una presencia rotunda, que nos ha permitido no hablar y ni siquiera pensar, sino ver, imaginar y nombrar. Ésa es la bendición de Hanuman ●

Visitaciones

La India y el amor

● Jorge Esquinca

Hace años, en una librería de San Diego, encontré un libro: *The Peacock's Egg. Love Poems from Ancient India* (North Point Press, 1981). El volumen es el resultado de un afortunado intercambio entre un académico, J. Moussaieff Masson, y un poeta, W. S. Merwin. La lengua original de estos poemas es el sánscrito y las voces de los amantes que en ellos se deshilan son diversas, como los matices que dan color a las plumas del pavorreal. El libro se compuso durante un largo trueque. En resumen: Masson entregó a Merwin traducciones literales al inglés acompañadas de notas eruditas. Merwin siguió el camino del poeta que traduce de una lengua que ignora y escogió aquellos poemas que entreveía susceptibles de convertir al inglés. ¿Nos dan una visión del amor en la India antigua, una perspectiva literaria, histórica? Nos dan, me parece, una verdad poética. Cuando es tal, rebasa el tiempo y los idiomas.

Siguiendo un impulso semejante y, deslumbrado por la belleza de los poemas, comencé a hacer mis propias versiones a partir de las traducciones de Merwin, aunque leyendo con atención las notas y la detallada introducción del libro. Con el tiempo, decidí reunirlas e hicimos con ellas un cuadernillo. *Poemas de amor de la antigua India* ha conocido tres ediciones, sucesivamente corregidas y aumentadas. La última apareció en 2012, publicada por Mano Santa Editores. No hace mucho, di con otro libro: *Indian Love Poems* en la bonita edición de Everyman's Library (2005). La editora, Meena Alexander, apoyada por un equipo de traductores, presenta una amplia selección de poemas dividida en tres apartados temáticos: «La espera», «El encuentro», «La separación». En ellos encontramos una feliz combinación de poetas de ayer y hoy. Para esta entrega de mi columna intenté algunas versiones de los poetas de «hoy», como un pequeño tributo de admiración a una vastísima y siempre sorprendente literatura.

Tú
Ismail

Eres mía
cuando te quitas toda la ropa
sólo para mí

Cuando estás vestida
perteneces al mundo

Uno de estos días
voy a romper el mundo
en pedazos

De la versión al inglés de Velcheru Narayana Rao.

Mujer, 2

Jyotsna Milan

A veces
en el momento de hacer el amor
el hombre aparece como Dios ante la mujer.
«Dios... Dios», grita ella,
mientras su cuerpo
está en llamas.
«Mira»,
dice el hombre,
«soy Dios».
La mujer
mira,
y arrebatada por la pena
de perder a Dios,
voltea hacia otra parte.

De la versión al inglés de Mrinal Pande y Arlene Zide.

Apaga la lámpara

Nanduri Subbarao

Apaga la lámpara.
Mi mente no puede abrazarte en la luz.

Quiero el jardín totalmente a oscuras.
Quiero ver brillar tus ojos.

Apaga la lámpara.
Mi mente no puede abrazarte en la luz.

Voy a pensar una y otra vez en tu belleza
atisbando hasta verte completa.

Apaga la lámpara.
Mi mente no puede abrazarte en la luz.

Dejaremos de ver y olvidaremos las formas
y nos dormiremos ignorantes el uno del otro.
Apaga la lámpara.
Mi mente no puede abrazarte en la luz.

De la versión al inglés
de Velcheru Narayana Rao.

Ella lo toca

Gagan Gill

Una mañana muy temprano ella lo toca
en un planeta ignoto
en el séptimo cielo de los sentidos
en la extraña luz del deseo.

Ella lo toca
como densa nube
como viento detenido
como fuego sagrado.

Ella lo toca como si él
fuera Dios en el sexto día de la Creación
y tuviese que pasar a través de ella
destruyéndola
para re-crearla.

Una mañana muy temprano ella toca
el Mayavi, la forma ilusoria
como un agua mágica
y escoge para sí misma
la muerte

de un pez ●

De la versión al inglés
de Mrinal Pande y Arlene Zide.

Sigilosos v(u)elos

Arrebato

● Verónica Grossi

Es de no creerse que a la llegada del ocaso ardan los crisantemos. El fuego crepita en los pétalos crispados como holanes arrugados. La corola se repliega para abrazar el centro. Los oleajes de aire candente enroscan los tallos, los sacuden para empujar su desplome hacia la sequedad de la tierra, un refugio subterráneo de raíces susurrantes, sus voces-filamento diluidas en ecos remotos por la arcilla del erial. En un vaivén, los tallos se arrullan silenciosos en espera del rocío.

Las rocas extendidas como lagartos, quietas, impávidas, brillan enrojecidas atesorando rayos. Se esfuminan en ocres rojizos, grises-azules minerales, ruginosos. No llegan los insectos a reposar en su lisura. La planicie inamovible de su letargo dispersa en cuarzos de fuego la incandescencia.

Las abejas volanderas se arrebujan en el balanceo de la floresta de estambres. Al atardecer, para recobrar frescura y aliento vuelan en concierto hacia los canutillos de un panal improvisado.

Raspa el sol. Se escuchan chirridos de cigarras enjutas, enojadas, enrojecidas. Hay pocas libélulas. Solamente mariposas amarillo limón, sedientas de polen, espolvorean levísimos pasos sobre malvas silvestres.

El mismo colibrí visita la madreselva y las rosas escarlata con alas de terciopelo verde, su milagroso vuelo sostenido en una gota de néctar.

Sobre las lascas viridianas se enrosca el herbaje. Los amarillastros de las malezas acechan con su espesor mohoso las diminutas hojas recién salidas de las verdolagas, un milagro de suculencia en el cántaro de su brillo.

La madera se astilla quejumbrosa y solitaria. Por la cerca trepa con tesón y malicia una enredadera hasta alcanzar el brazo de una rama. Se derraman las flores amoratadas de la glicina. Los racimos fecundos se nutren del ahogo.

La trompeta naranja se escabulle por un muro de ladrillos hasta la punta de un techo para iniciar su desparramo desbocado, con lentitud milimétrica, simulacro de eternidad, tupido en la trama flexible de hojas y tallos, hacia otro confín. Celebra su tremor verde en un esparcimiento trepador, sin presentimiento de linde. Son campanadas rebosantes de sol, con sonrisa azafranada, en un avanzar obstinado, vertido en el vigor de su abanicado follaje. Brillan triunfadoras, su filoso ápice desenvainado.

Estiramiento en suspenso, apuntando a los azules índigo. Se enlazan los verdes plateados del eucalipto y del olivo. Las hojas translúcidas de la cima del laurel flamean una laureola. Se abren paso apretados los capullos.

Desde ese otro lado, los zumbidos perseveran. Fosforescencia en la geometría de las alas. En una sola gota la abeja

humecta su dorado abrigo. Por la noche, sobre la espesura silvestre abrasada en sus bordes, ulula desde las alturas un búho solitario.

Transitar por las hojas. Desprenderse bocarriba. El sobresalto de la brisa. Mordisquear cada brote. Los brazos trenzados en un vuelco. El abdomen trepidante por el tacto. Respirar. La apertura del color ●

Polifemo bifocal

Ludwig Zeller (1927-2019)

● Ernesto Lumbreras

Se va la canícula, vertiginosa y delirante, como las imágenes intrépidas y sensuales de la poesía de Ludwig Zeller, muerto el pasado 1 de agosto en su casa de Huayapam, Oaxaca. Una larga vida de virtuoso sibarita dedicado a contrariar la lógica, gurú de alacranes y nimbos, alguacil de un pueblo de albinos especializados en el arte del tatuaje. Hombre bueno y generoso, sin alharaca de tales atributos, fue para mí una hoguera de amistad y una higuera de sabiduría. Honro su memoria, caminando de ida y de vuelta sobre el océano que separa las playas de dos continentes a punto de desaparecer.

*

¿Cuándo fue la última vez que nos vimos en esta dudosa realidad hecha de materia incandescente? En una tarde de primavera austral, a la salida de La Chascona, casa de Pablo Neruda en Santiago de Chile, me encontré con Ludwig Zeller, quien presentaba un par de exposiciones de sus exquisitos y deslumbrantes *collages* en una galería del barrio Las Condes y en el centro cultural de la Fundación Itaú. Huelga decir, en zona de barrios súper pitucos. Después de cuarenta años estaba de regreso en su Chile contradictorio y saturnal. Comimos en el barrio chic de Buenavista unos sánguches de pescado y dos chatos de vino del valle de Maipo. Almuerzo memorable para que Pablo de Rokha lo incluyera en su famosa épica de los alimentos del país andino, pero también una comida tan de amigos, de cocina del día a día en una villa de pescadores.

En esa ocasión, el poeta nacido en Río Loa —pueblito del círculo de la desértica Calama— me relató sus andanzas y revoluciones en esta ciudad recatada y aristócrata durante la década de los sesenta. Los militares y los comunistas se espantaron de sus *performances*, de sus versos y de su manera de caminar por los desfiladeros. Tan memorable fue el *happening El entierro de la castidad*, que hasta la CIA le contrató una espía que lo vigilaba incluso en los días de guardar y de desaparecer. No esperó el triunfo ni la caída de Salvador Allende para emigrar hacia tierras más fértiles para la vendimia del sentido del humor y del amor más libérrimo. Al lado de su cómplice ineluctable, la pintora Susana Wald, montó su tienda trashumante en Toronto por varios lustros para, finalmente, pasar sus últimos años en Oaxaca, la ciudad que ilusionó a Nietzsche y mantuvo a raya la neurastenia de D. H. Lawrence.

*

Antes de conocer a Ludwig Zeller conocí la voz de Ludwig Zeller. Yo era editor de Aldus en 1998, el año en que la poeta argentina Olga Orozco obtuvo el entonces llamado Premio Internacional Juan Rulfo. En la editorial teníamos planes de publicar un libro suyo, aprovechando la ola mediática. Además, era una autora poco conocida en México y el momento resultaba propicio. Entonces sonó el teléfono y escuché una voz educada y ceremoniosa que a los dos minutos se tornó afable y amistosa y que, por un movimiento telúrico en el centro de la Tierra, a los cinco minutos se transformó en descaradamente cómplice y locuaz. Dada las conexiones con el surrealismo hispanoamericano, Zeller trató a Enrique Molina, a Aldo Pellegrini y a la poeta premiada; tramó con ellos libros, antologías, traducciones, viajes, exposiciones y otras aventuras no exentas de atrevimiento y desenfado. El libro no prosperó por boberías demasiado serias: la poeta ahora tenía un agente literario que pedía un contrato como si fuera una novelista del *Boom*.

Sin embargo, coincidimos y nos conocimos en Guadalajara el día de la premiación de la autora de *Cantos a Berenice*. En el catálogo de Aldus, el escritor chileno había publicado *Los engranajes del encantamiento* (1996), una vasta antología poética acompañada de sus *collages* y caligramas, además del relato autobiográfico *Río Loa, estación de los sueños* (1994). En mis lecturas desordenadas, había separado un par de libros de Zeller que me atraparon por su «inteligencia visual», lo que sea que signifique ese entuerto: *Salvar la poesía, Quemar las naves* (FCE, 1988) y *Aserrar a la amada cuando es necesario* (Joaquín Mortiz, 1994). Para mí nunca fue un surrealista trasnochado, frasecita escuchada a menudo para desdeñarlo. Su tradición lírica venía de mucho atrás, de antes que los manifiestos de Breton asomaran la nariz y el pintor Roberto Matta llevara a Chile esa revuelta de insumisos de la razón. En efecto, su raíz venía de los románticos alemanes que conocía y dominaba. Muy joven tradujo *Las grandes elegías,* de Hölderlin, para la Editorial Universitaria, en 1951. Con esos antecedentes, fue natural su simpatía con el grupo de poetas de La Mandrágora, donde participaron Braulio Arenas, Teófilo Cid, Enrique Gómez-Correas y Jorge Cáceres. Durante mi estancia en Oaxaca, con la acostumbrada generosidad, Ludwig Zeller me obsequió el estudio *Mandrágora. La raíz de la propuesta o el refugio inconcluso* (2001), de Luis G. de Mussy, volumen que da cuenta de las publicaciones del colectivo y del peso específico de sus propuestas y discusiones en la poesía chilena de los años treinta.

*

En algunas de nuestras conversaciones, el poeta me compartió la historia de su salida de Chile. Ya no podía continuar allí, el ambiente resultaba asfixiante, aburrido y peligroso. Sin plata contante y sonante, tuvo que venderle a Pablo Neruda un bello mascarón de proa. La pieza la compró en Perú y pertenecía a un viejo barco alemán. Pesaba más de quinientos kilos y la trajo a Santiago desde el puerto de Arica para montarla en el café-galería La Casa de la Luna, que había abierto con la complicidad de su esposa. Cuando el poeta de *Canto general* vio esa doncella silenciosa y melancólica se enamoró de ella. No cesó de insistir y de insistir: la quería comprar a

cualquier precio. La situación de encrucijada de Zeller forzó la transacción. Con la venta de «La Sin Nombre», tuvo dinero suficiente para pagar los boletos de avión rumbo a Canadá, los de su mujer y sus dos hijos y el suyo. Frente al océano Pacífico, suspiro tras suspiro, esa virgen de encino mira tras un ventanal de la casa nerudiana de Isla Negra los días y las noches del mundo, la furia y la soledad. Para recordar aquellos años en Santiago de Chile, años de alegría y reveses, Zeller bautizó la calle que conduce a su hogar oaxaqueño como La Casa de la Luna, una hermosa casa construida por Susana y por él, desde los cimientos de sombras, las paredes de agua, los aleros de viento y la veleta de sueño ●

Anacrónicas

Las cosas que digo son ciertas

● María Negroni

La «poesía de mujeres de América Latina» no existe. O existe sólo como casillero recién descubierto en un mercado que disfraza su paternalismo mediante la proliferación de etiquetas que, por supuesto, sólo sirven para señalar a las minorías e impedir la percepción y el festejo de las diferencias. De modo que no voy a escribir sobre la poesía de mujeres en América Latina. Prefiero concentrarme en algunas voces tomadas al azar, a veces llevada por la admiración, otras por la afinidad, otras por la mera alegría que me producen ciertas poéticas yuxtapuestas, la promesa de libertad que esa misma variedad contiene. «Las cosas que digo son ciertas», dice un poema de Blanca Varela. Me gusta el tono de ese verso, de afirmación sin altisonancias, de manifiesto sin réplica ni exigencias. Yo querría hablar en ese tono como quien constata. Como quien celebra lo que hay y también lo que todavía no ha llegado a ser o no ha sabido conquistar. La inseguridad, los miedos, la soledad terrible están allí, cada vez que nos sentamos a escribir, pero también la luz, la exaltación, la posibilidad de comprender un poco más, de transformar eso que Ana Cristina Cesar llamó «la maldad de escribir» en un acto que pueda consolarnos de todo lo que nos deja ausentes a nosotras, de nosotras mismas.

«Yo sé que la poesía es indispensable», escribió Apollinaire, «pero no sé para qué». A lo mejor es algo muy sencillo, se pone una palabra en su lugar y el milagro se produce. Algo nos consuela entonces de las palabras vacías que se juntan sobre el mundo como catástrofes. Se trata de un matiz, una cualidad, un aspecto del silencio que representa acaso la forma más alta del espíritu de contradicción. No tiene otro país la poesía. Crece en medio de la indefensión, en medio de la ceguera, sin saber adónde va, si podrá retroceder, si ya volvió a empezar pero aún no se dio cuenta.

Viajeras del sueño, la sexualidad y lo fantasmático, del futuro antiguo de la infancia, del miedo, del exilio político y de género, de todo lo fallido y lo que desvía del discurso bienpensante, las poetas mencionadas saben que el poema busca el

blanco, sin distraerse de la riqueza que está escondida en lo ambiguo, lo inverosímil, lo inexplicable. Cada una a su manera enuncia la opacidad del mundo y así construye ese objeto abierto al lujo de la inteligencia y a la emoción —indecible— de lo imaginario, que es, desde siempre, el oficio terrestre del poema.

❇

Marosa Di Giorgio

Ayer conocí el nombre secreto de mi casa.
Era ya el atardecer, y todos paseaban, por la
[huerta,
el jardín, la calleja, donde las coliflores
[levantaban sus hermosas
puntas y tazas de plata. Ya ardía alguna estrella,
algún cometa y su cabello fatídico.
Entonces, tomé la lámpara, la más pequeña, fui,
[en puntas
de pie, hasta el armario. Busqué el libro,
[sigilosamente,
pasé hoja por hoja; hasta que todo empezó a
[temblar como
si estuviera por llegar la muerte, y todo se
[quedó inmóvil
como si ya hubiese llegado.
Y yo la vi, no la rosa encarnada que estás
[imaginando, ni rosa,
ni amarilla, ni una efectista rosa negra. Sólo un
[pimpollo
plano y claro, de pocos pétalos.
Parece de agua, una gema de mármol,
[parece un lirio.
La tarde caía como si fuera un
[siglo

❇

Ana Cristina Cesar

Nada esta espuma

Por enfrentamiento del deseo
insisto en la maldad de escribir
pero no sé si la diosa sube a la superficie
o apenas me castiga con sus aullidos.
Desde la amura de este barco
quiero tanto los senos de la sirena.

❇

Elsa Cross

Palabras

Morada oscura del sentido,
prisión y límite
de lo que en el silencio se nos da.

Ah, palabras, que puedan todavía
hilvanar
tu imagen por ellas dispersadas.

En vano sus fuerzas reconcilian,
pues no salvan
el salto que va del habla
al pensamiento
y del pensar al ser ensimismado.

Vienen solas y dicen de la «cámara blanca».

❊

Cristina Peri Rossi

Proyectos

Podríamos hacer un niño
y llevarlo al zoo los domingos.
Podríamos esperarlo
a la salida del colegio.
Él iría descubriendo
en la procesión de nubes
toda la prehistoria.
Podríamos con él cumplir los años.

Pero no me gustaría que al llegar a la pubertad
un fascista de mierda le pegara un tiro.

❊

Blanca Varela

Las cosas que digo son ciertas

Un astro estalla en una pequeña plaza y un [pájaro
pierde los ojos y cae. Alrededor de él los
hombres lloran y ven llegar la nueva estación.
El río
corre y arrastra entre sus fríos y confusos
brazos la oscura materia acumulada por años [y años
detrás de las ventanas.

Un caballo muere y su alma vuela al cielo [sonriendo
con sus grandes dientes de madera
manchada por el rocío. Más tarde, entre los [ángeles, le
crecerán negras y sedosas alas con que
espantar a las moscas.

Todo es perfecto. Estar encerrado en un [pequeño
cuarto de hotel, estar herido, tirado e
impotente, mientras afuera cae la lluvia dulce,
inesperada.

¿Qué es lo que llega, lo que se precipita desde [arriba y llena
de sangre las hojas y de dorados
escombros las calles?

Sé que estoy enfermo de un pesado mal, lleno [de un
agua amarga, de una inclemente fiebre que
silba y espanta a quien la escucha. Mis amigos [me
dejaron, mi loro ha muerto ya, y no puedo
evitar que las gentes y los animales huyan al [mirar el
terrible y negro resplandor que deja mi
paso en las calles. He de almorzar solo siempre. [Es
terrible.

❊

Olga Orozco

Canto XIII

Se descolgó el silencio,
Sus atroces membranas desplegadas como las [de un
murciélago anterior al diluvio,
su canto como el cuervo de la negación.
Tu boca ya no acierta su alimento.
Se te desencajaron las mandíbulas
igual que las mitades de una cápsula inepta [para
encerrar la almendra del destino.

Tu lengua es el Sahara retraído en la penunbra.
Tus ojos no interrogan las vanas ecuaciones de [cosas
y de rostros.
Dejaron de copiar con lentejuelas amarillas los [fugaces
modelos de este mundo.
Son apenas dos pozos de opalina hasta el fin [donde se
ahoga el tiempo.
Tu cuerpo es una rígida armadura sin nadie,
sin más peso que la luz que lo borra y lo [amortaja en
lágrimas.
Tus uñas desasidas de la inasible salvación
recorren desgarradoramente el reverso [impensable,
el cordaje de un éxodo infinito en su acorde [final.
Tu piel es una mancha de carbón sofocado que
atraviesa
la estera de los días ●

Encrucijada

Mundo Real, treinta años después

● Alfredo Sánchez G.

El sello discográfico Real World, fundado en 1989, fue un acontecimiento. Su inventor, el músico inglés Peter Gabriel, tuvo la intuición de que ésa era la mejor manera posible de difundir internacionalmente músicas de distintos rumbos del planeta. De pronto nos encontramos en las hoy casi extintas tiendas de discos con artistas africanos, asiáticos o latinoamericanos que convivían en sus estantes con las grandes estrellas del pop inglés y estadounidense. Se nos abría un mundo sonoro novedoso y sorprendente, a pesar de que todas esas músicas tenían un arraigo de muchísimos años en los lugares de donde procedían. Claro que la clasificación musical a la que el sello dio origen —*música del mundo*, como si no todas las músicas lo fueran— provocó algunas burlas y reproches. Pero finalmente el membrete no era sino una necesidad del mercado: había que tener una etiqueta para que las tiendas pudieran ubicar el producto. Tampoco faltaron los detractores: aquellos que acusaban a Gabriel de colonialista, de lucrar con el talento tercermundista.

¿De qué hablamos cuando nos referimos a «músicas étnicas»? En términos

generales, y dicho con toda nuestra autosuficiencia, hablamos de todas las músicas «no occidentales». O de aquellas que, aunque ubicadas en alguna porción del mundo occidental, se consideran al margen de éste (la música de los pueblos indígenas mexicanos, por ejemplo). Es decir, de aquellas que pertenecen a la mayor parte del mundo aunque se difundan minoritariamente. ¿Cuántos millones de chinos hay contra cuántos ingleses? ¿Cuántos senegaleses o nigerianos por cuántos franceses? El simplismo es apabullante tomando en cuenta la clasificación más común: Occidente y lo demás. Si sacáramos cuentas, «lo demás» sería algo así como ochenta y cinco por ciento del total. Y aun en el terreno de lo meramente *étnico*, o de la *world music*, hay serias dificultades para nuestros afanes clasificatorios, pues ahí cabrían lo mismo el son tradicional cubano que la música indonesia. Peor aún, cabrían también algunos experimentos interraciales, los cuales algunas veces tienen ya poco que ver con las músicas étnicas originales, pues en realidad son músicas occidentales que integran algunos elementos que no lo son.

Pero lo cierto es que Real World puso la lámpara en artistas a quienes nos habría tomado mucho más tiempo conocer: Nusrat Fateh Ali Khan, Papa Wemba, Geoffrey Oryema, Joseph Arthur, Sheila Chandra, Baaba Maal y muchísimos más: hasta el día de hoy, treinta años después, son doscientos treinta los discos que han editado. La intuición no salió de la nada: Gabriel ya llevaba algunos años, desde 1982, embarcado en la aventura de WOMAD (World of Music, Arts & Dance), el festival que hasta nuestros días sigue siendo exitoso, que se replica en varios países y que tiene como finalidad promover a artistas de todos los rincones del mundo. El paso natural era grabar a esos artistas en condiciones óptimas, editar las grabaciones y difundirlas de manera eficiente. Así nació Real World Records con la edición de *Passion,* el disco basado en la banda sonora escrita por Peter Gabriel para la polémica película de Martin Scorsese *The Last Temptation of Christ,* y que incluía a artistas como Youssou N'Dour, Shankar, Djalma Correa, Hossam Ramzy y otros más.

Ya que estamos con Peter Gabriel, será justo calificarlo de personaje singular, desde los tiempos en que conducía los excesos teatrales y musicales de Genesis en su época «progresiva», con canciones extensas y llenas de cambios, discos conceptuales, alardes virtuosos que buscaban intencionalmente darle al rock un estatus de seriedad, convencer de que no era solamente una música visceral de tres acordes. Luego vinieron sus discos como solista, oscuros y siempre en la búsqueda de una expresión personal. Después el gran éxito mundial en 1986 de su álbum *So,* y luego su ya citado interés por la música de otras latitudes. Todo ello le ha dado una posición aparte en el panorama musical, a pesar de que para algunos sus discos recientes no han sido tan satisfactorios. Cuando Gabriel cumplió sesenta años, lo festejó de manera peculiar con la aparición de *Scratch my Back*, que fue un reto sorprendente en varios sentidos: en primer lugar por la selección musical: canciones de otros en versiones que no se parecen a las originales; en segundo lugar, porque decidió no usar guitarras ni baterías ni teclados electrónicos, sino solamente piano, orquesta y coros ocasionales para acompañar su voz inconfundible.

Peter Gabriel no ha sido, por supuesto, el único músico anglosajón con curiosidad e interés por adentrarse en las músicas de otros lugares, llamémosles, exóticos. Paul Simon lo hizo desde sus lejanas épocas de dueto con Art Garfunkel, cuando incluyó en sus canciones sonidos sudamericanos —su versión de «El cóndor pasa», por ejemplo— y géneros caribeños como el *reggae* y el *calypso*. Luego su interés por la música africana —ya en su época de solista, en el disco *Graceland*— le redituó premios, ventas millonarias y, hay que reconocerlo, críticas de quienes lo vieron como una especie de imperialista ventajoso. (A Sting le pasó algo similar cuando produjo, en 1985, su disco *The Dream of the Blue Turtles*, para el que recurrió a un grupo de *jazzistas*: el güero inglés sacando provecho a los virtuosos negritos menospreciados). *Graceland*, de Paul Simon, nos presentó al grupo vocal Ladysmith Black Mambazo, al guitarrista Ray Phiri, a The Gaza Sisters, al acordeonista Forere Motloheloa, y nos introdujo a ciertos géneros de la música africana como el *mbaqanga* o el *isicathamiya*, además de darse el lujo de incluir a invitados como Linda Ronstadt o Los Lobos. Después se acercó a Brasil en su disco *The Rhythm of the Saints*, para el que invitó a instrumentistas brasileños que aportaron innegable talento al exitoso resultado final.

Por su parte, a David Byrne, con su sello Luaka Bop —fundado coincidentemente en la misma época que Real World, en 1988 y que sigue activísimo promoviendo y editando nueva música—, también le dio por buscar talentos ocultos para el mercado occidental y produjo discos de Tom Ze, Silvio Rodríguez, Zap Mama, Os Mutantes o Susana Baca, por citar unos cuantos.

Uno de los mayores descubrimientos de Real World fue, sin duda, Nusrat Fateh Ali Khan, el más grande exponente del *qawwali* —la música devocional de los sufíes—, quien cantaba sentado, pesaba más de ciento treinta kilos, tenía problemas en el hígado y los riñones y murió en 1997 a los cuarenta y ocho años de edad. (Casualmente, Nusrat falleció un 16 de agosto, al igual que Robert Johnson, el genio del *blues* de quien tomé inspiración para titular esta columna: *Crossroads*).

Y precisamente para la celebración por el trigésimo aniversario de Real World Records se incluye la edición de dos discos de Nusrat Fateh Ali Khan, uno inédito grabado en 1985, y la reedición del maravilloso *Night Song*, realizado en colaboración con el productor Michael Brook. También se editará el recopilatorio *Worldwide 30 Years of Real World Music*. Por lo que se ve, aun con los actuales cambios de hábitos en el consumo de la música, a contracorriente de la facilidad con la que se tienen las músicas de todas partes al alcance de un clic y con las dificultades para interesar a nuevos oyentes, la aventura ideada por Peter Gabriel hace treinta años sigue viva, audaz y con intenciones de seducir a otros públicos con estas músicas mundiales que suenan, pese a todo ●

CONVOCATORIA PERMANENTE
para recepción de colaboraciones

Call for papers

Próximo #11
MAYO-OCTUBRE
2020

~~EL ORNITORRINCO TACHADO~~
REVISTA DE ARTES VISUALES

ornitorrincotachado.uaemex.mx
revista_ornitorrinco@uaemex.mx
+(52 722) 215 93 34

Universidad Autónoma del Estado de México
FACULTAD DE ARTES
redalyc.org
latindex catalogo 2.0

PASODEGATO
REVISTA MEXICANA DE TEATRO
número 79

DOSSIER:
Teoría, historia y gestión del espectador teatral
PERFIL:
Janet Pinela
ESTRENO DE PAPEL:
Meciendo héroes, Tania Castillo

Encuéntrala en **Librería virtual Paso de Gato:** www.libreria.pasodegato.com /paso.degato @pasodegato

Seguimos tendiendo puentes

Radio Universidad de Guadalajara:
Ameca 105.5 FM
Autlán 102.3 FM
Colotlán 104.7 FM
Guadalajara 104.3 FM
Lagos de Moreno 104.7 FM
Ocotlán 107.9 FM
Puerto Vallarta 104.3 FM
San Andrés Cohamiata 89.7 FM
Zapotlán el Grande 94.3 FM
www.radio.udg.mx

Librería
Carlos Fuentes
Universidad de Guadalajara

155 mil libros

131 temáticas

Más de 60
eventos al mes

- Cafetería
- Galería de arte
- Área infantil
- Tienda de regalos y artículos de diseño

@libreriacf

@LibreriaCarlosFuentes

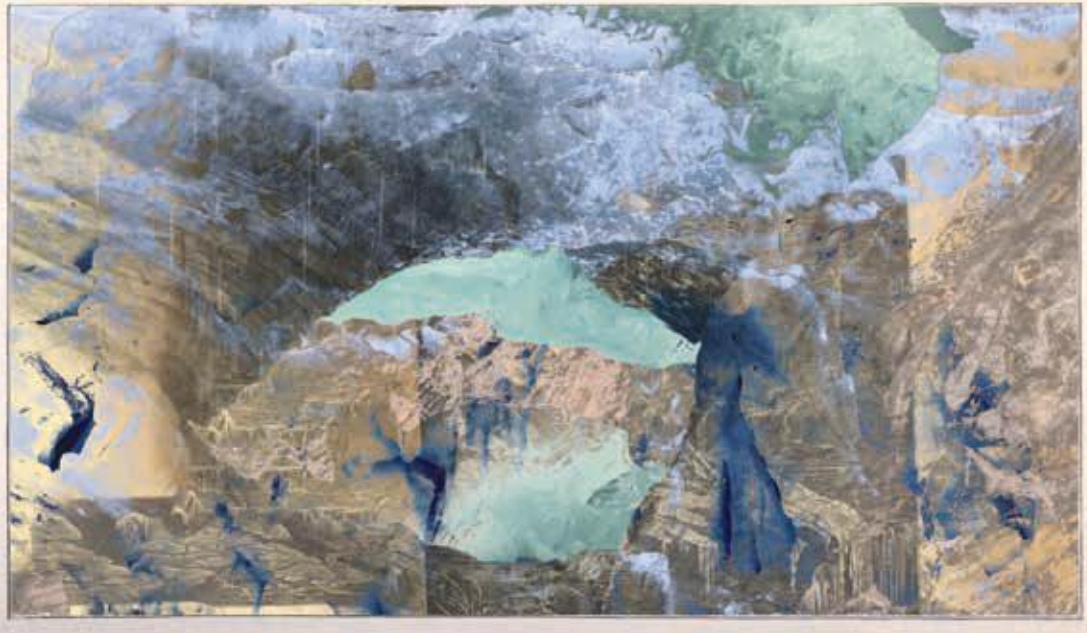
libreriacarlosfuentes.mx

Ubicada en:

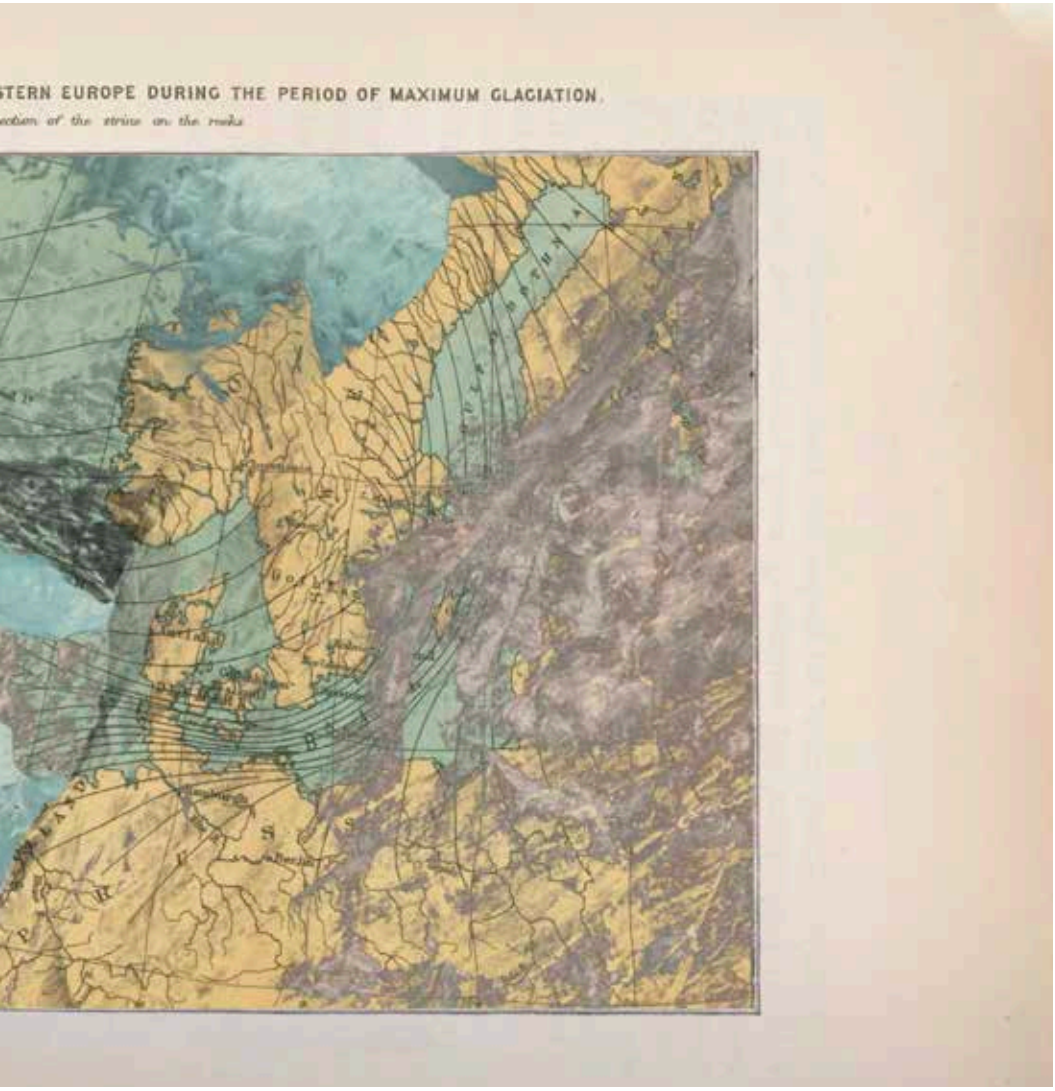
centroculturauniversitario

Himali Singh Soin somos opuestos así

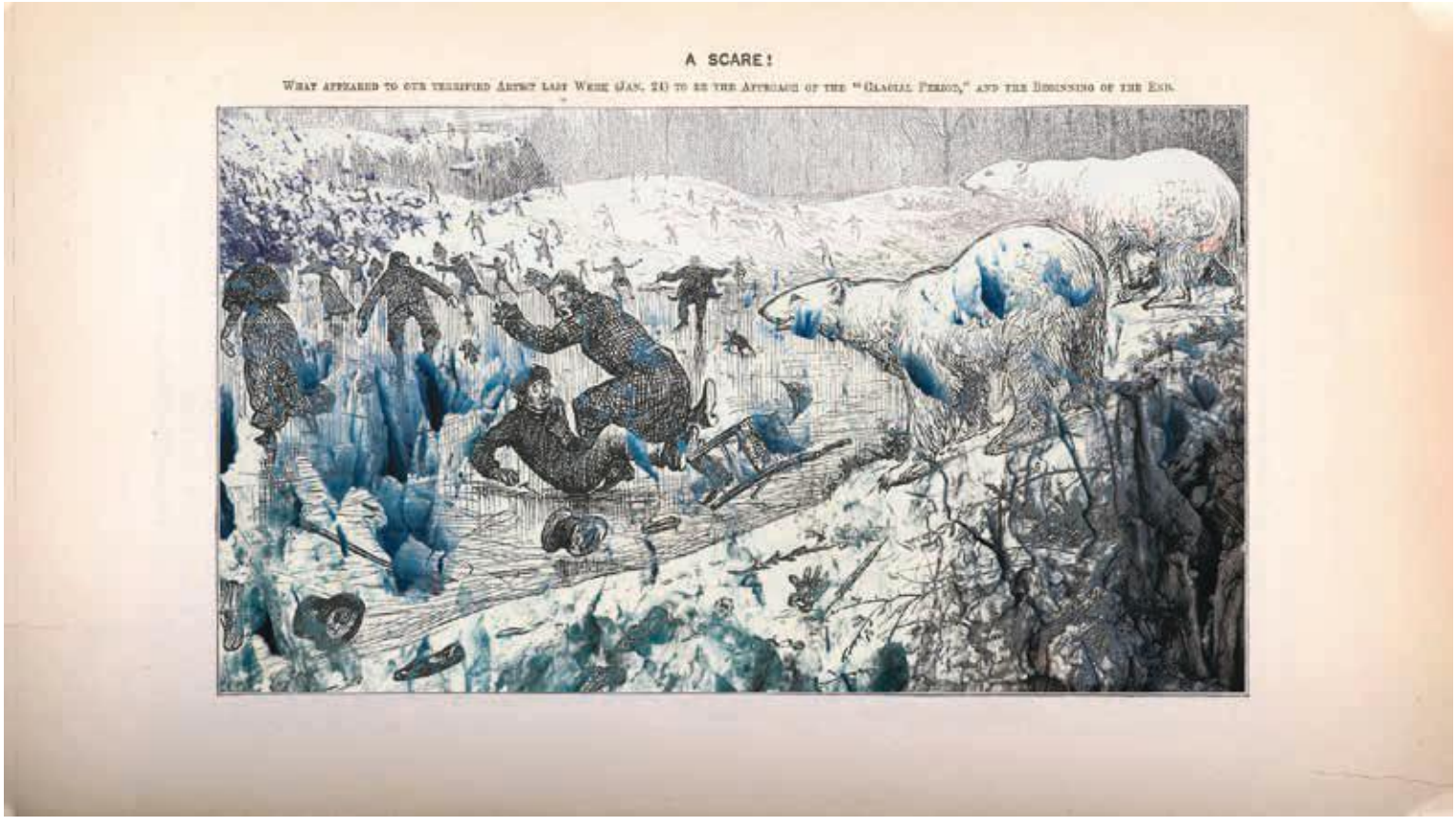
Erratic Blocks or Bowlders resting on Glaciated Rocks.



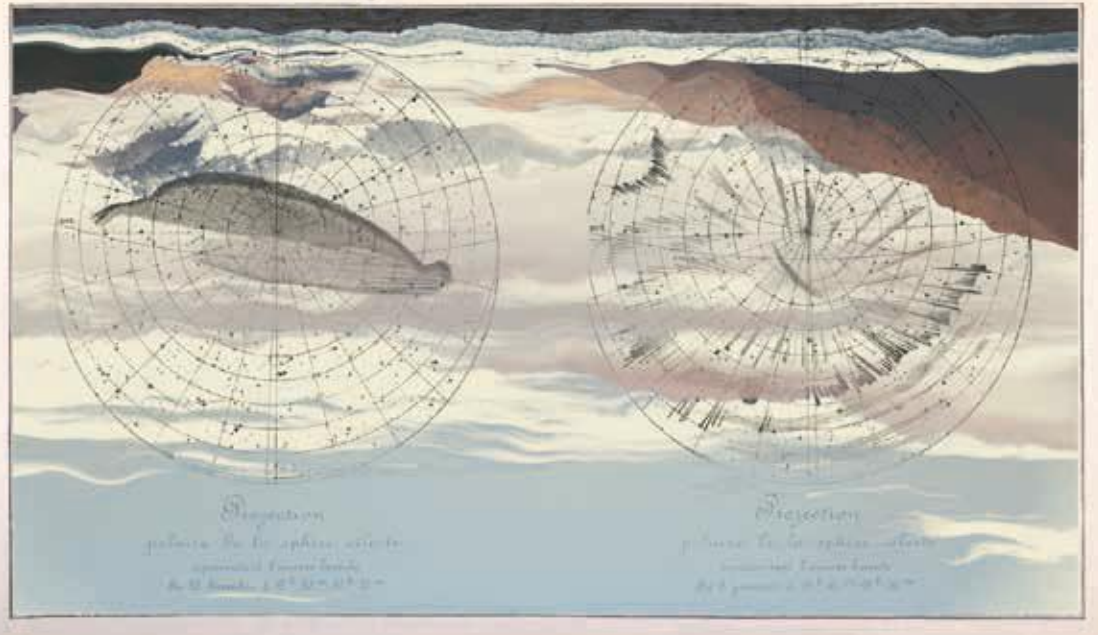
En la obra de Himali Singh Soin se entrecruzan la escritura, el *performance* y la imagen en movimiento. En su arte, el entorno natural es una metáfora de las cosmologías especulativas y revela los conflictos entre las vidas humanas y no humanas.



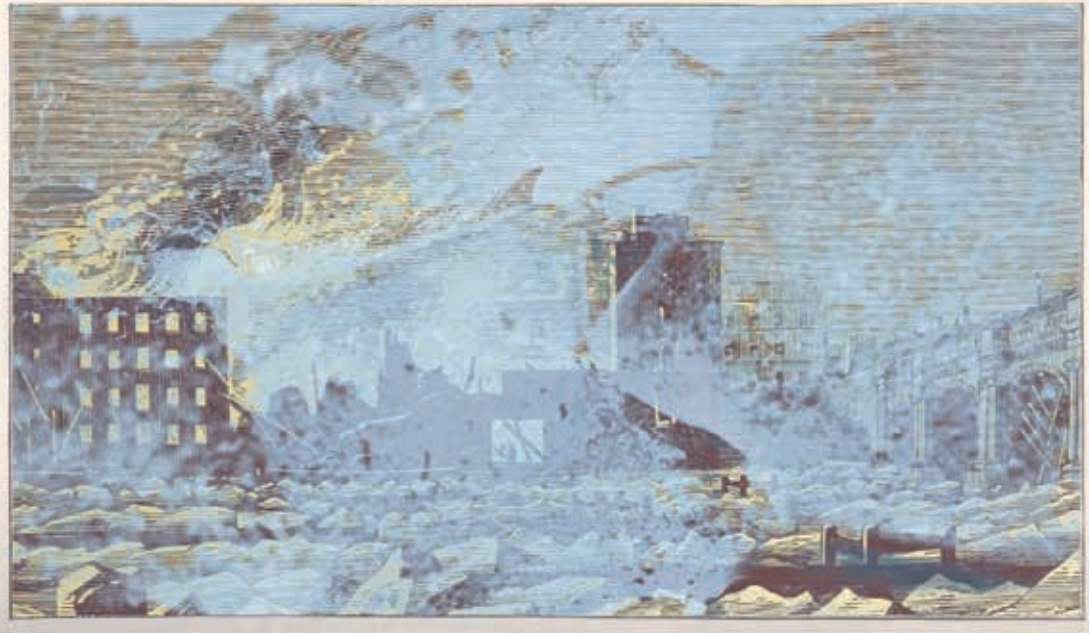
En las piezas de la serie *we are opossite like that* (somos opuestos así), creadas a partir de un proyecto de investigación en áreas remotas de los círculos Ártico y Antártico, Himali Singh Soin crea mitos ficticios para lugares en los que no hay comunidades indígenas ni leyendas. La artista narra sus historias desde la perspectiva no humana de un fósil que se derrite —hielo— y que ha sido testigo de los cambios a través del tiempo.


A SCARE!
What appeared to our terrified Artist last Week (Jan. 21) to be the Approach of the "Glacial Period," and the Beginning of the End.

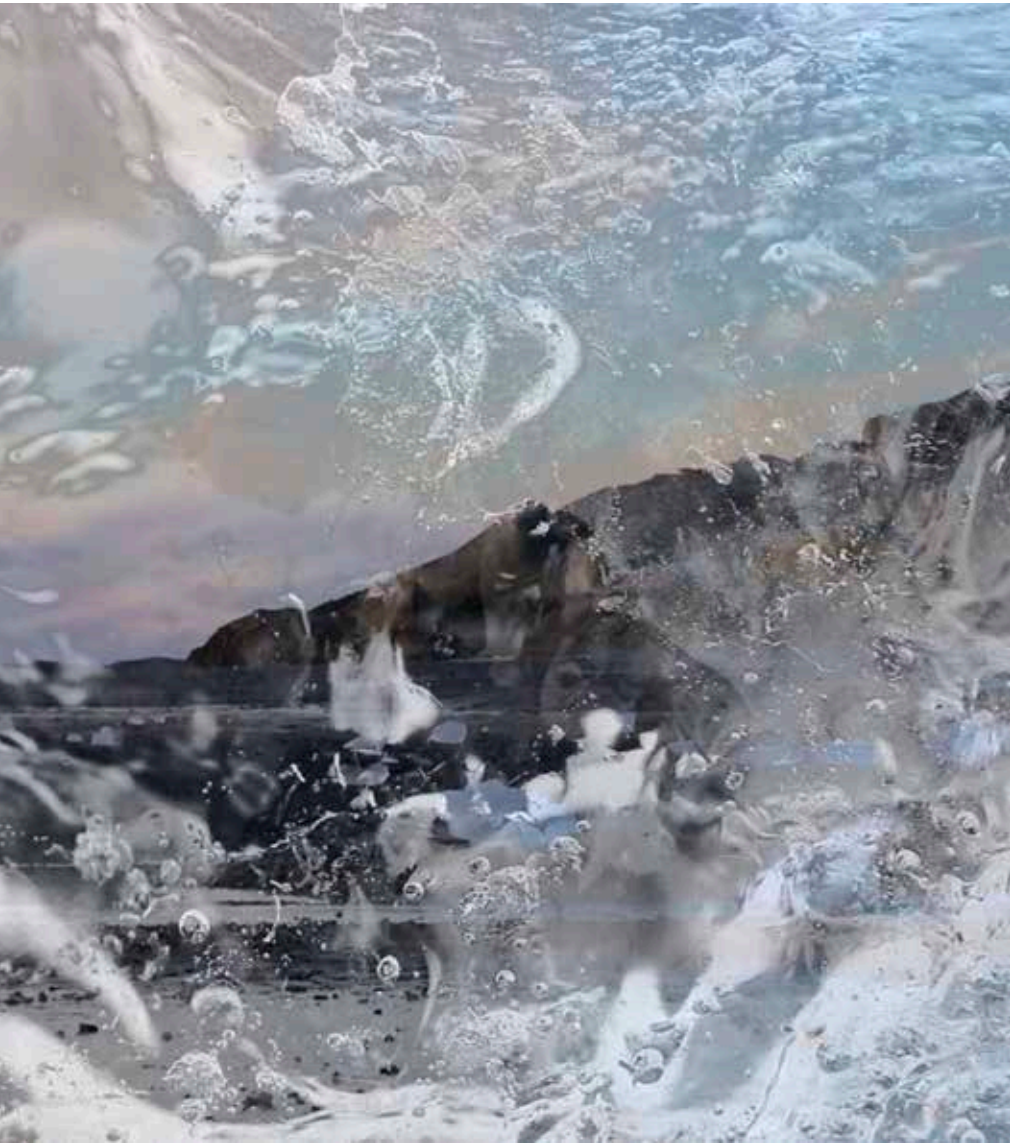
Aurora illustrations, 1882-1883



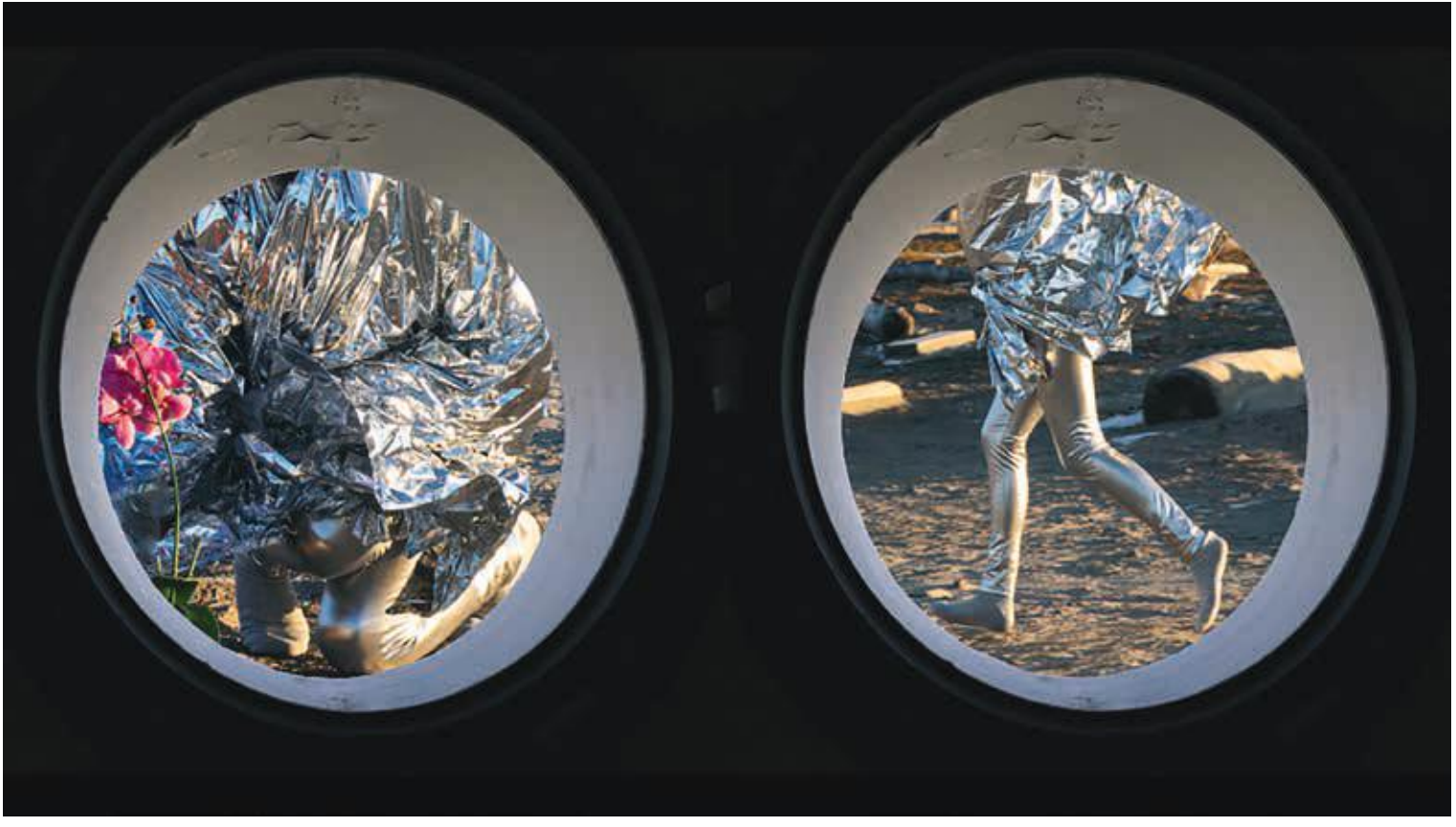
A FROZEN THAMES



Gracias al Frieze Artist Award 2019, Himali Singh Soin lleva ahora la metáfora del hielo a la Gran Bretaña: usa el miedo de la era victoriana a una época glacial inminente, cuando se creía que el hielo ártico subsumiría el país. Ése es el punto de partida para pensar en el extranjero, en el otro.



¿La Gran Bretaña siempre ha temido la invasión del mundo exterior? ¿Podrían sus pasados miedos de desaparecer en un olvido neblinoso, de caer de la grandeza a la insignificancia, estar influenciando su realidad actual? De esta manera, Himali Singh Soin reimagina el hielo como un agente de descolonización, un lienzo vacío para las historias, los deseos y los posibles futuros, y como un canario en una mina de carbón para una inminente catástrofe climática.



Himali Singh Soin, *we are opposite like that* (somos opuestos así), **fotogramas de video + impresión en aluminio, 2019. Video en alta definición, estéreo, color. Cortesía de la artista.**

Restaurante
Kamilos 333
DESDE 1975
LA CASA DE LA KARNE EN SU JUGO
Desayuno
Comida
Cena
Bar
Tradición, sabor y poesía
¡ A la tapatía !
José Clemente Orozco 333 • Santa Teresita • 3825-7869
Facilidades
Reservaciones
Festejo
Factura
Menú Infantil
Salones Privados
Televisión
Área de Llevar

FERIA INTERNACIONAL
DEL LIBRO DE GUADALAJARA®

Que nuestras vidas
sean libros abiertos

$150.00 97

7 52435 78248 7

INVITADO DE HONOR भारत

INDIA

30 nov • 8 dic • 2019

Expo Guadalajara —— fil.com.mx

UNIVERSIDAD DE
GUADALAJARA

UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA

Universidad de Guadalajara
Rector General: Ricardo Villanueva Lomelí
Vicerrector Ejecutivo: Héctor Raúl Solís Gadea
Secretario General: Guillermo Arturo Gómez Mata
Rector del Centro Universitario de Arte, Arquitectura y Diseño: Francisco Javier González Madariaga
Secretario de Vinculación y Difusión Cultural: Ángel Igor Lozada Rivera Melo

Luvina
Directora: Silvia Eugenia Castillero < scastillero@luvina.com.mx >
Editor: José Israel Carranza < jicarranza@luvina.com.mx >
Coeditor: Víctor Ortiz Partida < vortiz@luvina.com.mx >
Corrección: Sofía Rodríguez Benítez < srodriguez@luvina.com.mx >
Administración: Griselda Olmedo Torres < golmedo@luvina.com.mx >
Diseño y dirección de arte: Peggy Espinosa
Viñetas: Jimmar Vásquez, excepto Depositphotos: pp. 64, 170, 186, 520 y 549.

Consejo editorial: Luis Armenta Malpica, Jorge Esquinca, Verónica Grossi, Josu Landa, Baudelio Lara, Ernesto Lumbreras, Ángel Ortuño, Antonio Ortuño, León Plascencia Ñol, Laura Solórzano, Sergio Téllez-Pon, Jorge Zepeda Patterson.

Consejo consultivo: José Balza, Adolfo Castañón, Gonzalo Celorio, Eduardo Chirinos†, Luis Cortés Bargalló, Antonio Deltoro, François-Michel Durazzo, José María Espinasa, Francisco Payó González, Hugo Gutiérrez Vega†, José Homero, Christina Lembrecht, Tedi López Mills, Luis Medina Gutiérrez, Jaime Moreno Villarreal, José Miguel Oviedo, Luis Panini, Felipe Ponce, Vicente Quirarte, Jesús Rábago, Patricia Torres San Martín, Julio Trujillo, Minerva Margarita Villarreal, Carmen Villoro, Miguel Ángel Zapata.

Agradecemos la valiosa colaboración del Dr. A. J. Thomas, director de la revista de la Sahitya Akademi, así como de los Profesores Shyama Prasad Ganguly y Savita Singh. También, el apoyo del Dr. Dibyajyoti Mukhopadhyay, director de la Indo Hispanic Language Academy y de Santiago Ruy Sánchez de Orellana, agregado cultural de la Embajada de México en India.

Programa *Luvina* Joven (talleres de lectura y creación literaria en el nivel de educación media superior): Sofía Rodríguez Benítez < ljoven@luvina.com.mx >

Luvina, año 23, no. 97, invierno de 2019, es una publicación trimestral editada por la Universidad de Guadalajara, a través de la Secretaría de Vinculación y Difusión Cultural del Centro Universitario de Arte, Arquitectura y Diseño. Periférico Norte Manuel Gómez Morín núm. 1695, colonia Belenes, CP 45100, piso 6, Zapopan, Jalisco, México. Teléfono: 3044-4050. *www.luvina.com.mx, scastillero@luvina.com.mx.* Editor responsable: Silvia Eugenia Castillero. Reserva de Derechos al Uso Exclusivo: 04-2006-112713455400-102. ISSN 1665-1340, otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor, Licitud de título 10984, Licitud de Contenido 7630, ambos otorgados por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas de la Secretaría de Gobernación. Impresa por Pandora Impresores, SA de CV, Caña 3657, col. La Nogalera, Guadalajara, Jalisco, CP 46170. Este número se terminó de imprimir el 28 de noviembre de 2019 con un tiraje de 1,300 ejemplares.

Las opiniones expresadas por los autores no necesariamente reflejan la postura del editor de la publicación.

Queda estrictamente prohibida la reproducción total o parcial de los contenidos e imágenes de la publicación sin previa autorización de la Universidad de Guadalajara.

Diagramación y producción electrónica: Petra Ediciones

Distribuida por: Comercializadora GBN, S.A. de C.V. Tel: 55 5618-8551
comecializadoragbn@yahoo.com.mx, comecializadoragbn@gmail.com

www.luvina.com.mx

India, la India, un vasto territorio tan variado que podría concebirse como un continente. Tierras milenarias en donde se fueron asentando diversas tribus, se mezclaron y tejieron culturas múltiples, se expresaron en lenguajes complejos y heterogéneos. De esas lenguas provienen las más de veinte que en la actualidad se hablan y escriben.

Entrar en los entresijos de esos lenguajes es hundirse en la profundidad de sus diferentes literaturas. Todas de una riqueza extraordinaria, nos llevan a un viaje por la geografía de caminos y ciudades tan peculiares, tan fieles a su historia que gracias a su literatura —a las literaturas— acudimos a una sintaxis donde se fusiona la historia con la vida.

En este número, Luvina da cuenta de las cosmologías que animan cada pieza literaria; en ellas el lector puede acceder al flujo de visiones, costumbres y modos de vivir que se agitan dentro de los tejidos de las ficciones, pues la India es un país que ha desarrollado su mitología y su devenir histórico unidos a la naturaleza. Por ello en estas literaturas fluyen ríos, aparecen dioses, brotan los matices de flores y los claroscuros de la espesura de montañas. Además, en estas historias y cantos descubrimos la confluencia de religiones tan dispares como la hindú y la musulmana. Y modos de vida que unen a ambas.

Dado que la India es un país que, como el árbol del baniano que ahí tanto crece, hace de sus raíces el camino para continuar erguido, en este número publicamos autores vivos de diversas generaciones y lenguas variadas: asamés, bengalí, canarés, dogri, gujarati, hindi, inglés, konkani, malabar, malayalam, manipuri, maratí, nepalí, oriya, panyabí, rajastaní, tamil, telugu y urdu; también publicamos algunos textos antiguos —míticos—, como un fragmento del *Ramayana* y algunos poemas de Rabindranath Tagore, entre otros más de la tradición literaria.

Por otra parte, Luvina nos acerca a la realidad de las desigualdades sociales, a la pobreza y la violencia que —como en México— aquejan a la India. Las literaturas que nos ofrece este número nos conducen a un grado de conciencia del transcurrir contemporáneo en las numerosas regiones y los distintos roles sociales que la gente vive en una sociedad organizada por castas. No obstante, la narrativa, la poesía y los ensayos aquí publicados portan la plenitud gozosa de ser obras de arte, críticas, propositivas y, sobre todo, bellas •

Índice

14 ☛ **Poemas** ●
MANGALESH DABRAL (Kaphalpani, 1948). Ha publicado seis poemarios, entre ellos *Linterna en la montaña* (1981) y *Lo que vemos* (1995), por el que ganó el premio de la Academia Nacional de Letras de India.

18 ☛ **Poemas** ●
ASHOK VAJPEYI (Durg, 1941). Poeta, ensayista, crítico literario-cultural. Ha publicado más de quince libros de poesía. Los poemas incluidos aquí están tomados de la antología *A Name for Every Leaf: Selected Poems, 1959-2015*.

22 ☛ **Poemas** ●
LEELADHAR JAGURI (Dhangan, Tehri, Uttarakhand, 1940). Ha publicado una docena de libros de poemas. También es dramaturgo y ensayista.

26 ☛ **Poemas** ●
ANAMIKA (Muzaffarpur, 1961). Poeta. Escribe en hindi. *Kavita Mein Aurat* (Mujer en el poema, Itihas Bodh, 2000) y *Khurduri Hatheliyan* (Rugosas palmas, Radhakrishna Prakashan, 2005) son algunos de sus libros.

28 ☛ **La espera** ***[fragmentos]*** ●
USHA AKELLA (Hyderabad). Es autora de varios libros de poemas y un drama musical sobre la vida de Sai Baba de Shirdi. Es cofundadora de Matwaala, festival literario que reúne a escritores del sudeste asiático residentes en Estados Unidos.

34 ☛ **Octavio Paz y la India** ●
MINNI SAWHNEY (Nueva Delhi, 1962). Profesora de Estudios Hispánicos y jefa del Departamento de Estudios Germánicos y Latinos en la Universidad de Delhi. Especialista en literatura y cultura mexicanas de los siglo XIX y XX. Publicó recientemente el artículo «Viajeros latinoamericanos en la India moderna», en el libro *Explorando modernidades de la India: ideas y prácticas* (Springer, 2018).

42 ☛ **Poemas** ●
MADHAV KAUSHIK (Bhiwani, Haryana, 1954). conocido poeta de nuestros días, escribe poemas en hindi, urdu en inglés. Tiene publicados varios poemarios. Sus zéjeles en hindi gozan de amplia popularidad. Actualmente es vicepresidente de la Academia de Letras de la India.

44 ☛ **Un punto equilibra el resto del universo** ●
NIDHEESH TYAGI (Jagdalpur, 1969). Poeta y narrador. Su libro de microficciones *Tamanna Tum Ab Kahan Ho* está publicado por Penguin.

46 ☛ **Me olvidaste, mi amor** •
Aitar Krishen Rahbar (1933). Autor, entre otras obras, de *Talash* (Búsqueda) y *Bi chus tsur* (Soy un ladrón). Entre los premios que ha recibido está el Khillat-e-Kashmir por su contribución a la lengua cachemir.

54 ☛ **Poemas** •
Savita Singh (Arrah, Bihar, 1962). Poeta y narradora. Escribe en hindi y en inglés. Entre sus poemarios en hindi se encuentra *Apne Jaisa Jeevan* (2001).

59 ☛ **Los orioles han regresado** •
Chandrakanta Mura Singh ((Srinagar, 1938). Su novela *Katha Satisar* (2006) ganó el premio Vyas Samman.

73 ☛ **Reflexiones sobre la literatura de la India: el género poético** •
Shyama Prasad Ganguly. Catedrático retirado de Estudios Hispánicos y Latinoamericanos de la Universidad Jawaharlal Nehru, de Nueva Delhi. Recibió la Orden del Águila Azteca en México en 2018.

98 ☛ **Poemas** •
Asad Zaidi (Karauli, Rajasthan). Es uno de los poetas hindi más reconocidos. Tiene tres libros de poemas: *Behnen aur anya kavitaen* (1980), *Kavita ka jivan* (1988) y *Saman ki talash* (2008).

100 ☛ **Poemas** •
Arun Kamal (1954). Poeta. Vive en Patna. Hasta la fecha han aparecido tres antologías de sus poemas.

102 ☛ **Poemas** •
Anupam Singh (Labeda, 1986) Poeta. Escribe en hindi. Ha publicado en revistas como *Criticism*, *Friday* y *Adhan*. Activista de movimentos de mujeres.

104 ☛ ***Ignarus scriptus*** •
Subhro Bandopadhyay (Calcuta, 1978). Recibió el Premio Nacional de Escritores Jóvenes de India en 2013 por su libro de poemas *Bouddho lekhomala o onyanyo shraman*. Dirige la revista de poesía *podyocharcha* desde 1999. Es profesor de español en el Instituto Cervantes, en Nueva Delhi.

110 ☛ **La campana suena en la escuela para ciegos** •
Debarati Mitra (1946). Poeta. Uno de sus libros es *Andha Skoole Ghanta Baje*. Recibió el premio Ananda Puraskar para poesía en 1995.

112 ☛ **La tierra natal de Meherunnisa** •
Shukti Roy (Calcuta, 1962). Autora de varios poemarios y libros de narrativa. Escribe en inglés, español y bengalí. Es secretaria de Los Hispanófilos, asociación que promueve el español en la India y la cultura india en Hispanoamérica. Ha publicado la novela *Mayabini* (Hechicera) y el libro de cuentos *Sagarpriya* (La amada del mar).

124 ☛ **Si me preguntas** •
Joy Goswami (Calcuta, 1954). Poeta, novelista, ensayista. Ha publicado veinticinco poemarios, entre ellos *¿Qué es el polvo floreciente?* (2011) y *Familiares* (2011). Ha ganado numerosos premios, entre ellos el Ananda Purashkar, en dos ocasiones.

129 ☛ **Danpatra, acta de donación** •
Amar Mitra (Shatkhira, Bangladesh, 1951). Vive en Calcuta. Escribe en bengalí. Ha escrito alrededor de cincuenta libros: de cuentos, novelas, para niños. Ha ganado, entre otros premios, el Sahitya Akademi Award, el Bankim Puroskar y el Sarat Puroskar.

141 ☛ **El último día es terrible** ●
Sudip Bhattacharyya (Calculta, 1975). Entre sus libros se encuentran *Swapnera Chuti Nik Kichudin* (Kolkata Utol Hawa) y *Aronger Dhuti Nodiar Tat* (Trimukh Publication).

143 ☛ **Shadon y sus caminitos** ●
Joya Mitra (Dhanbad, 1950). Escribe en bengalí. Novelista, poeta y traductora. Autora de *Matando los días: memorias de la prisión* (2004). Recientemente publicó el libro de ensayos *Kolom* (La pluma, Dey's Publishers) y el poemario *Kalo moyur nache* (Baila el pavo negro, Khoai).

150 ☛ **¿Qué dijo, globalización?** ●
Subodh Sarkar (Kishnanagar, 1958). Poeta, narrador y editor bengalí. Entre sus libros más recientes se encuentra *En mi falso inglés* (*In my Bastard English: poems and Diaries,* Yash Publications, Nueva Delhi, 2012).

151 ☛ **Poemas** ●
Amitesh Mait (1962-2001). Fue uno de los poetas más destacados en Bengala contemporánea, con unos catorce libros de poemas.

155 ☛ **Lágrimas de Dios** ●
Shamik Ghosh (Calcuta, 1983). Escritor en bengalí. Ganó el premio Sahitya Akademi Yuva Puraskar en 2017 por su libro de cuentos *Elvis O Amolasundari*.

163 ☛ **Alfabetos** ●
Sharmila Ray (1960). Vive en Calcuta. Autora de cinco libros de poesía, entre ellos*: Es una fantasía, es realidad* (*It's a fantasy, it's reality*, Punaschya, 2010).

164 ☛ **Poemas** ●
Shankha Ghosh (Chandpur, 1932). Poeta y crítico literario. Ha publicado sesenta libros, entre ellos dieciséis poemarios. En 2016 recibió el premio Jnanpeeth.

168 ☛ **Cineasta** ●
Tanmoy Chakraborty (Calculta, 1970). Poeta y narrador, escribe en bengalí. Tiene diez volúmenes de poesía y ha recibido, entre otros, los premios Krritibash Puroshkar, Maheshsweta Devi Memorial Award y Dwijendralal Roy Padak.

169 ☛ **No apto** ●
Anindita Das (Calculta, 1974). Ha publicado sus relatos en las revistas *Icche Dana*, *Pratilipi Bengali*, *Bak* y *Momspresso Bangla*.

172 ☛ **La lista de deseos del jugador** ●
Srijato (Calcuta, 1975). Poeta, letrista, novelista. Ganó el premio Ananda Puroskar (2004) por su libro *Udanta Sawb Joker*.

173 ☛ **Ribereño** ●
Amrita Nilanjana (Calcuta). Narradora. Autora de un libro de cuentos en inglés, idioma al que tradujo cinco obras de teatro de Ritwik Ghatak, publicadas en 2018.

181 ☛ **El dolor** ●
Bava Chelladurai. Narrador y poeta tamil. Su libro de cuentos *Santuario donde se esconden las estrellas* (*Natchathirangal Olinthu Kollum Karuvarai*) ganó varios premios, entre ellos el Tamil Nadu Progressive Writers Association Award.

188 ☛ **Poemas** ●
Angshuman Kar (Beliatore, Bankura). Escribe poesía y prosa. Uno de sus poemarios más recientes es *Mi ciervo dorado* (2012).

190 ☛ **Junto al río** ●

Jerry Pinto (1966). Poeta, narrador, periodista. Vive en Bombay. Escribe en inglés. Entre sus libros se encuentra *Helen: The Life and Times of an H-Bomb* (*Helen: la vida y los tiempos de una bomba H*), que ganó el Premio al Mejor Libro de Cine.

195 ☛ **Poemas** ●

A. J. **Thomas** (Kerela, 1952). Poeta. Escribe en inglés. Traductor del malayalam, su lengua materna. Sus poemas han sido incluidos en varias antologías, entre ellas *The Dance of the Peacock*.

198 ☛ **Poemas** ●

Mamang **Dai** (Pasighat, 1957). Poeta, novelista y periodista. Residente en Itanagar, Arunachal Pradesh. Recibió el Premio Sahitya Akademi en 2017 por su novela *The Black Hill*.

201 ☛ **Poemas** ●

Sampurna **Chattarji** (Dessie, Etiopía, 1970). Una de sus últimas publicaciones es *Over and Under Ground in Mumbai & Paris* (Context / Westland Publications, 2018), en colaboración con Karthika Naïr y con ilustraciones de Joëlle Jolivet y Roshni Vyam.

205 ☛ **La poesía fue la lengua materna de Nirendranath Chakraborty** ●

Nirmal Kanti Bhattacharjee (Silchar, Assam, 1947). Traductor y crítico. Entre sus libros se encuentra *El fantasma de Gosain Bagan*. Fue editor de *Indian Literature* y director del National Book Trust y de la K. K. Birla Foundation. Desde 2013 es el director editorial de la editorial Niyogi Books.

210 ☛ **Poemas** ●

Ranjit **Hoskote** (Bombay, 1969). Poeta. Autor de más de veinticinco libros de poesía, crítica de arte, historia de la cultura y poesía traducida. Uno de sus poemarios más recientes es *Central Time* (2014).

213 ☛ **Poemas** ●

Keki **Daruwalla** (Lahore, 1937). En 1984 obtuvo el Sahitya Akademi Award. El año pasado publicó el libro *Swerving to Solitude: Letters to Mama* (Simon & Schuster India).

216 ☛ **Poemas** ●

Sudeep **Sen** (Nueva Delhi, 1964). Uno de sus últimos títulos es *Blue Nude: New Poems, Ekphrasis, Anthropocene* (2019).

221 ☛ **Poemas** ●

Arundhathi **Subramaniam**. Poeta y prosista. Tiene diez libros publicados. Su poemario *When God is a Traveller* fue finalista del Premio T. S. Eliot en el Reino Unido. Ha ganado los premios Khushwant Singh Memorial, Raza y el International Piero Bigongiari, en Italia.

226 ☛ **Poemas** ●

Geet **Chaturvedi** (Bombay, 1977). Poeta, cuentista y novelista. Su libro más reciente de poemas es *Nyoonatam Main*. Recibió los premios Bharat Bhushan Agrawal Award (2017), por poesía, y Krishna Pratap (2014).

229 ☛ **Cosas que dejar atrás *[fragmento]*** ●

Namita Gokhale (Lucknow, 1956). Escritora, editora y directora del Festival de Literatura de Jaipur. Es autora de dieciséis libros, entre ellos la novela *Things to Leave Behind* (Viking / Penguin Random House, 2016), de la que aquí presentamos un fragmento.

234 ☛ **Prisionero en la ilusión del cuerpo** ●

Pravasini Mahakud (Kokkasara, 1957). Poeta de la lengua oriya. Ha publicado múltiples poemas en medios impresos.

236 ☛ **Poemas** ●
SUKRITA **PAUL KUMAR** (Nairobi). Entre sus libros más recientes se encuentra *Seven Leaves, One Autumn* (Rajkamal Publications, 2011).

240 ☛ **Mujer nacida en la biblioteca** ●
Vipin Choudhary. Poeta, narradora. Ha publicado los poemarios *Nai Sadi Ke Haskashtra* (2002), *Andhere Ke Madhya Se* (2008) y *Ek Baar Phir* (2008).

242 ☛ **Nonato en un círculo** ●
SONNET MONDAL (Calcuta). Sus libros más recientes son *Karmic Chanting* (Copper Coin Publishers) y *Ink & Line* (Dhauli Books).

244 ☛ **Leila** ***[fragmento]*** ●
PRAYAAG AKBAR (Calcuta, 1982). Periodista y novelista. En 2017 publicó la novela *Leila* (Simon & Schuster), que ganó los premios Crossword Book Award y el Tata Literature Live First Book Award. En junio pasado comenzó a transmitirse en Netflix la serie basada en esta novela.

259 ☛ **Hogar** ●
SARABJEET GARCHA. Vive en Delhi. Poeta bilingüe inglés/hindi. Ha publicado cuatro poemarios, entre ellos *A Clock in the Far Past* (Un reloj en el pasado lejano, Dhauli Books, 2018), de donde se tomó su poema «Hogar».

261 ☛ **Poonachi o la historia de una cabra negra** ●
PERUMAL MURUGAN (Tiruchengode, 1966). Escribe en tamil. Entre sus novelas traducidas al inglés se encuentran *Seasons of the Palm* (Estaciones de la palma) y *Current Show* (Espectáculo actual).

268 ☛ ***Nelumbo Nucifera*** ●
LAKSHMI KANNAN (Mysore, 1947). En 1988 publicó la novela *Going Home (*Orient Black Swan Private Limited.).

270 ☛ **Poemas** ●
RAJATHI SALMA (pseudónimo de Rokkiah Begum, 1968). Narradora y poeta musulmana tamil. Su novela más reciente es *Manaamiyangal* (Los sueños, 2016).

277 ☛ **Adiós,** ***Mahatma*** ●
DEVIBHARATHI (pseudónimo de Nallamuthu Rajasekaran, nacido en Tamilnadu). Narrador y poeta. Escribe en tamil. *Adiós, Mahatma* es el título de su primer libro de cuentos.

304 ☛ **Escribir por una canción** ●
G. N. DEVY (Maharastra, 1950). Activista cultural y académico. Creador de instituciones como la Academia Adivasi. Sus publicaciones más recientes son *The Question of Silence* (La cuestión del silencio, 2019) y *Countering Violence* (Oponerse a la violencia, 2019). Escribe en maratí, gujarati e inglés.

308 ☛ **Poemas** ●
N. **SUKUMARAN** ((Coimbatore, Tamilnadu, 1957). En enero de este año, Kalachuvadu Publication Nagercoil editó su poemario *'Sevvaikku marunal aanal puthankizhamai alla*.

312 ☛ **El espejo de Bélgica** ●
SIRPI BALASUBRAMANIAM (Aathupollachi, 1936). *Irahu* (1996) y *Margazhip paavai* (2010) son dos entre sus múltiples libros de poemas. En 2018 recibió el premio Puthiyathalaimurai Tamilan, por sus logros de toda una vida.

315 ☛ **Caravanas: continúen. Poéticas indias contemporáneas** ●

H. S. Shivaprakash (Bangalore, 1954). Poeta y dramaturgo canarés. Su primer poemario, *Milarepa*, apareció en 1977. Tiene otros cuatro libros de poemas: *Anukshana Charite*, *Suryajala*, *Maleye Mantapa* y *Matte Matte*. En 2017 ganó el premio Kusumagraja Rashtriya Puraskar.

326 ☛ **Poemas** ●

Basavaraj **Hrutsakshi** (Sirdar, 1984). Poeta canarés. Su libro *Kasabarige Pada* recibió el premio Rajya Sahitya Academy.

328 ☛ **Corte en *u*** ●

L. C. Sumithra. Narradora, ensayista y poeta. Escribe en canarés. El título de uno de sus libros de cuentos es *Gubbihallada Sakshiyalli*. Tiene cuatro libros de ensayos y dos antologías de poemas.

333 ☛ **Poemas** ●

Mamta **Sagar** (Bangalore, 1966). Académica, poeta, traductora y narradora. Ha publicado cuatro poemarios, cuatro obras de teatro y una colección de ensayos críticos sobre género, lenguaje, literatura y cultura, entre otros libros.

335 ☛ **Poemas** ●

Rajendra **Prasad** (Kodavaththi, 1987). Es editor de la revista de literatura en canarés *Sankathana*. Uno de sus últimos libros publicados es *Nirolage Mayada Jolige* (2018).

340 ☛ **La rueca de Ammi** ●

Arif Raja (1983). Uno de sus últimos libros es *A Raiment for Fire* (2012).

343 ☛ **Poemas** ●

Ramesh **Aroli.** Poeta canarés. Es profesor de periodismo en el Kamala Nehru College, en la Universidad de Delhi.

347 ☛ **Poemas** ●

H. S. **Shivaprakash**

350 ☛ **Fuera de la norma** ●

Lakshmi Nandan Bora (Nagaon, 1932). Novelista y cuentista. Escribe en asamés. Ha publicado más de sesenta libros, entre ellos las novelas *Patal Bhairavi* y *Kayakalpa*.

363 ☛ **La historia de una historia** *[tres fragmentos]* ●

Kushal Dutta (1976). Poeta, periodista y editor. Entre sus libros de poemas se encuentran *El pájaro eléctrico* (2005) y *El vaquero listo sabe por qué no hay que dispararle al nido del pájaro en incubación* (2008).

365 ☛ **Poemas** ●

Bijoy **Sankar Barman**. Poeta y traductor. Entre sus libros de poemas se encuentran *Deo* (2006), *Ashokastami* (2011) y *Barnamuki* (2015). Ha ganado los premios Munin Barkataki y Kendra Sahitya Akademi Yuva Puraskar.

367 ☛ **Poemas** ●

Biman **Kumar Daley**. Poeta. Ha publicado cuatro libros de poemas. Sus textos han aparecido en revistas como *Prantik* y *Prakash*.

369 ☛ **Más pronto que el instante** ●

Bibha Rani Talukdar. Poeta. Escribe en asamés. Ha publicado cinco poemarios. Recibió el premio Munin Borkotoky.

371 ☛ **Poema** ●
LUTFA HANUM **SALIMA BEGUM.** Poeta. Escribe en asamés. Ha publicado cinco poemarios. Recibió el premio Munin BORKOTOKY.

372 ☛ **El ojo** ●
MOUSHUMI KANDALI. Joven narradora, crítica de arte y traductora. Escribe en asamés. Tiene tres libros de cuentos: *Lambada Nachor Seshot*, *Tritiyottor Golp* y *Mockdrill*. Ha recibido los premios Yuva Purashkar y Munin Borkatoky Memorial, entre otros.

382 ☛ **Serpientes negras venenosas** ●
BACHINT KAUR (Patiala, 1940). Escritora panyabí, ha publicado numerosas colecciones de historias, poesía y libros para niños.

388 ☛ **Poemas** ●
NIRUPAMA **DUTT** (1955). Poeta, periodista y traductora. Con su primer libro de poemas, *Una corriente algo oscura*, ganó el Delhi Punjabi Akademi Award en 2000.

390 ☛ **Poemas** ●
SURJIT **PATAR** (1945). Poeta. Ha publicado tres libros de poemas. Ganó el Sahitya Akademi Award.

392 ☛ **Una tierra extranjera** ●
GOURAHARI DAS (Bhadrak, Odisha, 1960). Narrador, periodista, académico. Ha publicado libros en casi todos los géneros literarios, principalmente novelas y cuentos. Ganó el premio Sahitya Akademi.

403 ☛ **Enamorado del cráneo** ●
RAJENDRA KISHORE PANDA (Batalaga, 1944). Ha publicado dieciséis libros de poesía. En 2003 se publicó un tomo con su poesía reunida.

405 ☛ **Negociando la heterogeneidad: la literatura india después de la Independencia** ●
K. SATCHIDANANDAN (Pulloot, Kerala, 1946). Escribe en malayalam y en inglés. Sus libros más recientes son *Pakshikal ente pirake varunnu'* (Los pájaros me persiguen, DC Books, 2017) y *Not Only the Oceans* (No sólo los océanos, Poetrywala, 2018).

419 ☛ **Escritura** ●
ANITA THAMPI (Kerala, 1968). Dos de sus libros de poemas son *Muttamatikkumbol* (2004) y *Azhakillathavayellam* (2010).

421 ☛ **Moradas** ●
ANVAR ALI (Trivandrum, Kerala, 1966). Poeta. En 2018 apareció la segunda edición de su libro de poemas *Mazhakkalam*.

423 ☛ **Muerte y funeral de la hermana Alphonsa** ●
PAUL ZACHARIA (1945). Es un renombrado escritor malayalam de cuentos cortos, novelas y ensayos. Su obra ha sido ampliamente traducida al inglés y a otros idiomas. Recibió el premio de la Sahitya Academi por su colección de cuentos cortos *Zachariyayute Kathakal*.

429 ☛ **Una afectuosa esperanza** ●
MANTHRI KRISHNA MOHAN (Markapuram, 1978). Ha publicado dos poemarios: *Matti Palakalu* (2011) y *Pravahinche Paadalu* (2012).

431 ☛ **¿Dónde está mi casa?** ●
MUKUNDA RAMA RAO (1946). Poeta y cuentista. Ha publicado dieciséis libros de poemas en telegu y uno en inglés. Tiene dos libros de cuentos. Recibió el premio Sri Ramana Sumanasree.

437 ☛ **Parando en nada** ●

José Lourenço (Goa, 1967). Cuentista, poeta y ensayista. Escribe en konkani y en inglés. Publicó el libro *Iglesias parroquiales de Goa*, un estudio de arquitectura de fachadas.

445 ☛ **Poemas** ●

Wilson Kateel (pseudónimo de Wilson Roshan Sequeira). Poeta y letrista. Escribe en konkani. Sus libros más recientes son *Tasveenth* (Karnataka Konkani Sahitya Academy Publication, 2015) y *Paklyo* (Dhyanavana Prakashana, 2015).

447 ☛ **Poemas** ●

Hemant Divate (Maharastra, 1967). Editor, traductor y poeta maratí. Cuenta con seis poemarios publicados. Es fundador y editor de la revista *Abhidha Nantar*, que se ha publicado ininterrumpidamente por dieciocho años.

454 ☛ **Aldea global** ●

Pradnya Daya Pawar. Entre sus libros de poemas se encuentran *Antastha*, *Utkat Jivghenya Dhagiwar* y *Aarpaar Layit Pranantikand Drushyancha Dhobal Samudra*. Ha obtenido los premios Birsa Munda Sanman Puraskar (2009) y Bodhivardhan Puraskar (2010).

456 ☛ **Liberación** ●

Varsha Adalja (Bombay, 1940). Narradora, ensayista, dramaturga. Escribe en gujarati. Entre sus libros se encuentran la novela *Ansar* (1992) y la antología de cuentos *Varsha Adaljani Shreshth Vartao* (1992, IIa Arab Mehta).

465 ☛ **Vishvaamitri, detrás de la curva** ●

Sitanshu Yashaschandra (Bhuj, 1941). Poeta, crítico literario, dramaturgo, editor. Ha publicado los poemarios *Odysseus nu Halesu* (1974), *Jatayu* (1986) y *Vakhar* (2008).

470 ☛ **Jaisalmer** ●

Gulam Mohammed Sheikh (Guyarat, 1937). Pintor, poeta y crítico de arte. Entre sus libros se encuentra el poemario *Athwa*. Fue galardonado con el premio Padma Bhushan por el Gobierno de la India.

471 ☛ **Ladrones** ●

Girdhari Lal Malav (1937). Escritor de Rajastán. Entre sus libros publicados se encuentran la colección de cuentos *Kheenchdyan Ki Soram* y la novela *Ek Aur Bhagirath*.

479 ☛ **El poder de los sueños** ●

Indra Bahadur Rai (Darjeeling, 1927-2018). Novelista, cuentista, crítico literario. Pionero de la literatura en nepalí de la India. Su primer libro publicado fue *Vipana Katipaya* (1960) y el último *Pachila Chuniya Ka Lekh Haru* (2018).

485 ☛ **Pescado: una historia amenazante** ●

K. P. Ramanunni (Ponnani, 1955). Novelista y cuentista. Su primera novela, *Sufi Paranja Katha* (Lo que dijo el sufí), ganó el premio de la Sahitya Akademi en 1995, galardón que obtuvo de nuevo en 2017 con la novela *Daivathinte Pusthakam* (El propio libro de Dios).

498 ☛ **La decisión** ●

Musharraf Alam Zauqi (1962). Narrador, poeta, crítico y columnista. Escribe en urdu. Ha publicado más de treinta títulos, entre ellos once novelas y diecinueve libros de cuentos. Ha recibido, entre otros reconocimientos, el Krishna Chandra Award.

502 ☛ **La luna y Rahu** ●
Keisham Priyokumar (Manipur, 1949). Cuentista. Ha publicado cinco libros de cuentos. Entre sus publicaciones se encuentra el volumen *Nongdi Tarakhidare* (1995).

507 ☛ **Hello Maya** ●
Lalit Magotra (1944) Cuentista, dramaturgo, ensayista y crítico literario. Escribe en dogri. Ha publicado múltiples libros de cuentos. Por su libro de ensayos *Cheten Diyan Ga'liyan* ganó el premio de la Sahitya Akademi.

513 ☛ **Entre labios** ●
Desmond Kharmawphlang (1964). Poeta y folclorista, ha publicado colecciones de poesía y libros de ensayos teóricos sobre folclore.

515 ☛ **Poemas** ●
Kynpham **Sing Nonkynrih** (Cherrapunjee, Meghalaya, 1964). Poeta, escritor y traductor, escribe en khasi e inglés. Trabaja como lector en el Departamento de Inglés de la Universidad North-Eastern Hill (NEHU), en Shillong. Edita el boletín universitario *NEHU News* y la primera revista de poesía en khasi, *Rilum*.

518 ☛ **La visión de Arjuna como imagen poética** ●
Elsa Cross (Ciudad de México, 1946). *Nepantla* (Era, 2019) es su libro de poesía más reciente.

529 ☛ **Literatura antigua de la India** ***[Compilación]*** ●

552 ☛ **Poemas** ●
Rabindranath **Tagore** (Calcuta, 1861-1941). Fue distinguido con el Premio Nobel de Literatura en 1913.

PREMIO FIL DE LITERATURA EN LENGUAS ROMANCES

555 ☛ **Poemas** ●
David Huerta (Ciudad de México, 1949). Es el ganador este año del Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances. Su poesía fue reunida en 2013 en dos volúmenes con el título *La mancha en el espejo* (Fondo de Cultura Económica).

Arte

somos opuestos así

Himali Singh Soin (Nueva Delhi,1987). Escritora y artista. Divide su tiempo entre Londres y Nueva Delhi. Usa metáforas relacionadas con el espacio exterior y el entorno natural para construir cosmologías imaginarias de interferencias, enredos, profundos vacíos, escombros, retrasos, alienación, distancia e intimidad. Al hacer esto, analiza detenidamente la pérdida ecológica y la pérdida del hogar, y busca refugio en algún punto de la radicalidad del amor. Sus especulaciones se realizan en entornos audiovisuales inmersivos. Con la pieza que se presenta aquí, *we are opposite like that*, ganó este 2019 el Frieze Artist Award. Ha expuesto, desde 2013, en galerías de Nueva Delhi, Nueva York, Londres, Chicago, Oslo, Moscú, Ciudad de México, Riga y Liverpool, entre otras ciudades.

• PÁRAMO •

Cine

- **Hitos del cine indio** • Hugo Hernández Valdivia 557

Libros

- ***Nepantla:* una sonoridad en sí misma** • Silvia Eugenia Castillero 559
- **Contra la indeterminación ontológica** • José Israel Carranza 561
- **Zurcir el tiempo** • Alonso Tolsá 563
- **Camino a casa: poesía y recapitulación en Juan Carlos Abril** • José Homero 565
- **En Atípica Editorial leen, escriben, hacen libros** • Víctor Ortiz Partida 568

Lecturas

- **Laberíntica ciudad. Sobre algunas líneas de David Huerta** • Gustavo Íñiguez 570
- **La India caribeña de V. S. Naipaul** • Alejandro Espinosa Fuentes 574
- **Sobre los componentes sinestésico y escrito de la experiencia mística en Victoria Cirlot** • Luis Jorge Aguilera 576

Plástica

- **Martha Pacheco: entre el realismo y la marginalidad** • Baudelio Lara 582
- **Cámara en mano, en la India** • Julieta Marón 585

Música

- ***(In)tensa calma*** • Gamaliel Ruiz 587

In memoriam

- **Enrique Servín (1958-2019)** • Françoise Roy 589

Primera lectura

- **Una migala sobre el tablero del poema** • Luis Armenta Malpica 592

Zona intermedia

- **India: ciertas paradas, ciertas miradas, ciertas realidades** • Silvia Eugenia Castillero 596

Visitaciones

- **La India y el amor** • Jorge Esquinca 603

Sigilosos v(u)elos

- **Arrebato** • Verónica Grossi 605

Polifemo bifocal

- **Ludwig Zeller (1927-2019)** • Ernesto Lumbreras 606

Anacrónicas

- **Las cosas que digo son ciertas** • María Negroni 608

Encrucijada

- **Mundo Real, treinta años después** • Alfredo Sánchez G. 611

www.luvina.com.mx

Luvina Joven Radio

Radio Universidad de Guadalajara (104.3 FM) / radio.udg.mx / Domingos, 15:00 hrs.

Mangalesh Dabral

Los lugares que quedan

En estos días, olvido cosas todo el tiempo, las pierdo,
pierdo mi pluma, no encuentro mis lentes,
hace un segundo, en algún sitio, vi el color azul,
ahora no sé a dónde se ha ido.
Olvido responder cartas, pagar mis deudas,
darles a mis amigos un hola y un adiós,
lamentando que mis manos sigan llenas de trabajo
que poco tiene que ver conmigo.
A veces, habiendo olvidado algo,
no puedo recordar siquiera olvidarlo.

Mamá solía decirme que fuera a los lugares
donde me había quitado, había visto o guardado esas cosas
por última vez.
Así las encontraba normalmente, emocionado.
Mamá solía decir que estas cosas, dondequiera que estén,
crean un lugar propio y no lo sueltan fácilmente.
Ahora Mamá ya no está conmigo,
sólo queda su lugar.

Las cosas se pierden pero sus lugares permanecen,
se mueven con nosotros toda nuestra vida.
Nosotros nos vamos a otra parte, abandonando nuestras casas, a
[nuestra gente,
el agua, los árboles,
como una piedra que tenía, que el agua arrastró de una montaña;
esa montaña aún ha de conservar un mínimo lugar.
Mientras tanto, mi ciudad fue sumergida por una presa enorme.
Han creado en su lugar otra ciudad
pero yo dije: ésta no es, mi ciudad es ahora un sentimiento vacío.

Las cosas suceden y luego pasan
pero donde pasaron, esos lugares se acumulan,
esos lugares van conmigo,
recordándome todo lo que he olvidado
y todo lo que he perdido.

Los desaparecidos

En los urinarios, y otros lugares frecuentados en esta ciudad
Aún nos topamos con carteles de la gente desaparecida
Que calladamente salió de su casa hace muchos años
A la edad de diez o doce
Se les muestra dueños de una altura promedio
Tez como de trigo u oscura pero nunca clara
Llevan pantuflas de goma
La cicatriz en el rostro de alguna vieja herida
Sus madres aún los lloran
Finalmente se menciona que quienquiera
Que dé noticias sobre los desaparecidos
Recibirá una adecuada recompensa

Pero nadie puede identificarlos
Ya no se parecen a las imágenes desvaídas
En esos carteles
Sobrescrita ahora su tristeza inicial
Por el soportar del sufrimiento
Sus rostros reflejan las estaciones cambiantes de la ciudad
Comen poco duermen poco hablan poco
Sus domicilios siguen cambiando
Enfrentando los días buenos y los malos con ecuanimidad
Habitan su propio mundo
Mirando con ligera curiosidad
Los carteles que los registran desaparecidos
Que sus padres siguen circulando de vez en cuando
Donde siguen teniendo
Diez y doce años.

Manifiesto para asesinos

Sí, sabemos
lo arteros y taimados que somos
Sabemos
cuántas mentiras hemos dicho
Sabemos
a cuánta gente hemos matado
a cuántos golpeado
a cuántos hostigado sin razón
Y no,
no hemos perdonado a las mujeres o los niños.

Cuando la gente llora y gime
les robamos sus hogares
A la vista de todos ocurre nuestro trajín

y sin ser visto
Nadie sabe mejor que nosotros
los detalles cruentos de nuestros actos.

Por eso no nos preocupan
los que saben la verdad sobre nosotros
Sabemos
que nuestra estrategia depende de los muchos
que saben muy poco de nosotros
o no tienen la más remota idea
Y los muchos que sí saben
convienen en que es para bien esto que hacemos
Y quisieran ellos
poder hacer lo mismo.

Versiones de Adriana Díaz Enciso, a partir de las versiones del hindi al inglés de Akhil Katyal («Los lugares que quedan»), Asad Zaidi («Los desaparecidos») y Daisy Rockwell («Manifiesto para asesinos»).

Ashok Vajpeyi

En los huesos de nuestros ancestros

Vivimos en los huesos de nuestros ancestros

escogemos una palabra
y la sintaxis de un siglo pasado
se altera,
abrimos una puerta
y el sonido hace eco en algún lugar de una casa antigua

vivimos como gusanos
bajo una gruesa capa de plantas

dejamos a nuestros hijos
con nuestros ancestros
cuando vamos a trabajar.

Llevamos en canastos
nuestras cargas y el tiempo.
Nos alimentamos simplemente,
bebemos agua fría y caminamos
a lo largo del sendero hacia la eternidad
desvaneciéndonos gradualmente
fuera de la escena
tanto que si alguien mirara

no podría saber
que alguna vez existimos.

Vivimos en los huesos de nuestros ancestros

Mallikarjun Mansur

Marcando su propio ritmo
Mallikarjun Mansur entra
tarde
y marcha antes de tiempo
antes de un tiempo lleno de confusiones, plagado de heridas,
que se está volviendo cada vez más intrascendente,
un tiempo que lo sigue
cuando se arrastra
indigente y lisiado
y pide limosna con manos extendidas
jadeante
Mallikarjun Mansur
de edad avanzada pero con la frente en alto
se inclina sobre
la muerte
pone una mano en su hombro
se detiene y enciende un *beedi*
luego comienza a caminar una vez más hacia un nuevo
destino

sus santas manos no toman nada para ellas
sólo dan dondequiera que vayan
y así va alegremente por el ancho mundo
si Dios
viniera por aquí
no podría
hacerse una idea de Mallikarjun Mansur

Shubhsrava

Hay un río mencionado en los *Puranas*, llamado Shubhsrava. Un río antiguo: quién sabe qué bosques desconocidos atraviesa. Qué tipo de vegetación crece en sus orillas, qué afluentes vienen y se fusionan con él. Dónde está su origen: cuán pequeño, casi imperceptible. Insustancial al principio. Gradualmente toma la forma de un río. Lleno de agua, lleno de plantas, lleno de peces. Lleno de sonido y rebosante de olas de belleza. Un río de infancia: un río joven en la morada de los antiguos. Un río intocado por los dioses. Un río intocado por la geografía. Un río de sólo palabras. Un río hecho de palabras. Un río que fluye junto a lo puro y radiante, luego desaparece. Un río llamado Shubhsrava, aún sin nombre. Un río sostenido en la escritura de un dios infante. Un río imposible, un río escondido, desaparecido. Un río en Shubhsrava: un río en cada río. Fluyendo desde los *Puranas* hasta estas palabras: un río, Shubhsrava

Kedarnath, El poeta

Kedarnath Singh fue quizá el más activo poeta veterano hindi de su época. Era suave pero firme; fue el más premiado y el más honrado, pero también el más humilde y amoroso ser humano. Fue amigo de muchos y a muchos ayudó, siempre dispuesto a compartir las preocupaciones y el dolor de los colegas. Era determinado y sin ambigüedades en su compromiso, pero estaba lejos de mostrar esto como una virtud a los demás. Era medido, pero un poco impaciente en estos días; solía mirar su reloj de vez en cuando en las funciones públicas, pero siempre esperaba. Cualquiera podía notar fácilmente en él una ansiedad serena y una inmensa curiosidad por el mundo, pero también una ausencia sorprendente de la necesidad de juzgar a los demás y autoproclamarse el mejor.

Kedarnath Singh era, de hecho, el *Ajaatshatru* (Inconquistable) de la poesía hindi. Difícilmente hablaba con amargura o dureza de alguien. A pesar de ser progresista, era cercano a Agyeya y era su admirador. Era un poco conservador en sus propios gastos, pero liberal de corazón.

Se contaba entre los poetas cuya modernidad cívica nunca fue criticada por ningún arrebato o altercado, pero que nunca olvidaron sus raíces nativas. Como Sarveshwar Dayal Saxena nunca olvidó el río Kuano de sus días de infancia, Kedarnath tampoco olvidó el Manjhi ka pul. En sus poemas,

personajes como Tolstói o Noor Mian podrían entrar fácilmente. Él era de esos modernistas, los muy raros, que nunca abandonaron sus tempranos rasgos de lirismo. En cambio, ese lirismo lo transformó en narrativa moderna. Su poesía, con frecuencia, ha sido sometida a escrutinio intelectual, pero nunca sometió su poesía a ningún tipo de intelectualismo.

Lo conocí en Allahabad, en el *Sahitykaar Smmellan* que se realizó en 1957. También recuerdo que era un gran admirador del poeta británico Dylan Thomas, del poeta estadounidense Wallace Stevens y del poeta francés René Char. Había traducido a alguno de ellos. Quizás adquirió su lirismo lúcido bajo la inspiración de estos poetas. El título de su primera colección de poemas, publicada por la editorial del escritor Markandya, fue *Abhi, Bilkul Abhi* (Ahora, justo ahora). Su frescura e inmediatez continuaron en sus trabajos posteriores. Él podía llevar las cosas y los personajes más ordinarios a sus poemas e iluminarlos con su brillantez poética. En cierto sentido, su poesía siempre se mantuvo tan fresca y nueva como «ahora, justo ahora».

Sin duda, la de Kedarnath fue una poesía de amor y apego mundano, y a pesar de sus ironías, los celebra profundamente. Difícilmente hay otro poeta de su generación en hindi cuya poesía esté tan bien construida desde el principio hasta el final. Nunca se dejó llevar por la inercia ni se deslizó hacia la inmadurez. Una vez me quejé con él: «Aap kavita ko es kadar sanyamit kar dete hain ki unmen apke kachhe-risate ghao kabhi nazar nahin aate» (Controlas tus poemas de tal manera que tus heridas sin cicatrizar y aún supurantes nunca se asoman en ellos).

Fue el «Ruhe-ravan» de las reuniones literarias en Delhi. Nunca olvidaremos su alegre compañía y su camaradería «Kam kharch Bala nashin». Sus manos cálidas, sus ojos curiosos y sonrientes, su disposición entusiasta para hacer que el mundo fuera mejor y más bonito, cada gesto suyo sigue siendo inolvidable.

Su vida física de ochenta y cuatro años llegó a su fin, pero la segunda vida de su poesía acaba de comenzar. Y, sin duda, esta segunda vida será mucho más larga que su vida física. Su poesía seguramente lo sobrevivirá •

Versiones de Víctor Ortiz Partida, a partir de las versiones del hindi al inglés de Rahul Soni («En los huesos de nuestros ancestros», «Mallikarjun Mansur» y «Shubhsrava»)y de Rahul Rajesh («Kedarnath, el poeta»).

Leeladhar Jaguri

Una carta del interior

Por favor no guardes nada adentro de esta carta
Ni tus ideas ni tus recuerdos
Por favor no guardes nada adentro de esta carta
Ninguna huella de tus relaciones
Dolores ni quejas
Ni la promesa de la siguiente reunión
Ni desvaríos domésticos
Ni tu firma
O esta carta podría ser censurada
Por favor no guardes nada adentro de esta carta

Es porque aquellos que no tienen «hogar»
Los indefensos son los más sospechosos

En un lado del frente el nombre y la dirección de quien recibe
A la vuelta el nombre y la firma del remitente tienen que estar

La propia noticia desea seguridad
Por favor no guardes nada adentro de esta carta

El remitente sabe
Lo que no ha sido escrito
Por qué no ha sido escrito, el lector lo sabrá.

Él también descifrará el espacio en blanco
La letra única que se le adjudicaría a quien sea
Por favor no guardes nada adentro de esta carta:

Ni una palabra explosiva
Ni la noticia del parto;
Ni la noticia de una desaparición repentina
Ni la intención de divorciarse:
Por favor no guardes nada adentro de esta carta.

Toda la táctica, la misiva completa
Es la cara sin sangre del cartero
Que a diario recibe una estampilla
Y ni siquiera se la puede echar al buzón por la noche.

Una noticia

Con bastante frecuencia
Los terroristas se esconden en los campos de caña de azúcar a los lados
[del camino

Por eso los cultivos de caña de azúcar se queman.

Inmerso en pensamientos profundos, Ramdeen dijo...
La caña puede convertirse en caro piloncillo, azúcar cara
La caña puede estar infectada por insectos
Un tipo similar de dolencia son los terroristas que se esconden en los [campos de caña.

Sulahdeen dijo...
No es de extrañar que la caña de azúcar sea mucho más terrible
Que el fantasma del árbol Peepal.

Matadeen dijo... el empleo nace de la caña de azúcar
Y el terrorista se esconde en cada empleo.

Ramdeen también replicó...
Pero si los terroristas igualan la cantidad de papas
Las balas de pólvora se dispararían desde las papas
Supongamos que se esconden en los cultivos de *arhar*
Que se esconden en los arrozales
Habría terroristas por todas partes en toda la región agrícola.
Son inflexibles y aumentan en tan grande cantidad
Que afectan a los vegetales como los insectos

Entonces, hermano Matadeen, ¿cuántas de nuestras cosas deberíamos [quemar?

Canción de los deseos de una mujer anciana

Yo era casi una niña
Qué bueno era el aire.
Cuando salí de casa
El herrero me dio una hoz
Yo corté la hierba con ella.
La vaca me dijo: ¡toma leche!
La batí hasta hacer mantequilla
Encendí la lámpara con ella
Una polilla se acercó a la lámpara.
Aprendí lo que era arder.
El dolor que me produjo
Dio paso a las lágrimas
No moldeó nada con las lágrimas;
No le interesaban los ornamentos.
Las luciérnagas brillaban en la hierba y en las hojas.
En lo profundo de mí había un horno
Cuando entré en la casa
Las luciérnagas estaban encantadoras
Tanta noche se había reunido ahí adentro.

Versiones de Víctor Ortiz Partida, a partir de las versiones del hindi al inglés de Jaiwanti Dimri.

Anamika

Celular

Soy una llamada perdida de la Luna.
Con el tenue temblor de los besos sin terminar
Entrego mensajes. En mí revolotea una antigua paloma
Que lleva mensajes de casa y de inversionistas desconocidos
Y no puedo evitar tratar ambos a la par.
Soy libre, pero «se aplican términos y condiciones» a mi libertad
Porque tengo un jefe. Sólo bajo su pulgar puedo llamar a cualquiera,
Y sólo en su bolsillo puedo viajar al sol.
Todo el día juega conmigo e incluso de noche
No me deja ser. Escondida dentro de su almohada Canstar
Me desmayo, pero en un segundo me conecta.
Él no conoce ni un solo corazón en esencia,
Entonces quiere fingir que los conoce a todos
Y el mundo no puede prescindir de él
Soy su pequeño universo
En mí corren paralelos lo personal y lo político,
Lo real y lo surreal, los centros comerciales y el Meenabazar
En otras palabras, soy bastante parecida a las calles en la antigua
[Bagdad
Antes de los bombardeos estadounidenses.

Selfie

En Chittor, en un patio cubierto de barro,
Encontré a Meerabai llevando a su Señor Govinda
De un tamaño tan grande como el corazón humano,
Sumergiéndose a la izquierda, luego a la derecha, en el caos.
Al ver sus intentos en esa tarea
Por primera vez en mi vida
Sentí la necesidad de tomarme una *selfie*.
Diligentemente mis hijos me habían enseñado cómo tomarla.
Pero nunca me había atrevido, preguntándome
Cómo podría un simple clic capturar todo lo que el yo contiene
La gota y el océano, la hormiga y la montaña,
El sol y la luna y los cinco elementos,
Los fuertes vientos, las corrientes de agua,
Las nubes de lluvia y el rayo:
Tal panorama, el vasto firmamento,
¿Cómo podría un solo clic capturarlo todo?
Incluso si esto es un rumor, al menos del que yo soy testigo,
De que mi yo loco y nebuloso sigue deslizándose por el tobogán
De un extremo del universo al otro, un laberinto de pensamientos.
Casi imposible de capturar
Desde el último de muchos nacimientos, he sido cardadora de algodón
Peinando dilemas con tanta fuerza que se esponjan:
Debilitada lana de algodón extendida: ése es mi Ser.
¿Cómo podría quedar esto en el encuadre de un clic? ¿Y por qué
[debería encuadrarse?
Pensé, hasta que finalmente encontré a Meerabai,
Me acerqué a ella, incliné la cabeza hacia su hombro.
Pero antes de que pudiera disparar, Meera me tocó con cariño
Y olvidé por completo lo que me había llevado a ella.
Eones de agotamiento se reunieron en busca de descanso, y me dormí
[en su magnífico hombro
Me olvidé de la *selfie* y del ser y no me importó nada más.

Versiones de Víctor Ortiz Partida, a partir de las versiones del hindi al inglés de la autora («Celular») y de Malashri Lal («*Selfie*»).

La espera
[fragmentos]

Usha Akella

3

No me reconozcas,
No me encuentres, te ruego,
No vengas,
No llames, te suplico.

No seas el perfume en todas las cosas,
la huella del pulgar, la firma,
No me marques como tuya,
No te quedes a la puerta de mis ojos
mirando hacia el mundo,
No seas el nacimiento de mi respiración,
No seas la pantalla de mi mente,
La tinta de mi pluma,
No seas bondadoso.

No seas un puesto de avanzada en mi corazón,
No entres,
No ocupes esta casa,
No me tomes de la mano,
No me tengas cerca,
No seas el presente
o el pasado,
No te vuelvas mi futuro.

No seas los poros de esta piel,
No seas esta soledad,
No seas el espacio entre mis palabras,
No seas la esencia de todas las enseñanzas,
No vayas al mundo,
No regreses a mí,

No busques a través del tiempo,
No me seques las lágrimas,
ni mantengas mi angustia temblando como un ciervo en una [cerca,
Y luego te desvanezcas en el éter como voluta de incienso.

No seas el oro de mi alma.
No seas las horas del día,
No seas los latidos de mi corazón,
No seas las estaciones que cambian,
No seas el polvo en mis suelas.

No sonrías,
No seas gentil,
No seas el cielo nocturno bajo el que yazgo,
No seas la promesa de las estrellas
Ni los juegos de la luna,
No vengas muy tarde, no vengas muy pronto.

No seas el sol naciente
y sus ropajes de calor,
No seas el sol poniente
y sus ropajes de sueño,
No seas la incandescencia de mis sueños.

No seas la simplicidad del niño,
No seas la risa en el viento
y el fuego que arde en mí,
No seas el abrazo contra las mareas de la vida,
No seas el sol que me da luz,

No des nombres
como puentes para encontrarte,
No dejes tus huellas como claves,
No marques el universo con tus signos,
No me llames «mía».

No me bendigas
y quites tu mano de mi cabeza,
No dejes mi corazón vulnerable
como un becerro recién nacido,
No me dejes viviendo,
No me dejes muerta.

No seas las ramas
precipitándose hacia el cielo,
No seas el tronco plantado en la tierra,
No seas la entrega de las flores,
No seas el gusano volteando la tierra
o la mariposa desafiando al aire,
No seas la bendición de las hojas que caen,
o el aceite en el que ardo,
No seas la hierba hollada bajo mis pies,
No, no seas la semilla en mi corazón
ni el río en mis venas,
No seas mi placer ni mi dolor,
las cosas que pierdo, las cosas que gano.

No seas el camino por el que viajo,
ni el incienso de los días,
No seas la paciencia entre los encuentros,
No seas las cosas que no dice este poema,
No seas mi espera,
No seas mi obediencia,
No me enseñes entrega,
No seas la humildad que rechaza este poema,
No seas el silencio escudándonos del mundo,

No me enseñes control,
No seas gentil mi Maestro,
No me derritas en fuegos ocultos,
No tires de las cuerdas como un titiritero.

Me estoy quebrando quebrando quebrando.

4

Esta espera:
como una serpiente enroscada
en el vientre,
como un lago congelado,
como un nido de pájaros que no vuelan,
que nacen ciegos picos abiertos,
como una bestia salvaje
desgarrándome en dos,
como ortigas, zarzas, espinas
como una mimosa,
como un reloj que se ha detenido,
un espejo en llamas.
                Y los ojos, húmedos
como trapos mojados en aceite.

16

En toda esta escritura
                oigo tu risa:

                Cayó sobre mi mano, marcó una letra.
Juro que ardía, cantaba, bruñía y se desvaneció
como una linterna en la noche negra
frente a mis ojos atónitos,

se fundió, destelló, se desvaneció,
fue un acto sobre mi corazón gregario,

¿o era mi piel respirando tu nombre?

20

Había hojas cayendo esta mañana
una por una,
como sílabas sin acento muy apartadas en una frase,

Y ahora
un poco
más rápido,
hacia
la
tierra
como deshechos de mariposas caramelo
invirtiendo
la dirección.

Hay en esto una metáfora que sé,
Porque todo fulgura de poesía,
Como: Voy cayendo hacia ti.
Como: Todo termina en la tierra,
Como: Mi estación está cambiando.
O
¿Me atrevo a caer hacia ti?
¿Me atrevo a terminar en la tierra?
¿Me atrevo a cambiar con la estación?

¿Te atreves tú?

26

Has retirado tu color,
Como una aguja que se desenhebra,
tinte que se va de una tela,
la marea retirándose de la orilla,
lluvia de una nube, calor del fuego,
humedad del agua,
negro del carbón, rareza de una
orquídea, fragancia del sándalo.

Yo: un pájaro cayendo abajo, abajo, abajo,
una rueda que se va deteniendo,
o una rueda que gira otra vez.

Tres pasos,
¡y estoy de regreso!
una mariposa en un capullo.

Una conocida voz pequeña, pequeña,
contrariada,
la voz que condiciona, no perdona, necesita esto o
aquello
viene a estrecharme la mano.

¿Qué fue todo eso?
¿A qué regresé yo? ¿A dónde me llevaste?
¿Eras real?

¿Cuándo ascenderemos otra vez?
¿Quién lleva a quién?

Versión del inglés de Elsa Cross.

Octavio Paz y la India

Minni Sawhney

Octavio Paz ha sido el intelectual latinoamericano más famoso que se ha relacionado con la India. Fungiendo como agregado cultural en 1952 y embajador de 1962 a 1968 en Nueva Delhi, la obra de Paz es un punto de referencia acerca de ese país desde el academicismo occidental. En sus escritos, que a menudo han generado reñidos debates tanto en la India como en México, ha sostenido que pretende ofrecer un criticismo trascendente o explicaciones globales de los fenómenos, y que no desea inmiscuirse en políticas partidistas. Dado que no clasificó los temas de la India con base en la marginalidad y la carencia, los académicos indios se han visto tentados a verlo desde la lente del orientalismo (como a Edward Said) y no del postcolonialismo. Por otro lado, se debe mencionar que el orientalismo hispánico tiene una tradición de pluralidad y apertura, así como un pasado inclusivo con raíces en las culturas árabes del norte de África, y muchos escritores latinoamericanos como Paz se han impregnado de dicha tradición. Su propio continente y su modernidad han sido objeto de las interpretaciones racistas de los pensadores europeos durante el medio siglo previo a las independencias y por ello se han vuelto sensibles a las disyunciones de otro tipo de modernidades. Su inspiración y su metodología han consistido en comparaciones, analogías, fusiones y repeticiones rescatadas del movimiento europeo del surrealismo; en este sentido, han tratado de levantar puentes entre la modernidad india y la de sus propios países, encontrando en esta última puntos de referencia viables para la vida contemporánea. He intentado describir la metodología que usó Paz en su análisis de la India, así como en su imaginería, para mostrar su conexión personal con el país. El análisis de América Latina no forma parte de mi discurso. Las culturas mi-

lenarias se atraen entre sí porque, contrario al orientalismo, encuentran similaridades entre ellas en lugar de dicotomías.[1]

Las categorías de análisis de Paz difieren considerablemente de la rúbrica orientalista que estudiaron autores como Edward Said o Ronald Inden. Contrario a los indólogos, no se enfocó solamente en la antigua India, y al estudiarla no lo hizo con idealización apresurada; no se concentró únicamente en el hinduismo, sino también en el budismo, y cuando observó a la India moderna, la cosmopolita cara exterior no lo distrajo. Paz nunca posicionó a Oriente como opuesto a Occidente, y tampoco lo miraba como una masa homogénea: su interés en diversas culturas como la japonesa es bien conocido. No hizo una cosificación del carácter nacional de México o la India; siempre enfatizó que el carácter mexicano era el resultado de su historia y sus circunstancias. La India lo sedujo porque inmediatamente pudo ver su singularidad, una característica que también México tiene. En sus propias palabras:

> *el hecho de ser mexicano me ayudó a ver las diferencias de la India [... desde mis diferencias de mexicano. [...] puedo comprender, hasta cierto punto, qué significa ser indio porque soy mexicano.*[2]

En *El laberinto de la soledad* (1950) aborda la personalidad reservada y disimulada del mexicano y las máscaras que usa para esconder su verdadero yo. Atribuye estas características a la alienación distintiva de una sociedad que ha entrado a la modernidad con demasiada prisa. El remedio que propone es el diálogo con el mundo para recuperar el pasado.

En *Vislumbres de la India* (1995) dibuja una analogía con la reticencia y el sistema de castas como mecanismo de defensa para mantener fuera el mundo exterior. Según Paz, la India ha diseñado un ingenioso método propio basado en la naturaleza, el cual giraba en torno a la pureza y los hábitos alimentarios. La palabra en hindi es *jati*: especies que se originaron en el mundo natural, cada una de las cuales tiene su lugar

---

1 Julia Kushigian, «The Politics of Orientalism and Self-Orientalism in a South-South Dialogue: Revisiting Hispanic Orientalism from Said to Sarduy», *Sur South, Poetics and Politics of Thinking Latin America/Indian*, ed. de Susanne Klengel, Iberoamericana / Vervuert, Madrid, Fráncfort, 2016, p 100.

2 El original en español se obtuvo de *Vislumbres de la India*, de Octavio Paz, Círculo de Lectores, Barcelona, 1995. (*N. del T.*).

en la estructura, y el trabajo está dividido consecuentemente. Lo que se pretende no es un punto de fusión de razas como en Estados Unidos, sino la integración de cada especie en un sistema más grande. Sin embargo, una de las consecuencias negativas fue la superioridad de unos sobre otros. Asimismo ha sido una manera de encajar el flujo de la vida en una estructura atemporal. En el sistema de castas indio, Paz hizo una reflexión acerca del mito de Edipo, dado que la necesidad de encontrar una diferenciación con el mundo exterior ha sido anulada: no fue necesaria la diversidad porque todo ha quedado en familia. El sistema de castas ofrece protección contra el cambio como el útero de una madre. En contraparte, las sociedades occidentales contemporáneas valoran el cambio y la individualidad. Sin embargo, a pesar de este contexto, Paz añadió que estaba lejos de ser un defensor del sistema de castas, pero era hipócrita que las sociedades capitalistas juzgaran el sistema cuando ellas habían creado uniformidad pero no equidad: él reprochaba a las sociedades modernas y al capitalismo por la falta de equidad (pp. 57-66). Las ideas de Paz sobre castas y nacionalismo en India y su aseveración de que la estratificación de castas no conducía al nacionalismo causaron molestias en algunos círculos. Su apreciación, no obstante, se basaba en el presupuesto de que la ideología nacionalista, al menos en su homóloga europea, era exclusiva, mientras que el hinduismo incluye comunidades y tribus.[3]

Tendencias surrealistas en los textos de Octavio Paz sobre la India

Varios estudiosos de Latinoamérica consideran el surrealismo, con énfasis en su automatismo, el privilegio de la anarquía, la valorización de

3 En palabras de Paz: «La oposición entre historia y casta se convierte en enemistad moral cuando la historia asume la forma del progreso y la modernidad. Al hablar de modernidad no me refiero solamente al liberalismo democrático y al socialismo, sino a su rival: el nacionalismo. Las castas constituyen una realidad indiferente a la idea de *nación*. El moderno nacionalismo hindú, según se verá más adelante, amenaza a la casta porque sustituye la diferencia específica que constituye a cada casta por su realidad ideológica que las engloba a todas. El nacionalismo erosiona las diferencias entre las castas que son una razón de ser, como la democracia erosiona el concepto jerárquico que las sustenta. La modernidad en sus dos direcciones es incompatible con el sistema de castas» (Paz, *op. cit.*, pp. 67-68).

imágenes oníricas y, por supuesto, su antiimperialismo en la literatura y las artes, como un movimiento que va en pos de su propia alma. Técnicas de desplazamiento metonímico y *collage* son endémicas del arte y la literatura latinoamericanos. Los surrealistas se dejaron guiar por motivos inconscientes más allá de la razón. Si estas tendencias son características de la escritura de Paz, podemos ver que las críticas del orientalismo que le atañen poseen las mismas técnicas de condensación y desplazamiento que Freud identificaba en los sueños.

Hugo J. Verani apunta que el compromiso de Paz con el surrealismo es una forma de conectar con otros tiempos y circunstancias y para mejorar percepciones de la otredad. Paz fue poeta, un *flâneur*, un observador andante de la modernidad, desencantado del capitalismo y su consiguiente avaricia, quien conectó a través de sus viajes varios grados de conciencia. Él nunca renunció a su compromiso con la historia y la política al escribir poesía; el surrealismo fue uno de los pilares en los que se apoyó para sustentar su tesis de que no encontraba ninguna contradicción entre sus creencias y la poesía. Como él mismo escribe:

> ***La diferencia con las otras tendencias o, más bien, la superioridad del surrealismo sobre ellas, es de orden espiritual [...] el surrealismo guardó intactos sus poderes de indignación moral. Fue un foco secreto de pasión poética en nuestra época vil.***[4]

La influencia del surrealismo es evidente en los escritos de Paz: curiosas yuxtaposiciones, imágenes inusuales y combinaciones artísticas que utilizó para ilustrar fenómenos en México y la India, o en el hinduismo y el cristianismo.[5] Paz tenía en mente «una sintaxis universal de civilizaciones». Las paridades que hizo en la India las estructuró en *cuerpo* y *no cuerpo*; fue entonces que comenzó una serie de comparaciones. En el budismo tántrico y en el protestantismo encontró similaridades, ya que ambos eran movimientos reformistas, pero mientras que el budis-

---

4 Hugo J. Verani, «Octavio Paz: El poeta como caminata», *Octavio Paz entre poética y política*, ed. de Anthony Stanton, El Colegio de México, México, 2009, pp. 38-64.

5 El poeta y crítico mexicano Adolfo Castañón ha comparado en este sentido un pasaje sobre mujeres en Sundarakunda, del *Ramayana* (traducido al español por Juan B. Bergua), con un pasaje de *El mono gramático* de Paz. El objetivo de Castañón es ilustrar el trabajo de recreación poética que Paz llevó a cabo en sus lecturas de la vida en la India y de la literatura clásica. Adolfo Castañon, «*El mono gramático*: cima y testamento», *Letras Libres,* núm. 183, pp. 42-45.

mo estaba comprometido con el hinduismo, el protestantismo era una ruptura dentro de la cristiandad. Mientras el budismo tántrico significa fusión, el protestantismo es una ruptura y significa una separación, y esto es especialmente claro en los hábitos alimenticios. El banquete tántrico está marcado por el exceso; en cambio, el plato protestante es frugal. En *Figuras y figuraciones*, una compilación de poemas, bocetos y fotografía de Paz y su esposa Marie-José, nos encontramos con el poema «India», en el que se versa: «donde arden y brillan las millares de velas / que, cada noche, los devotos / lanzan a navegar por lagos y por ríos».[6]

Para aquellos familiarizados con el imaginario de la India, las velas en el río sugieren la ciudad sagrada de Varanasi. En *El mono gramático*, un libro de veintinueve capítulos a menudo considerado un poema largo, la aldea de Galta es su sitio de trabajo, pero la narración gira de Churchill Collage, Cambridge, a los mercadillos aztecas en la histórica Ciudad de México y nuevamente a las ruinas de un antiguo fuerte de un pueblo de carretera secundaria a medio camino de Agra a Jaipur.

En un poema como «Himachal Pradesh» coexisten varios periodos históricos, lugares y situaciones. El tono es ligeramente crítico en el orden de palabras:

> *el* barrister *de Nagpur pesca al extranjero y en un inglés esmerado le ofrece un trago, un cesto de ciruelas de su huerta, un mapa, un almuerzo de curri, noticias verídicas del país, el balcón de su casa con una vista única [...] Su mujer lo observa, oblicua, mascullando injurias en hindustaní.*[7]

La meta principal de Paz siempre fue la investigación de la identidad mexicana y dirigía la mirada hacia la India buscando ideas para entenderla mejor. Como se puede ver en obras como *El ogro filantrópico* (1979) y *Postdata* (1970), Paz estaba decepcionado y receloso del estado de la burocracia, tanto en México como en la Unión Soviética; pero notablemente también lamentó la abdicación de los poderes europeos durante la Guerra Fría, cuando dejaron a Estados Unidos tomar todas las decisiones relacionadas con la seguridad.

---

6 Extraído del original en español de *Figuras y figuraciones*, de Octavio Paz y Marie-José Paz, versión digital. (*N. del T.*).

7 El original en español se obtuvo de *Obra poética* de Octavio Paz, vol. I, Fondo de Cultura Económica, México, 1997, p. 375. (*N. del T.*).

En sus escritos acerca de México, comenzando con *El laberinto de la soledad* (1950), Paz se remontaba a la época precolombina para buscar respuestas a las interrogantes del México moderno. En su encuentro con la modernidad de la India siguió la misma metodología.

Su interés en el hinduismo y el budismo lo llevaron a escribir *Corriente alterna* (1967), *El mono gramático* (1974), *Conjunciones y disyunciones* (1969) y *Vislumbres de la India* (1995). Usó la comparación para encontrar pistas en el hinduismo antiguo y relacionarlas con las civilizaciones ibérica y azteca. Su trabajo sociológico y literario se apoyaba fuertemente en la antropología francesa, el *Tristes tropiques* (1955), de Claude Lévi-Strauss, fue la base del estudio de Paz *Claude Lévi-Strauss o el nuevo festín de Esopo* (1967). En este libro, Paz establece las bases de la metodología que usó para hacer las transferencias y analogías entre culturas. Así como su mentor Lévi-Strauss, Paz utiliza los mitos de culturas diversas y, aplicando teorías antropológicas, forma un *corpus* de ideas, una red interpretativa por la cual cada verdad se vuelve convertible de una civilización a otra para así detectar una estructura universal.

El mediador entre civilizaciones puede ser un antropólogo, un diplomático o hasta un *flâneur*, el escritor andante y observador, una figura emblemática de la modernidad. Éstos fueron los representantes de una cultura particular que convirtieron oposición en reconciliación mediante el recurso de permutar y combinar. Como Lévi-Strauss, Paz usaría también las analogías para comparar civilizaciones, y sus poemas y ensayos abundan en referencias a la India.

Las paradojas y metáforas fueron herramientas que Paz usó al unísono en sus comparaciones de diferentes civilizaciones. En *Conjunciones y disyunciones* (1969) expone conceptos ordenados en pares contrastantes: lo represivo y lo explosivo, el erotismo y la indiferencia que se manifestaban en diferentes épocas y culturas. En sus propias palabras:

> ***Otra vía de absorción, transformación y sublimación: el tiempo cíclico. La fecha que regresa es de veras una vuelta del tiempo anterior, una inmersión en un pasado que es, simultáneamente, el de cada uno y el del grupo. La rueda del tiempo, al girar, permite a la sociedad la recuperación de las estructuras psíquicas sepultadas o reprimidas para reintegrarlas en un presente que es también un pasado.***[8]

8 Fragmento del original en español obtenido de «Conjunciones y disyunciones», de Octavio Paz, en *Cahiers du monde hispanique et luso-brésilien*, núm. 12, 1969, p. 204. (*N. del T.*).

En la misma obra deja claro que no establece ningún desfase temporal de Oriente respecto a su progreso y su evolución:

> *Por el momento no nos queda sino repetir que alma y cuerpo, cara y sexo, muerte y vida son realidades distintas que tienen nombres distintos en cada civilización y, por tanto, distintos significados. No es esto todo: es imposible traducir cabalmente de un área cultural a otra los términos centrales de cada cultura: ni* mukti *es realmente liberación ni* nirvana *extinción. [...] Apenas se examina con detenimiento esta dificultad, se advierte que nos enfrentamos no tanto a una diversidad de realidades como a una pluralidad de significados.*[9]

Como se puede observar, las categorías de análisis de Paz no fueron orientalistas: él no pensaba que la India estuviera en un estado temprano de desarrollo, sino que el pasado afectaba el presente, tanto de México como de la India. Es significativo que él siempre buscara analogías entre cristianismo, hinduismo y budismo, y que formulara profundas comparaciones entre el hinduismo y el islam.

En un estudio reciente, Julia Kushigian diferencia el orientalismo descrito por Said y el del escritor cubano Severo Sarduy. Paz se fraternaliza con la India y otros lugares por adherirse al segundo tipo, «elige orientalizase mediante una autorreflexión crítica». Como ella dice, «mi teoría sobre la propia orientalización no es, en primer lugar, un hacedor de diferencias o esencias, sino una reflexión de sí mismo a la luz del otro».[10] En su mirada a los orientalistas hispánicos como Paz y Sarduy, ellos han abierto un espacio liberador desde el que se debate con el marco discursivo estático de Occidente.

Me he visto obligada a exponer aquí los motivos por los cuales descarto nociones de prejuicios orientalistas en Paz y Sarduy. Sus técnicas surrealistas de condensación y desplazamiento han sido usadas eventualmente por orientalistas; no obstante, he intentado demostrar que un acercamiento surrealista es irrelevante, espontáneo e irónico. El surrealismo privilegia lo recóndito sobre lo común y utiliza al mundo entero como su escenario, y ha sido acusado en Europa por valorar a los enemi-

---

9 Fragmento del original en español obtenido de *Conjunciones y disyunciones*, de Octavio Paz, Seix Barral, Barcelona, 1969, pp. 41-43. (*N. del T.*).

10 Julia Kushigian, *op. cit.*, pp. 99-100.

gos de Occidente. Lo que Lévi-Strauss y Paz trataron de hacer fue abrir un espacio para nuevas ideas y actores *dentro del esquema occidental*. «Soñar singularidades alternativas de pensamiento, un modo distinto de sueño global, mas no una alternativa a éste», sólo microdiscursos que reten las homogeneidades.

Esto se debió a que investigaron las realidades alternativas tan ampliamente representadas en el imaginario europeo u occidental y la mirada de los escritores no pudo ser inocente, lo cual fue socialmente interpelado, pasando por las jerarquías y los conflictos de la cultura del objeto representado; pero en la India el objetivo de los escritores latinoamericanos fue el deseo de trascender el círculos hermenéuticos de sus propias culturas imbricadas con el Estado nacional, así como ampliar su espacio discursivo. El intercambio transcultural se dio porque dos sistemas de pensamiento se acercaron, posibilitando el surgimiento de un nuevo mutante surgido de este encuentro.

Paz y otros escritores latinoamericanos como Severo Sarduy, que también visitaron y escribieron acerca de la India, entendieron que sus incursiones en la modernidad india mostraban la perspectiva hegemónica de su propio espacio. Han salido del latinoamericanismo tradicional en el que se sentían incómodos porque, aunque su visión nació de las diferencias, las ha homogeneizado. Arraigados en la modernidad latinoamericana al igual que sus antepasados continentales, han diversificado en la India las dificultades de su propia modernidad multifacética. Con su acercamiento surrealista incongruente iluminan aspectos ocultos de la cultura, la historia y la arqueología indias. Las imágenes de Varanasi, Galta, Madurai, y la tumba de Humayun en sus poemas y ensayos crean nuevos mitos de sitios de la India, de igual forma que pasa con París, Francia. En efecto, mediante comparaciones inusuales (budismo tántrico y protestantismo, Eva y Prajnaparamita, la madre del budismo), Paz elevó rituales arcanos al estatus de universales al compararlos con otros en Europa y América. Estos escritores perforaron el discurso orientalista al desestimar dicotomías y buscar puntos de coincidencia. La modernidad india los atrajo porque Paz supo ver una historia milenaria y la reconciliación de binas que tanto echa de menos Occidente •

Traducción del inglés de Carlos Ponce Velasco.

Madhav Kaushik

La reencarnación

Mientras subías las altas escaleras
de aquel templo,
me tomaste de la mano
y contaste tantas leyendas de amor,
la imagen de la eterna amada Radhika
apareció en lontananza
a la orilla del río Yamuna,
oí las dulces tonadas de flauta llegando de algún lugar.
Tú pasaste el arte a mi palma,
mi cabeza supo inclinarse ante el himno sagrado
y con hondo gesto susurraste a mi oído:
«Cualquier deseo que pidas
te será concedido».
Y yo cerré mis ojos,
recurrí a todos mis poderes mentales
y tan sólo murmuré pidiendo a mi deidad:
«Si fuera posible, en la otra vida,
tras ésta y en todas las que sigan,
bendecidme con la intimidad
de esta misma compañera».
No más dicho, sonó un gong al instante,
tembló con el clamor de campanas el templo,
algo como una concha resonó en mi corazón.
Y tú murmuraste a mis oídos:

«Abre los ojos ahora».
Ví ante mí la reencarnación.

El encuentro con uno mismo

Estoy muy inquieto hoy
al reunirme conmigo mismo,
mi cara se tensa con
la carpa falsa de una alegría transparente,
los ojos como tinteros secos de colorantes simpáticos.

Las uñas de los dedos,
más largas que espadas,
los dientes de antropófago rechinantes.

En mi seno
algo como una pitón respira,
algún asesino implacable por dentro grita.

Mi ser real es tan cruel,
tan espantoso.

Antes de que los demás me vean,
justo antes de ese momento
me apresuro y corro
a disfrzarme con la prenda de la civilización.

Versiones del hindi de S. P. Ganguly.

Un punto equilibra el resto del universo

NIDHEESH TYAGI

Un punto equilibra el resto del universo
Un sonido cuelga el silencio de ese hilo
La turbulencia se disuelve en la quietud como una ola
Escucho el sonido de las *bhajans*[1] en la distancia de mi sueño
De otra noche, otra mañana, de otro sueño
Ahora y escucho los sonidos y no puedo entender las palabras
Puedo ver a los músicos y al cantante
Cantando con los ojos cerrados en devoción
Las palabras te llevan al ritmo de los sonidos
Y te dejan ahí
Para lidiar con el después
Una chica kurda de rojo canta por su país perdido y su amante fallecido
Escucho canciones de anhelo de las calles de Estambul y las hago mías
Lo escuchas siempre en la habitación adyacente del ser
Cada vez que el cielo se pinta de nuevo
Jugando con la luz y la sombra, la nube y el agua
En el siguiente salón del ser
Cantas un largo *alaap* de *Malkauns*[2]
Después de un tiempo no hay mucho que compartir
Ni siquiera un nombre
Eres sólo un sonido, un grito, un susurro, un respiro
Un viento de otro tiempo del desierto
Que te arrastra en un susurro

1 Canciones devocionales.

2 Música clásica de la India.

Eres el *Brahm* de este *Naad*[3]
Las *bhajans* en tu sueño alcanzaron el último crescendo
No hay palabras ahora. Sólo sonido.
La danza del alma en ritmos rápidos.
Oscila. Oscila de nuevo.
Más alto cada vez.
Te conviertes en tus propios anhelos
Tu propio silencio
Tu propia piedra
Tu propia quietud
También eres tu propio revuelo
Tu propia primavera
Tu propia realización
Orilla y océano
Los gorriones regresan a tu terraza
Ves a los antepasados de tu ser
Herencia de tu rostro olvidado
No les pides que se acerquen demasiado
No quieres que desaparezcan de nuevo
Los ves gentil y no intrusivamente
Quieres que estén allí y encuentren formas de no desaparecer
No les preguntas dónde estuvieron todo este tiempo
Como si no te preguntaras dónde estuviste todo este tiempo
Cambias de tema
Para llevarte a ti mismo a un
Cielo limpio.

Un punto equilibra el resto del universo.
Un sonido cuelga el silencio de ese hilo
Estás aquí. No aquí.
Las *bhajans* se fugan con los gorriones.

Versión de Víctor Ortiz Partida,
a partir de la versión del hindi al inglés del autor.

3 *Brahm Naad*: Concierto de música clásica contemporánea de la India.

Me olvidaste, mi amor

Autar Krishen Rahbar

Aquello sucedió: el mismo hecho, relacionado con tradiciones antiguas, del que le habían hablado los ancianos de su familia. Su alma fue llevada por los mensajeros de la muerte, quienes la presentaron ante Dharmaraj. Su cuerpo o su carcasa, como quiera que se le llame, quedó tendido en el lugar del accidente. Su esposa iba junto a él y ahora estaba fría como la muerte. Después de ella, él soltó también su último aliento.

La policía intervino. Entregaron los cuerpos a los parientes más cercanos, quienes los llevaron al crematorio.

Dharmaraj pidió que le fuera entregado el archivo del profesor: el archivo que contenía el balance de sus pecados y sus méritos. Dharmaraj debía revisar el documento y decidir cuál sería la forma que habría de tomar el alma del profesor.

Se dice que la mayoría de los mortales llega a renacer. Este hecho mantiene en su curso el ciclo de vida y renacimiento. Sólo unos cuantos son liberados del vórtice de la vida y la muerte, una salvación que se concede nada más que a aquellos que llevaron una vida intachable, que realizaron actos absolutamente desinteresados y cuya naturaleza fue ejemplar en sí misma. En el caso de los que han de renacer, debe establecerse, entre otras cosas, cuál será la nueva forma que habrán de adoptar. ¿Habrán de ser humanos, o tomarán la forma de otra especie? Las criaturas vivas que pueblan el universo son incontables y de una variedad infinita. En ellas, se incluye un sinfín de animales, insectos y criaturas voladoras. Dharmaraj pondera y estima cada caso. Luego, emite su sentencia.

«No tengo idea de cuál será la orden que llegue», pensaba el profesor Suraj Prakash. «¿Me convertiré en un alce o en un búho? ¿En un perro o en un oso? ¿En un murciélago o en un halcón? ¿León o chacal, o acaso una serpiente o un pez?».

Se sentía, alternadamente, exaltado y abatido, después de caminar más de cien pasos, esperando impaciente la decisión de Dharmaraj. «¿Cómo hacerle saber las vicisitudes crueles y los laberintos que debe atravesar un pobre ser humano? Cada segundo es un martirio. Desearía que él mismo se instalara en la Tierra y llevara una vida normal. Seguramente entonces entendería lo que cuesta hacerlo», siguió el profesor con sus reflexiones y sus cavilaciones. Justo entonces una sonrisa, con un trazo de ironía, se dibujó en las facciones de Dharmaraj.

«¡Maldita suerte! Tal vez él entienda todo...», comenzó a preocuparse el profesor y, en su tumulto interno, se imaginó a sí mismo, mientras desgarraba a mordidas la carne de sus propias muñecas.

El aura y la conducta de Dharmaraj, grandiosas y solemnes, eran incomparables. La mesa en la que trabajaba estaba impecable. Sobre ella, en un costado, había un vaso de agua cristalina, con una tapa sobre él. Del lado opuesto, estaba el archivo del profesor y nada más.

Lucía apuesto y soberbio en su túnica, más elevado que el resto. Detrás de él estaban plantados dos guardias. ¡En verdad, Dharmaraj tenía toda la apariencia de un juez!

Mucho más abajo de Dharmaraj se hallaba sentada una persona que extraía, de cada lote, el archivo que se requería. Era el encargado del registro que, según se decía, era llamado Inderjeet. Sus dos brazos se proyectaban hacia atrás. Mientras trabajaba, su vista no recaía en sus manos. Por lo tanto, gracias a esto, no era capaz de hacer trampa o cometer fraude. El profesor, entonces, miró sobre su hombro para contemplar, erguidos sobre sus pies, a los emisarios de la muerte, que habían transportado su alma hasta la morada de Dharmaraj. Sus lenguas eran púrpura y sus rostros del color de la brea, cual si se hubiera untado alquitrán sobre ellas.

«¡Astutos, pillos! No sueltan ni un chillido, como si no supieran nada. ¿Acaso me trajeron a estos lares, a través de leguas y leguas de senderos peligrosos? Supieron que habría de tener un accidente y de inmediato me raptaron, como a una gallina, para traerme aquí. Mi esposa estaba a mi lado. Me pregunto si su alma fue transportada hacia acá. Mi vida estaba por expirar, pero la suya se había extinguido ya. Un costado entero de su cabeza, hasta la mejilla, estaba empapado en sangre. Está bien que haya muerto. Shaama simplemente no habría sido capaz de vivir sin mí. ¡Cuánto me quería! Ella vivía por su esposo. Era un referente para todas las esposas. ¡Una diosa, de hecho! ¿No debería preguntar dónde está? Debe estar buscándome, a su amado, su *satyawan*».

En un impulso, le preguntó a Dharmaraj mismo:

—¿Dónde está Shaama? Ella no puede pasar un solo momento sin mí.

Dharmaraj irguió su espalda y sonrió un poco. Después, hojeó velozmente el archivo del profesor, por última vez. Se preparaba a sí mismo para emitir su juicio. El profesor parecía un niño, esperando la calificación de su examen.

«¿Qué puedo decir? Me gustaría hacerles saber que fui profesor de Ciencias Políticas. A lo largo de mi vida, relaté a mis alumnos el auge y la caída, los méritos y defectos de distintos sistemas políticos. Cómo me explayaba acerca del individuo y la sociedad, las responsabilidades y tareas del Parlamento. Los derechos humanos eran uno de mis temas consentidos y escribí extensamente acerca de él, por lo que me otorgaron galardones y fui muy estimado. Siempre me desagradó el silencio en la política y tuve en gran estima el debate. ¿Qué puedo decir? Este silencio del cementerio me roe por dentro. ¡No entiendo cuál es el sistema vigente aquí! Aunque me inclinaría por decir que es una dictadura. ¡Nadie respira siquiera! ¡No hay un solo sonido! La gente, como máquinas, trabaja en un orden estrictamente reglamentado... ¡No sé qué hayan anotado en mi archivo! Que mi dios, Ishwar, sea mi abogado. ¡Cómo quisiera saber, desde ahora, su decisión! Terminarían para mí esta agonía y este suspenso».

Siguió, indefenso, mirando estúpidamente a Dharmaraj. Se sentía pequeño e inferior. Shaama, su morena amorosa, se paseaba por sus pensamientos. Veía sus aretes flotar frente a él.

Cerca de ahí, había un salón desde el que llegaba un sonido de risas y júbilo. Se asomó entre los paneles de vidrio. Había muchas mujeres reunidas allí. ¡Se reían! Chismorreaban y se divertían. Alcanzó a notar el sonido con que reía su esposa, que tenía su propio tono y ritmo. Cuando reía, aparecían unos hoyuelos en sus mejillas. Esos hoyuelos habían robado el corazón del profesor. Varias veces le había dicho: «He visto a muchas con hoyuelos en las mejillas, pero ningunos tan encantadores como los tuyos. Seducen mortalmente».

Entonces, Dharmaraj se irguió aún más y resonó por doquier su voz, profunda y melodiosa:

—¡Señor profesor! Tenemos ya los resultados. Volverás a nacer en la Tierra: tendrás una nueva vida. Nos complace anunciar que la forma que adoptarás no será otra que la de un hombre.

El profesor Suraj Prakash se sentía extático. Pensó: «Ni Suraj Prakash abandonará a su querida Tierra, ni la Tierra dejará a Suraj Prakash... pero no tengo idea de qué planes haya para Shaama».

De inmediato, volvió a alzarse la voz de Dharmaraj:

—Profesor, queremos darte otra buena noticia: en tu nueva encarnación, habrás de casarte con quien tú desees. Habla ahora: ¿quién es la elegida? Nómbrala, y tu deseo habrá de realizarse este mismo día.

«Quisiera besar la boca de Dharmaraj», pensó el profesor, abrumado por la dicha.

—Manifiesta lo que tengas que decir —instó Dharmaraj.

—*Maharaj*, sólo ella. ¡Nadie más que ella!

—¿Quién es ella: el jardín o el monte? —se mofó Dharmaraj.

El profesor se sintió desconcertado. Le rogó:

—*Maharaj*, ella,[1] solamente: mi Shaama, mi esposa. ¿Quién más?

—¿Ése es también el deseo de ella? Debemos verificarlo.

—Pero, *maharaj*, ¿hace falta verificarlo siquiera? ¿Cuándo fue ella capaz de negar algo que yo determinara?

—Necesitamos consultarle el tema. Ella está justo aquí.

El profesor estaba fascinado. Dharmaraj señaló a uno de sus servidores, quien al instante trajo a Shaama del salón adyacente y la presentó ante su señor.

—¿Reconoces a esta persona? —preguntó Dharmaraj a Shaama.

Ella estaba un poco aturdida y miraba en torno suyo, sin hablar. En su pensamiento difuso no atinaba a saber cuál era el tema que les ocupaba.

—Te hablo a ti… ¡a ti! ¿Sabes quién es este hombre? —Dharmaraj empezaba a rugir.

—¿Cómo no iba a saberlo, *maharaj*? ¿Quién no conoce al señor profesor? Es una celebridad —dijo ella.

—Shaama, ustedes dos volverán a nacer en la Tierra, en la forma humana. Preguntamos al profesor a quién elegiría como su compañera en la nueva vida y nos dio tu nombre. ¿Te parece aceptable? Si nos confirmas que ése es tu deseo, tu voluntad compartida será ejecutada hoy mismo, en este momento.

Shaama estaba perpleja. Reflexionó un momento.

—¡Te pido que hables pronto! —el profesor no pudo contenerse—. ¡Tú, mi nueva novia y yo tu nuevo esposo!

De golpe, Shaama soltó su lengua:

—No… no… esto no puede ser. No voy a aceptarlo.

El profesor sintió como si le hubieran apaleado con un bastón. El suelo se movió bajo sus pies, y en completa estupefacción le respondió:

---

1 La palabra *soy*, en hindi, significa tanto «ella» como «ortiga». El juego de palabras es intraducible. (*N. del T.*).

—¡Querida, mírame! ¡Soy tu Suraj, el profesor Suraj Prakash! Soy Nagraj,[2] tu amor. Soy tu Manjoon y tu Satyawaan.¿Por qué no me reconoces? No podrías ni masticar un solo bocado sin mí.

—Señor profesor, te conozco enteramente, al derecho y al revés —respondió ella.

—Tonterías —dijo el profesor, indignado—. Mujer, ¿por qué no recuerdas tu vida recién terminada? Eras incapaz incluso de digerir la comida sin mí.

—¿Qué más podía hacer? No tenía opción —replicó ella—. Toda mujer, después del matrimonio, es entregada a una casa ajena y hace de ella su único nido. Sólo la abandona con la muerte, en un ataúd. Mientras tanto, se olvida de todo y entrega su vida entera en sacrificio.

—¿Qué quieres decir? —preguntó el profesor.

—El asunto es que una mujer, necesitada e indefensa, no puede hacer otra cosa que soportar la indignidad, la esclavitud y el sacrificio.

—¿Qué clase de fantasía estás tejiendo? ¿Estás fuera de tus cabales? —dijo el profesor.

—Estoy completamente lúcida —soltó ella—. Toda mi vida estuve confinada en las cuatro paredes de mi hogar, prisionera como un ave enjaulada. Dime dónde pasabas esas horas valiosas, antes de que regresaras a casa por las noches. Harta y exhausta, solía esperarte como si hubieras sido mi exigua ración de alpiste.

El profesor estaba atónito. Las palabras seguían brotando de Shaama, como una cascada:

—Un día sí y al otro también, invitabas a tus amigos a casa. Jugaban cartas y se ponían a chismorrear, a hacer bromas tontas y hablar de naderías. Llegabas a beber un trago o dos mientras yo, sin parar, cocinaba y guisaba cada noche para tus invitados, con la desesperación subiendo por cada uno de mis cabellos. Ellos se iban ya avanzada la noche y yo pasaba las siguientes horas lavando los trastes y limpiando la casa, en el frío punzante, hasta que me dolían los ojos. Mi cuerpo entero se congelaba. ¿Y te atreves a preguntarme si te conozco? ¿Qué es la vida de una mujer común?, te pregunto. Es un instrumento cuya piel, rosada y pura, se encoge y desgasta mientras cría niños. La mujer siempre ha sido un juguete en las manos del hombre, que sólo acierta a ser un poco afable con ella de vez en cuando y se dedica a usarla injustamente.

—¿Quieres decir que te asumí como propia y me despreocupé de ti?

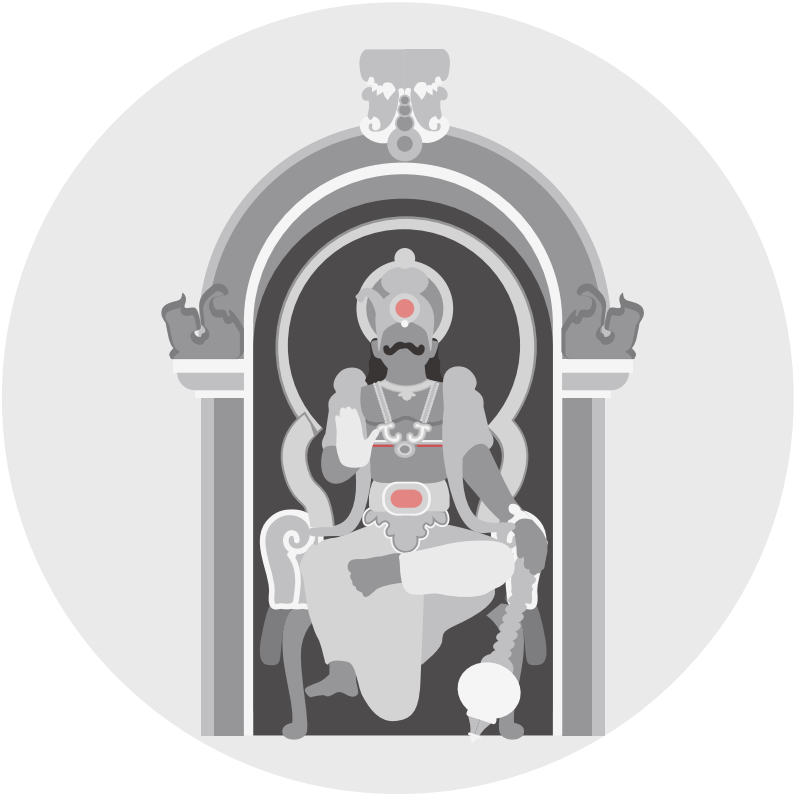
---

2 Nagraj es el protagonista de un relato tradicional cachemir, «Nagraj y Heemal». (*N. del T.*).

—¿Dirías que eso es una mentira, que lo estoy inventando? —replicó en voz alta.

El profesor no pudo hacer más que mirarla fijamente, como mangosta hipnotizada.

—La mujer siempre ha padecido la tiranía y la opresión. Siempre. Desde tiempos inmemoriales, ¡en casa y fuera de ella! ¡Incluso los cinco *pandavas*, cuyo valor fue ejemplar, llegaron a apostar a su propia esposa, en un juego! ¿Acaso ha ocurrido algo más detestable y descabellado en este mundo? Recuerda a Ram y a Sita, que fueron personajes ejemplares, un dios y una diosa. Ram tuvo que exiliarse y decidió irse a residir al bosque. Sita lo acompañó, pensando en lo injusto que resultaba todo para él. Y aquí surge una duda: ¿le preguntó a Sita lo que ella pensaba de esa decisión? Al final, Sita tuvo que pasar la prueba del fuego junto a él. ¿Era necesario que ambos compartieran el suplicio? Es cierto que mucho ha cambiado desde entonces. Pero, incluso hoy, ¿acaso una mujer tiene una posición comparable a la del hombre? El nacimiento de una niña hace que se tuerza el gesto de todos los presentes. Para muchos, es preferible un aborto que una hija.



»Hay una variedad de recursos que se utilizan para evitar que nazca una hija. Tú los entiendes mejor que yo, profesor. ¿Los activistas por los derechos humanos no deberían evitar que se aplasten los derechos de las mujeres? La dote, ese cáncer, sigue carcomiendo nuestro tejido social. Las mujeres se enfrentan a la muerte por inmolación, no al fuego que las cremaría después de la muerte. Se incendian y luego mueren, en vez de que sea a la inversa, como dicta la costumbre. ¿No es algo desalmado? ¡Despiadado! Pueden verse unas cuantas mujeres en ciertas asambleas, tanto como en el Parlamento. Con todo y eso, ustedes, los hombres, hacen lo que les place. Se escriben leyes a su medida».

—¡Espera, espera! ¡Escucha, mujer! ¿Por qué me atacas? ¿Soy acaso un emperador o la cabeza del Parlamento? —dijo el profesor, exasperado—. ¿Qué puede hacer una persona ordinaria como yo? ¿Qué?

—Te lo diré —respondió Shaama—. Es justo el hombre común quien da a luz ese sistema y lo legitima. Si lo rechazaran, podrían levantarse para derrocarlo. ¿Qué clase de enseñanza dabas a tus estudiantes? Transmitir el conocimiento significa despertar a las mentes. ¿Cuántas de ellas lograste elevar, a cuántas iluminaste? Hablas con elocuencia cuando se trata de los derechos humanos. ¿Alguna vez se te ocurrió que podías haber estado impidiendo el ejercicio de esos derechos en tu propia casa?

El profesor se había quedado mudo. Ni una palabra podía decir. Su Shaama parecía estar sumamente elocuente ese día. ¿Algo había cambiado en ella o se trataba de rabia pura? No dejaba de mirarla.

Cuando al fin vio Dharmaraj que la tormenta amainaba, volvió a interrogar a esta mujer sagaz y de veloz ingenio:

—Shaama, todos tus argumentos serán recuperados en la Tierra, cuando renazcas en tu nueva forma humana. Y entonces podrás lograr todo lo que no te fue posible en tu encarnación previa. Es posible que ésa sea la base para tu salvación futura. Tengo una sola pregunta que hacerte: ¿aceptas, para tu siguiente vida, la unión para la que el señor profesor ya tiene el corazón dispuesto?

—Señor, ¿para qué apresurarnos? Nos será concedido un renacimiento antes de eso y luego, llegado el momento, seremos adultos y nuestro matrimonio será un asunto a considerarse. ¿Cuál es la urgencia? En su curso normal, el tiempo decidirá cuándo será propicia tal unión... pero no con él... nunca... ¡de ninguna forma!

El profesor Suraj Prakash se quedó incapaz de ver: sus ojos se apagaron ante la imagen del rostro real de Shaama. Perdió el uso de todos sus sentidos.

Sintió vértigo y se desmayó, dando un golpe en el suelo como un leño al caer.

Dharmaraj observaba el triste estado de las cosas. El resto de los presentes esperaban, como pilares de hierro, las órdenes que daría Dharmaraj.

Al ver todo esto, Shaama perdió el control y se sintió fuera de sí misma. Como una demente, se lanzó hacia su marido y comenzó a sacudirlo. Él parecía haber perdido toda sensación y estaba inerte. Shaama entró en pánico. Sin preocuparse de pedir permiso, tomó el vaso de agua que el señor tenía sobre la mesa y fue a rociar unas gotas sobre el profesor. Luego vertió un poco más sobre sus labios. El profesor abrió los ojos y su cuerpo, hasta entonces estático, cobró vida y se movió. Shaama lo llevó a sentarse en una silla cercana. Luego, volvió la vista hacia Dharmaraj, para saber si había hecho algo incorrecto. Vio una sonrisa contenida en su rostro y respiró, aliviada.

Dharmaraj les aconsejó ir a la habitación contigua, recomponerse y luego hablar entre sí, libremente, hasta desahogarse.

—Luego, pronunciaré mi sentencia —dijo.

El profesor estaba por dirigirse hacia allá, obediente, cuando la lengua de la mujer volvió a agitarse:

—No... ¡no, *maharaj*! Pronuncia ahora tu sentencia. La aceptaremos de corazón. Sostengo todo lo que dije. Aunque te ruego, con toda humildad y mis manos dobladas, que su alteza no preste atención a nuestro altercado. En la Tierra, estos intercambios estridentes ocurren continuamente, en la vida de cualquier pareja. ¡Di tu plegaria! Entrega tu sentencia, cualquiera que tú dispongas.

Todos los presentes miraban atentamente a la mujer de fuerte espíritu, ¡una flor excepcional! Se ocupaban en juzgar su conducta. Dharmaraj concedió su veredicto de la forma que había sido prefigurada y anunciada por la refinada mujer, en su última declaración •

Traducción de Atahualpa Espinosa, a partir de la versión del kashmiri al inglés de G. L. Labroo.

Savita Singh

Pensamientos descalzos

Vengan descalzos, mis pensamientos

Vengan, con la levedad de una noche bella
Uno por uno, vengan
Como las bendiciones de los dioses
Vengan como nada viene
Quédense hasta que la lámpara de la civilización arda
En su dolor y ansiedad

Quédense como el único testigo mío
Mientras yo miro dormir el mundo

Silencio

La dilatada tarde
Como una cara sórdida
Cae apática
En la orilla del día
Maravillosamente
A pesar de la tristeza y el desaliento
De los deseos nocturnos

El viento cálido aúlla
Y amenaza con volverse tormenta
Y las vacas siempre sin propósitos
Esparcidas por el campo
Mastican y bostezan

Un par de gorriones perdidos entran en mi cuarto
El ruido de sus pequeñas alas
Se mezclan con los latidos de sus corazones

Peligroso silencio el de la tarde
Y yo, una devastadora grieta en él

Los anhelos herméticos

Mi pelo todo despeinado
Mis pies llenos de polvo
Mis ojos maltrechos y sedientos
Soy alguien que tú conoces quizás
O podría ser
Sólo el viento sabe
Que una vez construyó nuestro palacio,
Esculpió ventanas
En el cielo azul para nosotros

Veo que has madurado

Formado por los días herméticos
Un rostro perfecto está listo
Para un espejo empañado
Que anhela por fin un reflejo fiel

Extraño aspirante

Extraña noche
Más extraña que mi yo para mí
Me incita a caminar sin rumbo
Me provoca que sea mi yo
Sabemos que es una broma cruel
Pero vemos
La inescrutable vastedad de tus propios deseos
Que transforma la cordura de la lujuria
En la locura de la serenidad

Mi yo desconocido
Ven y siéntate
En la amplitud de mi jardín muy amado

Veamos qué tan cercanos somos esta noche

La tarde mágica

La tarde ha pasado
Mi mundo cambió ya
Las hojas amarillas no planean más
Tormentas en el páramo
De mis pensamientos

La tierra mojada bajo mis pies
Invita a caminar,
A seguir como una conversación lúcida
Libre de logos

La tarde acecha por el rabillo del ojo
Y luego, la maliciosa noche
Que viene, no
Deja nunca indicios de su llegada

Mucho está por abrirse:
Vías, que eran
Estrecho, peligroso carril

Hasta hoy por la mañana

A observar los gorriones jugar

Luego de un día helado
El sol volvió a salir
Calentó con gentileza mis mejillas
Mientras yo estaba sentada en el estudio
La gente salía a las calles frías
Planeaba y tramaba conquistar el día
Buscaba amores y odios convenientes
Para suspirar
Algo del dolor madurado en su pecho

Fue luego de un día helado de verdad
Que el sábado había llegado
Cuando dediqué la tarde completa
A observar el apareamiento de los pájaros
En el silencio de un árbol de sombra
A observar los gorriones jugar y jugar

Luego de un día helado
El sol volvió a salir

Una larga caminata

Sufro mientras camino por mi calle favorita
Los árboles no me miran hoy con reverencia
Se burlan de mí en silencio
Ven la confusión de palabras y significado en mí
Sigo caminando
Pensando en la poesía y en esta ciudad

Sufro la creatividad y su crueldad

Versiones del inglés de Víctor Ortiz Partida.

Los orioles han regresado

Chandrakanta Mura Singh

Tras esconderse durante semanas, el sol emergió finalmente de las franjas de nubes cansadas. Proyectó un destello en la tierra cubierta de nieve. Con el calor que generaron sus rayos, los carámbanos que colgaban de los techos inclinados de la casa empezaron a disolverse.

Cuando Mahda, que se había envuelto en una colcha, sacó la cabeza para mirar afuera, no pudo evitar elevar sus manos en señal de bendición a Dios. Exclamó: «¡Alabado sea Alá! Después de un largo tiempo, ha sido tan amable como para mirarnos a nosotros, mortales, con compasión».

Khadija estaba sentada en un tablón de madera en la cocina, ocupada en dar forma a pequeñas bolas de masa. Cuando escuchó la plegaria de Mahda, estalló: «Es gente como tú que no tiene trabajo que hacer la que se dedica a rastrear los movimientos del sol. Seguramente pueden dar un recuento minuto a minuto de sus recorridos».

«¿Quién te detiene de mirar fijamente al sol todo el día?», replicó Mahda en tono juguetón. El calor del *kanger* que llevaba dentro de su ropa para calentarse y el aroma en el viento de los frescos y redondos pedazos de pan en la plancha, lo habían puesto en un agradable estado de ánimo para charlar con su esposa.

«¿Dónde está el tiempo para siquiera mirar al cielo?», dijo Khadija, lanzando un profundo suspiro. «Estoy destinada a trabajar como esclava todo el día. Y luego a nadie en la familia parece importarle un comino todo lo que hago. Nadie tiene una palabra dulce para mí».

Mahda miró la cara arrugada y enfurruñada de Khadija y concluyó que seguramente había tenido una pelea con su hijo o con su nuera más temprano.

Khadija siguió volteando los panes *roti* en la plancha y hablando entre dientes para sí misma. «Desde temprano en la mañana hasta muy tarde en la noche sigo trabajando como autómata sin un momento para enderezar la espalda. La gente de la aldea está celosa de mi buena suerte de haber tenido tantos hijos, ¡pero mis hijos son un montón de ingratos! No tengo tiempo siquiera de voltear a ver el cielo».

«Deja de quejarte así», dijo Mahda. «Ten corazón. Si empiezas a culpar de esa manera a nuestros hijos, los vecinos se harán ideas y nos difamarán. Después de todo, los niños son niños. Con el curso del tiempo, crecerán y adquirirán la madurez suficiente para entender las cosas».

Cada que Khadija se quejaba de sus hijos, ése era el formato de respuesta que le ofrecía Mahda. Eran niños, crecerían y adquirirían la madurez suficiente para entender las cosas. Pero Khadija sabía que sus hijos ya habían crecido y recibido la educación suficiente para entender las cosas. Y a pesar de todo encontraban culpa en todo lo que sus padres hacían o planeaban hacer. Había sólo cinco almas vivientes en la familia y a pesar de ello tenían discusiones que a menudo se convertían en acaloradas peleas.

Su nuera no salía de su recámara hasta mediodía. En las tardes también, cuando Khadija estaba en la cocina preparando comida para toda la familia, ella evitaba pasar por ahí para no tener que ayudarla, con el pretexto de que estaba ocupada en una u otra tontería. Después de todo, ella era el producto de un nuevo amanecer, ¡una nueva era! Ella se creía muy educada y creía que así demostraba su educación. Ella no sabía cómo ordeñar una vaca (¡la vaca de la familia no la dejaba ni tocar sus ubres!). Ella no toleraba el humo que salía del fuego generado con estiércol que usaban para cocinar y calentar la casa. Como fue criada en la ciudad, probablemente estuviera acostumbrada a las estufas de gas. El resultado era que Khadija tenía que hacer todas las tareas del hogar por su cuenta. Encima de todo, su nuera no bebía el té de sal que tomaban todos. Ella debía tener té «inglés» Lipton, ¡como si su familia lo hubiera bebido por generaciones! En cuanto a su educación, en realidad no había pasado de la preparatoria, ¡y a pesar de todo alardeaba como si hubiera terminado una carrera universitaria! Encima de todo, Tariq se quedaba mudo en presencia de su esposa. Parecía sufrir de un

complejo porque su mujer había sido criada en la ciudad y creía que esto justificaba la forma en que se comportaba en la familia.

«En cambio, mira a nuestra Noorie...», continuó pensando Khadija. Noorie se había casado en la ciudad y allí tuvo que hacerse cargo de una familia de diez personas. Había tenido que aguantar los abusos de sus suegros y a veces los golpes de su marido. Lo había aceptado todo con calma, sin rencores ni quejas. Por eso era que, cuando su suegra estaba de ánimo benevolente, la bañaba de afecto como si fuera su propia hija.

El corazón de Mahda también rebosaba de afecto hacia Noorie. Recordaba que su hija había sido criada al lado de Durgi y Kamli, las dos pequeñas hijas de su empleador, Samsar Chand (llamado afectuosamente Bablal por todos). Ella siempre buscó rodearse de buenas personas que llevaran una vida recta y respetaran las costumbres y las normas sociales. ¿Cómo podría equivocarse, entonces? Para Mahda, la nuera también era el otro extremo de ese *continuum*. La poca educación que había recibido se le había subido a la cabeza. Había hecho amistad con todas las mujeres caprichosas de la aldea. Era inevitable que esa compañía tuviera un efecto en su comportamiento. Mahda quería aligerar la carga que había en su corazón hablando sobre ello. Pero para qué dar lugar a disputas impropias en la familia.

Para evitar cualquier discusión sobre este tema sensible, Mahda se levantó y caminó hacia el establo. Ahí vio temblar a los becerros recién nacidos y se preocupó. Miró arriba y vio que el techo de paja tenía goteras y que gotas de agua helada caían sobre el más joven, haciéndolo tiritar. Mahda lo levantó, lo colocó en su regazo y le dio unas palmaditas afectuosas. Después extendió una colcha andrajosa en un rincón seco y lo hizo yacer ahí. Luego puso un largo recipiente de hierro justo bajo la gotera para contener el flujo incesante.

«Le pedí a Tariq que extendiera unos cuantos fardos de paja en el techo», masculló Mahda. «Eso hubiera prevenido la presente eventualidad, pero Tariq no lo hizo. El techo está goteando. Además, el peso de la nieve que se acumuló sobre la paja está haciendo que se desmorone. Ahora será más difícil llegar ahí para remover los carámbanos».

«¿Por qué muchachos educados como Tariq treparían a los techos del establo para barrer la nieve y amortiguarla con fardos de paja?», ironizó Khadija. «Debes de estar poniéndote senil para pensar así».

Khadija, que estaba amargada por el comportamiento caprichoso de sus hijos, dirigía toda su ira contenida hacia Mahda.

«Nunca he tenido materia gris dentro de mi cráneo», repuso Mahda con amargura. «De hecho, me volví senil el día en que comenzó a salirles pelo sobre el labio a nuestros muchachos. Debería estar agradecido con Alá de que, aún a esta edad, puedo trabajar con mis manos. Ven, tráeme mi pala y mi vasija. Removeré una porción de la nieve del techo para aligerarlo. Para cuando los muchachos regresen, puede ser demasiado tarde. Si el techo se cae, nuestros animales sufrirán seriamente».

Haciéndose cargo, Mahda siguió adelante y logró llegar a lo más alto del techo. Con su pala, empujó los montículos de nieve hasta el borde para hacerlos caer. Mientras se ocupaba en este trabajo, no pudo evitar pensar en los muchachos y sus maneras irresponsables, y este pensamiento llenó su corazón de pena y arrepentimiento. Cada que pensaba en Tariq y Fazal y su comportamiento desconsiderado, no podía evitar culparse a sí mismo. «Mahda, has fallado en educar bien a tus hijos», su propia voz reverberaba en sus oídos, resaltando el desagradable hecho. Perdido en sus recriminaciones, Mahda recordó lo que su empleador Samsar Chand le había dicho: «Mahda, tu ausencia de aquí, aun por pocos días, hace las cosas más difíciles para mí en casa. Tú sabes cómo cuidar niños, cómo hacerlos portarse bien».

Pero mientras Mahda podía hacerse cargo de los hijos de su empleador, se encontraba impotente lidiando con su propia descendencia. Tras darles educación en buenas escuelas, ellos demostraban constantemente una indiferencia por las normas y convenciones seguidas por sus padres y sus mayores.

Los picos de montaña, coronados de nieve, parecían impacientes por tocar el cielo. Los vientos helados habían despojado de su verdor a la morera. No había señal de loros, periquitos o bulbules. Sin su follaje y sus amigos emplumados, la morera parecía distante, triste y desolada. Durante la primavera, el mismo árbol estaba cubierto de retoños blancos y rosas que fructificarían en moras rojas, mientras vuelos de orioles se ocultaban en el espeso follaje y trinaban muy alto.

Mahda recordó la vez en que Bablal visitó su humilde hogar trayendo con él a sus hijos. Las niñas pequeñas se habían sentido atraí-

das inmediatamente por la morera. Les gustaron particularmente sus frutas agridulces y los coloridos orioles que saltaban de forma juguetona entre las ramas del árbol cantando: «Ee... ee... yo...».

«¿Qué dicen los orioles, Mahda Kaka?».

«Los orioles dicen: "*Gopis* del señor Krishna, ¿dónde han dejado los mantos que cubrían sus cabellos?"».

Aplaudiendo con sus pequeñas manos, Kamli saltó y arrancó juguetonamente la gorra que llevaba puesta Mahda.

«Eso no es parte del juego», bromeó Mahda, fingiendo ira y exasperación.

«Por Dios, yo no he robado tu gorra», dijo en tono travieso Kamli, escondiéndola tras su espalda. «Ve, ese oriol se la ha llevado».

«Ni que el oriol fuera un mono para robarme la gorra».

Mahda finalmente tuvo éxito. Recuperó su gorra y se la puso sobre la cabeza. «El oriol nunca se llevaría la gorra de una persona», explicó. «De hecho, devolvería la gorra que fue robada a su dueño. Una gorra, como un turbante, es un signo de modestia, y su lugar legítimo es en la cabeza de una persona, donde debería quedarse».

Después de eso, con maneras simples pero interesantes, Mahda explicó a las niñas la diferencia entre una gorra y un turbante. También los significados de los muchos sonidos producidos por las criaturas emplumadas. Como resultado de la conversación, las niñas no volvieron a tocar la gorra de Mahda ese día.

Durgi y Kamli se habían convertido en niñas grandes. Se habían casado y vivían en lugares distantes en los que estaban felizmente absortas en sus responsabilidades del hogar. Pero Mahda aún imaginaba que seguían siendo niñas inquisitivas. Recordó que en días nevados esculpía figuras de animales con nieve para entretenerlas. Iban desde pequeños ratones hasta leones miedosos. También creó un prototipo de aspecto feroz, el espectro de un hombre indígena llamado Rahchok, para asustarlas. Los vientos helados, la curiosidad y el miedo que les había despertado pusieron las mejillas de las pequeñas niñas más rojas de lo normal.

«¿Has visto a Rahchok, Mahda Kaka?».

«Sí, ¿cómo no? En la noche oscura, cuando nieva sin parar, Rahchok toma una linterna en sus manos y cruza campos y montañas y riachuelos. Él siempre camina hacia atrás».

«¡Oh! ¿Él ahoga gente en los arroyos?».

«No, no en absoluto. Bueno, sólo a la gente con corazón de gallina, que es la que se intimida cuando lo ve. De hecho, él tiene miedo de gente brava e intrépida y se asusta cuando se la encuentra».

Durgi y Kamli amaban escuchar historias. Especialmente historias sobre diferentes clases de aves, sus hábitats, sus rutas de vuelo y sus destinos finales más allá del horizonte carmesí. En las tardes, cuando las parvadas volaban hacia un destino desconocido formando filas inmaculadas, sacaban a Mahda de algún rincón de la casa y le hacían preguntas.

«Mahda Kaka, ¿hacia dónde están volando esas aves?, ¿van hacia el enorme nogal de allá? Mahda Kaka, ¿quién vive en ese árbol?».

«Ahí viven sus hijos, que esperan a que les lleven comida. Los polluelos pían con débiles sonidos para darles la bienvenida. Luego abren sus pequeñas bocas para que sus padres los alimenten».

«¿Ellos comen comida cruda y sin cocinar? ¿No les duele la panza después de comer eso?», Durgi seguía disparando su descarga de preguntas sobre Mahda.

Mahda se veía obligado muchas veces a revisar declaraciones que había hecho antes. En una ocasión, había dicho que a los polluelos recién nacidos sus padres les daban arroz, que ellos digerían bastante bien. El resultado fue que Kamli empezó a imitar a las aves comiendo puñados de arroz crudo a hurtadillas. Cuando su madre, Kakni, la vio comiendo arroz crudo, le gritó. Pero Kamli se defendió diciendo: «Mahda Kaka dice que los polluelos comen y digieren arroz crudo».

Kakni llamó a Mahda y le preguntó: «Si los polluelos comen arroz crudo se enferman del estómago, ¿no es cierto?».

Mahda entendió la indirecta e inmediatamente reaccionó a su declaración anterior. «Sí, Kakni Ma, tienes razón. La madre enciende un pequeño fuego en la copa del árbol. Los granos son cocinados y sólo entonces se los dan a los polluelos».

«Pero las aves no tienen manos, ¿cómo les dan de comer a los polluelos?», Durgi desafió las perlas de sabiduría ofrecidas por Mahda Kaka.

«Alimentan a los polluelos con sus picos», replicó rápidamente Mahda por temor a que cualquier retraso fuera interpretado como falta de conocimiento de su parte. «De hecho, las aves hacen casi todo su trabajo con sus picos».

Durgi y Kamli se habían encariñado demasiado con Mahda. Se quedaron estáticas ante la vista de un bulbul. ¿Quién sino Mahda podría descifrar el significado del melodioso gorjeo del bulbul que se había posado en las ramas del árbol chinar? Mahda trataba incluso de imitar sus canciones, poniendo sus manos en forma de concha y soplando en ellas. El sonido que producía era dulce y melodioso (exactamente como el de los cantantes emplumados que estaba imitando: «Goo... gu, goo... gu, goo»).

«¿Qué cantan estas aves, Mahda Kaka?».

Entonces Mahda explicaría que, en sus voces lastimeras, los pequeños pájaros narraban cómo eran castigados por sus madres y también por su hermana por supuestos actos desvergonzados. Ellos se quejaban de que su madre los golpeaba con el mazo de un mortero de piedra y que su hermana hacía lo mismo con el husillo de una rueca.

«¿Su mamá de verdad les pegaba con el mazo de un mortero?».

«¿Por qué no lo haría? Los pequeños habían ensuciado los utensilios mientras su madre estaba ocupada haciéndoles de comer».

«¿Y por qué les pegaba su hermana?»

«Su hermana estaba girando la rueda cuando ellos empezaron a jugar con el rollo de hilo que hacía que la rueda girara. Eso lo ensuciaría todo de tierra. Además, ¿es así como los niños deben saltar por todas partes creando molestias?», preguntó Mahda.

Cuando Tariq vio a su padre empujando y apisonando grandes trozos de nieve del techo inclinado, abordó a su madre furiosamente: «¿Por qué Baba se subió al techo para despejar la nieve? Se va a

resfriar y eso va a ser causa de preocupación para toda la familia. De por sí lleva mucho tiempo tosiendo».

Mahda bajó del techo casi arrastrando sus pies cubiertos de nieve. El frío había congelado sus extremidades y las había vuelto pesadas. Cuando escuchó las palabras de Tariq, replicó: «¿Crees que la gente como nosotros debería contratar sirvientes para hacer tales trabajos?».

El tono quejumbroso del discurso de Mahda provocó a Tariq, que estalló, «Puedes tener razón en decir eso. Después de todo, has trabajado toda tu vida como sirviente y estás muy acostumbrado a tales tareas».

Mahda quedó estupefacto ante la reacción de Tariq. En su ceño aparecieron profundos surcos, también venas azules que se hincharon en su piel trigueña. «¿Quieres decir que he trabajado como sirviente toda mi vida? Sí, lo he hecho. Pero si tú hubieras trabajado en la posición en que he trabajado y te hubieras ganado el respeto que me he ganado, no estarías diciendo esto».

Khadija hizo una señal a su hijo de cesar el duelo de palabras con su padre. Ella estaba muy al tanto de la asociación de Mahda con la familia de Samsar Chand y no quería que el tema se siguiera discutiendo.

Khadija rellenó el *kanger* de Mahda con más pedazos de carbón ardiendo y se lo entregó. Mahda puso su palma congelada en el *kanger* y sintió calor. La intensidad de las brasas pronto lo transportó a un mundo de memorias relacionadas con el pasado. Sí, había trabajado como sirviente en la casa de Samsar Chand (Tariq no estaba completamente errado). Sí, Mahda trabajó primero como aparcero en sus terrenos, después como peón bajo sus órdenes (Samsar Chand tenía un puesto importante en el Departamento de Educación) y finalmente como cuidador de su casa y de su corazón. Tariq consideraba todo eso como trabajar en las capas más bajas y serviles.

Depende de cómo se miren las cosas, razonó Mahda. Ojos ajenos veían las cosas desde afuera y consideraban su trabajo como el de un sirviente de la más baja categoría. Pero ellos no tenían idea de cómo funcionaba todo desde adentro. Ellos no sabían que Bablal insistía en que él comiera la misma comida y bebiera el mismo té que los miembros de su familia. Ellos no veían cómo Bablal no comía hasta que Mahda hubiera aprobado el sabor del *roganjosh* o del caldo

yahni que hubieran preparado. Ellos no escuchaban la voz de Kakni Ma insistiendo: «Mira, Mahda, de ahora en adelante debes sentarte a comer con la familia en vez de esperar a que terminen». Cuando Mahda escuchó las instrucciones de Kakni, sus orejas enrojecieron. Intentó razonar con ella, «Kakni Ma, ¿cómo podrían patrón y sirviente comer juntos? Eso sería sacrílego. Me transportaría directamente al infierno».

«No, Mahda», Bablal respiró del incesante humo de su cachimba antes de intervenir. «Tú eres como mi hermano. Si no retribuyo el bien que me haces, tendré que sufrir seriamente en mi próxima vida».

Mientras Bablal pensaba que Mahda le había hecho mucho bien y le estaba agradecido, Mahda nunca lo vio como una obligación. Él siempre consideró a Kakni como a su madre y a Durgi y Kamli como a sus propias hijas.

Cuando Mahda iba a su aldea durante sus días de descanso, Durgi y Kamli se sentían inquietas. Se sentaban tristemente en la ventana abierta mirando hacia afuera, de una manera no muy distinta a la de los niños que esperan melancólicamente a que regresen sus padres de una tierra distante a la que han ido por razones de trabajo. En tales ocasiones, cantan: «Que la nieve caiga sin cesar. Pero padre, debes regresar a casa pronto».

Al regreso de Mahda, Kakni le diría cómo Durgi y Kamli se habían sentido tristes sin él y cómo esperaron ansiosamente que volviera. Esto llenaba el corazón de Mahda con orgullo, satisfacción y una cantidad redoblada de afecto paternal por las pequeñas niñas.

PERO PRONTO el tiempo dio un giro para peor. Los británicos abandonaron el país tras partirlo en dos. Aquellos que habían estado viviendo como hermanos se convirtieron en enemigos jurados de la noche a la mañana. En Cachemira, el azote llegó en forma de la infame incursión kabali que, tomando la ruta ocupada por Pakistán, había alcanzado Baramulla. En aquellos días, Bablal trabajaba como director de una preparatoria en Baramulla y Mahda como peón en la misma escuela. Como la aldea de Mahda estaba mucho más lejos y él no podía viajar diariamente de su casa al trabajo, se quedaba con Bablal y cuidaba a los niños.

¡Cómo podría olvidar Mahda esa fatídica noche del mes de *kartika* envuelta en oscuridad y silencio! El pueblo parecía dormido como un

niño en el acogedor regazo de su madre. De repente, en mitad de la noche, una descarga de disparos raspó el aire sacudiendo el lugar y sus frágiles estructuras. En cuestión de minutos, el pequeño pueblo fue cimbrado con gritos de saqueo y violencia. Mahda, que estaba durmiendo, se levantó de un salto. Se apresuró afuera para ver qué estaba ocurriendo en los alrededores. Vio gente corriendo como loca que quedaba atrapada en el rango de fuego de los intrusos, que parecían disparar indiscriminadamente para aterrorizar a todos. Algunas mujeres volaron a refugiarse en bodegas y graneros, pero los atacantes habían capturado a muchas de ellas y las sacaban por la fuerza.

Repentinamente, Rasool Miyan, Lateef Baig y Ghaffar Bhat buscaron a Mahda y le dijeron: «Mahda, si quieres salvar las vidas del maestro y su familia, ¡manda a su esposa e hijas fuera de la casa rápido!»

La mera mención de la esposa e hijas del maestro sacudió a Mahda. Estaba claro para él que esos hombres estaban confabulados con los intrusos y trabajaban para su beneficio. También estaba claro que los intrusos necesitaban mujeres locales para satisfacer su lujuria y que estos hombres habían sido enviados para hacer los arreglos necesarios. Mahda vio a través de sus intenciones. Se apresuró a cerrar la casa desde adentro.

Una vez de vuelta en el interior, Mahda vio un Bablal de cara cenicienta caminando de un lado a otro, muy ansioso. Mahda aún recordaba cómo Bablal se había quitado su turbante recién apretado para colocarlo a sus pies, buscando su ayuda en esa hora de crisis sin precedentes. Más que los sangrientos eventos que siguieron a la convulsión del mundo, fueron los ojos tristes y suplicantes de Bablal los que se grabarían en la memoria de Mahda.

Mahda levantó el turbante de Bablal y lo colocó respetuosamente en una respisa, se inclinó ante él en una reverencia. Después pensó en un plan que puso en movimiento en el acto. Limpió la marca de color bermellón de su frente y le quitó las ropas sagradas que llevaba puestas. Ayudó a Bablal a vestirse con su propio *salwarkameez.* Finalmente, lo hizo saltar sobre el parapeto en la parte trasera del complejo, urgiéndolo a dirigirse hacia Srinagar por cualquier medio del que pudiera disponer.

Después de esa rápida operación, Mahda guió a Kakni, Durgi y Kamli fuera de la casa a través de la puerta trasera y las ocultó en su propia habitación. Por dos días, Durgi y Kamli estuvieron vesti-

das con las ropas de Noorie para ocultar su identidad. Por la misma razón, cuando Kakni se puso las ropas de Khadija para camuflarse, Mahda se sintió agobiado con un sentimiento de vergüenza y arrepentimiento. Habló mirando el suelo: «Kakni Ma, que la furia de Alá visite a estos demonios por lo que han hecho a tu noble familia. También rezaré a Él para poder guiarte fuera de esta crisis con gracia y honor». Al escuchar esto, Kakni no pudo evitar derramar lágrimas de gratitud y abrazarlo como si fuera su propio hijo.

Tras unos pocos días, cuando las fuerzas indias finalmente llegaron, mandaron a los saqueadores de vuelta a Muzaffarabad. Tan pronto como las cosas volvieron a la normalidad, Mahda llevó de regreso a Kakni, Durgi y Kamli a salvo.

El episodio hizo que Rasool, Latif y Ghaffar se enfurecieran con Mahda. Incluso lo llamaron «ingrato *kafir*». «¿Qué es esta noción de lealtad a un amo *pandit?*», le increparon. «Si los atacantes se hubieran enterado, hubieran quemado toda la zona en retribución. Nuestra primera prioridad debe ser salvar nuestras propias vidas». Mahda estaba triste y perplejo. Para él, había algo por encima de la fe, pero no podía explicarles a ellos qué era.

¿Por qué arriesgó Mahda su propia vida para salvar a Bablal y su familia? ¿Sólo porque eran sus empleadores y los habían mantenido a él y su familia por tanto tiempo? Mahda quería plantear esta pregunta a Tariq. Después de todo, Tariq era una persona educada, razonó él, y debería ser capaz de ofrecer un respuesta convincente y bien razonada. Pero entonces Mahda decidió no preguntárselo. No en absoluto.

Pero después de muchos, muchos años, Tariq había hecho la misma pregunta a Mahda dándole un giro distinto. Mahda quedó boquiabierto. Nunca le había importado cómo vería sus acciones la gente desde fuera, pero ¿su propio hijo? Si Tariq había sido bien educado, era debido a Bablal. Fue él quien pagó su educación hasta nivel universitario. Era debido a la generosidad de Bablal que ahora estaba lo bastante calificado como para ser maestro de una preparatoria. Un pueblerino como él, pensó Mahda, no podía haber soñado que su hijo no sólo recibiría una buena educación, sino que además sería lo bastante competente para impartir conocimiento a otros. ¿Por qué no tendría Tariq siquiera un remanente de la forma en que su padre veía la vida? ¿Qué sentido tiene el conocimiento si incapa-

cita a una persona para retener siquiera una pizca de gratitud hacia su benefactor? Era difícil para Mahda entender por qué, después de leer unos cuantos libros, una persona pierde respeto por los valores transmitidos por sus mayores tras años de trabajo duro, experiencia práctica y sabiduría benigna.

«¿Para qué sirve la educación si no inculca sentimientos de amor, honestidad y humildad en los estudiantes?». Mahda no podía evitar plantear la cuestión. «¿Qué tus libros no hablan sobre ellos? Nosotros no fuimos educados como tú, pero nos embebimos del libro de la vida».

Tariq no pudo ofrecer ninguna respuesta coherente y convincente ni para su padre ni para sí mismo. Para él, esos sentimientos eran demasiado abstractos y no se relacionaban con su vida de forma significativa.

Sí hizo un intento, sin embargo, de sopesar los términos planteados en las escalas de la lógica. Entonces resumió su entendimiento de la situación de este modo: «Padre, uno debe hablar de cosas como amor, amistad y honor sólo entre iguales. Trabajar como sirviente para un patrón toda la vida y después hablar de esas cosas en relación con él no tiene sentido. Toma tu propio caso, por ejemplo. ¿No es un hecho que trabajaste para Samsar Chand toda tu vida? Ese sentido de lealtad aún persiste en tu corazón. ¿Tú crees que los hijos de Samsar Chand, a quienes criaste como propios, aún se acuerdan de ti? Estoy seguro de que deben haber borrado esas memorias de su conciencia hace mucho tiempo».

Tariq reafirmó su argumento con una parábola popular: «Padre, a menudo nos cuentas la historia de un *nawab* que tenía dos sirvientes. Cada mes, el *nawab* le daría un puñado de monedas de oro a uno y unas cuantas bofetadas al otro. La razón era obvia: el sirviente que recibía las monedas era honesto y trabajador, mientras que el sirviente que recibía las bofetadas era deshonesto y holgazán. Ahora, es probable que tú seas como el sirviente que siempre recibió las monedas. Ésa es la única diferencia».

Mahda no discutió más con su hijo. Recordó un proverbio que decía que alguna vez la talla de zapatos del padre le quedaría al hijo y que, cuando eso sucediera, debía tratársele más como amigo que como hijo. También había llegado a darse cuenta de que existía un vasto abismo entre el conocimiento adquirido a través de los libros

y el conocimiento recogido del libro de la vida. Él ya no trabajaba para Bablal. De hecho, tanto Bablal como Kakni habían muerto unos años antes (sus muertes sólo estuvieron separadas por unos cuantos meses de distancia). Sus dos hijas, Durgi y Kamli, se habían casado y ahora vivían muy lejos. Su hijo Nika había conseguido trabajo en Delhi y se había establecido ahí. Antes de morir, Bablal había legado una gran parte de sus tierras de cultivo a Mahda. Después de que falleciera Kakni, Mahda había regresado a su aldea definitivamente. Aún abrazaba un largo rastro de memorias dulces conectadas con ellos.

En casa, Mahda se exponía a un mundo distinto con sus propios hijos (cada uno de los cuales tenía sus propios asuntos). A Mahda no le importaban los cambios que tenían lugar tras un periodo. Había aceptado que el cambio era la ley de la naturaleza. Después de todo, las estaciones también cambiaban. Los árboles cubiertos de abundantes hojas verdes y flores en primavera, en otoño eran despojados de su follaje quedándose con su esqueleto desnudo. Pero después de que el helado invierno se iba, sus estructuras esqueléticas se cubrían de verde musgo preparando el terreno para que de los capullos brotaran nuevas flores.

Mahda se preguntó por qué sus hijos no podían enteder que la tierra debe retener humedad para permitir que los capullos crezcan. Sin humedad, no crecería nada de ella, excepto malas hierbas y cardos espinosos. Cuando Mahda tomó la fotografía de Durgi y Kamli en la que las dos pequeñas niñas, sentadas en su regazo, escuchaban los cantos de los orioles, se sintió inmensamente agradecido. En un estado de ánimo agradable, comenzó a tararear la vieja canción: «Los bulbules gorjean y retozan en las ramas llenas de flores».

Después de comer sus alimentos vespertinos, mientras Mahda fumaba unas cuantas bocanadas de su *chilum*, Tariq le entregó un sobre. «En el camino de regreso de la escuela, Ahda me lo dio. Como la dirección en el sobre estaba mal escrita, recorrió todo el pueblo antes de llegar a mis manos».

«¿De quién será?», se preguntó Mahda. «¿Para qué me escribiría alguien ahora? Debe de ser una carta de Gulla. Me ha estado persiguiendo para que te convenza de conseguirle un modesto trabajo

en la escuela».

«Mi puesto no es lo suficientemente importante como para conseguir trabajos a la gente», musitó Tariq. Después se giró hacia Mahda nuevamente y agregó: «Esta carta viene de Calcuta, de una tal Kamla Raina».

«¡De la niña Kamli!», saltó Mahda de gusto, sorprendido. «¿Después de todos estos años? Parece que aún se acuerda de Mahda Kaka... Léemela, hijo».

Tariq hizo una cara burlona y leyó la carta. Mahda escuchó todas y cada una de las palabras con la máxima atención posible.

Kamli había escrito que esa primavera planeaba ir a Srinagar llevando a sus hijos. Los niños visitarían Cachemira por primera vez. Kamli los había alimentado con muchas de las historias que le había contado Mahda cuando era una niña. Ahora los niños querían saber quién era Mahda Kaka y cuál era su parentesco con ellos. Kamli no sabía qué responderles en cuanto al parentesco. Sabía que existían algunos vínculos sin nombre que no podrían explicarse metiéndolos en los moldes de las relaciones humanas. Tal vez Mahda Kaka podría explicarles mejor esas sutilezas. Ella cerraba la carta contándole que el nombre de su hija era Kukil y el de su hijo Poshnool.

Cuando Tariq terminó de leer, Mahda se sintió inundado de gozo y gratitud. Jaló una bocanada profunda del *chilum* y después se rio alocadamente. «Mira, los niños educados como ingleses tienen nombres como Kukil y Poshnool (el cuco negro y el oriol), los nombres de dos aves de Cachemira. Mira Tariq, Kamli no se ha olvidado de nada. Nada... ¡Kukil yPoshnool!».

Por intentar aspirar mayores bocandas y hablar al mismo tiempo, Mahda se quedó sin aliento. Se levantó y salió al patio. Con lágrimas en los ojos, miró la morera, que se paraba como un centinela cubierto de hielo en medio del patio. Imaginó que el hielo se derretía y el árbol se cubría de follaje verde y frutas maduras. Estaba seguro de que pronto regresarían los orioles y, posados en las ramas de los árboles, cantarían: «Las *gopis* del señor Krishna están bailando sin sus mantos» •

Traducción de Iván Soto Camba, a partir de la traducción del hindi al inglés de Pankaj Bhan.

Reflexiones sobre la literatura de la India: el género poético*

SHYAMA PRASAD GANGULY

LA GRAN CONFUSIÓN y el escaso conocimiento existentes en los países de habla no inglesa respecto a la evolución y los movimientos de la literatura en general y de la poesía de la India, no sólo en los siglos anteriores sino también en la actualidad, se debe principalmente a la separación idiomática existente entre la India y aquéllos, así como a la falta de una comprensión cabal de la diversidad lingüística dentro de lo indio. Redunda decir, en este sentido, que históricamente, salvo excepciones, fue escaso el esfuerzo realizado para llegar a un conocimiento literario mutuo. Los que superaron esa barrera lo hicieron a través del inglés, y excepcionalmente los británicos, por sus conexiones colonialistas, trataron de comprender la cultura de la India, aunque con cierto complejo de superioridad. Algunos intentaron familiarizarse del pulso literario día a día y fueron, en principio, tanto los portadores de la literatura india hacia Occidente como la máquina catalizadora en un contexto colonial, lo cual,

* Este texto es versión modificada de la introducción a la antología intitulada *Poesía india*, compilada y traducida en colaboración con el poeta español Alfredo Villaverde y publicada por Ediciones Libertarias (Madrid, 1994). Tratándose de la historia de las tendencias literarias en la India, este ensayo no pretende integrar ejemplos concretos poéticos en el sentido antológico en el cuerpo del texto, debido a la limitación del espacio. Otras aportaciones incluidas en este volumen complementan ese aspecto, especialmente de cara a la creatividad cosechada durante los últimos treinta o cuarenta años. No damos cabida aquí a esta poesía joven todavía pendiente de consolidación. En ese sentido, cabe señalar la no inclusión de una debida reflexión sobre una vertiente como la de la *dalit literature* (literatura de los oprimidos), que en la parte occidental de la India (Maharastra, Gujarat, etcétera) también comenzó a tener bastante resonancia como elemento de creación y cultural de los marginados.

en cierto modo, fue impactante para asentar el camino por donde habría de ir la tendencia moderna. Esto conllevó consecuencias problemáticas, por ejemplo, la de aventajar a la literatura india escrita en inglés como la más representativa de la literatura india, en desmedro de las expresiones en lenguas regionales. ¡Pero no saltemos épocas!

En el mundo hispánico es conocida la figura del gran escritor en sánscrito Kalidasa, así como algunos tratados lingüísticos en esa lengua, y ya en el siglo XX, además de la recepción parcial de la teosofía oriental, quizás más pronunciadamente la figura del Premio Nobel Rabindranath Tagore. Y eso tanto por su estatura literaria como por el interés de Juan Ramón Jiménez y Zenobia Camprubí en acercar al idioma español la magnitud del universo poético de Tagore a través de las traducciones en inglés o francés. Pero el resto de la tradición literaria india queda bastante difuminado, por lo que trataremos, desde estas páginas, de ofrecer algunos datos esenciales para la mejor comprensión y la valoración de la poesía escrita en la India. Es natural la imposibilidad de poder penetrar en la espiritualidad de un idioma extranjero y por lo tanto apreciar hasta dónde puede penetrar la luz invisible de un conjunto de palabras místicamente escogidas y agrupadas en un texto para producir ese efecto mágico que logra el poema, pero cualquier labor intercultural en el ámbito del conocimiento mutuo debe tratar de aunar los puntos de vista oriental y occidental a la hora de lograr ese difícil equilibrio de forma y fondo, ese funambulismo del texto en que consiste la traducción, para dejar al lector la evidencia y la sugerencia del texto, el aroma de su espiritualidad oriental, la evolución de su planteamiento hacia la modernidad, el ritmo y el *tempo* de su música y, en resumen, la síntesis de los elementos del significante y del significado que ahorman el poema.

Al principio, es conveniente aclarar algunos datos sobre aspectos generales del país para entender la diversidad unificada de la poesía escrita en la India como un caso especial. El territorio indio consiste en veintinueve estados demarcados lingüísticamente. La población presenta claras huellas raciales muy diversas. La religión, las costumbres, la forma de vida, el clima y las tradiciones son, entre otras, algunas de las cosas que más diferencian a sus habitantes. Hay ochocientas cuarenta y cinco lenguas, de las que setecientas veinte son dialectos hablados por más de cien mil personas. Más del noventa y uno por ciento de la población habla uno de los veintidós idiomas principales del país que tienen la consideración de lengua nacional. El asamés, el bengalí, el gujarati, el hindi, el urdu, el

cachemir, el maratí, el oriya, el panyabí, el sindi, el manipuri y el konkani hablados en las zonas del este, el oeste, el centro y el norte pertenecen al grupo de lenguas llamadas indo-arias, habladas casi por el setenta y cuatro por ciento de la población total. En su evolución, la mayoría de ellos, de un modo u otro, se relacionan y se inspiran en el sánscrito, el prácrito y el tamil (en términos de antigüedad), idiomas «clásicos» y mayormente depositarios de la tradición cultural del país. El tamil, el telugu, el malayalam y el canarés son del grupo dravidiano y predominan en el sur.

A grandes rasgos, los idiomas de la India se fusionan entre sí y, a excepción de la diferencia de origen entre el indo-ario y el dravidiano, no se marcan fronteras rigurosas. Existe una mezcolanza de lenguas y culturas entre los diversos grupos lingüísticos. Nueve de cada diez personas hablan uno de los quince idiomas principales. La mayoría de la población es bilingüe y hasta trilingüe en la mayor parte del país. El bilingüismo y el trilingüismo son amplios en todas las clases, excepto en el campesinado de las áreas lingüísticamente homogéneas.

El hindi, con sus variaciones, figura numéricamente como uno de los principales idiomas del mundo después del chino, el inglés, el ruso y el español. Siete de los idiomas principales se encuentran entre los veinte primeros del mundo. Más de setenta millones de personas hablan el bengalí (sin contar otros ciento diez millones que lo hablan en Bangladesh) y, de esta manera, después del español es el quinto idioma más hablado del mundo. También figuran entre los primeros veinte más hablados el maratí, el tamil, el urdu, el panyabí, el gujarati, el canarés, el malayalam y el oriya.

Cabe destacar que el sánscrito no tiene ninguna regionalidad y hace bastante tiempo que ha cesado de ser un idioma importante (popular) de comunicación, aunque represente el microcosmos de todo lo esencialmente indio. El idioma más en uso es el hindi, que sigue ganando terreno para sustituir al inglés en su papel de segunda lengua de uso general y de enlace entre distintas regiones —ambos son los idiomas oficiales en la actualidad. Con esto pretendemos hacer notar la dificultad de realizar un estudio actual de la poesía en la India, porque haría falta examinar los veintidós idiomas, cada uno de los cuales representa el pensamiento, la cultura y el desarrollo de la India en su forma múltiple y en cada uno de los cuales se han escrito miles de páginas. La India ya ha sobrepasado la cifra de mil trescientos millones de personas en términos de población censada, y en el presente ensayo nos vemos obligados a centrar la aten-

ción en la historia literaria en tres lenguas fundamentales: hindi, bengalí e inglés, deteniéndonos especialmente en sus características y principios creadores, pero también reflejando las características de otra decena de lenguas. En esta tarea hemos contado con la inestimable colaboración y asesoramiento de la Academia de Letras de la India (Sahitya Academy), que aglutina a poetas de todos estos idiomas, regiones y tendencias.[1]

---

1 A riesgo de repetición, en esta nota ofrecemos por separado al lector algunas pautas sobre la dimensión territorial y el número de hablantes de las distintas lenguas de la India, para que obtenga una visión más precisa del panorama de ese inmenso conglomerado de razas, religiones y formas de vida. El idioma más hablado en el mapa lingüístico indio es el hindi, por su condición de idioma oficial y por el área de sus hablantes, que se extienden por gran parte de la India (Madhya Pradesh, Uttar Pradesh, Bihar, Punjab, Haryana, Delhi, etcétera) y alcanzan el número aproximado de trescientos millones. El bengalí es la segunda lengua, si consideramos conjuntamente sus áreas hablantes: Bengala Occidental y Bangladesh, que totalizan unos doscientos millones de bengalihablantes. El maratí y el telugu siguen en importancia, con una cifra aproximada de hablantes de unos setenta y cinco millones cada uno de ellos —que en el caso del telugu se ubican en el estado de Andhra Pradesh, en el sur de la India, mientras que el maratí es el más hablado en la parte occidental del país (Maharashtra), cuya capital es la populosa ciudad de Bombay.

El tamil, con más de sesenta millones de hablantes, se centra en el sur (estado de Tamil Nadu), mientras que el urdu y el gujarati tienen unos cincuenta millones de hablantes en la parte central del país y en el sur (Hayderabad) y en la parte occidental (Gujarat), respectivamente. El canarés es otra de las lenguas habladas en el suroeste (estado de Karnataka), al igual que el malayalam, que se habla en Kerala, situado en la parte más extrema al sur. Ambos cuentan con una cifra de unos cuarenta millones de personas hablantes. El panyabí y el oriya tienen cifras cercanas, que sobrepasan los treinta y cinco millones de hablantes, y se ubican en el noroeste (Punjab) y el oriente (Orissa) mientras que el asamés y el sindi cuentan con unos quince millones de hablantes, si bien muchos hablantes del segundo habitan actualmente en Sind, que forma parte de Pakistán. El inglés forma una isla aparte en este panorama, ya que sus hablantes se encuentran esparcidos por toda la India, dadas su condición de lengua oficial y la tradición de la cultura británica; alcanzan un número aproximado de treinta millones, pero con una gran proyección literaria en el conjunto de la India.

Por otra parte, Delhi es el símbolo del cosmopolitismo lingüístico, ya que, al ser la capital, registra la afluencia continua de personas llegadas desde todos los puntos de la India y, por lo tanto, el encuentro de sus diversas lenguas. Por supuesto, existen otras lenguas de estimable proyección que, bajo los paráme-

A nuestro entender, el término *contemporáneo* tiene un carácter más amplio que el de mera actualidad, y en tal sentido la contemporaneidad india puede fijarse en las figuras de Tagore (bengalí) y Subramaniam Bharati (tamil). Ambos representan, en términos cronológicos *strictu sensu*, un periodo premoderno. Por otra parte, la evolución de los movimientos poéticos en la India no es tan rápida como en Occidente, y el curso de los mismos puede permanecer más o menos invariable durante cuarenta o cincuenta años.

También pueden surgir varias ramificaciones del núcleo original, como en el caso del postromanticismo de la época inmediatamente anterior a la Independencia (1947), que se ha consolidado sin adoptar un nuevo término y al que se le sigue considerando un movimiento neoexperimentalista. Por lo tanto, para considerar el estado actual de la poesía será conveniente remitirnos a una base temporal más amplia que permita entroncar con las tendencias anteriores.

La cultura desarrollada en la literatura de cada región de la India, tanto en el pasado como en la actualidad, ha conservado su carácter individualista y regionalista. Las regiones de habla panyabí y sindi, o hindi y urdu, están muy mezcladas, aunque conservan sus caracteres propios con bastante claridad. No existe mucha diferencia en la vida cultural y social entre la gente de Maharastra y Gujarat, y sin embargo no se pueden confundir las líneas trazadas por ambos grupos en sus tareas literarias. Se puede afirmar lo mismo entre los cuatro idiomas existentes en el sur, del grupo dravidiano, o entre bengalí, asamés y oriya, entre las regiones del este. Los elementos distintivos de cada uno no les apartan de esa proximidad básica que les otorga una perspectiva muy india en su totalidad. Cabe destacar que esta diversidad viene estrechándose con el paso del tiempo hacia una identidad derivada de sucesos históricos, económicos, culturales y sociales comunes desde la fecha de la Independencia, que originan una respuesta poética bastante similar.

A pesar de la unidad cultural del diverso escenario indio, no es fácil llegar a entender en términos concretos dicha unidad, puesto que suele

---

tros occidentales, serían muy importantes por el número de sus hablantes, como el cachemir, el manipuri, el konkani, el mizo, el rajastaní, etcétera. Una visión totalizadora del tema que nos ocupa debe incluir referencias a los trabajos realizados en todas estas lenguas para integrar el complejo mapa lingüístico de la India contemporánea de manera más completa. Un reto, ¡pero valdrá la pena el esfuerzo!

ser el idioma el que da a la literatura su identidad y por ende es lógico pensar que hay más de veinte literaturas en la India. Además, el lector de una lengua está más o menos familiarizado con su propia literatura, y conoce las otras de una manera fragmentada mediante traducciones. Esta interacción por vía de traducciones ha aumentado bastante en las últimas cuatro décadas, pero todavía queda mucho por hacer para que el lector interesado en cada una de las lenguas consiga una visión holística de la totalidad del panorama literario de la India en forma íntegra. Pero no ignoremos que dentro del país ha existido un vivo debate sobre el concepto de literatura india, marcado, por un lado, por la convicción de que este concepto resulta ser un mito, pues existen tantas literaturas como lenguas en la India, y, por otro, que todavía es superable toda aseveración conflictiva de ese modo de pensar y establecer la visión de interliterariedad extraída de la misma realidad histórica del país. Es importante también considerar si la experiencia de la colonización dio una dirección que consolidara esa definición unificadora.

En el contexto de las influencias extranjeras, dijo Gandhi una vez: «No quiero tener mi casa amurallada y con sus ventanas cerradas. Quiero que las culturas de todo el mundo soplen en mi casa libremente, aunque me niego igualmente a ser arrastrado por los vientos». Eso explica las divergencias internas también, pero es natural que con el paso del tiempo vayan surgiendo unas condiciones de modernidad que contribuyan a una perspectiva literaria convergente. Hay elementos universales que resultan de las estructuras políticas modernas de la nación-Estado, la industrialización y la comercialización. Estos elementos incluyen valores e ideales de individualidad, libertad, racionalidad, igualdad, etcétera, mismos que conducen, en el campo literario, hacia metas de una subjetividad liberadora para manifestar la personalidad del ser, dando cabida al espíritu de experimentación y originalidad en temas y técnicas. Toda modernidad, aunque esté impulsada por factores exógenos, tiene que interaccionar creativamente con tradiciones y quehaceres endógenos para institucionalizarse en rumbos propios, teniendo presente el entorno sociocultural del país.

Generalmente, el año desde el que se considera que se inició el periodo moderno en la literatura en general, y por lo tanto en la poesía, es 1857, año del comienzo del primer combate por la Independencia de la India. En este poco más de siglo y medio transcurrido, los movimientos más notables son: renacimiento, generaciones nacionalistas, revivificación romántica, marxismo y movimientos sociales, y neoexperimentalismo.

El estado actual de la poesía es producto de todos estos elementos del último siglo, junto al fenómeno más reciente de libre experimentación o síntesis de temas y estilos tan vigentes universalmente. Ha ganado mucho terreno el elemento de la creatividad en la expresión de la conciencia social y de resistencia humana.

Indudablemente, la aportación extranjera en el panorama poético es innegable, ya que su impacto se difundió por todos los aspectos de la vida de la India. Aunque las posturas intelectuales eran contrapuestas durante y después del dominio británico, el anglicismo contactó a la India con los movimientos del exterior, principalmente con los del mundo inglés, lo que despertó en la India pasiva un nuevo camino de expresión literaria. Por lo tanto, lo considerado como moderno en la poesía india es producto de antecedentes nacionales y extranjeros y un avance que nació de la conciencia de renovación interna y conciencia social de la condición humana interna.

No es extraño el hecho de que la presencia de los ingleses en la India creara la más aguda reacción en la vida social y cultural. Con el motín de 1857 y el establecimiento de las tres universidades al estilo inglés en Madrás, Calcuta y Bombay, la reacción se inició de tal forma que los intelectuales se polarizaron en dos grupos diferentes: uno quería liberalismo y reformas sociales, y el otro lo formaban los románticos revolucionarios. Los primeros empezaron, con todo rigor, a enfocar y denostar en sus actividades literarias las lamentables condiciones de viudas y huérfanos, la costumbre inhumana de la intocabilidad y demás sufrimientos de las clases miserables. Los segundos continuaban inmersos en la nostalgia de glorias pasadas, deseando un restablecimiento del nacionalismo y el espiritualismo propio, sin interferencia extranjera. No obstante, las precarias condiciones de vida y la incertidumbre en el futuro hicieron perder una dirección clara en el quehacer poético.

La revivificación romántica vino en la primera cuarta parte de este siglo y trajo consigo un acento místico en las composiciones poéticas. La poesía de este periodo se caracteriza por el refinamiento del lenguaje y la preocupación por el ritmo y las rimas de las composiciones poéticas. La suavidad del estilo armonizado con la destreza métrica y la dulzura en la elección de palabras para dar a la elocución un sentido romántico fueron una obsesión constante entre sus seguidores. El amor platónico y una perspectiva bohemia se incorporaron como tema. Tagore, cuya influencia se difundió por todos los rincones de la India, fue su principal prota-

gonista. Él, aunque perteneció a la literatura bengalí, era su líder más destacado, con una perspectiva poética universal. Dio el tono místico y el sentido refinado de la belleza a sus versos y tuvo numerosos seguidores. Fue, sin duda alguna, el padre de la conciencia cultural-nacionalista y del romanticismo. Al mismo tiempo, a través de su genio literario, los escritores indios llegaron a sentir lo más profundo de Occidente. Entre otros, Aurobindo Ghosh tiene una importancia especial por su influencia mística sobre los poetas de la época. Su tradición upanishádica aportó a los movimientos literarios un profundo sentimiento filosófico. La influencia de Gandhi era indirecta y sus ideas de simplicidad y de pureza, así como los valores de autenticidad en el comportamiento humano, inspiraron a muchos de los poetas e intelectuales de los años de lucha por la Independencia. Fueron los años en los que, con el conocimiento de las novedades literarias extranjeras, el poeta indio inició la experimentación en los misterios del sonido y el símbolo en la creación de las imágenes y en la ornamentación poética, lo que lo puso en el camino de una reacción contra el romanticismo y de la asunción de una mayor libertad para experimentar en las innovaciones métricas y temáticas. Su fuente de inspiración fue la vida común, la experiencia popular y las cosas cotidianas de su entorno.

La década de los cuarenta marca el primer paso para la aplicación seria del marxismo en la literatura. La atractiva filosofía se inicia bajo la forma de una rebelión contra el tagorismo. El poeta, tanto como el novelista, toma conciencia de su responsabilidad como reformista social y protagonista de su tiempo. Los poetas, influidos por las ideologías de izquierdas, levantaron sus voces contra la mentalidad burguesa de Tagore y sus seguidores. Los ideales marxistas eran los nuevos argumentos, y el deseo de crear una nueva sociedad para dar más cabida a los oprimidos, junto con la ansiedad de lograr la independencia, trajo a la poesía una tendencia a la politización de sus versos, rompiendo las tradiciones de construcción métrica. El esteticismo fue sacrificado por el eslogan político, y apareció el «progresismo», o poesía que abarcaba la ideología del conflicto entre clases.

Los años de pre y postindependencia se han caracterizado por una reanimación de la tendencia nacionalista-cultural en la que el tema y el contenido alcanzaron una importancia mayor que la forma y la estructura. Pero este entusiasmo, que vino a colmar los sueños de los escritores a causa de la realización de un sueño dorado —la Independencia— y significó la simbolización de la emancipación espiritual, no pudo durar mucho, ya que

pronto se vio sumergido en los problemas y frustraciones de la realidad cotidiana. El poeta se encontró solo, y esta soledad, agudizada por la filosofía del existencialismo, hizo perder a la poesía una dirección singular.

Llega el neoexperimentalismo y aumenta la importancia de la psicología introspectiva del hombre y la búsqueda de la verdad en cuanto al reino del estado inconsciente del ser humano.

Una vez experimentada la técnica moderna y revolucionaria del irracionalismo, en la cual las palabras no reflejaban el simbolismo anterior, sino que se referían a las asociaciones irreflexivas, provocando emociones inesperadas y mayor esfuerzo por parte de los lectores, tuvo un éxito instantáneo la recuperación del legado de movimientos occidentales. Dadaísmo, surrealismo, irracionalismo, Freud, Eliot y Sartre tuvieron una acogida excelente en los poetas del bengalí, el hindi, el tamil o el maratí, y señalaron también la aparición específica de un nuevo grupo de escritores que, recogiendo más específicamente el legado de la literatura inglesa en su obra, utilizaron el inglés como lengua de sus creaciones. Esto, por su presencia posterior a nivel internacional, tuvo consecuencias conflictivas en cuanto a la cuestión de la identidad auténtica de la literatura india, específicamente en el género narrativo.

En cuanto a la forma y la técnica de expresión, no hay mucha diferencia con la experimentada en Occidente: la poesía lírica, con sus variantes como la oda, la elegía, el soneto y el verso libre se han infiltrado en la poesía india. Las formas poéticas ya existentes eran las del sánscrito (del más antiguo grupo lingüístico indo-ario), o sea la *mahakavya*, forma de los grandes libros sagrados como el *Ramayana* o el *Mahabharata*), la *khandkavya* (redacción literaria narrativa en composiciones cortas), el *muktat* (estilo libre), el *katha* (narración en prosa) y la *akhyayika* (cuentos líricos), junto a otras, como las formas de *apabhramsa* (del grupo indo-ario mediano terciario), la *charti-kavya* (descripción de un personaje en versos), la *premgatha* (romance), la *rasa* (el sentimiento lírico literario), y la *pada* (estrófica), existentes en todas las regiones lingüísticas. Las formas de estructuración poética separada en espacios de dos versos (*doha*) o cuatro versos (*chaupahi*) también se han mantenido desde la Antigüedad hasta nuestros días.

Por otra parte, la tradición oral, especie poética de trasmisión intemporal, supone un legado importantísimo respecto de creencias, leyendas, fábulas y temores, que forman un corpus de vida trasmitido a través de la educación a generaciones sucesivas. La exquisita riqueza de sus imáge-

nes, ambiente y legado histórico forma parte del ser y de la conciencia del pueblo. Los bardos y los peregrinos transitaban a través de ciudades y pueblos, recitando himnos y homilías. En la penetrante escena poética de la India esta tradición persiste hoy en numerosas áreas. Los festivales de poesía agrupan a menudo a miles de personas que escuchan, al aire libre, a los poetas y recitadores durante horas con una atención y un gozo no exentos de elementos mágicos y sacralizados. Otro elemento importante en la tradición poética está relacionado con la herencia religiosa. Se ha dicho a menudo que el poeta «es una parte de Dios». Dios manda a sus profetas bajo la forma de poetas. En esta hermosa tradición poética, tan apartada de los aspectos teológicos de la religión, ¿cómo olvidar los himnos religiosos, frecuentemente rimados, que se cantan o rezan constantemente durante el día o la noche en rituales y ceremonias conectadas con el nacimiento, el matrimonio y la muerte? Muchas de las epopeyas religiosas eran obras de gran sublimidad poética. A menudo se basaban en la tradición musical de las *ragas*. La amplia gama de sentimientos que evocaban se relacionaban con los nueve *rasas*, comenzando con alegría la trascendental experiencia de la comunión con lo divino.

Como ya hemos comentado, otro rasgo notable de la tradición poética, que aún se conserva, son los recitales públicos, por los que se considera al poeta como un elemento importante en la estructura social de las aldeas rurales. En dicha estructura, los cantantes, artesanos versificadores y artistas han tenido acceso a la vida económica y social del entorno y han sido mantenidos por ella.

Particularmente en el oeste, las *mushairas* y los *kavi darbars* congregan a miles de seguidores de los poetas y recitadores más conocidos a nivel popular, que, situados sobre una plataforma elevada, reciben los gritos y aplausos del público enfervorizado que corea frecuentemente sus composiciones. Otra variante popular asiática de la poesía es la *shayeri*, escrita y recitada públicamente, en la que hay una mezcla de expresiones en lenguas como el hindi, el urdu, el farsi, el turco y el sánscrito, con temas de amor, vida social, sátira política, filosofía humana, etcétera. Por otra parte, la riqueza del paisaje y del propio discurso vital pareciera que nos dictaran la máxima de que uno no tiene otra opción en la India más que la de ser poeta. Este sentido de la tradición mueve a los grandes poetas contemporáneos en una constante de avance y retroceso en el tiempo y en el espacio. Siguiendo a Eliot, diremos que «ningún poeta, ningún artista tiene significado completo en soledad. Su valoración, su apreciación nace

de su relación con los ya muertos. Debe comparársele por contraste con todos ellos», aunque bien es verdad que ninguno de los grandes poetas universales está muerto, sino que permanece vivo a través de su obra.

La aportación de los últimos renovadores en la expresión literaria alcanza una variedad riquísima en la poesía, desde la creación de nuevas imágenes hasta la innovación métrica. La búsqueda de la originalidad ha sido propósito fundamental en este siglo. En este sentido, dos etapas han sido sobresalientes. Una, la de Tagore y su época, y otra, la reacción contra él o el postagorismo de posguerra. De la rima y la ritmificación de versos surge la preocupación por la simple armonía. Basta, para el poeta de hoy, la comunicación pura entre su pensamiento y su expresión sin obedecer rígidamente ningún principio. La nueva poesía en la India ha roto un estilismo muy geometrizado, revistiendo la expresión poética con nuevas dimensiones, sin olvidar lo fundamental de sus tradiciones ancestrales.

Como ya señalamos, es prácticamente imposible realizar un análisis exhaustivo de la evolución en todas las lenguas nacionales de la India, por lo que vamos a continuar esta presentación con el estudio de los caracteres y figuras más destacadas de la poesía en las dos lenguas de mayor difusión: el hindi y el bengalí, así como en inglés. Este último constituye un caso especial de la literatura india que, por supuesto, se ha arraigado firmemente hoy no sólo en la India, sino en todo el mundo anglosajón. Además son estas tres las lenguas indias en que el presente autor tiene razonable dominio como para haber podido consultar los escritos originales. Recalquemos también que en el presente ensayo el periodo cubierto no abarca los temas y modalidades de las generaciones más recientes, aunque aclaremos cómo en el desarrollo de las últimas corrientes es notable el fenómeno de la coexistencia de una continuidad de la tendencias individualizadoras anterior a la neoexperimentación, sin rupturas bruscas con el surgimiento de voces más directas de contenido social asociadas a las injusticias y opresiones locales y globales.

La poesía escrita en hindi

El hindi en todas sus variantes ha sido siempre el idioma de la parte central de la India, llamada Madhya Desha. Pero en la edad contemporánea, el *khari-boli*, es decir, la forma de lenguaje utilizada en la región Delhi-Meerut, viene desempeñando el papel más destacado en la poesía. Antes

del siglo XX, la lengua tradicional para cualquier tipo de creación literaria era el *braj bhasha*, la forma que prevalecía en la región de Agra-Mathura. Por su posición central, que ocupa más de la mitad del territorio del país, y por ser, hasta cierto punto, el idioma común de la clase no privilegiada, el hindi ha sido el portador de la emoción, la protesta y las aspiraciones de la sociedad oprimida durante los reinos musulmanes y el dominio inglés. Con el bengalí, el hindi ha servido como el vehículo más importante para trasmitir el sentimiento nacionalista del pueblo en cuanto a sus deseos de alcanzar la libertad política y su emancipación social y económica.

Los investigadores están de acuerdo en que la lengua hindi sirvió de vehículo en la Antigüedad y en la Edad Media para las figuras que trasmitieron individualmente el pensamiento hindú. Sin embargo, este carácter individualista no se muestra muy claro en la literatura hindi que surge en el siglo XIX con la apertura de las ideas occidentales sobre la personalidad individual del artista y su papel en la ejecución del arte.

La edad moderna en la literatura hindi se inicia con Bharatendu Harishchand (1850). Él y sus sucesores inmediatos, Mahavir Prashad Divedi y Prem Chand, consolidaron sus fundamentos. Alrededor de este núcleo crece un círculo grande en el que el *khari-boli* (o sea la variedad o dialecto más preferido del lenguaje estándar hindi/hindustaní) tuvo que luchar para establecerse como medio de expresión junto al idioma de las cortes reales (urdu) y el más culto (sánscrito). Pero sus ventajas, al ser el idioma de la gente común, le hicieron alcanzar un alto grado de popularidad y difusión que le ayudaron también en su sistematización. El contacto del hindi con el inglés desde principios de ese siglo, y a través de éste con la literatura rusa y francesa, sirve a sus poetas para conocer la obra de los victorianos y los líricos románticos. El poeta tuvo cierta proclividad hacia la poesía narrativa, influido también por Pope y Milton.

Aunque en el tiempo de Bharatendu existían poetas con métodos tradicionales y temas eternos (amorosos y devocionales), fue en esa época cuando la poesía sufrió un cambio en su estilo y significado. Vino a prevalecer una nueva conciencia social y nacional que fue endureciéndose con el tiempo, y durante las generaciones en las que Mahavirprashad Dwivedi fue el maestro surgieron poetas reformistas, quienes propagaron ideas de corte social y de resurgimiento nacional. Su lenguaje era lúcido y claro, aunque faltaban belleza y encanto en sus expresiones. También existían poetas de espíritu libre y filosofía propia. Shiridhar Pathak, Ram Naresh Tripathi y muchos otros se preocuparon de temas románticos volcados

hacia la naturaleza, las libres expresiones de amor y las ideas sobre la vida impregnadas de ingenuidad y naturalismo.

La exigencia de la vida sociopolítica trajo una ola de frustración y confusión entre los poetas durante la Primera Guerra Mundial y los años posteriores. El poeta fue buscando su propia sensibilidad e individualidad, y ello se consolida como eje central de la poesía. La autoidea del poeta como un creador y su preocupación por los seres le dio un quehacer nuevo y su expresión se ajusta a ese reto. Este nuevo periodo, conocido como Chayavad, obtiene su inspiración de la situación cultural y nacional y en su foco tenía un teísmo vital.

La filosofía introvertida de este movimiento subjetivo, que tuvo su origen en el individualismo, se cataliza como un grito de protesta y desesperación que reaccionaba contra el formalismo y el didactismo imperante en la estructura feudal del país. La creación que el poeta solía expresar por medio de símbolos —porque la expresión libre de los sentimientos se encontraba bajo la férrea censura de los ingleses— dio luz a nuevos ideales de belleza y a una naturaleza en plenitud, sin demasiada preocupación por el destino final del hombre. Se desarrollaron nuevas técnicas literarias y las figuras espirituales de esta época ejercieron una notable influencia con sus pensamientos sobre los escritores.

Entre los más notables citamos a Maithilisharan Gupta, nacido en 1886, que sirve de puente de transición entre la época anterior y el modernismo. Su fidelidad a la tradición y al tiempo su aceptación de la necesidad de hacer nuevos experimentos originales le hizo acreedor al título de Poeta Nacional. En sus poemas consigue con éxito delinear las relaciones humanas con una perspectiva de cultura nacional.

Jaishankar Prashad, nacido en 1889, fue otra de las figuras del Chayavad que, en su célebre obra *Kamayani,* pinta, con técnica alegórica y en forma de *lore* antiguo, el desarrollo emocional e intelectual del hombre, lo que le otorgó una posición preeminente en el mundo literario.

Otros miembros importantes del grupo fueron Suryakant Tripathi, *nirala* nacido en 1896, y Sumitranandan Pant, nacido en 1900. La preocupación por utilizar la expresión más certera, la percepción del elemento musical y la espontaneidad de las ideas creadoras de belleza ante el esplendor de la vida son notas de la nueva sensibilidad de estos poetas. Entre los que ayudaron al despertar de la cultura nacional y sirvieron de nexo entre la modernidad y la tradición debemos incluir los nombres de Dinkar y Subhadra Kumari Chauhan. Estos poetas, trazando inicialmente las pau-

tas del Chayavad, se disgregaron en varias direcciones, sobrepasando los límites de este movimiento y convirtiéndose en los líderes de la poesía del siglo XX.

Otro movimiento que se empieza a gestar en la década de 1920 y que se concreta sólidamente más tarde es el conocido como Pragativad, el progresismo indio. Fue una reacción contra la posición esteticista del Chayavad, con una clara proclividad hacia la búsqueda y la expresión de lo feo, mísero y brutal en la naturaleza, y una fuerte simpatía hacia la clase social oprimida, interesándose por sus problemas y sufrimientos. Muchos de los poetas del Chayavad empezaron también a sentir esta nueva conciencia y modificaron sus conceptos poéticos, incidiendo en los anhelos de emancipación del hombre. El Pragativad, al tener un amplio atractivo entre el pueblo, se extendió con rapidez influido por las ideas marxistas, que, sobre todo en la novela, alcanzaron gran importancia en las obras. Sumitranandan Pant, uno de los poetas seguidores del Chayavad, glosó la filosofía socialista de la vida en su obra posterior, al igual que los poetas del grupo. Junto a ellos, los jóvenes izquierdistas trataron de utilizar la literatura como panfleto político y condicionaron en cierto modo su desarrollo teórico. Su rápida expansión por todas las regiones propició también la de otras ideas como las de sacrificio, no violencia y sencillez del gandhismo, que, aunque fueron esencialmente criterios morales individuales, tuvieron influencia sobre los poetas.

No podemos terminar este comentario sobre ambos movimientos sin hacer mención de Shivmangal Singh *Suman*, nacido en 1916, cuya aportación en la poesía otorgó una nueva dimensión al tratamiento de los temas satíricos y de humor, así como de Bachchan, nacido en 1907, un poeta romántico que ha tenido gran popularidad y numerosos seguidores al utilizar el lenguaje cotidiano con gran frescura. Girija Kumar Mathur, nacido en 1917, fue un lírico romántico que experimentó con formas y técnicas cuyas innovaciones posteriores fueron conocidas con el nombre de Nueva Poesía. Estos movimientos siguieron teniendo vigencia en la época posterior, junto a las nuevas formas de expresión surgidas en la época de transición de la posguerra y en la aparición posterior del experimentalismo, aunque es evidente el cambio profundo hacia una nueva sensibilidad. Durante los años previos y posteriores a la Segunda Guerra Mundial surgió una conciencia literaria que puso de relieve la importancia del ser humano como individuo y la evolución de los valores que le rodeaban. Era un conflicto vasto, y el impacto del enfrentamiento con Occidente forzó

la búsqueda de una fórmula que abarcara la espiritualidad y la revivificación de aquellos años.

La nueva poesía en hindi se apuntaló con el reconocimiento de la posición del hombre, sus límites y su insignificancia. Esa Nueva Poesía en la edad contemporánea se basa en el hecho de que el poeta se ha dado cuenta de la posibilidad de verse subyugado por la personalidad y los valores del hombre en el contexto de su propio tiempo. Esta conciencia de la realidad de las condiciones humanas hizo que surgiese el esfuerzo para proyectar lo más común, lo más elemental, lo que constituye la verdad para el entendimiento del poeta. Este nuevo movimiento se conoce como Prayogvad, o experimentalismo. En el fondo, es una preocupación estética, una búsqueda de valores y un examen de sus fuentes y sus resultados. Respecto a la forma y la técnica, la perspectiva ha sido muy abierta a las exigencias de su tiempo en cuanto a la simplificación del lenguaje. Claro está que se sigue experimentando con el simbolismo y con asociaciones de imágenes racionales e irracionales, no sólo en hindi, sino en otros idiomas nacionales. Aunque la rima aún sigue atrayendo a los poetas y se nota en los modernistas una tendencia a poner más énfasis en el ritmo musical de las palabras, se palpa una mayor libertad y una ausencia de forma explícita a las que se acogen la mayoría. No obstante, no toda la producción poética en hindi es experimentalista, ya que siguen coexistiendo las ideas de los dos movimientos anteriores y todas ellas se encaminan hacia una síntesis. Algunos poetas que no pertenecen a ninguna escuela específica, pero cuyas tendencias experimentalistas son significativas, son Shamsher Bahadur Singh, nacido en 1911, y Bhavaniprasad Mishra, nacido en 1914. El primero investiga sobre nuevas formas en poemas extranjeros y se deja notar en sus obras la influencia del haikú japonés y de la poesía visual. El segundo ha contribuido al modernismo con su libertad de expresión y su uso de vocablos usuales. Tal es el caso también del poeta Naresh Mehta, que consideró en su obra cómo el ser humano puede transformarse en el centro de la experiencia poética y que tuvo una gran aproximación keatsiana a la naturaleza, aunque es de extrañar que su poética no haya influido más notoriamente en la obra de las generaciones posteriores, como sí ha sucedido con el también consagrado Dharamvir Bharati, nacido en 1926, con una amplia influencia en todos los medios literarios.

Dos revistas literarias establecidas en esa época captan bien las tendencias y cambios y debates suscitados en el pensamiento poético en hin-

di. Las revistas *Rupabh* (1938) y *Tarsaptak* (1943), de tendencias romántico-experimentalista una y progresista-experimentalista la otra, son una buena muestra de las transformaciones en las experiencias y metáforas fundamentales que se producen en la poesía hindi. Resaltan qué difícil resultaba separar los bordes de esas corrientes como para ver una en oposición a la otra, con la ejemplificación de los escritos y textos de los poetas destacados. Haciendo una valiosa recapitulación de esa realidad, el estudioso y crítico Permanand Srivastava (1936-2013), en su compilación *Saamkalin hindi kavita* (La poesía contemporánea en hindi), nos ofrece una buena valoración del fenómeno en sus diversas dimensiones.

Asimismo, recogiendo algunas de las reflexiones sobre la poesía en hindi manifestadas por uno de sus poetas, Raghuvir Sahay, diríamos que la importancia del hindi en la guerra de la Independencia de la India fue muy grande como vínculo de comunicación. A nivel literario, el propio Tagore lo reflejó en bengalí, y luego Zenobia Camprubí lo pasaría al castellano desde las traducciones inglesas de Tagore. Después de la Independencia su importancia es menor, ya que se circunscribe a la región donde se habla y a ser el idioma oficial del gobierno, lo que potencia la expresión en el resto de lenguas que antes traducían sus obras literarias al hindi.

Existe, para Sahay, una nueva visión entre los poetas, preocupados hoy por el realismo más que sus maestros. Tradicionalmente, el poeta en hindi había sido un soñador romántico, que se aproximaba a la naturaleza, y los actuales han realizado una síntesis con el pensamiento, la esencia espiritual de la vida, el significado de la humanidad y una actitud de bendición hacia todo lo existente, que se puede nombrar como *indianidad*. Después de la independencia del país (1947), sobrevino un contacto más estrecho con la realidad y con la poesía social que, al impregnar la obra poética, la dota de un nuevo significado poético político. En hindi, el poeta se vincula más con la realidad que con la ideología y huye de esa limitación de expresión que la ideología crea en el escritor. Su perspectiva es más racional, lógica y coherente socialmente que la de la generación anterior y conecta estrechamente con la participación del idioma en los actos sociales.

Para finalizar, subrayaremos que casi todos los poetas que han protagonizado los movimientos mencionados saltaron sus propios marcos, y con los jóvenes que aparecieron en el camino han ido construyendo la evolución de la poesía en hindi. La búsqueda de nuevos estilos es una constante en todos los poetas contemporáneos del mundo.

Poesía escrita en inglés

La poesía india escrita en inglés ha tenido una evolución problemática. Ello ha sucedido por el hecho de que el idioma inglés era el legado de la ocupación colonial, lo que conlleva tonos de cierta sensibilidad cultural y sociopolítica. La primera presencia sustancial de la poesía en inglés se sintió en el siglo XIX con la presencia de Henry Vivian Derozio. Derozio trabaja con temas indios, pero su tono y su estilo eran un eco de las tendencias prevalentes en Gran Bretaña, por lo que su trabajo parece una poesía «domiciliada en Inglaterra». Nombres menos conocidos, como Sarojini Naidu, que trajo a la poesía un brote de «patriotismo», cultivan temas de relevancia vinculada a la inmediatez que no tenían demasiada originalidad en estilo y técnica. Aun poetas como Aurobindo no representan un cambio notable.

Es realmente en la postindependencia cuando la India vio la primera penetración importante de la poesía escrita en inglés. En el trabajo de Nissim Ezekiel, Keki Daruwalla y Kamala Das, tema y estilo se armonizaron para crear una poesía de identidad diferente.

En los sesenta, un número mayor de poetas llegan a la escena literaria, incluyendo nombres como Adil Jusawalla, Arvind Krishna Malhotra y un poco después Jayanta Mahapatra. Los rasgos más interesantes de su poesía fueron que ellos evolucionaron fuera del *consciente* indio al impulso de los poetas anteriores y reflejaron la esencia de su conciencia moderna mediante sus propios puntos de vista. La poesía de Jusawalla aportó una voz arraigada en las tradiciones de la modernidad. Malhotra mezcla bellamente la división entre el este y el oeste mediante el uso notable de la imagen, y Jayanta Mahapatra dio pautas del compromiso poético que pocos más han podido igualar hasta hoy.

El inicio de los setenta señala la llegada de Saleem Paradina, Eunice Desouza, Manohar Shetty y Randhir Khare. La obra de Paradina, cuidadosamente estructurada, se centra en las experiencias de la India urbana, mientras que Eunice Desouza, influenciada por Kamala Das, examina la condición humana y profesional de la mujer india. Manohar Shetty, escribiendo sobre una hermosura más romántica en la poesía, tiene una mezcla de los poetas de los sesenta. Randhir Khare, extrayendo de la tradición diversa los principios esenciales, trata de reflejar en su poesía la realidad externa e interna de la experiencia vital en la India.

Mucho se ha escrito ya desde los años de la independencia de la India y el inglés ha perdido su carácter peyorativo para formar parte de la vida diaria del país. De igual manera la poesía en inglés refleja la esencia de la experiencia vital contemporánea. Otro fenómeno destacable es la aparición de importantes poetas bilingües. Dilip Chitre, por ejemplo, se ocupaba de ofrecer su producto creativo tanto en inglés como en maratí.

Naturalmente, el hecho de no tener una larga y firme tradición crítica ocasionó que al principio no tuviera un número grande de lectores y tampoco suficientes salidas editoriales, hasta el punto de que la mayoría de sus mejores obras fueron autopublicadas. Ese escenario ha cambiado en cierto modo y, en las últimas décadas, con la creación de sociedades y talleres poéticos en inglés, han proliferado las publicaciones de varios poetas que están creando nuevos espacios para sí mismos.

Ello, por otra parte, libera a la poesía escrita en inglés de las cadenas de las normas tradicionales (lectores, críticos, etcétera) y puede reflejar en sus obras el complejo panorama de la vida en la India sin sentirse atada al regionalismo, lo que le ocasiona potencialmente una mayor capacidad de distribución en todo el país, al utilizar como instrumento un lenguaje con una gran fuerza de comunicación (el inglés es, con el hindi, la lengua oficial del gobierno y la administración).

El hecho de no contar con una tradición consolidada y unos movimientos poéticos muy estructurados deja en más libertad a los poetas que escriben en inglés para encontrar su propio camino. La influencia de la poesía occidental, y en concreto de la inglesa contemporánea (Blake, Eliot, etcétera) es más patente en este grupo de poetas. Su estilo y riqueza conceptual son más refinados y sus obras tienen numerosos puntos de concomitancia con las de los poetas europeos. Pero también es cierto que algunos, particularmente los más recientes, han podido liberarse de esa influencia.

Es cierto que en su totalidad, desde la perspectiva y el panorama panindio, la poesía escrita en inglés sigue conservando todavía ese perfume de lo extranjero y sus creadores son considerados como poetas que no tienen difusión y que se leen entre ellos, sin que sus obras alcancen un reconocimiento popular masivo.

Poesía escrita en bengalí

También se escribe en el idioma de Bengala, hablado por los bengalíes que habitan en la parte este de la India, así como en Bangladesh, que fue parte del país antes de su división, y se trata de una extensa y rica literatura dentro del marco general de la India. Los primeros contactos ingleses tienen lugar a través de Bengala y sus ideas occidentales se infiltraron en el país por medio de las instituciones educativas y culturales al estilo inglés. Todo ello hizo que Bengala sirviera de vanguardia en la aceptación o reacción de cualquier fuerza política, literaria o social extranjera.

Desde ese tiempo (mediados del siglo XIX), la literatura bengalí prospera y se multiplica sin medida. El primer poeta de gran envergadura fue Michael Madhusudan Dutt, cuya aportación es algo sorprendente. Perteneció al nuevo grupo de pensadores llamado Bengala Joven, cuya tendencia a la occidentalización era notable. Dutt, que inicia su obra en inglés, llegó a ser el poeta más importante de Bengala, no sólo por su contenido, sino también en cuanto a sus experimentos de formas literarias. Al mismo tiempo, su conocimiento en lenguas extranjeras influyó mucho en el acercamiento Este-Oeste.

Su espíritu rebelde, junto a las ideas heroicas del nacionalismo de la época, le hizo movilizar todo su esfuerzo para romper el costumbrismo tradicional imperante. Aparte de algunas epístolas amorosas, de clara intención lírica e influencia extranjera (especialmente de la literatura griega y la italiana), fue su poema épico *Meghand Badh Kavya* (sobre la caída de Meghand) el que, por vez primera en la historia de la poesía bengalí, hizo uso de versos libres contra la tradición de rima imperante de metro *payar*. Su inspiración, amén del *Ramayana* y el *Mahabharata*, fueron Virgilio, Homero, Tasso, Dante y Milton.

Qué duda cabe de que el gran acontecimiento en la literatura bengalí, y que vino a captar la atención de todos los círculos literarios indios y más tarde de los de todo el mundo, fue la aparición en la escena poética de Rabindranath Tagore. A través de su obra, la literatura bengalí alcanza sus cotas máximas de expresión nacional y universal. Tagore, en su espíritu, tenía una visión universal y era un poeta del mundo.

Creció en un ambiente de nacionalismo hindú, pero su apertura, integrando otras vertientes como la persa y la inglesa, preparó su gran capacidad intelectual universal, lo que le permitió que su obra no quedara confinada en ámbitos puramente políticos. La variedad de sus géneros y

temas era abrumadora. Comenzando como un poeta inspirado en el amor y en la naturaleza, poco a poco su gran visión metafísica le hizo crear una dimensión filosófica en la poesía. Su imaginación lo puso en continua búsqueda de todo lo humano en la Tierra, sus miserias y alegrías, la intimidad y la mística del ser y el misterio de su relación con Dios. A través de su genio literario hizo durante su vida un intento de yuxtaponer lo real con lo espiritual, y su gran conocimiento de la cultura upanishádica y de la tradición lírica de los poetas de Occidente dio como resultado la producción de una fabulosa obra en todos los géneros literarios.

Aunque Tagore era un poeta de la escuela del arte para el arte, su alma impaciente se sumergió en todo momento en la profundidad de los problemas del ser humano. Abundan por eso en su obra temas sociales, además de la exploración artística del vínculo triangular entre la naturaleza, la divinidad y lo divino. En cuanto a expresión métrica, Tagore experimenta con todas las formas ya existentes en los poemas de la Antigüedad y de la Edad Media. El verso libre de Dutt sufrió una nueva trasformación que le dio mayor musicalidad y ritmo, impregnando también su prosa poética y sus canciones.

Como creador de belleza, Tagore se sitúa en la cumbre de la expresión poética universal. Su delicada sensibilidad y su creación de formas musicales y nuevos ritmos melódicos son igualmente sorprendentes. Su importancia es mayor todavía si pensamos en el hecho de que él, como poeta y espectador, convivió con la iniciación de la tendencia más moderna en la poesía bengalí, influenciada por el marxismo y la justicia social. Tagore, que siempre daba la bienvenida a los nuevos rumbos, había preparado el fundamento de esta transición en la revista *Sabujpatra* (Hojas Verdes), en 1914. En ella introdujo la adopción y el uso extenso de un lenguaje cotidiano y común en el pueblo.

A través de otra revista, *Bharati*, la generación de aquella época tuvo otro instrumento de expresión, en el que destaca Sudhindranath Dutta, cuya influencia sobre la generación posterior era más profunda que la de Tagore. Dutta escogió una forma de expresión poética dependiente del ritmo lexicográfico y de la sonoridad métrica, con gran sentido satírico y del humor, y en ella abundan las connotaciones nacionalistas.

La agitación política en Bengala y la creciente conciencia acerca del mundo oprimido, junto con el fervor nacionalista, hicieron surgir un movimiento de jóvenes escritores que se autonombró como Kallol (La

Corriente Rizada) y que señaló el inevitable nuevo rumbo en temas y técnicas, influido por Freud, Marx y el neomodernismo.

Dentro del marco del grupo Kallol destaca, por su espíritu libre y sus fuertes convicciones democráticas, Kaji Nazrul Islam. Nazrul se hizo famoso como el poeta del pueblo, porque en todos sus poemas manifestó oposición a la tiranía y apoyo a una verdadera justicia social. Su habilidad para expresar los sentimientos del alma en formas muy imaginativas y poéticas, sin perder nunca la sonoridad y la resonancia de sus versos, es verdaderamente importante. En dirección paralela, en la Bengala del Este, Jasimuddin alcanza de igual manera una popularidad muy extensa.

El grupo progresista Kallol tiene como protagonistas grandes figuras como Jibanananda Das, nacido en 1898; Premendra Mitra, en 1904; Buddhadev Bose, en 1908, y Achintya Sengupta, nacido en 1903. Todos ellos defendieron la necesidad de rebasar el dominio que Tagore ejercía sobre toda la expresión poética de la época. Sus discusiones con él fueron muy duras, y ejercieron también influencia sobre su obra posterior. Sin embargo, el estilo de Tagore, tan refinado y rico en expresión, ha pervivido universalmente sobre estas tendencias posteriores.

Jibanananda Das, el más renovador, y objeto de controversia de este nuevo movimiento poético, evolucionó desde la línea más tradicional hasta la asunción de las influencias más en boga en Occidente (Eliot, Pound). Sus poemas tienen voluntariamente un carácter vivo y descarnado, con temas inspirados en la naturaleza y la realidad circundante. Premendra Mitra fue un nuevo romántico y, en su mayoría, sus versos son reflexiones sobre los fracasos de la vida, sobre los oprimidos y la redención humana. Buddhadev Bose, influenciado en sus primeros años por D. H. Lawrence, manifestó siempre una imaginación refinada a través de sus temas psicológicos y sus poemas de amor.

Estos poetas, junto a los de las generaciones posteriores, han manifestado una clara tendencia hacia el simbolismo del lenguaje, en el que tanto el escritor como el lector quedan prendidos en la sugerencia. Sin limitación en cuanto a contenidos, destacan por su originalidad la obra de Jibanananda Das y la de Bishnu De, impregnadas de fuerte contenido filosófico y meditación intelectual. Florecen también poetas de tendencia marxista (muy influidos por la ideología) cuya preocupación fundamental es la adhesión a la filosofía del arte para la sociedad. Subhash Mukhopadhyay es uno de sus más famosos exponentes, aunque posteriormente su ideología ha experimentado un cambio de rumbo.

El individualismo y la libertad de temas y estilos preponderantes en el resto de la poesía en India y en todo el mundo ha influido también a los poetas de la generación actual, en los que se apunta igualmente una difuminación de los géneros, con un frecuente uso de la prosa poética en las composiciones.

En opinión del destacado profesor y poeta Sisir Kumar Das, a grandes rasgos la poesía contemporánea bengalí se mueve en torno a dos grandes polos estéticos: la figura de Tagore y la reacción contra Tagore.

Esta última se consolida a partir de 1930, a instancias de las nuevas circunstancias sociales en Bengala y en el mundo y de la influencia de los nuevos movimientos literarios (simbolismo, surrealismo). No obstante, Tagore les va enseñando un nuevo camino de libertad expresiva con sus poemas en prosa y sus formas métricas en absoluta libertad.

A la muerte de Tagore en 1941, los poetas adoptan una postura más solidaria, socialmente hablando. Las cambiantes condiciones sociales en la India y en el mundo, los enfrentamientos entre ideologías (fascismo y democracia), la formación del partido comunista en la India y los nuevos brotes imperialistas en Japón les hacen ser más conscientes de esta nueva realidad y, en consecuencia, de la necesidad de una toma de postura frente a estos problemas. Esta conciencia se decanta hacia posiciones políticas generalmente marxistas o hacia actitudes de solidaridad derivadas de una obligación moral (ciudadanos del mundo) que impregnan su poesía de un aura cosmopolita. Esto ya lo había hecho Tagore con su filosofía panteísta y de firme convicción en un universo moral, de valores, pero el optimismo tagoriano deja paso ahora a la desilusión, la desconfianza, la agonía derivada del conocimiento de que el mundo caminaba hacia el enfrentamiento de una catástrofe. Ellos, como Yeats, asumieron la idea de que el centro no se sostiene y todo se destruye (poesía de fragmentación).

La independencia de la India en 1947 hizo pagar a Bengala un alto precio. Su división en dos, motivada por criterios religiosos, en la que su parte más hermosa (la Bengala Dorada) fue anexionada a Pakistán, y produjo el éxodo de miles de familias con un efecto traumático en su cultura, tan importante que sigue vigente hoy, influyó en la temática de los poetas (la patria dividida, la nostalgia del pasado reciente, el contraste entre el modo de vida urbano y el rural, el despojamiento en el exilio). Ello determinó en gran medida la politización de su pensamiento y su rechazo al arte por el arte.

Ambas tendencias, la de los modernistas y la de los progresistas o poetas sociales, se funden después en una nueva vía en la que Tagore sigue estando vigente por su tradición humanista y por su importancia, al ayudar al poeta a descubrir nuevos significados y confiar en el poder del lenguaje a la hora de emprender nuevos caminos expresivos. Tagore cobra así una nueva dimensión que representa la totalidad de la sensibilidad literaria bengalí a mediados del siglo XX. Él sirve como puente entre tradicionalistas y modernistas, y también entre modernistas y progresistas. La poesía moderna comienza en Tagore y regresa a él. Los poetas posteriores más jóvenes mostraron, de manera variada, cierto rechazo a estas posturas y se adentraron más en la poesía indígena, la lírico-folclórica y la del Tercer Mundo, sin olvidar el retorno a los clásicos y la influencia europea y social.

Respecto a la literatura en bengalí de Bangladesh, la diferenciación política y religiosa hacía, en las primeras décadas tras la independencia de aquel país, que su difusión fuera muy escasa. Existía un control importante de los medios editoriales y de los traductores especializados en la obra de los poetas de países del Este. Las distancias provenían más de criterios políticos que poéticos. Sin embargo, la comunicación entre las literaturas de ambas Bengalas se produce al nivel de escritores y de intelectuales, pero no tanto al nivel de sus lectores de manera directa. Este último fenómeno se ha transformado bastante con los avances del mundo digital y la internet, así como por la participación en las ferias y otros eventos en torno al libro y las expresiones culturales. No cabe duda de que Tagore ha servido también de nexo de unión entre los diferentes matices de ambos lados.

La poesía en otros idiomas

El tratamiento individual de cada región lingüística no es factible, por su extensión, en este trabajo. Al subrayar la evolución de los principales movimientos en la poesía hindi y bengalí hemos expuesto a su vez la de la poesía en otros idiomas en la India, ya que dicha evolución se puede aplicar a los mismos, con ciertas modificaciones. Los protagonistas son distintos, pero la tendencia ha sido similar. Hay una coincidencia general en la afirmación del pensamiento global, ya que las variables sociopolíticas y las modas literarias, así como la influencia extranjera, se difundieron a la vez en todas las regiones de la India, originando respuestas poéticas similares.

Sin embargo, muy especial es el caso de la poesía en urdu, idioma que borra fronteras entre la India y Pakistán, al igual que el bengalí lo hace entre la India y Blangladesh. El urdu ha gozado de una riquísima herencia literaria al ser el idioma de las cortes musulmanas, tanto que ya en el siglo XIII vivió el famosísimo poeta y creador de zejeles (*gajal*) Amir Khusrau, que pudo utilizar con su alta cultura las sutilezas del idioma a medida de su evolución e interacción con otros idiomas como el sánscrito, el hindustaní (mezcla de hindi y dialectos de Brajabhasha) y el telugu, así como con el árabe, el turco y el persa. La poesía en urdu hoy ha evolucionado desde la tradición persa, produciendo sus grandes poetas durante el motín de 1857 contra los ingleses —Ghalib y posteriormente Iqbal son sus máximos representantes. El último, influido por la introducción del inglés, tomó muchas libertades en cuanto a las formas simétricas rigurosas de la tradición clásica, produciendo en nuestra época una verdadera oleada del verso libre exento de rima. Esto rompió con las formas populares como el *ghazal* (zejel), *qaseeda* (casida), *mathnavi* (cantares de gesta) y *marthia* (elegía), aunque éstos se siguen utilizando en los festivales de poesía que gozan del reconocimiento popular, en los que la musicalidad del verso y la rima tienen suma importancia para su perpetuación por medio de la tradición oral.

Volviendo al panorama poético en su totalidad, en otros idiomas los poetas de las últimas generaciones afrontan la conciencia de su responsabilidad social junto con la búsqueda de una creación literaria original. La poesía de las últimas décadas ha sido multidimensional y hay una reaparición del romanticismo, en síntesis con el realismo social. Los poetas exigen y enfatizan su libertad en cuanto a la expresión de su emoción y las técnicas modernas tienen estilísticamente una gran aplicación. El lenguaje sintético y el simbolismo y la sorpresa tienen una aceptación general, aunque siguen existiendo poetas con utilización de recursos medievalistas en temas y formas antiguas. Al mismo tiempo, los poetas indios que escriben en inglés han aportado al panorama poético la revelación de un profundo tratamiento intelectual basado en la filosofía occidental e impregnado de la mística orientalista.

Otro hecho que ha influido en la evolución poética ha sido el incremento de las traducciones de poesía escrita en los diferentes idiomas al inglés, lo que ha permitido una mayor difusión de las obras de poetas conocidos hasta hoy sólo en su ámbito lingüístico, y una mayor reflexión sobre la vida y la obra del poeta en las distintas regiones en la India. En esta

época de complicados problemas políticos, sociales, raciales y religiosos, el poeta siente una grave preocupación acerca de su posición como artista y acerca de la dimensión de su actividad literaria. Para muchos de ellos, la expectación que supuso la independencia de la India y su consolidación como una cultura autóctona e independiente ha dado paso al desencanto ante las convulsiones de un inmenso territorio inmerso en la problemática del Tercer Mundo. Los enfrentamientos religiosos, con la tremenda secuela del terrorismo; los desequilibrios sociales, la contradicción entre los valores clásicos y la modernidad, y, en general, todos los aspectos derivados de la evolución de este inmenso semicontinente, planean sobre la vida y la obra de los poetas que siguen luchando en la búsqueda de la armonía entre el intimismo y la experiencia exterior. Hay un esfuerzo constante y consciente de lograr una síntesis entre el mundo interno de imaginación creativa y el ambiente contemporáneo •

Traducción del bengalí del autor.

Bibliografía breve

—Amiya Dev y S. K. Das, *Comparative Literature Theory and Practice*, Allied Publishers, Nueva Delhi, 1989.

—Sujit Mukherjee, *Towards a Literary History of India*, Indian Institute of Advanced Study, Shimla, 1975.

—K. M. George (ed.), *Contemporary Indian Literature*, Sahitya Akademi / Macmillan India Ltd., 1984.

—Ashok Kumar Mitra, *Adhunik Bangla Kabitar Ruprekha*, Dey's Publishing, Kolkata, 2013.

—Sisir Kumar Das (ed.), *A History of India Literature (1911-1956)*, Sahitya Akademi, Nueva Delhi, 1995.

—Parmanand Srivastav (ed.), *Samkaleen Hindi Kavita,* Sahitya Akademi, Nueva Delhi, 2016.

—Makarand Paranjape, *Indian Poetry in English*, Macmillan India Ltd., Nueva Delhi, 1993.

Asad Zaidi

El poema de la fe

En esta tierra muerta
la vida volverá.

Todo nuestro idioma
volverá.

Se escribirá poesía llena de significado
que traiga dignidad a las palabras.

Los días de este vil orden pasarán.

Todos leerán la oración
escrita con sangre.

El hogar olvidado

Oh, choza decrépita y vacía, cerrada, solitaria.
Abre tu puerta. Ofréceles agua a los invitados.
Mira, tu perezoso preso ha venido.
Habla, ¿durante cuánto tiempo han estado cerradas tus [puertas?
¿Dónde está mi madre?
Abierta como las buenas noticias.

O bien, como las malas.
Pero abre.
Acógeme con una rapidez que me avergonzará.

Que donde terminen mis recuerdos
mi madre siga viviendo.
Que donde yo rebote como una pelota de mi infancia,
sople un viento seco.
Sé un castigo, oh choza, como el que mi madre nunca me dio.
Encarcélanos aquí para que podamos ver de repente el cielo.

Todo el mundo sabe

Todo el mundo sabe
que todo en Ayodhya
es imaginario

Imaginaria
esa mezquita
que fue demolida

Esas imágenes
sólo estaban destinadas para
alguna película famosa

que fue una
siesta en la tarde
una especie de sueño confuso
o un ronquido

cuyo ruido desapareció
el crujido levemente triste
de esos arcos
mientras las cúpulas se derrumbaban lentamente
en un poco desenfocado blanco y negro

Versiones de Víctor Ortiz Partida, a partir de las versiones
del hindi al inglés de Tarun Bhartiya.

Arun Kamal

Ésta es la hora

Ésta es la hora
en que termina la cosecha
y aún hay tiempo para sembrar de nuevo.

Los campos están desnudos,
la tierra, distraída, aturdida por el repentino sol.
A intervalos, la sombra del seto,
los tocones caídos brillan.

El rebaño se mira a lo lejos
y los montones de tierra de los topos
y la arena dispersa alrededor de los hormigueros.

Es la hora
en la que ya no queda lo viejo
y lo nuevo está por venir.

Ansiedad

Temo la noche.

Una pesada roca comienza a oprimirme

y mi aliento queda atrapado.

Escucho tambores en algún lugar a lo lejos.

Llevan a alguien para sacrificarlo.

Está terriblemente quieto por todos lados y la niebla es densa.

Cualquier noticia puede llegar en cualquier momento.

Sigo vivo porque cuento cada una de mis respiraciones.

Cualquier cosa puede suceder en cualquier momento.

Mi bote está pescando, mi casa se hunde,

Mis caminos conectan el agua racionada, cortada.

La tierra se agrieta bajo mis pies.

Versiones de Víctor Ortiz Partida, a partir de las versiones del hindi al inglés de Giriraj Kiradoo y Rahul Soni («Ésta es la hora») y de Kiran («Ansiedad»).

Anupam Singh

Viudas de mi pueblo

Las mujeres vestidas en colores deslavados son viudas
del pueblo.
Son nuestras madres, tías y abuelas.
Son cuñadas y hermanas.
Cubiertas con tristes remiendos, sollozan en rincones oscuros.

Cuando persiguen el conocimiento, los niños viajan a tierras lejanas.
Las abuelas viudas se despiden de ellos.
Lanzan al aire sus bendiciones desde lejos.

Las viudas son baldes vacíos que no pueden llevar agua bendita;
cuando las hijas se van a sus hogares maritales
las madres viudas no pueden bendecirlas.

Con la cabeza cubierta en los rituales de boda
siguen mirando desde la distancia, buscan su perdón
y luego se pierden en selvas remotas.

Negado cualquier derecho a ritos sagrados
Entonan canciones auspiciosas en tono de lamento.

Las viudas de nuestro pueblo son tan poco propicias como los gatos.
¿Cuándo se convirtieron en viudas las mujeres multicolores?
Ni las viudas ni los gatos lo saben.

Sí, mi amor tiene sus condiciones

Para merecer mi amor, para que te ame,
tendrás que comenzar desde el principio,
tendrás que nacer de una mujer
para que tu latido se sincronice con el de ella.

Para merecer mi amor, tendrás que pisar con cuidado la hierba,
permitir que el saltamontes vuele.
Tendrás que arrancar las hojas sólo si no puedes prescindir de ellas.
Los niños adivasi, silenciosos, nunca arrancan flores para
ofrecérselas a los dioses.

Para merecer mi amor tendrás que verter todas las represas en los
[ríos,
liberar todos los peces de los acuarios,
tendrás que cuidar a los hijos de los pescadores
y descansar en las montañas de noche.

Para merecer mi amor, tendrás que reparar mi techo que gotea
y cultivar guajes y enredaderas de calabaza;
tendrás que plantar un árbol para mí,
llenar de verdor forestal tu ser más profundo
y ayudar a alguien a cruzar una calle.

Para merecer mi amor tendrás que llevar todas las cartas perdidas
a sus direcciones correctas,
tendrás que trabajar conmigo en los campos,
estar de pie en la cocina durante largas horas como yo.
Tendrás que ser mi amante y no mi esposo en la cama,
sí, mi amor pone sus condiciones:
no puedes pretender mi amor sin cumplirlas.

Versiones del inglés de Víctor Ortiz Partida.

Ignarus scriptus

Subhro Bandopadhyay

Cuántas veces me habré dicho que me tendré que marchar, enfrentando las palabrotas fuertes, con la arena en la lengua veo hacia *el ignarus*, en la caja cerrada de dos sílabas sigo dando vueltas

Cuando se levanta *el ignarus* en esta ciudad de sol prolongado, sólo entra el aroma del heliotropo por los callejones de las neuronas de color blanco pálido, siembra un lenguaje desconocido en la lengua aplastada sobre el baniano lleno de mugre que producen los hilos atados sobre él los que supuestamente cumplen los deseos[1]

Cuando se levanta *el ignarus*, estas palabras que se quedaron todavía, meten en la boca por fuerza una leña que se está apagando —el polvo terco de alguna ceniza sigue volando sin conocerse

Sin embargo por el mismo *ignarus* la presión de la pierna corpulenta de una campesina pudo dejar la mancha plateada de su anillo de pie sobre la parada de autobús, sobre la boca de metro

Caminas escondiendo el asco, por *el ignarus* inundado de automóviles, buscas un patio trasero limitado con alambre, quieres difundir el dolor de cabeza que empezó por la mañana en el cuerpo de un gato de color naranja

Cuando se levanta *el ignarus* y se dispersa su color, él pone en su boca abierta el metal tranquilo y oxidado del hambre —no queda nada sólo el martillo

1 Se atan hilos al árbol de baniano para que cumplan los deseos.

enorme del intento rompe los músculos y todo— yo me escondo en el polvo
intensamente anímico, el deseo de escribir el rasguño y la gramática aristócrata
la última vez con las mandíbulas rígidas

La realidad aplastada no sirve ya —nadie levanta la cabeza en esta senda
erosionada— una explosión potente de personas y animales, en todas las calles,
sobre todas las puertas, ventanas y sus agujeros lucíferos está clavada la flecha
brillante *del ignarus*

Ya no se puede despertar a nadie, todo el mundo está en una fila, los árboles
de la avenida están adornados con utensilios, suena el ruido, la copulación
rutinaria y los deseos carnales quieren llevar un pezón por lo menos hacia
las hojas de caduca, quieren dejar la huella de la uña sobre todos los lugares,
aprendemos a respetar las normas sin preguntas, en la senda de arena se ve un
constructo metálico, sobre el río una barca abandonada; por toda esta imagen
hay un muro, y cae la cera *del ignarus* sobre *él*.

Sobre las últimas fechas del calendario monstruoso se ha tatuado nuestro
discurso lleno de microbios; la vega y al lado suyo está el tubérculo que se llama
la noche: cada estrella es agua —su casco intocable; la práctica vacía que se
llama la puerta, puesta en el medio de la carretera sobrevive de alguna manera
evitando los automóviles veloces

En este despertar, acostar u otras rupturas
cuánto cuerpo había
era sólo un hábito cuyas forma y alma las dejé
al lado de un puente callado —este trozo silencioso
que se llama la tarde

Te quise, mucho más de lo que se podía decir
Hay más libertad en lo escrito
Por la ebriedad o por la atracción a lo externo
te rompí en trozos en el camino resbaladizo,
te arrojé desde la pared hasta el ladrillo
desde el asfalto hasta la solicitud de hipoteca nunca usada
La carne ha mordido siempre a la base metálica de los calendarios

Este poema no tiene sentido hasta que yo salga de este lenguaje, hasta que se tranquilicen mis inquietudes para salir por un bosque del cuero artificial, hasta que pueda sembrar la alegría del cigarro —que fumé con miedo en un chiringuito— en esta carta manuscrita

Sí, hay que dejar las palabras así, claras, porque cuando se levanta *el ignarus* y rompe en pedazos la conciencia que tenía hasta ahora, o se aferra a lo áspero de la arena que quedaba en la lengua rota de un beso denegado o al sonido repentino de pasos sobre la escalera

De veras hace muchos años que me llegó un cuerpo femenino, hace mucho que no pude difundir mi lengua con sabor a ajo sobre lo áspero de una vulva —sigo colocando mi cuerpo peludo en las hojas de fechas que se pierden, lanzo la pelota metálica de masturbación para que ruede sobre mi cansancio que ni siquiera ha podido formar completamente

Esta forma de argumento, una sandalia olvidada hecha de neumáticos gastados, con la correa rota, ¿adónde me quiere llevar? Cuando *el ignarus* llena la ciudad y su fiebre como una estrella diaria —cada callejón furtivo está lleno de adolescentes que van con cicatrices de perdigón— no van a ver nunca más en su vida —en mi plumín curvado se circula una canción nostálgica— como si una moto hubiera perturbado la tarde con su ruido monstruoso —¿adónde van ustedes con la bandera larga que se llama el dolor?

Te trocearé Derrota
con la eficacia de matar a un hijo
como una piedra que destaca
en un valle soleado

La espera siempre es así —las mandíbulas rígidas
me he permanecido trepando mi propia carne
En este trozo de tiempo nunca previsto
                que se llama brillantez
yo estoy clavado con quietud,
áspero como una flecha sin arco

Piensa que se llega así a tu pueblo sin genealogía, hay una tela pálida de desconfianza, tendida desde hace siglos sobre el camino que cansa —tú les preguntas ¿desde cuándo están aquí? Antes de saber la respuesta comprendes que formas parte de ese mismo pueblo, donde un caballero extranjero se quedó por esta tierra poco navegable por la falta de ganas que llega tras descansar. Esta falta de genealogía está en tu sangre. La cinta larga, como la tarde, de pelo de color negro de las mujeres y el hilo pálido de su blusa han creado tus neuronas bruscas. Antes de crear un argumento te caes dentro de las agallas del discurso del otro —comprendes que el hombre a quien se le olvidó su nasa de juncos en esta tierra de arroyos y ríos, es el mismo que sacó el licor fresco desde el cuerpo velludo de enero— después de eso nada va hacia el mundo de ganancias y pérdidas en siglos y décadas, tú quisiste llevar al cementerio que se llama el diccionario los cambios de identidad que dejaron la huella medio inconscientemente sobre el léxico. Y de esta manera subieron hacia el cielo, en el ojo del pájaro, muchos pueblos y su falta de genealogía —las puertas asfixiantemente curiosas de las innumerables ciudades pequeñas— de pronto, delante los ojos de un hombre adolescente que dormía sobre una senda en el campo, cada día al mediodía, sin depender de la estación, se levanta *el ignarus* asombrando todo el lugar; no se podrá pararlo con la sangre del sacrificio de animales

Caen cebos sobre la tierra y los ríos
todas las palabras no-escritas y las pronunciaciones perdidas
se congelaron y se volvieron rojos
subieron al cielo
Las frases perdidas de los siglos
caen como carne pegajosa y densa

Se oye claramente
el ruido de la competencia
y de correr sin parar
de los peces en el agua turbia
de los animales sobre el humus blando
por esa carne

El resto del mundo está tranquilo
El ignarus inflado irradia calor
tras devorar la historia larga y las palabras perdidas
Suben las mentiras una tras otra
Tienen el encanto de una branquilla
que cae del alimento sobrado de un pájaro cazador
Sobre el río y otros flujos de agua
mentiras intensas
como la primera atracción sexual se llama el amor
la repetición irónicamente errónea de la Historia

Bajan los trozos de carne
Los animales se juntan
por el aroma y codicia hacia lo eterno
Suena su arrojo en el agua turbia
Imagino su espalda de color atardecer
y su canal alimentario lleno de carne
    y las promesas de nuestro mundo de pop

Cuando se levanta *el ignarus*
su aura se difunde sobre nuestros arroyos y ríos
como si todos los árboles de la orilla fueran de cera
Se inclinan debajo las nubes monzónicas tras ver *al ignarus*
sus hojas y las frutas que no llegaron a formar
tocan el agua llena de carne
Pasa la ola pesada de los animales acuáticos
inflados tras alimentarse de mentira

Me quedo dentro del aroma de mi cuerpo callado con un placer todo abrasador de la última parte del invierno, poniendo el mordisco leve y su saliva sobre la palma del momento, sobre la lengua, sobre la piel placentera de los pezones —suena un contrabajo armónico— las tardes mezcladas con palomas y las cúpulas arquitectónicas de la época turca se deslizan —de verdad no queda nada importante, con las palabras y la sintaxis la zarpa de los suspiros largos *del ignarus* rasguña el arena que se llama el tiempo

¿Qué significa no poder ver? ¿Acaso es el recuerdo de la orilla de un estanque? Nada crece en los recuerdos, sólo se prolonga la sombra de lo perdido — un árbol de Kadamba[2] y sus posibilidades de florecer impropiamente en la primavera ¡fueron aplastados por *el ignarus*!

Así los días se convierten en puntos decimales en la Historia —algunos agricultores que saltaron al agua y no volvieron; algunos campesinos que masticaron sus propias lenguas— pican como espinas. Junto con todo eso, el trozo del día brilla y nos asombra —cae sobre las cubiertas de libros que dejamos en el alféizar de las ventanas— no los podemos leer de ninguna manera —sobre el amarillo de papel se seca la cúrcuma de los días auspiciosos. Con nuestro cuerpo flaco con una barriga increíble, nuestras copulaciones que se acaban en siete minutos, con nuestros ojos traidores que ven los carteles gráficos, con nuestras proposiciones amorosas arrodilladas, intentamos levantarnos, pero *el ignarus* enciende una nueva radio, no hay ninguna noticia, sólo un túnel de canciones sin descanso —el tiempo largo de la juventud cabizbaja sin preguntas— esta mañana de salir de casa, la bombilla brillante *del ignarus* chupa la luz de nuestros cuerpos

Versión del bengalí del autor.

2 Kadamba: *Neolamarckia cadamba*, un árbol corpulento de flores redondas y amarillas que florecen normalmente en julio.

La campana suena en la escuela para ciegos

Debarati Mitra

En la escuela para ciegos sonó la campana.
El día terminó por ahora.
Cada sonido puro, intacto o herido
voluntariamente se inclina sobre el tajo del dolor.
Sujetándole los pies tranquilos a un Jarul
el girasol silvestre lo ensombrece.
Lentamente sonó el reloj a una hora apagada.

Muchacho, no mires atrás
la luz o la muerte que recorres para encontrar en vano
arroja un tenue brillo sobre la pálida pared sombreada
de la escuela para ciegos. Sumergirse y lanzarse.

Al igual que templos no habituales, aquí una multiplicidad de casas
sus largas líneas se extienden una y otra vez
sus suaves sombras blancas
reino más allá del reino, al mar solitario.
Ahí se inclina
sacudido por las olas y convertido
memoria entumecida chocando contra las rocas.

¿Alguna vez viste
tumba inacabada de niño o niña
mirando al cielo llorando en silencio?
En la hendidura de dos cimas solitarias
flores como copos de algodón de pronto se dispersan
a veces, abstractamente, en las montañas.

Observando los despertares en las copas de los árboles:
a veces en el sueño, final de delirio
color de un quieto, interminable, eterno deseo
que brota imposible, exquisito.
Ojos deslumbrantes; dentro o, solo, afuera, formas
Secreto y secuestrado, la imagen más amada:
Como a través del sol, mirando una pupila verde
o el desbordante amarillo repleto del niño
o alguna suave luz brillante que se inclina desde los aleros
al lado como la cara borrosa de un león, un girasol.
Y la campana suena lejana.
La campana de la escuela para ciegos.
Todos los sonidos se detienen
la campana late lejana.

Versión de Víctor Ortiz Partida, a partir de la versión
del bengalí al inglés de Malay Roy Choudhury
y Aryanil Mukherjee.

La tierra natal de Meherunnisa

SHUKTI ROY

ISHA JAMÁS TUVO EL DESEO de ir a aquella aldea llamada Turtuk. Siempre tuvo la ilusión de visitar Ladakh con su hermano mayor, su cuñada y su sobrina pequeña, Jhilmil. Tantas investigaciones sobre este viaje por casi dos años, juntar el dinero tan meticulosamente y arreglar todo lo necesario para llevarlo a cabo. A Isha no le gustaba viajar con gente desconocida. Por eso se había negado totalmente a la opción de ir a Ladakh con un grupo preorganizado por las agencias de viaje, aunque su cuñada, por su parte, tenía miedo de ir a un terreno tan difícil sólo con su marido Somok, su cuñada Isha y su niña Jhilmil. Pero al fin se rindieron ante la obstinación fuerte de Isha. Poco antes de la salida, se convirtieron en un equipo de cinco en vez de cuatro, cuando Rafael, el jefe de Somok, expresó su deseo de volverse parte del grupo. Había venido a la India desde un lugar tan lejano como México por dos motivos: para enterarse de cómo se venden en la India las cosas que fabrica su empresa y para conocer el país. No era la primera visita de Rafael. La primera vez que él conoció a Somok Das, el gerente de ventas de su compañía en Calcuta, conoció a Isha. Rafael quedó muy impresionado por la sabiduría de Isha en el campo de la lengua, la literatura y la cultura hispánicas. Le gustaban mucho las canciones que Isha cantaba cuando Somok lo invitó a un programa cultural. Poco a poco creció una amistad pura entre Rafael e Isha y Rafael expresó el deseo de acompañar a la familia de Somok a Ladakh durante las vacaciones. Somok y su mujer Rini aceptaron la propuesta de Rafael con mucho gusto.

En realidad no viajaban totalmente juntos como una familia. Rafael era más joven que Somok y le gustaban mucho las actividades de aventura. Por eso él había alquilado una moto para pasear por Ladakh. A veces también iba con todos para visitar los monasterios budistas. Isha y Rafael ya habían llegado a ser muy buenos amigos e Isha, con mucho orgullo (como una ciudadana de la

India), le explicaba todo sobre las historias y la arquitectura de aquellos monasterios muy cuidadosamente, lo que le encantaba. Con mucha ilusión, Isha le narró el tema de la unidad entre la diversidad de la cultura de la India. Rafael ya había visto Kerala y Rajasthan, provincias hermosísimas. Después de ver la belleza del paisaje de Ladakh y la arquitectura imponente de los templos, *stupas* y monasterios, Rafael también estaba de acuerdo en que verdaderamente la India tiene una cultura muy impresionante.

Al cruzar el paso altísimo entre las montañas, llamado Paso Khardung, se encuentra Hundar, un sitio muy pequeño ubicado cerca del río Shyok, que emerge desde el glaciar Siachen y pasa por las montañas entre los chopos y los pinos. Este paisaje parece un hermoso oasis en el desierto frío de la región. Debido al crecimiento del turismo, el número de gente que viene de otras partes de la India ha superado a la población indígena. Las casas privadas hechas de piedra y madera se han convertido en alojamientos pequeños para ser alquilados a los turistas. También los campesinos pusieron un aviso para alquilar algunas recámaras de sus casitas propias. La familia de Isha, con su invitado extranjero, ya se había alojado en una posada donde había sólo tres habitaciones. Después de viajar durante días enteros, disfrutaban las tardes charlando, discutiendo y cantando. Rafael era un hombre genial. Le gustaban mucho sus nuevos amigos y la parte de este país que él nunca había visto antes. Somok también había empezado a charlar con su jefe como si fuera un amigo suyo. Jhilmil estaba aprendiendo algunas palabras en un español de la vida diaria y se las dirigía a Rafael, lo que él disfrutaba mucho.

Por la tarde durante la cena Rafael mencionó Turtuk como una aldea pequeñita ubicada en la orilla del río Shyok, muy cerca de la frontera con Paquistán. En la época en que la India y Paquistán habían ganado sus independencias del reino británico, la aldea Turtuk era una parte de Baltistan, que es una provincia de Paquistán. Pero después de las guerras entre la India y Paquistán en el año 1971, Turtuk, con tres aldeas más, quedó dentro del dominio de la India. Actualmente los turistas de Ladakh pueden visitar Turtuk, que todavía muestra los vestigios de la cultura antigua de Baltistan. Rafael quería ir a Turtuk porque tenía mucho interés en las civilizaciones antiguas. Pero los demás ya habían reservado su alojamiento en Panamik, un lugar al lado del río Nubra, que está situado demasiado lejos de Turtuk. También Isha tenía ganas de visitar Turtuk, aunque le costaba aceptar que India hubiera invadido la tierra de cualquier otro país. Finalmente decidieron dividirse. Rafael e Isha alquilarían una moto para ir a Turtuk y los otros seguirían el plan de visitar Panamik en el coche que habían alquilado desde Leh. Al día siguiente se encontrarían en la posada de Leh.

A la mañana siguiente, Isha y Rafael despidieron a Somok, Rini y Jhilmil y salieron para Turtuk en la moto. La autopista pasaba por la orilla del río Shyok. No se puede ver ningún habitáculo humano, salvo los campamentos militares rodeados por cerros sin árboles. Las piedras muestran tantos colores increíbles, azul y gris y púrpura y verde, mezclados con el color de la tierra. A veces, al lado del río se pueden ver los pueblos pequeños sembrados de manzanos, albaricoques, sauces y álamos. Las aldeas están poco pobladas. Los niños con su uniforme escolar les sonreían agitando sus pequeñas manos.

Rafael detiene la moto frecuentemente para poder sacar fotos. Algunas veces Isha se lo impide porque no se permite sacar fotos en las zonas cerca de los campamentos de los soldados. Como Rafael es extranjero, está encantado al ver la belleza del paisaje. Otras veces se quita los zapatos y sumerge los pies en las aguas de los manantiales o baja a la arena del río Shyok. Isha se siente ansiosa por los arrebatos de Rafael, pero en las inmediaciones de la naturaleza empieza a invadirla un sentimiento dulce y suave hacia su amigo extranjero.

Al fin llegan a Turtuk al mediodía. Al lado de la aldea fluye un manantial de agua clara y azulada que desemboca en el agua gris del río Shyok. La aldea entera se estrecha desde la orilla de Shyok por los cerros verdes. Hay unos alojamientos nuevos cerca del río. Rafael no tiene ganas de alojarse en uno de estos hoteles. Lo que quiere es conocer todo sobre la aldea y, tanto como sea posible durante su estancia, saber sobre sus habitantes. Aparcó su moto en el estacionamiento y se marchó con Isha hacia el puente construido con troncos de madera sobre el manatial, que corre rápidamente para entrar en la aldea.

Lo que atrajo la atención de Rafael fueron las caras de los aldeanos. Los habitantes de Turtuk no tienen las característica mongoloides ni son como los habitantes de Kashmir. Se pueden distinguir sus rasgos casi europeos con las narices puntiagudas y a veces con los ojos azules y grises. Aunque las caras de los hombres son bronceadas por el sol tan fuerte, las mejillas son rosadas como una manzana madura. Rafael e Isha tenían muchas ganas de sacar fotos de los aldeanos, pero lastimosamente ellos se lo negaron. Casi todas las personas se cubrieron la cabeza, las mujeres tan hermosas no se habían puesto el *burkha* o *hizab*. Era evidente que no les gustaba la vestimenta de Isha, pantalones vaqueros y camiseta. Isha también se sintió incómoda con la presencia de las bellas con las cabezas cubiertas. Rafael e Isha siguieron subiendo por la senda bajo el fuerte sol de mediodía, sudando mucho. Cuando a Isha le faltó el aliento para respirar y le pareció que sus pulmones iban a estallar, vio de repente un letrero Friendship Café. Sin esperar a Rafael, entró en el sitio rodeado de árboles y cubierto por un toldo.

Se sentó sobre un banco hecho con ramitas de árboles. Había algunas mesas y bancos para los clientes. Los bancos estaban cubiertos por mantas ásperas hechas con lana local. Los toldos estaban atados a las ramas altas de los albaricoques. Isha no veía a nadie. Lo que pudo oír fue el sonido monótono del *azan*. Es claro que los aldeanos han ido a la mezquita para asistir a la oración del mediodía. Entonces, ¿qué se puede hacer? ¿Hay que subir los cerros de nuevo? Estaba en esos pensamientos cuando de repente Isha vio a una vieja acercándose. Era evidente que debió de ser bellísima en su juventud. Ahora tiene la piel arrugada, el pelo blanco y su espalda encorvada como un arco. Sólo brillan sus ojos verdes con la viveza de la experiencia.

Isha estaba todavía jadeando y sudando profusamente. La vieja llevaba un vestido bastante flojo y sacó una manzana madura de su bolso, no era totalmente roja, era una mezcla de verde y rosa. Colocando la manzana frente a Isha le dijo: «Come, hija mía. Te va a quitar el cansancio y la fatiga». Enseguida se marchó lentamente hacia su cuarto hecho de piedras.

Isha tomó la manzana y al voltear vio que Rafael había llegado a aquel sitio. También estaba muy cansado y sudaba mucho. Isha y Rafael compartieron la manzana y, cuando se la estaban comiendo, llegaron unos aldeanos y el dueño de la cafetería. Él recibió a Rafael y a Isha con mucha cortesía y con una cesta llena de albaricoques maduros. Para entonces Rafael e Isha se sentían mejor. Pidieron el menú porque tenían mucha hambre. El dueño de la cafetería les preguntó si querían comer comida nacional o deseaban saborear la comida local. Y entonces empezó la tertulia informal entre ellos. El dueño se presentó como Sadek. Por generaciones su familia ha vivido en la aldea de Turtuk.

Rafael le preguntó a Sadek con curiosidad si Turtuk había sido ocupado por el ejército de la India después de la guerra entre la India y Paquistán. De repente se oscureció la cara de Sadek Mian, aunque pudo controlar sus emociones rápidamente y le respondió:

—¿Ha visto usted el nombre de mi café? Podemos ser una parte de cualquier país porque queremos mantener amistad con todos los lugares del mundo.

—¿Pero por qué el ejercito de la India ha ocupado su aldea particularmente? ¿Hay alguna razón diplomática? —Isha preguntó muy seriamente.

—No lo sabemos —contestó Sadek—, sería mejor preguntar a los diplomáticos. Nuestra aldea es muy importante para nosotros y lo que más nos importa es nuestra cultura. No somos de Cachemira ni de Ladakh. Somos una población muy antigua. Somos de Baltistan.

—¿Entonces Baltistan y Paquistán son distintos, verdad? —preguntó Isha.

—Claro que sí —respondió Sadek orgullosamente—, como su país, la India, Paquistán también es una tierra de muchas variedades culturales.

—Ustedes forman ya parte de la India, ¿verdad? —Isha le preguntó.

—Tiene razón —dijo Sadek, sin discurrir más.

A Rafael el asunto de la India y Paquistán no le importaba nada. Él quería saber únicamente sobre la civilización antigua de Baltistan. Sadek fue adentro para pedir la comida para Isha y Rafael. Volvió con su teléfono celular y empezó a mostrar los videos de tantas fiestas de Baltistan. La mayoría de las fiestas habían tenido lugar en el pueblo de Turtuk, como las carreras de caballos a la orilla del arenal de Shyok, los bailes con espadas y escudos alrededor del fuego con la música de bocinas y tambores. Sadek les contó que todos los hombres de aquel sitio pueden tocar los dos instrumentos musicales que se llaman *sanai* (la bocina), *daman* (el tambor) y un instrumento metálico como los platillos. Pero no había ni una mujer participando en la fiesta del baile. Es normal en aquellas regiones. El interés de Rafael aumentaba cada momento. Estaba ansioso por ver más, escuchar más y aprender al máximo.

Ya está lista la comida. Un platillo con tortillas preparadas de una variante de trigo local que se llama *hiran dana* y una mezcla de yogurt y pedacitos de nueces locales. Sadek les ofreció los albaricoques maduros. La comida era verdaderamente muy sabrosa. Isha y Rafael comieron con mucho gusto. Luego salieron a dar un paseo para ver la aldea con Sadek como su guía. Por las laderas de los cerros se podían ver las cosechas maduras de *hiran dana*. Los árboles de albaricoques llenos de las frutas doradas. Abajo de los árboles las aldeanas estaban cosechando en distintas cestas las frutas secas y frescas. En este sitio se usa el aceite de albaricoque para cocinar.

Sadek puede comunicarse bien en inglés. Relata la historia local de la aldea con gran detalle. Nadie sabe que cuando fue construida la mezquita vieja de la aldea, había un gran pedazo de madera con las grabaciones de los signos sagrados del islam, el judaísmo, el hinduismo y el budismo. Lo que les pareció a Rafael e Isha fue que la gente de aquel tiempo luchó para que su religión dominara sobre las otras religiones. Al lado de la mezquita hay un museo pequeño. Las aldeanas están preparando la lana con los husos. Con la lana ellas tejen las mantas gruesas para venderlas en los hoteles nuevos construidos cerca del río Shyok y para uso diario de los locales. Las mantas no son tan hermosas, pero sin duda son calientes.

El sol ya había perdido fuerza y se sentía agradable la brisa fría. A Rafael le parecía que todo el mundo era amigo de Sadek, con quienes presentaba a Rafael e Isha como sus nuevos amigos extranjeros. De repente se le ocurrió a

Sadek que Rafael e Isha quisieran ya regresarse. Les mencionó que deberían salir para llegar sanos y salvos a su destino. Rafael dijo que él tenía ganas de pasar una noche en Turtuk e Isha lo apoyó. Al saberlo Sadek llamó a su mujer y le dijo algo en su propia lengua. Enseguida llamó a Rafael a un rincón del café y le preguntó si Isha era su esposa. Rafael se rio mucho y contestó que Isha no era su esposa, ni su novia, que eran muy buenos amigos. Por su parte, la mujer de Sadek hizo la misma pregunta a Isha y recibió la misma respuesta. Entonces Sadek les dijo a Rafael e Isha que su cafetería no era albergue para pasar la noche, pero de todos modos podrían estar con su familia como sus huéspedes. Su familia estaría muy feliz si ellos pasaran la noche con ellos.

Rafael e Isha aceptaron la invitación con mucha alegría. Sadek les explicó que su casa estaba ubicada arriba al subir el cerro, que Rafael se quedaría allí y al lado de la cafetería había una sala cómoda en la que Isha podría dormir. Para acompañarla, unas mujeres de la familia dormirían en la sala al lado de aquella sala especial. Al arreglar todo Sadek preguntó a Rafael con una voz misteriosa:

—¿Has visto una carrera de caballos en una noche de luna llena?

—No, nunca —respondió ansiosamente Rafael.

—Entonces hoy mismo por la noche nos vamos a la orilla del Shyok. Lo vas a recordar toda la vida. Pareciera que los pies de los caballos no tocan la tierra, tan rápido van, en verdad, tan rápido. Tanta gente va a la carrera para apostar, ¿sabes? Unos regresan como reyes y los otros como mendigos.

Rafael se sintió muy excitado y le dijo:

—Yo también voy a apostar.

—No es posible, amigo mío. No se permite a los huéspedes —Sadek le respondió con una sonrisa suave—, no queremos causar daño a nuestros huéspedes.

—De acuerdo —dijo Rafael—, si no hay alternativa de todos modos quiero tener la experiencia.

Isha también tenía muchas ganas de ir a la carrera, pero no se permiten mujeres, siguiendo la tradición local de Baltistan.

¿Quién sabe qué hora es? Probablemente Rafael no haya regresado todavía. Sobre el cielo oscuro estaba la luna llena. Isha había ido a la cama para descansar y dormir. El cansancio de todo el día había cubierto sus parpádos con el sueño. De repente le pareció que alguien caminaba por la sala. Isha saltó de la cama. Un lugar desconocido. ¡Quién sabe cómo son los habitantes! Pero, ¿cómo se ha abierto la puerta? Isha recordaba bien que había cerrado antes de irse a acostar. Tomó el celular que había dejado cerca de su almohada, ¡qué horror! ¡estaba descargado! Pero no era por falta de energía. La sala entera parecía estar sumergida en la luz maravillosa de la luna llena. El baño estaba afuera de la

sala a poca distancia. La esposa de Sadek había dejado un bello mantón o chal para Isha en caso de que ella necesitara ir al baño. Isha sintió un deseo irreprimible de ir afuera de la sala y sentarse bajo la luz de la luna entre las montañas. Se puso el mantón y se sentó afuera sobre una piedra muy grande.

No veía a nadie caminando como una sombra. Normalmente Isha no es una mujer temerosa, pero en este sitio, este ambiente y sobre todo a la medianoche… ¿Y si esa sombra fuera un hombre con malas intenciones en vez de una fantasma? ¿Podría Isha defenderse de él? Isha empezó a andar hacia su sala cuando una voz muy suave vino a ella flotando por la brisa fría y húmeda de la luz lunar.

—No tengas miedo, hija mía. Soy Meherunnisa, todo el mundo me llama Meher Dadi (abuela).

¡Ah, aquella anciana tan linda! Aun en la oscuridad Isha la reconoció. Ella sonrió en silencio recordando las memorias de su abuela. En sus años maduros no podía dormir bien. Por eso a veces se pasea por toda la casa descalza. Isha se sentó sobre la piedra de nuevo cara a cara con la viejecita. La cara arrugada de la anciana mostró la luz por un lado y por el otro lado estaba cubierta por la oscuridad misteriosa. Isha y Meher sonrieron mirándose una a la otra. Se quedaron ahí silenciosas.

Después de un rato, la abuelita Meher le preguntó a Isha:

—¿Quieres ver la carrera de caballos?

¡Qué dice la vieja! ¡La carrera! ¡Ahora! ¡A la medianoche! ¡Quién sabe! Todo parece ser posible en este mundo mágico y prehistórico. Isha asintió con la cabeza.

—Ven entonces —dijo la vieja.

Isha la siguió como si estuviera encantada por su magia. Al bajar un poco se encontraron un asiento de piedra sobre la ladera del cerro. Un considerable número de personas podrían sentarse allí. La abuelita se lo mostró a Isha y le preguntó:

—¿Sabes las reglas del polo?

—¿Polo? —pronunció Isha, tartamudeando—, ¿el juego montando los caballos?

—Sí —confirmó la anciana—, pero el juego es muy difícil aquí. Necesitas mucha fuerza y mucha inteligencia también, ¿entiendes? Los caballos de aquí son los más fuertes y los más listos. ¿Sabes de Genghis Khan?

—Sí, fue un conquistador —respondió Isha inmediatamente.

—Él y sus soldados montaban los caballos de aquí, de Baltistan en las guerras.

—¡Ah! ¿Es verdad? —suspiró Isha como una niña. La historia y la geografía y todo lo que ella había aprendido antes se desvaneció. La verdad estaba sólo en las palabras de la anciana flotando a la luz de la luna y en los ojos verdes de la mujer como dos luciérnagas.

A la distancia, más abajo, brillaban el agua del río y la arena blanca y plateada. Desde lejos flotaba en el aire el sonido de *daman* y *sanai*. El ritmo aumentaba a cada momento. De repente hubo un silencio total y en un instante aparecieron siete u ocho caballos. A Isha le pareció que corrían como sombras de fantasmas sin tocar la tierra con sus cascos. En un instante los caballos desaparecieron en la curva del río con los jinetes y de nuevo sonaron los instrumentos musicales.

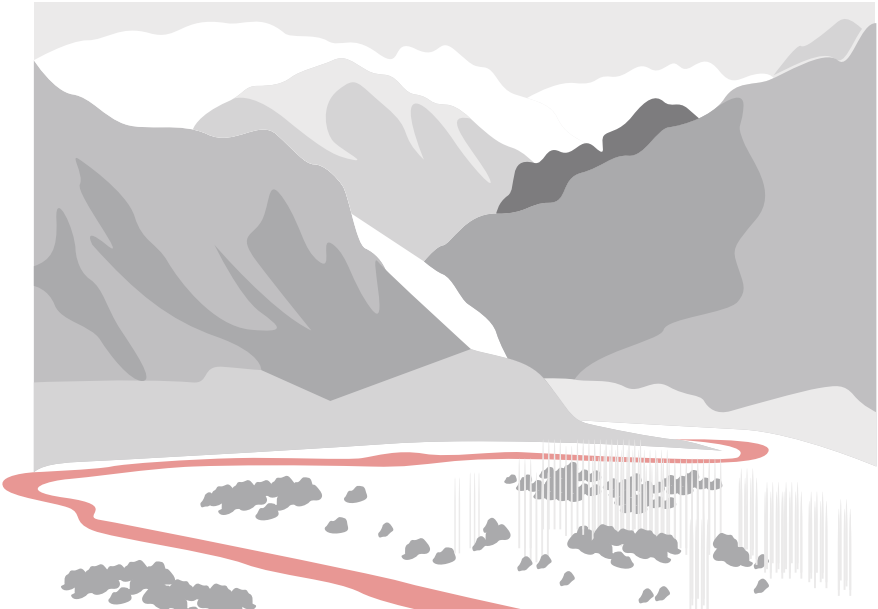
—Mi marido era el jinete más conocido de nuestra localidad —dijo la abuelita—. Él era el hijo más listo de su papá. Tenía la misma habilidad de su padre de capturar los caballos en las junglas y entrenarlos. Los caballos silvestres se volvieron tan adaptables como los perros domésticos. Él iba a los bosques para escoger los caballos de la mejor calidad. Al final los vendía. Nadie replicó nunca sobre el precio de los caballos entrenados por Mudassar Mian, mi marido. Sólo el nombre bastaba. Yo era la primera esposa de aquel hombre tan famoso y con un cuerpo tan sano. Cuando los caballos corrían por la arena de este río que ves, no había ninguna duda sobre el jinete que iba a conquistar todo. El caballo que corría como el relámpago y cuyos cascos no tocaban la tierra era el caballo de mi marido.

—¿Naciste en este pueblo, abuela? —le preguntó Isha.

La anciana suspiró una vez y dijo:

—Sí, este mismo pueblo es mi tierra natal. Mi papá vivía ahí, entre aquellos cerros. En esta aldea todos los habitantes son parientes de sangre.

—¿Entonces tú no tienes ningún pariente en Paquistán?



—Sí —respondió la anciana—, de mis catorce hijos algunos viven en Paquistán. Sólo es una hora de camino, pero el proceso de cruzar la frontera es demasiado complicado. Por eso he perdido las ganas de ir allá a visitarlos. ¡Un tiempo muy largo de no verlos! Recibo noticias, por supuesto. ¡Qué pena el saber que ya murió mi hijo Sami! Pero ¿qué se puede hacer? Lloré días y noches. El fallecimiento de un hijo es la pena más profunda para una madre. Mas no hay otro remedio que llorar y orar al Supremo que conceda paz al alma del muerto. Entonces entendí la verdad absoluta, ¿sabes? La vida es como la corriente del río. El tiempo repara todo.

—¿Odias a la India? —preguntó Isha a la vieja.

—No —respondió ella casi suspirando—. ¿Sabes por qué? Yo conozco bien la tierra mía. Mi papá y mi marido, los queridísimos míos, siempre decían que en este sitio de Baltistan hay tanta gente, tantas sangres mezcladas. Hace muchos años esta tierra era de los griegos que habían venido con el conquistador Alejandro. Un gran número de sus soldados no se marcharon a su país cuando regresó él. Se casaron con las mujeres de este lugar y así luego la población llevó la sangre de los griegos en sus venas. Y después vinieron los judíos, los soldados mongoles de Genghis Khan, y todo el mundo aceptó esta tierra como su propio lugar. Baltistan no se ha negado a nadie, no ha odiado a nadie. Mira mis ojos verdes, hija mía. A mi me parece que es posible que yo también lleve en mis venas la sangre de un general del gran héroe Alejandro.

—Pero, abuela, los otros se habían establecido en este lugar y lo habían aceptado como su tierra natal; el caso de India es diferente, ¿no?

—No importa, hija —la vieja respondió instantáneamente—. Cuando era pequeña los mayores de la familia hablaban sobre la lucha por la Independencia. Nos sentimos orgullosos de ser una parte del gran país, la India, y nuestros padres tenían la ilusión de la independencia del Reino Británico. Los adultos discutían sobre los sacrificios de las personas que luchaban en la guerra de independencia en Karachi o Bombay o en otros sitios lejanos y desconocidos. El año de mi boda ocurrió la Independencia. Los adultos nos enseñaron desde entonces que somos ciudadanos de Paquistán y que la India es nuestro enemigo. ¿Quién sabe por qué? Durante los días de las elecciones, íbamos juntos a votar siguiendo la orden del jefe de la aldea. Las alegrías y tristezas pequeñas de la vida diaria eran todo para nosostros. Sí, había guerra entre la India y Paquistán. Los machos del pueblo expresaban su enfado y odio por unos días y después seguía la vida como siempre. Yo di a luz a catorce hijos. Entre ellos diez eran varones. ¡Qué honor! En la familia todo el mundo me trataba como una reina.

—¡Catorce partos! ¡Dios mío! —exclamó Isha y cambiando de tema pre-

guntó otra vez—: Abuela, ¿tú eras la única mujer de tu marido?

—No —se rio la abuela sin dientes—. Tenía sólo una mujer más. Éramos dos. La otra era mi prima. Casi diez años menor que yo. ¡Lástima que ella era yerma. No pudo dar a luz ni un hijo. ¡Tantas oraciones en tantos lugares! Pero no ocurrió nada. Es verdad que ella era una buena mujer. Quería mucho a mis hijos. Después de cada parto era ella quien cuidaba a mis niños. Mis hijos también querían y respetaban mucho a su madrastra.

—¿No peleaban ustedes? —Isha preguntó con mucha curiosidad.

—Sí, a veces sí. Yo era mayor que ella y a veces le pegaba en los momentos de rabía. Pero eso es todo. No nos odiamos una a la otra. Éramos cordiales. El año 1971 nos trajo muy mal tiempo, particularmente para mí fue lo peor. De repente vino la noticia por la radio de que había empezado una guerra más entre la India y Paquistán. Los jóvenes salían a decir que esta vez Paquistán iba a vencer totalmente a la India. Antes también habíamos tenido guerras. Mi hija Ashrafi nació durante las guerras, ¿quién recuerda en qué año? Luego terminó la guerra como algo normal. Sólo mi esposo se quedaba triste por algunos días porque la India había vencido a Paquistán. No obstante, las cosas no parecían ir bien. Los ejércitos, primero el de Paquistán y luego el de la India, marchaban por nuestra aldea de vez en cuando. ¡Alá! ¡Qué sonido de fusilamiento! ¡Qué fuego de las bombas! Como si rompieran las montañas. No podía cerrar los ojos, tanto terror tenía. Mi marido entonces había ido entre los bosques para capturar caballos. Durante esos días no teníamos noticias de él ni de sus compañeros. Al fin llegaron las noticias. Ese mismo día supimos que mi marido, Mudassar, y cuatro de sus compañeros habían muerto por una explosión terrible entre las junglas. ¿La bomba era de los soldados de la India o de los ejércitos de Paquistán? ¿Quién lo sabe? También supimos que desde entonces nuestra aldea Turtuk, junto con dos más, Taksi y Feng, habían sido incluidas en la tierra de la India. Otra vez la India había vencido a Paquistán. Todo el mundo ardía de rabia, de dolor y de luto. Pero ¿qué se puede hacer? No teníamos la fuerza mínima para hacer algo. Lo que podíamos era soportar tiempos peores y lo hicimos. En unos días la aldea entera se quedó vacía. La mayoría de la gente se fue a Paquistán. Ellos no aceptaron a la India como su país. De mis hijos, los mayores salieron para Paquistán y los menores permanecieron aquí. Al crecer en este lugar poco a poco aceptaron a la India como su país. La aldea empezó a poblarse de nuevo. Mis dos hijas se habían casado al otro lado de la frontera. La tercera murió por la fiebre en sólo tres días. La menor se casó en Leh y está bien. Finalmente de nuestra familia sólo quedaron aquí unas cuantas personas y los demás vinieron de Cachemira, de

Ladakh y quién sabe de dónde para establecerse en esta aldea. En esta sala yo me quedaba con Munira. Munira no quería salir a ninguna parte sin mí. Y yo no quería dejar mi aldea, mi tierra natal.

—¿Y Sadek es tu pariente? —Isha le preguntó a Meher.

—Mi nieto —contestó la anciana con mucho cariño en su voz—, su papá se trasladó a Cachemira poco después de la Guerra de 1971. Ahí se casó con una mujer bellísima. En Cachemira abrió un restaurante de comida típica de Cachemira y también de Baltistan. Ganaba bastante dinero. Venía aquí durante Naoroz (el año nuevo de la gente de Baltistan) con muchos regalos para cada miembro de la familia. Luego, se precipitaron las tensiones políticas después de la guerra de Karguil y mi hijo se fue a Paquistán para siempre. Sadek regresó aquí con su familia sólo para cuidarme.

—¿Por qué no quieres irte a Paquistán, abuelita? Allá viven todos tus hijos —dijo Isha.

—No, hijita mía, contestó la vieja, somos sólo una parte de la multitud. Sólo una entre millones. Mi propia identidad es mi tierra, mi aldea. ¡Ven, hija, mira la fuente brillando bajo la luz de la luna! Así brillaba la fuente cuando era una chica. Lavaba yo la ropa en esta fuente desde la niñez. Hace tantos años que solía ver la carrera de los caballos a la orilla del río. Mi marido después de ganar la carrera me besaba con todo su corazón y me amaba tanto. ¿Ves el viejo árbol de nueces? Cada año ahí solíamos colgar una hamaca nueva para los recién nacidos. Esta aldea es mi vida, hijita, mi alma, mi corazón. No importa qué país gobierna esta tierra, sobre qué mapa fluye este río, este manantial. Mi nieto Sadek sabe mucho sobre tantas cosas, yo puedo entender todo lo que él me relata. Tuve la triste suerte de enterrar a mi prima, mi amiga y mi compañera Munira en esta tierra el invierno pasado. Lo que yo quiero es hacerme una parte de esta tierra después de morir. Quisiera confiarte una cosa muy secreta, hija mía, esta tierra de Turtuk no es de nadie. Ni de los gobiernos, ni de los ejércitos, ni de los negocios, ni de los extranjeros que vienen aquí cada año sólo para divertirse, ni de la India, ni de Paquistán. Esta tierra pertenece sólo a los que la aman, que la respetan.

—Como tú —dijo Isha.

—Por supuesto —respondió la anciana inmediatamente y brillaron sus ojos verdes como un par de estrellas—. Sí, hijita, tienes razón.

La luna se había ocultado por el oeste del cielo. Por el este brillaba la estrella de la madrugada. Desde todas partes lucía como si estuviera cubierta por una luz que queda fuera de toda descripción. Meherunnisa se levantó cuidadosamente. Sacó un par de pulseras para los tobillos.

—Mi marido me las regaló con mucho amor. Nunca me las había quitado de mis pies. Guárdalas para conservar los recuerdos de esta noche y mi memoria.

La vieja colocó cariñosamente las joyas en las manos de Isha. Isha lo aceptó como si estuviera encantada por una maga. Meherunnisa empezó a subir por la senda lentamente.

Unas personas bajaron rápido el camino. Hasta adelante de todos venía Sadek y le seguían su esposa Saira y Rafael. Al ver a Isha sentada sobre el banco de piedra lanzaron un suspiro de alivio.

—¡Ah, estás aquí! —dijo Rafael.

—De repente me ocurrió que la puerta de la sala estaba abierta. Ella nos despertó. Y vi la carrera de los caballos desde aquí —dijo Isha con mucha emoción en su voz.

—¿Qué carrera? —preguntó Rafael con mucha sorpresa—. Anoche no tuvo lugar la carrera porque la gente no pudo venir debido a derrumbes en las montañas. Después de charlar un rato nos acostamos.

Isha vio a Sadek y a su mujer por un instante y les dijo:

—Su abuela Meherunnisa estuvo aquí conmigo durante toda la noche y ella misma me mostró la carrera. ¡Qué visita inolvidable!

—¡Mi abuela! ¿Cómo sabe usted que ella era mi abuela? —preguntó Sadek con una pizca de diversión y mucha sorpresa.

—Ella misma me lo dijo, contestó Isha. Y he aquí estas joyas que ella me ha regalado como signo de su presencia conmigo anoche —abriendo su puño, Isha le mostró las pulseras de tobillo. Sadek y su mujer se quedaron muy sorprendidos y al fin Saira dijo:

—¡Qué maravilla! Habíamos buscado estas cadenas tantas veces y no las encontramos. Es que nuestra abuelita falleció hace seis meses. El sitio adonde usted llegó anoche era su lugar favorito para pensar, hablar y descansar. Pasaba todas las horas, días y noches ahí relatando sus historias a cada uno que pasaba por el camino. ¿Quién tiene tanto tiempo para escuchar las palabras de la vieja? Estas joyas eran su vida, su aliento. Ella la ha bendecido con estas joyas. Guárdelas con cuidado.

La luz dorada de la mañana lavaba los valles verdes. El sol saltaba desde el pico de los albaricoques sobre las ramas de los manzanos. La moto corría con demasiada velocidad hacia la ciudad de Leh, situada muy lejos. Los ojos de Isha estaban nublados por las lágrimas ¿Sería posible regresar una vez más a la tierra natal de la abuelita Meherunnisa? ¿Quién lo sabe? •

Traducción del bengalí de la autora.

Si me preguntas

Joy Goswami

Si me preguntas: «¿Qué has hecho de tu vida?»
entonces debo decirte...

Un día vomité, un día tragué
Un día toqué el agua y se convirtió en leche
Un día al mirarme, una muchacha celestial se perdió
Un día sin avisarme mis dos manos se fueron volando con el viento

Un día me escondí en el estómago de un borracho como bebida fuerte
al día siguiente salí, de otra manera por completo, como lágrimas de
[una bella mujer
y al instante el pañuelo de muselina me absorbió con simpatía

Un día la golpeé, un día la pateé
Un día saqué la lengua
Un día me llené de espuma de jabón
Un día la enjaboné a ella
Si no me crees, ve y pregúntale a tu esposa

Un día manejé sólo caa, caa
Un día acepté el espantapájaros
Un día adopté un cerdo, oh sí, un día una cabra
Un día toqué una flauta, oh sí, un día para Radha toqué
Un día presioné mi cara en el regazo de una mujer,
mientras que el resto de mí le cayó a otra persona
Si no me crees, ve y pregúntale a ella-que-es-mi-destino

Un día mi cuerpo era una bolsa llena de hojas verdes
y mis dedos eran largos lirios blancos
y mi cabello era una nube cúmulo:
cuando llegue el viento, flotará por cualquier lugar
Un día yo era la hierba de campo en campo,
pero sólo porque vendrás y derramarás tu cuerpo sobre él
sí, mis ojos sobrepasan todas las órdenes
vagan de río en río en río

En el río Ganges recuesto mi cuerpo, como un pequeño puente
para que la gente pueda ir de este lado al otro, sin pasaportes
de ese lado a este vino tu propia madre una vez,
una adolescente en su primer sari
mientras escribía la Constitución de la nación, me dio un poco de
[sueño
en ese momento alguien vino y garabateó en ella: oh, oh, quiero
[hacerla

Un día corriendo por la calle principal desnudo
presenté el presupuesto de este año

Un día abrí la boca y un día
la cerré

En el bostezo de mi boca que dice sí no hay comida
y en mi boca que dice no no hay comida.

Un día la sangre escurrió por mis mejillas
Busqué mis ojos arrancados en el agua y el lodo de un campo

Un día un cuchillo me apuñaló por la espalda
Me desplomé en el patio delante de la cabaña, tosiendo sangre
la multitud del pueblo vino a verme con linternas levantadas

Un día con el cuerpo encendido, salté de una cabaña en llamas
y caí en un estanque

A la mañana siguiente me sorprendió verlo en los periódicos
Me emocioné tanto que se me salieron las lágrimas, llamé a la gente,

el sudor escurría
de nuestras frentes
Guardé el sudor reunido en mi archivo

Si alguien viene a investigar en el futuro
puede prender fuego a los documentos y quemar a muchas personas

¡Mata! ¡Mata! ¡Mata!

Adopta dos técnicas diferentes para hombres y mujeres

¡Mata! ¡Mata! ¡Mata!

Ya que el corazón salió de la boca
Ya que el bebé salió del útero

¡Mata! ¡Mata! ¡Mata!

En este lugar debemos usar gritos
que rompen el cráneo

En este lugar debemos usar tal coito
la mitad del cuerpo será arrojada a la tierra después
y convertida en carbón

En este lugar debemos escupir
para que cuando salga de la boca explote como las estrellas

En este lugar debemos usar un dueto,
una canción en la que el héroe y la heroína volarán por el cielo
y las manos, piernas, cabeza y genitales se arrancarán todo a partir
[de una canción

cada miembro clamará por un miembro sí y otro no
cada miembro restante acariciará lo que queda

finalmente no sabrán qué hacer a continuación
y volverán a su forma anterior

Aquí debes usar un beso que mate
uno que se aproveche y luego deje vivir, para que los labios choquen
entre sí tratando de unirse

los labios de los amantes abandonados se abrirán al cielo para un
[beso eterno

Si me preguntas hoy: «¿Por qué has escrito mentiras en cientos de
[líneas?»
Si preguntas: «¿Por qué no aprendiste el deber de un poeta?
... ¿a pesar de todo por qué no aprendiste?»

Voy a dar una conferencia sobre una partícula
Explicaré que nací de un grano de arena
Nací de la sal
y la anónima gota de lluvia que me miraba desde una hoja en la
[rama alta de un árbol
y luego saltó sobre mí
No sé nada más que esto

Si me preguntas hoy, en qué falange,
en qué hoyo negro, en qué desagües ocultos de la nación
divago, en qué armería bebo una taza de té,
contra qué cartelera me destrozo la cabeza,
sobre qué gran puente o presa,
qué ciervo vino y acarició mi pie,
qué cisne me rezó para que viniera y le torciera el cuello

Sobre la nube, debajo de la nube
como miles y miles de gotas de lluvia
salté y bailé en los campos y las ciudades.

Si me preguntas hoy: ¿cuántos brotes
tienes en tu planta?

¿Eres *shundillo* o *bhardwaj*?
¿*durlov* o *koiborto*?
¿Eres árbol de mango o plátano?
¿Usas zapatos o sandalias?

¿Eres musulmán o encargado de una pira?
¿Eres una piedra adorada o estás vivo?

Entonces te contaré la historia de esa noche,
esa noche en el tranquilo campo de hierba cuando un largo minarete
[giró
y estalló desde el suelo
barro y piedras
salió disparado y desapareció en el cielo negro

Desde la larga cola de fuego en el cielo
salté con los brazos extendidos en la espuma giratoria de la matriz
[del tiempo

Ahora estoy en el último océano después de todas las distancias
y la rueda de hierro gira bajo el agua
Ahora estoy en el principio del océano
y la rueda de hierro gira bajo el agua
¿Qué es corporal y qué no es corporal? Todos están despertando
a la vida vigorosa a través de mí

Me estoy moviendo a través del tiempo ahora
Me apresuro en dos direcciones, pasado y futuro
Soy un pez monstruoso que azota la cola
la columna de agua en el océano se eleva y cae
la fuente de agua brota de mi nariz
crea un cúmulo de nubes en llamas

Una cuerda está atada a la espada en mi nariz
el otro extremo de la cuerda sigue y sigue
adonde no hay tierra, no existe un sistema solar
adonde la ola de éter oscuro se hincha con estrellas y polvos cósmicos
allí de una isla galáctica a otra
una nave vital de llamas flota

eso es todo, eso es todo
no tengo nada más que decirte

Versión de Víctor Ortiz Partida, a partir de la versión del bengalí al inglés de Skye Lavin y Joy Goswami.

Danpatra, acta de donación

Amar Mitra

Acta de donación (redactada por Sahebmari Baske)

Donatario: Sahebmari Baske, hijo del difunto Muchiram Baske, de la tribu santhal, indio en el sentido extenso, domicilio en el distrito de Sonari Mara, República de la India.

Donante: Sahebmari Baske, hijo del difunto Muchiram Baske, misma tribu y domicilio que el beneficiario, cuya propiedad legítima, casa ancestral y tierras de labranza invadidas y más, a consideración de los intereses de la familia, mi deber social propio, de la región Santhalibasan, relación de propiedades de la República de la India [...].

Yo, Sahebmari Baske, residente del distrito de Sonari Mara, parte de la tierra sagrada donde nací, mi patria, la República de la India, nieto del difunto y honorable Sahebmari Baske e hijo del difunto y honorable Muchiram Baske, del mismo distrito, en la feliz ocasión del festival de Karam en este mes de *bhadra*,[1] lego todas mis pertenencias personales y bienes inmuebles a Sahebmari Baske, residente del mismo distrito. Posterior a mi muerte, todos los derechos sobre esta relación de propiedades pertenecerán al donatario, así como todo asunto relacionado con ellas. Desde este día, todo compromiso con la tierra descrita en esta acta de donación por parte del donante concluye. En lo sucesivo, Sri

1 Entre los meses de agosto y septiembre, cuando se celebra la cosecha. (Todas las notas son del traductor).

Sahebmari Baske tiene la obligación moral de compartir las fortunas de esta tierra en los tiempos buenos y en los malos.

Así es. Todas las responsabilidades que esta tierra ha acumulado ahora te pertenecen. Soy Sahebmari Baske, tu abuelo; conoces muy bien la terrible historia de mi vida. Ha llegado mi ocaso; mi cuerpo está enfermo y el don de la vista está por dejarme. Ya no tengo posibilidad de hacer todas las cosas que habría querido en mi vida, mas no he perdido la esperanza. Por eso escribo esta acta. Espero que toda actividad que la misma te permita y te invite a hacer me brinde felicidad en los días que me quedan. Mis ojos resplandecerán y este cuerpo volverá a sentir el calor de la vida. La solidez y fuerza de los árboles apoyarán mis jorobas y nudos antes de que parta a Sermapuri, la morada de los dioses.

Puede que surjan confusiones por nuestras identidades y eso podría ser causa de alegría para algunos, pero esa alegría se puede convertir en nuestra miseria. Por lo tanto, es esencial que dejemos todo claro y protejamos nuestro futuro.

Si hablamos de tribus, somos de los santhal, de complexión negra. A mí, el donante, me falta una mano. Ya hablaré de eso. Tú, Sahebmari Baske, mi donatario, mi heredero, recuerda que esta tierra india, esta República de la India, es el lugar donde naciste. Tus ancestros fueron los primeros habitantes de este país y de ahí surge mi derecho a redactar un acta. Tendrás felicidad si la aceptas.

Al ser mi nieto, heredaste mi nombre igual que yo el de mi abuelo. Así recordamos nuestro pasado. En otras palabras, así se hizo para inmortalizar a nuestro ancestro. Nieto mío, nunca olvides que la sangre de este ancestro que nunca conocimos pero conmemoramos, ese hombre santhal, vive en ti.

Espero que continúes la tradición para que su recuerdo nos acompañe y que su vida nos inspire. Hablemos, pues, de ella para que nos agudice la visión y nos libre de ilusiones.

Recuerda que este Sahebmari Baske en particular nació en algún momento del pasado aquí mismo en el distrito de Sonari Mara. Desconozco su nombre original, pero sé que se lo cambiaron después de que mató a un *saheb*, un hombre blanco.

A los *babus*, la gente educada, les parece ofensivo. Dicen que está ligado a un terrible asesinato, que trae consigo cierta violencia, que usarlo es alentar el barbarismo. Por eso nos es difícil llevar una vida

simple y sin complicaciones. Para ellos, los santhal son una de las razas más inocentes; creen que tienen mentes tan claras como los manantiales. Nuestro nombre es mugre en sus aguas transparentes; priva a los santhal de toda inocencia.

Querido nieto, hemos aprendido en el mundo material que la forma en la que nos ven los *babus* y la gente respetable puede causarnos muchas penas. Hasta cierto punto, esta inocencia es la razón por la que uno pierde todos sus derechos. Por lo tanto, que ni nos preocupe lo que ofende a los demás. Si la inocencia es la incapacidad de entender y pelear por nuestros derechos, librémonos de ella y recordemos la vida de Sahebmari Baske, el primero de nosotros.

La verdad es que nuestro ancestro hacía trabajo forzado en la casa de Ishwarbabu, un prestamista bengalí adinerado. ¿Qué puedo decir acerca de su vida dura? Por una deuda que tenía con él, estaba obligado a venderse y le daban una miseria de alimento y ropa. El prestamista es Ishwarbabu porque se convirtió en el *ishwar*, el señor y deidad responsable de nuestro ancestro.

La tierra estaba repleta de árboles en esos tiempos. Ishwarbabu era el hombre más inteligente de esa jungla y, por lo tanto, ¡era el rey! En aquel entonces, la India estaba bajo la soberanía del hombre blanco. Uno de ellos, un negociante inglés, vivía en el pueblo sadar. Había llegado a trabajar. Se instaló en la casa de Ishwarbabu, quien se sintió abrumado. Uno podía ver que el mismo *ishwar* estaba dispuesto a adorar a cualquier persona que lo superara en poder. Resultó no ser el único e inigualable. Más bien, nuestro ancestro era quien no tenía par.

Fue así, mi nieto, que Ishwarbabu trajo desgracia a su propio hogar. Los ojos ingleses del hombre blanco comenzaron a verse nublados ante la belleza de la hija de dieciséis años de su anfitrión. Ella no hablaba la lengua de ese hombre pero leía sus intenciones. Entró en pánico y le contó a su padre. Ishwarbabu estaba consciente de la naturaleza oculta de su *ishwar*. Se preocupó, así que le ofreció a este hombre una niña santhal de regalo. Pero él era astuto. Su semblante cambió y sus ojos se tornaron perversos, como los de los policías y los militares.

Ishwarbabu creía el asunto resuelto, así que comenzó a buscar mujeres santhal, bagdi y dom deseables. Pero esa noche, nuestro ancestro despertó al escuchar el llanto agudo de una mujer. Había recolectado leña y pastoreado a las vacas ese día, por lo que estaba exhausto. Era el grito de la hermosa hija de Ishwarbabu, quien se encontraba junto

al pozo. El hombre blanco se había convertido en un *gopiballabh*[2] y le estaba arrancando la ropa a la niña. El hombre santhal gritó y con un solo golpe envió su alma directo al más allá. Así es que se convirtió en *sahebmari*, el asesino del hombre blanco.

Este incidente tuvo consecuencias terribles. Los hechos se tergiversaron y nadie sabía qué había pasado en realidad. A la gente se le engañó con baladas sobre las hazañas de este hombre blanco. Se construyó una estatua de mármol en su honor. Todavía sigue erecta; yo la he visto y tú también. Más adelante volveré a este tema.

Es más urgente que conozcas la historia de esta tierra y de las propiedades que he enumerado en el acta. Igual que uno debe saber la composición y naturaleza del suelo para producir una buena cosecha, es importante conocer su origen si quieres demostrar que te pertenece. Se trata de una larga serie de traspasos, de cambios de dueño. Es una historia de derrota para sus dueños legítimos. Los documentos viejos no corresponden con las escrituras, a menos que uno vea cómo la tierra ha pasado de una persona a otra. Los papeles sellan la realidad y son cosas sumamente terribles.

Esta acta de donación registra los catálogos e incluye los números de todos los asentamientos y tierras agrícolas del distrito de Sonari Mara, las cuales entran en la categoría de *auwal*, es decir, de la más alta calidad. Aunque es tierra forestal, toda esta tierra *auwal* es el resultado de cultivo meticuloso por generaciones. Nuestros ancestros le habían rendido honor al cultivar en ella. Habían conocido sus secretos tras años de brindarle atención. Y por eso, la gente de buena familia comenzó a mirar nuestra tierra. Así nos la arrebataron y los documentos oficiales fueron modificados. Esa gente se aprovechó de nuestra inocencia.

A simple vista, aquí hay puras contradicciones, pero todo se aclarará si rastreamos cada transferencia. Así podrás cumplir con las responsabilidades que aquí te encomiendo.

Sabes que a orillas del distrito hay un bosque denso de árboles de sal, de *mohua* y *kusum*. Ahí, junto a un manantial solíamos cultivar en

2 Alusión del visnuismo a Krishna y a sus amantes, las *gopīs*, que eran pastoras de vacas. En un canto devocional de Bhaktivinoda Thakura, se refiere a Krishna como *gopī-jana-vallabha*, «el amante de las pastoras de Vrindavana».

un terreno de una *bigha*.[3] Mi padre trabajó ese campo. Todos lo cuidábamos sin descanso y nos lo recompensaba. Nosotros entendemos la tierra, no los documentos. Solíamos creer que los papeles no producían cosecha. Me temo, nieto, que estábamos equivocados.

Aprendimos que el gobierno decidía quién era dueño de esa maravillosa tierra. Un día vimos a un peón del *babu* Chaitanya Mahakur Mahasay trabajar ahí. Al pedir una explicación, se nos informó que la tierra ahora le pertenecía al honorable terrateniente.

Tiempo atrás, Chaitanya se había hecho de las escrituras de nuestra tierra (podía solicitarlas «en nombre de sus trabajadores») a pesar de que no era suya, de que no tenía derecho a ella. Acumuló tanta propiedad de este modo que se había pasado del límite permitido por la ley, así que el gobierno se la quitó, pero le dio una buena compensación. Después, mediante un sistema llamado *patta*, se le devolvió la escritura de la tierra.

No sabía de la existencia de esa escritura. Por años, nosotros habíamos cultivado la tierra. No tengo idea de cuándo Chaitanya se había hecho «dueño» de ella, cuándo se la había quitado el gobierno y cuándo había logrado sacarle dinero por eso y después recuperar la escritura de todos modos.

—¡Esa tierra es de nuestros ancestros! —protesté.

El oficial de gobierno sonrió y dijo:

—No mienta. La escritura está a nombre del *babu* Chaitanya.

Todo se resumía en los documentos. El muy respetable Chaitanya Mahakur jamás había pisado nuestra tierra, pero había logrado sacarle dinero al gobierno por ella y mandar hacer la escritura a su nombre con facilidad.

—No entiendo los documentos. Esta tierra es nuestra.

Chaitanya agitó los papeles frente a mí. Y después llegaron los oficiales.

Resulta que un pedazo de papel vale más que una vida humana, a pesar de las mentiras y verdades a medias que dice. Ese día se derramó sangre en la tierra de nuestros ancestros, pues una bala hizo trizas mi mano derecha.

El gobierno salió victorioso. Chaitanya Mahakur era dueño de nuestra tierra. Durante la pelea, un oficial de policía mató a mi querido Hari

3 La *bigha* es una medida cuyo valor varía según el país. En la India, una *bigha* equivale a mil seiscientos metros cuadrados, aproximadamente.

Ramey Bagdi. ¡Trataba de defendernos nada más! El juez determinó que los oficiales eran inocentes, pues habían respetado la ley al mostrar los documentos relevantes. La defensa de nuestra tierra me había costado una mano; a mi amigo, su vida.

Y ahora esos documentos le otorgan la cosecha al *babu* Chaitanya.

En algún momento de la historia, todas las propiedades de este distrito habían sido propiedad mía y de mis parientes y amigos. Hay documentos más viejos que lo sustentan.

Pero los documentos han cambiado. Es asombroso. Parecen seres vivos, como camaleones. ¿Cómo esta criatura que solía habitar en las junglas verdes terminó frente a un árbol gris y triste? Se posó bajo su sombra y eso le cambió los colores.

Por eso mismo creo que un documento no puede cambiar por sí solo. Algunos han soñado con liberar al camaleón del tronco del árbol y soltarlo de nuevo en la jungla.

Uno de esos soñadores fue Debendranath. Un joven bengalí del pueblo sadar. Tenía ojos brillantes y desafiantes. Sintió compasión por nosotros. Me enseñó el alfabeto en la escuela nocturna. Él donaba la educación y yo era su donatario. Debemos mantener esos recuerdos vivos. Se hizo inmortal al revelar los misterios del mundo y la sociedad. Con él, aprendí sobre el origen de las cosas, sobre economía y sobre el clima y la topografía de otras tierras. Una vez dijo:

—Los hombres negros son los habitantes originales del mundo. No lo sabes, pero tú naciste directo de la tierra.

Nos llenaba de asombro.

—Justo como nuestro dios Shiva sale del vientre de la tierra, con el cuerpo hecho de piedra negra, tú también has emergido de ella. Desde que naces, te pertenece por derecho natural.

He escuchado acerca de la furia de Shiva, dios de los hindúes, de su naturaleza destructiva. Debendranath nos comparaba con esa gran deidad poderosa.

—Tienes un derecho inalienable a esa tierra —repitió—. ¿Alguna vez fue tuya?

Asentí.

—¿Cómo fue transferida? —preguntó.

Ya sabes esa historia, nieto mío. Sin embargo, Debendranath señaló algunos huecos. Me iluminó con la educación. Todos nacen sin hogar y sin tierra. Incluso nuestros ancestros. Aun así, les ponemos nombres a

esas tierras en honor a personas o tribus que tuvieron vidas insoportables y que poco a poco se frustraron y desilusionaron.

Sabes que el mejor y más productivo pedazo de tierra de unas diez *bighas* se conoce como la tierra de Nimey Santhal. ¿Quién era este hombre? Nadie lo sabe. Tal vez fue uno de nuestros ancestros. Esa tierra ahora es de los brahmanes utkal. Las treinta *bighas* que rodean esa área, divididas en terrenillos, se manejan por contratos de aparcería y se les conoce como tierras santhal, aunque no les pertenecen a los brahmanes. ¡Lo mismo es el caso de Bagdir Math, Domer Math, Mahalishol, Dharopayjora y muchas otras!

—Los nombres de estos terrenos contienen pistas sobre sus verdaderos dueños. Es como el nombre de la India, que no se convirtió en «Inglaterra» en doscientos años. Todos siguen intactos.

Nos quedamos atónitos al escucharlo. Se podía ver el asombro en los ojos de los bagdis, los bawris, los doms y los santhal. El decrépito Hori Dom gritó:

—¡Es cierto! Domer Math solía ser nuestra. Mi padre me lo dijo.

Debendranath nos lo había contado durante el anochecer. Todo estaba quieto. Esas palabras parecían hacer eco en el bosque a nuestro alrededor. Podía escuchar que hablaba, que nos decía: «Es cierto, toda esta tierra es de ellos. Somos un bosque antiguo y podemos comprobar este hecho».

Me deprimí. Nadie más podría escuchar este bosque, pues los árboles no hablan. No pueden ir a testificar por nosotros en las cortes.

De cualquier modo, las cortes son lugares muy peligrosos. Cuando intenté proteger mi vida al decir la verdad respecto al caso que habían inventado otros, los abogados interrogaron a otros testigos y los hicieron corroborar testimonios falsos. Uno de ellos, un pobre hombre que fue sentenciado y aterrado en la corte, había vuelto a su aldea devastado. Dijo una y otra vez que ese lugar hace que la lengua se sienta pesada, que te duela la cabeza frente al abogado y que se te suba la presión por el terror.

Por eso, incluso si alguien sabe la verdad, no sirve de mucho. Esos hombres habían sido como los árboles, incapaces de hablar.

A pesar de todo, Debendranath se fue a investigar al pueblo. Un día volvió a Sonari Mara lleno de júbilo. ¡La cantidad de documentos que traía! Había recolectado mucha información y estaba feliz. Le pregunté dónde había estado.

—En el *mehfezkhana* del pueblo sadar —respondió. Allí se archivan los documentos oficiales.

—¿Es posible acceder a la historia de todas las tierras del distrito? —preguntó Hori Dom.

—Tal vez lo sea.

Debendranath nos platicó sobre el archivo y cómo bajo capas y capas de polvo se escondía la verdad de nuestra tierra. Tenía todos los documentos, notificaciones y más.

—¿No está lleno de ratas? —preguntó Lakhon Murmu. Siempre las busca. No tiene hogar ni tierra. Se alimenta de ellas y eso le causa problemas en la piel—. Conozco el sabor de las ratas que se alimentan de las cosechas, pero me intriga experimentar el sabor de las ratas que se comen la historia.

Debendranath nos contó cómo se había empolvado en el *mehfezkhana* y que había leído la Ley Agraria de Bengala de 1885 y muchas otras leyes. También había transcrito el Acuerdo Distrital, los convenios permanentes y otros manuscritos.

—¿Qué había detrás de estas transferencias de tierra? —nos preguntó.

—Tal vez fue el hambre —propuso Ravan Soren.

Concuerdo con él. Sí, tenía que ser eso. Un hambre ilimitada carcome los cuerpos de los hombres pobres y los sabios se asombran al verlo. Venden a sus mujeres e hijos para llenarse los estómagos. Si fuera posible, se tragarían el mundo entero.

Debendranath continuó:

—¿Piensan que podrían sobrevivir si toda la tierra de Sonari Mara volviera a ser suya?

—Sí, sería posible. Nuestro único deseo es sobrevivir.

—Cuando esta tierra era suya, la población era mucho menor —señaló Debendranath—. Sin embargo, la tierra tuvo que cambiar de manos para satisfacer el hambre de los hombres.

Todos se quedaron callados. ¿Acaso una persona tenía que comerse la parte que le correspondía a otras veinte para sobrevivir?

Debendranath fue de inmediato a las oficinas del distrito y apeló ante el honorable juez. Le enseñó que los documentos mostraban a quiénes les pertenecía esa tierra y cómo los habían privado de ella. Y las dichosas escrituras no mostraban cómo se les había quitado esos terrenos y su paso a otras manos; no eran transparentes. Por lo tanto,

se les debía restituir la tierra a sus propietarios legítimos y mostrar verdadero respeto al espíritu de la ley. Debían dejar que la tierra gozara volver a sus verdaderos dueños.

Qué tarea tan inmensa se había impuesto Debendranath: tratar de recuperar al camaleón que se había vuelto gris y marchito bajo los árboles equivocados para devolverlo al refugio del bosque verde. Creía que la evidencia del archivo nos restituiría esa tierra.

Pero no fue así. Esa gloriosa corte hedía a camaleón putrefacto. Los documentos estaban tan viejos que comenzaron a deshacerse. El tiempo pasó. El juez salió a comer, se echó una siesta y cuando volvió, sólo quedaba el polvo de la verdad en la ropa del abogado. Los argumentos y contraargumentos se volvieron más y más intensos. El juez interrogó a los presentes y cuestionó todos y cada uno de los argumentos. Se rascaba la frente. No podía llegar a un veredicto. «Así es como funciona el mundo», pensaba.

No se lograron cambiar los colores del camaleón de aquel modo. Acosaron a Debendranath a tal grado que no volvió a Sonari Mara. Los ricos estaban furiosos con él y con nosotros también. Las consecuencias fueron poco agradables. Habíamos nacido en esa tierra y nuestro derecho sobre ella era natural pero, cuando volvimos de la corte, nos desalojaron. Esto pasaba con frecuencia. La tierra comenzó a sangrar. Nos dimos cuenta de que, en este mundo, todo estaba en contra nuestra.

A pesar de su enorme educación y comprensión, Debendranath no estaba consciente de las leyes de la naturaleza. Las únicas leyes que esta vida insoportable nos ha enseñado son las de las nubes y los bosques. No es posible entenderlas a menos que uno nazca entre los árboles. ¡Nadie más sabe cuándo la tierra quiere saborear las nubes!

Habíamos nacido en esa tierra y nuestro derecho sobre ella era natural pero, cuando volvimos de la corte, nos desalojaron. Esto pasaba con frecuencia. La tierra comenzó a sangrar. Nos dimos cuenta de que, en este mundo, todo estaba en contra nuestra.

No es posible resucitar a una criatura muerta de este modo. Las leyes y los documentos son el veneno que le cambian el color. Debendranath sabía que era posible usar ese mismo veneno para devolverle la vida porque veneno mata veneno. Pero es importante recordar que el veneno se puede aplicar de nuevo, sin remedio alguno.

¿Cómo íbamos a creer que cualquier cambio de color a esos documentos sería permanente? ¿Quién podía prometernos que esa gente no volvería a hallar la forma legal de quitarnos la tierra?

Debendranath había creído que el juez nos devolvería la tierra. Que se nos otorgaría, cual regalo, el derecho de propiedad sobre ella. En el ocaso de mi vida, siento la enorme necesidad de volverme a encontrar con ese hombre tan comprensivo e ingenuo. No sé dónde esté ahora.

Con todo, merece nuestro respeto. Había perseguido la verdad. Es cierto que si uno va a la raíz de todo, igual que él, lo que hallará es que todos los terrenos de este mundo pertenecen a los que no tienen ahora ningún derecho sobre ellos. Excava bien y encontrarás los nombres de personas como nosotros. Como nuestra tierra santhal o Domer Math, el mundo entero pertenece, sin duda alguna, a los desposeídos.

Esa verdad se halla oculta bajo el polvo del *mehfezkhana* y yo soy el pobre hombre que te otorga este conocimiento.

Recuerda, nuestro ancestro había matado al hombre blanco y la historia se contó por doquier. ¡Después del juicio, se concluyó que él era quien había intentado abusar de la niña y que el hombre blanco había tratado de detenerlo antes de morir en el intento! Ishwarbabu atestiguó por parte del honorable gobierno y a él y a su hija les fue bien. Así se erigió una estatua en honor de ese *saheb* blanco. Y por eso la tradición de nombrar Sahebmari a nuestros hijos es lo que mantiene ese barbarismo vivo.

Recuerda, los documentos de la gente rica pueden quitarle a uno o beneficiarlo. Ya no me hagas repetir qué nos arrebataron. La sospecha y el miedo van de la mano con estas actas. Por eso las actas y registros se guardan en baúles y poco a poco se desbaratan.

Veo la estatua cada vez que visito el pueblo. Sigue ahí, aplastando todo lo que es verdadero. Ese viejo cuento ya es historia y el *mehfezkhana* la guarda. Es un cuento falso que se ha propagado en este país. La historia de nuestro valor y nuestra virtud no se le ha revelado a la gente. La historia falsa nos ha etiquetado como hombres bárbaros y toscos. Aquí he narrado la verdad de Sahebmari.

Recuerda que a nuestro ancestro lo encarcelaron por matar al hombre blanco. El nombre Sahebmari Baske nació en una prisión y, desde ese entonces, sus herederos han nacido en Sonari Mara, nuestra prisión.

No podemos experimentar la verdadera naturaleza de este mundo porque nacemos encerrados. Hemos intentado demoler los muros demasiadas veces. Desde que nací, la pobreza y la humillación me han tenido atrapado y lo mismo pasó con mi abuelo, Sahebmari Baske.

Y tú, Sahebmari Baske, donatario de esta acta, debes extender tus brazos al exterior. He aprendido que las rejas son entidades frágiles.

La práctica de cumplir con las formalidades de actas como la que tienes en tus manos es algo muy natural para la gente de buena cuna. Se hacen de riquezas mediante una variedad de trucos y estrategias mientras nos reducen a penurias. Para ellos, la acumulación es señal de éxito. Por lo tanto, las actas de donación se hacen para alguien relacionado con ellos y así protegen la riqueza y dejan que nosotros sigamos en la pobreza. Los hombres honorables hacen actas de donación para que sus herederos perpetúen y repliquen la forma en la que ellos han gastado su vida y sus trucos para esconder las riquezas de otros bajo sus techos.

No deseo tal cosa para mí. No quiero que otros soporten la clase de vida que tuve. Espero que nadie tenga que enfrentarse a este terrible mundo como yo. Por eso he redactado el acta de donación.

Querido nieto, hoy se celebra el festival de Karam. Los cielos y la tierra languidecen bajo el peso de las nubes y las cosechas. Dice la leyenda que en este mismo día, hace mucho tiempo, Kormu se había embarcado en busca del dios Karam. Qué peligros lo esperaban. El fuego terrible, la serpiente venenosa, el cocodrilo, el mar, el río, las montañas. Kormu llegó con el dios con la ayuda de todos ellos. Y así logró rescatar el tesoro que se le había arrebatado.

Igual que Kormu, hazte amigo de los terribles poderes que pueden ayudarte. Ésa es la moraleja del festival. Tú lograrás hacer legítima el acta de donación.

Recuerda, los documentos de la gente rica pueden quitarle a uno o beneficiarlo. Ya no me hagas repetir qué nos arrebataron. La sospecha y el miedo van de la mano con estas actas. Por eso las actas y registros se guardan en baúles y poco a poco se desbaratan.

Espero que mi declaración no se guarde en el *mehfezkhana* como los otros documentos oficiales, o en baúles de hierro como los registros de la clase alta. Recuerda algo, Sahebmari Baske: esta acta no trae sospecha alguna y, después de todos estos años, ya no tengo nada que temer. Por eso no perecerá. No se convertirá en alimento para las ratas del *mehfezkhana*.

Espero que mis palabras, las que Sahebmari Baske llevará a cabo, se graben por siempre en cada rayo de luz que baña nuestro mundo, en el viento, en cada color, en cada aroma, en las nubes y en las cosechas que emergen de la tierra. Quiero que desde el momento en el que todos abran los ojos por primera vez al nacer entiendan el mensaje de estas palabras; que eres mi donatario, que el mundo y sus tierras volverán a ser de la gente que nació en ella si se logran destrozar los grilletes que nos sujetan; que aquí yace la historia del nacimiento de Sahebmari, un nacimiento y una vida a los que debemos rendir honor con la sangre.

Al final de mi vida, yo, un viejo Sahebmari Baske, ejecuto esta acta de donación. Mi esperanza es que cuando veas la luz y esta tierra, reunirás la fuerza de todos tus predecesores para reclamar nuestra tierra. Declaro por la presente en pleno uso de mis capacidades mentales, por voluntad propia, con toda sinceridad y sin presión externa de ningún tipo, en la feliz ocasión del festival de Karam, en presencia de los testigos frente a quienes se ha escrito la misma, que se han escrito, leído en voz alta y celebrado los contenidos del acta.

Testigos

Las nubes, el suelo
y sus bosques y la Madre Tierra

Declara

Sahebmari Baske
Sonari Mara
República de la India

(La relación de propiedades se describe en la siguiente página) •

Traducción de David Areyzaga Santana
y José David Ampudia Béjar, a partir de la traducción
del bengalí al inglés de Seemantini Gupta.

El último día es terrible

Sudip Bhattacharyya

El día en que el último árbol de la tierra sea cortado,

Aquel día en que cientos de miles de millones de personas compartan

[de comer

Balanceando el árbol suavemente, el resultado final,

Aquel día que el último pez en el estanque, una sonrisa diga con una

[sonrisa, vamos,

Aquel día por una sola gota de agua que comience otra vez la Guerra

[Mundial,

El día en que miles de *Tansen* cantarán, pero la lluvia no vendrá,

El día arenoso de *Jaisalmer* se mezclará con las aguas de la Bahía de

[Bengala,

El cultivo de hielo ya no estará en las montañas del Himalaya,

En lugar de barcos y embarcaciones en el Ganges,

La línea ferroviaria será frondosa,

Directo del mar al Gangotri,

Las aves migratorias no vendrán en grupos.

Volarán desde el cielo medio, hacia el espacio,

Los grupos de nómadas, sin construir casa, aquí y allá,

Los cilindros de oxígeno se guardarán en las tiendas de comestibles,

En lugar de cultivos, el cultivo de hierbas de por vida se cultivará millas

[tras millas,

Las Escrituras sólo se enseñarán en las escuelas,

En el lugar del futbol, y del críquet, comenzará en el campo el juego de

[guerra.

El niño se sorprenderá al ver al inocente,

Y el soñador con dos ojos, dulce voz dirá, quiero vivir.

Y exactamente aquel día, no habrá nadie para levantar al niño en sus

[brazos y adorarlo

aquí, en el mundo.

Versión del bengalí de Kathakali Roy,
Monalisha Dasgupta, Saberee Mandal, Sayani Hazra
y Dibyajyoti Mukhopadhyay.

Shadon y sus caminitos

Joya Mitra

Es obligatorio ir a la casa de Moyna hoy, piensa Sadhon al despertar en la mañana. El marido de Moyna le prestó un cincel por muchos días. Dice que está haciendo algo en su casa. No cree que Sadhon no pueda hacer nada sin su cincel. Debe trabajar mucho para dos o tres familias, y si no cumple se enfadan mucho. Es normal. Sumita ha pedido un estante para su cocina. Tiene que hacer un sillón para la sala de oración de la madre del comisario y acaba de comprar la madera. ¿Cómo no se enojaría el comisario si Sadhon no termina el trabajo a tiempo? El señor Sarkar, que es el médico, le pidió un escritorio para su hijo. Parece que Sadhon le cae muy bien al médico. Siempre le ayuda con las medicinas cuando Sadhon está enfermo o si se siente mal. Pero es una persona enojona. Ningún trabajo se puede hacer sin el cincel. Es claro que Sadhon tiene más cinceles, pero no funcionan tan bien como el que Sukumar le ha prestado. Ramjibon Sutrodhor, el maestro que le enseñó el trabajo de carpintería, había fabricado ese cincel con mucho cuidado para Sadhon, su discípulo. ¡Caramba! ¡Qué calidad la de su trabajo! Las cosas fabricadas con madera parecían como hechas de limo. Podía fabricar todo lo que pensaba. Además, podía labrar todas las herramientas que un carpintero necesita. Él mismo labró ese cincel. Es verdad que no podía fabricar un taladro o unos serruchos, pero es capaz de explicarles a las máquinas con toda claridad lo que él necesita. En el mercado de Gourandi, muchas personas lo rodean durante todo el día hasta la puesta del sol, por su trabajo extraordinario. Los mercados de Gourandi de aquí, de allá, los de Lalganj, y más lejos los de Senryal. Mucha gente viene desde muchos sitios con sus cosas para vender y para comprar también, claro. Vienen con una gran variedad de legumbres y frutas de sus pro-

pios huertos y compran las herramientas, como martillos, hoces, palas y unos utensilos pequeños de uso diario. Durante el verano, en el mercado de Chandrachur se venden montón de palas, hoces y herramientas de labranza. Sadhon había empezado su trabajo de carpintero con su papá cuando tenía apenas once o doce años. Al principio tenía que cortar la madera con serruchos y pulirla, lo que no le gustaba ni tantito. Pulir la madera era un trabajo muy aburrido, pero no había muchas opciones. En una ocasión, tuvo la oportunidad de conocer al carpintero Ramjibon, o Ramu, en la feria de Bero.

En la feria del pueblo de Bero, lo máximo y lo mejor que se vende son las cosas de madera. Es la feria de los indígenas que se encuentra bajo el cerro, a la sombra de las rocas. Se pueden reconocer las muñecas de Bero por sus caras chatas. También hay muñecas que se parecen a las pequeñas novias, pintadas de verde y púrpura, con narices puntiagudas y ojos grandes. Fue a visitar la feria y vio a una persona fabricar un estante con el cincel y el taladro de mano. Un estante pequeño para fijarlo en la pared, y debajo tenía dos pájaros. A Sadhon le pareció como si los pájaros estuvieran llevando el estante sobre las alas. ¡Qué cuerpecitos tenían los pájaros! ¡Qué plumaje! ¡Qué garganta! ¡Todo de madera! ¡Ay, qué maravilla! Sadhon no dejó de admirar las cosas de madera ni, sobre todo, de ver a la persona que las estaba fabricando. Estaba sumergida en su trabajo, y a Sadhon le pareció que el carpintero no veía más allá del pedazo de madera con el que estaba trabajabando. Su tienda no era más que una tapete rústico bastante viejo, con unos objetos recién labrados, unas estatuas de los dioses populares. Su cincel parecía hablar suavemente con el pedazo de madera y todo se fabricaba con magia. Sadhon se sentó frente al carpintero Ramjibon por un largo rato, cuando él le preguntó:

—¿De dónde vienes, hijo mío?

—Desde una aldea cerca de Asansol.

—¿Qué haces?

—Soy carpintero, maestro.

Desde aquel día, nunca le aburrió a Sadhon el trabajo del carpintero. Su padre era un hombre genial y nunca le negaba a Sadhon ir a la casa del maestro elegido por él mismo para aprender su trabajo ancestral. Inmediatamente, Sadhon se fue a Chandrachur, la aldea de su maestro, para volverse el discípulo de Ramu. Antes de irse, había arreglado todo lo que su padre necesitaba. Poco a poco empezó a labrar cosas de madera. Los

estantes pequeños, los tendederos, las mesas y luego las puertas de los armarios y los taburetes que los aldeanos necesitaban en la vida diaria. Crecía su confianza poco a poco. Su maestro decía que la cosa más difícil es labrar una silla porque, con las patas delgadas, la silla debe soportar el peso de toda clase de gente, desde los delgados hasta los gordos. Se debe calcular con mucho cuidado. Se dice que en los campos pedregosos y áridos de Lalganj van a construir una oficina de una compañía de carbón, y si lo que dicen es verdad, necesitarán un gran número de mesas y sillas. Es un montón de trabajo. Pero ellos no contratan a los aldeanos de aquí para un trabajo tan importante, sino que lo compran en el mercado, sólo buscan a los carpinteros locales para reparar los muebles. Sadhon había labrado dos sillas según su propio diseño, pero ¿quién las compraría? La madera de buena calidad cuesta mucho. En las ciudades, la gente compra sillas de plástico. Sólo en Senryal, donde se construyó un complejo de departamentos cerca de la fábrica, se venden los muebles de madera. Allí vive gente con mucho dinero. Compran camas, estantes y otras cosas costosas. Sin embargo, no quieren comprar cosas de madera pura, sino que prefieren las de chapados. Así sobreviven los carpinteros. La gente soporta a los carpinteros y también les reclama si se retrasa la fecha de entrega del pedido. Sadhon se pone muy triste si alguien le grita. Pero la culpa es suya. Entonces, ¿qué se puede hacer? ¡Ay, Dios mío!

Allí se puede ver el largo camino sobre el que está la casa de Sukumar, en la aldea que se llama Shitola. Lo que confunde a Sadhon es cómo atravesar el camino. Antes el camino no era así. Desde Senryal, pasando por Nuni, Lalganj, Samri y el cruce de Dabar, el camino se terminaba en Rupnarayonpur. Era más estrecho y había docenas de baches debido a los camiones pesados. Pasaban sólo unos autobuses pequeños y a veces los vehículos de la mina de carbón. Los vehículos pesados rompieron el camino e hicieron los baches y por eso los vehículos no podían correr rápido. Los aldeanos vivían en paz. El camino se ha convertido en una pesadilla. Días y noches corren los grandes camiones y se ve cómo se seca la sangre de Sadhon con un miedo terrible. Los vehículos amarillos gigantes. Antes sus colores le parecían a Sadhon como el color del ídolo de la querida diosa Durga, pero ya no. Sadhon ha visto de cerca cómo funcionan las máquinas que llevan los camiones. También ha visto cómo se estira la piel de la madre Tierra y los saca por la boca monstruosa antes de irse. La vista misma es muy temerosa. Aunque todavía no lo ha visto, Sadhon ha oído que los camiones con las máquinas díabolicas han des-

trozado las casas del pueblo Gobindopur por haber estado ubicadas sobre el camino que contemplaba el mapa. Antes el camino era más familiar, pasaba por los barrios como si fuera un pariente de la aldea. Se podía pasear a pie y en bicicleta. Pasaban lentamente los carros de bueyes cargados de arroz y paja. Los caminos, los barrios y la gente eran muy familiares. Todo el mundo sabía a dónde dirigían los caminos. También los conocía la mayoría de la gente que pasaba por ahí. No había muchos camiones, salvo los de las minas. Todos los conductores sabían que, después de pasar por Murgasol, se podrían hallar una tienda pequeña que sirve té, pan y dulces locales de Lalganj. Entre los dos sitios no había ningún lugar donde se pudiera comer o beber algo. Sólo pasar por los campos y las minas de carbón. En los meses de verano, cuando no se podía dormir dentro de las casas, la gente traía sus camas ligeras hechas de bambú y soga para descansar al fresco cerca del camino. ¡Tantos árboles se podían encontrar! ¡Pero ahora! ¡Ay Dios! Todo ha cambiado. Sadhon se preocupa mucho. Moyna es su hermana. Pero no puede él cruzar la nueva autopista enorme para visitarla. ¡Qué miedo tiene! Corren muchos camiones grandísimos por la autopista con gran rapidez. Es fácil que algunos mueran cada mes atropellados por los camiones demoniacos. ¿De dónde vienen tantos camiones y a dónde van? De verdad, valen mucho los caminos que conectan los sitios cercanos. ¿Dónde estaban tantos camiones cuando no había estas calles? A veces Sadhon duda de que estas mismas hubieran dado a luz a estos camiones. Aunque los colores de los camiones se parecen al color del cuerpo de la diosa Durga, de verdad son vehículos del diablo que corren por los caminos golpeando la tierra para construir como quieren las calles, y detrás viene el montón de camiones. Sin árboles, sin ninguna señal de estar habitadas, las calles se estrechan como si fueran un fantasma muerto. Dios mío, piensa Sadhon, ¿es una calle o una trampa para matar a los habitantes locales? Aquí no hay nada más que los pueblos pequeñitos con sus campos y sus caminitos. La mayoría de la gente son campesinos y artesanos con sus alegrías y tristezas de la vida diaria. No piensan nunca en ganar montones de dinero, ni consideran nunca irse a sitios lejanos. ¿De dónde ha aparecido esta autopista terrible que ha puesto en peligro la vida de la gente como la de Sadhon? ¡Antes de construir esta calle nadie les preguntó a los habitantes locales si ellos la necesitaban, aunque todas las pérdidas: los campos, los estanques y todo ha sido de los pueblos como Gopalpur, Gobindapur, Shitola, Nuni, Lalganj! Para construir la calle, los líderes

urbanos tuvieron que reunir a la gente de la localidad, a los hombres, las mujeres y hasta los niños. Por unos días, removían la tierra al lado del camino y la juntaban para hacer la nueva calle más alta. Recibieron sus pagos al instante. ¡Tan feliz estaba la gente al pensar que irían a conseguir el trabajo diario y así cambiaría su vida! Entonces no sabían lo que seguiría. Radhamoni también se fue a trabajar. Ella era la hija de Ramu, el maestro de Sadhon. ¡Con cuánta ilusión se había casado Sadhon con la hija de su maestro! ¡Era tan bella! Parecía como el ídolo de la diosa Radha, hecha de latón. Lo que más le importaba a Sadhon era que ella fue la querida hija de su maestro. Al casarse con ella, Sadhon se había convertido en pariente cercano de su maestro. ¡Tan delicadamente Sadhon la amaba! Pero Radhamoni no obedecía a Sadhon cuando empezó el trabajo de construir la autopista. ¡Mucha gente trabaja allí! ¿Por qué yo no? Después del trabajo tan duro, ella dijo que no volvería allí al día siguiente. Él no quería que ella se pusiera triste por no haber podido ganar dinero por su propio esfuerzo. Pero ella continuaba yendo al trabajo diariamente. El trabajo terminó en una semana. Los contratristas despidieron

a casi todos los tabajadores, salvo a los jóvenes y fuertes. En vez de gente, trajeron las máquinas que podían hacer el trabajo de treinta hombres en una hora. Todas las personas regresaron a sus casas, salvo Radhamoni. Con su piel morada, cabellos largos y ojos negritos, ella se fue con el conductor de uno de los camiones grandísimos. Entonces, durante muchos días, Sadhon la había buscado por las calles como un loco, parando a los camiones amarillos para buscar dentro, con la fe de que la podría encontrar ahí. Dos veces fue embestido por los conductores y había caído al lado de la autopista. La noticia había llegado a Moyna, su hermana menor, y a Sukumar, el marido de Moyna, por los aldeanos, y ellos llevaron a Sadhon a su casa, ubicada en la aldea Shitola. Sadhon había pasado muchas noches sin dormir, sólo pensando en Radhamoni. ¿Todavía los hombres desconocidos desgarran y violan brutalmente el cuerpo de Radhamoni? ¿Ya la han vendido en la ciudad? ¿Vive o está muerta, su queridísima Radhamoni? ¡Ay, Dios mío! ¡Ay, qué pena!

Un día, Sadhon regresó a su casa desde la casa de Moyna. La chocita le parecía como una casa embrujada, aunque su vecina Minoti la limpiaba a veces. De haber vuelto, Sadhon habría visto que estaba lista la calle grande, que se estrecha quietamente, como una serpiente atropellada por un camión. Los vehículos empezarían a transitar por aquella autopista en unos días. Desde Calcuta, ¡ay, Dios!, ¿a dónde va la calle... hasta Kashi? ¡O quién sabe a dónde! Sin falta, hoy Sadhon tiene que cruzar esta calle, ¿pero cómo puede hacerlo? Los vehículos no se paran ni por un momento. No sólo los camiones, también los autobuses, los coches y las motos. Todo el mundo corre muy rápido. ¿Tanta prisa tienen? ¿Pero cómo puede cruzar la calle una persona como Sadhon, que no tiene ninguna prisa y sólo desea ir a la casa de su hermana a tráves de la autopista? Debido a su trabajo y al regaño de los otros, Sadhon había ido al lado de la autopista unas veces, pero siempre se había confundido mucho. Con su bicicleta tan pequeña ¿cómo puede atravesar la calle tan gigantesca? Además, hay barandales largos a la mitad. Los vehículos de un lado corren hacia la izquierda y los del otro lado a la derecha. No se puede cruzar la calle a menos que por donde han puesto las barandillas. Entonces, ¿qué debe hacer Sadhon? No sólo para ir por el cincel, sino también para visitar a su querida hermana, Sadhon tiene que ir a la aldea Shitola atravesando la calle. De todos modos, es obligatorio que Sadhon vaya allí. Él le prometió al señor Sarkar, el médico, que empezaría su trabajo mañana sin falta.

¡Ay! Cuántos chicos se han marchado fuera para ganar un montón de dinero en las ciudades. Las chicas huyeron también sin hablar con nadie. ¿Quién sabe qué los atrae a cuidades tan oscuras? Pero ¿qué se puede hacer? De los jóvenes que se habían marchado, ¿cuántos han vuelto? Las mujeres cuidan a los niños y a sus viejos padres. Los que vinieron desde las ciudades en coches, compraron los campos por un precio demasiado alto. Ahora estos campos han sido rodeados por paredes. Desde un rinconcito de su aldea, Sadhon puede ver que hay un gran número de tiendas a lo largo de la autopista. Las tiendas pequeñitas de té, las tiendas de reparar las llantas, y poco más lejos, está la tienda donde se vende carne y *roti*, y hoteles y restaurantes. Sadhon ha oído que los chicos de las aldeas cercanas lavan los utensilios allí. Los que habían ganado considerable dinero al vender sus campos han comprado motos. Han establecido unas tiendas pequeñas en las aldeas y cerca de los nuevos complejos de apartamentos. Antes los chicos no fumaban frente a los adultos como un signo de respeto, pero ya no. Fuman mucho. No les importa nada ni nadie. También hay lugares donde venden abiertamente alcohol ilegal. ¿Vienen a las aldeas por las calles, o llegan bordeando la autopista desde las aldeas? No se sabe. Hay muchas opiniones. Los viejos odian la autopista como a un enemigo espantoso. Las madres se preocupan mucho cuando sus hijos están fuera de casa. Hace uno o dos días, un joven maestro murió atropellado por un camión. ¿Así mueren los aldeanos y eso vale la autopista, entonces? Las calles y los caminos existen para que la gente pueda ir y venir a las cercanías de sus pueblos para trabajar o para viajar. Pero, ¿y esta autopista? Impide a Sadhon acercarse a la casa de su hermana. Sadhon es una persona tan tranquila que nunca ha podido gritar a nadie, está enojado consigo mismo estos días. Hoy no tiene otra opción. Va a salir muy temprano y después de almorzar con su queridísima hermana Moyna regresará antes del atardecer.

Antes de morir bajo un camión de dieciséis ruedas, Sadhon pudo ver por un momento que el color del camión también era amarillo. Por un instante se había acordado de Radhamoni. El camión lo tiró con todo y bicicleta al otro lado de la calle, y así al fin pudo cruzarla●

Traducción del bengalí al español de Shukti Roy.

¿Qué dijo, globalización?

Subodh Sarkar

Fui a América y lo escuché allá
La gente también lo dice:
En la actualidad
En el momento adecuado si no puedes llegar a tu comida
El otro puede llegar.
Oye es nuestro país
Los pobres solían hacerlo
Como el arroz se produce tres veces al año.
Un mendigo piensa dos veces
antes de arrebatar
la comida de un loco.
Pero escuché ayer
En la multinacional, solía trabajar,
Angsuman Ray
Qué bueno, su oficina le envió a Mauricio
con su familia, para viajar.
Diez días después volvió y vio,
está sentado en su silla.
Un poco tez clara
Un poco más alto
Su pelo un poco más denso.
El otro Angsuman Ray.

Versión del bengalí de Kathakali Roy, Monalisha Dasgupta, Saberee Mandal, Sayani Hazra y Dibyajyoti Mukhopadhyay.

Amitesh Maiti

Por toda la noche

No lo he visto nunca. Su mano fría y velluda toca la urna de la vida
Sólo he entendido esta verdad y este sentimiento me ha dejado más solo.
En la misma cama como niños gemelos duermen la vida doméstica y la
[muerte del cementerio,
En la pared están colgados inmóviles los cuernos de un ciervo salvaje,
[untados con dolor fantasmal.
Pero ¿cómo no lo veo jamás? Después de la noche llena de la melancolía vacía
Al alba oigo la canción de las flores derramadas,
El paisaje se llena con sol y sombra.

Los dos niños se despiden para ir hacia la escuela de eternidad.

Esta mortalidad

¡Cómo no podemos ir juntos y escribir nuestros nombres en el agua!

De la vida derraman las palabras una tras otra, se desmorona la amistad,
se pierde en el polvo y en la multitud,
Más allá del punto lejos hacia el que te vas cojeando,
en una tormenta está inquieta la ilusión.
Durante los pocos años que nos quedan
¿cómo podemos escribir poemas sin palabras?
Se acumula el silencio, tu mano en mi mano
la presión ligera —dime ¿dónde se pierden las palabras en la
[discordia?

¡Vámonos juntos y escribamos nuestros nombres en el agua!

Mapa de ruta

Atravesando el camino juntos, llegamos muy lejos
cuando nos dimos cuenta de que —cada uno tenía
distinto mapa de ruta.
¿A dónde vamos ahora?

Donde hay un camino en uno, en el otro se alza una montaña
Donde hay un río en uno, en el otro arde un desierto
Donde hay azul en uno, en el otro se ve gris.

Habíamos salido juntos
pero cada uno tenía un mapa diferente.

Después de acampar y prender el fuego
Hemos tendido en aquella luz los dos destinos
En qué dirección debe ir —no se puede decidir
¿Ha llegado el momento de dividir todo y
salir por dos caminos distintos?
Pero arde el fuego enfrente —¿cómo se puede dividirlo?

Nuestro mundo abandonado surge enfrente de los ojos
La poesía de amor sombrea las caras
Frenéticamente las manos nos buscan

¿Por qué no podemos rendir los dos mapas al fuego
y salimos juntos de nuevo?

La chica urbana, el chico rústico

Yo sé que hace mucho tiempo no te gusta esta ciudad
Todos los lados se vuelven borrosos
En las grietas de la vida humana hay paredes de diferentes colores
En las lágrimas gotea el ácido
La mano de amor ya se ha vuelto tacaña
Los labios que habían besado ya se han vuelto amnésicos
Vienen las flechas venenosas desde los distintos límites de la ciudad

Hace unos días esta ciudad no te da quietud.

Es que tú eres una chica de la ciudad,
soy yo del pueblo.
En la lluvia me mojé con la hoja de colocasia sobre la cabeza
y me unté el rocío sobre el cuerpo
Las estrellas, los pájaros, las flores y los árboles yo conozco
Me he teñido las manos con el arcoíris
He trabado amistad con las nubes
De una orilla del río la llamada alcanzaba la otra
En esta ciudad yo también he pasado muchos días
No puedo conocer nada; nada me gusta.
Sufro un choque en el callejón sin salida, de nuevo entro en el laberinto
Escucho a escondidas mi infamia que dice la gente
¡Ay, chica mía, tú me cuentas tus dolores a mí!

¡Vamos! En cambio, te llevaré a mi casa en la aldea
Así podría yo también ir allí
donde en el patio luce la flor azul, en el granero está el gorrión tímido,
donde la luz de la luna calle sobre las hojas de plátano
que las estrellas saborean con deleite,
donde hay un desfile de hormigas enfocadas,
pasando por la corriente tranquila cotidiana.

Ya quedan sólo unos días
¡Que nos volvamos amarillos en la luz de la linterna
y como hojas derramadas flotemos en el viento!

Versiones del bengalí de Malabika Bhattacharya,
Arpita Mukhopadhyay Maity y Supriya Sarkar.

Lágrimas de Dios

Shamik Ghosh

Adonde sea que vaya, Dios me sigue.

Nos vimos ayer, afuera de la estación del tren de Govandi. Sorbía su té de un vaso de plástico y vestía un *lungi*[1]. Su desnudo, negro, esquelético torso brillaba con el sol. Un canal atiborrado de plástico fluía a la izquierda. Algunos chicos pobres semidesnudos se bañaban en esas aguas turbias. No, no es Dios. Sólo que su nombre, Iswar, significa lo mismo.

Iswar me sonrió. Sus dientes cafés por el tabaco. «¿Vas a beber té?», me preguntó.

Lo conocí en Calcuta. Los techos de las casas pobres casi se tocan entre sí, dejando un pequeño callejón entre ellos. Caminamos por esos callejones. Ese día también vestía un *lungi*; en él llevaba una burda pistola hecha a mano. En su jerga le decía Un-disparador. Iswar había sido liberado bajo fianza recientemente. Lo arrestaron por homicidio. En aquel tiempo él visitaba cada día, ceremoniosamente, a un astrólogo en Budgebudge, intentando poner fin a sus miserias. Por la noche fue a encontrarse con Amina a los burdeles de Harkata Gali.

A Iswar le caigo bien. Me estaba llevando al restaurante de Nur Amin por algo de carne. Iswar creyó que Nur Amin no tendría el coraje para cobrarle. Si lo hacía le pagaría. Lo convencí de que no se metiera en líos sin importancia.

1 Prenda tradicional de la india, similar a una falda, que se utiliza alrededor de la cintura. Puede ser utilizada por hombres y mujeres. (*Todas las notas son del traductor*).

El cremoso curri de res en el restaurante de Nur Amin se veía *beige* en el frasco amarillo. Algunos *kebabs* medio cocidos yacían en el plato.

«Hermano, puedes meterte en esta profesión. Pero no puedes renunciar».

Traté de cambiar el tema. «¿No te salvará tu partido político?».

«Carnal, créeme, lo juro por mi mamá, nunca maté a ese pendejo. Me dijeron que me entregara. Prometieron salvarme. Esos hijos de puta no hicieron nada. La policía me cagó a golpes. Me pusieron varillas en el culo».

Me sentí sucio. Tenía ganas de vomitar. Escupí la carne en el plato. «Olvídalo, Iswar. Vámonos».

«Carnal, lo juro por mi mamá, no lo maté».

«Ya vete a la chingada. Lame las botas del partido». Me sentí agitado. No debió mencionar lo de las varillas en su recto mientras comía.

Esa noche fui a Harkata Gali con mi amigo Arniban. Arniban compraría *hash* y yo observaría la zona. Fue espeluznante. Las putas podrían habernos tocado en cualquier momento. Se exhibían como los *kebabs* del restaurante, casi desnudas, a ambos lados del camino. Intentaron tocarnos, intentaron forzarnos. «¿Quieres divertirte por treinta rupias?». Se burlaron de nosotros.

Una negra obesa me tocó. Vestía un pequeño *negligé*. Llevaba ligueros y unas largas medias negras; la irregular grasa de sus muslos era evidente. Su edad arruinaba sus esfuerzos por parecer *sexy*. «Carnal, soy Amina. ¿Puedes salvar a Iswar? Lo van a colgar por homicidio».

Anirban estaba sorprendido. Nos miraba fijamente. «Deja que lo cuelguen. ¿Crees que Iswar se casará contigo? No lo hará. Los innumerables perros de este callejón se darán un festín con tus huesos», le grité a Amina.

Arniban me maldijo toda la noche: «Pendejo, nuestro partido también tiene una posición en la lucha de clases. También tenemos la foto de Lenin en nuestras oficinas, ¿pero por qué te haces amigo de los *lumpens*?». Estaba fumando *hash*. Toda la calle College estaba llena de humo.

Una luna carmesí, más roja que los ojos de Arniban, bajó hasta los rieles del tranvía. Sólo un poco encima de nuestras cabezas, como si fuera posible tocarla. Pude ver a Arniban flotar en el aire. Sus piernas levitar sobre el suelo. Luego cabeceó la luna como un centro delantero lo haría

con un balón de futbol. La luna carmesí se alejó flotando por el golpe como un globo. «Saludo rojo a la luna roja», gritó Arniban al tiempo que se deslizaba lejos. Todavía pude escuchar sus últimas palabras. «Este *hash* de mierda no sirve. No siento el subidón. Estos cabrones nos engañan. Hasta el *hash* es de tercera en este tercer mundo».

Iswar no cambia. Su apellido sí. En uno de nuestros siguientes encuentros ya no era Iswar Mondal. Se hacía llamar Iswar Mahato. Llevaba un rifle Tres-Cero-Tres en el hombro. Nos encontramos en una plaza cubierta de hojas de sal secas descansando en el suelo rojo de laterita, los flacuchos árboles de *sal*[2] intentando tocar el cielo azul.

La piel de Iswar era más oscura esta vez. Estaba más delgado. Pero sus ojos, casi sumidos en las cuencas de hueso, brillaban. Vestía uniforme caqui. Iswar era entonces parte del Ejército de la Guerrilla Popular. Iswar y los de su partido matan a los policías. La policía, por su parte, hace justo lo opuesto: mata a Iswar y a los de su partido.

Me sorprendió encontrármelo en ese lugar. «¡Iswar! ¿Eres tú? ¿No estabas en la lista de muertos?».

Iswar sonrió. «Cada pinche cosa en esta tierra es una lucha de clases. Debemos esforzarnos por eliminar la diferencia de clases. Entonces nadie estará en una lista de muertos. Entonces no habrá más Aminas. No más burdeles en Harkata Gali». Estaba seguro de sí mismo.

«Pero la policía te atrapará de nuevo. La última vez esperabas que tu partido te salvara. Esta vez, incluso tu partido es ilegal. ¿Por qué estás con ellos?», intenté razonar con él.

«¿Qué podemos hacer, carnal? Ya no podemos alimentarnos de las hojas. Ni siquiera podemos encontrar ratas para comer por aquí. ¿Qué podemos hacer? Intenté comer grasa. Es difícil. No puedes cocinarla. No he comido arroz en años. Siempre sueño con arroz. Nuestro partido dice que algún día vamos a acabar con todos los policías de este país. Entonces habrá arroz en todos lados. En las selvas. En los campos. Suave, blanco, cálido arroz. Carnal, ¿puedes conseguirme algo de arroz? Solamente sal y arroz. No necesito más».

Al regresar vi a los policías acordonando el área. Me vieron y dijeron: «Vete de aquí. Te conocemos de la ciudad. Tenemos órdenes de dejarte ir, pero deberías dejar de pensar en las aldeas. Empresas nuevas están

2 Árbol nativo del sur de Asia.

llegando a las ciudades. Necesitan gente como tú. Tendrás empleo». El policía tenía un extraño parecido con Iswar. Se veía igual. Traté de averiguar si era Iswar disfrazado de policía. Me empujó. «Vete ya». Quizá también él fue asesinado por el partido de Iswar. Su trabajo lo llevó hasta allí. También tenía que alimentar a su familia. Dos Iswars. Dos dioses con armas sobre sus hombros, tratando de matarse el uno al otro por comida.

Una chica caminaba detrás de mí. Era negra. Tendría quince años, supongo. El policía la detuvo. «¿Quién eres tú? ¿Qué haces aquí? Quítate la ropa. Déjame revisar si eres hombre o mujer». La chica lloró. No me atreví a mirarlos. Pude ver el cartel de Aiswariya Rai en las paredes de la estación de tren. Su espalda perfecta estaba expuesta. La miré con lujuria. Tomé el próximo tren para regresar a Calcuta. Tenía que ver una película pirata de Monica Bellucci en mi *laptop*.

Estaba comiendo con Dhokla y Khaman. Fumando un cigarro fuerte con mi té azucarado. Le pregunté al encargado: «¿Cuánto es?». Al salir del restaurante me encontré con Iswar otra vez. Llevaba un gorro musulmán y barba sin rasurar. Vestía un *sherwani*[3] sucio. Ahora se veía gordo. «¿Iswar? ¿Eres tú?», pregunté.

«Sí. Pero ahora mi nombre es Allahrakha. *Salaam Alaikum*[4]».

«*Wa alaykumu s-salam wa rahmatullahi wa barakatuh*[5]. Iswar, perdón, Allahrakha, ¿qué haces aquí?».

«Huzur, escapé durante los disturbios. Ahora he regresado. La ciudad ahora es más hermosa. Sólo este viejo pueblo parece estar más sucio. ¿Pero qué puedo hacer? He regresado aquí. Uno tiene que vivir en un lugar donde pueda ganar dinero».

«¿Por qué escapaste durante los disturbios?».

Nos habíamos alejado de la calle principal hacia los estrechos callejones. Podíamos oír el zurear de las palomas. Hombres de piel oscura se reunieron en las tiendas. Estaban todos en grupos.

«Allahrakha, nunca me respondiste».

«¿Qué preguntaste?».

---

3 Prenda larga, parecida a un abrigo, utilizada en la India.

4 Saludo islámico que podría traducirse literalmente como «La paz sea contigo».

5 Respuesta al saludo; podría traducirse como «Que dios te dé protección, seguridad, misericordia y bendiciones».

«Sobre los disturbios. ¿Qué pasó?».

Allahrakha se rascó la cabeza. Las sombras de las casas nos protegieron del sol abrasador. Fue relajante. Allahrakha replicó: «¿En algún momento hablé de disturbios? ¿Hubo disturbios?».

«¡Pero si tú dijiste que habías escapado durante los disturbios!».

Hablábamos en hindi y gujarati. Podíamos ver el matadero a la distancia. La ciudad estaba cubierta de suciedad.

«¿Te acuerdas de Amina?».

«Sí, me acuerdo».

«Nos casamos. Yo trabajaba, Amina cocinaba. ¡Oh, su *biryani* era delicioso! Escuchábamos las noticias en televisión. Quemaron un tren. Nos sentimos amenazados. Amina estaba asustada. Tenía cinco meses de embarazo. Su cuerpo era pesado, dijo: Allahrakha, hay que dejar este lugar. Pero me negué. ¿A dónde íbamos a ir? Fuimos felices aquí. Me estaba yendo bien. No conocíamos a los que quemaron el tren. ¿Por qué íbamos a preocuparnos? Esa noche llegó la policía. Vestidos con sus uniformes caquis y sus botas pesadas. Acordonaron el pueblo entero. Ninguno de los dos pudo dormir esa noche. Podíamos ver el fuego a la distancia —fuego, oscuridad y humo. Escuchábamos los gritos de la gente. Disparos ocasionales a la distancia. Amina estaba asustada. Se abrazaba a mí. De pronto oímos los disparos en las cercanías. Personas gritando frenéticas. Veíamos a la gente corriendo por el callejón. Saltamos la barda y comenzamos a correr. Patio, bardas, paredes, más paredes... corrimos y corrimos. La tierra se hacía más caliente. Se sentía como correr sobre una plancha caliente. Atrapaban a la gente y la mataban. Violaban a las mujeres».

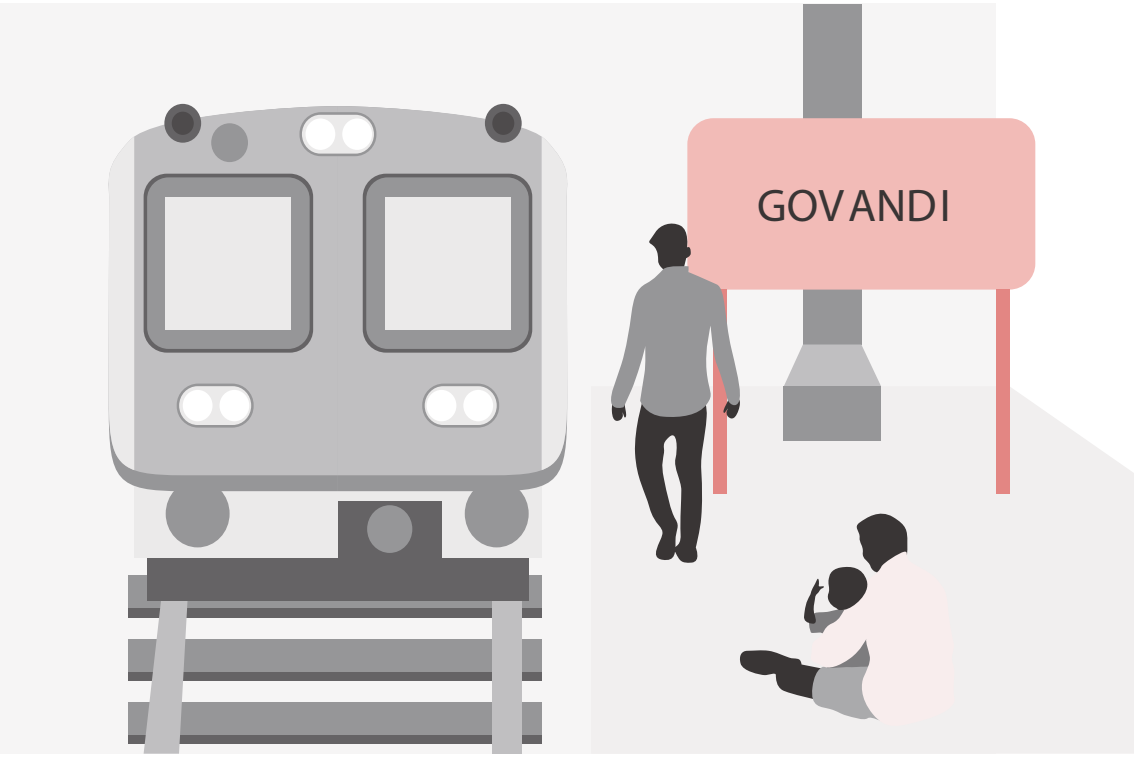
«¿Pero no dijiste que había policías?».

«¿Policías? Ellos les disparaban a los que intentaban escapar. Algunas personas lanzaban piedras. ¡Gas! Los ojos se nos quemaban. La tierra se sentía como una plancha. Amina resbaló y se cayó. Yo estaba sobre la barda. Volteé hacia atrás. Venían por nosotros. Tenían espadas. Amina me miró. Levantó las manos hacia mí. Pensó que la ayudaría a escapar. Y fui un cobarde. Dejé a mi esposa embarazada, a mi hijo no nacido, y salté hacia el otro lado. Mi boca y mi nariz ardían. Se sentía como un horno y nos estaban asando a todos. Había un paso subterráneo bajo las vías del tren. Pude ver los cadáveres tendidos allí. La sangre fluyendo por el suelo. Yo estaba vivo todavía. Me acosté y cerré los ojos. La sangre de los muertos me cubrió. Me sentí como un animal sacrificado tirado en el matadero».

Escuché a Allahrakha. Luego hice lo que hago siempre en este tipo de situaciones: prendí un cigarro. Allahrakha o Iswar temblaba. Dije: «Allahrakha, tengo que irme. Nos encontraremos de nuevo».

Regresé al hotel. Tenía pan y pollo al curri para cenar. Me recosté en la cama y encendí la tele. India ganó otro partido de críquet. Los comentaristas estaban eufóricos. Escuché los petardos tronar a la distancia. Intenté dormir.

Al principio sentí una luz tenue. Luego todo se aclaró. Estaba colgado boca abajo. Mis pies atados a un gancho. ¡Cabeza abajo, pies arriba! Los azulejos blancos del suelo casi me tocaban. Había gotas de sangre por todos lados. Me asusté y traté de ver a mi alrededor. Había una larga cola frente a mí. Luego traté de verme a mí mismo. ¡Oh, Dios mío! Me habían despellejado. Estaba atado a un tubo de carnicero. Intenté gritar. No pude. La primera mujer en la cola dijo: «Un kilo de carne de pierna y un poco de hígado».



Bombay. Govandi. Una estación de tren de la línea Harbour. Un mercado junto al complejo de la estación y el arrabal. Al salir escuché que alguien me gritaba: «¡Oye, hermano!».

Era Iswar parado afuera de la estación de Govandi. Sostenía un vaso de té con una mano, con la otra se rascaba el abdomen.

«¡Una vez más nos encontramos!».

Iswar arrojó el vaso.

«Ahora vivo aquí. Pude encontrar a Amina de nuevo. Se cambió el nombre a Madhuri».

«¡Oh, sacó el nombre de una estrella de cine! ¿Y cómo está ahora?».

«La cortaron con una espada. Pero ya está bien. Sólo una marca negra en el cuerpo. Se negó a regresar. Ha perdido su modestia. ¿Pero los pobres tienen modestia? Ahora vivimos aquí. La gente dice que el dinero vuela en esta ciudad».

«¿Dónde vives?».

«¿Quieres conocer? Ahora vivo en un palacio en el agua. Construí una ciudadela en el mar». Iswar sonrió. Me sentí interesado. ¡Dios viviendo en el agua!

Caminamos a través del canal. Aguas negras obstruidas por incontables pedazos de plástico. Las sucias casas de los pobres —algunas de un piso, otras de dos, pequeñas chozas de ladrillo tocándose entre sí. El barrio M de la ciudad de Bombay. Algunas personas dicen que en ese lugar la mortalidad infantil supera a la del África subsahariana.

Iswar tarareó una cancioncilla.

«¿Puedes cantar?», pregunté.

Se avergonzó un poco. «Tenemos una buena vida aquí».

«¿A qué te dedicas?».

«Trabajo haciendo pan».

«¿Pan?».

«Hacemos pan. Pongo la masa en el horno. Se convierte en pan».

El barrio se adensó. Estaba atestado. Apestaba. Me irrité. Dejó de gustarme esa aventura.

Nos detuvimos cerca de las marismas. Agua espesa y negra. Parecía como si todas las aguas residuales de la ciudad fluyeran hacia allí. Pude ver las chozas. ¡Estaban flotando!

Iswar trajo una balsa. Estaba hecha de hielo seco y *triplay*. Dos marinos embarcados en el viaje. Iríamos a la casa de Dios. No podía saber si había suciedad o agua bajo nuestro barquito. Iswar jaló los

remos. «Este lugar se llama Chikalwadi —una casa en el lodo».

«¿Cómo la haces flotar?».

«Usamos hule. El mismo hule que se usa en las llantas. Se hunde durante el monzón, pero nuestra casa sigue flotando en el agua».

Amina estaba adentro. Estaba asombrada. «¡Tú! ¡Aquí! Nos conocimos hace mucho tiempo».

Todavía podía recordar a la escasamente vestida Amina de Harkata Gali. ¿Era la misma Amina o era otra persona? ¿Otra Madhuri, quizás? Sentí la urgencia de mirar la marca negra del corte en su cuerpo para verificarlo. Me resistí y miré a lo lejos. Pude ver los rascacielos al otro lado del arroyo. Era Nueva Bombay. Los altos edificios sobre las colinas se veían más prominentes desde donde estaba parado.

Sentíamos la casa balanceándose a nuestros pies. Balanceándose como un pequeño bote al viento. La casa de Dios flota en la porquería. En la mitología, el príncipe Lakhindar, mordido por una serpiente, fue llevado en una balsa por su nueva esposa, Behula. Su paciencia venció a los dioses. Se vieron obligados a devolverle la vida a su marido. Amina e Iswar están en un viaje similar. La casita no tiene ventilador ni luz eléctrica. El aire siempre huele a mugre. La casa de Iswar y la casa de Amina. Pueden soportarlo todo.

Me puse los audífonos para el camino de regreso. Escuché los anuncios del canal FM: «¿Quieres evitar el tráfico de Bombay? Compra un departamento en Torre Mathura. Departamentos de lujo por veinte billones o más».

Luego de comprar cigarros afuera de la estación de tren, vi a un niño pequeño lavando trastes en un restaurante. El agua del balde era negra. Sus manos mojadas tenían un tono blancuzco. Me miró fijamente. Volteé hacia otro lado.

El cielo estaba negro. Sentí el viento salado que llegaba desde los mares. Iba a llover. Toda la ciudad se llenaría de agua. La pequeña casa de Iswar flotaría sobre el agua. Se balancearía con las corrientes. De pronto pude sentir las gotas de lluvia cayendo sobre mi cuerpo. No sería por mucho tiempo. Se detendría. Las lágrimas de Dios se secaron •

Traducción de Luis Eduardo García, a partir de la traducción del bengalí al inglés del autor.

Alfabetos

Sharmila Ray

Los alfabetos marchan para entrar en mi corazón
pero un viento antiguo los detiene.
Se perdieron
ellos mueren
sin formar una palabra.
Sin embargo, en la noche regresan
con cometas
con pájaros.
Alfabetos coloridos
sentado arrogantemente en mi escritorio
burlándose de mí.
Alfabetos niebla de mis axilas.
Alfabetos el algodón estirado
sobre mis pechos.
Alfabetos del horizonte invisible.
Estoy barrido.
En el espacio sensorial de mi pensamiento
los alfabetos vuelven a crecer solos
como lo hace el helecho
como la uña de tu dedo.
Alfabetos madre de palabras.
Alfabetos bosque de palabra.
Y si nos perdemos
en aquel bosque, es exactamente entonces
que encontremos nuestra voz.

Versión del bengalí de Kathakali Roy, Monalisha Dasgupta, Saberee Mandal, Sayani Hazra y Dibyajyoti Mukhopadhyay.

Shankha Ghosh

Tormenta de deseo

En esta silenciosa soledad flotante,
en los abundantes vientos solitarios de la tarde oscura,
apareces
con tu pálida cara blanca
fría como nube, sin luz como la luna,
hacia el cielo.

Desde una tierra lejana me estremezco
con la insoportable agonía del deseo.
Agrupados alrededor de tu rostro de piedra blanca
delgados mechones de pelo se agitan
al viento oscuro
como dedos extendidos
con dolor, en oración.

La esquina del cielo gana peso
con nubes que se arraciman.
Destellos de anhelo rasgan
con repetida ferocidad.
Gigantes olas de amor buscan estallar
en éxtasis tremendo, agitar
las distancias ilimitadas en la oscuridad,
la sombría tez de una inmóvil tierra pensativa.

Apareces
con tu cara
fría como nube, sin luz como la luna,
tus senos son como ondulaciones de una tierra
que se ha llorado hasta la quietud del cansancio,
estiras tus ansiosos brazos gastados, largamente esperanzados,
fatigados de rezos, hacia ese furioso cielo enorme.

Alrededor de ellos se acumulan tinieblas,
mechones de pelo,
mil notas musicales,
en los solitarios vientos sin límite.

Lentamente, la creación logra estar preparada:
Como si en un terrible momento benditamente dulce
las nubes de su deseo estallaran
en rayos de un insoportable trueno que perforaran el centro
de tu pecho extendido, ansioso, erguido,
hacia la felicidad total de la unión.
Luego, alejando todos los desechos
de este mundo caído, desaliñado y húmedo,
se revela
una bella fresca acariciante
mañana.

Lápidas blancas

Esa noche cuando volvía a casa,
en el corazón de la ciudad
montones y montones de lápidas sin nombres atravesaban la niebla;

al principio parecían
filas y filas de monjas hincadas, inmóviles,
cristalizadas en oración;

en la brisa invernal
el mundo temblaba cargado de culpa por la fragancia
del eucalipto;

pero luego
la niebla se hizo muro,
la oración se volvió reproche de esas piedras blancas,

lisas, sin epitafio, cuando
volvía a casa.

En la curva

Hoy no me corresponde hablar,
sin embargo, déjenme decir:
Aquí estoy parado en la curva del camino,

ante mí
el largo tronco despojado de sus ramas
frío y silencioso,

dentro de las hendiduras de su corteza envejecida
ocultas
las capitulaciones de tantas décadas,

también, posiblemente,
los recuerdos de haber protegido a algunos,
el ascenso y el descenso del hacha.

Luego,
los sonidos y las huellas de los muchos pasos que se desvanecen
hacia el Ganges.

Déjenme aquí,
arruinado por la edad, ciego y
sin hijos.

Lo sagrado

Aquí yazgo en el crematorio. Diles
que tal alboroto no conviene
a la construcción de una pira.

Ellos, a mi cabeza, mis pies, junto a mí,
son todos tus siervos.
Diles.

Diles que permitan que la infinita pise mi pecho
y suelte su larga cabellera,
las estrellas que resplandecen en su corona. Déjalas que escapen

y, del collar sin nombre ensartado de cráneos,
que gotee, que lo sagrado gotee,
frío,
  en mi rostro frío,
    pecho frío.

Versiones de Víctor Ortiz Partida, a partir de las versiones
del bengalí al inglés de Nandini Gupta.

Cineasta

Tanmoy Chakraborty

Algunas personas todavía platican de humanos
Soy un simple camarógrafo.
Mientras vago por el bosque,
                De repente recibo una larga carta
La carta sin duda me dio un tipo problemático.
En las páginas invisibles de esa carta
lo que está escrito
Nadie se molesta con eso.
Pero hay una condición...
Eso es,
        Ahora no se habla ningún secreto

A veces hay luz, a veces hierba amarilla
A veces vida material, a veces destrucción
A veces en ruta secreta, revolución sin nombre
Amor asesinado, rosa roja

Deseo ahogamiento, miles de años luz de la luna
Cómo y con quién, dulce pelea en una noche invernal
Palabras y silencio, canción o poema
La cámara se pierde, la tarde pasa.

Versión del bengalí de Kathakali Roy, Monalisha Dasgupta, Saberee Mandal, Sayani Hazra y Dibyajyoti Mukhopadhyay.

No apto

Anindita Das

Hay una situación desesperada hoy en casa. Kushal lo adivinó bastante bien por teléfono. Pero al llegar se dio cuenta de que la situación era mucho más fuerte, compleja y grave de lo que había previsto. Su hijo Atri tiene los labios hinchados y está como indefenso. Se entiende que hoy por la tarde no pudo ir a jugar al parque. La madre de Atri, Ahona, está en la habitación con la luz apagada. Al llegar, dejó el portafolios de la oficina, se lavó las manos y tomó a Atri en sus brazos como todos los días.

Kushal cargó a Atri y le preguntó:

—¿Has comido algo por la tarde?

Atri, atemorizado, le respondió:

—Mamá me dijo «Hoy salió el resultado del examen, comerás *pizza*». Pero no me la comí. Ella está muy molesta, padre. Recibí una D en dibujo. Por eso Paoli, la maestra, dijo: «No podrá ser el primero». Al volver a la casa mamá lloró mucho. Llamó al maestro y le dijo: «Ya no estudiará más dibujo».

Kushal llevó al niño a la habitación. Intentó entender la situación, encendió las luces. Ahona estaba acostada con la cara hacia la pared y con las manos presionadas contra su cabeza. Dijo en voz baja:

—Apaga las luces. No estoy de buen humor, sal de aquí.

—Ahona, Atri no comió nada por la tarde. Sólo estudia en el segundo grado. ¿Qué castigo le das, no comer y no beber nada? ¿Entiende él qué error ha cometido? Por favor, siéntate. No ha cometido ningún delito tan grave para que reacciones así —le dijo Kushal.

Ahona saltó y se sentó en la cama:

—Es normal que digas eso. Todos pueden hablar con esa seriedad. Sales de la casa por la mañana y vuelves por la noche. ¿No entiendes cómo

lucho con este chico todo el día? Nunca me he concentrado en mi carrera. ¡Bailaba *Odyssey* tan bien! Todo lo dejé por mi hijo. Qué no hago por él, dime. Obtuvo buenas notas en todas las asignaturas, pero no es apto para el dibujo. ¡Qué vergüenza! ¡Qué pena, qué insulto! No podré enfrentar nunca a Rumela, a Sweta, a Bithi. Todos sus hijos han aprobado en dibujo. Su nombre, Atri Majumder, debería haber estado al inicio de la lista, en lugar del hijo de Sohini, Hridayjeet: a pesar de que tiene notas más bajas en matemáticas e inglés que Atri, ha destacado en la primera posición. ¡Una vergüenza, qué vergüenza! No puedo hacértelo entender ni sentir.

Kushal respira profundamente al escuchar las palabras de Ahona y le pide a Atri que sea muy respetuoso.

—Hijo, ¿qué debías dibujar? ¿Te acuerdas?

Jugueteando con los ojos, dijo a su padre:

—La maestra escribió en el pizarrón: dibuja todo lo que desees. Inmediatamente comencé a dibujar un palo y una pelota de críquet. ¡Sabes cuánto me encanta jugar al críquet! Ya no miré el pizarrón. Luego, cuando terminó el examen y la maestra vino a recoger mi copia del dibujo, dijo: «¿Por qué dibujaste un palo y la pelota? Escribí entre paréntesis y les di dos opciones: paisaje del pueblo o un partido de futbol. ¿Por qué dibujaste una pelota y un palo? ¿No viste las opciones? ¿No podrías dibujar un escenario o un partido de futbol?».

Atri salió de la casa con su papá, comió helado y *pizza*. Cuando volvieron, el pequeño Atri se durmió. Los próximos siete días eran vacaciones, después la escuela abriría. Su papá dijo:

—Papá tomará vacaciones por siete días. Te llevaré a la casa en el pueblo donde crecí. La casa del campo de Guskarai en Burdwan.

El padre estudió en Rammohan Boys School. Y le cuenta una historia muy interesante. En el examen de dibujo en la escuela, el maestro escribió en la pizarra: «Dibuja lo que desees». Papá era tan joven entonces como Atri. Inmediatamente papá dibujó un palo y una pelota. Y no pudo hacer el examen. La razón: el maestro había escrito entre paréntesis «Dibuja una mañana de invierno o una fiesta». El padre sabía dibujar ambos, pero, como su hijo, amaba tanto la pelota de críquet que, tan pronto como tuvo ocasión, comenzó a dibujar el palo. No vio eso entre paréntesis.

¡Papá tampoco aprobó el examen de dibujo!

Atri se ha dormido durante mucho tiempo. Se cree que la cabeza del niño que duerme está acunando sus manos en el seno. Después de que fue rechazado su dibujo durante la prueba de la clase de habilidades, una alegría había inundado su casa. El tío mayor trajo dulces y tapas calientes de *mohan* y celebró al «No apto». Su padre regresó una noche a casa y le dijo:

—Vas a ir a Calcuta mañana conmigo, hijo. Te compraré un buen palo y una pelota de críquet. Hace tiempo que los querías, ¿no?

Su madre le dijo:

—Yo compré un guante también. Vaya. Le gusta mucho el juego de críquet.

Ese día, los padres y todos en la casa le explicaron a Atri lo difícil que es ser niño.

—Debes tratar de convencer a Ahona para que se sienta bien. El problema de Ahona fue no entender el dibujo de un niño. A medida que crecía, estaba a punto de volverse incómodo el problema cuando pensaba en lo horrible que había sido. Kushal aprendió que se debe tener cuidado de no entrar en pánico en la infancia. No importa cuál sea la complicación en la vida, el niño es más importante. Si no, la habilidad de ser padre fallará para siempre •

Traducción del bengalí de Dibyajyoti Mukhopadhyay.

La lista de deseos del jugador

Srijato

Adonde no entregan ningún periódico en la mañana,
ni abre a diario ningún mercado bullicioso,

adonde la nieve blanca como la leche cubrió un sauce dormido
y las barandillas de madera durante la noche,

adonde los prados se pierden en el horizonte,
en una existencia pacífica sin líos para cruzar la frontera,

donde la oscuridad revela casitas que centellean
dispersas sobre acurrucadas colinas acogedoras,

y adonde, con todo eso y su marcada periferia,
un camino seguro va derecho,
empequeñeciéndose cada vez más en la distancia...

Ahí mi juego de computadora
me lleva todos los días.

Versión de Víctor Ortiz Partida, a partir de la versión del bengalí al inglés de Souradip Adak.

Ribereño

Amrita Nilanjana

Un amplio y plano estrecho de tierra color verde limón, adornado de repente por tercos arbustos, marcaba los lindes del río en el pueblo de Tikarampur. Es un campo de mostaza que florece. El frondoso verde del campo contrasta fuertemente con el dique marrón y polvoso que corre a lo largo del pueblo. Los surcos hechos por la mano del hombre entrecruzan el campo en patrones geométricos cuidadosamente diseñados y ayudan a los granjeros a delimitar su tierra de labranza. Cada parcela tiene un espantapájaros único. Si uno tiene una camisa de futbol andrajosa atada a una cruz hecha con palos de bambú, con una olla de barro pintada haciendo de cabeza, el otro tiene un sari que envuelve un crucifijo similar, con la cabeza hecha de heno y ojos de brazaletes rotos. Los surcos llenos de agua son el hogar de sapos que croan incansablemente durante la noche, cuando las hambrientas serpientes salen arrastrándose de sus madrigueras buscando qué comer. Durante el día, el sol juega con las plantas de mostaza que se mecen con la brisa proveniente del río, creando olas como si un mar amarillo danzara con una armonía que sólo él puede sentir y oír. A menudo, los saltamontes se quedan quietos en las hojas de las plantas de mostaza, meciéndose con el movimiento de los tallos que van de un lado al otro en esa agitación brillante, verde y amarilla. Justo por encima de las plantas, como una constelación cercana, las libélulas hacen sus piruetas. Algunas veces, las plantas se quedan quietas en una somnolencia a sotavento, hasta que el aire encuentra un nuevo cauce. Al final del campo, el Ganges fluye en una sinfonía ondulada, evitando una isla de sedimento que apareció de la nada hace muchos años. Hoy, esa isla es el hogar de cocoteros y cerdos salvajes que asiduamente caen presa de los hambrientos habitantes. De vez en cuando, la marsopa de río sale a la superficie brevemente y vuelve a hundirse en las desconocidas pro-

fundidades del río, dando un toque al lienzo que la prodigiosa naturaleza ha creado.

Es en estos campos donde Lakhan solía pasar la mayor parte del día con su amigo Pilu. Ambos tenían ocho años y sus casas estaban una junto a la otra. Pero Lakhan ya no va a los campos: en lugar de eso se sienta en el dique con el rostro entre las manos y mira ausente hacia el campo. Extraña a Pilu, quien no ha regresado de donde sea que lo llevó su familia hace seis meses. Su ribereña amistad terminó tan pronto como empezó, con un juego de canicas hace tres años.

Tikarampur no tiene pasado, como un hombre sin memoria. Nadie recuerda cuándo es que apareció en la ribera del Ganges, en el estado oriental de Bihar, ni, por ende, quiénes eran sus primeros habitantes. El pueblo se yergue como una mención oblicua en una geografía saturada. Tikarampur se ha aferrado a las penumbras sin escándalo y con cierto grado de despreocupación. El sistema social basado en la costumbre ha desafiado el cambio desde hace mucho. Con el tiempo algunos bajaron de categoría social, mientras otros asumieron un rol influyente y de gobernantes. La justicia social en el pueblo depende más de la genealogía del acusador que del buen criterio y del sentido común. Como en muchos otros pueblos del país, casta, credo y religión juegan un rol importante al decidir el curso de la vida en Tikarampur. La ley de esta tierra es parcial, intransigente y, en ocasiones, brutal. Los adinerados bhumihar, quienes por generaciones han afirmado pertenecer a las castas más altas de la región, son superados en número por los dalits, o intocables. A pesar de esta demografía desigual en Tikarampur, los bhumihar se las han arreglado para tener una repartición injusta en el modo de vida del pueblo. Todos los escuchan. Todos les temen.

También Budhia, el padre de Pilu; pero sólo porque vive en un sistema social que le exige que escuche en lugar de hablar. Él sabe que el silencio es oro, pero su silencio está cargado de angustia y desacuerdo. ¿Qué importa si él no es un bhumihar? De hecho, él ni sabe qué es: el pasado de Budhia es tan oscuro como el del mismo pueblo. Todo lo que sabe es que los bhumihar no lo quieren de vecino y que su choza de adobe y el horno de arcilla que Sita, su mujer, usa para cocinar austeramente son tan frágiles como su existencia. Muy a menudo los otros pueblerinos lo hacen sentir como un proscrito; después de todo, él no tiene tierras ni vacas ni búfalos. Sólo es un aparcero sin importancia en la ribera del Ganges; de todas formas, la sociedad lo ignora.

Pero Budhia no permitía que esos pensamientos le ocuparan la mente. A cinco pies estaba su esposa haciendo pan plano de mijo perla o *bajra*, que crecía abundantemente en la región. *Bajra* y salmuera, salmuera y *bajra*, su comida de todos los días. A él le preocupaba más la crecida de las aguas del Ganges que habían empezado a elevarse desde que se abrió el cielo hace una semana. El agua coqueteaba peligrosamente con la ribera. Él sabía que la tierra que había pedido prestada para sembrar mostaza quedaría inundada pronto. Miró afuera, al negro vacío, hacia el río, pero no pudo ver nada. Era un campo de oscuridad. Le parecía que el Ganges, que hacía apenas dos días estaba tan tranquilo, había empezado a desbarrar y despotricar, agitándose para azotar las tierras colindantes. Al despertar, el día siguiente, encontró agua junto al dique. Se quedó en la parte más alta sosteniendo un paraguas. El río se había desbordado en apenas siete horas de oscuridad, con sus aguas arrastrándose como una serpiente que cazaba, desenrollándose lentamente hacia el pueblo, pulgada a pulgada, lista para devorar todo lo que se cruzara en su camino. Budhia sabía de buena mano que el apetito de un río hambriento era insaciable. Cuando era muy joven, presenció cómo las merodeadoras aguas del Ganges invadían el pueblo de su padre, barriendo con todo a su paso, incluyendo a su madre y hermano mayor. Su padre lo llevó cargando sobre sus hombros, con el agua que le llegaba al pecho, hasta la seguridad de un árbol en una parcela alta junto al pueblo. De lo contrario, él también habría muerto en aquella ocasión. Ese fatídico día se había grabado en su memoria. La única persona en todo el pueblo que sabía de la miserable infancia de Budhia era Kanhaiya. Sin importar que Kanhaiya perteneciera a una familia de casta más alta, era tan pobre como Budhia y la pobreza fue el lazo común de su amistad.

Budhia se dio la vuelta y comenzó a avanzar por el centro del pueblo hacia donde, bajo un árbol de baniano que según el mito tenía ya mil años, debían reunirse los ancianos e influyentes con todos los demás. Budhia se quedó con la multitud, sentado en semicírculo sobre la tierra, y puso sus brazos en jarra, en aparente desafío, como era su costumbre. Frente a él estaba el consejo del pueblo dominado por los bhumihar. Se negó a esconderse bajo el peso de su pobreza, sin importar lo insoportable que fuera la carga. Aunque su terrible circunstancia le hubiera ganado el desprecio de los bhumihar, ellos no podían someterlo abiertamente por miedo a represalias. Según dijo el consejo, se debía evacuar el pueblo lo antes posible porque las lluvias no parecían mermar, lo que quería decir

que no habría manera de apaciguar al río, sin importar los incesantes rezos a los muchos dioses dentro de las casas.

Ram Singh, el bhumihar más rico del pueblo, les preguntó a todos cuáles eran sus planes:

—¿Qué hay de ti, Budhia? Aunque no tienes mucho que perder, salvo lo poco que tengas en el cerebro, debes responder al llamado. Sugiero que apenas amanezca mañana te marches a un lugar seguro —sonrió Singh engreídamente.

Budhia, recto como una tabla, no se molestó:

—Sí, señor, haré algo.

Budhia, como muchos de sus vecinos, sabía que Singh no iría en su ayuda a la hora de partir. Pero ¿podría rechazar a otro ser humano por completo? De ninguna manera. Budhia pensó, y hasta su esposa que no era del pueblo le había susurrado en privado, que todo el pueblo probablemente esperaba verlos de regreso. Después de todo, los Budhia eran sólo aparceros, gente iletrada, empobrecida y sin lugar a dónde ir. Eran una mancha en la sociedad. Pero Budhia no se rompería.

Esa noche se vino abajo el dique. Las gorgojeantes aguas creaban remolinos, primero comenzaron a llenar las cavidades en el pueblo, después atacaron los jardines de las casas de adobe. Las casas de concreto de los bhumihar no fueron perdonadas, pero podían resistir el impacto del torrente que crecía, quizás por un día más; no como la casa de Budhia, cuyo precipicio estaba por rendirse. Al amanecer, Budhia, Sita y Pilu salieron del pueblo en una carreta de bueyes, uniéndose a decenas de personas que también huían como ellos. Mientras la caravana se alejaba del pueblo por tierras altas junto a los rieles del ferrocarril, el gigante que dejaban atrás lanzaba su último golpe. Nadie volteó a ver, porque todos sabían que el pueblo había desaparecido de la faz de la tierra. Podrían regresar a sus casas devastadas cuando amainara el agua, y eso significaba hasta dos meses, si no es que más. Sólo las copas de los árboles más altos emergían de la superficie, como pompones, pero hasta ellos serían rebasados cuando la naturaleza caníbal diera su bocado final, para lo cual no faltaba mucho.

Dos meses después, Budhia llamó a Ram Singh desde un teléfono público en Patna. Su tío, Vikas, quien se ganaba la vida pintando automóviles en un taller en Patna, ofreció asilo a su sobrino y a la familia de éste mientras el cauce estuviera destruyendo los pueblos del estado. Ellos habían llegado como empacadores de alfombras, sin saber cómo iban a

obtener su próxima comida o hasta cuándo podrían conservar un techo sobre sus cabezas. Hasta Vikas sabía que la estancia de su sobrino tenía fecha límite. Él mismo no ganaba lo suficiente para mantener a su familia y ahora tenía a Budhia, Sita y Pilu. Vikas fue brutalmente honesto con Budhia:

—Mira, puedes quedarte por un tiempo, pero mientras estés aquí debes trabajar. No puedo alimentarlos gratis. Le puedo pedir al dueño del taller que te contrate para que pintes y limpies automóviles, ¿está bien?

Budhia no tenía más opción.

Budhia esperó a que Ram Singh contestara su llamada; cuando lo hizo, se identificó:

—Señor Ram Singh, soy Budhia —hablaba alto y con aparente gusto, lo cual se entendía porque no se había contactado con alguien de Tikarampur desde hacía mucho tiempo. Se sentía en casa tan sólo con una llamada.

—Oh, claro, Budhia, ¿cómo estás?

—Estoy bien, señor. Estoy a salvo con mi tío. ¿Qué novedades hay del pueblo?

—No mucho, Budhia, sigue bajo el agua. Todavía sigue lloviendo en Tikarampur. Llámame en un mes, espero poder darte buenas noticias para entonces —Ram Singh interrumpió abruptamente la conexión.

Budhia se preguntaba cuánto tiempo le tomaría al agua volver a su veta madre. ¿Sesenta días? ¿Setenta días? ¿Noventa? No tenía ni idea. Su vida en Patna lo había reducido a un estado de total desesperación. Se sentía prisionero de la miseria que lo rodeaba en el taller. Además, le preocupaban las fricciones que obviamente ya tenía con la familia de su tío. Él, Sita y Pilu estaban casi sobreviviendo de la caridad.

Budhia sabía que apenas fuera posible tenían que regresarse al pueblo, si no los desacuerdos esporádicos seguramente se harían más grandes hasta que un día explotaran incontrolablemente, dejándolo sin más opción que pedir prestado, mendigar o robar. Ninguna opción le apetecía. Por la tarde, en el pequeño cuarto que les habían dejado, Budhia miraba a Sita mientras cocinaba. Se reprendió por ser un total fracaso, por hacer a su familia pasar apuros que no se merecían. Veía la fingida calma que envolvía el rostro de Sita. No obstante, detrás de esa fachada, Budhia podía sentir que los ojos de su esposa estaban ahogados en un diluvio invisible. De vez en cuando, la encontraba con la guardia baja, con lágrimas derramándose por la comisura de sus bellos ojos color miel. Pero, como una verdadera y solidaria compañera de vida, Sita nunca lloró, por temor a que su debilidad desatara una funesta depresión en su marido y eso lo orillara a hacer algo horrendo. Budhia también pensaba en Pilu, quien quizás crecería como un árbol torcido desde retoño, doblado deliberadamente cerca de la base del tallo. Budhia debía regresar al campo de mostaza, al aire puro que ningún artilugio mecánico se atreviera a envilecer esparciendo humo venenoso, al imperdonable flujo del río que estaba dispuesto a perdonar. Ser pobre en su propia casa era radicalmente diferente de ser pobre en la casa de alguien más.

Budhia llamó a Ram Singh nuevamente; habían pasado casi tres meses desde que salieron del pueblo. Singh se lamentó porque el pueblo todavía no estuviera listo para que lo habitaran. Quince días después lo volvió a llamar y Singh le dio la misma respuesta. Llamó a Ram Singh al día siguiente, y al siguiente y el siguiente a ése. Las llamadas continuaron, pero el celular de Singh nunca estaba disponible. Mientras caminaba de regreso al taller, Budhia levantó la mirada al cielo. En su lucha por sobrevivir se había aislado del mundo exterior y ni siquiera se había puesto a reflexionar en cómo se veían las cosas a su alrededor. El cielo era azul rey, con pequeñas bolitas blancas de nubes saltando como ovejas perezosas que se rehúsan a ser pastoreadas. La luz del sol caía sobre su arrugada frente. Había olvidado ver la luz después de trabajar largas horas en el

oscuro aprisionamiento que llamaba taller automotriz, agachado entre defensas y maleteros que necesitaban arreglo. «Por Dios, el cielo es tan claro ahora, debe estar soleado en Tikarampur». ¿Soleado? ¿Entonces por qué Ram Singh seguía diciendo que la inundación no había bajado y que el cielo seguía gris sobre el pueblo?

Dos días después, Budhia y su familia salieron rumbo a Tikarampur. Budhia supo que debía labrar la tierra hasta devolverle su fertilidad. Pero entonces supo que también sabía hacer algo más: pintar carros usados. Si había problemas con el cultivo podía intentar buscar un trabajo en la cercana ciudad de Munger. Cuando Budhia y su familia bajaron del *autorickshaw*[1] a la entrada del pueblo, una banda comenzó a tocar música popular para la fiesta de bienvenida. El jefe del pueblo y Ram Singh lo abrazaron antes de acompañarlo a entrar, como si se tratara del hijo pródigo que regresa de una tierra lejana. Budhia caminó hasta su choza, la cual había sido arreglada por el comité de socorro del pueblo. En el centro del patio había ollas donde cocinaban aromáticos platillos. El pueblo entero estaba preparando un festín para celebrar el regreso de Budhia. Su historia pudo haber tenido un final de cuento de hadas como éste.

Pero los cuentos de hadas y la realidad nunca son sinónimos. Al amanecer, Budhia, Sita y Pilu se bajaron de una carreta de bueyes en la entrada del pueblo y comenzaron a caminar hasta su casa, creyendo que no verían a nadie después de que Ram Singh dijera que Tikarampur todavía no era habitable. Sintió mariposas en el estómago mientras caminaban, paso a paso, hasta las entrañas del pueblo. Para su sorpresa encontraron a todo el mundo en su faena. La vida se desarrollaba igual que antes de la inundación frente a sus ojos. Estaba perplejo. ¿Qué podía ser esto? Por un lado, Ram Singh había insistido por meses que la afluencia del agua no había retrocedido; por otro lado, encontró al pueblo lleno de gente como siempre, rebosante de actividad cotidiana. Budhia aceleró el paso y, mientras lo hacía, pudo ver gente bien conocida que lo miraba con ojos inquietos. Comenzó a correr hasta su casa. Pero su casa ya no estaba ahí. En su lugar se había levantado un edificio de ladrillo de dos plantas. Budhia no pudo creer lo que estaba viendo. Miró a su alrededor, todo estaba igual, nada había cambiado, salvo la casa de ladrillo que ahora estaba donde antes estaba la suya. Una multitud se reunió detrás de Budhia. Él volteó y vio entre

1 Transporte típico del sur de Asia, también llamado *tuk-tuk*. Son triciclos motorizados con espacio para dos pasajeros detrás del asiento del piloto. (*N. del T.*).

la gente a Kanhaiya con un hacha en una mano y leña en la otra. Kanhaiya dejó la leña en el piso, se acercó y con ambas manos en los hombros de Budhia le susurró al oído:

—Ésa ya no es tu casa. Ésta la construyó Ram Singh para su yerno.

—Pero ¿dónde está mi casa?

—Tu casa cayó en un designio que no pudiste ver ni leer.

Kanhaiya apartó su rostro, negándose a ver los abatidos ojos de Budhia. Lentamente, la historia completa comenzó a desentrañarse en casa de Kanhaiya, quien le ofreció un almuerzo a Budhia y su familia.

Budhia, siendo iletrado, grosero, insolente y pobre, era el menos apreciado en el Tikarampur gobernado por los bhumihar, así que Ram Singh y sus secuaces concibieron un plan. El agua bajó veinte días después del diluvio y al trigésimo día la gente había comenzado a regresar a sus casas. La inundación le había dado a Ram Singh la oportunidad que necesitaba. Él sabía que, aunque Budhia fuera algo rebelde, jamás lo enfrentaría. Además, Ram Singh tenía a sus secuaces contentos con dinero que les daba ocasionalmente. También era consciente de que nadie se atrevería a cuestionarlo por sus acciones mientras él siguiera siendo rico y poderoso. Así pues, cada vez que Budhia llamaba desde Patna, lo mantenía alejado diciendo que el pueblo seguía bajo el agua, aplazando el regreso de Budhia todo el tiempo necesario para arrebatarle su tierra, demoler su choza y construir su propia casa de ladrillo.

—Lo sé, Kanhaiya, he sido un tonto. Ahora necesito hacer algo y hacerlo pronto.

Los ojos de Budhia lanzaban llamas.

—Claro, puedes comenzar una nueva vida en algún taller de Munger. ¿No acabas de decir que pintabas carros usados allá en Patna?

—Así es.

—¿Entonces qué harás?

Budhia se levantó, dejando su plato a medio comer. Hizo una reverencia por primera vez en muchos meses, tomó el hacha de Kanhaiya del patio y caminó a la salida.

Se quedó ahí un rato, tomó aire y volteó hacia su amigo.

—Voy a pintar este pueblo de rojo •

Traducción del inglés de Carlos Ponce Velasco.

El dolor

Bava Chelladurai

Estaban llenos de entusiasmo al final de la caminata, incluso más que cuando partieron. A pesar de que se acuclillaban bajo un árbol de curri, no estaban cansados en absoluto. Ambos eran muy altos y delgados. Su trabajo demandaba esa complexión.

Raman observaba el movimiento dentro de un arbusto que se agitaba frente a él. Estaba muy interesado en saber qué era lo que lo producía. El otro hombre tenía una pequeña piedra de granito en la mano y la hacía rodar sobre su palma. Él también observaba el arbusto. El espacio entre ellos lo ocupaba tal oscuridad que no podían verse las caras. El frío que no habían sentido mientras caminaban, lo sentían ahora.

Ellos siempre dejaban todas las palabras que tuvieran que decir en el pueblo, antes de partir. El lenguaje corporal era esencial para las noches en que hacían su trabajo: robar.

Rodaban piedras en las manos de los dos. Los movimientos dentro del arbusto se intensificaron brevemente y luego cesaron. Un destello cruzó la mirada de Raman. Jabalíes. Sus ojos penetraron en la oscuridad. Debían de ser siete u ocho jabatos. Ahora sus ojos buscaban a la madre. No estaba ahí. Debía de haber ido a pastar. Raman pensó por un momento que la jabalí era igual que él. Todos los días debía regresar a salvo a su territorio escapando de las rejas electrificadas, los disparos de las armas y las trampas cebadas con arroz que se ocultaban entre la maleza. Se dijo a sí mismo que nada era estable. Compadeció a los jabatos. Sin querer entretener tales pensamientos de piedad, giró su cara hacia el otro hombre. Miró la copa del árbol de curri. Dio vueltas al granito en sus manos.

El bosque estaba sumido en un profundo sueño.

Ellos esperaron.

La roca que Raman sostenía se resbaló de entre sus dedos y cayó sobre su pie. Se sobresaltó y volteó hacia Munusamy. Su mirada no bajaba de la cima del árbol. Seguía rodando la piedra.

Raman había decidido irse, pero Munusamy seguía jugando con el guijarro en su mano. Cuando éste se le escapó también y cayó a la tierra, Raman se puso de pie para irse.

Todo estaba perfectamente bien.

Mientras regresaban, Raman escuchó un ruido y giró el cuello para mirar atrás. Vio a la madre de los jabatos entrar al arbusto. Sus ojos ya estaban acostumbrados a la oscuridad y la imagen del enorme lomo de la jabalí lo atemorizó.

Pensó en tocar el hombro de Munusamy para mostrarle lo que había visto, pero no lo hizo. Era peligroso perder la concentración. Caminaban con tal facilidad a través de los arbustos que parecía como si ellos hubieran creado personalmente esa vereda. Las plantas de cacahuate que rompían como olas en ambos costados del camino se mezclaban con la oscuridad que las rodeaba, formando un mar negro.

El foco que había en la fachada de aquella casa titilaba. Desde el interior pobremente iluminado escapaba otra luz amarilla. Cuando Munusamy miró a la entrada de la casa desde el porche trasero, la vio tan oscura como si no hubiera un solo foco.

Ahí planearon las señales que harían con sus cuerpos para comunicarse.

Ragothaman, que estaba tirado en la cama, escuchó un ruido y prendió la lámpara. Raman estaba parado muy cerca, en la luz que llenó la habitación, como un poste alto y tieso.

Ragothaman quiso gritar, pero ningún sonido salió de su garganta. Con el corazón lleno de miedo y tensión vio a su esposa e hija durmiendo cerca de él. Lanzó la sábana sobre su esposa, pero cayó sobre su hija.

No dirigió sus ojos en esa dirección en absoluto. Clavó sus ojos en él. Cuando lo vio erguirse, se volvió más vigilante. Creyó que se había levantado de la cama sin intención de escapar o de dar la voz de alarma. Su mente le dijo que no sería tan tonto como para perder a su esposa o a su hija, pero aun así su cuerpo se mantuvo tenso y en alerta.

El hombre quitó el cerrojo de la recámara y entró lentamente al pasillo. Él también lo siguió. Apagó la luz que allí había. El pasillo quedó completamente a oscuras. Cuadros con imágenes de dioses colgaban de las paredes. Raman trató de entender para qué lo había llevado ahí. En la habitación que acababan de dejar, el sonido de la esposa tosiendo subió de volumen

y después se detuvo. Raman notó que había luces del otro lado de la casa. «Pero ¿y qué?», pensó.

Ragothaman levantó la cabeza para tener una vista completa del intruso. Era muy alto. Su aspecto lo previno de perder más tiempo.

A través de su silencio, transmitió las palabras: «No hagas nada, ¡te daré todo lo que tengo!».

Raman se acercó a él y respondió con la mirada: «¡Ya sé!, ¿qué más puedes hacer? ¡Dámelo rápido!».

Raman tocó su garganta. Se mantuvo expectante mientras la puerta de la recámara se abría. Sabía que podría cerrarse repentinamente, pero no sucedió. Luego escuchó cómo se abría el armario. Se movió lenta y cuidadosamente hasta pararse con un pie en el escalón de la puerta y otro en el interior del cuarto.

Intentó calcular cuántos soberanos de oro estaba a punto de obtener por los sonidos que le llegaban mientras escuchaba las tinieblas. Se dio cuenta de que su atención se estaba desviando y la redirigió a Ragothaman, que regresó trayendo un puñado de joyas y un fajo de billetes.

Una vez que ambos estuvieron de vuelta en el vestíbulo, Ragothaman cerró con seguro la puerta de la recámara.

Se acercó al tipo. Un extraño olor emanaba de su cuerpo. Puso todo lo que cargaban sus manos en las manos que se extendían hacia él. Por supuesto, sintió el dolor de perder, pero aun así supo que era un intercambio necesario. Al siguiente segundo, el tipo comenzó a prepararse para irse. Sus ojos recorrieron el patio y barrieron de este a oeste la casa. Hubo una señal (Ragothaman no la entendió, pero supuso que habría cuatro o cinco personas agazapadas afuera).

Cuando caminaron por el pasillo hacia la entrada principal, sus hombros chocaron suavemente. Así que uno se hizo a un lado para que el otro saliera con facilidad. Al girarse Raman, vio que Ragothaman también se había dado la vuelta hacia él. Al notar la forma en que lo miraba, se puso aún más en alerta. Sin quitarle un ojo de encima, descorrió el pasador. El marco de la puerta era tan alto como él. Cuando puso un pie en el escalón de afuera, Ragothaman pisó la parte inferior de su *lungi* y gritó muy fuerte: «¡Ladrón! ¡Ladrón!». Uno abrió una de las puertas dobles y luego la cerró muy rápido. El otro trató de zafarse, incapaz de resistir el dolor en el pulgar que había quedado atrapado donde se unían las puertas. Cayó al suelo.

Raman lo pateó para mantenerlo adentro, cerró la puerta desde afuera y se alejó. Munusamy llegó del otro lado y se unió a él. Vieron cómo las luces

se encendían y escucharon cierta conmoción adentro de la casa. Caminaron rápido en la oscuridad dando largas zancadas. El campo de cañas que había cerca los esperaba. Los absorbió.

El inspector Falullah fue directamente a la cocina sin poner atención a las manchas de sangre seca que había cerca de la puerta. Sus ojos contaron cuatro platos con restos de comida. Cuando regresó, escuchó a la esposa del tipo llorar mientras rogaba que alguien lo llevara al hospital.

Con antorcha en mano, el inspector Falullah caminó solo en dirección al oeste. Los agentes que lo acompañaban calcularon la distancia por el movimiento de la luz que cargaba.

A través de la puerta abierta, se podía ver que la hija yacía en estado de *shock* sobre el catre. Había mucha gente a su alrededor, consolándola.

Un agente murmuró, con voz tan baja que ni siquiera él mismo se escuchó, que encontraría al culpable. Otros se decían lo mismo. Dos agentes registraron habitación tras habitación. Sus pasos cadenciosos expresaban el temor de que alguien pudiera seguir oculto ahí adentro.

La esposa caminaba por toda la casa, hablando con alguien. Había entre cuarenta y cincuenta personas esperando el regreso del inspector. Este último se acercó a la entrada del campo de caña que un círculo de luz señalaba. Escrutó cuidadosamente los tallos con ojos expertos, se dio vuelta y se dirigió al agente principal, Thandavarayan, que lo había seguido y en quien confiaba:

«Éste es el trabajo de *kuravas*».[1]

«¿Cuántos, señor?».

«¡Cuatro!».

Esas palabras contenían el orgullo y la experiencia de muchos años. Tras pronunciarlas, mostró a Thadavarayan el interior del campo, moviendo la luz de la antorcha lentamente. Había, en cuatro lugares, pequeñas pilas de excremento fresco. Thandavarayan pudo darse cuenta una vez más de la exactitud de sus cálculos.

Cuando ciertas personas intentaron acercarse a ellos, un agente les gritó con lenguaje soez. El tono de su voz advertía que los ladrones podían seguir escondidos en el campo de caña y atacar en cualquier momento.

Sin saber exactamente por dónde empezar, el inspector preguntó a la dueña de la casa, que estaba completamente destrozada: «¿Cómo está su esposo ahora, señora?».

---

1 *Kuravas*: miembro varón de una comunidad nómada.

Mientras respondía con mucha tensión en su voz que para esa hora el vehículo habría cruzado Kannamangalam, ella se preparaba mentalmente para la siguiente pregunta.

«¿Pudo ver a alguno de ellos, señora?».

Abrazó fuertemente a su hija mayor y dijo: «No», mirándola a ella.

«¿Cómo se dio cuenta de lo que ocurría?».

«Señor, cuando mi esposo gritó de dolor por su mano machucada saltamos de la cama. El armario estaba abierto. La puerta de la recámara había sido cerrada con seguro desde afuera».

«¿Él fue herido sólo de la mano?».

«Sí, señor. Pero se desmayó. ¡Había demasiada sangre!».

Thandavarayan tomaba notas de todo lo que se decía en una caligrafía que sólo él podía entender.

El inspector consoló a la mujer: «No se preocupe, señora. Dejaré dos o tres policías para velar por su seguridad». Después se llevó a un lado a Thandavarayan.

La palabra *kuravas* se escuchó varias veces en esa conversación.

Thandavarayan asintió con la cabeza frecuentemente, dando esperanza a los policías que lo observaban de que podrían capturar a los fugitivos.

El vendaje fue removido pero la herida no había sanado aún. El dolor había quedado congelado dentro del dedo. Ragothaman fijó su mirada en las costuras que recorrían su pulgar.

«¿Cómo fue que se arruinó todo aquella noche?, ¿pude haber esperado un poco más?». Antes de que la mente pudiera pensar en arrastrarlo hacia adentro, el cuerpo había actuado.

«¿Con cuánta gracia se había comportado él? ¿No pude darme cuenta de que sería mejor para mí ganar de nuevo los diez soberanos y todo ese dinero que arriesgarme así? ¿Cómo podré vivir el resto de los días de mi vida sin pensar en él? ¡Creí que había cuatro personas ahí y al mismo tiempo lo ignoré! ¿Cómo me hice de tanto valor creyendo que cuatro personas estaban agazapadas afuera? ¿Qué hubiera ocurrido si todas ellas se me hubieran echado encima de repente?», meditaba Ragothaman.

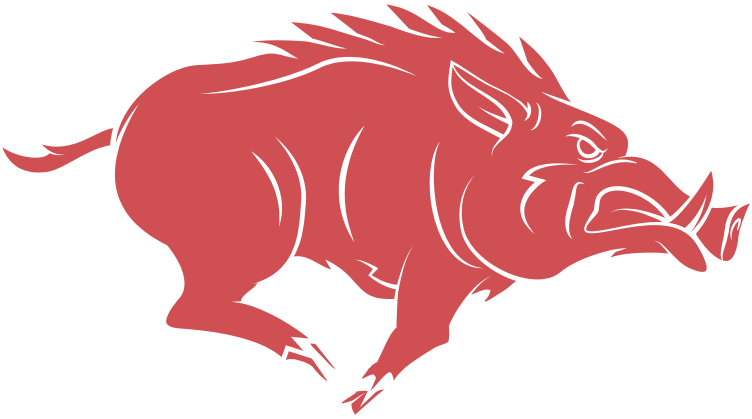
Aún ahora, pensaba: «Él estaba solo, pero esta gente, por alguna razón que sólo ellos conocerán, vinculó a tres más con él. Cuando me paré cerca de él, ¡qué profunda advertencia me lanzaron sus ojos! ¿Cómo pude atreverme?».

La investigación arrojó montones de información. Con cada nuevo detalle, el dolor se incrementaba en el dedo herido. De vez en cuando, cerraba los ojos y suplicaba por agua, comida o ayuda a quien estuviera cerca. En tales ocasiones, la mano derecha se movía suavemente sobre el destrozado pulgar. La gente que las observaba, comprendía la empatía que sentía una mano por la otra.

Una tarde en que la herida aún no había sanado por completo, se solicitó a Ragothaman que fuera a la estación de policía. Como no tenía aún el valor suficiente para ir solo, pidió a un amigo suyo que lo acompañara.

El despacho del inspector estaba muy limpio y ordenado. Aún así, era claro que el miedo seguía echado ahí, como un perro que asomaba la lengua goteando charcos de saliva. Ragothaman sintió que la herida que había estado sanando ahora le dolía de nuevo, pero intentó ocultarlo. El inspector irradiaba orgullo.

«¡Los hemos atrapado, señor! ¡Sólo eran dos personas! Si usted hubiera actuado juiciosamente, pudo haber evitado eso». Señaló su dedo herido. «¡Son personas muy peligrosas! Para ellos, el asalto es una cosa muy común. A la menor provocación, ¡le hubieran partido la cabeza!»



Sin permitirle continuar, Ragothaman preguntó: «¿Qué debo hacer ahora, señor?». Hablaba en un tono nervioso e irritado que sugería que lo único que quería era olvidar todo el asunto.

«¡Nada! Todo se ha terminado, ¿por qué está tan asustado y tenso? ¿Quiere verlos?».

«¡No, señor! ¿Qué sentido tiene?».

«No se preocupe. Sólo tiene que identificarlos, no hablar con ellos».

Thandavarayan los acompañó a la celda de detención. Una mujer que estaba parada afuera se cruzó con ellos. Como el agente esperaba, ella giró su rostro para mirarlo.

Munusamy estaba parado al fondo. Sostenía una maleta. Al verlos llegar, la arrojó a un rincón disimuladamente. El otro hombre tenía la cara vuelta hacia la pared.

Thadavarayan gritó: «¡Hey, tú, perro asqueroso! Ven aquí. ¿Por qué mientes descaradamente?». Él, mostrando que no le asustaban los gritos y las amenazas, lentamente se puso de pie, se acomodó la ropa, se aproximó a los barrotes de la celda y se quedó parado ahí. Ragothaman quedó a unos cuantos centímetros de él. Hizo su dedo cosido muy visible, como si deseara que él lo viera.

Tan pronto como lo vio, apartó la vista de la misma manera en que la había apartado con los jabatos aquella noche en el bosque.

Ragothaman evitó mirarlo a los ojos. Su mente rezó porque un velo negro cayera entre ellos. Lo había visto muy de cerca aquella noche en el vestíbulo, pero algo evitaba que lo viera directamente a los ojos ahora. El tipo estaba bastante calmado y lo barrió de pies a cabeza. No había ningún sigilo en su mirada. Era una mirada que decía: «Todo se ha terminado, ¿ahora qué sigue?», pero a pesar de todo él no podía verlo a los ojos.

Sin decir nada, entró de nuevo al despacho del inspector.

Su amigo y Thandavarayan se quedaron parados afuera.

El inspector le hizo un gesto invitándolo a sentarse. Él lo ignoró y dijo: «¡Esos dos no son los hombres que vi aquella noche!». Su voz, que acababa de perder algo importante, se quebró •

Traducción de Iván Soto Camba, a partir de la traducción del tamil al inglés de P. Ramgopal.

Angshuman Kar

Regla de la naturaleza

Luego de pasar tres noches en la casa de mi hermano,
mamá viene a mi casa a pasar cuatro noches.
De nuevo, luego de pasar tres noches en mi casa
se va con mi hermano a pasar cuatro.
Trabajo en una ciudad,
mi hermano en otra.
No hubo pleito por propiedades heredadas,
ni riñas,
ni acuerdos mutuos, ni repartición.
A pesar de todo, yo estoy en una ciudad, mi hermano en otra,
y mamá pasa cuatro noches aquí y tres allá.

Veo a mamá que viene a mi casa, aborda un tren, se sienta en un [bicitaxi,
con bolsas y equipaje
y con cara de desconcierto
y pienso
que la tigresa se libera cuando sus cachorros crecen.
Pero la madre de un ser humano
nunca logra la libertad.

Otro poema sobre la memoria

Es extremadamente difícil recordar las cosas,
una labor dura en verdad.
En el momento en el que se nos recuerda con cuánta dificultad
teníamos que recordar una fórmula de matemáticas
nos sentimos incómodos, sudamos, nos despertamos
en medio de la noche.
Para recordar los cumpleaños de nuestros parientes
antes marcábamos con rojo las fechas en el calendario;
ahora dependemos de los recordatorios del celular.
¡Nadie puede contar cuántas veces
un nudo en el sari ha salvado al *Titanic* de una tormenta!
Todos estamos agradecidos con ese hombre que hizo esa rima
para recordar los nombres de los emperadores mogoles.
Es extremadamente difícil recordar las cosas,
una labor dura, en efecto.
Todo el mundo, no obstante, trata de recordar.
Excepto
un hombre a quien insultaron
que
quiere olvidar.

Versiones de Víctor Ortiz Partida, a partir de las versiones del bengalí al inglés del autor.

Junto al río

JERRY PINTO

CUANDO EL RÍO CORRE JUSTO por detrás del jardín de tu casa sabes quién eres y de dónde vienes. Sabes que son novecientas generaciones de estar en la cima de la pirámide las que te permiten esperar cada mañana el canto del pájaro *saarkhoo* —o comodemoniosseaquelellaman— para despertarte.

CUANDO EL RÍO CORRE JUSTO por detrás del jardín de tu hogar aprendes a reconocer el poder del agua. La dama del río-marrón no solamente fluye cerca de tu puerta. Asciende sobre el éter, invade huesos antiguos, camina sobre la madera joven con los pies mojados y rasguña vasijas de cobre con las uñas. Mordisquea el suelo, tomando una pequeña porción un año y luego otra el año próximo, enloquecida, furiosa, mujer preñada con antojo de tierra negra, que se propaga violentamente a través de la noche y que por la mañana ha hecho desaparecer un pedazo más de suelo, burlándose de los *mukkadam* y de los *talati*,[1] burlándose de la concesión de siete acres de cieno, lodo y ranas que saltan de entre los dedos de los pies y nueve generaciones de superioridad.

CUANDO EL RÍO CORRE JUSTO por detrás del jardín de tu casa algunas cosas son fáciles. El muchacho, el sirviente, muestra el camino, arremangándose los pantalones cortos y mostrando el capullo de una flor café que suelta en el nacimiento de un riachuelo amarillo, hediondo, manchado, color to-

1 M*ukkadam* y *talati* son términos empleados para designar a quienes realizan funciones de contabilidad rural, especialmente de terrenos y propiedades comunales. (*Todas las notas son de los traductores*).

pacio, en la luz de la tarde, que salpica silbando. No tiene nombre este muchacho, es El Muchacho, y es uno de muchos de los que han ido y venido en la vida de la casa. Algunos «lo hicieron bien» (con un dejo de furia ante ambiciones tan pujantes) y otros «fueron carne de cañón» (con un dejo de desdén ante tal falta de visión).

Cuando el río corre justo por detrás del jardín de la casa el heredero del sombrío chapaleo y los árboles frutales y la casa oblicua y atravesada aprende que puede arrojar las colillas de los cigarrillos en el agua (*bidis* cuando está quebrado). Su hermana desliza un novio nocturno en el agua. Él es un delfín, brillante en el agua café. Apenas una pequeña ola mientras escapa de la mirada del hombre de rostro lúgubre que anhela un departamento como los que tienen sus colegas de la oficina, donde todos en sociedad deben compartir los costos del mantenimiento.

Cuando el río corre justo por detrás del jardín de tu casa pueden llegar regalos. Algunos dicen que la vieja señora que todavía cocina, que muele masala en una piedra, que no usa blusas porque sus senos han abandonado hace mucho tiempo la forma de los senos, que fuma *bidis* acres cada noche pero no hace preguntas si algo desaparece, esa vieja señora cuyo ojo con catarata lo ha visto todo, se dice: ella fue también un regalo del río. Y una vez una maleta vino río abajo y Nuestro-Muchacho-de-Entonces se metió, balanceándose, sin saber nadar pero confiando en que su cuerpo lo haría, para arrastrarla a la orilla, y encontró en ella una lata de talco, dos corbatas y un monóculo. Se puso todo esto, dicen, y todos se rieron. No se rieron cuando murió echando espuma por la boca, dieciocho horas después. Ese muchacho de-Entonces, ¿también se orinó en el río? ¿Qué muchacho de-Cualquier-Tiempo podría resistirlo?

Cuando el río corre justo por detrás del jardín de tu casa, es bum-sap-bum-bap-bum-bob. Cara sumergida en el río. Imposible decir si es hombre o mujer, ya que los álbumes de fotografías son blancos o azules, pero en este país todos los traseros son morenos, como escribió el alguna-vez novio en el alguna-vez libro de autógrafos de la alguna-vez señorita.

Cuando el río corre justo por detrás del jardín de tu casa creces acostumbrado a los olores. El río es una olla de carne, una olla de estofado,

un hasta-lo-que-no. El río exuda. El río emana. Temprano en la mañana a veces un fuerte olor a limón y a musgo en la pared. Y en verano curiosamente a las fiestas y al sabor a carne del *mahua*.[2] Con frecuencia, sólo es putrefacción. Una turbia sopa podrida primigenia café-verdosa. Una hedionda, fría y húmeda sopa apestosa de pelo púbico no lavado, manchada de sal, con sabor a genes, tal como debe oler el ADN, una hélice morena enroscándose en las ventanas, subrayándolo todo de modo que cuando se vayan, incluso al centro de la diésel-y-samosa ciudad, el aire parezca limpio. Imagina salir de tu propio bote de basura. Ah, sí, mierda. Con frecuencia a mierda. Está bien cuando es mierda de pezuña hendida, pero con frecuencia es mierda después-de-la-peda o simplemente era-mierda-de-perro-en-tu-zapato.

Cuando el río corre justo por detrás del jardín de tu casa, te acostumbras. No a esto. A cómo se pudre la carne. El joven amo lo sabe. Lo sabe por la muerta masa informe de camino a la escuela. Tanta vida crepitante y palpitante, contoneante y reptante, agitada y excedente, sobre una muerte. Y, conocedor de malos olores, él se acercó y esperó el tufillo. Mareador, nauseabundo, exquisito, no había habido nada así desde que la joven señorita tapó el baño con sus toallas sanitarias y trató de destaparlo con agua hirviendo. Él trajo el agua, la echó en el excusado y fue recompensado con el olor a mierda hervida. Ahora la señorita tiró sus almohadillas en el río y el río se apoderó de todos esos rechazados ciclos de la vida y trajo un cuerpo a bum-sap-bum-bap-bum-bobear en la trenza café de la diosa.

Cuando el río corre justo por detrás del jardín de tu casa sabes a quién preguntarle. M. Piel-de-puerco es el bueno. Seguramente él lo hará con los puercos. Seguramente no, pues M. Piel-de-puerco está en cama con «pleuresía», dice su hijo. Impresionante, esta noción. Impresionante que M. Piel-de-puerco pueda tener un cuerpo sujeto a enfermedades con nombres en inglés. Impresionante que este cuerpo con su carga de dolencias de nombres en inglés deba estar en cama. Y que estas noticias lleguen a la casa junto al río de los blancos dientes relucientes de un hombre que deliberadamente cierra los seguros de los grilletes del francés de

2 El *mahua* es un licor elaborado con las flores de la planta homónima (*Madhuca longifolia*), común en el norte y el centro de la India, que es parte de la herencia cultural del país.

su crujiente y almidonada camisa azul que está hecha para fajarse en los pantalones caqui.

Cuando el río corre justo por detrás del jardín de tu casa aprendes que la pirámide se abre sin fin por debajo de ti. Reconoces la existencia de otras pirámides entre vasos de Horlicks antes de dormir.[3] Se cree que el hijo de M. Piel-de-puerco debe estar pensando en comprar un carro. Nadie en esta casa puede pensar en eso. ¿Un sueño? Cualquiera puede soñar en estos días —risillas de matriarcas de pelo blanco— pero diligentemente, mientras cada recluso de la casa crece, rehúsan soñar en carros. Desde esta pirámide, esa pirámide luce ciertamente como un ascenso arduo y sin reservaciones, ¿quién podría pensar en escalar sus costados lisos? Pero cuando miras hacia abajo de la pirámide, qué densa y bien poblada es su base. Desde ahí, debemos escoger, dice la matriarca, dos cabezas de delfines.

Cuando el río corre justo por detrás del jardín de tu casa sabes que lo que no haces cuando un cuerpo está bum-sap-bum-bap-bobeando en la base del jardín es llamar a la policía para que bum-sap-bum-bapeen durante tu té de la tarde. Los dos chicos se desvestirán en la orilla más lejana y en una semidesnudez aceitosa y brillante saltarán ligera y ágilmente en el agua y lanzarán una soga para atrapar el cuerpo y arrastrarlo, decente, decorosamente, y echarlo a que siga vagando en el riachuelo, lejos de nosotros, donde pueda flotar curso abajo y presentar su pobre bifurcada mortalidad en algún otro mordisqueado borde.

Cuando el río corre justo por detrás del jardín de tu casa no supervisas la operación después de que oyes el *splash* gemelo, sino que simplemente pones el tapón negro en la botella de agua de colonia que viene de algún lugar cercano a la casa, porque el olor se irá pronto y comienzas a preguntarte si podrías haberla adquirido más barata deslizándote un par de niveles más abajo de la pirámide. Pero en un rato se hace evidente que el olor no se ha ido a otra parte y que los jóvenes sí se han ido a algún sitio. Con cautela, debido a que incluso él ha perdido interés en el olor, el joven amo va a revisar y encuentra el bum-sap-bum-bap-bum-bobeado cuerpo sin pie o parte del mismo.

---

3 Se trata de una bebida que llegó a la India con el ejército británico, hecha de leche de búfala, y que es símbolo de estatus entre las clases medias altas y altas.

Cuando el río corre justo por detrás del jardín de tu casa tienes una última oportunidad. Tomas el bambú con el que se arranca la fruta de las ramas más altas y lo deslizas hasta el agua y comienzas a apalancar el cuerpo lejos de la tierra. Ves cómo el pelaje de las raíces ha tirado su red sobre los restos de una vida. Te comienzas a preguntar si estás ofendiendo a un cuerpo muerto. Te comienzas a preguntar si tu renuencia a reportar la presencia de esta ausencia será mal interpretada. Te rindes y llamas a la policía.

Cuando el río corre justo por detrás del jardín de tu casa estás feliz de que haya un final aburrido. Es la sirvienta de la casa más allá de la curva del río. Tenía el mal hábito de mostrarte el dedo. A menudo salía disparada tras una borrachera para que nadie se enterara. Debió haber caído en el agua y ahogarse. No hay signos de violencia que no sean los de las bocas ansiosas de los peces y las tortugas. El ropavejero vino y se llevó casi dos docenas de botellas vacías de brandy Doctor Brand, esas botellas planas que una mujer puede meter de contrabando ocultas contra su vientre.

Cuando el río corre justo por detrás del jardín de tu casa sabes que el río también traerá sueños. Aquí está ella ahora, una serpiente cuyas escamas cafés están moteadas con el dorado sol de la tarde. Bosteza y demanda un sacrificio, todas las vírgenes a lo largo del río lloran y los hombres jóvenes palidecen. Las hermosas se causan heridas a sí mismas para no ser llevadas. Las feas calman a los bebés y lavan úlceras. Sólo una mujer se prepara, con una furia tan grande que el aguardiente calma apenas. Se desviste completamente y toda la piel revelada la hacer crecer todavía más. De su maleta toma una lata de talco y salpica su cuerpo de blanco de modo que parece una noche estrellada. Ahora se inclina junto al río y ofrece reverencias con sus labios. El agua late, a temperatura corporal, dulce y salobre. Es seducida.

Cuando el río corre justo por detrás del jardín de tu casa aprendes a aceptar que el bum-sap-bum-bap-bum puede continuar por un rato después de que el cuerpo bum-sap-bum-guombee y los sonidos del té sorbido a plena vista de todos en la veranda del camino que muestran que no tenemos nada que esconder se hayan perdido •

Traducción del inglés de Luis Alberto Pérez Amezcua
y Luz Eugenia Aguilar González.

A. J. Thomas

Los perros de Ajitgarh

El Monumento del Motín, la torre gótica construida en Delhi para conmemorar a los tres mil extraordinarios oficiales y hombres ingleses que fueron asesinados al reprimir la rebelión —la Primera Guerra de Independencia de 1857— en la que ellos mataron a cientos de miles de residentes de la ciudad y a los soldados rebeldes, se encuentra a unos pocos metros, cuesta arriba por la calle Ridge, del Hospital Hindú Rao (anteriormente Casa Fraser). Este sitio, que sirvió como centro de comando responsable de la matanza de varios cientos de miles de delhienses en dos episodios separados por cinco siglos (éste es el lugar donde Timur acampó y supervisó la matanza de más de cien mil delhienses durante tres días en 1399), también aparece en las persistentes historias de fantasmas narradas por famosos raconteurs locales. El Monumento del Motín fue renombrado Ajitgarh o «Sitio de los no vencidos» por el gobierno central en el vigésimo quinto aniversario de la independencia de India en 1972, y se instaló una nueva placa que describe al «enemigo» mencionado en la inscripción original de los británicos en el sitio, como «los luchadores por la libertad y los mártires de la India que lucharon valientemente contra el gobierno represivo colonial en la Primera Guerra de la Independencia». Yo, junto con mi hija y su primo, visité Ajitgarh y otros monumentos cercanos en julio de 2016. La visita inspiró el poema.

Aplastar una rebelión es el deber de todos los centros de poder.
Sobre la sangre de los guerreros de
La Primera Guerra de Independencia se construyó
Este Monumento del Motín para conmemorar la muerte de la Compañía
[militar.

Una tarde de mediados de julio. Llevados por el sopor luego del almuerzo,
Subimos por la calle Ridge. El aire
Gotea húmedo bajo el espeso verde del verano;
Nadamos, respirando por la boca.

Subiendo por la base, vamos rodeando apenas el pedestal
Cuando unos gruñidos profundos que salen del hueco oscuro nos detienen.
Varios pares de brillantes ojos destellan. El primero acecha
Amenazadoramente, bloqueando nuestro camino, seguido de otro,
Luego otro, un par más, en una formación de arco convexo,
Reacios a aceptar los giros de la historia: Ajitgarh.

Sarmad Shaheed

Recientemente volví a visitar el área de Juma Masjid y Ballimaran, que me inspiró dos poemas. El primero es acerca del mártir Sarmad, quien fue ejecutado por el emperador Aurangzeb.

El rey está desnudo, gritó el niño inocente.
El poder está desnudo, con la espada desenvainada.
La verdad también está desnuda. La inocencia puede verla.
Los dos a menudo chocan en batalla, las chispas vuelan.
Apegarse a la desnudez es hablar definitivamente con la verdad.
Eso es lo que hizo Sarmad: la inconformidad absoluta,
Fuera del marco de lo establecido.
Si Mansūr Al Hallāj declaró «Yo soy la Verdad» cantando Ana'l Haqq,
Sarmad hizo algo similar, diciendo sólo la «La Ilāha» de la Kalimah
Dejando fuera la «illā-llāh», tal vez insinuando que
«No hay Dios afuera, sino dentro de uno mismo».
Aturdido por esa aclaración, Aurangzeb lo hizo decapitar
Fuera de la puerta oriental de la Juma Masjid
Donde Sarmad decapitado bailó en los escalones
Llevando su cabeza en las manos, antes de abandonar su espíritu,
Como dice la leyenda.
De pie en los mismos escalones, encuadro una fotografía de su Dargah rojo
[abajo

Con la Quila-e Mualla —o la Fortaleza Exaltada que finalmente se redujo [a la
Simple Lal Quila para adaptarse a la realidad de la decrepitud total de los [últimos días—
Surgiendo detrás en el horizonte.

La Haveli de Ghalib en la calle Ballimaran

A pesar de vivir en Delhi los últimos veintidós años, apenas visité la Haveli de Ghalib[1] en la calle Ballimaran, cerca del Chandni Chowk.

El poeta eterno comparte ahora su hogar
Con una tienda, no importa, le va mejor que a muchos
De los amados bardos de Delhi que defendieron
La cultura Ganges-Yamuna,
Y sin embargo no dejaron rastro terrenal.
Uno tan sólo puede mirar las reliquias de su vida
Con un nudo en la garganta.
Sus exaltados conceptos, el arte de la palabra, el humor;
El inquebrantable sentido del honor dañado por
Los desagradables giros de la historia. Perpetuamente en deuda
Sin embargo nunca perturbado en su ser angelical.
Sin hogar, siempre deambulando en espíritu, tendría ahora poco valor
Para una residencia majestuosa como ésta.
Pero él perdonaría hasta el llamativo lavado de cara dado
A los únicos aposentos en los que vivió toda la vida.
Él sabe que eso y los innumerables tomos en los que se habla sobre él
Son intentos bien intencionados para mantener viva su memoria. Incluso [perdonaría
Éste, el flojo poema que le dedico.

Versiones del inglés de Víctor Ortiz Partida.

1 Poeta urdu (1797-1869). *(N. del T.).*

Mamang Dai

Los días en nuestras manos

Pensé que habías muerto
y nadie me lo decía.
Quién diría,
mira, las nubes de lluvia se hinchan
porque no pueden hablar.

Quién diría,
la hermosura de los árboles ha fracasado este año,
esperan en vano;
porque el sol calla
lo que sabe del tiempo y la distancia.

Como una red que cae
la naturaleza nos atrapó
con las canciones de las nubes que se acercan.

Refugiándose en este pueblo
equilibrado en el filo dentado de los momentos,
¡mira!, paso a paso, he conseguido un campo
inmenso de posibilidades.

Atesora la canción

La tarde le pertenece a la paloma
que llora su caída del cielo.
El festín de la vida está dispuesto ante nuestros ojos,
pero el momento del tictac no revela nada del tiempo,
ni sus huellas ni su significado.

La noche.
El sol se va
con su carcaj repleto.
Cada palabra que pronunciamos ahora es un recuerdo
hasta que el sol regrese.

Atesora la canción.
Toda la noche.
No pierdas el acorde
que une todas las cosas.
La lluvia cae de las colinas
empujada por nubes grises,
y una blanca, ordinaria luna
de pronto atrae nuestra mirada hacia arriba.

El amanecer.
El brillante grito del pavo real.
La luz de la mañana toca la hierba.
Es hora de irse.

No todas las cosas que sabemos nos sanarán.
No todas las cosas que tememos nos matarán.

Nube y montaña

Las nubes suspiran,
bajan,
más bajo.
Entre la tierra y el cielo
las hermanas nubes
tan apasionadas, aferradas a este espacio;

cambiante forma y sombra
pero nunca nos dejan,
nunca.

Mira esta tierra,
bajando más.
¡Mira!
Mirando hasta que las nubes se desvanecen,
absortas en la meditación de las colinas.

Versiones del inglés de Víctor Ortiz Partida.

Sampurna Chattarji

Gulliver del espacio regresa

Conquistadora espacial
Entre demasiado espacio y muy poco
Se encuentra un cielo de infinitivos
Partido
Ese cofre de madera tallada y pulida está a su alcance
Pero no lo tocará
Es una visitante ahora
Y las cosas de la Tierra la perturban
Se aparecen
A su alrededor con sus bordes firmes su pasado resuelto
Incluso las cortinas de las paredes
Y la intrincada colcha en la que ella
Reposa
La asustan con su vistosa proximidad y su bordado
Que habla del dolor
Dejando estacas en su territorio como agujas que apuñalan telas
[en un millón de manos
En el tocador con el espejo empañado está la foto de un chico
Por fuera de la ventana un laberinto de animales cortados
Gulliver del espacio se ha acostumbrado ridículamente a vivir en
Cajas
Tubos
Cilindros
Máscaras de gas

Trajes de baño
Lanzaderas
Ridículamente acostumbrada a tener a Brahmand a su alrededor
Como si todos esos años luz no fueran nada, salvo una cálida
Cobija de lana del Himalaya sobre sus rodillas
Ya no está aterrorizada por la vastedad
Sus ojos espaciales le han enseñado a ver en la oscuridad
Los centauros viajeros los Casanovas reventados
Las cabezas de santos
El plateado es ahora su color favorito el insoportable plateado [del
Sol frío que cada mañana intenta romper la nube de acero que lo [aprisiona
Los tonos cálidos le producen temblores respiración agitada
Tonosgolondrina
Tragar tragar tragar tragar el aire fresco racionado en la habitación
Antes podría haber muerto intentando
Establecer una relación perfecta y precisa entre ella
Y cada objeto en la habitación
Desde su regreso a la Tierra
Ha estado sentada en la ventana
Reconciliándose consigo misma

La Luz

la luz para ver novias en la luz para tomar vuelos en la luz por la que el mediodía se mueve como daga en su funda la luz que vive al fondo de los vasos la luz como un tigre en la pared la luz de ladrillos rojos del amanecer luz-cuervo fija como un nido a su árbol luz de las ocho de la mañana en la que el vapor de una olla de arroz cocinándose lento en la choza tras la carretera puede verse como el vapor de mi taza de té luz de mi vida luz que canta en una cáscara que pela tu sueño ¿tienes luz? la luz de la luna roja madura naranja sanguina fruto de una noche cínica la luz con la que un grupo de muchachos detiene a los coches para recolectar dinero por un show que no verás venir de una ciudad de perros salvajes volando sobre la flota de

las vocales desde las orillas del Mar Báltico luz como una canasta de huevos que cuelga de un gancho en una tienda de paso luz-arrozal revoloteando en un pedazo de tela blanca atorada en un trocito de madera luz singular la luz que se mueve a través de la habitación en la que calentaremos la parte baja de nuestra espalda luz salvajemente impulsada por dientes contra lenguas luz del pensamiento que crece y crece enorme y tangencial como la luz

Perros, multitudes y conciertos de rock

Diario de Bombay: 07 de abril de 2013

Hoy a las 7 de la mañana
una manada de perros salvajes entró a un edificio y castró a un
[hombre.
Fue tan rápido que nadie pudo llamar a la policía
o a la camioneta de la BSPCA[1] para que se llevara a los perros
[rabiosos.
Cinco perros llegaron.
Quedan seis.

Hoy a las 12 del día
una grupo de matones a sueldo tiró flores a una multitud desde
[una camioneta.
La multitud, que se había reunido silenciosamente durante la
[mañana
arrancó los tallos con los dientes y explotó
en una furia de panfletos. Los panfletos decían
***Fuera, Extranjeros* y luego se cantaron a sí mismos entre el estupor.**
El grupo de matones fue despedido
por no haberle pagado a la muchedumbre.

Hoy a las 7 de la noche,
Un estadio abrió sus puertas al cielo.
La tierra se agitó y la gente apedreó.

1 Siglas en inglés de la Sociedad Bahreiní para Prevenir la Crueldad contra los Animales. *(N. del T.).*

Enormes labios de goma se volvieron de un azul eléctrico con el
[sonido.
En el suelo, aplastada entre un ejecutivo con ropa informal
y una madre de dos hijos, una cantante india entrada en años
sacudió sus caireles. En los asientos del champán
el barón del licor burbujeó
pulcro fuera de su esmoquin.

A las 7:10, 12:22 y a la medianoche
La ciudad sintió un temblor de anhelo.
Cosas extrañas sucedieron y las pasaron por alto.
Mañana, quienes marcarán las horas serán los trenes,
a las 7:10, las 12:22, la medianoche,
cada uno sacudiendo sus cadenas,
regresando a miles a sus jaulas
hasta el amanecer.

Versiones del inglés de Luis Eduardo García.

La poesía fue la lengua materna de Nirendranath Chakraborty

NIRMAL KANTI BHATTACHARJEE

NIRENDRANATH CHAKRABORTY es uno de esos raros poetas que han expresado las verdades más profundas de la vida en el más simple de los lenguajes. Nuncá creyó en la poesía comprometida. Tampoco perteneció a esa escuela de poetas que consideraban la poesía como un soliloquio desapasionado. Para él, poesía y alimento eran lo mismo, porque creía que no tenía derecho a vivir si dejaba de escribir.

Nacido en el pueblo de Chandra, Distrito de Faridpur, hoy Bangladesh, Nirendranath pasó su niñez con sus abuelos, mientras que su padre, Jitendranath Chakraborty, se mudó a Calcuta con su madre y su hermana mayor, donde era profesor en el Bangabasi College. Su abuela le enseñaba rimas y cuentos populares que él memorizó. En ese tiempo había aprendido las tres R. Cada noche tenía que leer fragmentos del *Ramayana* bengalí de Krittibas y el *Mahabharata* de Kashiram Das a sus abuelos. Esta práctica lo llevó a memorizar la mayor parte de las epopeyas escritas en el *Payarchhanda*. De hecho, con frecuencia atribuía su afamada destreza en la rima a su abuela y a estas epopeyas.

Siempre estuvo agradecido también con Sagarmay Ghosh, el legendario editor de la revista bengalí *Desh*. En 1945, cuando estudiaba en la Facultad de Derecho, alumnos de Calcuta hicieron una gran marcha desde la Wellington Square, pidiendo la libertad de los miembros del Azad Hind Fauj de Subhash Chandra Bose, quien por entonces estaba detenido como prisionero de guerra. Nirendranath y sus amigos se unieron a la marcha. La policía les disparó cerca del New Cinema Hall, y mataron a un estudiante llamado Rameswar. Cuando llegó con sus amigos al lugar, muchos estudiantes estaban sentados en la calle rodeando el cuerpo de Rameswar. Libros, cuadernos, sandalias *chappals* rotas, lentes rotos, etcétera, estaban regados por el lugar.

Y por todas partes había gruesas manchas de sangre. Regresó a su casa esa noche aturdido y escribió un poema llamado «Rameswar, el mártir». A la mañana siguiente, metió el poema en un sobre y lo envió por correo a la oficina de *Desh*. El siguiente sábado se publicó a página completa en la revista. Como beneficio adicional, recibió una carta de Sagarmay Ghosh que decía: «Me doy cuenta de que tú también escribes historias. Pero será mejor que te mantengas firme en la poesía». Este consejo lo ayudó a definir con fuerza su dirección literaria.

¿Esto significa que sólo escribió poesía? Todo lo contrario. Periodista de profesión, escribió gran cantidad de prosa durante más de cincuenta años: reportajes, reseñas, artículos, editoriales, etcétera. En 1942, luego de aprobar el examen intermedio, comenzó a trabajar como subeditor en un periódico llamado *Pratyaha*, quizá el primer periódico que usó el bengalí *chalit*, es decir, conversacional, en lugar del bengalí formal, *sadhu*. A punto de graduarse, se unió a otro periódico, llamado *Sriharsha*, que se publicaba en cuatro versiones: inglés, bengalí, hindi y urdu. Después trabajó en *Matribhumi*, *Navayug*, *Bharat*, *Swaraj*, *Satyayug*, *Advance* y otros periódicos y revistas. En 1951 se unió al grupo Anandabazar y se desempeñó como subeditor del servicio de noticias, editor de poesía de *Desh*, editor de *Anandamela*, redactor editorial de *Anandabazar,* etcétera. Pero confesaba que nunca le gustó escribir prosa. Cada vez que escribía un texto en prosa, se sentía culpable, pensando que podía dedicar ese tiempo a la poesía. Curiosamente, con frecuencia decía: «La poesía es mi lengua materna, no la prosa». Y sin embargo escribía una prosa maravillosa, tanto es así que a su libro sobre el oficio de la poesía, titulado *Kobitar Klas* (*El aula de la poesía*), hoy en día casi se le trata como un clásico y es la Biblia para todos aquellos bengalíes que aspiran a ser poetas.

Mencioné al principio que Nirendranath no creía en la escuela poética del soliloquio. Hay un dicho en inglés que afirma que los poetas se hablan a sí mismos y que nosotros sólo escuchamos casualmente. Nirendranath desdeñaba este dicho; razonaba que, si uno se hablaba a sí mismo, el asunto terminaría una vez que el discurso llegara a su fin. Pero desde el momento en que el poeta se esfuerza por publicar su poema o decirlo frente a un auditorio, está tratando de comunicarse con los demás. Por lo tanto, su poesía inmediatamente deja de ser un monólogo. Entonces se convierte en responsabilidad del poeta usar un lenguaje que sea accesible a los otros. En este contexto, Nirendranath habló en una ocasión sobre *Enrique V,* la obra de Shakespeare. Después de conquistar Francia, Enrique V se enamoró de la princesa Catherine. Pero Catherine no hablaba bien inglés. Entonces, cuando se suponía

que iban a intercambiar dulces naderías, Catherine dijo: «Su Majestad, yo no hablo su Inglaterra». Inglés defectuoso, pero sin embargo inglés. Entonces, Enrique le dijo que hablara en su pobre inglés, eso sería suficiente para intercambiar votos de amor, porque el rey le hablaría de acuerdo a su nivel de conocimiento. Nirendranath creía que un buen poeta debería estar al nivel de sus lectores. Su uso del lenguaje debe determinarse por su entorno y estar al nivel de comunicación del hablante menos privilegiado de un idioma.

¿Qué es lo que hace que la poesía de Nirendranath Chakraborty sea tan inmensamente atractiva? Él se esforzó para rescatar la poesía bengalí de su triste sentimentalismo, su vaguedad romántica y su sensiblera expresión. Eligió autoexiliarse de la larga tradición de la emoción superficial, la significación desmesurada y el éxtasis abrumador en torno al amor del hombre y la mujer. Entonces hubiera sido posible que su poesía gravitara hacia las expresiones intelectuales como reacción a los arrebatos emocionales. Pero no permitió que eso sucediera. Lo que sobrevino fue la expresión poética de la realidad vista y escuchada de primera mano. Golpeó con fuerza la dicción bengalí al captar los temas y la imaginación de los caminos y las calles, de la fea herida abierta de la realidad. En el largo viaje poético que comenzó con la publicación de su poemario *Nilnirjan* en 1954, alcanzó las alturas con *Kolkatar Jishu* (1969), *Ulanga Raja* (1971), *Pagla Ghanti* (1981), y terminó con su trigésimo libro, *Ananta Godhulibela* (2008), el poeta nunca desistió de esta convicción básica.

Algunos de los poemas extremadamente populares de Nirendranath son «Amalkanti», «Batashi», «KolkatarJishu» (El Jesús de Calcuta), «Kolghore Chiler Kanna» (El cometa llorando en el baño), «Hola, Dumdum», «Na Ram Na Ganga» (Ni Ram ni Ganga), «Sakulye Tinjan» (Tres en total) y otros. Las posibles razones de su legendario éxito se pueden atribuir a sus cualidades narrativas y dramáticas, su recitabilidad, su extrema destreza para otorgar a un incidente actual y popularmente discutido un sabor poético y, sobre todo, la sencillez de su dicción. Los amigos de Amalkanti querían ser maestros, doctores o abogados, pero Amalkanti no quería ser nada de eso. Quería ser luz del Sol. Los deseos de los amigos de Amalkanti se cumplieron en su mayoría, pero él no podía ser luz del Sol. Ahora trabajaba en una oscura imprenta. Desde un tren en marcha, el poeta vio a un joven fornido de pelo rizado correr en la dirección opuesta, gritando ruidosamente: «¡Batashi, Batashi!». ¿Quién es Batashi? ¿Por qué el joven la llama con tanta urgencia? El poeta no lo sabía ni lo sabría jamás. Los taxis apresurados, los autobuses de dos pisos, los ritmos de Chowringhee, la concurrida zona de Calcuta, se de-

tuvieron repentinamente, porque un niño desnudo cruzaba la calle con pasos inestables. Todo esto se convierte en tema de la poesía de Nirendranath Chakraborty. Él trata en su poesía las escenas e incidentes que el hombre común encuentra en su vida diaria. Representaciones así resuenan al instante en la mente del lector y tal vez eso explique su extraordinaria popularidad.

Poemas de Nirendranath Chakraborty

Asia

Es un amanecer traslúcido el ahora. En la brumosa luz y sombra
el bosque, el mar, el lago, el campo de la noche húmedo de rocío,
todos se estremecen, es grande su esperanza. El día se acerca, las
[sólidas puertas se rompen
al escuchar una orden feroz e insolente.
La larga noche se marchita, el arruinado reino se desmorona.
La gente intrépida pisa con fuerza hacia la amorosa cita con la luz.
¡Oh, Asia! Terminó la noche, deja tu cama de desgracia
regenérate con las toscas pestañas de la luz solar.

La vida se levanta en la ciudad, el puerto, la aldea, en los campos y los
[graneros
y envía señales de isla en isla;
los numerosos hijos de la humanidad escuchan ese rápido y furioso
[llamado
y van hacia adelante con firme expectación.
Entonces, la marea humana insomne toma la curva con un júbilo de
[rayo
en India, Ceilán, Burma, Indochina e Indonesia.

(1953)

Amalkanti

Amalkanti es mi amigo,
Íbamos en la misma escuela,
Casi siempre llegaba tarde, no le importaban sus lecciones.

Cuando le pedían que conjugara
Él miraba por la ventana con una expresión de tal confusión
Que todos lo compadecíamos.

Algunos queríamos ser maestros, doctores, abogados
Amalkanti no quería ser nada de eso
Él quería ser luz del Sol.
Esa tímida luz de una tarde de lluvia y graznidos de cuervos
Que gotea como una leve sonrisa sobre las hojas del mango y del jamrul

Algunos de nosotros nos convertimos en maestros, doctores, abogados
Amalkanti no pudo convertirse en luz del sol.
Ahora trabaja en una oscura imprenta.
Algunas veces me visita;
Sorbe té, habla un rato, luego se va, dice: «Adiós por hoy».
Lo acompaño a la puerta.

Uno de nosotros que hoy es maestro
Pudo fácilmente haber sido médico;
No habría sido mucha la diferencia
Si el que quería ser doctor
Se hubiera convertido en abogado.

Y, sin embargo, todos cumplieron sus deseos, excepto Amalkanti
Amalkanti no pudo convertirse en luz del sol,
Ese Amalkanti, que constantemente pensaba en el sol
Un día deseó ser el sol.

(1959)

Traducción de Víctor Ortiz Partida,
a partir de la traducción del bengalí al inglés del autor.

Ranjit Hoskote

Dunhuang

Durante años, nada.
Luego torrentes de arena.
¿Qué se podría cantar
contra el viento que aúlla?
Las cuevas se tragaron a sí mismas.
Siglos después, los abades escudriñarían
el cielo para que el vuelo de las grullas
los guiara al lago perdido
hacia el que caminaban penosamente.
Aquí y allá, encontrarían tiras de seda,
separadores en el archivo de las dunas,
mientras se alejaban tropezando de sus dromedarios,
conteniendo el aliento, guardando sus oraciones,
para la otra costa de los naufragios, a la deriva.

Los búngalos de South Avenue

Yo iba en un autobús, que llevaba su nombre, Destino,
con grandes letras blancas, en sus largas ventanas traseras,
por un camino ardiente de abril.
Pasamos una reja,
su exuberante puesta de sol en la playa de palmeras atrapada en una
[bruma
que brillaba sobre el asfalto, luego se detuvo
donde los trabajadores acuclillados almorzaban de prisa.
Una escalera apoyada contra el costado de una casa
que yo conocí de niño: verandas de menta fresca,
persianas de encaje, té helado. Entonces pasé la mano
a lo largo de una pared pulida que los rosales alguna vez habían
[escondido
y miré a través de los peldaños de la escalera
el carbón que se quemaba en una cuchara azul gris
doblada por el fuerte calor que contenía.
El sol en mis ojos, el techo una nube de leche
que se había detenido en seco.
Esta casa
que me había encontrado de nuevo, pensé, podría servir
para más que el chisporroteo de la antorcha de un soldador
que hacía una costura de hierro, el lengüetazo
de la brocha del pintor que se repegaba y acariciaba
las grietas del yeso, más que sellos de cemento
para parchar ladrillos agrietados detrás de la planta de jamaica.
¿Pudiera ser que la escalera de
[caracol
con sus retorcidas guirnaldas de hojas *art déco*,
oxidada, descarapelada, hubiera estado tratando de hablar
con los hombres de overoles polvorientos, sus cadencias,
ruido blanco perdido debajo de la bomba de inyección,
el zumbido de las sierras, el golpeteo de los taladros?
Logos antes que *topos*, la palabra empuja su ser abstracto
ante lo que sea que pueda abrir el ojo: ¿con qué palabras
podría la magia regresarme a mí este lugar?

¿Pudiera ser que el latido de un corazón mineral
[enterrado en lo profundo
haya cedido, a causa de flautas que nadie podía escuchar
por encima de las ardillas que chillaban en el árbol de *gulmohar*,
la fiebre de martillos del yunque? Y mis propios oídos
detenidos ante las sirenas pero también ante los saludos
[entrecortados
de algodoneros y las disertaciones de acróbatas callejeros:
¿No habré escuchado nada en absoluto? ¿Habré perdido el paso, o la
[caída?

El árbol oracular

La mujer caminó hacia el árbol oracular
y sangró su corteza en busca de respuestas.
No sirve de nada intentarlo, dijo el árbol.
Me amarraron con hilos sagrados.
Las raíces queman a través de mis zapatos,
las hojas nublan mis ojos.
No soy yo. Soy
ese hombre que trota por el camellón,
con los brazos extendidos,
esparciendo puñados de plumas
al viento.

Versiones del inglés de Víctor Ortiz Partida.

Keki Daruwalla

Migración 3

vemos caer la lluvia sobre el río crecido
parda lluvia sobre el pardo río, sus rizos fangosos
besan el bajo vientre del puente Jumna;
vemos la choza y el cobertizo, alineados en la orilla,
moverse hacia cotas más altas, hacia bancos de arena más empinados
que también se vuelven inseguros con la humedad.
un saco de arroz lleno de lluvia es movido, un perro greñudo
va dando tumbos tras la familia junto a un ternero
suelto con la soga arrastrando desde el cuello.

los pájaros están mejor cuando viajan desde la tundra
con los ojos cerrados, el mapa de cielo y cielo incrustado
en los genes, tras diez mil años de moverse
del ártico hasta el azul del cálido *jheel*
hasta las lagunas tropicales infestadas de nueces acuáticas.

mientras el día avanza hacia la sombra y una lámpara de kerosene
vacila en algún lugar asombrada de su propia
audacia, y la familia la contempla como a una quimera,
el río emigra hacia la choza y el villorrio.

Madre

Tu espina dorsal ahora cruje
a lo largo del arco de tu cuerpo.
Tu piel preserva el pasado
en sus arrugas
como venda de momias.

Tus ojos no encandilan
con los mismos fuegos
al descargar
los dardos de tu amor.

Tus recuerdos van dando tumbos
de un hijo a otro.
Confundes al que se orinaba en la cama
con el que te mordía los pechos
hasta infectártelos.

Cuando mis niños te preguntan
acerca de tu propia infancia
tu sonrisa se vuelve remota y enigmática.

Una vez cada seis meses
los aprietas contra tu cuerpo
para recordarnos que el amor
fue la única palabra inscrita
en la escritura de tus manos.

Pienso que algo se encogió
dentro de ti, Madre,
el día en que rompiste tus brazaletes
y te sacudiste de la frente
el leonino polvo de mi padre.

Cavilando acerca de las galaxias (Divagaciones)

¿Están desapareciendo las vertientes?
¿Están cayendo los muros?
¿Es el tiempo coetáneo del espacio?
¿Es el espacio curvo y redondeado?
Todo lo que hay es un primer plano;
el trasfondo ignoto, perdido.
¿Cómo llegar al pasado
bajo dos milenios de escarcha?

Hay cosas más preocupantes, Horacio,
que cómo mintió la astrología,
o cómo el budismo, a través de su física del Karma,
desapareció de la India y murió
en la planicie del Indo y del Ganges,
en su propia tierra natal;
o cómo se marchitaron los jeroglíficos
lijados hasta hundirse en la tierra.
O cómo el sánscrito, madre de las lenguas
se encogió, aunque sin faltas,
y fue cremado solo, abandonado
por todas sus nueras.

Las cosmologías murieron más bien despacio,
en una época que no presenció ningún toma y daca;
donde la palabra de la escritura era la ley
y las herejías siseaban en la hoguera.
Todos los cuerpos rotaban a nuestro alrededor—
así lo quería el Señor.
Una cosmología empezó a desvanecerse,
tan pronto la mató Copérnico.
Donde un quásar pesa más que una galaxia
y la gravedad hace la luz curvarse,
las preguntas normales se hacen irrelevantes:
¿comenzó el universo, tendrá fin?

Versiones del inglés de Omar Pérez.

Sudeep Sen

Madera de deriva

para Derek Walcott

1.
Parte de la balaustrada está ausente
pese a sus sólidas amarras con remaches de metal.

Comida por las termitas, consumida por el mar,
puedo ver su esqueleto de madera flotando en la distancia

entre el oleaje, el barniz cariado de sal
zarandeándose en su lucha por mantenerse a flote

contra el flagelo incesante de las olas.
Hay música en su desaparición —

una boyante sinfonía,
trazos de notas que la vida resucitan,

una historia nueva — la historia restaurada
por los dedos tenaces de un artista magistral.

La silla de ruedas, las piernas débiles
son impedimentos sin sustancia —

su mente echa chispas con un filo eléctrico,
ingenio como un látigo cuanto más mordaz.

Hay generosidad para familia, amigos —
aquellos que se han ido, y permanecen —

y treinta poemas nuevos,
una magia intrincada de amor ecfrástico.

2.

En el jardín del frente de cara al mismo mar
con la Isla Paloma a la izquierda del horizonte,

hay un puñado de rocas ovaladas erosionadas por el viento—
sus formas remedan el nido de una garceta extraviada

o el arco curvo de una bailarina —
un monumento en piedra para un querido amigo.

3.

Ya no se ve la madera a la deriva —
parte de su casa donada al mar —

con gratitud el mar canta
una estridente canción,

plegados cumulonimbos hacen eco
en sincronía — un paisaje sonoro

que absorbe su mandamiento:
Al final de esta frase, comenzará la lluvia.

Castries, Sta. Lucía

Amarillo, La Tortuga

para Bernard y Didier

1.

El amarillo descascarado empapado de sol
da un barniz mate a las ventanas de celosías

preservando sacramentos de amor.
Papel tapiz, baldosas, chales, sombreros amarillos —

una quijada de íbice en el muro de la habitación
iluminada de luz ámbar que arroja una vieja lámpara —

la letra de tu padre en tiza en las cubas de bodega —
revelando secretos de familia e historia.

2.

Documentos marchitos, desechados,
papiros entre hierba dorada y madura,

despiertan con el arrastrar accidental de mis pies.
Un reptar de tortugas que deambulan

por este intrincado huerto orgánico,
su caparazón moteado de rubio,

buscando humedad y fruta fresca
para la prolongada hibernación del invierno.

3.

Mariposas amarillas entran y salen con un revoloteo
de polemonios, pensamientos con color de yema

apiñados en torno a la vid —
un jarro de vino, barro de desteñido ocre

en el borde de la pila del jardín
esperando que lo llenen de nuevo —

mientras dentro de este fresco hogar de postigos cerrados,
el aire oloroso a pastís levanta la media luz.

Zen/Kokoro

Ornamento de luz sin mancha
Khedrup Norsang Gyatso

Kaler jatrar dhwani shunite ki pao
Tari roth nityoi udhao
¿Escuchas los sonidos del viaje de ayer? —
Su carro galopando para siempre
Rabindranath Tagore

Una silla sin patas
forma el centro
de un espacio cuadrado de concreto —
un hogar, todavía
inacabado —
austero, mínimo —
piezas bajas de madera
que a los humanos permiten
recalibrar posturas.

Pequeñas ventanas ocultan
luz,
y sin embargo el sol, la luz de la luna
entran generosos a raudales,
creando dramáticas
sombras
angulares —
proyecciones, como en un escenario —
una *mise en scène* de Kurosawa.

Espartano es lleno, lleno
subliminal, liminal, sutil,
imperfecto, apenas ahí — *wabi-sabi*.

Un alto bambú grueso y hueco
se inclina receloso,
monta guardia ante la puerta.

Afuera, cerca de la arboleda de bambús,
un banco blanqueado
hecho de ramitas —
piezas de concreto geométricas, desnudas
descansando en la tierra
ofrecen equilibrio y gravedad.

Kokoro
es tu propio «corazón»
en el «corazón de las cosas» —
Aranika, un sentimiento, un milagro
células cancerosas que se curan —
magia silenciosa de un jardín Zen
donde *Kami-no-michi* y Shinto
son sinónimos.

La poesía es caligrafía —
líneas negras de grueso variable
que miden la gama de tonos —
metáfora visual
en trazos cursivos —
Tantra de Kalachakra, una exposición.

La luz aquí es sin mancha,
ornamento invisible —
esto es respiración, oxígeno, hebra de sustento —
una inmaculada
simplicidad compleja.

Versiones del inglés de Adriana Díaz Enciso.

Arundhathi Subramaniam

La Verna

Fue un día plagado de signos
para cada uno de nosotros:

Agnóstico italiano,
budista unitario estadounidense,
buscador hindú

Fuimos porque nuestro amigo
—*gay*, católico, toscano—
lo recomendó. «Jesús es Dios
y Dios es uno», dijo,
«Y eso debería dejar fuera a San Francesco,
pero incluso así lo amo
y lo amo aún más
cuando voy a La Verna».

Y así fuimos
una tarde de marzo

sumidos en un delirio
de roca, lluvia y cielo giratorio
        suspendidos
entre el Tíber y el Arno
entre una geología salvaje y la intensa luz
donde el viento es vuelo de halcón
        y gravedad aérea.

donde el sombrío búho blanco
lo ha visto todo

la alquimia diaria
        de la roca derritiéndose en el bosque
        el lobo en el cordero
        el cielo en el mineral
        la raíz retorcida en el cosmos

donde la fe es un demacrado crucifijo de madera
        contra un dolor de valle

y oración
        el grito de cernícalos enredados
        en madera de haya antigua

y el repentino derrame de luz
a través de una nube ondulada por el viento que cae en picado

Y estaba la rusa de ojos brillantes
que nos encontramos afuera de la capilla
de Santa María de los Ángeles
que me dijo que su guía espiritual
        era indio

        y nos quedamos calladas
al encontrar que llevábamos en nuestras bolsas
la foto del mismo fakir
        con mirada burlona y túnica sucia

Se sentía como si ese día hubiera algo
para cada uno de nosotros

Podría haber sido
el hueco del precipicio marcado
por la cañada

Podría haber sido
ese gentil santo del valle marcado
por el amor

Nunca supimos
y no fuimos más sabios después
si acaso había uno
o muchos

o ninguno en absoluto

Pero muy por encima del valle de Casentino
hubo un día en marzo

—estaríamos de acuerdo
nosotros tres—

que no podría ser domesticado
por la aritmética

Instalar los protectores de pantalla

Y debe ser
porque no estoy lista aún

para que este periódico signifique tanto
como un nido de gorrión

para que el verso de la tarjeta de felicitación signifique tanto
como Basho

para que alguna emulsión arremolinada de infinito
signifique tanto

como tú

Y debe ser porque algunas palabras
son aún más jugosas
que otras
(emoliente, neuma, amor)

y algunos momentos
aún más preciosos

vamos a ponerle una tapa
dibujar el velo
instalar los protectores de pantalla

Dejar que las cosas no pierdan su calidad
Déjame no ser tú

Detener el exceso
de igualdad
Dejar que las distinciones permanezcan

Supongamos que hay
algo
que perdona
la definición

que entiende
un poco

de jerarquía

¿Quién desea un panorama general?

Más luz, más color, más nitidez, más calidad.
Más tú

Más

Más

Sólo más servirá.

El fin del mundo

El fin del mundo
es la escalera eléctrica que va hacia atrás

el pájaro que se abandona
en hoja

la tortuga que se congela
en roca

los sorbos sincopados
de las hijas de la televisión india
disolviéndose
en un estanque rosa de Revlon.

El fin del mundo
somos tu y yo retirándonos

de esta conversación

Versiones del inglés de Víctor Ortiz Partida.

Geet Chaturvedi

El recuerdo del ahora

para Eduardo Chirinos

Abajo dejé una vela encendida
A su luz leeré algunas líneas cuando regrese

Cuando regresé la vela se había apagado
Esas pocas líneas se habían desvanecido como la inocencia

Tú caminas conmigo
De la misma manera en que la luna camina con un niño sentado ante la
[ventana de un tren

Me paré en el balcón un día
Agité un pañuelo hacia el cielo

Los que se han ido sin despedirse
Lo reconocerán incluso desde lejos

En mi pañuelo dejaron sus lágrimas.
De la misma manera en que los primeros humanos dejaron sus dibujos grabados en las paredes de la cueva

Lyotard dijo: cada oración es un ahora
No. En realidad es un recuerdo del ahora

Cada recuerdo es un poema
En nuestros libros, la suma de los poemas no escritos es mucho mayor

Mi lengua, mi futuro

En las afueras de la ciudad, en el basurero debajo del puente
El poeta más anciano de mi idioma mastica pan mojado en té

Este hombre inventó la poesía incluso antes de Afzal[1]
Los trescientos treinta millones de dioses viven en su barba como piojos.
Los pelos de su cuerpo son todos sus poemas no escritos.

Traza las palabras en el aire con los dedos.
De esta manera, él escribe a su pasado todas las noches una carta
Que se pierde incluso antes de encontrar un sobre

Una vez antes de morir
Al menos una vez
Espera recordar la cara y el nombre de la mujer
Que alguna vez durmió con su libro de poemas
Apretado bajo la almohada

La lengua de Kumārajīva

Kumārajīva vivió en el siglo IV. Fue el hombre que realizó las primeras traducciones chinas conocidas de los *Sutras* budistas del sánscrito y del pali local. Amplias traducciones. No será una exageración si decimos que, de la historia antigua, él fue el mejor traductor conocido. (Aunque hubo muchos traductores antes que él, sus nombres no pudieron llegar a los tiempos modernos. Incluso si hubieran llegado, serían poco conocidos).

Se dice que sus traducciones fueron tan auténticas, tan fieles al original, tan estrechamente acopladas a la verdad, que cuando murió y estaba

1 El poeta Afzal Ahmed Syed (Ghazipur, 1946) escribió: «Yo inventé la poesía».

siendo incinerado, todo su cuerpo se quemó y se convirtió en cenizas, pero su lengua resistió las llamas y no se quemó.

Luego, con esa lengua, Kumārajīva había traducido, oralmente, con palabras dichas, los *Sutras* al chino.

Después de todos estos años, se están realizando traducciones inversas de los textos traducidos. Los tratados originales del sánscrito-pali se han perdido para siempre, pero en chino todo eso sobrevivió. Hoy podemos aprender muchas cosas sobre Buda con base en traducciones al inglés y al hindi-sánscrito del chino.

Entonces, la lengua de Kumārajīva está presente en gran parte de lo que sabemos sobre Buda hoy. A pesar de eso, no sabemos nada sobre Kumārajīva En la historia de las lenguas, por lo tanto, la lengua del traductor es la más desinteresada.

La lengua del traductor que ni siquiera el fuego tiene el valor de quemar.

Si matas la verdad, aparecerá la traducción de la verdad. Si destruyes la traducción, aún persiste la verdad del tamaño de una lengua. Ansiosa, inquietamente, saltando y rebotando, seguirá diciendo sus palabras ●

VERSIONES DEL INGLÉS DE VÍCTOR ORTIZ PARTIDA.

Cosas que dejar atrás
[fragmento]

Namita Gokhale

Las colinas de Kumaon habían sido bendecidas recientemente por el abrazo del *raj* británico. El *durbar* de Katmandú había gobernado durante mucho tiempo los estados de la montaña. Los *goorkhalis* se habían retirado de Kumaon después de la guerra anglo-nepalí. El viejo comandante, Bam Shah, tenía con él sólo una pequeña fuerza, que contaba con unos setecientos cincuenta hombres, y la misma cantidad de irregulares y reclutas locales. Las tropas británicas los superaron con facilidad, incluso en el mismo momento en que Ochterlony vencía a Amar Singh Thapa de Gadhwal. Almora, capital de Kumaon, se rindió el 27 de abril de 1815, y la Compañía de las Indias Orientales estableció su influencia con el Tratado de Sagauli en 1816.

El 9 de diciembre de 1842, un inglés llamado P. Barron había pasado por Bareilly en su ruta hacia el legendario lago de Nainital. Viajó en palanquín a través de los bosques pestilentes de Terai y se abrió paso por los niveles más bajos de las montañas Gagur. Lo acompañaban sesenta montañeses, mano de obra a la que no se le pagaba, ya que había sido expropiada, bajo la infame ley begaari, una semana antes, para llevar un bote ligero de dos remos, de unos seis metros de largo.

Barron, quien viajaba por la cordillera del Himalaya, escuchó por primera vez los rumores de un lago escondido en las montañas mientras tomaba un *gin tonic* en el club de acantonamiento de Bareilly. «El Comisionado Traill visitó el lugar», había declarado uno de sus compañeros, «y luego misteriosamente ya no dijo nada. Todos los condenados nativos pahari conocen el lago Naini, y cada uno de esos mentirosos niega tener conocimiento de él».

El nativo paharis había hecho todo lo posible por no revelar la existencia del lago de Nainital a los extranjeros y la Compañía Bahadur. La gran feria anual de Nanda Devi se celebraba en los terrenos cercanos al lago

cada otoño. No había casas allí porque era un lugar sagrado, y no podía ser contaminado por la presencia humana. Sólo a Traill, el difunto comisionado de Kumaon y Garhwal, se le había permitido una peregrinación allí. Traill se había enamorado de las montañas a las que había sido enviado para que las administrara, y las protegía celosamente del mundo exterior. Consideraba la afluencia de visitantes europeos como una «calamidad pública» y logró que sus compatriotas no tuvieran conocimiento del lago.

Pero Barron, quien luego publicaría un diario de sus viajes bajo el seudónimo de Pilgrim, era un hombre persistente. La idea de un lago secreto lo emocionó y lo estimuló. Decidido a descubrir dónde estaba el lugar, organizó una escolta y emprendió una complicada caminata en la supuesta vecindad de Naineetal. El sistema begaari prevalecía, y los montañeses locales estaban en esos días obligados a proporcionar mano de obra por contrato cuando los hombres blancos lo exigían. Un aldeano pahari particularmente simple fue expropiado para llevar la carga de «Peregrino» Barron. Pilgrim dice en sus memorias:

> Mencioné antes que teníamos un guía con muy poca disposición en nuestro viaje a Naini Tal; y tuvimos que usar algo así como una violencia gentil para evitar que nos engañara*. Éramos ya muy experimentados viajeros del Himalaya para que groseramente se burlaran de nosotros en cuanto al aspecto de las montañas donde probablemente se ubicaría un lago, y los arroyos eran de alguna manera una guía para llegar a él. [El culí del pueblo] nos llevó por una subida considerable claramente en la dirección equivocada; así que, sospechando que nos había engañado deliberadamente, adoptamos el excelente plan de darle una piedra pesada para que la cargara, hasta que pudiera descubrir la dirección correcta. Los hombres de las montañas son generalmente grandes papanatas, y se traicionan a sí mismos muy fácilmente. Si alguna vez va usted a Naini Tal con un guía que dice nunca haber visto el lugar, la siguiente es la receta para que lo descubra. Ponga una gran piedra en su cabeza y dígale que tiene que llevarla a Naini Tal, donde no hay piedras, y que debe tener cuidado de no dejarla que se caiga y se rompa, porque la necesitará allá; y, con el fin de ser relevado de su carga, pronto admitirá que no hay escasez de piedras en el lugar, un hecho que no podría haber sabido sin haber sido testigo ocular de ello. Aliviamos al caballero de su carga después de una caminata de una milla, y no volvimos a escuchar más sobre su ignorancia del camino.
>
> **El truco de los montañeses que pretenden ignorer un camino es muy común, particularmente cuando a algunos culís se les requiere en una temporada en la que preferirían no dejar sus hogares.*

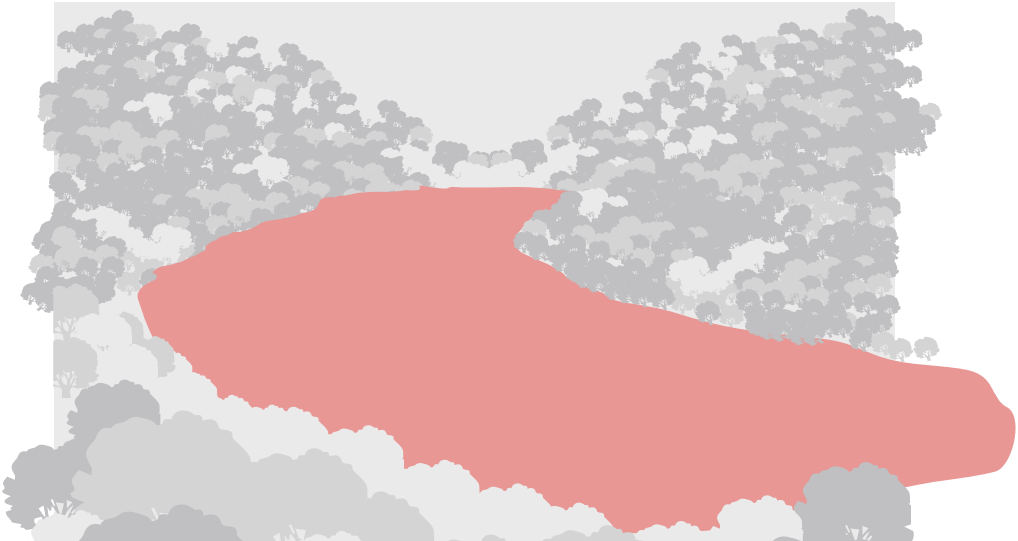
Barron registra la primera vista del lago. «Es, con mucho, la vista más hermosa que he presenciado en el transcurso de una caminata de mil quinientas millas en el Himalaya; mis recuerdos de él son tan vívidos, y probablemente quedarán tan profundamente grabados en el recuerdo, que no dudo que en alguna ocasión futura me induzcan a hacer una visita menos apresurada que la última. Vaya y haga lo mismo».

Dos años después, Barron regresó a Naineetal. Lo acompañaban sus amigos, Welles de los Ingenieros y Batten del Servicio Civil. Los sesenta hombres que empujaron y cargaron el bote arriba a las montañas lanzaron un fuerte suspiro de alivio colectivo mientras lo deslizaban hacia las claras olas. Los terratenientes, o *thakurs*, y los funcionarios de ingresos, los *putware*, resoplaron ruidosamente con deleite y asombro. Mientras el bote hacía un circuito por el lago, la nobleza local soltó trémulos vítores que se convirtieron en un rugido. Nunca antes, en la memoria viva, ningún hombre se había aventurado a poner un bote, ni siquiera una canoa primitiva o una balsa, en el agua sagrada del lago Naini.

Nursingh Thokdar, un terrateniente local enorme y digno con un bigote intimidante, se conmovió hasta las lágrimas ante la vista. «Se parecen a la Santa Trinidad", suspiró. «¡El señor Welles es Brahma, el señor Batten es bueno y recto como Vishnú y seguramente el señor Barron es Shiva!».

Cuando el bote llegó a la orilla y emergió la trinidad, Nursingh se apresuró a agarrarse de sus pies. Batten, Welles y Barron lo observaron divertidos.

«Vishnú yacía dormido en el fondo del océano», pronunció Nursingh, «soñando profundamente en el seno de la diosa hasta que el tallo de loto salió de su cuerpo. Esta flor ascendente llegó a la superficie del agua. Tu barco es el nuevo avatar, la manifestación actual, del mismo loto divino eterno. ¡Ha caminado sobre las aguas! ¡Salve, Brahma! ¡Salve, Vishnú! ¡Salve, Shiva!».



«¿Nunca has nadado en este lago?», preguntó Barron con curiosidad. «¡Pensé que todo hombre de las montañas de Kumaon podía trepar a un árbol y vadear un río!»

«No las castas más altas», anunció orgullosamente Nursingh Thokdar. «Nunca aprendí a nadar».

Nursingh Thokdar tenía derecho hereditario a las montañas que rodean el lago Nainital, un derecho que la administración británica había cuestionado recientemente. Batten había decidido no reconocerlo en su tribunal, y estaba pendiente en ese momento ante el tribunal de Sadr y la Junta de Ingresos.

Una idea traviesa surgió en la mente de Peregrino Barron. «Nursingh será el primer hindú nativo en deslizarse sobre estas aguas», dijo impulsivamente, y empujó al terrateniente al bote. Batten y Welles los siguieron. Barron tomó los remos y se dirigieron hasta el centro del lago, donde las montañas verdes y el cielo azul claro se reflejaban fielmente en las suaves olas. Nursingh Thokdar estaba extasiado y se untó reverentemente los ojos y la frente con agua del lago antes de tomar un poco en su mano ahuecada y beberla.

«¡Cuidado!», exclamó Welles. «Dile a este tonto que el bote se volteará». Nursingh escuchó sus palabras y se quedó muy quieto, sonriendo beatíficamente.

«Entonces, Nursingh, señor Thokdar, escuché que piensa que el lago le pertenece», dijo Barron de manera amable. «Si es así, tenemos la intención de dejarlo en medio, para que usted regrese solo».

Una mirada lenta de extrema precaución se desplegó sobre las hirsutas facciones de Nursingh. «Este lago es muy profundo», dijo sin comprometerse.

«Nunca he cuestionado las decisiones del *gora sahib* [hombre blanco]», dijo Nursingh, ganando tiempo. Sus ojos buscaron la orilla, donde los trabajadores y los ricos de Kumaon aplaudían el paso del bote.

Barron sacó cuaderno y lápiz. La mayoría de los hombres pahari de alto rango, ricos o pobres, podían leer y escribir, y así, Nursingh compuso laboriosamente una temblorosa nota en puro hindi en la que anulaba su reclamo hereditario sobre el lago Nainital y las montañas circundantes.

«Buen amigo», dijo Barron alentadoramente. Batten y Welles también lo recompensaron con una sonrisa de aprobación. Regresaron a la orilla, donde Nursingh bajó del bote desconsolado, haciendo a un lado a los *sahibs* cuando se resguardaba en tierra firme.

«Estos delincuentes británicos me robaron en medio del lago», declaró tristemente. «Renuncié a mi derecho a la tierra de mis antepasados».

Sus palabras fueron recibidas como ridículas y con burla. «Como si tuvieras un reclamo válido en primer lugar», declaró un vecino *thakur*.

«Al menos supiste cuál vale más: tu vida o tu tierra», exclamó otro.

En el otro sector: «He observado que la violencia amable es siempre muy persuasiva con los nativos», dijo Barron, reflexivamente. «Nuestro noble Nursingh Thokdar es un hombre sabio».

«Buen amigo», repitió Batten.

«¡Y valiente!», dijo Welles. «Muy valiente».

El juego estaba ya en movimiento. «Dudo de que la Junta de Ingresos hubiera revocado el reclamo del señor Welles a mi favor», dijo impacientemente Nursingh Thokdar. «¿Por qué pelear una batalla perdida? Quizás la Compañía Bahadur consideraría nombrarme contador cuando tomen posesión. Conozco cada centímetro de la tierra. Nadie puede supervisar mejor los ingresos. ¡Seguramente he demostrado mi confiabilidad!».

«Es un buen hombre», dijo Welles. «Debes apoyar su solicitud para contador, Batten».

Barron se volvió de nuevo para mirar el lago. Fue un momento que nunca olvidó. El sol de la tarde doraba las aguas, que estaban envueltas por el abrazo de las verdes colinas. Se emocionó, con esta belleza sin prisas, con esta calma reinante. Más tarde, vieron cómo el cielo cambiaba de rosa a púrpura, y luego bebieron licores mientras los nativos *thakur* supervisaban un festín celebratorio *shikari* bajo un dosel de brillantes estrellas. Por la noche, Barron acudió a su diario, compañero de sus viajes, a la luz de una vela constante. «Uno casi se siente inclinado a arrodillarse y rendir homenaje a la sublimidad de la naturaleza», escribió, «aquí exhibida con una habilidad tan incomparable».

El nuevo asentamiento floreció. Nainital creció, rápida e irreversiblemente, incluso con la intranquilidad de los dioses. La trinidad de Barron, Welles y Batten había logrado que su hechizo funcionara. El lago de los tres sabios inmortales, Atri, Pulastya y Pulaha, donde el ojo de Sati había caído a la tierra, ahora pertenecía a otra época, a otra gente •

Traducción del inglés de Víctor Ortiz Partida.

Prisionero en la ilusión del cuerpo

Pravasini Mahakud

Un cuerpo prisionero
en la ilusión del cuerpo:
anhela la flexibilidad de la hierba,
la calidez del contacto humano,
la suavidad de un conejo.
Anhela el amor de la luna,
el calor del desierto,
muchas corrientes de una sola gota de lluvia,
la extensión del océano,
el silencio del cielo.

Quiere que incontables flores
abran en cada rama,
quiere el gorjeo de los picos de las aves.

No quiere pedir y sin embargo pide
ya que su mente y su cuerpo han permanecido
congelados por varios años.
Tan pronto como se cruza
con el cuenco mendigante de alguien,

recuerda al Buda, tonsurado
y vestido de amarillo, cercano
a Yashodhara y Rahul.
Del cuenco mendigante surge
la dulce esencia de la compasión,
la última súplica de piedad, de humildad,
de generosidad, de paciencia,
la elegancia de la desapasionada
oración de paz.
El cuenco mendicante, de dos milenios
y medio de edad, aparece fresco ante
los ojos de esa mujer: podría ser por
su encanto de arcilla terrenal.

El tiempo se derrite con el calor del cuerpo,
con los gozos mundanos de la existencia.

Versión de Víctor Ortiz Partida, a partir
de la versión del oriya al inglés.

Sukrita Paul Kumar

Muchos al momento

En mis momentos de vigilia
mis ojos se cierran
para mantener vivos mis sueños vivos

los árboles encuentran raíces en los cielos
sus brazos escarban hacia el centro de la tierra
mis ojos lamen el sabor de la fruta

en la emplumada luz de la luna
copos de nieve colocan arcoíris en mi piel
sobre el río de fuego,
de un aleteo de lenguas
del rojo al amarillo

la memoria de hielo se abre
en la pantalla de mis párpados
túnicas blancas y negras
girando en círculos

El oscuro rostro de Mwangi,
desconcertante y negra noche
ojos centelleando
labios brotando como champiñones
largas palmas como cuencas de río

deslizándose por mi columna
Yo, retozando con sólo nueve años,
Con chocolate derritiéndose en mi boca,
rodando de la nube hacia abajo
haciendo *ngoma*[1]
bola tras bola, atrapada en la red
el inútil palo en mis manos
en el punto lejano los agitados y pecosos
blancos brazos de la dama del PT
yo, nunca un guardián de metas

Nadando en aguas profundas
me ahogo otra vez
y una vez más
pero siempre salgo a flote

murmurando la canción de los ancestros
olor de la primera lluvia sobre tierra tostada
y sentir el latido del corazón
de bebés todavía no concebidos

Intuición

En el centro de
Ese círculo de luz
Elevándose con lentitud
sobre el río de la experiencia
jadeando y resoplando

Descansa la verdad de mi vida

tan blanca
Que no puedo verla

1 Baile y música de tambores. (*N. de la T.*).

Todos los colores se mezclan,
Se absorben las vidas
el blanco se vuelve más blanco
Y yo
Más ciega

Continuidades

Otro borde filoso
Alrededor de la montaña
Un giro ciego,
¿Debería yo pausar, estar atenta?
¿O pasar rápidamente y
Arriesgar caer
Al valle profundo,
Perder mi vida?

Pero yo sé
A la vuelta de la esquina
Mientras cruzo la frontera
Entre aquí y allá
Voy a volar
Sobre el horizonte
Acompañar a los ancestros
En la Vía Láctea

Un papalote ladrón
Bajará en picada
Escogerá el cadáver
Y alimentará a sus bebés.

El final desde el principio

Acomodado en el frondoso corazón
del bosque Jahanpanah,
lejos de los caminos concéntricos,
hay un viejo pozo
durmiendo un profundo sueño,
silbando con cobras y
víboras
bajo la cubierta de espinosos arbustos;

no visto y no escuchado,
inalterado y quieto
a través de los siglos

La oscuridad ciega atrapa
la locura
de Mohammad Tughlaq
el rey que primero creó
y luego abandonó lo creado
que regresó a Adilabad
la cuarta ciudad de Delhi,
donde respiró, arrojó y
observó el bosque

sonrojado y palpitante
con el amanecer

invitando a los amantes
a bajar los peldaños en espiral
tallados en su pecho,
para alcanzar la matriz del tiempo
y tocar el
principio de la historia.

Versiones del inglés de Laura Solórzano.

Mujer nacida en la biblioteca

VIPIN CHOUDHARY

«Guardar silencio por favor», muchos pensamientos han
[cambiado sus túnicas en este aire
disciplinado
Hogar materno del conocimiento
A kilómetros del maligno sonido terrenal
Recuerdo que alguien dijo
«Los libros son como ladrillos en una biblioteca»
Alguien dijo esto también
«No sólo nosotros los leemos, los libros también nos leen»
Entre las enterradas narraciones de los dictadores
He visto aquí
A muchos embajadores de la paz dormir pacíficamente
Con frecuencia imagino
Que el libro más leído
Podría considerarse el más afortunado
Desde siempre junto con una húmeda fragancia
Yo he entrado en la casa
Una mujer
Separada de ella misma
Ha encontrado consuelo en la biblioteca
Ahora aparte de leer libros en la biblioteca

Tengo también otro trabajo

Leerle a la dama inclinada en la mesa página por página

Como si hubiera una apertura frente a mí

Absolutamente nueva

De la cual ni siquiera una sola página

Es leída por nadie excepto por mí

Y que sin siquiera terminar la lectura es

Absolutamente clara

Versión de Víctor Ortiz Partida, a partir
de la versión del hindi al inglés de Promila Jakhar.

Nonato en un círculo

Sonnet Mondal

Una vez que nuestra alma se vuelve parte del «Ciclo Kármico»,

El efecto *Maya*[1] nos envuelve y nos obliga a pensar sobre una nueva vida, a pesar de las predominantes preocupaciones o penas.

Mi vida se ha hecho una con la flauta de la curiosidad—

Una que toca resonantes olas compartiendo la tonada

con crestas no nacidas y depresiones.

Una que seduce a las nubes

para aparearse con las cimas de las montañas

y suelta un ambiente de niebla

como el retoño de los valles.

Una que interroga la pureza

de la luz del sol y las nubes

1 Maya (sánscrito: «magia» o «ilusión»), concepto fundamental en la filosofía india. Maya originalmente denotaba el poder mágico con el cual un dios puede hacer creer a los humanos lo que al final resulta una ilusión. Pero más adelante significó la fuerza poderosa que crea la ilusión cósmica de que el mundo fenomenológico es real. (*N. de la T.*).

en días cargados de lluvia

para pintar el tatuaje de siete colores.

Siempre he traicionado

mis sentidos

mi racionalidad

consejo y sabiduría

dejando mi creencia sobre el eco de la flauta

para calcular la travesía intemporal del alma.

Yo seré un imponente fantasma o sólo una débil forma fantasmal

después que mis órganos, piel y huesos elijan abandonar mi locura

Pero Madre, me enseñaste que no estaba equivocado

El reflejo de tu matriz conmigo adentro

me dice que sólo soy otra alma que busca otra vuelta

tratando de nadar con la tonada de la flauta

hacia el círculo de la creación y la demolición.

Versión del inglés de Laura Solórzano.

Leila
[fragmento]
Prayaag Akbar

El centro de su palma

El autobús escolar de Yellowstone era una ruidosa trampa manchada de polvo y mugre. Las mañanas de invierno emergía de la niebla con sus dos ojos gigantescos mirándote directamente. Los asientos tenían la mugre incrustada en sus respaldos, y siempre estaban húmedos. El piso era repulsivo —cualquier cosa que se te cayera acababa verde y repugnante en segundos—, aunque debajo de la mugre había un bonito patrón de aluminio de pistas paralelas que cruzaban el pasillo. Las mañanas todavía mostraban el hastío por el día que comenzaba, pero las tardes eran mejores. Al cuarto para las cuatro, cuando subíamos al autobús, el calor disminuía y el viento comenzaba, y una sensación de abandono se sentía en el aire.

Algunos no podían aguantar los pocos minutos que el camión estaba detenido, encendido en el estascionamiento. Había peleas, pequeños que lloraban, conflictos a puñetazos. Una maestra con una lista impresa tomaba lista mientras formábamos una floja línea alrededor de ella. Había un chico alto de cabello rizado de un año superior, un niño de clase más baja, se notaba claramente. Su uniforme desgastado por ser lavado tantas veces. Zapatos baratos. Este niño de pesados rizos se subía de prisa y tiraba su mochila para apartar el último asiento, con el hule Rexine rasgado de cientos de compases y carpetas. Gritaba algo por la ventana, se acomodaba el cabello con los dedos, y comenzaba a pulsar su pelvis en tándem con un aliado de otro autobús. Este tipo de comportamiento era lo que los maestros llamaban «sucio», «callejero», «barato». Ciertamente, no era aceptable. Pero los maestros que esperaban subir al autobús con nosotros lo ignoraban. Estaban así a esta hora del día,

encorvados en los asientos de adelante como si los hubieran apagado. Para cuando estábamos rodando en el camino, había peleas con botellas de agua y brasieres jalados por doquier. Las parejas que llevaban tiempo juntas se iban hasta atrás. Algunos chicos luchaban. Los de hasta adelante nos arrancaban las ligas del cabello y sacaban la mano por la ventana para amenazar con lanzarlas al viento, para hacernos rogar.

Algunos días, el ruido se volvía demasiado, y el maestro de artes de la secundaria, el señor Basak, era el encargado de llegar a callarnos. Un viejo bengalí, tocado por el Párkinson y a punto de perder el oído. Una tarde, Basak llegó acechando por el pasillo. Un chico había subido la cubierta blanca de cada asientos unos cuantos centímetros para que cada uno se colapsara inútil bajo sus dedos, en vez de ser una superficie estable. Dos veces se tropezó. El viejo estaba furioso, detrás de sus lentes opacos como un par de ventanas esmeriladas. Nos sacudimos con risa silenciosa. Amenazó con involucrar a otros maestros. Y luego, unas filas atrás, un chico con su cabello peinado de partido en medio salió de entre los asientos como un animal de la pradera. Arremedó su acento y se escondió debajo. Basak giró peligrosamente. Por años en la escuela nos habíamos burlado de su denso acento bengalí, con vocales gruesas y fuertes, y consonantes perdidas. Ver a este chico lindo imitarlo me hizo reír hasta tener que agarrarme el estómago, hasta que las lágrimas de la risa no podían detenerse, incluso frente al viejo que seguía preguntando detrás de su acento: «¿Quién dijo? ¿Quién?».[1]

Riz era de un grado superior. Lo había visto voltearme a ver una o dos veces mientras yo caminaba por el pasillo del autobús. Quizá le gustó cuánto me había hecho reír su broma. El día siguiente, se sentó en el asiento triple justo frente al mío. Estaba jugando con dos chicas de mi clase a un juego en que pones el nombre de un chico junto al tuyo, cancelas dos letras en común, y ves si las letras que quedan deciden «amor», «odio», «amigos». Una canción de una película sonaba en las vetustas bocinas. Olía a las sobras del almuerzo que alguien estaba comiendo. Y yo estaba cruzando letras con la velocidad que sólo la práctica otorga, cuando una voz me interrumpió.

«Deberías probar con mi nombre», dijo Riz. Estaba sobre su asiento con las rodillas y los brazos envueltos en el respaldo.

---

1 En el inglés original la línea dice: «Oo said thees? Oo said?», imitando el acento bengalí del personaje. (*Todas las notas son del traductor*).

«Es sólo un juego tonto. Para niños», le dije. Y estaba enojada conmigo misma. Había un pequeño tinte verduzco donde su piel se había inflamado, quizá con una navaja de rasurar. Sonreía coqueto, como una estrella de cine. La intensa luz del sol a través del tinte de las ventanas le dejaba destellos ámbar en el cabello. A través de las bocinas podridas, la canción se volvía un grito de dolor. Cuando hablaba, continuamente se acomodaba el partido del cabello, con un movimiento de dedos que me causaba un cálido sobresalto de emoción. Quizá era su sincera admisión de interés, que era inusual a esta edad. Sentí un hambre instantánea.

Y sí, probamos el juego. El resultado que arrojó me escapa. Desplazó a las dos chicas que estaban sentadas junto a mí, y me sorprendió al sacar una armónica de su mochila y ponerla contra sus labios. Después, sacudió la cabeza y puso el instrumento en su bolsillo del pecho, y dijo: «Estoy tratando de aprender». Tenía yo las manos planas sobre los muslos. Estaba consciente, de repente, de lo sucios que estaban los dobleces de mis codos. Si los sobaba con un dedo, resultaban granos de mugre aceitosa, como polvo de borrador. Cuando él no miraba, los cubrí con las mangas de mi blusa. Todo pasó tan rápido, y justo cuando yo quería que el autobús tomara el camino más largo posible. Hablé del concurso de ensayo en la que me había inscrito. Me contó del equipo de *squash*, y me contó que había pasado gran parte del verano jugando juegos de video de una libra en las «fantásticas» máquinas del Trocadero, en Londres. «Eso es muchísimo, son como cincuenta rupias. Pero los juegos están mucho mejores que los que hay aquí». Ya había aprendido a conducir, dijo. Y justo antes de su parada, apuntó mi número en su cuaderno, en la última página, cubierta de rayones, partidas de «gato» empatadas y dibujos de chicas con formas como las de los cómics de *Archie*. Estaba segura que nunca me llamaría.

Y me llamó, justo esa noche, tan tarde que mis padres ya se habían dormido. Al principio fue un poco incómodo. Y después me dijo un secreto: un amigo de su equipo de *squash* estaba engañando a la chica más popular del grupo, una preciosidad de ojos fríos llamada Radhika. Le dije de una chica rellenita de nuestro autobús cuyo anciano tutor de matemáticas le sobaba los pezones con el pulgar y el índice, provocándole escalofríos durante las sesiones de una hora. Y así fuimos, intercambiando confidencias hasta que el cielo comenzó a brillar. Y desde esa noche, todo se sintió cálido y natural.

Unas horas después, en el autobús, me senté del lado de la ventana de un asiento doble, y bloqueé el asiento adyacente con mi mochila, con anticipación. Y caminó y pasó sin mirarme. ¿Vi ahí una sonrisa sarcástica? Estuve mortificada todo el camino a la escuela. Sola en un asiento doble, insegura de que me acompañaría, tremendamente consciente de cada minuto que pasaba. Y en la escuela, mis pensamientos hervían, desmenuzando todo lo malo que podría haber dicho la noche pasada. Pero en la tarde, sin siquiera mencionar el incidente de la mañana, una vez más se había separado de sus amigos y desplazado a mis compañeras. La intimidad de la noche llegó de nuevo. Nos tomamos de la mano. Con mi dedo dibujaba círculos en el centro de su palma, como me había enseñado una amiga. Se retorcía y cerraba los ojos. Nos fuimos por el barrio de Nizam, en el sector de Ashraf donde vivía. Justo antes de su parada, junto al letrero espectacular de una chica con un destellante *hijab*, nos besamos por primera vez.

Para entonces, mi familia también se había establecido, de acuerdo a la nueva ley. Vivir en el sector de Arora te dejaba con un leve —y a veces no tan desagradable— sentimiento de encierro. En cuanto pasabas los portones, los sentías surgir detrás del cuello. Los muros eran visibles desde casi cualquier lugar del sector. Papá había encontrado una estrecha casa de dos pisos en una línea de hogares idénticos con jardines en forma de cartera y techos de tejas del color de un sombrero fez. Desde mi cuarto, mirando hacia el este, el muro estaba a doscientos metros. Sobresalía por encima de la extensión de las casas propagadas con la placidez de una montaña. Desde la ventana corrediza de la sala de estar, y desde la ventana del cuarto de mis padres justo arriba de ella, se veía el muro como a un kilómetro. Todavía se veía en partes, aunque buena parte de la vista estaba obstruida por un cerro artificial en el que las familias ricas de nuestra comunidad habían construido sus mansiones; se dejaba de ver y se veía de nuevo, detrás del *shikhar* segmentado del templo de Shirdi Sai Baba; al noreste, vigilando más allá de la sucesión de campos de futbol y críquet. Después de un tiempo ya no me fijaba, y llegar a casa se sentía como si uno estuviera de vuelta en un lugar seguro, cobijado y bajo candado.

Por meses traté de ocultar la relación con Riz de mis padres. Entonces, Ma dijo un día que podía escuchar que mi teléfono timbraba cada noche, a través de las paredes delgadas como papel de nuestra nueva casa. Prometió no decirle a mi padre, pero en la cena, unas semanas después,

Papá contó una historia sobre el papá de Riz, chismes del club. El padre de Riz y otros exportadores de telas habían sobornado a burócratas clave para mantener la rupia devaluada. Ese robo codicioso, escarbar y rogar, es común de los exportadores, dijo repentinamente. Fue extraño, porque a Papá nunca le habían importado mis amigos o sus familias. No recuerdo que después de esto mencionara a Riz de nuevo.

Llegó el verano con el viento del Loo,[2] que llegaba cada día del desierto del oeste. El viento raspaba como lija y dejaba cúmulos de manchas marrones en la piel. La escuela se suspendió una semana antes de lo planeado, porque dos niños sufrieron de golpe de calor. Riz y yo planeábamos escabullirnos al cine el lunes porque ese día Ma tenía un almuerzo largo con sus amigas del colegio.

Un mediodía sofocante, un cielo pálido, plano como una sábana tendida. El brillo deslumbrante parecía rebotar desde las paredes blancas de las casas de piedra. Papá estaba en el trabajo, Ma estaba en su almuerzo. Desde mi ventana, mientras esperaba, vi una sandalia azul con blanco derretirse ante el calor de la superficie de la calle. El teléfono timbraba. Era Riz. «Apenas llegué», susurró. «Por un momento..»..

«¿Qué dijeron?».

«Son unos hijos de puta. Tus repetidores[3] son durísimos. Son lo peor».

Los repetidores son una banda informal de hombres, la mayoría de entre veinte y cuareta años. Trabajan para el concejo municipal, aunque en ese momento no se sabía cuán cercanamente. Son guardias de las comunidades y patrullan los muros. Al pasar de los años han construido una reputación terrible. La paliza que le propinaron a mi padre no era inusual. Generalmente van armados. Los incidentes más pequeños pueden volverse mortales. No usan uniforme, así que pueden huir entre las multitudes que invariablemente se forman cuando están destruyendo una tienda, o amenazando a algún inquilino. Uno de los líderes del concejo dijo, después de que causaron destrozos de nuevo: «Son como un puño. No son nada más». Pero los repetidores eran más importantes para el concejo de lo que se mostraba.

Mientras yo esperaba junto a la ventana, Riz y su hermano Naseer manejaban hacia el portón principal de mi sector. Naz era un año más

2 Loo es el nombre que recibe el viento desértico que afecta en el verano ciertas regiones del Ganges y el norte de India.

3 «Repeaters», se refiere a un grupo paramilitar de la India.

joven, pero le gustaba decir que era su hermano mayor el que necesitaba protección. «Bhai no es un peleador. Está construido para amar». Riz contaba historias entretenidas de la pandilla de su hermano menor, ocho o nueve gruesos fisicoculturistas con el tradicional sombrero *taqiyah*,[4] reclutados de algún gimnasio de escasos recursos del barrio de Nizam. Naz los llamaba «su espalda». Me decía, con la sinceridad de un niño pequeño, en sus oraciones como resortera: «Si alguien, cualquiera, cuaa-aaalquieeera, te dice o te hace algo. En tu sector incluso. Yo me encargo de él. Haría cualquier cosa por Riz. Es decir, haré cualquier cosa por ti también».

En el portón, los repetidores habían rodeado el nuevo sedán BMW gris azulado del padre de Riz. Un repetidor metió la cabeza por la ventana de Riz. «Sal del carro».

Riz y Naz emergieron del carro a la luz alta y fuerte del sol. Las casas de dos o tres pisos a la distancia ondulaban al vapor del calor del aire. Los parques estaban vacíos a esta hora, una fila de declives de venenoso brillo.

«Identificación», dijo el repetidor. Riz le entregó la identificación que había comprado, deseando que su hermano se quedara calmado.

«Kushagra Arora», leyó el hombre, con el ceño fruncido. «Pero entonces, ¿cómo es que nunca he visto a ninguno de ustedes antes?».

Quizá sólo les pasaba a los jóvenes, en busca de amor, que cayeran en este problema. Las mejores escuelas todavía no se habían trasplantado, con campos y auditorios y todo, a cada sector que tuviera suficiente dinero para ellas. Chicos y chicas de todos los sectores entonces acababan juntos todo el día. Los estudiantes encontraban cualquier forma de lidiar con los repetidores. Yellowstone tenía un peón llamado Raju, cuyo trabajo era sonar la campana entre clases. Uno de los muchachos del último año descubrió que Raju sabía falsificar. Por mil doscientas rupias te daba, en tres días, una versión bastante decente de la identificación del sector que necesitaras, con tu foto pegada. Cada sector tenía su propia insignia de casta, bordes distintos, firmas, fondos. La parte difícil debería haber sido la marca de agua: la pirámide, y debajo de ella escrito «Pureza para todos».

«Por lo general entramos por el portón 4», dijo Riz. «Nuestra casa está de aquel lado».

---

4 Un sombrero corto usado por los musulmanes en la India.

«Nosotros tampoco te hemos visto nunca». Dijo Naz. «¿Cuánto tiempo llevas trabajando aquí?».

Una mirada de preocupación surgió en la cara del repetidor. «Llevo trabajando aquí casi seis meses». Levantó las tarjetas de identificación para examinarlas mejor. «¿Ambos viven en la Creciente?».

«Sí», dijo Naz, avanzando un par de pasos. «¿Te dejan entrar ahí, o tienes que quedarte aquí afuera junto al muro?».

El repetidor les devolvió su identificación. «Pido disculpas. No sabía que eran de la Creciente».

«Somos una de las primeras familias», continuó Naz, disfrutando el momento ahora, incluso cuando el repetidor comenzó a alejarse. «¿Qué te piensas? Nuestro *abbu*[5] está en el comité».

El repetidor se detuvo. Giró de inmediato, confundido. «¿*Abbu*? ¿Dijiste *abbu*?», gritó. Otro miembro de su grupo se acercó también. «¿Escuchaste eso, Rakesh? ¿Lo que dijo este muchacho? ¿Usaría esta palabra un muchacho de nuestra comunidad para referirse a su padre?».

Naz miró a ambos lados, inmóvil. Riz corrió alrededor del carro, hacia su hermano, y se colocó entre Naz y los repetidores que se acercaban.

Riz mostró su sonrisa más grande. «Miren, muchachos. ¿Qué están diciendo? ¿Quieren que mi hermano les enseñe?». Se desabrochó la hebilla del cinturón y se metió la mano al pantalón, para agarrarse. Se rio junto con los hombres, y hacia su hermano. Riz sabía usar los hombros, la sonrisa, su encanto físico. «¿O quieren que yo les enseñe? Yo también puedo. Pero si mi madre se entera de que revisaron a sus hijos a ver si estaban ... recortados... como muchachos de cualquier madrasa... tendríamos que llamarle una ambulancia, amigos».

El segundo hombre reía. El primero seguía mirando con sospecha. Se acercó a Riz, a pocos centímetros de su cara, y de cerca, casi imperceptiblemente, lo olió.

«Mira, jefe», Riz continuó, «te diré la verdad. Saqué a este para enseñarle a manejar. Cree que tiene la edad suficiente. Quizá. Pero ahora no sé si es suficientemente inteligente». Una sonrisa surgió de la cara del segundo hombre. «No le dijimos a nuestro padre que íbamos a sacar su auto nuevo. No queremos decirle así, desde el portón. Entiendes, ¿no? Papá tiene un temperamento terrible. Primero, se enojaría contigo.

---

5 La palabra *abbu* es una forma levemente infantil de decir *papá* en urdu. Esto implicaría la condición étnica de los personajes.

Luego nosotros recibiríamos su furia completa. Mira, déjame darte algo para que te compres un té. No digas que no, tómalo, tómalo. Somos hermanos, después de todo. Nada más no les digas a nuestros padres. ¿Está bien?».

Para cuando Riz llegó a mi casa, yo era un mar de lágrimas. Los sirvientes seguían dormidos en sus cuartos, así que yo misma fui a la puerta. El golpe del calor casi me quita la respiración. Jalé a Riz adentro y rápidamente cerré la puerta detrás de nosotros.

«¿Por qué estás llorando *tú*?», preguntó levemente molesto, pero me limpió las mejillas con dedos tiernos.

«Lo siento».

«No es tu culpa. No llores». Miraba con rigidez al suelo, caminando alrededor de la mesa de café de nuestra pequeña sala de estar. «Ya me encargaré de ese guardia», musitó. «Olerme. Como a un animal. ¿Quién mierda se cree que es?».

«¿Olerte?».

«Y sabes que ni siquiera era eso». Dejó de caminar y me volteó a ver directamente. «No fue lo que él dijo, sino que tuve que mentir hoy. Mentir sobre quién soy, y de dónde vengo. Es humillante. ¡No me avergüenzo! Pero tuve que mentir, nada más porque... sólo por...».

«¡Sólo por mí!», grité consternada. Lágrimas calientes de nuevo. «Puedes decirlo. Sólo por mí».

Llegó hasta la puerta, donde estaba parada, y me envolvió en sus brazos. Puse los míos alrededor de su cuello. Me empujó contra la pared. Por minutos nos besamos en la sala de estar. Repentinamente recordé que un sirviente podría entrar y vernos en cualquier momento. «¿Quieres ver mi cuarto?» pregunté. «¿Pero dónde está Naz? No podemos dejarlo esperando afuera. Hay que dejarlo entrar».

«No te preocupes. Se ha ido de paseo en el carro. Nunca ha estado en un sector como éste, y quiere ver qué hay».

Cuando subimos por la escalera, Riz me pellizcó a través de mis *shorts* tipo Daisy Duke. Mi cuarto estaba oscuro y todavía fresco por el aire acondicionado de la mañana. Con un dedo del pie encendí el pesado interruptor verde, y un par de luces. «¡Cuánto rosa!», rio. «Hasta huele rosa».

En un principio, esa sensación de posibilidad abierta seguía siendo demasiado para nosotros. Con las manos detrás como un sargento que inspecciona, Riz caminó por el cuarto mirando el surtido de pósters y

fotos de las revistas de rock y de Hollywood. Las pegaba en la pared con cinta de doble cara. Dio tres o cuatro vueltas en mi cuarto mientras yo estaba sentada en mi cama, moviendo las piernas debajo de mí y bajándolas al piso de vez en cuando. Y de repente supe que se había puesto las manos detrás para evitar que temblaran. Cuando se acercó, le acaricié el brazo. Los pelos se le pararon por el escalofrío. Y, de repente, estaba en mi lado de la cama, y nos estábamos besando. Y luego estaba sobre mí.

Si entra algún sirviente, mi padre nunca volverá a hablarme.

El calor y el peso de sus muslos se sentían bien sobre mi cintura. Sus labios rondaban en mi cuello y sus dientes raspaban el cuello de mi camiseta. De repente, mi cuarto era un lugar distinto. La alta cabecera de metal se veía distinta de cabeza, las piezas de bronce de los postes de las esquinas como los rieles de un barco, las cortinas y muros rosas con una textura más profunda, aterciopelada. Y cada centímetro de mí, la chica que cortaba cinta Sellotape en pequeños pedazos y con cuidado los pegaba de seis en seis en las fotografías era otra persona completamente. Me quitó el brasier. Dejé salir un gemido largo y grave. *¿Les dirá a sus amigos cómo gemí? ¿A su hermano, en el camino de vuelta, cómo me quitó el brasier?*

Riz se estremeció en respuesta. Me trataba de quitar la camiseta con los dientes, moviéndola para poder concentrarse en mis pechos. *Pánico*. Le agarré la muñeca y le dije que no. Me miró con una gran sonrisa, con los ojos abiertos y hambrientos. Y luego poco a poco volvía a subirla. Mis dedos se envolvieron alrededor de su muñeca. Apreté más fuerte, sonreí, y volví a agitar la cabeza para decir que no. No hagas eso. Miré sus hombros poderosos. Me miró de nuevo, ya sin sonreír, y confundido. Nada está mal, dije, pero no me puedo quitar la camiseta. Se rio y quiso saber por qué. Por muchos minutos me rehusé a explicarle, mientras mordía a través de la camiseta mis pechos y mis costillas, seguro de que cedería. Y como no paraba, tuve que explicarle. Inocente, sin saber qué pasaría esta tarde, me había olvidado de rasurarme las axilas. Muy dulcemente, Riz pasó las siguientes dos horas en mi cama, con su boca y lengua vagando entre el borde de mi camiseta y la cintura de mis *shorts*. Me besó por mucho tiempo a través de mis *shorts* de mezclilla y me hizo girar, y perder el sentido del control de mi propio cuerpo. Después, cuando hablamos por teléfono, Riz se rio al recordar que había gemido y me había agitado como un pescado fuera del agua. Me burlé de su expresión cuando vio mis senos por primera vez. Y para entonces estábamos nerviosos por lo necesitados que nos habíamos visto.

En la escuela, nos encontrábamos durante los recesos del desayuno y el almuerzo. De vez en cuando encontrábamos algún salón vacío. Muchas veces simplemente nuestros pies se tocaban bajo alguna mesa de la biblioteca, o nos tomábamos de las manos. En el autobús tomábamos el asiento trasero, escondido junto a alguna ventana mientras otra pareja ocupaba la otra. Lo mandaba a casa todos los días hinchado hasta casi explotar. A veces sentía el bulto húmedo en sus pantalones. Me masturbaba en cuanto llegaba de la escuela. Nuestro segundo año juntos pasó rápidamente. Riz, en su último año, tenía permiso de sacar el auto tarde. Yo pasaba la noche en *casa de una amiga*. Justo antes de que se graduara, comenzamos a tener sexo. Íbamos en grandes grupos a bares sucios llenos de espirales de humo en el techo, y donde los dueños no tenían interés en aplicar las leyes de mayoría de edad o de sector. Íbamos a los clubes nocturnos, cuartos largos con láseres verdes que hacían líneas a través de la oscuridad, y baños hechos completamente de espejo y granito.

Casi duramos los cuatro años enteros que Riz estuvo lejos, en Oberlin. Pero se quedó en el *campus* en su último verano, y me pidió «*algo* de independencia». Me pregunté por qué su énfasis en el *algo*, cuando en verdad la palabra operativa debía ser la segunda. Un año, dijo, regresaría. Estaba enojada, pero decidí esperarlo. Sabía, sólo por las películas, cómo era la universidad en América. Sentada en mi cuarto, junto a mi computadora nueva, veía su *username* encenderse cuando estaba en línea; determinada a no iniciar contacto; perdiendo la paciencia, enviando algún mensaje innecesario en tono casual, hirviendo de coraje, mandando el *link* de una canción que estaba escuchando —¿estaba ahí? Sin respuesta. Viendo su nombre volverse gris de nuevo, cuando se iba sin decir ni *Hola*.

Me gradué de la universidad ese año, honores en inglés. Un par de semanas después de graduarme me emborraché una noche con unos amigos y me acosté con un estudiante de diseño de pelo largo, llamado Jethro, nombre real Jaiveer Arora. Me había dado un aventón a casa en su motocicleta. Una experiencia terrible, escabullirnos furtivamente por el cuarto de sus padres, su propio cuarto apestoso de humo rancio. Lo evité todo el verano. Y se extendió en mi sector el rumor de que yo era una puta.

En septiembre de ese año murió mi padre. Un año antes, se nos dijo que había contraído enfisema, que diagnosticaron como efecto del EPOC.[6] No podía trabajar. Esto lo hizo aislarse mucho más en sí mismo.

6 Enfermedad pulmonar obstructiva crónica.

Mi madre daba clases privadas de inglés a los niños del sector. Papá se sentaba en su mecedora. A veces incluso eso era demasiado, y le faltaba el aliento. Jadeaba como si sus costillas se hubieran colapsado, su pecho hundido, y boqueaba con dificultad. Tosía con tanta fuerza que los líquidos caían a metros de distancia. Líquidos transparentes en el mosaico, separados de la viscosidad de su corazón. Mi madre perturbada. Yo limpiaba después.

Ma había estado sola por mucho tiempo. Yo también, sin darme cuenta. Luego regresó Riz. Había vuelto de América. Nunca había conocido a mi padre, pero se apresuró a regresar en cuanto supo la noticia. Riz habló con sobriedad con mi madre por media hora, mientras ella estaba sentada con los ojos vidriosos sobre un tapete de paja que alguien había colocado en el piso de la sala. Se fue después de sonreírme levemente. Regresó con una foto de pasaporte de mi padre, ampliada y enmarcada. Mi madre comenzó a aullar del llanto. Cuando se colgó la foto, insistió que nadie la decorara con la tradicional guirnalda de caléndulas.

Riz vino cada día, y sirvió té y aperitivos a las visitas. En la tarde caminábamos juntos. Ése era el único momento en que yo podía llorar. Su camisa siempre acababa empapada en los hombros. Las primeras dos semanas mi tía y mis dos primos durmieron conmigo y con mi madre en colchones en la sala. Riz se quedaba todos los días hasta la hora de dormir. Les contaba a mis primos chistes tontos, mientras lo ayudaban a tender las sábanas de los colchones. Luego, me dijo que tenía que sobornar a los repetidores cada día para que lo dejaran entrar en el sector. Habían sido más amables porque entendían que había habido un fallecimiento.

Me pregunto qué habría pensado papá de mi boda. El *nikaah*[7] fue una mañana de enero en el *haveli*[8] del pueblo ancestral de Riz, rodeado de los huertos de mango de la familia, dos años después de que murió papá. Vinieron mi madre y Dipanita, mi mejor amiga. Nos fuimos al amanecer en nuestro viejo Fiat azul claro. El conductor no podía seguirle el paso al convoy y repentinamente habíamos llegado a un camino de pueblo lleno de pequeñas casas blancas y tiendas de abarrotes, y pequeños estudios fotográficos, hombres de largas barbas blancas y cabellos naranjas bajo sus *taqiyah*, mirando nuestro vehículo, curiosos por las mujeres citadi-

7 Una boda islámica.

8 Una mansión india.

nas. Parecía que se hubiera apagado el cerebro del conductor. El camino se hacía cada vez más estrecho. Tenía miedo, aunque no me atrevía a decirlo, de que alguna de las ruedas delanteras cayera en un bache y acabáramos llegando incluso más tarde. Una autocarroza del pueblo, de las que tienen espacio para ocho o hasta diez pasajeros, vino en el sentido opuesto. Tratamos de rodearla pero ninguno de los dos podía avanzar. Comencé a gritar, enojada con Ma, con el conductor. Dipanita trató de calmarme desde el asiento delantero. Finalmente llamé a Riz. En cuanto escuché su voz comencé a llorar. Me dio instrucciones precisas. Fuimos en reversa por el camino estrecho y llegamos a una pequeña glorieta. Naz apareció quince minutos después, y para entonces yo estaba tan furiosa con nuestra estupidez que estaba dispuesta a regresar a casa. Llegó en una 4x4, con uno de sus primos junto a él. Se acercó en sentido contrario, detrás de sus ruedas una densa nube de polvo naranja, y se subió los Oakleys a la frente.

«¿Nos vamos, damas?». Una sonrisa gigantesca mientras miraba alrededor. «Qué bonito lugar han encontrado, pero *maulvi* Sahab[9] espera». Cuando vio mi expresión, su cara cambió. «¿Por qué tan triste, Shal? Ammi, *abbu*, todos están relajados en casa. El *maulvi* lo está pasando bien. Ha tomado ya tres tazas de té, directo del tazón. Toda una imagen. Y todo un ruido, también». Sonrió levemente cuando me reí. Luego volteó a ver a mi conductor. «Y tú. Ahora sí sigue el paso. Te estoy observando».

No hubo sol en el *haveli* ese día. Después de nuestras disculpas sin importancia fui llevada de prisa a un cuarto estrecho alumbrado con luces de tubo, donde mi madre me ayudó a cambiarme. Riz estaba en la sala con los hombres de su familia y el *maulvi*. El corredor al aire libre que llevaba a ellos estaba lleno de rocío casi congelado. Ma me gritaba que me subiera el *jaal gharara*[10] que me habían dado. *No dejes que se arruine*. Me llevaron a un cuarto adyacente con colchones en cada centímetro del piso. Silenciosamente, repetí el nombre que había elegido. «Yasmeen, Yasmeen, Yasmeen», como la princesa de Disney.

A Ma parecía caerle bien Riz. No se inmutó mucho con la insistencia de su padre en el *nikaah*. Encontraron un *maulvi* que ignorara las rígidas costumbres de la conversión. Se divirtió en el *haveli*. Cuando asentí a las dos o tres preguntas que me hizo en urdu el *maulvi*, Mamá, Dips y yo

9 Un *maulvi* es un predicador islámico.

10 Vestido de gala pakistaní.

estábamos repentinamente rodeadas de una parvada de mujeres, las tías y primas de Riz. Riz entró y todas comenzaron a gritar. Parecía diferente en esta casa; más seguro de sí mismo. Nunca había sentido en él la falta de seguridad, siempre ancho y fuerte, vestido en una *salwar-kameez* marrón, con el pelo derramándose del *topi* blanco. Puso su brazo alrededor de mi cintura, lo que provocó muchas burlas. Mi madre y Dipanita se unieron a ellas. Fotografías con un carrusel de primas, las más jóvenes muy tímidas. Por la forma como lo miraban podía uno deducir que algunas estaban enamoradas de Riz.

El tío de Riz entró. Chachoo administraba las tierras de la familia. Sin decir mucho, tomó a Riz de la mano y nos escoltó al piso superior, a un pasillo con veranda que miraba a los jardines. La mañana se rehusó a volverse cálida, y yo temblaba de frío para cuando llegamos. Levantó un bloque de madera estrecho que aseguraba la puerta del final del pasillo. Una vez que nos llevó al cuarto, apuntó a la cama y miró firmemente al suelo. «Ustedes descansen aquí», murmuró. «Alguien subirá en media hora».

Estábamos en un cuarto húmedo donde las ventanas altas, entrecerradas, dejaban entrar sólo líneas del cielo gris, las barras de madera de las ventanas tan gastadas que sonajeaban. Encontré una caja de apagadores amarillentos pegada a la pared, y cuando la encendí, una luz de tubo prendió con chispeos y zumbidos. La idea de coger en este *haveli* de ochenta años, cuando mi madre y sus padres bebían té lechoso y denso bajo nosotros. Dipanita sentada con ellos.

Reí silenciosamente. Me quité dos capas de ropa, con cuidado, y las puse en una silla, y me extendí en la cama. Riz se quitó la *kurta*[11] y se unió, y ambos sonreímos al pensar en cómo nos tratarían ahora nuestras familias. Riz estaba inquieto bocarriba, así que puso su cabeza sobre mi pecho. Su respiración se aceleró. Apenas comenzaba a acostumbrarme cuando dijo: «Sabes, mis padres deben de haberlo hecho también en esta cama».

«Pues sí. Y ahora para eso estamos aquí tú y yo. Hora de cogerte a Jazmín, Aladdin».

«¿En serio? ¿Tienes energía para eso?».

«El cuarto está congelado. Y no tengo idea de cómo quitarme el resto de esta cosa».

---

11 Camisa larga de hombre.

«*Abbu* probablemente tenía vergüenza de decirle a Chachoo de nosotros. Que hemos estado juntos».

«¿Y por qué diablos sabría eso tu padre?», le pregunté a Riz, con un pequeño golpe en la nuca. Había grietas en el techo que parecían las fosas nasales y los ojos de una pequeña cara retorcida.

«Quisiera que mi papá todavía estuviera con nosotros», dije.

«¿Cómo está tu mamá? ¿Está tomando todo esto bien?».

«Sí, muy emocionada. Se ve bastante feliz».

«Me alegra. Me preocupaba que esto fuera demasiado».

«No, todo esto le gustó. Estaba preocupada antes».

«¿Qué quieres decir?», la voz apagada de Riz ahora estaba alerta. Se rodó lejos de mí y se levantó con la mano bajo su oreja derecha. El viento abrió una ventana y un cuadrado muy derecho de luz apareció en la cama, encendiendo el polvo que flotaba junto a la cabeza de Riz como burbujas de soda.

«Nada, realmente. Fue algo que dijo».

No dijo nada, y me miró con una sonrisa forzada, con el brazo doblado en un escaleno muy prolijo, y pensamientos rápidos detrás de sus ojos.

«Amor, no malentiendas», dije. «Sólo estaba siendo protectora. Soy su única hija. Por supuesto que se preocupa».

De nuevo, no hubo movimiento, pero sí el mismo tono pesado. «¿Qué dijo?».

«Abrimos una botella de vino porque era mi última noche en su casa. Ahora estará completamente sola. Pero sabes que le caes bien, ¿verdad? Nunca diría algo como eso».

«¿De qué se preocupaba, entonces?».

«Uf. Sólo preguntó si estaba segura de lo que estaba haciendo. Era más como una broma. Nos sirvió un segundo vaso, y subió la copa a su nariz, y dijo —traté de copiar la expresión nerviosa de mi madre, esperando que eso disipara la tensión—: "Riz es... es un chico *tan* bueno. Sabes lo bien que me cae. Nos ayudó tanto cuando tu padre murió. Y yo sé que ha estado ahí contigo. Te digo, mi mayor alivio es que es tan diferente. No es tan... típicamente musulmán, ¿sabes? Es que, después se pueden volver muy religiosos. Hay una tendencia. Le pasó a una amiga mía. Su esposo se volvió fanático después. ¿Recuerdas a tu tía Leena? Las hijas tenían que ponerse el Hijab. Sus hijos sólo podían casarse con mujeres musulmanas. Imagínate. ¡Aunque su madre era hindú! Me sentí tan mal"».

Riz no parecía ofendido. Incluso, le divertía. Lo volví a acercar a mi pecho. «He oído eso antes», dijo. «No de tu mamá, por supuesto. Debemos explicarle qué es un fanático de verdad. ¿Eso era entonces?».

«Sí, básicamente». Acaricié su cabello con mis dedos. «Le preocupaba que te quisieras casar de nuevo, y de nuevo, y de nuevo: "Pueden tener cuatro esposas. ¿Qué harás entonces?'».

«Mi pobre nena. Y la noche antes de casarte. Qué puñeta psicológica».

«Y le dije que te haría la vida tan miserable que nunca querrías casarte de nuevo. ¡Y lo haré!».

Sus padres insistieron en que pasáramos la noche en la casa vieja, pero mientras su familia hacía la siesta, hicimos que uno de los conductores nos llevase a la ciudad. Nuestros amigos de la escuela nos esperaban en una suite que Riz había rentado en Claridges. No hicimos la larga celebración típica porque nuestro matrimonio ya era de por sí complicado. No era contra la ley, pero te hacían sentir como si hubieras hecho algo terrible. Nuestras fotografías tuvieron que publicarse en el boletín de la estación de policía por un mes antes de la boda. Permisos firmados de los padres de ambos, en todo tipo de formas burocráticas. Habíamos tenido que tramitar fotocopias del certificado de defunción de mi papá con siete autoridades distintas. Permisos, en su sector y en el mío. Tuvimos que declarar domicilio oficial. Las reglas eran tan estrictas que se había vuelto imposible para nosotros vivir en su sector, o en el mío, con alguna semblanza de paz.

Y así fue que llegamos al East End •

Traducción del inglés de Héctor Ortiz Partida.

Hogar

SARABJEET GARCHA

¿Qué página de qué libro
estará abierta ante mis ojos
cuando dé mi último suspiro?

¿Qué línea de qué poema
estaré mirando?

Quizás tan sólo un pensamiento invocará
una noche entera en el corazón:
¿por qué no pude aceptar por completo
al creador imperfecto
de versos perfectos?

Sigo buscando un lugar para los sueños
por una razón más allá de las palabras.
Lo que encontré
lo derritieron los párpados.

Éste fue el mismo lugar
donde los sueños se convierten
en cartas sin direcciones.

Había un cartero que solía
entrar por la puerta trasera:
nunca lo vi.

¿Cómo podría siquiera afirmar
que las cartas que había recibido
eran realmente mías?

Los mismos amigos a los que no les podía hablar en el día
seguían apareciéndose en mis sueños.
Seguía encontrando los barcos de papel que hacían flotar
en un lento río.
Otros debieron haber recibido también los míos,
amigos a los que no podía ver
desde mi lugar junto al río.

El agua no pudo borrar la tinta.
Quizás también se había conmovido
con algún mensaje escrito.

No había diálogo.
Incluso así, las palabras siempre se intercambiaban
en algunas direcciones.

Incluso si el mismo río
no aparecía en los sueños de todos los amigos,
cada uno de nosotros bendecía al cartero invisible
que hizo de nuestros hogares
los destinos de cartas sin direcciones.

Cada hogar conectado de corazón
se volvió el hogar del poeta.

Versión del inglés de Víctor Ortiz Partida.

Poonachi o la historia de una cabra negra

PERUMAL MURUGAN

I

HABÍA UNA VEZ una cabra en un pueblo. Nadie sabía dónde había nacido. El origen de una vida ordinaria nunca deja rastro, ¿verdad? Dicho esto, la llegada de la cabra al mundo fue de algún modo inusual.

Aquel año no había llovido mucho en ese tramo de tierra semiárida conocido como Odakkan Hill. Los últimos años habían sido iguales. Si en un día excepcional llovía durante media hora, algunos advenedizos hablaban de «lluvia torrencial». Nunca habían vivido una temporada de lluvias en la que el agua cayera sin parar durante todo el día a lo largo de varios meses. Cuando la lluvia era abundante, maldecían: «¿Por qué llueve tanto?». Estaban hartos de tener que proteger sus pertenencias de la lluvia y de terminar empapados cada vez que salían. Pero hasta un enemigo debe ser recibido con cortesía. Si maldecimos y ahuyentamos la lluvia, que nos trae riqueza y prosperidad, ¿por qué tendría que volver a visitarnos?

Meditando así sobre la falta de lluvia, el anciano estaba sentado en una colina cercana a su terreno y observaba el cielo con la mirada perdida. Era un granjero perteneciente a la comunidad de Asuras. La cosecha acababa de concluir en todos los campos. El rendimiento había sido modesto. Pero aun después de la cosecha quedaba algo de hierba verde y exuberante en los terrenos. La capa de rocío ayudaría a que la hierba soportara el calor del sol y sobreviviera otros cuantos días antes de secarse por completo. Aunque poseía algunas cabras que podía llevar a pastar allí, el anciano anhelaba tener una cabra más para alimentarla y criarla en tan sólo dos meses.

Había una pequeña concavidad bajo la colina donde se hallaba sentado, más allá de la cual se extendían campos bañados por el sol. Le encantaba

sentarse allí al atardecer para admirar el espectáculo de la sábana carmesí que se tendía sobre el horizonte. En días en que llevaba a pastar a sus cabras a ese lugar, así como en otras ocasiones, se retiraba hasta después de contemplar la colorida exhibición que se desplegaba en el cielo. Si por alguna razón se la perdía se sentía agraviado, como si le hubieran robado algo precioso. «Siéntate en el campo y mira el cielo un rato. Te despejará la mente», solía mofarse la esposa del anciano.

Un día, mientras disfrutaba el atardecer, sus ojos fueron atraídos por una visión insólita en el largo sendero contiguo al terreno. Una silueta enorme se movía en la distancia. Parecía como si el tronco de un árbol despojado de todas sus ramas se hubiera arrancado de su sitio para echar a andar por el sendero. El anciano se puso de pie instintivamente. En los momentos siguientes quedó claro que lo que observaba era la figura de un hombre, estirada por la luz del ocaso.

El anciano conocía a toda la gente de la zona, incluidos los niños locales de todas las edades. ¿Quién podía ser, entonces? No lograba adivinarlo por la manera de andar. En el espacio entre un paso gigantesco y el siguiente, pensó, un hombre de uno ochenta de estatura podía recostarse y extender los brazos libremente a ambos lados.

Era la hora del crepúsculo y la figura se movía con rapidez, quizá porque quería llegar a algún lugar antes de que cayera la noche. Parecía que iba a pasar justo por la colina en unos cuantos segundos. El anciano creía que no había un alma en la región que no conociera. Tampoco había imaginado jamás que sería fácil que alguien lo ignorara y se alejara. ¿Quién era ese gigante?

Unos instantes después, el balanceo de su mano derecha y su brazo izquierdo doblado aparecieron a la vista. Al advertir que el gigante se apretaba el brazo izquierdo contra el pecho, el anciano se preguntó si sería inservible. Si cobraba tal impulso moviendo sólo el brazo derecho, ¡a qué velocidad andaría si hiciera oscilar también el izquierdo! Para tratar de averiguar la identidad del gigante, el anciano bajó de la colina hacia el sendero.

El gigante era una figura imponente, alto como media palmera y ataviado únicamente con un taparrabos atado a la cintura. El taparrabos parecía aletear en la brisa. Aunque el anciano lo divisó desde lejos, el gigante había acortado la distancia en un santiamén. Daba la impresión de que pasaría volando y se perdería para siempre en cuestión de segundos. Temeroso de que se le escapara, el anciano gritó desde cierta lejanía:

—¿Quién anda ahí?

El gigante se detuvo en seco.

—Soy yo, *samiyov* —respondió.

Su voz sonó como una avispa que se abriera paso en un trozo de madera. El anciano todavía no podía identificarlo. Pese a que el gigante aún se encontraba a cierta distancia, el anciano tuvo que alzar los ojos para ver su rostro.

—¿Quién eres? —preguntó—. Pareces ser nuevo por aquí.

—Para nada —contestó el gigante—. Pertenezco a esta región. Deambulo de pueblo en pueblo tratando de vender esta cabrita. Aún no he hallado a un comprador. Tiene un día de nacida. Por eso estoy yendo a cada campo, *samiyov*.

—Si vas al mercado la venderás muy rápido —dijo el anciano.

—¿Quién comprará a mi bebé en un mercado, *sami*? —rio el gigante.

Este tipo es muy arrogante, pensó el anciano.

—Los hombres llegarán uno tras otro, le sujetarán la quijada y le mirarán los dientes. Le rodearán la cintura con los dedos, le jalarán las ubres y le acariciarán el lomo. ¿Acaso no hemos visto a las pobres cabras expuestas como si fueran joyas en los mercados? ¿Acaso permitiré que cualquier mano vieja toque a esta bebé hermosa? Por eso no me atreví a llevarla a un mercado. No está en mí criar a esta cabra y ganarme la vida con ella. Así que vago de pueblo en pueblo intentando encontrar a alguien que la cuide como se debe —explicó el gigante.

Parece que la lengua de este sujeto también se alargará como su cuerpo, pensó el anciano. Echó una ojeada a la cabrita. Era apenas visible. Quizá descansaba cómodamente en el hueco del brazo del gigante. En la tenue luz del ocaso no se le podía distinguir con claridad. El anciano estaba reacio a acercarse.

—Dices que has ido a varios pueblos. ¿Nadie tuvo el dinero suficiente para comprar esta pequeña maravilla?

—Ah, los hombres de fortuna abundan como los gusanos de la fruta. Lo que escasea son los corazones buenos. Sólo un hombre de buen corazón podrá tener a mi bebé —dijo el gigante.

Se agachó y dejó a la cabra en el suelo. Su espalda era tan ancha como una losa de granito. Cerca de sus pies se retorció un gusano grande y gordo. Al enderezarse, se quitó el turbante para secarse el sudor del rostro y el torso.

—Mire, no es una cabra cualquiera. Su madre dio a luz una camada de siete crías. Luego de que parió a la sexta, pensé que ya había terminado y que sólo restaría el cordón umbilical. Pero entonces se le contrajo el cuerpo y pujó con fuerza una vez más. Así salió la séptima cabrita, que cayó como un pedazo de estiércol. Es un verdadero milagro, mírela nada más —dijo el gigante.

Una brisa agradable se había levantado con el atardecer, pero el sudor corría por el torso del gigante como un riachuelo. El anciano lo observó con asombro mientras detenía el flujo con el turbante y se secaba. ¿Qué clase de hombre es?, se dijo, ¿vendrá de otro planeta? El gigante continuó:

—No puedo seguir dando vueltas, *sami*. Mis días están tocando a su fin. Le dejaré esta cabrita y retomaré mi camino. Cuide de ella, *samiyov*.

Alzó a la cabrita y la depositó entre las manos del anciano. Al principio éste sintió que un mazo le había rozado los dedos, pero enseguida se topó con una flor en sus palmas. Nunca antes había visto una cabrita tan minúscula. La contempló azorado. Su forma inquieta le cabía a la perfección en la curva del brazo. La cabrita era totalmente negra, del negro lustroso de un escarabajo. Con la mano reposando en la garganta del animal, el anciano levantó la vista. El gigante había desaparecido, disolviéndose en la oscuridad al final del sendero.

—¡*Yov*, *yov*! ¿No quieres algo de dinero a cambio? —gritó el anciano.

Pero el gigante no pudo oírlo. El anciano permaneció inmóvil, observando cómo la figura se reducía a una mancha y después se esfumaba por entero. Al girar con lentitud, el anciano fue presa de la ansiedad. Había anhelado tener una cabra más que pastara en la hierba verde. Por azar, esta pizca de estiércol había llegado a sus manos. ¿Cómo iba a criarla hasta que fuera adulta?

2

El anciano subió la colina y entró en el campo. Había recogido hierba para llenar una cesta. Después de colocar a la cabrita en la cama de hierba levantó la cesta, se la puso sobre la cabeza y echó a andar. La oscuridad había llegado como una niebla humeante que comenzaba a instalarse despacio en el cielo carmesí hacia el Poniente. Era hora de volver a casa. Alguien como el gigante, con sus zancadas largas, habría llegado quizá en un santiamén.

El cobertizo de paja del anciano se localizaba relativamente cerca del campo. Para llegar a él debía atravesar el terreno, tomar el camino de barro, cruzar la orilla del lago y luego avanzar penosamente por el extenso sendero que serpenteaba por los prados semiáridos.

Para cuando el anciano alcanzó el sendero, su sombra se había empezado a desvanecer. Optó por dar pasos largos, apresurándose para llegar a casa antes de que estuviera demasiado oscuro para ver dónde pisaba. En todo el trayecto había campos cortados. Aquí y allá distinguió a algunos hombres que regresaban al hogar con sus cabras después de llevarlas a pastar a la

hierba nueva. Si no fuera por la cabrita ya estaría en casa con la cesta llena de hierba.

Mientras avanzaba oyó de golpe que la cabrita balaba una y otra vez en un zumbido constante. La miserable no sólo había consumido su tiempo sino que además lloraba, pensó el anciano molesto. Entonces vio a un grupo de pastores que corrían hacia él desde las cuatro direcciones, gritando:

—¡*Dhooyi, dhooyi*!

El anciano se detuvo en seco, sintiendo que algo andaba mal. Parecía que una ráfaga de viento quería arrancarle la cesta de la cabeza. La asió con fuerza. Un hombre se adelantó velozmente, tomó al anciano del brazo y lo estabilizó. De otro modo habría caído de bruces en la tierra. El hombre retiró la cesta de la cabeza del anciano y la puso en el suelo. Tras recobrar la compostura, el anciano preguntó sin aliento:

—¿Qué sucede?

—Voltea —dijo el hombre, apuntando al Poniente. Agitando las alas, un ave enorme volaba hacia la colina donde ya había oscurecido.

—¿Qué llevas en la cesta que atrae a un pájaro tan grande? —Dos o tres hombres se aproximaron al anciano con aire inquisitivo—. ¿Una rata que atrapaste en el campo?

Entretanto, la cabrita se había incorporado con lentitud en la cesta para gemir: «Mmmm». El anciano aún estaba demasiado asombrado para hablar.

—Traías a este gran gusano negro en la cesta. Por eso atacó el águila —rio un hombre al alzar a la cabrita.

—Es una cabrita, viejo —dijo otro hombre.

La cría se retorció como lombriz en manos de quien la había alzado. Todos los pastores la observaron con asombro.

—¿En serio es una cabrita?

Se la turnaron para examinarla. El anciano se sentía avergonzado. Si los pastores no la hubieran visto al descender sobre la cesta, el águila se habría llevado a la cabrita entre las garras para devorarla.

«Mírenla», pensó el anciano. «Este instante de peligro debió estar en su destino». Después se dirigió a los pastores:

—Como la providencia, ustedes se presentaron en el momento preciso para ayudarme. Además de perder a la cabrita, podría haberme caído con la cesta y roto una pierna. ¿Qué habría hecho entonces? Tengo a una mujer en casa. Todos los días me da de comer porque trabajo y gano algo de dinero. ¿Me cuidaría si me viera tendido en cama con la pierna rota?

Un pastor en taparrabos que sostenía en una mano a la cabrita dijo:

—Su barriga está vacía, viejo. Mírala. Tiene tanta hambre que no puede ni abrir los ojos.

El pastor gritó «*Bu-ck-oo, bu-ck-oo*» y sus cabras vinieron corriendo hacia él. Eligió a una hembra y le puso a la cabrita en la ubre. La cabrita estaba demasiado débil para alcanzar el pezón, así que el pastor se lo metió en la boca. Era quizá la primera vez que la cabrita intentaba mamar de una ubre. Luego de batallar un poco, logró agarrarla con firmeza y la succionó. Cuando las primeras gotas de leche tocaron su lengua, descubrió un nuevo sabor y empezó a amamantarse con entusiasmo.

—Esta cabrita es inteligente —dijo el pastor que había dispuesto la alimentación. Al cabo de unas cuantas succiones que le empaparon el vientre, la cabrita sintió que le dolía la quijada y soltó el pezón—. Anda, bebe un poco más. Así pasarás una noche sin punzadas de hambre —insistió el joven, haciendo que la cabrita continuara amamantándose otro rato. Después la levantó para entregarla al anciano—. Parece un gusano, pero gracias a su actitud ya es toda una adulta —dijo.

Los pastores se alejaron con sus rebaños. Luego de asegurar a la cabrita en la cesta y cubrirla de hierba, el anciano retomó su camino. «No sé cuántos riesgos más correrá esta criatura», caviló. «¿Podrá sortearlos o sucumbirá a ellos? ¿Quién sabe qué le depara el destino?».

A la anciana no le gustaron el aspecto ni los ruidos de la cabrita. Se dirigió a su esposo con el ceño fruncido:

—¿Dónde recogiste esta gatita? ¿Para qué la necesitamos? —Cuando el anciano la sacó de su error, ella alzó al animal y exclamó azorada—: En efecto, *es* una cabrita.

Toda la noche los ancianos repasaron la historia de cómo había llegado la cabrita a sus manos. Tenían ya dos cabras. Una de ellas había dado a luz apenas el mes anterior. Tres crías: dos machos y una hembra. Los tres animales brincaban y jugaban en el patio delantero. La otra cabra estaba preñada y alumbraría dentro de un mes aproximadamente. Habían vendido las crías de su camada previa al carnicero hacía tan sólo diez días. También tenían una cría de búfalo, una novilla. Si pastaba durante un año más, estaría en edad de aparearse y entonces podrían venderla.

La pareja pasaba sus días ocupándose de algunos cultivos en el medio acre de tierra contiguo a su cobertizo de paja, llevando a pastar las cabras y atendiendo la cría de búfalo. El anciano se responsabilizaba de pastorear las cabras en los campos y de buscar forraje para ellas y la novilla. Usaba esta labor como excusa para vagar por terrenos y pueblos, bromeando con la

gente y disfrutando de la camaradería. Su esposa casi no salía de casa. Como sus necesidades eran pocas, iba al mercado una vez al mes para comprar provisiones. Ambos visitaban a su hija una vez al año para el festival anual en el templo del pueblo, que implicaba ausentarse durante una quincena. Era su única hija, y ellos no deseaban más que pasar el resto de sus vidas con la serenidad mantenida todos estos años.

Esa misma noche la anciana puso un apodo a la cabrita que parecía gatita: Poonachi. Una vez había tenido una gata llamada así. En memoria de esa mascota amada, la cabrita también se llamaría Poonachi. La habían adquirido sin gastar ni un centavo. Ahora, de algún modo, debían cuidarla. Su esposo le había contado una historia vaga acerca de un demonio parecido a Bakasura con el que se topó y que terminó dándole la cabrita como obsequio. La anciana se preguntaba si podía habérsela robado a un pastor. Alguien podría venir a buscarla mañana. ¿Y si su esposo le había contado esa historia para ocultar su crimen?

La anciana no estaba acostumbrada a prender lámparas por la noche. La pareja cenaba y se retiraba a dormir cuando aún había luz del crepúsculo. Esa noche, sin embargo, ella tomó una gran lámpara de arcilla y la llenó con aceite de castor extraído el año anterior. No había algodón para el pabilo. Arrancó una tira de un taparrabos desechado por su esposo y la convirtió en mecha.

Miró a la cabrita a la luz de la lámpara en el cobertizo como si viera a su propia hija después de mucho tiempo de separación. Su cuerpo no presentaba puntos calvos ni magulladuras. El animal era completamente negro. Mientras observaba la lámpara, sus ojos abiertos de par en par eran claramente visibles. En su rostro había un rastro de fatiga. La anciana pensó que la cabrita lucía demacrada porque no había sido alimentada de forma correcta. Debía de tener apenas unos cuantos días de nacida. En su corazón enraizó la determinación de que de alguna manera debía criar al animal hasta la edad adulta.

Llamó al anciano para que acudiera a ver a la cabrita, que parecía un grumo negro brillando bajo la lámpara en la noche profundamente oscura. El anciano le jaló con cariño las orejas que aleteaban y dijo:

—Vaya suerte que tienes de vivir aquí.

Hacía mucho que marido y mujer no se entregaban a una charla tan amena. Gracias a la repentina entrada de la cabrita en sus vidas acabaron hablando de los viejos tiempos ●

Traducción de Mauricio Montiel, a partir de la traducción del tamil al inglés de N. Kalyan Raman

Nelumbo Nucifera

LAKSHMI KANNAN

Por dos mil años

Asia te ha conocido

como un fenómeno de autolimpieza.

Pero ¿cómo pudo

El-honrado-por-el-mundo[1]

saber de ti, antes de eso?

Él no era Wilhelm Barthlott[2]

ni tampoco tenía un microscopio electrónico

para escanear el mecanismo de

ceras hidrofóbicas

---

* *Nelumbo Nucifera:* es el nombre científico de la flor de loto, además el «Sutra del loto» es uno de los más influyentes sutras mahayanas o discursos del Buda. (*Todas las notas son de la traductora*).

1 El-honrado-por-el-mundo: *Bhagava*t, en sánscrito, se refiere a uno de los diez nombres de Shakyamuni Buddha (Siddhartha Gautama) cuyas mejores enseñanzas se encuentran en el «Sutra del loto».

2 Wilhelm Barthlott: botánico alemán conocido por el «efecto del loto». Él y Ehler estudiaron las propiedades de autolimpieza de las hojas de loto en 1977. Es el resultado de ultrahidrofobicidad de las hojas del nelumbo o flor de loto. Las partículas de suciedad son recogidas por las gotas de agua debido a la arquitectura micro y nanoscópica de la superficie. Esto minimiza la adhesión de las gotas a la superficie.

en las células epidérmicas de las hojas del loto.
Toda la suciedad
y los agentes patógenos del karma negativo
son recogidos cuidadosamente
por gotas de agua
hasta que no haya ninguna adherencia
en la hoja de loto

Sobre el agua lodosa, tú, el loto,
floreces en fresco rocío, inmaculado y limpio
sobre el sucio pantano.
Así es como, dijo el honrado-por-el-mundo,
el loto mantiene su cabeza
por encima de las aguas.

Versión de Laura Solórzano, a partir de la versión
del tamil al inglés de la autora.

Rajathi Salma

Lago

Con la cara oscura de lánguido suspiro
El lago yace plácido e inmóvil

Hace unos días,
Tiraste
Tus cálices vacíos en él
Sin pausar un instante;
Y el lago los recibió
Sin protesta

Otro día
Enjuagaste tu cenicero,
Echando la ceniza en sus aguas

Ayer incluso
Al escarnio de nuestro amor
Que se ha agriado, escupiste
Furioso en el agua.

A cualquier hora —sin importar
Cuándo del día—
Tiraste tus desechos
Ahí y te limpiaste.

Hoy, sin recordar
Nada de esto, te preparas
A saciar tu infinita sed.

Éste no es un río que carga
Tus tóxicos efluvios en la corriente
Sino un lago, plácido e inmóvil

Agua, acumulada
Un estanque inmóvil
Que carga con todo sin perder nada.

Imagen

Pisada en la oscuridad,
La cucaracha fue molida
Hasta la pulpa. Toda la noche,
Una armada de hormigas ha
Limpiado el cuerpo de carne,
Dejando sólo el armazón vacío para mostrarme
La imagen de mí misma
Con alas que ya no pueden elevar el vuelo
Y patas de palo —ahora redundantes e inútiles.

Contrato

Mi hermana me silba con furia
Lo que mi madre me susurra con tacto:
Que todos los fracasos
En el lecho conyugal
Son míos y sólo míos.

Las primeras palabras que escucho
Cada noche en la alcoba:
«¿Qué te pasa esta noche?»
Éstas son, casi siempre,
También las últimas palabras.

Un dedo apunta a un trueque lascivo
Al aire de noches timoratas, esperando la redención
Por diez millones de estrellas brillantes,
Flotan palabras de sabio consejo

Incapaz de alimentar a sus crías,
La gata llora como una niña;
Y su llanto
Me desgarra el hígado.

Tú, también,
Tendrás quejas.
Mi posición, sin embargo,
Se ha hecho clara
Al tiempo y a la historia.

Para recibir
Un poco de tu amor
Incluso turbio como lo está —

Para cumplir
Mis deberes
Como la madre de tu hija —

Para que traigas
Toallas sanitarias y anticonceptivos
Del mundo exterior;
Y para buscar más favores mezquinos —

Para darte un poco de órdenes,
Si pudiera —
Para afirmar un poco
De mi autoridad —

Mi vagina se abre,
Y sabe todo lo que debería.

Pasada media noche

En los días después de mi embarazo y parto,
Buscas, insatisfecho,
Entre la familiar desnudez de nuestras noches,
El pasado intacto de mi belleza.

Mi cuerpo hinchado
Mi vientre arrugado de estrías,
Son verdaderamente repulsivos, me dices;
Y también que
Mi cuerpo no cambiará —
Ni ahora, ni nunca

Mi voz, largo tiempo enterrada
En un un pozo de silencio,
Musita para sí misma:

Sí, es verdad
Tu cuerpo no es para nada como el mío,
Con su fanfarria
Y su flagrancia

En los años pasados,
Podrás haber tenido hijos
De mujeres extrañas en tierras desconocidas.
No queda ninguna huella en ti, por supuesto —
Puedes estar orgulloso de ello.

¿Qué puedo hacer yo?
Estas estrías son
Como mi descenso:
No tan fáciles de reparar o remendar.
Este cuerpo no es papel que puedas cortar e injertar.

La traición de la naturaleza
Ha sido mucho más terrible conmigo que contigo.
Fuiste tú, después de todo, quien comenzó
La primera fase de mi caída

Las horas después de la media noche,
Cuando los sueños crecen en oleadas
Son de más calamidad
Que las horas anteriores.

Ahora es pasada media noche;
Deja su quieta percha dentro de un mural,
El tigre se monta en mi cabecera
Y se sienta ahí, y me mira.

Una noche y otra

I.
Otra noche
Se desliza marchita
En los resquicios de la soledad.

Piernas demasiado débiles
Para escalar las paredes
Caminan en la oscuridad
De los aposentos interiores.

Al calor de los respiros
Exhalados por el acomodo
Del cuarto, se levanta
El pungente olor del azufre.

No puede haber segunda opinión
De la futilidad del intento
De excavar y deshielar
Los sueños tanto tiempo congelados

Podría haber especies
En este universo que viven
En placer, subsistiendo solamente
De sus presas y cortesías conyugales.

La sucesión de tensas noches
Y los quejidos inquietos de la niña
Se volverán
Una fuente de burlas en mi contra.

2.
Esta existencia
Es complicada —
Como la vida de un gato
Que se esconde en la cocina

Una gruesa capa de crema se ha formado
Sobre el té que espera a ser bebido;
Su olor quemado me acosa.

En las salas de estar
Llenas de bullicio humano
No hay nadie con quien
Pueda yo volverme conocida.

La soledad en el baño
Crea miedo, que viene de
La revulsión por la desnudez.

Casas erigidas dentro de jaulas
Ejercen su bullicio y ajetreo
Sólo para asustarme.

En jardines levantados
Entre muros, no hay sombra
Para sentarse a descansar.

Ni se asegura la privacidad
En los espacios abiertos
De la terraza de arriba.

No hay asiento en dónde
Sentarse cómodamente
Con los pies colgando.

Si mi hija
Me prestara
Su cuna,
Dormir podría volverse posible.

Versiones de Héctor Ortiz Partida, a partir de las versiones del tamil al inglés de N. Kalyan Raman.

Adiós, *Mahatma*

Devibharathi

Por el suave rechinar de las bisagras, Gandhi supo que alguien abría la puerta de su cuarto. Luego escuchó el movimiento de pies, más cerca con cada paso cuidadoso. El *Mahatma* cerró los ojos y fingió dormir.

Debía de ser Dhaniklal, un viejo que era por mucho el más alerta de los habitantes de Casa Birla; el secretario personal de Gandhi, alguien que se enorgullecía más de llamarse discípulo que secretario; que creía que atender al hombre era igual que servir a la nación. El único deber de Dhaniklal consistía en vigilar al *Mahatma* durante la noche, sin dormir ni un parpadeo, desde un cuarto muy pequeñito situado directamente con vista a su dormitorio. Entraba al cuarto de Gandhi al menos tres veces cada noche y se aseguraba de que todo estuviese bien con él. Hasta un tenue gemido de Gandhi ponía muy nervioso a Dhaniklal. Una vez, Gandhi le había preguntado, en tono de broma:

—¿Por qué esta vigilia constante, Dhaniklalji? ¿Quieres ser testigo cuando me muera?

Dhaniklal se alarmó.

—Tú nunca morirás, *Bapuji* —dijo—. El futuro de esta nación ha sido confiado a tus manos misericordiosas.

Gandhi suspiró.

—No moriré tan pronto, Dhaniklalji —replicó—. Mis deberes no están cumplidos aún. Mis luchas, también, son muy largas, Estoy condenado a vivir por tanto tiempo como se me necesite. Si, por casualidad, Dios decide llevarme antes, nadie puede anticipar ese momento, ni siquiera tú. Toses y quejas nunca serán avisos de mi muerte, Dhaniklalji. Mi muerte será silenciosa. Al alba de una mañana de primavera, un pajarito anidando en la punta de un cedro rojo muy alto en el centro de Delhi despertará y anunciará mi muerte

al mundo. Dhaniklalji, todos —incluyéndote a ti— estarán bien dormidos entonces. Así que deja de preocuparte y descansa un poco.

Pero Dhaniklal nunca era capaz de dormir apropiadamente. Gandhi, cuando despertaba al amanecer, veía a Dhaniklal dormido con su cabeza reposando en el borde de su cama. Para no molestarlo, se levantaba sin hacer ruido e iba al baño. Dhaniklal dormía profundamente hasta que Ghandi terminaba de escribir sus cartas. Urgido por el instinto, tal vez, se despertaba justo antes de que Gandhi saliera a dar su caminata matutina. Después, durante las oraciones y siempre que Gandhi estaba metido en conversaciones dentro su cuarto, los ojos de Dhaniklal se nublaban de sueño. Siempre que Gandhi veía a Dhaniklal en ese estado, su corazón rebosaba de bondad y compasión.

Pero Gandhi también sospechaba que estaba perdiendo gradualmente la habilidad de controlar el fastidio que le causaban las vigilias de Dhaniklal. Estaba constantemente preocupado de decir, sin querer, algo que lo lastimara. Lamentaba tener que fingir que dormía siempre que Dhaniklal entraba en su cuarto, tan sólo para evitar las preguntas de éste. Sus ojos comunicaban disgusto siempre que veía a Dhaniklal. Examinó con cuidado esa aversión. Le desagradaban no sólo Dhaniklal, sino también Nehru, Patel y todo aquel que se deleitaba con los motines; en realidad era un síntoma del odio de Gandhi hacia sí mismo.

Esa noche, cuando las bisagras rechinaron y los pasos de Dhaniklal se acercaban, se despertó.

—Dhaniklalji, ¿aún no te has ido a dormir? ¿Por qué estás levantado a medianoche? Te he rogado muchas veces que no te preocupes por mí. Ustedes me están haciendo sentir culpable. Nuestro deber ahora es hacer algo por nuestro pueblo que sufre. ¡Eso valdría mucho más la pena que atenderme, Dhaniklalji!

—¡Por favor perdóname, *Bapuji*! Vine porque hacía mucho frío en mi cuarto. ¿Puedes ponerte esta cobija de *khaddar*[1] para cubrirte? —Dhaniklal cubrió a Gandhi con la gruesa cobija que había traído.

Gandhi la hizo a un lado y se incorporó.

—No puedo dormir. Me estás manteniendo despierto para nada. Y no he hecho nada útil en todo el día: puras juntas, discusiones y entrevistas. Podría haber ido con los voluntarios a recoger mantas para las pobres personas en

1 Tela basta y sencilla de algodón. (*Todas las notas son del traductor*).

los campos. Estoy viviendo aquí como un emperador mientras niños, mujeres y ancianos padecen grandes sufrimientos.

—Nuestros voluntarios están haciendo su trabajo apropiadamente, *Bapuji*. No hay razón para que te agobies. Cientos de sábanas y cobijas se distribuyeron hoy a los refugiados.

—Gracias por traerme una buena noticia. ¿Se distribuyeron al parejo para todos?

—Sí, *Bapuji*, se distribuyeron al parejo por todos los campos.

Gandhi sonrió.

—La gente está ansiosa de ayudar, ¿no es así? Es muy gratificante escucharlo. Siempre he dicho que Dios está lleno de piedad.

En su corazón, que estaba muy afligido por los interminables tumultos, la esperanza empezó a brotar y crecer. El *Mahatma* creía que su reciente ayuno no había sido en vano. Se puso de pie, de pronto liberado del cansancio, el insomnio y la fatiga.

—Dhaniklalji, ¿quieres tomar un poco de agua caliente? ¿Por qué no platicamos un rato? —caminó hacia la cocina. Dhaniklal lo siguió ansiosamente y ofreció ayudar—. Muy bien. Cuéntame todo lo que pasó. Quiero escucharlo todo.

Dhaniklal estaba lleno de entusiasmo. Trató de abundar en incidentes tomados de los hechos del día que pensaba que podrían complacer a Gandhi. Comenzó diciéndole qué felices estaban de ver a los voluntarios los residentes de los campos en Turkman Gate y Chandni Chowk.

Durante su visita allá, un par de semanas antes, el *Mahatma* había visto de primera mano las condiciones patéticas en que vivían los refugiados. Un gran número de niñas pequeñas había buscado refugio en el campo de Turkman Gate. Nunca podría olvidar a la niña musulmana de doce años a la que había conocido allí. Ella le contó cómo sus padres habían sido atacados y asesinados delante de ella. Durante un motín, la turba había rodeado su asentamiento hacia la medianoche. Para salvar a los residentes del asentamiento, su padre, un *satyagrahi*,[2] cayó a sus pies y les rogó que se apiadaran de su gente. Ella nunca podría olvidar la cara de su padre mientras enfrentaba a aquellos brutos armados, con las palmas unidas en un gesto de ruego, dijo la niña. Le cortaron sus manos que rezaban, primero una y luego la otra.

Su madre trató de salvarla. A toda prisa, pintó la frente de la niña con bermellón y le pidió que cantara «Jai Sri Ram!». «Si lo haces, la turba te

2 Practicante de la doctrina de la resistencia pacífica.

perdonará la vida y podrás huir a alguna otra parte y sobrevivir», le dijo su madre; pero ella se negó a hacerlo. Lo que les dijo, en cambio, fue «Allah-hu Akbar».

—¿Te dejaron ir?

—Querían mi cuerpo. Me arrastraron. Por nueve días me mantuvieron confinada en su vehículo y me violaron. Después, dándome por muerta, aventaron mi cuerpo al lado de la carretera y se fueron. Entonces me vine sola hasta este campo. No me quedaba identidad en aquel momento. Conocí a muchas niñas como yo. Todas nos veíamos igual, con nuestras mentes en el mismo estado, todas sangrando. Hasta había olvidado mi nombre.

Cuando Gandhi le preguntó: «¿Conociste a aquella niña, Dhaniklalji?», el hombre vaciló. Al ver que Dhaniklal se esforzaba por extraer recuerdos de su memoria, Gandhi temió que acabara por mentir

—Está bien. Ve y acuéstate. Estoy muy cansado —dijo a su asistente. Cuando Dhaniklal se preparaba para irse, Gandhi vio una expresión divertida en su cara.

—¿De qué te acordaste, Dhaniklalji?

—Perdóname, *Bapuji*. No pude controlar la risa. ¡Oh, Dios! ¡Qué gran hombre resultó ser ese Bhagwaticharan! Simplemente me quedé sorprendido. Era una copia exacta del original, ¿no? ¿Pueden pasar esas cosas? ¡Es muy listo ese Bhagwaticharan! —exclamó Dhaniklal con una carcajada.

Gandhi lo observó en silencio. Entonces la expresión en la cara de Dhaniklal se debilitó y se asentó. Posando la cabeza entre sus rodillas, comenzó a recontar todo:

—Lo conoces, ¿no? Ese joven bengalí es tu discípulo. Ha venido a Delhi sólo para verte. Muchos han alabado mucho el trabajo que ha hecho en Calcuta. Es joven, probablemente cerca de los cuarenta. Creo que se rasura la cabeza todos los días. Pero el bigote y las cejas... —mientras hablaba, la risa volvía a acumularse en la garganta de Dhaniklal—. Escucha, *Bapuji*. Nos sentíamos extremadamente desalentados. Nadie acudía a ayudarnos, ni siquiera los gujaratis ricos. Las canciones que tocábamos en las mansiones no ablandaban el corazón de nadie. Para la tarde apenas habíamos reunido unos pocos trapos. Nos sentíamos terriblemente mal. Les rogamos que tuvieran caridad con aquella gente pobre, afectada por los motines, que seguía sufriendo en los campos. Nadie les tuvo piedad, *Bapuji*. Sólo un viejo, que parecía estar en la miseria él mismo, nos dio su chaleco. Fue con nosotros sin que se lo pidiéramos y nos lo dio. Fue un gran momento. Fue cuando recobramos la esperanza que para entonces habíamos perdido.

—¡Sí que fue un gran momento! Ese trapo fue una señal de nuestro éxito, ¿no es así, Dhaniklalji? —intervino el *Mahatma*, exultante. A Dhaniklal no le importó la interrupción. La emoción de llegar a una etapa emocionante de su relato se notaba en su cara.

—Entonces todos vimos cómo se persignaba. Sin prestar atención a nuestras expresiones de gratitud, murmuró un salmo acerca de Jesús mientras se marchaba. Seguimos nuestro camino. El sol del invierno nos quemaba las caras. Y nuestro viaje era más difícil que antes. Nadie nos prestaba ninguna atención. Lo que pasó fue increíble. ¡Escucha esto, *Bapuji*! Estábamos pasando frente a un poblado de clase media. Unas pocas personas nos seguían, sólo para ver el espectáculo. Caminábamos cantando «Raghupati Raghava Raja Ram». Entonces oímos un rugido detrás de nosotros: «Mahatma Gandhi ki Jai! ¡Victoria para *Mahatma* Gandhi!», y miramos para atrás sorprendidos. Dios, todavía no puedo creer la vista que tuvimos. ¡Como Cristo, estaba caminando hacia nosotros! ¡El *Mahatma*! Nadie de nosotros pensó otra cosa. Se veía exactamente como tú, una copia genuina. «*Bapuji*», lo saludamos, todavía asombrados. Mientras nos sonreía graciosamente, también mostró respeto a las personas que se habían amontonado a su alrededor. La gente se acercaba a él con una especie de deseo. Yo vi lo insoportablemente felices que se sentían al tocar su manto de *khaddar* blanco y sus manos huesudas. Luego, uno por uno empezaron a tocarle los pies. La gente salía corriendo de sus casas, de callejones estrechos, y se amontonaba a su alrededor.

Gandhi escuchaba a Dhaniklal asombrado y confundido. Quiso intervenir, pero Dhaniklal estaba describiendo los eventos con un entusiasmo incontenible; Gandhi simplemente no podía llamar hacia sí la atención del hombre.

—Entonces comenzó a hablarle a la multitud. Su voz —igual que la tuya, muy gentil pero firme— les pidió a todos ayudar a aquellos que se habían refugiado tras ser cazados y víctimas de atrocidades. Repitió las mismas frases que tú dijiste antes, acerca de la moralidad de vivir, ¡en una voz muy parecida a la tuya! Los deberes que hay que cumplir, la discreción que se debe mostrar en la turbulencia, la paciencia que hay que mantener en tiempos de crisis, el sentimiento de culpa que debe estar activo en cada uno de nosotros... ¡Repitió literalmente todos tus nobles preceptos, en el mismo tono de voz, una imitación perfecta! Yo imaginaba que lo que decía era el consejo divino del *Bhagavad Gita* o el Sermón de la Montaña de Jesucristo. La gente escuchaba, incrédula, todo lo que él decía. Como si estuvieran hechizados, sacaron las mejores sábanas y cobijas que tenían y empezaron a apilarlas a sus pies. Él

los bendijo siempre con la misma sonrisa —Dhaniklal estaba muy cansado. Sin embargo, la urgencia de terminar su historia lo hacía continuar—. Poco después de eso se me acabó la paciencia. Con dificultad me abrí paso entre la multitud apretujada y me acerqué a él. ¡No lo vas a creer, *Bapuji*! Lo reconocí de inmediato. Parado muy cerca de él, murmuré: «¿No eres tú Bhagwaticharan?». Sonrió serenamente sin contestar. ¡*Bapuji*, la sonrisa era exactamente como la tuya!

La mansión estaba sumida en el silencio. Pasaba de la medianoche. La noche era amargamente fría.

Gandhi estaba muy cansado. Quería tenderse y dormir al menos por unas horas. Se preguntó si debía continuar caminando. Tenía innumerables cosas en que pensar. Los debates sostenidos durante el día, que no habían llegado a nada, lo habían dejado exhausto. Le parecía que todo se estaba saliendo de control, y muy rápidamente. Sin embargo, una pequeña luz de esperanza sobrevivía. ¡Tenía que haber algún tipo de resolución para cada problema, después de todo! Temprano en la tarde, mientras discutía con Patel, no había sido capaz de controlar sus emociones.

—¿Qué locuras estás pensando, Sardar? —Gandhi se había levantado de su asiento. Recordó con disgusto cómo su cuerpo temblaba y su cara transpiraba profusamente.

Alarmado, el Hombre de Hierro[3] había tratado de explicarse y buscar el perdón de Gandhi.

—*Bapu*, creo que incluso podríamos volver a discutir estas cosas. Realmente no tenemos nada que ocultarte —su voz estaba llena de tristeza. Poniéndose de pie, miró su reloj de pulsera una y otra vez, como si lo viera por primera vez. Luego siguió con su argumento. El secretario de Patel sacaba evidencias de los archivos que había traído y se las daba a Patel. Por su prisa, incluso arrancó un par de páginas. El acto le trajo profunda pena a Gandhi: le hizo imaginar el acto de arrancar una extremidad del cuerpo de un niño. Le dijo a Patel cómo se sentía y le pidió que se detuviera.

—Hay una forma de manejar con gentileza esas hojas, ¿no crees?

Al oír esto, Patel se echó a reír. Recibió los archivos de su secretario y

3 Sobrenombre popular de Sardar Vallabhbhai Patel (1875-1950), quien fue colaborador cercano de Gandhi y primer ministro delegado de la India.

los sostuvo con delicadeza. Pero cuando empezó a explicarse fue incapaz de contener su fervor. El Hombre de Hierro empezó a arrancar páginas aún más rápido que su secretario.

—¡Se hace tarde! —decía, como para sí mismo, mientras desdoblaba y sostenía las hojas delante de su cara. Poniendo su grueso dedo índice en renglones importantes, leía en voz alta frases importantes de las páginas para reforzar sus argumentos.

Siempre que hablaba con Gandhi, Patel trataba constantemente de observar las reglas del tacto y la humildad; aun así, alzaba la voz inadvertidamente de vez en cuando. No tenía otra opción que pedir perdón a Gandhi en cada ocasión.

Poco después, otros secretarios y asistentes habían llegado. El *Mahatma* observó que cada hombre había traído una gran cantidad de archivos con él. Mostrando un grado increíble de disciplina y decoro, no se hablaban unos a otros; ni siquiera se dedicaban un vistazo. Gandhi notó que prevalecía, pese a todo, la más precisa coordinación entre ellos. Las ansiedades y la timidez que normalmente exhiben los burócratas de un país recién independizado no eran evidentes de ningún modo en ellos. La mayoría se parecían a Patel en edad y actitudes. Salvo Patel, todos vestían saco y corbata al estilo inglés. Cuando Gandhi le preguntó: «¿No les dijiste a todos estos funcionarios del gobierno que sólo debían vestir *khaddar*?», Patel se sonrojó, avergonzado, como una mujer.

Luego siguió su explicación. Finalmente, dijo:

—Debes encontrar una solución para estos asuntos, *Bapu*. Danos una solución que se pueda implementar de forma práctica. Tenemos toda la voluntad de realizar acciones inmediatas —Patel estaba más o menos suplicándole a Gandhi—. ¡No tenemos otra alternativa, *Bapu*! Estas acciones son inevitables. Si quieres, puedo darle mis responsabilidades a alguien más, pero también serían inevitables para esa persona.

—Inevitable..., no hay otra alternativa..., ¡qué lindas frases! —murmuraba Gandhi para sí mismo, solo en la oscuridad de su cuarto. Cuando Dhaniklal lo había dejado la noche anterior, también había usado las mismas frases. Gandhi recordó aquellas frases y la manera en que había narrado su historia «divertida». La voz y las expresiones de Dhaniklal, junto con sus ruidos de alegría al final de la historia, su vientre sacudiéndose de risa, aparecieron ante su mirada interior. La cara de «*Mahatma*» Bhagwaticharan también surgió en su imaginación.

Un joven bengalí que se veía exactamente como él. ¡Dhaniklal lo había

descrito en tan minucioso detalle! A partir de la descripción de Dhaniklal, Gandhi, que nunca había puesto los ojos en aquel hombre, podía imaginarlo muy vívidamente. Además de su voz gentil, su sonrisa bondadosa y su mirada serena, Gandhi era capaz hasta de figurarse las arrugas en el vientre del joven.

Miren: la gente se arremolina alrededor de Bhagwaticharan, saludándolo y gritando lemas. «Mahatma Gandhi ki jai!, Mahatma Gandhi ki jai!». *Mahatma* Bhagwaticharan les da sus bendiciones. La multitud está en éxtasis: ruge, grita y, abrumada por la emoción, se disuelve en lágrimas. El *Mahatma* les habla, hace una petición, da instrucciones. Varias personas corren hacia él y lo tocan. Un hombre le quita el chal y se va corriendo. El *Mahatma* le pide que vuelva y le da también su *dhoti*.[4] Ahora está desnudo delante de todos. «Señor, ¿por qué me has obligado a caminar desnudo dentro de este precioso jardín?». Está avergonzado. Corre, tratando de escapar de ellos. Es perseguido por uno y por todos. Un hombre arranca pelo de su bigote y lo guarda. Otro le saca las uñas y huye. Otra más intenta sacarle los dientes.

El *Mahatma* no puede soportar el dolor. «Oh, Dios», grita, y pide ayuda. Un policía que ha estado viéndolo todo desde lejos se aproxima despacio. «¿Por qué gritas así?», pregunta con aspereza, dando al *Mahatma* una bofetada en su mejilla izquierda. El *Mahatma* le muestra al policía la mejilla derecha. El policía lo abofetea también en la mejilla derecha. El *Mahatma* le sigue enseñando una y otra mejilla, por turnos. El policía lo abofetea incansablemente. Hay un chorro de sangre. Los pocos dientes que le quedan en la boca se han aflojado. Sus globos oculares se han salido de las órbitas. La multitud se apresura a recogerlos. La visión del *Mahatma* se oscurece. De pronto, en todas partes está totalmente oscuro. «¡No soy *Mahatma* Gandhi! ¡Soy Charan, un bengalí llamado Bhagwaticharan!».

Gandhi, involuntariamente, se tocó los ojos. Estaba sin aliento. Se quedó tendido en la cama, exhausto, y cerró los ojos.

Cuando volvió a abrirlos, un poco después, el cuarto brillaba de luz. Gandhi vio rayos irregulares de luz cruzando el cuarto. «¿Ya es de mañana? ¿Me quedé dormido, rompiendo mi hábito de toda la vida de levantarme temprano? Debe de ser un signo de que la muerte se acerca. Ahora es tiempo de aceptar mi avanzada edad. ¡Tengo setenta y ocho años, después de todo!». El *Mahatma* sonrió para sí mismo.

---

4 Prenda tradicional india para hombres, que consiste en una pieza de tela de algodón que se enrolla en la cintura y se deja caer por las piernas, como una especie de pantalón ligero.

«¿Dónde está Dhaniklal? ¡Tampoco puedo ver a Manu! La niña invariablemente se despierta antes que yo».

Después de enrollar su ropa de cama, Gandhi estaba a punto de comenzar sus abluciones matinales cuando escuchó algunas voces agitadas. Preguntándose quién o qué podría ser, abrió una ventana y miró hacia fuera. Se quedó helado, conmocionado por el horror. Afuera de la alta mansión, no muy lejos, la ciudad de Delhi estaba en llamas.

La gente corría aterrada en todas direcciones. Gandhi vio cómo eran cazados con furia asesina por una turba de entre diez y quince personas con armas mortales. Incapaz de soportar su propia agonía, cerró los ojos con fuerza. Con toda esperanza perdida, se dejó caer en la silla de madera de su cuarto.

¿Cuándo se había estropeado todo?

¿Quién era responsable de aquello..., hindúes o musulmanes? ¿Quién era enemigo de quién? ¿Quién iba a ser masacrado por quién? ¿Quién va a sobrevivir? ¿Para ajustar qué cuentas se había desatado esta violencia? ¿Es la historia del último milenio la que tiene la culpa? ¡Pero nos hemos adelantado tanto a ella! ¿Quién es responsable por esta violencia que está siendo fomentada justamente cuando el mundo nos felicita como a un pueblo que ha ganado su libertad solamente por la fuerza de su espíritu, sin tomar las armas? ¿Soy yo el culpable? Como filósofo, ¿he repudiado la verdad? ¿Se hubiera alcanzado una resolución si hubiera permitido que la gente siguiera su propio camino? ¿La muerte y el derramamiento de sangre nos hubieran traído la paz? En cierto modo es en verdad posible. Cuando el otro lado es totalmente destruido, ¿qué puede frenar la paz? Después de todo, ¿esta sed de sangre innata no iba a ser dirigida, por necesidad, a nuestros propios hermanos? ¿Es la violencia la cualidad innata del hombre? ¿La lucha no violenta es contraria a las leyes de la naturaleza? ¿El principio sobre el que lanzamos esta enorme lucha..., está ese mismo principio equivocado ahora?

—Dhaniklalji, ¿a dónde te has ido? ¿Y Manu? Despiértala también. ¡Parece que no hay nadie aquí en esta hora terrible! —gritando, Gandhi trató de levantarse y abrir la puerta. No pudo. Alguien la había cerrado con llave por fuera—. ¿Dónde estás, Dhaniklalji? ¿Quién ha hecho esto?

Abrió la ventana de la derecha y, a través de ella, miró la entrada principal de la mansión: se le heló la sangre. Incontables personas se habían reunido del otro lado de la enorme puerta de hierro de la mansión, centenares de pobres, medio muertos, víctimas recientes de un ataque asesino.

—¡*Bapuji*, *Bapuji*...!

—¡Sálvanos, *Bapuji*...!

—¡Oh, Dios...!

—Cuando está aquí *Bapuji*, ¿por qué hemos de sentirnos abatidos? Guardias, por favor llamen a *Bapuji*.

—Tontos, abran la puerta. Después, *Bapuji* no los perdonará.

Gandhi corrió otra vez a la puerta.

—¡Dhaniklal...! ¿Hay alguien ahí? ¿Por qué cerraron con llave esta puerta? Ábranla, por favor. ¡Inviten a todos a que pasen! ¡No me echen encima la carga de un crimen imperdonable...! ¡Dhaniklal, ven acá!

Otra vez corrió a la ventana abierta.

Con antorchas y armas letales en las manos, la turba que había llegado a perseguirlos masacraba sin piedad a los inocentes desarmados. Y entre el río de sangre y los cuerpos desparramados en el suelo, pequeñas niñas eran violadas. Gandhi no podía sino atestiguar estas atrocidades en silencio, aferrándose a los barrotes de la ventana y apoyando su cara en ellos como un cadáver sin vida.

—¡*Bapuji*, *Bapuji*! ¿Por qué nos has abandonado, *Bapuji*?

Fue sólo hasta el final que sucedió el milagro. Desde adentro de la mansión, sacudido por una profunda pena, «*Mahatma*» Bhagwaticharan llegó. Ahora las altas puertas de la mansión estaban bien abiertas para que él pasara. Acompañado por guardias, el *Mahatma* caminó muy despacio y alcanzó los cuerpos que yacían en el suelo. Dos o tres personas medio muertas trataron de levantarse para verlo, y él trató de consolarlas con palabras llenas de bondad... Los ojos de Mohandas Karamchand Gandhi lo presenciaron todo.

La conciencia se le estaba escapando.

Gandhi se dio cuenta de que el capítulo final de la muerte, que ocupaba ya muy pocas páginas, estaba abierto delante de él. Para cuando terminara de leerlo, la muerte habría llegado, buscándolo. ¿Vendría por él, realmente? ¿No era algo que él mismo debería buscar y obtener? Cuando los sueños por vivir de un hombre llegan a su fin, empieza a buscar la muerte. Lo que no pudo comunicar a través de su vida, desea comunicarlo por medio de la muerte. Así que elige morir, pensó Gandhi.

Todo este tiempo, él ha considerado que vivir es un deber importante. Tiene que agotar su vida completa, es decir, ciento veinticinco años.

Para él, la longevidad nunca ha sido una mera fantasía. Ha creado los hábitos y prácticas de su vida de acuerdo con esa necesidad. Como en su alma,

el *Mahatma* tiene también infinita confianza en su cuerpo. Nunca ha tenido miedo de morir. Hace sólo unos pocos días, cuando oyeron explotar una bomba cerca de la sala de oración, Manu tuvo un acceso de pánico. Él ofreció consuelo a aquella niña extremadamente asustada: para calmarla, le dijo que la bomba podía haber explotado durante ejercicios de entrenamiento en un campo militar cercano. Él no tenía duda de haber sido el blanco de la explosión. Los asesinos están acechándolo de cerca.

La muerte lo rastrea y lo sigue gracias a las huellas de sus «pasos». Él está bastante dispuesto a entregársele. Recibe con una sonrisa los mensajes que la muerte le ha estado enviando. Se burla de la muerte, también la desafía. A su edad, incluso los ayunos que lleva a cabo son gritos de batalla contra la muerte. Siempre que ayuna, todo el mundo se aterroriza y se pregunta si esta vez morirá. Lo examinan doctores. Aceptan sus condiciones a cambio de hacer que tome un poco de jugo de frutas, dirigen marchas por la paz, se dan la mano, se abrazan cálidamente y rezan a Dios. Después, todos firman los papeles del acuerdo y se los dan; luego consiguen un vaso de jugo de fruta y le piden que beba. Él bebe con una sensación de satisfacción y alcanza un acuerdo con la muerte. Luego el *Mahatma* se pierde en sus sueños: sueños de imperio, de llegar hasta los ciento veinticinco años.

La vieja rutina se desarrolla casi sin cambios. Se levanta a la hora usual, las tres de la mañana; completa sus abluciones matutinas, escribe cartas, redacta ensayos para *Harijan* y otros periódicos, sale a su caminata matinal, come una comida de cacahuates y leche de cabra, recibe a todos los que lo buscan, da a todos sus bendiciones. Como es usual, los ministros se reúnen con él, buscan su guía y consejo y hacen sonar sus propias trompetas. El primer ministro Nehru lo llama, junto con Sardar Patel. El *Mahatma* está feliz de ver a los dos líderes de pie juntos, hombro con hombro. Todos participan en las reuniones de oración que hay cada tarde. Versos del Corán, la Santa Biblia y el *Bhagavad Gita* se leen en voz alta y se escuchan; luego son cantados por la multitud al unísono:

Raghupati Raghav Rajaram,
Patitpavana Sitaram,
Ishwar Allah tero naam,
Sap ko sanmati de Bhagavan

Las numerosas charadas de la muerte, sus distintos disfraces.

Luego, más noticias de motines llegan desde algún lugar por medio de tal

o cual. Él mira mientras el humo negro, elevándose desde cuerpos humanos en llamas, se extiende y se pega a las ventanas de su cuarto. Escucha estallidos de bombas y gritos de socorro. Sólo entonces calla, como las figurillas de monos que guarda en su cuarto. Cierra los ojos y tapa sus orejas. Pero más y más reportes siguen llegando, perforando sus oídos. Reportes de cómo *satyagrahis* que se han hecho de poder se deleitan en corrupción y estafas; cómo las peleas entre Nehru y Patel crecen cada día..., él los escucha incluso con los oídos tapados. «O él o yo...». ¡Proclamas, amenazas, quejas, advertencias, desafíos...!

Los *satyagrahis* exigen ahora la cuota por los sacrificios que han hecho.

Sobre todo, lo que más le preocupa es el futuro de Delhi y la república independiente. Las figurillas de monos en su cuarto parecen burlarse de él. Así la muerte, que se ha cansado después de probar varios disfraces, está de pie ante él en la forma de una copia genuina de sí mismo.

«¡Victoria para *Mahatma* Bhagwaticharan! ¡Victoria para *Mahatma* Bhagwaticharan!»

—Esto es un truco barato —dijo el *Mahatma* en voz alta.

Es barato y cobarde también. Y un desafío a su respeto por sí mismo. ¡La muerte está intentando transformar la vida de él en su propio mensaje! Es en encarar este desafío que se esconde el significado intrínseco de su vida. La muerte también es como la vida. No podría haber mayor insulto a la vida que renunciar al derecho de elegir la muerte. Así son sus reflexiones.

Toda su vida, el *Mahatma* se ha sumergido en una miríada de fantasías sobre la muerte. Debe ser un evento lleno de sentimiento poético y coraje. Su sueño, largamente acariciado, es que uno de sus ayunos extendidos lleve su vida a un fin. No puede haber una mejor oportunidad para un *satyagrahi*, piensa. Sabe que podría ser asesinado, también. No prestó realmente atención a los sonidos de explosiones de bomba que se escucharon cerca de la sala de oración. La muerte por una explosión así sería honorable. Él está bastante listo y dispuesto para quedar delante de ellos totalmente desnudo. De todas las características definitorias que debe poseer un *satyagrahi*, el valor de elegir la muerte es la más importante. Los sabios encuentran a la muerte con una sonrisa. La muerte es vencida por ellos. Entonces vuelven a la vida y reciben el regalo de la inmortalidad.

Como Jesucristo: como su maestro, Tolstói. Sus vidas son su única inspiración, sus vidas y sus muertes.

Ambos habían aceptado la muerte voluntaria, animosamente. Habían engendrado a los asesinos de sus propias vidas. El viaje que Tolstói emprendió

desde Yasnaya Polyana a Astapovo no fue menos que el viaje que Jesús emprendió al Monte Calvario, cargando a la muerte en sus hombros. Gandhi recuerda la primera vez que leyó sobre el viaje de Tolstói. Fue capaz de terminar aquellas páginas sólo con suspiros y una profunda tristeza.

Después, las mismas páginas le parecieron muy diferentes. Las había leído una y otra vez. Había pensado que Tolstói no pudo haber elegido un mejor modo de morir. Era una muerte más poética que todas las otras muertes del mundo. Gandhi nunca podría olvidar la mañana cubierta de nieve en que Tolstói salió de su mansión.

Cada vez que despertaba al amanecer, el recuerdo de Tolstói llegaba a él. Lo más probable es que Tolstói hubiera salido de la famosa mansión de Yasnaya Polyana a aquella hora. Después de que lo llevaran a Casa Birla, aquellos renglones volvieron a la vida en la mente de Gandhi, más vívidos que nunca antes. Casa Birla no era en verdad diferente de aquella mansión en Yasnaya Polyana. Como Tolstói, él también estaba alojado en esta mansión en calidad de prisionero. Como Tolstói, también anhelaba salir de allí.

Sí, debía marcharse. Debía volver a la colonia de pepenadores donde una vez había vivido..., o a su *ashram*. Pero todos sus discípulos de seguro lo seguirían hasta allá. Entonces lo confinarían, como a un prisionero o a un dios, y asignarían a un par de guardias armados para pararse, tiesos, ante la entrada. Entonces sería la misma historia: cartas, reuniones, bendiciones y consejo; y en las tardes, reuniones de oración. ¡Era realmente un lindo arreglo!

¡Un dios hecho prisionero! Si quiere huir, debe seguir con cuidado los pasos de Tolstói. Debe descubrir su propia estación de trenes, su Astapovo afuera de esta ciudad famosa por sus glorias antiguas.

No hay duda al respecto: la historia hace una copia exacta de sí misma, frase por frase, sin dejar fuera ni una sola letra.

A LAS CINCO DE LA MAÑANA del 29 de octubre de 1910, Tolstói, entonces de ochenta y tres años de edad, dejó la mansión en la que había vivido desde su nacimiento. Soplaba una tormenta de nieve. Después de abandonar a sus parientes, vagó por las vías de toda Tula Gubernia, acompañado por su sirviente de muchos años, Makovitsky. Fue descubierto el 3 de noviembre dentro de un compartimento de segunda clase, sucio y decrépito, en un tren, que estaba en su ruta de Volavo a Rostov-on-Don, y fue sacado de él en una muy pequeña estación en la ruta llamada Astapovo.

Con la ayuda del jefe de estación y de la hija más joven de Tolstói, Alexandra Lvovna Tolstói, que había ido en busca de su padre, Makovitsky arregló que Tolstói, quien sufría de un severo brote de neumonía, bajara del tren. Lo pusieron en el cuarto del jefe de estación durante los siguientes tres días. Casi de inmediato, la atención del mundo entero se enfocó en aquella pequeña y oscura estación de trenes. Periodistas que habían llegado allá desde toda Europa para enviar boletines anticipando la muerte de uno de los hombres más grandes del mundo esperaron durante los tres días completos. En sus oficinas, sus editores habían preparado sus obituarios, que estaban listos para ser impresos. Las estaciones de telégrafo trabajaban sin parar. «Déjenme en paz. Voy a un lugar donde nadie se molestará por mí». Con estas palabras, dichas a las seis y cinco de la mañana del 7 de noviembre, el gran hombre exhaló el último suspiro.

Cuando Gandhi salió caminando de Casa Birla, era cuarto para las cuatro de la mañana. Al contrario de su maestro, salió solo. Había decidido llevarse con él a Dhaniklal pero luego cambió de parecer. Gandhi no había podido verlo después de las once de la noche. Cuando no hubo respuesta a sus repetidos llamados, fue al cuarto de Dhaniklal, buscándolo. Ni siquiera Manu estaba allí. Susheela se había llevado a la niña la noche anterior.

Cuando regrese en la mañana, la niña podría molestarse por no encontrarme, pensó Gandhi.

Los otros dormían profundamente. La mansión estaba envuelta en silencio. Gandhi sólo se llevó con él una copia del *Gita*. No vio guardias en la entrada. Como las puertas estaban abiertas, pudo escurrirse al exterior fácilmente. Preocupado por que lo reconocieran si caminaba por la amplia avenida vestido sólo con su usual taparrabos y llevando su conocido bastón, se apresuró. Las calles desiertas fueron de gran ayuda para él. Gotas de rocío caían sin cesar de los árboles. Un muro de niebla cubría la luz que se derramaba de algún poste ocasional. El frío taladraba sus huesos. Pensó que debía haber traído una manta.

La nieve en Yasnaya Polyana habría sido más densa.

No había hecho planes en el momento de su partida. Pensó que alcanzaría alguna estación de trenes cercana y desde allí comenzaría su viaje. Sólo tenía una hora de ventaja, cuando mucho. Pronto descubrirían que el perico se había escapado de la jaula. Tolstói había dejado una carta para Sofia Andreyevna; él también podría haber dejado una carta, explicando las razones de su partida.

¿Era el odio lo que le había impedido escribir una carta así?

No el odio, sino el amor, debe ser la razón subyacente a mi partida. Sólo si es amor tendrá sentido que me vaya de aquí. Si esta partida es producto del odio, entonces no soy un *satyagrahi*, y sólo puedo llamarme un alma incompleta, pensó Gandhi.

En las banquetas que flanqueaban ambos lados de la calle, Gandhi vio a incontables humanos, con ropas que apenas bastaban para cubrirlos, amontonados unos junto a otros en el frío inclemente. Se preguntó si su partida traería algún cambio en las condiciones de aquella gente. Se sentía confundido. ¿Tenía razón Bhagwaticharan en hacer lo que hizo? Si las sábanas y mantas que había reunido pudieran mitigar el sufrimiento de al menos unas pocas de estas personas, ¿cómo se podía criticar su trabajo? Pero él ha mentido, se ha hecho pasar por mí, ha engañado al público. ¿Es posible reevaluar esas malas acciones sobre la base de sus consecuencias benéficas?, se preguntó Gandhi. No tuvo de inmediato una respuesta. Concluyendo que la cuestión requería un examen más atento, siguió caminando.

Mientras cruzaba una famosa intersección de Delhi con ayuda de su bastón, un vehículo motorizado abrió la niebla y se detuvo cerca de él. Un oficial de policía con un largo abrigo y su conductor, que llevaba dos o tres suéteres encima de su uniforme, bajaron del auto.

—Señor, ¿quién es usted? ¿Qué hace aquí a esta hora? —cuestionó el policía a Gandhi con un aire de autoridad.

—¿Yo? Gandhi. Mohandas Karamchand Gandhi.

—¿Ves? ¡Empezó temprano esta mañana! —rio el conductor.

—¡No nos venga con esos cuentos, viejo! ¿Por qué está haraganeando aquí a su edad? ¡Se va a congelar! Regrese tranquilo a su casa. ¡La de problemas que nos causa la gente como usted...! ¿Cree que se les puede escapar si se sale a vagar disfrazado? Le van a disparar, señor, tienen pistolas y son de verdad.

Cómo puede ser tan ignorante este hombre, se preguntó Gandhi. Sin embargo, como es un representante autorizado del gobierno, es mi deber como ciudadano indio responder cualquier pregunta que pueda hacer, se dijo Gandhi.

—¡No temo a la muerte, señor! Si la muerte llega a mí de esa manera, estaré feliz. En verdad, ahora voy en busca de la muerte. Justo hace media hora dejé Casa Birla sin avisar a nadie y salí por mi cuenta. No tenía planes en mente. Pero ahora estoy pensando en ir a Meerut. Si puedo encontrar cerca una estación de trenes...

—¡Bueno, este parece ser un caso totalmente avanzado! —el conductor empezó a reír otra vez—. Tan avanzado que no tiene cura.

El oficial de policía se enojó mucho.

—Viejo, le recomiendo que deje de parlotear. Váyase tranquilo a su casa. Si no, y si realmente quiere morir, ¡vaya y muérase en otra parte...! Mire para allá. Si da vuelta a la derecha en aquel poste de luz y sigue por el callejón estrecho de la izquierda, saldrá a una pequeña estación de trenes. No se puede saber cuándo llegará un tren. Si, como dice, está buscando la muerte, vaya para allá y espere. Si llega un tren, ¡será sólo por su buena suerte! Pero no esté dando vueltas aquí sin llegar a ningún lado. Éste es un barrio donde viven los más importantes ciudadanos del país. No se sabe quién va a pasar por aquí ni a qué hora. Estamos encargados de la seguridad del *Mahatma*, y nos está costando mucho trabajo ocuparnos de todo. ¡Y por si eso fuera poco, llega gente como usted!

—Les he pedido muchas veces a Nehru y a Patel no hacer ningún arreglo especial de seguridad en beneficio mío.

Cuando escuchó la respuesta avergonzada de Gandhi, los ojos del oficial se pusieron rojos. Al ver que su superior estaba realmente furioso, el conductor pasó a la acción:

—Viejo, ¿te largas o no? —y blandiendo su porra quiso ahuyentar a Gandhi.

Los dos hombres estaban trabados: no sabían cómo manejar a ese viejo loco que veía los desfiguros del conductor con un aire intrépido y una sonrisa triste.

Cuando se den cuenta en la mañana, empezarán a buscarlo. Dhaniklal será el primero en anunciarlo al mundo, pensó Gandhi. Entonces comenzarán las investigaciones. Todo el mundo será interrogado. Todos los vehículos serán sujetos a inspección. Adivinarán con facilidad que su destino es Meerut. Deberá bajarse en el camino. Gandhi esperaba que Dios hubiera marcado alguna estación poco conocida entre Delhi y Meerut como su Astapovo.

Para cuando llegó a la estación de trenes después de haber caminado por varios callejones estrechos, el frío había empeorado. En el andén cubierto de humo, cientos de viajeros, con sus cuerpos envueltos en harapos, iban de un lado a otro con sus pertenencias. Por sus ojos somnolientos y sus cuerpos malolientes, Gandhi supuso que podían estar esperando allí, asaltados por la sed y el hambre, desde hacía muchos días. Una confusión de palabras en

varios idiomas —hindi, urdu, bengalí y gujarati— chocaba y rebotaba contra las paredes negras de humo de la estación. Cientos de pájaros negros podían verse posados en las parrillas y los rieles. Todos parecían idénticos, como si hubieran sido hechos para verse así.

Nadie le prestó atención. Pero mientras subía los escalones del paso a desnivel, una niña lo miró maravillada. Llamó a su madre, que estaba ocupada hablando con alguien más, y le dijo algo, señalando hacia él. La madre miró hacia Gandhi y luego apartó la vista con desdén. Gandhi sintió la urgencia de hablar con ellas.

Primero debía comprarse un boleto.

—¿Hay trenes aquí que vayan a Meerut?

La pregunta atrajo una mirada burlona del hombre dentro de la taquilla, que apretó los labios y anunció en tono lúgubre:

—Ningún tren está programado para salir de aquí próximamente, por la simple razón de que no ha llegado ningún tren durante los últimos tres días. Ésa es la situación. Puede verlo, ¿no? Todas estas personas están esperando aquí para subir a distintos trenes. Estamos vendiendo sin parar todos los boletos que tenemos. Estas personas, además, están esperando aquí sin dar señales de fatiga. El tren tiene que llegar, eso es todo. Ah, sí, ¿a dónde tiene que ir? ¿A Meerut? ¿O a Ahmedabad? Dijo Meerut, ¿verdad?

—De hecho, no tengo un plan definido. Creo que subiré al primer tren que llegue.

—Ése es un patrón conocido, ¿no? Es lo que la gente como usted prefiere, ¿verdad? Se suben al primer tren que llegue, sea el que sea. Y sin embargo, ninguno compra boleto. Y los revisores no hacen nada en contra de ustedes. Esto sólo puede durar unos pocos días más. El *sardar* tiene las manos atadas de momento. Están esperando a que pase. Se están conteniendo por él. Pero que pase. ¡Será divertido ver qué sigue luego!

—Señor, discúlpeme... No entiendo lo que dice. Si se puede explicar...

El vendedor de boletos empezó a reír a carcajadas.

—¡Oh, dios! ¡Ya basta, *Bapuji*! No puedo seguir explicándolo todo. Viene un tren. Va a llegar hasta Amritsar y va a ir muy despacio. Jallianwala Bagh[5]

5 Un parque público en la ciudad de Amritsar, en el estado indio de Punjab, donde en 1919 ocurrió una masacre en la que centenares de manifestantes desarmados fueron muertos a tiros por un destacamento del ejército británico. Fue uno de los acontecimientos que llevaron al comienzo de las luchas políticas de Gandhi y su movimiento de resistencia pacífica en los años subsecuentes.

está en algún sitio cerca de Amritsar, ¿no? ¿Has ido allá? ¿No es lugar sagrado de tu gente? Ni siquiera necesitas un boleto. Y en todo caso ustedes nunca compran boletos. Unos pocos días más, hasta que pase.

A Gandhi le sorprendió que todos fueran tan informales.

—Deme un boleto a Amritsar —dijo, extendiendo un billete de una rupia.

—¿A Jallianwala Bagh, entonces?

—¡Sí...! Ha pasado mucho tiempo desde mi última visita —dijo Gandhi, sonriendo compasivamente al vendedor de boletos. Entonces el vendedor de boletos devolvió la mirada al *Mahatma*, y, de pronto, su corazón se llenó de miedo.

Cuando vio a los cinco o seis Gandhis que se abrían paso a golpes y empujones en un compartimento atestado del tren a Amritsar, Gandhi se quedó atónito: fue hacia ellos, corriendo parte del camino. La multitud era inmensa e incontrolable. Todos los que esperaban intentaron meterse en el compartimento al mismo tiempo. Todos trataron de apartar a los otros del tren para poder subir ellos. Algunos recurrieron incluso a agresiones físicas. La estación entera de trenes hacía eco de insultos y gritos de auxilio.

Gandhi estaba de pie, tímidamente, cerca de la puerta. Pero la multitud se volvía más y más grande a cada minuto. Pensó que no sería capaz de abordar el tren. Por fortuna, la multitud lo empujó involuntariamente al interior del compartimento. Una vez adentro, encontró que había cuatro o cinco veces más pasajeros que la capacidad del compartimento, apretados juntos.

Sin ningún esfuerzo de su parte, todo el mundo había sido empujado por la multitud a alguna parte del compartimento. Gandhi se sintió deprimido. Las rodillas le dolían de modo intolerable. El tren empezó a moverse.

—¡Oiga, Gandhi, señor, venga para acá! Aquí hay un poco de espacio para usted. Se ve realmente viejo. Denle un poco de espacio, pobre hombre. A pesar de todo es uno de nosotros, ¿no?

El grupo de Gandhis que había tomado algo de espacio junto a una litera lo invitaba a sentarse junto a ellos.

—¡Parece que viene de muy lejos! ¿Cuál es su nombre, señor?

Mirando maravillado a cada uno de ellos, todos maquillados para verse exactamente como él, el *Mahatma* contestó:

—Gandhi. Mohandas Karamchand Gandhi...

Todos empezaron a reírse.

—Ése lo sabemos, ¿no? Le preguntaba su nombre real, el que le dieron sus padres...

—Fueron mis padres los que me dieron este nombre.

—Su lugar de nacimiento es Porbandar, entonces.

—Sí, ahí fue donde nací. Ahora bien, durante los últimos meses, he tenido que quedarme en Casa Birla. Salí de allí temprano esta mañana. Aunque no tenía ningún plan cuando salí, ahora estoy viajando a Amritsar. Es mi deseo visitar Jallianwala Bagh. Hace mucho tiempo desde que lo vi por última vez.

—¡Creo que se le zafó un tornillo!

—Eso es lo que crees. En realidad este viejo es listo. En estos días, la fascinación por esos lugares ha crecido enormemente. Grandes cantidades de turistas los visitan todos los días. Todo lo que necesitas es ponerte el disfraz y quedarte por ahí sin hacer nada. Puedes ganar más que suficiente dinero en un solo mes.

Incapaz de soportar su repulsión, el *Mahatma* cerró los ojos. De modo que así es como salieron las cosas. Bhagwaticharan no era el único. Los oficiales de policía que había encontrado por la mañana, el vendedor de boletos en la estación y las personas patéticas presentes en aquel compartimiento debían haberse encontrado con innumerables Gandhis falsos.

—Pero, Gandhi, señor, por favor no se imagine que, como usted, nos hemos puesto este maquillaje para mendigar en las calles —dijo un Gandhi de mediana edad en tono admonitorio—. Este hombre de aquí es gujarati. Un gran propietario de inmuebles que estuvo en el Partido del Congreso por muchos años. Incluso fue a la cárcel. Sólo después de que logramos la Independencia se puso ese disfraz. No ha conocido todavía al verdadero Gandhi. ¡Pero sus formas de hablar, de caminar y conducirse son tan llamativas como las del verdadero!

—Si no tiene intención de mendigar, ¿para qué se puso el disfraz? —preguntó el *Mahatma* con voz temblorosa.

—Ésa es una buena pregunta. Nuestro hombre ha decidido disputar elecciones. ¡Señor, no hay manera más fácil de asegurar una victoria! Rasúrese la cabeza. Envuélvase los hombros y la cintura con un trozo de *khaddar*. Tenga en la mano un ejemplar nuevo del *Bhagavad Gita*. Luego salga a la calle y siga caminando. ¡Tiene que hacerlo como él, a buen paso...!

Mientras más escuchaba, más se sorprendía Gandhi. El hombre parecía disfrutar lo que le estaba diciendo. Como no había pasado aún de la me-

diana edad, debía hacer grandes esfuerzos por parecer viejo. Tenía un poco de panza, y para esconderla apretaba el estómago todo el tiempo. Pero no tenía dientes. Podría habérselos hecho sacar para que su disfraz fuera más perfecto.

—¿Es posible ganarse la confianza de la gente mediante esos trucos? —preguntó el *Mahatma*, genuinamente intrigado.

—Esto sirve solamente para llamar la atención de la gente. Para enderezar a los enemigos y persuadirlos, hay que emplear otras estrategias.

—Sólo por medios no violentos, espero —preguntó Gandhi, mirando expectante al hombre.

—¿Medios no violentos? ¡Qué tontería! —replicó éste, acompañado de una carcajada. Luego, confió en un murmullo, como si fuera un secreto—: ¡Sólo unos pocos días más! Que pase el evento. Entonces yo seré como Maharana Pratrap. Mis hombres los perseguirán hasta más allá de los Himalayas. Pero, Gandhi, señor, ¡usted debería ir a mendigar en las calles, cuidar su supervivencia! ¿Por qué pierde su tiempo escuchando todas estas historias?

El *Mahatma* empezó a pensar en su propio Astapovo.

El tren se detenía sin fallar en cada estación de la ruta y volvía a ponerse en marcha. A pesar de haber viajado todo el día, no podía haber cubierto la mitad de la distancia hacia su destino. La prisa en el momento de abordar había desaparecido por completo. Cuatro o cinco paradas después de Delhi, el grupo de Gandhis se marchó. Pero un nuevo montón de ellos subía a bordo en cada parada. Lentes, *khaddar* y un ejemplar del *Gita* en una mano... El disfraz es bastante fácil de usar, pensó el *Mahatma*. Cada hombre tenía sus propias razones para usar el disfraz. El *Mahatma* notó que había varios otros que se habían maquillado para verse como él. Un joven vendedor de fruta le dijo que su disfraz le había ayudado a escapar de una turba en un motín y de la policía.

—Incluso cuando el disfraz es obvio, no hay problema. Piensan que sería un pecado matar a alguien que lo lleve. Si no me lo hubiera puesto, me hubieran matado junto con mis padres cuando le prendieron fuego a nuestro asentamiento el mes pasado —le dijo a Gandhi—. El disfraz es útil hasta para vender fruta. ¿No es especial comprar una naranja de un *mahatma* y no de un ordinario vendedor de fruta? —preguntó el joven, riendo.

Gandhi le compró un par de plátanos y se los comió. Luego se acostó en una litera vacía, estirando las piernas. Su cuerpo se sentía caliente. ¿Sería un síntoma de neumonía? ¡Debían estar acercándose a Astapovo!

El rocío comenzó a acumularse muy temprano: como a las dos de aquella tarde. Para calentarse, uno de los Gandhis, sentado directamente ante el *Mahatma*, empezó a fumar. Otro se quitó temporalmente el disfraz y se puso un abrigo largo de lana.

La oscuridad había empezado a caer cuando el tren se detuvo en una estación muy pequeña poco después de Panipat. Gandhi vio a unos veinte policías saltar a bordo del compartimiento de tercera clase en el que viajaba. Imaginó que ya podía darse por capturado. Inmediatamente después de recibir la información en la mañana, debían de haberse puesto en acción.

La policía apuntó un arma a cada pasajero y lo interrogó.

Gandhi decidió no someterse a ningún tipo de coerción. No debía cambiar su decisión incluso si Nehru o Patel llegaban personalmente a rogarle. Revisó el andén para ver si tenía un visitante. El andén estaba desierto y vacío. Podía verse al jefe de estación, vestido con su uniforme gastado. Después de plegar sus banderas y ponérselas bajo el brazo, el jefe de estación inspeccionó los compartimentos uno por uno.

—¿Cuál es tu nombre? —Gandhi sintió que había visto al oficial de policía en alguna parte.

—Gandhi. Mohandas Karamchand Gandhi.

—¿De dónde vienes?

—De Delhi...

—¿A dónde vas?

—A Amritsar. Planeo visitar Jallianwala Bagh.

—¿Por qué vas para allá?

—Ha pasado mucho tiempo desde mi última visita.

—Enséñame tus pertenencias.

—¡Pero no he traído nada conmigo! Sólo llevo un poco de dinero en un nudo de mi *dhoti*, dinero que gané con mi rueca. Fuera de eso, traigo un viejo ejemplar del *Gita* conmigo, señor.

El oficial de policía pidió a Gandhi que desatara el nudo de su *dhoti* y le mostrara su dinero; luego se fue.

Para el *Mahatma*, aquello fue enormemente decepcionante. Sólo había unos doce pasajeros en el compartimento. Éste había quedado totalmente descompuesto por la basura y los desperdicios que estaban por todas partes. Los espacios bajo los asientos estaban llenos de peladuras de fruta y restos de comida. Cuando había dicho que era el deber colectivo de todos mantener

limpio el compartimento, otros pasajeros se habían reído de él. En la tarde, Gandhi empezó a limpiar él mismo el compartimento. Cuando regresó a su asiento después de recoger la basura y sacarla, sus compañeros de vagón tiraron monedas a sus pies. Él las juntó en silencio y las guardó en el nudo de su *dhoti*. Para entonces, los Gandhis también estaban desfigurados e irreconocibles. Su maquillaje se había corrido. En las caras rasuradas de los jóvenes Gandhis había empezado a crecer pelo. La hora usual de las plegarias para el *Mahatma* se acercaba. Un vendedor de cacahuates que pasaba les dijo que el tren tardaría mucho tiempo en partir.

¿Habré alcanzado Astapovo?

Pensando en caminar por un rato, salió del tren y se fue solo.

Había pájaros que cantaban sus melodías de la hora de anidar en la estación. Batiendo nerviosamente las alas, se agitaron al ver a Gandhi. Él se alejó de allí porque no deseaba perturbar su soledad. Imaginó que había llegado por fin a un lugar donde nadie le haría caso. ¡Ésa era una libertad que nunca antes había experimentado! Sentado en una banca cubierta de excremento de pájaros, Gandhi comenzó sus oraciones a la luz mortecina de un poste de luz.

—**¿Por qué está sentado aquí**, señor? ¿Es usted un pasajero?

Cuando vio el jefe de estación parado delante de él, Gandhi trató de levantarse.

—Sí. Debo ir a Amritsar. Oí que el tren tardaría mucho en arrancar, así que vine aquí a decir mis oraciones. ¿Tiene alguna información sobre cuándo podría partir, señor?

—No. No sé. Tampoco es muy probable que alguien más sepa. Hemos recibido un mensaje que dice que han destruido las vías —después de decir esto, el jefe de estación miró a Gandhi de modo extraño—. ¿Entonces va a Amritsar? ¿Tiene boleto?

A Gandhi le pareció que el jefe de estación, cuyo instinto natural era sonreír, estaba haciendo un gran esfuerzo para fingir severidad con él.

—Aquí está —el *Mahatma* desató el nudo en su *dhoti* y le dio el boleto. El jefe de estación se alejó un poco y lo examinó. Cuando levantó la vista hacia el *Mahatma*, que lo había seguido y estaba de pie cerca de él, estaba alarmado.

—Señor, ¿cuál es su nombre? Dígame por favor.

Él dijo la verdad, como siempre:

—Mohandas Karamchand Gandhi.

La ansiedad brilló en la cara del jefe de estación mientras miraba atentamente a Gandhi.

—*Bapuji*, por favor perdóneme. Vuelvo enseguida. Necesito examinar esto —se fue deprisa con el boleto en la mano.

Lo más seguro es que ya haya llegado al lugar correcto, pensó el *Mahatma*. De pronto, su cuerpo comenzó a temblar. Lo asaltó una fatiga que nunca antes había experimentado. Sintió un dolor insoportable en sus articulaciones. Éste parece ser el momento correcto en el sitio adecuado, se dijo.

Su vista se oscureció de repente. Sintiéndose débil, se sentó en la banca de cemento. ¿Aún no ha terminado su escrutinio el jefe de estación? Pensó que tomar una siesta podría hacerlo sentirse mejor. Sacudió su manto y se cubrió con él mientras se tendía, doblando las piernas. El tren que lo había traído aquí estaba inmóvil ante él, como un cadáver. Sin contar el cuartito del jefe de estación, a poca distancia, y el poste de luz, el lugar era realmente una selva. Los pájaros gritaban sin cesar.

Un gran pájaro posado en la punta del poste, con sus alas negras abiertas, lo miraba. Ésta debe de ser el ave que anunciará mi muerte al mundo, pensó Gandhi.

Dhaniklal sería el primero en llegar hasta aquel lugar. Podría traer a Manu con él. Debo dejarle a ella mi última declaración, decidió el *Mahatma*.

¡Qué maravilloso sería tener a Ba aquí en este momento! Kasturba nunca había entendido por completo el significado de sus declaraciones. Pero no había nadie que entendiera sus silencios tan bien como ella. A Ba le gustaban especialmente los lunes, cuando él hacía voto de silencio. Era en lunes que ella tenía la oportunidad de quedarse con él todo el día, sin alejarse de su lado ni por un momento. Si ella estuviera con él, él no tendría siquiera necesidad de hacer una declaración final, pensó el *Mahatma*. Para él, la muerte de ella era una pérdida irreparable. Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—*Bapuji*, por favor levántese. Su tren se va. *Bapuji*... ¡*Bapuji*! Dios, ¿qué hago ahora? Aquí no hay nadie que ayude. ¡*Bapuji*, *Bapuji*! ¡Oh, Dios...!

El *Mahatma* escuchó la voz agitada del jefe de estación y las largas notas del silbato del tren. No podía abrir los ojos. Su conciencia era precaria y colgaba de un hilo delgado. ¿De quién es ese tren? ¿De dónde sale? ¿A dónde va? ¿De quién es esa voz? ¿De dónde vienen esos sonidos? ¿Es la voz de Kasturba? ¿O del pequeño pájaro que vive en lo alto del gran cedro rojo? Si no, ¿son los gritos del pájaro de alas negras posado en este poste de luz?

El *Mahatma* trató de abrir los ojos. No podía decirle adiós al mundo sin hacer una declaración, ¿o sí?

Después de cubrir a Gandhi con una manta, el jefe de estación corrió con su lámpara verde, levantando su luz mientras trotaba, para despedir al tren que estaba a punto de salir para Amritsar. Poco después, al llevar a Gandhi un poco de agua caliente que había preparado especialmente para él, notó que el *Mahatma* se había incorporado. Al ver al jefe de estación, el *Mahatma* le dedicó una sonrisa desdentada.

—Su tren se ha ido, *Bapuji*. Podría tener que esperar otras dieciocho horas para el siguiente tren a Amritsar.

El *Mahatma* suspiró. Fortalecido por un sorbo de agua caliente, fue capaz de enderezarse y sentarse apropiadamente.

—Gracias. Éste parece ser el deseo de Dios. Si él ha preparado este lugar para que sea mi Astapovo, no podría ir más allá tan fácilmente, ¿no es así?

La cara del jefe de estación había palidecido.

—*Bapuji*, por favor perdóneme. Ayúdeme a evitar la culpa de semejante crimen imperdonable. ¡Aquí no hay nadie! Tendrá que hacer su última declaración solamente a mí, *Bapu*. No creo tener la fuerza para soportarlo. Perdóneme. El tren a Delhi llegará aquí en menos de una hora. Por favor, vuelva a Delhi. Ahí es donde todo tiene que pasar.

El *Mahatma* se rio al escuchar esto.

—¡Todo está decidido, entonces! Pero, por favor, dígame una cosa. Me reconoció desde el principio..., ¿cómo lo hizo? Debe de haber visto montones y montones de *Bapujis*, ¿no?

El jefe de estación se rio.

—Es muy fácil, *Bapu*. Ni uno de esos incontables *Bapujis* compró jamás un boleto. Cuando se les pregunta, dicen: «Te di la libertad, ¿no es suficiente?». Y siempre tienen ganas de discutir. Además...

El *Mahatma* intervino:

—Además, tú habías anticipado todo esto, ¿no es verdad? ¡Sabías por anticipado de mi viaje y su objetivo!

El jefe de estación se puso inquieto.

—Pero, *Bapuji*, por favor escuche lo que tengo que decirle. No debe terminar así. ¡Éste no debe ser jamás su mensaje para el mundo!

El *Mahatma* levantó su dedo para silenciarlo. Luego continuó:

—No, querido hermano, no puedo retirarme ahora. He tomado mi decisión. Creo firmemente, hermano, que este mundo entenderá el razonamiento que está detrás de mi salida de Delhi y mi llegada aquí. Pero ¿no

hay doctores por aquí? ¡La neumonía ha comenzado su ataque virulento! —volvió a tenderse.

—No, *Bapuji*. Nadie de por aquí sabe nada de neumonía. Por favor acepte mi petición. Todo debe ocurrir solamente en Delhi —dijo y miró su reloj de pulsera—. Dios, sólo quedan diez minutos para que llegue el tren. Hay poco que pueda hacer antes de eso —después de murmurar para sí mismo, dijo a Gandhi—: Usted debe haber entendido esto más claramente que cualquier otro, *Bapuji*. Debe haber caminado aquí no con un deseo de morir, sino con un deseo de vivir. Su partida tenía la intención solamente de llamar la atención y provocar obediencia, igual que todos los ayunos que hizo anteriormente.

Como si no tuviera una respuesta que ofrecer, Gandhi permaneció en silencio.

—Pero ahora todos sus adversarios verán esto desde un ángulo diferente, *Bapu*. Ya se han decidido. Ayer, o el día anterior, podrían haber sufrido una derrota. Pero ahora han comenzado su guerra contra usted. Hoy o mañana. Mañana o el día después..., ahora ya es cuestión de días, solamente.

—Lo que dices es verdad. Pero ¿dónde se torció todo? ¡Sólo he pensado en esto durante los últimos tres días! Considero mi hermano a todo hombre. Incluso a aquellos hombres blancos, que resultaron ser mis enemigos por obra de la Historia, los amé también. Traté de enseñar a nuestro pueblo a hacer lo mismo. Intenté enviar un mensaje de verdad y no violencia a todos. De cierta forma... —el *Mahatma* dudó.

—¡De cierta forma nos trajo el mensaje de Cristo! Por eso el gobierno británico jamás pudo matarlo. Usted aparecía ante ellos no como un cristiano, ¡sino como el propio Cristo, *Bapuji*!

—Sí, soy un auténtico cristiano; un cristiano más verdadero que los mismos cristianos.

El *Mahatma* sonrió. Hablar con el jefe de estación era como hablar con su propia conciencia. Era extraño cómo su conciencia era un jefe de estación en una oscura aldea.

—Ésa es la razón por la que nuestros gobernantes coloniales pusieron sus armas a sus pies y se fueron del país. No eran capaces de pelear contra Cristo, su dios.

—Soy hindú. Un verdadero hindú. Rama es mi dios. El *Gita* es mi filosofía.

—Si alguien lo acusara de haber llevado a cabo este engaño, ¿cuál sería su respuesta, *Bapuji*?

Gandhi estaba en silencio.

—Dígame, *Bapuji*. ¿De qué fuentes formuló usted sus preceptos? ¿De qué dios en nuestra tierra aprendió la no violencia? ¿Hay alguno entre nuestros dioses que no tomara las armas? ¿Cuál de ellos perdonó a sus enemigos? Al pedírsele que diera su chal, ¿cuál de ellos dio su *dhoti* también? ¿Quién, al ser abofeteado en una mejilla, mostró la otra? O, por lo menos, ¿alguno de nuestros dioses siguió los principios de simplicidad que usted ha pedido a todos que sigan? Dígame, *Bapuji*...

Gandhi suspiró profundamente.

—¿Qué debo hacer como *satyagrahi*? ¡Por favor, dime, querido hermano! —dijo. Se habían formado lágrimas en sus ojos.

—Por favor regrese, *Bapuji* —le rogó el jefe de estación.

—¡No, eso sería equivalente a la muerte! —dijo él, repitiendo la famosa frase de su maestro Tolstói.

Su conciencia estaba enojada ahora.

—¡Diga sus propias frases, *Bapu*...! Encárenos a su propia manera. Estamos esperando el momento para asesinarlo. Hemos comenzado esta guerra para vengarnos unos de otros. Deseamos ajustar cuentas con la Historia. La sangre de mil años que corre por las calles de Delhi no se ha secado todavía. Enséñenos la nobleza de sus preceptos o reciba como regalo las balas que disparan nuestras armas —el jefe de estación perdía el aliento—. Usted logrará una muerte poética, tal como deseaba, en la estación de trenes de esta aldea remota. Entonces nosotros, sus seguidores, lo traicionaremos después de su muerte o seremos muertos. Nos haremos pasar por usted mientras destruimos su forma de vida. Esta tierra sagrada va a llenarse de Bhagwaticharans. Usted será consagrado como dios..., pero un dios incapaz de cambiar nada. Y luego, en nombre de ese dios, comenzará una guerra de venganza. Y la guerra durará hasta que la identidad de usted se borre por completo.

Los dos hombres quedaron en silencio.

El gran pájaro de alas negras, que observaba a Gandhi desde lo alto del poste de luz, entonó un canto de lamentación mientras se alejaba volando. Su grito pudo oírse hasta que hubo recorrido una gran distancia.

—¿Es esto una especie de profecía?

—Profecía o superstición, lo puede llamar como usted quiera. ¡Pero estas cosas serán realidad, *Bapu*!

Gandhi estaba absorto en profunda contemplación. Cerró los ojos.

—No, no aceptaré la derrota. ¡Haré que mis adversarios entiendan la naturaleza poética de la no violencia!

—*Bapuji*, entonces usted debe vivir su vida completa. Es decir, ciento veinticinco años...

El *Mahatma* cerró los ojos y quedó en silencio.

—*Bapuji*... El tren a Delhi ha llegado.

Gandhi encontró un asiento en un compartimento de tercera clase repleto. Era solamente otro Gandhi entre los varios Gandhis que viajaban en el mismo compartimento. El jefe de estación corrió hacia él, con una taza de leche de cabra y un puñado de cacahuates.

—¡Debe mantenerse bien, *Bapuji*! ¡Su muerte debe ser el mensaje de nuestras vidas! —dijo al *Mahatma* mientras secaba sus ojos llorosos.

Dos días después, a las tres en punto de la tarde del 30 de enero de 1948,[6] el tren en que Gandhi viajaba llegó a Delhi. Cuando llegó a Casa Birla a pie desde la estación, daban las cuatro con cincuenta minutos.

Ansioso porque casi era la hora de su reunión de oración, el *Mahatma* entró deprisa a Casa Birla por la puerta trasera. En el amplio jardín de la mansión, *Mahatma* Bhagwaticharan estaba sentado, mirando los rosales que florecían. No se sabe si notó la llegada de Gandhi. Éste lo dejó atrás rápidamente, entró en su cuarto y pasó al baño. Se lavaba la cara cuando escuchó a Dhaniklal llamándolo.

—¡Es hora de la reunión de oración, *Bapuji*! Él ya llegó.

El *Mahatma* replicó en voz alta:

—Estaré allá en un momento, Dhaniklalji. Por favor pídele que espere •

Traducción de Alberto Chimal, a partir de la traducción del tamil al inglés de N. Kalyan Raman

6 Ésta es la fecha del asesinato de Gandhi a manos de un nacionalista indio. El crimen ocurrió a las 5:17 de la tarde, cuando Gandhi se dirigía a la sala de oración de Casa Birla.

Escribir por una canción

G. N. Devy

Cuando yo tenía tres o cuatro años, mi padre llevó a casa un aparato de radio. Esto sucedió hace seis décadas. Era una de las pocas consolas que había en el pueblo en ese entonces, una posesión que nos llenaba de orgullo y un espectáculo público para los vecinos. No recuerdo si la marca era Marconi, Philips o alguna otra. Sin embargo, sí recuerdo que, cuando la instalaron y la prendieron, sonaron canciones memorables de K. L. Saighal Hemant Kumar Mukherjee, Khurshid y Talat Mahamud. Sesenta años después, todavía recuerdo con gran claridad las dulces melodías del primer programa de radio que escuché. Durante todo este tiempo he seguido escuchando la radio, casi únicamente por la música que transmite. Por supuesto, no era sólo la radio la que me proporcionaba canciones. Venían también de familiares de mayor edad que las tarareaban mientras realizaban actividades en el hogar. Uno las obtenía en festivales y bodas, y en las ceremonias de bienvenida a los recién llegados a la familia. Venían de mendigos errantes, conductores de carretas de bueyes, granjeros absortos en los campos de siembra, mujeres reunidas para hacer encurtidos y especias, artistas de *katha* y *kirtana* y, las más dulces de ellas, de las madres que arrullaban a sus bebés.

Después, mucho tiempo después, cuando yo tenía ya treinta y tantos, comencé a trabajar con los adivasi en el oeste de India. Cada vez que nuestra discusión giraba en torno a su identidad, invariablemente aludían a sus canciones tradicionales. Para entonces había leído un montón de Marx, Gandhi, Ambedkar y Lohia y me gustaba imaginar que

los adivasi se morían por hablar sobre la injusticia que el «sistema» les había provocado. Para mi sorpresa, ellos no estaban tan articulados sobre lo político como sobre lo cultural. A través de mis años de trabajo con ellos, he conocido a individuos que pueden cantar todo el *Mahabharata* seguido. Los bhil que viven en la frontera de Rajastán y Gujarat tienen varias epopeyas propias; y los cantantes se enorgullecían inmensamente de presentar toda la obra, sin perder una sola sílaba. También me encontré con miembros de la comunidad bharthari de los estados boscosos del centro de la India, que podían interpretar sólo por preguntarles toda la saga de un rey legendario. Un amigo mío de la comunidad banjara me dijo una vez que los banjara tienen un género poético llamado *lehngi*. Cuando le sugerí que escribiera alguna de las composiciones si las recordaba, respondió que podía recordar cerca de seis mil *lehngis*. Su afirmación no me sorprendió porque anteriormente había escuchado de un amigo de la comunidad nayak que él sabía más de nueve mil canciones. Y además tenía una gran voz. Todavía recuerdo lo fascinado que yo estaba cuando él cantaba durante horas, una canción tras otra.

Las tribus y las castas en India son comunidades distintas. Los que pertenecen a castas no pertenecen a tribus, y los que pertenecen a tribus quedan fuera de la pirámide de castas. Lo que los aproxima es probablemente su amor por las canciones. Como adolescente y como joven, hice numerosos viajes con otros de mi edad. Invariablemente, la marca de cada viaje era un juego que quizá sólo los indios, y quizá los africanos, juegan. Ese juego no necesita tablero, pelota ni bate. Requiere la habilidad de cantar una canción que tenga una sílaba inicial que es la sílaba final de la canción cantada por el equipo contrario. El juego tiene pocas reglas. Puede jugarse sin fin. No hay ganador ni perdedor realmente; y no se necesita entrenamiento especial o el don de una voz sonora para participar en él. Quizás sea el más democrático de los juegos que conozco. Se llama *antakshari*.

La memoria histórica de la India también privilegia las canciones y a los cantantes por encima de otros iconos culturales. Cuando un indio comienza a pensar en los tiempos medievales, los nombres que

primero aparecen ante su ojo mental son los de Kabir y Mira, Jaydeva y Chandidas, Surdas y Nanak, Akkamahadevi y Tukaram, Thyagraj y Narsi Mehta, cada uno de los cuales está entre los más grandes creadores de canciones y entre los cantantes más icónicos. Cada uno de ellos tenía su filosofía propia y, sin embargo, todos ellos viven en la memoria de la India como cantantes de amor, devoción y humanidad. El genio de Gandhi era colosal en comparación; pero, para todo indio, sus diarias *bayans* [canciones devocionales] «raghupati raghav rajaram» o «vaishnav jana to tene kahiye» lo dicen todo. Rabindranath era un genio renacentista de amplio espectro que abarcaba la filosofía, la educación, el teatro, la política, la ficción, la pintura y la poesía. Dejó una huella indeleble en la cultura india del siglo XX. No obstante, nada llegó tan lejos y tan profundo en las mentes de la gente como lo hicieron sus canciones.

No debiera ser una exageración afirmar que, en términos de la capacidad del ciudadano promedio para recordar una gran cantidad de canciones y tararearlas con una voz terrible, la India probablemente encabece la lista mundial. La cercanía que muestran los indios con los sufíes en Rajastán, los bauls en Bengala, los varkaris en Maharashtra y el gusto con que las muchachas y los muchachos en Gujarat se sumergen en el canto *garba* y en las melodías *bihu* en Assam, nos define a todos como una sola nación de amantes de la canción.

Los neurólogos nos dicen que la cognición del lenguaje y la lógica se controla en una parte del cerebro, mientras que la inscripción de la canción y la melodía en la memoria ocurre en otra parte del mismo. Sería demasiado aventurarse proponer que la mente india con «excedente de canciones» responde a la lógica normal y a la información ligada al lenguaje de una manera algo diferente a la mente de la gente de otras culturas con «déficit de canciones». Sin embargo, al menos en cierta medida, este argumento puede sostenerse cuando notamos que, mientras la colonización cambió nuestro gusto en prácticamente todos los campos de la actividad racional e imaginativa, la música en la India continuó estando segura de sí misma durante todo el periodo colonial y más allá. Además, cuando una forma de arte moderno com-

pletamente basada en la tecnología como el cine llegó a la India, los creadores de nuestras películas rápidamente pusieron la canción en su corazón. Esto no ha sucedido en otros lugares, con la excepción del cine árabe, y allí tampoco en la misma escala. Puede que no esté demasiado fuera de lugar afirmar que «la canción» es el sello distintivo de la civilización india.

Estos pensamientos me vinieron a la mente cuando supe que recientemente comenzó a aparecer mucho grafiti en las paredes de Bangalore pidiendo liberar la música del control del gobierno. Decía: «Devuelvan la música, devuelvan el alma». El grafiti fue ocasionado por el estricto control del Estado sobre la música en vivo en restaurantes y bares. De repente comenzó a surgir en Mahatma Gandhi Road, en Museum Road, en Levelle Road y en St. Mark's. Éstos son lugares frecuentados por la generación *millennial*. Los jóvenes cuya música fue apagada por la policía estatal comenzaron a escribir: «Remember to forget, Four Ders, Sammzie, Rastad, King Turac, Guess who, King and Zero...». La respuesta del estado al grafiti fue salir a buscar a quienes protestaron abiertamente y ficharlos. Cualquiera que conozca el lugar que tiene la canción en la mente india bien puede sentir que la protesta no tiene tanto que ver con la música y con el placer sensorial. Es algo más profundo. Comenzó con la generación «2 K-plus». Si un analista cultural señalara la coincidencia de que el grafiti en Bangalore haya comenzado a aparecer precisamente cuando de manera silenciosa los votantes de Maharashtra y Haryana pusieron en su lugar a los regímenes gobernantes, uno no puede descartarla como una opinión política tendenciosa. Quizás necesitemos leer con más atención la escritura que ha comenzado a aparecer en la pared, una buena razón para cantar una canción más para alentar a la democracia •

Publicado originalmente en *The Telegraph-Kolkata* el 1 noviembre de 2019.

Traducción del inglés de Víctor Ortiz Partida.

N. Sukumaran

Agua en mi mano

El agua que recogí
en el pozo de mi palma
se volvió extraña al río.
Ahora está inmóvil,
el cielo encrespado en ella.
Vertí el agua.

En este río que fluye,
¿cuál es mi agua?

Más huesos

No llames a mi puerta a pedir nada,
mi casa está frígida de muerte.

Les podrían salir colmillos
a las palabras que te di.
El cigarro que te ofrezco

podría estar envenenado.
Podría la comida en tu plato
estar mezclada
con la carne de hermanos.
Podría ir disuelta
sal de lágrimas
en el té preparado para ti.

Estos días los gobiernan
diablos en uniforme color kaki.

Hoy,
mueren quemadas flores, sonrisas, niños,
pájaros. Mujeres.
Las voces de aquellos
cuyos órganos arrancan
se expanden en un tartamudeo.
Desde el cráneo destrozado del Buda
aúllan los buitres
entre la pila de cadáveres.
Es fácil rajarte el cuello
en el nombre de Dios, Lengua o Raza
con una lámina corroída de metal.

Hoy,
es un crimen ser humano.

La tierra se ha convertido en un corredor de esqueletos.
(La pila de huesos crece y crece.)

El aire —
un contenedor de humo de explosivos.

(El humo se vuelve denso.)
Cada huella en la arena
manchada de pus y sangre.

En la tela que tejen las arañas
se hielan en el vacío los ojos de búho de la historia.
Mancha en nuestras manos todas,
la pena se extiende sin fin.
No llames a mi puerta
a preguntarme nada.

Hoy,
ser humano es un crimen.

Udhagamandalam

para Sumathi

Como un pájaro que regresa a su santuario,
vuelvo una y otra vez a este pueblo en la colina.

Este pueblo ha sido deformado
como el rostro humano estallando de acné.
Aun así,
recuerdos de mi infancia permanecen
en el viento cargado del olor de eucalipto.

Mi idioma,
por mil años oxidado,
aún es débil
para hablar de tu amor.

Tú, con tus historias,
que anduviste en los caminos
cubiertos de la morada flor de mayo,
que hablaste sobre humanos
en las vías del ferrocarril
entre rocas que rezumaban agua,
no estás aquí.

Ahora yo soy
un corazón cautivo
en las garras de un águila en vuelo.

Los pechos colgantes,
podrías estar perdida
en documentos del gobierno infestados de caca de gusanos
o
utensilios abollados borroneados de carbón
o
la manchada ropa de tus bebés.

Tu amor es tan simple,
como agua recogida a la mitad del río.

Versiones de Adriana Díaz Enciso, a partir de las versiones del tamil al inglés de Putholi Arumugam, R. Sivakimar y Gita Sukumaran.

El espejo de Bélgica

Sirpi Balasubramaniam

El oro de su marco de madera
se había ennegrecido;
su encaje labrado
de enredaderas y flores
era una red rasgada.
Alguna vez, pájaros exquisitos
cantaban en su margen;
ahora tenían
las alas estropeadas,
los picos rotos.
Deben haber sido cincuenta.

Amma nos agasajaba con historias:
su visita a Rameswaram,
joven esposa
embarazada de su primogénito;
el espejo de Bélgica
fue el primer regalo de Appa.

«El espejo es un dios,
que no se rompa»,
repetía Amma.

Una vez que su dominante presencia
se cernió sobre el gran salón,
Appa se paraba delante de él

una media hora todos los días
para darle a la pasta de sándalo
en su frente la forma de un círculo
perfecto con un tallo de Nandiavattai.

«Tu *idli* se está enfriando»,
fingiendo reprocharle,
Amma echaba un vistazo
y absorbía lo que veía.

Akka, de piernas largas,
ajustaba el espejo
a su altura;
Amma con su sexto sentido
entraba en acción:
«¡No lo manches de grasa!»,
retumbaba su voz desde la cocina.

Nunca me permitía
jugar con la pelota en la casa.
«¡Dañarás el espejo.
Sal a la calle a jugar!»
Cuando había gente proclamaba:
«¡Es original de Bélgica!
Ya no se consigue...».

Luego de la muerte de Appa,
Amma
cambió el espejo
a la sala de oración,
lo enceraba
una vez a la semana,
lo decoraba con *kumkumam*
y se perdía en oración.

Postrada en cama,
demacrada, Amma
murmuraba

ante el más leve ruido:
«Cuiden el espejo».

Anoche,
¡un estrépito! En la sala de oración
una rata enorme se tropezó y corrió;
en el piso,
el espejo belga
yacía
hecho relucientes añicos.

«¡Ay... Amma...!».
Chilló mi esposa,
yo entré precipitadamente;

los ojos de Amma,
dos piedras de cristal
sin vida.

Versión de Víctor Ortiz Partida, a partir de la versión del tamil al inglés de K. S. Subramanian.

Caravanas: continúen. Poéticas indias contemporáneas

H. S. Shivaprakash

Salvo quienes conocen y están perfectamente informados de la desconcertante diversidad del paisaje poético de la India, la mayoría tiende a juzgarlo por aquello que no es. Para tener una idea aproximada de lo que sí es, sería conveniente vislumbrar esta poesía en contraste con otras poéticas: digamos, por ejemplo, las de América Latina. Pese a que, si la consideramos un conjunto, América Latina cuenta con varias de las cumbres poéticas del último siglo y a despecho de que su extensión territorial exceda a la de la India, la mayor parte de su poesía se escribe en español y portugués y muy poco en inglés y en francés. De hecho, la poesía latinoamericana es lingüísticamente más unitaria que la de la India, cuya poesía se formula en veinticuatro idiomas con reconocimiento oficial e infinidad de dialectos y otros idiomas. Estos veinticuatro idiomas principales pertenecen a las dos grandes variedades lingüísticas, la indoaria y la dravídica, cuyas gramáticas, dicción y métricas son muy diferentes entre sí. Por su parte, los dialectos tribales corresponden a familias lingüísticas totalmente distintas. De hecho, varios de los idiomas del noreste tienen mayor parentesco con la familia idiomática sinobirmana.

Las diferencias geográficas del subcontinente y los principios de la desigualdad inherentes al desarrollo socioeconómico contribuyen a mltiplicar esta pluralidad lingüística. Estudio de contrastes, en la India encontramos comunidades situadas todavía en los estadios evolutivos de la caza y el pastoreo, junto a metrópolis con un alto grado de desarrollo, como Delhi y Bombay. En tanto se concentran, en su mayoría, en uno o dos idiomas, la mayor parte de las recapitulaciones acerca de la poesía india resultan parciales y excluyentes. Aun cuando

mi aporte sobre las diversas poesías indias no esté por completo libre de esos yerros, espero compensarlos con mi familiaridad con las otras poesías indias cuyo acercamiento debo a traducciones.

Con una historia que se remonta a dos mil años, la poesía india ha experimentado diversos cambios de paradigma, incluso en el periodo precolonial. Durante la primera mitad del primer milenio florecieron las dos grandes tradiciones clásicas de poesía: el sánscrito del norte y el tamil del sur. Además de grandes obras de poesía lírica, narrativa y dramática, también produjeron obras fundamentales de gramática, poética y dramaturgia. En la segunda mitad del primer milenio aparece la corriente de la poesía *bhakti*, que como una marejada se extendió desde el sur hasta el norte, transformando por completo el paisaje poético del subcontinente. Los valores heroicos/ascéticos preponderantes en las expresiones clásicas fueron reemplazados por la poesía del apasionado amor divino. Se abjuró del educado lenguaje y del estilo de las cortes y se tradujo al lenguaje cotidiano. El rigor de la poesía clásica dio paso a la libertad y la espontaneidad. Durante todo este periodo sobrevivió asimismo en la tradición oral de toda la India un rico acervo de poesía folclórica y tribal, siempre en interacción con las tradiciones clásica y *bhakti*. Tales son las tres corrientes poéticas que a lo largo de los siglos han fertilizado la imaginación india en sus diversas regiones e idiomas.

El panorama cambió radicalmente en la época colonial. Ese territorio de vasta riqueza cultural, lingüística y religiosa hubo de someterse al yugo de una uniformidad artificial moldeada por la prioridades de la eurocéntrica cultura anglosajona. La lengua de los colonizadores, el inglés, sirvió de herramienta para reconfigurar cada uno de los ámbitos de la vida, de manera que se ajustase al modelo de la cultura colonizadora: nueva administración, nueva educación, nueva ética y nueva cultura. Es aquí donde comienza la historia de la poesía moderna de la India.

Amanecer turbulento

Ham wahaa hai jahaa hum ko bhee
Kuch hamaree khabar nahee aatee
Marte hai aarzoo mein marne ki
Maut ateehai par nahee ate

Qaabaa kis munh se jaaoge Ghalib
Sharm magar tumko nahee aatee

(Situado en un lugar
donde no escucho ni mis propias noticias,
agónico de esperanzas, la muerte acude
sin acercarse.
¿Con qué cara iré a Qaba, Ghalib,
nunca te avergüenzas?)

En el amanecer de la gran poesía india moderna, el gran poeta urdú Mirza Ghalib describió así su alienación: apartado completamente de sí mismo y de la sociedad, del pasado y del futuro, de Dios y de los hombres. Como Baudelaire en Europa, Ghalib pinta muchos de los sombríos aspectos de los alienantes valores que instauraron el mercado y el dinero. Tema que, entre otros, se refleja de manera más brillante en su poesía amorosa, donde el amor adquiere visos de una agonía sin límites. El medroso y distópico punto de vista de Ghalib contrasta con el optimismo utópico de Md Iqbal (1877-1938), quien, refiriéndose a Ghalib, escribió: «¿También en ti se oculta otra joya como él?».

Probablemente sabía que la otra gema era él. Sin embargo, a diferencia de Ghalib, su inspiración más profunda provenía del Islam. Hondamente familiarizado con Occidente y su poesía, devino artífice de la utopía islámica, que más tarde conduciría a la formación de Pakistán. Así como para Hegel el Imperio prusiano constituye el culmen de la historia humana, Iqbal soñaba con el ideal de un imperio islámico; visión que invoca en su célebre poema sobre la mezquita de Córdoba:

¡Oh, aguas del Kabir! Sobre tus riberas
alguien sueña los sueños de otro tiempo o mundo,
cada uno de los nuevos mundos ocultos por el velo del destino
con nuevas alboradas que mis ojos colmen
la vida sin revolución es tan sólo muerte
las revoluciones cotidianas son el aliento vital del musulmán.

Por un lado, Ghalib, pesimista e introvertido; por el otro, Iqbal, optimista y extrovertido, constituyen las dos voces y perspectivas de

la poesía de la India durante el turbulento amanecer de la nueva era. Shishunal Sherif, el gran poeta de origen canarés de ese periodo, refleja un conflicto similar. La instalación en su tierra del innovador primer molino británico le suscita esperanzas: «una pieza mágica»; sin embargo, en otros aspectos se muestra aprehensivo: «¡Mira! Las langostas se propagan / —malas nuevas para todos los reyes de estas tierras».

Hacia la libertad

Si bien la emancipación india del yugo extranjero ocurrió en 1947, las proclamas de libertad habían comenzado cien años atrás de forma aislada y espontánea.

> **Cubierto de esplendorosa**
> **riqueza es mi hogar, y con todo la aparto**
> **para emprender el camino, de riqueza ávido...**
> **En sueños Banga, diosa del lenguaje, me increpa:**
> **Con esa plétora de tesoros en casa, ¿por qué entonces**
> **mendigas hoy, oh, hombre acaudalado?**

De esta manera el gran poeta bengalí, pionero del periodo moderno, Michael Madhusudan Dutt (1824-1873), dramatiza el dilema del poeta indio enfrentado a tensiones poéticas opuestas tanto a la poesía del colonizador como a la propia. Aun cuando en principio se sintiera atraído por Occidente, Dutt retomó su idioma, el bengalí, enriqueciendo su estilo con un gran bagaje poético, síntesis de la influencia de la tradición europea y de la india, un proceso que también apreciamos en Iqbal. Pobreza y exilio marcaron la vida de Dutt, desterrado en tierras lejanas. Pese a ello, transformó esta penuria en obras poéticas de gran valía. Después de él, la poesía india nunca volvería a ser la misma. Al tiempo que la transformaba a la luz de los clásicos occidentales, preservaba la hermosa riqueza del pasado.

Con una asimilación de los tesoros de todas las tradiciones, Rabindranath Tagore (1861-1941) insuflaría nuevo aliento al idioma poético de la India al crear obras de gran mérito con innegable originalidad. Genio multifacético, fue poeta, novelista, dramaturgo, músico, filósofo, educador y visionario. El primer Premio Nobel de Literatura

indio fue también el primer escritor indio de fama mundial, gracias a las traducciones al inglés de sus obras. Su influencia alcanzó incluso a Latinoamérica, merced a las versiones en español de sus poemas que efectuó el gran poeta español Jiménez. Enarbolando los valores de la libertad y la fraternidad, criticó todas las formas de opresión, fueran del pasado o del presente. He aquí cómo emplazó a la India a un renacimiento:

Oh, corazón mío, asciende lentamente
de las sagradas aguas
del océano de la gran humanidad de la India.
Ponte de pie,
alza los brazos,
y canta a la divina humanidad
en salmodias de éxtasis
y de infinita dicha,
antes de inclinarte a ella.

Esta visión permitió integrar al individuo, a la nación y al mundo en una armónica corriente de amor y fraternidad. Durante el periodo anterior a la Independencia, Tagore marcó la pauta de la poesía india.

En vísperas de la libertad que condenaría la opresión tanto por nativos como por extranjeros, e invocaba la utopía del porvenir en términos de liberación tanto de los males internos como de los externos, en cada uno de nuestros idiomas hay figuras semejantes a Tagore: Subrahmanya Bharatiyar (tamil), Nirala (indio), Kuvempu (canarés), Kumaran Asan (malayalam), para mencionar a unos cuantos. Para todos ellos, Tagore fue su gurú.

Independencia: ¿sueño o realidad?

Cuando finalmente se consumó la Independencia, el entusiasmo utópico de los poetas comenzó a menguar. Así, Faiz Ahmed Faiz, un poeta indio progresista, quien más tarde emigraría a Pakistán, dijo:

Caravanas, sigamos,
ésta es una falsa aurora.

Tras el exultante momento de la Independencia, muy pronto afloró el trauma de la separación y de la violencia sin precedentes que siguió al asesinato de *Mahatma* Gandhi, el símbolo de la libertad de la India. Como ocurriera con otras naciones emancipadas, los poetas indios adquirieron amarga conciencia de la brecha entre la realidad y el anhelo; tal expresión tendría en poesía dos clases de respuesta.

Constituyen el modernismo político, como denomino a la primera tendencia, poetas afiliados a la ideología del progreso. Inspirado por la internacional proletaria, el movimiento progresista tomó fuerza especialmente en el norte de la India. De este grupo sobresalen, entre una gran variedad, G. M. Muktibodh (hindi, 1917-1964) y Makdoom Mohiuddin (urdú, 1908-1969), como principales representantes. A despecho de su conciencia de los horrores del presente, nunca perdieron la esperanza.

La excelente poesía de Muktibodh es un viaje de la desesperación a la esperanza. Su poema «The Voice Calling Me» (La voz que me reclama) comienza como un llanto desde las profundidades del abismo:

Esa voz que me llama
yacía perdida en algún lugar
[...]
en las entrañas de la tierra
cubierta de fragmentos de hueso
miré
hojas sin flores

Después de guiarnos con escalofriantes detalles a través de «una total destrucción en una nación sin alma», al final retoma un optimismo trágico:

En una tierra devastada
dando vueltas alrededor de las torres
de los grandes templos
las aves continúan moviendo agotadas
sus alas en la tierra en ruinas
aun cuando las abatan
nunca caerán derrotadas
¡Mira! Vastos caminos se abren

en el azur del espacio
la inspiración ha vuelto
la melodía del amanecer
una vez más despunta.

Un movimiento semejante se da en los siguientes versos de Moinuddin:

La hoguera de mis penas duró encendida toda la noche
Toda la noche alimenté estas penas

El dulce recuerdo de la melodiosa flauta
toda la noche murmuró en mi mente.

El cariz tragicómico de la perspectiva progresista contrasta con la visión de los modernistas formalistas, cuyo tropo dominante es la autoconciencia irónica. Su compromiso es principalmente formal. Para ellos la retórica es un anatema. Poetas importantes de esta modulación son: Pattabhirama Reddi, Ajanta (telugu), Jnanakuttan (tamil), Akhtar Ul Iman (urdú), Dilip Chitre y Arun KoLatkar (maratí). A. K. Ramanujan, un brillante poeta que escribió tanto en canarés como en inglés, es un poeta ejemplar de dicho estilo:

Todavía como mi abuelo
me baño frente al cuervo de la aldea
en aguas tratadas con cloro
mi único Ganges
la desnuda bombilla de Chicago
prima del sol de los Vedas
refirego con jabón mi espalda
como mi padre
y pienso
en proverbios
al igual que yo
me seco
con una toalla turca
comprada en Sears
que no se ha lavado

como mi madre
escucho tenuemente la canción matinal
(aun cuando aquí suene
a japonesa)
y tres claras cuerdas
en la puerta vecina
a través del estrépito
de la cocina
como mi pequeña hija
me da pena
y cubro mi pubis con la mano
mi cuerpo todavía virginal
de novelerías
e hijos
me agarro el pilín
como mi hijo pequeño
juego con la manguera del jardín
dentro y fuera
de la bañera
como mi nieto
miro hacia arriba
aún sin nacer
a mí mismo
como mi tata
tataranieto
aún no soy
quizá nunca lo sea
mi futuro
depende
de muchas
personas
todavía
por nacer

Las dos maneras no son esto o lo otro, sino más/menos. Un poeta como el telugu Sri-Sri ilustra tales extremos. Como el peruano César Vallejo, se trata de un poeta revolucionario, tanto en la forma como en el contenido.

El interregno presente

Llegamos ahora a la fase más reciente de la poesía india, cuyo inicio se remonta tentativamente a los primeros años setenta, cuando tras la imposición del estado de emergencia y los constantes ataques a los derechos democráticos surgió el segundo movimiento independentista. Dicho periodo se distinguió por fortalecer, a través de la educación, a vastos sectores de la población hasta entonces en silencio: los parias, las tribus y las mujeres. Durante este periodo estas voces sonaron de forma clara y contundente, con lo que el idioma poético de la India experimentó una renovación total, pues hasta entonces había sido mayoritariamente una expresión de las castas superiores y de la clase media.

Siddalingiah, un poeta dalit de lengua canarés, procedente de la casta más reprimida y humillada, tiene esta afrentosa apostilla sobre la Independencia:

A quién vino
a quién
la libertad del 47?
Al botín de los contrabandistas
a los bolsillos de los políticos
a las botas de la policía

Éstas son las visiones subvertidas de la India, como se perciben desde la base del sistema de castas de la India. Las mujeres expresan sus experiencias desde el último eslabón de la jerarquía machista. Escuchemos a Temsula Ao, una notable poeta inglesa de la tribu del estado de Nagaland:

Él actúa en el centro del escenario
yo en la periferia
pero estoy contenta
con esa fracción de
eternidad
cuando llega el momento
de reducirlo
a un minúsculo solitario
prisionero del anillo
de mi oscuro deseo

Meena Kandasami, una poderosa poeta dalit, también se expresa en inglés:

El implacable negro metropolitano
moldea el blues
y la soledad se antoja más segura
que una noche galante
en sus brazos

Es inevitable que en esta poesía de protesta haya una gran cantidad de narrativa victimista. Con todo, la poesía no puede ser tan sólo resistencia. Es igualmente un arte de comunión, fiesta y duelo en las peores épocas. Existe un pequeño número de poetas profundos de distintos idiomas de la India que, además de asimilar la veta acusatoria, han procurado trascender hacia una visión más completa. Ejemplo de ello son: Ashok Vajpeyi (hindi), Sitamshu Yashaschandra (guajarati), K. Satchidanandan (malayalam), Gorati Venkanna (telugu) y Khalil Mamoon (urdú).

A Gorati Venkanna, un auténtico bardo de Telangana, se le reconoce como el poeta del pueblo. Sus poemas y canciones son inmensamente populares. Su poesía describe conmovedoramente la forma en que la globalización y el libre mercado destruyen el paisaje y el campo:

La humedad imbuye los viejos muros por tanta lluvia

Empapadas las hojas del *neem* se tuercen
Atacan la casa las termitas
Por las goteras la lluvia entra
No hay dinero para reparar el techo roto.

Con términos más metafísicos, Khaleel Mamoon relata una degradación semejante en su poema sobre el Saraswati, un río mítico subterráneo, muy ajeno a nuestra árida historia:

Lo que buscas es mi conocimiento
oculto en el río secreto
mi nombre perpetuándose en las sombras de lo desconocido
Aunque hay montañas de oro y plata

en las costas que has moldeado
¿Brillarán en tus playas las estrellas de los esclavos?
¿Las piedras atadas a sus estómagos hambrientos
caerán al suelo y se harán pedazos?
¿Dormirán sus ojos en la sedienta tierra?
Abandoné
ambos mundos mucho tiempo atrás
y llegué a donde no se habla
de conocimiento ni ignorancia
donde los dadores de vida no alardean
sobre los terrenos de cremación
donde Prajapati no se jacta
de su colosal ego
donde las flores no se marchitan
esperando dioses
donde las colonias de los hambrientos
no han sido arrasadas

En una sociedad que enfrenta y busca transformar sus desigualdades atávicas, la poesía india contemporánea yergue su voz contra las nuevas formas de injusticia que generan la globalización, el mercado y la tiranía de las corporaciones. Habla no sólo de la India, sino del mundo en general, más unido que nunca, tanto en el sufrimiento como en la esperanza •

Traducción del inglés de José Homero.

Basavaraj Hrutsakshi

Desde el momento en que la partera
Me agarró de la cabeza y me sacó del útero
Cuando inhalé por primera vez el aire exterior
Me acostumbré a tener miedo

Tanto así
Que lloro con fuerza
Cuando alguien viene a acariciarme

Nunca lloró cuando le cortaron las tripas
Con un cuchillo sin filo, dicen
Ni con los pellizcos, golpes y azotes
De la humillación
O al ser expulsado — No le tengo miedo a ninguna de estas cosas
Pero tiemblo cuando me hablan de amor
Tal vez ahora entiendas
Por qué quité los labios y me fui
El día en que viniste a besarme
Con miedo de una cámara oculta en el cuerpo

Me vigilo a mí mismo como un insecto metido en la tierra
Yo que puedo escribir un poema audaz sobre el enemigo
Nunca podría pronunciar bien tu nombre
Seguías siendo una contraseña en los genitales
Nunca hablo de ti con nadie
En el séptimo día tras haber nacido

Fui iniciado en el dolor cuando me marcaron con una aguja candente
Pero no soporto ser separado de ti
La serpiente envainada es como la verga de un niño
El amor puede apresurar a todos
La membrana que cae es la piel de uno
Entre más me expongo y me hago daño
Hay un problema
Con el aire de este mundo
Que inhalé al principio
Tal vez el día que me abandone
Seré libre
Me dolerá la piel cuando la estrujen
Tus labios se harán dulces al contacto

Vacío

Como pasar un vacío
De un vaso a otro
Escondo mis ojos en los tuyos
Y lleno mi vacío con el tuyo
Mientras duermo en el átomo de este instante
Cómo puede uno llevar cuenta de las plumas
Del pájaro del tiempo
Que sigue poniendo huevos
Cuando el único pájaro que vino a posarse
En la rama
Se va volando, como tú y yo
El árbol lleno de ramas
Quedará vacío
Como un búfalo hembra
Cuyas ubres
Se hacen ligeras y se llenan de vacío
Luego de que el becerro se toma la leche
¡Celebro los momentos
en los que no existes!

Traducción del inglés de Eduardo Padilla, a partir del original en canarés.

Corte en *u*

L. C. Sumithra

—En el segundo piso de un gran edificio, en la última habitación al final del largo pasillo —es lo que había dicho Preeti.

Vi a la vieja y débil figura sentada en la cama blanca y me sentí muy triste. Pelando una lima dulce le pregunté:

—¿Ya vino Komala?

—Ya vino —respondió—, pero dime, ¿cómo es posible que esté aquí ignorando las responsabilidades familiares?

—Sus hijas ya debieron haber terminado la escuela, ¿o no?

—No, las dos estudian aquí.

—¿Entonces Komala ya vive aquí? No me había enterado de que se mudó a Mysore.

—Cuando las chicas entraron a la universidad, ella rentó una casa y ahora está aquí.

—En ese caso no debería ser un problema para ella quedarse aquí contigo por unos días.

—Dice que no tolera el olor del hospital. Además ha subido de peso y le cuesta trabajo desplazarse —en su voz no había rastro aparente de desaprobación hacia su hija.

Por un rato más hablamos de eso y aquello, también del terreno que vendió su esposo. Como dice la gente mayor, «¡Condénate y sé un habitante de la ciudad!». Ella confiaba en su mala salud y mostraba la tristeza que le daba todo. Después de consolarla un poco, cuando le pregunté cómo le iba a Jyotsna, le volvió la luz al rostro y dijo que Jyotsna estaba en Bangalore. Un rato después, cuando le dije que ya debía irme, me contestó:

—Ya es hora de que venga Komala, siéntate, vete después de hablar con ella.

*

Cuando vivía en casa de mi abuela como estudiante, Jyotsna era mi compañera de clases y Komala su hermana mayor; pero no se parecían ni en belleza ni en personalidad.

La naturaleza de Komala era voluble, «unas veces tranquila y otras irascible». Un sirviente podía ir acompañándola y cargando su mochila camino a la escuela. Un día, salió corriendo de la escuela a media clase rumbo a su casa ¡porque el maestro la había regañado!

Incluso cuando ya estaba en la preparatoria trenzaba flojamente su pelo. Era famosa en la escuela por su cabellera. Con sol o lluvia siempre traía un paraguas consigo. Los rayos del sol nunca tocaban su piel. Hasta cuando caminaba en el jardín de su casa se cubría la cabeza con una *dupatta*. Nunca hizo ningún trabajo que pudiera arrugar sus manos o sus pies. Siempre estaba ahí para que la contempláramos, posada en su sillón con una novela en la mano. Publicaciones y revistas con consejos de belleza, ella seguía todo al pie de la letra. Luego de leer que comer más verduras es bueno, se servía cuatro veces más curry que arroz. Se daba masajes en las piernas y la cara con crema. Mezclaba un vaso de leche con cinco vasos de agua y con ello se debía lavar el cabello al finalizar su baño. Amla, jugo de limón, yema de huevo. Cada día usaba algo distinto para dar masaje a su cabello y se bañaba por horas. Gracias a sus prolongados baños, su abuela decía que «los baños de Komala son como los de Urmila». Según el *Ramayana* de la abuela, la razón por la que Urmila no fue llevada al bosque con su marido fue porque, cuando Rama y Lakshmana empezaban, «Urmila no terminaba su baño. Hasta Rama, Sita y Lakshmana cruzaron las puertas del palacio y salieron. Estuvo separada de su marido por catorce años... no es bueno para una chica tomar baños tan largos». Las palabras de la abuela nos entretenían a todos. A Komala no le importaba. Cuando extendía su cabello para que se secara, era para nosotros como Akka Mahadevi en una fotografía que habíamos visto.

Su cabellera era el centro de atención en el colegio. También se había ganado la admiración de las niñas. Pasaba un mechón de detrás de su oreja y dejaba caer el rizo por su mejilla. Cuando pasaba de lado, se escuchaba a los niños burlarse de ella diciendo «Tirukkural». Esos chicos, que estaban enamorados de su color de piel, le mandaban cartas y saludos, haciendo que su padre se preocupara por su matrimonio desde antes de que terminara sus estudios.

¡De haberse planeado un *swayamvara*, posiblemente habrían llegado muchos pretendientes! Pero ya que el hijo de un hacendado de Chikamagalur tenía ya el visto bueno, se planeó una «presentación de la novia». Como su padre sabía que ella era hermosa, no estaba listo para presentarla a ninguna examinación nupcial ante nadie todavía. En su lugar se decidió mandar a Komala a la boda de

la cuñada de su tía, un sábado del mes del Jyeshtha. Se le informó a la familia del novio que su hija podía «ser vista» en el autobús que iba a tomar para ir a la boda que se llevaría a cabo en Shimoga. Ella tomaría el autobús cerca de su casa y se bajaría cerca de la casa de su tía.

Komala llevaba un sari con joyería de perlas comprado exclusivamente para ella el año pasado por la boda de su hermana. El cabello iba recogido flojamente y así caía hasta sus tobillos. En su frente, una *tilaka* casi invisible. La acompañaban su hermana, que estudiaba el curso preuniversitario, y su hermano de preparatoria: a él lo necesitaban para detener el autobús. Después de que el autobús tardara más de diez minutos en pasar, comenzó a lloviznar; Komala tenía miedo de que su maquillaje se arruinara. Toda su vestimenta se había preparado desde el día anterior con la ayuda de los hermanos. Se había lavado el cabello con jugo de hojas de *matti*, lo había secado a la sombra y arregló cada mechón con cuidado. Lo trenzó de tal forma que se viera cuatro veces más grueso de lo normal. El día anterior se dio masaje en la cara con crema de leche de vaca. Todos los miembros de la familia debatían qué *sari* debía usar, y hasta que escogieron uno de seda verde oscuro con joyas que combinaran pudo irse a la cama. Se dio un baño de hora y media y se vistió en la mañana. Sus hermanos menores la ayudaron. No puso un pie fuera de casa hasta que su madre la apresuró para tomar el autobús; no sin antes revisarse en el espejo una vez más. Desde el momento en que cruzó el portón rumbo a la calle, Gulabi, la doméstica, observó detenidamente la manera en la que llevaba su *sari* y el modo de andar y la siguió. ¡Gulabi tenía el cabello tan corto que le terminaba en la frente! Ella vio con la boca abierta el largo *pallu* y el maquillaje exagerado que hacía que Komala pareciera estar actuando en una obra; se quedó a un lado del camino. No fue sino hasta que la hermana menor, Jyotsna, le recriminó diciendo «¿Qué no tienes nada mejor que hacer?», que ella regresó a casa. Komala sostenía delicadamente con dos dedos los pliegues de su *sari* para que no tocara el suelo. Se paró sobre una losa de piedra junto a la carretera. Incluso ella, que estaba acostumbrada, se incomodó ante la mirada de las otras personas que esperaban en la parada. Cuando por fin llegó el autobús, se las ingenió para librarse del escrutinio de los demás y subirse sólo para descubrir que, para su desgracia, ya no quedaban asientos libres. Ella quería sentarse lo antes posible, donde fuera. Aunque sabía que la familia del novio tenía que «ver» que estaba en el autobús, no encontró el valor para buscarlos. Cuando alguien le ofreció su asiento, ella se dio la vuelta y vio a un joven levantándose. Temerosa de que alguien más pudiera ganárselo, se sentó rápidamente. Al igual que otros que la veían, el chico que le cedió el lugar

también la examinaba tanto a ella como su cabello; algo de lo que Komala no se dio cuenta. Qué habría en su mente en ese momento es algo que no sabría decir después de todo el tiempo que ha pasado. El «chico», después de ver a Komala y su cabello, decía que, si algún día se casaba, sería con ella. El examen nupcial de Komala continuó hasta que llegaron a Shimoga.

De hecho, todos llamaban a Komala *supaani*, o *la delicada*. Ella soñaba con desposar a un hombre que trabajara en Bangalore, ¡pero el novio que había aparecido cultivaba café a mitad del bosque! Aunque refunfuñó sobre el asunto, la boda tuvo lugar con gran prisa.

Ahora, después de tantos años, ¡nos íbamos a encontrar inesperadamente! ¿Le costará mucho trabajo visitar a su madre que está bajo tratamiento en Mysore...?

—¿Dónde está Jyotsna?

—En Bangalore. Allá trabaja.

Jyotsna era sensible y calmada, de una naturaleza sencilla. Era una belleza morena sin mucho adorno. Cuando Narayana Swamy, nuestro maestro de geografía, nos explicó que la gente de diferentes grupos tenía colores de piel distintos, dijo: «La gente de Kenia es de piel oscura», y apuntando a Jyotsna, «como ella». Jyotsna rompió en llanto, todos sentíamos pena por ella.

Pero ese año Jyotsna obtuvo las mejores calificaciones. Se enojaba al escuchar a su padre decir: «Su matrimonio nos va a costar trabajo». Con ese mismo enojo, estudió un máster en Ciencias y ahora tenía un buen puesto. Sus padres están orgullosos de los logros que ha alcanzado. En un instante todo esto ha vuelto a mí.

—Ya es hora de que Komala llegue —dijo la madre.

—Han pasado muchos años desde que vi a Komala. ¿Cómo estará ahora? —ella es entre cuatro o cinco años mayor que yo.

Me costó trabajo creer que Komala era la mujer robusta que había abierto la cortina y entrado. En lugar de sus trenzas, llevaba el cabello corto en forma de *u*. Su cuerpo pesado aparentaba poca energía.

—¿Cómo estás?

Cuando ambas nos hicimos esta pregunta nos dimos cuenta del tiempo que había pasado. Hablamos de nuestros hijos y casas. Ella le sirvió a su madre un poco de la comida que había traído en un portaviandas. Mientras su madre comía, seguimos conversando. Hasta que finalmente ella se abrió:

—Hiciste muy bien en dedicarte a trabajar. Forjaste una carrera tal y como quisiste. ¿Qué veo yo cuando vuelvo la mirada hacia atrás? No sé por qué, pero me entristece cuando pienso en cómo ha ido todo.

Yo estaba sorprendida. La Komala que actuaba como si no hubiera nada más en el mundo que su belleza física por fin había salido de aquella ilusión. O al menos eso pensé.

Recordé a la antigua Komala, que estaba obsesionada por traer el cabello largo. Con tal de que le creciera el pelo, una vez intentó tocar con la punta de su trenza a una serpiente que estaba en la reja; y en su intento resbaló y cayó al pozo de agua con estiércol. Esa mañana de domingo había ido al jardín a recoger flores de hibisco a la reja del huerto, justo a un lado del pozo de composta; quería preparar un champú para lavarse el pelo. El pozo de composta rebozaba de agua. El hibisco de la reja era de la variedad *bell* y crecía por montones. Lo que Komala necesitaba era la hoja del hibisco de la variedad pimiento picante. Cuando estaba por arrancar las hojas vio a la serpiente. Recordó que Jalala había dicho que, si tocaba a una serpiente verde con el cabello, éste le crecería; así, sosteniendo su trenza con la mano izquierda, se acercó a la serpiente. Viendo fijamente a la serpiente se resbaló, ¡y cayó justo en el pozo de la composta! Era la temporada de lluvias, estaba lleno de agua y ella quedó empapada de excremento oscuro. Chinnappa, quien trabajaba en el establo, llegó corriendo y diciendo: «Ayyo, sannamma» («ayyo, niña»), y le ayudó a salir y ponerse en pie. La madre bañó y consoló a la chica, que no paraba de llorar. Incluso después de ese incidente, su manía por dejarse el cabello largo siguió acentuándose en lugar de amainar. Si un día aplicaba *menthya* en el pelo y después lo lavaba, otro se ponía *mehendi*. Y se la pasaba sentada en el sillón del segundo piso leyendo novelas, olvidándose de todo...

Gracias a la modernidad de mi madre, mi cabello era víctima de muchos experimentos con tijeras. Mi peinado era motivo de burla para Komala.

Sin importar cuánto la criticáramos, yo sentía que ella exponía todos nuestros deseos internos. Salió corriendo a media clase cuando el profesor la regañó y después, cuando ya había dado a luz a dos niños, escapó cargando con ellos, dejando que alguien más se hiciera cargo del trabajo de criarlos y limpiarles la mierda. Ha vivido feliz de la forma en la que ella concibe la felicidad, sin preocuparse por los demás. Ha hecho circo, maroma y teatro para aclararse la piel. ¿Y dónde quedó ahora el cabello que había cuidado todos esos años? Su pequeño corte en *u* parece estar criticándome. ¿Han avanzado los compañeros del viaje que es la vida? ¿Está Komala sola, justo donde siempre ha estado, como una roca inmóvil en agua que fluye?

Traducción de Carlos Ponce Velasco, a partir de la traducción del canarés al inglés de Sushumna Kannan.

Mamta Sagar

Mi madre

Ella eleva la cabeza y mira hacia arriba,

los cielos se iluminan por completo;

las nubes flotan en sus ojos.

Cuando sus ojos se cierran

los cielos se oscurecen,

las nubes rompen, y por todos lados,

un torrente de tristeza.

Escondidillas

una hoja de árbol

que se desliza

que es corrediza

que se balancea

como un papalote acariciando el viento

ahora es un barco en el río

junto a los peces de colores

un destello verde en la

brillante agua dorada

se movió con prisa

desapareció con el flujo

el agua no sabe

el aire no sabe

el árbol no sabe

los peces no saben

jugar a las escondidillas

Traducción del inglés de Víctor Ortiz Partida,
a partir del original en canarés.

Rajendra Prasad

El pavorreal que bajó por la colina, junto a Bahubali

No vas a creer
Que Bahubali de la colina bajó
Y visitó mi hogar, no vas a creer
Si te digo que vino un pavorreal
¡Quedarás desconcertado! Por supuesto.

El pelo chino de Gommata empapado
De lluvia, en Vaisakha noche de luna llena
Gotas de agua ruedan por su cuerpo
Resplandecen, la luz se vierte sobre el suelo
Llena nuestra calle
¿Cómo te sientes ante la presencia
de esta gran persona? Me fallaron las palabras.
Mi aliento escarpado mordió la carnada
Mi pensamiento, un pececito atorado
En la grieta de un lecho de río seco...

Gommata, fragrante, como tierra recién tocada por la lluvia
Me recogió, apestando, bañado en sudor,
Como si yo fuera un niño, dijo algo
Mientras me bañaba con sus manos que daban luz
Él reía, sus ojos brillantes enfocados en mí
Yo no entendía nada, excepto su fulgor

Metiendo su palma luminosa en el espacio negro
Me dio un vaso de barro para beber
¡Oh! El río en flujo, el mar agitado, el más azul cielo
Biomasa de ochenta y cuatro trillones
La riqueza mineral de la tierra... ¡La Vía Láctea!

Mis ojos, las hojas secas flotando en un diluvio
Mis manos, las ondas trémulas de un diapasón
Las manos de Gommata llevaron el vaso a mis labios
Dar el trago fue algo valiente, ¡un acto de devoción, no de miedo!
Las manos de Gommata tamborilearon en mi pecho
Néctar de una niebla efervescente
Llegó a mi barriga en uno, dos, tres sorbos

Liberando al universo de su luz cósmica
En filamentos, preparándose para
Envolver a Bahubali, el señor,
Sosteniendo un tallo de loto, dijo
«Que tu viaje sea por un camino divino
Que la divinidad sea tu naturaleza
Esta tierra no es tuya
Ni mía;
SyaadasthichaNaasthichaAvyakthancha»
Habiendo dicho esto, escribió sus doctrinas en mi espalda
Con siete plumas tomadas de siete pavorreales
Y se desvaneció de mis ojos
Después de abandonar su forma humana, pasando a ser fuego

Justo entonces, el pavorreal que acompañaba a Gommata
Abrió sus alas de mil ojos con colores
Ahí vi brillar las luces del universo, una tras otra
Todas las capas de ropa cayeron, era el nirvana
La luz, la desnudez y el suelo se unieron,
Explotaron, y emergió una oscuridad cósmica

Aún no estoy seguro de que lo vas a creer
Si te digo que Bahubali de la colina vino a visitarme
No obstante
El día después de la luna llena de Vaisakha, cuando desperté
Con el grito de los sastrecillos comunes para afrontar una mañana finita
Contemplé, en mi cama
Pétalos de loto esparcidos, ¡junto con siete plumas de pavorreal!

Peaje en el camino al infierno

Ninguna flor germina y ríe
Dentro del Gita, Corán o Biblia
Ciudades de La Meca, Vaticano y Kashi
No emiten fragancia
Mantras balbuceantes no salvan
Fieles aplastados bajo las ruedas del carro
O aquellos que murieron
Dando vueltas en Kaaba o en la plaza de San Pedro
¿Por qué, entonces?
¿Qué fue lo que hicieron? ¿Qué pueden hacer?
Saquearon los cuerpos de las mujeres
Montaron en el lomo de los pobres
Engulleron las vidas de los creyentes, medidas incautas

Ahora un tornado venenoso
Invade y envuelve nuestra tierra
Oscuridad de fuego sin misericordia,
Dejando un juicio a puerta cerrada, un puñado de cenizas

Créeme, amigo
Caminar bajo la sombra del *Gita*, Corán y Biblia
Es el peaje que pagamos camino al infierno.

Canción nocturna

Cansado después del trabajo
¿Qué canción he de cantar en esta noche lluviosa?
Ya son las nueve, necesito agua caliente para darme un baño
¿Qué poema he de componer en el resplandor
del fogón ardiente?
En el otro horno hay una crema de avena a medias y
Dos pedazos de pescado con sal.
El gato flaco junto a mí, modorro,
Despierta con el olor a pescado, y me pica otra vez con sus bigotes.

Cuando llega la muerte

La llegada de la muerte
Debe ser como el Payasam de azúcar Vermicelli
Servido en tu plato
He de devorarlo al instante, en silencio

Soy un poeta atormentado por el mundo,
¡Estarás de acuerdo! O un miserable pecador.
Yo, que saboreo la sopa de la agonía todos los días
No puedo costear la muerte como postre
Quiero venderla pero
En la Tierra no hay nadie tan rico que pueda comprarla

Tengo hambre ahora
Si llega la muerte
Como Payasam de azúcar Vermicelli
Servida en mi plato
He de devorarla al instante, en silencio

Mediodía de Viernes Santo

Entierra esos clavos de la cruz
En el suelo
He de crecer un retoño
Brotar una flor
Ser fruto para los hambrientos...

Entiérrame en el barro
Los clavos homicidas podrán mezclarse
Resucitados, unidos
En un amor Terrenal
He de ser el hombro
Cuando cargues tu cruz de penas

Sepúltame en la tierra
Pues tal vez así
La ola de furia flamígera
Se haga abono
Que las vides del amor se esparzan por el mundo

Cristo dijo...
«Que la comida sea abundante al compartirse
Que la palabra sea abundante al compartirse»

¿Podrían sus últimas palabras en la cruz ser verdad?
Que sus últimas palabras en la cruz sean una verdad sagrada

Versiones de Eduardo Padilla, a partir de las versiones del canarés al inglés de Tina Shashikanth.

La rueca de Ammi

Arif Raja

Parte ii

Ammi perfora el borde de la tela,
Lo corta como a un *roti*[1] despedazado.
Ella junta los fragmentos
y los hace uno.

Por un lado, una tijera
para exponer, para rasgar la máscara.
Por el otro, una aguja
para salvaguardar el honor del mundo.

Ammi está vendiendo la rueca.
Con cada giro
el ciclo de la historia da la vuelta.

Ammi, colocando el hilo a través
del orificio de la aguja,
ha comprado el honor amorfo del bazar.

1 *Roti*, una tortilla de pan redonda y plana, hecha con harina y agua, típica de la India. También conocida como *chapati*. (*N. de la T.*).

Les da vida:

estas interminables pacas de tela,

vastas como el cielo y el mar.

Ammi, la creadora.

Perlas de agua salada

de sus ojos, nariz, frente, cabello

que cae

sobre tela muerta.

Cada gota ganada con esfuerzo,

la ropa comienza a entrar

en una miríada de misterios de vida.

Ammi es la razón por la que el mundo está envuelto

en un alboroto de color,

Su *sari* queda para siempre blanco leche.

Una aguja, para reunir las mentes andrajosas.

Una rueca, para flotar alrededor de este mundo circular.

Una tijera en la mano, para arrancar la fealdad del mundo.

Andrajosa luna, perforadas estrellas, planetas

que giran, azotados en el movimiento rotatorio de la cima

por una mano desconocida

Meteoros nómadas y cometas zumbando

sin rumbo.

En su vigilia, ellos luchan.

Ammi, necesitamos la cama.

Parte I

Su esposo fue alimentado como un feto.
Pasó un cuarto de siglo
en una máquina de hilar.

Para mi Ammi,
Namaz quiere decir Jummah.
Eid quiere decir Dudhkurma.

El interminable giro de la rueca
nivela su codo, pero
satisface el hambre de seis niños.

Para Ammi,
estos tiernos retoños son como los ojos de su sueño,
como campo verde, aún en el desierto.

Versión de Laura Solórzano, a partir de la versión
del canarés al inglés de Divya R. U.

Ramesh Aroli

Bueno, ¡ya basta de pasarla mal!

En el primer día del año solar
En el viejo y ruidoso bazar del casi-ciego
Al menos este par de ojos entornados se encuentran
Bueno, ¡ya basta de pasarla mal!

En esta primavera quebradiza
En la que hasta el estiércol de vaca tiene un precio fijo
En la calleja apartada
Donde la mosca se rehúsa a escuchar la historia
Del ganado en el redil
Al menos este par de sordos se escuchan
Bueno, ¡ya basta de pasarla mal!

En este año que ruge
Dame un *raki* Oh hermano
Dame un hilo de matrimonio Oh esposo
Al menos dos pericos parlotean
Bueno, ¡ya basta de pasarla mal!

En respuesta
Al año nuevo de las compañías publicitarias
Entre los chismes de los deleitados
Al menos las hojas de los árboles ondulan

Viendo los gestos de un par de sordos
Bueno, ¡ya basta de pasarla mal!

Leyendo la orden
No te enamores según el almanaque
Mis ojos se hicieron ciegos como una piedra
Escuchando los sollozos
Al menos dos perros callejeros comenzaron a lamer mis pies
Bueno, ¡ya basta de pasarla mal!

En esta temporada crítica
Cuando los festivales se reducen a micrófonos rugientes
En el tribunal del pueblo
Entre disputas por centímetros de tierra
Al menos la bola que el niño lanzó hacia arriba
Le fue devuelta por el cielo
Bueno, ¡ya basta de pasarla mal!

Las hormigas nunca pidieron
Limosna de granos de arroz
Miren, entre esas hormigas que comen azúcar
Una que nunca combatió contra nadie
Fue asistida por dos soldados
Bueno, ¡ya basta de pasarla mal!

En este pueblo
Cuyos rugidos son condecorados
Con festones de hojas frescas
En las carpas donde suenan ecos de protesta
Al menos dos dedos se juntan
Bueno, ¡ya basta de pasarla mal!

El día de año nuevo
De la caña de azúcar y las hojas del nim

Cuando hay calles llenas de mendigos
Y callejas llenas de los que dan limosna
Al menos una gallina puso un huevo
Bueno, ¡ya basta de pasarla mal!

¡La pizarra en las manos de la nación!

En las calles de esta ciudad
Donde las grietas en los muros
Están llenas de papeles de colores
Los chicos se enroscan el bigote
En los espejos de autos que no son suyos
Y se toman una *selfie* con el celular en la izquierda
Reflexiono,
Ella tiene una foto en blanco y negro en una mano

En el día en que esto era un certificado de amor
Debí de haberle preguntado a tu padre
Si podía yo hacer lo que hice
Pero de qué sirve rogarte
Oh madre de tus hijos
Enfrente de su padre
Eres una tarjeta de raciones debajo
De la almohada de mis pecados
Un *tilak* huérfano y moreno
Pegado al espejo de un cuarto de hotel
Bajo cierto número
Dale un nombre a este vicio que reposa en el sueño
Si los niños nacen de él
El mundo les pondrá un nombre de todos modos

¿A quién debo amar esta noche?
A la que tiene las uñas pintadas y largas
O a la que las tiene cortas por temor a la mugre

¡Oh, Dios! ¡Incluso en mis deseos
has ejercitado tu astucia!
¡Escucha! Trajiste a alguien que nunca había votado
El día de la elección; preparaste la credencial de elector
Lo ahogaste en alcohol adulterado
Él es quien te vendió su voto
Promulgando a los chicos del tam-tam al día siguiente

Ya olvídalo, qué le importa esto a alguien
Que ha puesto un pizarrón en las manos de la nación
Los canales de TV y los periódicos te alabaron
Oh amigo de dalits y los pisoteados
Todos los votos a él
A este salvador de la nación
La promesa se hizo cuando las cortes roncaban
En el nombre de los dioses del pueblo
Testigos de regalos otorgados
Cuando en los afiches los ancestros de labios pintados
Se ríen de mí
Me quito la identificación del cuello
Y la arrojo al cielo
Sigo deambulando
Hacia el corredor, un pueblo, un parque, o una estación
Esperando que alguien más pueda traerme a mi chica
Para que las promesas puedan hacerse

Versiones de Eduardo Padilla, a partir de las versiones del canarés al inglés de Ravikumar S. Kumbar.

H. S. Shivaprakash

Perdido y encontrado en La Habana

para Deyanira

Estuve perdido hace un momento
Como un precioso anillo perdido en el río
Como mi amada perdida en el mercado
Como mi gurú perdido en una isla de caníbales
Como mi único hijo perdido en el bosque
Repleto de leones hambrientos
Como un pasaporte perdido en un país muy lejano
Como mi juventud perdida en insomnes noches solitarias
Como un glorioso sueño que perdí
En desvelo
Pero tu fragante afecto
Y tu acogedora ciudad
Me sacaron del olvido
Y me trajeron de vuelta a mí mismo
Sí, me he encontrado a mí mismo a través de tí
Y he empezado a recuperar
Mis océanos, islas y ciudades,
Mis palacios y templos perdidos
Y mis poemas incompletos

El 1-11-2013 en La Habana

para Heidi

Hoy es tu último día en esta magnífica ciudad
Llena tus ojos, Shiva Prakash,
Con la tierna luz dorada del amanecer;
Sumérgete
En las ardientes aguas azules de su bahía;
Sigue
El brillo de su vasto cielo
Hasta el límite de su resplandeciente horizonte;
Reverencia
Los monumentos de sus héroes,
Que dieron su aliento y su vida,
Para liberar esta tierra del yunque del gobierno extranjero;
Da tres vueltas
Alrededor del árbol de ceiba que concede deseos
En el centro de la vieja ciudad;
Reza desde lo profundo de tu corazón:
«Que ningún país en esta vasta tierra
Sea presa de los golpes de los EstadosUnidos»
Siente suavemente
El delicado cuello blanco, como de cisne,
De esta chica, Heidi, dulce y tierna;
Desentraña
Los secretos de las mechas de su pelo de plata
Que despiden prematuramente su juventud;
Éste es tu último día
En esta conmovedora ciudad
Éste podría ser también tu último día
Suplícale al sol,
Rézale a la luz:
Que su corazón, ahora vacío, se llene de amor otra vez;
No dejes que el engaño de la capital
Que convierte a los hombres en demonios egoístas
Se acerque a su país

Nataraja

Eones y eones de quietud tocan a su fin.
Desde el vientre del silencio, ¡escucha!, ¡los redobles del *damaru*!
Hollado tiempo, despierta el cuerpo humano,
avergonzado hasta la inercia por los que dan la muerte
que han encadenado incluso el alma, el danzantenato.
En renovada primavera cósmica, han nacido
el danzante y la danza para pisar con fuerza
e invertir la larga historia de la inmovilidad.
Las manos que cubrieron los vergonzosos órganos
se abren ahora con gozo y orgullo para abrazar
la infinitud del espacio que se expande.
Así los tres ojos para hacer, de cada uno,
uno con las inmensas undosas alegrías del mundo
como las lenguas llameantes de un millón
de cobras, las encendidas hebras
de los confusos rizos esparcidos en todas direcciones;
como hacen los rayos del sol y de la luna
de esos dos ojos que brillan mientras el llameante
manantial del tercer ojo prende fuego
en todo lo ciego, lo sordo y lo mudo. ¡Baila ahora,
oh Destructor omnímodo! ¡Oh pies danzantes!
¡Oh antorcha hecha cuerpo! ¡Oh oscilante torso! ¡Oh *damaru*!
Todo tú iluminado suavemente por el creciente de la luna,
donde pasados y futuros todos son presente.

Versiones del inglés de Deyanira Rodríguez («Perdido y encontrado en La Habana» y «El 1-11-2013 en La Habana») y Clara Janés («Nataraja»), a partir del canarés.

Fuera de la norma

Lakshmi Nandan Bora

Para comenzar quiero presentarme brevemente y así facilitar la comprensión de lo que quiero decir. Soy un plebeyo. Esta ciudad se ha convertido en un desorden gracias a una población de casi dos millones, está llena, con miles de mortales ordinarios como yo. Esta gente que al igual que yo también se esfuerza, no en el sentido de alcanzar alguna meta noble, sino por tener una existencia en la que pueda llevarse algo a la boca. Quizás su existencia, al igual que la mía, sea la preocupación de cubrir las necesidades básicas, es decir, comida, techo y esas cosas. Yo no hubiera ni soñado en mis tempranos veinte que mi vida se iba a reducir a este tipo de monotonía. Me dediqué a mis estudios siempre teniendo la mente iluminada con multitud de sueños, cuidando mi salud física y mental. Incluso ahora creo firmemente que mente y cuerpo están íntimamente relacionados y sólo una buena salud puede asegurar un buen estado mental. Nadie tiene la clave para que la mente esté en un contenedor bueno, pero hay formas de conservar una buena salud y que al menos el cuerpo pueda hacerse cargo para mantener satisfecha la mente. Éstas no son mis palabras, sino las de mi maestro, Ambuj Bhattacharya. Mi físico ha sido atractivo incluso desde antes que de que me metiera a la calistenia y la ejercitación general. Yo mismo he tenido esa noción también. Quizá no será pecado de arrogancia de mi parte si digo que con el pasar de los años el ejercicio ayudó al subsecuente embellecimiento de mi físico. Muchos están al corriente de mi auge como pugilista. Después aprendí karate y pasé en ese arte de los puntajes de aficionado. Enseñé karate a algunos de los actuales militantes más dedicados antes de que desaparecieran en la jungla de los pasados años. Algunos que llegaron a ser considerados revolucionarios fueron estudiantes en mi club de karate. Aunque disfruté mi época como instructor de este arte marcial, la preocupación no me daba seguridad en el

sentido de tener estabilidad en el futuro. Fue entonces que comenzó mi búsqueda de un trabajo en forma. Atendí cuatro entrevistas laborales sin éxito, no por mi incompetencia; los puestos de gobierno, de hecho, están a la venta en este sistema corrupto gracias a los intereses de las autoridades. Hasta los de cuarto nivel. Algunos trabajos se negocian por varios *lakhs*[1] de rupias. Yo había escuchado de este tipo de cosas en el pasado y resultaron ser verdad durante una época en la que me paralizaba el agotamiento, yendo de acá para allá en busca de un empleo. El resultado no es una agonía leve. Mi mente y mis sentimientos se rebelaban contra la sociedad. A veces me preguntaba: ¿debería unirme al Frente Unido de Liberación de Assam, como mis amigos de la infancia, Rajendra, Hariprasad y Maqbool? Casi estaba por decidirme a hacerlo cuando me llamaron a una entrevista para el puesto de delegado superintendente de la policía. «Bien» pensé, «le haré frente a la última entrevista de mi vida». ¡Y qué increíblemente cambió mi fortuna! El triunfo estuvo a mi favor. Tal vez el buen juicio imperó en los miembros del consejo de entrevistas, quienes debieron pensar que sería una auténtica injusticia privarme de este puesto. Tal vez su decisión no se basó en mi formación académica, con cincuenta y seis por ciento de calificación en mi mejor materia; fue por algo más. De seguro por el impacto de mi personalidad con características sumamente masculinas, además de mis logros en boxeo y karate. Sin embargo, después de asumir esa tarea de ensueño, volví a hundirme en la frustración. El sueldo era suficiente, sin duda, pero para alguien como yo, que no había podido renunciar ni un poco a la honestidad y a la integridad, la satisfacción del trabajo era dolorosamente fútil. Si hubiera comenzado a llenar mi vida de crueldad y malas prácticas, ¡habría terminado siendo el peor miserable de todos! ¿Pueden acaso el dinero y la opulencia asegurarme la paz? He de contar algo, y si eso desencadena la ira de alguno, que así sea. El meollo del asunto es que el mundillo criminal se encuentra protegido por la misma policía. Si fueran policías de verdad, la gente de Assam podría salir de sus casas dejando las puertas sin llave, como en Gujarat; no habría lugar para rufianes en la política, el vandalismo de aquellos que no encajan en la sociedad ya se habría acabado, y la opresión abierta de los escandalosos contratistas, los mafiosos de mar y tierra y otros más ni siquiera habrían aparecido en escena.

Estos temas no tienen fin. Una vez que uno abre la boca no hay manera de parar, como si fuera una reacción en cadena. Ey, ven acá, déjalo en paz. El verdadero problema fue que, como yo era diferente a los de-

1 Unidad de medida del sur de Asia, equivale a cien mil. (*Todas las notas son del traductor*).

más, les causaba demasiados problemas. Cuando presenté un reporte *post mortem* verídico, de una persona víctima de asesinato premeditado, mis supervisores se mostraron descontentos. Comenzaron a presionarme con fuerza para cumplir sus objetivos. Se me pidió, en tono de amenaza, que alterara mi reporte. Dado que yo no pude simplemente apagar mi conciencia, renuncié. Escuché que muchos de mis compañeros y amigos habían expresado su desaprobación: ¿Será posible que todavía existan ese tipo de ingenuos idiotas? ¡Seguro se ha vuelto loco, o algo así!

Había vuelto al desempleo. No obstante, la fortuna me volvió a sonreír de repente. Un escritor amigo mío me ayudó a ocupar un cubículo en las oficinas de un periódico de renombre. Los periodistas ahí no habían caído en las garras del amarillismo ni la extorsión. El lugar tenía prestigio y también era próspero. Mi salario como lector de pruebas me permitía llevar un estilo de vida modesto.

No, éste no es el fin de mi presentación. Soy soltero todavía, pero eso no significa que haya hecho votos para ser célibe toda la vida. Apenas voy a dar el brinco a los treinta (tengo veintinueve años y dos meses exactos). Mi familia es de las más antiguas de Guwahati, así que, en lugar de rentar, tengo mi propio espacio en la casa de cuatro cuartos de mi madre; también están mi hermana menor y mi hermano. Además, rentamos una cabaña. Desde la muerte de mi padre, mi madre ha recibido mensualmente una pensión familiar.

Con esto doy por terminada completamente mi presentación. Como se dice en la industria del cine, «el personaje ya está definido».

Ahora sí, ya puedo comenzar mi historia.

Entre la rutina habitual y la apatía, la insensibilidad y la monotonía, todo mi ser ha sido empalado.

Mi madre y mi hermana me preparan el desayuno a las nueve de la mañana. Mientras desayuno solo, mi madre aprovecha para despertar mis inquietudes con ciertos asuntos prácticos, como la factura mensual de la electricidad, que ha sido anormalmente alta; en cuanto a mi hermana Sunita, por su edad ya no podemos esperar mucho para que llegue el momento de casarla, y yo debo acelerar mi búsqueda; dos láminas del techo están demasiado oxidadas y debemos cambiarlas por nuevas; cuánto tiempo más una mujer epiléptica podría seguir haciéndose cargo de la casa, etcétera. Cada día, mi madre plantea más y más problemas. ¡Por Dios! ¿Así es esto de dirigir una casa? Quienes llevan a cabo la administración del país parecen poder arreglar las cosas de una manera u otra.

Es así que la verborrea de mi madre me entra por un oído y me sale por el otro; todas esas quejas y problemas se están gastando mientras más los repite, y chirrían como un disco de gramófono viejo.

Luego está mi oficina. El fastidioso trabajo de corregir errores por descuido: tachar unas tes y ponerle el punto a las íes, además cambiar por la forma correcta las palabras, como «salón» por «*saloon*», «memento» por «momento», «pivote» por «piloto», etcétera. Los programas de autoedición contribuyen a nuestra desgracia de formas sorprendentes: a veces un pequeño error hace que toda la frase sea incomprensible.

A una hora específica, una taza de té se posa en mi escritorio junto a una rebanada de pastel. Las ingiero con la misma displicencia. Las pruebas de textos con las que tengo que trabajar ciertamente no pertenecen a los temas típicos todo el tiempo, pero la prioridad que doy y la atención que pongo a la corrección ortográfica y de estilo no me dan la sensación de placer que podría tener por el contenido. Tal vez ésta sea la razón por la que la vida de los lectores de pruebas como yo son insípidas y monótonas, tanto física como mentalmente. Físicamente porque la concentración en encontrar posibles errores causa tensión y la postura sentado hace que la columna casi nunca se encuentre cómoda.

He encontrado una manera de mantener el equilibrio en cuerpo y mente como alivio de esta malsana rutina de una vida común e irritante. Es fácil revelar mi descubrimiento, pero su aplicación práctica requiere tener la posibilidad de gastar un poco. Mis ingresos mensuales me permiten hacerlo, por suerte. Lo que yo hago es tomarme ocasionalmente un día enteramente para mí y usarlo para lo que se me dé la gana. Este descubrimiento no es totalmente mío, sino de dos afamados escritores, Dale Carnegie y Deepak Chopra, quienes escribieron *Cómo dejar de preocuparse y comenzar a vivir* y *Rejuvenezca y viva más tiempo*, respectivamente.

He andado por las nubes ya en tres ocasiones en los últimos meses, pasándomela lo mejor que puedo. Hoy no necesito ir a la oficina, tengo el día libre. Pretendo usar esas horas en otro de mis más preciados días.

Normalmente me levanto temprano. Para hacer algo diferente, la noche anterior me desvelé viendo una vieja película hindi por la televisión hasta entrada la noche, para alterar mi horario normal. Disfruté bastante el filme, con sus canciones fuera del tiempo que tocaron los más profundos resquicios de mi mente. Esas elevadas melodías son completamente opuestas a los espectáculos malhechos y apresurados que saca Bollywood hoy en día. Las heroínas tenían una linda personalidad que acariciaba el corazón, con sus

atuendos y maquillaje decentes. Qué diferencia con lo que uno ve ahora, ¡lo poco que llevan puesto grita lujuria! Disfruté anoche reflexionando acerca del cambio abismal que ha ocurrido en apenas tres décadas.

Así que hoy me ha dado muchísima satisfacción esta maravillosa mañana, sumido en sopor y percibiendo la singularidad del letargo. Sí, las palabras no pueden expresar lo singular y único que puede llegar a ser el letargo. Me preparé una taza de té, como les dije que haría yo mismo a mi madre y mi hermana. Para acompañar el té no iba a tener esas aburridas galletas, sino tres *hot-cakes* hechos en casa. Uno se habitúa a evacuar el vientre a una hora específica del día, siguiendo la acción cronometrada de las ondas peristálticas causadas por la contracción y relajación de los músculos intestinales. Hoy se me pasó esa hora. Sin embargo, dos vasos de agua tibia con sal me regresaron las ganas de limpiar mi intestino y quitaron el impedimento de mi alivio a cambio de una sensación como de ablución. La evacuación normal está relacionada con el placer. Por lo tanto, obtuve mi fuente de placer igual que otros días. Hoy no me apetece demasiado tener las típicas *chapattis* secas con la misma mescolanza de papa y lentejas. Le pedí a mi hermana que me hiciera de forma especial cuatro *idlis* acompañadas con *chutney* de coco y *sambar* relleno de vegetales, dos *dahi vadas* bañadas en cuajada y una taza de café aromático. Estaba inmensamente satisfecho con un buen desayuno típico del sur de la India.

Normalmente, cuando tengo un día libre, me lleno la panza a la hora de la comida con un plato grande de arroz y pollo local hasta eructar y terminar roncando gloriosamente hasta las tres de la tarde. Hoy el plan ha tenido un cambio. Todos en la familia hemos decidido darnos el lujo de ir al restaurante Mujulir Exaj, que está en la carretera Radhagovinda Baruah. La comida de este local revive antiguos recuerdos de nuestro pueblo natal o, como dicen ahora, nos sumerge en la nostalgia. Aquí sirven pescado *goroi* a las brasas y arroz fermentados con chiles secos, fríen melón amargo que cortan en tiras, papaya preparada en *alkali*, tartas de arroz con frijoles, pollo al curri, grandes trozos de pescado preparado con hierbas y papas, etcétera. Por supuesto, tienen gran variedad de *chutneys*, como menta molida o Kahudi-Karoli. El banquete termina con nueces de areca y hojas de tabaco muy dulces.

Como otros días, no pude tomar una siesta. Les pedí a mi mamá y mi hermana que volvieran a casa, yo me subí a un autobús local y salí para Abadari. Una extraña idea vino a mí. Decidí que tomaría cualquier

autobús que pasara por donde yo me encontraba y me iría al lugar donde tuviera su terminal. Me subí a un autobús y hasta encontré un pequeño lugar para sentarme. El chofer, mientras cobraba los pasajes, me preguntó: «¿A dónde?». Yo sentí ganas de decirle: «Al horizonte, donde la arenosa esperanza se esparce, donde siguen brillando las crestas de la miel del deseo». ¡Qué poético! Si le hubiera externado mis sentimientos, él me habría tomado por un loco. El resto de los pasajeros también se habrían reído nerviosamente. Regresé de mi mundo de fantasía y le dije: «A donde sea que termine esta ruta», y le di tres billetes de diez rupias. El chofer quizá estaba experimentado el momento más extraño de sus años de servicio. Toda molestia desapareció del sarcástico rostro del muchacho de veinte años. Una sonrisilla amistosa apareció en su cara desnutrida, dándole muchísima belleza y brillo. Con una risa contenida me dijo: «Usted tiene una manera maravillosa de expresarse, en una forma compleja», y me dio dos rupias de cambio.

El autobús avanzaba entre el parloteo de los pasajeros y el rechinido de los vehículos que iban pasando. Cruzamos el puente Saraighat y, en lugar de ir rumbo a Baihata, nos dirigimos hacia Hajo. Tuve que considerar la situación por un rato. Esto aún no se había convertido en una osada aventura. El autobús de seguro llegaría hasta Nalbari, vía Hajo. Esta conjetura resultó ser cierta, según me lo confirmó un pasajero asintiendo: «Sí, está en lo correcto». Desgraciadamente, ¡otra vez tenía que pasar algo! ¿Qué haría yo si en Nalbari iba a casa de Pehi? ¿Qué razones le daría para haber llegado así? Quizá podría contarle la situación real, pero eso no cambiaría nada. Pehi comenzaría a presumir a sus niños con adjetivos nefastos a media oración y, en algún punto, a platicar sobre sus deprimentes episodios. Todos en esa casa me tratarían con la misma calidez y la misma afinidad. La presencia de un huésped requiere matar unos cuantos pichones. Yogurt después de cada comida. ¡Melaza licuada de yogurt!... Todo como siempre, repetición de las mismas tradiciones. Me bajé del autobús antes de Hajo. Los pasajeros y el chofer se me quedaron viendo con sorpresa. Quizás se hayan preguntado: «¿Qué tan loco está este tipo, que de repente se bajó así sin más? ¡No hay ni un alma en kilómetros!». Cuando me bajé, me di cuenta de que el sitio era un extenso páramo deshabitado de salvaje verdor en el que el tiempo parecía detenerse, donde el corazón se desplomaba en silencio, la flora y la fauna se mezclaban en la intimidad. ¡Qué maravilla! Para alguien como, yo que sobrevive, quién sabe cómo, entre el clamor ajetreado de Guwahati, esto

era un gozo total. Traté de abandonar mi conciencia y fundirme con el entorno. Mis ojos saciaron su sed ante este regalo de la naturaleza. ¡Exuberantes campos verdes, los bosques tupidos a lo lejos, el Brahmaputra en toda su gloria bañado por el sol, el coro de ambrosía de los pájaros y los insectos sobre las ramas de los árboles y el infinito azul del cielo más allá de todas las cosas!

De repente, un sonido mecánico se acentuó en el profundo silencio y la soledad de la tarde. Me incorporé. Era el palpitante sonido de un *autorickshaw*[2] que esperaba, y el conductor sacó su cabeza como una grúa y me preguntó:

—¿Viene?

La pregunta idónea a la hora indicada. Sí, debía ir a algún lado.

—¿Hay algo interesante que ver por allá? —le pregunté.

El chofer contestó:

—¿Qué quiere saber? Todos conocen bien por aquí.

—No me diga.

—Bonmou, junto al Brahmaputra. Es un sitio turístico fantástico —contestó.

Parece que entendió mi respuesta cuando me subí al vehículo sin decir nada.

En veinte minutos llegamos a Bonmou. Hice que el auto esperara. El chofer se merecía mi agradecimiento y los dos nos beneficiamos de que no se regresara con el asiento vacío hasta Guwahati. Sin duda éste era un sitio maravilloso. Un cauce de agua vaporosa delante, a través de una amplia explanada; un pequeño bosque embellecido por la naturaleza; filas de árboles de Devdaru y cocoteros, una pesquería, caminos color bermellón por todos lados, el enorme Brahmaputra al norte, maravillosos adornos en las bancas reclinables para turistas, sitios para comer y cabañas, etcétera. Me sentía un poco tonto por no conocer desde antes este hermoso lugar tan cercano a Guwahati. Tenía la impresión de ser como una ola centelleante del Brahmaputra, un beatífico pájaro multicolor entre los árboles, y ahora contemplaba el ensoñador flujo de conciencia en el zigzag del cauce.

La brisa fresca del Brahmaputra, la línea plateada del río fusionándose con el horizonte, ese verde exuberante más allá de la voz primaveral del

---

2 Transporte típico del sur de Asia, también llamados *tuk-tuk*. Son triciclos motorizados con espacio para dos pasajeros detrás del asiento del piloto.

bosque. Me instalé en una banca redonda y cavilé: ¡qué maravilloso sería si me pudiera quedar ahí como un sabio absorto en las profundidades de la tranquilidad! ¡Qué robusto y sano el ayuno en un estómago vacío! Tenía hambre. El atardecer se acercaba. Había un lugar amplio con un restaurante rodeado de tecas y cocoteros. Ahí encontré el menú típico de cualquier restaurante: bebidas frías como Coca-Cola y Thums Up; quizá vendían algo con alcohol también; variedad de comida rápida, pollo *masala*, pollo *tendoori*, dedos de pescado, arroz Jeera, *biryani* y cosas así. Nada extraordinario. Por eso el mesero se sorprendió cuando le pedí agua de coco, también la carnita que hay adentro, sopa de tomate y rebanadas de pan con germinado de frijol *mungo*. El restaurante sorprendentemente me pudo servir todo eso, menos lo último. Comí hasta quedar contento y luego me fui a desplomar sobre una alfombra de pasto que encontré alejada de ahí, totalmente solo. Me senté con las piernas cruzadas en posición de *yogasana*. La savia que recorría mis venas, el plateado Brahmaputra, estaba justo frente a mis ojos. Atrás el glorioso verde y la quietud de la profunda noche, una vivacidad única y muda.

Estuve fuera de mi ser por un momento, una persona diferente en ese instante. Vi cara a cara a la vida, sus realidades. Como si estuviera buscando la verdad superior. Mi alma parecía elevarse. ¡Maravilloso! Esa resonancia silenciosa puede llevar al hombre más allá de su insignificante cotidianidad y transportarlo a un Elíseo indescriptible. Me regocijé contemplando lo que los sabios de los *Upanishads* le han concedido a la tierra con la luz de su sabiduría, obtenida gracias a la meditación en este tipo de ambientes. ¡Qué extraño! ¿Cómo pude yo reflexionar sobre estos altos pensamientos siendo un ordinario mortal? ¿Me habré vuelto creativo como algún famoso novelista? Las horas se fueron revoloteando y perdí por completo el sentido del tiempo. Sí, el tiempo es un flujo constante de transitoriedad y transformación.

Pero ¿qué pasaba? Me dolieron los tímpanos. Un montón de vehículos habían atiborrado el lugar. El clamor de la gente y los ruidos se mezclaban contaminando el sonido. Bonmou se llenó de visitantes y turistas. Varios tipos de gente con ropas distintas, hombres y mujeres con diferentes perspectivas, sus niños y sirvientas. Un montón de automóviles lujosos se habían estacionado apenas a unos cuantos metros. Honda Citys, Opel Astras, Mitsubishi Lancers, Toyota Corollas y más de ese estilo. Alcancé a ver hasta un Mercedes Benz. El caminar y los ademanes de muchos produjeron un espectáculo aparente de afluencia y aristocra-

cia. De repente me sentí inmerso en un arranque de frustración. ¡Qué abrupta transformación había caído sobre el paradisiaco Bonmou! Qué recurrencia de ambiente vulgar lo había vuelto como cualquier *resort* turístico. Se desvaneció el encanto y no sentí ganas de permanecer ahí. Perdí toda la euforia.

El auto que había alquilado me esperaba, contrastando fuertemente por sus rasgos, detrás de un Verna reluciente. Me senté atrás del asiento del conductor y le di a entender que acelerara.

Después de más o menos una hora ya estaba en mi nada añorado Guwahati. Las luces de la ciudad brillaban como estrellas en la oscuridad de la noche. Las luces mecánicas de los automóviles hacían de las calles ríos con la fluidez de sus faros. Los letreros luminosos de los hoteles, restaurantes, tiendas departamentales y otros establecimientos le daban cierta elegancia al normalmente desagradable Guwahati de día.

Ahora era un ser inexistente, un insensible al que le habían esquilado todo rastro de identidad, el estado más ordinario posible, una minúscula mancha entre muchas más. ¡Oh, qué agonía! Era imposible avanzar por la acera. ¡El correr de los transeúntes, la peste del sudor y los cosméticos mezclándose, actividades y conmoción sin sentido!

En verdad era anticlimático. Como si me hubieran desterrado de las dichosas regiones del Mediterráneo a los estériles páramos del desierto. Mi desasosiego, mi frustración y mi agonía aumentaron. No porque se acabara el día que viví de acuerdo a mis deseos, sino por la imposibilidad de encontrar alguna manera de dedicarme a algo distinto.

Entré a una tienda de ropa con la intención de comprar una playera Reebok con diseños florales, como los de algunos *saris*.[3] El dependiente me mostró varias playeras, una por una. Yo seguía meneando la cabeza en señal de desaprobación. Así continuamos mientras intentaba decidirme entre quince o más playeras. Dirigí mi mirada al dependiente. Me sorprendió que él aún no se hubiera desesperado conmigo. Su sonrisa profesional seguía fija en su rostro. ¡Eso es, chico, así son las ventas! Era de la comunidad marwari. Nuestros vendedores asameses deberían aprender de él. Algunos dependientes asameses parecen estar molestos por la llegada de clientes, como si en lugar de comerciantes fueran guardias de valores.

Se dice que los pensamientos llegan sin previo aviso. Así es como suenan algunos tonos en los oídos de los músicos, algunas historias llegan a

3 Vestimenta tradicional de la India, usada por mujeres.

la mente de los escritores y las emociones se reavivan en un poeta. De esa forma llegó un pensamiento a mi mente. Si estuviera en casa en ese momento, estaría viendo televisión y dando deliciosos traguitos de vez en cuando a mi taza de té. Claro, muchos tienen el mismo pasatiempo a esta hora. Pero hoy debía hacer algo distinto, algo nuevo. En lugar de ese té rutinario, ¿por qué no pasar un buen rato en un bar y andar por las nubes irritando mi garganta con algo de whisky? Para muchos, dos whiskies después del atardecer son una actividad cotidiana. Pero se tiene que ser un joven entusiasta por la salud como yo, criado en la santificada atmósfera de la clase media, para ver este ritual como algo inusual. Como fuera, ya no estaba como para que este mundo de restricciones me mantuviera atado, quiero decir, ni siquiera antes me contenía de tomar unos cuantos tragos de alcohol ocasionalmente.

Me acerqué al bullicioso Ganeshguri, la atareada zona comercial colindante con el complejo capital de Dispur. El lugar tiene un buen número de bares, además de los que están dentro de los altos edificios de hoteles. Más aún, a cada paso uno se encuentra tiendas de vinos. La situación ahí puede hacer pensar al visitante o turista que llega a la ciudad que Ganeshguri vive sumergida en alcohol. La conjetura podría no ser del todo superficial si se toma en cuenta el número de accidentes de tráfico producto de manejar en estado de ebriedad.

El negocio de los licores ha transformado las vidas de muchos don nadie en vidas de príncipes. Puedo mencionar algunos casos; por ejemplo, mis conocidos Akshay Saikia, Jadumoni Das, Aniruddha Purkayastha, Adhar Tamuly y otros. Cada uno de ellos es dueño de un bar o una licorería. Las licencias para tener uno de estos establecimientos las da el Ministerio de Impuestos. No es de sorprender que la obtención de estos permisos sea bastante costosa. ¿Quién no conoce la afluencia e influencia de mi antiguo compañero de clases, Akshay Saikia? El hijo de un poderoso burócrata que casi no estaba interesado en los estudios, de alguna manera se las arregló para apenas pasar los exámenes de la secundaria. Aunque después intentó continuar con la universidad, nunca llegó a graduarse. Sin mejor alternativa, su padre le abrió un locutorio. Cuando la empresa fracasó, su padre le ayudó con una agencia de viajes. Ésta tampoco tuvo éxito. No obstante, se las ingenió para obtener el consentimiento del gobierno y abrir un bar. Desde entonces ya no necesitó ver hacia atrás. Dirigió una discoteca no autorizada junto a un casino. Comenzó a irle bien haciendo dinero a manos llenas. Se hizo de dos *pubs* y dos tiendas de licores en poco tiempo. Su forma de

andar y moverse cambió, se hizo más suave y solemne, se desplazaba en automóviles elegantes a la vez que satisfacía sus necesidades en la oscuridad de los callejones. Su ser interior (¡carácter!) iba en descenso. Sin contar el hombre en el que se había convertido, mi relación con él siguió siendo la misma de antes. Ocasionalmente me invitaba a verlo, quizás para demostrar sus logros y su gloria.

Con estos pensamientos circunnavegando mi mente llegué a Moonlight, el bar de Akshay Saikia, sólo para encontrar que el lugar que pudo haber aplacado mi necesidad de humectar mi garganta con un par de tragos había dejado caer la persiana. Al lado había un local de venta y reparación de relojes, aparatos electrónicos y refacciones. Un chico estaba enfrascado en reparar un teléfono celular. Mi irrupción de seguro lo incomodó. Como a un *yogi* que pierde la postura. Levantó sus ojos con resentimiento y me preguntó:

—¿Qué necesitas?

—Nada, sólo quería saber por qué este bar, el Moonlight bar, está cerrado esta noche.

La exasperación del chico no había disminuido. Me contestó con tono enfadado:

—¿Acaso no eres de Guwahati? ¿No ves las noticias?

—Disculpe, no sé de qué me habla.

—Oh, ya veo. Has de haber estado muy ocupado quién sabe dónde. La corte ha ordenado que clausuren todos los bares y licorerías que estén en las cercanías de escuelas y edificios religiosos. Como sea, *dada*, échale un ojo a este equipo de Nokia, no necesitas apretar ningún botón, sólo toca la pantalla...

Tomé el celular en mis manos y examiné sus funciones y modo de operación. Por lo menos así pude darle al chico un poco de satisfacción. Otra cosa más, aunque Akshay Saikia prosperó con sus negocios turbios, nuestra antigua cercanía permitió que la amistad no se rompiera por completo; pues mi corazón también es comprensivo con mi viejo amigo que ha sido empujado a una situación incómoda por el veredicto de la corte. ¡Una comprensión ilegal, quizás!

Me reproché que ese olvido de la clausura de bares ordenada por la corte y tiendas de alcohol me hubiera tomado por sorpresa, ha sido noticia para todo el mundo. Quizá mi desinterés sobre el tema fue la causa de mi olvido. La inusual inclinación a humedecer mis labios y garganta con alcohol chocó con el recuerdo de esa información y reaccionó en mi mente.

Llegué a casa de Akshay. Él estaba más estupefacto que exaltado por verme. Me tomó en sus brazos. Admití:

—Debí haber venido antes. ¡La orden de la corte te debe de haber causado muchos problemas y pérdidas!

Miré su cara mientras terminaba de hablar. No había ni el mínimo rastro de depresión, decepción o abatimiento en el rostro de un hombre que había perdido dos *pubs* y dos tiendas de licores. Era la antigua versión de él, hablando con su característico tono alto, repleto de entusiasmo.

—¿No has sufrido pérdidas?

—Sí, pero no.

—¿A qué te refieres?

—Las ganancias siguen igual. Siempre hay un acuerdo, y ¿por qué no iba a haber una alternativa? ¡Algunas personas, e incluso nuestros jueces, están muy equivocadas si creen que la gente se va a volver abstemia de la noche a la mañana con cada uno de ellos convirtiéndose en un Morarji Desai!

Sentí curiosidad por saber más acerca de los medios alternativos de Akshay para hacer dinero con tan imperturbable tranquilidad. Después de tomar té y bocadillos en su casa, lo acompañé en su carro a ver sus negocios. No tenía ni idea de adónde me llevaba, siempre pierdo la orientación por completo en Guwahati durante la noche.

La zona a la que entramos me pareció bastante suburbana. Akshay comenzó a explicarme:

—Hay gente que llega por botellas desde cualquier lugar que se te ocurra: pequeños minoristas, estanqueros, vendedores de té y otros. Como sea, los clientes están enfrentándose a varios tipos de inconvenientes. Los precios se han duplicado. La situación es igual en Manipur y Mizoram. ¿Me entiendes?

Al final me llevó a una agradable casa de campo. Desde afuera el ambiente parecía tranquilo y solitario, pero un zumbido suave impregnaba su interior. Varios automóviles lujosos estaban estacionados a los lados de la casa.

Mesas y sillas bonitas. Este montaje ilegal estaba mucho mejor que los bares autorizados. Akshay dijo:

—Tengo otros dos establecimientos similares. ¿Te das cuenta de lo maravilloso que nos va? Así como un padre tiene a su padre y un maestro tiene otro maestro arriba, el gobierno también tiene un segundo gobierno que lo rige. ¡De seguro no tienes ni idea de qué gobierno se trata!

¿Por qué no iba a tener sentimientos simultáneos de ira, rencor y hostilidad contra este hombre? Después de todo, ¡no soy Mahatma Gandhi, Vinoba Bhave o Jayprakash Narayan! Un par de chicas estaban apuradas llenando vasos vacíos con su característico encanto. Tal vez no eran exactamente del tipo que encaja en la categoría de bellezas, pero tampoco podían despedirlas, sería como despojarse por completo de atracción.

Una visión casi hizo que me salieran chispas por los ojos. El delegado superintendente de la policía, Khargeswar Deka, a unos metros, bebiendo sin siquiera tomarse la molestia de quitarse el uniforme oficial. Sus acompañantes eran quizás subordinados. Perdí la paciencia por completo. ¡Estos protectores convertidos en sanguijuelas son la mayor causa de desastre del país! He sido instructor de karate. La reacción de un hombre armado no podía ni compararse con la rapidez de mis manos desnudas.

No le di a Khargeswar la oportunidad de defenderse ni siquiera de mi asalto verbal. Mi corazón estaba feliz de darle puñetazos de hierro en la cara. Llené cada parte de su cuerpo con la amplia variedad de patadas de karate que tenía en mi repertorio. Sus piernas flácidas ya no podían con el peso de su carcasa. Le escurría sangre de la nariz mientras caía con el rostro desfigurado. Sus acompañantes también estaban abrumados por mi ataque relámpago y no hicieron el intento de acercárseme. Miré de reojo a todo el mundo y con asco fijamente a Akshay, quien se pavoneaba hacia la salida sin miedo alguno.

Me subí a una *autorickshaw* después de darle mi destino. Entre el bullicio del motor me quedé contemplativo. ¡Verdaderamente qué día! Tuve lo mejor de todo lo que buscaba mientras avanzaba de un momento a otro. Mañana, Khargeswar, con su cara destrozada, no podría decirle a nadie que un civil ordinario como yo le había dado semejante paliza... Por cierto, ¿me huelen las manos como si hubiera matado a una rata almizclera? No, para nada, es sólo una manifestación simbólica de mi resentimiento y mi perdida de fe en el orden social que está totalmente desprovisto de consciencia... ●

Traducción de Carlos Ponce, a partir de la traducción del asamés al inglés de Krishna Dulal Barua.

La historia de una historia

[tres fragmentos]

KUSHAL DUTTA

AHORA

Éste de quien voy a hablar hoy es generalmente una persona que vive en el «presente». Él no gasta mucho de su materia gris atendiendo el pasado y el futuro. Si no fuera así, no continuaría la vida —ésta es su simple filosofía de plebeyo. A pesar de esto, en este momento él está pensando repetidamente una y otra vez acerca de muchas cosas del pasado y del futuro que, a pesar de ser vistas, permanecen sin ser vistas; a pesar de ser conocidas, permanecen sin ser conocidas— buscando salvarse de todas las tentaciones.

Como las noticias insertadas en una conversación, la historia que ya ha sido confeccionada, lo que ya es pasado en este momento, por cuya fragancia él tenía que haber vuelto a la vida de nuevo, los días por venir, él se encuentra ahora en profunda meditación buscando salvarse de toda tentación. Ocurriera lo que ocurriera sólo un poco más allá, lo que es el futuro para él, lo que está fuera de su control en este momento, él reflexionaría tres veces la lección del presente: acaso se enredaría en la tentación de nuevo o, cayendo y levantándose de nuevo, buscaría la salvación una y otra vez, o permanecería libre hasta la muerte.

La experiencia le ha enseñado demasiadas cosas. Antes de tomar una decisión precipitada, disfruta meditar sobre esas cosas si encuentra un pequeño respiro. No se daba cuenta de que se había quedado dormido en la cama del ahora mientras reflexionaba sobre estas cosas desordenadas para llegar a una firme decisión. Trabajar trabajar trabajar y dormir, ambos verbos son sus amigos inseparables, en cuyo regazo se puede descansar para olvidarse uno mismo de uno mismo, en cuyo

seguro refugio el universo puede ser nulificado para embarcarse en un viaje de recolección de coraje para otro día, otra batalla. Para vivir de sus propios medios, para luchar contra uno mismo.

Mediodía

¿Qué es la vida? ¿Sencillamente vivir significa vida? Hambre de nacimiento, la juventud del hambre, el misterio de la juventud, el sueño del misterio, la copulación del sueño, el nacimiento de la copulación... ¿Dónde está la vida en este círculo abstracto? ¿La vida significa sólo cortar los lazos? La duración de la memoria vuela al futuro atravesando el agua atrapada en el torbellino de la curiosidad.

Al final, Buda repentinamente emergió de la nada a mediodía. Porque ya había sido convocado. Sus perturbados orejas-ojos-nariz-boca-piernas-brazos-corazón-cerebro se calmaron a la vista de la compuesta forma del Buda silencioso en *samadhi* sentado en flor de loto. Pasó todo el mediodía con su amigo favorito. En meditación trascendental como el Buda en la feliz postura de loto.

A las ocho de la mañana

Luego de recuperar los sentidos o luego de despertar del sueño se avergonzaba de sí mismo por las acciones-reacciones del espacio-tiempo y, como siempre, quería buscar refugio con su amigo de más confianza, el misericordioso absoluto Buda. Convocó a Buda esta vez sentado cómodamente en la postura Padmasana •

Versión de Víctor Ortiz Partida, a partir de la versión del asamés al inglés de Bibekananda Choudhury.

Bijoy
Sankar Barman

Transición

Un insecto invisible
se alimenta de los brotes
de mi corazón.

Vista a través del tubo
del microscopio
la figura sombría
que se mueve
aviva las brasas moribundas,
vigilantes cansadas de mi alma.

¿Por qué el repentino pensamiento
de un insecto que flota
en la noche
sobre el agua fría
del viejo estanque
silencioso y solitario
quiere ahogarme
en el abismo?

Fluvial

Kanaikunda
el riachuelo de mi corazón
se aquieta.

En un podrido trozo de madera
a la deriva desde algún lugar
se posa un pájaro amarillo
triste y solitario.

Un banco de peces coloridos
arrastra desde el fondo
de las aguas

rostros muertos
sonrisas olvidadas.

Versiones de Víctor Ortiz Partida, a partir de las versiones del asamés al inglés de Nirendra Nath Thakuria.

Biman
Kumar Daley

Junto al estanque a medianoche

Junto al estanque a medianoche
las luciérnagas se comunican,
zumban.

La luna se desnuda en el bosque de bambú
y desciende al agua
seguida de una efervescencia.

Los caracoles y las ranas
se asoman para averiguar
si los senos de la luna se empaparon.

Los peces bajo el agua
menean sus aletas
para provocar a la luna

que tiembla en la oscuridad.

Me duele al pensar

En la cima de la alta colina
la flor aún luce.

La flor roja
se mece al viento.

No puedo subir la colina.

Elevo mis ojos de vez en cuando
a la distancia.

La colina está muy lejos.
La colina es muy alta.

Me duele al pensar

que ella tampoco puede
descender nunca.

Versiones de Víctor Ortiz Partida, a partir de las versiones del asamés al inglés de Krishna Dulal Barua.

Más pronto que el instante

Bibha Rani Talukdar

Nada hay alrededor
de una idéntica duna de aire abierta a la empatía
sin la esencia de él.

El blanco se disuelve en su aire
como si el dolor se disolviera.
Pozo en las alturas sus ojos.
Su cuerpo se deshiela y
un torrente de sal llega a mi silencio.

Luego
regresa de cremar a su hijo.
La ultima leña al ser puesta en la pira sollozaba
«la pompa y el poder, la juventud y la gloria, se extendieron
por un momento».

Sus ojos como pozos
comenzaron a arder
y empaparon con violencia toda la sal.

Yo no lo pedí,

no pediría algo así sin conocernos lo suficiente.

Oh, triste

hasta el cuerpo, la sombra persiste

y la emanación fenomenal también.

¿Y si hubiera sido comprendido desde el principio?

Corriente abajo rocía la misma voz

cuando avanza a través del acústico pasaje.

Donde la luz y la oscuridad son gemelas

podría identificarlo:

él es mi padre

y yo soy su hijo

que trata de trazar la suave línea entre nosotros

con el humo de la pira.

Versión de Víctor Ortiz Partida, a partir de la versión del asamés al inglés de Nirendra Nath Thakuria.

Lutfa Hanum
Salima Begum

No esperas
en el umbral de los labios

entraste a través de la puerta
eres fuego

los salones, los tocadores
la cocina todo está en llamas;

la morada de mi corazón
construida con tus lágrimas.

eres incendio del corazón
ardiendo implacable
pero tú no eres fuego.

debes andar por ahí

y envolviendo el cielo ardiente que me rodea
aquí estoy, esperando en la entrada
resguardando mi corazón que arde.

Versión de Víctor Ortiz Partida, a partir de la versión del asamés al inglés de Pradip Acharya.

El ojo

Moushumi Kandali

Bajo un intenso aguacero iluminado por relámpagos, una chica con la tez de una granada madura llora por su amante en una tierra lejana. *Flashback* a una escena de la pareja en una noche de amor. En sobreexposición, la imagen de un abejorro que chupa néctar de una flor abierta... Intermitente, la escena se proyecta una y otra vez en el escenario mental de Ramananda. Los rayos lunares gotean como plata líquida de las brillantes hojas de la limonia plantada en medio del arrozal; mientras pedalea camino a casa, tararea: «kahan gayo mori bedardi balma».[1]

La intensa luz del sol de la tarde entra por la ventana. Masdan corrió las cortinas para atenuarla y nuevamente se echó sobre el almohadón...

Mientras cruzaba el somnoliento vecindario —a estas horas en brazos de Hypnos—, Ramananda se detuvo en seco: a lo lejos, la luz de una lámpara de barro cintilaba entre los orificios del muro de barro y bambú. La luz se contoneó en la retina de Ramananda... Incitante... llamándolo con un susurro seductor... Escurridizo como un gato, Ramananda avanzó cautelosamente, y se asomó al hueco anidado con disimulo entre el estiércol y la seca yerba. Y —un estremecimiento recorrió desde sus pantorrillas hasta su entrepierna, antes de endurecerse como una vara— ahí, ante los ojos de Ramananda...

1 Canción melancólica que lamenta la ausencia del «cruel amante». (*Todas las notas son del traductor*).

¡Poesía! Madan es afecto a escribir poemas y cuentos. He aquí la causa de que su descripción revista tan gruesa capa de lirismo: el delicado calostro de la luna de la quinta noche, *Virahotkanthita Nayika*;[2] las relucientes hojas de la limonia; y la luz de luna goteando como plata líquida. Metáforas a borbotones; sobredosis de hipérboles; torrente de símiles. Con todo, escuchábamos sin protestar, digiriendo los verbosos bocetos de Masdan. Porque en la hora en que el abrasador sol de mediodía se apacigua en un atardecer silencioso nosotros le damos gusto a la boca. Un mal necesario, pero ¡vaya que es un placer tentador!

En este mal necesario de ocioso chismorreo, nos entregábamos a la holganza: recostados en la cama o en el piso, la mayoría más bien tumbados contra las paredes, fumando o arrollando cigarrillos, todos mirando fascinados —con los ojos de la imaginación— por la rendija en el muro. El sudor escurre de Ramananda mientras espía al par de serpientes enroscadas que ondulan febrilmente sobre el lecho de bambú. Dos blancas piernas de mármol que suben y bajan con ritmo de cadencia enloquecedora... Algo también sube, baja y se desliza por nuestros nervios fervientes y nuestros corazones desbocados. Aun cuando la presencia de una lámpara en una escena erótica a la luz de la luna resulta ligeramente difícil de aceptar, una leve fricción en el ritmo lírico, tampoco altera el gusto del platillo. El reparo era por supuesto una minucia técnica, porque, si no hubiera una lámpara, ¿cómo se habría percatado Ramananda del fragoroso y amoroso combate mientras regresaba de la última función?

A buen seguro que la narrativa o los sitios porno en línea ofrecen mayor variedad. Sin embargo, conectarse con un encuentro directo como éste brinda algo genuino. Los seres reales y los encuentros reales tienen su encanto. Y además, la minuciosa descripción, como una bebida que se paladea a sorbos, provoca la emoción de un escarceo. Y ahora esta excitación consume todo nuestro juicio. La pregunta crucial de cómo Madan supo la antigua aventura de Ramananda, su tío,

2 *Virahotkanthita Nayika* es el nombre del segundo tipo *nayika* o heroína, de acuerdo a la clasificación de Bharata en su tratado sobre las artes escénicas, *Natya shastra*. Para él, son ocho los diferentes estados que atraviesa la pasión amorosa, los cuales se convierten en tipos para las representaciones de este sentimiento en las diversas artes: danza, teatro, música, pintura.... La *virahotkanthita* es la amante que espera el regreso de su amado. A menudo se le representa aguardando en un jardín, lecho o pabellón.

es a todos efectos irrelevante. En este momento nos hemos convertido en Arjuna, del *Mahabharata*, con nuestra vista clavada al hoyo en el muro. Nos sumergimos en las profundidades de un mar prohibido pletórico de misterios sin fin.

Tenemos la vista ofuscada —todo luce borroso en la luz menguante—, y entonces ella irrumpe como un relámpago de luz cegadora. Como un ramalazo de aire tórrido, su aparición desparrama todo. El apetitoso potaje con el caldo de los pensamientos eróticos cocinados a fuego lento se estrella contra el frío y duro piso. La sesión dominical de «sólo para hombres» alcanza su clímax con un estallido en seco. Estábamos agotados, tras batir ese océano de oscuros pensamientos procaces con el monte Mandar[3] de nuestro deseo, al cual hicimos girar con el giro sibilino de la serpiente de nuestras palabras. Nuestros ojos estaban sedientos de ese preciado néctar…[4] o acaso por su belleza investida en amarillo narciso... o quizá por la habitación en claroscuro, es que seguíamos deslumbrados, sin mirarla en realidad —con tan sólo los curvados contornos de su silueta de clepsidra flotando en nuestro campo visual. Somos una raza de animales nocturnos petrificados por un rayo de luz. En silencio la devoramos con avidez. «Está oscuro, prendan la luz y dejen de verme con miradas machistas», vocifera. Roto el encanto, la frase «miradas machistas» nos hizo reír. ¡Ajajá! ¡Ella está en la onda de Griselda Pollock y Linda Nocklene![5] Sacudiéndose los chasquidos de nuestras risas con un ligero batir de hombros, saltó como un mono para sentarse en el espacio libre entre las pilas de libros y la mesa con las piernas extendidas. Su comportamiento suele ser así. Irregular, sin par. En realidad, descuidada, liberada y abierta. El único miembro femenino en

3 Alusión a la montaña Mandara, que aparece en los *Puranas*, donde se usa como molinillo para batir el océano de leche. El episodio del batido del océano de leche es un mito fundacional del hinduismo. Aparece en el *Mahabharata* y también en el *Bhagavata Purana* y en el *Vishnu Purana*. Mientras el monte se usa como base, la serpiente Vasuki acepta fungir como la cuerda que sacudirá el molinete. El oceano de leche es uno de los siete exóticos oceanos lejanos que hay dentro del planeta. La representación de este episodio que llevaría a obtener el néctar de la inmortalidad es un tema popular dentro del arte jemer, tanto en Camboya como en Tailandia.

4 Nueva alusión al mito del océano de leche: el episodio ocurrió porque tanto dioses como demonios buscaban extraer el néctar de la inmortalidad del océano de leche.

5 Griselda Pollock: teórica feminista y de estudios poscoloniales. La autora escribe incorrectamente el nombre de Linda Nochlin, igualmente autora feminista experta en arte y en estudios de género.

nuestra pandilla de chicos es también nuestra confidente. Nuestra hermana del alma. A despecho de sus virtudes, no le pasaríamos esto. Bijoy no se quedó callado. Parando el mandoble de sarcasmo con el escudo de su sonrisilla irónica, a su vez contratacó. «Deja de parlotear sobre la mirada. ¿Qué hay de masculino y femenino en el acto de ver, eh?». Una cerilla chisporroteó y la chispa lamió la boca del repelente en espiral de la marca Tortoise, mientras por la ventana resonaba una orden para el chico de Dulces Kalita: «¡Una *goza* y seis tés!».[6]

Apartando sus ojos de la *goza*, Bijoy prosiguió: «¿Por qué el diablo es el único que debe avergonzarse? ¡Como si sólo los hombres fuéramos mirones! ¿Acaso las mujeres no se echan un taco de ojo?».

Ajá —las sierpes de la codicia y la lujuria que acechan enroscadas en los oscuros recovecos de la mente—, ¿desaprovecharían la oportunidad de alzar sus capuchones dentro de la sangre de las mujeres también? ¿No desfallecen por lamer con la mirada y pasar sus lenguas aunque sea una sola vez? ¿Acaso en los nichos más recónditos de su mente, las chicas no cuelgan imágenes sudorosas y húmedas del hombre de sus sueños? Al igual que Ramananda, ¿no anhelamos espiar por esa rendija prohibida aunque sea una vez en la vida? Por qué culparlo, si en algún momento todos nos hemos sentido atraídos a ese electrificante agujero. O al menos, bulle en nuestra sangre la intención. Como cuando avivamos los rescoldos de la chimenea con un abanico de bambú, nuestras miradas indecentes encienden las llamas de la lujuria. Despojados ya del manto de la decencia, calentamos con su fuego nuestros apetitos desnudos. ¡Aah! ¡Igual que una hoguera en una noche helada! ¡Reconfortante... deliciosa... relajante! Y como Raikka, el asceta, nos dedicamos a rascar nuestras costras —rasca rasca rasca—, una, dos, una y otra vez sin parar.

Sentado a orillas del río, Raikka, el asceta, rascaba sus llagas mientras indagaba el sentido de la vida... La eterna verdad detrás del universo. La sarna en el cuerpo de Raikka representaba su sed por la verdad final... El prurito sin tregua de un alma que no ceja su indagación más allá de la apariencia. Sin embargo, nuestra sarna es producto del aguijón

6 Nombre popular en la India para referirse al narguilé o *hookah*. La aspiración del tabaco suele acompañarse con la ingesta de te o café; de ahí la petición al vendedor.

de nuestros apetitos carnales. Como burbujas sobre la linfa de un lago, las ronchas brotan en nuestro cuerpo una y otra vez. Vaya que el ardor corporal ha extendido su dominio. Ahora todos tenemos sarna. Tan sólo el otro día surgió una pandilla de modernos Raikka entregados a rascar sus llagas con fruición: un niño pequeño había caído en un pozo con una profundidad de veinte metros. El angustioso combate por la vida se convirtió de inmediato en un espectáculo apasionante. Con todas las televisoras trasmitiendo en vivo, el país entero siguió el drama; y el terror y el sufrimiento del pequeño niño desnudo atrajo al instante miradas impuras: los modernos Raikkas que han perfeccionado su papel jugando al mercado. Como comensales en torno a la boca del pozo, salivaban ante el supremo placer de pelarse a sí mismos... rasca... rasca... rasca...

Revoloteando muy lejos del espionaje masculino de Ramananda y de la libido femenina, nuestra conversación había volado de la comezón de Raikka, el asceta, a posarse sobre un pequeño atrapado en un pozo de veinte metros. De pronto timbró el móvil de Avinash, Bijoy encendió otro cigarrillo y Madan salió para destender la ropa, cogió el cigarrillo de labios de Bijoy, y tras un par de rápidas caladas, nos arrojó el pestilente humo. Con un mohín, dijo: «Los tuyos se ha vuelto totalmente cínicos —hipercríticos. Un niño pequeño cae dentro de un pozo; todos los canales cubren su rescate en vivo y una marea de compasión inunda el país —sin importar las diferencias de casta y de fe, todos se arremolinan en templos y *masyids* para orar por su salvación. ¿No lo pueden hacer sin ridiculizar las emociones auténticas de la masa sencilla?».

Nosotros también echábamos humo, pero no por causa de esas sencillas plegarias o por esas mentes simples o por sus sentimientos puros. Arrojábamos nuestro enojo a la negra mancha al fondo del tinglado de todo ese teatro: a los taimados directores y productores del melodrama situados tras bambalinas. No se nos escapaba que habían aprovechado al desfalleciente niño atrapado en el pozo dos largos días para armar un teatro. El heraldo de la obra era el conductor del canal, con su parloteo incesante y los gestos solemnes de un comentarista en la final de la Copa Mundial de Futbol... En el mismo plano se encontraban quienes opinan en el estudio: los políticos, astrólogos, gurúes, santones, expertos en *fengshui*, fanáticos religiosos, líderes feministas, una estrella de cine ataviada con ropa de diseñador que le cantaba al niño «tum jiyo

hazarou saal»,[7] los anuncios del locutor —«participa en esta operación para rescatar a este niño... llama o envía un SMS a...»— y la pantalla del televisor transcribía los mensajes recibidos: «valiente-hijo-de-la-India-siéntate-en-el-regazo-de-la-madre-tierra-hasta-que-vuelvas-al-regazo-de-tu-madre», alguien canta por teléfono «tum mukkadar ke sikandar»[8], sus nombres, direcciones y datos parpadean sin cesar en la pantalla... El niño abandonado en el pozo llora lastimeramente mientras un insecto venenoso se arrastra lentamente hacia él, una nueva escena se sobrepone, corte a un acercamiento a una fiesta de cumpleaños. Una chica con los labios pintados, enfundada en un vestido brillante y con una *maang tekka* adornando su frente, rebana el pastel mientras otros rostros relucientes con sus ropas a la última moda se apretujan contra ella cantando «Happy birthday to you». Todos festejan el pastel de cumpleaños —las rebanadas están cubiertas de una gruesa capa de crema de vainilla con una superficie de chocolate—, porque el niño atrapado en el pozo cumple años; un pastel que supera los sueños más delirantes del niño. El cigarrillo de Bijoy se apagó. Con un gesto de cansancio, silenciosamente ella expulsó, además del humo, su enfado. Las volutas se desvanecieron en el vacío; agobiados por la soledad y el silencio nos quedamos callados. Silenciosamente, conversábamos con nosotros mismos. De hecho nos veíamos siendo parte de esos otros ladinos Raikkas del presente, rascándonos las llagas codiciosa y placenteramente —al tiempo que nos sacudía un latigazo de culpa. Mientras seguíamos la trasmisión en directo de esa lucha de vida o muerte, secretamente, sin que lo percibiéramos, ocurrió una metamorfosis inesperada. Sinceramente, no percibimos en qué momento ni cómo la mirada de simpatía se había convertido en una visión sadomasoquista. Bien para reconfortarnos o bien para engañarnos a nosotros mismos, extendíamos un manto de simpatía imaginaria y recostados en la comodidad de nuestros lechos, consumíamos despreocupadamente nuestras golosinas favoritas mientras saboreábamos, con los ojos cerrados, las atroces escenas de crímenes y violaciones. Las secretas aventuras de Ramananda y sus secuaces estaban a la vista. Esa aventura clandestina, aunque natural, con sus apetitos de carne y hueso, había

7 «Tum jiyo hazaron saa» es un popular canción de cumpleaños incluida en la cinta *Sujata* (1959), un clásico del cine indio.

8 Tema principal de la cinta homónima *Muqaddar Ka Sikandar* (1978) de Prakash Mehra. Trata de un huérfano que al crecer se convierte en millonario.

terminado de una forma antinatural y desconcertante: propagándose en un imperio de roñosos.

Un estridente pitido y un chirrido de llantas resonó sobre el clamoroso griterío sacudiendo nuestro silencio. A escasos metros de distancia, el tren de la noche recorre las vías a toda velocidad. Sobre el antepecho de la ventana abierta, ella contempla, reclinada, el traqueteo mientras se pierde en la distancia. En la orilla opuesta a los pitos y los gritos, la silueta de la ciudad se desdibuja borrosa y tenue —un mero retazo de tela roja descolorida que pende del gigantesco ficus al otro lado de las vías ondeando al viento, como una bandera roja hecha trizas luchando contra el viento—, con una mirada todavía más destrozada, ella voltea y pregunta: «¿Recuerdas a Gudiya?».

¡Sí! La recordamos muy bien. La cara de Gudiya,[9] sus ojos con grandes ribetes de *kohl*, los recortes con noticias de su vida... Todo.

Era 1999. Apenas diez días después de su boda, el esposo de Gudiya debió integrarse a su regimiento, pues la guerra había estallado en la frontera. Desaparecido en combate, se le declaró desertor. Tras una espera de cuatro años, convencidos de su muerte, destinaron a Gudiya a otro hombre, según dicta la tradición. Un año después de esta segunda boda, el primer marido, quien había sido hecho prisionero de guerra, regresó y comenzaron los problemas. Los ancianos de la aldea decretaron que la embarazada volviera con su primer marido. Pero como el hombre se mostraba renuente a educar un niño ajeno, el asunto se complicó...

Sí, recordábamos a la afligida muchacha sentada en el estudio de un espantoso programa llamado *Reality Bytes*, en un drama que duró horas. Como un interminable convoy cuyos carros se perdieran en la distancia, las escenas desfilaron en su mente, mientras apoyada contra el marco de la ventana continuaba mirando el horizonte. En torno a la mujer preñada de ocho meses, se apeñuscaban espectadores frenéticos, personalidades

9 La historia de Gudiya, cuyo relato se expone en el texto, tuvo un final trágico y se considera ejemplo tanto de la arbitrariedad de las decisiones de los jueces musulmanes como de la humillación pública y de la inmoralidad de los medios. Murió de septicemia en 2006, de ahí que sea un recuerdo reciente en la historia de Kandali, escrita en 2008.

respetables —maestros, madres, padres, hermanos, gurúes religiosos, pilares intelectuales de la justicia y custodios de la tradición—, entre una audiencia de un millar visible y de otros millones invisibles. Ella yace en el centro del compacto alboroto... El premio de una partida de dados flanqueado por sus dos maridos. El humilde locutor convoca: «Hey, gente, sean jueces de esta búsqueda de justicia... ¿quién debería tener la mano de esta mujer?». El estudio retiembla con la batahola de las discusiones —un juego que alcanza su vertiginoso clímax bajo los cientos de proyectores y micrófonos, más excitante que la final del Mundial de Futbol o que un partido de críquet entre la India y Pakistán. Mientras continúa la andanada de telefonemas y mensajes de texto, bajo el fulgor de las luces y el sonido, el primer esposo relumbra... Porque él es un héroe de guerra —un guerrero invencible—, mientras que el otro es un simple plebeyo, incapaz de brillar con elocuencia ante las masas, mudo y silencioso. Ignora que vivimos la edad de la demagogia y que el lenguaje de la reticencia ha muerto. ¿Y la mujer? Apenas si es un objeto inerte, una posesión material, uno más de los bienes de la casa. Luego de horas postrada en el piso, con su vientre hinchado, poco a poco se ha ido envarando; atormentada por el hambre y la sed, la pequeña muñeca en su interior llora en la silenciosa oscuridad golpeando el vientre con su cabecita; azuzada por dardos de luz y sonido, sufre vértigo, pero nadie tiempo para eso. Naderías insignificantes: el tribunal de justicia está para decidir asuntos más trascendentes. Para los avasalladores contextos de la maquinaria estatal —partidos políticos, fuerzas armadas, multinacionales, el cuarto poder, etcétera—, materias tan insignificantes e irrelevantes, como el hambre, la sed, el amor o los derechos, les importan un cuerno. En la apoteosis de este excitante juego, entre el revolucionario volumen de mensajes de texto que, mientras el trofeo llamado Gudiya vuelve junto al primer hombre, proclaman el veredicto de millones de ojos invisibles, las calles atronaron con estruendosos petardos y grupos que gritaban consignas, el canal reluciendo con el aumento de los porcentajes del *rating* y los ingresos por publicidad. Después de este prolongado atracón *gourmet* de entretenimiento, nos fuimos a dormir, al igual que Gudiya. Rodeada por una parvada de mujeres, ella se recostó en su camastro de bambú. La resguardaban los vecinos del pueblo y el enjambre de reporteros y camarógrafos, mientras grupos de gente se arremolinaban a su puerta codiciando dar un vistazo al singular espectáculo. Al centro de la multitud que desfila con orgullo, el héroe de guerra recibe felicitacio-

nes. Declara: «Dejaremos que el bebé esté un rato con su madre; más tarde lo enviaremos a su verdadero hogar». La gente aplaude ese gesto de humanidad mietras él sonríe orgullosamente. Entre el alboroto, todos observan que la mujer yace inmóvil sobre su camastro, con la mirada vacía, pero en realidad nadie la ve. Aunque no padece enfermedad alguna, sin embargo yace en posición fetal sobre el camastro. Dos meses después da a luz a un objeto, frío e inerte. Al cabo de otros dos meses, Gudiya aún no se levanta. Los médicos diagnostican que está bien. Sin embargo todos los días vomita sangre por dentro y por afuera, mientras agoniza palmo a palmo, hasta que finalmente un día muere con plena entereza.

El pequeño dentro del pozo, o el asesino violador sentenciado a muerte, con su vida en la prisión seguimos diariamente, cuya lucha por sobrevivir convertimos en un juego entretenido, en una venta de preciados deseos, habían sido nuestras golosinas. A ellos, por lo menos, no los empujamos a la muerte. Pero ¿a Gudiya? Ese delicado rostro ovalado, con los ojos delineados con *kohl* resplandecientes de vida... Tras arrastrarla por un sendero de abrojos, la arrojamos dentro de ese pozo sin fondo que es la muerte. Y sobre su cuerpo cayeron nuestras miradas profanas como miles de dagas apuñalándola; triturada por las escofinas de nuestras creencias feudales. Esa pesada carga que no supo sobrellevar en vida es hoy nuestro legado. En nuestros hombros, la carga pesa más cada día. Agobiados y sometidos por el peso, comprendemos que somos marionetas. Marionetas del ojo, ese gigante investido con el abrumador poder de la riqueza y la autoridad. El omipotente, indomable e invisible amo de todas las miradas injuriosas.

Subimos a la azotea huyendo del sofocante y húmedo aire caliente del interior. Nos azotó una ráfaga de aire tórrido. Como cuando el techo exhala un aliento vaporoso y cálido bajo nuestros pies. A través de la fachada en tinieblas con millones de puntos cintilantes, vislumbramos una torre muy alta levantada sobre una colina lejana. Una excelsa torre de luz erguida verticalmente; un centinela al pie de la ciudad. Mientras contemplaba esa arquitectura futurista construida por una trasnacional, Avinash murmuró, como para sí mismo: «No recuerdo el nombre de esa torre, sin embargo en algún lado he leído sobre ella, me parece que también vi un dibujo, ¡ah! El cerebro se había tomado unas vacaciones, ocurrió durante la época medieval o poco después, en algún pequeño país euro-

peo, ¿no? ¡Qué importa, al diablo con los detalles, el hecho en sí es de suyo interesante! Cierto monarca desarrolló una prisión con un diseño único. Una torre imponentemente alta, desafiando los cielos, con una cúpula como corona en el centro de un anillo de celdas circulares. Las celdas estaban llenas de criminales infames —traidores, revolucionarios, ladrones, asesinos. Claro que la historia calla respecto a si en verdad eran criminales. Porque sin duda el solo hecho de oponerse al tirano en turno bastaría para recluirte de por vida. Apostados en el domo en la cúspide, el gobernante o los guardias podían ver a todos los prisioneros: sus miradas hurgaban dentro de cada celda; los convictos no tenían privacidad. Las celdas se encontraban situadas tan debajo que sus moradores no podían divisar a sus vigilantes en la cúpula cimera. Intenta imaginarlo, sentirlo... No hay un solo momento que no te vigilen: observan todos tus actos, dormir, comer, tu enojo, soledad, incluso orinar, cagar y masturbarte. Y aunque sabes que te observan, eres impotente porque no los ves. Ni siquiera puedes revirar con la mirada. Al principio eres presa de la furia, pero incapaz de nada, lentamente aceptas tu predicamento, derrotado, convirtiéndote en un objeto apático e irracional. ¡Oh! Vaya proceso de deshumanización paulatino, esa torre vigía, símbolo de la tiranía, el poder ilimitado y el sometimiento total al Estado...».

Escuchamos a Avinash, inmóvil, como un objeto inanimado en la frontera en penumbras del grisáceo crepúsculo que lentamente se transforma en una noche oscura como el carbón. Al escuchar ese cuento espeluznante, poco a poco surgieron en nuestra imaginación vívidas imágenes... De pronto sentimos como si también nosotros fuéramos prisioneros de esa cárcel con paneles. Vigía en el centro de la cúpula que culmina la torre, el invisible y gigantesco ojo nos observa sin cesar... El ojo comienza sus sucias jugarretas con nosotros... Abre su palma y nos hemos convertido en marionetas inertes como un saltamontes inerme. El ojo juguetea con nosotros, a ratos nos hace cosquillas, en otros nos arranca una pierna. Con las alas de su cuenca planea sobre nosotros... Cae en picada con su mirada avasalladora, desnudando nuestros deseos más secretos, todos nuestros goces íntimos expuestos a su escrutinio... Y ahí, ahí, paralizando nuestra razón y sentidos con su mirada hipnótica, el ojo busca reinar como supremo emperador de un imperio de sarnosos •

Traducción del inglés de José Homero, a partir del original en asamés.

Serpientes negras venenosas

Bachint Kaur

Bebe Bhagwanti no tenía ni pocas ganas de abordar el autobús a su pueblo. Apenas dos días antes había hecho todo el camino a Delhi desde Rampura. Ahí era donde su amada y única hija, Mukhtiyaro, se había casado.

Bebe Bhagwanti había llegado a la casa de Mukhtiyaro justo después de la ceremonia *Doli* de su vecina de al lado, la hija de los Gills.

«Niña Mukhtiyaro, si tú lo dices, puedo regresar a Rampura en un par de días más. ¡No es como si las cosas se paralizaran cuando no estoy allí!».

Bebe Bhagwanti había pronunciado esas palabras con considerable turbación ante la presencia de su yerno. Y simultáneamente había comenzado a desempacar muchos paquetes pequeños con regalos que había traído del pueblo junto con un traje *chheent* que aún estaba nuevecito en su caja. Empezó a desdoblarlo.

Mirando afectuosamente el montón de regalos que había traído su madre y lanzando inmediatamente un fugaz vistazo a los ojos de su esposo, Mukhtiyaro dijo:

«Oh, sí, Bebe. Ahora que estás aquí, después de viajar desde tan lejos, bien podrías quedarte conmigo unos cuantos días. Sé que no es fácil dejar las responsabilidades en casa. No sé cómo te las has arreglado para venir finalmente (¡después de tres años completos!). Baldev, de los Gills, también tiene que volver a su pueblo el domingo. Puedes regresarte con él. Así tendrás compañía durante todo el trayecto».

Mukhtiyaro habló a todo volumen, como si quisiera echarle algo en cara a su marido, Lehna Singh. De hecho, la hija quería que su madre se quedara con ella durante el resto de su vida. ¿Por qué era

responsabilidad de los hijos varones (y sólo de ellos) proveer para sus madres? Especialmente cuando los yernos han obligado a las hijas a tomar la delantera a sus hermanos para pedir una parte equitativa de la propiedad ancestral.

«De acuerdo, entonces será sólo por unos pocos días. ¿Qué sentido tiene crear molestias innecesarias en la casa?». Mukhtiyaro aceptó la propuesta que ella misma acababa de hacer a su madre, después lanzó una mirada furtiva al rostro amargo de su esposo para medir su reacción.

Mientras tanto, la madre se moría por una oportunidad de compartir sus alegrías y tristezas con su hija.

> *¡Oh, Dios! ¡La amistad entre madres e hijas!*
> *Ellas sí hablan desde sus corazones*
> *oh, mientras los tallos de trigo crecen altos*
> *por qué has engendrado hijas, Oh, Madre...*

¿Quién sabe cuántas costillas se habrán roto en mil pedazos cuando esas palabras, que perforaban el corazón de una hija separada de su madre, salían de sus labios?

Las canciones de la delicada amistad entre madres e hijas hacían eco por todo el campo del Punjab. Los rumores del lazo entre Bebe y Mukhtiyaro no sólo estaban en los labios de cada niño del pueblo sino también atorados en la garganta de su hermano, Balwant, y de su mujer, Mindro Bharjai. Ya fuera cuando Mindro se sentaba a platicar con sus vecinos y amigos o cuando hablaba con Balwant Singh.

«Ja, Bebe clama que fue para asistir a la boda de la hija de los Gills, pero entonces ¿por qué cargó un contenedor hasta el tope de arroz, *gram dal*, *sarsoon saag* seco y todas las almendras que tenía?».

«Mmm... y por cierto, ¿quién cargaría todo el equipaje de Bebe en el camino?».

El hermano de Mukhtiyaro, Balwant, siempre estaba totalmente de acuerdo con todo lo que Mindro decía.

«¡Eres un completo idiota! La boda de la hija de los Gills fue sólo la excusa que usó Bebe para ir a Delhi. Como si fuéramos tan cercanos de esos *jats*. Nunca hemos tenido nada que ver con ellos... nunca. ¿Quién recorrería todo ese camino por alguien con quien tiene tan poca relación? Y más aún, el pasaje a Delhi no es precisamente barato. La verdadera razón para ir de visita fue Mukhtiyaro. ¡Como si no lo supiera!

Sólo espera y verás si Bebe regresa en menos de un mes».

«Mmm», asintió nuevamente Balwant a las palabras de Mindro.

«Como si hubiera escasez de arroz en Delhi para que ella tenga que cargar un contenedor repleto. Y como si la pasta *vermicelli* fuera un fruto tan raro como para que tuviera que llevar todas nuestras reservas. Después de todo, todas somos hijas de alguien pero nuestra madre nunca hace nada como esto. Arrebatar comida de las bocas de hijos y nueras para atiborrar la casa de la hija... Y yo te pregunto, ¿qué escasea en una ciudad como Delhi? Uno podría comprar todo el mercado de una pasada si quisiera. ¡Como si no conociera a la vieja...! Cualquier dinero que tenga, se lo entregará a su hija. Incluso lo retiraría de la pensión de Baiji para dárselo a ella».

Mindro creía tener pleno derecho incluso de la pensión que Bebe Bhagwanti recibía del ejército por su difunto marido. Ésa era la razón por la que todo lo que Bebe había comprado para Mukhtiyaro, aun si costaba una moneda, para Mindro era como si valiera cien.

Bhagwanti no amaba a Mukhtiyaro menos de lo que amaba a Balwant. Era debido a su amor inagotable que para ella era difícil soportar la separación de cualquiera de los dos. Tal vez por eso, cada vez que Bhagwanti visitaba a Mukhtiyaro en Delhi por un día o dos, no se estaba quieta ni un momento.

«Mira, niña, seguramente pueda ser útil mientras estoy aquí. Déjame picar los vegetales o hacer cualquier otra cosa mientras sólo estoy sentada sin hacer nada. Yo me encargaré de la masa. Si no, déjame picar ajo para que puedas usarlo después. Así, cuando tengamos que cocinar algo más tarde lo tendremos listo rápidamente». Normalmente, iba una mujer a lavar los trastes, pero Bebe se adelantaba discretamente y los lavaba ella misma.

Todo el tiempo que estuviera ahí, Bebe Bhagwanti se encargaría de muchos pequeños quehaceres para Mukhtiyaro. Si la correa de un bolso se rompía, ella se sentaría rápidamente con aguja e hilo a coserla. Si cualquier edredón tuviera una rasgadura, ella lo parcharía enseguida. Si el borde de alguna alfombra estuviera deshilachado, ella tomaría un nuevo pedazo de tejido de algún lado y lo enmendaría. Haría cien cosas para Mukhtiyaro durante todo el tiempo que se quedara con ella. E incluso entonces, las únicas palabras que pronunciaría serían: «Yo sólo vengo aquí a ser una carga para ti, niña. No puedo hacer mucho».

«Bebe, no digas lo primero que te llegue a la mente. Yo nunca veo que te estés quieta». Mukhtiyaro apapacharía a su madre desde la cabeza hasta el dedo pequeño del pie mientras ésta seguía haciendo sus quehaceres.

Pero Lehna Singh, después de dirigir un somero saludo a Bebe Bhagwanti cuando llegó a visitarlos, no intercambiaría otra palabra con ella hasta que se fuera nuevamente a su pueblo. Sintiendo su hostilidad, Bebe se mantendría agachada en la cocina hasta que él hubiera salido a trabajar. Entonces una tristeza profunda carcomería las entrañas de Bebe como una rata. Mientras se despertaba, comía, hacía quehaceres, se sentaba, dormía, un solo pensamiento levantaría la cabeza en su mente.

«¿Por qué razón estoy sentada aquí en el umbral de la puerta de mi hija? Estar con ella un día es tan bueno como estar con ella dos días».

¿Pero puede el amor entre madres e hijas quebrarse tan fácilmente?

La amistad entre madres e hijas
se quiebra sólo bajo grandes catástrofes
mientras los oídos del trigo se llenan
¡oh, Madre!, ¿por qué son olvidadas las hijas...?

Mukhtiyaro miró a su madre, que estaba inmersa en sus pensamientos. Al mismo tiempo, un frío suspiro se levantó de las profundidades de sus dos corazones y envolvió una capa de tristeza alrededor de ellas como una fina corteza.

Una vez, Mukhtiyaro se sintió incluso tentada de decirle a su marido que ella ganaba dinero para la casa, igual que él. «Si mi madre se queda con nosotros por unos días, no causará que se acabe toda la comida de la casa».

Pero en vez de eso se quedó mirando fijamente los taciturnos y enfadados ojos de Lehna Singh. Porque él, sentado en un catre cercano mientras ignoraba deliberadamente lo que Mukhtiyaro tenía que decir, había dirigido la conversación en otra dirección.

Por un tiempo, una densa tristeza y un extraño miedo se extendieron en el ambiente. Hasta que el silencio de Mukhtiyaro fracturó el corazón de Bebe Bhagwanti en diminutos fragmentos.

Secretamente, ella deseaba que Mukhtiyaro la invitara, aunque fuera una sola vez, a quedarse. Aun si no lo dijera en serio: «Bebe, no te vayas al pueblo hoy. Vete en uno o dos días».

¡Cuánto amor!

¡Cuánto desamparo!

¡Cuánta frialdad y cuánta insolencia! Lehna Singh no tenía ninguna consideración por sus mayores. Mukhtiyaro miró con impotencia a Lehna Singh por una respuesta y a su vez Bebe Bhagwanti miró a Mukhtiyaro tristemente, melancólicamente, durante un largo rato. Y entonces comenzó a doblar su traje *chheent* con el corazón roto de volver a meterlo en su caja. Y entregando la pasta *vermicelli*, el *gram dal* y los muchos otros paquetes de regalos y la bolsa que contenía las almendras a Mukhtiyaro, dijo suavemente:

«Toma, niña, guarda éstas también en la cocina. Cada mañana, pon a remojar unas cuantas almendras en leche y dáselas a Lehna Singh. Y tú también debes tomar un poco de leche de vez en cuando. Ve cómo tu cara se ha vuelto permanentemente adormilada como la de un gato. Después de todo, debes de estar muy cansada de trabajar en la fábrica todos los días. Y además tienes que hacer todo lo de la casa, todo tú sola, con tus propias manos. No tienes a nadie que te apoye... yo hubiera pensado que tendrías un poco de descanso... yo hubiera podido al menos encargarme de la casa. Y este catre tuyo está casi completamente descosido. Si hubieras traído un poco de hilo, yo lo hubiera cosido. Y este *khes* está tirado sin usar, nuevecito, sólo por la molestia de anudar los hilos de sus bordes. Yo podría haber hecho al menos eso, sentada aquí sin hacer nada... no soy capaz de nada más que eso. Creo que si Dios me llama pronto, sería mucho mejor...».

La garganta de Bebe Bhagwanti parecía ahogarse mientras hablaba. Finalmente, había comprendido todo en el silencio de su hija. Lehna Singh no quería que se quedara.

La furiosa Mukhtiyaro, que escrutaba silenciosamente el rostro indiferente de su marido, sólo podía hervir de rabia por dentro.

«¡Idiota! ¡Qué carnicero es! No ha mantenido ninguna relación con sus hermanos o hermanas. Ahora quiere que yo también me desprenda de los míos. ¿A quién me ha atado Dios? No tiene ningún sentido común, ¡ninguna vergüenza! Ningún respeto por sus mayores. Sé que se muere ante el mero pensamiento de que Bebe se quede aquí conmigo por un día o dos. Es porque yo dormiría con Bebe durante el tiempo en que esté aquí, ¿no es cierto? Ahora sólo lo dejaré que me mire... Cómo me encantaría arrojarle este incienso encendido... ¡a su negra cara!».

Mukhtiyaro se sentó agitando el veneno en su interior como una serpiente durante una hora, y luego dijo en voz muy alta y muy irritada:

«Ven, Bebe, déjame acompañarte a la estación de autobuses ahora mismo».

«Muy bien, niña. Que prosperen en su hogar».

Tras bendecirlos a los dos, acariciar la cabeza de Lehna Singh y colocar un billete de diez rupias en la palma de su mano, Bebe Bhagwanti levantó un pesado equipaje de tristezas en su propia cabeza y caminó calladamente detrás de Mukhtiyaro.

«Bebe, no hay necesidad de alimentar con leche a serpientes venenosas».[1] Mukthiyaro arrebató el billete de diez rupias de la mano de Lehna Singh y lo devolvió al puño de Bebe •

Traducción de Iván Soto Camba, a partir de la traducción del panyabí al inglés de Hina Nandrajog.

1 En Punjab, a veces a un yerno se le conoce como «serpiente» cuando sus lealtades están con su propia familia y se hace el hábito de siempre querer explotar a la familia de su esposa. (*N. del T.*).

Nirupama Dutt

Ciudad en movimiento

Nada cambia realmente
al cambiar una ciudad
ni el ruido vacío del día
ni el silencio del día que grita

El mismo cielo gris asoma
a través del pequeño rectángulo
de la ventana

La bendición que se murmura
con la voz temblorosa de una madre
no cambia

Lo que tal vez cambia
es el nombre del amante

Siglo que pasa

En los últimos años del siglo

el poema se encontrará

debajo de la luna de la segunda noche

más allá del bosque

sentado en una banca en el

rincón oscuro del parque

en tu cariñoso abrazo

para así perdonar al siglo que pasa

muchos de sus pecados

Versiones de Víctor Ortiz Partida, a partir de las versiones del panyabí al inglés de la autora.

Surjit Patar

Distancia

Hay una distancia similar a la del día y la noche,
la distancia entre mi valor y mis anhelos;
las palabras son inocentes. ¡Oh, Dios! Cuida
la distancia entre mis palabras y mis sentimientos;
sí, aunque resolví permanecer distante,
lamento la distancia entre mi sed y mis propósitos.
En caso de sed insoportable, Él ofrece eliminar
la distancia entre nutrir las relaciones y sacrificarlas.
Está la religión, la ética está, la ley, ¿pero quién está ahí?
Escúchalo a Él decir cuáles son los colores de la luz.
¡Ay! Existe una distancia entre el personaje y el diálogo.
La copa de veneno se detuvo en mis labios,
permaneció la distancia entre Sócrates y yo.

Las palabras se volverán azules

Las palabras se volverán azules
abriendo camino para rescatarme
las palabras absorberán todo el veneno de mi corazón
las palabras convertirán el veneno en néctar
como los árboles convierten el carbono
en oxígeno, esa fuerza que da vida.

Asustado de los toquidos

Asustado de los toquidos en la puerta
en deuda con tantos, estoy
tratando de proteger mis manos rojas
no un asesino, un carnicero, estoy
sentado, atado a mis propios grilletes
un lunático encadenado, estoy
manteniendo la calma en la superficie como tumba
un *shehnai*[1] inactivo, soy
un patio descuidado desde siempre
ingreso en ruinas, soy
la patria, madre, mi amor y *Murshid*[2]
en deuda con tantos, soy

Versiones de Víctor Ortiz Partida, a partir de las versiones del panyabí al inglés de Kiran Deep.

1 Instrumento musical de viento. (*N. del T.*).

2 Guía espiritual o gurú sufí. (*N. del T.*).

Una tierra extranjera

GOURAHARI DAS

LA IMAGINACIÓN DE ITISHREE la llevó de vuelta a Patapur, el pueblo que parecía la foto de un montón de hongos. Justo en medio del pueblo, el árbol de tamarindo extendía sus ramas, y a cada lado dos árboles de Chakhunda que cubrían la distancia entre las casas de las dos comunidades del pueblo. Ningún otro árbol del pueblo había sido capaz de sobrepasar su estatura. Parecía como si los otros árboles del pueblo hubiesen aceptado la fuerza de los Chakhunda, y se hubiesen rendido ante ellos. Las casas del pueblo se extendían a cada lado de estos tres árboles. Estas casas, a la distancia, parecían hongos.

Itishree estaba impaciente por llegar a su pueblo. Parecía que habían pasado años desde la última vez que visitó Patapur. No pudo venir, ni siquiera cuando murió su madre. Todavía cargaba con el peso de ese dolor. El día que su madre murió aquí, Swati nació allá. Itishree le había mandado un aerograma a su padre: «No te culpes y no te preocupes. Estás a siete mares; ni sus hijos que están aquí pudieron llegar a tiempo».

Ese día, mientras leía la carta de su padre, las lágrimas corrían por las mejillas de Itishree. Apenas podía leer las palabras en la hoja, mojada por las lágrimas. Sentía un extraño enojo con su hija Swati: «¿No podías haber encontrado un momento mejor para venir a este mundo? Tenías que venir el día que se iba tu abuela. No pude ni siquiera recibir la noticia de su muerte a tiempo por tu culpa».

Su padre, como si le leyera la mente, le escribió de vuelta: «No podrías haber venido ni aunque hubieras recibido la noticia dos o tres días antes; quien tenía que irse se ha ido. ¿Por qué culpar a la pobre niña?».

La distancia entre el aeropuerto y Patapur debe de ser de al menos veinte kilómetros. Itishree se ponía impaciente. Le tomaría al menos cinco horas, y eso sólo si el camino entre Gadichhaka y Ghanteswar

estaba bien. Calculaba en su propia mente que sería como la una de la tarde cuando llegara a su pueblo. De nuevo vino a su mente la carta de su padre. Después de que se fue de casa a vivir en el hostal, su padre le escribía al menos dos cartas al mes, muy largas y en odia, porque quería probar su habilidad de leer la escritura de la lengua odia. Su padre siempre dijo que uno, aunque pueda leer y escribir en muchas lenguas, debería siempre ser adepto a su idioma nativo.

Siempre que Itishree iba a casa, su madre le pedía: «Lee el *Laxmi Purana*». En el día de Janmastami, le pedía: «Por favor, lee el *Gopalila* del décimo canto del *Bhagawata*». Su padre le decía: «Querida, por favor lee el *Vishad Yoga*, del *Gita*». Sus padres estaban orgullosos de que Itishree pudiera leer las letras del *Purana* con la tonada y el ritmo correctos. Su padre siempre les decía a sus hermanos: «Miren a mi hija. Lee el *Purana* con una voz tan hermosa. Podría hacer llorar a cualquiera que la escuche. Ustedes nada más pierden su tiempo pescando y jugando. ¿Cuál será su destino?». Cuando no estaba en casa, Itishree extrañaba a su madre. Cuando su madre escuchaba el *Purana* o cualquier otro texto religioso se sentaba con la cabeza cubierta con un velo. Doblaba las palmas y las ponía sobre su frente. Cuando escuchaba el *Laxmi Purana*, murmuraba: «Oh, Señor querido, ¿por qué harías esto? ¿Por qué echarías a una esposa como Laxmi del templo?». Y más allá, se emocionaba mucho cuando salía a colación el tópico del significado de *Jagannath* y *Balbhadra*. Aunque nunca hacía comentarios, parecía siempre feliz de escuchar la historia de éxito de Laxmi como si ella también formara parte.

El pueblo de Patapur, a las orillas del río Mathei era el pueblo paternal de Itishree. Sin embargo, había sido educada en la ciudad. Su padre trabajaba en Cuttack. Fue transferido de Cuttack a Bhubaneswar. Ella y su madre le acompañaron allá. Para cuando ella había terminado la educación media, su padre se había jubilado. Regresó a su pueblo natal. Itishree se fue a Bangalore a buscar su carrera de medicina, e inmediatamente después de graduarse se casó. Después de su matrimonio con Nilalohita, cuando se estaba yendo a Estados Unidos, sus padres habían ido al aeropuerto de Bhubaneswar con su hermano mayor. Su madre no podía dejar de llorar. Finalmente, Itishree tuvo que fingir enojo y decir: «¿Por qué no pusiste condición durante la boda? Estaban tan emocionados al oír "América" que querían deshacerse de su hija cuanto antes. ¿Entonces por qué lloran aquí y ahora?».

Sin embargo, su madre no estaba lista para entender. Abrazó a Itishree y siguió llorando. Nada podía hacer que las lágrimas dejaran de correr. Cuando Itishree la miró desde la fila de seguridad, su madre la veía como una estatua.

Las lágrimas inundaron los ojos de Itishree.

Quizá su madre tenía la intuición de que ésa sería la última vez que vería a su hija. ¿Por qué, si no, se quedaría viéndola así? ¿Por qué la abrazaría tanto tiempo, como no dejando ir a su hija querida?

Recientemente, su hermano menor había escrito: «Papá no está bien. A veces, le sube la presión a niveles anormales. Sólo habla de ti. Si puedes, ven a visitarlo al menos una vez».

Itishree entendía el significado indirecto de las palabras de su hermano y su padre. Cuando la gente de su pueblo está al borde de la muerte, entonces, y sólo entonces, se envía una carta con las palabras: «Las cosas no está bien, y sería bueno que vinieras a visitar». Y por eso se asustó cuando recibió la carta. Recordó los incidentes que rodearon la muerte de su madre. Tenía ansia por irse. Nilalohita le había dicho: «Espera una semana. Swati y yo iremos contigo». Pero Itishree no lo escuchó. No podía mas que ser directa y decirle: «A veces en un solo día cuelga una vida entera. No pude ver a mi madre cuando murió. No podría perdonarme si pasa lo mismo con mi padre. Ustedes, ambos, padre e hija, pueden venir en una semana si quieren. Yo me voy ya».

Al lado del camino había un gran estanque de loto. Itishree bajó la ventana del vehículo y miró las flores. ¡Qué atractiva y encantadora se veía su tierra! ¡Qué íntimos el viento y agua de este país! Con toda la plenitud y lujo de la tierra extranjera, nunca sentía esta calidez. Y por otro lado, alguien en completa miseria también podría sentirse atado a su tierra natal. Estaba impaciente por llegar a su pueblo.

Solía ser así de impaciente cuando estudiaba en Bangalore. Cuando era hora de ir a casa, deseaba tener alas. Pero nunca se cumplía su deseo. En esos tiempos, no había vuelos ni trenes directos. Tenía que viajar pasando por Madrás siempre que visitaba su hogar. Ahora es mucho más conveniente el viaje.

En esos tiempos, cuando en cuanto llegaba a casa, Itishree mandaba a todos. Le decía a su madre qué cocinar y cuándo, de una lista especialmente preparada para esto. Arroz *lilawati*, y con él curri *hilsa* de pescado con requesón y pasta de mostaza; *chudchuda* de pez *mahurali:* calabaza *okra* con *taro* y requesón; flores de calabaza fritas ligeramente, empanizadas con

polvo de arroz; pescado *rohu* en caldillo de patatas sin pelar; camarones molidos con ajo y chiles verdes; hojas verdes de *kalam* con chile verde *mung dal* del mismo pueblo, sazonado con *ghee* puro; filetillos de caviar; *okra* salteada con pasta de mostaza; *brinjal* rostizado; bolitas de *dal* en polvo; hongos rostizados en hoja de calabaza; plátanos crudos y patatas salteadas cortadas en círculo con chile y polvo de cilantro fresco, recién cocinadas. Los domingos, para el almuerzo había curri de cangrejo y para la cena curri de huevo y patata. Además de esto, Itishree no podía objetar si su madre y sus cuñadas añadían algo más.

Cuando Itishree le daba la lista a su madre, su padre decía: «Llévate a tu madre al hostal, y ahí te servirá bien».

Señalaba a sus cuñadas y decía: «Madre nada más daría instrucciones. ¿Cómo podría cocinar todas estas cosas ella sola? Si ella tiene que hacer todo, ¿qué harán ellas?».

Su cuñada mayor sonreía y decía: «No tenemos problema, pero tu madre no entendería. Si no suda y se cansa en la cocina, pensaría que le falta algo en la tarea de cuidar a su hija. Cuando te fueras a tu hostal, se quedaría y diría: «Oh, esta mente terrible. Mi hija quería un platillo ácido de *dilleniai* y lo olvidé».

Su madre sonreía y decía: «No es verdad. No puede tolerar si su comida no está perfecta. Hasta las cosas más triviales, como la sal o el chile, tienen que ser perfectas. Mis hijos se comen lo que sea, pero ella no se lo piensa antes de rechazar el curri. Ni siquiera lo toca. Se comería el *sambar* y el arroz aguado del hostal, pero en cuanto llega a casa no tolera ninguna imperfección».

Todo mundo estallaba en risas. La casa entera reverberaba en carcajadas. Pero Itishree sentía vergüenza. Corría y escondía la cara en el regazo de su padre. Su padre fingía enojarse con todos y decía: «¿Por qué molestan todos a mi hija?».

Alrededor de las diez *moujas*, la familia de Managovinda Mahapatra era vista como una familia ideal. La familia de Managovinda era una familia feliz que consistía en cuatro hijos y una hija. Todos se quedaban juntos, se sentaban juntos, y comían juntos.

Después de su visita al mercado de Ghanteswar, su padre le hablaba a su madre de la discusión acerca de la buena reputación de sus hijos. Hablaba tan fuerte para que sus hijos supieran que no debería haber muros que dividieran a la familia o al campo. «Pueden hacer cualquier cosa, pero no dejen que pase esto», decía.

Todos los hermanos eran capaces. Tenían como veinticinco acres de tierras en ambos lados del pueblo, peces en los estanques, árboles de coco con frutos, ganado como toros y vacas. Pero, con excepción del menor, nadie tenía una carrera. Nadie tenía un empleo distinto. El hermano menor había obtenido una maestría y entrenamiento en educación. Era el director de una escuela en un pueblo vecino.

Su padre solía decir: «No requerimos ningún empleo. Incluso después de que me muera, a mis hijos nunca les faltará el arroz».

Y su madre añadía: «Yo pongo el curri».

Y sus hermanos reían.

Itishree discutía por su madre y decía: «¿De qué se ríen? ¿Está diciendo algo mal? Nuestro padre trae varios tipos de arroz, como *sola*, *patina* y *lilavati* de sus campos, y nuestra madre trae calabazas, hongos y berenjenas de su jardín. ¿Y hace caso siquiera si alguien le dice que descanse y no salga al sol?».

Sus hermanos se callaban.

Su hermano mayor decía: «Madre, tienes un pobre abogado que no tiene trabajo, pero puede defenderte en este caso».

Pero Itishree nunca se rendía.

Siempre que había ido al pueblo había visto a su madre en el jardín de berenjenas de atrás o en la cocina. El jardín de su madre era como una gran vedulería. Había vegetales desde las calabazas hasta la espinaca *poi*, y todo tipo de calabacín. Durante la temporada lluviosa, su madre hacía alambrados para la espinaca, el pepino, la calabaza larga y el calabacín, y los vegetales colgaban de ahí. En las orillas del jardín estaban las plantas de pepino, que daban hasta dos frutos diarios. Al otro lado había plantas de chile. Y a veces, cuando había servido la comida de todos, no quedaba nada para ella, pero no le decía a nadie. De prisa traía un pepino y chile del jardín, y eso era su curri. No dejaba que se enteraran ni siquiera sus nueras.

Los chiles crecían en el jardín todo el año. Su madre decía: «Están pagando algo que les presté en mi vida pasada».

Itishree sonreía. Su madre le contaba los secretos. Había una regla que dominaba el hogar de los Mahapatra; todos comían juntos. Primero el padre, con sus hijos e hija, y luego la madre con sus nueras. Cuando los hijos comenzaron a tener sus propios hijos, también ellos fueron incluidos en la primera lista. Todo se cocinaba en un solo lugar. Todos comían en un solo lugar.

Itishree venía a su pueblo por primera vez en siete años. Un día después de irse de América, había venido a vivir en casa de Nihalohita en Brahmagiri. Después fue a Bhubaneswar, y había regresado a Brahmagiri porque habían llamado de vuelta a Nilalohita. El banco en donde trabajaba había quebrado. Nilalohita estaba muy molesto. No habían tenido más opción que regresar inmediatamente. Y el deseo de Itishree de regresar a su pueblo no se cumplía.

Ahora, Itishree vivía en Nashville, en Estados Unidos. Nilalohita trabajaba ahí, en la industria del *software*. Ella trabajaba en el hospital de Rose Valley. Tenían una hija que se llamaba Swati, que estaba por cumplir cuatro años. Su hogar se veía distinto después de la muerte de su madre. No podía olvidarla una vez que llegó. ¿Cómo vería a su padre? Itishree se preparaba.

Sus cuatro hermanos tenían un hijo cada uno. Había diecisiete miembros de la familia incluyendo a su padre. Si el tío Suna también se incluía, eran dieciocho. Desde que su madre todavía vivía, el trabajo se dividía entre las nueras. Alguna cocinaba, otra cortaba las verduras, otra cuidaba a los niños, otra los llevaba a la escuela, y otra cuidaba el ganado. El cuidado del jardín se dividía entre su madre y el tío Suna.

Su padre solía sentarse en la veranda y saludar a los que pasaban, e intermitentemente pedía té o agua, y preguntaba finalmente: «¿Cuándo terminarán de cocinar?».

Su familia era como el gran árbol de tamarindo en el centro del pueblo. Como las ramas del tamarindo, con los cantos de diversos pájaros, la casa de la familia Mahapatra siempre estaba viva con los ruidos de los niños. El hijo mayor cuidaba las tierras, y el de enmedio cuidaba la tienda de la familia. El tercero se encargaba del tractor y del molino de harina. El hermano menor se encargaba de su propio trabajo y de la educación de su hijo y de todos sus sobrinos y sobrinas.

La casa de los Mahapatra era circular. Justo en el centro estaba la cocina, del tamaño de un gran salón. En ambos lados de la cocina había grandes patios donde jugaban los niños. El patio trasero se usaba para secar hojas, chiles, cúrcuma y arroz para las tortitas. Sus cuñadas se quedaban ahí cortando verduras y chismeaban acerca de cualquier cosa que se pudiera.

Como era una familia grande, siempre había algún invitado en casa. A veces había gente de la familia de alguna u otra cuñada, que venía a visitar. Como tenían su propia tienda de abarrotes, no había problema

para traer té o azúcar, o aceite y patatas. Por lo tanto, siempre había algo que ofrecer a las visitas.

Itishree era la que más halagos recibía de todas las visitas que venían. Siempre se hablaba de ella, estuviera ahí o no. Los huéspedes aplaudían a su padre que la educara como doctora, aunque fuera mujer. Y su padre sonreía: «No he gastado ni un centavo en ella. Desde niña siempre ha estudiado con becas. Sólo cuando se fue a estudiar a Bangalore gasté tres o cuatro *lakhs* en su educación. ¿No es una inversión que fácilmente recuperaríamos su madre y yo con puras muestras médicas?».

Las visitas se reían. Su padre se reía con ellas.

Itishree pensaba que era bueno que sus hermanos no se hubieran ido a trabajar a otro lado. Al menos todos vivían con sus padres. Había tantas familias en su pueblo en las que los padres sólo tenían dos hijos varones, y cada uno tenía su propia familia separada. Pero en su casa, no había familias separadas. Ni hablar de ello.

El arroz de las tierras de su padre y las berenjenas del jardín de su madre unían a todos. Itishree se decía a sí misma: «Sólo faltan cinco kilómetros para Ghanteswar. Sólo media hora más para Patapur».

La cuñada mayor decía: «Ya te he pedido tantas veces que vengas a comer, y no me haces caso. ¿Quizá debería mandarte el arroz y el curri?». Itishree no respondía. Se imaginaba la mirada de su padre. Se imaginaba que su padre ahora estaba solitario, pero no podía imaginarse que estuviera tan *desolado.* Su padre parecía una aguda estatua de madera. Las lágrimas le brotaban.

Itishree se preguntaba: «¿Cómo es que ha pasado esto? ¿Por qué no me dijeron nada?». Quizá su padre no sabía ni por dónde empezar a decirle. Cuando llegó a casa, de inmediato vio todo lo que había cambiado. Aunque nadie lo decía, ella podía imaginar ese gran cambio. Cuando saludó respetuosamente a su hermano y a su cuñada, inmediatamente leyó este cambio en sus caras.

Eran las dos de la tarde. Las cuñadas no podían esperar más. De inmediato mandaron el curri que habían cocinado al cuarto de su padre para que ambos, padre e hija, pudieran comer juntos.

Su padre dijo: «Ahora sólo se cocina el arroz para todos juntos. Todo lo demás lo cocinan por separado, cada quien para sus propios hijos».

Itishree se lo había imaginado. Había humo saliendo de la casa de cada cuñada, y diferentes olores de cada curri. El hermano mayor tenía una estufa de keroseno y los otros tenían estufas de leña en las verandas de cada cuarto. El hermano menor tenía una estufa de gas en su cuarto. La casa donde sólo una estufa sacaba humo, como el humo del fuego sagrado, ahora tenía cuatro estufas secretas. Itishree no podía aceptarlo, para nada. El arroz se compartía porque no se podía dividir la tierra. Quizá, una vez que muriera su padre, también el arroz se cocinaría por separado.

Su padre estaba sentado en su silla, inmóvil, cabizbajo. Parecía un soldado derrotado.

Itishree sólo observaba a sus cuñadas, asombrada. Su propio hogar ahora parecía un país extraño, donde no reconocía nada.

Gradualmente, aumentaba el número de platos de curri en el cuarto de su padre. Sus cuatro cuñadas trajeron los curri cocinados por cada una, dos platos pequeños de pescado, plátano frito con patatas, calabacín con *posto*, cuatro tipos de vegetales de hoja, tortitas *badi* de lenteja, berenjenas fritas, curri de *potola* y más patatas. Ninguna de las cuñadas había reparado en mostrar hospitalidad a Itishree.

Su padre dijo: «Ven, hija. Come algo. Tu cara está seca y oscura. Dime, ¿por qué te has debilitado tanto? ¿Estás comiendo bien? ¿Ha aumentado tu carga de trabajo? Esta profesión de medicina que has elegido te hace ver más vieja».

Itishree no dijo una sola palabra. Su padre siempre fue así. Aunque hubiese engordado, su padre siempre le decía que la veía débil. Su madre ya no estaba. Si no, también ella habría llorado un largo rato por la debilidad de su hija.

Preguntó lo mismo, de nuevo: «¿Cómo ha pasado esto, papá?».

Su padre dijo, en un tono tranquilo: «Todo estaba bien hasta un año después de que se fue tu madre. Un día, de repente, hubo una gran pelea entre todas las cuñadas sobre quién iba a cocinar. Les grité. Después, se quedaron todas juntas un rato por miedo. Pero un día vi que se estaba cocinando en dos lugares en vez de uno. Y luego, pasó lo que ves».

Las imágenes del pasado se mostraban frente a sus ojos. Su madre sudaba e iba de un lado a otro, cocinando, y sus cuñadas la ayudaban. Había una calma increíble en su cara, aunque la marca bermellón de su frente casi sangrara sobre la mitad de su cara. Sólo ella sabía qué les gustaba comer a cada uno de sus hijos, qué les gustaba a sus nueras. Siempre había una u otra cosa cocinándose —a veces té y tentempiés, a veces pasteles y tortitas tradicionales, a veces arroz y curri, y otras arroz seco. Pero ese día, en la cocina, sólo se cocinaba arroz. El curri y todo lo demás lo cocinaba cada quien en su cuarto. A diferencia de esos días, no había niños jugando en el patio. Cada quien observaba desde su cuarto, como extranjeros en busca de refugio.

Itishree sentía la tristeza y el resentimiento hervir dentro de ella.

Su padre dijo: «Vamos, hija. Ya se debe haber enfriado todo. Hay que comer».

¿Vino deprisa desde una tierra extranjera para llegar a ver esto? ¿Quería ver a su padre tan desolado, tan triste, tan indefenso? ¿Cómo podía pasar cinco años así, en este ambiente terrible? Cada momento debe ser doloroso, como una cama de picos. Sin decir palabra a su padre, Itishree corrió al jardín del patio trasero. Y ahí le esperaba más sobresalto. El jardín de su madre ahora estaba dividido en cuatro. Como el pescado *hilsa*, cortado en delgadas rebanadas. Ahora había tres fronteras temporales en medio. Fue y arrancó un pepino de los arbustos y un puño de chiles verdes. Cuando iba de regreso, se le atoró el *sari* en una planta de chile. Miró, y vio que otra planta reemplazaba a la que su madre había plantado. Resonaron en sus oídos las palabras de su madre: «Me ha pagado algo de una vida pasada; el nacimiento de una persona que ha reencarnado en una planta de chile». Desenredó su *sari* de la planta y la acarició suavemente.

Su padre salió a buscarla. Su espalda se había encorvado con la edad. No podía caminar derecho. No lo querían ni en su propia casa.

Itishree lo tomó de la mano y lo llevó de vuelta adentro. El plato de

arroz estaba enmedio. Era el arroz rojizo de sus tierras. Tomó un puñado y lo puso en otro plato. Lavó el pepino y los chiles del jardín y empezó a comer arroz.

Los platillos de curri servidos por sus cuñadas seguían ahí, abandonados. Su padre le rogaba como a una niña pequeña: «Querida, preciosa, tus cuñadas han cocinado esto con tanto cariño. Toma, cómelo. Se sentirán heridas si saben que no lo has comido. Eres una invitada por sólo unos días, y no debes herirlas». Finalmente, en una voz de reprimenda, le dijo. «Si tú no comes, yo tampoco».

Itishree no hacía caso a sus palabras. Había una tormenta dentro de ella. Sentía como si se quebrara por dentro, como el tronco de un árbol de tamarindo. Toda la flora y la fauna se destruían dentro de ella. Todas las enredaderas de la calabaza y la espinaca se arrancaban de raíz. Todo se caía a pedazos. Miró a su padre y le dijo: «Tú cómete lo que han servido tus nueras. Yo no comeré nada de eso. Yo solo comeré el arroz de los campos de mi padre y el pepino del jardín de mi madre».

Managovinda cerró la puerta levemente. Su hija era asombrosamente necia. Nunca le hacía caso a nadie cuando estaba enojada. Y él no quería que nadie escuchara su conversación. Trataría de explicarle todo esto cuando se calmara, porque ahora no haría caso a nada.

Sus ojos lagrimeaban también por el picor del chile, y las lágrimas rodaban por sus mejillas, pero ella no las secaba. Comía su arroz, mordía los chiles.

Su padre vino y le ofreció un vaso de agua, y dijo: «Toma, bebe un poco».

Itishree miró directamente a su padre y le preguntó: «¿Me dirás, primero, si vendrás conmigo o no? Si no, sólo será este puñado todo lo que comeré, y nada más. Ya me conoces».

Managovinda estaba un poco asustado. Su hija le había puesto una prueba difícil. Dijo «Salir al extranjero, a esta edad…».

«¿Qué es el extranjero, padre, aquí o allá? ¿No es esta casa en pleno Patapur un lugar extranjero para ti? ¿Éste es tu país, en el que ahora se cocina y se come en cuatro lugares separados? ¿Cómo toleras este sufrimiento todos los días aquí, padre?».

Managovinda dijo, en tono vengativo: «Deja que venga tu hermano mayor. Todo va a estar bien. No necesitas preocuparte». Pero Itishree hablaba con toda su voz, y sabía que su cuñada más joven estaba detrás de la puerta espiando para ver qué pasaba. Pero la tenía sin cuidado. Decía:

«Si las cosas están tan bien, habrían estado bien antes de que yo llegara. Y nada está bien. Por eso te lo pido. Me escribes dos veces al mes. Cuando llegó un segundo horno a casa, ¿por qué no me lo dijiste? ¿No soy yo también de esta casa?».

Managovinda miraba la cara de su hija en silencio. Se veía tal cual como su madre.

Itishree le dijo: «No sé si puedo liberarte del infierno en la otra vida, pero no puedo dejarte vivir en este infierno. Dime si vendrás conmigo o no».

«Pero... Dejar a los hijos…». Estas palabras salían de Managovinda.

«¿No soy yo también tu hija? Padre querido, ¿no me has dado el mismo amor que a tus hijos? ¿Entonces cómo puedes olvidar a tu hija? ¿Por qué no me dijiste cuando te volviste un extranjero en tu propia casa? ¿Por qué? ¿Es porque pensabas que una vez habiendo cedido a tu hija en matrimonio se acababa tu relación con ella? Has cumplido tu deber como padre, ¿por qué no me dejas cumplir el mío como hija? Es posible que tenga que pasar problemas por esto, pero sé que los pasaré porque he tomado responsabilidad de mi padre, y eso me llena de orgullo. ¿Por qué me niegas esto, padre?».

Managovinda Mahapatra bajó la cabeza para que las lágrimas que brotaban de sus ojos pudieran esconderse. Itishree había hecho una bola de arroz apretada con sus propias manos, y trataba de darle esto de comer a su padre, en la boca, directamente, justo como él la alimentaba de niña. Las lágrimas seguían cayendo de los ojos de Managovinda.

Itishree habló de nuevo: «No has respondido mi pregunta».

Indefenso, Managovinda dijo: «Muy bien. Será como tú desees».

Incluso con sus manos sucias, Itishree abrazó a su padre. Con felicidad y afecto le dijo: «Querido padre; me quedaré aquí cuanto se requiera, pero esta vez no me iré sin ti». Se veía feliz, como si hubiera ganado una batalla.

Padre e hija terminaron de comer. Sin embargo, los platillos cocinados por las cuñadas seguían abandonados por ahí, como productos extranjeros.

Limpió la cara húmeda de su padre con el extremo de su *sari*, y luego sus ojos miraron la foto de su madre, en la pared de enfrente. Se dijo a sí misma: «Te llevaré a ti también» ●

Traducción de Héctor Ortiz Partida, a partir de la versión del oriya al inglés de Gopa Nayak.

Enamorado del cráneo

Rajendra Kishore Panda

El corazón extraído
en la cirugía se retorcerá
un rato y después se quedará quieto.
Poco a poco se pudrirá
y después no habrá ni huella de él.

El cráneo se mantendrá intacto
durante mucho tiempo. Tengo
una fe tremenda en el cráneo
que está en mi mesa.

Le hablo,
lo veo,
lo levanto en mis manos,
lo acaricio, lo beso.
Y al abrazarlo,
lo hago escuchar
las palpitaciones
de mi corazón demente.

Le pongo talco
en la frente,
kohl en los ojos;
le hago dibujitos
en el pómulo
y luego lo limpio.

No sonríe ni llora,
no finge ni protesta. Tan
sólo sigue mirando.

Me convierto en dos
huesos cruzados
y me coloco
bajo el cráneo.

A veces me
vuelvo un rizo
alrededor del amado cráneo.

A veces
dejo que mi mente, mi pluma y mi conciencia
entren por los agujeros de sus ojos y su nariz.

A veces
me pregunto: ¿y si el corazón
hubiera sido hecho de huesos?

Quizás todo protagonista
en algún momento
se enamora del cráneo.

Versión de Víctor Ortiz Partida, a partir de la versión del oriya al inglés de Rabindra K. Swain.

Negociando la heterogeneidad: la literatura india después de la Independencia

K. Satchidanandan

Ficción india: el paisaje cambiante

Se ha convertido en un cliché de la crítica literaria decir que los novelistas en el llamado tercer mundo «narran la nación»; sin embargo, en un escrutinio más cercano encontramos que nuestros novelistas no narran una, sino muchas naciones, cada uno imaginando la nación y conjurándola y haciéndola a su modo, y frecuentemente poniendo en juego una multiplicidad de perspectivas a través de una variedad de personajes de diferentes estratos de la sociedad. Una escritora activista bengalí como Mahasweta Devi o un escritor asamés como Birendrakumar Bhattacharya privilegian la perspectiva tribal (p. ej. *Aranyer Adhikar*, Directo al bosque, de la primera, o *Iyyaru Ingam*, La región del pueblo, del segundo); una escritora tamil como Bama (p. ej. *Kurukku* y *Sangati*), escritores maratíes como Lakshman Gaikwad (*Uchalya*) o Sarankumar Limbale (*Akkarmashee*), un autor gujarati como Joseph Macwan (p. ej. *Angaliyat*), escritores canareses como Siddalingaiah (*Ooru Keri)* o Devanoor Mahadeva (p. ej. *Kusumabale*), un autor oriya como Gopinath Mohanty (p. ej. *Paraja*, El paria) o uno telugu como Unnava Lakshminarayana (p. ej. *Malappalli*) podrían retratar la realidad de la vida de los dalit[1] con su sentido de desgracia, su belleza moral y su deseo de emancipación social.

Hay novelas regionales donde ciertas zonas e historias locales son el centro de atención, como *Maila Anchal* (La región sucia), de Phaniswar Nath Renu, o *Adha Gaon* (Un pueblo en mitades), de Rahi Mazoom Raza, en

1 Los *dalit* o intocables ocupan el sitio inferior de la cadena social; son llamados, incluso, "intocables". *(N. del T.).*

hindi; *Arogyaniketan*, de Tarasankar Banerjee, *Chomana Dudi* (El tambor de Choma), de Shivram Karanth, o *Bharatipura*, de U. R. Ananthamurthy en canarés; o *Nalukettu* (*Casa ancestral*), de M. T. Vasudevan Nair; *Oru Desathinte Katha* (La historia de un pueblo), de S. K. Pottekkaatt; *Kayar*, de Thakazhi Sivasankarapillai, o *Mayyazippuzhayude Theerangalil* (En Las orillas del río Mayyazhi), de M. Mukundan, en malayalam; o *Oru Puliyamarathin Kathai* (La historia de un árbol de tamarindo), de Sundararamaswamy, en tamil. La división de la India es un tema recurrente en la ficción postindependencia, como en *Purab-O-Paschim* (Este y Oeste), de Sunil Gangopadhyay, en bengalí; *A Train to Pakistan*, de Khushwant Singh, en inglés, o *Jhoota Sach* (La falsa verdad), de Yashpal, en hindi, o *Aag ka Dariyaa* (El río de fuego), de Qurratulain Hyder, y las historias de Saadat Hasan Manto, Kishan Chandar y Rajinder Singh Bedi, en urdu.

La novela histórica sigue siendo un género favorito entre los escritores desde el comienzo de la novela en la India. Shyamal Gangopadhyay en bengalí (p. ej. *Darashuko*), Vrindavan Lal Verma en hindi (*Jhansi ki Rani*, La reina de Jhansi), Masti Venkatesha Iyengar en canarés (*Chikkaveera Rajendra*), Ranjeet Desai en maratí (*Swami*), Surendra Mohanty en oriya (*Nila Saila*, La montaña azul) y Viswanatha en telugu (*Ekavira*) son algunos ejemplos. Juntos, estos escritores han cubierto un largo periodo de la historia, desde el siglo XII al presente, con gran imaginación y perspicacia. O. V. Vijayan, M. Mukundan, Sethu, N. S. Madhavan y Paul Zacharia en malayalam, U. R. Ananthamurthy, Chandrasekhara Kambar y Poornachandra Tejaswi en canarés, Sundararamaswamy y Jayamohan en tamil, Suresh Joshi en gujarati, Bhalchandra Nemade en maratí y Nirmal Verma, Krishna Baldev Vaid y Vinod Kumar Shukla en hindi han contribuido a la modernización del género exponiendo las complejidades de la vida moderna —particularmente su angustia y su alienación— e inventando nuevas estructuras y expresiones idiomáticas que expresan mejor sus originales percepciones sobre la vida y la mente. El aumento en el número de mujeres escritoras en estas lenguas en años recientes ha asegurado la representación de los temas femeninos y las perspectivas de las mujeres en la ficción india. Ellas reexaminan los cánones patriarcales y las prácticas literarias, revisan mitos, reinterpretan la épica, forjan un contralenguaje y encuentran una alternativa semiótica del cuerpo y otras cuestiones. Mujeres novelistas establecidas como Kamala Das, Amrita Pritam, Krishna Sobti, Ashapurna Devi, Ajeet Cour, Lakshmikantamma, Lalitambika Antarjanam, Pratibha Ray, Indira Goswami y Nabaneeta Dev Sen han sido ahora alcanzadas por muchas nuevas y poderosas

escritoras desde Sara Joseph, Gracy y Sitara en malayalam hasta Ambai en tamil, Volga en telugu, Bani Basu en bengalí, Moushmi Kandali en asamés, Sania en maratí y Geetanjali Sree en hindi. Hay toda una nueva generación de escritoras talentosas en todas las lenguas indias, desde Nabarun Bhattacharya en bengalí (p. ej. *Herbert*) y Alka Saraogi en hindi (*Kolikatha via Byepass*) hasta Jayamohan en tamil (*Vishnupuram*) y K. P. Ramanunni en malayalam (*Jeevitathinte Pusthakam*, El libro de la vida), quienes ya han probado sus credenciales como novelistas de gran capacidad.

La ficción india en inglés comenzó a recibir una aclamación internacional más amplia con la publicación de *Midnight's Children*, de Salman Rushdie. Pero no hay que olvidar las contribuciones de pioneros como R. K. Narayan, Raja Rao, Bhabani Bhattacharya, Mulk Raj Anand, Nayantara Sehgal, Anita Desai y otros. Aunque, ciertamente, ha habido un cambio de paradigma con la aparición de Rushdie, Vikram Seth, Amitav Ghosh, Allan Sealy y Arundhati Roy, quienes son libres de la autoduda que parecía haber atormentado a sus predecesores. Estos escritores y sus seguidores, como Kiran Nagarkar, Kiran Desai, Rohinton Mistry, Gita Hariharan, Mukul Kesavan, Shama Futehally, Amit Choudhuri, Rukun Advani, Vikram Chandra, Altaf Tyrewala, Shashi Deshpande, Jhumpa Lahiri, Manju Kapur, Ruchir Joshi, Radhika Jha, Hari Kunzru, Anita Nair, Attia Hosain y muchos otros no son apologéticos por escribir en inglés; ellos consideran al inglés una lengua legítimamente india y la usan con gran libertad y creatividad. Comparten dispositivos estilísticos y géneros con sus contrapartes de idioma. Si *Malgudi Days*, de R. K. Narayan, *Kanthapura*, de Raja Rao, y *God of Small Things*, de Arundhati Roy, son *sthalapuranas* o historias locales, *Trotternama*, de Allan Sealy, sigue el patrón de las *nama* o crónicas indias. *Cuckold*, de Kiran Nagarkar, es una nueva forma de hagiografía; *The Great Indian Novel*, de Sasi Taroor, es una parodia épica, y *Golden Gate*, de Vikram Seth, es parte de la tradición narrativa en verso. El uso directo de palabras malayalam en *The God of Small Things* y el empleo de usos nativos y proverbios, así como de costumbres y actitudes locales, en los trabajos de Khushwant Singh, Bhabani Bhattacharya, Raja Rao, Kiran Nagarkar, Kiran Desai, Kaveri Nambisan y Vikram Seth apuntan a un proceso de *nativización* del ingés. Trabajos como *Midnight's Children*, de Salman Rushdie, *English, August*, de Upamanyu Chatterjee, y *Sea of Poppies*, de Amitav Ghosh, demuestran una autoconciencia que cuestiona las fronteras lingüísticas. Los nuevos novelistas interrogan la «pureza» de la cultura india, aceptan el inglés como parte de la polifonía subcontinental y rehúsan privilegiar tradición o modernidad. El rango temático de la nueva novela en

inglés es asombrosamente amplio: las fisuras en el cuerpo político (*Beethoven Among the Cows*), el comunalismo ascendente (*The Little Soldier*), la emigración (*The Glass Palace*, *A Sea of Poppies*), el ser inmigrante dividido (*Satanic Verses*), la confusión de la pérdida (*Afternoon Rag*), la historia postcolonial (*Midnight's Children*, *Shame*, *Trotternama*), la celebración de lo híbrido (*Moor's Last Sigh*, *The Enchantress of Florence*), la cuestión de la identidad (*Namesake*) y el cambio en los poblados indios (*Nectar in a Sieve*, *Sunlight on a Broken Column*) son sólo algunas de las mayores preocupaciones temáticas puestas en relieve por estos novelistas. Una nueva y más ligera forma de escritura rara vez preocupada sobre la literariedad también ha emergido con los trabajos de escritores como Chetan Bhagat, Samit Basu y Meenakshi Madhavan. *Blogs*, *e-zines* e internet también están cambiando rápidamente la naturaleza de la comunicación literaria en la India. Es muy posible que se abran caminos inesperados bajo la presión de la economía de mercado, la globalización y la homogenización forzada de culturas. La cartografía interna de la India liberalizada puede probablemente poner en primer plano nuevas cuestiones éticas sobre nuestro comportamiento social hacia los refugiados, los inmigrantes y las poblaciones no convencionales, cuestiones ya señaladas por Rana Dasgupta y Kiran Desai en sus trabajos recientes.

Poesía: nuevas direcciones

Mientras la Independencia fue saludada por diversos poetas con odas celebratorias, algunos pocos la consideraron un falso amanecer: ya sea porque sintieron, como Nazrul Islam, que la *swaraj* no traería nada para los niños hambrientos o porque se trataba de una fisurada y defectuosa libertad, dado que el regalo era una India dividida. Gajanan Madhav Muktibodh, pionero de la nueva poesía (*nayee kavita*) en hindi, declaró en 1953 que «el rostro de la luna está sucio» y que la formación política hegemónica era un «Rávana de madera».[2] Kedarnath Singh habló de *anagat*, lo que aún no había llegado, cuyas alas estaban perdidas en las sombras doradas y cuyos pies temblaban en la niebla. Una visión catastrófica como la de W. B. Yeats en «La segunda venida» parecía penetrar la literatura, ya que la mejor parecía «carecer de cualquier convicción» y la peor estaba «llena de pasional

2 Se refiere a un dios de la mitología hinduista que ha sido llevado a la artesanía, por lo que aquí se refiere a algo despojado de su valor sagrado que ha sido degradado al adorno. *(N. del T.).*

intensidad». Bishnu Dey, el poeta bengalí, expresó su preocupación por la muerte de la aldea, de la villa, la ruda agresión a la naturaleza y la urbanización desconsiderada que parecía perturbar la armonía de la vida:

> ***How long do we roam about***
> ***carrying our tents?***
> ***When does the alien***
> ***set up his own house?***
>
> **[¿Cuánto tiempo deambulamos**
> **cargando nuestras tiendas?**
> **¿Cuándo se asienta en su propia casa**
> **el extranjero?]**

El mismo sentimiento hizo eco en N. N. Kakkad, el poeta malayalam, quien comparó la tarde de la ciudad con una prostituta maquillada vagando por el parque en busca de clientes, mientras una figura gigante iba por las mansiones, dejando sangre y espinas detrás de él (*Paarkil*, En el parque). Ayyappa Paniker, en poemas como «Kurukshetram» y «Mrityupooja», repetía frustraciones similares y dilemas tanto sociales como morales; Gopalakrishna Adiga, en poemas como «Frog in the Well» y «Do Something, Brother», también atacó la pasividad y complacencia de la clase media india que apenas respondía a la miseria de alrededor. Akhtar-ul-Iman, el moderno poeta urdu, encontró en el niño perdido en el brillo de la ciudad y la estampida un símbolo de «la juventud india desgarrada desde su raíz». «Los Poetas Hambrientos» de Bengala inspirados por Allen Ginsberg, especialmente Sunil Gangopadhyay y Sakthi Chattopadhyay, y los «Poetas Digambara» de Andhra Pradesh, como Nagnamuni, Jwalamukhi y Nikhileswar, hicieron nacer una nueva poesía de la indignación y la frustración con elementos dadaístas y surrealistas en sus modos de imaginación y expresión. Prosa y verso libre comenzaron a ser cada vez más usados; las imágenes reemplazaron viejas figuras de lenguaje; la imaginación poética y el idioma fueron ambos liberados liberadas de los hábitos convencionales y los clichés. Annada Shankar Ray dijo acerca de estos cambios que no había nada extranjero en ellos: «Fuimos surrealistas sin haber leído sobre el surrealismo. El absurdo de Ionesco debió haber descendido sobre nosotros».

A pesar de estas semejanzas de impulso y experimentación formal, el modernismo emergió bajo circunstancias diferentes en distintas lenguas.

Incluso sus nombres diferían: era *nayee kavita* (hubo otros movimientos también, como *akavita)* en hindi, *adhunik kavita* en bengalí y malayalam, *nayya* en canarés y *puthukkavitai* en tamil, aunque todos significaban la nueva o moderna poesía. Los modismos y aproximaciones a menudo difieren de lengua a lengua e incluso ideológicamente no hay unidad monolítica. Por ejemplo en hindi, bengalí o telugu la nueva poesía tuvo un carácter predominantemente progresista, ya que el movimiento había sido liderado por Muktibodh, Bishnu Dey y Sri Sri, quienes tenían un impulso socialista radical, mientras en maratí, malayalam y canarés el impulso fue individualista, como en B. S. Mardhekar, Ayyappa Paniker o Gopalakrishna Adiga, quienes predominantemente se enfocaron en la soberanía del individuo, aunque su poesía vista en retrospectiva no carece de implicaciones sociales expresadas con frecuencia de manera negativa, en términos de escape o de agonía.

Cualquiera que sea el paradigma que escojamos, la experiencia moderna en la India puede ser vista como un compuesto de varios elementos que tenían en su trasfondo el contexto más amplio de la industrialización y la urbanización. Al menos inicialmente se trataba de la sublevación de una sensibilidad amenazada, por una parte, por la inminente decadencia, y por los ominosos indicios de la pérdida de la vida rural, por otra. La cultura existente estaba en una crisis estimulada por la retirada de los valores de Gandhi de la vida política, los enormes movimientos demográficos orientados a la ciudad provocados por el desempleo rural, el trauma que dejó la Partición, el demonio del hambre acechando los suburbios de la ciudad, así como los pueblos; las tensiones engendradas por la educación colonial, la alienación, la angustia y la soledad experimentadas por la sensible población urbana, gran parte de la cual tenía sus raíces en sus pueblos, los retos impuestos por las masas desplazadas de la sensación segura de la tradición y los modos nativos de ver y sentir, y el terror y el éxtasis de un nuevo mundo sin un Dirigente Supremo. Incluso las ideologías colectivas parecían haber perdido su encanto en muchos y la idea simplista del progreso continuo estaba en duda: las complejidades interminables de la experiencia empujaron a los escritores a buscar estilos alternativos de pensamiento, imagen y expresión.

Para 1965-1970, los escritores indios en distintas lenguas habían producido ya un cuerpo de poesía que se esforzó por capturar la naturaleza multicapas de la vida en su difícil coexistencia con mundos temporales diferentes, lo racional con lo espiritual, lo real con lo surreal, en sus sorprendentes imágenes, ritmos sincopados, empleo de patrones innovadores, mezclas oníricas y sustitución de tiempo y espacio, inesperados saltos de

pensamiento y sofisticadas transgresiones de las normas de decencia y propiedad establecidas, raros juegos combinatorios de lo clásico y lo folclórico, elementos exóticos e indígenas, reelaboraciones de la mitología india en los nuevos contextos de la vida y el lenguaje, incursiones en leyendas y arquetipos y uso consciente del lenguaje de la vida diaria. *Mor aru Prithvir* (Mío y de la Tierra), de Navakanta Barua; *Bibhinna Dinar Kavita* (Poemas de diferentes días), de Hiren Bhattacharya, y *Surya Heno Nami ahe ei Nadiyedi* (Se dice que el sol desciende de este río), de Neelmani Phookan en asamés; *Jete Pari Kintu Kena Jabo* (Puedo ir, ¿pero por qué debería hacerlo?), de Shakti Chattopadhyay, y *Ulanga Raja* (El rey desnudo), de Nirendra Chakraborty, además de los poemas de Buddhadev Bose, Amiya Chakravarty, Subhas Mukhopadhyay, Sudhindranath Datta, Samar Sen, Premendra Mitra, Sunil Gangopadhyay y Joy Goswami en bengalí; *Chand ka Muh Tedha hai*, de G. M. Muktibodh, y *Nadi ke Dweep*, de Ajney, en hindi, además de los poemas de Kunwar Narain, Kedarnath Singh, Vinod Kumar Shukla, Shamsher y otros, *Pratyancha*, de Suresh Joshi, y *Magan Poems*, de Sitanshu Yashaschandra, en gujarati, además de los poemas de Ravji Patel y Labhshankar Thaker; *Bhoomigeete, Bhoota* y *Koopamanduka*, de Gopalakrishna Adiga, en canarés, además de los poemas de K. S. Narasimhaswami, S. R. Ekkundi, Chandrasekhar Patil, Channaveera Kanavi y G. S. Shivarudrappa; *Jeevitathil, Maranathil* (En vida, en muerte), de M. Govindan; *Kavitakal* (Poemas), de Ayyappa Paniker; *1963*, de N. N. Kakkad; *Jeevacharitrakkurippikal* (Notas para una biografía), de Madhavan Ayyappath, y los poemas de Attoor Ravivarnma y Cherian K. Cherian en malayalam; la poesía de Nachiketa en maithili; *Ba Geva Na Az* (No cantaré hoy), de Dina Nath Nadim, y los poemas de Rahman Rahi, Amin Kamil y G. R. Santosh en cachemir; *Khula Amagi Wari* (La historia de un pueblo), de L. Samarendra Singh; *Narak-Patal-Prithvi* (El infierno, el inframundo y la tierra), de Thangjom Ibopishak, además de la poesía de E. Neelakanta Singh y N. Biren en manipuri; los poemas de B. S. Mardhekar, Dilip Chitre, Arun Kolatkar y P. S. Rege en maratí; *Bisad eka Ritu* (Desesperación, una temporada), de Bhanuji Rao; la serie *Kabita*, de Sachi Rautroy; *Sri Radha*, de Ramakant Rath, y los poemas de Sitakanata Mahapatra, Guruprasad Mohanty, Hara Parasad Das y Soubhagyakumar Mishra en oriya; *Rukte Rishi* de Harbhajan Singh, *Sunehere* (Mensajes), de Amrita Pritam, y *Luna*, de Shivkumar Batalvi, en panyabí; *Nadunisi Naikkal* (Perros de medianoche), de Sundara Ramaswamy, y los poemas de Ka. Na. Subramanyam, Jnanakoothan, C. S. Chellappa, S. Mani, T. K. Doraiswamy y otros más en tamil; los poemas de Ismail, Ajanta y otros en telugu, y de Firaq Gorakhpuri, Akhtar-ul-Iman,

Balraj Komal Shehryar, Makhdoom Mohiuddin y otros, en urdu, fueron responsables de dar nuevos dispositivos formales y dimensiones estéticas a la poesía india en las últimas décadas. Aunque unidos en su urgencia de descubrir un nuevo idioma para la poesía, difieren en muchos aspectos: de la específica situación y genio lingüísticos, de los anclajes ideológicos y de los modelos, si alguno, que estaban buscando en otras lenguas.

De 1970 en adelante, la tradición democrática de la poesía india —de la cual la poesía de los movimientos *bhakti-sufi*, de la lucha por la libertad y de los progresistas es ejemplo temprano— ha florecido como nunca antes con la aparición de muchos sectores de la sociedad hasta entonces marginados que iban empoderándose con la democracia. Esta poesía ha emergido de una serie de luchas transversales que han ido mostrando los temas de la descentralización, el derecho a la diferencia cultural, los poderes de casta y género, el balance ecológico, los derechos tribales sobre la tierra, la lengua y la cultura, y el combate a la intrusión del mercado en la vida cotidiana; la consecuente reducción de la libertad a la mera opción consumista, la estandarización forzada de la cultura buscada por las fuerzas capitalistas y comunales, la valorización de la competencia, la supresión de la autonomía, el sutil imperialismo del mundo unipolar con el despertar de la globalización y la amnesia cultural impuesta al pueblo indio sobre sus gloriosos intelectuales y tradiciones artísticas y sus formas únicas de conocimiento y respuesta al mundo. Las tendencias individualistas de algunos modernistas comenzaron a ser cuestionadas y las nuevas identidades colectivas forjaron una nueva literatura de oposición y una estética de la resistencia comenzó a evolucionar en casi cada lengua de la India.

La poesía refleja esas identidades colectivas emergentes a través de diversas expresiones y modos de articulación. Una de esas colectividades está formada por los poetas que comparten una profunda preocupación social, aun cuando difieren en sus objetivos ideológicos. Hay un amplio espectro de disidentes que son democráticos pero que encuentran el sistema actual inadecuado para reflejar las aspiraciones de la gente común. Éstos incluyen a los gandhianos, los seguidores de Ram Manohar Lohia y M. N. Roy y a comunistas de diferentes denominaciones y humanistas liberales de diversas tonalidades. Todos ellos reconocen la existencia de inequidades de clase y sueñan con una sociedad más igualitaria. Difieren de los viejos progresistas en el uso de nuevos modos de poesía, algunos de los cuales fueron introducidos por los modernistas: ironía, humor negro, verso libre, prosa en diferentes tonos, imágenes frescas, surrealistas y nuevas formas como el

poema secuencia, ciclos poéticos, el poema extenso, la lírica extendida y otros. En resumen, comparten la visión socialista de los progresistas y la sensibilidad contemporánea de los modernistas. Su poesía está también inspirada por una conciencia de la complejidad de la vida en nuestros tiempos, así como por su propia experiencia urbana. La poesía de Raghuveer Sahai, Dhoomil, Sarveswar Dayal Saxena, Vijay Narayan Sahi, Kunwar Narain, Kedarnath Singh, Vinod Kumar Shukla, Manglesh Dabral, Rajesh Joshi, Arun Kamal, Vishnu Nagar, Riruraj, Asad Zaidi y muchos otros de la generación más joven pueden ser citados como ejemplos del hindi, así como poetas de otras lenguas como Jagtar, Pash o Surjit Pather en panyabí; Chandrasekhara Kambar o P. Lankesh en canarés; Bishnu Dey, Samar Sen o Subhash Mukhopadhyay en bengalí; J. P. Das o Jayanta Mahapatra en oriya; Narayan Surve o Chandrakant Patil en maratí; Mafat Oza, Chinu Modi o Sarup Dhruv en gujarati; Ali Sardar Jafri o Javed Akhtar en urdu; Kadammanitta Ramakrishnan, K. Satchidanandan o K. G. Sankara Pillai en malayalam; Siva Reddy o Varavara Rao en telugu, para citar unos pocos ejemplos. Algunos de estos poetas, como Kadammanitta y Kambar, han redescubierto el idioma folclórico con frescos matices, mientras ciertos poetas maoístas, como Subbarao Panigrahi, Cherabanda Raju, Saroj Dutta, Murari Mukhopadhyay, Gaddar y Civic Chandran, han creado un nuevo simbolismo que marca la llegada de un romanticismo revolucionario. Muchos de estos poetas han creado un lenguaje concreto, agudo, irónico, no sentimental, para expresar su disgusto por el sistema. Veamos a Pash, el poeta panyabí: «No, no pienso ahora / en cosas tales / como los finos tonos del rojo / cuando el sol se pone en la villa / tampoco me importa cómo se siente ella / cuando la luna brilla sobre el umbral /en la noche. / No, no me preocupo ya por esas nimiedades» («No, I am not Losing My Sleep Over»). Dhoomil dice: «Un hombre / amputa el cuello de otro / desde el torso / como un mecánico quita una tuerca / de un tornillo / Tú dices: Es asesinato. Yo digo: Es la disolución de un mecanismo». Lleva a sus lectores «al territorio de la poesía / a lo salvaje del lenguaje / donde la cobardía ha huido / tirando revólver vacío / y el desafío se ha adelantado / a aquella oscuridad». En «Veinte años después» pregunta: «¿es la libertad sólo el nombre / de tres colores cansados / arrastrados por una simple rueda?».

Otra comunidad figurada es la de las poetas que han emergido con fuertes inclinaciones feministas en las tres últimas décadas en diversas lenguas indias. Aunque la India tiene una tradición de poesía de mujeres que se extiende desde las monjas budistas del siglo VI antes de Cristo, pasando por

las poetas del *bhakti* como Akka Mahadevi, Meerabai, Andal o Lal Ded, hasta autoras de la última generación, como Mahadevi Varma y Balamani Amma, la poesía conscientemente comprometida con la causa de la emancipación de la mujer que toma el género como el principio de organización de la experiencia y el cuerpo como asunto central para su lenguaje es más bien un fenómeno nuevo. Puede decirse que ha empezado con poetas como Kabita Sinha, Nabaneeta Dev Sen, Amrita Preetam y Kamala Das y que ahora tiene muchas voceras, de Eunice D' Souza, Rukmini Bhaya Nair, Arundhati Subramaniam, Menka Shivdasani y Sujata Bhatt, en inglés, a Mallika Sengupta en bengalí, Pravasini Mahakud en oriya, Pratibha Nandakumar en canarés, Tarannum Riaz en urdu, Manjit Tiwana en panyabí, A. Jayaprabha en télugu, Kanimozhi en tamil, Anuradha Patil en maratí, Anamika en hindi o Savitri Rajeevan en malayalam, y muchas otras representadas en antologías populares como la de Arlene Zide, *In Their Own Voice*, o la de Susie Taru and K. Lalita, *Women Writing in India: From the 6th Century to the Present*, además de colecciones y antologías individuales en diferentes lenguas. Estas poetas desafían las normas del discurso falocéntrico, interrogan los cánones patriarcales y tratan de forjar expresiones adecuadas para las experiencias específicamente femeninas de dolor, soledad, deseo y placer. Pero la poesía de las mujeres no es monolítica, sino que tiene espacio suficiente para las variaciones regionales, genialidades específicas del lenguaje, tradiciones diversas, una amplia variedad de formas y diferentes aproximaciones a la experiencia. Por ejemplo la poesía de las mujeres urbanas musulmanas, como Mallika Amar Seikh o Imtiaz Dharker, exiliadas como Panna Naik o (después) Meena Alexander, o dalit como Prajna Lokhande o Hira Bansode, que reflejan su propia experiencia específica de comunidad con el más amplio marco de la poesía de las mujeres. Ellas se han dado cuenta, con Eunice D' Souza, de que «las historias que conocen no sirven para ser publicadas» y de que «el libro perfecto es un largo llanto en la oscuridad».

La poesía dalit se ha vuelto parte del *mainstream* en canarés, maratí y gujarati y ha arrancado fuerte en panyabí, tamil, telugu y malayalam. No es ya más sólo una expresión de la desesperación y la indignación de las comunidades dalit que han sido relegadas al fondo de la jerarquía de la casta por más de treinta siglos, sino una afirmación de los valores dalit y del derecho de la comunidad de exigir todos los privilegios que la democracia ofrece al pueblo. El movimiento ha dado una poesía extremadamente innovadora, como Namdeo Dhasal en maratí, mientras se ha enriquecido con las contribuciones de los aciertos de poetas como Siddalingaiah en canarés, S. Jose-

ph, Raghavan Atholi, M. R. Renukumar y M. B. Manoj en malayalam; Sivsagar, J. Gautam, Maddoori Nageshbabu, Paidi Thereshbabu y Satish Chander en telugu; Anpathavan,Yakkan, Bharati Vasanthan, Puthiya Matavi e Idayavendan en tamil; Soorajpal Chauhan, Rajnee Tilak, Om Prakash Valmiki, Mohandas Naimishrai, Susheela Taksore, Asang Ghosh y Kusum Meghval en hindi; Gurdas Alam, Sant Ram Udasi, Manjit Khader y Lalsingh Dil en panyabí, sin hablar de poetas maratíes como Arjun Dangle, Daya Pawar, J. V. Powar, Arun Kamble, Arun Kale, Sharan Kumar Limbale, Prakash Kharat, Arun Chandra Gavli, Dinkar Manwar, Mahendra Bhavre, Asha Torat, Meena Gajbhiye, Urmila Pawar, Jyoti Lanjewar y Kumud Pavade, y de poetas gujaratíes, como Harish Mangalam, Jayant Parmar, Yoseph Macwan, Mangal Rathod y Kisan Sosa, para citar sólo unos pocos nombres. Los poetas dalit han creado su propia estética, que frecuentemente va en contra de los mandatos de las poéticas tradicionales, usando expresiones que solían ser evitadas por ser *gramya* (rústicas), *chyutasamskara* (culturalmente corruptas) y *asleela* (obscenas), y que cuestionan reglas como la *dhwani* (sugerencia) y la *ouchitya* (propiedad). Ellos han traído a la poesía un nuevo, rico y completo léxico con dialectos comunitarios, jerga, lenguaje callejero y expresiones y usos poco conocidos. Han redibujado el mapa de la literatura india, descubriendo y explorando un continente completo de experiencias hasta entonces dejadas en el silencio y la oscuridad. Los escritores dalit han incluso superado la paralización que amenazaba a muchas literaturas a través de una renovación liberadora, perturbando la complacencia de los grupos sociales dominantes, retando la moral establecida y las formas convencionales de ver la realidad y al forzar a la comunidad a remodelar sus herramientas críticas y a observarse a sí misma críticamente. En este intento, los poetas han revisado mitos y releído la épica desde las perspectivas de un Sambooka o de un Ekalavya, subvirtiendo así las nociones de clase media de la poesía y de la poética del lenguaje.

Junto con los dalit, las comunidades tribales de la India también han despertado y han comenzado a exigir sus derechos sobre la tierra y la vida al rescatar su historia de la amnesia. Se han dado cuenta de que fueron los primeros poetas, los poetas filósofos, los primeros cosmólogos, los primeros campesinos, los primeros creadores de mitos y los primeros artistas y los primeros científicos. Los *Vedas*, los *Upanishads* y la épica fueron creados por las tribus ancestrales. La historia de la humanidad también ha sido la historia de su marginalización y alienación del llamado *mainstream*. También tienen una historia de luchas contra invasores extranjeros; los bhil de Guyarat,

los kurichya de Kerala y los santal de Bihar fueron los primeros en combatir el dominio británico. Es extraño que héroes como Birsa Munda, Siddhu Kanhu, Chand Bhairav, Thilak Majhi, Tantiya Bhil, Khajya Nayak y Rumalya Nayak no tengan un lugar en las historias oficiales. Vinayak Tumram ha definido a la nueva literatura tribal como «la verbalización del dolor primario de la vida mutilada de los *adivasis*». La nueva escritura tribal se opone al sistema *varna* que los expulsó de la sociedad y defiende el ideal de una sociedad igualitaria, no jerárquica, no explotadora y no violenta. *Prakriti*, *sanskriti* e *itihas* (naturaleza, cultura e historia) inspiran igualmente su escritura y celebran los valores tribales positivos de la camaradería, el compartir y la preocupación por la naturaleza. Ademán del santali y el bodo, que han conseguido recientemente el reconocimiento oficial en la constitución, lenguas como el bhili, el mundari, el gondi, el garo, el gammit, el bhartari, el mizo, el lepcha, el garhwali, el pahadi, el kokborok, el tenydie, el adi y el ho han producido mucha escritura nueva que se conecta con las tradiciones orales específicas a través de su imaginación mitopoética y es incluso así distintivamente contemporánea. Anil Bodo, Ramdayal Munda, Nirmala Putul, Mamang Dai, Paul Lingdoh, Kympham Nongkinrih, Bhujang Meshram y Vinayak Tumram son sólo algunos de estos campeones de la nueva escritura tribal de disenso y reivindicación.

Los escritores nativistas o *desivadi* han celebrado el pluralismo cultural y cuestionado los cánones hegemónicos del mercado y de los revivalistas que buscan crear una India que se ajuste a sus proyectos. Sienten que el federalismo geopolítico y lingüístico está siendo socavado en las prácticas cotidianas de gobierno y reafirman la necesidad del multiculturalismo y la heteroglosia que han definido la cultura india a lo largo de las eras. Los intentos de los poetas *bandaya* en canarés, como Chandrasekhara Patil, P. Lankesh y Siddalingaiah, para recuperar la memoria cultural de los sudras; la desanscritización del malayalam, perseguida por poetas como M. Govindan, N. N. Kakkad y Attoor Ravivarma; el empleo consciente de dialectos locales de diversos poetas en malayalam y telugu; el uso de la historia local, arquetipos provinciales, mitos y naturaleza en Kadammanitta Ramakrishnan, K. G. Sankara Pillai, P. P. Ramachandran o Rafeek Ahmed en malayalam, Arun Kolatkar en maratí o Kanji Patel en gujarati; el uso de la oralidad y la evocación de la vida rural en el *uttar-adhunik* bengalí de poetas como Anuradha Mahapatra, Ekram Ali y Amitabha Gupta («las raíces están profundas en el suelo, las sofisterías gritadas no son sino una invocación desesperada», dice Birendra Chattopadhyay); la deliberada afirmación de la tradición tamil y la

identidad en poetas como Jnanakkoothan, Manushyaputran, Vallikkannan, Pasuvayya y otros; la construcción de una identidad específicamente panyabí de poetas como Gul Chauhan, Surjit Pather, Minder, Swarjbir, Mohanjit, Jaswant Deed y otros; el retorno al bhakti para iniciar un discurso espiritual contemporáneo en poesía como la de H. S. Shivaprakash, S. R. Ekkundi o Dilip Chitre; la evoación de la historia maithei y el paisaje manipuri por parte de poetas manipuri como Y. Ibomchasingh, Thangjom Ibopishak, Mouchambi Devi y Saratchandra Thiyam: todos éstos son fuertes intentos de recuperar matices regionales en el mapa cultural de una India que se está volviendo cada vez más monocroma bajo las presiones de las fuerzas del mercado, así como de los teócratas hindúes.

Nuevas tensiones: drama y crítica

El drama en la India también ha respondido a la realidad cambiante del país de muchas formas diferentes. Antes de que los pioneros del drama moderno hicieran sentir su presencia en el teatro —P. L. Deshpande, Vijay Tendulkar, G. P. Deshpande, Mahesh Elkunchwar, Satish Kalsekar, Girish Karnad, Chandrasekhara Kambar, H. S. Shivprakash, B. V. Karanth, Mohan Rakesh, Habib Tanvir, Bhisham Sahni, C. J. Thomas, G. Shankara Pillai, C. N. Sreekantan Nair, Kavalam Narayana Paniker, R. Narendra Prasad, Manoranjan Das, Manoj Mitra, Badal Sircar, Ratan Teyam y Balwant Gargi, para citar sólo algunos pocos nombres—, el drama indio había pasado por una fase realista al tratar tensiones domésticas y psíquicas al modo de Ibsen o Strindberg, y sociales, según los ejemplos de Shaw y Chéjov. La Asociación India para el Teatro Popular jugó un papel importante en la liberación del teatro del dominio absoluto de la mitología y en enfrentarlo con las realidades terrenas. Brecht y Beckett fueron grandes influencias, como puede verse en los trabajos de Manoj Mitra, Mohit Chattopadhyay o Sisirkumar Das en bengalí, o de K. B. Vaid en hindi. *Ebam Indrajit*, de Badal Sircar; *Andhayug*, de Dharmaveer Bharti; *Tughlaq* y *Hayavadana*, de Girish Karnad, así como *Adhe Adhure*, de Mohan Rakesh; *Charan Das Chor*, de Habib Tanvir; *Tujhe Ahe Tujh Pasi*, de P. L. Deshpande; *Shantata*, *Court Chaloo Ahe* y *Ghasiram Kotwal*, de Vijay Tendulkar; *Kelu Janmejaya*, de Sriranga; *August Na*, de Manoranjan Das; *Sirisampige* y *Jo Kumaraswamy*, de Chandrasekhara Kambar; *Avanavan Kadamba*, de K. N. Paniker, y *Kali*, de C. N. Sreekantan Nair, serán recordadas como algunas de las obras que consiguieron un cambio en el teatro indio.

Todos ellos aprendieron mucho de las prácticas europeas de Antonin Artaud, Adolphe Appiah, Stanislavsky, Ionesco, Anouilh y muchos otros, pero fueron capaces de integrar su conciencia de lo nuevo con una profunda comprensión del drama indio, así como de las técnicas teatrales. Hay ahora toda una nueva generación de escritores y activistas teatrales en escena, luchando por dramatizar las nuevas tensiones de una India globalizada.

La crítica literaria india ha tratado de comprender e interpretar los nuevos cambios de diversas maneras. En el proceso, ha extendido el alcance de las teorías críticas tradicionales disponibles en sánscrito, tamil y canarés, creando variantes indias de orientaciones occidentales como la mitocrítica, la crítica arquetípica, la nueva crítica semántica, fenomenológica, semiológica, estructuralista, psicoanalítica y formas de análisis marxista, además de orientaciones postestructuralistas, como la deconstrucción y las teorías de la recepción, y, por supuesto, crítica postcolonial, a menudo inspirada por Edward Said y Homi Bhabha. Algunos críticos, como Bhalchandra Nemade y P. K. Balakrishnan, han tratado de desarrollar modelos indígenas basados en principios derivados de la práctica literaria respectiva en maratí y en malayalam.

Una forma de observar el desarrollo de las literaturas de la India después de la Independencia es verlas como una serie de intentos de lucha contra la situación postcolonial. Los paradigmas han sido probados y desechados, las comunidades se han imaginado y disuelto, las tradiciones han sido construidas y deconstruidas, los principios de unidad y diferencia han sido reclamados alternativamente, la presencia de Occidente es reconocida y rechazada, los conceptos y modelos europeos radicales se alternan con un retorno a las raíces indígenas, los elementos clásicos y elementos folclóricos de la herencia —lo que A. K. Ramanujan llama «la gran tradición» y «la pequeña tradición»— se exploran por turnos: incluso la escena actual está ansiosa con la dialéctica de la descolonización. Nuestra creatividad ha sido, pues, dialógica, debido a que le viene bien a la «India argumentativa» y a un discurso literario marcado por la negociación de una heterogeneidad necesaria, por una concepción de la identidad que vive a partir de la diferencia y la hibridación, una continua negociación entre «el yo» y «el otro» usando, para emplear el concepto foucaultiano, diferentes «tecnologías del yo» •

Traducción del inglés de Luis Alberto Pérez Amezcua.

Escritura

ANITA THAMPI

Bañándome,
el agua se detuvo
de pronto

Silbando,
el agua en la tubería oxidada
se detuvo

Goteando,
el cuerpo se estremeció,
desnudo

Estirándose
a través de la ventana
sus dedos,
un viento tembloroso

Por un momento
sentí como
si tuviera frío.

Y salió volando
la prenda
de la humedad.

Cubierta
con un verano silvestre
olvidé
la modestia.

Los mechones de pelo
goteaban como un árbol
en la lluvia.

De la memoria
se escribe
en el cuerpo

sólo una línea
o
dos
con agua.

Versión de Víctor Ortiz Partida, a partir
de la versión del malayalam al inglés
de C. S. Venkiteswaran.

Moradas

Anvar Ali

Primera: Lluvia

Debemos morar en uno de esos departamentos
que la lluvia construye repentinamente de arriba abajo.

Sin chimenea, sin ropa
sin pago de préstamos, sin renta
sin cerradura ni llave ni guardia de seguridad
sin categorías como Dios, Razón, Cuerpo, Vida.

Sólo con el rugido húmedo del Tiempo.

Deberíamos quedar suspendidos
en uno de esos departamentos
que la lluvia construye de repente
bajo un sol abrasador de arriba abajo.

Segunda: Habitación sin nadie

Te volviste como el piso que se barre solo
en una habitación sin nadie.
Me convertí en el muro que se abre y se cierra
la veranda sin puertas ni corredores alrededor.

Para que sigas recostada cómodamente
yo le pondré nombre al departamento que no hemos comprado.
A mis apuros en la lucha por la supervivencia
tú les deberías poner unos pinches nombres empresariales.

Tercera: Viento

El viento es un terreno
hay ciertos árboles indomables en él.
Incluso en sus pequeñas ramas
se extienden hongos, hojas, pájaros, osos y personas
que comen y cagan, colgados y sentados.

Si un día el viento se vuelve país autónomo
si se convierte en una permanente entidad inamovible
de firmes ramas seguras
si su esencia indomable se pierde por completo

Cómo la resistencia, las alas, los sueños
morarán en ti
Oh viento, mi nación independiente.

Versión de Víctor Ortiz Partida, a partir de la versión
del malayalam al inglés de A. J. Thomas.

Muerte y funeral de la hermana Alphonsa

PAUL ZACHARIA

TAN PRONTO COMO MURIÓ, la hermana Alphonsa suspiró aliviada y se levantó de la cama. Flotó ligera como un cardo sobre su cuarto de enferma y observó su cadáver.

Otras monjas, sus compañeras, lloraban y rezaban sentadas alrededor del cuerpo. Con tristeza, cerraron los párpados que ella olvidó bajar cuando murió. La hermana Bernadette se limpió las lágrimas. Con un pañuelo, absorbió la transpiración de la muerte del rostro de Alphonsa.

Ella sonrió. *Atenderme fue una constante carga para ellas hasta hoy. ¡Pobrecitas! Aún después de mi muerte les doy más trabajo que hacer. Ahora tienen que bañarme y prepararme. Vestirme con un hábito recién lavado. Reunir un ramo de flores que pueda sostener en mis manos rígidas. Hacer una corona de papeles plateados para mi cabeza. Comprarme un ataúd.*

Alphonsa revoloteó como suave brisa a través de ellas. Besó a cada una de las hermanas. *Umma! Umma!*[1]

Entonces, como haría un pájaro mojado, se sacudió la última molécula de vida que pesaba sobre ella y flotó despreocupadamente hacia la veranda. Desde ahí resbaló hasta llegar al patio.

El sol de mediodía destelló en sus ojos y la encandiló.*¡Jesús! ¡No puedo recordar cuándo vi el sol por última vez antes de hoy!* La luz cegadora le dio sueño. Como si fuera una partícula más de esos rayos, ella también se desplomó sobre el fresco de la veranda y se desvaneció.

1 Beso. *(Todas las notas son del traductor).*

Cuando despertó, estaba en su cuarto de enferma. No había nadie ahí. Su cama estaba cubierta con una nueva sábana blanca. Encima había un rosario, acomodado en forma de corazón, y junto a él descansaba una sola rosa. Todo tan limpio, ¡tan hermoso! Se rio de lo bien que se veía su habitación. Acarició su camita para renovar la memoria de sus manos, y voló sobre ella mientras susurraba: *Oh, mi camita, mi amiga, por tanto tiempo soportaste mi cuerpo enfermo. Que el próximo que duerma en ti no sea enfermizo. Que tu carga sea más ligera.*

Repentinamente sintió la necesidad de verse una vez más. *El cuerpo que me hacía una mujer fue lo que abandoné primero. Sin embargo, vino conmigo hasta tan lejos, siempre sintiendo dolor, siempre dando dolor. Mi amado*, dijo Alphonsa a su cuerpo, *no te he besado siquiera una vez. Tampoco te he visto completo*. Cuando pensó en la soledad de su cuerpo en su muerte, una ola de tristeza rompió dentro de ella. Se dejó arrastrar por el sueño de nuevo.

Cuando recuperó la conciencia, frente a ella yacía la sombra del jardín proyectada por ramas de diversas plantas y sobre todo por hojas de baniano. Su gallina favorita cacareó ansiosamente y llamó a sus polluelos. Éstos corrieron para adherirse a las patas de su madre. Entonces Alphonsa escuchó también el sonido que había asustado a la gallina: el repiqueteo de una campana. Paseó con la mirada por el patio. Del otro extremo, en la veranda del convento, su procesión fúnebre estaba casi lista para partir.

El que hacía sonar la pequeña campana era Kuria (quien a menudo le había pedido que rezara por él para que pasara el examen de matemáticas). La movía de izquierda a derecha. Estaba parado en el verdadero jardín, que iluminaba el sol, y tañía la campana sin cesar: talán... talán... Alphonsa sonrió. *Entonces viniste a hacer sonar la campana por mí, ¿no es cierto, Kuria?* Acarició su rostro sudoroso con un viento. De pronto sintió el impulso de hacer sonar la campana ella misma, pero recordó sus votos y se controló.

Cuando vio salir a Kunjamma y Thresia (las ayudantes de la cocinera) sosteniendo la cruz de madera y la sombrilla negra, Alphonsa se conmovió hasta lo más profundo de su ser. *Las manos que me alimentaron en vida sostienen ahora mi cruz y mi sombrilla fúnebres*. Besó esas manos con tristeza y agradecimiento. Después, llorando, se aferró a sus dedos.

Pero cuando vio quiénes cargaban su ataúd, su aflicción se desvaneció. Tímida y feliz, soltó una risa minúscula como una semilla de mostaza. *¡Oh! ¡Si son mis hermanas las que me cargan personalmente al cementerio!*. Desbordada de afecto, se acercó más a ellas. *Mis amigas, ¿cómo puedo agradecerles su amor?* Alphonsa sonrió. *¿Estoy muy pesada, hermanas? ¡Se cansarán y me tirarán antes de ll `egar al cementerio!* Se abrió camino entre las portadoras de su féretro y les preguntó: *¿Debería ayudarlas a cargarme?*

Vio a su padre, a su hermana y a sus hermanos. Voló entre ellos, tocó a cada uno. *Mi* achachan[2], *mi* chechi,[3] *mis hermanos, ¡aquí está el beso de Annakutty para ustedes! Compartan mi felicidad, no lloren*. Miró en los ojos cansados de su padre. Achachan, *sonríe tú también, ¿quieres?*

Se sobresaltó al escuchar de improviso su propia voz: «Mi querido *chetta*,[4] ese viejo paraguas que tenía se rompió la semana pasada...».

Alphonsa miró atónita a su alrededor. *¿Quién es ésta? ¿Hay otro Yo aquí? ¿Otro Yo que no está muerto todavía?*

Escuchó que su voz seguía hablando: «Ahora ando por ahí sin paraguas. Aunque éste es un lugar montañoso, lluvioso y frío...».

La memoria se revolvió en su interior como una neblina. Ella reconoció sus propias palabras y miró con remordimiento a su hermano mayor, que estaba parado detrás del ataúd. Dijo con tristeza: *Mi más querido hermano, te causé muchas molestias cuando te envié esas cartas para pedirte dinero, ¿no es cierto? ¡Qué lástima! No debí temer a la lluvia. Querida hermana lluvia, pude haber dicho, no tengo paraguas. Y me hubiera empapado*.

Escuchó su voz de nuevo.

«Como la escuela está un poco lejos, el trayecto se vuelve pesado cuando se recorre sin paraguas. La última vez que *achachan* vino, le conté que se me había roto. Tal vez no pudo conseguirme uno nuevo y quizá por eso no he recibido noticias de él».

Alphonsa miró a su padre con insoportable pena. *Mi* achachan, *también te causé muchas molestias. Aunque había dejado la casa para siempre, seguía aferrándome a todos ustedes con una mano. ¡Por favor, perdónenme!*

---

2 Padre.

3 Hermana mayor.

4 Hermano mayor.

«Entonces, *chetta*, si pudieras darme dinero para comprar un paraguas, estaría muy feliz. Porque la carretera está muy agrietada y es difícil caminar junto a otra persona para colarme bajo la protección de su paraguas. Si puedes, por favor mándame al menos cinco rupias».

Alphonsa lloriqueó mientras besaba las mejillas de su padre y de su hermano. Después, fatigada, se hundió en la estrella de papel plateado que había sobre su féretro.

La procesión comenzó a moverse. Alphonsa acompañó su cuerpo al cementerio. Kuria tenía una expresión ausente y sacudía la campana como un sonámbulo: talán... talán... Alphonsa se sintió adormilada de nuevo, pero esta vez reunió toda su fuerza para alejar el sueño. *¿Está bien dormirme en mi propio entierro?*

Cuando la gente dejó los jardines del convento, una leve llovizna entró, cayendo a través de la luz caliente del sol. Las aflicciones de Alphonsa desaparecieron. *¡Shooo!, dijo. ¡Ah, lluvia!*

Al escuchar el tamborileo en la tapa de su caja, recordó cómo solía sentarse en la veranda de su cuarto de enferma. Desde ahí estiraba los brazos hacia afuera y extendía las manos para poder sentir las gotas. Soltó una carcajada y se dejó mojar. *¡Ya no necesito paraguas! ¡Tampoco volveré a caer enferma! ¡Ya no necesito dinero! ¡Shooo!*

La llovizna cesó. La procesión cruzó la carretera pública mientras una húmeda bruma que se alzaba del suelo elevaba consigo el olor de la tierra.

Fue entonces cuando la hermana Alphonsa vio al padre Romulus. Se quedó parada, mirándolo fijamente con culpa y júbilo a la vez. *Mi querido padre, ¿cómo no te había visto?* La felicidad la llenó. Saltó hacia él y le dijo: *Sabía que no te perderías mi funeral. Pero no te vi por concentrarme sólo en mis preocupaciones.* Sopló las gotas de sudor que caían sobre su frente y agregó: *Padre, ahora todo está bien con mi funeral.*

Le preguntó: *Padre, ¿escucharías la confesión de una persona muerta? Si no, ¿con quién me confesaré ahora? ¿O no pecaré más? ¿Ya no tendré miedos y tribulaciones? ¿Quién me aconsejará ahora?* La hermana susurró en los oídos del sacerdote: *Oh, maestro querido a mi conciencia, ¡Umma! ¡Umma!*

Aunque lo intentó, no pudo contener su deseo de contar el número de personas que conformaban su cortejo. *¡Buen Dios! Hay dieciocho dolientes. Contándome a mí, diecinueve. Contándome a mí dentro del*

ataúd, ¡veinte! ¡Jaja! Tantos han venido a plantarme como semilla de arroz en el suelo húmedo de una fosa recién excavada en el nuevo cementerio. Sin poder contener su felicidad, dijo a su cuerpo: *No temas, pequeña, vas a entrar en tierra fresca y rica que ha nutrido mangos, pimientas, bananas, jacas y camotes.*

Mientras el cortejo subía los escalones que llevaban a la iglesia, las portadoras jadeaban y sudaban. Alphonsa exclamó, preocupada: *Mis queridas hermanas, ¿qué debo hacer? ¡Sigo siendo una carga, siempre! Por favor perdónenme una última vez.*

Cuando lo colocaron dentro del templo, Alphonsa fue a despedirse de su cuerpo. Bajo el forro negro del ataúd, que ahora se alzaba sostenido en sus cuatro esquinas por patas similares a las de una mesa, vio su propia cara. Estaba pálida.

Parecía como si se hubiera quedado dormida de improviso. *¿No sabes que has muerto?*, preguntó a su cuerpo. Sus dientes superiores estaban a la vista porque sus labios habían retrocedido ligeramente. Alphonsa sintió ganas de juntarlos para ponerlos como deberían estar. *Pequeña, ¿no debieron cerrártelos cuando moriste como hicieron con tus ojos?* Y entonces besó esos párpados, esos labios pálidos y esa frente expuesta. *¡Umma! ¡Umma! ¡Mi querida Annakutty!*

Fue entonces cuando notó una hebra de gris en el cabello que se ocultaba detrás de su oreja. Se sorprendió. *¡Buen Dios, he encanecido! ¡Con sólo treinta y seis años!* Un relámpago de tristeza la atravesó. Lo dejó pasar. Abrazó su cuerpo y dijo: *No importa, querida. No importa. Ahora, no nos importa nada.*

El padre Romulus terminaba su panegírico.

«Bendito sea el convento en que ella vivió. Bendita sea esta aldea, Bharanganam, donde su cuerpo sagrado es puesto a descansar».

Alphonsa sonrió con timidez. *El padre está diciendo todo esto por afecto hacia mí. ¡Padre!*, clamó, *cuando me plantes en la tierra revuelta y fresca del cementerio, riégame con amor. Daré abundante cosecha. Como los tallos de grano, danzaré con el viento. Maduraré bajo el sol y esperaré la recolección.*

Nuevas manos vinieron para ayudar a las portadoras exhaustas a cargar la caja. El cortejo se movió del fresco interior del templo al patio repleto de aire y luz del día. Alphonsa vio la tierra roja que había quedado amontonada a los lados de la fosa como una pequeña cordillera. *¡Qué bonito!*

Las hermanas bajaron el féretro al suelo cerca de la tumba. Lloraban. *Achachan* lloraba. El padre Romulus se enjugaba el rostro. Alphonsa sintió un dolor tormentoso crecer en su interior. Llorando también, se movió nerviosamente como un plateado rayo de sol entre los que se lamentaban por ella y besó cada una de sus lágrimas.

El entierro había terminado. Alphonsa se quedó parada viendo cómo se dispersaban los dolientes. Por fin, ella y su tumba se quedaron solas. Examinó las flores y las velas colocadas en los seis pies de largo que ocupaba el montón de tierra que era ahora su tumba. Sonrió.

Y entonces, justo antes de derretirse en la luz del sol, Alphonsa miró hacia el cielo azul y las nubes y exclamó: *¡Oh! ¿Ahora quién me mostrará el camino al cielo?* •

Traducción de Iván Soto Camba, a partir de la traducción del malayalam al inglés de Anupama Raju.

Nota:

El autor reconoce y agradece al libro *Alphonsammayude Likhithangal* (Escrituras de la hermana Alphonsa), compilado por la reverenda Damianos, por las citas de la carta escrita por la hermana Alphonsa y también por los fragmentos del discurso del padre Romulus que se incluyeron en la historia.

La Hermana Alphonsa (1910-1946), nativa de Kerala, fue canonizada en 2008. Su tumba está en Bharananganam, en el distrito Kottayam, en Kerala, India.

Annakutty fue el nombre dado a la hermana Alphonsa cuando tomó sus votos.

El *padre Romulus* fue el guía espiritual y confesor de la hermana Alphonsa.

Una afectuosa esperanza

MANTHRI KRISHNA MOHAN

Si tan sólo el cuerpo se volviera árbol.
Qué esperamos más que
risas verdes, muy satisfactorias.

Por ser amigo de la gentil brisa
se puede enviar cartas de amor a las nubes.
Por componer canciones verdes a lo largo del día
se puede organizar conciertos al anochecer.

Ahorrar algunos rayos de sol
puede generar calor
incluso cuando soplan vientos helados;
con raíces de *saris* doblados, firmes en el suelo
se puede mojar bajo la lluvia como una jovencita.

Para describir nuestra belleza
se puede invitar a los poetas *prabandha* de nuevo.

Y si el otoño de dos meses comienza

tenemos tiempo de cambiar de vestido

ya que aún es el ensayo de las canciones de primavera.

¿Sirven los humanos parados

entre la tierra y el cielo?

Haciendo correr la sangre de otro humano,

rompiendo los huesos de compañeros humanos:

quién se mantuvo como epítome

de sacrificio sino el árbol.

Para quitar las impurezas,

tendremos que nacer como plantas.

Del suelo deberemos emerger

con mil brazos.

Hasta que la tierra florezca con verdor

las semillas serán sembradas en cada humano.

Deberemos ser modelo de montaña verde.

Versión de Víctor Ortiz Partida, a partir de la versión
del telugu al inglés de K. Damodar Rao.

¿Dónde está mi casa?

MUKUNDA RAMA RAO

ERA UNA NOCHE HELADA. Una y otra vez, el viento gélido nos punzaba las orejas. A pesar de que usábamos suéter, estábamos temblando. Nos sentamos en la sala, después de cerrar ajustadamente las puertas y ventanas.

Hay muy pocos programas de tele que nos gusten a los dos. En un canal, había un concurso de cantantes aficionados. Todos los chicos eran buenísimos. Nos había absorbido tanto que olvidamos incluso cenar.

De pronto, el timbre de la puerta nos sobresaltó. ¿Quién podía ser, tan avanzada la noche? Nos miramos uno al otro, sorprendidos y también, preguntándonos tácitamente quién se levantaría para abrir la puerta. A esa hora, la reja de la calle debía estar cerrada con llave, no había forma de que un extraño hubiera entrado, así que seguramente era un vecino de los pisos de arriba. Asumiendo esto, abrí la puerta... la reja estaba abierta.

Un hombre de mediana edad, un niño (que parecía ser su hijo) y un anciano estaban al otro lado del umbral.

—¿Me recuerdas, Raoji? Fuiste a nuestra casa una vez —dijo el primer hombre.

Cuando dijo que había ido a su casa, ¿cómo iba a responderle «no lo recuerdo»? Después de ver mi cara inexpresiva, empezó a dar detalles, esperando que ayudaran en algo:

—Tu amigo Sridharji, que vive en nuestra calle, te llevó a mi casa. El lugar te gustó mucho. Ahora que veo tu hogar, me doy cuenta de por qué querías que tu esposa viera el nuestro. También yo debería traer a mi esposa a que viera tu casa. Las dos parecen interesadas en el diseño de interiores, un gran pasatiempo. Con ustedes dos iba alguien más, no recuerdo su nombre. Escribía poemas en francés y los llevó con él, porque supo que mi esposa es experta en ese idioma.

Mientras él buscaba qué más decir, lo recordé:

—¡Ah, eres Suriji! ¡Disculpa que no te haya reconocido de inmediato! Hace tanto que visité tu casa. Como fue esa vez solamente, lo había olvidado. Por favor, no vayas a tomarlo a mal. ¿Qué les trae aquí, a esta hora de la noche?

La cara de mi esposa se había iluminado cuando lo escuchó mencionar el diseño de interiores.

—Déjalos entrar. Los detuviste en la puerta —dijo ella—. Vengan, pasen... afuera hace frío y hay mosquitos.— Los llevó hacia dentro y cerró la puerta.

Cuando ya todos estábamos sentados, Suriji dijo:

—Traje a mi hijo para que nos acompañara... necesitaba venir a tu casa para hablar de este hombre.

—Continúa... ¿quién es él? —pregunté, mirando al viejo.

—Para allá voy... según recuerdo, me dijiste que trabajabas en una empresa de *software*.

—Seguro, pero hace casi cuatro años que me retiré... Dime, ¿cuál es el problema?

—Nada grave. Tampoco sé quién sea este anciano. Llegó a nuestra casa hace una hora y tocó a la puerta. Cuando le preguntamos a quién buscaba, sólo repetía: «Nuestra casa, ésta es nuestra casa». Le dijimos que no lo era y me puse a indagar dónde vivía y demás... Todo lo que encontré fue que salió de su casa para comprar medicinas y no pudo encontrar el camino de vuelta. Iba de casa en casa. ¡Cuántas puertas debe de haber tocado, cuánto tiempo llevaba haciéndolo! Qué triste. Su hijo trabaja en la Satyam Company, donde tiene un puesto de alto nivel y se llama Ramabrahmam. Es todo lo que ha sido capaz de recordar. Lo traje aquí, pensando que tal vez podrías conocer a Ramabrahmam. O, aunque no lo conozcas, puede que conozcas a alguien que trabaje en Satyam y viva cerca de aquí.

Lo entendimos. Durante unos momentos, mi esposa y yo fuimos incapaces de decir algo. Nos asombró que Suriji se hubiera tomado tantas molestias para ayudar al anciano que había perdido el rumbo.

—Estuvimos deambulando en mi coche por todas las calles que él iba mencionando, sin ningún resultado. No sabíamos qué más hacer. Como último recurso, llegamos aquí. Si podemos, de alguna forma, lograr que regrese a su casa, habrá valido la pena.

Escuchaba a Suriji mientras, de tanto en tanto, miraba de reojo la tele. Eso le molestó a mi esposa y fue a apagarla.

—Los empleados de Satyam que conozco no viven cerca de aquí —apenas había terminado de decirlo y empezaba a pensar en otra forma de solucionarlo, cuando mi esposa me recordó que el hijo mayor de su hermano, Raju, había trabajado ahí mucho tiempo.

Cuando encontramos el número de Raju y le hablamos, una grabación nos avisó que su teléfono estaba apagado.

Día con día, la ciudad ha cambiado hasta volverse irreconocible, incluso para alguien tan familiarizado con ella, como yo. Si ese anciano había pasado un tiempo fuera y acababa de regresar, no era extraño que ahora se hubiera perdido.

—Hagamos esto, Suriji: tratemos de averiguar más información sobre su hijo —luego, me volví hacia el hombre y le pregunté—: ¿Dónde vivía antes?

Nos dijo el nombre de una calle en Visakhapatnam, junto el número del domicilio. Respiramos, aliviados. Ante mi pregunta de quién vivía ahí actualmente, la respuesta fue que nadie. Me sentí desanimado.

Después de unos minutos, le pedí que me dijera todos los sitios en los que había trabajado, a lo que me dio una larga y detallada respuesta, con fluidez y sin pausas: unos años en el ejército, unos cuantos más en el ferrocarril y después un tiempo en organizaciones no gubernamentales.

Sin saber por dónde seguir, se nos ocurrió que tal vez pudiera darnos el nombre de amigos suyos o parientes, cercanos o lejanos. Nos mencionó a varios, pero no podía recordar sus teléfonos. Entre los nombres, había incluido el de un hombre, ya mayor, al que resultó que conocíamos.

Después de unas cuantas llamadas, logré por fin conseguir su número. Cuando me respondió la llamada, lo puse al corriente de la situación. Irritado, me dijo:

—¡No tengo idea de quién sea el anciano que está en tu casa! ¡Me arruinaste el sueño! —y colgó con fuerza el auricular.

Mientras seguíamos con nuestros esfuerzos desesperados, mi esposa empezó a preguntarnos, uno por uno:

—Puede que no todos ustedes hayan cenado aún. Tomen un té, al menos. Y para ti, ¿té o café?

Padre e hijo respondieron que nada, de momento. El anciano no contestó. Mi esposa le dijo:

—Debería cenar. ¡Quién sabe cuánto tiempo lleve sin comer algo! Ha estado dando vueltas por ahí en este frío, sin un suéter.

—¡Ah, no! Para nada, voy a mi casa y ahí voy a cenar. Me estarán esperando con la cena. Sólo le voy a pedir algo: un vaso de leche tibia, con poca azúcar —dijo el hombre.

A mi esposa le encantó escucharlo y trajo la leche en menos de cinco minutos. El viejo la bebió, saboreándola. Empezaban a llegar las llamadas de casa de Suriji:

—No te preocupes, aquí está mi hijo. Vamos a encontrar a la familia de este hombre y nos regresamos a la casa. Si tienes sueño, vete a dormir. No te quedes esperando y preocupándote —dijo, con una voz suave.

Pensamos en llevarlo a la estación de policía, pero al final desistimos, porque no creímos que fueran a tomar el asunto con la seriedad necesaria. El tiempo seguía pasando y empezábamos a perder la calma.

En medio de la agitación, nos sorprendió notar que el viejo no parecía alterado, ni mucho menos. Nos estábamos desviviendo por identificarlo, pero él permanecía sentado, con una sonrisa imborrable, como si todo aquello no tuviera nada que ver con él.

De pronto, Suriji recordó que, poco antes, había conocido a un policía y propuso llamarlo.

—Veamos qué pasa. Si es un buen hombre, al menos podrá aconsejarnos qué más hacer.

Respondió. Estaba de vacaciones. Nos pidió que dejáramos pasar unos minutos y luego habláramos a un número que nos dio. En ese rato, él hablaría con alguien que nos ayudaría. Nos aseguró que no había problema y recuperamos la tranquilidad.

Tal como nos lo había pedido, esperamos un cuarto de hora e hicimos la llamada. Lo que nos anunciaron nos llenó de júbilo: el hijo del viejo ya había contactado a la policía. Nos indicaron que nos quedáramos ahí y en poco tiempo llegarían a donde estábamos.

Decidimos que el hijo recibiría un buen reclamo nuestro, tan pronto lo viéramos.

Una camioneta de la policía, y detrás suyo un coche particular, se detuvieron en nuestra puerta, después de seguir las indicaciones que les habíamos dado.

Un hombre joven salió del coche y le ofreció ayuda a una mujer mayor para bajar.

Apenas vio al viejo, la mujer rompió a sollozar, pero no hubo reacción por parte de él. Parecía un niñito extraviado que era incapaz de hablar.

Después de que terminaron el papeleo y se aseguraron de que el viejo era familiar de los querellantes, los policías se retiraron.

La angustia que habían sufrido la mujer y su hijo estaba dibujada con toda claridad en sus rostros.

—No sabemos cómo expresar nuestra gratitud a todos ustedes. No podríamos agradecerles lo suficiente los esfuerzos que hicieron para que llegara a casa a salvo, a esta hora de la noche, con este frío. Él ha sido muy afortunado de haber llegado a las manos de personas como ustedes —dijo su hijo, con los ojos húmedos, mientras sostenía mis manos.

—Tu agradecimiento debería ser para Suriji. Él es quien se puso a buscar tu casa diligentemente, sin perder la paciencia. Como sea, no podemos entender cómo es que dejaron a una persona de su edad salir sola. Lo menos que podrían haber hecho era asegurarse de que llevara en su bolsillo un papel con su domicilio y su teléfono —dije, un poco malhumorado.

—Pero, querido, ¿por qué íbamos a dejarlo solo así? —gimió la mujer—. Incluso mientras lo estamos cuidando, como los párpados protegen al ojo, nos asombra la forma en que se esfuma. Tengo fuertes dolores en las rodillas y no puedo caminar mucho. Este chico se va a la oficina por la mañana y nunca sabe a qué hora de la noche podrá volver. Y la oficina no está cerca de nuestra casa, por cierto. Todos los días, llega a casa fatigado. Y aun cuando está en la oficina, su mente está completamente enfocada en nosotros. Siempre que puede, nos llama para averiguar, directamente de nuestra voz, si tenemos algún problema. Y sus preguntas sólo logran irritar a este hombre. ¿Qué podemos hacer? Lo que es peor, hace todo esto y luego no lo recuerda. A pesar de tantas medicinas, no hay mejora. Por más que tomemos precauciones, nos mete en un problema o en otro. Como lo dices, todos los días ponemos en su bolsillo papeles con nuestros datos. Él los desgarra y los echa al bote de la basura. Si trato de llamar a mi hijo, pocas veces lo encuentro: juntas, seminarios, clientes... siempre una cosa o la otra, como él dice. Cuando le pedimos que deje de tomarse tantas molestias por nuestra culpa, que se busque una esposa y nos lleve a un asilo, nos para en seco: «No hables de eso», y frunce el ceño. ¿Qué nos sugieren hacer? No hay descanso, ni siquiera a nuestra edad —su voz empezó a quebrarse por el llanto y se detuvo. No podía hablar más.

—Mamá, para ya, te lo pido. ¡Mira a mi papá, qué sereno está! Si no lo encontramos, todo mal; si lo encontramos, todo mal. Señores, de nuevo, nuestro sincero agradecimiento a todos. He tratado de encontrar a alguien confiable que pueda cuidar a mi padre. También he consultado a especialistas para saber si es viable colocar un transmisor en su cuerpo, para que podamos rastrearlo —siguió diciendo, y al mismo tiempo, trataba de consolar a su madre.

¡Quién habría podido decir algo, luego de conocer el otro lado de la historia! Sentimos orgullo de ver a un hijo que, en esta época, se preocupa tanto por sus padres y les dedica tantos cuidados.

Al notar los ojos adormilados de su hijo, Suriji nos avisó:

—Bien, creo que ya nos vamos.

Todos nos despedimos de él llenos de agradecimiento. Más que alegría, la cara de Suriji irradiaba una tranquilidad absoluta. Cuando iba de salida, le dijo al anciano:

—Por favor, cuida tu salud.

Hablamos unos minutos, de cualquier cosa, con la familia, nos despedimos del viejo y volvimos a la sala.

Nos sentíamos satisfechos de saber que nuestra casa había sido el escenario de una buena acción. Ni siquiera habíamos notado el frío o los mosquitos durante el tiempo que duró.

Mi esposa dijo, vacilante:

—Si no te molesta, quisiera hablarte de algo.

—¿De qué se trata? —le respondí.

—Sólo si no te molesta —repitió ella.

—Puedes decirme lo que quieras —me había irritado un poco—. ¿A qué viene todo esto?

—No es nada. Tu mamá también acostumbraba salir a pasear por la calle. Arrancaba flores de casas, para robarlas, desde el otro lado de las rejas que protegían los jardines. Todos ustedes salían a buscarla, hasta que daban con ella, y la traían de regreso... ¿te acuerdas?

—Sí, sí... a veces, la encontrábamos con rasguños en los hombros, por las espinas. Por eso le decíamos: «Mamá, ¿para qué quieres todas esas flores? Hay flores en la casa. Y si no hubiera, podríamos ir a comprarlas». Pero ella soltaba una risa extraña, como diciendo: «Vete de aquí, zoquete». Hasta hoy, cuando veo a cualquier persona anciana recogiendo flores, recuerdo a mamá —dije, ensimismado.

No contestó nada, como si no quisiera seguir con el tema. Pero pude ver en sus ojos el miedo a que, con los años, yo también llegara a ser como el viejo que nos visitó ●

Traducción de Atahualpa Espinosa, a partir de la traducción del telugu al inglés de D.S. Rao.

Parando en nada

José Lourenço

Los toros de Bholanath se congelaron como si un semáforo en rojo acabara de encenderse en medio del campo de arroz. Ansioso por terminar el arado antes de que el día se pusiera mucho más caluroso, Bholu los abofeteó con inteligencia, pero los toros se negaron a ceder. Soltó la madera del arado y caminó hacia el frente; no había nadie y nada bloqueaba su camino.

Bholu sacó algo de forraje de la bolsa que tenía alrededor del cuello un toro y se lo ofreció a ellos. Extrañamente, ambos toros sacudieron la cabeza. Ahora completamente irritado, Bholu lanzó un fuerte golpe a sus nalgas. Los toros bramaron y giraron hacia la izquierda, tirando del arado y arrastrándolo detrás de ellos.

«¡Qué tipo de comportamiento chiflado es éste!», se preguntó Bholu. Llevó a los toros al extremo más alejado del campo y comenzó a arar desde allí. Cinco, seis de las carreras salieron bien. Pero a medida que los toros se acercaban al centro del campo de arroz surcado, volvieron a detenerse.

«¡Maldita locura!». Sacudió la cabeza, luego caminó hacia el frente y comprobó el suelo de cerca. Sin fosas, sin piedras. Absolutamente nada.

Bholu regresó detrás de los toros y los golpeó con su delgado fuete y comenzó a empujar y empujar: «Hirrrrr... huuuuuuuiiiiii...».

Esta vez, con los ojos muy abiertos y resoplando de terror, los toros se volvieron hacia la derecha y se fueron galopando por el campo hacia el pueblo.

Bholu, su esposa y sus toros vivían en una pequeña choza de paja en el borde exterior del pueblo de Keri. El campo de arroz estaba a sólo cinco minutos a pie desde la casa.

Los toros temían a Bholu. Bholu temía a su esposa. En una medida personalizada, según la tradición, ella nunca se dirigió a él por su nombre. En cambio, ella dijo cosas como, «¿Ahora estás culpando a los toros? ¡Hijo de puta perezoso! No puedo ganar. Arre, mira a Chandu, un hombre tan inteligente. Sólo porque Chandu viene en nuestra ayuda estamos bien».

Para evitar escuchar las arengas de su esposa, Bholu se levantó a la mañana siguiente al amanecer, alimentó y preparó sus toros y se fue con ellos al campo. Pero, una vez más, el arado no reaccionó bien.

Bholu removió la tierra del lado izquierdo del campo y luego la del derecho. El área de enmedio permaneció intacta. Los toros simplemente se negaron a ir allá. Bholu ató sus toros a un árbol al borde del campo y fue a la casa de su vecino en busca de ayuda.

La conversación fue breve:

—¡Oh Madhu! ¡Madhu!

Madhu salió de su choza.

—Por favor, préstame tus toros.

—¿Qué les pasa a tus toros, entonces?

—Nada. Los traeré de regreso pronto, dentro de dos horas.

—Tómalos, entonces.

Madhu se rascó la cabeza y volvió a entrar.

Los toros de Madhu conocían a Bholu y no tuvo problemas para aprovecharlos; trotaron voluntariamente delante de él mientras los llevaba hacia el campo. Pero cuando los condujo a la isla de tierra sin labrar, comenzaron con un sonido espeluznante y también se mantuvieron firmes a unos metros del lugar donde Bholu sólo podía ver el aire.

Un golpe con el palo no ayudó. Una patada en el trasero tampoco. Después de que Bholu los había abofeteado varias veces, los toros retrocedieron lentamente y se fueron de regreso por donde vinieron.

Bholu se rascó las flacas nalgas y reflexionó sobre la situación.

—¡Eh, Bholanath! —escuchó una voz familiar. Madhu vino, fumando un *bidi*.

—¿Qué está pasando, *bhai*?

—No están dispuestos a hacer el medio.

—¡Hettt! Te mostraré —dijo Madhu—. Ehhh Kallyah... ehhh Losnngya... ahurrrrr... ¡hirrrrrriaaaaahhhh!

Pero aunque Madhu bailaba y bailaba con sus toros de esta ma-

nera, lo mismo se repitió. Entonces Madhu y Bholu se fueron a casa rascándose la cabeza.

Esa noche, en la taberna del pueblo, Madhu compartió la historia. Todos sentados con sus clavijas de *feni* tenían un comentario que hacer.

—Debe de haber algo en el campo de Bholu...

—Arre, alguien debe de haber enterrado algo de oro allí...

—Algo está tratando de llegar a Bholu...

—¿La forma en que Chandu intenta llegar a la esposa de Bholu...?

—¡Cállense, tipos locos! —rugió Shembu, el brujo, desde una esquina oscura—. ¿De qué están hablando? ¿No ven lo que está sucediendo? ¡El campo de Bholu se encuentra en la frontera del pueblo! Donde se cree que el Guardián vive.

Un silencio cayó sobre todos los presentes; intercambiaron miradas preocupadas. Madhu incluso derramó un poco de *feni* en el suelo, para apaciguar de antemano cualquier espíritu que quisiera aparecer.

—Las cosas no van bien en el pueblo en estos días...

El brujo se puso de pie con los ojos muy abiertos y brillantes como brasas de carbón.

——Hace sólo unas noches, mientras caminaba por el borde del pueblo, vi una gran luz cegadora sobre los árboles.

—¡El Guardián puede convertir la noche en día...!

En la otra esquina, el viejo Bhikumam dijo, con una sonrisa entre dientes:

—Arre, no hay nada allí...

—Tal vez el Guardián se ha enojado —dijo Shembu, sin prestar atención al viejo—. Bholya, lo sorprendiste al ofrecer esto.

Bholu sacudió la cabeza. No había suficiente gachas para mojar sus estómagos en casa, ¿de dónde sacaría *toddy* y *bakri* para el *sur-rontt*?

La noche continuó. Para cuando salieron de la taberna, tropezando y chocando con las jambas de las puertas y entre sí, todos acordaron que deberían hacer algo con el problema de Bholu. Esa noche se colocó una ofrenda de *toddy*, pan grueso e incienso al pie del árbol del Guardián del pueblo.

La noche siguiente, los aldeanos acompañaron a tres parejas de toros al campo. Uno tras otro, los toros y los aldeanos maniobraron y se esquivaron por el campo como jugadores de futbol. El siniestro

parche de tierra de unos diez a doce pies de ancho permaneció intacto; ninguno de los toros pondría ni la sombra de una pezuña allí, ¡aunque Shembu, el brujo, había rezado en el lugar durante una hora entera!

Los aldeanos regresaron a casa, muy desconcertados. Cuando Bholu se acercó a su casa, Chandu, el jefe de la aldea *panachayat*, salió desde adentro. Justo detrás de él vino la esposa de Bholu a la puerta. Ella vio a su esposo y se sorprendió brevemente; entonces lanzó una risa forzada.

—Mira, Chandu ha traído plátanos. ¿Qué buen hombre, no?

—¡Ye, Bholya! —dijo Chandu—. ¿Algo gracioso está sucediendo en tu campo, según he oído?

Todo el pueblo sabía que Chandu llevaba a cabo numerosos negocios, y que metía el dedo en las casas de los demás. Bholu entró sin decir una palabra. Esa noche, una gran cantidad de *feni* fluyó en la taberna de Sazulo.

—La barriga del Guardián no está llena del *sur-rontt* —el brujo proclamó—. Tendremos que ofrecerle algo más.

—¿Un gallo? —Sadu, el barbero se ofreció voluntario.

—Tengo una gallina —Madhu dio un paso adelante—. Puedes pagarme en cualquier momento, Bholya... esta maldad puede afectar a toda la aldea; por eso estoy...

Bhikumam se rio desde su esquina:

—¿Cómo puede afectar? ¡Cualquier cosa!

Chandu avisó al maestro de la escuela. El maestro avisó al periodista local. El periodista habló con Kamarbandh. El doctor Kamlakar Kantak había sido, de hecho, un brillante e inteligente científico de la Universidad de Panjim, pero los universitarios y el mundo exterior lo conocían mejor como «Kamarbandh Kantak». Era tan brillante que podía hablar extensamente sobre cualquier tema.

Justo el otro día había dado una poderosa conferencia en el Instituto Nacional de Oceanografía sobre «Goan Fish Curry». Y en la caja negra de la Academia Kala, el día anterior a eso, había hablado durante una hora y media sobre «Cómo los agujeros blancos niegan los agujeros negros y potencian el universo».

Cuando Bholu fue al campo por la mañana, encontró que una multitud ya se había reunido. Chandu, el maestro de escuela, el periodista local y el doctor Kamarbandh estaban allí, hablando en voz

alta. A un lado, Madhu y los otros aldeanos se preparaban con una gallina, algunos chiles, sal y un limón.

Kamarbandh observó el curioso caso de los toros de Bholu. Asombrado, también siguió corriendo en círculos por el campo.

—Ciertamente, hay algo aquí —admitió al fin.

—¿Debo publicar eso? —preguntó el periodista.

—Alguien ha hecho algo de magia aquí —dijo el brujo, oscuramente.

—Algo ha afectado el campo —dijo otro aldeano.

—Alguien está sentado en la cabeza de Bholu.

—La forma en que Chandu...

—¡Cállate!

El doctor Kamarbandh y sus hombres pasaron un par de horas caminando y corriendo por el campo. Los aldeanos trotaban detrás de ellos y finalmente sacrificaron a su gallina. Al mediodía todos regresaron a casa por su siesta.

Cuando Bholu entró en la casa, su esposa lo reprendió:

—Hoy también has venido temprano, hombre bueno para nada.

Bholu entendió. Chandu había estado ocupado con el periodista y con el científico, o ya habría tenido deliciosos *chikoos* en su casa.

—¡Cómo irán allí los toros! El Guardián todavía está sentado —dijo el brujo Shembu esa noche a los aldeanos acurrucados alrededor del calor del *feni* de Sazulo—. Tendremos que darle un poco de más honor.

Madhu se adelantó nuevamente y se preparó para poner una cabra. La deuda de Bholu estaba aumentando. Cayó en un silencio resignado.Tan pronto como Bholu llegó a su campo al amanecer siguiente, abandonó todos los pensamientos de arar por el día. Una treintena de científicos y más o menos cincuenta periodistas se habían concentrado allí. El doctor Kamarbandh había arreglado un gran instrumento en el centro del campo y estaba realizando pruebas abajo de la tierra.

Uno de los médicos se acercó a Bholu y comenzó a examinar de cerca los extremos traseros de los toros de Bholu. Cuando sacó una sonda de su bolsillo, Bholu se alarmó mucho y se llevó al hombre.

Cerca de la máquina del doctor Kamarbandh, los aldeanos se preparaban para sacrificar su cabra. Chandu se movió de un lado a otro entre los dos grupos.

—Estos malditos tipos deberían ser expulsados de aquí —dijo Madhu.

Y Chandu:

—¡Vienen a esta tierra santa y hacen tanto ruido!

—¡Aleja a estos locos, hombre! —le dijo Kamarbandh a Chandu—. Un evento significativo ha tenido lugar aquí y estos locos están bailando con ¡una cabra!

El alboroto continuó durante todo el día. Alrededor de las cuatro de la tarde, Kamarbandh dejó escapar un triunfante grito. Todos los científicos se reunieron alrededor de la pantalla de la máquina y comenzaron a saltar de alegría.

—¡Mira! —gritó Kamarbandh a Chandu—. Hay algo ¡Aquí abajo! Podemos verlo en esta pantalla. Como una bola aplanada, sobre ocho pies de largo y cinco pies de altura.

Bholu, Madhu y los otros aldeanos estaban perplejos. Ellos no podían ver nada en medio del campo de arroz. Chandu tampoco entendió por qué los científicos estaban saltando, pero como jefe del *panchayat* conocía sus responsabilidades: se puso de pie y comenzó a dar un discurso.

—Nuestro pueblo será conocido en todo el mundo ahora— señaló—. De ahora en adelante, si alguien quiere hacer algo aquí, el gobierno tendrá que apoyar a nuestro *panchayat* con ayuda y dinero. Los científicos también deben ayudar. ¡Si nuestro pueblo va a ser famoso, también debe progresar y prosperar!

Luego Chandu fue a ver a los aldeanos reunidos:

—Construyamos un gran templo aquí en honor al Guardián —dijo—. Propondré esto al *panchayat*, y lo aprobarán. Estos doctores y el gobierno nos darán dinero, y lo construiré.

Cuando Bholu llegó a casa esa noche, su esposa estaba refunfuñando y preocupada. Bholu entendió. Chandu había estado totalmente ocupado en el progreso y la prosperidad del pueblo; de lo contrario, habría una cesta llena de papayas maduras en la casa.

En cuatro días, el campo de arroz de Bholu se convirtió en un recinto ferial. Doscientas o trescientas personas acamparon allí. Científicos y equipos de televisión de todo el mundo estaban ocupados trabajando. Habiendo recogido algo de dinero del gobierno, Chandu y los aldeanos comenzaron a construir un templo cerca del punto de interés.

El arrendador cuyo campo cultivaba Bholu recibió una fuerte compensación del gobierno. Los científicos ataron una cuerda alrededor del lugar misterioso para que quedara fuera del público.

—El objeto que hay aquí debe ser una entidad extraterrestre —dijo Kamarbandh a los periodistas—. ¿Qué es, de dónde viene? Todo esto debemos averiguarlo. He llamado a esta entidad «Kamarbandh Bandhkamar» —continuó—. Debemos abrir esta cápsula cerrada y ver su contenido. Debemos levantarla desde aquí y llevarla a nuestro laboratorio para estudiarla más.

Al escuchar esto, el viejo Bhikumam permanecía parado con las manos detrás, y rio.

—¿Cómo va a quitar lo que no está allí?

Uno de los científicos trajo una soga, pero no encontró nada que atar. Otro trajo una grúa, pero no había nada que levantar. Rociaron agua en el suelo. Luego pasaron corriente eléctrica a través del lugar y sometieron el suelo a todo tipo de radiación y vibración, pero nada había cambiado.

El hombre podía caminar sobre ese terreno sagrado tanto como quisiera, pero ningún toro, perro o gato estaba listo para olfatear o cagar en el lugar. El mundo entero se sacudió. Los periódicos criticaron las noticias; los canales transmitieron interminables especulaciones, pensando que el mundo estaba llegando a su fin. Algunas personas dejaron sus casas y fueron a los bosques.

El presidente estadounidense culpó a los iraníes por el incidente y los bombardeó. El maestro de escuela se despidió. Chandu presentó una petición. En la tarde del quinto día, dos mil personas se habían reunido. Las donaciones fluyeron para el templo y Chandu bailó de un lado a otro hasta casi agotarse. Esa noche, Chandu le dijo a Bholu que vigilara el templo y lo dejó dormido en la terraza inacabada del mismo.

Cuando Chandu llegó a su casa, casi amanecía. Cuando Bholu se levantó al amanecer, vio a sus toros durmiendo profundamente en medio de todas las cuerdas, máquinas y cámaras. Al ver los toros allí, los científicos corrieron a sus pantallas.

—¡Se fue! ¡Se ha ido! —se lamentaron.

Al enterarse de esto, el viejo Bhikumam sacudió la cabeza:

—¡Cómo, si nunca estuvo allí!

Los aldeanos acudieron trotando como mandriles a la tierra sagrada. Se alegraron de que el Guardián se hubiera levantado satisfe-

cho. El ritmo del templo se incrementó; ya había recaudado una gran cantidad de dinero. Chandu se compró un auto, aunque no podía conducir.

Los científicos recogieron todo su equipo y se fueron, profundamente decepcionados. Las personas que se habían retirado a los bosques creyendo que el mundo estaba llegando a su fin regresaron a regañadientes a casa.

El doctor Kamarbandh recibió un premio internacional. Llamó a una conferencia de prensa para negar informes de que era considerado para el Premio Nobel, ayudando así a difundir más el rumor. El gobierno de Goa aumentó su salario tres veces. Su libro titulado *La investigación inútil de Kamarbandh* se agotó en tres meses. Rápidamente se puso a trabajar en un nuevo texto, *Fish Curry and Kamarbandh*.

En el pequeño pedazo de tierra que Bholu una vez labró se construyó el templo. En la inauguración, el invitado principal colocó una guirnalda de flores alrededor del cuello de los toros de Bholu. Fueron a entregarle una guirnalda a Bholu, pero no estaba en casa, así que en lugar de eso engañaron a su esposa.

Más tarde, en la noche colocaron una guirnalda alrededor del cuello de Chandu. En las elecciones siguientes, Chandu se presentó como candidato y fue elegido como miembro de la Asamblea Legislativa. Ahora iría de rico a más rico. La esposa de Bholu se fue a vivir con él.

El comité principal del Templo del Guardián declaró que los toros de Bholu eran santos. Fueron tomados de con Bholu y de allí en adelante alimentados y vestidos por el templo. Bholu se levantaba por las mañanas y acariciaba las pacas de heno que habían quedado pero ya no eran necesarias. Comenzó a vagar por aquí y por allá. Un día desapareció, pero nadie se preocupó mucho.

Aunque cada Shivratri, cuando ese glorioso festival religioso se desarrolla a su alrededor, se pueden escuchar los cantores del templo cantando y cantando: «Jai Bholanath. Larga vida a Bholanath. Larga vida...» ●

Traducción de Omar Gómez, a partir de la traducción del konkani al inglés del autor.

Wilson Kateel

Dentro de la Caja Geométrica

La escala se pregunta
¿Qué pasa si alguien cruza
la línea que he trazado?
El transportador piensa
¿Qué pasa si alguien
cambia la dirección
a la que apunto?
El compás tiene miedo
¿Y si alguien rompe
las falanges que construí?
La goma está asustada
¿Y si alguien despierta
al error
que yo he borrado?
El lápiz
se revuelca de dolor
¿Y si alguien
destroza
la imagen de un bebé
que yo he dibujado
en el margen de una hoja?

Mejor no hagan esto

No vendan tabaco
Cerca de las escuelas y universidades
Ya hay suficiente opio
En los libros de texto

No muestren cine para adultos
A los menores de 18
Nuestros canales ya transmiten
Las cochinadas de los hombres de Dios

No enciendan cigarros
En las asambleas
La tarea de penderle fuego a la audiencia
Es de los oradores

Sobre todo
No voten por dos partidos en los comicios
Uno es suficiente
Para destruir al país

Versiones del inglés de Eduardo Padilla,
a partir del original en konkani.

Hemant Divate

Mariposas

Mientras iba rondando por el jardín de mi colonia de viviendas,
casualmente, le comenté a un amigo:
Sabes, en estos días, ya no se ven esas pequeñas mariposas
amarillas, comunes.
Casualmente, me contestó
Esa marca se ha descontinuado.

La temperatura promedio de una palabra para ser usada en un verso

Cuál es la
temperatura promedio de una palabra
para ser usada en un verso?
Hice el experimento en un poema
inserté un termómetro en las axilas de las palabras
y
coloqué las palabras en versos
algún tiempo después
se desarrolló un estado tormentoso
y la atmósfera de los versos se veía afectada adversamente
por la diferencia entre la temperatura interior de las palabras y
[la exterior
tuve miedo

de la posibilidad
de que al pisar la maraña creada
por los versos que contienen un significado fuerte
ejerciendo presión sobre los versos con un significado débil
podría resbalarme y caer tropezando
en las cursivas
o
un entero verso cuyo significado no tiene el respaldo de la
[experiencia, me podría estrellar encima
desde un nuevo poema que está a punto de ser escrito
una palabra sin sentido de presión baja
o una borrada
podrían por miedo
golpearme
de mala gana voy a dejar este experimento
de escribir un poema
ahora
hasta he cerrado este laboratorio

Cuando empieza la depresión

I.

Una paloma tiembla en la reja de la sala
y está a punto de colapsar
su vitalidad
me aterroriza
y con sus ojos atraviesa
los míos
y la reja

Sentado en el escritorio al lado de la reja escribo
un poema que en algún momento ha de terminar
si termina es el final de todo en este cuarto
lo cual significa que el reloj de este poema
parará

o volverá a empezar, un nuevo comienzo
¿Será esto que el reloj de la paloma sigue corriendo?

2.

Hoy hablé con amigos lejanos
de sus problemas
me peleé con mi esposa
en el celular
por la cuenta de su celular
mientras yo le explicaba
que nos esperan tiempos de terror financiero
el tono del diálogo se disparó
la frecuencia del pulso se disparó

3.

Compré una casa, estoy pagando las cuotas
compré una tele, estoy pagando las cuotas
nací, estoy pagando las cuotas
el paralelismo de estas
tres líneas recién pensadas
contestan mi pregunta
¿por qué vivo?

a pesar de esta convincente respuesta referencial,
sigue en lo profundo de mi mente
¿y si muero pronto?

4.

En el fondo, un punto para
el zumbido del ventilador sobre la oscuridad
y el tintineo deprimente de los carrillones,
los respiros colectivos como silenciados
los cuerpos tirados en la cama
como maletas en una plataforma

un enorme atasco de tráfico
gime en mi cabeza trastornada

cuando paró el ventilador
tú te volteaste para tu lado
el hijo para el suyo

yo también
para acomodarme me volteé hacia el hoyo negro
una nueva noche sofocante
pasó deslizándose
en un nuevo agujero negro

Un panorama deprimentemente monótono

a Hiranya

I

¿Cómo pudo el panorama en mi mente
filtrarse en la mente de mi hija?

Justo delante de mí, hay una extensión de
edificios, centros comerciales, autopistas, fábricas y tráfico,
y si le pido que dibuje un paisaje
ella esboza atardeceres,
un río que corre, árboles, praderas, altares,
perfila pájaros que parecen números garabateados
en mis pequeños cielos nublados

Nunca se ha visto
desde la selva incesante de esta ciudad
un atardecer más allá de la casa en mi cabeza,
el río, los árboles, los senderos, los altares, los pájaros y las
[aceras.
¿Cómo, entonces, pudieron éstos
filtrarse en su mente?

2

Cuando algún día ella comprenderá
esta imagen de mi infancia
que se ha ido,
y la respuesta
de *¿por qué dibuja exactamente así?*
¿ya se habrán derretido todas las pinturas
de toda la gente del mundo? ¿O seguirán ahí,
atrapadas en su propio silencio?

3

Como yo, ella tiene pesadillas
de gente acéfala transportando
cadáveres de pueblos huérfanos
hacia los cementerios de las ciudades
o arrastrando horrorosos paisajes ciudadanos
para sobreponerlos a pueblos borrados,
el mismísimo, idéntico panorama
encierra en sí mismo
a toda la gente acéfala,
todas, todas las ciudades tienen el mismo nombre
las mismas calles, los mismos edificios, los mismos centros
[comerciales,
todo trasladado al mismo lugar predefinido
como un regimiento listo para desfilar

Ella avanza por los senderos
mismo nombre, mismos colores
mismo olor, mismas formas
mismas caras como clones de sí mismas
y en las mismas encrucijadas engañosas
ella llega a la misma estatua

No importa adónde huye
la misma estatua la enfrenta una y otra vez
y ella llega a los mismos paisajes
de las mismas ciudades
sin señales ni marcas para guiarla

En los mismos lugares
ve a la misma gente
que habla el mismo idioma
con formas y gestos iguales
haciendo fila en filas del mismo largo
de la mismísima manera
yendo hacia las mismas estaciones
manejando los mismos vehículos
a la misma velocidad
en la misma dirección
al mismo tiempo
pasando por los mismos árboles
del mismo tamaño
del mismo tipo
separados de la misma manera
por los mismos separadores
en la misma calle

La misma gente
hecha trizas
de la misma manera
por las mismas bombas
desparramada de la misma manera
petrificada de la misma manera
quebrada de la misma manera

De la misma manera monótona
en cualquier canal de cualquier televisión
salen las mismas imágenes multiplicando miseria
monótona
mono-tonal
mono-tonal

totalmente monótona
deprimentemente monótona
totalmente deprimente
dep-dep-deprimente
Ella baja, baja y colapsa
ve mi rostro de siempre aterrado, deprimido

a última hora, cuando suelta
mi mano que ciñe entre la multitud
y exactamente como yo
ella también fluye en
la gigantesca inundación autodestructiva
de gente acéfala

Yo sueño el mismo sueño que ella está soñando
en el mismo momento
yo también veo su rostro petrificado, deprimido
veo el terror
y me estremezco
me olvido de llevar el pueblo a la ciudad y la ciudad al pueblo
[y llegar
aquí
¿llegar adónde?

Versiones de Zingonia Zingone, a partir de las versiones del maratí al inglés del Dilip Chitre, Mustansir Dalvi y Sarabjeet.

Aldea global

Pradnya Daya Pawar

Queríamos construir
un mundo extraordinariamente bello,
sin jerarquías.

Nunca quisimos luchar
por liberarnos de la historia,
no nos sentíamos avergonzados del pasado;
queríamos cantar
una canción primitiva y pura.
Teníamos la aspiración
de escribir un poema
sin final, impulsivo, intenso,
en el dorso de la tierra.

Teníamos la intención de jugar
con el pan y el hambre.
Nunca deseamos que jugaran
con el cuerpo y la sed nuestros.
Queríamos permitir
que el hombre afligido se vaciara por completo
en cada coito,
para que entrara en nuestros antiguos brazos.

Pero criamos el techo
con imágenes y metáforas
por una sombra pequeñita.
Construimos muros debido al miedo.
Instalamos azulejos
para que las cosas vivieran felices.
De nuestras manos
se deslizó la selva,
el agua
rompió los lazos.
¿Será posible encontrar
nuestra primigenia piel en la aldea global?

Versión de Víctor Ortiz Partida, a partir de la versión del maratí al inglés de Dileep V. Chavan.

Liberación

Varsha Adalja

Las puertas de la cárcel se abrieron y Avni caminó hacia fuera. Las puertas se cerraron tras ella con un estruendo y la dejaron frente a un mundo nuevo. Dio unos pasos: viento incesante, la bella luz del sol, el murmullo de los árboles, perros que ladraban por ahí. Recibir todo eso casi la asfixiaba. Se sentía incapaz de avanzar: ¡la libertad! Se sentó bajo un árbol y puso junto a ella una pequeña mochila que contenía su ropa y unos cuantos adornos baratos. La misma ropa que usaba cuando atravesó los enormes muros de la cárcel por primera vez.

Recordó cuando, esa misma noche, apenas había entrado, fue arrojada al nuevo y extraño mundo de la cárcel. No podía creer que tenía ante ella varias celdas estrechas desde donde las presas le lanzaban miradas interrogantes. Había empezado a temblar por el miedo, hasta el punto de que tuvo que apoyarse en la mesa del carcelero para mantenerse de pie y no caer desmayada. ¡Una pesadilla, sin duda! No supo qué fue lo que el carcelero le preguntaba ni cuáles fueron las respuestas que le dio. La pesadilla continuó cuando fue arrojada a una gran sala repleta de presas. Algunas trabajaban, otras estaban recostadas y unas cuantas incluso cargaban niños pequeños.

Entonces entró en pánico. Sentía la bilis subir hasta su boca. Se sentó en una esquina, con la cabeza entre las rodillas. Algunas presas se acercaron a ella para preguntarle si se sentía bien, pero ella solamente se quedó muy quieta, intentando contener el pánico. Se ofendieron ante su silencio.

—Déjenla, esa cabrona es una asesina. Ni más ni menos que una asesina, ¿y todavía se da esos aires?

Oh, Dios. ¿Asesina? La palabra le golpeó en el plexo solar como un relámpago salido de la nada. «¿Soy una asesina?», se preguntó. «Por supuesto que lo soy, anoche hundí un cuchillo en el cuerpo de Kedar, con toda mi fuerza». Ni siquiera él podía creer lo que había pasado: «Avni, ¿qué hiciste?». Pero se encontraba tan alterada que no podía escuchar nada. En su arrebato, había acuchillado a Kedar una y otra vez. Fue como si su cuerpo no le perteneciera. Volvió de golpe en sí cuando la sangre que manaba del cuerpo de Kedar casi tocaba sus propios pies.

Avni comenzó a dar alaridos mientras recordaba y, asustada por sus propios gritos, se dejó caer en posición fetal, luchando para protegerse del horror.

Una de las presas se acercó a ella y le preguntó:

—¿Por qué lo asesinaste?

Avni sintió que la bilis subía de nuevo a su boca y se cubrió con las manos, para detenerla.

—¿Era tu amante? Yo también maté a mi esposo. El desgraciado tomaba todo el día y luego me violaba. Hasta se acostaba con prostitutas.— Le dio una bocanada a su *bidi* y continuó—: Era un verdadero hijo de puta, un pinche vago —y escupió—. A nadie le importa que me haya violado a diario, pero cuando lo maté, y ojalá haya tenido un feliz viaje, el miserable, me sentenciaron a cinco años.

Apenas oyó la palabra *sentencia*, Avni salió de su estupor. «No, no me van a sentenciar», se dijo. «Soy una persona decente y con buena educación». Luego la golpéo la realidad y empezó a sollozar.

La mujer le dijo:

—No llores, tonta. Yo también lloré, a montones. Pero aun así me dieron cinco años. No importa: cuando termine mi condena y salga, voy a casarme de nuevo, con su cuñado. Está guapo.

Avni sintió que estaba atrapada en una telaraña surrealista que la sujetaba hasta asfixiarla. Quería gritar con toda su fuerza que ella no era una persona malvada. Era una persona cultivada, idealista, que no tenía por qué recibir una condena de cárcel. La tenían que soltar, dejarla libre. ¿Cómo iba a poder vivir con esas criminales, esa escoria?

La mujer soltó unos anillos de humo y luego aventó la colilla.

—No te espantes. Al principio, todo mundo se asusta, pero luego la cárcel empieza a volverse menos horrible y al final, hasta vas a preferir estar aquí. ¿Me entiendes?

Avni comenzó a llenarse de rabia. ¿Qué hacía ella ahí, escuchando a esa mujer? Se apoyó en la pared y cerró sus ojos, para dar por terminado el diálogo.

Había un mundo de diferencia entre ese día y el anterior. Ayer, ella era un ama de casa feliz, como un ave en libertad. Hoy, era una asesina, sentada junto a otra asesina en la cárcel. Tragó saliva y pensó en Paritosh, su esposo. Él llegaría en cualquier momento, la tomaría en sus brazos y toda la amargura de sus problemas y desventuras desaparecería al instante. Paritosh, tan amoroso, tan cariñoso, astuto, inteligente... él se encargaría de lidiar con todo el fastidio del juicio y los embrollos legales y la llevaría lejos de esa miserable cárcel, hacia su hogar feliz. Mucho tiempo atrás, había hecho algo parecido. La había sacado de su existencia solitaria en un orfanato, hacia un mundo distinto, y se casó con ella. Hoy, volvería a ser su salvador de nuevo. ¿Por qué preocuparse?

—Tu abogado vino a verte —dijo una voz tensa que cortó su ensueño.

La otra presa se levantó y se esfumó. Avni se puso de pie y fue al cuarto de visitas. Ahí estaba Umesh, su cuñado.

—Avni, *bhabhi*, no te preocupes de nada. Pero, ¿qué sucedió? ¿Cómo llegó a suceder esto?

Avni empezó a revivir los momentos de la escena del crimen: el cadáver de Kedar a sus pies, los ojos de éste mirándola fijamente, en la estupefacción. Ella, de pie junto a él, con un cuchillo largo y afilado en su mano, empapada de sangre. Empezó a sollozar como si su corazón fuera a romperse.

—Por favor, *bhabhi*, no llores.

—Umesh, todavía no puedo creer que lo maté. ¡Una asesina!

—No te preocupes, *bhabhi*, todo va a arreglarse. ¿Dónde está Paritosh? ¿No estaba contigo?

La sola mención de Paritosh ayudó a calmar sus nervios.

—Dios mío, sigo esperando a Paritosh. Viajó a Delhi por su trabajo. Yo estaba sola en la casa. Estoy segura de que ya debe de haber recibido el mensaje.

—¿Entonces él no sabe? Me sorprende que haya pasado esto, Kedar es un amigo muy querido.

Avni se preguntó qué debía contarle a Umesh y hasta dónde llegar. ¿Debía entrar en detalles escabrosos y decirle que Kedar trató de

violarla? Mañana todo estaría en las primeras planas, con su retrato a un lado: ¿el ama de casa de una familia rica involucrada en un caso de violación y asesinato? No, jamás.

—Lo siento, *bhabhi*, sé que debes estar en shock y completamente traumatizada, pero, como tu abogado, necesito saber todos los detalles para preparar el caso. Dime de una vez si de verdad mataste a Kedar, y si lo hiciste, por qué fue y cómo.

Avni se dejó caer en una banca y suspiró. Ahora tendría que narrar todos los detalles, una y otra vez, no sólo a Umesh, sino a otras personas. Y tendría que enfrentarse a muchas preguntas no expresadas.

—Sí, Umesh, maté a Kedar. Un día antes, el había regresado de Bangalore antes de tiempo y fue a nuestra casa. Se veía de buen humor: había obtenido su divorcio después de una larga espera. Paritosh estaba en Delhi, así que él me llevó a celebrar con una cena. Te hablé para que nos acompañaras, pero Heena y tú no estaban en casa. Así que al final fuimos los dos solos a cenar. Kedar bebió todo el tiempo que estuvimos ahí. Intenté convencerlo de que parara, pero no me hizo caso. Llegamos a casa muy tarde.

Avni juntó fuerzas para revivir el incidente de nuevo. Durante toda la cena, Kedar ignoró sus súplicas para que no bebiera tan rápido. Se embriagó por completo. Al llegar a casa, ella empezó a preocuparse. Su intuición femenina percibía que algo andaba mal, había algo fuera de lugar, como si el aire estuviera cargado de lujuria y traición. Kedar pidió que le sirviera jugo de limón. Tan pronto como entró a la cocina, él la asaltó por detrás y trató de abusar de ella. En el frenesí que siguió, tratando de salvarse del ataque, no supo siquiera que lo había matado. Fue como si hubiera estado en piloto automático. Tuvo que pasar un momento para que recobrara los sentidos y se diera cuenta de que Kedar yacía a sus pies, bañado en su propia sangre.

Umesh intentó apaciguarla:

—No te preocupes, *bhabhi*, estabas en riesgo. Lo que hiciste se debió a las circunstancias. Vamos a contratar a los mejores abogados de la ciudad. Cuando llegue Paritosh, dile que vaya a verme. Por cierto, ¿qué le dijiste a la policía?

—Les conté todo. No estaba en condiciones de mentir.

Umesh se fue. Avni regresó a su celda, llena de presas. Se sentó en una esquina y cerró los ojos. Vio cómo Paritosh le sonreía y se aferró a esa imagen, para mantener el balance mental. Tal vez dormitó un poco.

De pronto, se despertó cuando sus manos y pies estaban por acalambrarse y oyó a alguien decirle que Paritosh había llegado. Avni saltó y fue, casi corriendo, al cuarto de visitas. Paritosh estaba ahí, una imagen del desaliento: cabizbajo, las manos cruzadas sobre el pecho. Avni fue y se paró junto a él. Paritosh la miró:

—¿Qué sucedió, Avni? No entiendo.

—Ni siquiera yo entiendo cómo pasó —dijo ella—, pero ahora que estás aquí, sé que no debo preocuparme.

—Sí, ya... ¡Pero Kedar fue asesinado!

—Tampoco puedo creer que maté a Kedar. No tienes idea de lo horrible que fue la noche anterior para mí. Dios sabe que traté de llamarte al hotel de Delhi, una y otra vez, pero la línea se había descompuesto. Mala suerte.

—Pero ¿cómo pudo hacer eso Kedar?

—No puedo imaginarlo, me rebasa. Él era un buen amigo tuyo, Paritosh. Cuando llegó a casa, estaba tan feliz por haber obtenido su divorcio. Luego, en la cena, no paraba de tomar.

—¿Por qué tenías que ir con él? ¿No podías haberle pedido a alguien que te acompañara?

—Le hablé a Umesh, pero él y Heena habían salido. Después, Kedar no me dejó hacer más llamadas. Todo fue horrible, Paritosh.

Avni recargó la cabeza en el hombro de Paritosh y empezó a sollozar.

—Le pedí a la policía que te avisaran y ellos hablaron inmediatamente a la policía de Delhi.

Paritosh se dio la vuelta y murmuró:

—Ese bueno para nada llegó a contarme todo cuando estábamos en medio de una junta con la Dirección General: «Señor Paritosh, arrestaron a su esposa por asesinar a Kedar, su amigo». Imbécil, estúpido. Anu, me sentí tan avergonzado. Todo mundo en la junta me miró fijamente, como si fuera una criatura extraña. Y ese inspector Chahuan, canalla, empezó a interrogarme. Dios, me sentí tan humillado.

—¿El inspector te contó eso frente a todo mundo?

—Sí, y todo mundo saboreó el escándalo: violación, asesinato y mi esposa involucrada.

Paritosh se aflojó la corbata. Avni sintió que un peso la oprimía por dentro. Se iba muriendo poco a poco, cada palabra de Paritosh era una herida en su corazón. Moría lentamente... o ya se sentía muerta del todo. Murmuró:

—Paritosh, pensé que todos mis problemas iban a desaparecer en cuanto llegaras.

—Eso sí, de seguro. El dinero no es el problema. Voy a darle un cheque en blanco a Umesh. Tendremos a los mejores abogados trabajando en tu caso. Pero, ¿puedes ver lo difícil que será para mí dar la cara a la sociedad? Todo esto es terrible para mí, para ti.

—Pero, Paritosh, no hice nada malo. Cualquier otra, en mi lugar, se habría defendido.

Avni empezó a recomponerse.

—Cierto, pero hubo asesinato, violación y tu arresto: es un menú en bandeja de plata para los periódicos.

—¿Entonces crees que debí haberme sometido ante Kedar?

—No, no, Anu. Pero era posible otra solución, una vía intermedia, algo que salvara nuestra reputación y que guardara las apariencias. Se podría haber llegado a un arreglo.

Anu se sentó lentamente en la banca, devastada ante esas palabras desalmadas. Paritosh estaba de pie frente a ella, irritado, agitado y todo lo que tenía en la cabeza era su propio deshonor.

Avni nunca se había sentido tan sola. Le preguntó:

—¿Qué quieres decir con llegar a un arreglo? Se trataba de un hombre borracho y empeñado en violarme. ¿Crees que habría escuchado razones o se habría conmovido con mis lágrimas? Estaba más allá de eso. Nunca pensé en matarlo. Sólo sucedió, como un destello.

Paritosh se sentó junto a ella, abatido y sin esperanza.

—Tenemos que enfrentarnos a la realidad de lo que pasó. Ahora es mi deber trabajar en tu caso.

—¡Deber! ¿Vas a llevar mi caso porque es tu deber? Sólo puedes pensar en la reputación, el deber, en dar la cara a la sociedad. Sólo piensas en ti. ¿Y qué hay de mí? ¿Has pensado siquiera en el trauma y la angustia por los que he pasado? ¿No quieres que te hable de eso? ¿No vas a preguntarme?

—Anu, por favor, ten algo de perspectiva. Todo este incidente es espantoso, una pesadilla. Te arrestaron por homicidio. Cuando se abra el caso, la gente comenzará a hablar. Será un chisme irresistible. Estoy en una encrucijada y no sé qué hacer.

Anu miró fijamente a Paritosh, desde el fondo de su abatimiento. ¡Se trataba de la misma persona que había estado esperando, impaciente, todo este tiempo! La persona que debía salvarla. ¿Era posible que hubiera pasado todos estos años con él, entregando cuerpo y alma, sin haberlo conocido en verdad? Todo lo que le importaba era su reputación y su sitio en la sociedad. No tenía idea de su trauma mental y físico, ni le importaba. Por primera vez en su vida, se preguntó si en realidad lo conocía.

Paritosh siguió divagando:

—Anu, iban a nombrarme director de la compañía este año. Todo el trabajo duro de estos años ha sido para nada. No tenía idea de que mis sueños iban a derrumbarse así algún día.

—Sí, Paritosh. Yo tampoco tenía idea de que mis sueños se derrumbarían así.

Para seguirse revolcando en su desgracia, Paritosh agregó:

—¿Sabes, Anu, cuál iba a ser mi salario? Iban a darme un auto, a cubrir mi renta y a asignarme un viaje de negocios cada dos o tres meses. Ahora mi carrera se terminó.

—¡Sólo piensas en tu carrera y tu futuro! ¿Qué hay de mí? ¿Qué va a sucederme ahora? —preguntó, casi contra su voluntad.

—A eso me refiero: la gente dudará de tu carácter. ¿Por qué Kedar iba a intentar violarte? Anu, eres tan ingenua. Los fiscales pondrán en duda tu versión. Van a destrozarte en los interrogatorios. Tu honor estará en riesgo.

Anu le gritó:

—¡Cállate ya! ¡No sólo eres egoísta, también eres un cobarde!

—¿Anu...?

—¿Te sorprende? Hoy, que veo la horrible verdad sobre ti, también estoy sorprendida hasta lo más profundo. ¡No tienes idea!

—¿Me llamas egoísta? Te he dado todo. Me fui de casa, me alejé de mi madre, mi padre, mi hermano mayor, de toda mi familia, por ti. Por ti, Anu.

Avni se hizo a un lado, pensando en cómo esas declaraciones tan francas también podían ser mentiras disfrazadas.

—También creía eso, Paritosh, pero ya no. Ahora sé que, aun si no nos hubiéramos casado, habrías dejado tu hogar y a tu familia, porque no podías llevarte bien con tu padre, terco y de mal temperamento. El matrimonio sólo fue el pretexto.

Avni se dio cuenta de que, de pronto, estaba contemplando las cosas de una forma nueva, especialmente su vida pasada. Sus ojos estaban abiertos y todo, cada detalle, estaba claro como el agua.

Después de la boda, Paritosh había tenido un ascenso tras otro, gracias a los esfuerzos y el apoyo de Avni. Él decía que su jefe disfrutaba las fiestas que ella organizaba, o que la esposa de su jefe admiraba la decoración que ella le había dado a la casa. Ella siguió haciendo estos pequeños favores y Paritosh siguió subiendo en la escalera corporativa.

Paritosh reflexionó:

—Anu, estás siendo muy injusta al negarte a reconocer mi punto de vista.

—No, Paritosh, tú eres quien ha sido injusto conmigo. No me has tratado como a una persona, con su propia identidad. Estuve viviendo a tu sombra y se suponía que debía estar feliz con eso. Me exhibiste como tu esposa-trofeo, bella e inteligente, y como su dueño, tu prestigio y tu poder aumentaron.

Paritosh caminó dos veces alrededor del cuarto. Había llegado a su límite. Era incapaz de pensar, todo le resultaba confuso.

—Anu, ahora no estás pensando bien las cosas, pero cuando todo esto pase, y estemos juntos de nuevo, haré todo lo necesario para que seas feliz de nuevo. Te prometo que voy a contratar los mejores abogados y no voy a descansar hasta que te liberen.

—Sí, pero vas a hacerlo por tu bien, no por mí. Si me declaran inocente y me liberan, vas a recuperar tu puesto en la empresa y tu prestigio social. Vete ya, por favor.

Anu se dio la vuelta y se dirigió a la salida. Paritosh la retuvo, sujetándola de la mano.

—Anu, Anu, ¿te volviste loca? Vamos a superar esto y volveremos a tener nuestra estabilidad, como si nada hubiera pasado.

Anu liberó su mano con un tirón y volvió a avanzar hacia la salida. Cuando llegó a la puerta, se detuvo y volteó a verlo. Le habló con calma:

—Lo que haya pasado, ya pasó. No te molestes por mí, Paritosh. No hagas nada. No me interesa pelear este caso. Voy a declararme culpable y voy a quedarme en esta cárcel.

Paritosh no podía creer lo que escuchaba:

—Anu, ya perdiste por completo la cabeza. ¡No hagas esa insensatez! —Empezó a hiperventilar y la tomó de nuevo del brazo—: ¡Júrame que no harás algo tan estúpido! ¿Quieres quedarte encarcelada?

—Ésta no es una cárcel, Paritosh. En realidad, es un mundo en el que voy a liberarme de tu mundo. Aquí no hay simulación, no hay hipocresía, ni falsos prestigios o reputaciones que salvar. Tampoco seré Avni. En este mundo nuevo, sólo voy a ser un número.

—¿Cómo voy a vivir sin ti, Anu?

—Antes, yo pensaba lo mismo. Pero ahora sólo quiero descubrirme, descubrir quién soy en realidad.

—¿Aquí, en la cárcel? ¿Como una prisionera?

—También tú eres prisionero de las normas sociales y la hipocresía. Tu conducta pretenciosa, tus falsas creencias y todo tu comportamiento lleno de rituales sociales son más rígidos que los barrotes de esta cárcel. Tu mundo sólo es libre en el discurso, pero es una libertad prisionera. Déjame ir, Paritosh.

Avni salió y fue hacia la cárcel, hacia ese nuevo mundo libre de la simulación y la hipocresía del mundo exterior que ella había conocido.

Sentada, Avni abrazaba una mochila pequeña en su regazo, en la que cargaba sus pertenencias. Recargó su cabeza en ella. El tumultuoso tiempo que pasó en la cárcel había consumido su belleza y su juventud, pero su espíritu estaba intacto. Era su *renacimiento*. Avni levantó la mochila y empezó a caminar por el largo y desolado camino •

Traducción de Atahualpa Espinosa, a partir de la traducción del gujarati al inglés de Yasmin Dhorda.

Vishvaamitri, detrás de la curva

SITANSHU YASHASCHANDRA

Se precipitó para ofrecer amistad

a todos;

un sabio a quien llamaron Vishvaamitra.

No sabía mucho de un mundo que, ocupado en maniobras ordinarias,

no tardó mucho en arrojarle sucios montones de falta de respeto.

—Ella es una hija lánguida de semejante sabio:

Ella es nuestro río, Vishvaamitri.[1]

Ella no tiene lugares íntimos para lavarse, en los que las mujeres se [puedan bañar.

No hay muelles públicos donde los veleros puedan detenerse para [recargarse.

No hay banquetas tranquilas cerca de su corriente para un paseo tardío.

Gurús con el agua hasta la cintura profiriendo shlokas hacia el Sol

padres[2] **que bauticen a otros en el nombre del Hijo,**

ella no tiene ninguno.

Nada de agua, de hecho, nada que pueda llamarse de verdad agua.

---

1 **Vishvaamitri es un pequeño río que corre a través de Vadodara en Gujarat central. (*N. del T.*).**

2 **En español en el original. (*N. del T.*).**

Ella fluye, muda, arrastrando un líquido sin nombre.
Encuentra un pasaje estrecho
entre las bestias encerradas de por vida en el gran zoológico
y los ciudadanos de mi pueblo que merodean perdidos por un tiempo en
[el gran jardín.

Como una mujer leprosa, ella se retira con sus extremidades sumergidas
[en sí misma.

Este río nuestro no puede permitirse tener
vergüenza, esperanza, dolor ni una leve sonrisa en sus labios.

Siempre que la he mirado directamente
ella, en cada ocasión, ha bajado la mirada
y se ha deslizado detrás de la curva aquella.

Aunque, si lo piensas,
ella también podría haber sido alguna vez un río.
Como el Ganges Sena Volga Nilo Támesis Amarillo Misisipi Amazonas,
son todos ríos,
ella, también fue, quizá, uno.
Mucho más pequeño,
pero río también: agua corriente, en la que vivían criaturas acuáticas,
se reflejaba la luna llena,
ciervos, de cuernos enredados, al amanecer,
y al anochecer, guepardos, de cuerpos relucientes,
inclinaron las cabezas, respetuosos,
y luego bebieron;
en cuyas dos orillas, tierras de cultivo,
sedientas por el fuerte sol de verano,
amamantadas, agachándose en fila, sus labios temblorosos,
como infantes adorables.

—Cuando digo cosas como ésta,
de pie en ese puente de ahí extendido a través de ella,
suavemente, para que sólo ella pueda escuchar,
cada vez ella
ha fingido no escucharme.

Ella cierra los ojos, se pone un sari alrededor de su cuerpo delgado,
se cubre con suciedad flotante la cara,
se va, con algo de prisa, detrás de aquella curva.

Rara vez, sin embargo, finalmente,
cuando las cosas van más allá de su aguante,
entonces,
en una noche de monzón, en la oscuridad,
ella se crece, este río,
se desborda como los ojos de una niña ciega.

Temprano antes del amanecer, enseguida,
ella trepa por las orillas, rápidamente,
corre a la plaza del pueblo,
se pone de puntitas,
y se eleva a los pies de su Rey, antes tan cariñoso, ahora
vestido con ropa negra, sentado en un caballo negro,
convertido en piedra;

ella,
se detiene, observa, comprende, se muerde la lengua,
aprieta los labios, seca sus lágrimas
con el dorso de la mano, y, sola,
retrocede, se repliega, silenciosa, atraviesa todo el lodo, y se aleja

detrás de aquella curva.

La selva

La selva se incendia y el flujo de mi canción es lento.
A las aves que viven en los altos ébanos del lenguaje no se les
[puede prestar ayuda ahora.

Es una selva tropical antigua, verde loro, plena y amplia.
Muchos monzones lo han intentado; todavía hay agua debajo del suelo,
fangosa y amarga.

Las maderas gruesas y pesadas no arden tan rápido, las llamas
estallan, forman doseles de chispas, se detienen, sólo para
[comenzar de nuevo.
El fuego no se acuesta con los ojos cerrados en cualquier cama
[fresca de cenizas suaves.

Aquí hay agua, la suficiente para que el bosque no se seque,
pero no para apagar el fuego.

Con una lenta cadencia, esta canción también ha perdido su sentido,
no puedo reivindicar lo que sugiere.
Los gemidos de bestias, hombres, pájaros y árboles suenan igual.

Una parvada de loros, una gran parvada con cientos de loros,
[ahora se lanza al cielo.
Flota, se dispersa, se retuerce y cae: piedras grises
arrojadas al bosque

Si tan sólo pudiera recordar la prosodia que se preserva en las páginas
del libro de métrica perdido,
podría escribir la epopeya de los altos árboles de teca y de ébano
[entumecidos por los golpes de esas piedras.

El grueso y ancho estandarte en el templo de Shiva del bosque
se quema y aletea.
¿Dónde están las reglas de prosodia para las figuras
retóricas que escucho tan bien en el burbujeo del agua hirviendo
en la jarra del Shivalinga?

En el templo interior, el brillo puro.

Estoy adentro de los acantilados de mármol, frescos y blancos,
estoy adentro de los cristales multifacéticos,
detrás de las rígidas rocas de enormes diamantes tallados.

Veo por todas partes el bosque iluminado por las llamas,
no me ha tocado el fuego.
Estoy abrasado.
Ardo

Versión de Víctor Ortiz Partida, a partir de la versión
del gujarati al inglés del autor.

Jaisalmer

Gulam Mohammed Sheikh

Las doce caras del sol
encendidas
y
congelando
los doce mundos.
La arena huérfana yacía allí,
y las nubes se escaparon, viendo la oportunidad.
Las estrellas sonrieron, impotentes,
cuando
todas esas casas en el borde
del desierto
se levantaron y dejaron
camellos muertos a sus espaldas;
paquetes y pertenencias
cayeron inútiles en la arena,
los turbantes de los jinetes volaron
jirones
como las plumas de los pájaros
sacrificados y comidos,
y
hombres semidesnudos
seguían tragando
el aire pantanoso del desierto,
con la boca abierta de par en par.

Versión de Víctor Ortiz Partida, a partir de la versión del gujarati al inglés del autor y de Adil Jussawalla.

Ladrones

Girdhari Lal Malav

Los dos bueyes que tiraban de la carreta eran más como bebés de elefante que simples bueyes. Podían llevar una carreta cargada a una distancia de cincuenta kilómetros en una noche, sin pedir descanso. El metal de las campanas atadas a sus cuellos tintineaba mientras los bueyes trotaban, moviendo sus cabezas arriba y abajo. Los coloridos tapices de tela en sus lomos mejoraban la marcha de los bueyes. Bueyes así eran una posesión que enorgullecía a pocas familias en el pueblo. Ramchanda emitió un sonido típico con su boca mientras tocaba sus colas. Los bueyes entendieron el aviso y aumentaron su velocidad, como si estuvieran en celo. La carreta comenzó a rodar como el viento, levantando una nube de polvo.

Después de recorrer una distancia de aproximadamente un kilómetro, vieron a dos granjeros del pueblo de Motipara, custodiando un campo de mijo. Uno de ellos reconoció la carreta. Se preguntó en voz alta hacia dónde iría Dahji Patel, el veterano jefe de la aldea, pues ya iba a caer la tarde.

«¿Quién es Dahji Patel?», preguntó el otro. El primer hombre, que había mencionado a Patel, obtenía las semillas y fertilizantes que requería de él.

«¿No sabes quién es Dahji Patel, del pueblo Sokanda? Es famoso en toda la zona. Tiene la suerte de disfrutar un asiento al lado del rey en la corte real. ¿Quién no lo conoce?», soltó en un solo respiro.

«¿Cómo se llama?», preguntó el otro hombre de nuevo.

«¡Qué ignorante eres! Él es Nanda Patel. El gran campo cerca del límite del pueblo, donde dos guardianes vigilan la cosecha, pertenece a él», dijo el primero.

«¡Oh! ¿Es él, él?», el otro hombre expresó con una mirada de reverencia.

«Sólo había escuchado su nombre hasta ahora. ¡Ahora lo estoy viendo! ¿Y a dónde va a esta hora? ¡Qué decir de él! Es un hombre respetado. Tiene

decenas de trabajos para atender, como asuntos de la comunidad, disputas, tribunales, invitados, visitas, ¿y qué no?», el primero explicó.

Mientras tanto, la carreta se detuvo cerca de ellos.

«Ram Ram, Patelji». El primero ofreció saludos con las manos juntas.

«¡Ram Ram, hermano! ¿Protegiendo el mijo?», Patel respondió.

«¿Qué más? No hay otro trabajo; así que vinimos aquí», respondió el segundo hombre humildemente, aún cruzando las manos. Luego fingió risa.

«Bueno, bueno». Patel miró de cerca el campo de mijo. Escondiendo su intención codiciosa, dijo: «La cosecha es realmente abundante, este año. Dios tiene muchas bendiciones».

«Sí, Dahji; es toda tu gracia». El granjero se inclinó casi tocando con su cabeza el suelo. La carreta rodó por delante. Había otras cuatro personas en la carreta, además de Patel y Ramchanda. Todos del mismo pueblo y eran hombres de confianza de Patel. Modya, Dhanya, Rama y Kanha. Modya preguntó: «¿Quiénes eran estos hombres, Dahji?».

«Son nuestros pobres cultivadores. No les hagas caso», Patel respondió.

«Al contrario, ¿debería manejarlos adecuadamente, si me lo dices?», Modya completó su oferta con un abuso obsceno.

«¡No, no! ¿Qué estás haciendo? Callar. ¡No sabes nada!».

Patel silenció a Modya. Luego le preguntó a Kanha: «¿Has traído las cosas?».

Kanha sabía la intención de la pregunta de Patel. «Sí, Dahji, pero ¿cómo nos las arreglamos? Se derramará. Los idiotas, ya sabes».

«No, no. Sólo pregunté para comprobar que no te hayas olvidado», Patel se humedeció los labios con la punta de la lengua y tragó saliva.

El sol estaba a punto de hundirse en el horizonte occidental. Los granjeros y los trabajadores regresaban de los campos a sus hogares. La carreta iba a toda velocidad. Hubo intercambios ocasionales de saludos y algunas personas conocidas pasaron de largo. Las mujeres, caminando con manojos de forraje verde sobre sus cabezas, se cubrieron con sus velos y dieron paso al carro.

Rama preguntó, en un susurro: «¿En la próxima parada, Dahji?». Patel respondió de la misma manera: «Sí, en la próxima. Todavía hay luz del día».

La carreta se movía a un ritmo constante. Todos los ocupantes hablaban sobre cualquier cosa, para matar el tiempo. Hacían chistes obscenos, adornando la narrativa con bocados de expresiones lascivas.

«Vamos, Modya, sácalo de tu bolsillo. No dejas que incluso el viento toque tus *bidis*». Kanha tomó la mano de Modya y deslizó su otra mano en su bolsillo.

«Es un avaro», Dhanna intervino. «Cuando todos ustedes quiebren, sólo mis recursos vendrán en su ayuda». Modya cedió, sacó de su bolsillo y ofreció *bidis* a todos. Patel cambió el tema: «Dhanya, ¿qué pasó cuando fueron a secuestrar a la esposa del hermano de Rama?».

Modya interrumpió: «Nada de eso sucedió, Dahji. El padre de la mujer no tenía intención de enviarla. Muchas personas lo intentaron, pero en vano. Quería entregarla a otro hombre. ¡Bastardo codicioso!».

Todos se rieron mucho. «La mujer se comunicó en secreto a través de alguien para llevarla por la fuerza, ya que su padre no iba a enviarla de buena gana».

«¿Entonces?», Patel mostró interés en la historia.

«¿Entonces qué? ¡No tienen cerebro!», dijo Kanha.

«¿Cómo?», preguntó Modya.

«No podían ponerse de acuerdo en una cosa. No discutieron el asunto lo suficientemente en serio como para encontrar una salida viable. Tontamente, se pusieron en marcha en la misión una noche, armados con sus palos y reunidos cerca de la casa», dijo Kanha.

«¿No fuiste tú también con ellos?», le preguntó Patel a Kanha.

«Tenía que hacerlo. Amistad, ya sabes. Incluso si uno tiene que sacrificarse por la causa de un amigo, uno debería hacerlo. De lo contrario, ¿cuánto vale la amistad?». Kanha continuó: «Modya, Rama y yo tomamos posiciones detrás de la casa, esperando que entráramos a través del techo de paja y nos lleváramos a la mujer con nosotros. Estaba lista, como había dicho. *Ok*, lo que pasó a partir de entonces puede ser mejor narrado por Dhanya. En lo que a nosotros respecta, nos pusimos tan nerviosos al escuchar ruido que nos fuimos, antes de que la gente tuviera tiempo de reunirse en la escena».

«Dinos ahora, Dhanya», Patel disfrutaba los detalles.

Dhanya dijo a su vez. «¡Qué desastre fue! Tan pronto como entré a través del agujero hecho en el techo, la mujer se despertó e intentó dar alarma. "¡Cállate", le dije, "tanto a ti como a mí nos matarán!"».

«La advertencia no tuvo efecto en ella. Sus agudos gritos despertaron a todo el pueblo. La gente se reunió en poco tiempo. Se volvió demasiado arriesgado salir de la casa. Algunas personas también habían subido al techo. Mis amigos ya salieron desbocados», pensé.

«¿Qué más podríamos haber hecho? ¿Quedarnos allí para ser asesinados? ¿Cómo podríamos haber peleado con toda la aldea?», Modya defendió su acto.

Dhanya continuó: «Me devané los sesos. La mujer seguía llorando. En una esquina vi un contenedor de hojalata en un hueco de la pared y al abrirlo encontré que estaba lleno de chile en polvo. Envolví una colcha a una piedra de molino y grité en voz alta: "Estoy saliendo. ¡Deténganme si pueden!"».

«Luego levanté la piedra de molino, desde la apertura en el techo. Los hombres ahí afuera comenzaron a golpearlo con palos y lo que tenían. Después de unos minutos dejaron de escucharse. Tomando un puñado de chile en polvo con una mano y la colcha envuelta en la otra, saqué la cabeza fuera de la apertura. Tiré chile en polvo hacia los hombres que estaban aún allí. Tuvo el efecto deseado. Se dispersaron en poco tiempo, algunos frotándose los ojos y otros incluso llorando de dolor. No habiendo nadie en el lugar para enfrentarme, salí por la abertura y escapé tan rápido como pude».

«¡Qué trabajo tan heroico! ¡Ya no hay hombres como tú!», Patel le dio unas palmaditas a Dhanya en el hombro.

La carreta se precipitaba por la pista de barro. Al divisar un pozo y un par de árboles en el camino cerca de un pueblo, Patel señaló la ubicación y tocó a Ramchanda, quien lo miró. Patel susurró: «Aquí, debajo de los árboles».

La carreta fue conducida debajo de un árbol. Los bueyes fueron desenganchados y atados al árbol. Ramchanda barrió un pedazo de tierra, sirvió forraje a los bueyes y extendió una alfombra para Patel. Kanha y Modya descargaron algunos artículos de la carreta, encendieron un fuego con trozos de estiércol secos y pusieron un poco de *dal* para hervir. Otro hombre amasó harina de trigo e hizo algunos *baatis*. Patel le preguntó a Kanha: «¿Tónico?».

Kanha gritó: «Tráelo, Dhanya; se guarda debajo del piso de la carreta».

Dhanya sacó una botella, la descorchó y vertió el licor en seis vasos de vidrio. Sintieron el golpe tan pronto el alcohol bajó por sus gargantas. Comenzaron sus chismes de rutina.

«Una vez que eso sucedió, Dahji», Kanha comenzó, «cuatro de nosotros nos habíamos ido al pueblo de Kasanpara para nuestra ocupación habitual. Era tiempo de sembrar. La mayoría de la gente en esos días permanecía en un estado de agotamiento debido a la difícil rutina».

«No dejes que se queme el *baatis* mientras hablas», dijo Modya.

«No te preocupes; los estoy volteando. Vierte *ghee* en el *dal*», Kanha le dijo a Modya y continuó: «La gente del pueblo regresaba de los campos tar-

de, cenaban, alimentaban al ganado, preparaban las semillas para sembrar y se iban a la cama, con la presión del trabajo en sus mentes, para el día siguiente. Difícilmente tenían tiempo para alguna diversión. Se quedaban dormidos rápidamente, en poco tiempo. Ése era el momento que estábamos esperando. Cuando el silencio fue profundo, subimos a la casa de un Patel desde la parte trasera. Nos las arreglamos para saltar al patio que lucía la quietud de un cementerio. Buscamos en una habitación y, por suerte, encontramos una caja grande y pesada de lata. Dhanya la levantó sobre su cabeza y todos nos apresuramos hacia la puerta principal para salir. En ese momento, una anciana preguntó: "¿Quién está allí, Gopala?". Dije vagamente: "¡Hmm!", pero ella insistió: "Hmm... ¿Qué? ¿Quién es?, ¿tú?". La anciana había sospechado».

Dhanya interrumpió y agregó: «Estos tres lograron abrir la puerta principal y escaparon. También traté de correr con ellos, pero la carga de la pesada caja en mi cabeza me detuvo. La anciana seguía gritando tanto que muchas personas salieron de sus casas y algunas de ellas me atraparon con las manos en la masa».

«¡Te atraparon!», Patel expresó asombrado, «¿y entonces?».

«Comenzaron a golpearme por todos lados. Pude soportarlo como porque mi cuerpo está endurecido por el ejercicio desde la infancia. Otro en mi lugar habría caído inconsciente», dijo Dhanya.

Patel tragó de un solo golpe todo lo que quedaba en su vaso. Eructó en voz alta y, girando su bigote, preguntó: «¿Qué pasó entonces?».

«¿Qué más? Me llevaron a un espacio abierto y trajeron una linterna. Colocaron la caja en una plataforma y me ataron las manos y los pies con una soga. También me dejaron en la misma plataforma. Todo el que acercaba me pateaba o me golpeaba con el puño. Algunos quedaban satisfechos con gritarme sus insultos preferidos».

«Mira, preparemos la cena primero. Podemos seguir hablando mientras comemos», dijo Modya. Patel le preguntó a Dhanya: «¿Todavía hay algo en la botella?».

«Sí, hay un poco. Puedes terminártelo. Luego podemos comer», Dhanya ofreció.

Patel tomó el último sorbo. Rama sirvió cuatro *baatis* a cada uno. Abrió la parte superior de los *baatis* y puso *dal* sobre ellos. Comenzaron a comer. Patel retomó el incidente de nuevo. «Entonces, Dhanya, ¿te llevaron a la policía la mañana siguiente?

Modya interrumpió: «¿Por qué? ¿Para qué estamos nosotros?».

«¿Qué podían hacer ustedes?», Patel se agitó como si algo impensable hubiera sucedido.

«Nosotros lo rescatamos, Dahji», dijo Kanha, luchando con la sensación de chile en la lengua. Luego comenzó a toser. «Cómo...», Patel no podía entenderlo. «¿Cómo pudieron rescatarlo después de que lo atraparon? ¿Crees que soy tonto?».

«Cuando los tres huimos y Dhanya se quedó atrás, nos escondimos en un campo de mijo cerca del pueblo y vimos lo que estaba pasando desde una distancia segura. Nos asustamos cuando la gente comenzó a golpear a Dhanya, pues sentíamos que a nosotros también nos podían atrapar y golpear», dijo Modya. «Le dije a Kanha: se sabe que tu casta es tonta, pero ahora recuerda a tu Dios y exprime tu cerebro para encontrar una salida. Si entregan a Dhanya a la policía, sería un gran insulto para nosotros. ¡Nuestras madres se avergonzarían, amigo mío!», le lanzó una sonrisa burlona a Kanha, que estaba limpiándose la nariz que escurría copiosamente debido al alto contenido de chile en el *dal*.

Kanha protestó: «Mira, Dahji, este hombre no degradará mi casta».

Patel dijo bruscamente: «¡No discutas! ¿Qué paso después?».

Kanha continuó: «Después de todo, fue mi truco lo que funcionó. Nada vence a la inteligencia, ya sabes. Cuando le expliqué mi plan, Rama se negó: "No, no. ¡No podemos entrar en la boca abierta de un león!". Yo le aseguré: "La gente no podrá vernos. Nadie puede ver desde un lugar iluminado hacia la oscuridad de alrededor. Entonces, su atención tampoco estará puesta en nosotros". Con mucha persuasión, Rama estuvo de acuerdo».

Nos apretamos el turbante, recogimos nuestros palos y nos levantamos para enfrentar el desafío. Caminando en silencio, nos mezclamos con la gente que rodeaba al pobre Dhanya. De repente, Rama golpeó la linterna con su palo y comenzó a desatar a Dhanya. Aprovechando la oscuridad total, hicimos buen uso de nuestros palos con quien estuviera delante de nosotros. Tomada totalmente desprevenida, la gente comenzó a gritar, a llorar y a correr para resguardarse. Recogimos la caja y, en cuestión de minutos, salimos del pueblo junto con Dhanya, algunos hombres trataron de seguirnos pero pronto nos alejamos».

«¿Es cierto eso?», Patel estaba muy contento de escuchar su aventura. Añadió: «¡Los valientes deberían ser tan valientes como ustedes!».

Habían terminado de comer y ahora encendían *beedis* para fumar. Patel hizo balance de la situación. «Parece que la gente se ha ido a dormir. ¡Modya! prepárate, ahora». Kanha asintió con la cabeza. Caminó, subió al carro

y trajo dos palos y dos varillas de hierro. Los cuatro hombres tomaron un arma cada uno.

«¡La gracia de la Diosa Madre sea contigo! ¡Tengan cuidado!». Patel dio luz verde a la misión. Modya aseguró a Patel: «No te preocupes por nosotros. También cuídate y mantén la carreta con los bueyes lista para la carrera».

«No se preocupen por mí. ¡Vayan!», Patel los despidió con la mano otra vez.

Luego de que los cuatro hombres se fueron, Ramchanda extendió una alfombra en el piso de la carreta. Los bueyes estaban unidos al carro. Sosteniendo la cuerda, Ramchanda se puso en cuclillas en el suelo, frente al carro. El pueblo estaba profundamente dormido. El silencio fue perforado tan sólo por los ladridos de unos perros y por el ruido de la tos de un anciano. Este año el invierno era bastante severo y la gente evitaba dejar sus cálidas colchas.

Ramchanda encendió un *beedi* más, dio un largo bostezo y miró en el cielo. Un grupo de estrellas, Orión, estaba sobre su cabeza. Tauro gravitaba hacia el oeste. Patel había empezado a roncar. Un buey masticaba el *cud* mientras el otro lamía el cuello de su compañero. Sus campanas de metal hacían un sonido suave. El cielo nocturno con millones de estrellas era muy brillante.

Algunos perros ladraron de nuevo y el viejo tosió un par de veces más. Ramchanda alertó a Patel sin hacer ruido. Patel dejó de roncar y despertó con un tirón. Aclarando su garganta, preguntó: «¿Qué es eso?, ¿ya vienen?». «Parece que están volviendo. Puedo escuchar el sonido de sus pasos», confirmó Ramchanda.

«Prepárate, entonces», Patel se puso completamente atento

«¡Estoy listo!», aseguró Ramchanda, aclarándose la garganta.

Los cuatro hombres aparecieron rápidamente. Rama y Dhanya llevaban cada uno una caja en la cabeza. Se acercaron al carro e hicieron y anunciaron su llegada silenciosamente. Patel se incorporó. Ramchanda levantó el piso de la carreta. Las dos cajas se colocaron cuidadosamente allí y nivelaron el piso nuevamente. Extendieron la alfombra encima y todos tomaron sus posiciones. Nadie hablaba. Ramchanda, sentada delante de la carreta, arrió a los bueyes. La carreta comenzó a acelerar hacia su pueblo.

Casi amanecía. La gente giraba en sus camas para comenzar un nuevo día. Cuando la carreta pasó por el último pueblo, estaba bastante oscuro, pero ahora una luz dorada había comenzado a aparecer en el horizonte oriental.

Las mujeres y los hombres mayores habían salido de sus casas y ya iban

a sus quehaceres matutinos. Algunos de ellos incluso saludaron a los ocupantes de la carreta.

Los bueyes, ansiosos por llegar a casa, trotaban sin ser arriados. Patel y los otros iban medio dormidos. El sol ya se distinguía bien por encima de los árboles cuando la carreta pasó al lado del propio terreno de Patel. Sus guardias de la aldea Sokanda ya estaban allí. Una manada de ganado pastaba cerca. Cuatro niños vigilaban la manada. Dos entraron en el campo de Patel, arrancaron algunas espigas de mijo y salieron. Ramchanda los vio, detuvo la carreta y preguntó: «¡Ah!¿Van a asarlas y disfrutarlas?».

Patel de repente se interesó: «¿Quién está ahí?».

«Son pequeños arrieros, Dahji; arrancando espigas de mijo de tu terreno», Ramchanda informó.

Al escuchar eso, todos en la carreta despertaron de su sueño. «Vamos. Enciende un *beedi*. Todavía me siento somnoliento», murmuró Modya, frotando sus ojos. Kanha sacó cuatro *beedis* y se los ofreció a todos.

«¡Los ladrones son una maldita molestia!». Kanha inhaló humo de su *beedi* y pronunció una frase obscena, mientras expulsaba una nube de humo a través de sus fosas nasales. «¿Quién son ustedes? Vengan aquí». Los dos muchachos estaban parados como estatuas. No sabían cómo responder cuando estaban acorralados. Uno de ellos se aventuró a decir algo, vacilante: «Tomamos un poco para asar y comer».

Patel estaba rojo de ira. «Atrápalos y tráelos aquí, Ramchanda. Ya les había advertido antes, pero parece que no se darán por vencidos en su hábito de robar. ¡Seguirán siendo ladrones toda su vida!». Concluyó con algunos sucios insultos. Luego ordenó: «Amárrenles las manos y súbanlos al carro para entregarlos a la policía».

Modya y Rama agarraron a los dos niños que estaban llorando y rogando que los liberaran. Los subieron a la carreta. Los bueyes ya tenían prisa. Levantando mucho polvo, la carreta tomó el camino hacia el pueblo ●

Traducción de Omar Gómez, a partir de la traducción del rajastaní al inglés de Arun Sedwal.

El poder de los sueños

INDRA BAHADUR RAI

SI LOS SUEÑOS PUDIERAN CONTROLARSE y usarse de acuerdo a los deseos, tomarían la forma de algo poderoso. Serían primos dóciles de los pensamientos y la imaginación, convirtiéndose en una capacidad que podría ser muy útil para el ser humano. De ahí la importancia de recibir un entrenamiento largo y cuidadoso, por parte de un psicoanalista, para la comprensión del subconsciente. Porque a veces, cansada de la uniformidad de su producción, la naturaleza dota de este poder a ciertas personas que selecciona al azar.

Una noche, Manbahadur soñó con alguien que no conocía:

NUNCA LO HABÍA VISTO ANTES. Tampoco se parecía a ninguno de los hombres que protagonizaban las historias que había leído. Usaba zapatos rojos, pantalones caquis, abrigo verde a rayas y sombrero. Medía un metro ochenta de estatura. Cruzó la carretera y caminó hacia mí sin prestar atención a nada ni a nadie. A medida que se acercaba, el sueño se volvía confuso e incomprensible. Cuando se aclaró, me dijo: «Quieres que te dé diez rupias, ¿no es cierto? Si te digo que te las daré, no descansaré hasta hacerlo. Si hubiera sabido que necesitaría diez rupias, las habría cargado conmigo».

«Entonces, ¿cuándo me las darás?», pregunté con severidad. Él giró la nariz larga y puntiagida, el oscuro rostro escuálido y los ojos brillantes hacia mí y aseguró: «Cargaré un billete de diez rupias conmigo todo el tiempo. Cuando me vuelvas a ver, pídemelo y te lo daré. Si falto a mi palabra, que un *jeep* me pase por encima». Mientras hacía su juramento, se veía extremadamente asustado.

Ya despierto, mientras observaba las flores en el jardín, me pregunté cuál podría ser el significado de ese sueño. Decidí que representaba que el dinero es la fuente de toda disputa y profetizaba que me metería en una durante el día, así que debía conducirme con cautela.

Caminaba sobre la banqueta hacia mi lugar de trabajo cuando me di cuenta de que había llegado exactamente al mismo punto en que había ocurrido mi sueño. Mientras la gente me rodeaba como si fuera una glorieta para continuar su camino, me detuve y examiné el lugar. Si una disputa estaba a punto de suceder, debía ocurrir precisamente ahí. Sin embargo, todos los que pasaban lo hacían a paso tranquilo y ocupándose de lo suyo. Así que me consideré un tonto y seguí andando hacia mi destino. Justo entonces llamó mi atención un hombre que vestía un abrigo de doble pechera y unos pantalones caquis desgastados. Aunque aún estaba lejos, por su forma vacilante de moverse era obvio que caminaba con miedo mientras cruzaba apresuradamente la carretera. Alcancé a ver también que llevaba un sombrero y que, aunque venía directamente hacia mí, evitaba mirarme. Cuando se acercó más, observé detenidamente su cara. ¡Era el mismo hombre! Aunque ese descubrimiento no me atemorizó, me invadió repentinamente el impulso de hacer algo irracional. Caminé tan silenciosamente como él, lo detuve y espeté: «Dame diez rupias».

Me miró con los ojos completamente abiertos, de arriba abajo. No entendía lo que estaba ocurriendo. Tal vez trató de decirme algo pero sus labios apenas se movieron. Dio un paso atrás. Yo seguí mirándolo como si estuviera a punto de comérmelo. Una de sus manos se dirigió lentamente hacia el bolsillo de su abrigo, sacó un colorido billete de diez rupias y, sin decir palabra, me lo entregó. Lo acepté y retomé mi camino.

Pude sentir que él se había dado la vuelta tras de mí y también cómo su mirada me acompañó hasta que la oficina postal me ocultó de su campo de visión.

No conté a nadie el incidente. Temía que después de escucharlo hicieran innumerables comentarios, añadirían de su cosecha a la historia real y se la contarían a otros. Lo que sí hice fue examinar sin falta las diez rupias al menos una vez al día. Me preguntaba si el billete sería falso. Comparé su número de serie con otros de la misma denominación. No era falso. Empecé a cuestionarme si ese billete en particular serviría para comprar cosas. Hasta que un día traté de intercambiarlo por un libro. El dependiente lo aceptó y lo puso en la caja registradora inmediatamente. Sin pensarlo grité y se lo arrebaté. Entregué otro idéntico para sustituirlo y corrí de regreso a casa.

Esa noche tuve un ataque de pánico ante el pensamiento de perder el billete. El hombre no volvió a aparecer en mis sueños. Tampoco volví a encontrármelo. Fui a la estación de policía para preguntar por cualquier reporte de un hombre arrollado por un vehículo. Ningún accidente de ese tipo había sido reportado en los últimos seis meses. Después de algunas visitas indagatorias, comencé a sentir que los oficiales de policía empezaban a mirarme con sospecha. Dejé de ir a la estación.

Justo cuando intentaba olvidarlo todo y volver a mi rutina, el hombre vino a mi casa. Había adelgazado mucho y se veía frágil. Parecía aún más asustado que cuando nos encontramos la última vez. En cuanto a mí, me molestaba mucho tener que verlo de nuevo. «Por favor no te molestes por verme aquí», suplicó. Al ver mi reacción dijo con voz triste: «¿Lo que te está molestando es tener que regresarme las diez rupias? Tendrás que devolverlas de cualquier manera». «No recibirás ni una rupia de vuelta», repuse. «¿Por qué no?», a pesar de mantener un tono amable, siguió interrogándome con firmeza: «¿Por qué razón te di yo ese billete? Explícame al menos eso». Lo cierto es que para mí ésa todavía era una pregunta difícil de responder.

«Tú dime por qué me lo diste. Porque estabas obligado a dármelo, ¿por qué si no? Medítalo con calma, y si todavía sientes que tengo que devolverte el dinero, te lo daré. Si falto a mi palabra, que un *jeep* me pase por encima».

Se quedó parado ahí con expresión malhumorada mientras yo lo esquivaba y me alejaba en dirección al mercado.

Al día siguiente volvió a visitarme. Esperó durante media hora, que pasó merodeando por el jardín hasta que me vio salir. «No tengo nada que comer, por eso estoy aquí otra vez. ¿Cómo puedes sonreír mientras me muero de hambre?». Con un tono que amenazaba con transformarse en llanto en cualquier momento, dijo, «Por favor dámelo para poder comprar un poco de arroz e irme a casa». Yo empecé a burlarme de él descaradamente: «Primero tráeme un comprobante oficial de lo que te debo. Te lo pagaré enseguida. No te comportes como niño y reclames el dinero de alguien más como si fuera tuyo. No pude haberte pedido prestada una suma tan insignificante como diez rupias».

«¡Quédatelas! Y ojalá prosperes con las diez rupias que me quitaste con engaños. Ojalá que te salga barriga. Ahora bromeas, pero más tarde puede que tengas que arrepentirte de haberme matado. Te convertirás en un asesino».

Un par de días después me lo crucé en el mismo lugar de nuestro primer encuentro. Sin embargo, esa vez no quiso hablar conmigo. Parecía asustado

mientras corría sobre la banqueta. Yo aún llevaba el billete en mi bolsillo. Le había tomado cariño. El día que tuviera que deshacerme de él...

Una semana más tarde, mientras iba hacia mi trabajo, lo vi de nuevo. Iba acompañado por un amigo. Este último sobresalía desde lejos porque llevaba puesto un sombrero de plumas y botas de policía. Traté de actuar como si no los hubiera visto, pero noté que mientras caminaban hacia mí él hacía una punta con sus labios para señalarme. Me pregunté qué clase de cosas habría contado para difamarme. Intenté no molestarme. Cuando pasaron a mi lado, el hombre del sombrero de plumas exclamó «¡Yuck!» y se rio. A pesar de eso, mantuve la cabeza fría. Para no cometer una imprudencia, seguí mi camino.

Después de ese encuentro pasaron unos diez meses sin que volviera a ver al hombre ni en sueños ni en la realidad. Para entonces ya empezaba a sentir un fuerte arrepentimiento. Tal vez era verdad que no tenía nada que comer. ¿Qué, si hubiera muerto realmente? ¿Qué, si fui yo quien lo llevó a tan miserable estado? Si tan sólo pudiera tener otra oportunidad de encontrármelo. Lo había buscado por todas partes sin éxito. Ya había olvidado su cara y todo su aspecto, pero estaba completamente seguro de que había muerto.

A pesar de ello seguí preguntando a un montón de gente, pero no pude averiguar si él trabajaba en alguna parte de la zona. Fui al hospital, pero no había nadie que hubiera sido atropellado por un vehículo. La desaparición empezaba a carcomerme la conciencia. Sentía que tenía una especie de enfermedad del corazón y temía enloquecer muy pronto. Empezaba a creer que hasta el último día en que hubiera vida en mi cuerpo, estaría infatuado con el billete de diez rupias. Que mientras no fuera capaz de devolverlo, no podría descansar y me sentiría más inquieto cada día. Definitivamente debía hablar con alguien sobre mi condición. Si al menos pudiera ir al cementerio a llorar ruidosamente sobre la tumba de ese hombre, quizás...

De la nada, el tipo del sombrero de plumas pasó por mi mente. Tenía que encontrármelo de alguna manera porque encontrarlo significaría resolverlo todo. Así que fui a donde lo vi la primera vez y esperé toda la mañana. No apareció.

Al día siguiente tampoco.

Al tercer día llevaba un buen rato parado ahí cuando lo vi aparecer a la distancia. Se comportaba de una manera que me sugería que quería que lo viera, se tambaleaba al caminar.

Cuando estuvo lo bastante cerca para oírme, le pregunté de golpe: «¿Dónde está tu amigo?».

Él se veía confundido.

«¿Dónde está tu amigo?, dímelo». En mi agitación, repetía la misma pregunta una y otra vez, al tiempo que apretaba su mano temiendo que pudiera correr y desaparecer para siempre.

«¿De qué amigo hablas?».

«¡Tu amigo! Pasaste por aquí una vez, hablando con él».

«¿Quién podría ser?».

«No me salgas con eso. El de los pantalones caquis, el abrigo verde y el sombrero».

«¡Ah! Él no es mi amigo».

«No me importa quién sea para ti. ¿Dónde puedo encontrarlo?».

«Está muerto».

«¿Muerto?».

«Ya han pasado dos meses».

Dejé escapar su mano.

«Él no tenía trabajo y, como tampoco tenía nada que comer, murió. Estaba enfermo. En vez de encogerse y morir en su cama, pensó que sería mejor saltar de uno de los acantilados de Kageybhir». Cuando terminó de hablar, no supe qué responder.

Esa noche, mientras dormía, la imagen de los acantilados de Kageybhir se formó en mis ojos cerrados. La luna estaba en lo más alto del cielo de mi subconsciente.

La figura de un alto, negro y desnudo árbol *totala*[1] que se erguía junto al barranco parecía resguardar bolsas llenas de dinero. Estaba parado al borde del precipicio y recordaba la silueta de un hombre mirando hacia abajo. Era un acantilado rocoso, poblado por largos helechos. Me coloqué junto al árbol y grité: «Nunca llegué a saber quién eras. Aquí tengo tus diez rupias. El sueño tuvo una influencia mágica en mí. Ésa es la única razón por la que no te regresé el dinero. No deberías estar muerto. Lo cierto es que me he vuelto muy apegado a tu billete. Aun así, si alguien me lo pidiera, se lo daría».

---

1 El *totala* es un árbol que crece en regiones montañosas. Parece estar siempre desnudo porque tiene pocas hojas. Sus flores, que aparecen antes que sus frutos, tienen propiedades medicinales y son preparadas como si fueran vegetales. En cambio, las semillas de los frutos del *totala* son usadas en rituales budistas. (*N. del T.*).

Mientras organizaba en mi mente dormida el montón de cosas que quería añadir, el hombre salió de un hueco entre las raíces del árbol. «¿Estaré muerto? Parecería como si hubiera muerto por falta de dinero». Dejó pasar unos segundos y continuó: «Fui yo quien pidió al hombre del sombrero de plumas que te dijera eso». Se rio y añadió: «¿Me regresarías al menos mi dinero ahora?».

Yo también me reí.

Saqué el billete de mi bolsillo y se lo extendí: «Ten, tómalo. Llévate tu dinero de una vez por todas. No lo mantendría conmigo ni un segundo más». Pero cuando él lo tuvo a su alcance, extendido en mi mano, retrocedió incrédulo, como si sospechara una conspiración. «No tomaré este dinero. No ahora. ¡Simplemente no lo haré!».

Lo arrojé al suelo y dije: «Una vez que salió de mi bolsillo, no regresará. Aquí está tu dinero. Levántalo y llévatelo. Yo me voy».

El hombre gritó a mis espaldas: «¡No voy a tomarlo hoy! Y si insistes, te juro que saltaré de este acantilado ahora mismo».

¿Qué tal si por saltar en el acantilado de mis sueños él nunca despierta en el mundo real y muere otra vez? «De acuerdo entonces. Lo conservaré durante una noche más, pero tienes que venir por él mañana», le advertí mientras levantaba el billete de la tierra.

Muy temprano por la mañana, tocó a mi puerta.

«Por favor dame mis diez rupias», exigió presuntuosamente.

Muy sorprendido pero sin temblor en la voz, le pregunté: «Cuando te ofrecí el dinero ayer, ¿por qué te negaste a tomarlo?». «Porque eres muy listo», dijo, «tomaste mi dinero en el mundo real y trataste de devolvérmelo en tus sueños». Sentí que empezaba a comprenderlo un poco. Sentí también los síntomas iniciales de una migraña. Con mucho esfuerzo, le hice una última pregunta: «¿Debo darte el mismo billete o puedo darte el equivalente en cambio?».

Él me dio una respuesta simple y justa: «Puedes darme cualquiera, siempre y cuando el dinero no esté sucio o mutilado» •

Traducción de Iván Soto Camba, a partir de la traducción del nepalí al inglés de Anisha Chettri.

Pescado: una historia amenazante

K. P. Ramanunni

Aunque ella era una *ambalavasi*,[1] Anitha Das se había acostumbrado a comer pescado sin considerarlo algo impuro. Sin embargo, el olor del mar que penetraba por sus fosas nasales mientras acercaba el curri de sardina o el mero frito a su boca era intolerable. Sentía que todo el mar arábigo entraba al comedor y ella estaba sentada en soledad ante él. Le parecía que las incontables creaturas del océano reptaban por su cuerpo, sofocándola. Cuando el sabor salado, el olor de las algas y la pegajosa grasa saturaban sus sentidos, la turbulencia de todos los mares aparecía en su estómago. Entonces se sentía nerviosa y fatigada. No era ninguna alergia al pescado, sino una especie de miedo a mundos desconocidos lo que hacía que la muchacha *varasyar*[2] vomitara el curri de sardina y los pedazos de mero frito en el lavamanos.

—Si el olor del mar es el problema, ¿cómo pudiste entrar al mar en Kovalam las últimas vacaciones? Hasta te negabas a salir, ¿no tuve que ir a sacarte a la orilla por la fuerza? —le preguntó Firoz Babu, quien era su vecino, íntimo amigo y compañero en la Facultad de Ingeniería de Thrissur.

Lo que decía era cierto. No nada más en Kovalam, sino también Kanyakumari y Marina Beach. El olor del mar no era un problema para Anitha mientras nadaba con sus amigos y se divertía.

—Cuando como pescado, tengo que enfrentarme sola al mar. Ésa debe de ser la razón por la que me cuesta tanto trabajo —le contestó.

---

1 Una persona que pertenece a una de las castas de empleados de templo. (*Todas las notas son del traductor*).

2 Femenino de *variyar*, un grupo dentro de los *ambalavasi*.

—Si es así, no lo hagas sola, come cuando estés a mi lado. Te voy a enseñar a retirar las espinas para comer el pescado sin mayor dificultad —dijo Firoz Babu con voz autoritaria.

Desde entonces, Firoz Babu y Anitha Das comenzaron a almorzar juntos en el comedor universitario. Los dos iban a la caja y compraban las fichas de un plato de curri de pescado y otro de mero frito cada uno.

Cuando ya estaban servidos el arroz y el curri, Firoz movía los platos, dejando de su lado la comida no vegetariana de Anitha. Entonces ella mezclaba el arroz con *sambar*[3] y Firoz mezclaba su arroz con curri de pescado y cada uno comenzaba a comer de su propio plato. A mitad del almuerzo, él le contaba todos los chistes que había aprendido, no sólo en la facultad y las películas, sino en otros lugares también. Cuando estaba absorta en los chistes y se reía fuertemente, olvidándose de todo, Firoz Babu pasaba el curri de pescado y los pedazos de mero a su plato, y ella ingería esa comida espantosa junto con el arroz. Algunas veces, cuando su jocosa plática se volvía fascinante, él incluso ponía su propio bocado de arroz con pescado en la boca de Anitha.

Las noticias de que un chico *mapila*[4] enseñaba a una muchacha *varasyar* a comer pescado se esparció rápidamente en la universidad. Como Firoz era un joven devoto y con buenos modales, y nunca los habían visto abrazándose en alguna esquina del *campus* como las otras parejas de enamorados lo hacían inmediatamente después de comenzar el noviazgo, todos veían su relación con algo de curiosidad. Hasta los profesores y otros trabajadores los observaban almorzar juntos. No obstante, era una pena que después de mes y medio de hacer el «programa de combinar los platos», Firoz Babu sólo pudiera hacer que ella comiera diez gramos de pescado.

Lo que obligó a Anitha a acostumbrarse a comer pescado fue un problema social y fisiológicamente importante. Empezó a estornudar frecuentemente y a sufrir de escurrimiento nasal; asimismo le brotaron erupciones de sarpullido en la piel, por lo que la llevaron al doctor. Después de un examen detallado, el médico encontró la presencia de químicos nocivos como forato, quinalfose, karate y endosulfán en su cuerpo, lo que había afectado sus funciones físicas y causaba los síntomas.

---

3 Un guiso de vegetales.

4 Un grupo especial de musulmanes malabar.

Pero ¿cómo podían haber entrado semejantes sustancias en el cuerpo de una estudiante de ingeniería, especialmente siendo una chica de Paderi *variyam*?[5]

Por esas fechas, el diario *Mathrubhumi* publicó un reportaje respecto a varios pesticidas encontrados en vegetales de venta en Kerala, como coles, calabazas agrias y coliflores. Como Anitha Das solía comer *gobi manchurian* y *thoran* de col dos o tres veces al día, se había descubierto el misterio de estos químicos en su cuerpo. Después les explicaron que los pesticidas afectan muy poco la salud de la gente común, debido a su mejor sistema inmune; no obstante, en personas muy sensibles los síntomas de los males que causaban aparecían rápidamente.

—Para que los niveles de I. G. E. en la sangre bajen, mejor acostúmbrate a comer pescado paulatinamente. Es muy difícil conseguir verduras orgánicas en Thrissur —le recomendó el alergólogo a su lista y bella paciente después de recetarle dos medicamentos antialergias y tres ungüentos. El extraño tratamiento, que jamás se hubiera imaginado, y el rostro alegre del doctor la hicieron reír.

El médico había dicho la verdad: era muy complicado conseguir vegetales libres de toxinas en lugares como Thrissur. Sólo tenían acceso a las mercancías contaminadas que llegaban de Tamil Nadu y Karnataka. A pesar de que le preparaban comida especial usando col y coliflor traídas de la tienda orgánica de Kalavara, tanto en el comedor universitario como en casa, sus niveles de I. G. E. en la sangre no habían cambiado. Bajo estas circunstancias fue que tuvo la conversación con su compañero Firoz Babu, quien además se había vuelto su vecino al rentar uno de los anexos a Paderi *variyam*. Cuando él le dio la misma opinión que el médico, ella le pidió ayuda para afrontar una tarea casi imposible de cumplir sola.

Anitha Das tenía veinte años y vivía con su tía en la noble Paderi *variyam* de su infancia. No porque sus padres hubieran muerto, sino porque, cuando Anitha tenía cuatro años, la hermana menor y única de su padre, Malathy Varasyar, perdió a su esposo. La mujer había pasado por mucha tensión y estrés mientras veía a su marido retorciéndose por un dolor en el pecho, así como por un aborto espontáneo.

5 Paderi es el apellido de la familia, *variyam* es la casa de un *variyar*.

Inmediatamente después de la ceremonia del *palakuli*,[6] Malathy Varasyar hizo saber su decisión de regalar todas las propiedades que tenía con su esposo a la hija mayor de su hermano, Anitha, y de llevar una vida ascética en el tempo de Sarada Mutt. No obstante, los bondadosos consejos que le dieron otros miembros de su familia durante la noche la hicieron cambiar de decisión y aceptó vivir en Paderi *variyam* con una condición: que debían dejarle a la pequeña Anitha como hija adoptiva.

Fue entonces que la vida de esa pequeña niña dio un giro inesperado y comenzó a vivir con su tía. Tuvo una vida sin complicaciones... Rentaban un taxi con tarifa mensual que la llevaba de la casa al colegio de monjas, para el beneplácito y la comodidad de la pequeña de Singapur... La tía era exageradamente celosa de darle a su hija adoptiva todo lo que quisiera... Anitha tenía consideraciones especiales de las hermanas en la escuela, al ser una niña que no vivía en su tierra natal lejos de sus padres y su hermana menor, que estaban en Singapur... Tenía malos hábitos, como su asco por ciertas comidas, y se le olvidaba hacer las tareas debido al exceso de indulgencia en casa y por no recibir castigos corporales en el colegio. Viajes en avión a Singapur cada temporada de vacaciones para ver a sus padres... Viajes de placer con ellos a países como Malasia, Indonesia y Hong Kong... Las travesuras, rebeldía y protestas contra su tía durante el bachillerato y la facultad... Las reacciones tranquilas y conciliadoras de la tía... Reconciliación entre las dos que acabó en besos y abrazos... La aparición de síntomas alérgicos como estornudar, problemas respiratorios e inflamación en la piel de Anithakkutty. No había sufrido de ninguna enfermedad desde entonces, salvo por pequeños dolores de cabeza durante sus periodos... La ansiedad, el miedo y el insomnio que sufría la tía como resultado de permanecer velando el extraño mal de su querida hija... La valentía de Anitha al continuar comiendo pescado después de descubrir que eran las sustancias tóxicas en las verduras lo que le causaba problemas, aunque perteneciera a una familia estrictamente vegetariana.

Cuando el alergólogo le dijo que comer sólo unos cuantos bocados de pescado no era sustituto suficiente para los vegetales a los que

6 Baño que se toma para retirar la supuesta contaminación que causa la muerte de un pariente cercano.

había renunciado, Anitha decidió intensificar su entrenamiento consumiendo comida no vegetariana. En lugar de comer unos cuantos bocaditos de pescado de su plato, decidió consumir el total de lo que se les servía a ambos. Fue entonces cuando se dio cuenta de que, además de los chistes de Firoz, había algo que le transmitían sus dedos que ayudaba a que pudiera tolerar mejor el pescado. Sí, era el sabor a aceite que provenía de su piel clara, la calidez agradable de los dedos del joven mapila y la fragancia que desprendía su cuerpo. A partir de ahí, su «práctica no-vegetariana» en el comedor cambió, de ser un par de travesuras ocasionales de Firoz Babu en las que ponía pescado en la boca, de ella a ser una práctica cotidiana. Un día le pareció a ella que los labios de Firoz tenían más «química» que sus dedos. Anitha acercó el rostro a su delicado bigote, oliendo el trozo de pescado entre sus labios, y lo besó en un impulso inesperado. Entre la escandalosa risa que siguió al acto, ella logró extraer el pedazo de caballa frita de su boca.

Desde ese día, sus almuerzos juntos se daban de tal manera que era difícil saber si estaban comiendo pescado o besándose. Firoz Babu, rebosando de energía, y la sonrosada Anitha Das solían llegar al comedor antes de que los platillos estuvieran listos, compraban las fichas y se acomodaban en una esquina escondida del comedor. Anitha Das llegó a consumir algunos días hasta dos curris picantes de pescado y tres caballas fritas.

Fue entonces que la vida de esa pequeña niña dio un giro inesperado y comenzó a vivir con su tía. Tuvo una vida sin complicaciones...

❊

Firoz Babu se encontraba aún sentado en el tapete de oración después de rezar el *subahi namaaz*.[7] Podía sentir la fresca brisa matutina entrando en la casa. La rítmica recitación del *thakbeer*[8] se escuchaba desde la mezquita cercana. Era el día de Eid al-Fitr. Toda la atmósfera cambió con tanta piedad que su mente se puso alerta. De repente, las profundas implicaciones de lo que había estado haciendo con Anitha Das en el comedor universitario golpearon su alma. A continuación comenzó a andar de un lado al otro sobre el frío piso de mármol, entre el tapete de oración y la pared. Bebió agua de la jarra, fue al baño, orinó, limpió su pene y volvió. Vació la jarra nuevamente en su boca, regresó al baño una vez más a revisar si la punta de su pene estaba limpia. Posando su cabeza en las manos y frunciendo el ceño pensó por largo rato. Entonces golpeó ligeramente su pecho con la mano izquierda, hizo abluciones y repitió el *namaaz*.

Al día siguiente, inmediatamente después de llegar a la universidad, llamó a Anitha para ir a la biblioteca y hablarle en una voz extremadamente grave del mal que habían estado haciendo, por supuesto en un mar de llanto y gestos enérgicos.

Al escuchar estas palabras, Anitha Das se puso pálida como una figura de cera y comenzó a sollozar. Aunque trató de argumentar, sus palabras no surtían efecto ante las de él, duras cual vigas de metal. Al final se alejaron como barcos que levan anclas en el océano turbulento, borrascoso y oscuro. Las fichas que el dependiente había apartado para Firoz y Anitha revolotearon bajo el ventilador aquella tarde. Algunos granujas comieron sus platos sentados en la esquina que los antiguos amantes habían dejado vacía. Mientras estaban sentados, uno preguntó:

—¿Por qué nuestros tortolitos no se aparecieron hoy?

Los huesos y espinas de pescado se amontonaban en la mesa durante el almuerzo, como símbolo de las obscenidades que salían de sus bocas.

Fue hasta ese momento, cuando Firoz y Anitha dejaron de comer juntos y comenzaron a andar como viajeros solitarios, que el escándalo se esparció por la universidad, todo en la forma de varias conjeturas:

---

7 Oración de la mañana.

8 Proclamación de la grandeza de Dios.

«Aunque Firoz es un hombre devoto, parece que la dejó embarazada...»; «El papá de Anitha, que vive en Singapur, debió de haber amenazado a Firoz enviando matones...»; «El padre de Firoz es empresario, de seguro tiene el plan de vender a su hijo por una dote grande».

Mientras los días pasaban, ambos se sentían hundidos en las sombras y estaban exhaustos. Aunque ella tenía ganas de tomar la mano del joven mapila y llevarlo al comedor en varias ocasiones, el rostro atormentado de él la disuadía. Ninguno respondió a las preguntas y los comentarios de los otros compañeros. Cuando ella dejó el pescado y volvió a comer *gobi manchurian* y calabaza agria de *thoran*, comenzó a sentirse sofocada y nuevamente tuvo irritaciones. Su tos y su apariencia desmejorada le rompían el corazón a Firoz Babu, y él sólo podía llorar en silencio.

Cuando Anitha estaba en casa, hacía como si nada hubiera pasado. Intentaba alejar las penas de su tía. No obstante, Malathy sabía que algo iba mal en la vida de su hija adoptiva. Le comentó por teléfono a su hermano en Singapur sobre el cambio que había tenido la chica.

—¿Qué pasa, hija? ¿Estás ocultándole algo a tu padre? ¿No hasta te di permiso de comer pescado en secreto? —le preguntó su padre, quien orientaba la administración de templos hindúes en Singapur.

Dos o tres semanas después de que «prefiriera un comportamiento pío», Firoz Babu fue citado a la oficina del F. I. M. por Abdul Shah. Un estudiante de informática llamado Sadique lo había presentado con él. En la oficina del F. I. M., Shah le dio una amistosa bienvenida a Firoz, lo invitó a sentarse justo frente a él y lo sermoneó por largo rato sobre la grandeza del amor. Sostuvo que el primer matrimonio del Profeta podría ser considerado un matrimonio por amor. Al final le dijo que podría ser un crimen de su parte rechazar a Anitha Das, y quizás iba a desaprovechar la oportunidad de cumplir su deber como musulmán.

Cuando los miembros del Bharatiya Vichar Manch se enteraron de que los activistas del F. I. M. estaban intentando intervenir en el problema de Firoz Babu y Anitha Das, se hicieron cargo de la protección de todas las chicas hinduistas. Después, la organización de estudiantes de izquierdas llevó a cabo un seminario sobre «La gran comunión entre estudiantes» en el complejo universitario. A los intelectuales invitados a hablar se les dieron viáticos muy robustos.

Los padres de Firoz Babu estaban angustiados porque los chismes contra su hijo y la chica de la familia Variyath habían llegado

a sus oídos. Ellos sabían que Malathy Varasyar era una mujer ultra ortodoxa y muy estricta al seguir las tradiciones hinduistas. Había puesto láminas de fibra de vidrio sobre la barda perimetral para protegerse del olor a pescado que venía de la casa de los vecinos, aunque decía que era para evitar la molestia de los cuervos. Por ello suponían que la relación de Anitha con un chico musulmán sería imposible de aceptar para ella. Al mismo tiempo, había muchas señales que probaban el amor y la buena voluntad de esta santa mujer con sus vecinos musulmanes. No dudó en lo más mínimo en alquilar uno de los anexos de su casa a la familia de Firoz y otro a la de Abdulá Koya. Además, estaba de acuerdo en abrir las esquinas de la barda del recinto para que los inquilinos pudieran bajar sus muebles y pertenencias de los camiones. Aunque el olor a pescado le parecía asqueroso, ella detenía a los vendedores ambulantes cuando los encontraba caminando junto al camino para que así los vecinos pudieran comprar su pescado. Cuando se interrumpía el suministro del agua por parte de la municipalidad, ella les daba de su propia casa. El joven Firoz Babu, de veintiún años, tenía permiso de entrar al *variyam* cuando quisiera, incluso cuando una chica joven vivía ahí.

La idea de que la travesura de su hijo y Anithakkutty pudiera ser vista como un abuso de confianza por Malathy Varasyar le preocupaba al padre de Firoz. Pasaba los dedos por los callos oscuros resultado del *namaaz* y recitaba los *hadiths* del Profeta: «No es un creyente quien llena su estómago estando el vecino hambriento»; «Un vecino tiene el mayor derecho a reclamar la casa y la tierra de su vecino».

«No, no he hecho nada a mis vecinos que vaya en contra de las enseñanzas del Profeta», se dijo a sí mismo.

Aunque el olor a pescado le parecía asqueroso, ella detenía a los vendedores ambulantes cuando los encontraba caminando junto al camino para que así los vecinos pudieran comprar su pescado. Cuando se interrumpía el suministro del agua por parte de la municipalidad, ella les daba de su propia casa.

Cuando la oficina del F. I. M. llamó al padre de Firoz sugiriendo que debería unírseles para tratar el caso de su hijo con la chica hinduista, él estalló, derribando todas las barreras del autocontrol, no sólo contra el demonio al otro lado de la línea, sino contra su hijo, que estaba desanimado en casa.

Fue en ese momento, cuando todo el mundo sabía sobre la relación entre Firoz Babu y Anitha Das, menos Malathy Varasyar, que el padre de Anitha decidió hacer un viaje a casa desde Singapur. Su viaje a Kerala siempre era como el festival de *pooram* del templo de Uthralikkave, que comienza con la explosión de un barril-cohete... Antes que nada, una llamada telefónica a su hermana mayor con el dramático anuncio: «¡Papá viene a casa!», seguido del correr del dinero (recordando el aflujo de ofrendas de los devotos al templo) requerido para rentar cuartos en los hoteles en Chavakkad Beach, la Sreevalsam Guest House en Guruvayur y el Hotel Le Meridien en Kochi. Ella recibiría una carta preguntándole la lista de cosas que quería que le llevaran, como brazaletes, collares y cosméticos. Finalmente, su salida de la terminal internacional del aeropuerto Nedumbassery, como si viniera en la espalda de un elefante, a su izquierda la esposa y su hija, quien era adorada con todo tipo de ornamentos.

En esta ocasión, la respuesta de Anitha ante la noticia del viaje de su padre fue fría como la tierra empapada por una lluvia inoportuna.

Cuando su padre le preguntó: «¿Por qué estás de tan mal humor, Ani?», ella sólo le dijo: «¡Ven a casa, papá!, ¡ven!».

Durante esos días, la impaciencia y la esperanza cruzaban la mente de Anitha como relámpagos por las nubes. Para ese entonces, Firoz Babu se había dado por vencido ante su propia restricción y comenzó a acercase a ella hablando de cualquier cosa. Fueron vistos conversando por los rincones del comedor.

En esta ocasión, sólo venía el padre de Anitha desde Singapur, porque su madre debía dirigir la ceremonia de *Gita Jnana Yajna*[9] y la hermana estaba preparándose para los exámenes. Como había algunos problemas administrativos en los dos templos de Bhagavati bajo el fideicomiso de Paderi *variyam*, él decidió ir a los templos primero y, debido a que la tía Malathy debía hacer algunos arreglos para que pintaran la fachada, Anitha fue al aeropuerto para recibir

9 Programa de cantos *gita*.

a su padre y acompañarlo a los templos. Enviaron el equipaje a casa y fueron directo al templo Nallesweri, en Poonkunnam. Anitha había decidido no sacar su angustia de inmediato; sin embargo, cuando él le preguntó: «Escuché que tu alergia empeoró. ¿Abandonaste el tratamiento de pescado?», ella sintió que su mente se salía de control. Pero intentó esconder una tormenta interna riéndose fuertemente y mirando con sus ojos húmedos directo al sol. Su padre lo notó, pero no pudo desentrañar sus pensamientos, pues estaba preso del teléfono con muchas personas por los problemas relacionados con los templos. El templo de Nallesweri era manejado en conjunto por un comité y la familia del *poojari*.[10] De hecho, ambas partes competían entre ellas por el desfalco de las finanzas del templo. El padre de Anitha ya estaba al tanto gracias a los locales que le habían informado; no obstante, fue hasta que observó todo personalmente que se dio cuenta de la gravedad de la situación. Los miembros del comité estaban vendiendo los árboles y la tierra de los terrenos del templo. El administrador había hurtado montones de dinero emitiendo falsas recetas a los devotos a cambio de sus ofrendas. El *poojari* pedía abiertamente a los fieles que le dieran *dakshina*[11] directamente a él en lugar de pagar en la oficina del templo. Diría *poojas*[12] recitando sólo la mitad de los mantras o sin recitar nada en absoluto. La pasta de sándalo y *kalabham*[13] elaborada para un día se usaba por cuatro días y la adulteraban con antibióticos.

El padre de Anitha organizó una reunión con todas las personas involucradas y les advirtió que serían denunciadas y el *poojari* despedido. Escucharon sus palabras coléricas con falsa humildad. Mas cuando vio lo ojos ardientes del *poojari* y se percató del lenguaje corporal del administrador, quien parecía gritarle en silencio: «Te voy a mostrar quién soy», el ingenuo *variyar* que venía de Singapur se dio cuenta de que no iba a poder arreglar nada. Al final le confió todo a Nalleswariamma y se postró en la entrada del templo. Después de un rato se levantó y sin siquiera quitarse el polvo salió del santuario, subió a su automóvil y condujo con Anitha al templo de Ambikapuram.

---

10 El sacerdote del templo.

11 Tarifa por dirigir las *poojas*.

12 Rituales en honor a una deidad.

13 Pasta de sándalo con ingredientes aromáticos.

A pesar de que el padre de Anitha aprendió de su abuela el dicho malabar «La serpiente que yace en su hoyo es más venenosa que la que te ha mordido» cuando tenía ocho años, ya casi lo había olvidado. Pero en ese momento, a sus cincuenta y cuatro años, la frase estaba en su mente como una cobra que extiende su capucha. Descubrió que las autoridades del templo de Ambikapuram habían superado a los de Nalleswari en corrupción y dirigiendo falsas *poojas*. Lo más increíble, incluso, era que el *poojari* mayor era el responsable principal en el desvío de fondos del templo. Además, hacía brujería y hechizos a las mujeres para aquellos que se lo pedían. Si una mujer que había sido seducida con brujería quedaba embarazada, el *poojari* ayudaría a terminar con el embarazo. Hasta dejaba de lado sus deberes sagrados como preparar el *nivedyam*[14] si alguien se le acercaba para realizar semejantes rituales nefastos.

Cuando el padre de Anitha se dio cuenta del terrible estado en el que se encontraba el templo, pensó en salir caminando de ahí, dado que no era necesaria ninguna reunión o debate, y que los demandaría. Entonces, un hombre que vivía cerca del templo y estaba orgulloso de las tradiciones culturales de la India, se le acercó como mediador.

Comenzó citando mal la línea que empieza con «Sindooraruna...» en el *Lalitha Sahasranamam*.[15] Entonces pasó su mano por los hilos del cordón de *rudraksha* que portaba en su cuello y espetó acusaciones contra el padre de Anitha, conteniendo una sonrisa. Luego le dio un valioso consejo: que gente de la misma comunidad, los hinduistas, no deberían luchar entre ellos por trivialidades, como dice Mahavishnu en el *Markandeya Purana*. Describió a los musulmanes como búfalos y a los cristianos como zorros. Tras tolerar esa conversación venenosa por un tiempo, el padre de Anitha se alejó del pórtico del templo y entró al santuario, golpeó su cabeza varias veces en el *sopanam*[16] de Ambikapurathmma y salió disparado del templo.

La distancia desde el templo de Ambikapuram a su *variyam* en Thrissur era de sesenta y cinco kilómetros. En el camino, la cajita de plástico con *prasadam*[17] que alguien le había dado a Anitha salió de su

---

14 Comida preparada a una deidad hinduista como parte del culto.

15 Un texto sagrado de los hindúes tomado del *Brahmanda Purana*.

16 Escalones que llevan a la plataforma elevada sobre la cual se ha puesto al ídolo.

17 Restos de la ofrenda a la deidad.

bolsa. Su padre miró la orilla teñida de azul con sospecha y le susurró:

—No. No te lo vayas a comer, hija.

En el momento en que articulaba estas palabras, la cara triste de Ambikapurathamma, quien había sido su salvadora, *varadayini* (diosa que bendice y regala sus favores) y *mangalakarini* (quien da paz y prosperidad), en su infancia, vino a su mente y comenzó a llorar, ignorando la presencia del conductor.

Cuando notó las inflamaciones alérgicas en la mano de su hija, comenzó a indagar a qué restaurante deberían ir a tomar el almuerzo. La col contiene quinalfos... la coliflor, karate... la calabaza agria y las hojas de curri tienen endusolfán...

Finalmente, le pidió al conductor parar frente al hotel Thalassery.

—Comerás pescado, hija.

Al escuchar esas palabras saliendo de la boca de su padre, Anitha hundió la cabeza en su pecho. A pesar de que su padre pasó la mayor parte del tiempo inmerso en sus pensamientos acerca del futuro de los dos templos familiares y consultando gente para buscar soluciones y medidas efectivas para protegerlos de los administradores corruptos, pudo darse tiempo suficiente para escuchar a su hija cuando ella le abrió su corazón. El dolor de Anitha llovió tormentosamente en los oídos de su padre.

Lo que ella le dijo, más los problemas de los templos, hicieron que el *variyar* que había vivido desde hace más de dos décadas y media en Singapur estuviera consciente de la misión a la que estaba predestinado. Respecto a los templos, implementaría medidas estrictas. En cuanto al futuro de su hija, decidió ser un testigo lejano de las decisiones que ella tomara y los planes que hiciera. Aunque trató de consolarse pensando que «son ideas igual de adorables», también una cultura adorable debía jugar su rol «en lugares donde la aflicción se comienza a propagar». Cada vez se sentía más nervioso.

Ambos templos serían entregados a un nuevo fideicomiso bajo el liderazgo de Brahmandattan Namboodiri, a quien el padre de Anitha tenía en muy alta estima, y Rama Pisharody, un experto en administración de templos. La reunión para tratar el asunto se celebró en Paderi *variyam*. Él había decretado que ninguno de los antiguos integrantes sería parte del nuevo fideicomiso; sin embargo, Rama Pisharody le pidió admitirlos aunque fuera como miembros ordinarios. El padre de Anitha hizo como si no hubiera escuchado las palabras

de Pisharody. Cuando Pisharody repitió su petición con un matiz de despecho en su voz, el padre de Anitha fue al baño. No obstante, Pisharody volvió a sacar el tema y fue cuando el padre de Anitha aflojó los dientes y dijo:

—No, Pisharody. Algunas especies tienen bajas defensas. No sólo es la comida, sino asuntos como el culto están hoy día llenos de veneno. Habrás escuchado de la enfermedad de mi hija; pues yo tampoco puedo tolerar la cepa. En vista de que ustedes tienen una inmunidad más fuerte, podrán arreglar el asunto. Entonces...

El padre de Anitha salió rumbo al aeropuerto Nedumvasseri con su hermana Malathy Varasyar para tomar el avión a Singapur. Cuando pasaban por Mathimoola, la SUV sedán entró en el terreno accidentado en lugar de ir derecho por la autopista nacional y se detuvo frente a una mezquita cercana y un salón comunitario. Malathy Varasyar esperó cabizbaja y con ojos llenos de lágrimas adentro del automóvil. El padre de Anitha descendió y caminó al salón. Al llegar a la puerta escuchó que alguien dirigía la *khutba*[18] desde el estrado. Sólo había cincuenta o sesenta personas en la asamblea. Pudo ver a Anithakutty sentada a la izquierda del estrado entre varias mujeres, vistiendo un sari y un *muftha*.[19] Firoz Babu estaba sentado del lado derecho, con su ropa de boda y un pañuelo en su cabeza. Su padre y el *khazi*[20] también estaban sentados junto a él. El matrimonio entre Anitha y Firoz Babu estaba por celebrarse. El padre de Anitha la observó por un tiempo, pidiéndole en silencio que continuara con lo que había decidido. Después de unos segundos salió del salón, antes de que su hija o alguien más se diera cuenta. Al entrar al auto, sus ojos estaban llenos de lágrimas. En el momento en que cerró la puerta, el vehículo arrancó rumbo al aeropuerto como un traidor que huía con su vida entre las manos •

Traducción de Carlos Ponce Velasco, a partir de la traducción del malabar al inglés de Aboobacker Kappad.

18 Oración.

19 Velo que cubre el cabello.

20 Persona principal de la congregación de una mezquita.

La decisión

Musharraf Alam Zauqi

Lo he estado observando durante tres o cuatro días. ¿Cuándo? ¿Dónde? Tal vez no me sea posible contar todo esto de manera organizada. O puedes llegar a la conclusión de que soy víctima de la psicología y del miedo, y por eso no puedo expresar nada. En las noches, mis ojos se abren repentinamente con miedo desconocido, siento que estoy caminando en una calle desconocida o sentada en un autobús desconocido. Y luego siento que una camioneta de la policía viene y se detiene delante de mí o frente al autobús.

Entonces la policía ha tomado posición desde los cuatro lados... y luego, en el camino, entre los anillos rodeados hay un cadáver amasado en sangre. Una historia de un encuentro o un falso choque. Los soñadores de más alto desarrollo están ocupados enviando informes de su valentía al gobierno...

No, probablemente ahora no es necesario que te diga quién soy y dónde vivo. Soy una chica de esta comunidad minoritaria. Sería un error contar menos de doscientos o doscientos cincuenta millones. Incluso sabemos por qué nuestros senderos y nuestros líderes políticos han encarcelado nuestros pensamientos de ser minoría, esta población gigante podría ser más que la población de algún país, sólo déjalo, no quiero involucrarme en estos juegos políticos. Quiero llegar a ese sueño que me había sorprendido de repente.

En ropa blanca, sucia, durmientes rotos, anteojos muy anticuados en sus ojos: los ojos brillaban más que los de un buitre de aspecto peligroso. Pero esta vez el brillo fue reemplazado por una profunda seriedad. Estaba en mi habitación, en mi escritorio. Él no tenía mi permiso. Los papeles se extendieron por todas partes. Por fumar en exceso tenía los

dientes negros y los dedos amarillos. Pelo sin peinar, él no había sentido la necesidad de peinarlo.

Lo había estado observando desde ayer. El primer día estuve bastante asustada. Un hombre en mi habitación... estaba muy asustada y tiritaba mientras le preguntaba: «¿Quién eres tú?». «¡Uy! Cometí un error», susurró. «¿Qué estás escribiendo?». Me miró: «Quiero escribir algo, pero... mis palabras se han perdido. Recuerda que hubo un tiempo en el que solía escribir una historia al día muy fácilmente».

«No intentes ser inteligente. Una historia al día, esto sucedió contigo sólo una vez. No había tenido el dinero ni siquiera para cigarrillos y licores. Escribías una historia, la enviabas al editor de una revista y con ese dinero solías comprar una botella de vino. No te preocupaste por tu encantadora esposa, ni siquiera».

Pero ignoró mi pregunta, ya que no la escuchó. Él estaba buscando en otro lado. «Tenía muchas palabras. Incluso en ese momento, cuando Tobatek Singh iba a cerrar los ojos en la tierra de nadie... y eso... peligroso… Thanda Gosht (Cold Flesh)... Probablemente estoy recordando todo... Esa tarde peligrosa... Cuando la niña comenzó desabrochando sus pantalones ante el médico... No, en ese momento también tuve palabras...».

«Y ahora...». Desapareció repentinamente mientras lo miraba. Me sorprendió mucho ese sueño aterrador esa noche.

✣

Déjame decirte mi nombre: Kausar Bi, o lo que quieras, ¿por qué no me das un buen nombre?, incluso cuando nací fuera del fuego estaba estallando, incluso cuando crecía de vez en cuando el fuego se rompió. La música de terror y miedo afuera era tan fuerte que desde mis libros de la infancia recurrí a los amigos y mientras leía el libro sin ninguna intención la amistad tuvo lugar entre la persona que tenía ojos peligrosos, Manto, y yo. Pero ni siquiera había pensado que este escritor delgado se interpondría entre mí y mi sueño de esta manera.

No, mencionar la referencia de ese día es necesario aquí. Una vez más los buitres del terror volaban sobre la ciudad. La patrulla policial fue más frecuente de lo habitual en las colonias de minorías. La gente todavía recordaba el incidente que había ocurrido hacía dos o tres años. Aquellos incidentes seguían vivos, pero sus caras cambiaron. No soy

periodista y no cuento esos incidentes que siguen viendo en los canales de televisión.

Sólo recuerdo esto: en la mañana llovió, nos vendaron los ojos en una casa de miedo. La sensación de ser un extraño en la propia casa, tú puedes entender. Ese día cenamos temprano. Tuvimos interés en las historias de encuentros falsos en la televisión. Llegué a mi habitación... cerré la ventana y me acosté en la cama en silencio.

No, ¡uy!, lo siento por ese sueño aterrador. Pero esa noche Manto estaba en mi habitación una vez más. Y no fue falso. «Vamos afuera». «¿Estás loco? Afuera... es una gota de agua silenciosa como durante un toque de queda». «Lo sé. El ambiente no es bueno». «Entonces, la policía lo arrestará». «No sólo arresto», se estaba riendo. «Lo matará en un encuentro...». «Tú sabes todo. ¿Todavía estás hablando de vagar afuera, deambulando...?».

Se puso serio de repente. «No pasará nada, iremos una milla o dos y luego regresamos». «¿Una milla, dos millas, a pie?». «Shheee... Traje un auto... lo robé», se estaba riendo. «Solamente pocas personas saben que conduje por el Qaid-e-Azam Mohammad Ali Jinnah». «Lo sé, y chocaste con su auto». Manto se reía. «No te preocupes. Esta vez conduciré con cuidado».

Miré mi reloj. Eran las tres de la mañana. El camino estaba vacío. Abrí la ventana. El suelo todavía estaba húmedo. No sé qué tipo de atracción tenía el hombre delgado, que acepté ir con él. El camino estaba mojado a causa de la lluvia; el ladrido de un perro hizo eco por todas partes y nos sentamos en el coche. El auto corría rápido. Pasamos *jeeps* policiales a intervalos regulares, pero Manto estaba ocupado en su pensamiento. Parecía que él quería llenar sus ojos con la ciudad y el vacío de la ciudad. A la una, la policía lo detuvo y le hizo algunas preguntas. Manto respondió con una sonrisa, no supo nada. Sólo pude ver en la oscuridad que se había pegado polvo de sándalo en la frente verticalmente. Se rio cuando vio mi miedo.

«Te dije que no pasaría nada... Ahora... Un poco más lejos...». Ya habíamos recorrido más de cuatro o cinco kilómetros. Fue en el momento en que Manto había girado su auto hacia una carretera que de repente grité: «¿A dónde vas?». «Sheee...», me calló con su dedo: «La historia no muere tan rápido. No hay necesidad de decir nada. Sigue adelante». Quería decir eso. La historia nunca muere... Pero no podría decir nada, no sé por qué.

Ahora eran las cuatro en punto. Estábamos en el pueblo pobre de las minorías, donde las pequeñas casas de jornaleros y los criadores de caballos de barro estaban de pie. Los perros seguían ladrando. Entre esas casas, para algunos de ellos había llegado la mañana. En pocas de ellas la cocina tenía movimiento. Las mujeres salían y entraban de sus casas. Y de repente ese incidente tuvo lugar... un incidente horrible de repente frente al auto... un niño muy pequeño de una minoría y un ternero... Conducir sin miedo, para Manto era hora de decidir en un segundo.

«No», si quieres puedes dejar la historia aquí. No voy a forzarte a leer más... porque lo que sea que leas es grosero, inhumano, brutal y muy doloroso, también contra los derechos humanos. En los siguientes segundos cerré los ojos con miedo y vi que el ternero saltó y corrió... Manto... a ese niño minoritario... No, te lo digo de nuevo, por favor, puedes dejar este diálogo despiadado fuera de la historia.

Habíamos regresado a casa. Manto estaba cerca de los bares. Sus gafas estaban llenas de polvo. Estaba inhalando bocanadas de cigarrillos. «Podrías haber salvado a ese niño», grité en voz alta.

«Vaca o niño, a uno de ellos...», Manto gritó tal vez más fuerte que yo. «Un accidente de un niño minoritario será olvidado en horas en esta área, no el asesinato de un ternero... ¿lo sabes?».

Manto se movió, tomó los papeles desorganizados de la mesa, los arrancó, se los quitó y los tiró al basurero. Manto ha desaparecido... pero la silla en la que estaba sentado hace unos momentos, todavía se mueve de un lado a otro ●

Traducción de Omar Gómez, a partir de la traducción del urdu al inglés de Anwarul Haque.

La luna y Rahu

KEISHAM PRIYOKUMAR

CUANDO EL CAÑÓN DE LA PISTOLA se me encaja de repente en la espalda, la sensación me sorprende. Es sueño o realidad... No lo entiendo en lo absoluto. Levanto las manos. Mi cuerpo entero tiembla.

«¡No te muevas! Un solo movimiento y te mato».

¿El cuerpo se mueve? No lo sé. Pero tiembla; el cuerpo entero tiembla. ¿Es el destino que éste sea mi último día? Me pregunto. Mi abuela, mi esposa, mis tres pequeños hijos, todos aparecen frente a mis ojos. ¿Es un sueño?

Ante mí, el hombre alto y fornido con una pistola me mete las manos a los bolsillos. Me saca mil ochocientas rupias del pantalón... y un poco de cambio. Era la suma del salario que llevaba a casa después de pagar algunas deudas. El salario, recibido apenas hoy. Me quita el reloj. Pienso: ¿Qué sigue? Me manosea de pies a cabeza. Le hace un gesto a la persona que está parada detrás. El cañón de la pistola me empuja hacia la puerta del autobús. Abordo. Finalmente, vivo, comienzo a pensar.

¿Un sueño? No, esto no es un sueño. Esto es la realidad. He escuchado recuentos de este tipo de incidente antes. Esto no es nuevo. Pero nunca me ha pasado a mí, personalmente. ¿Regresar a casa ahora? ¿Regresar a casa sin el salario recibido después de esperar con ansia todo un mes? ¿A quién pedirle prestado? ¿De dónde pagar las deudas? ¿Cuándo ha sido este salario miserable suficiente? ¿Cómo le doy la noticia a mi esposa en casa? Las preguntas sin fin me asfixian.

Uno por uno, suben al autobús. Uno por uno. La mayoría son empleados del gobierno; regresan a casa con sus salarios. Este es el último autobús de Senapati a Imphal. Dos o tres vendedoras son las únicas

mujeres en el autobús. Callados, todos se acomodan en sus respectivos asientos, sin hacer un solo ruido. Sus caras palidecen.

«No somos ladrones. Nuestra lucha es separarnos de la India y obtener la soberanía. Agradecemos su ayuda. Por favor, sin resentimientos». El líder va al frente del autobús y explica. Los pasajeros siguen quietos como antes, sin decir palabra.

En cuanto el autobús arranca, el grupo de gente suspira con alivio. Los que apenas hace momentos estaban sentados en silencio comienzan un animado zumbido. ¡Sapermeina! ¡Ya cruzamos Sapermeina! La gente comienza a conversar. La anciana que está frente a mí se queja: «Esos bandidos, ¡que se mueran de plaga! ¡Me quitaron mi mercancía! ¡Ni siquiera me dejaron las tres miserables rupias de mi bolso! Y luego, pedir disculpas. Por esto es que el ejército les dispara y los mata».

«Ésta es una situación peor, madre; les quitaron el salario a las personas. Son capaces de quitarle a la gente hasta la ropa que trae puesta», observa un hombre.

«Si lo intentan, les arranco la quijada». La voz de la anciana se ha vuelto un poco rara. ¿Está llorando? Se limpia la cara con su tela. Luego comienza a maldecir, un alud de groserías sale de su boca.

«¿Qué más se puede decir, madre? La vida se está volviendo más difícil. Muchos de ellos, en nombre de la revolución, sólo roban; aunque estén en el valle o las montañas, son todos iguales».

YA NO PUEDO ESCUCHAR estos comentarios. No quiero escuchar más. Mi esposa, mis tres hijos, deben estar esperando mi salario en casa – por el salario. Recargo la cabeza en la ventana, y aguanto, con los ojos cerrados. Quiero olvidar todo, como si no hubiera ocurrido nunca; pero no puedo cerrar los ojos.

La madre de mi padre —mi abuela—, mi esposa, tres hijos pequeños, somos seis en la familia. La mayor de los hijos está por cumplir catorce. Se ha vuelto una adolescente. La de en medio tiene once ya. El menor es un niño, todavía pequeño. Se puede considerar que soy el único hombre de la familia. El mísero salario de un *LDC* alimenta a la familia, hace que vayan los chicos a la escuela. Apenas hace cinco meses que me transfirieron de Imphal a Senapati. Mi abuela estaba muy preocupada; por el nuevo puesto en la montaña. A pesar de su edad, se mantiene informada con los reportes más recientes de los asesinatos persistentes y la violencia de los insurgentes en la montaña y el valle. Yo sé que ella

no quería que yo me fuera de casa. ¿Pero qué podía hacer ella? Con cualquier reporte de una inminente operación armada, se sumergía en las actividades de los meira-paibis locales, y juntaba todas sus fuerzas para mantenerse calmada en casa. Como es difícil administrar los traslados en camión arriba y abajo con el pequeño salario, me quedo en Senapati por diez, veinte días. Muy preocupada por mí, la abuela no descansaba durante días y noches. La abuela se preocupa por sus nietas cuando se aproximan las tropas de la armada. Esta era es de completa penumbra. Sin un rayo de luz, una vida incierta. No puedo cerrar los ojos y miro por la ventana.

La sierra del este sigue absolutamente negra en la oscuridad. Suficientemente encima de la sierra negra está la luna, blanca como nieve, de Purnima, brillando en el cielo, con una mancha negra en el filo. Sí, hoy es Grahan, el eclipse de una luna madura.

¡Abuela! Mientras Rahu comienza a tragarse la luna, la abuela se preocupa por ella. Mientras la luz plateada se desvanece del mundo de la noche, ella llora, ayuna, maldice a Rahu. De vez en cuando, grita: «¡Suelta! ¡Suelta!» y nadie la escucha. Lenta, gradualmente, la luna es engullida por la oscuridad. La abuela se queda en casa, y sólo sale para gritarle a Rahu de vez en cuando. La abuela no es testigo de la tierra que se desvanece en la oscuridad.

«¡Deténgase! ¡Debe reportarse!».

El autobús es un hervidero enardecido. Es la estación de policía de Sekmai. El autobús se detiene. ¿Qué hora es? Sin recordar, trato de mirar en mi muñeca.

¿Dónde pasó el saqueo? ¿A qué hora? ¿Cómo se veían? ¿Eran del monte o del valle? ¿Cuántos eran? ¿Qué tipo de armas tenían? ¿Eran genuinas sus pistolas? ¿Eran de perfil clandestino? ¿Eran atracadores de carretera?

Multitud de preguntas de la policía. Las respuestas de todos se revuelven. El policía anota con tedio en un pedazo de papel, y luego comienza a preguntar sobre las joyas que fueron robadas. Ésas se registran en otro papel, junto a los nombres. Parece como si realmente pudieran recuperar lo perdido, mañana mismo. Mi cuerpo entra en letargo.

«Manden un mensaje a la Superintendencia de Policía de Imphal».

Sin moverse de su postura ociosa en su silla, el oficial llama a otro agente. Con una sonrisa burlona, voltea a ver a la muchedumbre retacada en la habitación y dice: «Es una gran cantidad. ¡Ochenta y siete

mil quinientas setenta y cinco rupias en efectivo; más de un lakh si juntamos todo!»

«Thanababu, Sapermeina está muy cerca de aquí. Por favor arréstenlos de inmediato si se puede. Todas las mercancías se compraron con un pequeño capital. ¿Qué pasará con el dinero para mi negocio de mañana?» Es la misma anciana. Su voz temblorosa, de nuevo.

«HEMOS REPORTADO el incidente a Imphal. Seguirán instrucciones pronto. Ya pueden irse todos. Se nos ha informado de dos explosiones de bomba en Imphal, hace muy poco».

«¿Ha habido muertos, hijo?», le pregunta al oficial con ansia. La anciana ha olvidado sus bienes perdidos.

«Tres muertos. Y como veinte heridos. Todavía no nos dan el conteo exacto».

«¿Fue el ejército?».

«No, fueron militantes clandestinos, por supuesto».

Hay silencio. La anciana se va, con su *khwangshet* bien abrochado.

«Conductor, se reporta una barricada en el bazar de Khwairamband. Conduzca rápido».

El oficial de la policía continúa mientras se levanta de su silla.

El autobús sigue su viaje a una mayor velocidad.

¿Quiénes podrán ser los muertos? ¿Quiénes podrán ser los heridos? Espero que mi esposa, por alguna razón, no haya ido al mercado, ni llevado a los niños. La anciana sigue sentada inmóvil, justo como mi abuela se recargaba en un pilar de madera. Casi la mitad de la luna ha sido devorada por Rahu. La luz plateada pierde su paso en la tierra. La sierra se vuelve cada vez más oscura. Las estrellas se extinguen entre hojuelas de nube oscura. Los árboles están inmóviles en la oscuridad.

«¡Luces apagadas!».

La madre de mi padre —mi abuela—, mi esposa, tres hijos pequeños, somos seis en la familia. La mayor de los hijos está por cumplir catorce. Se ha vuelto una adolescente. La de en medio tiene once ya. El menor es un niño, todavía pequeño. Se puede considerar que soy el único hombre de la familia.

Nos gritan justo al pasar el puente de Feidinga. Todas las luces del autobús se apagan. Bajo la tenue luz de la luna, se ve por la ventana una línea de tropas, paradas junto a la carretera. ¿Ahora qué? Miro hacia arriba una sola vez, a la luna que es devorada por Rahu.

«¡Que todos los hombres se bajen del autobús!», grita el conductor.

En cuanto nos bajamos del autobús, se nos empuja a un lado de la carretera y se nos coloca bocabajo en fila. Levanto la cabeza un poco, y miro los alrededores. El oscuro soldado que está parado frente a mí me patea en la cabeza muy fuerte, con su bota. Mi nuca choca con una piedra. Siento el dolor. Lentamente, toco mi frente. Mi mano toca sangre densa. Se me salen las lágrimas de los ojos. No entiendo la razón de las lágrimas. Hace mucho que no lloro. ¿Qué tipo de dolor es el de hoy? En silencio, me muerdo los labios para mantenerlos cerrados.

Me levantan del pelo. Me ponen una antorcha directo en la cara. Me interrogan en hindi.

«¿De dónde vienes?».

«De Senapati».

«¿Dónde vives?».

«Tera Bazaar».

«¿Para qué vas a Senapati? ¿Eres terrorista? ¿Eres extremista?».

«No, soy empleado del gobierno, con puesto en Senapati».

«Todos ustedes son extremistas, terroristas».

Y su bota me patea de nuevo en la cabeza. Miles de estrellas aparecen frente a mis ojos. Luego, de nuevo, la tierra entera se vuelve oscuridad. Puedo ver borroso el pequeño remanente de la luna blanca, mientras Rahu la engulle. La luz de plata ha desaparecido. ¿Puede que mi abuela esté en el patio, gritando: «¡Suelten a Grahan! ¡Suelten a Grahan!»? ¿O estará en la carretera, con una antorcha encendida en la mano? •

Traducción de Héctor Ortiz Partida, a partir de la traducción del manipuri al inglés de Melbic Maibam.

Hello Maya

Lalit Magotra

Un extravagante gorrioncillo vuela desde algún lugar, desciende sobre la rama de una higuera de Bengala de gran fronda que ha estado ahí durante siglos, despreocupada; el alboroto de sus colores y las notas dulces de su canto emanan alegría por todos lados, momentáneamente, antes de que el pájaro vuele a quién sabe dónde: así es como ha venido a mi mente esta historia. Aquí va.

Apeándose del auto, cerró la ventanilla. Al dar la vuelta, estaba a punto de alejarse, cuando llegó frente a él. Una mujer madura. Sonrió. Cuando sonreía, sus labios se inclinaban un poco hacia un lado, se distorsionaban levemente. Pero detrás de eso labios inclinados, destellaba una fila de dientes blancos. Inmediatamente, él reconoció la sonrisa que había vivido por tanto tiempo en su memoria. También él sonrió.

«¡Hola, Maya!».

«¡Hola, Shekhar!».

«No te habría reconocido de no ser por tu sonrisa».

«Si no hubieras sacudido la cabeza tan vigorosamente al bajar del auto, yo tampoco te habría reconocido. ¡Mueves la cabeza como si te estuvieras sacudiendo agua del pelo!»

«¿Cuánto tiempo ha pasado?».

«Como treinta años. ¿No?».

Ambos echaron a reír.

Una gentil brisa propagó la fragancia de los recuerdos del amor de juventud alrededor de ellos. «¿Vas a algún lugar en especial?», preguntó Shekhar.

«No, sólo estoy pasando el rato. No venía por aquí desde hace mucho tiempo. ¿Tú qué tal? ¿Vas a algún mandado?».

Por más que quiso, Shekhar no podía recordar la tarea que estaba cum-

pliendo. Se sorprendió de sí mismo. «Estoy libre, como un pájaro», dijo con ligereza. Extendió los brazos como si buscara emprender el vuelo. Maya carcajeó sonoramente y dijo: «Entonces, podemos volar juntos en el cielo azul».

Shekhar levantó la cabeza y miró al cielo. Se veía tan claro y azul como la mente de un santo Sufí: Un azul que le daba a su mente consciencia única de la profundidad que había percibido después de tanto tiempo.

Maya respondió: «A donde quieras. Lo divertido de volar está en el vuelo, y no en la dirección».

Shekhar rio. Abrió la puerta de su auto y dijo: «Entonces ven. ¡Te invito!».

El auto se deslizó por la superficie plana de la calle. Sonriente, Shekhar miró a Maya mientras conducía. Ella miraba hacia el frente, pero también sonreía. «¿Recuerdas la primera vez que te declaré mi amor?», preguntó él. Maya le dirigió una mirada inquisitiva y respondió. «¿Se puede olvidar una cosa así?».

Shekhar recordó el día. Había organizado una pequeña fiesta para algunos de sus compañeros, nuevos amigos de la universidad. Cuando todo mundo estaba ahí, había revelado que era su cumpleaños. Todos lo habían felicitado. Aprovechando la oportunidad de estar solo con Maya, le había preguntado medio en juego: «¿No me darás un regalo de cumpleaños?». Maya le había respondido inocentemente: «Vine aquí desprevenida. ¿Cómo habría sabido que hoy era tu cumpleaños?». Y él contraatacó: «Pero ahora lo sabes».

Maya había dicho: «Está bien. Te debo un regalo».

Después de ese incidente, siempre que veía a Maya le preguntaba: «¿No me das mi regalo?», y Maya le respondía con una sonrisa: «¿Cómo sabría qué te gusta?». Así siguió por muchos días. Un día, parado ante su puerta, cuando Maya llegó a su pregunta usual de «¿Cómo sabría qué te gusta?», él no terminó la farsa ahí. En vez de eso, recitó una línea de una canción famosa de Bollywood: «¡Teri pasand kya hai yeh mujh ko nahin khabar, meri pasand yeh hai ke mujh ko hai tu pasand!».[1]

Habiéndose tomado esa libertad, Shekhar ni siquiera se quedó para notar cómo había afectado a Maya. Simplemente había dado la vuelta y se había ido del lugar sin mirar atrás.

Conduciendo su auto ahora, seguía tarareando la misma canción, *¡teri pasand kya hai yeh mujh ko nahin khabar, meri pasand yeh hai ke mujh ko hai tu pasand!*

Maya echó a reír de nuevo.

---

1 «No sé quién te gusta a ti; lo que me gusta es que tú me gustas a mí». (*N. del T.*).

«¿Cómo te sentiste cuando me escuchaste hablar así por primera vez?», preguntó Shekhar.

«¿Pero cómo te sentiste cuando dijiste eso?», preguntó Maya de vuelta.

Se mantuvo callado por unos momentos y dijo: «Sí, vale la pena pensarlo. Decirle a alguien que la amas, o escuchar de quien amas, discretamente, que te ama también, eso sería intoxicante».

«No me has respondido cómo te sentiste cuando me dijiste de tu amor por primera vez», persistió Maya.

«No sentí mucho en esa ocasión, excepto el duro latir del corazón». En un instante de reminiscencia, añadió: «Es así. No experimentas dolor ni placer en el instante en que una cosa te está pasando. El presente es tan impaciente que pasa a la memoria en el instante en que apenas has dicho la "p" de la palabra. No puedes ni siquiera experimentar algo en un momento tan breve y fugaz. El sabor dulce o amargo de la experiencia viene hasta que el incidente ha sido relegado al montón de los recuerdos. El momento en que te dije estas palabras, ese momento pasó de inmediato. Pero por mucho tiempo después, la euforia inducida por lo que dije ante ti me mantuvo dando vueltas en el aire, volando alto y más alto en el cielo, hasta que me sentí mareado».

Shekhar estacionó su auto afuera de un hotel, y luego de subir las escaleras, ambos se sentaron en las sillas del balcón. Desde ahí podían ver el valle, atravesado por un río serpenteante, que se extendía en la distancia; una delgada y ligera bruma azulada y aterciopelada, que se entretejía en la brisa gentil, y filas y filas de montañas al fondo. Como lo ordenó Shekhar, se sirvieron medallones de pollo y crujientes *saag-pakoras* —que seguían siendo la colación favorita de Maya— con café caliente, humeante.

Shekhar lo encontró delicioso. Llamó a un mesero elegante y alto, y le dijo: «Yar, tu comida de hoy es excepcionalmente deliciosa. ¿Cambiaron al chef o están probando nuevas recetas?».

El mesero, cuya cara parecía hecha para sonreír, dijo: «Nada por el estilo, señor. El chef es el mismo y las recetas son iguales. Todo es lo de siempre».

Mirando a Maya, la sonrisa del mesero se volvió más radiante y dejó su mesa contento, eufórico.

Con mucha delicadeza, Shekhar puso su mano sobre la de Maya en la mesa y le preguntó: «Maya, ahora tú dime. Cuando dije que te adoro, ¿cómo te sentiste?».

Maya contempló el valle brumoso y dijo: «Para decirte precisamente cómo me sentí las palabras no serían suficiente. Pero puedes recordar que estaba en el primer escalón de la puerta de mi casa cuando lo dijiste. Sabía que di-

rías algo por el estilo el día que me preguntaste en privado. Callada, esperaba que esto ocurriera. Ese día, finalmente lo dijiste y luego te fuiste. Me quedé parada ahí, viendo tu figura al alejarse. Luego entré. Sentí que mi casa tenía una capa nueva de pintura, vi que las hojas en los floreros se habían puesto más verdes y las flores más brillantes, y hasta me sonó mucho más dulce la canción de Vividh Bharati, vi lo brillantes y hermosos que eran los ojos de la mucama Baghadi que limpiaba nuestros utensilios: pensé en cuánto valía la pena vivir la vida».

Luego Maya volteó la cara hacia Shekhar y colocó su otra mano sobre la de él.

Mirando los ojos fulgentes de Maya, a quien la luz dorada del atardecer había vuelto traslúcida, Shekhar dijo: «Cuando el amor florece en tu pecho por alguien, la creación entera otorga la capacidad de experimentar su máxima belleza en esa persona. También yo sentí que al amarte, amaba a todas las personas que había conocido hasta entonces».

Shekhar tomó un sorbo de café. Se rio entre dientes por algún viejo recuerdo. Apretando levemente la mano de Maya, dijo: «¿Maya, recuerdas ese incidente, cuando buscamos a un ladrón en la oscuridad de la noche?».

Maya preguntó con cara de confusión: «¿Cuál incidente?».

«Querida, el mismo, cuando al escuchar un ruido a medianoche, el sirviente de tu vecino hizo un gran escándalo de que un ladrón había entrado a tu casa. Todo el vecindario, incluyéndome, salió con antorchas encendidas en las manos y buscó por hora y media al ladrón. ¡Pero no era ningún ladrón! ¿Quién más había hecho tanta alharaca sino yo cuando salí por tu ventana?».

Shekhar rio en voz alta. «El vecindario entero había llegado al punto de formar un comité de vigilancia para prevenir los robos. ¿No lo recuerdas?».

Maya dijo sonriente: «Estás equivocado. No puedo recordar dicho incidente, y no vivías en mi vecindario».

«No, eres tú quien ha olvidado. Tu gente se cambió de casa y rentó la que estaba junto a la nuestra».

Maya mantuvo su expresión divertida. Al ver esto, Shekhar dijo, «Ahora, no me digas que no recuerdas el día que llamé a tu papá para pedir tu mano».

La sonrisa de Maya tenía ahora un leve tinte de travesura. «¡Muy bien! Ahora tú dime qué ocurrió. Quizá pueda yo recordar». Miró a Shekhar con curiosidad. Shekhar explotó en carcajadas de nuevo, y mirando también traviesamente a Maya, comenzó: «No tenía las agallas de hablar con él. Mis amigos Joshi y Slathia encontraron la forma de hacer algo. Había un bar en el bazar donde empieza la calle hacia tu casa. Ahí me llevaron, y me hicieron tomar un

vaso de whisky. Pero a la mitad del camino, se me fue la valentía. Me dieron otro trago, y me empujaron hacia tu casa. Pero eso tampoco fue suficiente. Para ese punto, ya no podía sentir la diferencia entre tu casa y la de tus vecinos. No podía sentir nada, de hecho. Abyectamente aturdido, apenas y logré timbrar en tu puerta. Fue tu padre quien abrió la puerta. Al verlo, parado frente a mí, me incliné al instante a tocar sus pies como lo había planeado. Me incliné tanto que me caí al suelo. Tu padre trató de levantarme, pero yo estaba demasiado borracho...». Shekhar rio de nuevo, y Maya también.

Shekhar añadió: «A la fecha, no sé qué tanto tuviste que sufrir por ello».

Maya respondió sonriente: «¿Por qué habría de sufrir yo? Estás confundido. Nunca fuiste así a mi casa. No había un bar cerca de mi casa».

El júbilo de Shekhar decayó un poco. «¿Cómo puede ser que no haya visitado tu casa?».

Disfrutando la situación, Maya rio sonoramente y dijo: «Debes haber ido con alguien más. Tan borracho como estabas, quién sabe con el padre de quién te inclinaste».

En la cara de Shekhar, el asombro sustituyó a la risa. Preguntó: «¿Pero recuerdas el día en que pretendiste haber perdido el sentido y ahogarte en la playa de Goa y traté de revivirte con respiración de boca a boca?».

Maya respondió: «No, no recuerdo eso».

«¿Y cuando te pasé una carta de amor dentro de un sándwich y te lo comiste todo?».

Maya dijo de nuevo: «¡No!».

Confundido, Shekhar preguntó: «¿Me dices la verdad? ¿No recuerdas nada?».

Maya dijo: «No es culpa de mi memoria. Nada de esto pasó conmigo. Puede ser con otra chica u otras chicas. ¿Cómo podría recordarlo yo?».

El predicamento de Shekhar se volvía ansiedad rápidamente. Al percibir esto, Maya sofocó una risa. «Pero, Shekhar, ¿Realmente recuerdas todo esto?».

Shekhar asintió y dijo: «Con certeza».

Maya dijo: «Bien, si así lo recuerdas, entonces no importa que nadie más lo recuerde, o no. Tú vives tus propios recuerdos, y no los de nadie más. Si está en tus recuerdos, es verdad para ti. No te preocupes».

Shekhar sentía que Maya tenía razón. Miró por un rato el valle que se extendía ante él y bebió a profundidad su intoxicante brisa. Luego exclamó: «¡Qué vista tan espléndida!».

Maya preguntó: «¿Vienes aquí diario?».

Shekhar respondió: «No».

Maya inquirió sorprendida: «¿Por qué no?».

Shekhar respondió: «Estoy ocupado con otras cosas».

Maya preguntó con mayor sorpresa: «¿Puede haber algo mejor que ver el espectáculo de este valle?».

Shekhar se preguntó a sí mismo y dijo: «Quizá no».

Maya dijo después de un rato: «Debemos tener una vista mejor desde la azotea».

Shekhar llamó al mesero sonriente y le preguntó dónde estaba la escalera a la azotea.

El mesero dijo: «Mire, ahí está frente a usted». Vieron que, efectivamente, frente a ellos colgaba una escalera hecha de gruesas cuerdas de colorida seda. Advirtiendo la curiosidad de Shekhar, el mesero dijo: «El hotel la tiene especialmente para los huéspedes que quieren ver el valle desde arriba».

Ambos dejaron sus sillas y caminaron hacia la escalera. Maya iba al frente. Se pescó de la escalera y comenzó a ascender. Apenas había subido tres o cuatro travesaños cuando se le soltó la cuerda sedosa. La escalera quedó lejos de su alcance. ¡Pero qué ocurría entonces! En vez de caer al suelo, Maya comenzó a volar hacia el valle, y luego, como un pájaro, se desvaneció por completo en la bruma. Shekhar no podía hacer nada sino mirar.

Shekhar se sobresaltó. El clamoroso claxon de un vehículo lo había traído de vuelta. Estaba parado junto a su auto, había cerrado la ventanilla hacía solo un momento. Una de sus manos seguía en la manija de la ventana del auto. La mujer de mediana edad se acercaba a él apenas, con la familiar sonrisa.

Shekhar le dijo: «¡Hola, Maya!» .

La mujer le preguntó a su vez: «¿Hain?».

Shekhar dudó un poco. Le preguntó: «¿Eres Maya?».

Le respondió: «No».

Shekhar agitó la cabeza por hábito. Pero la mujer no dijo: «¡Hola, Shekhar!».

En sus ojos él no vio ningún indicio de reconocimiento ●

Traducción de Héctor Ortiz Partida, a partir de la traducción del dogri al inglés de Suman Sharma.

Entre labios

DESMOND KHARMAWPHLANG

Pasándola entre los labios, un ancestro recuerda

la nuez de betel masticada que la abuela transmitió

de los huecos de sus manchados dientes a la palma de una mano

[iletrada

y otra vez a mi boca.

Muchos años después me encontré enseñando la tradición

transmitiéndola

de boca en boca.

Una cesta de caña donde colocábamos nuestros calcetines estaba

repleta de sus historias.

De pronto se transformó en un nido y

volé con aves desconocidas, mareadas y somnolientas,

buscando mantos de nubes en el maizal del gato mítico

que en ocasiones araba los cielos.

La canasta de caña desapareció cuando

un armario de madera se instaló en nuestra casa de tres

habitaciones.

Los calcetines hallaron un nido y comencé a escribir las primeras

[letras del alfabeto.

Mylliem, donde mis antepasados imploraron por su liberación del

[invierno amargo,

donde lucharon con tierra y piedra para escribir sus memorias.

Hoy, perdidos y cerca de cincuenta, sitiados y presos por los

[libros,

en ocasiones murmuro una oración: «Abuela, cuéntame otra

[historia».

Versión del inglés de Carlos Vicente Castro.

Kynpham
Sing Nonkynrih

Ïing Sad: guía de turistas

Estos pilares, comenzó, roídos y ennegrecidos por el tiempo,
han sido traídos de los *raijs*, las provincias de
Sawkher Lailyngdoh y Mawshai, hace muchos siglos,
cuando fundaron el Hima de Shillong.
Este cuarto oscuro ha sostenido cabras sacrificadas
durante miles de festivales.
Esta negruzca puerta con líneas horizontales marca con cal
la cantidad de cabras traídas de cada *raij* en cada festival.
Ésta es la sala más amplia, el *sanctum sanctorum*;
apenas iluminado por aquellos agujeros en el techo de paja.
Todo aquí está negro por el tiempo:
esta estera de bambú junto al hogar
ha sido asiento de un siglo de sacerdotes y *duhalias*,
y el hogar ha sido cálido y los ha entretenido
por miles de años, cada año.
Estas ocho vigas atraviesan el techo
para proteger al palacio de terremotos:
el humo de la madera los ha ennegrecido con hollín,
incluso a este sacro tótem rodeado por la estera de bambú.
Esto sólo puede tocarlo el Soh Blei, Fruto Divino,
el gran sacerdote y la Syiem Sad, Reina Madre.
No puedo decir por qué, pero como pueden comprobar,
todo aquí es antiguo y misterioso, e inamovible, excepto
el techo al que añaden una nueva paja cada primavera,

meses antes del Pomblang, el festival de danza y rituales.
Este triste Ïing, la Casa de la Reina Madre,
en forma de caparazón,
no lo encuentra hermoso ni majestuoso.
Tampoco lo ve único porque fue construido sin clavos,
ni siquiera le interesa compararlo
con el Arca de Noé. Lo que en realidad le intriga
es el ritual que regenera el techo. Es una gran lección:
incluso los ciclos de la cultura requieren un nuevo techo al año.
Esta casa ejerce su atracción hacia él como un lazo de sangre
mientras una enorme tristeza lo sofoca al pensar
que aunque no sea nuevo el techo, una nueva casa se construye este
[año.

Una cabeza de cabello blanco

The sign of winter is a head of white hair.
Soso Tham

Ask me about women, for here I am
A doctor who knows their circumstances.
A man with white hair or one short of cash
Has no share left in their affection.
De «Noche 170», *Las noches arábigas*

Lleva una cabeza de cabello blanco
y una cara con el triste vandalismo del tiempo,
y las mujeres de la familia lo miran con curiosidad,
hasta exclamar: «¡Cómo ha cambiado!».
Atrás ha quedado el brillo eléctrico,
esa risa silenciosa en sus ojos,
invitando, atrevida, burlesca...
esos ojos que se levantaron de manera inesperada,
la apertura de los pétalos, el amanecer partido en dos,
el día que comienza con un nuevo entusiasmo—

ojos, clama en la desolación,
¿no hemos conocido ya esos ojos
que bailaron traviesos mirando tus ojos?
¡Tejedores de romances y oscuras fantasías!
Cada uno había sido una posibilidad,
un amor, una alegría, una celebración...

Lleva una cabeza de cabello blanco,
debe forzar un noble desinterés en sus ojos
como si no tuviera sentimientos.
No hay belleza para los ancianos,
deben mirar y perecer,
su adoración es abominación,
todo lo bueno es memoria.

Lleva una cabeza de cabello blanco,
y ella le dice, Tali,
esta criatura de veinte,
«Dale color,
todavía eres suficientemente joven,
dale color,
hazlo por mi bien».

Versiones del inglés de Carlos Vicente Castro.

La visión de Arjuna como imagen poética

Elsa Cross

Apocalipsis es «revelación». Viene de *ápo-kalyptō,* que en griego significa *descubrir, desnudar, revelar, dar a conocer*. Aunque el término no tiene que referirse necesariamente al final de los tiempos, el Apocalipsis de san Juan, llamado el Teólogo en la Iglesia Ortodoxa, habla de su revelación o visión del final de los tiempos, el *éschatos* (έσχατος), de donde viene la palabra «escatología».[1]

Los apocalipsis fueron casi un género literario que proliferó en el mundo judío, paradójicamente en una época de relativa paz, durante el tiempo de los Macabeos, hacia los siglos II y I a.C., antes de la invasión de Roma, que ocurrió hacia la primera década de la era cristiana. Esos apocalipsis hablaban por lo general de la llegada del Mesías, que traería una especie de *apocatástasis*[2] —en griego— o restauración final, en este caso, del Reino de los Cielos.

Escrito hacia fines del siglo I d.C., el Apocalipsis de san Juan hace cristalizar en la figura de Jesús y en su enseñanza el sentido profético que se encontraba en otros textos escatológicos, sin duda inspirados en los libros de los profetas antiguos. En san Juan es posible detectar

1 La raíz de *éschatos,* (έσχατος), «final», se confunde con la de *skató* (σκάτό), que significa excremento, y al hablar de «escatología» o «escatológico», suele haber una confusión porque en español se usa la misma palabra para los dos conceptos; en griego esto se diferenciaría perfectamente con dos palabras distintas que serían, respectivamente, εσχατολογία (*eschatología*) y σκατολογία (*skatología*).

2 El término viene de Orígenes, que hablaba de una restauración final del Reino de los Cielos tanto para los justos como para los pecadores, idea que implicó serios problemas doctrinales.

una influencia o coincidencias con la tradición mística judía del Merkabá, que proviene de la visión de Ezequiel del Trono divino, visto como un carruaje (que es lo que significa *merkabá*) que representa todas las formas de la creación, y cuyos animales y seres emblemáticos pasarán después a ser distintivos de los cuatro evangelistas. También es posible encontrar imágenes que están ya en el Libro de Daniel, como la bestia con diez cuernos, el anciano de «vestiduras blancas como la nieve» y esa figura «como hijo de hombre» que llega hasta él, y que para Daniel es un ángel. Y más cercano en el tiempo al Apocalipsis está el intertestamentario Libro de Enoch,[3] donde los rostros de los «santos hijos de Dios» son también «blancos como la nieve», aunque pueda pensarse en el posible carácter derivativo y epigonal de este último texto, no aceptado en el canon de la Biblia hebrea ni por ninguna iglesia cristiana, excepto la etíope.

La semejanza que hay entre el Apocalipsis y el Libro de Daniel en el uso de la imagen poética y en el tono, se hace evidente en los siguientes versículos de este último texto, en que pueden reconocerse muchas imágenes del Apocalipsis. Dice el Libro de Daniel:

> **Y alzando mis ojos miré, y he aquí un varón vestido de lienzos, y ceñidos sus lomos de oro de Uphaz:**
>
> **Y su cuerpo era (como piedra) de Tarsis, y su rostro parecía un relámpago, y sus ojos como antorchas de fuego y sus brazos y sus pies como de color de metal resplandeciente, y la voz de sus palabras como la voz de ejército.**[4]

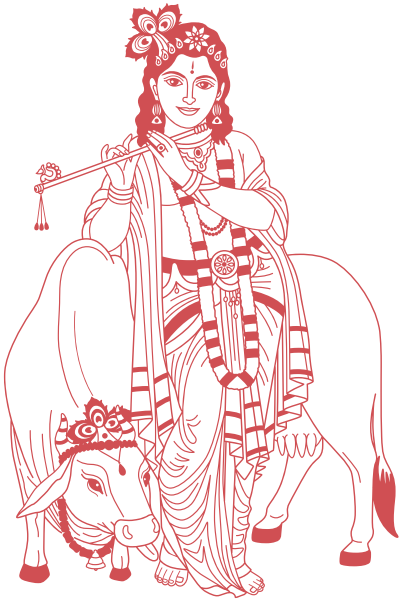
El Apocalipsis de san Juan está en todos sentidos más cerca de la tradición profética bíblica anterior que de los diversos apocalipsis contenidos en la biblioteca gnóstica encontrada en Nag Hammadi —que no debe confundirse con los Manuscritos del Mar Muerto—, como los de Pablo, Santiago y Pedro, que confieren diversas enseñanzas, pero no poseen el tono ni la fuerza —o al menos fuerza poética— de una revelación.

---

3 Libro escrito entre los siglos III y I a.C., es decir, después de la escritura de la Biblia hebrea y antes del Nuevo Testamento. Aunque es citado en algunas epístolas, sólo lo acepta el canon bíblico etíope, en cuyo caso se conoce como Libro etíope de Enoch.

4 Libro de Daniel, 10. 5-6 p. 651 (versión de Casiodoro de Reina y Cirpriano de Valera).

Al respecto de toda esta literatura apocalíptica, acaso resulte de mayor interés que su carácter profético, el fenómeno de la visión misma.[5] Los símbolos y las imágenes con que se expresan estas revelaciones —o elaboraciones— son tan amplios que podrían profetizar casi cualquier evento de cualquier época según los términos de referencia que se aceptaran como válidos. Lo que más me interesa subrayar es la fuerza poética del texto y las imágenes. Una visión o revelación contiene, por lo general, una serie de símbolos, a veces muy visuales y siempre llenos de significados latentes, que es lo que más los acerca a la imagen poética. Tal vez la poesía y la profecía, así como el mito, surjan de espacios internos semejantes. Haya habido o no de por medio una revelación directa en san Juan, no es raro que tenga influencia o semejanza con algunos textos proféticos anteriores, pues si aun en distintos momentos históricos de esa tradición se conserva una retórica similar y un mismo trasfondo simbólico, éste puede configurar tanto los elementos expresivos de visiones ulteriores como su manera de interpretarlos. De ahí que sea frecuente que los místicos judíos vean el trono de Dios, los cristianos tengan visiones de ángeles y santos o de la cruz, y los hindúes de sus dioses, o de *ṛṣis* y *siddhas,* por poner algunos ejemplos.



5 Ésta no puede ser comprobable, pero considero que es un fenómeno de interés aun su posible elaboración intencional.

Acercándome más a un pasaje de la *Bhagavad Gītā* que deseo contrastar aquí, muy escuetamente, con algunos versículos del comienzo del Apocalipsis, quisiera partir del carácter de visión o revelación que tiene expresamente ese fragmento del capítulo XI de la *Bhagavad Gītā*, su carácter de teofanía, para subrayar algunas similitudes que encuentro, en cuanto a la imagen poética, con el texto de san Juan, y que saltan a la vista por la diferencia tan radical de las dos tradiciones y sus contextos respectivos. Me detendré en el contexto de la *Bhagavad Gītā*, que por lo general es menos conocido.

La *Bhagavad Gītā* aparece en la parte central de la famosa épica india del *Mahābhārata*, y por su importancia, cobró un valor autónomo. *Bhagavad Gītā* significa «La canción del Señor», y en el capítulo XI es donde Arjuna recibe una revelación de la forma cósmica de Kṛṣṇa. Se da en el contexto de una gran batalla que está a punto de comenzar. Los ejércitos se encuentran ya formados, y Arjuna, que es el jefe del ejército de los Pāṇḍava, en lucha contra sus primos, los Kaurava, que les han arrebatado su reino, debe dar ya la señal de combate.

Algo lo detiene, sin embargo, y cuando Arjuna le pide al conductor de su carro de guerra, que es otro primo suyo, Kṛṣṇa, que avance el carro a la mitad del campo para ver a sus enemigos, descubre que éstos no son sino sus tíos, sus maestros, sus primos, sus amigos. ¿Cómo va a matar a su propia familia? Sería un crimen que haría recaer sobre él un *karma* terrible. Por ningún motivo los matará, ni aun a cambio del reino. Arjuna cae en un desaliento muy profundo, se hunde en su carro, arroja el arco y se niega a combatir. Kṛṣṇa le recrimina esa conducta, diciéndole que son indignos de un noble semejantes desmayos y que su deber, su *dharma* de guerrero es luchar; también le da a entender que no va a combatir por un reino sino por la justicia.

Arjuna se encuentra totalmente confundido y le pide a Kṛṣṇa que le resuelva sus dudas, que le dé instrucción. Kṛṣṇa acepta y se convierte en ese momento en el *guru* de Arjuna, quien tardará dieciocho capítulos en entender finalmente cuál es el sentido de la acción correcta, del *dharma*, y en aceptar ir al combate. Ahora bien, Kṛṣṇa no es un primo cualquiera, y Arjuna se va dando cuenta de ello en el curso de la instrucción que recibe de él. Según el *Mahābhārata* y los Puraṇa, Kṛṣṇa es un *avatāra* o encarnación divina de Viṣṇu, el dios protector del universo.

Al comienzo de su instrucción, Kṛṣṇa le explica a Arjuna que diversos caminos del yoga, como el de la acción correcta, el del conocimiento, el de la meditación y el de la devoción, conducen al mismo fin, que es

liberarse de la ignorancia y el sufrimiento para unirse a la divinidad. Kṛṣṇa habla después de su propio ser, y comienza a decir cosas raras que desconciertan a Arjuna. Declara ser la raíz del más antiguo linaje de sabios, siendo que es muy joven, y dice después: «Has de saber que todos los seres nacen (de mí). Yo soy el origen de este mundo al igual que su disolución».[6]

Luego, va dando gradualmente una descripción de su ser, que abarca desde el plano de la inmanencia, como cuando dice, «Yo soy el sabor del agua... la luz de la luna y el sol» o «Yo soy la fragancia pura de la tierra y el resplandor en el fuego», hasta el plano de la trascendencia: «Los hombres sin entendimiento me consideran a mí, que no estoy manifiesto, como si estuviera manifestado, ignorando mi naturaleza más alta, inmutable y suprema».[7]

A medida que Kṛṣṇa sigue hablando de su naturaleza divina, Arjuna está más azorado cada vez, hasta que dice: «En verdad Tú mismo te conoces a ti mismo, por ti mismo, oh suprema Persona, fuente de los seres, Señor de las criaturas, Dios de dioses y dueño del mundo».[8]

Y cuando le pide que le revele el poder de sus manifestaciones divinas, Kṛṣṇa le dice: «Yo (oh, Arjuna) soy el ser que habita en el corazón de todas las criaturas, soy el comienzo, el medio y el fin mismo de los seres».[9] Esto nos hace recordar obviamente el «Yo soy el alfa y la omega» del Apocalipsis de san Juan.

Al final del capítulo X de la *Gītā*, después de extender a toda cosa imaginable la descripción de lo que él es, Kṛṣṇa agrega: «Yo sustento este universo entero, penetrándolo con una sola fracción de mi ser»,[10] y entonces Arjuna siente un deseo incontenible de ver la forma cósmica de Kṛṣṇa, y le pide que se la revele. Kṛṣṇa accede, pero primero tiene que otorgarle una visión espiritual que le permita percibirla. Y entonces Arjuna contempla esa revelación de la forma cósmica de Kṛṣṇa, y al cabo de un momento, aterrado, se inclina ante él con las manos juntas y entre otras cosas le dice lo siguiente, que cito *in extenso*:

---

6 *Bhagavad Gītā,* VII.6, p. 215, de la versión de S. Radhakrishnan.

7 *Ibid.*, VII.24, p. 223.

8 *Ibid.,* X.15, p. 261.

9 *Ibid.,* X.29, p. 262.

10 *Ibid.,* X.42, p. 268.

En tu cuerpo, oh Dios, veo a todos los dioses y también a las variadas huestes de seres, a Brahmā, el señor sentado sobre el trono de loto y a todos los sabios y nāgas celestiales.

Te contemplo, infinito en forma por todos lados, con innumerables brazos, vientres, caras y ojos, pero no veo tu fin ni tu medio ni tu comienzo, oh Señor del universo, oh Forma universal.

Te contemplo con tu corona, mazo y disco, fulgurando por dondequiera como una masa de luz, difícil de discernir, (deslumbrando) por todas partes con el resplandor del fuego llameante y del sol, incomparable.

Tú eres el Imperecedero, el ser Supremo que ha de realizarse, Tú eres el lugar de reposo final del universo; Tú eres el guardián inmortal de la ley eterna, Tú eres la Persona primordial, yo lo creo.[11] [...]

Este espacio entre el cielo y la tierra está penetrado sólo por ti, también los puntos cardinales; oh Exaltado, cuando se ve esta terrible y maravillosa forma tuya, tiemblan los tres mundos.

Más allá, huestes de dioses entran en ti, y algunos en temor te exaltan con las manos juntas, y grupos de grandes videntes y *siddhas* gritan «Salutaciones» y te adoran con himnos de abundantes elogios.[12] [...]

Al ver tu gran forma, con muchas bocas y ojos, oh tú de poderosos brazos, de muchos brazos, muslos y pies, de muchos vientres, terrible con numerosos colmillos, los mundos tiemblan y yo también.

Cuando te veo tocando el cielo, ardiendo con muchos matices, con la boca abierta de par en par y grandes ojos fulgurantes, mi alma más íntima tiembla de temor y no encuentra equilibrio ni paz, ¡oh, Viṣṇu!

Cuando veo tus bocas terribles con sus colmillos, como las devoradoras llamas del tiempo, pierdo el sentido de los rumbos y no encuentro paz. Ten misericordia. Oh, Señor de los dioses, refugio de los mundos.

---

11 *Ibid.,* XI.15-18, p. 274 s.

12 *Ibid.,* XI.20-21, p. 276.

Todos aquellos hijos de Dhṛtarāṣṭra, junto con las huestes de reyes, y también Bhīṣma, Droṇa y Karṇa, al igual que los jefes guerreros de nuestro lado también,

Van corriendo hacia tus bocas temibles, provistas de tremendos colmillos. Atrapadas entre los dientes, las cabezas de algunos se ven aplastadas hasta pulverizarse.

Como torrentes de muchos ríos corren hacia el mar, así estos héroes del mundo de los hombres se apresuran hacia tus bocas llameantes.

Como las polillas van ligeras hacia el fuego ardiente para morir allí, así estos hombres corren veloces hacia tus bocas, hacia su propia destrucción.

Devorando todos los mundos a cada extremo de tus bocas llameantes, los lames. Tus rayos fogosos llenan este universo entero y lo calcinan con su brutal fulgor.

Dime quién eres Tú, de forma tan terrible. Salutaciones a Ti, oh gran Divinidad, ten compasión. Deseo conocerte a Ti, que eres el Ser primordial, pues no conozco tus obras.[13]

Arjuna no puede resistir por mucho tiempo esa visión terrible y termina pidiéndole a ese ser inabarcable que recupere su forma apacible de Viṣṇu. Tampoco san Juan puede tolerar su revelación y al principio, al igual que Daniel, se desmaya; en sus historias respectivas, Moisés se cubre el rostro ante la zarza ardiente[14] e Isaías exclama, «Ay de mí!, que soy muerto».[15] Son visiones tan tremendas que resultan amenazantes. Es algo muy distinto del susurro amoroso, que acaso escuchan los místicos. Tanto para Arjuna como para san Juan, su capacidad de concebir a Dios se ve sobrepasada en tal medida, que los dos se aterran. Las sendas visiones están más allá incluso de los conceptos convencionales de vida y muerte. Arjuna le dice a Kṛṣṇa: «Eres el Imperecedero, el ser y el no ser y lo que está más allá de eso». Y dejando de lado cuestiones teológicas o doctrinales, quisiera subrayar algunas semejanzas de las dos visiones en cuanto al contenido plástico y poético de sus imágenes. En una estrofa semejante a otra que he citado ya, dice la *Gītā*:

---

13 *Ibid.*, XI.15-31, pp. 277 ss.

14 Éxodo, 3.4-6.

15 Isaías, 6.5.

> **Te contemplo como algo sin principio, medio ni fin, de poder infinito, de brazos innumerables, con el sol y la luna como Tus ojos, con Tu cara como un fuego llameante, cuya irradiación quema este universo.**[16]

En el Apocalipsis de san Juan, el Todopoderoso dice muchas veces que él es «el Alpha y la Omega, el principio y el fin». Y el texto describe, rememorando las imágenes de Daniel:

> **sus ojos como llama de fuego; y sus pies semejantes al latón fino, ardientes como en un horno; y su voz como ruido de muchas aguas. Y tenía en su diestra siete estrellas y de su boca salía una espada aguda de dos filos.**[17]

En la *Gītā*, Arjuna dice: «Como las muchas corrientes de los ríos corren hacia el mar, así estos héroes del mundo de los hombres se apresuran hacia tus bocas llameantes».[18] Y en el Apocalipsis: «y de su boca sale una espada aguda para herir con ella a las gentes».[19]

Para Arjuna, el objeto de su visión es «el guardián inmortal de la ley eterna»; san Juan habla del «testigo fiel y verdadero, el principio de la creación de Dios».

---

16 *Bhagavad Gītā*, XI.19, p. 275 s.

17 Apocalipsis, 1.14-16.

18 *Bhagavad Gītā*, XI.27-28 p. 278.

19 Apocalipsis, 19.15.

Dice la *Bhagavad Gītā*:

> **Más allá, huestes de dioses entran en ti y algunos, en temor, te exaltan con las manos juntas, y grupos numerosos de grandes videntes y de seres perfectos gritan «salutaciones», y te adoran con himnos de abundantes elogios.**[20]

Y el Apocalipsis dice:

> **Los veinticuatro ancianos se postraban delante del que estaba sentado en el trono y adoraban al que vive para siempre jamás, y echaban sus coronas delante del trono, diciendo: Señor, digno eres de recibir gloria, honra y virtud...**[21]

Y también:

> **Y oí a toda criatura que está en el cielo, y sobre la tierra, y debajo de la tierra, y que está en el mar y todas las cosas que están en ellos, diciendo: «Al que está sentado en el trono y al Cordero, sean la bendición y la honra y la gloria y el poder para siempre jamás».**[22]

Tanto en la tradición hindú como en la tradición judía o cualquier otra, la visión interior es sumamente importante. En la India, se llama *darśana*, y de esa visión primordial de los antiguos sabios o *ṛṣis,* se dice que surgen los *Vedas* y las *Upaniṣads*, que se consideran libros revelados, así como surgen también los mantras, la poesía y muchas otras cosas. Sucesivas generaciones de yoguis y ascetas la describen como una visión mística percibida desde el propio interior en estados de meditación profunda.

Sin que dicha posibilidad deje de estar presente en la *Bhagavad Gītā*:, la visión de Arjuna que se ha descrito aquí parece bastante excepcional, pues le es concedida explícitamente por un dios, desde fuera. En este caso se acerca a las revelaciones del judaísmo, en que los profetas se ven arrebatados por el Espíritu, que les muestra sus visiones y les da órde-

---

20 *Bhagavad Gītā,* XI.21 p. 276.

21 Apocalipsis, 4.10-11.

22 *Ibid*., 5.15.

nes precisas. La revelación es también fundamental en el judaísmo, y la Torah, los cinco primeros libros de la Biblia hebrea (o *Tanakh*), llamados también Pentateuco, se consideran igualmente libros revelados. Tanto en la tradición védica como en la judaica se piensa que sus escrituras respectivas —o la sabiduría que contienen— son anteriores incluso a la creación.

¿Pero la visión es anterior al lenguaje o al revés? En el Génesis, Dios dice primero «Hágase la luz», y es entonces cuando la luz se manifiesta. En las escrituras hindúes el sonido divino también precede a la aparición de las formas: el *nāda* o vibración primordial, da origen al *bindu*, el punto luminoso donde se concentra toda la energía potencial que dará origen al universo, *kalā*, al explotar y expandirse —tal como en la teoría del Big-Bang.

Y si en la visión del comienzo está implícita también la visión del final, como es frecuente en mitos de creación, «la semilla de mundos extintos» de la que surge el universo, según un himno del *Ṛg-Veda*, será la que vuelva a contener al universo cuando al final de esa era cósmica sea devorado por el fuego *vaiśvānara*, pues hay también aquí un fin catastrófico del mundo. Pero un aspecto que hace que cualquier escatología hindú sea mucho menos terrible que la del Apocalipsis, es que ningún fin del mundo es definitivo: el tiempo es circular, de modo que se alternan cíclicamente etapas de creación y destrucción del universo y cada una engendra a la otra, aunque haya intervalos de reposo donde todo queda, o bien, latente como semilla, o bien, manifiesto en las formas del universo.

Así, la visión de Arjuna no es tan radical como la de san Juan. Está realmente presagiando el fin de una era y la muerte de la mayor parte de los guerreros que participan en la guerra, pero al final hay una restauración de la justicia. La existencia sigue, en la vida o la muerte; está más allá de ellas, tal como dice Krishna desde el comienzo de su enseñanza:

> **Jamás hubo un tiempo en el que yo no existiera, o tú, o estos señores de los hombres, ni habrá jamás un tiempo en que dejemos de ser.**[23]
>
> **El habitante del cuerpo de cada uno, oh Bhārata [Arjuna], es eterno y no puede ser matado jamás. Por eso no debes lamentarte por ninguna criatura.**[24]

23 *Bhagavad Gītā*, II.12 p. 102 s.

24 *Ibid.*, II.30, p. 111.

Hay también una restauración al final del Apocalipsis, donde se restituyen la justicia y el bien y se instaura el Reino de Dios en la tierra.

Independientemente de la diferencia entre estas dos visiones y otras, cuyos ejemplos podrían multiplicarse, sean una revelación externa, transmitida por un ángel, un dios o lo que sea, o interna, originada en las profundidades de la propia psique, es significativa la reiteración de ciertos elementos.

Tanto la *Bhagavad Gītā* como el Apocalipsis comparten una teofanía en la que el Dios o el ser objeto de la revelación es el comienzo y el fin de todo; es sobrecogedor e irradia fuego o una tremenda luminosidad; tiene una boca o bocas amenazantes, de las que sale, o una espada de dos filos, o el fuego que devora a los guerreros; es un dios que recibe, en una y otra narrativa, las salutaciones de los seres celestes o los santos.

En un texto y en el otro hay un extraordinario vigor poético, tanto por el contenido como por el ritmo de las imágenes, que se magnifican dada la gravedad de los contextos respectivos, si bien en la *Gītā* se habla sólo de una batalla, y en el Apocalipsis del fin del mundo, de la batalla final, el Armagedón. Tienen los dos textos en común un contenido que sobrepasa y desborda los límites de la racionalidad y de lo que el ser humano considera normalmente como factible y natural. Si esas visiones provienen de la imaginación, ésta debería considerarse como algo muy importante pues tiene la capacidad de engendrar cosas más grandes que el ser humano mismo. Y ya quieran verse desde el punto de vista de la mística o de la poesía, sin duda se conectan con algo muy profundo en cada uno de nosotros.

En su libro *Las grandes tendencias de la mística judía*, Gershom Scholem señala que los aspectos o sucesos históricos de una religión determinada adquieren un sentido místico que los desliga de sus propias circunstancias concretas para convertirlos en símbolos de un acontecimiento interior, refrendable en cada ser humano. Por ejemplo, el Éxodo no se agotará en la salida de Egipto, sino que, dice: «debe corresponder con algo que ocurre en nosotros mismos, un éxodo de un Egipto interno en el cual todos somos esclavos».

Cada quien tendrá que indagar qué es lo que detonan en su propio interior esas dos visiones de las que se ha hablado aquí •

Literatura antigua de la India
[Compilación]

Hitopadesha

El Hitopadesha *es una notable recopilación de historias cortas en sánscrito. El término* Hitopadesha *es un esfuerzo conjunto de dos términos,* Hita *(bienestar/beneficio) y* Upadesha *(consejo). Como sugiere el término,* Hitopadesha *es una colección de cuentos que aconsejan para el bienestar y el beneficio de todos. Impartiendo la moral y el conocimiento, el* Hitopadesha *es uno de los libros en sánscrito más leídos en la India. Sigue siendo un libro de cuentos para niños muy popular que realmente los ayuda a convertirse en adultos responsables y maduros.*

Los indólogos del siglo XIX atribuyeron el texto a Vishnu Sharma, un narrador y personaje que a menudo aparece en sus fábulas. Tras el descubrimiento del manuscrito más antiguo que se conoce, en las montañas nepalesas, los eruditos generalmente aceptan dos versículos finales como los que afirman a Narayana como el autor y a un rey llamado Dhavala Chandra como el patrocinador del texto. Como no se conoce ningún otro trabajo de ese autor, y dado que ese gobernante no se ha rastreado en otras fuentes, no sabemos casi nada de ninguno de ellos. Citar el trabajo es, por lo tanto, problemático.

La hija del sabio

Érase una vez un sabio que vivía a orillas de un río. El sabio y su esposa no tuvieron hijos. Estaban descontentos. Un día, cuando el sabio se dedicaba a la penitencia, un pajarito dejó caer una rata en su regazo. El sabio pensó que Dios podría haberle enviado esta rata. Pensó que, si la llevaba a su casa, la gente se reiría de él. Entonces decidió transformarla en una niña.

El sabio llevó a la niña a su casa. Al verla, la esposa del sabio preguntó: «¿Quién es ella? ¿De dónde trajiste a esta chica?». El sabio le narró toda la historia y dijo: «La regresaré a su forma original». Su esposa lo detuvo al instante: «Te lo ruego, por favor, no la conviertas en una rata. Le has dado la vida, entonces te has convertido en su padre. Como eres su padre, soy su madre. Dios debe de habérnosla enviado porque no tenemos hijos».

El sabio aceptó la petición de su esposa. Comenzaron a criar a la niña como su propia hija. Pronto, la niña se convirtió en una bella doncella. Cuando cumplió dieciséis años, la esposa del sabio decidió casarla. Le pidió a su esposo que le encontrara una pareja adecuada. Al sabio le gustó la idea y sugirió que el Dios Sol haría la mejor pareja para su hija. La esposa estuvo de acuerdo con esto, y el sabio oró al Dios Sol para que apareciera. Cuando apareció, el Sabio le pidió que se casara con su hija.

Pero la chica rechazó la idea y dijo: «¡Lo siento! No me puedo casar con el Dios Sol porque está ardiendo. Seré reducida a cenizas en su calor y su luz». El sabio se desilusionó al escuchar esto. Le preguntó al Dios Sol si podía sugerir un novio para su hija. El Dios Sol dijo: «El Señor de las Nubes podría ser una buena pareja para ella, ya que él es el único que puede detener fácilmente los rayos del Sol».

El sabio entonces oró al Señor de las Nubes para que se presentara y le pidió que se casara con su hija. Pero la chica una vez más rechazó la propuesta y dijo: «No quiero casarme con una persona oscura como él. Además de esto, me aterroriza el trueno que genera». El sabio se desanimó una vez más y le preguntó al Señor de las Nubes si podía sugerir un posible novio. El Señor de las Nubes dijo: «El Dios Viento puede ser, ya que fácilmente puede volarme».

El sabio entonces oró al Dios Viento para que se apareciera y le pidió que se casara con su hija. La hija declinó la idea y dijo: «No me puedo casar con una persona frágil como el Dios Viento, que siempre está revolcándose». Una vez más, el sabio se puso triste y le pidió al Dios Viento

que sugiriera algo. El Dios Viento respondió: «El Señor de la Montaña es sólido y puede detener los duros golpes del viento con facilidad. Él puede hacer una pareja adecuada para su hija».

Según la sugerencia amable hecha por el Dios Viento, el sabio fue al Señor de la Montaña y le pidió que se casara con su hija. Pero la chica una vez más rechazó la propuesta y dijo: «No me puedo casar con el Señor de la Montaña porque tiene demasiado frío». Le pidió al sabio que encontrara un novio más suave para ella. El sabio buscó la sugerencia del Señor de la Montaña para lo mismo. El Señor de la Montaña respondió: «Un ratón hará una pareja perfecta para ella, ya que es suave y puede hacer agujeros en la montaña».

La hija aprobó la idea de casarse con un ratón. Además, estaba complacida con esta propuesta. El sabio dijo: «Éste es el destino. Viniste como una rata y estabas destinada a casarte con un ratón». Al decir esto, el sabio convirtió a la chica de nuevo en una rata. La rata se casó con un ratón y vivió feliz a partir de entonces ✷

Los cuentos *Jataka*

Los cuentos Jataka *son una parte importante de la literatura budista, que representan antiguas encarnaciones de Buda, a veces como un animal —un ave— y, a veces, como un ser humano, el futuro Siddhartha Gautama. Originalmente escrito en pali, los cuentos* Jataka *han sido traducidos a diferentes idiomas en todo el mundo.*

El poder de un rumor

Érase una vez que, en un bosque, una liebre descansaba debajo de un baniano. Tenía una intuición de fatalidad y pensó: «¿Qué me pasaría si la tierra se rompiera?». De repente, escuchó un extraño sonido sorprendente. Dijo: «Ha sucedido, la tierra se está rompiendo». Saltó y corrió locamente sin siquiera ver en qué dirección iba.

Cuando corría por el bosque, otra liebre la vio y le preguntó: «¿Qué pasó? ¿A dónde vas con tanta prisa?». La primera liebre gritó: «La tierra se está rompiendo. Es mejor que corras también». La segunda liebre corrió tan rápido que superó a la primera. Mientras pasaban por el bosque, ambas gritaron a otras liebres: «¡La tierra se está rompiendo. La tierra se está rompiendo!». Muy pronto, miles de liebres corrían por el bosque.

Al ver a las liebres corriendo por el bosque, los otros animales también se asustaron. La noticia se extendió de boca en boca y pronto todos llegaron a saber que la tierra se estaba rompiendo. No pasó mucho tiempo antes de que todos los animales se unieran a la carrera. Todas las criaturas, ya fueran reptiles o pájaros, insectos o animales de cuatro patas, todas intentaban escapar y sus gritos de miedo creaban caos por todas partes.

Un león de pie en una colina vio a todos los animales corriendo y pensó: «¿Cuál es el problema?». Bajó corriendo la colina rápidamente y se colocó frente a la multitud. Les gritó: «¡Alto! ¡Deténganse!». La poderosa presencia del león redujo la creciente ola de miedo entre los animales. Un loro gritó: «¡La tierra se está rompiendo!», posándose sobre una roca cerca de él. El león preguntó: «¿Quién lo dijo?». El loro respondió: «Lo escuché de los monos».

Cuando se les preguntó a los monos, respondieron que lo habían oído de los tigres. Cuando se les preguntó a los tigres, se descubrió que habían sido informados por los elefantes. Los elefantes dijeron que los búfalos fueron su fuente. Finalmente, cuando las liebres fueron atrapadas, se señalaron una a la otra hasta que se reconoció a la que comenzó a difundir la amenaza.

El león le preguntó a la liebre: «¿Qué te hizo pensar que la tierra se estaba rompiendo?». La liebre, vacilando por el miedo, respondió: «Su Majestad, la escuché resquebrajarse con mis propios oídos». El león investigó el asunto y buscó el sonido que la liebre había escuchado. Finalmente, llegó a saber que el sonido había sido causado por un gran coco que caía de un árbol. El coco cayó sobre una pila de rocas, causando un pequeño derrumbe.

El león les dijo a todos los animales: «Vuelvan a sus casas. La tierra es absolutamente segura. La próxima vez, verifiquen un rumor antes de actuar sobre él». Los animales, que ahora parecían bastante estúpidos, regresaron a sus hogares ✷

Shakuntala

Shakuntala es la esposa de Dushyanta y la madre del emperador Bharat. Su historia es narrada en el Mahabharata *y dramatizada por muchos escritores; la adaptación más famosa es la obra de Kalidasa Abhijñānaśākuntala (El signo de Shakuntala).*

Rishi Kanva la encontró en el bosque como un bebé rodeado de pájaros shakunta. *Por lo tanto, la llamó Shakuntala, que significaba* shakunta *(protegida).*

En el Adi Parva *del* Mahabharata, *Kanva dice: «Ella estaba rodeada en la soledad del desierto por* shakuntas, */ por lo tanto, ha sido nombrada por mí Shakuntala (protegida por Shakunta)».*

Shakuntala

El rey Dushyanta era un gran guerrero, muy guapo y de excelente carácter. Un día, cuando estaba cazando en el bosque, se encontró con un hermoso jardín. Todos los animales estaban en paz ahí y había una atmósfera de gran tranquilidad. El aire estaba lleno de una fragancia embriagadora. Al ver esto, el rey quedó maravillado y sintió curiosidad de saber quién era el dueño. Mientras vagaba por este jardín celestial, se encontró con una doncella. Esta doncella, cuya belleza rivalizaba con la de las *apsaras* (ninfas divinas), era la hija adoptiva del sabio Kanva. La historia de su nacimiento es bastante peculiar.

El sabio Vishwamitra, que era un rey antes de renunciar a su reino y había retomado su actual vocación, una vez se entregó a penitencias particularmente severas. Indra, el rey de los cielos, estaba preocupado al ver esto. Sintió que Vishwamitra estaba planeando algún acto que sería perjudicial para los *devas*. Llamó a la más hermosa de sus *apsaras*, Menaka, y le ordenó que fuera a la ermita del sabio y utilizara todos los medios a su alcance para interrumpir sus penitencias.

Obedeciendo la orden de su rey, la ninfa fue a la tierra, al lugar donde Vishwamitra estaba realizando su penitencia. Ella tomó la ayuda de Kama, el dios del amor, y creó un hermoso jardín y una atmósfera de

primavera alrededor de la ermita. Después de esto comenzó a bailar, y la música divina la acompañó. Después de un tiempo, la música empezó a filtrarse en la conciencia del sabio. Estaba lleno de un extraño deseo y ya no podía concentrarse en su penitencia. Abrió los ojos y vio una visión en rojo, Menaka bailando sensualmente, con una melodía celestial. Inmediatamente la pasión comenzó a arder en su mente, y deseó a esta mujer, cuando nunca antes había deseado algo en su vida. La estratagema de Indra había tenido éxito: la penitencia de Vishwamitra fue interrumpida.

El sabio y la ninfa pasaron muchos meses juntos, complaciéndose en sus deseos. Con el tiempo, una hermosa hija nació para ella. Llamaron a la niña Shakuntala. Ambos padres estaban inquietos. Menaka quería regresar al lugar que le correspondía en la corte de Indra y el sabio quería retomar sus interrumpidas austeridades. Por este tiempo, el sabio Kanva visitó la ermita. Shakuntala se quedó con él para ser criado como su hija y sus padres se fueron para continuar con sus deberes.

Tal era la historia de cómo Shakuntala llegó a vivir en la ermita del sabio Kanva. Ella heredó la inteligencia de su padre y la belleza de su divina madre. No era de extrañar que Dushyanta se enamorara de ella instantáneamente al contemplarla. Una vez que Dushyanta llegó a saber quién era, empezó a dirigirse a ella así: «Oh, doncella. Tu belleza brilla como la de Chandra en el día de luna llena. Si es posible, eres incluso más hermosa que tu madre. He caído desesperadamente enamorado de ti. Por favor consiente en ser mi esposa».

Shakuntala estaba llena de admiración por este rey, porque debe recordarse que Dushyanta era un guerrero guapo. Sin embargo, ella no consentiría en ser su esposa de inmediato. Ella dijo: «Oh, rey. En este momento mi padre Kanva está lejos de esta ermita. No volverá aquí durante muchos meses. Antes de proponerle matrimonio a una niña, el consentimiento de su tutor es esencial. Por lo tanto, no me presiones para que dé una respuesta a tu propuesta ahora. Vuelve más tarde y solicita el consentimiento de mi padre para dirigirte a mí».

Dushyanta no pudo soportar la idea de esperar tanto tiempo antes de casarse con ella. Nunca se había acostumbrado a esperar nada en su vida. Intentó convencerla de un matrimonio instantáneo. Dijo: «Oh, Shakuntala, es cierto que la práctica común es buscar el consentimiento de los guardianes antes del matrimonio; sin embargo, en circunstancias extraordinarias, las Escrituras permiten un *gandharva vivaha*, en el que dos personas que se aman se casan entre sí con testigos. Se ha recurrido

con frecuencia a esa práctica en los casos en que no se puede contactar a los tutores de inmediato para conocer su opinión. Por favor, no me atormentes, vamos a casarnos inmediatamente, ya que no puedo pensar en una vida sin ti».

Así que Shakuntala permitió que la convencieran de casarse con el rey inmediatamente, muy en contra de su mejor juicio. El amor ardiente debió de ser su única excusa, ya que no se habría perdido nada al esperar unos meses para que su padre regresara y el matrimonio se llevara a cabo de acuerdo con el modo común. Se casaron, con sólo las criaturas del bosque como testigos. El rey y Shakuntala pasaron un mes muy agradable allí en la ermita. Ya era hora de que Dushyanta regresara a su reino, pues no había dejado una palabra acerca de dónde se lo podía encontrar. Quería llevar a su esposa junto con él.

Sin embargo, Shakuntala no pudo consentir esto. Ella dijo: «Mi padre volverá muy pronto. Si no estoy en la ermita para darle la bienvenida, estará muy preocupado. Dado que nuestro matrimonio se realizó muy simplemente, es justo que llegues en forma, acompañado por tu séquito, para llevar a tu novia a tu hogar. Regresa a tu reino ahora, pero vuelve pronto y llévame a tu reino».

Dushyanta estuvo de acuerdo en que éste era un buen plan y regresó a su país. Antes de ir, le dio su anillo de sello, como muestra de su afecto. Mientras tanto, Shakuntala no podía apartar al rey de su mente. Pasó todo el tiempo meditando, esperando el momento en que Dushyanta regresara y la llevara a su reino. Estaba tan distraída que incluso dejó de atender su jardín favorito, donde se había encontrado con el rey por primera vez. Mientras estaba en este estado de ánimo, el sabio Durvasa vino a visitar a su padre. No encontró a nadie en la ermita, ya que Shakuntala había empezado a vagar por el bosque todo el día. El sabio finalmente la encontró sumida en sus pensamientos, bajo un baniano. Sabía quién era ella, ya que no era su primera visita a la ermita. Él le preguntó dónde estaba Kanva. Tan grande fue la abstracción de Shakuntala en sus propios asuntos, que ni siquiera notó que el sabio le estaba hablando. De hecho, ni siquiera notó su presencia. Después de repetir sus preguntas muchas veces, Durvasa se enojó mucho. Era un sabio de temperamento bastante corto, notorio por sus maldiciones pronunciadas con ira. Maldijo a Shakuntala así: «¡Ya que estás abstraída en tus pensamientos, que aquél en el que estás pensando olvide tu propia existencia!».

Su voz resonante mientras pronunciaba la maldición sacudió a Shakuntala de su abstracción. Humildemente le pidió perdón y le pidió que anulara la maldición. Le dijo con lágrimas que no había notado su llegada, ya que estaba pensando en su marido. Finalmente, el sabio cedió. No pudo anular por completo la maldición, y la enmendó para que Dushyanta no la olvidara permanentemente, sino sólo temporalmente. Después de esto, el sabio se despidió. Algún tiempo más tarde, el sabio Kanva regresó a su ermita. Shakuntala le relató todos los incidentes que ocurrieron durante su ausencia, incluido su matrimonio con Dushyanta y la maldición de Durvasa. Kanva estaba preocupado por la maldición, pero se consoló con el reflejo de que sólo era temporal.

Pasaron unos meses y Shakuntala descubrió que estaba embarazada. Kanva decidió que era hora de ir al reino de su marido, ya que el heredero al trono debería nacer en el país de su padre. Encontró un grupo de brahmanes que planeaban visitar el reino de Dushyanta. Les pidió que escoltaran a su hija adoptiva con su marido. Todo el grupo comenzó su viaje. Shakuntala siempre llevaba el anillo de sello que Dushyanta le había dado en su dedo anular. Mientras viajaban, se estaban bañando en un río, y su anillo se deslizó de su dedo y fue arrastrado por el río. Estaba muy molesta, ya que era lo único que tenía como recuerdo de su marido. Ella no había aceptado ningún otro regalo de él.

Los brahmanes la acompañaron a la corte de Dushyanta. Por supuesto, la maldición de Durvasa había entrado en vigencia para entonces y él no la reconoció en absoluto. Él le dijo: «Oh, doncella, ¿quién eres tú? ¿Qué es lo que buscas de mí? ¿Has sufrido alguna injusticia en mi reino? De ser así, me ocuparé de que se haga justicia».

Shakuntala estaba muy sorprendida. «Oh rey, ¿no me reconoces? No he cambiado tanto en estos seis meses que hemos estado separados. Hace siete meses me conociste en el bosque, cerca de la ermita de Sage Kanva. Usaste palabras de cariño conmigo y me pediste que fuera tu esposa. A pesar de que te pedí que esperaras a que mi padre regresara, me convenciste de que me casara contigo de inmediato. Nos casamos de acuerdo con los derechos del *gandharva vivaha*. Volviste a tu reino, prometiendo regresar pronto y llevarme a mi lugar correcto como tu reina. Ahora ni siquiera me reconoces. ¿Es ésta la práctica de los reyes? Acéptame como tu esposa, tu reina».

Por supuesto, Dushyanta no recordaba nada de esto. Él pensó que ella era una impostora, y se enojó mucho. «Oh, doncella. Tu forma justa

no coincide con la astucia de tu mente. Nunca te había visto antes. Tu audacia al afirmar que me casé contigo no tiene paralelo. Tu estratagema no tendrá éxito. Puedo ver que estás embarazada. Estás intentando imponerme ese hijo, después de haber perdido tu virtud ante otra persona. ¡Vete de mi presencia, antes de que cambie de opinión para ejecutarte por tus acusaciones infundadas!».

Al escuchar las duras palabras pronunciadas por el rey, Shakuntala se desmayó. Cuando despertó, ardiendo con justa ira, dijo: «Oh, rey, pensaste que cuando hiciste tu promesa no hubo más testigos que nosotros dos. Olvidas que Mitra, Varuna y otros dioses son siempre testigos de una promesa. Por alguna razón mejor conocida por ellos, los *devas* no vienen a mi rescate. Debiste haber sido derrotado, cuando hablaste esas palabras duras y rompiste tu promesa. Los dioses siempre castigarán al que rompa los juramentos. No me quedaré un instante en este lugar donde he sido insultada así».

Al escuchar sus palabras, Dushyanta se llenó de asombro; sin embargo, no la recordaba del todo, y se mantuvo firme en su negativa. Los brahmanes que habían acompañado a Shakuntala la consolaron y la llevaron de vuelta a la ermita de su padre. Kanva vio que todavía quedaba mucho tiempo por recorrer antes de que la maldición de Durvasa siguiera su curso, consoló a su hija y le aconsejó que aceptara su destino. Él le aseguró que su futuro estaría lleno de felicidad que pasaría en compañía de su esposo y su hijo, y que los tiempos oscuros actuales pasarían.

A su debido tiempo, Shakuntala tuvo un hijo varón. Él había heredado la belleza de su madre y su valor de su padre. Kanva lo llamó Bharata. Pasaron diez años, durante los cuales el niño creció hasta convertirse en un niño. Kanva le enseñó las Escrituras y el *dharma* (el camino de la verdad). Además de esto, como corresponde a un príncipe, le enseñaron el uso de las armas, y destacó particularmente con el arco.

El anillo de sello que había sido arrastrado por el río yació en el fondo durante mucho tiempo. Por fin, fue tragado por un pez. Este pez fue atrapado en la red de un pescador en el reino de Dushyanta. Cuando abrió el pescado para cocinarlo, encontró el anillo dentro. Inmediatamente reconoció el anillo de sello de su rey, y lo llevó a la corte. Cuando Dushyanta lo vio, la maldición de Durvasa se levantó. Inmediatamente recordó a Shakuntala. Estaba muy afligido, porque ella había venido a su encuentro, sólo para ser insultada en su corte. Decidió buscarla y disculparse por su conducta, y pedirle que fuera su reina. Conocía el

bosque en el que había conocido a Shakuntala, pero no pudo recordar la ubicación exacta del jardín en el que la conoció. Fue solo, sin su séquito, y pasó muchos días en el bosque, en busca de la ermita de Kanva.

Buscó comida en este bosque. Un día vio un gordo jabalí en el bosque. Lo persiguió y finalmente logró derribarlo con sus flechas. Al mismo tiempo, otro cazador también había disparado sus flechas contra el mismo jabalí. Ambos llegaron al jabalí al mismo tiempo. El Rey estaba muy sorprendido de que el otro cazador fuera un niño de diez años. Por supuesto, éste no era otro que su hijo, pero naturalmente el rey no lo reconoció. Ambos comenzaron a discutir, alegando que el jabalí era suyo. La discusión se volvió violenta y el niño desafió al rey a combatir. El rey dudó, ya que no era apropiado que un guerrero tan famoso luchara contra un simple niño. Sin embargo, cuando Bharata lo acusó de cobardía, se enojó mucho y aceptó el desafío. Muy rápidamente, una vez que comenzó la batalla, Dushyanta se dio cuenta de que, aunque sólo tenía diez años, su oponente era un guerrero consumado. El rey estaba muy presionado para contrarrestar el asalto del niño. La batalla se prolongó durante horas, pero al final, el rey fue derrotado y hecho prisionero. Según las reglas de combate individual de aquellos tiempos, se convirtió en esclavo del vencedor. El niño lo llevó a su casa, que era la ermita de Kanva. Allí, el rey se encontró con Shakuntala y se dio cuenta de que su conquistador no era otro que su hijo. Hubo una reunión muy feliz, con el rey pidiendo perdón al sabio y a su esposa por los eventos que habían tenido lugar en su corte. Ambos lo perdonaron de inmediato, ya que era irreprochable en este asunto, la maldición de Durvasa era la causa de su comportamiento.

Dushyanta regresó a su reino, acompañado por su esposa y su heredero. A su debido tiempo, abdicó al trono a favor de su hijo. Bharata gobernó por un largo tiempo. Conquistó a todos los reyes del mundo y los puso a todos bajo su control. Desafortunadamente, aunque tuvo muchos hijos, no encontró a ninguno de ellos digno de gobernar el reino después de él ✷

Panchatantra

El Panchatantra *(Cinco Tratados) es una antigua colección india de fábulas de animales en sánscrito. El autor del texto es desconocido, pero ha sido atribuido a Vishnu Sharma en algunas recensiones y a Vasubhaga en otras. El* Panchatantra *es una serie de interrelaciones, fábulas tejidas, muchas de las cuales despliegan metáforas de animales antropomorfizados con virtudes y vicios humanos.*

Además de una breve introducción, consta de cinco partes. Cada parte contiene una historia principal, que a su vez contiene varias historias «embozadas» en ella, ya que un personaje narra una historia tras otra.

El mono y el cocodrilo

Había un árbol de *jamun* (baya negra) en la orilla de un río, que estaba lleno de dulces frutos durante todo el año. Este árbol era el hogar de un mono llamado Raktamukha. Solía pasar sus días felizmente jugando y saltando, y solía comer las dulces frutas.

Un día, un cocodrilo llamado Karalamukha salió del río para descansar un poco debajo del árbol. Cuando Raktamukha lo vio desde el árbol, dijo: «Oh, cocodrilo, este árbol es mi hogar y has venido a este árbol a descansar. Esto te convierte en mi invitado. Por favor, acepta algunas frutas».

Raktamukha tomó muchas frutas y las tiró en la boca del cocodrilo. Karalamukha amaba las dulces frutas y se hizo amigo de Raktamukha. Karalamukha se fue en la noche después de agradecer la generosidad del mono.

Karalamukha comenzó a venir al árbol todos los días, y se hicieron buenos amigos. Hablaban durante mucho tiempo y disfrutaban de comer las dulces frutas juntas.

Un día, Karalamukha le dijo a Raktamukha que quería tomar algunos de las frutos del *jamun* para que su esposa conociera su dulzura.

Entonces, el mono tomó felizmente más frutas para que el cocodrilo las llevara a casa.

Karalamukha las tomó y se las ofreció a su esposa, y narró la historia de su amistad con el mono que vivía en el árbol. La esposa del cocodrilo estaba encantada de comer esos dulces frutos. Dijo: «Oh, querido, estos frutos son tan dulces como el néctar. Si el mono los come todos los días, me pregunto si será aún más sabroso. Trae el corazón del mono para mí».

Karalamukha estaba asombrado al escuchar esto. Dijo: «Querida, no puedo matar ni engañar al mono para obtener su corazón. Es mi amigo. Es injusto pensar en tal cosa».

Pero su esposa le suplicó por el corazón del mono. Cuando no pudo convencer al cocodrilo de que lo hiciera por ella, dejó de comer e insistió en que preferiría morir si el cocodrilo se negaba a hacer lo que deseaba.

Karalamukha no tuvo más remedio que sucumbir a sus deseos. Aunque estaba triste, ideó un plan para atrapar a su amigo y fue con Raktamukha.

Él dijo: «Oh, amigo, mi esposa ama mucho los frutos y le conté a mi esposa sobre nuestra amistad. Ahora está ansiosa por conocerte. Está enojada conmigo por no presentarte con ella antes. Por lo tanto, te ha invitado a nuestra casa para la cena. Acepta nuestra invitación».

El mono aceptó de inmediato, pero ¿cómo podía ir a la casa del cocodrilo? No podía nadar. El cocodrilo dijo: «Siéntate en mi espalda y te llevaré a mi casa».

Y entonces Raktamukha se sentó en Karalamukha y entraron al agua del río. Karalamukha lo llevó a aguas más profundas, donde planeaba matarlo. Raktamukha se asustó mucho con tanta agua a su alrededor. Le suplicó a su amigo que se moviera lentamente.

En este momento, el cocodrilo sabía que había tenido éxito en su plan y tenía al mono totalmente bajo su control. Pensó que no era posible que escapara, por lo que reveló su plan: «Oh, mono, la verdad es que te llevo a hacer feliz a mi esposa. Ella desea comer tu corazón. Ella cree que su gusto debería ser aún mejor que los frutos *jamun* que tienes todo el tiempo».

Al escuchar esto, Raktamukha se sorprendió. Pero no entró en pánico. En lugar de eso, dijo ingenuamente: «Oh, amigo, ¿por qué no dijiste eso antes? Sería mi privilegio si pudiera servir a tu esposa con mi corazón. Eres un buen amigo, y deberías haberme dicho antes. He dejado mi corazón en el árbol *jamun*. Regresemos y traeré mi corazón de inmediato».

El tonto cocodrilo le creyó y se dio la vuelta. Karalamukha llevó a Raktamukha al árbol creyendo que el mono debía sacar su corazón del

árbol. Pero tan pronto como Raktamukha saltó de la espalda del cocodrilo, trepó al árbol y se sentó en una rama alta. Finalmente se había salvado del malvado plan del cocodrilo.

Karalamukha quería saber: «¿Qué está causando este retraso? Se está haciendo tarde y mi esposa está esperando». Raktamukha respondió: «Oh, amigo mío, ¿cómo puede uno sacar su propio corazón y guardarlo en el árbol? Me engañaste para matarme, y a cambio te engañé para salvarme. Deja que esto sea una lección para ti por ser tan infiel. Vete y nunca vuelvas».

El cocodrilo supo que había sido engañado, y se sintió avergonzado por sus acciones. Se fue ✷

Puranas

Los Puranas *están repletos de historias morales en las que se busca destruir el Mal y vindicar la Virtud. Describen incidentes relacionados con avatares,* devas, vamshas, *reyes,* rishis, *demonios y la humanidad en general. El mensaje subrayado en todos los* Puranas *es que todas las especies en la Creación del Señor —ya sean* devas *o demonios, la humanidad u otros seres vivientes— están obligados por el principio básico,* i. e., *una siembra como cosecha. El propio* karma *o acción se decide por la acción previa en el ciclo interminable de nacimientos y muertes. Esta acción actual de cualquier ser da forma al futuro* karma. *La fuerza suprema crea* Maya *o Ilusión, e influenciada por* Tri Gunas, *o las Tres Características de la Naturaleza de Satva-Rajas Tamas,* Maya *decide todas y cada una de las acciones o la causa que conduce a la reacción o al efecto. Por lo tanto, la moralidad es el punto crucial y el comportamiento es la piedra angular de todos los seres, con especial referencia a los seres humanos. Veda Vyasas escribió dieciocho* Puranas *principales, además de varios* Upa-Puranas.

Los principales Puranas *son* Brahma Purana, Brahma Vaivarta Purana, Brahmanda Purana, Bhagavata Purana, Vishnu Purana, Matsya Purana, Kurma Purana, Varaha Purana, Vamana Purana, Shiva Purana, Linga Purana, Skanda Purana, Markandeya Purana, Agni Purana, Narada Purana, Padma Purana, Bhavishya *y* Garuda Purana. *Algunos de los* Upa-Puranas *prominentes incluyen* Deva Bhagavata, Narasimha, Vayu, Sthala *y* Nilamata Puranas.

Vamana Avatar

*(*Vamana *significa* enano *en sánscrito. El Señor Vishnu tomó el avatar de un niño brahmán enano para salvar al mundo una vez más de los* asuras*).*

El rey Bali era nieto de Prahalada, a quien el Señor Vishnu había salvado de su padre Hiranyakashyapa en el avatar de Narasimha. Bali fue sabio y buen rey, gobernó tan bien que todas las personas en la tierra fueron más felices bajo su gobierno. Aunque era un asura, gobernó siguiendo el *dharma.*

Bali le rezó al Señor Brahma para obtener una bendición a fin de convertirse en un buen rey y mostrarle al mundo que los asuras también pueden ser buenos, y para permanecer invicto en cualquier batalla contra cualquier oponente.

Debido a que Bali fue un rey justo, el Señor Brahma lo bendijo.

Bali, después de eso, comenzó a expandir su imperio y derrotó al dios Indra y tomó el control del cielo y comenzó a gobernar todos los mundos pacíficamente.

El gurú de Asura, Shukracharya, sugirió a Bali que debería realizar «cien *ashwamedha yagna*» (sacrificios) para que su lugar fuera permanentemente el del rey de todos los mundos.

Bali ordenó los preparativos para ello.

Indra estaba muy triste, ya que Bali estaba ganando popularidad y perdió su cielo. La madre de Indra, Aditi, vio a sus hijos apurados y rezó al Señor Vishnu.

Cuando Vishnu apareció ante ella, le pidió a Vishnu que naciera como su hijo y terminara con el rey Bali.

El Señor Vishnu dijo: «El rey Bali es un hombre justo y está destinado a convertirse en el rey de todos los mundos, pero debido a que has orado por mí y me has pedido este favor, muy pronto naceré como tu hijo y haré lo que tú has deseado».

Después de un breve periodo, Aditi estuvo embarazada del Señor Vishnu y dio a luz a un bebé que creció hasta convertirse en un joven apuesto, pero muy pequeño para su edad; era muy inteligente y se llamó Vamana.

Para cuando Vamana llegó a la edad de cinco años, el rey Bali realizó noventa y nueve *ashwamedha yagna* y sólo uno más lo convertiría en el rey de los mundos.

La ceremonia del hilo de Vamana se realizó a la edad de cinco años y salió a hacer *viksha* (mendigar) como parte del ritual y llegó al lugar donde Bali estaba representando el centésimo *yagna*.

Al ver al niño radiante en el *yagna*, Bali se levantó y se acercó a él. Shukracharya inmediatamente reconoció a Vishnu y le advirtió a Bali que no se le acercara, pero Bali se sintió atraído por él y fue hacia él.

Bali le dijo al niño: «Me siento honrado de tenerte aquí en el *yagna*, doy limosna a cualquiera que venga a verme hoy, por favor pregúntame qué deseas tener».

Antes de que Vamana pudiera hablar, Shukracharya interrumpió a Bali y lo llevó a un lado y le dijo que su Señor Vishnu había venido en la forma de un brahmán y lo destruiría si le concedía algo.

Bali estaba feliz de saber que era su dios quien había venido a él y le pidió que le diera algo; nada podría ser más satisfactorio y más precioso para él en su vida.

Sin preocuparse por la advertencia de su gurú, Bali fue a ver a Vamana y le pidió que deseara lo que quisiera.

Vamana sonrió a Bali y dijo: «Sólo necesito tres pasos de tierra medidos por mis pies».

Bali se divirtió con ese simple deseo y dijo: «Te concedo lo que pediste».

Tan pronto como Bali lo dijo, Vamana comenzó a crecer en tamaño y siguió creciendo a tal tamaño que cubrió toda la tierra con un paso, el cielo con otros pies y no quedó nada para poner sus pies en el tercer paso prometido.

Vamana preguntó dónde pondría los pies para el tercer paso. Bali, impresionado por el poder del Señor Vishnu, lloraba y le decía: «Te ofrezco mi cabeza para pisar». Vamana sonrió y puso sus pies en la cabeza de Bali y lo empujó hacia *patala* (subterráneo).

Todos los dioses estaban felices con el evento y se apoderaron del cielo otra vez ✷

Mahabharata

El Mahabharata *es una epopeya que comprende cien mil estrofas divididas en dieciocho libros, o* parvas. *La historia épica representa una exploración extendida de las responsabilidades establecidas por el código de* dharma. *Además de narrar un cuento heroico, el* Mahabharata *contiene una colección de escritos sobre un amplio espectro de aprendizaje humano, que incluye ética, derecho, filosofía, historia, geografía, genealogía y religión. También presenta una serie de leyendas, historias morales y cuentos locales, todos entrelazados en una narrativa elaborada. Tradicionalmente, la autoría del* Mahabharata *se atribuye a Vyasa.*

La historia *Mahabharata*

El rey Santanu se casó con una mujer que encontró junto al río. Tuvieron muchos hijos y ella los ahogó a todos. El rey la detuvo derribando al último niño. Luego dijo que era una diosa y que este niño era un dios, pero tuvo que permanecer en la tierra como castigo por robar una vaca sagrada en una vida pasada. El niño se llamaba Devavratha, pero era conocido como Bhishma.

La diosa regresó a donde sea que vayan las diosas, y el rey continuó gobernando. Un día se enamoró de una mujer; su nombre era Satyavathi. El rey Santanu le preguntó a su padre si podía casarse con ella, y él dijo que sí, pero sólo si los hijos de Satyavathi heredaban, dejando al pobre

Bhishma. Bhishma fue realmente genial con esto y dijo que permanecería célibe para que nunca tuviera hijos. Por lo tanto, el rey Santanu y Satyavathi se casaron. Tuvieron dos niños: uno no tuvo hijos y murió en la batalla, y otro, Vichitravirya, creció hasta la edad adulta y se casó con dos mujeres, Ambika y Ambalika. Pero antes de que cualquiera de sus esposas tuviera hijos, Vichitravirya murió y no mucho después el rey Santanu también murió. Por lo tanto, el único miembro sobreviviente de la familia era Bhishma, que había hecho un voto de celibato y se negó a romperlo.

Lo que la reina Satyavathi no le había dicho a nadie era que antes de casarse había nacido de un pez y había tenido un encuentro con un sabio y dio a luz a un hijo llamado Vyasa. Entonces, aunque Vyasa no era exactamente el heredero, todavía podía heredar. Todos acordaron que Vyasa debería dormir con las dos esposas de Vichitravirya y los niños heredarían. Ambika dio a luz a un niño llamado Dhritarashtra. Él era agradable y habría llegado a ser rey, pero nació ciego. Mientras tanto, la otra esposa de Vichitravirya se unió a Vyasa y dio a luz a un niño llamado Pandu.

Dhritarashtra, siendo ciego, se da cuenta de que realmente no puede gobernar, por lo que le da su reino a su hermano Pandu. Es un tipo muy agradable y le encanta cazar. Un día sale a cazar y mata a un ciervo mientras está en el medio del «juego del amor». Resulta que no es un ciervo común sino un dios, quien maldice a Pandu y dice esencialmente que «ya que me interrumpiste, voy a ensuciarme contigo». La maldición dice que si tienes relaciones sexuales morirás. Pandu no tiene hijos en este momento, pero tiene dos esposas: Kunthi y Madri. Él decide que no puede gobernar, por lo que él y sus esposas pasan el rato en el bosque.

Un día Kunthi (la primera esposa de Pandu) llama al dios del sol. Él realmente aparece. Ella da a luz a un niño que nombra Karna, pero lo envía río abajo en una canasta. Es descubierto y criado por un soldado y su esposa. Vuelve más tarde como una fuerza a tener en cuenta. Pandu piensa que tal vez las cosas funcionarán para él si juega el sistema. Él le dice a Kunthi que tiene relaciones con otros dioses para tener hijos. Kunthi se lleva a Yama (dios de la muerte y la justicia) y ella da a luz a Yudhishthira. Luego se une con Vayu (dios del viento) y tiene a Bhimasena. Finalmente hace la escritura con el dios Indra y da nacimiento a Arjuna. Mientras tanto, la segunda esposa de Pandu, Madri, atrae a los dioses Aswins y tiene a los gemelos Nakua y Sahadeva.

Todos son niños, todos son increíbles y son colectivamente conocidos como los Pandavas.

Pandu simplemente no puede resistir sus impulsos e intenta tener sexo con su esposa Madri. Él muere en sus brazos y ella se arroja. Kunthi (la otra esposa de Pandu) lleva los niños al hermano ciego de Pandu, Dhritarashtra, para que puedan ser criados para heredar. Mientras tanto, Dhritarashtra se casó con la princesa Gandharai y se convirtió en un rey ciego. Gandharai se venda los ojos Ella simpatiza con su ceguera y nunca vuelve a ver. Mientras Pandu estaba afuera en el *maderas* con sus dos esposas evitando el sexo, Dhritarashtra se convirtió en rey, y él y Gandharai tuvieron cien hijos Estos hijos no son buenos chicos y pelean con sus primos todo el tiempo. El más viejo de estos niños se llama Duryodhana y es un verdadero malvado. Esta colección de niños es llamada Kauravas.

Todos los ciento cinco niños son atendidos por Bhishma, quien está constantemente tratando de entrenarlos.

Los hermanos malvados tenían envidia de su primo Yudhishthira y comenzaron a maquinar destronarlo. Su primer intento de matar a los Pandavas fue quemándolos dentro de un palacio. Los Pandavas lograron escapar, pero luego los malvados hermanos una vez más intentaron ganar control. Uno desafió al hermano mayor, Yudhishthira, a un juego de dados que llevó a Yudhishthira a perder todo, incluso su esposa y la de sus hermanos, Draupadi. Él, junto con sus hermanos y su esposa Draupadi, fueron exiliados del reino. Por doce años tuvieron que vivir en el bosque y en el decimotercer año debieron esconderse en una ciudad, disfrazados. Fue durante esos trece años que los hermanos crecieron para aprender cómo era vivir con lo mínimo y adquirir más conocimiento. Después, el decimotercer año, Duryodhana decidió que lucharía contra ellos, lo que llevó a una gran guerra y a la muerte de muchos. Muchos murieron por ambos lados, y después de la guerra, se dio cuenta de que nada se ganó realmente.

La figura más dramática de todo el *Mahabharata*, sin embargo, fue Krishna, quien fue la personalidad suprema de Dios mismo, descendió a la tierra en forma humana para restablecer a sus devotos como cuidadores de la tierra y que practicaron el *dharma*. Krishna era el primo de ambas partes, pero era amigo y consejero de los Pandavas, se convirtió en el cuñado de Arjuna, y sirvió como mentor y auriga de Arjuna en la Gran Guerra. Krishna se retrata varias veces como ansioso por ver la guerra y en mu-

chas formas en que los Pandavas fueron sus instrumentos humanos para cumplir ese fin. A lo largo de sus vidas y la terrible Gran Guerra, hubo ejemplos de lagunas éticas entre hombres que nunca fueron resueltas. A raíz de la guerra, Yudhishthira sólo estaba terriblemente preocupado, pero su sentido de la injusticia de la guerra persistió hasta el final del texto. Esto fue a pesar del hecho de que todos los demás, desde su esposa hasta Krishna, le dijeron que la guerra fue correcta; incluso el moribundo patriarca, Bhishma, le habló extensamente sobre todos los aspectos de la Buena Ley (los deberes y responsabilidades de los reyes).

En los años que siguieron a la Gran Guerra, los únicos supervivientes por parte de los Kauravas, los padres de Duryodhana, el rey Dhritarashtra y su reina, Gandharai, vivieron una vida de ascetismo en un retiro forestal y murieron con calma yóguica en un incendio forestal. Kunti, la madre de los Pandavas, estaba con ellos también. Krishna se fue de esta tierra treinta y seis años después la Gran Guerra. Cuando supieron esto, los Pandavas creyeron que era hora de que ellos dejaran este mundo también y se embarcaron en el «Gran Viaje», que involucró caminar al norte hacia la montaña polar que está hacia los mundos celestiales, hasta que el cuerpo de uno cayó muerto. Uno por uno, comenzando con Draupadi, los Pandavas murieron en el camino hasta que Yudhishthira se quedó solo con un perro que lo había acompañado desde el principio. Yudhishthira llegó a las puertas del cielo y allí se negó a obedecer la orden de conducir el perro de vuelta; en ese momento el perro se reveló como una forma encarnada del dios Dharma (el dios que era el padre real y físico de Yudhishthira), que estaba allí para probar la virtud de Yudhishthira. Una vez en el cielo, Yudhishthira se enfrentó a una prueba final de su virtud: le dijeron que sus hermanos estaban en el infierno. ¡Insistió en unirse a sus hermanos en el infierno, si ese fuera el caso! Entonces se reveló que estaban realmente en el cielo, que esta ilusión había sido una prueba final para él ✷

Ramayana

La epopeya, tradicionalmente atribuida al sabio hindú Valmiki, narra la vida de Rama, el legendario príncipe del Reino de Kosala. El Ramayana *es una de las epopeyas antiguas más grandes de la literatura mundial. Consiste en casi veinticuatro mil versos (en su mayoría establecidos en el medidor* Shloka*), divididos en siete* Kandas *(libros) y alrededor de quinientas* sargas *(capítulos). En la tradición hindú, se considera el* adi-kavya *(primer poema). Representa los deberes de las relaciones, retratando personajes ideales como el padre ideal, el sirviente ideal, el hermano ideal, la esposa ideal y el rey ideal. El* Ramayana *fue una influencia importante en la poesía sánscrita posterior y en la vida y la cultura hindúes.*

La historia Ramayana

Había una vez un rey llamado Dasaratha, que solía gobernar la provincia de Ayodhya. Al no tener problemas, decidió realizar un gran sacrificio para engendrar un hijo. Como resultado de esto, le entregó una fruta para dar a sus esposas para que tuvieran un hijo. El rey Dasaratha la dividió por igual entre Kausalya, la esposa mayor, y Kaikeyi, su reina favorita. Pero tanto Kausalya como Kaikeyi amaban a la reina Sumitra. Así que cada una de ellas le dio la mitad de sus porciones a Sumitra y, a su vez, las reinas dieron a luz a cuatro príncipes: Kausalya al mayor, Rama; Kaikeyi al segundo, Bharat, y Sumitra a Laxman y Shatrughna. Los cuatro príncipes crecieron bajo la tutela de sabios y se convirtieron en excelentes guerreros. Laxman estaba muy apegado a Rama desde la infancia.

Durante sus viajes con el sabio Vishwamitra, una vez llegaron a Mithila, donde el rey Janaka había pronunciado un *swayamvar* (ceremonia de cacería del novio) para su hija Sita. Era la diosa Laxmi encarnada en este mundo, y estaba destinada a casarse con Rama. La condición en el *swayamvar* era que quien pudiera levantar el arco pesado, que le fue presentado por Shiva, podría ganar la mano de Sita en matrimonio.

Uno por uno, los reyes que vinieron por el *swayamvar* fracasaron en sus intentos. Cuando Rama fue y levantó el arco, se levantó fácilmente. Por lo tanto, Rama se casó con Sita en Mithila y regresaron a Ayodhya como una familia feliz.

Pero la felicidad no duraría mucho. Desde un incidente temprano en la vida del rey Dasaratha, su reina favorita, Kaikeyi, quien una vez lo salvó de un tigre, le había dado el don de la vida. Entonces le había concedido dos dones. Pero en ese momento Kaikeyi controló la situación con las bendiciones y su malvada criada sirvienta Manthara le recordó que la incitó a usar las bendiciones para llevar a su hijo Bharat al trono en lugar de al Señor Rama. Su mente envenenada por el mal, Manthara le pidió al rey Dasaratha dos bendiciones: una, que Bharat se convirtiera en el rey, y otra, , que Rama fuera desterrado al bosque por catorce años. Dasaratha murió poco después de que Rama partiera al exilio.

Rama, siguiendo las palabras de su padre, se fue al bosque poco después con su esposa Sita y su hermano favorito, Laxman, lo acompañó también al bosque. Bharat, que estaba lejos en la casa de un pariente, se enteró de esto y fue al bosque y le pidió a su hermano Rama que regresara. Pero Rama se negó a volver a la promesa de su padre. Entonces Bharat tomó las sandalias de Rama y las colocó en el trono y gobernó virtualmente en Ayodhya hasta el regreso del Señor Rama del destierro.

Hay muchos relatos emocionantes durante los catorce años de destierro de Rama. Pasaron por diferentes bosques, diferentes *ashrams* (ermitas) y varios *rishis* y vivieron de los frutos del bosque. Durante estos años libraron muchas guerras con *asuras* (demonios) para salvar a los sabios, y ayudaron a los sabios a llevar a cabo sus oraciones, que estaban siendo constantemente perturbadas por los asuras. El punto culminante de sus *Vanvaas* (destierro) fue la larga guerra contra el rey de los asuras, Ravana.

La hermana de Ravana, Surpanakha, estaba enamorada de la belleza de Rama cuando lo vio pasar por el bosque de Panchavati, y quería casarse con Rama. Rama la rechazó y le pidió que fuera con Laxman. Laxman también se negó y esto la enojó. Pensó en Sita como la razón principal detrás de esto y trató de dañar a Sita. Laxman le cortó la nariz.

Enfurecida, regresó y volvió con su hermano Khara para luchar contra Rama. Pero Rama y Laxman también derrotaron y mataron a Khara. Luego huyó y se refugió en Ravana, el poderoso rey de los asuras, a quien el Señor Shiva le otorgó la inmunidad, de los dioses, los asuras y todas las criaturas, excepto los seres humanos, a los que consideraba demasiado serviles. Por lo tanto, el Señor Vishnu tuvo que encarnar como humano para matar a Ravana. Ravana deseaba a Sita desde hacía largo tiempo. Y en la furia del momento, decidió un plan para secuestrar a Sita.

Con la ayuda de su tío Maricha, se disfrazó como un ciervo hermoso y vagó cerca del paradero de Rama, Sita y Laxman. Al ver al hermoso venado, Sita se sintió atraída por él y le pidió a Rama que lo persiguiera. Rama luego dejó a Laxman cuidar a Sita, y luego fue tras Maricha en la forma del ciervo. Después de un rato, Laxman y Sita escucharon los gritos de Rama pidiendo ayuda. Fue un ardid de Maricha para distraer a Laxman y a Sita. Sita estaba preocupada y le pidió a Laxman que fuera a ver qué pasaba. Pero al mismo tiempo, Laxman no quería dejar sola a Sita. Ante la insistencia de Sita, él trazó una línea y le pidió que no cruzara la línea, popularmente llamada *Laxman Rekha* (línea de Laxman). Le aconsejó que no la cruzara o de lo contrario podría estar en peligro.

Poco después de irse, Ravana, que esperaba esta oportunidad, se disfrazó de mendigo y pidió una donación de Sita. Sita entró a comprar granos para donar al mendigo. Cuando salió, le dijo al mendigo que fuera a buscarlo, ya que no podía cruzar el *Laxman Rekha*. El mendigo actuó como si estuviera ofendido y Sita cruzó la línea para darle limosna, y Ravana, en contra de sus deseos, la arrastró en un carro y la llevó a su

ciudad natal, Lanka, en contra de sus deseos. Mientras iba por el camino dejó caer sus joyas para que Rama pudiera seguir su ruta.

El viejo rey de los buitres estaba retirado y no tenía fuerzas trató de pararlo, pero sus alas fueron cortadas y cayó sangrando. Cuando Rama y Laxmam llegaron y vieron este pájaro, lo reconocieron como Jatayu. Y luego le describió que «traté muy duro a mi querido Rama, pero mi Señor, lo siento. Fallé en mi esfuerzo. Traté de salvar a la Madre Sita, pero no pude salvarla. Me siento muy mal por haber fallado». El Señor Rama le dijo: «Realmente has ganado. Eres victorioso porque no es el resultado del esfuerzo lo que me preocupa. Es tu hermoso esfuerzo. Tuvo todas las descalificaciones con todas tus descalificaciones, prestó servicio e hizo todo lo posible».

Finalmente Rama y Laxmam llegaron al reino de Kishkindha. Éste era gobernado por el rey mono Bali, que había desterrado a su hermano Sugreeva. Rama y Laxman llegaron a la colina donde vivían el desterrado Sugreeva y su amigo Hanuman. Hanuman cayó de inmediato a los pies del Señor Rama y le mostró las joyas, que Sita les había arrojado cuando estaba en camino a Lanka. Rama ayudó a Sugreeva a derrocar a su hermano Bali fuera de Kishkindha y convertirse en el rey. A cambio, Rama consiguió que todo el ejército de monos de Sugreeva incluyera a Hanuman para ayudarlo en la búsqueda de Sita.

Hanuman, mientras buscaba a gran distancia, cruzó a Lanka al otro lado del mar y reconoció a Sita allí. Luego transmitió el mensaje de haber encontrado a Sita con Rama. Rama luego le declaró la guerra a Ravana para que recuperara a Sita. Vibhishana, que era el hermano de Ravana, se acercó al lado de Rama y se convirtió en devoto de Rama. El ejército de monos liderado por Hanuman formó un enorme puente que cruzaba desde tierra firme hasta Lanka. Entonces Rama se llevó su ejército a Lanka y organizó una guerra en toda regla.

Ravana fue derrotado al final y Rama trajo a Sita a su casa y luego en el proceso su *Vanvaas* (período de destierro) terminó y regresó para gobernar Ayodhya como un rey justo y difundir *Ram-Rajya* (ley ideal) en Ayodhya ✷

Traducciones de Kathakali Roy, Monalisha Dasgupta, Saberee Mandal, Sayani Hazra y Dibyajyoti Mukhopadhyay.

Rabindranath Tagore

La caracola

Tu caracola está en el polvo,
cómo lo puedo soportar.
El aire, la Luz están desconectados
qué mala suerte.
Ven a luchar con la bandera,
el que tiene canción que comience a cantar,
rápido moviéndose adelante,
lo miran acostado en el polvo
esa caracola valiente.

Voy a la sala de culto
con la ofrenda de flores
busco todo el día
en donde está la Paz —el Cielo.
Ahora la herida de mi corazón
pensé que se iría,
lavando las manchas sucias
seré inmaculado.
Veo inclinado empolvado en la calle
tu gran caracola.

El sol del primer día

El sol del primer día
preguntó
en la nueva apariencia de la identidad:
¿Quién eres?
No obtuvo la respuesta.

Pasaron años tras años.
El sol al final del día
pronunció la última pregunta a la orilla del mar del oeste
en la noche silenciosa
—¿Quién eres?
No recibió la respuesta.

En una aldea

Los dos vivimos en una aldea
ése es nuestro único placer,
en su árbol canta robín urraca
con su canción baila mi corazón.

Sus dos ovejas domesticadas
pastan en nuestro tronco de higuera,
el cercado de mi prado está roto
las tomé en mi brazo.

El nombre de nuestra aldea es Khanjana,
el nombre de nuestro río es Anjana,
mi nombre es bien conocido —
el nombre de mi ella es Ranjana.

Las dos localidades están cerca
sólo hay un campo enmedio —
hay muchas abejas en su bosque
en nuestro bosque construyen colmenas.
En su muelle las guirnaldas de la adoración
flotan en nuestro muelle
con cesta de flores de cártamo de su localidad
llegan a vender al mercado de nuestra aldea

El nombre de nuestra aldea es Khanjana,
el nombre de nuestro río es Anjana,
mi nombre es bien conocido —
el nombre de mi ella es Ranjana.

Versiones del bengalí de Dibyajyoti Mukhopadhyay
y Victoria Falcón Águila.

David Huerta

Atropellamiento

Un automóvil es atravesado a la altura de su ecuador, de sus costillares aerodinámicos, por un glóbulo de luz, destello ubicuo del atropellamiento: imagen que el peatón lleva inscrita en el esternón, su eje peculiar y fragilísimo. El peatón ha dejado, así, su huella mortal en el raudo vehículo.

Cuando el ecuador del auto se encuentre con el eje del caminante urbano, en medio de la luz cegadora de ese globo expansivo, supernova de la ciudad, se habrá producido el temido atropellamiento.

Miedo, fulgores, pasos inciertos.

Un ciervo en las esquinas, un gato erizado en las orillas de los muros, un individuo ante la inmensidad del mar y que no sabe nadar: así el peatón en la inminencia perpetua de ese choque de coordenadas, choque asimétricos, impacto desigual y hondamente cataclísmico.

El automóvil tiene apenas alguna abolladura, un raspón en forma de raya quebradiza. Allá abajo, en los pozos del dolor, el peatón quiere reconocer su cara, respirar sin pena, entender dónde ha quedado su esqueleto.

Circulación del miedo

El miedo se ha dado vuelta en la cama como un insomne. Deja ver ahora su espalda tachonada de fantasmitas y suegras, de listones negros y moños empapados.

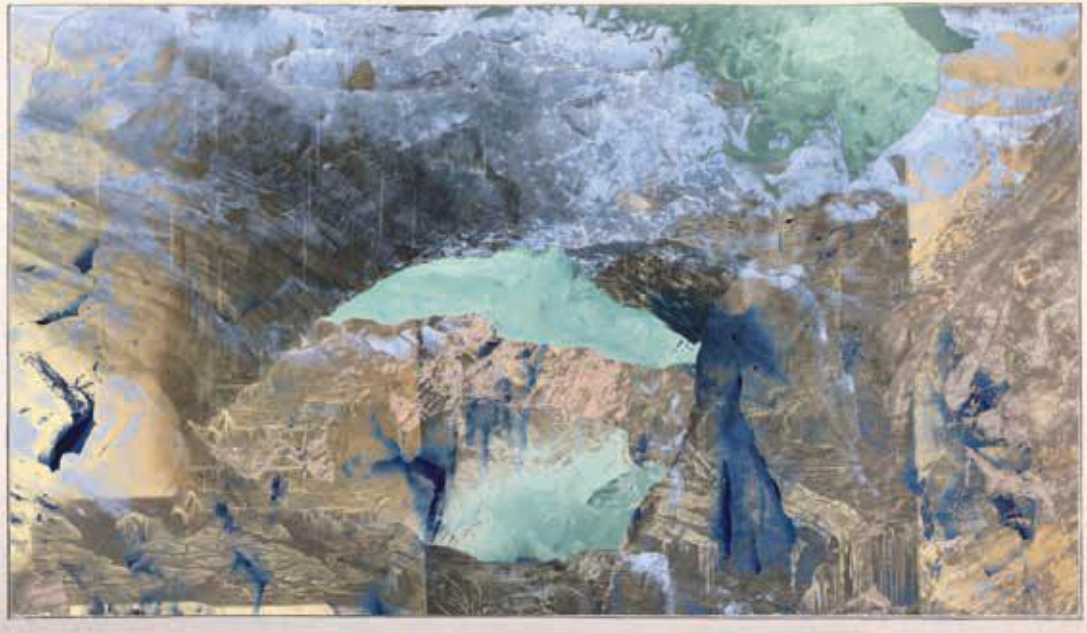
Más allá de la espalda, en el norte denso y desasosegado del miedo, están los ojos «espantadizos de sus mismos ecos»: como si pudieran ver el sonido y sus ondulaciones ávidas, entregadas a una fiesta de inmundicias y timidez, de neurosis y aristocracia olvidadiza —pero el miedo tiene una memoria crisoelefantina con injertos de museo berlinés, con incrustaciones sudamericanas o mesoamericanas de dignatario incaico y escultor mexica.

El miedo se explora con un dedo tras otro y se descubre árticos en donde tendría que haber una serie de inocentes relojes; el miedo se hunde en el cieno del tiempo como una asonancia se hunde en la sugerencia del sonido nocturno de las más oscuras rimas del repertorio.

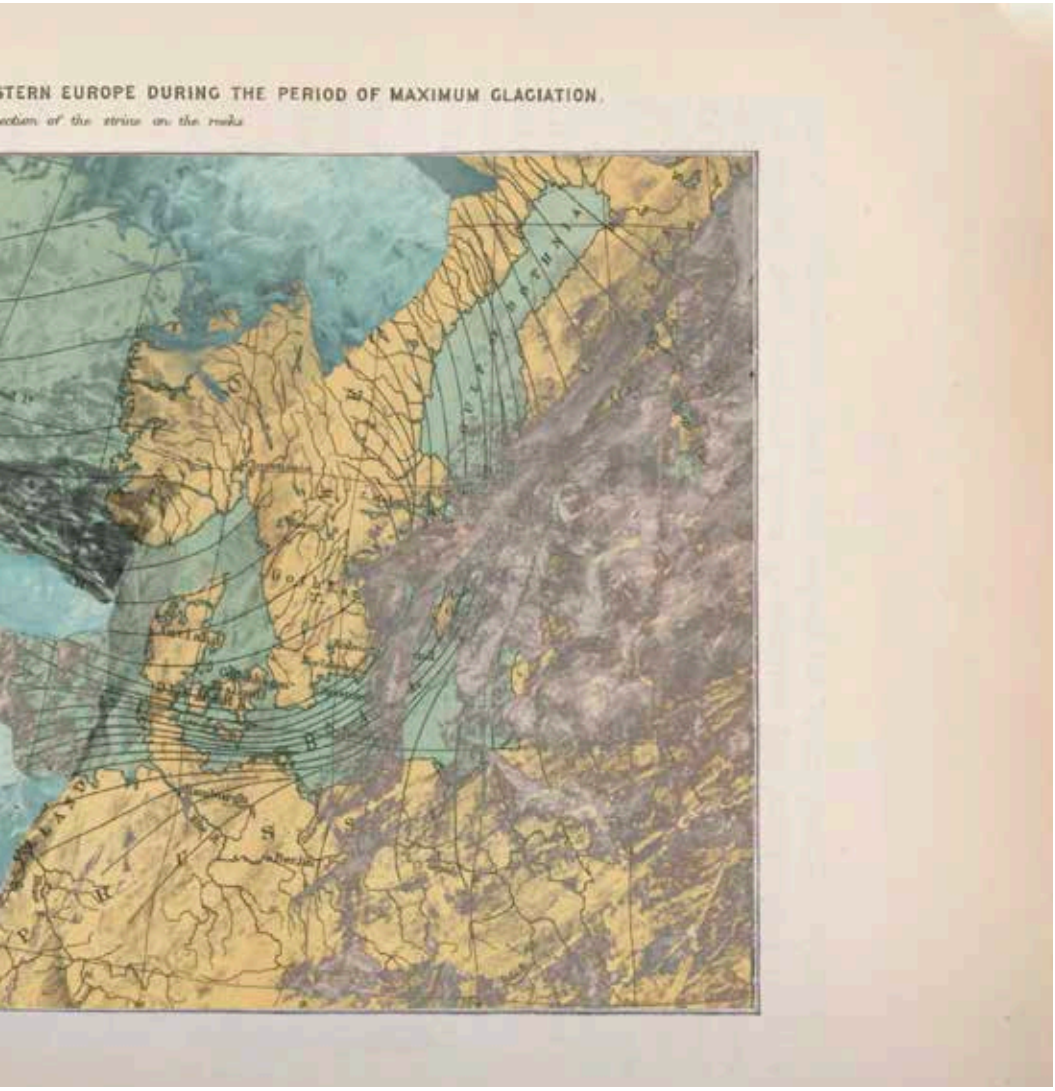
El miedo es una asonancia extraviada, es una resonancia en el paladar, es una disonancia que rompe las rodillas del desprevenido. Circula por las venas de los atardeceres con una frugalidad de menesteroso, versión detestable del egoísmo •

Himali Singh Soin somos opuestos así

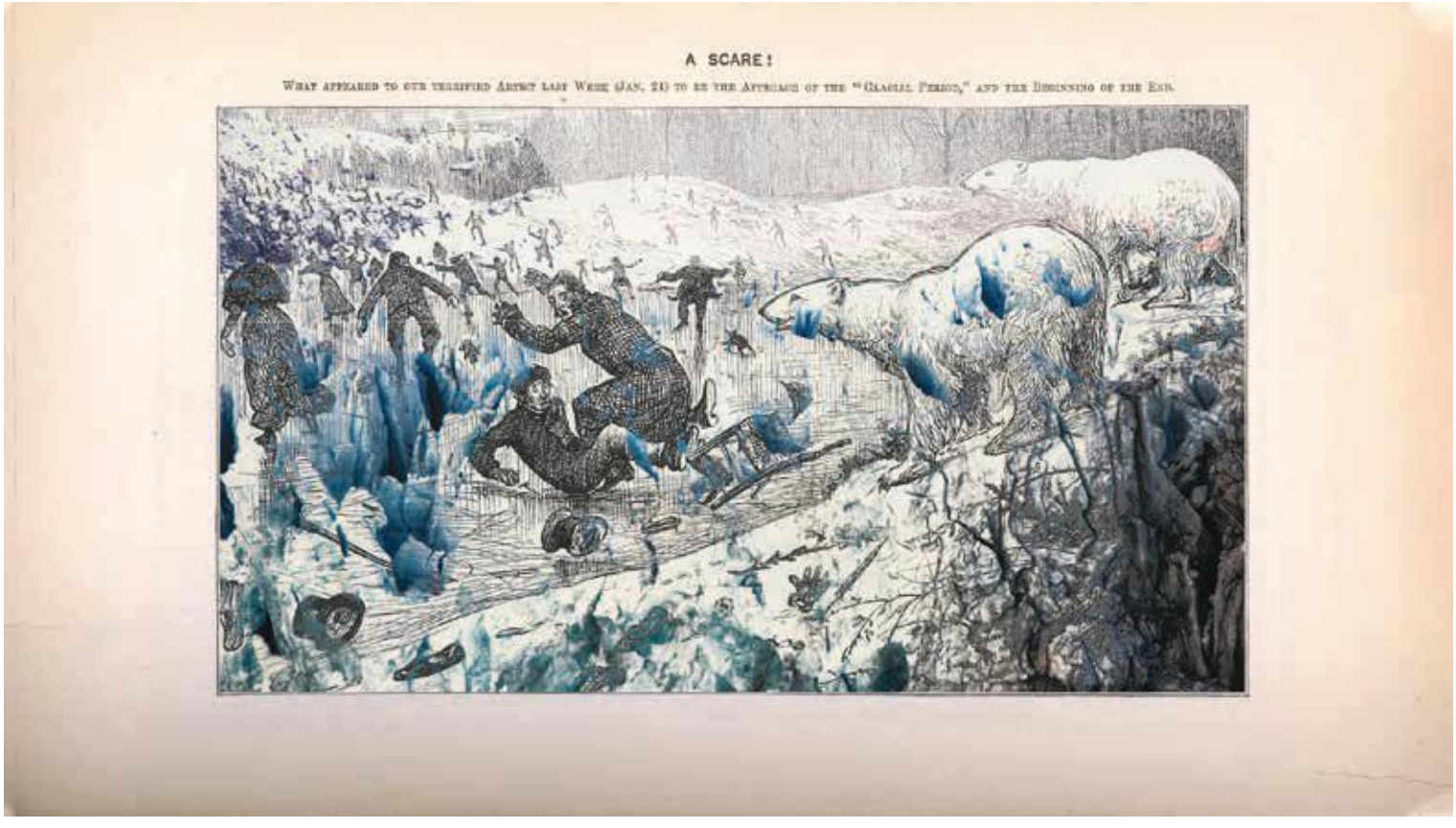
Erratic Blocks or Bowlders resting on Glaciated Rocks.



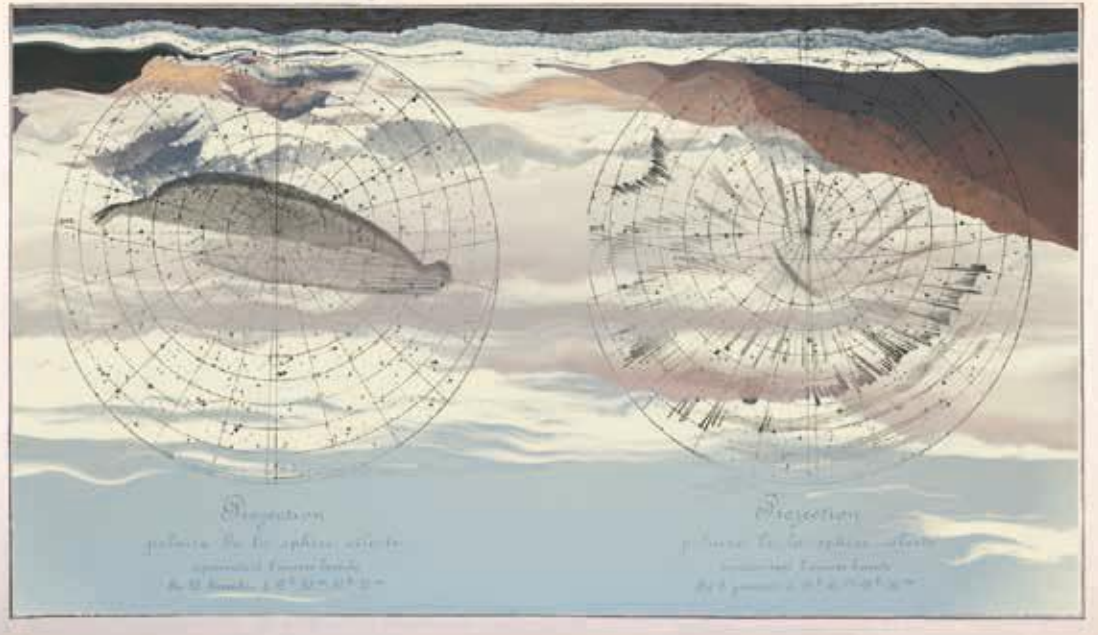
En la obra de Himali Singh Soin se entrecruzan la escritura, el *performance* y la imagen en movimiento. En su arte, el entorno natural es una metáfora de las cosmologías especulativas y revela los conflictos entre las vidas humanas y no humanas.



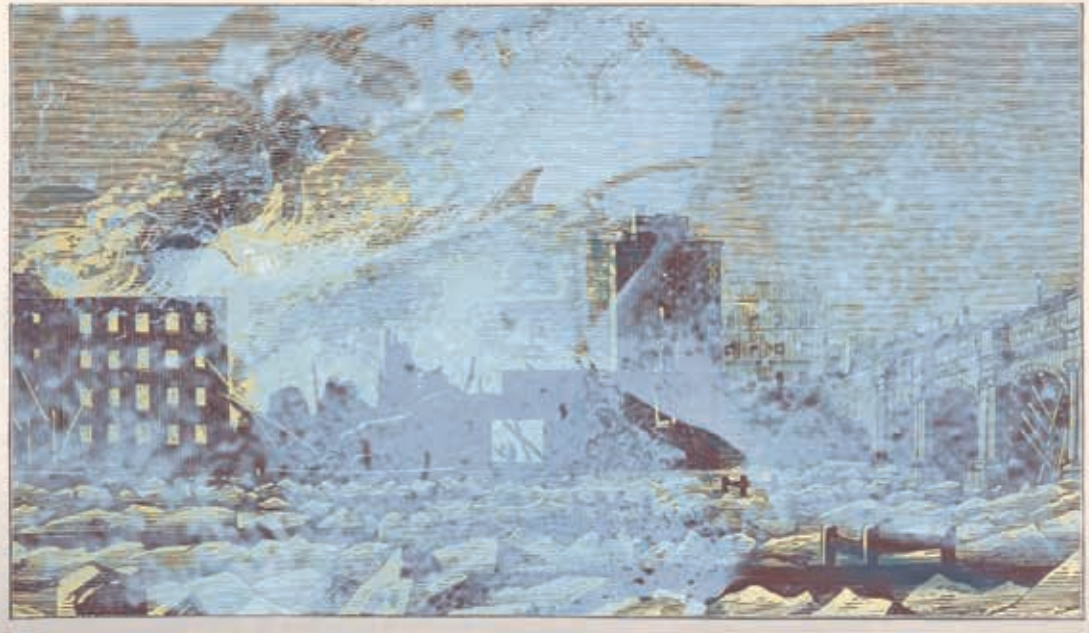
En las piezas de la serie *we are opossite like that* (somos opuestos así), creadas a partir de un proyecto de investigación en áreas remotas de los círculos Ártico y Antártico, Himali Singh Soin crea mitos ficticios para lugares en los que no hay comunidades indígenas ni leyendas. La artista narra sus historias desde la perspectiva no humana de un fósil que se derrite —hielo— y que ha sido testigo de los cambios a través del tiempo.


A SCARE!
What appeared to our terrified Artist last Week (Jan. 21) to be the Approach of the "Glacial Period," and the Beginning of the End.

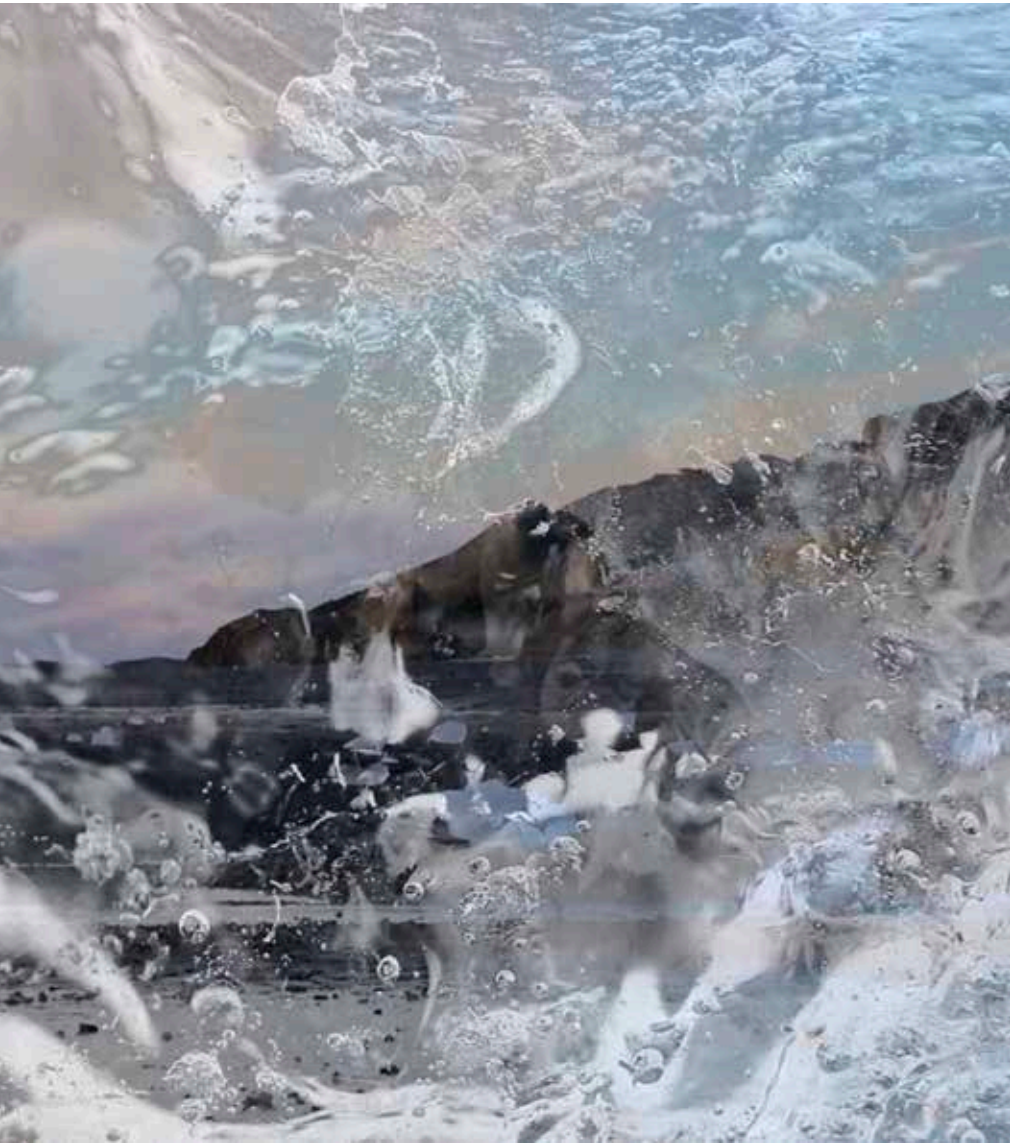
Aurora illustrations, 1882-1883



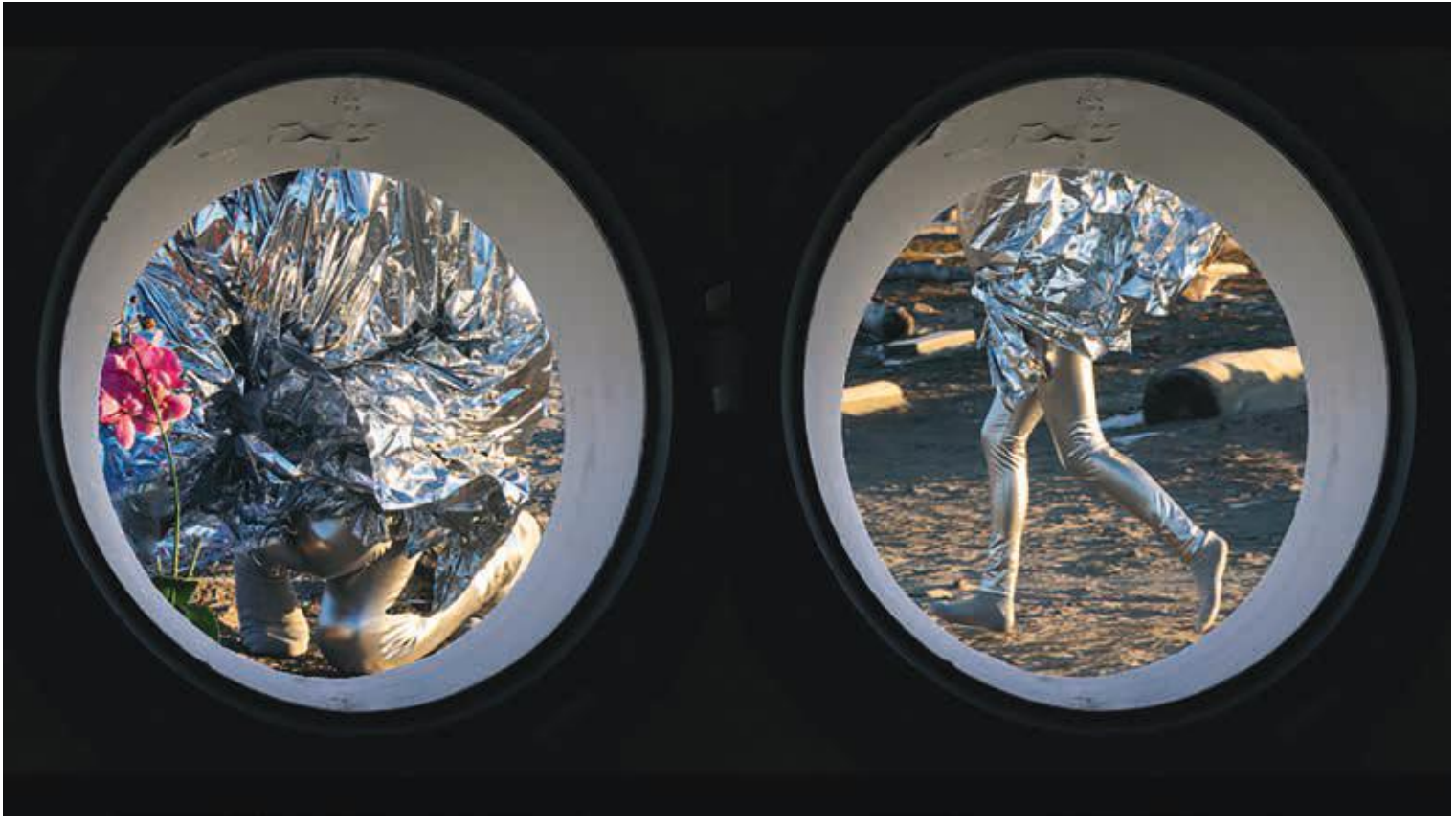
A FROZEN THAMES



Gracias al Frieze Artist Award 2019, Himali Singh Soin lleva ahora la metáfora del hielo a la Gran Bretaña: usa el miedo de la era victoriana a una época glacial inminente, cuando se creía que el hielo ártico subsumiría el país. Ése es el punto de partida para pensar en el extranjero, en el otro.



¿La Gran Bretaña siempre ha temido la invasión del mundo exterior? ¿Podrían sus pasados miedos de desaparecer en un olvido neblinoso, de caer de la grandeza a la insignificancia, estar influenciando su realidad actual? De esta manera, Himali Singh Soin reimagina el hielo como un agente de descolonización, un lienzo vacío para las historias, los deseos y los posibles futuros, y como un canario en una mina de carbón para una inminente catástrofe climática.



Himali Singh Soin, *we are opposite like that* (somos opuestos así), **fotogramas de video + impresión en aluminio, 2019. Video en alta definición, estéreo, color. Cortesía de la artista.**

Hitos del cine indio

● Hugo Hernández Valdivia

A diferencia de lo que sucede con el cine en la mayoría de los países occidentales, la industria cinematográfica de India *llega* a su gente: porque está presente en rincones recónditos y porque alude al público. Las películas que se producen en ese país tienen una forma y un contenido de profundo sabor y saber locales, y a la sala oscura los indios asisten con la certeza de revisar su circunstancia, su historia y su arte: los indios sí se ven en su cine. Es, en más de un sentido, un cine popular, pensado en el receptor y exento, en su mayor parte, de pretensiones pseudointelectuales. Las producciones de Bollywood (como se denomina a la industria de este país) son deudoras de más de un género cinematográfico, pero en la práctica constituyen un género: hay las de corte nacionalista y las que abordan problemáticas sociales; abundan las románticas y las de acción, y hay un gusto por el melodrama; es de rigor la inclusión de números musicales habitados por muchedumbres que gozosas bailan y cantan. Estos matices hacen que el cine indio revista, básicamente, interés para el público local. Son muy raras las producciones que llegan al mercado internacional; a México, en particular, prácticamente ninguna. Y estamos hablando de una industria que genera alrededor de mil películas anuales (el doble de Hollywood). Para asomarse a la actualidad de lo que pasa por allá es preciso estar al pendiente de lo que sucede en los festivales internacionales o sumergirse en las diáfanas aguas de la piratería cibernética. Por aquí circulan las películas que por alguna razón destacaron en su país y son susceptibles de despertar la atención de otros públicos. Asimismo, Danny Boyle ha hecho algo similar a una labor de divulgación con *Quisiera ser millonario* (*Slumdog Millionaire*, 2008), cuya acción se ubica en Mumbai y sigue a un joven en una aventura extraordinaria. El éxito en las salas, coronado con ocho Óscares, despertó cierto interés —fugaz, por lo demás— en Occidente. Boyle hizo un homenaje a Bollywood, pero no todo el cine de India obedece a ese estilo (como no todo el cine norteamericano sigue las prerrogativas de Hollywood). Así lo podemos constatar con una somera revisión de algunos hitos.

En los años cincuenta del siglo anterior, algunos títulos consiguieron celebridad por sus buenos resultados en festivales internacionales. Es el caso de *El vagabundo* (*Awaara*, 1951), de Raj Kapoor, que en más de tres horas recoge las contrariedades de un joven que, luego de pelear con su padre, se involucra en más de un evento criminal. En Cannes compitió por el Grand Prix y recibió comentarios positivos. Años después, Satyajit Ray, el cineasta indio más célebre en Occidente, presentó en la sección oficial de ese festival su *opera prima*, *Pather Panchali* (1955). Compitió, sin éxito, por la Palma de Oro; obtuvo, sin embargo, el premio al Mejor Documento Humano. La historia se ubica en los años veinte del siglo XX y recoge las contrariedades de un sacerdote que vive en la precariedad y busca dar una buena vida

a su familia. Esta cinta inaugura la llamada *Trilogía de Apu*, quien es hijo del sacerdote. *Apajarito* (1956) es la segunda entrega y acompaña a Apu en sus experiencias estudiantiles en Calcuta. En Venecia la cinta obtuvo el máximo premio del festival, el León de Oro, así como el Premio de la Crítica. Cierra la trilogía *El mundo de Apu* (*Apur Sansar*, 1959), que recoge los intentos de Apu por convertirse en escritor. Ray se convertiría en un asiduo asistente a los festivales más importantes de Europa, y entre los premios más relevantes están los berlineses Osos de Plata a mejor director por *Mahanagar* (1963) y *La mujer solitaria* (*Charulata*, 1964), cintas que exploran las contrariedades de dos mujeres que no renuncian a la independencia ni al amor en un ambiente opresivo; el premio a la mejor película de Berlín, el Oso de Oro, llegó una década después con *Ashani Sanket* (1973), cuya acción transcurre en los años cuarenta y da cuenta de la lucha de una pareja para apoyar a la población de un pueblito de Bengala cuando es alcanzada por la guerra y la hambruna.

Mother India (1957), de Mehboob Khan, en su momento hizo una de las contribuciones más célebres al melodrama social. Recoge la historia de una «madre coraje» que encara la adversidad y la pobreza para «sacar adelante» a sus hijos. *Meghe Dhaka Tara* (1960), que se traduciría como *La estrella oculta* y fue dirigida por Ritwik Ghataktam, también acompaña a una mujer fuerte, en este caso una joven que sacrifica todo por el bien de su familia. Ambas películas además ofrecen largos pasajes de corte musical. En contraste, la gravedad es constante en *Bhumika* (1977), de Shyam Benegal, película protagonizada por una mujer que se rebela de forma singular ante los deseos de su madre.

Deewaar (1975), de Yash Chopra, es una de las películas de acción más exitosas de la historia india. Sigue los caminos de dos hermanos que buscan salir de la pobreza por rutas contrastantes: uno desde la policía y otro desde el contrabando. La cinta influyó en otras obras del género, y también fue una referencia para Danny Boyle en la mencionada *Quisiera ser millonario*. Por su parte, *Dil Se* (1998), de Mani Ratman, que sigue los encontronazos entre un empleado de una cadena radial y una mujer con ideas revolucionarias, es uno de los hitos del cine romántico.

El cine indio no se caracteriza por la equidad de género. De ahí que el caso de Deepa Mehta sea excepcional. Ella hizo algunos intentos en su país natal, pero fue hasta que emigró a Canadá que inició una carrera fructífera que la ubica como la cineasta india más exitosa y reconocida. Películas como *Fuego* (*Fire*, 1996), *Tierra* (*Earth*, 1998) y *Agua* (*Water*, 2005) regresan a diferentes épocas para dar voz a la mujer, exhibir las vicisitudes que ha sufrido y explorar su complejidad.

En el nuevo siglo se ha podido ver una puesta al día de las diferentes apuestas genéricas. Asimismo, hemos presenciado el crecimiento de un verdadero *star system*, con actores que son verdaderos imanes en la taquilla. Es el caso de Priyanka Chopra, quien ganó un título de belleza y posee una extensa filmografía, y de Irrfan Khan, quien ha participado en más de ciento cincuenta películas y es un rostro conocido por su participación en *Amor a la carta* (*Dabba*, 2013), de Ritesh Batra, la famosa coproducción de India, Francia, Alemania, Estados Unidos y Canadá. Entre los títulos más exitosos del siglo XXI cabría anotar la película de aventuras de casi cuatro horas *Lagaan: Érase una vez en la India* (*Lagaan:*

Once Upon a Time in India, 2001), de Ashutosh Gowariker; los dramas *Guzaarish* (2010), de Sanjay Leela Bhansali, y *Mi nombre es Khan* (*My Name is Khan*, 2010), de Karan Johar, así como la comedia romántica *Barfi!* (2012), de Anurag Basu.

Como toda industria de cine que se respete, la de India ha conseguido navegar entre la frivolidad y las propuestas «de autor». Su solidez es emblemática y ha sabido conservar el puente que históricamente ha existido entre productores y consumidores. Es un cine que merece atención desde el campo de la mercadotecnia, pero también desde la Academia y el Arte con mayúsculas. Es un cine sustentable pero, acaso por lo mismo, con ambiciones limitadas. Al espectador extranjero le ofrece la posibilidad de asomarse a facetas relevantes de la cotidianidad; es un medio pertinente para algo más que el turismo y, en la mayoría de los casos, para algo menos que la antropología. En todo caso, es un cine que refleja una circunstancia y habitualmente entretiene. Y eso no es poca cosa ●

Nepantla: una sonoridad en sí misma

● Silvia Eugenia Castillero

No aquí / No todavía allá: con este inicio, *Nepantla*, de Elsa Cross, deja al lector frente a las puertas de un lugar inaudito. Libro enigmático, poemario del misterio: puede ser la muerte y la develación total del enigma. Es una estación significativa en el paisaje de la poesía mexicana y también en la sucesión de libros de la autora, pues, con este poemario, Cross elimina cualquier mediación objetiva para hundirse en la sonoridad misma de las palabras.

Nepantla, un punto final que se decanta y genera dimensiones extratemporales; se despoja de constituir una trama, recurso muy en boga en la poesía contemporánea, para cursar sus propios derroteros que brotan de la palabra misma, *Nepantla*, y que constituyen el asidero capaz de convocar en un instante al presente con su pasado y su futuro, pero sin ninguna cronicidad. Es lapso, pero también territorio. Es percepción, pero también recuerdo y expectativa.

Ya en *Bomarzo*, Elsa Cross introdujo su poesía a los intersticios de las palabras y las raíces, a los tiempos pasados y su desmesura como sedimento de lo que ocurre en el presente, en el paso hacia otra dimensión, con la carga de la memoria instando otras realidades. En *Bomarzo* la piedra se une a la naturaleza para que florezca la memoria abisal.

Nepantla, su libro más reciente, no necesita de la memoria para establecer los límites temporales, da un paso hacia la abolición de fronteras. *Nepantla* llega a lo que aspira la poesía: decantar todo significante en aras de la música de cada letra entreverada a las otras para lograr el sentido eufónico de la cadencia poética. Sitio donde los contrarios se alían y se va construyendo un significado proveniente

del interior del verso. «Un minuto enardecido hasta la incandescencia», según define Octavio Paz la poesía.[1] Y en esa medida fluyen los contrarios irreductibles de los elementos, de las cosas, de los nombres:

Las palabras caen
por la boca de la noche
Se van volviendo
astros difusos
pólipos de coral
Van trenzando
sus ecos
entre lirios y nenúfares—
los verdes tiernos de ese
[friso
duplicando sin fondo en los espejos
su ojo cómplice

(p. 15).

Nepantla se vuelve un lugar sagrado desde donde se llega a la muerte y desde donde se dilata la vida. Es evidente su acercamiento al mundo prehispánico, dentro del cual existe el encuentro entre el cosmos y la vida diaria, el toque iniciático de un tiempo desconocido para nuestra era, pero tan contundente entre las piedras y los templos que todavía se levantan por todo México.

Nepantla, del náhuatl *en medio*, *estar en medio*, lugar que absorbe los contrarios y los organiza para asimilarlos al todo, a ese todo desde donde abrevamos la raíz de lo que existe, la nitidez, el núcleo que no es sino su sentido último, sonoro:

Nepantla—
entre el nombre y la cosa
Sigilo
donde los nombres de las cosas
se transparentan
se anulan
donde las formas
Se hunden en la arena
como cangrejos

tu cara
es ya otra en el espejo

Entre las cosas
y sus nombres
se descomponen los sonidos
se emborronan los objetos
que admiten esos nombres
o ningunos—
en el vacío puro
de sí mismos

(p. 43).

No obstante, el sentido que nos acoge en *Nepantla* conduce a una resonancia mística, un punto del que brotamos después del silencio profundo, de la negación, de la disolución, de la muerte. Visión que une los contrarios y los potencia a través de la metáfora, para ser capaz de contemplarse en esa imagen-iluminación que une lo externo y visible con lo invisible por interno. Es la completud de lo que ha traspasado el umbral y llega más allá de los límites de la vida. Es el todo que es la nada que es el continuo que es el vacío.

Nepantla es, sin duda, un homenaje a Sor Juana Inés de la Cruz. Homenaje que se vuelve abstracto en el sentido en que Elsa Cross matiza el acercamiento desde

1 *México en la obra de Octavio Paz*, FCE, México, 1987, p. 436.

la eufonía de la palabra hasta llegar a la desnudez del sonido interno, no de la palabra misma, sino del mundo sensible convocado por la monja a través de su poesía. Ante la ausencia de detalles, la música de los versos de Cross va logrando que *Nepantla* se bosqueje en el lector y se logre imaginar, para extenderse ilimitadamente.

Gracias al libro de Elsa Cross, el lector logra percibir, experimentar el poder de *Nepantla*, entrar en el espectro de su sonoridad y percibir cada poema en una aparición sensible que —captada en su pureza formal— consigue constituirse en una revelación interior, que no es sino una realidad afectiva, emocional, capaz de replicarse infinitas veces:

Nepantla—
sus sílabas son
antes de lo que nombran
Eco
de un chasquido en el
agua
Hueco
en el aire
succionándonos
Nepantla—
sílabas
como una forma ensangrentada
sílabas que se detienen en la lengua
perdiendo sus signos y amuletos
espaciando sus pausas—

Y el cúmulo de sombras
se extiende
como un halo
Nepantla
sílabas que se atropellan
sílabas deseantes—
hallan sus pares
en el espejo de la muerte ●

● *Nepantla*, de Elsa Cross. ERA, colección Alacena Bolsillo, México, 2019.

Contra la indeterminación ontológica

● José Israel Carranza

Cualquiera que sea el lado en el que uno se encuentre, la proximidad de una frontera suscita siempre el sentimiento de hallarse en el lugar equivocado. (Pienso principalmente en las fronteras geográficas, pero también en las que demarcan nuestra pertenencia o nuestra no pertenencia a todo grupo humano. Por ejemplo, la frontera que una niña intuye que existe entre ella y sus compañeras en el recreo, un día del cuarto año de primaria —intuición que pronto será innegable y hará que esa niña quiera volverse invisible). Las fronteras nos hacen saber que no somos lo que son quienes están del otro lado. Y, antes que ayudarnos a precisar lo que somos, esa extrañeza —que puede estar hecha de admiración por lo que hay allá, pero también de aversión; de ilusión o de ambición, lo mismo que de miedo o de prejuicios; de fantasmagorías, en todo caso—, esa extrañeza promueve una irresistible certidumbre de inadecuación que nos impele a cambiar

de sitio. De ahí que en el trazo de toda frontera esté ya también su borramiento, la necesidad de transgredirlo, de pasar a ser lo que no somos aquí —y quién sabe qué somos aquí— para ser lo que podríamos ser allá.

Saltamos, entonces. Y lo que encontramos redobla la extrañeza: la claridad que acaso imaginamos que ganaríamos se ve estorbada, irremediablemente, por el modo en que se ha intensificado nuestra ajenidad. Peor, todavía: esa ajenidad ya está aguardándonos también en el lugar del que salimos, como si nuestra decisión de saltar hubiera puesto en funcionamiento una especie de saqueo o desmontaje radical de lo que hasta entonces veníamos siendo. Las preguntas «¿Dónde estoy?» y «¿De dónde vengo?», entonces, se vuelven intercambiables a un lado y otro de aquella línea que cruzamos. O, más bien, se vuelven la misma: la pregunta incontestable a que nos reduce el hecho de que toda frontera hace de nosotros algo que no debería estar ahí. (La niña que supo que quería ser invisible terminó optando por exiliarse, por apartarse del grupo que la rechazaba: enfrentarse a una frontera siempre conlleva el riesgo de empezar a desaparecer).

Aunque pueda parecer que las palabras son el único recurso a nuestro alcance para cruzar las fronteras, especialmente las geográficas, y salir indemnes, lo cierto es que nada nos lo garantiza. (Justo acabo de escribir esto último cuando se da a conocer la noticia de que el Premio FIL ha sido concedido este año al poeta David Huerta. En la conferencia de prensa, un periodista interroga al ganador por su trabajo como traductor, y Huerta responde con una cita de la poeta Sarah Maguire, «La traducción es lo contrario de la guerra»). Las mutaciones de los sentidos que las palabras sufren han de entrañar siempre pérdidas —seguramente ganancias también, pero éstas no restituyen las primeras—, y sospecho que en la averiguación de lo que implican esas mutaciones estuvo el impulso primero que Verónica Gerber Bicecci tuvo para concebir este proyecto y poner manos a la obra: ¿qué pasa con las palabras de quienes migran? ¿En qué medida se afirma en ellas la indeterminación ontológica que acarrea consigo trasponer una frontera? Hubo también, desde luego, una preocupación por explorar las vivencias de quienes participaron en la experiencia (la experiencia: un taller, descrito por su creadora como «un ejercicio introspectivo a través del dibujo y la escritura») y, a partir de esas vivencias, el interés de proponer una perspectiva para la comprensión como fenómeno cultural de la migración, asunto acerca del cual bien podemos tener una sobreabundancia de informaciones, sobre todo noticiosas, pero con las cuales no alcanzamos la inteligencia que sí puede brindarnos el arte. Sin embargo, en aquel impulso radica, creo yo, la singularidad de la empresa, y también su significación más notoria: al poner a los niños y adolescentes participantes a pensar en sus palabras, a representarlas con *emojis*, a confrontarse con sus interpretaciones y, luego, al aventurar las suyas, la autora dio con una vía óptima para cuestionar la relatividad de las diferencias y las distancias entre las personas que ya estaban y las que van llegando —pues en ello termina consistiendo el problema último de la migración: en saber cómo podremos entendernos. «Tal vez el único modo de neutralizar el poder letal de las fronteras es

sentirse siempre de la otra parte y ponerse siempre del lado de la otra parte», escribió alguna vez Claudio Magris.

Nos lo han machacado las filosofías del siglo xx, pero no es infrecuente que se nos olvide: siempre tenemos que empezar por el lenguaje. Y gracias a que tomó esa vía, la afirmación que la autora hace hacia el final de esta exploración termina por conferir el valor decisivo a todo su empeño: «entiendo la imaginación como uno de los últimos resquicios que le quedan a la esperanza». Y esa afirmación está lejos de ser fruto de una efusión de optimismo infundado —si algo amenaza todos nuestros afanes de que las cosas se arreglen es, hoy en día, justamente eso—: se trata, más bien, de constatar cómo, en lo que hacemos con el lenguaje, se materializan nuestras posibilidades mejores. Aquello que Huerta recordaba que decía Maguire: en la traducción de las palabras que utilizamos, y también, como se propuso Gerber Bicecci en su trabajo, en la invención de palabras nuevas, está nuestra mejor posibilidad de futuro, por más que ese futuro encarne fatalmente en un reiterado signo de interrogación.

(Aquella niña se volvió invisible porque supo que era la sola forma de estar en el mundo: «Mi deseo de ser invisible probablemente significaba eso mismo, poder estar en el lugar que deseaba estar, aunque yo no fuera deseada ahí».[1] Las palabras pueden lograr que seamos invisibles. Y, ante el prejuicio y el odio, es seguramente lo que muchos querrían conseguir) ●

● *Palabras migrantes / Migrant Words*, de Verónica Gerber Bicecci. Impronta, Guadalajara, 2019.

1 Verónica Gerber Bicecci, «Invisible», *Luvina* núm. 63, verano de 2011.

Zurcir el tiempo

● Alonso Tolsá

Ave Barrera escribió una novela formalmente ambiciosa que atraviesa a plena luz del día el intrincado mundo de *Farabeuf*, antes que como un homenaje, como un desafío a la tradición. A ratos, el estilo de Salvador Elizondo se apropia de la página con su motivo acostumbrado: la tortura englobada en el erotismo ritual. Podemos imaginarlo, calcado de sus *Diarios* y sobre todo de su *Autobiografía precoz*, en el personaje de Chava, que lo muestra en su faceta oculta de *junior* sangrón, frívolo y perverso. Deliberadamente o no, por momentos *Restauración* también tiene algo de *Pedro Páramo* y de *Aura* y, si usted me apura, incluso de *La región más transparente*; este fecundo diálogo que va del ámbito de los muertos al exacto trazado de coordenadas de la ciudad, tamizado por una intención original, produce la extrañeza magnética connatural a las obras literarias raras. Y ésta es rara por donde se mire: un coctel de sensibilidades y perspectivas unidas por un depurado instinto poético.

El meollo de esta novela son los lazos que mantiene una joven pasante de la carrera de Restauración, de nombre Min, primero con Zuri y después con la

antigua casa que éste ha heredado de su tío abuelo. El paralelismo de estos dos vínculos conflictivos permite asomarnos al empañado espejo de las motivaciones más íntimas de la protagonista. Zuri es un sujeto arrogante e inmaduro al que Min se obstina en querer y cuidar pese a la adversa actitud que él demuestra; a través de la emotividad abierta de ella, vislumbramos en el reflejo de la acción la opresión cotidiana del machismo estructural agudizado poco a poco en cada nuevo pasaje. La estrategia narrativa funciona de manera circular: denuncia al tiempo que provoca, es decir, contiene un elemento político y estético a la vez. La perspectiva feminista que también comprende *Restauración* no es nada convencional, pues sus resoluciones asientan problemas antes que respuestas, son graduales y por lo mismo contundentes al final.

El ventajoso provecho, al dejar sola a Min a cargo de la restauración de la casona familiar, forma parte del control tácito que Zuri ejerce sobre ella; bajo un paradigma biográfico, atender sus necesidades se desplaza al margen una y otra vez, pues Min fue educada para conceder siempre. Leemos el tipo de experiencias que articulan su relación en un encuentro sexual sin preservativo consentido únicamente por *temor a que él se sintiera frustrado*. A cada obstáculo, Min responde con una angustia creciente: llora o explota de ira tras una espera inútil. ¿Qué la mantiene, sin embargo, al lado de Zuri? ¿Obtiene algo de todo esto? Min está embarazada en secreto y de este modo se pregunta si tener o no a su hijo; mientras tanto limpia, recoge, selecciona, decide en qué se convertirá la vieja casa contigua al Parque Hundido, una metáfora externa de su interioridad que, como ésta, necesita renovarse. Atender a Zuri, por su parte, apela a su autoestima, haciéndola sentir necesitada.

Conforme avanza *Restauración*, algo va tomando forma subrepticiamente de manera paralela a la trama. A partir del segundo capítulo, titulado «La Quimera», un tiempo alterno va posicionándose como el único tiempo posible: el tiempo del recuerdo subsume en su peculiar lógica secuencial al presente hasta reemplazar la certeza de éste por la conjetura de aquél. Estas digresiones intercaladas en episodios breves constituyen el universo dialéctico en el que la anécdota de Min dialoga con la de Gertrudis, la antigua habitante de la casona, determinada también por los caprichos del poder masculino, hasta fundirse en una sola hebra. La manufactura de la novela pone a prueba la destreza de la narradora, que se inclina por una solución anclada en el estilo; a pesar de que el desenlace es previsible una vez que se descubren las normas que gobiernan el conflicto, el interés no disminuye sustancialmente, gracias a la preocupación por descubrir los cómos antes que por saber los porqués.

El estilo de Barrera en esta obra se caracteriza por su soltura y por su capacidad para armonizar la naturaleza heterogénea del discurso, alejado del diálogo extenso y la argumentación abstracta. Aunque con frecuencia abusa de las explicaciones, le viene bien el uso de oraciones cortas para simular deliberadamente las atmósferas típicamente elizondianas, aledañas a los territorios del sueño, la fantasía y la perversidad. Entre otras, las funciones primordiales de la brevedad de los subapartados consisten sustancialmente en que permiten asimilar el golpe recibido

generalmente con contundencia al cierre de cada uno de ellos e imitar, por otra parte, la naturaleza expansiva de la memoria.

A mi juicio, no hay mejor expresión de la prolijidad de la prosa de Barrera que cuando describe la pasión que siente Min frente al proyecto de restaurar la antigua casa donde Zuri piensa instalar a la postre un estudio fotográfico propio. Esta pasión puesta como una lámpara sobre los objetos antiguos que naufragaron en el tiempo alcanza un nivel empírico a través de la saturación de detalles de formas y texturas. Envuelto en el encanto de la sensibilidad del restaurador, la pátina revive en la gracia de un esplendor casi olvidado: erótica de los sentidos y manual de anticuarios, *Restauración* propone una noción original del oficio como una labor de escucha.

Se trata de oír la música del tiempo en la materia y entender de qué modo quieren los objeto ser rescatados, qué es lo que quieren hacer con ese tiempo. [...] Bien lograda, la restauración es ir en contra del avance natural del caos y el olvido, es contradecir a la muerte al reconocer su paso, abrir la puerta y dejar que atraviese, que cohabite con nosotros. Restaurar es fabricar un bello fantasma.

Las estancias que configuran el espacio tienen un papel protagónico, su sola descripción transmite imágenes mentales diáfanas que enriquecen la lectura; de hecho, los recovecos de la antigua casa están emparejados con la complejidad emotiva de los espectros que la habitan: Min, Zuri, la vieja ama de llaves Oralia, con su sobrino, y el albañil con sus dos hijos pequeños, por un lado, y por el otro Gertrudis, su esposo Eligio y Chava, el mejor amigo de éste. El espacio en este caso no es sólo la instancia que enmarca la historia, sino una parte central de la misma, en él no suceden cosas sin que se vea también afectado.

La rareza de esta novela atrae aún después de haberla terminado: ¿será que su efluvio resiste una segunda lectura? Incluso en su carácter severo y transgresor, otra de sus virtudes es el puñado de encuentros sexuales explícitamente narrados, los cuales podrían contarse entre los mejores de la literatura erótica nacional. En este sentido, aunque el estilo coincide con ciertos relatos de Elizondo —*Narda o el verano*, por ejemplo—, la aguda perspectiva de género termina por individualizarlo del todo.

La editorial Paraíso Perdido, afincada en Guadalajara, ganó con *Restauración* el Premio Lipp 2019. Uno de los atributos del premio es un viaje todo pagado a París para la autora; parece que, sin querer, la fortuna de Elizondo a partir de ahora la perseguirá. *Bon voyage* ●

● *Restauración*, de Ave Barrera. Paraíso Perdido, Guadalajara, 2019.

Camino a casa: poesía y recapitulación en Juan Carlos Abril

● José Homero

Hay obras cuya circulación sucede mediante vasos comunicantes donde

discurren la pasión y la crítica, la emoción y la reflexión. Ritmo sanguíneo, este flujo suele distinguir a los poetas, antes que a los narradores, aunque ocurran excepciones. Ordenar la escritura mediante los compases de la poesía y el ensayo, de la imaginación y el raciocinio, distingue a quienes prefieren la complejidad y la meditación al entusiasmo y el arrebato; diríase por ello que constituyen peculiaridades de la melancolía y de la edad crepuscular. Juan Carlos Abril, nacido en Los Villares, Jaén, en 1974, de manera pausada ha construido su obra por estos cauces.

Poeta de producción parca pero sólida: *Un intruso nos somete* (1997), *El laberinto azul* (2001) y *Crisis* (2007); antólogo de Francisco Brines, José Manuel Caballero Bonald y Luis García Montero, entre otros, además de suscribir la importante antología generacional *Deshabitados*; crítico literario y director de la revista de poesía *Paraíso*, Abril se ha distinguido por la temperancia tanto en la lírica como en la crítica. Si desde sus primeros títulos denotaba, no obstante su juventud, una temprana madurez permeada por el escepticismo y la cavilación, en su libro más reciente, *En busca de una pausa*, estos rasgos sustentan una auténtica recapitulación sobre la vida, la poética propia, la poesía, el arte, la generación y la historia. No es casual el orden en que enuncio esta relación: Abril parte de la vivencia para extender su juicio hacia los conceptos y por último cuestionar los fundamentos de la sensibilidad y valores de la época.

La recapitulación implica trazar una división elemental: desde el presente, recordar el pasado y vislumbrar el brumoso futuro. Quien recapitula suele ser un hombre maduro, consciente de sus cambios en el transcurso; de ahí que emprenda un balance de su historia y los valores que orientaron sus actos. Se trata, ubicado un punto, de mirar en dos direcciones, como el dios Jano. Por ello la denominación —*En busca de una pausa*— exige una apreciación metonímica: la pausa es ese punto de cesura que permite el escrutinio; no es arbitraria entonces, además de la previsible distinción cronológica y las constantes referencias tópicas al pasado y la memoria, la sinécdoque como figura preponderante.

Los tropos comparten la peculiaridad metonímica de identificarse con una trayectoria. La vida se compara con un recorrido: «atravieso este inhóspito / territorio hacia lo desconocido» («Causa perdida»); al poema con un camino: «Estás perdido en el poema / como en un bosque, ya no sabes / distinguir el camino» («Sobre la herida»); a la memoria con un pasadizo: «un pasadizo con antorchas / habla de ti / la persecución del pasado / el pasado te persigue» («Causa perdida»); a cierta condición con una vía: «el fracaso / es un camino singular» («Exilio involuntario»), «Esperar es un camino» —título de un poema. Incluso los motivos textuales surgen de esta necesidad de desplazamiento: el tren que atraviesa las ciudades, la aventura como promesa de una posibilidad de vida —sí, los centenarios impulsos de Arthur Rimbaud laten en estos versos—, la experiencia como una vía («encuentra el sendero perdido en la montaña»)... A juzgar por las reticentes confesiones —siempre oblicuas y filtradas bajo una espesa yedra semántica—, el poeta mismo es un viajero cuya juventud marcaron los viajes siempre en pos de la estrella oriental de la aventura.

Habría que razonar esta impronta

del viaje y el derrotero. La analogía entre vida y camino es un tópico, como lo es la consideración espacial de la memoria. Sin embargo, a diferencia de las edificaciones para apoyar la evocación —la nemotécnica que erigió los palacios de la memoria—, en el caso de esta poesía los desplazamientos acontecen en una comarca imaginaria donde se deambula en medio de sombras y luces, de claroscuros y de pasadizos: «atravesando alternativamente / franjas de sombra y arcos claros». El camino oscuro no ordena la memoria, sino que patentiza su caos. Abril usa la pausa no sólo para cotejar la propia vida, sino sobre todo para acometer un análisis. Ejercicio dialéctico y no únicamente melancólico, aunque el confeso lector de Walter Benjamin no soslaye el ascendente del signo de Saturno y declare la clave de lectura.

Concédete permiso
para esperar. Es un camino.
Y echar de menos,
una obsesión para los melancólicos.
(«Esperar es un camino»)

La criba racional permitirá trascender la antítesis que por sí sola no ha aclarado nunca obra alguna. El distanciamiento permite entonces confrontar los sueños de la juventud con la cosecha del presente —sin soslayar que el futuro está en construcción, no definido—, e igualmente sopesar la fidelidad a las creencias juveniles y su cotejo con las de la madurez. Por ello, el examen no concluye en la biografía, sino que deviene evaluación de la propia poesía y por ende de la poética que la sustenta. Asociado —más por la relación profesional que por inmanencia textual— con la poesía de la experiencia y con cierto confesionalismo —en este caso del todo— contenido, la poesía de Abril, abierta a múltiples ecos y especialmente a las resonancias de América —una circunstancia que continúa indicando rareza en la ultramontana poesía española—, no ha dudado en ocluir el sentido y fermentar el significado con giros sintácticos más apropiados al ensayo que a la lírica. Síntesis de esas escuelas en apariencia antitéticas de la poesía transparente y el verso oscuro:

Que tú no lo comprendas
no significa
que nadie pueda comprenderlo,
y que los referentes
sean la realidad.
(«Causa perdida»)

Asimismo está consciente de que varias actitudes suyas provienen de un credo metapoético, como lo asientan las alusiones a la originalidad o a la exploración lingüística. Sin renunciar a la lírica, Abril sabe que una poesía sincera comienza con el reconocimiento de la imposibilidad de la ingenuidad. Agréguese a ello que como otros poetas recientes que entreveran los climas del ensayo con los de la emoción de manera equilibrada, algo hay en el acento de Abril que, además de sugerir los ecos de T. S. Eliot —a cuya lectura remite coquetamente al jugar perifrásticamente con la frase «Abril mezclando memoria y deseo»— y de un apenas perceptible Jaime Gil de Biedma, nos trae aunque sea tenuemente las cadencias de John Ashbery.

Poesía que se asume memoriosa, la del quinto libro de Abril entraña una complejidad que no reside en el vocabulario sino en la referencia. El poeta pareciera entregarnos una confesión y lo

que nos presenta es una recapitulación sobre los motivos poéticos, un poco en la línea de Ezra Pound. De ahí que, sin atender a las trufas críticas —las menciones intertextuales, la recalcada distancia entre las palabras y las cosas, entre los signos y los significados—, su lectura pecaría de ingenua. Objetivo líricamente —o, al menos, sincero—, Abril por igual confronta los fundamentos de la poesía que se ofrece sin mediaciones conceptuales:

Nada es lo que parece
y allí se alojan las sospechas
del entusiasmo
con sus recodos expresivos,
la lentitud
en estilo indirecto libre...

Balance de vida pero también acta poética para examinar los valores estéticos de una época, *En busca de una pausa* termina siendo un libro que de la mirada subjetiva deviene un testimonio social. La conclusión es que, aunque vivamos tiempos deshabitados y hayamos perdido la esperanza en los valores, debemos continuar con la aventura. De la vida, de la escritura, de los sueños:

Hay que recuperar los sueños
y la nostalgia del futuro,
porque una causa justa
nunca fue suficiente.
(«Exilio involuntario») ●

● *En busca de una pausa,* de Juan Carlos Abril. Pre-Textos, col. La Cruz del Sur, Valencia, 2018.

En Atípica Editorial leen, escriben, hacen libros

● Víctor Ortiz Partida

En el libro *Entre perros y piraña*s, de Karla Sosa, el lector se encuentra con este microrrelato titulado «11:11»: «Despertó más tarde de lo habitual. La voz de olor rancio que cada día lo hacía querer lanzarse por la ventana no le golpeó la cara esa mañana. La buscó, pero sólo encontró una nota en la mesa de la sala y la ventana abierta. Vivían en el último piso».

*Entre perros y piraña*s es uno de los títulos que Atípica Editorial publicó este año. Las creadoras de este proyecto, Ada Cabrales y Cecilia Magaña, explican que «nace de la idea de explorar el siguiente nivel en el placer de la literatura. Comenzamos leyendo, luego escribiendo y ahora hacemos libros. Nuestro concepto es el de editorial *boutique*, con tirajes pequeños de autores seleccionados. Le apostamos a la exclusividad y a conjuntar la literatura con las artes gráficas y culinarias».

En 2019, los títulos publicados por Atípica pertenecen a nuevos autores. Son ocho libros repartidos en tres colecciones: Primavera, que incluye *Del cuello para abajo*, de Adriana Haro; *Oscuranda*, de Sergio Yalú y *Lo que nadie está buscando*, de Ada Cabrales; Verano: *Entre perros y piraña*s, de Karla Sosa;

Cómete un pay, de Gris Gutiérrez, y *Mar de luces lejanas*, de Miguel Ángel Gómez Caro; y Otoño, con *Hasta los monstruos dicen la verdad*, de Yamil Rodríguez Coronel, y *Motel Kraken*, de Cyntia Ocampo.

Atípica imprime tan sólo ciento veinte ejemplares numerados. La intención es, dicen Ada Cabrales y Cecilia Magaña, «que quienes adquieran cualquiera de nuestros títulos tenga una pieza única, de colección». En cada libro, describen ellas, se pone mucha atención en los detalles. El lector podrá apreciar las portadas atractivas, los colores, el formato de los libros, las fuentes tipográficas usadas, el tamaño de la letra.

Las editoras cerraron este 2019 con la creación de otra línea editorial, «dedicada a piezas literarias creadas por autores de trayectoria, joyas raras que quizá no han encontrado su espacio en otros sellos editoriales». El título seleccionado fue *La geometría absoluta*, de Mario Heredia, «una colección de cuentos sobre el amor y el vacío, caracterizada por su estética del contrapunto entre dos o más historias». En este caso se imprimieron 200 ejemplares, que se distribuyen también numerados.

Atípica Editorial presenta sus libros de dos maneras: la tradicional, al estilo más clásico, «y en eventos íntimos que hemos denominado Maridajes, que consisten en la degustación de bebidas y alimentos especialmente seleccionados para combinar con la lectura de nuestros libros, al tiempo que los asistentes conviven con nuestros autores», explican Cabrales y Magaña.

Sobre la colección de once cuentos de aliento breve *Del cuello para abajo*, de Adriana Haro (Guadalajara, 1986), que tiene como eje el cuerpo como motivo, Alejandro Paniagua escribió: «es como adentrarse en un circo de fenómenos donde las atracciones, en efecto, son seres contrahechos, insólitos. Pero al mirarlos de cerca, el espectador descubre —con fascinación— que también son seres dotados de una belleza que desquicia, son prodigios capaces de provocar un gran goce estético, quimeras que hacen cimbrar a quien las mira».

«En un ejercicio frenético y brutal, los personajes de estas historias miran hacia atrás sin temor a convertirse en estatuas de sal. Con atrevimiento se enfrentan al pasado, volcado ante los ojos de su memoria en sílabas e imágenes difusas», opina Gabriela Torres Cuerva sobre *Mar de luces lejanas*, de Miguel Ángel Gómez Caro (Tepic, 1977), libro integrado por ocho cuentos que, describen en la editorial, «tienen una vocación de nostalgia. Sus personajes evocan el territorio de la infancia y la adolescencia con todos sus absurdos y equívocos, quizás buscando una respuesta a los absurdos y equívocos de la vida adulta, quizás encontrando en ellos una profecía».

Cyntia Ocampo (Guamúchil, 1980), autora de *Motel Kraken*, libro que contiene tres cuentos, describe así su labor: «Siempre tuve la fantasía de escribir, según yo iba a ser una vez retirada, en mi cabaña de Tapalpa, en medio del bosque, pero se dio un poco antes. Disfruto crear personajes únicos, que dejan ver sus miedos y se desnudan; esto, mezclado con un ambiente enrarecido». Dice Rafael Villegas acerca de *Motel Kraken*: «Un hombre de cuerpo gelatinoso, un enamorado obsesivo y una mujer que ve lo que no debería, conforman un primer inventario de extrañezas. Hay un amor por las maravillas y los esperpentos que nos remiten al lado anormal de lo humano, del que sólo adivinamos fragmentos a través de la mirilla de la puerta».

Sobre *La geometría absoluta*, de Mario Heredia (Orizaba, 1961), con el que se inaugura la segunda línea editorial de Atípica, dedicada a autores con trayectoria, Iván Soto Camba dice: «Un bodegón pintado por un grande (pongamos, Cézanne) reúne frutas vacías por dentro, para que el ojo las llene. Este libro es el ejercicio contrario: personajes plenos para que el lector los vacíe. Mario Heredia tiene la asombrosa capacidad de hacernos creer que conocemos vidas completas en unas cuantas páginas». Por su parte, Gabriela Hernández enumera: «El destino, el arte, el amor, el viaje, el silencio son tratados honesta y libremente en el más reciente libro de Mario Heredia».

Atípica Editorial, cuyo lema es «Somos Atípica Editorial. Leemos. Escribimos. Hacemos libros», tiene como punto de venta, en Guadalajara, la librería Impronta (Penitenciaría 414, Centro). Su página en internet es *atipicaeditorial.com* ●

Laberíntica ciudad. Sobre algunas líneas de David Huerta

● Gustavo Íñiguez

Es una ciudad pero podría ser la sombra
de Narciso envenenando el agua.
David Huerta

¿Qué sentido tiene la poesía de David Huerta? O, mejor dicho: ¿cómo se puede orientar uno al atravesar las calles de una «ciudad laberíntica» como la obra del Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances 2019? La metáfora es de Luis Vicente de Aguinaga, que en su libro *Lámpara de mano* (Universidad de Guadalajara / Ediciones Arlequín, 2004) anota al referirse a la antología *República de poetas*: «No recorrí las cuatrocientas páginas de aquella *República*, pero habité con gusto una de sus ciudades interiores. La fresca y laberíntica ciudad que lleva el nombre de David Huerta». Antes dijo que llegó a la obra del poeta «como viajan los peregrinos». Mi experiencia fue más la de un turista improvisado. Me adentré sin mapa y con extrañeza por sus laberintos. La primera vez que me detuve asombrado fue ante unas líneas del poema «El rencoroso», que forma parte de *El jardín de la luz* (1972):

> ¡Qué días del pasado en que así prodigaba
> la estupidez todo el amor del mundo!
> «Hay que saber administrarse», repite el
> [rencoroso.

Creí (insensato)[1] que estaba yendo por las calles más seguras al evitar perderme en los laberintos y dar la vuelta ante imágenes como «Herbazales, bajo el ciprés / en el que pálida/ la tarde se destroza». Avancé con poco entendimiento, sólo me detuve en las líneas con mayor transparencia porque

1 A partir de interrogar a mis colegas por su opinión sobre el trabajo de D. H., me pregunté, con un poco de humor, por qué a los poetas de mi generación (los nacidos en la década de los años ochenta) nos ha faltado eso que Luis Vicente llamó sensatez: «como habrán sospechado los que tengan la sensatez de leer a David Huerta».

también en la ciudad de David, como en la mayoría de las ciudades, en la periferia no se prefigura la majestuosidad del centro. Disfruté, especialmente, imágenes que exhibían claridades en las que poder descansar del pasmo que me generaba la exuberancia.

Al llegar a los poemas de *Cuaderno de noviembre* (1976), el asombro se convirtió en azoro. Julián Herbert, que coincide con Luis Vicente de Aguinaga cuando se refieren al poeta nacido en 1949 como un contemporáneo (atendiendo, claro, a las reflexiones de ambos que preceden el contexto de estos dos poetas nacidos en la década de los setenta), ha escrito: «La radicalidad de la obra de David Huerta demanda lecturas comprometidas». Y es en este poemario donde percibí el compromiso al atravesar las puertas que me iban desorientando en esta doble casa de Asterión. Ahí el aliento se expande respecto al poemario anterior; el lenguaje amplía sus registros y sus ejecuciones y opera en la profundidad de las atmósferas que me permitieron comprender la reflexión que hace Herbert en *Caníbal* (Bonobos, 2010): «un poeta en cuya obra se condensan (y discuten) muchas de las particularidades literarias del periodo: del neobarroco al canon clásico; de la experimentación más ambiciosa a la norma retórica más estricta; de la erudición al periodismo cultural».

Digo que vuelven los objetos, que
[vuelven los días abarrotados,
que vuelven las voces temblando con
[cargamentos de niebla,
sus reconvenciones y su sonido
[enrojecido
de música enterrada, ruido
[germinativo, de pausados ensalmos
o frases que se crispan a las orillas del
[mal sueño.
Digo que el nombre inflama la cosa o
[viceversa, se entrecruzan
y llegan a la playa del «poema»,
[despojos de un mar
terriblemente duro y astillas de un
[humor al desnudo.

Ya dije que iba desorientado y fueron estas líneas las que me revelaron el sentido: «usted está aquí», parecía estar leyendo. Una señal contundente que me permitió avanzar con mayor seguridad por el laberinto. Los versos se iban vislumbrando como flechas cargadas de sentido: señalaban al mismo tiempo varias direcciones pero ya no importaba saber a qué sitios me llevaban: seguirlos era un lugar seguro. La ciudad se había convertido, a estas alturas, en un espacio entrañable. Aún no lo sabía, aunque ahora reconozco que ya estaban puestos los indicios de que todos los caminos de esta ciudad conducen a la majestuosidad de *Incurable* (1986) (del que hablaré en otro texto). Unas líneas antes de salir de *Cuaderno de noviembre*, la voz del poeta se presentó para aumentar la certeza: «cuando respiro, me adueño del mundo: no hay extravío, hay imágenes». Ésa es la experiencia de leer a Huerta, la de alguien que llega a una ciudad para perderse en sus calles, sentir la extrañeza y el vértigo, el gusto por la desorientación y la certidumbre de la belleza: la mente accede a la originalidad de las imágenes ●

● *En casa con mis monstruos*, de Guillermo del Toro. Universidad de Guadalajara, Guadalajara, 2019.

● *Riesgos de los viajes en el tiempo*, de Joyce Carol Oates. Alfaguara, México, 2019.

● *Una jacaranda en medio del patio*, de Zel Cabrera. Instituto Sinaloense de Cultura, Culiacán, 2018.

Recuerdo de los monstruos

Guillermo del Toro afirma en el catálogo que acompaña su exposición *En casa con mis monstruos* que no hace cine de terror, sino «un género muy extraño que es completamente mío; tomo imágenes de otros géneros, pero los articulo como cuentos de hadas o fábulas. Es un esfuerzo muy diferente transformar los íconos y los géneros... La alquimia de eso ha sido mi carrera». Este libro es ahora el recuerdo principal de la muestra que exhibió en el Museo de las Artes novecientas piezas que le han servido de inspiración o que acercan al proceso creativo del cineasta tapatío. Incluye las ocho salas convertidas en capítulos, «Cuarto de lluvia» y «Magia y ocultismo», por ejemplo, más una entrevista a profundidad con Del Toro ●

El Estado en tu cerebro

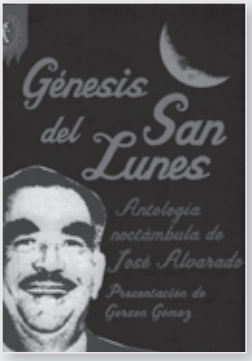
Por su rebeldía, Adriane Strohl, aparentemente la alumna más inteligente de la generación de EAN 23, es enviada al pasado, a 1959, época que funciona como cárcel. «No hubiesen venido a buscarme, pero, ingenuamente, hice que se fijaran en mí. Me atreví adrede a hacer lo que no tenía que haber hecho. Utilicé mi libre albedrío pero con un cálculo erróneo. O, más bien, sin calcular: sin pensar. Por vanidad y estupidez; y ahora estoy perdida», dice Adriane en el principio de esta novela que explora las posibilidades de un mundo represor en un futuro en el que la tecnología da para los viajes en el tiempo y para controlar desde sus propios cerebros a los ciudadanos que osan sobrepasar, así sea ingenuamente, los férreos límites impuestos por el Estado ●

Amor por la otra

En *Una jacaranda en medio del patio* se leen versos como éstos: «Mamá solía decir que como te ven te tratan / cuando me miraba con los pantalones rotos / y las blusas cubiertas de pelusa. / Como una adolescente rebelde, / insistía en vestirme como un vago / y pintarme las uñas de negro; ése era el color de la tristeza». En los poemas que forman este libro, la poeta guerrerense Zel Cabrera logra un tono que va de la rebeldía al amor por su entorno familiar más íntimo, casi por completo femenino. «Hay además de belleza una comprensión honesta y amorosa por la otra», dice de este poemario la escritora argentina Selva Almada ●

● *El vendedor de silencio*, de Enrique Serna. Alfaguara, México, 2019.

● *La lectura y la sospecha*, de Armando González Torres. Cal y Arena, México, 2019.



● *Génesis del San Lunes. Antología noctámbula*, de José Alvarado. El Salario del Miedo / UANL, Monterrey, 2019.

Un hombre vil

Carlos Denegri, durante sexenios la estrella rutilante del periodismo mexicano, fue también un ruin practicante de la extorsión, que podía ejercer precisamente gracias a su oficio. Temido por los poderosos, y, a la vez, siervo abyecto que se arrastraba ante ellos, su historia es un formidable motivo para pintar el fresco de su tiempo: un México que ni nos queda tan lejos ni nos parece tan incomprensible, por grotesco que sea. Al novelar la vida de Denegri (un hombre torturado por el vicio y por la culpa, pero también un macho abusivo y violento, un criminal, un ridículo, un encantador de serpientes), Serna ha desplegado sus mejores dotes y ha fabricado uno de los personajes mejor acabados de la literatura mexicana reciente ●

Una grata navegación

«Éste es un conjunto de ensayos misceláneos sobre inspiración y vida intelectual que hace un acopio de interrogaciones sobre el acto creativo». Así comienza el «Aviso» que abre este libro, y, en su economía, esa declaración entraña un propósito considerable, sobre todo si se tiene en cuenta que el autor es un ensayista que sabe hacerse las mejores preguntas. Organizado en tres secciones («El prodigio de la creación», «Anomalías, enfermedades y accidentes del arte» y la que da título al libro), *La lectura y la sospecha* es una lúcida y muy amena incursión en las profundidades del cuarto de máquinas donde colaboran la invención, la memoria, la emoción y la lógica, y también brinda vistas estupendas desde la cubierta, para atisbar lo que hay en los alrededores ●

Un periodista como ya no hay

Aunque en ocasiones se aluda al recuerdo de José Alvarado para hablar de algo de lo mejor que pudieron leer los lectores de periódicos en el México del siglo XX, era difícil dar con ejemplos para demostrarlo. Hay, sí, una edición de *Visiones mexicanas* que apareció en la mítica colección Lecturas Mexicanas (el número 68), pero es casi imposible encontrarla. Por eso, es afortunadísima esta recuperación que acaba de aparecer. Alvarado es un autor cuyo cuidado del estilo es causa de que sus crónicas, pese al tiempo transcurrido desde que fueran publicadas, no pierdan vigencia. Además, su ingenio y su curiosidad son absolutamente ejemplares. La nostalgia por que no hay ya periodistas así se contrapuntea con la alegría de tener de nuevo presente a Alvarado ●

La India caribeña de V. S. Naipaul

● Alejandro Espinosa Fuentes

El Premio Nobel de Literatura 2001, Vidiadhar Surajprasad Naipaul (Trinidad y Tobago, 1932), jamás dejó de intrigarse por la «aterradora vastedad de la India», tierra de sus antepasados. Si bien gozó de una infancia caribeña, una juventud londinense y una plenitud adulta marcada por los viajes a los lugares más recónditos del globo —siempre con regreso a Inglaterra, patria adoptada donde llegó a ser nombrado caballero—, es cierto que dedicó buena parte de su trabajo ensayístico al entendimiento de sus orígenes.

Naipaul no hablaba hindi, pero lo entendía. En vano trató de reconstruir durante su infancia los ecos del país que sus ancestros dejaron atrás. Poco fue lo que sacó en claro. Aquellos migrantes que viajaron de la India a Trinidad y Tobago entre 1880 y 1917 sólo recordaban de su inmenso país, a lo mucho, «una estación de tren». La memoria de su civilización la empacaron en una valija libre de anécdotas: la lengua hindi, el sistema de castas, el calendario, los rituales o la religión.

Tras la Segunda Guerra Mundial, cuando se volvió más sencillo viajar de un continente a otro, los trinitarios que podían costeárselo, entre ellos Naipaul, se enfrentaron con la viva imagen del país asiático sin vagas idealizaciones. El choque para algunos fue demasiado fuerte. En «Mirar y no ver: la manera india», Naipaul relata el viaje que realizó su madre a Mahadeo Dubeka, la aldea de sus ancestros. Sobra decir que no logró adaptarse a las costumbres, le fue imposible *mirar y no ver* lo que sucedía, tuvo un cortocircuito desde que la invitaron a tomar el té:

> Al fin apareció el té, de un color turbio, oscuro, en una tacita de loza blanca. A modo de gran despliegue de cortesía, la señora que se lo servía limpió el borde de la taza con la palma de la mano. Y de repente, alguien de entre aquellos familiares de hacía cien años recordó que había que ofrecer azúcar con el té. Mi madre dijo que no importaba, pero los grisáceos granos de azúcar se presentaron en la palma de una mano y esa mano los deslizó en el té. Y la misma persona, cortés hasta lo indecible, se puso a remover el azúcar con un dedo. Ahí es donde acaba mi madre el diario sobre la visita a la aldea ancestral de su padre. Lo acabó en mitad de una frase, incapaz de aguantar el dedo que removía el azúcar en la taza de té.

No es que la madre de Naipaul se deslindara de su identidad colonizada, sino que adoptó una versión menos compleja en la isla caribeña y, en aras de esta simplificación, se mimetizó sin resistencia con sus colonizadores. Por eso resulta paradójico que fuera un ciudadano británico el que a principios del siglo XX diera con el *quid* de la cuestión.

En 1925 Aldous Huxley acudió a la conferencia del Congreso Nacional Indio, cuenta Naipaul, y al ver a ese hombre santo vestido con un chal y un *dhoti* que ya era

mundialmente conocido como *Mahatma* Gandhi, se plantea si no será que en la India se consiente que lo externo sea meramente lo externo. Esto quiere decir, a diferencia de lo que vio la madre de Naipaul, que los indios no reparen en un vínculo entre las condiciones austeras o poco higiénicas del exterior y la riqueza y pulcritud de su interior.

Naipaul admiraba la figura de Gandhi tanto como a Buda, el príncipe que abandona el palacio para descubrir la enfermedad, la vejez y la muerte en las afueras de la ciudad. Sin embargo, el trinitario busca una imagen humanizada del *Mahatma*, considerando que si se trató de un líder tan importante para la historia fue porque se atrevió a ver a su país directamente a los ojos, mirarlo de verdad, no mediante idealizaciones ni prejuicios. A su vez, el personaje de Gandhi, a los ojos de Naipaul, se individualiza al rastrear las claves de sus costumbres y mecanismos de lucha como aprendizajes empíricos y no como rasgos de una cultura milenaria.

El ayuno, por ejemplo, le viene a Gandhi de herencia por los rituales supersticiosos de su madre. «Durante las incesantes lluvias del monzón, [la mamá de Gandhi] podía prometer no comer si no veía el sol. Los pobres niños esperaban a que se rompieran las nubes. Si asomaba el sol, corrían hacia su madre con la buena noticia. Ella salía a comprobarlo, pero entonces a lo mejor se había vuelto a esconder el sol, y decía alegremente: "No importa. Dios no quiere que hoy coma"».

Como buen viajero incansable, Naipaul vincula los ideales de Gandhi con sus fuentes bibliográficas y ciertas decisiones caprichosas que tomó de acuerdo a sus experiencias viajeras en Inglaterra y Sudáfrica: «Gandhi había bebido de muchas fuentes, algunas muy extrañas: no sólo Ruskin, Tolstói y Thoreau, sino las burdas ideas religiosas de su madre, la Asociación Sin Desayuno de Manchester y las normas carcelarias de Sudáfrica».

La India, bajo el tamiz caribeño-oxoniense en los ojos de Naipaul, se reinventa, al igual que todos su libros, con la perspectiva del colonialismo y el entendimiento de la rebelión como uno de los grandes temas de la literatura. El Premio Nobel admiraba tanto a *Mahatma* Gandhi sencillamente porque se atrevió a hacer las cosas a su manera, sin dejar que le impusieran una visión.

Lo que me lleva indirectamente a mí, un escritor mexicano (país que tampoco se ha deslindando del yugo colonial) a comparar esa perspectiva de la literatura india con el estado actual de la literatura mexicana. A continuación, propongo al lector intercambiar el nombre de la India por el de México para sacar en claro por qué ambas literaturas se encuentran hoy en día atascadas.

Según lo entiende Naipaul, en la literatura de la India falta ese rasgo de rebeldía que perseguía Gandhi al hacer las cosas a su manera. En su mayoría se imitan modelos occidentales que gustarán al ojo victimista que anhelan las industrias editoriales norteamericana y europea cuando se habla de países del tercer mundo. «Hay que plantear la cuestión, porque jamás se ha creado así una literatura nacional, a costa de tal alejamiento, con el que los libros los publica gente de fuera, los juzga gente de fuera y en gran medida los compra gente de fuera».

Si observamos con esta lupa a la literatura mexicana nos daremos cuenta de que nuestros errores son semejantes. Nuestra literatura no se ha afianzado porque la sigue legitimando el ojo foráneo, llámese editoriales españolas, críticos de *El País* o *The New York Times*, o premios literarios del Primer Mundo.

«¿Y qué hacer?», se pregunta Naipaul, «¿ser irlandeses o alemanes y regodearse en los juegos de palabras? ¿Ser sudamericanos y ver magia por todas partes? ¿Ser como el difunto Raymond Carver y fingir que no saben nada de nada?».

Los escritores —yo digo mexicanos de importación, Naipaul se refiere a los indios en el extranjero— «no es que ardan en deseos de decir nada; nada va a surgir con un estilo propio, y por lo general se limitan a imitar». O, en el caso de México, se limitan a venderle al Primer Mundo una buena dosis de folclor u horror latinoamericano, pero aún no se independizan del yugo porque no han generado su propio sistema de crítica, sus mecanismos de legitimación interna, como ellos (los países con grandes tradiciones literarias: Estados Unidos, Francia, Alemania) sí lo han hecho.

«La India», indica Naipaul (y ruego que el lector vea a la India y a México como sinónimos), «no tiene medios para juzgar. La India es dura y materialista. Lo que mejor conoce sobre los escritores y los libros indios son los adelantos y los premios. Hay poco debate sobre la sustancia de un libro o su calidad literaria o el punto de vista del escritor. En la prensa india se sigue hablando mucho sobre la escritura india como aspecto de un triunfo más amplio del país, pero apenas se conoce la crítica literaria como arte. Las críticas más importantes a un libro indio siguen importándose».

La perspectiva caribeña-oxoniense de V. S. Naipaul sobre la India no es sólo una forma excéntrica y peculiar de entender a la distancia a un país caótico, sino una lección estética y ética de cómo deberían afrontar las literaturas menospreciadas el complejo reto de consolidar su independencia ●

Sobre los componentes sinestésico y escrito de la experiencia mística en Victoria Cirlot*

● Luis Jorge Aguilera

Resulta atractivo imaginarse la escritura de la experiencia mística como un único acontecimiento, una transcripción extática o un dictado frenético, fluido de reverberaciones ininteligibles tal y como se lo representa por ejemplo Meredith Monk en la pieza visionaria «Madwoman's Vision», incluida en el álbum *Book of Days* (1990). Representarse la escritura como una transcripción o dictado que tiene lugar sólo en el momento de la experiencia. Los testimonios de místicas y místicos a lo largo de la historia demuestran que el proceso escritural, mistográfico, difícilmente ocurre así. Para Juan de la Cruz, el ciclo redaccional del llamado «primer Cántico se abre en Toledo en 1578 y se cierra en Granada en 1584».[1] En el caso de Juliana de Norwich (1342-1416), la mística inglesa de la que se ocupa *Visión en rojo*, de Victoria Cirlot, se conocen dos versiones de sus escritos que ahora son identificadas como *A Vision*

* Texto leído en la presentación del libro, en el marco de las VIII Lliçons Haas «Ombres i miralls» de la Universitat Pompeu Fabra, en junio de 2019.

1 Eulogio Pacho, *San Juan de la Cruz. Historia de sus escritos*, Monte Carmelo, Burgos, 1998, p. 185.

(h. 1385) y *A Revelation of Love* (entre 1388 y1393). Las posteriores exégesis sobre sus visiones, el volver sobre ellas y la incorporación de nuevas visiones hacen necesaria una nueva redacción, de manera que «la escritura de la experiencia visionaria de Juliana se presenta en movimiento, esto es, según la *mouvance* propia del texto medieval».[2]

El proceso de memoria, asedios de comprensión y búsqueda de representación del contenido de la experiencia suele tomar a quienes son sujetos de ella un tiempo bastante más dilatado del que tomaría la transcripción de un dictado inmediato. Se produce en místicas y místicos, lo que Victoria Cirlot en su estudio sobre *Hildegard von Bingen y la tradición visionaria de Occidente* explica como «una comprensión "otra" que nada tiene que ver con la humana, gramatical y sintáctica».[3] ¿Cómo fijar entonces en cualquier soporte humano esa experiencia, esa comprensión que todo lo excede? La cuestión se presenta compleja. Parece constante que la escritura de la experiencia mística se presente por lo menos en dos momentos fundamentales. El primero, lo más cercano posible a la experiencia, atiende la urgencia de fijar con fidelidad lo vivido en la revelación. El segundo surge del sentimiento de insatisfacción que sobrecoge a los místicos al comprobar que lo escrito no expresa lo revelado. Parece que en un camino intermedio entre lo revelado y lo buscado, siempre desde el impulso de la necesidad interior como fuerza transgresora de la forma, la experiencia radical encuentra la posibilidad de adherirse a soportes expresivos sancionados en el horizonte cronológico en el que se ha producido. No así, por ejemplo, las canciones de Juan de la Cruz, que van a alojar su contenido místico en la lira, esa forma lírica que hasta el siglo XVI español simpatizó más con temas de expresión profana. No así, como nos hace ver *Visión en rojo,* las visiones de Juliana de Norwich.

Para entrar en el universo visionario de Juliana por la vía que propone *Visión en rojo* es necesario aceptar una premisa que termina por afirmarse una vez concluida la lectura del libro: la aceptación del tiempo rizomático, instalado previamente en el pensamiento de Victoria Cirlot como función cronológica operativa. La previa confrontación de Hildegard von Bingen con Max Ernst «logró diluir la alteridad de la mística visionaria y al mismo tiempo dotar de significado las visiones de Ernst».[4] En una nueva espiral del rizoma, *Visión en rojo* abre el diálogo con la abstracción y el informalismo debido a que las imágenes visionarias de Juliana no pertenecen a su mundo, sino que inverosímilmente se resuelven según estilos del siglo XX. Es en este siglo que los anteriores fuegos del artificio, llamaradas visionarias de abstracción e informalismo, devienen efectivos modos de comprensión. Las imágenes explosivas de la visión de la sangre y de la carne responden a la tradición de la especulación apofática estudiada por Alois Haas. Las estéticas en las que se resuelven estas imágenes explosivas sedimentan en la negación adoptada, debido al carácter excesivo del ser de Dios.

2 Victoria Cirlot, *Visión en rojo*, Siruela, Madrid, 2019, pp. 30-31.

3 Victoria Cirlot, *Hildegard von Bingen y la tradición visionaria de Occidente*, Herder, Barcelona, 2005, p. 24.

4 *Visión en rojo*, *op. cit*, p. 16.

La experiencia mística en su fase exegética se desgrana en los componentes sensoriales que han sido vividos como única experiencia sensitiva por los místicos. El capítulo «Visión y creación en la Edad Media y el Surrealismo» incluido en el libro *La visión abierta*[5] penetra en el estudio de los sentidos espirituales como umbrales de la experiencia visionaria. La distinción entre sentidos corporales y sentidos espirituales se remonta a Orígenes y en el citado estudio desemboca en los testimonios de procesos creativos surrealistas, pasando por la experiencia visionaria en la Edad Media. Mediante la confrontación de ambos mundos, el medioevo y el siglo vigésimo, se comprende que «el vuelo mágico del artista se presenta como una experiencia visionaria donde la percepción sensitiva no desempeña papel alguno»;[6] de ahí que la interioridad surja como único modelo posible para la pintura surrealista. En *Visión en azul*, Alois Haas concluye que en el poema «Azul que canta» de Hans Arp, «el azul es para Arp el vehículo cromático sinestésico de una trascendencia hacia lo lumínico, en que se unen el cielo y la tierra»,[7] pues a pesar de que en el poema

> la experiencia de la luz sea descrita como un proceso visual, no hay ninguna duda de que, desde el principio, el proceso visual contiene experiencias olfativas, auditivas y táctiles. Se trata de una «luz aromática»; es una «luz sonora» y el Yo «descansa, /acunado en la luz».[8]

5 Victoria Cirlot, *La visión abierta. Del mito del Grial al surrealismo*, Siruela, Madrid, 2010.
6 *Ibid.*, p. 15.
7 Alois M. Haas, *Visión en azul. Estudios de mística europea*, trad. de V. Cirlot y A. Vega, Siruela, Madrid, 1999, p. 43.
8 *Ibid.*, p. 39.

La experiencia mística visionaria se produce de forma análoga en Juliana de Norwich. Como lo apunta *Visión en rojo*, los sentidos espirituales «tienden a unirse para producir experiencias sinestésicas. Juliana habla normalmente de la visión (*sight*), aunque considera que su experiencia deriva también del tacto (*touching)* y del sentimiento (*feeling*)».[9]

En las declaraciones a las canciones décimotercera y décimocuarta del «Cántico espiritual», liras en las que la esposa enumera una serie de metáforas explosivas que califican al Amado

> Mi Amado las montañas,
> los valles solitarios nemorosos,
> las ínsulas extrañas,
> los ríos sonorosos,
> el silbo de los aires amorosos;

Juan de la Cruz se adentra en la sinestesia del verso que encabalga la lira siguiente para continuar con la enumeración de metáforas; del silbo de los aires amorosos dice:

> Y para que mejor se entienda lo dicho, es de notar que así como en el aire se sienten dos cosas, que son toque y silbo o sonido, así en esta comunicación del Esposo se sienten otras dos cosas, que son sentimiento de deleite e inteligencia. Y así como el toque del aire se gusta con el sentido del tacto y el silbo del mismo aire con el oído, así también el toque de las virtudes del Amado se siente y goza en el tacto de esta alma, que es en la sustancia de ella; y la inteligencia de las tales virtudes de Dios se siente en el oído del alma, que es en el entendimiento.[10]

9 *Visión en rojo*, *op. cit*, p. 49.
10 Juan de la Cruz, *Obras de San Juan de la Cruz*, ed. de Silverio de Santa Teresa, Monte Carmelo, Burgos,

Explicando a san Pablo, el mistagogo carmelita da preeminencia al oído por sobre los demás sentidos espirituales: «la revelación de secretos de Dios, los cuales son revelaciones o visiones puramente espirituales, que solamente se dan al alma sin servicio ni ayuda de los sentidos y así es muy alto y cierto esto que se dice comunicar Dios por el oído».[11] Es tal la vía apofática sanjuanina de la noche oscura del sentido en su descenso hacia la noche oscura del espíritu; en su radicalidad ya ni los sentidos espirituales pueden dar noticia del Amado.

A razón de esta bipartición sanjuanina, se hace pertinente volver a la cuestión de la relación entre sentidos físicos y sentidos espirituales. Ricardo de San Víctor explica esta relación en términos de una dependencia similar a la dialéctica ascendente platónica; para él «la razón se alza hasta el conocimiento de las realidades invisibles, gracias a la apariencia de las cosas visibles, cada vez que logra extraer de éstas alguna similitud con respecto de aquéllas». Visto de esta forma, el problema es el de la participación de las cosas visibles en el *mundus imaginalis* donde ocurre la experiencia visionaria. Problema que se desprende de las visiones de Juliana de Norwich, en el que también se adentra *Visión en rojo*. Ante la imposibilidad de atestiguar la pasión de Cristo, Juliana «entiende la pintura como el medio idóneo para poder vivir el sentimiento compasivo»[12] de modo que «no es posible desligar lo visual de lo visionario y la relación apunta a una dirección doble: si lo visual podía conducir a lo visionario, lo visionario podía conducir a la obra de arte».[13] En una de las múltiples y ricas comparaciones con otras místicas y místicos que en *Visión en rojo* acompañan a la comprensión de las visiones de Juliana de Norwich, se destaca lo decisivo que resulta para Ángela de Foligno acceder a las pinturas de crucifixiones: «su vivencia de la pintura como espectadora era tan intensa que podía llegar a estados de febrilidad».[14] En la visión de Juliana, «aunque el ojo interior nos traslade a otra realidad, el objeto visual que ha desencadenado la visión continúa siendo un punto de apoyo».[15]

El tránsito de lo visual a lo visionario inevitablemente conduce a preguntarse por la participación del arte en la experiencia mística. Por sor María de la Concepción, carmelita contemporánea de Juan de la Cruz, ha llegado a nosotros la noticia de un acontecimiento en la vida del místico análogo a las fibrilaciones padecidas por Ángela de Foligno: «fray Juan de la Cruz mostraba andar muy embebido en amor de Dios; y una vez entrado, entre otras que entraron, en este convento, llegando a donde estaba la imagen de Cristo Nuestro Señor que estaba como un racimo en el lugar, pareció haberle el Señor pasado el alma con su amo; porque se encendió tanto su rostro y acciones que parecía que se iba a arrobar según el júbilo y acciones que en su rostro mostró; porque el siervo de Dios se debía de hacer fuerza a resistir el ímpetu. Y en esa ocasión hizo una canción significativa de su sentimiento».[16] En el cuadro aquí descrito, Cristo es simbolizado

1930, vol. III, *Cántico Espiritual*, p. 70.

11 *Idem.*

12 *Visión en rojo, op. cit,* p. 33.

13 *Ibid., p. 38.*

14 *Idem.*

15 *Ibid.*, p. 46.

16 María de la Concepción, «Informaciones», *Obras de San Juan de la Cruz*, Monte Carmelo, Burgos, 1931, vol. V, pp. 256-262.

metonímicamente *pars pro toto* y la estética del racimo sanguíneo que ha devenido sustancia sólida es similar a la del crucifijo de Silesia con el cual Peter Dinzelbacher propone relacionar el estilo de las visiones de Juliana.

¿Qué tipo de experiencia ha tenido Juan de la Cruz frente al cuadro? El testimonio es que el místico, con el rostro encendido, compone una canción bajo los efectos de la contemplación del cuadro. Esta experiencia que lo ha arrastrado a la creación ¿es una experiencia mística como la que ha vivido en el monasterio interior del cautiverio toledano? ¿Es una experiencia visionaria sinestésica? ¿Es una experiencia estética? Hans Robert Jauss deduce la teoría de la experiencia estética de las *Confesiones* de Agustín de Hipona. El factor fundamental que diferencia la experiencia estética de la experiencia religiosa es la devoción; dice Jauss:

> El placer acústico que producen los cantos religiosos puede dirigir el espíritu hacia una profunda emoción del alma, la devoción, y los placeres de la vista, resaltar la belleza de la creación divina. Pero esta lícita *fruitio* corre el riesgo de transformarse en un simple placer de los sentidos y de entregarse a la atracción estética de la experiencia sensorial, intensificada por medio del arte.[17]

Devoción. Ésta es la frontera que transfiere la experiencia estética a la experiencia religiosa. Aunque en la teoría estén bien tipificadas, en el reconocimiento de casos concretos no es tan fácil deslindar una experiencia de la otra. ¿Dónde situar, por ejemplo, las «Canciones en que Dios descubre el camino para que las almas vayan a Él por la escala secreta de la oración», de la carmelita Isabel de Jesús, poema en el que no sólo se asume la composición en lira y el *modus loquendi* de la paradoja apofática sanjuanina, sino también parece dibujarse la propia vivencia, como se verifica en sus dos primeras liras?:

> ¡Oh dulce noche obscura,
> que no pones tiniebla tenebrosa,
> mas antes tu espesura,
> cuan ciega, es deleitosa
> y cuanto más obscura, más vistosa!
>
> ¡Dichosas negaciones!
> ¡Dichosa obscuridad, dulce sosiego,
> secretas invenciones!
> ¡Dichoso el que está ciego
> en tanta claridad, dichoso entriego!

No se puede decir sin más que se trata sólo de una experiencia estética producida por la recepción de las canciones sanjuaninas. Hay una penetración en la doctrina, una expresión fervorosa, una vivencia que sólo puede calificarse de devocional. Para Terence O'Reilly tanto las canciones como las declaraciones sanjuaninas son producto de la *lectio divina* y ambas, canciones y declaraciones, fueron pensadas por el místico como base de divina lección para otros. Armando López Castro y posteriormente Rafael Boeta explican el cifrado de la *lectio divina* en una estrofa desde la que se debería leer, en opinión de López Castro, el *Cántico* entero, y para Boeta, toda la poesía de Juan de la Cruz:

17 H. R. Jauss, *Experiencia estética y hermenéutica literaria*, trad. de Jaime Siles y Ela Ma. Fernández-Palacios, Taurus, Madrid, 1992, pp. 61-62.

¡Oh cristalina fuente,
si en esos tus semblantes plateados,
formases de repente
los ojos deseados
que tengo en mis entrañas dibujados!

Cuando la amada se ve reflejada en la fuente ve sus propios ojos, y en ellos ve los otros ojos que tiene en las entrañas dibujados, que son las de su amado. Su amado está en ella y sólo en ella debe buscarlo. El espejo de la fuente arrastra a la amada a la experiencia abisal, a las sombras de la noche oscura; el único lugar donde encontrará a su amado es dentro de sí misma. La estrofa, en su configuración y tematización de *lectio divina* cumple la misma función que la *imago pietatis* de la profusión roja de la sangre en la visión de Juliana en la que se da «el paso del crucifijo (la escultura real y material) a una *imago pietatis* de clara función contemplativa.[18] Ambas, lira y visión, cifran en sus códigos lírico y plástico de estilo abstracto la vía de la interioridad.

Finalmente, después de estos apuntes sobre el misterio de un epifenómeno místico como la sinestesia, y la relación de lo visual y lo visionario como factores determinantes en la experiencia mística y la experiencia estética, quisiera acompañar de otras dos posibles respuestas ése que Victoria Cirlot llama «enigma auténtico» sobre por qué conocemos la escritura de Juliana: «¿Cómo y por qué llegó a la escritura?».[19] Después de considerar varias hipótesis, la autora se inclina por la que conjetura la escritura como *probatio,* «el texto escrito para los que tenían que aceptar la transformación de Juliana en reclusa».[20] En *La mirada interior*,[21] junto con Blanca Garí había dado una respuesta también contextual a esta pregunta. Juliana de Norwich y otras místicas escribieron porque los hombres lo permitieron. Creo, sin embargo, que esta pregunta admite otra respuesta que también se encuentra entre las reflexiones de Victoria Cirlot y que no atiende necesidades meramente contextuales. La escritura es respuesta a una necesidad profunda, una necesidad interior en donde la palabra cobra la dimensión de instrumento de restauración, como dijera Raquel Asún. La escritura surge del dolor ante la pérdida. Esta concepción nietzscheana que le interesa a Cirlot en la configuración que le da Aby Warburg, encontrará en un poema del siglo XX y en la misma lengua que escribiera Juliana una solución técnica del dolor ante la pérdida en escritura. Me refiero al poema «One Art», de Elizabeth Bishop, que dice en su primer terceto:

The art of losing isn't hard to master;
so many things seem filled with he intent
to be lost that their loss is no disaster.

Y termina:

—Even losing you (the joking voice, a [gesture
I love) I shan't have lied. It's evident
the art of losing's not too hard to master
though it may look like (Write it!) like [disaster ●

18 *Visión en rojo, op. cit.*, p. 54.
19 *Ibid.,* p. 30.
20 *Idem.*
21 Victoria Cirlot y Blanca Garí, *La mirada interior*. *Escritoras místicas y visionarias en la Edad Media*, Martínez Roca, Barcelona, 1999.

Martha Pacheco: entre el realismo y la marginalidad

● Baudelio Lara

En su larga trayectoria, Martha Pacheco ha transitado entre el realismo como propuesta formal y la marginalidad como rasgo principal de expresión de su estética.

Desde temprano, en sus años de formación en la Escuela de Artes Plásticas de la Universidad de Guadalajara y, sobre todo, en su etapa de experimentación en el Taller de Investigación Visual (TIV), asumió la idea, a partir de un compromiso ideológico afiliado a la izquierda, de que el arte tenía como función social la de representar la realidad en un afán por transformarla, y que la realidad se mostraba mejor del lado de los oprimidos.

Se trata de una época, los años ochenta, en que las manifestaciones tradicionales ligadas a los estertores de la Escuela Mexicana de Pintura y el muralismo, así como diversas tendencias del arte abstracto, provenientes sobre todo de artistas formados en la Arquitectura, se disputaban un sitio protagónico en la escena artística de Guadalajara.

En este contexto, la apuesta de Martha Pacheco por el realismo y la figuración fue una síntesis que abrevó, por una parte, de sus aprendizajes en este colectivo, sobre todo a través de la figura tutelar de Javier Campos Cabello, y por la otra, de manera profunda y a veces dolorosa, de sus experiencias familiares y personales. El fruto fue una visión crítica interesada en mostrar los conflictos de la vida individual en un contexto social, la representación de un drama humano en el que los seres marginados ocupan un lugar preferente.

Alejada del lenguaje panfletario, este compromiso fue asumido, más que por convicción ideológica, por un simple acto de empatía. A la artista le interesa menos exponer las contradicciones sociales que expresar el sufrimiento de las personas, aunque éste hunda sus raíces en aquéllas.

A Martha Pacheco le duelen sus personajes y, sin duda, trata de trasmitir ese dolor a los espectadores. Sin embargo, los personajes no se conduelen de sí mismos; despojados de autocompasión, están representados con la naturalidad de quienes ven transcurrir la vida al día, como viene y va, y que asumen esta ineludible condición con dignidad. Ello no quiere decir que la acepten o se conformen: la perspectiva realista no es un juicio moral sino una evidencia; consiste en mostrar simplemente la circunstancia en que viven, aunque muchas veces sepamos que están impedidos para trascenderla.

La naturalidad de los personajes es captada empáticamente a través del dolor, que la artista siente como propio; su mirada minuciosa se contiene al exhibir esa realidad padecida por los sujetos, al margen de cualquier lectura políticamente correcta.

A través de temas como la locura, la muerte y la pobreza, Martha Pacheco muestra la separación, la marginación y la invisibilidad que envuelven a sus personajes, una propuesta que reivindica

la materialidad de presencias que parecen fantasmales, porque han sido condenadas a un no-lugar, a una no-existencia. Es la marginalidad como metáfora de un escotoma social, que nos impide la percepción de los rostros y cuerpos que deambulan delante de nuestros ojos en espacios como el hospital psiquiátrico, la morgue o la calle.

En una operación dialógica, sus personajes son a la vez tema y rasgo distintivo de las estaciones que conforman su evolución artística. Dicha evolución, por otra parte, es derivativa, se desarrolla de modo prácticamente monotemático. De manera abreviada, podríamos afirmar que su cuerpo de obra ha transitado por cuatro etapas.

Los logros de la primera, producto directo de su estadía en el TIV, fueron la adquisición de una visión propia que pronto se vio decantada en un estilo. Asimismo, se tradujo en la elección de un sujeto plástico concreto, así como en la adopción del dibujo en blanco y negro como medio expresivo predilecto, afán que compartió con la prematuramente desaparecida Irma Naranjo. Entre el óleo y el grafito, Martha se inclina por este último. Su técnica, frecuentemente apoyada en la fotografía más que en el modelo natural, es cruda, prolija y delicada al mismo tiempo; no desdeña la representación pictórica, pero parece desplegarse mejor en el dibujo para exponer matices, volúmenes y detalles que quizá no podrían trasladarse del mismo modo en la pintura en color.

Dentro del TIV, la elección de la marginalidad como sujeto plástico tuvo que trascender la potente influencia de Francis Bacon, punto de referencia de la mayoría de los miembros. Dentro de ese reto, Pacheco debió tomar distancia de los personajes inmersos en atmósferas fantásticas o metafísicas que frecuentó Javier Campos Cabello, el líder del grupo, y orientarse más a una iconografía concreta y cotidiana, más cercana a la de su compañero Salvador Rodríguez. Como influencia externa, en cuanto a la constitución artística del sujeto, también tiene que reconocerse la influencia de otro artista, Antonio Ramírez, con quien los miembros compartieron intereses creativos, ideológicos y solidarios, aunque éste lo hizo desde una vertiente expresionista identificada sin ambages con la visión orozquiana.

A partir de ahí, la siguiente estación a la que arriba Martha Pacheco con pleno dominio de sus poderes técnicos es el proyecto *Los exiliados del imperio de la razón*, en el que logra plasmar los rostros de la locura, la confusión, el abandono, la tribulación y las preguntas contenidas en las miradas ausentes de personas confinadas en centros psiquiátricos.

No sería difícil documentar, en la atmósfera creativa de la Guadalajara de los años ochenta y noventa, una cierta predilección de diversos artistas por el tema de la locura, inclinación muy cercana a una postura ante la vida rebelde o romántica, que abreva, en el caso de la literatura y de las fuentes de inspiración pictórica, de la *sui generis* interpretación local de la actitud de los poetas malditos de Verlaine y de autores afines. En el caso de Pacheco, no es aventurado afirmar que su mérito mayor en esta vertiente de su obra es haber condensado en esta serie el tema de la otredad, los estados alterados y la locura, convirtiéndolos en imágenes elementales contundentes por su carácter directo e inmediato.

Posteriormente, acomete el tema de la muerte violenta y anónima de personas no reclamadas en el Servicio Médico Forense, por medio de fotografías *in situ* o de imágenes extraídas de revistas escandalosas de nota roja. Anticipo profético de la sombría realidad actual, y de la violencia soslayada y aceptada entonces y ahora, el proyecto puede aglutinarse alrededor de la exposición *Acallados*, con la curaduría de Carlos Ashida, serie que, con derivaciones, extensiones y retrospectivas, ha permanecido más tiempo como punto de interés de su cuerpo de obra.

Ahora, en *Ecos de la Calle*, ensaya sobre un nuevo grupo social, los trabajadores urbanos que, apostados en las esquinas y los cruceros, ganan su sustento a cambio de limpiar parabrisas, vender baratijas o ejecutar actos malabares o cómicos, apostados como parte del paisaje entre los autos, moviéndose al ritmo de los rigurosos y ciegos lapsos marcados por las luces del semáforo.

Como en las etapas anteriores, Marta Pacheco transita del documento fotográfico a la interpretación empática para retratar a sus personajes en la contingente fortaleza de su vulnerabilidad. Su carácter documental, asentado en la fotografía como fuente y en su persistente elección temática, sostiene, por una parte, su destreza técnica, más apreciable en el pequeño formato, y por la otra, de manera importante, el peculiar abordaje de su objeto/sujeto plástico, reiterativo y constante. Ya en 2013 Teresa del Conde llamaba la atención sobre esta relación entre ejecución y actitud estética en la obra de Pacheco: «La fotografía está en la base, y aunque lo exhibido no se calificaría de realismo fotográfico, las varias transposiciones a que está sometido acallan de alguna manera la conmoción de lo que uno imagina que pudiera haber conllevado su ejecución. Los cadáveres son objetos y los enajenados son personajes. No podría ser de otra manera, pensándolo bien».

La renovación del tema, en esta última estación, invita, finalmente, a una relectura y una recontextualización: ¿qué significan estas imágenes en el impune escenario actual sembrado de miles de muertos y desaparecidos? ¿Hay algo más visible en la sociedad mexicana que la muerte y la desigualdad? ¿Existe alguien que pase más inadvertido en México que una persona pobre o indigente deambulando por la calle?

Ya sea que se trate de locos, muertos o excluidos, el origen de la invisibilidad es uno solo: la gente, nosotros, nos negamos a verlos, por ocultamiento o por comodidad. Vemos lo que los rodea, vemos todo, cualquier cosa, menos a las personas.

«Es gente», ha dicho Martha Pacheco, «que está desaparecida en cierta forma». Son seres de la calle, puestos ahora, por arte de la línea y el trazo, en una sala de exhibición a la que quizá nunca accederán, confinados en el retrato de su marginalidad, excluidos, despojados, desnudos de pretensiones. Están ahí, inmóviles, y parecen observarnos desde su más pura humanidad ●

Cámara en mano, en la India

● Julieta Marón

Namasté. *Esa tierra es otro mundo, me capturó su hechizo, su rictus que nunca se interrumpe. Fui de Delhi a Jaipur, de Agra al Ganges, entre el polvo y el manto, entre el caos y la devoción. Las imágenes se quitaron el velo, se revelaron. Fue imposible la indiferencia, todo cobró vida en el implacable contraste. Ritos, atavíos, saris en la ciudad rosa. Shiva se engalana para seguir la ruta de los rostros sin nombre. Atuendos y sonrisas, riquezas en la pobreza. Representaciones de la divinidad, la vida, las vidas. Namasté.*

Desde que yo era adolescente soñaba con viajar a la India algún día. Pero no fue sino hasta que ya fui adulta que logré cumplir ese sueño. Cámara en mano, como siempre. Sin saber del todo lo que iba a encontrarme allá.

En la India, las imágenes se revelaron ante mí por sí solas, al extremo de no dejarme otra opción que capturar con mi cámara muchas de ellas.

Existe tanta miseria en el país que hay quienes solicitan pago por permitirse fotografiar. Sin embargo, en mi caso, como por arte de magia, en ningún momento hubo objeción alguna de las mujeres y los hombres a quienes fotografié. Creo, aunque no estoy segura, que ayudaba el hecho de no traer una cámara aparatosa, apantallante, sino más bien una cámara discreta, pero que tiene una lente de *zoom* con muy buen alcance. Y sí, hubo una especie de complicidad entre las personas que fotografié y yo, sin decirnos nada, pero hablando con la mirada. Una invisible vibración empática. No se cohibían, era como si nos conociéramos de siempre.

Fue una fuerte y triste impresión la que me produjo de entrada la India, por la extrema pobreza, pero a la vez yo noté una felicidad oculta, ya que, pese a todo, las personas no parecían sufrir. Viven la vida al día, con elegancia y sobriedad.

Dicen que odias o amas a la India. Yo volvería muchas veces más ●

(In)tensa calma

● Gamaliel Ruiz

El joven compositor Kitano Hernández sorprende con su primer álbum de *jazz*. Sus creaciones, interpretadas por él mismo al piano y con la radiante colaboración de otros músicos en la trompeta, el saxofón, la guitarra, el trombón, el contrabajo, el bajo y la batería, conceden al oyente un sincero placer auditivo y, como el título del álbum lo indica, una sensación de intensa calma, bordada en la mayoría de los temas con maestría y plausible imaginación.

El disco compacto inicia con la trompeta que anuncia los primeros acordes de la célebre «Guadalajara», de Pepe Guízar, para luego dar paso al piano en una interesante deconstrucción sonora en el tema «Nueva Galicia». La belleza tímbrica del piano en su esencia protagonista anticipa ya el atractivo resultado global del álbum, orientado precisamente hacia un discurso original de apreciable lirismo.

En el segundo tema, titulado «En el parque», emerge la complicidad entre el piano y los instrumentos de aliento en un paseo placentero y divertido, entre lejanos efectos citadinos que enmarcan los verdes trazos de la calma y el abandono, esbozados por los saxofones en diversos

trazos y dibujos; el piano nuevamente deambula libre y sereno, meditabundo y sonriente.

En «The Memory of Dust», la trompeta explora con sencillez un paisaje de luces y calles extraviadas en la madrugada. Sus originales suspiros dan libre paso a la guitarra en la diáfana búsqueda de recuerdos y emociones que vibran tras ventanas de bares y efímeras figuras femeninas. «Walkabout» invita a la batería, los saxofones, la trompeta y el bajo a un homogéneo discurso musical de impecable manufactura, caracterizada por una vigorosa juventud en que el *jazz* se presenta eterno. «(In)tensa calma» es una canción irredenta y conjugada con excelso diálogo instrumental, con destellos de virtuosismo y apacible espíritu camerístico. Inflexiones nostálgicas nos guían por doce minutos que quisiéramos que no concluyeran.

«C'est la vie» es una breve fiesta al amanecer con sus luminosos brillos azules, sin prisa ni culpabilidad, como si la noche no muriera jamás. Y, así, el piano brinda con la batería, con el saxofón, conversando acerca de antiguas aventuras, pasados errores y emotivos despertares. Aquí la sensación festiva no concluye, se mantiene álgida, radiante y feliz.

El penúltimo tema, titulado «Sábado nublado», posee cierta introspección que se metamorfosea en romántica poesía. La imaginación del compositor es de elevado lirismo, con una poesía sincera y delineada exquisitamente por la guitarra y el bajo. Al final, «Entropía» cierra con una demostración de disciplina en la que los instrumentos involucrados dialogan con autonomía y sensibilidad, con equilibrio y afinidad tímbrica.

Este álbum está dedicado a la mamá de Kitano Hernández, un obsequio distinguido y de sublime esencia. Extraordinaria colaboración artística en el actual panorama jazzístico mexicano, gracias al elevado talento de Kitano y sus espléndidos cómplices: Brandon Flores, José Luis Alemán, Emmanuel Valadez e Isaías Flores (trompeta), Sara Ventura (saxofón alto), Guillermo Valadez y Daniel Benítez (saxofón tenor), Fernando González y Daniel López (guitarra), Joaquín García Fregoso (bajo), Jorge Huerta y Armando Curiel (batería), Luis Fernando Hernández (trombón) y Carlos Vilches (contrabajo) ●

Enrique Servín (1958-2019)

● Françoise Roy

En una época como la nuestra, obsesionada con la acumulación de la materia y su peligrosa manipulación, amar a la poesía o intentar practicarla resulta un evidente ejercicio de la libertad y la disidencia. Ejercicio que sin embargo se funda necesariamente en un reiterado amor a la tradición y la historia del lenguaje.

Enrique Servín

«¿Se puede inventar verbos? Quiero decirte uno: Yo te cielo, así mis alas se

extienden enormes para amarte sin medida», escribió Frida Kahlo. Yo quisiera inventar el adjetivo *servinesco* (y, de ahí, el verbo *servinear*) para recordar a mi entrañable amigo, el narrador, ensayista, poeta, antropólogo, lingüista y traductor Enrique Servín.

Servín, quien fuera maestro en Antropología Social y desde 2016 fungía como jefe del Departamento de Culturas Étnicas y Diversidad y coordinador del Programa Institucional de Atención a las Lenguas y Literaturas Indígenas (PIALLI) de la Secretaría de Cultura de Chihuahua, se dedicó a estudiar, rescatar, revitalizar y difundir las lenguas indígenas de este país, entre las que se encuentra el rarámuri, que él dominaba. Su obra fue galardonada con premios y reconocimientos a escala nacional e internacional. Sin embargo, ninguno de esos logros impidió que fuera brutalmente asesinado dentro de su domicilio en Chihuahua, el pasado 9 de octubre.

Nada menos *servinesco* que su propia muerte. De estar incluidos en un diccionario, esos neologismos de mi cosecha —*servinesco* y *servinear*— describirían una avidez tal en cuanto al saber universal, que uno acaba hablando una veintena de idiomas y puede memorizar en parte la obra de escritores que vivieron bajo la dinastía Tang. ¡Quién como Enrique para transmitir destellos de erudición de la manera más amena posible, y por si fuera poco, con un entusiasmo y una modestia fenomenales! Basta decir que el mismísimo Sergio Pitol describió la biblioteca de Enrique Servín como la más maravillosa que había visitado jamás. Enrique era aquel que encabezó un evento bautizado Tormenta de Poesía, en el que sobrevoló la ciudad de Chihuahua para arrojar miles de poemas, impresos en papelitos de color, que abordaban el tema de la paz, como protesta contra los bombardeos estadounidenses a Irak llamados Tormenta del Desierto, en 1991.

Fui bendecida —y, más aún, honrada— por un encuentro fortuito con Enrique Servín en 2007. Tuvo lugar en el Centro de Traducción Literaria del Centro de Banff para las Artes, un conjunto artístico anidado en las majestuosas montañas de Alberta, provincia occidental de mi país de origen. Éramos ambos becarios del BILT, convocados ahí para desarrollar, cada uno, un proyecto individual de traducción, él como asesor del maya peninsular. Supe, desde que lo oí *servinear* por primera vez, que tenía ante mí a un ser fuera de serie. Intuí, por la calidez de su trato y sus extraordinarios dones de conversador, que había nacido para mí una amistad irrompible que sólo la guadaña de la muerte pudo cercenar. Amistad, ese concepto tan radiante acerca del cual Enrique escribió estos versos: «Cuando hablan los amigos / las horas callan / no viene el tiempo / la noche crece infinita».

La primera cosa que me contó para entrar en calor fue el mito fundacional del pueblo tarahumara, en el que se estipula que al principio de la Creación, la Luna era tan pobre que ella y el Sol se espulgaban mutuamente. Enrique evocaba, maravillado, la magia de los mitos; la mitología fue una de sus numerosas pasiones, como lo sabemos quienes convivimos con él. También le tenía una devoción casi mística a la belleza del lenguaje y a sus numerosos prismas.

Gozaba de una memoria prodigiosa, y al respecto puedo citar dos anécdotas que hablan por sí mismas. La primera sucede en un paseo en el campo de Chihuahua, cuando se puso a recitar de memoria —en

francés, por supuesto, *noblesse oblige*— las primeras páginas de *Las iluminaciones*, según él para honrar la hermosura silvestre de esa naturaleza semiárida donde asomaban a lo lejos los cerros. Esto era posible porque Enrique era en sí el conjunto de tomos de la *Enciclopedia Británica* dotado de dos piernas humanas para sostener el todo, aunado a un mecanismo invisible que hiciera que lo escrito en una página encontrara resonancia en otra.

La segunda anécdota que da fe de su memoria de elefante y su vastísima cultura libresca es una vivencia que tuvimos en la ciudad de Suiyang, provincia de Guizhou, en el oeste de China. Nos habían invitado, en el marco de un festival literario, a la inauguración del Museo de la Poesía de la localidad. Recién cortado el listón y acabados los actos protocolarios, Enrique se precipitó al interior del recinto (que haría sonrojarse de vergüenza a muchos museos del mundo) como si ahí se encontrara el hilo negro de los secretos siderales, la caja negra del mismísimo Dios. Durante el recorrido, él y yo coincidimos en una pieza donde estaban exhibidos poemas y notas biográficas de autores que pertenecen al acervo poético de esta gran civilización oriental. Ahí, Enrique encontró, entre los poetas reseñados, a una mujer que había escrito hace siglos, y cuyo nombre, dotada yo de una memoria nada *servinesca*, que ronda más bien la del común de los mortales, desgraciadamente no recuerdo. Enrique no sólo había leído a aquella autora, sino que podía recitar de memoria algunos versos de su obra. Dándose cuenta de que la prosodia muy peculiar del mandarín se me figuraba un trabalenguas, añadió —con esa picardía tan suya— que, claro, con esos nombres impronunciables, los Han no tienen otro remedio que recurrir a la magia para nombrar a sus recién nacidos: arrojan una lata de cerveza vacía por encima del hombro y, según el ruido que produce al rebotar, le dan al bebé su nombre de pila (sin pila, obviamente), personalizado, cuyo sonido asemeje la sonoridad del objeto chocando contra el piso. Lo dijo con tal seriedad que nunca supe si estaba *servineando* o quería propiciar unas carcajadas.

Otra anécdota atestigua que Enrique «poéticamente habitó sobre esta Tierra», como lo consignaba inigualable Hölderlin. Leí acerca de ello en un *post* de su amigo Roberto Castillo Udiarte. Cuenta él que le mandó a Enrique una pieza musical del compositor alemán Holger Czukay, una melodía en la que se oyen voces de mujeres vietnamitas con un fondo electrónico minimalista. Enrique le confesó haber usado aquella grabación como música de fondo para admirar, con sumo deleite (me lo imagino con goce totalmente *servinesco*) las imágenes fotográficas de Saturno mandadas por la sonda espacial *Cassini-Huygins*. Porque no había tema ajeno a su curiosidad insaciable. Y tampoco había partes de la vida —con sus horrores y sus bemoles— que no lo maravillaran, como lo comprueba su asombro ante el paisaje saturnino.

Cuando pienso en la tragedia de esa vida truncada, rememoro una cita de la extraordinaria novela *La edad de hierro*, de J. M. Coetzee, donde la protagonista —una mujer desahuciada, en la fase terminal de su enfermedad— escribe esto: «Sin embargo, esta primera vida, esta vida en la tierra, en el cuerpo de la tierra, ¿habrá, o será posible que haya, alguna vez, una mejor que ésta? A pesar de todas las penumbras, los momentos de

desesperación, la cólera, no he soltado mi amor hacia ella».

La desaparición de Enrique Servín deja un hueco inconmensurable en el ámbito cultural y literario de ese México desfigurado por la violencia que por desgracia nos toca vivir. Un país en cuyos noticieros el descubrimiento de fosas comunes donde mal reposan decenas de cuerpos, a veces desmembrados, es pan de todos los días. Muchos se atreven a banalizar, e incluso a negar, la gravedad de la situación. ¿Será que poca mella les hace esa recurrencia casi diaria de atrocidades inenarrables? Parecen lejos los días en los que la población levantará la voz al unísono, en un clamor imposible de callar. Esa denuncia colectiva que tanto necesitamos está presente en toda la obra de Enrique. Su activismo por un mundo más humano donde haya menos balas y más poemas, menos asesinados en las morgues y más abrazos, menos puñales y más lectura, no debe quedar en una vil utopía; no podemos permitirlo.

No sé cuál fue la primera palabra que dijo Enrique cuando empezó a hablar, hace sesenta y dos años. Sin embargo, sospecho que fue algo como *poesía*. Tampoco sé cuál fue la última palabra que dijo antes de cerrar los ojos para siempre sobre este mundo que amaba intensa y profundamente pese a sus iniquidades y su crueldad, su racismo y clasismo, y cuyas barbaridades siempre tuvo el valor de denunciar. El argumento de negación que, espantada, oigo a cada rato («No estamos tan mal, en todos lados pasan cosas»), a estas alturas ya no tiene cabida. Me consuela imaginar que Enrique recitó uno de los poemas que gravitaban a su derredor como ángeles de la guarda, y que él, como buen políglota que era, lo recitó dulcemente, en varios idiomas, al cruzar el limen entre lo visible y lo invisible.

Descansa en paz, querido Enrique. Que la travesía te sea leve, y que el sueño te sea a color, como tú mismo lo escribiste en tu libro de aforismos. Te cedo la palabra, de la que eras tan diestro juglar.

Naturaleza muerta

Lo bueno de todo esto
es que ya sin ballenas
(podría decirse osos o delfines)
nada podrá impedir que en el recuerdo
inventemos de nuevo las ballenas.
Y más a nuestro gusto
una de canto más profundo. Y audible
desde las playas
(bello: peces saltando, y ballenas
sobre los Himalayas).

Porque conforme avanzan estas líneas
avanza el desierto
que es un lugar propicio para el recuerdo
el espejismo y la visión.
Porque en algún lugar, ahora mismo
caen los árboles
y las ramas resuenan, ahora mismo.
Caen los árboles
(mientras el *president* en turno
repite hasta dormido las palabras
democracia
libertad y progreso).

Lo bueno de todo esto
es que una vez sin selvas
nada podrá impedir que con los sueños
hagamos una selva más vasta
más profunda
mucho más alta ●

Primera lectura

Una migala sobre el tablero del poema

● Luis Armenta Malpica

Recién llegado de la Ciudad de México a Guadalajara, en 1974, debía levantarme muy temprano y caminar de la casa de mis padres a la entonces empedrada calle Colón para tomar uno de los camiones que me llevaban a la escuela secundaria donde cursé el tercer año. Antes de las seis, con una oscuridad apenas rota por los postes de luz, el eco de mis pasos se agrandaba, minuto tras minuto, mientras volteaba nervioso por si alguien me seguía. Siempre me dio la sensación de que, detrás de mí, una araña gigante, a veces tan pesada como un cangrejo cacerola, era mi sombra. Quince largos minutos hacía de la casa a la parada del camión, puntual en recoger lo que quedaba de mi seguridad y de mi hombría.

No recuerdo si entonces ya había leído el cuento «La migala», de Juan José Arreola, o coincidí con esa figuración aterradora para simbolizar el miedo, el abandono, la incertidumbre y aquellas emociones que erizaban mi piel desde la adolescencia. En el cambio de ruta, el acoso hacia el recién llegado a una ciudad distinta, sin amigos, a sesenta minutos de sentirse querido y arropado, me hizo escapar de los estudios de dibujo industrial que hicieron necesario el trayecto tan largo, para encontrar refugio dentro de mi cabeza. En la preparatoria pasó algo similar: aquella habitación de mi confianza también seguía vacía, excepto por la vaga sensación de que la araña todavía estaba allí.

Entre las mil y una capacidades que me separan de Juan José Arreola está, sin duda, su memoria. El maestro era capaz de recitar versos ajenos y líneas propias con una facilidad, más que asombrosa, memorable. En cambio, yo con trabajos recuerdo lo que comí días atrás. En los talleres en Guadalajara a los que tuve la oportunidad de asistir nos asombraba esa fruición histriónica, pero honesta, con la que el autor de *La feria* nos hacía partícipes del arte de la Literatura y, con mayor entusiasmo, del arte de la vida. Si el teatro, que practiqué unos años, en Voz Viva se lo dejamos a Arreola, el ajedrez, otra de sus pasiones, me recuerda a mi padre, quien me enseñó a jugar y se desesperaba porque no resulté un contrincante serio. Con mi hermano menor siempre encontró oponente. Para mí, el verdadero juego fue la literatura. La novela con la que me inicié en la Escuela de Escritores de la SOGEM de Guadalajara, *Gambito rehusado de la dama*, resultó finalista del Premio Planeta para Primera Novela (ya desaparecido) y me dio la posibilidad de ser jurado del premio cuando ganó *Un hilito de sangre*, de Eusebio Ruvalcaba. Un hilito de asombro quedó de aquel intento impublicable. La dama se rehusó a movimiento alguno con mi nombre y me volqué al contrario, el hombre, y al género contrario, la poesía, para rehacer los rumbos de mi sangre feraz.

El *Bestiario* de Arreola todavía me parece un magnífico libro que incluye poemas en prosa, al igual que su *Confabulario*. De este

último tomé la idea de que en mi primer poemario apareciera la figura de una migala para representar, de manera alegórica, a la mujer y al narrador. Esta manera de homenajear a una de mis figuras tutelares traía consigo su carga de veneno: en la obra de Arreola hay aspectos misóginos que yo debí romper y, sin embargo, sabemos de su pasión por las mujeres, comparable con sus otras pasiones conocidas, como el teatro o el juego de ajedrez. La mujer, en mis textos, no podría ser la víctima, ni de la sociedad ni siquiera del hombre. Ni podía hacerla a un lado, como la dama del juego de ajedrez de mi novela fallida. Entonces, al igual que la Beatriz arreoliana, la migala en *Voluntad de la luz* (1996) le mostraría el camino al hombre, al poeta, hacia una realidad inexplorada.

Pero la araña lo que impone es la ansiedad, la incertidumbre, el miedo. Elementos que corren y encontramos, de una manera orgánica, en la escritura propia. En *Voluntad de la luz* la mujer es la abuela y es la naturaleza: la figura primera de la obra literaria. En contraposición, el Ulises salmón de José Gorostiza: símbolo del poeta, del héroe, de quien regresa a casa luego de un largo viaje por los siglos de vida que lo llevan de la composición primaria (minerales y plantas) hasta la evolución espiritual.

Pasar de Darwin y Lamarck a Teilhard de Chardin hubiera sido más complejo sin la *Muerte sin fin* de Gorostiza y sin Arreola. En este mismo libro el pez es femenino y la malagua el macho. Esta otra oposición de los artículos y personajes me serviría para un sujeto ambiguo, anfibio, no binario (como dicen ahora) que es el creador de ese libro que intentó (lo intenta, muchos años más tarde) recrear su propia historia a falta de una memoria en serio. Lo que quiero incorporar a la hora en que refiero otros libros y temas musicales en mi propio trabajo son esos otros modos, olvidados por mí, o no reconocidos, no creados específicamente y que me representan. Así, los tantos referentes culturales y la memoria ajena alimentan, sin miedo, esta reconstrucción biográfica y ficticia, a la vez, de lo que soy como hombre y como poeta.

El cuento «La migala», aparecido por primera vez en libro entre los textos de *Confabulario* en 1952, reapareció ilustrado por Gabriel Pacheco y con prólogo de Christopher Domínguez Michael en La Caja de Cerillos Ediciones, en 2013. En su comentario, Domínguez Michael indica que «la migala arreoliana, aunque sea una araña, pertenece al mundo de las creaturas imaginarias, tan amadas por Arreola, autor de un *Bestiario* (1972) como su maestro Borges lo fue de un libro mutante a veces llamado *Manual de zoología fantástica*, a veces *Libro de los seres imaginarios*. [...] En "La migala", Arreola dialoga con Borges. Ambos, como nuestro padre Dante antes que ellos, aman a una Beatriz. Pero mientras que Borges la honra como custodia del Aleph (que cumple setenta años), Arreola, un romántico que aprendió a disfrazar su dolor con la varia invención, hace de la migala un símbolo del amor destruido entre él y su Beatriz». En palabras de Arreola: «La migala discurre libremente por la casa, pero mi capacidad de horror no disminuye», así inicia su cuento: «El día en que Beatriz y yo entramos en aquella barraca inmunda...», que nos recuerda el estupendo inicio de Alighieri en su *Comedia*: «A mitad del camino de la vida...». Entonces, junto a Arreola, abandonamos toda esperanza y entramos en su mundo, en otro mundo.

«La migala» es el miedo, y no en vano compareció en mi mente en algunos

versos de *Llámenme Ismael* (2014) para hablar de un tumor cerebral, clínicamente denominado aracnoide. Si bien el libro trata de Moby Dick, la conocida y enorme ballena blanca, en la arquitectura del libro funciona en múltiples espacios: un pabellón para enfermos psiquiátricos, la embarcación que remite a Herman Melville, el *Pequod*, un edificio en Nueva York del cual se tira un joven fotógrafo en su intento de suicidio, etcétera. Habitaciones todas en las cuales la incertidumbre corre por las venas, por los mares, por las nubes, siempre libre y con nosotros como espectadores atónitos del juego entre la vida y la muerte.

El blanco del cachalote y el cuadro del tablero de ajedrez se funden en la almohada que es capaz de ahogar a quien amamos con tal de no verlo sufrir, como en el filme de Milos Forman *Atrapado sin salida* (1975): embestimos un rostro para hundirlo en el sueño más profundo, *Mar adentro* (2004) de ese deseo de morir que se nos niega una vez pronunciada la palabra «eutanasia». En *Llámenme Ismael* hay varias muertes (por suicidio, asistida, natural, por accidente, por un evento criminal o por enfermedad), incluida la inyección de una droga o veneno. El momento oportuno, en la siempre inoportuna muerte, es la noche: esa casilla negra del tablero.

Entre las mil y una noches que encantaban a Borges, quien tanto admiró a Arreola, hay *Siete noches* que me resultan magníficas. Son siete maravillas de lucidez, conferencias que Borges ofreció en 1977 en el Teatro Coliseo de Buenos Aires, posteriormente publicadas como libro en 1980. En dichos capítulos («La *Divina Comedia*», «La pesadilla», «*Las mil y una noches*», «El budismo», «La poesía», «La cábala» y «La ceguera») quedan de manifiesto las obsesiones que perseguían al argentino y cuya impronta reflexiva es el cierre del segundo soneto que compone el poema «Ajedrez»:

> También el jugador es prisionero
> (la sentencia es de Omar) de otro tablero
> de negras noches y de blancos días.
>
> Dios mueve al jugador, y éste la pieza.
> ¿Qué Dios detrás de Dios la trama empieza
> de polvo y tiempo y sueño y agonía?

Arreola era un experto ajedrecista. En su Casa Museo permanecen la mesa y el tablero que le pertenecieron y nos muestran a un narrador distinto: más lúdico en sus libros que en su casa. El Arreola editor está presente y de seguro entrecierra los ojos cuando hablamos de Borges. Borges, en su poema, parece hablar de Arreola. Me lo parece a mí. ¿Qué Arreola tras de Borges me inspiró a escribir *Enola Gay*, distante de *Voluntad de la luz* por veinticinco libros, pero cuya capacidad de horrorizarme nunca desaparece? Puedo decir que ninguno, y mentiría. Lejos del juego y cerca de la estrategia de la guerra, el desamor sigue siendo la constante que nos hace escribir. Es el veneno. El Aleph es el mundo complejo que lo mismo requiere del blanco de la nieve que del negro del humo. La pureza y la pólvora, Beatriz y su revés.

Ensayar la historia de la bomba de Hiroshima desde una varia invención, del diario de Paul Tibbets y del nombre del bombardero B-29 Superfortress —*Enola Gay*, por la madre del primer oficial—, requirió muchos días negros, muchas noches en blanco y una mecha de enebros. Para seguir un método, contrario al Paraíso es el Infierno. En esas mil y una noches propias

del Purgatorio tuve que fabular, a partir de la *Comedia* de Dante, las *Divinas comedias* de James Merrill (Vaso Roto, 2013), de Paul Celan, Hart Crane, Antoine de Saint-Exupèry, un par de libros de Inger Christensen y material diverso de poetas polacos, sobre todo, lo que nos lleva de una casilla a otra, de barraca en barraca, a no dar en el blanco de la divinidad pero sí en la comedia del polvo y la agonía.

De nuevo tuve enfrente de mí a esa migala que iba de letra en letra en el teclado, de una palabra a otra, de una página en negro a la página en blanco. «Todas las noches tiemblo en espera de la picadura mortal. Muchas veces despierto con el cuerpo helado, tenso, inmóvil, porque el sueño ha creado para mí, con precisión, el paso cosquilleante de la araña sobre mi piel, su peso indefinible, su consistencia de entraña. Sin embargo, siempre amanece. Estoy vivo y mi alma inútilmente se apresta y se perfecciona». Tan aplicable al deseo como a la detonación de la bomba, las palabras de Arreola me hicieron suponer que, en efecto, ese desasosiego de la escritura, su paso por nuestra habitación, es toda una experiencia inenarrable.

Da igual si la premisa llegara con Godard y una mujer descansando a un lado de la alberca mientras un avión cruza el cielo y representa al Espíritu Santo que la deja preñada en *Yo te saludo, María*. O si se completara tal premisa con el nombre de una madre en un avión destructor. Otro ladrillo en la pared es cada verso que va del blanco al negro en la epopeya sin dios detrás de Dios que nos sigue diciendo: «La noche memorable en que solté a la migala en mi departamento y la vi correr».

Si en lugar de Beatriz decimos G. I. Joe, la migala es la rosa. Con la cita de Zbigniew Herbert que abre el libro: «la dulzura tiene un nombre: rosa / el estallido» nos dejamos caer. Toda Beatriz, como señaló Shakespeare, «aunque cambie de nombre la rosa siempre es rosa». Incluso si es la «Rosa de Hiroshima» y su estallido escapa de Vinicius de Moraes para hacerse presente dentro del *Muro* de Pink Floyd, de las bardas de Stonewall, del muro en contrucción en la frontera mexicana con Estados Unidos o el muro derribado en Berlín en 1989.

Paul Tibbets soltó a *Little Boy* desde el *Enola Gay* hace setenta y cuatro años, porque buscaba «hacer del mundo un sitio más seguro». Con la migala suelta no hay una habitación que llamemos segura: ¿cómo va a serlo el mundo? «[…] porque yo he consagrado a la migala con la certeza de mi muerte aplazada. [...] Entonces, estremecido en mi soledad, acorralado por el pequeño monstruo, recuerdo que en otro tiempo yo soñaba con Beatriz y con su compañía imposible». En realidad, lo imposible, en mi caso, es olvidar el juego ●

Zona intermedia

India: ciertas paradas, ciertas miradas, ciertas realidades

● Silvia Eugenia Castillero

Calcuta

El baniano es un árbol que genera brazos como báculos, sus propios descansos. De su entraña nacen esas ramas-raíces para poder envejecer sin que su tronco caiga. Y llega a ser un árbol espectacular. El más ancho del mundo. Y quizás el más longevo.

Rodeadas de miradas, de color, las calles de la India son un espectáculo y un asombro.

La India está rodeada de muerte, de hambre, de basura. No obstante, hay en sus habitantes, en sus monumentos, en su historia, un germen, una manera de vivir que hace de este país un lugar de culto.

En cuanto nos sumergimos en sus adentros, en sus calles y sus tiendas, y conversamos con las personas, nos damos cuenta de que la India —los indios— viene desde los inicios de la humanidad. Eso se percibe, se vive, se respira.

Los habitantes contemporáneos llevan una marca espiritual, un don para exaltar en su rostro el pasado: lo reflejan, lo refractan. Son rostros duros, morenos, con una negrura en los ojos y los pómulos salidos como si fueran guerreros, o como si fueran esos dioses que emigraron, esos dioses condenados a vivir en la literatura.

Pero en la India esos dioses están en todas las calles, en las manos de la gente. Están en sus ojos, en sus pasos. Y la calle es la casa. La tienen tomada. Las banquetas son comercio, habitación, baño, regadera, son el salón de estar. Es su territorio porque no tienen a dónde ir.

La India lleva consigo su historia toda, la lleva en el rostro, en la ropa, en la vida cotidiana de la gente. «Hay algo innegablemente espléndido en este conjunto del pueblo indio, que siempre busca lo más y no el menos, que ha negado el mundo visible, que es, no solamente en espíritu sino físicamente despreocupado, el pueblo del Absoluto, el pueblo radicalmente religioso» (Henri Michaux, *Un barbare en Asie*, Gallimard, 1967, p. 30).

Varanasi

Los muertos van envueltos en aluminio. Los llevan en andas, sus familiares caminan al tiempo que lloran. Van entre una multitud que se aprieta, se apresura para llegar pronto al momento de la caída del sol, el momento exacto para que sus muertos se sumerjan en las aguas del Ganges y alcancen la eternidad. Luego serán incinerados a la orilla del río.

Miles de personas llegan para presenciar el ritual, sin muertos en sus hombros, llegan para purificarse. Al atardecer será elevado el espíritu para agradecer a la creación el término de un día. Y el viaje al reino de las sombras de lo que existe.

Siete sacerdotes frente al Ganges, con siete caracolas. Primero hablan, cantan, las personas sentadas en el suelo siguen sus rituales, son horas de oraciones y letanías. Van ricos y van pobres. Sus túnicas coloridas son todas aparentemente iguales.

En realidad, la tela es lo que cambia, del algodón a la seda. Ésa es la diferencia. Algunos ancianos transportan gente no en bicitaxis, sino en taxis que jala un hombre a pie: se le va la vida en ese trayecto. Son los llamados *rickshaws*.

La tarde cae, sobre el Ganges cientos de lanchas y barcos llenos de personas presencian por agua el rito iniciático. Más lejos arde el fuego, varios fuegos, donde están incinerando a los muertos. Los sacerdotes mismos portan lámparas ardientes que hierven en sus manos y con ellas dirigen el ritual. Fuegos diferentes, algunos son circulares, otros cuadrados, otros en forma de medialuna. Evocan la era en que los hombres llegaron a la llanura del Ganges y un dios abría el camino: Agni, dios del fuego.

Los edificios de piedra, antaño palacios de reyes y príncipes (ahora hoteles), parecen muros de contención y se yerguen para darle encuadre a la intensidad del momento. Después de cantos que en realidad son repeticiones silábicas para llegar a la raíz de la comunicación con los dioses, oraciones como pócimas, inflexiones de los tonos más elementales tal cual colores que se mezclan para significar lo profundo, sin retórica: la raíz que toca el cielo. Mantras.

En ese trance del canto, sumergidos en los aromas del incienso, llega el instante en que esos siete sacerdotes toman sus caracolas y llaman al cosmos, el sol está penetrando el horizonte, el río como un mar, como un océano lo sumerge, lo acoge en su oscuridad, en lo profundo de su cauce, para que inicie el viaje a las sombras y nos deje bendecidos. El sonido de las caracolas es un rugido suave, un alarido seductor, un registro que sale del agua profunda de los mares para desplegarse en el aire, ser llevado por el viento y de ahí llegar al reino sobrenatural. Sólo así, los miles de mortales que reciben la noche logran tocar el cielo.

Se trata de la evocación de seres remotos que seguramente pertenecen a otro cuerpo celeste, pero cuyo rastro aún se percibe en los indios actuales, en sus gestos, en objetos, en un atavismo invencible, como lo llama Roberto Calasso (*El ardor*, Anagrama, 2016). Por eso la vida en la India transcurre y triunfa a pesar de la pobreza, pues esta civilización milenaria (más de tres mil años), tan distante incluso para los antiguos, proporciona coordenadas, dispersas pero evidentes en la invisibilidad.

Los vedas dejaron únicamente versos, fórmulas y explicaciones para los rituales. Ningún objeto, ninguna imagen: sólo palabras: himnos, invocaciones, conjuros: poesía. No dejaron memoria de sus conquistas y hazañas, dejaron cantos y en ellos el saber: la clarividencia. Y la embriaguez de una planta misteriosa: el *soma*, el objeto del deseo.

Todo lo que se desarrollaba fuera del rito pertenecía a la no-verdad. Como un platonismo primario, los vedas creían que todo lo que existía en la tierra tenía su modelo en el cielo. Pero no había templos ni murallas. Existían surcos de cantos, de ritos. Había imágenes dentro de su mente y una vida que se balanceaba entre la naturaleza y la imaginación. Muy poco de tangible se conserva de la época védica. «Construyeron un Partenón de palabras: la lengua sánscrita, ya que *samskrta* significa "perfecto"» (Calasso, op. cit., p. 19). No tuvieron la idea de templo, ni la de perdurar. Todo era movimiento, como el del fuego que se

consume, como el del sol que se oculta y renace. Es el culto estrechamente vinculado a textos de una extrema complejidad y a una planta mágica. «La mitología, y con ella las especulaciones más temerarias, se presentaba como la consecuencia del encuentro fatal y explosivo entre una liturgia y una ebriedad» (Calasso, ibid., p. 29).

El *corpus* védico posee un gran rigor formal pero no existe un marco temporal ni histórico. La vastedad y la unicidad son sus características. Frits Staal, citado por Calasso, dice: «Hace más de tres mil años, pequeños grupos de pueblos seminómadas atravesaron las regiones montañosas que separan Asia central de Irán y del subcontinente indio. Hablaban una lengua indoeuropea, que se desarrolló en el védico, e importaron los rudimentos de un sistema social y ritual. Como otros que hablaban lenguas indoeuropeas, celebraban el fuego, llamado Agni, y como sus parientes iraníes adoptaron el culto del soma: una planta, quizá alucinógena, que crecía en la alta montaña. La interacción entre estos aventureros y los anteriores habitantes del subcontinente indio dio origen a la civilización védica, así llamada debido a los cuatro vedas, composiciones orales transmitidas por la voz hasta hoy» (ibid., pp. 28-29).

Calcuta

A la orilla izquierda del río Hooghly se encuentra el templo de la diosa Kali, Dakshineshwar. Lugar de un culto multitudinario. Allí prevalece el silencio, porque lo que es constante es la secuencia de gestos, una especie de inclinación a extenderse hacia el resto de los seres humanos para lograr la salvación. Desposeídos de zapatos, ciegos en la posibilidad de ver a la diosa, al llegar a ella el objetivo es postrarse sin permanecer, mirar pero no insistir en la mirada. Ahí está la diosa negra con la lengua de fuera. Un gesto que enmudece. El desafío es proseguir el rito en lo invisible, continuar el sacrificio, el ritual frente a la nada. Después es obligatorio pasar al *lingam*, conjunto formado por el órgano masculino engastado en el sexo femenino (*yoni*). Allí continúa el rito en ese símbolo de la fertilidad, de la sexualidad sagrada, de la unión cósmica permanente, origen de nuestra especie. Lo sagrado se manifiesta a través del placer corporal, como medio de lograr el éxtasis y como energía que genera el milagro de la vida.

Es el único elemento en el ritual que puede tocarse y en donde se puede permanecer. El *Lingam*, además, es el único elemento común prácticamente de todos los templos hindúes, el único también con el que se puede tener contacto y que es accesible a cualquiera, sin importar su religión, su secta o su casta.

Todo esto supone una visión diferente de la ordinaria, que considera que el goce y lo espiritual son incompatibles. La potencia física y mental se adquiere controlando el sexo, ritualizándolo y no reprimiéndolo. Los órganos que intervienen (*lingam* y *yoni*) son la expresión visible del poder creador. Después de estos actos rituales, se accede a un estado alto de conciencia, al mismo al que llevaba la *planta de la ebriedad,* el soma.

Delhi

Las aceras de las calles de Calcuta y Delhi están tomadas por la gente, ahí permanecen: comercian, comen, se bañan, duermen. Ahí viven. Hay miseria. Sin embargo, la gente tiene una mirada, un estado de inspiración, de sosiego,

una contemplación cotidiana. Su vía de salvación es la conciencia: esa inspiración que les permite habitar donde les tocó vivir. Meditación y plegaria: liturgia.

La mirada occidental nos dispersa la dimensión espiritual y litúrgica que tiene el hinduismo, entonces nos parece que tantos dioses y tantas estatuillas son fetiches, son ídolos de una religión más o menos salvaje. Henri Michaux aborda de una manera aguda las diferencias entre la visión cristiana y la hindú. Para él, el sentimiento fundamental cristiano es la humildad; nos explica cómo las grandes catedrales góticas, esos monumentos bellísimos en que la cristiandad llega a su máximo poder, están construidas de tal manera que quien ahí entra se aterra de su propia debilidad, humillados nos sentimos ínfimos. *Kyrie eleison*: *Señor, ten piedad*. Se reza hincado, no en el suelo, hincado o en una silla, de modo que el centro natural de magia se dispersa. Y ese sentimiento de inferioridad reina sobre los fieles. Las religiones hindúes sacan del ser humano su fortaleza y no su debilidad. Los rezos y la meditación son el ejercicio de fuerzas espirituales. Un rezo es para ellos un rapto, es una actitud del poder del alma que puede derrumbar piedras y a la vez puede perfumar los mares. El interior de los templos es pequeño para que ahí cada uno sienta su fuerza. Hay nichos por doquier para que los fieles perciban su poder y lo transfiguren en serenidad. «Magia al centro de toda magia. Hay que escucharlos cantar los himnos védicos, los *Upanishad* o el *Tantra* de la gran liberación» (Michaux, p. 32).

Desde los tiempos remotos de los cantos védicos, esos grupos nómadas que fueron poblando las regiones de la India, y cuya liturgia convertida en materia mítica se fue vertiendo en el océano de la significación humana. Porque a través de ellos tomaron posesión de la divinidad como si fuera una masa; en sus voces nacidas desde la entraña, a través del canto lograron modular la beatitud y claridad de los dioses o la ferocidad maligna de los demonios. Y salía de su propia garganta. Estos grupos se convirtieron en los gitanos, los únicos arios de Europa, perseguidos y masacrados por los nazis. A nivel lingüístico, su lengua arcaica es el antecedente de las lenguas dardi, punyabi e hindi, algunas de las veintiocho lenguas que actualmente se hablan en la India.

Lenguas

El espíritu indio razona sus sentimientos. En su vida cotidiana no tiene prisa, nunca corre. No se altera ni vive trastornado. Es abundante en sus emociones. Ensambla. Su lengua fundadora, el sánscrito, es «la lengua mejor ensamblada del mundo, la más ceñida, sin duda la más bella creación del espíritu indio, lengua panorámica, admirable a la escucha, contemplativa, que induce a la contemplación, una lengua de quien razona, flexible, sensible y atenta, previsiva, bulliciosa y llena de avistamientos y declinaciones» (ibid., p. 35). Lengua hecha de rangos y matices, de sutilezas, de iluminaciones.

De esta lengua lenta y bien estructurada, enraizada en su circunstancia y dentro de la cual los pensamientos son trayectos, surgen los libros fundadores de la mitología india: dos poemas épicos, el *Mahabharata*, con doscientos cincuenta mil versos, y el *Ramayana*, con ciento veinticinco mil.

El *Ramayana* es la historia mitológica más popular y más antigua de la India,

el poema épico más antiguo escrito en sánscrito por el sabio Valmiki, en el siglo v, a. C. La historia trata sobre la séptima reencarnación del dios Vishnu, quien vino a la Tierra para liberarla de Ravana, el rey demonio de Lanka con diez cabezas. Poseía el don de la inmortalidad, así que no podía ser asesinado ni por dioses ni por demonios. Preocupados por esto, los dioses decidieron enviar a la Tierra a Vishnu en la figura de un rey mortal. El dios Vishnu bajó entonces al mundo como Rama y la historia despliega las luchas entre él y los demonios, entre el bien y el mal. Este poema se lee en las casas, en los templos, a manera de texto religioso, en forma de obras de teatro.

Según la leyenda, el *Mahabharata* fue dictado a Ganesha, el dios con cabeza de elefante, por Vyasa, «el que compila». Llamado «el Homero del Este», se dice que Vyasa compuso todo el *Mahabharata*, además de las dieciocho *Puranas* y los cuatro libros *Vedas*. Fue sacerdote y maestro. El tema principal es la gran batalla que tuvo lugar en Kurukshterra, donde los Padavas pelearon contra los Kauravas. No obstante, el más valiente de los hermanos Pandava, Arjun, no quiso pelear contra sus primos. Y de esto se desprende el gran sermón del dios Krishna, el *dharma*, la responsabilidad del guerrero de pelear por lo que es correcto. La base de este discurso está en el *Bhagavad Gita*, libro de enseñanzas éticas y filosóficas. Por ello, Krishna aparece como líder, guerrero, dios y teólogo de la humanidad.

Nueva Delhi se construyó sobre una antigua ciudad de la que no quedaban vestigios, Indrapashta, según se cuenta en el *Mahabharata*. *Old Delhi*, como se le nombra ahora a esta antigua ciudad, obra del emperador Shah Jahan, nieto de Akbar, quien también mandó construir el Taj Mahal.

El hindi es la lengua que se habla en Delhi y alrededores; quisieron volverla lengua oficial pero fracasaron: más allá de la región norte no se comprende. Michaux llama al hindi «lengua de las palabras beatas pronunciadas con dulzura campesina y lenta, muchas vocales gruesas, la *â* y la *ô* con una especie de vibración pesada, de ronquido, la *î* y sobre todo la *ê*, una letra cursi. El todo en conjunto es desagradable, confortable, eufónico, satisfactorio, desprovisto del sentido del ridículo» (p. 25). El bengalí, considera, «tiene más de canto, una cuesta, el tono de una dulce amonestación, de la bonhomía y de la suavidad, vocales suculentas y una especie de incienso» (p. 25).

Bengalí-hindi, dos lenguas provenientes de dos ciudades importantes, la primera —Calcuta— el mayor polo cultural, con la feria del libro más grande del mundo, y la segunda —Delhi— el polo cívico y político más importante, la capital.

Todas las demás lenguas (incluido el inglés, con el que también se trató de unificar al país, pero tampoco se logró) se hablan en distintas regiones y provienen de las distintas tribus que antaño se fueron asentando a lo largo y ancho de la India. No obstante, en todas encontramos ese razonamiento indio a través del cual se logra ver de golpe la totalidad y se abarca el mundo real:

> Gautama, un espíritu contemplativo, sin [embargo,
> expresa así su primera iluminación:
> De la ignorancia vienen los Sankharas.
> De los Sankharas viene la conciencia.
> De la conciencia vienen nombre y forma.

Del nombre y la forma vienen las seis
[provincias.
De las seis provincias viene el contacto.
Del contacto viene la sensación.
De la sensación viene la sed.
De la sed viene la atadura.
De la atadura viene la existencia.
De la existencia viene el nacimiento.
Del nacimiento vienen la vejez, la muerte,
[el dolor, las lamentaciones, el
sufrimiento, el abatimiento, la desesperanza.

[Citado por Michaux, op. cit., pp. 37-38]

Taj Mahal

El Taj Mahal es una aparición que flota como descendiendo del cielo, que se mantiene en la categoría de espejismo inalcanzable, entre la tierra y el infinito. Es un mausoleo que el rey Shah Jahan le hizo a su mujer al fallecer tempranamente, pero es ante todo un templo en donde pareciera hacerse culto a la eternidad. Geométrico, de líneas sencillas, se levanta a la vez como expandiéndose con una luz como de vela que se multiplica a través de los tiempos. El mármol de su interior parece estar no esculpido, sino tejido con finas agujas. Y los colores de ese tejido casi deprenden aromas de lo reales que se imponen: son piedras preciosas incrustadas en el mármol. Delicadeza, exquisitez y, sin embargo, se percibe el dolor de la condición pasajera de lo humano. El Taj Mahal parece estar suspendido de manera irreal. No pesa ni parece ser una edificación sólida. Ahí se siente la ternura y el deseo de corporeizar lo perdido, esa lágrima de su mujer que el emperador quiso eternizar: «Una lágrima / Eterna / Descendiendo del paraíso / En la mejilla del tiempo».

Aquí conviene hacer una parada sobre la presencia de la cultura árabe en la India. Sabemos que la India está llena de contrastes, pero el más extremo es de índole religiosa: la coexistencia entre el hinduismo y el islam. La presencia del monoteísmo riguroso y del politeísmo tan variado. «Entre el islam y el hinduismo no sólo hay oposición sino incompatibilidad. En el primero, la teología es simple y estricta; en el hinduismo, la variedad de sectas y doctrinas provoca mareo. Mínimo de ritos entre los musulmanes; proliferación de ceremonias entre los hindúes. El hinduismo es un conjunto de ceremonias complicadas y el islam es una fe simple y clara» (Octavio Paz, *Vislumbres de la India*, Seix Barral, 1995, p. 41).

La llegada de guerreros musulmanes a territorios de la India data del año 712, eran expediciones de pillaje que se convirtieron muy pronto en invasiones de conquista. Luego de la ocupación en la región de Punjab se fundó el sultanato de Delhi en 1206. Pasó por varias dinastías, todas de origen turco, hasta su desaparición en el siglo XVI. Y fue el centro del mundo musulmán, concentrando a intelectuales y artistas. Sin embargo, y paradójicamente, su apogeo coincide con la decadencia de la civilización islámica.

Galta

Cae la tarde. Una desviación larga y sinuosa nos aparta de la carretera que nos conducía de Agra a Jaipur. Después de media hora de montañas entramos a una ciudad hermosa, con edificios cuidados y bellos. Aquí vivieron algunas mujeres de los emperadores, nos dice el chofer del auto. Más adelante, llegamos a un terreno escarpado y, al fondo, una reja. En la puerta,

un hombre con rostro muy parecido al de un mono. No habla inglés, a señas nos lleva hacia arriba, pasamos por galerías y altares extraños, no comprendemos qué los unifica hasta que vemos que en todos está el dios Hanuman, el dios mono. Seguimos el camino que sube, altares y mezquitas continúan a ambos lados, vemos erguirse palacios abandonados, después las montañas entre acantilados y hasta arriba un manantial.

De pronto nos percatamos de que miles de monos acechan a nuestro alrededor, el señor con cara de mono los llama y vienen en manada, nos trepan por la espalda, por los brazos hasta la cabeza y allí permanecen esperando comida. Monos machos y hembras con sus crías, todos saben convivir con los humanos y se divierten paseando por nuestros cuerpos.

El agua corre desde el manantial llenando tres estanques en tres terrazas; las caídas de agua con su sonido dulce y a la vez estruendoso remata en la figura de Hanuman. Tres albercas donde se sumergen los creyentes. El templo de Galta, del siglo XVIII, rodeado de vegetación y de árboles de donde cuelgan los monos, es un lugar de meditación para limpiar mente y cuerpo y lograr la liberación del alma. Aquí se conquista el arte de la inmovilidad en medio de la agitación. En *El mono gramático* (*Obra Poética*, Seix Barral, 1990) dice Octavio Paz: «La fijeza es siempre momentánea. Es un equilibrio, a un tiempo precario y perfecto, que dura lo que dura un instante: basta una vibración de la luz, la aparición de una nube o una mínima alteración de la temperatura para que el pacto de quietud se rompa y se desencadene la serie de las metamorfosis. Cada metamorfosis, a su vez, es otro momento de fijeza al que sucede una nueva alteración y otro insólito equilibrio» (pp. 512-513).

Hanuman era el hijo de Pavan, el dios del viento, y de Kesari, la hija del rey mono. Es conocido por su fortaleza y habilidad para volar. Según el *Ramayana*, ayudó a Rama en su batalla en contra del malvado rey Ravana. Hanuman también era versado en la gramática y considerado el noveno escritor de gramática.

Este paisaje pedregoso y casi desértico en medio del agua y la vegetación es descrito por Paz como una página de enmarañada caligrafía vegetal. Maleza de signos que, como el lenguaje, hay que despojarla de su espesura, porque la realidad más allá del lenguaje no es del todo realidad y la realidad que no habla ni dice no es realidad: «Hay que destejer inclusive las frases más simples par averiguar qué es lo que encierran y de qué y cómo están hechas... Destejer el tejido verbal: la realidad aparecerá» (p. 517). Pero no sólo eso, también es necesario internarse en las metáforas, porque las cosas no son cosas sino palabras, y las metáforas son palabras de otras cosas. Transmutación: aparición de lo ausente, del mundo original.

Al partir de estos templos sucios y abandonados, del abigarramiento de formas y altares, de la repetición de imágenes y esculturas del dios mono, descubrimos que nos vamos con una claridad: la transparencia que da una presencia rotunda, que nos ha permitido no hablar y ni siquiera pensar, sino ver, imaginar y nombrar. Ésa es la bendición de Hanuman ●

Visitaciones

La India y el amor

● Jorge Esquinca

Hace años, en una librería de San Diego, encontré un libro: *The Peacock's Egg. Love Poems from Ancient India* (North Point Press, 1981). El volumen es el resultado de un afortunado intercambio entre un académico, J. Moussaieff Masson, y un poeta, W. S. Merwin. La lengua original de estos poemas es el sánscrito y las voces de los amantes que en ellos se deshilan son diversas, como los matices que dan color a las plumas del pavorreal. El libro se compuso durante un largo trueque. En resumen: Masson entregó a Merwin traducciones literales al inglés acompañadas de notas eruditas. Merwin siguió el camino del poeta que traduce de una lengua que ignora y escogió aquellos poemas que entreveía susceptibles de convertir al inglés. ¿Nos dan una visión del amor en la India antigua, una perspectiva literaria, histórica? Nos dan, me parece, una verdad poética. Cuando es tal, rebasa el tiempo y los idiomas.

Siguiendo un impulso semejante y, deslumbrado por la belleza de los poemas, comencé a hacer mis propias versiones a partir de las traducciones de Merwin, aunque leyendo con atención las notas y la detallada introducción del libro. Con el tiempo, decidí reunirlas e hicimos con ellas un cuadernillo. *Poemas de amor de la antigua India* ha conocido tres ediciones, sucesivamente corregidas y aumentadas. La última apareció en 2012, publicada por Mano Santa Editores. No hace mucho, di con otro libro: *Indian Love Poems* en la bonita edición de Everyman's Library (2005). La editora, Meena Alexander, apoyada por un equipo de traductores, presenta una amplia selección de poemas dividida en tres apartados temáticos: «La espera», «El encuentro», «La separación». En ellos encontramos una feliz combinación de poetas de ayer y hoy. Para esta entrega de mi columna intenté algunas versiones de los poetas de «hoy», como un pequeño tributo de admiración a una vastísima y siempre sorprendente literatura.

Tú
Ismail

Eres mía
cuando te quitas toda la ropa
sólo para mí

Cuando estás vestida
perteneces al mundo

Uno de estos días
voy a romper el mundo
en pedazos

De la versión al inglés de Velcheru Narayana Rao.

Mujer, 2

Jyotsna Milan

A veces
en el momento de hacer el amor
el hombre aparece como Dios ante la mujer.
«Dios... Dios», grita ella,
mientras su cuerpo
está en llamas.
«Mira»,
dice el hombre,
«soy Dios».
La mujer
mira,
y arrebatada por la pena
de perder a Dios,
voltea hacia otra parte.

De la versión al inglés de Mrinal Pande y Arlene Zide.

Apaga la lámpara

Nanduri Subbarao

Apaga la lámpara.
Mi mente no puede abrazarte en la luz.

Quiero el jardín totalmente a oscuras.
Quiero ver brillar tus ojos.

Apaga la lámpara.
Mi mente no puede abrazarte en la luz.

Voy a pensar una y otra vez en tu belleza
atisbando hasta verte completa.

Apaga la lámpara.
Mi mente no puede abrazarte en la luz.

Dejaremos de ver y olvidaremos las formas
y nos dormiremos ignorantes el uno del otro.
Apaga la lámpara.
Mi mente no puede abrazarte en la luz.

De la versión al inglés
de Velcheru Narayana Rao.

Ella lo toca

Gagan Gill

Una mañana muy temprano ella lo toca
en un planeta ignoto
en el séptimo cielo de los sentidos
en la extraña luz del deseo.

Ella lo toca
como densa nube
como viento detenido
como fuego sagrado.

Ella lo toca como si él
fuera Dios en el sexto día de la Creación
y tuviese que pasar a través de ella
destruyéndola
para re-crearla.

Una mañana muy temprano ella toca
el Mayavi, la forma ilusoria
como un agua mágica
y escoge para sí misma
la muerte

de un pez ●

De la versión al inglés
de Mrinal Pande y Arlene Zide.

Sigilosos v(u)elos

Arrebato

● Verónica Grossi

Es de no creerse que a la llegada del ocaso ardan los crisantemos. El fuego crepita en los pétalos crispados como holanes arrugados. La corola se repliega para abrazar el centro. Los oleajes de aire candente enroscan los tallos, los sacuden para empujar su desplome hacia la sequedad de la tierra, un refugio subterráneo de raíces susurrantes, sus voces-filamento diluidas en ecos remotos por la arcilla del erial. En un vaivén, los tallos se arrullan silenciosos en espera del rocío.

Las rocas extendidas como lagartos, quietas, impávidas, brillan enrojecidas atesorando rayos. Se esfuminan en ocres rojizos, grises-azules minerales, ruginosos. No llegan los insectos a reposar en su lisura. La planicie inamovible de su letargo dispersa en cuarzos de fuego la incandescencia.

Las abejas volanderas se arrebujan en el balanceo de la floresta de estambres. Al atardecer, para recobrar frescura y aliento vuelan en concierto hacia los canutillos de un panal improvisado.

Raspa el sol. Se escuchan chirridos de cigarras enjutas, enojadas, enrojecidas. Hay pocas libélulas. Solamente mariposas amarillo limón, sedientas de polen, espolvorean levísimos pasos sobre malvas silvestres.

El mismo colibrí visita la madreselva y las rosas escarlata con alas de terciopelo verde, su milagroso vuelo sostenido en una gota de néctar.

Sobre las lascas viridianas se enrosca el herbaje. Los amarillastros de las malezas acechan con su espesor mohoso las diminutas hojas recién salidas de las verdolagas, un milagro de suculencia en el cántaro de su brillo.

La madera se astilla quejumbrosa y solitaria. Por la cerca trepa con tesón y malicia una enredadera hasta alcanzar el brazo de una rama. Se derraman las flores amoratadas de la glicina. Los racimos fecundos se nutren del ahogo.

La trompeta naranja se escabulle por un muro de ladrillos hasta la punta de un techo para iniciar su desparramo desbocado, con lentitud milimétrica, simulacro de eternidad, tupido en la trama flexible de hojas y tallos, hacia otro confín. Celebra su tremor verde en un esparcimiento trepador, sin presentimiento de linde. Son campanadas rebosantes de sol, con sonrisa azafranada, en un avanzar obstinado, vertido en el vigor de su abanicado follaje. Brillan triunfadoras, su filoso ápice desenvainado.

Estiramiento en suspenso, apuntando a los azules índigo. Se enlazan los verdes plateados del eucalipto y del olivo. Las hojas translúcidas de la cima del laurel flamean una laureola. Se abren paso apretados los capullos.

Desde ese otro lado, los zumbidos perseveran. Fosforescencia en la geometría de las alas. En una sola gota la abeja

humecta su dorado abrigo. Por la noche, sobre la espesura silvestre abrasada en sus bordes, ulula desde las alturas un búho solitario.

Transitar por las hojas. Desprenderse bocarriba. El sobresalto de la brisa. Mordisquear cada brote. Los brazos trenzados en un vuelco. El abdomen trepidante por el tacto. Respirar. La apertura del color ●

Polifemo bifocal

Ludwig Zeller (1927-2019)

● Ernesto Lumbreras

Se va la canícula, vertiginosa y delirante, como las imágenes intrépidas y sensuales de la poesía de Ludwig Zeller, muerto el pasado 1 de agosto en su casa de Huayapam, Oaxaca. Una larga vida de virtuoso sibarita dedicado a contrariar la lógica, gurú de alacranes y nimbos, alguacil de un pueblo de albinos especializados en el arte del tatuaje. Hombre bueno y generoso, sin alharaca de tales atributos, fue para mí una hoguera de amistad y una higuera de sabiduría. Honro su memoria, caminando de ida y de vuelta sobre el océano que separa las playas de dos continentes a punto de desaparecer.

*

¿Cuándo fue la última vez que nos vimos en esta dudosa realidad hecha de materia incandescente? En una tarde de primavera austral, a la salida de La Chascona, casa de Pablo Neruda en Santiago de Chile, me encontré con Ludwig Zeller, quien presentaba un par de exposiciones de sus exquisitos y deslumbrantes *collages* en una galería del barrio Las Condes y en el centro cultural de la Fundación Itaú. Huelga decir, en zona de barrios súper pitucos. Después de cuarenta años estaba de regreso en su Chile contradictorio y saturnal. Comimos en el barrio chic de Buenavista unos sánguches de pescado y dos chatos de vino del valle de Maipo. Almuerzo memorable para que Pablo de Rokha lo incluyera en su famosa épica de los alimentos del país andino, pero también una comida tan de amigos, de cocina del día a día en una villa de pescadores.

En esa ocasión, el poeta nacido en Río Loa —pueblito del círculo de la desértica Calama— me relató sus andanzas y revoluciones en esta ciudad recatada y aristócrata durante la década de los sesenta. Los militares y los comunistas se espantaron de sus *performances*, de sus versos y de su manera de caminar por los desfiladeros. Tan memorable fue el *happening El entierro de la castidad*, que hasta la CIA le contrató una espía que lo vigilaba incluso en los días de guardar y de desaparecer. No esperó el triunfo ni la caída de Salvador Allende para emigrar hacia tierras más fértiles para la vendimia del sentido del humor y del amor más libérrimo. Al lado de su cómplice ineluctable, la pintora Susana Wald, montó su tienda trashumante en Toronto por varios lustros para, finalmente, pasar sus últimos años en Oaxaca, la ciudad que ilusionó a Nietzsche y mantuvo a raya la neurastenia de D. H. Lawrence.

*

Antes de conocer a Ludwig Zeller conocí la voz de Ludwig Zeller. Yo era editor de Aldus en 1998, el año en que la poeta argentina Olga Orozco obtuvo el entonces llamado Premio Internacional Juan Rulfo. En la editorial teníamos planes de publicar un libro suyo, aprovechando la ola mediática. Además, era una autora poco conocida en México y el momento resultaba propicio. Entonces sonó el teléfono y escuché una voz educada y ceremoniosa que a los dos minutos se tornó afable y amistosa y que, por un movimiento telúrico en el centro de la Tierra, a los cinco minutos se transformó en descaradamente cómplice y locuaz. Dada las conexiones con el surrealismo hispanoamericano, Zeller trató a Enrique Molina, a Aldo Pellegrini y a la poeta premiada; tramó con ellos libros, antologías, traducciones, viajes, exposiciones y otras aventuras no exentas de atrevimiento y desenfado. El libro no prosperó por boberías demasiado serias: la poeta ahora tenía un agente literario que pedía un contrato como si fuera una novelista del *Boom*.

Sin embargo, coincidimos y nos conocimos en Guadalajara el día de la premiación de la autora de *Cantos a Berenice*. En el catálogo de Aldus, el escritor chileno había publicado *Los engranajes del encantamiento* (1996), una vasta antología poética acompañada de sus *collages* y caligramas, además del relato autobiográfico *Río Loa, estación de los sueños* (1994). En mis lecturas desordenadas, había separado un par de libros de Zeller que me atraparon por su «inteligencia visual», lo que sea que signifique ese entuerto: *Salvar la poesía, Quemar las naves* (FCE, 1988) y *Aserrar a la amada cuando es necesario* (Joaquín Mortiz, 1994). Para mí nunca fue un surrealista trasnochado, frasecita escuchada a menudo para desdeñarlo. Su tradición lírica venía de mucho atrás, de antes que los manifiestos de Breton asomaran la nariz y el pintor Roberto Matta llevara a Chile esa revuelta de insumisos de la razón. En efecto, su raíz venía de los románticos alemanes que conocía y dominaba. Muy joven tradujo *Las grandes elegías,* de Hölderlin, para la Editorial Universitaria, en 1951. Con esos antecedentes, fue natural su simpatía con el grupo de poetas de La Mandrágora, donde participaron Braulio Arenas, Teófilo Cid, Enrique Gómez-Correas y Jorge Cáceres. Durante mi estancia en Oaxaca, con la acostumbrada generosidad, Ludwig Zeller me obsequió el estudio *Mandrágora. La raíz de la propuesta o el refugio inconcluso* (2001), de Luis G. de Mussy, volumen que da cuenta de las publicaciones del colectivo y del peso específico de sus propuestas y discusiones en la poesía chilena de los años treinta.

*

En algunas de nuestras conversaciones, el poeta me compartió la historia de su salida de Chile. Ya no podía continuar allí, el ambiente resultaba asfixiante, aburrido y peligroso. Sin plata contante y sonante, tuvo que venderle a Pablo Neruda un bello mascarón de proa. La pieza la compró en Perú y pertenecía a un viejo barco alemán. Pesaba más de quinientos kilos y la trajo a Santiago desde el puerto de Arica para montarla en el café-galería La Casa de la Luna, que había abierto con la complicidad de su esposa. Cuando el poeta de *Canto general* vio esa doncella silenciosa y melancólica se enamoró de ella. No cesó de insistir y de insistir: la quería comprar a

cualquier precio. La situación de encrucijada de Zeller forzó la transacción. Con la venta de «La Sin Nombre», tuvo dinero suficiente para pagar los boletos de avión rumbo a Canadá, los de su mujer y sus dos hijos y el suyo. Frente al océano Pacífico, suspiro tras suspiro, esa virgen de encino mira tras un ventanal de la casa nerudiana de Isla Negra los días y las noches del mundo, la furia y la soledad. Para recordar aquellos años en Santiago de Chile, años de alegría y reveses, Zeller bautizó la calle que conduce a su hogar oaxaqueño como La Casa de la Luna, una hermosa casa construida por Susana y por él, desde los cimientos de sombras, las paredes de agua, los aleros de viento y la veleta de sueño ●

Anacrónicas

Las cosas que digo son ciertas

● María Negroni

La «poesía de mujeres de América Latina» no existe. O existe sólo como casillero recién descubierto en un mercado que disfraza su paternalismo mediante la proliferación de etiquetas que, por supuesto, sólo sirven para señalar a las minorías e impedir la percepción y el festejo de las diferencias. De modo que no voy a escribir sobre la poesía de mujeres en América Latina. Prefiero concentrarme en algunas voces tomadas al azar, a veces llevada por la admiración, otras por la afinidad, otras por la mera alegría que me producen ciertas poéticas yuxtapuestas, la promesa de libertad que esa misma variedad contiene. «Las cosas que digo son ciertas», dice un poema de Blanca Varela. Me gusta el tono de ese verso, de afirmación sin altisonancias, de manifiesto sin réplica ni exigencias. Yo querría hablar en ese tono como quien constata. Como quien celebra lo que hay y también lo que todavía no ha llegado a ser o no ha sabido conquistar. La inseguridad, los miedos, la soledad terrible están allí, cada vez que nos sentamos a escribir, pero también la luz, la exaltación, la posibilidad de comprender un poco más, de transformar eso que Ana Cristina Cesar llamó «la maldad de escribir» en un acto que pueda consolarnos de todo lo que nos deja ausentes a nosotras, de nosotras mismas.

«Yo sé que la poesía es indispensable», escribió Apollinaire, «pero no sé para qué». A lo mejor es algo muy sencillo, se pone una palabra en su lugar y el milagro se produce. Algo nos consuela entonces de las palabras vacías que se juntan sobre el mundo como catástrofes. Se trata de un matiz, una cualidad, un aspecto del silencio que representa acaso la forma más alta del espíritu de contradicción. No tiene otro país la poesía. Crece en medio de la indefensión, en medio de la ceguera, sin saber adónde va, si podrá retroceder, si ya volvió a empezar pero aún no se dio cuenta.

Viajeras del sueño, la sexualidad y lo fantasmático, del futuro antiguo de la infancia, del miedo, del exilio político y de género, de todo lo fallido y lo que desvía del discurso bienpensante, las poetas mencionadas saben que el poema busca el

blanco, sin distraerse de la riqueza que está escondida en lo ambiguo, lo inverosímil, lo inexplicable. Cada una a su manera enuncia la opacidad del mundo y así construye ese objeto abierto al lujo de la inteligencia y a la emoción —indecible— de lo imaginario, que es, desde siempre, el oficio terrestre del poema.

❇

Marosa Di Giorgio

Ayer conocí el nombre secreto de mi casa.
Era ya el atardecer, y todos paseaban, por la
[huerta,
el jardín, la calleja, donde las coliflores
[levantaban sus hermosas
puntas y tazas de plata. Ya ardía alguna estrella,
algún cometa y su cabello fatídico.
Entonces, tomé la lámpara, la más pequeña, fui,
[en puntas
de pie, hasta el armario. Busqué el libro,
[sigilosamente,
pasé hoja por hoja; hasta que todo empezó a
[temblar como
si estuviera por llegar la muerte, y todo se
[quedó inmóvil
como si ya hubiese llegado.
Y yo la vi, no la rosa encarnada que estás
[imaginando, ni rosa,
ni amarilla, ni una efectista rosa negra. Sólo un
[pimpollo
plano y claro, de pocos pétalos.
Parece de agua, una gema de mármol,
[parece un lirio.
La tarde caía como si fuera un
[siglo

❇

Ana Cristina Cesar

Nada esta espuma

Por enfrentamiento del deseo
insisto en la maldad de escribir
pero no sé si la diosa sube a la superficie
o apenas me castiga con sus aullidos.
Desde la amura de este barco
quiero tanto los senos de la sirena.

❇

Elsa Cross

Palabras

Morada oscura del sentido,
prisión y límite
de lo que en el silencio se nos da.

Ah, palabras, que puedan todavía
hilvanar
tu imagen por ellas dispersadas.

En vano sus fuerzas reconcilian,
pues no salvan
el salto que va del habla
al pensamiento
y del pensar al ser ensimismado.

Vienen solas y dicen de la «cámara blanca».

❊

Cristina Peri Rossi

Proyectos

Podríamos hacer un niño
y llevarlo al zoo los domingos.
Podríamos esperarlo
a la salida del colegio.
Él iría descubriendo
en la procesión de nubes
toda la prehistoria.
Podríamos con él cumplir los años.

Pero no me gustaría que al llegar a la pubertad
un fascista de mierda le pegara un tiro.

❊

Blanca Varela

Las cosas que digo son ciertas

Un astro estalla en una pequeña plaza y un [pájaro
pierde los ojos y cae. Alrededor de él los
hombres lloran y ven llegar la nueva estación.
El río
corre y arrastra entre sus fríos y confusos
brazos la oscura materia acumulada por años [y años
detrás de las ventanas.

Un caballo muere y su alma vuela al cielo [sonriendo
con sus grandes dientes de madera
manchada por el rocío. Más tarde, entre los [ángeles, le
crecerán negras y sedosas alas con que
espantar a las moscas.

Todo es perfecto. Estar encerrado en un [pequeño
cuarto de hotel, estar herido, tirado e
impotente, mientras afuera cae la lluvia dulce,
inesperada.

¿Qué es lo que llega, lo que se precipita desde [arriba y llena
de sangre las hojas y de dorados
escombros las calles?

Sé que estoy enfermo de un pesado mal, lleno [de un
agua amarga, de una inclemente fiebre que
silba y espanta a quien la escucha. Mis amigos [me
dejaron, mi loro ha muerto ya, y no puedo
evitar que las gentes y los animales huyan al [mirar el
terrible y negro resplandor que deja mi
paso en las calles. He de almorzar solo siempre. [Es
terrible.

❊

Olga Orozco

Canto XIII

Se descolgó el silencio,
Sus atroces membranas desplegadas como las [de un
murciélago anterior al diluvio,
su canto como el cuervo de la negación.
Tu boca ya no acierta su alimento.
Se te desencajaron las mandíbulas
igual que las mitades de una cápsula inepta [para
encerrar la almendra del destino.

Tu lengua es el Sahara retraído en la penunbra.
Tus ojos no interrogan las vanas ecuaciones de [cosas
y de rostros.
Dejaron de copiar con lentejuelas amarillas los [fugaces
modelos de este mundo.
Son apenas dos pozos de opalina hasta el fin [donde se
ahoga el tiempo.
Tu cuerpo es una rígida armadura sin nadie,
sin más peso que la luz que lo borra y lo [amortaja en
lágrimas.
Tus uñas desasidas de la inasible salvación
recorren desgarradoramente el reverso [impensable,
el cordaje de un éxodo infinito en su acorde [final.
Tu piel es una mancha de carbón sofocado que
atraviesa
la estera de los días ●

Encrucijada

Mundo Real, treinta años después

● Alfredo Sánchez G.

El sello discográfico Real World, fundado en 1989, fue un acontecimiento. Su inventor, el músico inglés Peter Gabriel, tuvo la intuición de que ésa era la mejor manera posible de difundir internacionalmente músicas de distintos rumbos del planeta. De pronto nos encontramos en las hoy casi extintas tiendas de discos con artistas africanos, asiáticos o latinoamericanos que convivían en sus estantes con las grandes estrellas del pop inglés y estadounidense. Se nos abría un mundo sonoro novedoso y sorprendente, a pesar de que todas esas músicas tenían un arraigo de muchísimos años en los lugares de donde procedían. Claro que la clasificación musical a la que el sello dio origen —*música del mundo*, como si no todas las músicas lo fueran— provocó algunas burlas y reproches. Pero finalmente el membrete no era sino una necesidad del mercado: había que tener una etiqueta para que las tiendas pudieran ubicar el producto. Tampoco faltaron los detractores: aquellos que acusaban a Gabriel de colonialista, de lucrar con el talento tercermundista.

¿De qué hablamos cuando nos referimos a «músicas étnicas»? En términos

generales, y dicho con toda nuestra autosuficiencia, hablamos de todas las músicas «no occidentales». O de aquellas que, aunque ubicadas en alguna porción del mundo occidental, se consideran al margen de éste (la música de los pueblos indígenas mexicanos, por ejemplo). Es decir, de aquellas que pertenecen a la mayor parte del mundo aunque se difundan minoritariamente. ¿Cuántos millones de chinos hay contra cuántos ingleses? ¿Cuántos senegaleses o nigerianos por cuántos franceses? El simplismo es apabullante tomando en cuenta la clasificación más común: Occidente y lo demás. Si sacáramos cuentas, «lo demás» sería algo así como ochenta y cinco por ciento del total. Y aun en el terreno de lo meramente *étnico*, o de la *world music*, hay serias dificultades para nuestros afanes clasificatorios, pues ahí cabrían lo mismo el son tradicional cubano que la música indonesia. Peor aún, cabrían también algunos experimentos interraciales, los cuales algunas veces tienen ya poco que ver con las músicas étnicas originales, pues en realidad son músicas occidentales que integran algunos elementos que no lo son.

Pero lo cierto es que Real World puso la lámpara en artistas a quienes nos habría tomado mucho más tiempo conocer: Nusrat Fateh Ali Khan, Papa Wemba, Geoffrey Oryema, Joseph Arthur, Sheila Chandra, Baaba Maal y muchísimos más: hasta el día de hoy, treinta años después, son doscientos treinta los discos que han editado. La intuición no salió de la nada: Gabriel ya llevaba algunos años, desde 1982, embarcado en la aventura de WOMAD (World of Music, Arts & Dance), el festival que hasta nuestros días sigue siendo exitoso, que se replica en varios países y que tiene como finalidad promover a artistas de todos los rincones del mundo. El paso natural era grabar a esos artistas en condiciones óptimas, editar las grabaciones y difundirlas de manera eficiente. Así nació Real World Records con la edición de *Passion,* el disco basado en la banda sonora escrita por Peter Gabriel para la polémica película de Martin Scorsese *The Last Temptation of Christ,* y que incluía a artistas como Youssou N'Dour, Shankar, Djalma Correa, Hossam Ramzy y otros más.

Ya que estamos con Peter Gabriel, será justo calificarlo de personaje singular, desde los tiempos en que conducía los excesos teatrales y musicales de Genesis en su época «progresiva», con canciones extensas y llenas de cambios, discos conceptuales, alardes virtuosos que buscaban intencionalmente darle al rock un estatus de seriedad, convencer de que no era solamente una música visceral de tres acordes. Luego vinieron sus discos como solista, oscuros y siempre en la búsqueda de una expresión personal. Después el gran éxito mundial en 1986 de su álbum *So,* y luego su ya citado interés por la música de otras latitudes. Todo ello le ha dado una posición aparte en el panorama musical, a pesar de que para algunos sus discos recientes no han sido tan satisfactorios. Cuando Gabriel cumplió sesenta años, lo festejó de manera peculiar con la aparición de *Scratch my Back*, que fue un reto sorprendente en varios sentidos: en primer lugar por la selección musical: canciones de otros en versiones que no se parecen a las originales; en segundo lugar, porque decidió no usar guitarras ni baterías ni teclados electrónicos, sino solamente piano, orquesta y coros ocasionales para acompañar su voz inconfundible.

Peter Gabriel no ha sido, por supuesto, el único músico anglosajón con curiosidad e interés por adentrarse en las músicas de otros lugares, llamémosles, exóticos. Paul Simon lo hizo desde sus lejanas épocas de dueto con Art Garfunkel, cuando incluyó en sus canciones sonidos sudamericanos —su versión de «El cóndor pasa», por ejemplo— y géneros caribeños como el *reggae* y el *calypso*. Luego su interés por la música africana —ya en su época de solista, en el disco *Graceland*— le redituó premios, ventas millonarias y, hay que reconocerlo, críticas de quienes lo vieron como una especie de imperialista ventajoso. (A Sting le pasó algo similar cuando produjo, en 1985, su disco *The Dream of the Blue Turtles*, para el que recurrió a un grupo de *jazzistas*: el güero inglés sacando provecho a los virtuosos negritos menospreciados). *Graceland*, de Paul Simon, nos presentó al grupo vocal Ladysmith Black Mambazo, al guitarrista Ray Phiri, a The Gaza Sisters, al acordeonista Forere Motloheloa, y nos introdujo a ciertos géneros de la música africana como el *mbaqanga* o el *isicathamiya*, además de darse el lujo de incluir a invitados como Linda Ronstadt o Los Lobos. Después se acercó a Brasil en su disco *The Rhythm of the Saints*, para el que invitó a instrumentistas brasileños que aportaron innegable talento al exitoso resultado final.

Por su parte, a David Byrne, con su sello Luaka Bop —fundado coincidentemente en la misma época que Real World, en 1988 y que sigue activísimo promoviendo y editando nueva música—, también le dio por buscar talentos ocultos para el mercado occidental y produjo discos de Tom Ze, Silvio Rodríguez, Zap Mama, Os Mutantes o Susana Baca, por citar unos cuantos.

Uno de los mayores descubrimientos de Real World fue, sin duda, Nusrat Fateh Ali Khan, el más grande exponente del *qawwali* —la música devocional de los sufíes—, quien cantaba sentado, pesaba más de ciento treinta kilos, tenía problemas en el hígado y los riñones y murió en 1997 a los cuarenta y ocho años de edad. (Casualmente, Nusrat falleció un 16 de agosto, al igual que Robert Johnson, el genio del *blues* de quien tomé inspiración para titular esta columna: *Crossroads*).

Y precisamente para la celebración por el trigésimo aniversario de Real World Records se incluye la edición de dos discos de Nusrat Fateh Ali Khan, uno inédito grabado en 1985, y la reedición del maravilloso *Night Song*, realizado en colaboración con el productor Michael Brook. También se editará el recopilatorio *Worldwide 30 Years of Real World Music*. Por lo que se ve, aun con los actuales cambios de hábitos en el consumo de la música, a contracorriente de la facilidad con la que se tienen las músicas de todas partes al alcance de un clic y con las dificultades para interesar a nuevos oyentes, la aventura ideada por Peter Gabriel hace treinta años sigue viva, audaz y con intenciones de seducir a otros públicos con estas músicas mundiales que suenan, pese a todo ●

CONVOCATORIA PERMANENTE
para recepción de colaboraciones

Call for papers

Próximo #11
MAYO-OCTUBRE
2020

~~EL ORNITORRINCO TACHADO~~
REVISTA DE ARTES VISUALES

ornitorrincotachado.uaemex.mx
revista_ornitorrinco@uaemex.mx
+(52 722) 215 93 34

Universidad Autónoma del Estado de México
FACULTAD DE ARTES
redalyc.org
latindex catalogo 2.0

PASODEGATO
REVISTA MEXICANA DE TEATRO
número 79

DOSSIER:
Teoría, historia y gestión del espectador teatral
PERFIL:
Janet Pinela
ESTRENO DE PAPEL:
Meciendo héroes, Tania Castillo

Encuéntrala en **Librería virtual Paso de Gato:** www.libreria.pasodegato.com /paso.degato @pasodegato

Seguimos tendiendo puentes

Radio Universidad de Guadalajara:
Ameca 105.5 FM
Autlán 102.3 FM
Colotlán 104.7 FM
Guadalajara 104.3 FM
Lagos de Moreno 104.7 FM
Ocotlán 107.9 FM
Puerto Vallarta 104.3 FM
San Andrés Cohamiata 89.7 FM
Zapotlán el Grande 94.3 FM
www.radio.udg.mx

Librería
Carlos Fuentes
Universidad de Guadalajara

155 mil libros

131 temáticas

Más de 60
eventos al mes

- Cafetería
- Galería de arte
- Área infantil
- Tienda de regalos y artículos de diseño

@libreriacf

@LibreriaCarlosFuentes

libreriacarlosfuentes.mx

Ubicada en:

centroculturauniversitario